Marcel Proust

Por la parte de Swann

A la busca del tiempo perdido, I

Edición de Mauro Armiño
anotada y puesta al día

el paseo

Por la parte de Swann (que se estructura en tres partes que inician los senderos de gloria de una narración sobre los celos, el amor, la mezquindad y la marginación), obertura de *A la busca del tiempo perdido*, es tiempo ganado para cualquier lector que lo sea de veras. Tiempo ganado, imprescindible y «recuperado» desde su primera línea, ése en apariencia anodino «Me he acostado temprano, hace mucho». Una magdalena, una losa, un recuerdo de un beso no dado, amores ajenos y propios de un narrador que se incrimina siempre a sí mismo para al fin poder descubrirse… Y las puertas del infierno quedan abiertas de par en par.

A la sombra de las muchachas en flor nos narra con ese estilo magnífico, el primer gran amor de Proust, Gilberta Swann, a la que ya conocíamos del primer volumen. Pero como todo se acaba difuminando, e incluso las pasiones más fuertes pocas veces resisten el paso del tiempo y las casi siempre absurdas acciones humanas, al final (o eso parece) de esta relación le seguirán unos meses en el balneario de Balbec, donde conocerá a las muchachas en flor que anuncia el título.

Al introducir la conciencia de su Narrador en *A la busca del tiempo perdido*, Marcel Proust realiza una revolución en la literatura del siglo XX y se convierte, junto con James Joyce y Franz Kafka, en el escritor más importante de los cien últimos años.

A la busca del tiempo perdido no es novela de una sola faceta, sino de muchas: sobre unos puntos de partida parcialmente autobiográficos, Proust consigue una narración iniciática, la pintura crítica de toda una sociedad, una novela psicológica, una obra simbólica, el análisis de inclinaciones sexuales hasta entonces prohibidas, una reflexión sobre la literatura y la creación artística.

Hecha a partir de las recientes ediciones francesas que suponen una revolución respecto de las anteriores, esta nueva traducción es la primera realizada por un sólo traductor, Mauro Armiño; acompañan a la edición tres diccionarios que permiten al lector un contacto inmediato con el mundo de Proust, con los lugares de la trama y los personajes de las siete partes que, en tres volúmenes, constituyen esta edición de *A la busca del tiempo perdido*. Una nutrida anotación y resúmenes que sirven de guía para la localización de escenas, episodios y pasajes completan esta edición.

Marcel Proust

Por la parte de Swann

A la busca del tiempo perdido - 1

Título original: *Du cote de chez Swann*
Marcel Proust, 2018
Traducción: Mauro Armiño

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Nuria y Eduardo

Prólogo

Mauro Armiño

Son pocos, e incluso podrían parecer irrelevantes, los datos que conocemos sobre Marcel Proust; sin embargo de pocos escritores —ni siquiera de un André Gide, autor de un voluminoso Journal— sabemos tanto. Gide hace, escribe su gran diario con plena conciencia de memorialista, y el memorialista recuerda y manipula con destino al futuro una especie de legado, de biografía autorizada, cuando no de hagiografía laica. De ningún otro escritor conocemos más que de Proust, pero ¿son datos lo que conocemos? La media de ciento cincuenta cartas por año a partir de 1890 termina ofreciendo un monto epistolar que se acerca a las 5000 cartas: sólo Voltaire le supera en este apartado. Aunque a esa media de tres cartas diarias hay que sumarle las que se han perdido o han sido destruidas: su sobrina, Suzy-Mante Proust quemó buena parte de la correspondencia amorosa entre su tío y Reynaldo Hahn; en la década de los veinte, el regente del hotel Marigny vendió a bajo precio a sus clientes las que tenía en su poder y cuyo paradero no es desconocido; las cartas de Proust a su abuelo siguen, seguían hace poco, en manos de un coleccionista; otras se destruyeron por distintos motivos y se supone que son muchas las perdidas.

Pero a diferencia de Voltaire, que escribe para informarse, pedir un libro, impartir ideas, agradecer regalos, en Proust se produce la transmutación de la vida en escritura inmediata, que es una constante de la andadura narrativa proustiana: recuérdense la importancia radical de las cartas de Mme. de Sévigné a su hija, lectura predilecta de la abuela del Narrador, y la transcripción de cartas reales entre Proust y Alfred Agostinelli en La fugitiva: la carta permite captar la fragilidad del tiempo, con todas las idas y venidas de la contradicción constante de la conciencia sobre sentimientos o hechos.

Las cartas de Proust, dirigidas a una gran variedad de corresponsales, giran, desde luego, sobre el mundo exterior, pero visto desde la conciencia y necesidad de Proust de conocerse a sí mismo, de buscar la esencia propia a pesar de vivir casi encerrado en una habitación forrada de corcho.

Por regla general, en esa abultada correspondencia no encontrará el lector ni secretos esenciales de cocina literaria, ni un hilo conductor para adentrarse en la Belle Époque —pese a que sus destinatarios pertenezcan a ese medio—, ni grandes concepciones sobre la vida y el mundo, ni apasionadas declaraciones sentimentales o eróticas: todo esto yace enmascarado bajo una multiplicidad de fórmulas sociales, de tópicos, de entusiasmos demasiado retóricos, de menudos detalles de la vida cotidiana, de minuciosa cuenta de su estado de salud que utiliza como barrera frente al mundo y le permite controlar, con el asma por rienda, su vida social; de hecho, toda esta correspondencia no es sino el envoltorio de un personaje que Proust crea: el enfermo entre tinieblas, encerrado en una especie de ermita hecha de corcho que, al vaivén de su asma —de su capricho—, gestiona el tiempo de su vida y de su escritura; el asma terminará siendo una tiranía del doliente que impone a los demás el ritmo de visitas y, al mismo tiempo, los obliga a atender los requerimientos del enfermo en cuanto éste los solicita. Su contenido expone preocupaciones financieras, intrigas mundanas, estados de ánimo provocados por celos o penas de amor —sobre todo cuando Agostinelli muere en 1914—, descripciones de su estado físico —en especial a su madre, en una relación epistolar ritualizada dentro de la misma casa, con la sopera del comedor como buzón de correos—, detalles culinarios o

indumentarios, consultas higiénicas o médicas, y peticiones de datos de todo tipo con vistas a su empleo en la novela, que, en algún caso, van puntuando la génesis de A la busca del tiempo perdido. Un día a día de vida y obra: dada la simbiosis que esos elementos alcanzan, sirven ante todo para mostrar la máscara con que Proust crea su propio personaje.

Sin embargo, de tan ingente cantidad de dato menudo va surgiendo el imaginario que sustenta la conciencia del Narrador de A la busca del tiempo perdido. Hasta el punto de que hay cartas que pueden ser vistas a la luz de la obra: además de las de Agostinelli, que sirven para el episodio de Albertine, las cartas de pésame a los deudos de algún fallecido, que escenifican el propio dolor de Proust ante la pérdida de su madre, un dolor real del que hay un ejemplo temprano en el artículo-relato Sentimientos filiales de un parricida. En cuanto al amor, son pocas las huellas que quedan en la correspondencia —al menos en las que se han conservado— para penetrar ese misterio, si dejamos a un lado las propuestas homosexuales que Proust hace con diecisiete años a dos condiscípulos del Liceo Condorcet, Jacques Bizet, hijo del autor de Carmen, y a Daniel Halévy, y que éstos responden de forma contundente.

No deja de ser la menor de las paradojas de Proust su negación constante de la importancia de la biografía de un escritor para el análisis de la obra: Proust presta a algunos personajes de A la busca del tiempo perdido las teorías estéticas de Sainte-Beuve, el crítico más prestigioso y con mayor peso en la sociedad literaria del final de siglo francés —la bandera de la ridiculez de esas teorías la enarbola Mme. de Villeparisis: nadie mejor que ella puede hablar de Victor Hugo, de Balzac, de Vigny, porque los ha conocido, de niña, en el castillo de sus padres. Proust llega a idear todo un libro, Contre Sainte-Beuve, para atacar esas ideas y, sin embargo, su novela iba a convertirlo en una destilación de la memoria personal, en un texto cuya trama profunda está urdida por hechos y sentimientos biográficos, anécdotas mundanas y recuerdos sociales. Sainte-Beuve arrancaba de una premisa según la cual la obra de un escritor es inseparable del resto de su personalidad; por lo tanto, el conocimiento del escritor y el contacto con la persona autorizaban a volcar esa información sobre

los frutos literarios. Dejando a un lado el debate teórico, lo cierto es que la clarividencia de Sainte-Beuve no fue mucha: con sus herramientas críticas subestimó a los principales escritores de su tiempo, desde Stendhal a Flaubert, desde Balzac a Baudelaire, y según Proust, que no negaba al crítico cultura y una educación literaria exquisita, su error se debió a que la mentalidad de Sainte-Beuve era la de un periodista que escribía pensando en el lector de inteligencia media, en vez de apostar por sus gustos personales.

Proust niega radicalmente, y desde su edad más temprana, las tesis saintebeuvianas porque el libro «es el producto de una personalidad diferente a la que manifestamos a través de nuestros hábitos, nuestra vida social y nuestros vicios. Y esa personalidad se manifiesta únicamente en lo más profundo de nuestro ser, por lo que, si pretendemos comprenderla, debemos intentar reconstruirla allí, en esas profundidades, ya que sólo allí podremos comprenderla». Y si Bergotte, en medio de su agonía, tiene la visión de «una balanza con su vida en uno de los platillos, y una porción de pared amarilla en el otro» en El tiempo recobrado, Proust parece admitir cierta relación entre la personalidad que escribió la novela y la otra, esa que «se manifiesta en nuestros hábitos, nuestra vida social y nuestros vicios».

Los datos externos de la biografía proustiana parecen a primera vista irrelevantes para su obra: no se encontrarían en ellos peripecias personales a lo Rimbaud y a lo Verlaine, accidentes políticos a lo Victor Hugo: cuando André Gide se enfrenta como lector de la editorial N. R. F. al manuscrito de Por la parte de Swann, tiene conceptuado a su autor como un mundano, un vulgar esnob en una época en que el esnobismo inundaba la vida social, al menos aquella en que se dirimían los envites del arte y la literatura: el poeta y conde Robert de Montesquiou, el amigo de Mallarmé, Verlaine, Whistler y Fauré, el que asombraba a la aristocracia de la Belle Époque con sus poemas y a los poetas con su rancia estirpe, ya había prestado su preciosismo decadente a un novelista, Huysmans, para que sobre él trazara en À rebours el personaje de Des Esseintes, y a un dramaturgo, Edmond Rostand, que con sus rasgos construyó el Pavo de Chantecler.

Hasta el momento de su muerte no fue otra la imagen externa que dio Proust: un buscador de invitaciones a los salones aristocráticos que, poco después del cambio de siglo, empieza retrayendo su actividad social para enclaustrarse, pálido, enfermo y ojeroso, en un cuarto, donde escribe una obra sobre la que el mundo literario no se hace muchas esperanzas dado lo que de él conocían hasta 1913, un libro misceláneo, Los placeres y los días, que pertenecía a un mundo obsoleto y ya muerto.

Proust había nacido en el seno de una familia de la clase media, con un padre de cierta relevancia en el campo de la medicina de la época, y una madre judía que ha acordado con su marido educar a sus dos hijos, Marcel y Robert, en la religión católica. Una infancia y una adolescencia delicadas no parecen dejar en Marcel Proust más cicatrices que las del asma; una nariz rota en una caída en Illiers, pueblecillo no lejos de Chartres en el que sus antepasados han vivido desde hace siglos, y donde Proust pasará sus vacaciones desde los siete hasta los once años; luego no volverá nunca a ese Illiers cuyo nombre legal es, en la actualidad, gracias a la memoria proustiana, Illiers-Combray, salvo en su novela; incidentalmente, en 1886 hará un viaje en compañía de sus padres, que deben resolver asuntos derivados de la herencia de la tía Amiot —la «tía Léonie»—, a esa localidad que ha de convertirse en país mítico de su memoria, tan mítico que terminará resultando el paisaje del alma sobre el que se gesta A la busca del tiempo perdido.

1881 es año clave: por primera vez no pasa sus vacaciones en Illiers, por primera vez sufre una crisis de asma, por primera vez acude al teatro para ver en la Opéra-Comique a una cantante americana que dedica a su padre una fotografía suya travestida de hombre —modelo para Miss Sacripant—; por primera vez acude también al Liceo, aunque sus problemas respiratorios le apartan temporadas casi enteras de las clases durante varios cursos; clases particulares y la ayuda de su madre paliarán esa frecuente inasistencia.

Acude cuando se lo permite su asma al Liceo Condorcet y, casi todos los días, a los Champs-Élysées, parque de recreo infantil donde varias muchachas que juegan al marro dejarán huella en él: Antoinette Faure —que lo somete al «primer cuestionario Proust» con quince

años—, y Marie Bénardaky; también en ese parque ve pasar la historia por delante mientras juega; por ejemplo contempla una revista militar en la que se aclama al general ultranacionalista Boulanger, que vaciló en el momento de dar un golpe de Estado y eso le costó el exilio. La primera carta conservada de Proust data de 1880; pocos años más tarde, escribirá otras de interés a dos condiscípulos de Liceo, Jacques Bizet y Daniel Halévy, en la que menciona su homosexualidad mientras, al mismo tiempo, hace la corte a Laura Hayman, una cortesana de treinta y siete años en cuyo salón reina su amante, Paul Bourget, y que, encantada con los homenajes que le rinde un joven que se arruina llenándole la casa de crisantemos, lo llama: «Mi pequeño Saxe psicológico», con un juego de palabras donde Saxe y sexe se encargan de responder a las insinuaciones.

El dato sirve para corroborar que el muchacho de diecisiete años ha traspasado ya las puertas de un salón a medias mundano —con miembros de la aristocracia a la que habían pertenecido los múltiples amantes de la Hayman, con algún rey coronado, el de Grecia por ejemplo— y a medias literario: el joven también ha manifestado ya pruritos de escritor colaborando, si no dirigiendo y organizando, en las revistas de alumnos de ese Liceo, como La Revue Verte, La Revue Lilas, cuyos colores nada tienen que ver con el soneto a las vocales coloreadas de Rimbaud ni con la corriente simbolista, sino con el papel en que las editaban.

La entrada en la vida, de 1890 a 1893, tampoco tiene hechos relevantes: un servicio militar que hace voluntario y de buena gana en Orléans, en el que sólo un hecho lo distingue del resto de compañeros: como su asma molesta a los soldados, tendrá permiso para pernoctar no en el cuartel sino en la ciudad. En 1890 aparece Cabourg en sus vacaciones, la Cabourg del Gran-Hôtel de Balbec, con sus bañistas, sus ricos veraneantes, sus duquesas en el vestíbulo, sus caballeros con querida y las pandillas de muchachas en flor.

Acabado el Liceo, Proust se inscribe en al Facultad de Derecho y en la Escuela Libre de Ciencias Políticas, pero suspira sobre todo por la vida de los salones: el de Mme. Straus —la viuda del compositor Bizet— será uno de los primeros y de los más «bajos»: la aristocracia acudía a los de Mme. Lemaire, Mme. Arman de Caillavet, la princesa

Mathilde, la princesa de Polignac, la condesa de Noailles, etc. Ahí conocerá de Maupassant —sólo de pasada—, a André Gide y a Oscar Wilde, a Maurice Barres, a Henri Barbusse, a la familia entera de escritores como Alphonse Daudet o José María de Heredia —ambos de gran relieve social en los medios artísticos y aristocráticos de ese momento—, a Robert de Montesquiou, a los dandis de la mundanidad, a los «decadentes», a cuyo grupo se adscribe. Su jefe de fila, el conde Robert de Montesquiou, heredero de un simbolismo decadente, de cuya poesía, un siglo más tarde, apenas queda nada por la artificialidad de su escritura, se tomaba muy en serio sus prerrogativas de dandy y de conde emparentado con los linajes más aristocráticos de Europa, y durante cierto tiempo marca la vida de Proust con una relación de dominio, intentando someter a un joven que, por su parte, sólo pretendía —aderezando sus ruegos con elogiosos artículos sobre su personalidad y su obra lírica— que el conde le abriera la puerta de los salones más encumbrados.

Después de conseguir la licenciatura en derecho y en letras, y pese a las insinuaciones de su padre, Proust encuentra un empleo como funcionario sin retribución en la biblioteca Mazarine, desde donde es destinado al Depósito Legal; no es en ese lugar —gracias a sus amistades consigue empalmar una excedencia tras otras y no pisar prácticamente ese Depósito— donde pierde o gana sus días, sino en una actividad frenética de salones, por los que pasea su figura decadente y algo cursi —según los recuerdos de algunos coetáneos—, de conciertos, de vida mundana y camelia en el ojal: la falsa aristocracia del II Imperio había impuesto unos modos de vida hechos de actrices, versos, crisantemos y duquesas, mientras la recién nacida III República, con el presidente Jules Ferry y a lo largo de esa década, trataba de guiar al país por otros rumbos: entre ellos, y será uno de los pocos hechos externos que afecten a Proust íntimamente, la laicización de la vida francesa.

Las aficiones de Proust son las mismas de cualquier lechuguino de ese corte de la sociedad. Pero es la pasión por la música la que más va a desarrollarse en él; por gusto propio, más que por su amistad con el compositor y pianista Reynaldo Hahn, comparte con el resto de la élite intelectual el gusto por Wagner, frente a la ópera italiana que le

sirve para perfilar en varios pasajes de su novela el mal gusto de algunas de sus condesas por preferir la música italiana. Hahn, que en el Conservatorio tuvo por profesor a Massenet, no entendió la afición de Proust —durante dos años, auténtico apasionamiento— por Wagner o Debussy, aunque conseguiría descubrirle a Camille Saint-Saéns y a Fauré, cuyas notas inspiran en parte la «pequeña frase» musical que recorre A la busca del tiempo perdido.

Además, el aficionado a la literatura que sigue publicando en revistas como Le Banquet, en cuya organización participa, y en la que ya colaboran los que una década más tarde habrán conseguido hacerse un nombre, en vez de acudir al Depósito Legal se dedica a leer, a escribir artículos, relatos y poemas que, en una especie de miscelánea, recogería en 1896 en su primer libro: Les Plaisirs et les Jours (Los placeres y los días): sería el único bagaje literario de Proust cuando en 1913, diecisiete años más tarde, se edite Por la parte de Swann, primer volumen de A la busca del tiempo perdido.

Pero durante esos años en que está metido de hoz y coz en la vida social y en la literatura de esa mundanidad falsa, en su cabeza germina ya la idea que va a dar lugar a la Recherche: entre 1895 y 1899, además de esa ajetreada vida de soirees, y de la escritura de artículos para revistas o para Le Figaro sobre los salones que frecuenta —publicados a menudo con seudónimo—, Proust escribe, en los momentos en que se libera «de los hielos de la vida mundana», más de setecientas páginas con el título de Jean Santeuil, libro o novela que abandona en el último año citado, en el que había querido captar «la esencia misma de mi vida, recogida sin mezclar nada a ella». Desde el principio ese esbozo anuncia A la busca del tiempo perdido, cuyos temas —el beso de buenas noches, por ejemplo— y algunas escenas —los amores en los Champs-Elysées con una niña transmutada luego en Gilberte, los inicios mundanos del protagonista, los celos— están inscritos con toda claridad en las páginas de este Jean Santeuil que André Maurois encontró entre los papeles de la sobrina del escritor y que se editó en 1952 en el estado en que se hallaba, en el de borrador.

En este período hay un hecho anecdótico de relieve libresco: el poeta, escritor mundano y cronista social Jean Lorrain, de costumbres

homosexuales, gordo y abotargado —en 1921, poco antes de morir Proust, André Gide decía que el autor de La Recherche se parecía a Lorrain—, al reseñar en febrero de 1897 Los placeres y los días aludía irónicamente a las relaciones ambiguas que Proust mantenía con Lucien Daudet; ofendido por la alusión, Proust retó a Lorrain a un duelo a pistola en el que, disparando ambos al aire, dejaron satisfecho el honor del ofendido.

Proust mantuvo siempre un férreo silencio sobre sus costumbres sexuales, al contrario de otros escritores y amigos, muy pocos, que en esa época hacían gala de su homosexualidad, como Jean Cocteau o Robert d'Humiéres. Los tiempos no eran buenos: a finales de siglo, tras el patético proceso y condena de Oscar Wilde, varios miembros de la clase alta británica abandonaron precipitadamente Londres. Y el hecho de que André Gide cambiase de acera por las calles de París cuando topaba con Oscar Wilde tras su salida de la cárcel de Reading —aunque ambos habían realizado prácticamente los mismos viajes de recreo sexual al norte de Africa— indica que la aceptación de la diversidad sexual era nula en la vida cotidiana francesa. Pese a que la sobrina del escritor, Mme. Mante-Proust, respondiese con una frase desconcertante: «¿Piensa usted que tenía tiempo para ocuparse de esas cosas?», negándose a reconocer esa realidad, Proust estuvo vinculado a jóvenes de su medio, artistas o escritores, en los inicios de su vida social; luego, en la etapa de los «duques», a jóvenes nobles del faubourg Saint-Germain; y en el último período de su vida, a partir de la muerte de su madre, libre para ejercer sin vigilancia ni reproche la homosexualidad hasta entonces forzada al secreto, a jóvenes de origen modesto, que serán sus criados, secretarios o protegidos.

En su Journal, André Gide cita una frase que habría oído de sus propios labios en 1921; según Proust, no había «amado a las mujeres más que espiritualmente, y que no había conocido nunca el amor más que con hombres». Pero para Gide, Proust era un «gran maestro del disimulo». Proust sintió y mantuvo amistad y amor con mujeres generalmente, de mayor edad que él, madres de amigos, y, sobre todo, novias de amigos, en cuya relación interfiere para arreglar disputas o declararse rendidamente enamorado de las jóvenes, todas ellas hermosísimas y de una elegancia que superaba la habitual de los

medios distinguidos en que se movían. Sobre estas relaciones femeninas, las opiniones están escasamente divididas: para su biógrafo George D. Painter, en Proust se dan relaciones heterosexuales que ejemplifican uno de los casos más claros descritos por Freud: se debían a motivos homosexuales, de travestimiento de su sexualidad real. A los 22 años, Proust piensa en casarse con una prima, Amélie Bessiére; siete años más tarde, sin mucho entusiasmo, con Suzanne Thibault, hija de Anatole France; en 1908, con una misteriosa joven de Cabourg, a la que verá de vez en cuando en París y que será uno de los principales modelos de Albertine. «Si dejo París, tal vez sea con una mujer», le escribe en 1909 a su amigo Georges de Lauris dando a entender que querría casarse con ella. El comentario de Henri Bonnet es explícito: «Era ciertamente una fuga… Pero proclamarlo, dar cuenta a sus amigos que ignoraban sus inclinaciones o que las sospechaban, eso sí que era hábil y útil para convencer».

El hecho quizá más relevante de la vida de Proust sea su participación en el proceso Dreyfus, capitán judío acusado de pasar documentación secreta al agregado militar alemán y condenado. En sus inicios el caso no había interesado a nadie de manera especial. Detenido en 1894, en tres meses fue sometido a consejo de guerra a puerta cerrada, condenado a cadena perpetua, degradado y deportado a la Isla del Diablo, en la colonia francesa de la Guayana. En ese momento, y debido al secretismo militar, el affaire apenas logró traspasar los muros de los cuarteles; uno de los padres del socialismo francés, Jean Jaurés, denunciaba incluso la clemencia de los militares con un crimen de lesa patria que, a su juicio, merecía la pena capital.

Pero aunque los hechos y las pruebas del proceso no habían trascendido, sino sólo el «bulto» periodístico de «traidor de lesa patria», un periodista sin nombradía, Bernard Lazare, seguía insistiendo en publicaciones de ninguna relevancia pública sobre las irregularidades del proceso. Otros dos convencidos de la inocencia de Dreyfus, el escritor Marcel Prévost y el senador Scheurer-Kestner, apenas tenían voz. Cuando el comandante católico Picquart, nombrado en 1896 jefe del servicio de información, descubre que la escritura del documento con el que se había condenado a Dreyfus correspondía a otro oficial de origen húngaro, el comandante

Esterházy, y lo transmite a sus superiores, es trasladado, detenido y destinado a colonias, mientras Esterházy quedaba en libertad. Es en este momento, el mismo del J'Accuse de Émile Zola, cuando varios condiscípulos del Liceo Condorcet, Daniel Halévy, Robert Dreyfus y Fernand Gregh redactan un manifiesto que pasan a la firma a personajes eminentes, escritores y artistas; Proust consigue la de quien entonces era un santón de la literatura gala, Anatole France; el manifiesto aparece en L'Aurore el 14 de enero de 1898; la reacción del Ejército no se hace esperar: del 7 al 23 de febrero se inicia un proceso contra Zola por su artículo, cuya sentencia condenó al novelista a un año de cárcel.

El caso Dreyfus no tarda en convertirse en banderín de enganche de ideas y movimientos, creando un malentendido que encasilla a los dreyfusistas como hombres de izquierda y a los antidreyfusistas como hombres de derecha; fueron individuos concretos —escritores, poetas, algún político— los que llevaron el peso inicial de la defensa del inocente. Y si Jules Guesde, fundador del primer partido de clase en Francia, el Partido Obrero Francés, todavía sigue pensando en 1898 que el proceso Dreyfus no es más que una pelea entre burgueses y que el movimiento obrero debe quedar al margen, lo cierto es que los partidos de izquierda fueron sumándose, a raíz del J'Accuse de Zola, a la defensa del capitán Dreyfus; les costó superar, pero superaron, las múltiples divergencias que los distanciaban de un grupo de intelectuales que se comprometieron en el caso por razones éticas más que políticas y que pertenecían a tendencias opuestas —desde radicales de izquierda y socialistas a hombres de la derecha y católicos a machamartillo: desde Mallarmé a Octave Mirbeau pasando por Charles Péguy. Los partidos de la derecha, en cambio, no lograron superar tres de sus barreras sagradas: el militarismo, el antisemitismo y la razón de Estado; esta última, por ejemplo, lleva a Charles Maurras a justificar que el caso siguiese cerrado aunque el condenado fuese inocente.

En juego estaban valores intelectuales y morales nítidos que enfrentan, por ejemplo, a Marcel Proust con Maurice Barrés: si para el autor de A la busca del tiempo perdido había que encontrar «una verdad que exista realmente en sí misma», para Barrés no había

«verdad absoluta […], sino verdades francesas». Este nacionalista antisemita sería, además, el que al frente de los antidreyfusistas se burlase del manifiesto que, con el título de «Una protesta», publicó L'Aurore, al día siguiente del Yo acuso; al denunciar la «protesta de los intelectuales», Barrés bautizaba con este calificativo una de las funciones que, entre excesos y justas defensas, más han ejercido escritores y artistas durante el siglo XX. Para Barrés los intelectuales no eran más que «el desecho fatal del esfuerzo realizado por la sociedad para crear una élite».

El interés inicial de Proust por el caso Dreyfus lo llevó a alterar el emploi du temps de su existencia cotidiana: vivir de día para poder asistir a las sesiones del proceso de Zola. No le obligó a tanto otro grave problema político que conmocionó la Francia finisecular y en el que intervino con su pluma: la III República, a través de Jules Ferry, presidente del Consejo de Estado, de Waldeck-Rousseau y de Combes había iniciado en 1895 un proceso de republicanización de la vida francesa, de las costumbres y las leyes; dos puntos claves iban a afectar a Proust: la laicización de las escuelas —el principal envite de enfrentamiento entre la vieja aristocracia tan amada por Proust y la III República, que removió usos consuetudinarios, sobre todo cuando decretó la supresión de los crucifijos en los locales de enseñanza y, con Combes, en los tribunales de justicia. Es difícil imaginar la conmoción que, en un país que cien años antes había derribado los altares y había entronizado en ellos a la Diosa Razón tras un siglo de ilustrados y libertinos —en el sentido originario de esa palabra: los que atentan contra la religión porque niegan de raíz sus principios— iban a provocar estas medidas.

Los nuevos decretos de laicización pusieron a Proust en pie de guerra, no por las razones político-religiosas que conmocionaron al faubourg Saint-Germain, sino por motivos estéticos: el miedo a que los nuevos tiempos afectasen a las catedrales —que para él eran el carnet de identidad de la «francidad»— lo llevó a escribir un artículo clave para la comprensión del pensamiento estético de Proust: «La muerte de las catedrales», que se prolongará en A la busca del tiempo perdido.

Años de salones, de asma, de veraneos en Cabourg o en Évian, de una visita a Venecia en 1900, de un viaje a Holanda, donde en La Haya admira a un pintor secreto, Vermeer, cuya Vista de Delft servirá para que Swann le dedique un ensayo, la obra de su vida, siempre abandonada, como la del propio Proust que tiene que soportar por ello los reproches de su madre. Años de veladas musicales y teatrales, de preferencia por Debussy y por Sarah Bernhardt; de artículos sobre la vida de los salones, de libros de amigos elogiados hasta el exceso y de algún ensayo breve sobre el estilo de Flaubert. No es mucho tampoco lo que indican las lecturas de esos años: en 1899 lee, prestados, dos libros que pueden ser de cultura general: El arte religioso del siglo XII en Francia, de Émile Mâle, y Las siete lámparas de la arquitectura, de Ruskin, y que constituyen la base de toda su teoría estética; y comienza a traducir La Bible d'Amiens, de este estudioso del arte inglés al que dedicará varios años de atención asidua hasta que concluya la traducción de Sésamo y lirios; en el prólogo que escribe para esta segunda traducción ruskiniana puede vislumbrarse ya el germen, la estructura de la obra futura. Nada hay, por tanto, muy destacable o novelesco, pero será suficiente para encender la mecha de una de las facetas que habrán de revertir en A la busca del tiempo perdido: las excursiones «artísticas» por caminos de viejas catedrales y antiguas iglesias de Francia. El propio Proust se da cuenta de que todo eso no es «nada»: «He cumplido treinta años, y no he hecho nada», exclama en 1901 ante un amigo el día de su cumpleaños.

Muertos sus padres con una diferencia de algo menos de dos años, Proust fija sus hábitos de los años mundanos, vivir de noche y dormir de día, que ya no abandonará hasta su muerte; revisa textos y da vueltas a un trabajo que vacila entre el ensayo y la novela, Contre Sainte-Beuve, mientras hacia 1907 empieza a cobrar perfil en su cabeza, como un sésamo, el núcleo que va a articular su novela definitiva.

En ese mismo año, un suceso de crónica negra —el suicidio, después de haber matado a su propia madre, de un conocido suyo— le sirve para el artículo Sentimientos filiales de un parricida, que aparece en Le Figaro, aunque censurado en su último párrafo porque,

recurriendo a los mitos griegos, parece defender el parricidio como una muestra de amor: los mitos a los que recurre son los de Orestes y Edipo, los mismos que en esa época evocaba Freud en Viena. Hecho menor también es el caso Lemoine, la historia de un estafador que terminó siendo detenido, y que sirvió a Proust para contar el caso y el proceso tomando la pluma prestada a sus escritores preferidos y haciendo con su estilo pastiches sobre Balzac, Flaubert, Régnier, Ruskin, Renán, Saint-Simon, los Goncourt, etc.

Son estos años los que, mientras en secreto elabora su obra, lo llevan hasta la época en que ofrece grandes cenas en el Ritz, sazonadas con propinas desmesuradas, en que pasea por la noche parisina una figura cada vez más estrafalaria y algo patética, de palidez violácea, con grandes bolsas en los ojos, con fracs arrugados y flor en el ojal, o, a veces, paseos nocturnos con el abrigo de pieles puesto sobre el camisón por la ciudad, o por las afueras de París, cuando ordena a su mecánico Odilon Albaret, o Agostinelli, que lo lleve, al alba, a ver despertarse una hilera de manzanos floridos. Vive con su asma a cuestas, drogado por los estupefacientes que toma para contrarrestar las crisis de tos, refugiado en una habitación de corcho para protegerse del ruido, y con la presencia casi táctil de una muerte inminente que, desde su juventud, ve siempre delante. El enclaustramiento en corcho no le impide seguir cultivando su pasión favorita: se hace instalar en casa un teatrófono, aparato que, por medio de un teléfono y de un micrófono, permitía la transmisión auditiva de una ópera o de una pieza de teatro.

Es en 1908 cuando se unce al carro de su gran obra, que en ese momento no tiene ni estructura definitiva ni siquiera plan: «Yo querría ponerme a un trabajo bastante largo»; aún no sabe que en el Contre Sainte-Beuve está escribiendo esbozos —la despedida de los espinos blancos, por ejemplo— que luego pasarán a la Recherche. En una carta a su amigo Louis d'Albufera inscribe los proyectos que bullen en su cabeza: «Un estudio sobre la nobleza / una novela parisiense / un ensayo sobre Sainte-Beuve y Flaubert / un ensayo sobre las mujeres / un ensayo sobre la Pederastia —no fácil de publicar— / un estudio sobre las vidrieras / un estudio sobre las piedras tumbales / un estudio sobre la novela».

En la correspondencia de ese período van surgiendo notas sobre esa novela que unas veces lo agota, otras le inspira desconfianza por su adscripción genérica al ensayo o a la novela, aunque cuando ya esté en marcha diga que se trata de una «verdadera novela y novela extremadamente impúdica en ciertas partes». «Ya no duermo, ya no como, ya no trabajo, hay muchas otras cosas que ya no hago, pero éstas hace ya mucho tiempo». Es en ese momento, 1911, cuando manda mecanografiar su primer manuscrito bajo el título de Las intermitencias del corazón, el tiempo perdido, Parte I, y donde ya aparece la frase inicial: «Longtemps, je me suis couché a bonne heure».

Fueron varios los intentos que Proust realizó, en los dos años siguientes, para encontrar editor a su novela: el primero en rechazarla fue Fasquelle; André Gide, asesor de Gallimard, para quien Proust no es otra cosa que un esnob, un escritor aficionado, hizo un informe negativo que luego había de considerar «el mayor error» de su vida literaria. Y Humblot, director literario de la editorial Ollendorff, también terminará devolviéndole el original con una apostilla ahora célebre: «No puedo comprender que un señor pueda emplear treinta páginas para describir cómo da vuelvas y más vueltas en su cama antes de encontrar el sueño».

En su cuarto intento, Proust anuncia a René Blum, su intermediario con un editor joven, Grasset, que está dispuesto a pagarse la edición; el propio Grasset confesaría más tarde que, ante esa oferta, lo publicó sin leerlo siquiera, pero imponiendo algunas condiciones técnicas: por ejemplo, el volumen no debía superar las quinientas páginas, obligando a Proust a supresiones e incrustación de fragmentos que, en principio, correspondían a tomos posteriores. El 14 de noviembre de 1913 aparece finalmente Por la parte de Swann, amputado en dos capítulos, «En torno a Mme. Swann» y «Nombres de países: el país». Dejando a un lado los artículos elogiosos firmados por algunos amigos, la crítica fue despiadada con ese primer volumen. A instancias de Proust, el director de Le Temps, publicación en la que colaboraba, pidió al mandarín de la crítica del momento, Paul Souday, que prestase especial atención al libro; Souday se descolgó con un artículo «detestable» según el autor, en el que se decía que

«no era un libro decididamente pesado, aunque sí un tanto trivial, (…) plagado de errores gramaticales», en el que los amores de Swann sólo eran una «enorme digresión»; de manera capciosa, Souday ponía esperanzas en el futuro: «Marcel Proust tiene indudablemente gran talento literario, y precisamente por esto es de deplorar que sus numerosos errores palien sus cualidades positivas», para terminar encontrando «valiosísimos elementos con los que el autor hubiera podido escribir un breve y exquisito volumen», y augurando una continuación que esperaba «con simpatía y con la esperanza de que en ella haya más orden, brevedad, y un estilo más correcto».

En medio del entusiasmo de la publicación y de la amargura que le provocan ésta y otras críticas, en la vida de Proust reaparece uno de sus antiguos chóferes de las excursiones ruskinianas: Alfred Agostinelli, al que instala, junto a la que presenta como su esposa, en su domicilio. Experiencia amarga y breve de pasión intensa que no tarda en llegar al final: como Albertine, Agostinelli se fuga. Dos de los símbolos de la primera década del siglo habían sido el automóvil y su «mecánico», con su uniforme de cuero, su casco, enormes gafas y foulard al viento; pero una década más tarde había dejado de encarnar «al supermacho» —así lo llamó Alfred Jarry en la novela de ese título que exaltaba la velocidad, la modernidad, el triunfo del siglo XX, la simbiosis de la inteligencia y la ciencia; ahora era otra la máquina que se perfilaba para los héroes: el avión, y Agostinelli, que quería convertirse en piloto, huyó a Niza para liberarse de la situación en que Proust lo había mantenido «prisionero». Las cartas de esa angustia final pasarán, textualmente, a la novela. «Soy tan desdichado y estoy tan enfermo que no tengo valor para levantarme», escribe Proust el 1 de enero de 1914 a un hombre de teatro, Jacques Copeau, uno de los asesores literarios de Gallimard en la N. R. F. A la insatisfacción ante las críticas se unía la desilusión del desastre amoroso; además, la desdicha de Agostinelli no había de tardar en consumarse: el 30 de mayo, en una de sus primeras salidas, su aparato cae al mar, cerca de Antibes, y el joven piloto se ahoga; pocos días más tarde unos pescadores recogerán su cuerpo, mientras Proust empieza a corregir pruebas del segundo volumen, A la sombra de las

muchachas en flor, libro que queda varado por el estallido de la primera guerra mundial.

La postura de Proust ante la guerra es opaca, pero decidida frente a la prensa francesa que arremetía contra todo lo que oliese a alemán y cortaba las cabezas de Wagner y de Nietzsche junto con la de los boches y los pilotos de los gothas: «La verdad es que Boche no figura en mi vocabulario y que las cosas no me parecen tan claras como a ciertas personas. (…). La guerra para mí es menos un objeto (en el sentido filosófico de la palabra) que una sustancia interpuesta entre yo mismo y los objetos… En cuanto a los cañones y a los gothas, le confesaré que no he pensado en ellos un solo segundo: tengo miedo a cosas mucho menos peligrosas, a los ratones por ejemplo», escribe a su amiga la princesa Soutzo. No le preocupan la guerra ni los bombardeos; de regreso de una velada en casa del duque de La Rochefoucauld, se pasea sin precaución alguna en medio de un raid de aviones alemanes que descargan obuses; otra noche visitará un prostíbulo masculino recién inaugurado, a cuya decoración ayudó con algunos muebles de su madre —en La Recherche, los muebles pertenecen a la herencia de tía Léonie, y el prostíbulo es femenino. En El tiempo recobrado la guerra encontrará amplio eco y el Narrador hablará de su estima por los soldados del frente y su disgusto ante los «emboscados», ante los que, enarbolando toda suerte de disculpas y privilegios, se habían quedado en París viviendo en medio de los placeres, como Mme. Verdurin o el barón de Charlus. Ese mismo Narrador no se muestra muy satisfecho con la llegada de la paz, que sólo redunda en provecho de los políticos.

El saldo de la guerra había sido cruel con Proust: la publicación de su novela paralizada, su obra en marcha truncada, varios amigos del alma muertos en el frente de batalla, sobre todo uno, que había mitigado el dolor de la muerte de Agostinelli: antes del término de la contienda, a finales de 1915, ya ha tenido que enjugar algunos lutos más: «Estos días tan tristes nos recuerdan que los años vuelven cargados de las mismas bellezas naturales, pero sin traer con ellas los seres. Ay, en 1916 habrá violetas, flores de manzano, pero ya no estará Bertrand de Fénelon».

Con los lutos en la memoria, su vida se vuelve más mundana dentro de lo que su enfermedad le permite; acude regularmente al Ritz, dando cenas o cenando solo varios días a la semana en medio de la fascinación de la guerra: «He salido al balcón y me he quedado más de una hora viendo este apocalipsis admirable donde los aviones subiendo y bajando venían a completar o a deshacer las constelaciones». Hay, sin embargo, algunos momentos álgidos: durante dos días de agosto de 1917 permanece inerte, sin vida, probablemente a causa del veronal; y a principios de abril de 1918, sufre nuevos síntomas premonitorios de su muerte: una especie de parálisis facial que afecta a la elocución. Los problemas de elocución volverán a repetirse de vez en cuando, ligados a su asma.

En medio, un hecho capital para la marcha de su obra: tras muchas rencillas, remilgos, reproches y fingimientos de enfados, Proust consigue arrebatar a Calmette permiso para que el segundo tomo de A la busca del tiempo perdido aparezca en Gallimard; cuando se publique, las maniobras de sus amigos le conseguirán el prestigioso premio Goncourt. Ahora Proust tiene prisa por acabar su novela, luchando contra la enfermedad, contra la otitis, contra la necesidad de utilizar gafas, contra «una extranjera que ha elegido domicilio en mi cerebro», que se ha instalado en él «como hace un amor», repetirá en eco el final de La Recherche: la muerte. Se encadena febrilmente al trabajo, en medio de caídas, de síntomas de uremia —enfermedad de la que habían muerto su madre y su abuela —, de un envenenamiento accidental por haber absorbido siete sellos de veronal de un gramo cada uno,… pero no por ello abandona la vida social ni deja de acudir a algún baile en el Ritz, a una cena en honor de Diaghilev, Picasso, Stravinski y James Joyce, a quien devuelve al hotel en su coche, a fiestas de fin de año…

En abril de 1921 aparece La parte de Guermantes, II y Sodoma y Gomorra I, en un solo volumen; al año siguiente, el final de Sodoma y Gomorra. Antes de morir, en septiembre, puede ver la traducción inglesa Charles Scott-Moncrieff del primer tomo, The Swann's way; le irrita ese «way» que traiciona la letra y el espíritu, y amigos ingleses le informan de que el contenido tampoco está mejor: «Tengo tanto amor a mi obra, que no dejaré demolerla por unos ingleses». Pero ya no

puede más; aunque violentas crisis de asma lo derriban varias veces en su cuarto, sigue acudiendo a algunas soirées; no permite que su hermano médico le ingrese en una clínica; la neumonía aparece el 8 de noviembre; vivirá diez días más; la última noche, la del 17 al 18 de noviembre, todavía la pasó trabajando en sus manuscritos ayudado por Céleste Albaret, y cuando ésta, agotada, no pueda más, Proust proseguirá sólo hasta el alba.

El lector, educado en la tradición decimonónica de la novela, no podía por menos de extrañarse ante la propuesta que Marcel Proust hacía en 1913 al iniciar con Por la parte de Swann la publicación de A la busca del tiempo perdido. El tipo de escritura —empezando por el título mismo— era insólito: largas frases que se convertían en laberintos enhebrados por relativos y desviadas por constantes paréntesis. Desde el período inicial, ahora tan útil para la cita, y que desconcertó a sus dos primeros lectores, André Gide y Jacques Copeau: Longtemps, je me suis couché de bonne heure —con esa coma que aísla el adverbio temporal y rompe el ritmo lógico de la frase, y a la que terminarán respondiendo como un eco profundo y explicativo el párrafo que remata la novela total y sobre todo sus tres últimas palabras: «dans le Temps»—, el lector se encontraba y se encuentra ante una sucesión de obstáculos a la comprensión inmediata de lo leído. Y no sólo el lector corriente: expertos críticos y escritores tan lúcidos como André Gide se revolverán contra una escritura a la que algunos acusan de soporífera, y que, desde la norma lingüística francesa resulta en muchos empleos gramaticalmente incorrecta. Si el director literario de la editorial Ollendorf devolvió a su autor el manuscrito de Por la parte de Swann con la apostilla anteriormente citada: «… no puedo entender que un señor necesite treinta páginas para describir cómo da vueltas y más vueltas en la cama antes de conciliar el sueño», André Gide, tras leer las primeras páginas, al llegar al pasaje de las vértebras de la peluca de la tía Léonie, abandonó el manuscrito y aconsejó a Gastón Gallimard no

publicarlo. Más tarde, editado ya el libro, después de comprender su error y pedir disculpas, Gide, que nunca dejó de mostrarse reticente hacia la obra de Proust, la situará como la culminación de la narrativa del siglo XX: «Es erróneo —le dirá al novelista norteamericano Frédéric Prokosch, que lo refiere en sus Memorias— tomar a Proust por un innovador. Se limitó a hacer lo que se había hecho a menudo antes que él, pero lo hizo con un cuidado infinito y una astucia inagotable. Eso es lo que importa, la precisión, la habilidad, y no la audacia y la fanfarronada».

Como es sabido, el siglo XIX supone el apogeo del género narrativo, con Balzac, Flaubert y Stendhal como grandes creadores desde perspectivas bien distintas: desde la crónica de un ámbito social englobado en la intra-historia, como el caso de Balzac —también Proust trata de hacer, podríamos decir incluso que con los mismos materiales, una «Comedia humana», aunque de dimensiones y finalidad absolutamente distintas a las del autor de Esplendores y miserias de las cortesanas—, hasta el buceador de las profundidades psicológicas del Stendhal de La cartuja de Parma, pasando por el estilista Flaubert, que rehace una y otra vez sus Tres cuentos, por ejemplo, raspando el estilo, eliminando lo adjetivo, hasta el punto de demediar el número de páginas de sus borradores. Sin olvidar a los grandes narradores ingleses —para Proust son capitales George Eliot y Thomas Hardy— y a los rusos —Dostoyevsky: basten estos pocos nombres para situar el momento en que Proust nace a la literatura, en ese cuarto de siglo que va de 1880 a 1905 y que supone el período de formación y de lecturas capaces de marcar la trayectoria de un escritor en ciernes. Pero si el lector empapado en esa gran tradición narrativa abre A la busca del tiempo perdido y trata de sumergirse en ella, la sorpresa puede llegar hasta el desagrado: hay una distancia infinita entre las propuestas de la narrativa decimonónica y Proust, en quien encontramos, en vez de una trama lineal y un hilo del ovillo, una madeja absolutamente intrincada en la que múltiples hilos van tirando de algo inextricable a lo que muy difícilmente puede darse el nombre de acción o trama; hilos que se superponen, enredan y encabalgan hasta eliminar nociones sacralizadas por la narrativa

tradicional: por ejemplo, el tiempo, uno de los arcos que sostienen la bóveda de esa catedral de A la busca del tiempo perdido.

Es el propio Proust el que aplica a la construcción de su obra la metáfora de catedral, una arquitectura cuyos planos iniciales no son definitivos: sobre ellos, el tiempo y su paso irán alterando la idea primera, cambiando el sentido de las partes, modificando y añadiendo recovecos y capillas que alteran radicalmente el proceso de elaboración: en 1913, cuando aparece Por la parte de Swann, los planos de la totalidad de A la busca del tiempo perdido estaban trazados: diseñaban la vida interior de una sociedad caducada en la que pervivían los mitos que habían crecido al socaire del II Imperio y alimentado la vida francesa de la «mondanité», que era su expresión más acabada, cuando ya ese Imperio y sus aristócratas más representativos habían sido arrojados de la Historia; ése era el trazado general catedralicio, pero en las capillas, soldadas al plano central, se alzan distintos altares: la belleza, la elegancia, el dinero, el amor con sus pormenores más angustiosos —Swann— o más venales; y en el centro mismo del trazado que vertebra la bóveda, la presencia extraña del Narrador articula la vida exterior de sus personajes —a los que presta situaciones y sentimientos propios, vividos repetidamente, sobre todo en el apartado de la ansiedad amorosa— por él y por sus alter ego, y su propia vida interior, singularmente aguda para el análisis de la forma de procesar el pensamiento que tiene la mente humana.

En profundidad, A la busca del tiempo perdido termina emparentando, a través de más de tres mil páginas, con los grandes relatos que desde La Odisea se encargan de analizar el comportamiento del «mundo», en su doble significación de «gentes, individuos» y de «crema de la sociedad». Mediante la memoria, «lo que se trata de hacer salir, escribe Proust en El tiempo recobrado, es nuestros sentimientos, nuestras pasiones, es decir las pasiones, los sentimientos de todos». A pesar de la oposición de Proust a los métodos de crítica literaria de Sainte-Beuve que tienden a mezclar vida y obra, el motor inicial de A la busca del tiempo perdido es la narración de la propia vida; ese Narrador, al que en dos ocasiones el texto bautiza con el nombre de «Marcel», se enfrenta a la tarea de novelar armado con su memoria, pidiéndole que aporte los datos del

entorno, del ambiente, desde los tipos de carruajes o coches utilizados por la época hasta las toilette de las damas del tiempo narrado, que sólo al final será el mismo de la escritura —el período de la primera guerra mundial—; hasta entonces es la época de la juventud de la voz narrativa, que se corresponde con el mundo decadente del II Imperio.

Pero las pesquisas de Proust en busca de fotografías de época apenas sirven para otra cosa que para vestir por fuera los personajes y el tiempo; la memoria proustiana está unida a la sensación, porque son las sensaciones las que hacen brotar el recuerdo, y con ello las profundidades del individuo, la parte más auténtica del ser humano precisamente porque son inconscientes y porque, hundidas en la conciencia, perduran exentas de influencias exteriores: «En primer lugar, precisamente porque son involuntarios, porque se forman por sí mismos, atraídos por el parecido de un minuto idéntico, [los recuerdos] son los únicos que tienen una rúbrica de autenticidad. Luego, nos refieren las cosas en una dosificación exacta de memoria y de olvido. Y por último, como nos hacen saborear la misma sensación en una circunstancia completamente distinta, la liberan de cualquier contingencia, nos dan su esencia extratemporal, la que es justamente el contenido del estilo bello, esa verdad general y necesaria que sólo traduce la belleza del estilo». (El 12 de noviembre de 1912, dos días antes de aparecer Por la parte de Swann, en Le Temps aparece una entrevista con el autor firmada por Élie-Joseph Bois, que parece haberse limitado a transcribir sin alteraciones un texto previamente redactado por Proust. A él corresponde este pasaje). Pero el relato de la vivencia de un protagonista, si es que puede llamarse así al Narrador, no es más que un estrato inferior del proyecto de A la busca del tiempo perdido: los sentimientos interiores despertados por las sensaciones y la memoria van a ir traspasando los límites de la conciencia personal, invadiendo otros dominios y transformando el resultado de la novela en una filosofía de la existencia. Enmarcado por los datos, documentos y fotografías que de manera escrupulosa pide Proust a corresponsales y amigos, y que le sirven para reconstruir con minuciosidad de microscopio la vieja realidad, el resultado pretende no reflejarla, sino descubrir las leyes generales de la realidad, su

interpretación, esa «esencia extratemporal» de que hablaba en la citada entrevista.

Fueron largos años de dar vueltas, de girar sobre el mismo pivote, de alterar los nombres, cometidos y funciones de sus personajes, de escribir miles de páginas que resultaron fracasos consumados como fueron Jean Santeuil y Contre Sainte-Beuve, que no son sino los tanteos primeros para llegar a La Recherche. Como el cantero constructor de catedrales, Proust no tenía al principio conciencia clara de los objetivos de su idea de escribir: nacieron como producto de esas vueltas y revueltas e imponen al lector la obligación de desenmarañar la red de intentos y soluciones a que el novelista llegó.

Si los temas tradicionales de la novela decimonónica persisten en la obra de Proust —el amor, los sentimientos, la relación entre el individuo y la sociedad—, la perspectiva desde la que están contemplados los renueva; en ese mismo momento Sigmund Freud los abordaba en Viena desde la conciencia inconsciente, eliminando la capa con que la cultura y los tópicos decimonónicos los habían codificado, y alzando el velo sobre otros, hasta ese momento tabuizados por la religión y los sistemas sociales, como la homosexualidad, que iba a convertirse en uno de los ejes centrales de A la busca del tiempo perdido: Proust aborda el amor prohibido desde una perspectiva que nada tiene que ver con ninguna moralidad —sea ésta religiosa o laica—: Se trata de un fenómeno natural descrito en un episodio célebre como la fecundación de la orquídea por el abejorro. Si en la primera parte de la novela apenas alude a ese fenómeno en dos escenas —la hija de Vinteuil y su amiga besándose en la casa de Montjouvain (Por la parte de Swann); Saint-Loup abofeteando a un hombre que se le insinúa (La parte de Guermantes)—, Proust encara decididamente la inversión —ése es el término que utiliza, nunca el de homosexualidad— en Sodoma y Gomorra, desde el momento en que el Narrador sorprende a Charlus en acción con Jupien: entonces se aclaran numerosos hechos anteriores que el Narrador no comprendía y surge, una vez levantado el velo, todo un mundo de invertidos masculinos y femeninos que pertenecen a los ámbitos sociales más diversos: ninguno de ellos, desde el príncipe de Guermantes hasta los criados, y a pesar de ocultar a la sociedad lo

que ésta considera una desviación escandalosa, consigue tapar sus inclinaciones sexuales. La postura del Narrador hacia esos amores homosexuales no es nada complaciente, porque en vez de atender al segundo término, homosexual, se fija en el primero, y sabe que el amor no es otra cosa que una ilusión más que se nutre del Tiempo: la inversión, lo mismo que la heterosexualidad, no es sino otro infierno, el espacio donde ejerce su fuerza ese poder autodestructor que es el amor; y una prueba más de la miseria en que, como títeres de farsa, se mueve en los seres humanos.

Toda la novela del siglo XIX había intentado reflejar verdades, asentar tesis, describir mundos, y para ello se había esforzado en «decorar» la acción, surtirla de efectos «reales» mediante una escenografía acorde; pero, como en las obras de teatro, las paredes son de papel pintado y escayola, y buena parte del vestuario se resuelve mediante postizos: en ese envoltorio, Balzac iba a pintar las pasiones de la ambición y del dinero, del poder y de las escalas sociales, atendiendo más al resultado externo que al interno; Stendhal, enfocando el entramado psicológico del individuo, no prescindía de esa obligación impuesta por el género: perfilar la época, los ambientes, hacer el retrato de los personajes; esa realidad enmarcada en la historia, sea positiva o negativa, virtud o vicio, podía contrastarse, como también ocurre en Émile Zola o en Anatole France.

En cambio, a pesar de emplear ese mismo envoltorio, Proust multiplica todos los recursos escenográficos. La confesión hecha en Contre Sainte-Beuve: «Cada día doy menos valor a la inteligencia», derriba de su pedestal a los dos artífices principales de la tradición clásica: la voluntad y la razón. Para Proust, «lo que la existencia nos devuelve bajo el nombre de pasado no es él», y, por lo tanto, voluntad y razón resultan ridículas a la hora de escribir; ni la inteligencia ni la memoria racional sirven para nada: es otra memoria, la sensorial, la táctil, la que de pronto hace surgir —a través de una magdalena, de la campanilla del Viático, de un perfume de azahar— el pasado sensitivo, el «recuerdo de un olvido», diría Luis Cernuda: «Si se supiese analizar —escribe Proust en su artículo "En memoria de las iglesias asesinadas"— el alma como la materia, se vería que, bajo la aparente diversidad de los espíritus lo mismo que bajo la de las cosas,

sólo hay unos pocos cuerpos simples y elementos incompatibles, y que ese poco entra en la composición de lo que creemos que es nuestra personalidad, de las sustancias muy comunes y que se encuentran un poco por todas partes en el universo».

Los ambientes, multiplicados, distorsionan cualquier posibilidad de certidumbre y los personajes, ocultando su realidad y haciendo de su existencia pura apariencia, le permiten alcanzar su objetivo: la búsqueda, por los vericuetos que impone la realidad, de la verdad profunda de cada uno, que, frente a lo que ocurría en la novela del XIX, no es contrastable, porque no se traza el mapa de la historia o de la sociedad, sino el de la conciencia del individuo, movida por la irracionalidad de las sensaciones, de los procesos nerviosos, químicos o ideológicos, y no por la razón lógica.

De este modo, Proust operaba una revolución copernicana en y para la literatura, según admiten los escritores más importantes del siglo. Al introducir la conciencia como objetivo describible y una gratuidad, señalada por André Gide, que no atendía compromisos ajenos a esa conciencia, Proust multiplicaba las facetas posibles de una escritura que es muchas cosas a la vez: desde una obra parcialmente autobiográfica, e iniciática en su totalidad, a la pintura de una sociedad —ya desaparecida en su indumentaria externa—, pasando por una novela psicológica, una obra simbólica, una defensa de un tema prohibido y evitado hasta entonces como la homosexualidad, y una reflexión sobre la literatura, el arte y la creación. No le mueve además el generoso deseo idealista de la novela del siglo XIX, que pretendía señalar defectos para corregir al individuo o el sistema: la «buena conciencia» y la lucidez del Flaubert que supo percibir el desorden interno y volcánico de la sociedad francesa en La educación sentimental no sirvió para frenar la hecatombe que se cernió sobre Francia en 1870. Para Proust, la moralidad no entra en los cometidos del escritor y en su pluma las ideas políticas no son otra cosa que una retórica más: en El tiempo recobrado, la sátira más virulenta del siglo XX sobre esa sociedad, saca a escena a Mme. Verdurin que ha culminado su ascenso social y, convertida ahora en princesa de Guermantes, degusta el sabroso cruasán que tanto le ha costado conseguir por las incomodidades de

la guerra, mientras en el periódico de la mañana puede leer la catástrofe del Lusitania.

Las tres mil quinientas páginas de A la busca del tiempo perdido no cuentan gran cosa, no narran hechos, por más que duquesas y marqueses, princesas y cocottes con ambiciones, bailen una danza que saca a primer plano los ambientes en que se desenvuelven, y que Proust detalla con riguroso cincel de miniaturista: «Obra más sociológica de lo que se cree», apunta Roland Barthes. El primer volumen, Por la parte de Swann, remite al lector a las vacaciones infantiles del protagonista, con un mundo dividido en dos partes que articulan el conjunto narrativo: la parte de Swann, o mundo de la burguesía parisina, con un Swann de origen judío, esteta estudioso del arte de Vermeer, casado con una antigua cocotte que pretende romper con los bajos fondos; y La parte de Guermantes, o mundo de la aristocracia, nimbado de misterio y distancia, sin vínculos con la familia del Narrador, en cuya mente de niño se inscribe como un mundo de referencias míticas.

El segundo título, A la sombra de las muchachas en flor, asciende un grado en la escala del tiempo: el innominado Narrador es ahora un adolescente que pasea por el malecón de una estación balnearia con la mirada dividida entre el mar y una pandilla de muchachas sobre las que vuelca sus sueños de despertar sexual, hecho también de velos y de mitos.

Las pulsiones de la sexualidad incipiente y el contacto a través de la lectura, del teatro y del arte con la idea de «creación» lo empujan hacia un mundo distinto del real; el Narrador navega a ciegas y a tientas en un mar de sentimientos que modifican la realidad según su deseo y que tienen por solo fruto el tormento de los celos y la insatisfacción. La parte de Guermantes, tercera página del gran fresco, adelanta al Narrador en el descubrimiento de los misterios: el sueño infantil, la mitificación de Guermantes y del mundo aristocrático, irán decayendo a medida que consiga penetrar en ese ambiente, porque sus representantes más mitificados —empezando por la duquesa Oriane de Guermantes, que al niño Narrador le había parecido una diosa surgida de las aguas, y siguiendo por la encarnación de los valores aristocráticos e intelectuales que es su amigo Saint-Loup—

resultan, desprovistos de sus oropeles, individuos sin interés ni valores, enzarzados en una vida frívola de la que no salvan siquiera el arte; no resulta mejor la perspectiva que lanza sobre la rica burguesía encarnada por Swann: Proust destroza con ferocidad ese ambiente como si Moliére le hubiese prestado sus trazos más farsescos: tanto el salón de los Verdurin como el círculo de Guermantes son pura farsa, y mentira sus pretensiones intelectuales y artísticas; tras la apariencia y el sueño mítico infantil, se impone la verdad.

Sodoma y Gomorra será una cala más profunda todavía en esos ambientes; el Narrador tiene acceso al otro lado de la trama, al envés de la alcurnia y la lujuria; el descenso a los infiernos le permite entrar en las «ciudades de la llanura» y hacer el recorrido de los prostíbulos, mientras de día, al otro lado de las cajas, sobre el escenario visible, la sociedad francesa más esplendorosa representa la comedia de la elegancia y el brillo, de los coches y la modernidad, del golf y del tenis, de lo chic recién importado de Inglaterra como si todo ello fuese la cima de una civilización.

Sólo le queda al Narrador un refugio: pero la ilusión suprema, la del amor, es eso, una prestidigitación; se había metido debajo de la piel de Swann en sus amores con Odette y ahora, en los tres últimos volúmenes de A la busca del tiempo perdido, prueba en carne propia las torturas y el infierno del amor (La prisionera), un amor del que no queda nada porque, muerta Albertine, el olvido va haciendo camino (La fugitiva) hasta llevarlo a la convicción de que «nada dura, ni siquiera los mayores dolores».

El estallido de la primera guerra mundial supone una ruptura, tanto para la acción como para la peripecia del Narrador que ha pasado largo tiempo en una casa de salud: de regreso a París, todo ha desaparecido revocando para siempre sus sueños infantiles: las dos partes de su infancia, la aristocracia con sus misterios, y la burguesía, se han confundido en una sola; los Guermantes se casan con la burguesía adinerada y la representante más insigne, por su zafiedad, de ese mundo burgués, Mme. Verdurin, es ahora princesa de Guermantes. Proust zarandea ese mundo ya caducado en las páginas terribles por su virulencia del «baile de las cabezas» celebrado en casa de la princesa de Guermantes en el último tomo, El tiempo

recobrado. La única tabla que encuentra para evitar el naufragio es la creación artística: personajes que habían pasado a su lado sin conseguir centrar su atención —el pintor Elstir, el escritor Bergotte, el compositor Vinteuil—, se convierten ahora en faros de una vocación decidida de escritor, siempre pospuesta desde sus inquietudes de adolescente: el libro futuro, del que A la busca del tiempo perdido no es en el fondo más que el prólogo, es lo único que puede salvarle.

«Nadie entendió nada», se lamentaba Proust viendo que sus primeros volúmenes le ganaban el título de escudriñador de pequeños detalles cuando lo que él buscaba eran grandes leyes: su novela ofrecía la originalidad de su propuesta como una exploración, casi ilimitada, de lo vivido, y no de los hechos vividos, de las anécdotas o sucesos que protagoniza de manera más bien difusa el Narrador. Éste no es un «yo» de crónica, ni permite al lector ver en ese personaje un ejemplo de narración psicológica —como lo es Molly Bloom en su largo parlamento final del Ulises—, sino que, a través de ese yo narrativo, Proust «buscó la metafísica, de la que nadie prescinde», según Paul Valéry: la cotidianidad de los personajes, la minuciosa descripción de las herramientas de sus vidas —desde toilettes hasta perfumes, criados, marqueses, amantes, reflexiones sobre el arte—, no son sino metáforas de un conjunto mayor que tiene por eje a un individuo obsesionado por apresar el tiempo mediante la escritura. Uno de los temas mayores de A la busca del tiempo perdido es el Tiempo, especie de cuarta dimensión que está impresa en la concepción proustiana de su forma de novelar: «Para mí, la novela no es sólo psicología plana, sino psicología en el tiempo». (Essais et articles), y que se materializa en el último párrafo de la novela, en El tiempo recobrado, cuando todo lo leído se convierte en recuerdo del pasado: en el «baile de las cabezas» el Narrador ha tenido la revelación del paso del tiempo a través de las caras de los invitados a esa matinée, y de esa revelación surge la novela, la voluntad de pintar el gran fresco que tiene por protagonista a la acción del tiempo sobre los personajes.

El arma fundamental del Narrador es la memoria, otro de los temas mayores; pero no la memoria que presta la inteligencia o el raciocinio, que ya hemos visto condenados por Proust; el campo a

explorar, las profundidades del individuo, la vida interior —donde yace lo no consciente, la parte más auténtica— no admite más herramientas que los recuerdos, y los recuerdos, además de involuntarios, ofrecen la particularidad de contener la «esencia extratemporal» de la persona. Esa memoria involuntaria, hecha de sensaciones emotivas, posee más poder «realista» para adentrarse por la confusa maraña de signos que construyen la existencia que la razón.

La llave maestra que precipita el desencadenamiento de la memoria no es la inteligencia, sino las sensaciones: el primer día de enero de 1909, Céline Cottin, cuando Proust regresa a casa a altas horas de la noche, le sirve un bizcocho que el escritor empapa en el té: el sabor despierta bruscamente todo un faldón del pasado en el paladar, acompañado por las circunstancias de los tiempos idos en que ese mismo sabor se produjo: al llevarse el bizcocho a la boca percibió un vago aroma de geranios y de flores de naranjo; se paró el tiempo entonces, y de repente se vio transportado al jardín de su tío abuelo Louis Weil, en Auteuil: el sabor del té con el bizcocho que su tío abuelo le daba de niño había estado treinta años encerrado en el paladar, guardado en alcanfor. En ese preciso instante Proust se dio cuenta de que ése era el símbolo de lo que iba a ser su novela, el símbolo de la naturaleza de la creación artística: la sensación de realidad sentida en el hondón de uno mismo y el descubrimiento de afinidades entre dos sensaciones.

Sobre el papel, el bizcocho se transmutaría en magdalena, símbolo a su vez de Proust y de su obra: pero al lado de la magdalena hay, en A la busca del tiempo perdido, otros muchos elementos o sucesos con la misión de activar la memoria: las flores de papel japonés que se esponjan en el agua, el olor a barniz y humedad de una escalera, la vista de los espinos blancos, un ejemplar de François le Champí de la biblioteca del príncipe de Guermantes, los tumbos del coche que lleva al Narrador a la matinée de la princesa de ese linaje, el ruido de la cucharilla sobre un plato, o el de una tubería: sensaciones que devuelven al Narrador a Combray, al desayuno de los domingos en el cuarto de la tía Léonie, a la lectura infantil que de ese libro de George Sand regalado por la abuela le hacía su madre, a la plaza San Marcos

de Venecia, a las vacaciones infantiles del Grand-Hôtel de Balbec y a su cuarto: «Cada día antiguo permanece depositado en nosotros, como en una biblioteca inmensa donde hay libros viejísimo un ejemplar que nadie sin duda irá nunca a pedir».

Esa biblioteca de las sensaciones constituye la profundidad del individuo, incluso aunque éste no sea consciente; incluso aunque, como ocurre en el episodio de los campanarios de Hudismenil, no sepa de dónde procede la dicha que lo embarga; la memoria involuntaria exige, si la sensación no trae consigo el pasado, cierto esfuerzo para desencadenar el recuerdo que provocó en el tiempo perdido esa misma sensación.

No fue Proust el primero en utilizar el mecanismo de la memoria involuntaria: en Las confesiones, Rousseau lo había activado en el episodio de las hierba doncellas que le recordaron un paseo de su juventud con Mme. de Warens (J.-J. Rousseau, Las confesiones, libro VI; ed. de M. Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1997), y más tarde Chateaubriand y Nerval habían recurrido a él de forma no sistemática, obligados hasta cierto punto por la presencia de esa memoria sensorial en su propia vida. De manera más meditada que estos antecedentes franceses, y dando vueltas alrededor de un núcleo todavía no sistematizado, Leopoldo Alas Clarín iba a revelar, poco antes de Proust, el mismo proceso de remisión a la infancia —aunque el francés magnificó el símbolo para extraer de ese retorno una concepción integradora de la escritura— e idéntica tensión indagadora en un relato inconcluso, Cuesta abajo. (Clarín lo publica en folletón, de marzo de 1890 a julio de 1891, en la revista La Ilustración Ibérica (Barcelona). En 1980, el profesor Benito Varela Jácome, en su ensayo sobre Clarín (Editorial Edaf, Madrid) fue el primero en hacer referencia a esa relación Proust-Clarín de manera fehaciente, recogiendo en la parte antológica varias páginas del texto. En 1985 apareció por fin en volumen Cuesta abajo, en edición de Laura Rivkin (Editorial Júcar, Madrid, 1985). Véase la introducción: «Cuesta abajo de Clarín: Anticipando a Proust» y, dentro del texto clariniano).

En el texto de Clarín el principio arranca de modo semejante al de Proust, con la memoria involuntaria estimulada por los sentidos; en

Clarín es la campanilla del Viático o el «olor de azahar mezclado al del jazmín» los que recuerdan al protagonista, también Narrador, el orden moral de la madre, mientras la luz de la luna llena lo lleva a sentir los brazos del padre difunto, que había sido su apoyo durante las primeras contemplaciones de la infancia. El resultado de aquella extraña evocación era muy parecido a lo que puede llamarse el recuerdo de un perfume o de una música; más de un perfume. Cerca ya del amanecer, Emilia, triunfante, deslumbrada por el triunfo, tuvo la mala idea, mala para ella, de quedarse melancólica y como soñando bajo las ramas de un gran naranjo. El azahar embriagaba mezclado con el aroma de los próximos jazmines.

Recuerdo que mucho tiempo más adelante, cuando yo era un filósofo krausista que procuraba hacer compatibles los mandamientos de M. Tiberghien con mis aficiones a las modistas de Madrid, persiguiendo una tarde a una chalequera, más lleno de lascivia que impregnado de ideal, me paró de repente una vibración sonora, triste, solemne: era la campanilla del Viático. Como si fuera electricidad que había desaparecido por el suelo, sentí que la lujuria se me caía cuerpo abajo, huía al infierno evaporada. Fui otro hombre de repente: me acordé del que agonizaba acaso, y tuve remordimiento de mi juventud sana y vigorosa. Pues, aunque por causa muy diferente, análogo efecto me produjo el olor del azahar mezclado al del jardín. Al penetrar bajo aquella bóveda verde y olorosa se disipó como un soplo mi embriaguez de voluptuosidad carnal, desapareció todo el atractivo de las formas exuberantes de Emilia, dejé de sentir provocado por sus ojos y sus sonrisas, y se me llenó el alma de una dulcísima tristeza como mística, me latieron en el corazón reminiscencias de la infancia, muy lejanas, borrosas, pero de una intensidad inefable. «El olor mezclado de azahar y jazmín se juntaba, se mezclaba también a la reminiscencia…».

Citaré una afinidad más; como Proust, Clarín pretende liberar la historia personal de las convenciones objetivistas del realismo; y también una diferencia fundamental: el descubrimiento que Clarín hace en Cuesta abajo no va a dar lugar a un mito de la creación literaria; no se atreve a dar el paso dado por Proust, porque se niega a expresar el autodesarrollo en forma de novela; pero adivinó el paso

siguiente, y en uno de los párrafos el asturiano anuncia no a Proust, sino el estilo de A la busca del tiempo perdido: «Si estas memorias —dice Narciso—, o lo que sean (pues ya fuera de cátedra no creo apenas en los géneros), cayesen en manos de uno de esos literatos eminentemente romanistas, arianos, como dicen ahora algunos críticos judaizantes, en manos de uno de esos literatos que, ante todo, en toda clase de arte aman la arquitectura, y en el plan de toda obra ven como lo principal un plano; si tal aconteciera, digo, el tal literato notaría que ya había perdido el hilo lastimosamente, que todo se me volvía digresiones e incoherencias».

Quizá la mayor aportación de Proust a la novela sea la aparición de la conciencia, de ese «yo» que, de la primera a la última pagina de A la busca del tiempo perdido, lo invade todo, hasta los momentos en que el lector cree estar más cerca del reportaje de época. Nada de lo que ocurre es un trozo de realidad simple, de hecho objetivo, sino que lo que se cuenta, salga del Narrador o de la boca del resto de los personajes, las reflexiones, la emoción provocada por los paisajes, todo está trasvasado por ese sujeto que narra, o mejor, que desvela su conciencia y la conciencia que tiene del mundo. Se ha subrayado que en muchos momentos, esa voz de susurro que parece hablar al oído del lector parece tan cercana que termina por volverse la conciencia propia del lector.

Ese «yo» que escribe, y que en dos ocasiones recibe el nombre de «Marcel» en El tiempo recobrado, es un conglomerado de «yoes»: la crítica francesa ha desglosado hasta cuatro figuras en ese «yo», en esa misma conciencia narrativa encarnada por el Narrador: el héroe —que, además de narrar, interviene en lo narrado como oyente, como ayudante, como ser vivo con sus emociones; el Narrador como tal; detrás de éste, un autor llamado Marcel Proust, dado que el Narrador no es transubstanciación mecánica del escritor; y por último, el hombre Proust, que guía la escritura y pone su vida propia, aunque no haya en ella «grandes» acciones al servicio de la novela. Los materiales de esa vida carente de mucho interés del hombre Proust son elaborados por el autor, que los entrega a un narrador para que con esa experiencia vital componga un relato; y éste, crea un héroe que no dispone de la omnisciencia de los demás, porque en el punto

de partida, en su infancia, lo vemos ignorando tanto las reglas del mundo como los mecanismos de formación de la personalidad: precisamente por eso, porque el individuo no es algo inmutable, sino que su historia supone diversos aspectos sucesivos —aunque sólo sea en lo físico—, que mueren cotidianamente: «Un carácter no cambia menos que [las sociedades]» en el tiempo. La memoria se encarga de mantener aletargada pero viva la conciencia de esa suma de «yoes» que es la verdadera vida interior del individuo —«Nuestro yo está hecho de las superposiciones de nuestros estados sucesivos»—, aunque la mayoría de la gente lo ignore y la ignore. El propio escritor es un «yo» más en su trabajo: «Sé cómo acabará Swann —le decía Proust a Paul Morand—, y ya lo he escrito, pero en el intervalo le ocurrirán muchas cosas que yo todavía ignoro; mis personajes me llevan donde quieren».

En ocasiones, son los enemigos de una obra los que más luz arrojan sobre ella; el sentido del Tartufo y del Don Juan de Moliére no lo encontramos en los elogios de los gacetilleros ni de los amigos del comediante, sino en las furibundas críticas de los estamentos a los que ridiculizaban sus farsas; para no dar pábulo a la cizaña sembrada por la Compañía del Santo Sacramento contra Moliére, su amigo Boileau realza y elogia sus aspectos literarios y cómicos, mientras los enemigos iban directamente al grano y desnudaban mejor el meollo de la pieza, de paso, pedían las llamas del infierno y la tortura para aquel comediante que era una encarnación del diablo. En el caso de Proust, la postura de André Gide resulta sintomática: después de haber pedido perdón —de forma rotunda en el borrador de una carta, que en la versión definitiva suavizó— por haber rechazado la edición de A la busca del tiempo perdido, dos años después de la muerte de su autor escribía: «Si ahora busco lo que más admiro en esta obra, creo que es su gratuidad. No conozco nada más inútil, ni que trate de probar menos. Qué curioso libro, se penetra en él como en un bosque encantado»; en su Journal, a raíz de la aparición de Sodoma y Gomorra, ya había anotado los reproches más duros contra Proust, al que acusaba de no haber arrojado luz más que sobre las fealdades de la inversión sexual.

Las opiniones negativas de los contemporáneos siguen siendo compartidas por muchos ochenta años después de la muerte de Proust. Si ya parecía «extremadamente duro de leer», y James Joyce se burlaba haciendo una síntesis: «Proust, vida analítica e inmóvil. El lector termina las frases antes que él», ensayistas contemporáneos como François Revel, que dedicó a Proust un libro en su juventud, insisten en ese aspecto: «pesado y ciego en sus descripciones».

«Allí donde yo buscaba grandes leyes, me llamaban buscador de detalles… Nadie entendió nada», escribió un Proust dolido, cuyo nombre ya había asociado al de Einstein el mejor crítico europeo del momento, el alemán Ernst Robert Curtius. No se había entendido ni su estructura ni el estilo, que para Proust no era una cuestión de técnica sino de visión. Y esa visión, para sorpresa de los lectores tradicionales, afecta a la palabra, a la sintaxis. «La tensión apremiante de la frase hacia su conclusión cada vez más diferida es elevada hasta un punto casi doloroso, hasta el punto de que, cuando por fin llega la conclusión, trae consigo una resolución mucho más eficaz», escribirá Curtius; y Leo Spitzer, otro de los grandes filólogos de la época, hace hincapié en «el enorme trabajo psíquico que derrocha ante los hechos el alma del Narrador; y que el período proustiano traspone en la expresión su poderosa amplificación».

Una de las dificultades más subrayadas es la utilización que Proust hace de la metáfora; al revés de la tradicional, la metáfora de Proust se rige por el mismo mecanismo que el de la memoria voluntaria: dos elementos separados en el tiempo y en el espacio pueden ser unidos y relacionados por la mente, y derivar así del objeto una esencia nueva: «Sólo la metáfora puede dar al estilo una especie de eternidad», dice Proust del estilo de Flaubert. Ante esa metáfora —antecedente de la de los surrealistas, aunque su finalidad sea otra—, el lenguaje abre una vía de penetración hacia la «esencia de las cosas».

A este tipo de metaforización, que por ejemplo hizo a André Gide abandonar el manuscrito de A la busca del tiempo perdido cuando llegó al pasaje en que Proust hablaba de las «vértebras» de la peluca de la tía Léonie, se suma otro prejuicio contra las largas frases difíciles de la prosa proustiana, que Jacques Lacretelle analizaba perfectamente: «Estas largas frases en laberintos que, en su obra,

enlazan la realidad para expresar todo lo que contiene, esos incisos y esos paréntesis que, en sus cartas, tejen en torno a su corresponsal una fina tela de araña hecha de cumplidos, de escrúpulos, de una real necesidad de acercarse y de un prudente cuidado de ocultarse». Ajena a la lengua francesa de fin de siglo, la prosa de Proust recurre como fuente a la lengua del siglo XVII: la dificultad que plantea, y que ha motivado consejos y guías para intentar leer a Proust, supone «la coincidencia total del fondo y de la forma», según Curtius; «se ha reprochado a los períodos de Proust estar sobrecargados de relativos, entorpecidos por paréntesis y por eso desprovistos de armonía. Y no se ve que esa inarmonía aparente es precisamente una armonía nueva a la que hay que acostumbrarse para sentir todo su encanto».

Nota Editor EPL

La publicación de esta obra ha sido realizada gracias a la colaboración con otros editores. El que se ha encargado de escanear el libro, así como los que me han aconsejado en la maquetación del libro.

Respecto a esto último, tengo que resaltar que se ha seguido el estilo utilizado por el traductor, aunque en EPL no estemos acostumbrados a él. Por ejemplo en el tema de los guiones de diálogo, el cierre de de los mismos y el uso algo extraño de las dobles comillas angulares.

Nota del editor digital

Esta edición digital de la traducción de «A la busca del tiempo perdido». (Volumen 1 de 3) de Marcel Proust por parte de Mauro Armiño tiene el objetivo de ser exhaustivamente fiel a la edición de Valdemar, excepto el «Album» de fotos. Lo hemos dejado para un cuarto volumen y, a su vez, ampliar este cuarto volumen con la colección fotográfica: «Album Proust». (Editorial Mondadori).

En el capítulo «Bibliografía» se cita «Monsieur Proust» de Céleste Albaret y en el apartado dedicado a las traducciones al castellano no se menciona. (Valdemar se edita en 2000 y el libro de Albaret se edita en 2004). Ha sido traducido por Elisa Martín y Esther Tusquets y publicado por RqueR Editorial. Este libro será un próximo aporte de EPL, en la «Colección Proust».

Por último comentamos a continuación el compendio de varios artículos de reconocidos escritores que amplían considerablemente el capítulo de «Traducciones al castellano», sobre todo como homenaje a la editorial argentina Santiago Rueda, primera editorial que publica todos los libros de Proust en castellano y que no se cita en el Prólogo de Armiño.

… Según plantean algunos investigadores, Ortega y Gasset fue uno de los primeros españoles en estudiar los tomos iniciales de Proust: Du côté de chez Swann y À l'ombre des jeunes filles. Sus concepciones de la obra del francés las volcó Ortega en un texto cuya versión en castellano lleva por título Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust, publicado en La Nación de Buenos Aires el 14 de enero de 1923, poco después de la muerte del escritor. Hay quienes insisten en que —en vida de Proust— Ortega y Gasset hizo todo lo posible por la traducción de su obra. Sin embargo, fue el poeta Pedro Salinas el encargado del primer proyecto de traducción. Suyos son los dos primeros tomos, ambos publicados en los años 20, Por el camino de Swann (1920) y A la sombra de las muchachas en flor (1922). El tercero, El mundo de Guermantes, que se publicó antes de la guerra civil, fue traducido entre Pedro Salinas —que abandonó el proyecto— y José María Quiroga Pla.

Hasta 1952 no apareció en España una edición completa de los siete tomos proustianos. Existió una versión de Fernando Gutiérrez, editada por Plaza y Janés —discretamente prohibida algunos años— y de Consuelo Berges (Alianza, 1967-1969). Fue la editorial argentina Santiago Rueda la que publicó por primera vez en lengua española todo En busca del tiempo perdido. Para conseguirlo, Rueda contrató al escritor argentino Marcelo Menasché, quien hizo su versión de los últimos cuatro tomos: Sodoma y Gomorra y La prisionera (1945), Albertina ha desaparecido y El tiempo recobrado (1946). El contraste entre esta versión y la de Salinas y Quiroga Plá era demasiado evidente y algunos críticos de otros países concluyeron que la de Menasché era inferior. No obstante, llegó a todas partes de Hispanoamérica y puede que buena parte de los lectores de Proust en español hayan bebido de sus páginas…

… Desde 1969, Alianza no se propuso la revisión de los tomos de Proust que hasta entonces había editado. Se había hecho sin unidad, en épocas y condiciones diversas y sobre ella pesaba un elemento adicional: en la década de los ochenta las ediciones francesas de Proust comenzaron a incluir numerosas variantes y añadidos,

especialmente con la aparición, en 1986, de Albertine desaparecida, versión trabajada e inédita de Proust encontrada por su sobrina y publicada en España por Anagrama, en 1988. Hubo en aquellos años otros intentos de traducción: Consuelo Berges y Fernando Gutiérrez hicieron otra para Plaza y Janés (1971), pero esa nueva edición no desplazó a la canónica.

Hasta el año 2000 no existía en España una versión de los siete volúmenes de Proust de la mano de un mismo traductor. En ese año, la editorial Valdemar puso en marcha el titánico proyecto de la mano de Mauro Armiño, quien no sólo tradujo los dos primeros tomos, sino que introdujo un doble diccionario: Los personajes de la vida de Proust (Diccionario de Marcel Proust) y los personajes de la novela, frecuentemente relacionados con los anteriores: Diccionario de personajes de A la busca del tiempo perdido. En esa edición, Mauro Armiño hizo cambios desde el título: A la busca del tiempo perdido y no En busca del tiempo perdido. El primer tomo lo tradujo como Por la parte de Swann (y no Por el camino…). Para muchos, la de Armiño comparada con la de Salinas es la más correcta, ya que el narrador usa una fórmula popular antigua, para referirse al mundo burgués de Swann situado frente al aristocrático de los Guermantes. Pero las variaciones continúan. Por ejemplo, en la frase inicial por todos recordada, donde Pedro Salinas tradujo: «Mucho tiempo he estado acostándome temprano», Armiño prefirió: «Me he acostado temprano, hace mucho».

Simultáneamente aparecieron dos versiones más: Del lado de Swann de la argentina Estela Canto (1920-1994) editada por Losada, en Buenos Aires, y Por la parte de Swann de Carlos Manzano (Lumen, Barcelona). De la de Estela Canto muchos rescatan el hecho de que la traductora evitara los argentinismos que se le atribuían a Menasché. También Armiño y Manzano prefirieron servirse de modismos muy generalizados, algo más planos que los que utilizó Salinas. A esa primera entrega que hizo Lumen se sumó, en 2002, el tercer volumen La parte de Guermantes, en lugar del acostumbrado El mundo de Guermantes (Le coté des Guermantes) que utilizaron Pedro Salinas, José María Quiroga Pla y Consuelo Berges.

Nota sobre esta edición

En 1984 Y 1987, concluido el período legal de derechos de autor para los textos póstumos y para los publicados en vida de Marcel Proust, se inició en Francia la revisión del texto de «A la busca del tiempo perdido» los distintos investigadores entregados desde hacía años a la tarea de elaborar una versión lo más acorde posible con las intenciones de su autor, prepararon un texto «nuevo»; para los cuatro títulos publicados en vida de Proust, aprovecharon correcciones de erratas o términos mal comprendidos y anotaciones hechas por el autor sobre su ejemplar; en los tres últimos, preparados para Gallimard por Robert Proust en su primera edición, la lectura de los manuscritos y de los innumerables cuadernos preparatorios, cambios más sustanciales, hasta el punto de que uno de los volúmenes (Albertine desaparecida) ha retornado a su primitivo estado de «La fugitiva», refrendando la solución adoptada por la primera edición completa de «A la busca del tiempo perdido», al cuidado de Pierre Clarac y André Ferrer (Gallimard, La Pléiade, 1954). La elaboración, escritura, mecanografiado y corrección sobre pruebas y su interpretación por los tipógrafos, de «A la busca del tiempo perdido» es la aventura más intrincada en que se ha metido la filología francesa del siglo XX. Las principales ediciones han llegado a un texto que, salvo detalles menores, puede calificarse de único, aunque algún filólogo y los actuales descendientes de Proust afirman que el análisis concienzudo de los Cahiers dará lugar todavía a sorpresas en este terreno, de manera especial en los tres últimos tomos; el de Albertine desaparecida ya que fue objeto en 1986 de una edición mucho más breve, basada en una versión mecanografiada corregida por el propio Proust.

A la luz de los cuantiosos cuadernos de escritura y reescritura manuscrita, las nuevas ediciones realizadas entre 1984 y 1993 (desde la de Jean Milly para Garnier Flammarion hasta el último tomo de la edición del Livre de Poche), los filólogos han «vuelto a estudiar» el texto proustiano, por mas que las variaciones, de importancia extrema para la filología, no lo sean tanto para los lectores: se han revisado los cuatro primeros volúmenes, «Por la parte de Swann», «A la sombra de las muchachas en flor», «La parte de Guermantes» y «Sodoma y Gomorra», mientras que «La prisionera, La fugitiva» y «El tiempo recobrado» se han «rehecho» en cierta medida en cotejo con las ediciones póstumas, a partir de los Cahiers que conserva la Bibliothéque Nationale, y que proceden de los archivos de Suzy Mante-Proust, sobrina del escritor. En 1961, los manuscritos, que la sobrina pretendía vender a la universidad de Illinois (Estados Unidos), fueron detenidos en la aduana, y el Estado francés dotó en 1962 a la Bibliothéque Nationale de una subvención excepcional de 1.100.000 francos para su compra. A este monto de manuscritos se han sumado posteriormente otros cuadernos de distinta procedencia hasta constituir el Fondo Proust de la Bibliothéque Nationale, que dispone de la totalidad de lo escrito por Proust, salvo algunos fragmentos y varios conjuntos de cartas.

La traducción española de «A la busca del tiempo perdido» más difundida fue iniciada en vida de Proust por Pedro Salinas, continuada luego por José María Quiroga Pla, y terminada, en distintas etapas y ediciones, por Fernando Gutiérrez y Consuelo Berges; a esa falta de unidad de estilo, por ser tantas y tan diversas las plumas que intervinieron en esa traducción, hay que agregar un concepto, de capital importancia para una lectura actual de «A la busca del tiempo perdido»: ninguno de esos traductores pudo disponer de las magníficas ediciones anotadas con las que se cuenta desde hace quince años, y que precisan conceptos, aclaran términos de uso tan escaso que ni siquiera figuran en los diccionarios de principios de

siglo, o neologismos que, creados por la época, Proust fue el primero en incorporar a un texto escrito. Asimismo concretan las alusiones históricas, artísticas y literarias que menudean en el texto, facilitando la comprensión total de éste, además de establecer una «fe de erratas» de Proust, que, en las tres mil quinientas páginas de su novela, no siempre califica con el mismo parentesco a los personajes, ni siempre les adjudica el mismo apellido, nombre o título, provocando con ello cierta desorientación en la lectura. En 1928, Charles Daudet elaboraba el primer diccionario (repertorio lo titula él) de personajes de «A la busca del tiempo perdido», una especie de Hilo de Ariadna para lecturas espaciadas de la obra.

Las ediciones más recientes, las distintas biografías de Proust y buena parte de los abundantes materiales de que la filología francesa dispone en la actualidad, me han permitido la elaboración, en gran medida, de las notas que figuran al final del volumen, así como del cuadro biográfico de Proust y de los tres diccionarios que repertorian tanto las personas, amistades y conocimientos de la vida social del escritor —con reflejo en los personajes de la ficción— como estos mismos personajes; en ocasiones, el texto de la novela no facilita al lector una identificación fácil, o la referencia anterior, que puede haberse producido varios cientos de páginas antes, se habrá borrado de su mente; el diccionario ubica a esos entes narrativos en la acción y hace recuento somero de su paso por A la busca del tiempo perdido. Un diccionario de lugares donde se produce la acción cierra ese capítulo de repertorios. Como herramienta biográfica —dado que se habla de ellos en el cuadro cronológico y dado que suelen utilizarse parcialmente—, damos también los dos «Cuestionarios» a los que contestó en su juventud. La bibliografía recoge la totalidad de los libros y ensayos más importantes citados en la Introducción y las notas de forma somera.

Concluye este primer volumen —como ocurrirá en los dos restantes— con un resumen detallado de la trama y del avance del

texto, para permitir localizar rápidamente cualquier pasaje, episodio, tema o escena de A la busca del tiempo perdido.

Biografía de Marcel Proust
Cuadro Cronológico

1870

3 de septiembre: El doctor Adrien Proust (1834-1903), de treinta y seis años, contrae matrimonio con Jeanne Weil (1849-1905), de veintiuno; ambos se instalan en el núm. 8 de la calle Roy, VIII arrondissement, de París, alquilado por 2500 francos mensuales, suma considerable para la época. El marido, oriundo de Illiers, pertenece a una familia de la pequeña burguesía provinciana, asentada en esa población situada a ciento catorce kilómetros de París. En el momento de su matrimonio, el doctor Proust goza ya de cierto prestigio en el campo de la medicina: en 1863 había sido nombrado jefe de clínica y el año anterior a su boda ha viajado en misión oficial a Rusia y Persia para prevenir a Europa del cólera: el Sha de Persia le regala suntuosos tapices y alfombras que Proust heredará más tarde. Jeanne Weil desciende de dos ricas familias judías relacionadas con la Bolsa, las finanzas y la abogacía, bien situadas en la burguesía israelita de París, y posee una esmerada educación intelectual.

19 de septiembre: El ejército prusiano sitia París durante cuatro meses.

1871

28 de enero: París capitula ante el ejército prusiano.

18 de marzo a 28 de mayo: Insurrección de la Comuna. Mme. Proust, embarazada, sufre las privaciones que durante varios meses esos dos hechos históricos, sitio prusiano y Comuna, imponen a los habitantes de París, y a las que Proust atribuirá luego su mala constitución y su estado enfermizo.

10 de julio: Huyendo de las revueltas y la consiguiente represión, Mme. Proust se refugia en Auteuil, en casa de su tío Louis Weil, donde, tras un parto laborioso y difícil, da a luz a Marcel Valentin Louis Eugéne Georges Proust; el niño nace en un estado de debilidad que hizo temer por su vida; gracias a los cuidados del padre, al cabo de dos semanas estará fuera de peligro. A esa casa, en el 96 de la calle La Fontaine, Proust y sus padres acudirán durante veinticinco años en primavera y principios del verano.

5 de agosto: Bautizo de Marcel en la iglesia Saint-Louis d'Antin, próxima al domicilio paterno; son sus padrinos Eugéne Mutiaux y Hélène-Louise Houette, que morirá en diciembre de 1892. Aunque su madre se mantenga dentro de la religión y las tradiciones israelitas, tanto Marcel como su hermano Robert serán educados en el catolicismo.

1873

24 de mayo: Nacimiento en Auteuil del segundo hijo de los Proust, Robert (1873-1935). «Por suposiciones y sin pruebas se ha querido ver en el nacimiento de Robert un traumatismo infligido a su hermano». (Tadié), a quien Proust dedicará Les Plaisirs et les Jours con una cita de Corneille: «Oh hermano más querido que la claridad del día».

Ese mismo día dimite el que fuera fundador y primer presidente de la III República, Adolphe Thiers, a quien sucede el mariscal Mac-

Mahon.

1 de agosto: La familia Proust traslada su domicilio al primer piso del número 9 del bulevar Malesherbes, donde vivirán veintisiete años, hasta octubre de 1900; es un barrio burgués, de reciente construcción en un París que el barón Haussmann ha renovado por completo.

El prestigio científico del doctor Adrien Proust sigue creciendo; publica La Défense de L'Europe contre le choléra.

1874

Julio: Adrien Proust viaja a Viena para asistir como delegado a la Conferencia Sanitaria Internacional.

Durante estos años infantiles de Proust, la familia reparte sus vacaciones entre Illiers —en casa de los tíos Amiot, familia paterna, y Auteuil, en casa del tío Louis Weil, familia materna.

1877

6 de enero: Nacimiento de Amélie Bessiére, prima de Proust, con la que en su adolescencia mantendrá un idilio.

16 de mayo: El presidente Mac-Mahon obliga a dimitir al primer ministro, Jules Simón, pero, al no conseguir que la Cámara de Diputados apruebe su nuevo gobierno, la disuelve.

1878

Vacaciones en Illiers; en ellas sitúa Philip Kolb el incidente de Robert y el cabrito referido en Contre Sainte-Beuve, que se convertirá

en Por la parte de Swann en la despedida de los espinos blancos.

1879

30 de enero: Dimisión de Mac-Mahon, a quien sucede en la presidencia de la República Jules Grévy (1879-1887).

17 de junio: Adrien Proust es elegido miembro de la Academia de Medicina.

1880

10 de febrero: Muerte de Adolphe Crémieux, la personalidad política más importante de la familia; elegido senador inamovible cinco años antes, este antiguo ministro de Justicia fue honrado con funerales nacionales; era tío de Amélie Berncastel, esposa de Moise Weil, tío abuelo de Proust.

1 de mayo: Proust sufre una caída en los Champs-Élysées y se rompe la nariz: «Se afligía lleno de coquetería por un leve bulto en medio de su nariz». (F. Gregh, L'Âge d'or).

5 de septiembre: Fecha de la primera carta conservada de Proust.

1881

En primavera, tras un paseo por el Bois de Boulogne, sufre el primer ataque de asma, enfermedad que le acompañará toda su vida de forma intermitente; a esa enfermedad «ha sido de buen tono atribuirle unas causas psicológicas: los celos de su hermano, el deseo de ser amado por su madre, de tenerla a su lado. Nuestra época, con

el desarrollo de las investigaciones sobre la alergia, vuelve a las causas orgánicas, a la deficiencia congénita. Ya no se cuida mediante el psicoanálisis, sino mediante la cortisona». (Tadié).

Asiste a clase en el Cours Pape-Carpentier, donde conoce a Jacques Bizet, hijo del compositor y de Geneviéve Halévy, hija del también compositor Jacques-Fromental Halévy, quien, convertida en Mme. Straus en 1889, reinará en uno de los salones más cultos de París, frecuentado por Proust; Mme. Straus será confidente del escritor hasta sus últimos días.

Otoño: Asiste al teatro por primera vez. Una cantante americana, Marie Van Zandt, que regala a su padre una fotografía en la que aparece disfrazada de hombre, servirá a Proust de modelo para Miss Sacripant.

1882

2 de octubre: Queda inscrito en quinto curso en un liceo cercano a su domicilio, el Liceo Fontanes, que a partir de enero de 1883 pasa a llamarse Liceo Condorcet.

1883

3 de agosto: Al concluir el curso, recibe algunos premios; queda en quinto puesto en lengua francesa. Hace la primera comunión.

En otoño, pasa a cuarto curso.

Adrien Proust publica Le Choléra. Etiologie et prophylaxie.

1884

30 de marzo: Adrien Proust es nombrado inspector general de servicios sanitarios.

1 de agosto: Al término de un curso al que ha faltado a clase a menudo, sólo consigue un accésit en ciencias naturales, asignatura impartida por el escritor Christophe (seudónimo de Georges Colomb). Consigue sin embargo su certificado de estudios de gramática. En Houlgate, donde transcurren sus vacaciones, toma clases de griego.

En otoño, pasa a tercer curso.

1885

Los ataques de asma apenas le permiten acudir a las clases durante el curso, cuyo tercer trimestre pierde por completo.

Septiembre: Vacaciones en la población balnearia de Salies-de-Béarn.

Octubre: Empieza el segundo curso, mientras su padre gana la cátedra de higiene de la Facultad de Medicina de París.

31 de diciembre: Abandona el liceo por lo que queda de curso, pero recibe clases particulares y trabaja con su madre.

1886

En el álbum inglés de su amiga Antoinette Faure, Proust responde al primero de sus dos cuestionarios: figuran como sus escritores favoritos George Sand, Augustin Thierry y Musset, y ya aparece su pasión por el teatro. Su idea de la desgracia consiste en «estar separado de mamá». En este «año de Augustin Thierry», como escribe a su madre, lee la Historia de la conquista de Inglaterra por los Normandos, de ese historiador francés. Escribe sus primeras

redacciones, entre ellas una narración del último viaje de Cristóbal Colón.

1 de junio: Muerte en Illiers de su tía Elisabeth, Mme. Amiot, uno de los modelos de la tía Léonie del Narrador. Viaje a Illiers, donde sus padres tienen que sustanciar la herencia de su tía. Proust no volverá nunca a esa localidad, que ha de convertirse en su novela en la geografía veraniega de la infancia del Narrador.

Octubre: Repite segundo curso.

1887

Julio: Después de clase acude casi todos los días a los Champs-Elysées, donde juega al marro con grupos de niñas entre las que figuran las hermanas Bénardaky —una de ellas, modelo para Gilberte — y las hermanas Faure.

13 de julio: Contempla en los Champs-Elysées una concentración en favor del general Boulanger, nombrado ministro el año anterior, y que había conseguido el apoyo de todos los descontentos del régimen parlamentario y de las víctimas de la crisis económica. La mayoría conservadora en el Parlamento logró su alejamiento de París y su pase a situación de retiro en 1888: cristalizan entonces en torno a su persona diversas corrientes de intereses contradictorios: monárquicos, bonapartistas, radical-socialistas, disidentes y nacionalistas, que lo eligen por amplia mayoría para instalar una república autoritaria; pero Boulanger vaciló en 1889 en dar un golpe de Estado, y el gobierno aprovechó sus dudas para acusarle, a él y a sus partidarios, de alta traición, por lo que hubo de exiliarse a Bruselas para no ser arrestado. El entusiasmo que provocó en las masas «remueve en el corazón todo lo que hay de primitivo, de indómito, de belicoso», según Proust, a quien ha de parecer un hombre "muy común y un vulgar tamborilero de bombo".

2 de agosto: Obtiene cuatro menciones en la entrega de premios de fin de curso.

3 de octubre: Entra en retórica, pero faltará a menudo a clase. M. Gaucher, su profesor de lengua francesa, escribe en La Revue Blanche. Traba amistad con su condiscípulo Pierre Lavallée.

Diciembre: Tras un escándalo en el que se vio envuelto su yerno, dimite el presidente Grévy, sustituido en ese cargo por François Sadi Carnot (1887-1894).

1888

31 de julio: A final de curso consigue el premio de honor en composición francesa. La intensidad de su pasión amorosa se vuelca sobre sus condiscípulos y amigos Jacques Bizet y Daniel Halévy, en forma de cartas donde el amor homosexual no se oculta: «"Siempre me parece triste no coger la flor deliciosa que pronto no podremos ya coger. Porque eso sería ya el fruto… prohibido" […] Tengo amigos muy inteligentes y de gran delicadeza moral, y me jacto de ello, que una vez se divirtieron con un amigo… Era el principio de la juventud. Más tarde volvieron a las mujeres. […] No me trates de pederasta, me daría pena. Moralmente trato, aunque sólo sea por elegancia, de seguir siendo puro», dicen sus cartas a Bizet y a Halévy. En otra misiva a su amigo Robert Dreyfus confiesa haber tenido una relación con una muchacha vienesa y estar enamorado platónicamente de una cortesana célebre, Léonie Clomesnil —quizás el primer modelo de Odette Swann—, a la que veía pasea en carruaje por el Bois de Boulogne. Durante el curso, Proust lee a Leconte de Lisle, Pierre Loti, Barres y Renán.

7 de septiembre: Viaje a L'Isle Adam, con su camarada Edouard Joyant.

1 de octubre: Empieza los cursos de filosofía donde tiene por profesor a Alphonse Darlu, de quien recibe fuerte influencia que marca el pensamiento del Narrador con un esplritualismo idealista templado por el racionalismo. Empieza a escribir en dos revistas que hace con sus compañeros del Liceo Condorcet: La Revue Verte, que pronto se convertirá en La Revue Lilas —así tituladas por el color del papel que utilizaban. 13 de octubre: Asiste a una representación de Athalie, de Racine, en el Odéon.

Diciembre: Se enamora platónicamente de una cortesana de altos vuelos, Laure Hayman, amante de su tío Louis Weil, que vivía, como Odette de Crécy, de quien será uno de los principales modelos, en el número 4 de la calle La Perouse.

1889

17 de enero: Ernest Renán, tras cenar en casa de los Proust, dedica su libro La vie de Jesus a Marcel.

27 de enero: El general Georges Boulanger, que durante tres años ha perturbado la vida de la III República, resulta elegido por París; en vez de hacerse con el poder, falto de valedores tiene que huir a Bruselas, donde dos años más tarde se suicida sobre la tumba de su amante.

19 de marzo: Muerte de Mme. François-Valentin Proust, de soltera Virginie Torcheux, abuela paterna del novelista.

15 de julio: Bachiller en letras.

30 de julio: Obtiene el primer premio en disertación francesa.

Otoño: Proust es presentado en el salón de Mme. Arman de Caillavet, donde conoce a Anatole France, a quien en mayo había enviado una carta para expresarle su admiración por «sus divinos libros»; y al hijo de la anfitriona, Gastón Arman de Caillavet, periodista y futuro autor teatral, con el que traba una fuerte amistad

que extiende a su prometida, Jeanne Pouquet, de la que Proust dice haberse enamorado.

11 de noviembre: Solicita su incorporación como voluntario al servicio militar; el día 15 es destinado al 76 regimiento de infantería, en Orléans. Mide, según la cartilla militar, 1,68 m. Se aloja en la ciudad, porque sus crisis de asma alteran la vida del cuartel.

Diciembre: Enferma de gravedad su abuela materna, Adéle Berncastel, Mme. Nathé Weil.

1890

3 de enero: La abuela materna de Proust muere de una crisis de uremia.

Febrero: Durante una cena en casa de M. Boegner, prefecto del Loiret, conoce a Robert de Billy, uno de los modelos de Saint-Loup. La experiencia militar, que le deja satisfecho y feliz, concluye el 14 de noviembre, fecha en la que pasa a la situación de disponible del ejército activo.

Noviembre: Regreso a París; se inscribe en la facultad de Derecho y en la Escuela Libre de Ciencias Políticas, donde seguirá cursos con Paul Desjardins y Albert Sorel entre otros profesores. Frecuenta el salón de Mme. Straus, donde en dos ocasiones ve a Maupassant, escritor que no es de su agrado.

1891

21 de marzo: En compañía de los Straus, de Jacques Bizet y de Jacques Baignéres, asiste a la reposición de Germinie Lacerteux, de Edmond de Goncourt, interpretada por Réjane.

Mayo: Primer encuentro con André Gide.

Septiembre: Vacaciones en Cabourg, donde sigue viva la memoria de su abuela materna; en una carta a su madre evoca «aquellos años de mar donde la abuela y yo, fundidos en uno, íbamos contra el viento hablando». Octubre: Pasa unos días en Trouville, en casa de Arthur Baignéres, donde conoce a Jacques-Emile Blanche, que en ese momento hará su primer retrato a lápiz, antecedente inmediato del retrato de Proust con una camelia en el ojal, expuesto poco después en el Salón de Artistas Franceses.

Noviembre: Se matricula en las dos carreras que ha iniciado el año anterior. A finales de año conoce a Oscar Wilde, de paso por París, y probablemente a Maurice Barres. Su asistencia a los salones de Mme. Arman de Caillavet y de Mme. Straus le permite ir conociendo a escritores, artistas y miembros de la aristocracia de sangre y de las finanzas, como la condesa de Chevigné, Charles Haas, el único judío admitido en el Jockey Club, principal modelo de Swann.

1892

7 de enero: Proust firma como testigo en la boda de su prima Louise Neuburger con el filósofo Henri Bergson. Junto con sus amigos Fernand Gregh, Robert Dreyfus, Louis de la Salle, Daniel Halévy, Horace Finaly y Jacques Bizet funda la revista Le Banquet, cuyo primer número aparecerá en marzo, con un artículo de crítica literaria de Proust. Todos los números, hasta la desaparición de esa revista en febrero de 1893, incluirán artículos, críticas y relatos de Proust, que en algunos ya esboza temas y obsesiones que reaparecerán en A la busca del tiempo perdido: por ejemplo en Violante o la mundanidad (dedicado a Anatole France, 7 de febrero de 1893). En la revista colaborarán también Jacques Bizet, Gastón de Caillavet, Robert de Flers, Henri Barbusse y Léon Blum.

Primavera: Frecuenta distintos salones: el de los Heredia, el de Mme. Lydie Aubernon de Nerville —otro de los modelos de Mme. Verdurin—, el de Mme. Lemaire, pintora de temas florales, y el de la princesa Mathilde. Conoce a Henri Barbusse y traba amistad con Robert de Flers. Proust se declara enamorado de Laure de Chevigné, descendiente de Laura de Sade, la amada de Petrarca, y del marqués de Sade: «Tuve crisis cardíacas cada vez que la veía», le escribirá más tarde, recordando este año durante el que Proust acechaba sus salidas matinales en la calle de Marigny. La amistad durará veintiocho años, hasta el momento en que Laure de Chevigné se sienta ofendida al encontrarse retratada en la duquesa de Guermantes.

Junio-julio: Los sábados acude al estudio de Jacques-Émile Blanche, y posa para el retrato con la camelia en el ojal.

Verano: Pasa sus vacaciones en Saint-Gratien, en casa de la princesa Mathilde, y en Les Frémonts (Trouville), en casa de los Finaly, donde Paul Baignéres hace su retrato. Se enamora de la melancólica Marie Finaly, aficionada a la música como Proust, a quien inspiró «Sonata claro de luna», de Los placeres y los dias. Marie Finaly será uno de los primeros modelos de Albertine.

Finales de año: Responde las preguntas del segundo «Cuestionario Proust», que él mismo titula, en las páginas del álbum en que lo escribe, Marcel Proust par lui-méme; declara como principal rasgo de su carácter «la necesidad de ser amado», y «amar» como su ocupación preferida. Sus poetas predilectos en ese momento son Vigny y Baudelaire; sus prosistas, Anatole France y Pierre Loti; y sus compositores, Beethoven, Wagner y Schumann.

1893

Marzo: Le Banquet interrumpe su publicación. Amistad con Robert de Fleurs y con el joven inglés Willie Heath, que morirá el 3 de octubre de tifus, y a quien Proust dedicará Los placeres y los dias.

13 de abril: En el salón de Mme. Lemaire conoce a Robert de Montesquiou, célebre dandy, poeta y, sobre todo, personaje de época emparentado con la mejor aristocracia europea, modelo del caballero Des Esseintes que protagoniza la novela Á Rebours, de J.-K. Huysmans; también servirá a Proust para el barón de Charlus. Hasta la muerte de Montesquiou, en 1921, Proust mantendrá con él unas relaciones ambivalentes y borrascosas, mezcla de amor, utilización y rivalidad literaria, debido al carácter teatral que Montesquiou imprimió a toda su existencia.

Mayo: El pintor Blanche expone el retrato de Proust con la camelia en el ojal en el salón del Campo de Marte.

Julio-agosto: Primer encuentro con la condesa Greffulhe en casa de la princesa de Wagram; en la Revue Blanche aparece un ensayo en el que remeda el estilo de Flaubert: «Mondanité de Bouvard y Pécuchet».

Agosto: Vacaciones con Louis de la Salle en Saint-Moritz, donde escribe el arranque de una novela epistolar a «cuatro manos», con La Salle, Fernand Gregh y Daniel Halévy, que quedará en proyecto fallido. En esa ciudad conoce a Anna de Brancovan, luego condesa de Noailles, poeta que influirá mucho en ese período de entre siglos sobre Proust.

Septiembre: Pasa unos días en Evian, donde escribe un artículo sobre Montesquiou, y parte luego con su madre para Trouville.

Octubre: Concluidos sus estudios de derecho, pasa quince días de experiencia negativa en el bufete del abogado Gustave Brunet; empujado por su padre, empieza a plantearse la necesidad de una eventual profesión; se decide por la de bibliotecario creyendo que ha de dejarle tiempo libre.

Diciembre: En la Revue Blanche aparecen seis estudios de Proust, entre ellos un texto sobre la homosexualidad femenina, «Antes de la noche». Decide preparar una licenciatura en letras.

1894

Enero: Escribe versos a Madeleine Lemaire, que más tarde incluye en Los placeres y los dias. Para congraciarse con Montesquiou, le presenta al apuesto pianista Léon De Lafosse, con quien el poeta mantendrá una relación amorosa de tres años.

Febrero: Marie de Heredia organiza en el salón de su madre la Académie des Canaques, con ella misma como «reina de la Academia» y Proust como «secretario perpetuo». En sus reuniones, los «canacos» sustituían palabras y discursos por gestos y muecas. En el salón de los Heredia, Proust conoce a Pierre Louys y Henri de Régnier.

Abril: Cena, en el salón de Mme. de Caillavet, con Oscar Wilde, a quien Proust invita a su casa; pero el poeta inglés, en la cima de su fama, critica la estética decorativa del domicilio de Proust, se niega a cenar en compañía de los padres de su anfitrión y se marcha. Aparece el poema de Proust «Mensonges», musicado por Léon Delafosse.

22 de mayo: En el salón de Madeleine Lemaire conoce a Reynaldo Hahn, joven compositor y cantante de origen venezolano, con quien mantendrá apasionadas relaciones durante dos años y una amistad fiel hasta la muerte; la interesante y abundante correspondencia entre ambos permite seguir, entre otras cosas, la evolución de la pasión musical de Proust (el último Beethoven, Wagner, Stravinski), muy distinta de la del venezolano, anclada en Massenet y Saint-Saens.

24 de junio: Un anarquista italiano apuñala al presidente Carnot; le sustituye Jean Casimir-Périer.

18 de agosto: Invitado por Madeleine Lemaire, pasa las vacaciones en el castillo de Réveillon, donde se le une Reynaldo Hahn.

Final de verano: Lee a Tolstoi, sigue con Flaubert («Mélomanie de Bouvard et Pécuchet»), y en Trouville, adonde va con su madre, escribe «La muerte de Baldassare Silvande», que incluirá en Los

placeres y los días, cuyos textos, tanto en prosa como en verso, le ocupan ese fin de año.

13 de octubre: El capitán Alfred Dreyfus, judío, es detenido y encarcelado. Dos meses más tarde, el 22 de diciembre, es condenado por alta traición y espionaje a favor de Alemania. Degradado en enero de 1895, Dreyfus será deportado a la Isla del Diablo, en la Guayana Francesa.

1895

Enero: El presidente de la República, Casimir-Périer, dimite, y es sustituido el 17 de este mes por Félix Faure (1895-1899), con cuyas hijas Lucie y Antoinette jugaba Proust en los Champs-Elysées de niño. Al selecto salón de Lucie, convertida ahora en especialista en Dante y católica ferviente, acudirá Mme. Proust, acompañada por su hijo Marcel, con quien la joven mantendrá una amistad nunca desmentida. Por un momento se pensó en casar a Proust con su hermana menor, Antoinette, en cuyo álbum Proust había dejado en 1886 sus respuestas al «primer cuestionario».

Durante la primera mitad del año, frecuenta de manera muy asidua los salones habituales y acude además a los de Montesquiou, los Daudet, la princesa de Polignac, Mme. Aubernon, etc., que más tarde le servirán para sus crónicas periodísticas de sociedad. Lee con pasión a Emerson y a Carlyle, que influyen sobre sus ideas estéticas; frecuenta la Comédie Française, donde asiste a una representación del Hernani, de Victor Hugo; en esta etapa se fija su pensamiento musical: acude a menudo a la ópera (Lohengrin, Tanhaüser, de Wagner), a conciertos (Rameau, Guiraud, Saint-Saens interpretando a Mozart).

17 de marzo: Licenciatura en letras (filosofía).

6 de junio: Tras ganar una oposición al puesto de bibliotecario sin retribución, empieza a trabajar en la Bibliothéque Mazarine; un mes

más tarde, será enviado al servicio del Depósito Legal, en el Ministerio de Instrucción Pública; pero consigue una excedencia de dos meses, que irá renovando hasta 1900, fecha en que se despide de ese empleo de bibliotecario sin retribución.

Verano: En julio viaja con su madre al balneario alemán de Kreuznach, donde empieza a trabajar en Jean Santeuil, novela abandonada que será el germen de A la busca del tiempo perdido. Pasa agosto con Reynaldo Hahn en la casa de Dieppe de Madeleine Lemaire, que le presenta a Saint-Saéns; en septiembre, se instala con Hahn en Bretaña, en el hotel Fermont de Beg-Meil, estancia que relata en Jean Santeuil, y durante la que lee una novela capital para Proust: Esplendores y miserias de las cortesanas de Balzac.

Otoño: En la Revue Hebdomadaire (29 de octubre) aparece «La muerte de Baldassare Silvande», dedicado a Reynaldo Hahn. Amistad con Lucien Daudet, hijo del novelista Alphonse Daudet y hermano de Léon Daudet, que no tardará en convertirse en un político de extrema derecha. Proust empieza a escribir crónicas de sus impresiones sobre pintores, músicos y libros, que permiten rastrear sus fundamentos estéticos, aunque varias de ellas no se publicarán sino después de su muerte.

1896

1 de marzo: El indiferente, relato escrito tres años antes, aparece en la revista La Vie Contemporaine.

28 de marzo: Primeras pruebas del libro «Château de Réveillon», que al mes siguiente recibe su título definitivo, Los placeres y los días; aparece en librerías el 12 de junio, bajo el sello editorial de Calmann-Lévy, con ilustraciones a la acuarela de Madeleine Lemaire, cuatro piezas para piano de Reynaldo Hahn y breve prólogo de Anatole France. Forman el libro escritos muy heterogéneos que recogen lo esencial de lo publicado en revistas y periódicos hasta entonces:

relatos breves, treinta poemas en prosa y varios en verso, dos pastiches sobre Flaubert, retratos de la vida mundana, de personajes y de músicos y pintores, con algunos textos capitales para la comprensión de la obra futura, de la que son una especie de esbozos parciales de temas como el amor, la música, las relaciones del Narrador con la madre, y la memoria: «La muerte de Baldassare Silvande, vizconde de Sylvanie», «Violante o la mundanidad», «La confesión de una joven» y «El final de los celos». Apenas obtiene reseñas y críticas en la prensa.

10 de mayo: Muere de neumonía su tío abuelo materno Louis Weil, propietario de la casa de Auteuil, donde Proust ha pasado parte de su infancia.

30 de junio: Muerte de su abuelo materno, Nathé Weil.

15 de julio: En La Revue Blanche aparece su ensayo «Contre Fobscurité», en el que toma partido contra la escuela simbolista: «Si el poeta recorre la noche, que sea como el Ángel de las tinieblas, para llevar la luz».

Verano: Sus relaciones amorosas con Reynaldo Hahn se convierten en amistad, mientras se vincula cada vez más a Lucien Daudet. A principios de agosto pasa varias semanas en Mont-Dore con su madre; lecturas de Balzac, de Sainte-Beuve, de Las confesiones de J.-J. Rousseau.

16 de septiembre: De vuelta en París, en una carta a su madre le dice que su novela Jean Santeuil tiene ya «110 páginas grandes».

Octubre: Se lleva a Fontainebleau, donde pasa unos días con Léon Daudet, sus borradores, escribiendo pasajes como «Jean á Beg Meil». Pide a su madre que le envíe Shakespeare, Balzac, Middlemarch, de George Eliot, y Goethe.

Viaje oficial de Nicolás II y Alejandra de Rusia a Francia.

El entonces comandante Picquart descubre la semejanza de grafía entre un documento del conde Esterházy y las notas atribuidas a

Dreyfus. A sus intentos de reabrir el caso, el Ejército responde con su traslado a Túnez.

3 de noviembre: En la Cámara de Diputados, asiste al discurso de Jaurés (Couzon, en Jean Santeuil) en favor de los armenios masacrados por los turcos, que utilizará en ese texto.

Diciembre: Intensa amistad con la prima inglesa de Reynaldo, Marie Nordlinger.

1897

3 de febrero: Proust se bate en duelo a pistola con Jean Lorrain, que en una reseña de Los placeres y los días había aludido a su amistad con Lucien Daudet dejando entrever su homosexualidad.

Agosto: A mediados de mes parte con su madre para veranear en Kreuznach, en Renania. Lee a Balzac, a Dickens, a Dostoyevsky y la Vida de Samuel Johnson de John Boswell.

Otoño: Pasa unos días en Dieppe con su amigo Léon Yeatman y su esposa.

16 de diciembre: Muerte de Alphonse Daudet, sobre el que en agosto había publicado un artículo; tres días más tarde firma una necrológica titulada «Adieux». Descubre a Ruskin en un libro de Robert de la Sizeranne: Ruskin et la religión de la beauté.

Mathieu Dreyfus exige la revisión del proceso de su hermano, a la luz de los documentos de Esterházy. El caso empieza a tener una repercusión pública que divide a Francia en dos bandos: ambientes judíos, intelectuales, grupos políticos de izquierda, frente a la aristocracia, el ejército, la derecha política y el mundo católico.

1898

13 de enero: Esterházy es absuelto por un tribunal militar.

14 de enero: En L'Aurore aparece el artículo de Zola J'Accuse, carta abierta al presidente de la República denunciando a las altas jerarquías del Ejército; con ese artículo, el caso Dreyfus se convierte en problema nacional. Proust, que más tarde se declarará el «primer dreyfusard», promueve con varios compañeros del Liceo Condorcet —Daniel Halévy, Fernand Gregh, Robert Dreyfus, Jacques Bizet, Louis de la Salle, Robert de Flers— un manifiesto en favor de Picquart, que pasan a la firma de escritores, artistas y amistades; consigue la de Anatole France, la de su antiguo profesor de filosofía Alphonse Darlu, etc. El Ministerio de la Guerra denuncia a Zola.

7 a 23 de febrero: Zola es procesado por su artículo. Proust altera sus costumbres y su horario para asistir al juicio, que sigue con pasión y cuya marcha narrará en Jean Santeuil. Zola es condenado a un año de reclusión, casi en el mismo momento en que se descubre un documento falsificado por el coronel Henri, sustituto de Picquart al frente del contraespionaje. Henri, arrestado, terminará suicidándose (30 de agosto). El escándalo político alcanza mayores proporciones y obliga a admitir al jefe del Estado Mayor, el general Boisdeffre.

Julio: Mme. Proust es operada de un cáncer y tiene que permanecer más de dos meses en la clínica de la calle Bizet. Proust la acompaña luego a Trouville, donde pasa el verano.

Octubre: Viaja a Amsterdam para ver la exposición Rembrandt. Noviembre: Visita el museo Gustave Moreau, sobre el que escribe un artículo: «Notes sur le monde mystérieux de Gustave Moreau». A finales de mes aparece en L'Aurore un escrito exigiendo la libertad del coronel Picquart, arrestado desde hace cuatro meses: entre otras firmas, figura la de Proust.

1899

Mayo: Lectura del libro de Emile Male L'art religieux du XIII siécle en France, capital para el desarrollo del tema de las catedrales y para su profundización en las obras de John Ruskin, cuyo libro The Bible of Amiens empezará a traducir en diciembre, con la colaboración de su madre y de Marie Nordlinger. Las teorías de Ruskin le sirven de guía en su descubrimiento de la Edad Media cristiana, los primitivos italianos, el Renacimiento, y de ciudades como Venecia, Florencia, etcétera.

Junio: Conoce a quien se convertirá en uno de sus mayores amigos, Antoine Bibesco. Celebra con el coronel Picquart una entrevista que le ha preparado Louis de Robert.

Verano: Pasa el final del verano en el Hotel Splendide de Évian, en Ginebra y en Thonon, estancias que inspiran páginas de Jean Santeuil como las que dedica al amor o la escena del beso rechazado, y cuyos paisajes pasarán a su novela definitiva.

Octubre: Lee, en la Bibliothéque Nationale, Las siete lámparas de la arquitectura, de Ruskin, autor sobre el que el director de La Revue de Paris le pide un artículo.

Diciembre: Empieza a escribir un ensayo sobre la catedral de Reims.

1900

20 de enero: Muerte de Ruskin, a quien Proust dedica una necrológica y, el 13 de febrero, un artículo, «Pélerinages ruskiniens en France», anunciando una serie de estudios sobre ese crítico de arte — que aparecerán durante el año y que reutilizará en su prólogo a la traducción La Bible d'Amiens.

1 de marzo: Tras varios avisos y advertencias para que regrese a su puesto en el Depósito Legal, se le da por dimitido.

Abril: A finales de mes viaja con su madre a Venecia, donde se encuentran con Reynaldo Hahn y Marie Nordlinger. Entre visita y visita a los monumentos, corrige con esta última las pruebas de la traducción de Ruskin, de quien lee «El reposo de San Marcos» en el baptisterio de esa basílica. En Padua visita la Cappella degli Scrovegni, donde queda sorprendido sobre todo por las figuras alegóricas de los Vicios y las Virtudes de los frescos de Giotto en Padua.

Verano: Breve estancia en Evian con su madre.

Octubre: Sus padres se trasladan del bulevar Malesherbes al número 45 de la elegante calle Courcelles, donde la familia vivirá hasta agosto de 1906; Proust, huyendo de la mudanza, vuelve solo a Venecia. Poco antes ha conocido, a través de los Bibesco, a Bertrand de Fénelon, principal modelo de Saint-Loup. A su vuelta a París, visita la exposición de las Ninfeas, de Monet.

1901

Activa vida mundana durante el año, a pesar de las frecuentes crisis de asma, y de declararse por carta «siempre enfermo, sin placeres, sin objetivo, sin actividad, sin ambición, con mi vida acabada delante de mí, y el sentimiento del dolor que causo a mis padres». Intensa amistad con Antoine Bibesco, a quien confiesa su pasión por Bertrand de Fénelon. «Peregrinaciones» artísticas con ellos visitando catedrales.

10 de julio: El día de su cumpleaños dice a Léon Yeatman: «¡Hoy tengo treinta años, y aún no he hecho nada!».

7 de septiembre: Viaja con los Yeatman a Amiens y Abbeville.

Diciembre: Envía su traducción de La Bible d'Amiens de Ruskin a la editorial Ollendorff.

1902

Enero: Reanuda la escritura de Jean Santeuil, redactando algunos retratos, entre ellos los de Jacques de Réveillon y Bertrand de Réveillon, trasunto de Fénelon, sobre el que más tarde modelará el personaje de Saint-Loup.

30 de abril: Asiste al estreno de Peleas y Melisenda, de Debussy, compositor que más tarde ejercerá gran influencia sobre sus gustos musicales.

7 de junio: Con Bibesco y Fénelon acude a una representación de Tristán e Isolda, en el Château d'eau.

14 de julio: Muerte de Charles Haas, modelo principal de Charles Swann.

Septiembre: Estancia en Amboise y paso por la casa de los Daudet en Pray. Es una de las «peregrinaciones» artísticas del año, que le ha visto visitar varias catedrales francesas en compañía de Bibesco y Fénelon. Envía el ejemplar de la traducción de La Bible d'Amiens, rechazado por Ollendorff, a la editorial Mercure de France.

3 de octubre: Viaja con Bertrand de Fénelon a Holanda: Brujas, Amberes, Dordrecht, Rotterdam, Delft, Amsterdam, Haarlem, ciudades que dejarán su huella en A la busca del tiempo perdido. En La Haya contempla la Vista de Delf, de Vermeer, que se convierte para Proust desde ese momento en «el cuadro más bello del mundo».

Otoño-Invierno: Activa vida mundana y nocturna que provoca los reproches de su madre, Mme. Proust, por no dedicarse a su obra. En una carta del 6 de septiembre, Proust se duele de las difíciles relaciones con su madre, que sólo parece amarle cuando está enfermo.

6 de diciembre: Bertrand de Fénelon, que ha sido destinado a Constantinopla, le visita para despedirse: una frase de su amigo provoca la ira de Proust, que se lanza sobre él y desgarra y pisotea su sombrero —escena que pasa a La parte de Guermantes, con el

Narrador y Charlus como protagonistas. Dos días más tarde le acompaña a la estación en "horas realmente desesperadas", según confiesa a su madre.

20 de diciembre: Carta a Antoine Bibesco sobre el despertar de su vocación de escritor.

Waldeck-Rousseau es sustituido en la presidencia del Consejo por Emile Combes, que prosigue la política anticlerical de su antecesor.

1903

2 de febrero: Matrimonio de su hermano Robert con Marthe Dubois-Amiot.

15 de febrero: En La Renaissance Latine aparecen fragmentos de su traducción de La Bible d'Amiens, de Ruskin: en los últimos tramos de ese trabajo le ayuda Robert d'Humiéres.

25 de febrero: Aparece en Le Figaro la primera crónica mundana de Proust, firmada con el seudónimo «"Dominique: Un salón historique". Le Salón de S. A. I. la princesse Mathilde». Le seguirán desde ese momento otras, como «Le Salón de Mme. Lemaire». (11 de mayo), «Le Salón de la princesse de Polignac». (6 de septiembre, con el seudónimo «Horado»), etcétera.

21 de abril: Excursión en automóvil con los hermanos Bibesco y el conde de Lauris a Laon, Senlis, Saint-Leu-d'Esserent y Coucy-le-Chateau. Desde la primavera, amplía su círculo de amigos con aristócratas como el duque de Guiche, el príncipe Léon Radziwill y el marqués Louis d'Albuféra, a cuya amante, la actriz Louise de Mornand, tratará de ayudar.

31 de agosto: Veraneo en Évian, con sus padres; antes visita Avallon, Vézelay y Dijon.

Septiembre-octubre: Desde Évian, viaje a Chamonix y a La mer de Glace con Albuféra y Louise de Mornand. Visita la iglesia de Brou en su camino de vuelta a París. Su amigo Constantin de Brancovan le ofrece la crítica teatral en La Renaissance Latine.

26 de noviembre: Una hemorragia cerebral acaba con la vida del doctor Adrien Proust, enterrado dos días más tarde en el Pére-Lachaise. Amor retrospectivo de Proust hacia la figura del padre.

Diciembre: Empujado por su madre y movido por ese amor retrospectivo, Proust se dedica a trabajar y corrige las pruebas de La Bible d'Amiens.

1904

4 de enero: Publica en Le Figaro «Le Salón de la comtesse d'Haussonville», que anuncia el salón de Guermantes; cuatro meses más tarde aparecerá el de la condesa Potocka (13 de mayo).

Finales de enero: Disputa con Constantin de Brancovan que, con la disculpa de la mala salud de Proust, le retira la crítica teatral prometida. Se reconciliarán en marzo.

Febrero: Empieza a traducir, ayudado por Marie Nordlinger, otro libro de Ruskin: Sésame et les lys en el momento en que la editorial Mercure de France publica (15 de febrero) su versión de La Bible d'Amiens, dedicada a la memoria de su padre.

13 de mayo: Encarga a Marie Nordlinger esculpir un medallón-busto para la tumba de su padre; la pieza, entregada en agosto, no será del agrado de Mme. Proust ni de su hijo, que sin embargo la colocarán sobre el sepulcro.

9 de agosto: Inicia un crucero en el yate del suegro de Robert de Billy para visitar las costas bretonas y normandas: Ouistreham, Cherburgo, Guernesey, Saint-Malo y Dinard, pero tiene que regresar a París tras un acceso de asma.

16 de agosto: Aparece en Le Figaro: «La muerte de las catedrales», breve ensayo recogido en Pastiches et Mélanges que aborda la actualidad política; el presidente Combes ha propuesto un decreto de ley sobre la separación de Iglesia y Estado, que pretende abolir el concordato napoleónico de 1801. Proust responde a un cuestionario de la revista Les Arts de la vie sobre esa separación: teme que, sin contribuciones económicas del Estado, las catedrales se transformen en museos privados de vida y de espiritualidad. Rechazo del clima anticlerical dominante en Francia.

Otoño-invierno: Consuela a Louise de Mornand, amante de su amigo Albuféra, que se casará en octubre aunque no por ello deje de mantener relaciones con la actriz. El asma, que le impide numerosas salidas —entre ellas a la boda de su amigo Albuféra—, le provoca varios accesos; consulta a distintos médicos y lee libros sobre su enfermedad. Se siente «muy desdichado en este momento, en todas las formas, moral, física, intelectualmente», según escribe en octubre a Antoine Bibesco.

1905

Enero: Escribe un prólogo para Sésame et les lys libro cuya primera parte aparece, con el título «Les Trésors des rois», de marzo a mayo en Les Arts de la vie. En ese prólogo ya hay indicios de Contre Sainte-Beuve, en el apartado crítico, y de Por la parte de Swann por lo que atañe a los recuerdos infantiles.

7 de mayo: La serie de salones continúa con la publicación de «La Vie á Paris: la comtesse de Guerne», firmado por «Echo».

8 de junio: Escucha a un virtuoso del piano, Arthur Rubinstein (1886-1982). Nota para el prefacio de Sésame et les lys, capital porque de ella se trasluce la estructura de A la busca del tiempo perdido.

15 de junio: Publica «Sur la lecture», prólogo a esa traducción de Ruskin, que terminará adoptando el título definitivo, en Pastiches et Mélanges y de «Journées de lecture»: en él relaciona la lectura con el tema de la memoria y evoca lecturas infantiles que anuncian el ambiente de «Combray». Visita la exposición de Whistler, futuro modelo de Elstir.

9 de julio: Manda a su madre a Neuilly para tener noticias de la salud de Gabriel de Yturri —que ha muerto el 6—, secretario de Montesquiou, a quien Proust dedica en agosto el artículo: «Un professeur de beauté».

Verano: Relee a Homero.

Septiembre: Se traslada a Évian para veranear con su madre, que dos horas después de su llegada sufre una crisis de uremia —como la abuela del Narrador— que la obliga a regresar a París.

26 de septiembre: Muerte de Mme. Proust. «Se lleva mi vida con ella», escribe su hijo a Anna de Noailles.

30 de septiembre: Muerte de Charles Ephrussi, otro de los modelos de Swann.

3 de diciembre: Cumpliendo una promesa hecha a su madre, Proust ingresa en el sanatorio del Dr. Sollier, en Boulogne-Billancourt, donde permanecerá seis semanas —etapa que encontrará cabida en El tiempo recobrado.

1906

24 ó 25 de enero: Deja el sanatorio y regresa «increíblemente malo» a casa, pero hasta marzo no consigue recuperar la normalidad y levantarse de la cama. Muy abatido, corrige pruebas de Sésame et les lys que terminará publicándose el 12 de mayo en la editorial Mercure de France.

5 de mayo: Reseña de Les Pierres de Venisey de Ruskin, traducido por Mme. Crémieux, pariente de Proust.

Junio: Tras la ausencia definitiva de la madre, Proust empieza a cumplir su horario «ideal»: dormir de día y vivir de noche, que mantendrá hasta el final de su vida.

12 de junio: Sentencia definitiva del caso Dreyfus, que reconoce la inocencia del capitán Alfred Dreyfus y del coronel Picquart. Rehabilitados ambos, el primero alcanzará el grado de mayor; Picquart terminará convirtiéndose en general y en Ministro de Guerra.

6 de agosto-finales de diciembre: Se muda provisionalmente al Hotel des Réservoirs, en Versalles; durante esos cinco meses, pasados en soledad casi completa, hará algún breve viaje a París. El 7 de agosto muere su tío Georges Weil, de uremia, la misma enfermedad que su hermana, la madre de Proust; demasiado enfermo, no puede asistir al entierro.

Septiembre: En Versalles le visita René Peter, autor de teatro y amigo de Debussy, de quien será biógrafo; Proust le propone la escritura de una pieza de teatro sobre la perversión sexual, tema semejante al de su relato Confesión de una joven, y al contenido de la escena entre Mlle. Vinteuil y su amiga en Montjouvain (Por la parte de Swann).

Octubre: Alquila a la viuda de su tío Weil el piso del número 102 del bulevar Haussmann, del que Proust es parcialmente propietario como heredero de su tío; no le gusta, pero «es el único que he podido encontrar que Mamá conocía», porque no se siente con valor para vivir en una casa que Mme. Proust no hubiese visto; se instala en el bulevar Haussmann el 27 de diciembre. Lectura de novelistas ingleses como Emily Bronté, Thomas Hardy y Dickens, además de Alexandre Dumas.

1907

Durante el año, Proust reanuda su trabajo; numerosas páginas de sus artículos de este período dejan su texto en A la busca del tiempo perdido. Comienza además, en fecha indeterminada de este año, Contre Sainte-Beuve.

24 de enero: Henri van Blarenberghe, conocido de la familia Proust, mata a su madre y se suicida; una semana más tarde Proust publica el reportaje Sentimientos filiales de un parricida, en Le Figaro, cuyo redactor jefe, Cardane, elimina el final por parecerle una «verdadera apología del matricidio».

Marzo: Contrata a Nicolás Cottin como ayuda de cámara, a pesar de las prevenciones que contra ese criado tenía su padre.

20 de marzo: Aparece en Le Figaro el artículo-ensayo «Journées de lecture» sobre las memorias de la condesa de Boigne —modelo para Mme. de Beausergent sobre todo—: Proust repetirá varios fragmentos en su novela, por ejemplo en la escena del teléfono de La parte de Guermantes.

Abril: «Afecto» en «progreso vivo y dulce» por Illán de Casa-Fuerte, cuya candidatura al Cercle de L'Union apoya.

El día 11 muere el barón Doazan, uno de los modelos «confesados» del barón de Charlus. Ese mismo día, asiste al Baile de Beatriz de Este, dirigido por Reynaldo Hahn en casa de la princesa de Polignac: «¡Cuánto ha envejecido la gente que conocí!»: esas impresiones terminarán encontrando un espacio en El tiempo recobrado.

Mayo: Contrata a Céline Cottin, algunos de cuyos rasgos servirán para componer el personaje de Françoise, la criada de la familia del Narrador.

Agosto: Veraneo en Cabourg, que hasta 1914 será el lugar de sus vacaciones anuales. Hace excursiones en automóvil a Trouville, Bayeux, Caen, Balleroy, Dives, Pont-Audemer, Évreux, Conches…, lugares y sobre todo iglesias cuya descripción ocupará un sitio en su novela. Visita a finales de mes a Vuillard, uno de los modelos de Elstir.

Su chófer en esas excursiones, de las que saldrá el artículo «Impressions de route en automobile». (Le Figaro, 19 de noviembre), es Alfred Agostinelli. Partes de ese artículo encuentran cabida en Por la parte de Swann (los campanarios de Martinville) y en La prisionera (sobre Wagner).

Septiembre: Durante una visita a la casa de los Straus en Trouville, su amigo Robert Dreyfus le habla del caso Eulenburg, que escandaliza a la buena aristocracia europea con sus costumbres homosexuales.

26 de diciembre: Artículo necrológico con la sigla «D» para Gustave Borda, amigo que fue padrino suyo en el duelo con Jean Lorrain.

1908

Trabaja durante el año en dos obras informes: en los «pastiches» y en Contre Sainte-Beuve: muchas de sus páginas pasarán a formar parte de A la busca del tiempo perdido.

9 de enero: Estalla el caso Lemoine, ingeniero que había conseguido estafar al presidente de la firma De Beers con su presunto descubrimiento de un método infalible para fabricar diamantes. El caso le sugiere la idea de hacer «pastiches», imitaciones del estilo de escritores como Balzac, Goncourt, Michelet, Faguet (que formarán la primera serie, publicada en Le Figaro el 22 de enero), Chateaubriand, Ruskin, Renán, Flaubert, etc., hasta 1919, fecha en la que su pastiche sobre Saint-Simon concluye su dedicación a ese género literario.

Marzo: Nueva serie de quince pastiches en Le Figaro.

21 de abril: En una carta a Albuféra afirma que va a «empezar un trabajo importantísimo». En mayo, en otra carta al mismo hace una lista de trabajos a los que va a dedicarse o tiene en el telar: «Un estudio sobre la nobleza / una novela parisiense / un ensayo sobre Sainte-Beuve y Flaubert / un ensayo sobre las mujeres / un ensayo

sobre la Pederastia (no fácil de publicar) / un estudio sobre los vitrales / un estudio sobre las piedras tumbales / un estudio sobre la novela»…

Verano: Vida mundana en Cabourg, adonde se ha trasladado el 18 de julio. En agosto conoce, a través de Louise de Mornand y su nuevo amante Robert de Gangnat, a Gastón Gallimard, su futuro editor. En agosto, en el Cahier de 1908 hace una lista de «páginas escritas»: de hecho, en ellas hay esbozos de personajes y episodios que más tarde figurarán en A la busca del tiempo perdido. Proust habla de «relación» con Marcel Plantevignes, con quien acudirá en septiembre a una sesión de cine.

Septiembre: A finales de mes se instala en el Hotel des Réservoirs de Versalles; contrata de nuevo a Agostinelli.

Noviembre: A principios de mes regresa a París.

Diciembre: Pide consejo a Mme. de Noailles y al conde de Lauris sobre la forma que debe dar a un trabajo sobre Sainte-Beuve, que califica de «mi novela sobre Sainte-Beuve»: una especie de «teoría de la literatura» y un ataque al método crítico psicológico-biográfico de ese teórico, para el que viene recogiendo notas; empieza a redactarlo. Lectura de las Mémoires de Saint-Simon.

1909

Durante el año, el «estudio» crítico sobre Sainte-Beuve —pide a Lauris que le deje los siete volúmenes de Port-Royal— irá convirtiéndose en novela, al tiempo que abandona la idea inicial de ensayo metodológico y estético. Muy enfermo desde primeros de año, conoce a Albert Nahmias, al que empieza utilizando como secretario.

6 de marzo: Publicación de un pastiche sobre Régnier, el último de los que recogerá en volumen; se lo propone a varios editores (Mercure de France, Calman-Lévy, Fasquelle), que rechazan su publicación.

23 de mayo: En una carta pregunta a Lauris si la familia de «Guermantes» está extinguida, con vistas a utilizar ese apellido.

Junio: Definitivamente, Proust convierte en novela su estudio, que está concluyendo con el título provisional de Contre Sainte-Beuve. Souvenir d'une matinée, «una verdadera novela y una novela extremadamente impúdica en ciertas páginas», según escribe a mediados de agosto al director de Mercure de France, Alfred Vallette, que rechaza el proyecto; también fracasa su intento de publicarla en folletón en Le Figaro.

15 de agosto: Veraneo en Cabourg, de donde regresará a finales de septiembre para evitarse las molestias de las obras que se hacen en el Grand-Hôtel.

Noviembre: Hace pasar a máquina los tres cuadernos del principio de «Combray», que lee a Reynaldo Hahn y a Lauris, a quien devuelve los volúmenes de Port Royaly de Sainte-Beuve, y a quien pide el libro de Émile Male sobre el arte religioso de finales de la Edad Media, clave para las primeras páginas de Por la parte de Swann. A finales de mes, piensa que su obra constará de tres volúmenes. Envía esa primera parte, «Combray», a Le Figaro y que no le contesta.

1910

Año de trabajo intenso, de reescritura de «Combray», de preocupaciones económicas ficticias. De lecturas de Stendhal (La cartuja de Parma) y de Los ojos azulesy de Thomas Hardy, novelista inglés del que hablará en La prisionera.

12 de enero: Muerte de Mme. Arman de Caillavet, cuyo salón había frecuentado y a cuyo hijo Gastón y a su esposa le había unido una gran amistad. Pide a Simone de Caillavet, hija de ese matrimonio, una fotografía suya y otra de su madre, de la que confiesa haber estado enamorado, porque «mi memoria fatigada por los

estupefacientes tiene tales fallos que me son muy valiosas las fotografías».

4 de junio: Asiste, entusiasmado, a varias representaciones de los Ballets rusos de Diaghilev, con Nijinski como primer bailarín.

11 de julio: A la una de la mañana se presenta en Le Figaro para recuperar el manuscrito de «Combray» enviado el año anterior para su publicación en folletón.

17 de julio: Comienza su veraneo en Cabourg.

Octubre: Regresa a París a principios de mes; por consejo de Anna de Noailles, tapiza las paredes de su cuarto de corcho.

Noviembre-diciembre: Escritura de distintos cuadernos como complemento al texto ya escrito de «Combray»; continuación de «Un amor de Swann» y «En torno a Mme. Swann», donde aparecen por primera vez los nombres de Albertine y Elstir.

1911

Precaria situación física por el asma, que le impide seguir la vida musical: se hace instalar en casa un teatrófono, aparato recién inventado que permitía escuchar por teléfono, en directo, las representaciones musicales o teatrales. Durante este año, deja a un lado Contre Sainte-Beuve y trabaja en la primera versión de su futura novela, que divide en dos partes con los títulos de El tiempo perdido y El tiempo recobrado.

20 de febrero: Oye en casa, a través del teatrófono, un acto de Los Maestros cantores. Pocos días después le llega, desde la Opéra-Comique, el sonido de Peleas y Melisenda, «encantadora revelación» sobre la que hablará en Sodoma y Gomorra y en La prisionera, y sobre cuyo libreto hará un pastiche que aparecerá después de su muerte. Escribe a su amigo Lauris: «Ya no duermo, ni como, ni trabajo. Hay además otras muchas cosas que no hago, pero éstas hace ya mucho

tiempo». Marzo: Reanuda su amistad con Louis de Robert, novelista enfermo con quien se identifica, y cuya novela psicológica Román du malade merecerá grandes elogios de Proust. La correspondencia que a partir de ese momento entablan ambos convierte a Louis de Robert, al que Proust calificaría de «primer amigo de Swann», en el escritor más cercano a la génesis de su novela.

21 de mayo: Asiste en compañía de Montesquiou a la representación de Le Martyre de Saint-Sébastien y con libreto de D'Annunzio —que le aburre— y música de Debussy, floja, a pesar de agradarle en líneas generales; le impresiona la belleza andrógina de la protagonista, Ida Rubinstein.

11 de julio: Parte para Cabourg, donde pasará tres meses, con Robert Nahmias como secretario. Contrata a Miss Cecilia Hayward, empleada del hotel, para mecanografiar el manuscrito de su novela, titulado en ese momento Les Intermittences du coeur y le temps perdu.

Finales de septiembre: Regresa a París, con el primero de los dos volúmenes que prevé para su novela mecanografiado.

15 de noviembre: En Beauvais muere su tía abuela materna, Amélie Bercanstel, Mme. Baruch Weil.

5 de diciembre: Visita la exposición de pintura china en la galería Durand-Ruel, donde conoce a Georges Rodier, un diletante acaudalado que servirá de modelo a Legrandin.

Finales de año: Una especulación poco afortunada en la Bolsa le hace sentirse arruinado; pese a las pérdidas, su situación financiera y su patrimonio están muy lejos de la ruina.

1912

Enero: Entrega a su mecanógrafa, miss Hayward, la segunda parte de El tiempo perdido. A lo largo del año, mientras Proust comienza a

pasar a limpio sus cuadernos de La parte de Guermantes y seguirá enviándole nuevos textos.

Febrero-Marzo: Nueva pérdida de dinero, 40.000 francos, en especulaciones en la Bolsa.

Marzo-septiembre: Aparición en Le Figaro de fragmentos de la futura novela, titulados por el periódico: «Au seuil du printemps: Épines blanches, épines roses». (12 de marzo), «Un rayón de soleil sur le balcón». (4 de junio) y «L'église de village». (3 de septiembre).

Solicita de Gastón Calmette, director de Le Figaro, apoyo para publicar el libro ante el editor Fasquelle, a quien el 28 de octubre envía la mecanografía del primer tomo, El tiempo perdido, todavía bajo el título general de Les Intermittences du coeur.

Empieza a pensar en La Nouvelle Revue Française, administrada por Gallimard, como nueva posibilidad editorial.

7 de agosto: Parte para Cabourg, pero este año apenas pasará dos meses de vacaciones. El 1 de octubre asiste a una representación de Hérodiade y de Massenet.

Noviembre: Escribe a Gallimard, a quien ha conocido en 1908, tres cartas: la novela consta en ese momento de tres volúmenes: El tiempo perdido y cuyo texto mecanografiado le envía; un segundo tomo, A la sombra de las muchachas en flor y un tercero, El tiempo recobrado. Por indicación del lector de la editorial, André Gide, que critica el estilo florido y analítico de Proust, a quien considera «un esnob, un mundano aficionado», Gallimard rechaza su edición. Corre la misma suerte un fragmento que Proust había entregado a Jacques Copeau para su publicación en la revista de la editorial, La Nouvelle Revue Française.

24 de diciembre: El editor Fasquelle también rechaza la novela.

Carta de Proust a Louis de Robert para que proponga al editor Ollendorff la publicación, a costa del autor, del libro. Pocos días más tarde, envía al editor el texto mecanografiado.

1913

Raymond Poincaré sustituye en la presidencia de la República a Failléres; ocupará ese cargo hasta 1920.

Durante este año, en el que por fin aparece el primer tomo de A la busca del tiempo perdido, y en el que Proust hace mecanografiar La parte de Guermantes, se produce un hecho capital: la reaparición de Alfred Agostinelli, a quien Proust acoge, como secretario y mecanógrafo, en el bulevar Haussmann, junto a Anna, su presunta esposa. La pasión de Proust por Agostinelli, sazonada de angustias, ansiedades y celos, presta varios episodios reales a los amores de Albertine y del Narrador en La prisionera y La jugitiva.

Mediados de febrero: El director de OllendoríF, Humblot, le devuelve su original: «No puedo comprender que un señor pueda emplear treinta páginas para describir cómo da vueltas y más vueltas en la cama antes de encontrar el sueño».

Pide a René Blum, hermano de Léon, condiscípulo suyo del Liceo Condorcet, que proponga al editor Bernard Grasset la edición de su libro, a costa del autor. El 24 de febrero envía el manuscrito a Grasset, quien más tarde declarará haber aceptado la propuesta sin leer el manuscrito.

11 de marzo: Firma del contrato con Grasset para publicar la novela en dos volúmenes, de «unas 650 páginas cada uno». Pero el proyecto no tarda en contemplar tres: Por la parte de Swann, La parte de Guermantes, El tiempo recobrado.

25 de marzo: Aparece en Le Figuro un fragmento sacado de Por la parte de Swann y de La parte de Guermantes: «Vacances de Paques».

31 de marzo: Recibe las pruebas de Por la parte de Swann.

Abril: Escucha la Sonata para piano y violín de César Franck, tocada por Enesco, una de las fuentes de la Sonata de Vinteuil. A finales de mes, nuevas especulaciones en Bolsa le ocasionan cuantiosas pérdidas de dinero.

Mayo: Intensa vida musical durante el mes.

15 de mayo: Asiste a una representación de Ballets rusos en el teatro de los Champs-Elysées, donde se encuentra con Mme, Scheikévitch, que le hace pensar en «une colombe poignardée» y expresión que retiene como posible título para la segunda parte de la novela. El día 17 asiste, a una función de L'apres-midi dun faune, bailado por Nijinski en los Ballets rusos. El 20, al estreno de La Consagración de la primavera, de Stravinski, con quien cena luego en compañía de Cocteau. El 22, a una representación de Boris Godunov.

Mediados de mayo: Adopta el título definitivo de À la recherche du temps perdu. A finales de mes devuelve las primeras pruebas corregidas: «No queda una línea de cada veinte del texto primitivo (sustituido además por otro)». De finales de mayo al 27 de octubre, corregirá cinco juegos de pruebas.

Finales de mayo: Agostinelli y «señora» se instalan en el bulevar Haussmann.

26 de julio: Parte repentinamente para Cabourg con Agostinelli y Anna.

4 de agosto: Regresa a París, también repentinamente, tras una excursión a Houlgate, y sin pasar siquiera por el hotel, acompañado por Agostinelli: crisis amorosa —reflejada por la del Narrador y Albertine en Sodoma y Gomorra II.

Septiembre: Problemas financieros que se suman a un estado físico lamentable; asegura haber perdido treinta kilos.

8 de noviembre: En el último momento, justo antes de proceder a la tirada, tiene que suprimir dos capítulos: «En torno a Mme. Swann» y «Nombres de países: el país» de Por la parte de Swann y cambiar el final.

14 de noviembre: Aparición de Por la parte de Swann en librerías. En distintas publicaciones aparecen fragmentos. El día antes, firmada por Élie-Joseph Bois, ha aparecido en Le Temps una entrevista con

Proust, redactada casi en su totalidad por el novelista, que explica la estructura compleja de su obra.

23 de noviembre: Céline Cottin es operada en el hospital Broca por Robert Proust. Marcel contrata temporalmente a Céleste Albaret para llevar a domicilio los ejemplares dedicados.

Noviembre-diciembre: Aparecen artículos elogiosos de amigos (Léon Daudet, Robert Dreyfus, Jean Cocteau), además de una crítica «detestable» de Paul Souday, crítico titular de Le Temps.

1 de diciembre: Agostinelli, que había empezado a estudiar pilotaje de aviones en Buc, en los alrededores de París, se marcha a Antibes. Las cartas que intercambian serán trasladadas, con escasas variantes, a La fugitiva. Nahmias viaja a Niza para ofrecer al padre de Agostinelli, de parte de Proust, una renta si consiguen convencerle para que regrese a París. Fracaso de la gestión de Nahmias.

1914

«Este año espantoso», según escribe el 31 de diciembre a Mme. Catusse, está presidido por la desesperación ante la fuga primero y luego muerte de Agostinelli; ante las críticas negativas que aparecen sobre A la busca del tiempo perdido; ante el inicio de la guerra 28 de junio: asesinato en Sarajevo del emperador Francisco José; Alemania declara la guerra a Francia el 3 de agosto, que altera sus costumbres y va privándole de su hermano y de sus amigos, llamados a filas; algunos de los más queridos —Bertrand de Fénelon, sobre todo— morirán en la contienda. Proust es dado de baja, debido a su precaria salud, por el Ejército. Durante el primer semestre trabaja en Sodoma y Gomorra y en La fugitiva, pero Grasset, movilizado, tendrá que posponer la publicación de La parte de Guermantes y en ese momento segundo volumen del proyecto.

1 de enero: «Soy tan desdichado y estoy tan enfermo que no tengo valor para levantarme», escribe a Jacques Copeau.

2 de enero: Carta de André Gide admitiendo el «error más grave de la NRF», del que se siente responsable —excusas que la carta suaviza respecto al borrador conservado—, por haber rechazado la novela de Proust.

16 de marzo: Calmette, director de Le Figaroy a quien está dedicado el primer volumen de A la busca del tiempo perdidoy es asesinado de un tiro en su despacho por la esposa de Joseph Caillaux, ministro de Finanzas. 20 de marzo: Como hace dos meses Fasquelle, la N. R. F. se declara dispuesta a publicar los siguientes volúmenes de la novela.

30 de mayo: Carta de Proust a Agostinelli en la que le comunica que le ha comprado un avión por 27.000 francos, en el que hará grabar el soneto del «Cisne», de Mallarmé. Ese mismo día, Agostinelli, inscrito con el nombre de Marcel Swann en la escuela de pilotaje de los hermanos Garbero de Antibes, cae con su aparato al mar y se ahoga.

1 de junio y 1 de julio: La Nouvelle Revue Française publica fragmentos inéditos de La parte de Guermantes, que terminarán incorporándose a A la sombra de las muchachas en flor.

6 de junio: Recibe pruebas del segundo volumen de su novela; su dolor por la muerte de Agostinelli y su salud física le impiden corregirlas.

7 de junio: Unos pescadores encuentran el cuerpo de Agostinelli.

2 de agosto: Acompaña a la estación a su hermano Robert, movilizado como médico. También son llamados a filas su mecánico Odilon Albaret y su ayuda de cámara Nicolás Cottin. Céleste Albaret se instala en casa de Proust.

3 de septiembre: Parte para la que será su última estancia en Cabourg; le acompañan Céleste y un ayuda de cámara sueco, Ernest Forssgren, el único que ha encontrado en un París despoblado de jóvenes por la guerra. Empieza a mitigarse el dolor por la muerte de

Agostinelli, bajo cuyo impacto ha escrito el primer borrador de La fugitiva.

13 de octubre: Regresa a París; se separa de Forssgren, llamado a filas en su país. Adopta una vida de recluso y empieza dándose de baja en el abono telefónico.

17 de diciembre: Desaparición —y muerte— en el frente de Bertrand de Fénelon.

1915

Proust dedica este año a reestructurar, repensar y reescribir su novela, a la que somete a profundos cambios de estructura: los tres tomos iniciales se convertirán en siete títulos. Su vida social, dada la situación bélica, ha sustituido los antiguos salones mundanos por el restaurante del Hotel Ritz. Las cartas a sus amigos dan cuenta de la marcha de su trabajo, de la aparición de distintos personajes, de la invención de episodios como la historia resumida de Albertine o el matrimonio del joven Cambremer. En una carta-dedicatoria de un ejemplar de Por la parte de Swann a Mme. Scheikévitch esboza los elementos claves de Sodoma y Gomorra, La prisionera y La fugitiva.

Marzo: «Es verdad que Boche no figura en mi vocabulario y que las cosas no me parecen tan claras como a ciertas personas…», escribe en una carta a Lucien Daudet.

15 de marzo: Anuncio oficial de la muerte de Fénelon.

13 de mayo: Muerte en el frente de otro amigo muy querido, Robert d'Humiéres.

Septiembre: Tras numerosas visitas a médicos del ejército, sigue siendo dado de baja por enfermedad.

1916

El hecho más importante del año es el cambio de editor, tras duras negociaciones con Grasset, enfermo en Suiza. Lectura de Tallemant des Réaux y de Las mil y una noches, que aparecerán como referentes en La prisionera y en El tiempo recobrado. La guerra irrumpe en la novela, con el barón de Charlus por eje.

25 de febrero: Visita de André Gide con la propuesta formal de Gallimard para editar su novela en la N. R. F.

Primavera: Regresa del domicilio de Francis Jammes a su casa por la noche, a pie y en medio de los obuses. Reanuda cierta vida social, recuperando viejas amistades como Jean Cocteau, Lacretelle, las princesas de Polignac, de Murat y Soutzo, y conociendo nuevas, como Paul Morand. Viaja hasta Versalles para oír una nueva ópera de Reynaldo Hahn.

Visitas a Albert Le Cuziat, antiguo ayuda de cámara de distintos aristócratas, dueño ahora de una casa de prostitución para homosexuales, a quien Proust utiliza como informador de las costumbres sexuales de la alta sociedad; también acude a esa «casa de baños» de la calle de L'Arcade, para cuya decoración Proust regaló a su dueño varios muebles familiares.

29 de agosto: Tras numerosas cartas, Grasset le escribe: «Renuncio a publicar el segundo volumen», dejando a Proust en libertad para editarlo con Gallimard.

Noviembre: Invita al cuarteto Poulet a dar un concierto en su casa, con Proust como único oyente. A partir de ese momento, repetirá ese tipo de conciertos domésticos para oír música de Franck, Debussy, Fauré, Ravel, Schumann, los últimos cuartetos de Beethoven, Mozart…

1917

Durante el año, Proust trabaja en El tiempo recobrado, para el que utiliza los acontecimientos bélicos del período. Sus salidas mundanas —cenas, entrevistas— cobran mayor intensidad a la busca de datos para su novela, cuya conclusión ve cercana. Refuerza sus lazos de amistad y de vida social con la princesa Soutzo —con la que cena varias veces a la semana en el Ritz— y con quien luego habría de ser su marido, Paul Morand, que le informa de la situación diplomática referida a la guerra. Por orden de Proust, Céleste quema a lo largo del año treinta y dos cuadernos escritos con anterioridad a 1914, probablemente los borradores del tomo I de su viejo proyecto narrativo.

1 de enero: «Al hacerme el "favor" de enviarme esta notita, manifiesta usted por mí, en este triste 1 de enero, "dulzura"». (Carta a Paul Morand).

12 de abril: Ve por última vez a Emmanuel Bibesco, con el rostro deformado por la parálisis: se suicidará en Londres el 22 de agosto. Abril-junio: Frecuente asistencia a cenas y actos sociales —con Cocteau, Mme. de Chevigné, la princesa Soutzo, Morand, Pierre de Polignac— según el diario del abate Mugnier.

Mayo: Escribe sobre Dostoyevsky páginas que incluirá en La prisionera. 28 de julio: Tras la cena, se produce una alarma aérea y Proust contempla desde un balcón del Ritz un raid de la aviación alemana sobre París, que compara con un cuadro del Greco: «Me he puesto al balcón y me he quedado más de una hora viendo ese apocalipsis admirable donde los aviones que subían y bajaban venían a completar o a deshacer las constelaciones». La escena pasará a El tiempo recobrado.

Verano: Según Céleste Albaret, más o menos por la época en que Bibesco se suicida en Londres (22 de agosto), Proust permanece inerte y «como muerto» dos días, sin dar ninguna señal de vida.

13 de octubre: Paul Morand es nombrado embajador de Francia en Roma.

Pruebas de A la sombra de las muchachas en flor, que no devolverá a la imprenta porque los tipógrafos han sido llamados a filas. Gallimard prepara una nueva edición de Por la parte de Swann, que no aparecerá hasta 1919, con correcciones y algún desplazamiento de textos.

Noviembre: Trata de vender muebles y hermosos tapices y alfombras heredadas de su padre para pagar los intereses de un préstamo contraído en 1911.

31 de diciembre: Acompaña a dos soldados americanos en su búsqueda del hotel Bedford, en una larga caminata nocturna que pasa a su novela.

1918

Durante este año en el que corrige pruebas de A la sombra de las muchachas en flor y avanza en el texto definitivo de la novela, lleva una activa vida social, relacionándose sobre todo con amistades como la princesa Murat, el duque de Guiche, Thérése d'Hinnisdael, los Gramont, el abate Mugnier, la princesa Soutzo y Paul Morand, la condesa de Noailles, Francis Jammes, la condesa de Pourtalés, la duquesa de Clermont, los Daudet, la duquesa de Clermont-Tonnerre…

30 de enero: Paseo bajo un raid de aviones alemanes que bombardean París. A primeros de año contrata a un nuevo secretario, un joven suizo llamado Henri Rochat, que permanecerá a su servicio dos años.

Abril: Sufre una parálisis facial y afasia que le inducen a pedir al doctor Babinski que le haga una trepanotomía, a lo que el médico se niega.

10 de abril: Acepta prologar el libro De David à Degas —primer volumen de Propos du peintre—, de Jacques-Emile Blanche, que lo

dedica a Proust; aparecerá en marzo del año siguiente. Pocos días después recibe las pruebas de A la sombra de las muchachas en flor.

20 de abril: Carta-dedicatoria a su amigo Jacques de Lacretelle, en la que habla sobre los personajes: «No hay claves para los personajes de este libro o bien hay ocho o diez para uno solo […] Decididamente la realidad se reproduce por división como los infusorios tanto como por amalgama».

Duras negociaciones desde primavera a verano con Grasset para rescatar el primer volumen, y pasar ese título a Gallimard, con quien en junio Proust pacta recoger y publicar en un volumen sus pastiches sobre el affaire Lemoine, así como artículos y prólogos de su etapa de periodista de sociedad.

Septiembre: Regreso del frente de su hermano Robert, herido en un accidente de automóvil.

11 de noviembre: Firma del armisticio que pone fin a la guerra; a Proust le parece que la paz ha sido «milagrosa y vertiginosa», y en una carta a Mme. Straus emite su opinión: «Prefiero a todas las paces las que no dejan rencor en el corazón de nadie. Pero dado que no se trata de una de esas paces, desde el momento en que lega el deseo de venganza, tal vez hubiese sido bueno hacerla imposible de ejercer».

30 de noviembre: Termina de imprimirse À L'ombre des jeunes filles en fleurs, en un volumen de cuatrocientas cuarenta y tres páginas; pero no se pondrá a la venta hasta junio del año siguiente. Pocos días después, Proust rectifica el proyecto de su novela, que ahora consta de seis volúmenes, tras el añadido de un Sodoma y Gomorra III.

1919

Año de mudanzas obligadas de domicilio, de aparición del segundo tomo de su novela y de Pastiches et Mélanges, y de la

consecución del premio Goncourt, que sumerge a Proust en una actividad social intensa, con entrevistas y declaraciones en la prensa, a la vez que le tranquiliza sobre la calidad de su trabajo: su nombre empieza a llegar al resto de Francia. A lo largo del año, corregirá pruebas de La parte de Guermantes.

Enero: Su tía Weil vende el inmueble del bulevar Haussmann a un banco y Proust moviliza a sus amistades para que le busquen un nuevo piso.

Marzo: Nuevos problemas de afasia. Aparece De David a Degas, de J.-É. Blanche, con prólogo de Proust.

30 de mayo: Se traslada provisionalmente al 8 bis de la calle Laurent-Pichat, un palacete propiedad de la actriz Réjane, con cuyo hijo Jacques Porel, mantiene Proust relaciones casi familiares. Le resulta una vivienda demasiado ruidosa y excesivamente cercana al Bois de Boulogne, cuyos pólenes perjudican su asma.

Junio: Salen a la venta, casi simultáneamente A la sombra de las muchachas en flor y Pastiches et Mélanges, así como una reedición de Por la parte de Swann, en Gallimard; mantiene con el editor una áspera correspondencia sobre publicidad, distribución, correcciones…

28 de junio: Firma del tratado de paz de Versalles.

19 de julio: Varios amigos de Proust —Jammes, Halévy, Maurras, Bourget, Maritain— firman el manifiesto «Por un partido de la inteligencia», de carácter nacionalista, en el que abogan por una Francia que dirija la marcha de la cultura. En carta a Jacques Riviére, Proust se opone a cualquier idea nacionalista como rectora en ese campo.

15 de agosto: Se declara dispuesto a presentar su reciente novela al premio Goncourt.

1 de octubre. Con intención de provisionalidad, se traslada a un piso amueblado, en la quinta planta del número 44 de la calle Hamelin, cerca del Trocadéro; será su última morada.

10 de diciembre: A la sombra de las muchachas en flor recibe el premio Goncourt gracias a las presiones de sus amigos, en especial de Léon Daudet, frente a una novela de Roland Dorgelés, Croix de bois, sobre la reciente guerra mundial. Ataques al jurado por parte de la prensa por no haber galardonado el libro de un antiguo combatiente.

1920

Paul Deschanel sustituye en febrero a Poincaré en la presidencia de la República, cargo del que tendrá que dimitir en septiembre, y que pasa a ocupar Alexandre Millerand (1920-1924). La salud de Proust se deteriora, mientras va obsesionándole la idea de la muerte: el desgaste de sus ojos lo lleva a la consulta de un oculista: tendrá que usar gafas, que sólo se pondrá en casa. A fin de año, sufre una otitis.

1 de enero: Aparición en La Nouvelle Revue Française de su artículo «A propos du "style" de Flaubert», que había empezado a escribir en 1909; artículo capital para penetrar en la concepción proustiana de la crítica.

Febrero: Extenuado, insomne, Proust demora la corrección de pruebas de La parte de Guermantes. Gallimard contrata al poeta André Bretón para que realice ese trabajo, que cumplió con no demasiada aplicación. Para no retrasar la edición, Gallimard le propone dividir el libro en dos tomos, lo cual obliga a Proust a retocar el texto.

20 de marzo: Su amigo Pierre de Polignac se casa con Mlle. de Valentinois, hija adoptiva del príncipe de Monaco, que inspira a Proust una carta irónica a su amigo y unas páginas burlonas en La parte de Guermantes, donde aparecerá como conde de Nassau, heredero del gran ducado de Luxemburgo.

4 de mayo: Asiste a una representación de los Ballets rusos.

14 de mayo: Asiste al ensayo general de Antonio y Cleopatra, de Shakespeare, en versión de André Gide: durante el descanso le llega la noticia de la muerte de Réjane, uno de los modelos de la Berma, y corre a consolar a su hijo, Jacques Porel.

23 de septiembre: Recibe el nombramiento de caballero de la Legión de Honor. Su amigo Jean Béraud le regala la cruz, engastada en brillantes.

30 de septiembre: Como jurado del premio Blumenthal, presiona para que le sea concedido a su amigo Jacques Riviére.

Finales de octubre: Aparece Le Cote de Guermantes /.

15 de noviembre: En la Revue de Paris publica un artículo elogioso sobre Paul Morand, que éste utilizará en marzo del año siguiente como prólogo a su libro Tendres Stocks. En él, Proust presagia ya su próxima muerte: «Una extranjera ha elegido domicilio en mi cerebro».

1921

Aparición a lo largo del año de extractos de su obra inédita en revistas.

1 de enero: La Nouvelle Revue Française publica «Une agonie», fragmentos en que se describe la muerte de la abuela.

2 de enero: Carta a Gallimard anunciándole nuevos cambios en el proyecto, al que aún le faltan seis volúmenes: La parte de Guermantes II, Sodoma y Gomorra I, Sodoma II, Sodoma III, Sodoma IV y El tiempo recobrado. Pocos días más tarde envía al editor el manuscrito de Sodoma

1 de febrero: Aparece en La Nouvelle Revue Française un extracto: «Un baiser», que narra la primera visita de Albertine.

26 de febrer o: La Revue Hebdomadaire publica el fragmento «Une soirée de brouillard», que narra la cena de Saint-Loup con el Narrador.

2 de mayo: Sale a librerías La parte de Guermantes, Sodoma y Gomorra I, en un solo volumen.

Finales de mayo: Tras leer un artículo de Vaudoyer sobre la exposición de pintura holandesa, va con ese amigo a visitarla; cuando está contemplando la Vista de Delf de Vermeer sufre un desmayo y una crisis de vértigo y se cree a las puertas de la muerte. Su salud empeora; por primera vez piensa que no le queda tiempo para terminar A la busca del tiempo perdido.

Ruptura de relaciones de dos antiguas amistades, que se han sentido retratadas en el nuevo tomo: Louis d'Albuféra (Saint-Loup) y la duquesa de Chevigné (duquesa de Guermantes). Tendrá que emplearse a fondo para convencer a Montesquiou de que éste no tiene nada que ver con el barón de Charlus.

1 de junio: En La Nouvelle Revue Française aparece «Á propos de Baudelaire».

4 de junio: Su secretario, Henri Rochat, del que Proust —y sobre todo Céleste Albaret— está quejoso encuentra por fin un empleo en Argentina.

Otoño: Tras una caída en su cuarto, sufre síntomas de uremia, enfermedad de la que habían muerto su madre y su abuela.

Principios de octubre: Toma por error siete pastillas de veronal.

Noviembre: Envía a Gallimard Sodoma y Gomorra II.

11 de diciembre: En Mentón, muere en medio del olvido Robert de Montesquiou, que tres meses antes le había enviado su último libro, Elus et Appelés.

1922

Durante los once meses de 1922, Proust disminuye su actividad social, aunque no deja de asistir, enfermo, a varias cenas y veladas de amigos.

15 de enero: Es presentado a la clavecinista polaca Wanda Landovska durante un baile en el Ritz.

26 de febrero: Contrata a una sobrina de Céleste, Yvonne Albaret, para mecanografiar Sodoma y Gomorra, que terminará titulándose La prisionera y que sufrirá constantes modificaciones a lo largo del año.

Marzo: Inicia su correspondencia con el crítico alemán Ernst-Robert Curtius, uno de los primeros en percibir con lucidez el fondo de la concepción proustiana.

Principios de primavera: «Verá, [Céleste], esta noche ha ocurrido una gran cosa. (…). Es una gran noticia. Esta noche, he puesto la palabra "fin". (…). Ahora, puedo morir», según Céleste Albaret.

2 de mayo: Aparece en librerías Sodoma y Gomorra II. Por la noche, para asistir a un encuentro con un matrimonio inglés, los Schiff, toma una dosis de adrenalina que le quema el tubo digestivo.

18 de mayo: Tras el estreno de Le Renard, de Stravinski, los Schiff dan una cena en honor del compositor y de amigos suyos como Picasso, Joyce, Diaghilev y el propio Proust. Schiff propone al pintor español que haga un retrato de Proust. El encuentro de Proust y Joyce se resuelve en desencuentro.

12 de junio: Encuentro con Jeanne Pouquet, antiguo amor de juventud, esposa de su amigo Gastón Arman de Caillavet. Al decirle adiós, Proust se despide definitivamente. Empieza a repetir esa despedida con los amigos que lo visitan; son ya pocos los que ahora tienen acceso a su cuarto, donde permanece postrado. Lo cual no impide que, en una de sus salidas, piense en el duelo: el 13 de julio, durante una pelea en un lugar de moda, «Le Boeuf sur le toit».

Agosto: En las «décadas» que organiza Paul Desjardins en Pontigny, se habla de la obra de Proust.

Septiembre: Sale a la luz el primer tomo de la traducción inglesa de su novela, con un título, Swanns Way, que irrita a Proust por su inexactitud; Schiff le informa sobre otros errores del traductor, Charles Scott Moncrieff: «No dejaré demoler [mi obra] por unos ingleses», le dice por carta a Gallimard.

Principios de septiembre: Accesos de asma, crisis y desmayos.

Principios de octubre: Una bronquitis le lleva a consultar al doctor Bize, cuyas prescripciones de reposo y alimentación no sigue. El médico pide ayuda a Robert Proust, que tampoco logra que Proust siga la menor prescripción médica.

19 de octubre: Se levanta de la cama y sale, para regresar extenuado.

24 de octubre: Pone fin a La prisionera y empieza a revisar La fugitiva.

8 de noviembre: Contrae una neumonía; entrega a Jacques Riviére el manuscrito de La prisionera. Falto de fuerzas, tiene que comunicarse por signos con Céleste Albaret.

Mediados de noviembre: Pese a su estado de salud, al recibir una nota de su antiguo secretario sueco Ernest Forssgren, de paso por París, se levanta y va a esperarle al Riviera Hotel hasta las tres de la mañana, sin que Forssgren aparezca.

Comunica a Céleste Albaret algunas disposiciones para después de su muerte, como envíos de objetos personales a amigos. Su hermano Robert se instala a su cabecera el día 15.

17 de noviembre: A pesar de las crisis, pide a Céleste que se siente frente a él, para seguir escribiendo; a las tres de la mañana, en medio del trabajo, un absceso del pulmón lo deja extenuado. Según Céleste, Proust empieza delirar y ve en su cuarto «una gran mujer de negro, horrible», con gesto amenazador. A la mañana siguiente, y durante todo el día, el doctor Bize y Robert Proust le ponen inyecciones y le aplican ventosas y oxígeno para aliviarle.

19 de noviembre: Proust muere a las cuatro y media de la tarde a la edad de cincuenta y un años.

22 de noviembre: Entierro de Marcel Proust.

1923

Aparición postuma de La Prisonniere.

1925

Publicación de Albertine disparue [La Fugitive]

1927

Sale a la luz Le Temps retrouvé, último volumen de A la busca del tiempo perdido.

1952

Primera edición, en tres volúmenes, de Jean Santeuil, novela juvenil inconclusa, considerada como el primer intento de A la busca del tiempo perdido.

1954

Primera edición de Contre Sainte-Beuve, acompañado por Nouveaux mélanges.

Los «Cuestionarios Proust»

Fueron dos los cuestionarios a los que Proust se sometió: el primero, probablemente a los 15 años, para el álbum de una compañera de juegos en los Champs-Elysées, de su misma edad, Antoinette Faure, titulado Confessions y subtitulado An álbum to record thoughts, feelings, etc.

Respondió al segundo cuestionario a finales de 1892, a los veintiún años, titulándolo él mismo Proust par lui-même.

I

La cualidad moral que prefiere:— Todas las que no son particulares de una secta, las universales.

Las cualidades que prefiere en un hombre:— La inteligencia, el sentido moral.

Las que prefiere en una mujer:— La dulzura, la naturalidad, la inteligencia.

Su ocupación preferida:— La lectura, la ensoñación, los versos, la historia, el teatro.

Su principal característica:— [Sin respuesta].

Su noción de la felicidad:— Vivir cerca de todos los que amo con los encantos de la naturaleza, una cantidad de libros y de partituras, y

no lejos un teatro francés.

Su noción de la desgracia:— Estar separado de mamá.

Su color y su flor preferidos:— Los amo todos, y en cuanto a las flores, no sé.

Aparte de usted mismo, ¿quién querría ser?:— Como no tengo que plantearme la pregunta, prefiero no resolverla. Sin embargo me habría gustado mucho ser Plinio el Joven

¿Dónde le habría gustado vivir?:— En el país del ideal, o mejor dicho de mi ideal.

Sus autores preferidos en prosa:— George Sand, Augustin Thierry.

Sus pintores y compositores preferidos: —Meissonnier, Mozart, Gounod.

Sus héroes preferidos en la vida real: —Un intermedio entre Sócrates, Pericles, Mahoma, Musset, Plinio el Joven y Augustin Thierry.

Sus heroínas preferidas en la vida real: —Una mujer de genio que lleve la existencia de una mujer corriente.

Sus héroes de ficción preferidos: —Los héroes novelescos, poéticos, los que son un ideal antes que un modelo.

Sus heroínas de ficción preferidas:— Las que son más que mujeres sin salir de su sexo, todo lo que es tierno, poético, puro, bello en todos los géneros.

Su comida y bebida preferidas:— [Sin respuesta].

Sus nombres preferidos: —[Sin respuesta].

Su bestia negra: —La gente que no siente lo que está bien, que ignora las dulzuras del cariño.

¿Qué personajes históricos detesta más? —[Sin respuesta].

¿Cuál es su estado de espíritu actual?:— [Sin respuesta].

¿Por qué defecto siente más indulgencia?:— Por la vida privada de los genios.

Su divisa: —Una que no puede resumirse porque su más simple expresión es lo que hay de bello, de bueno y de grande en la naturaleza.

II

El principal rasgo de mi carácter:— La necesidad de ser amado y, por precisar, la necesidad de ser acariciado y mimado mucho más que la necesidad de ser admirado.

La cualidad que deseo en un hombre:— Los encantos femeninos.

La cualidad que prefiero en una mujer: —Las virtudes de hombre y la sinceridad en la camaradería.

Lo que más aprecio en mis amigos: —Ser tiernos conmigo, si su persona es bastante exquisita para dar un gran valor a su ternura.

Mi principal defecto: —No saber, no poder «tener voluntad».

Mi ocupación preferida:— Amar.

Mi sueño de felicidad: —Tengo miedo de que no sea lo bastante elevado, no me atrevo a decirlo, y tengo miedo a destruirlo diciéndolo.

Cuál sería mi mayor desgracia: —No haber conocido a mi madre ni a mi abuela.

Lo que querría ser: —Yo mismo, como las gentes que admiro me querrían.

El país donde desearía vivir:— Aquél en el que ciertas cosas que yo querría se realizasen como por encantamiento y donde la ternura siempre sería compartida.

El color que prefiero:— La belleza no está en los colores, sino en su armonía.

La flor que amo:— La suya —y luego, todas.

El pájaro que prefiero: —La golondrina.

Mis autores favoritos en prosa: —En la actualidad Anatole France y Pierre Loti.

Mis poetas preferidos: —Baudelaire y Alfred de Vigny.

Mis héroes favoritos en la ficción: —Hamlet.

Mis heroínas favoritas en la ficción: —Berenice.

Mis compositores preferidos: —Beethoven, Wagner, Schumann.

Mis pintores favoritos: —Leonardo de Vinci, Rembrandt.

Mis héroes en la vida real: —M. Darlu, M. Boutroux.

Mis heroínas de la historia: —Cleopatra.

Mis nombres favoritos: —No tengo más que uno a la vez.

Lo que detesto por encima de todo: —Cuanto hay de mal en mí.

Caracteres históricos que más desprecio: —No soy suficientemente instruido.

El hecho militar que más admiro: —¡Mi voluntariado!

La reforma que más estimo: —[Sin respuesta].

El don de la naturaleza que querría tener: —La voluntad, y seducciones.

Cómo me gustaría morir: —Mejor y amado.

Estado presente de mi espíritu: —El hastío de haber pensado en mí para responder a todas estas preguntas.

Faltas que me inspiran más indulgencia: —Las que comprendo.

Mi divisa: —Tendría demasiado miedo a que me trajese desgracia.

Diccionario 1

Relaciones familiares y sociales

Agostinelli, Alfred

Monegasco de origen italiano, Alfred Agostinelli (1888-1914) era chófer mecánico cuando en 1907 conoció a Proust, que alquilaba sus coches con chófer a la compañía des «Taximétres Unic», fundada por el compositor Georges Bizet y dirigida por su amigo y condiscípulo en el Liceo Condorcet Jacques Bizet. A sus diecinueve años, Agostinelli es un joven moreno, de tipo mediterráneo, que en calidad de chófer, lo mismo que Odilon Albaret, lleva a Proust a sus excursiones por Normandía en los años 1907 y 1908, durante sus estancias en Cabourg. Según Proust, era un «ser extraordinario que tal vez poseía los mayores dones intelectuales que he conocido»; para Céleste Albaret, sin embargo, se trataba de «un muchacho inestable y que tenía ambiciones de salir de su estatuto». Proust empleó también sus servicios en el verano de 1911, e incluso en Versalles, para luego despedirle, sin que parezca probable que en esa primera etapa Proust se haya enamorado del joven.

Tras abandonar la compañía de Jacques Bizet, Agostinelli regresa a Mónaco, donde vive con su compañera Anna. Cuando en 1913, con

veinticinco años, pierde su trabajo monegasco, recurre a Proust ofreciéndose como chófer, puesto que ocupaba Albaret; el escritor le brinda entonces la tarea de secretario secreto para mecanografiar su novela y lo aloja en la calle del bulevar Haussmann, adonde poco después llega también Anna, a la que hace pasar por esposa cuando en realidad es su amante; la equívoca situación —en la que Proust llega a ayudar a Agostinelli a engañar a Anna con otras mujeres— concluye el 1 de diciembre de ese mismo año, cuando Agostinelli desaparece sin despedirse, llevándose a su mujer y los ahorros procedentes de la generosidad de Proust; éste insta a Albert Nahmias a que contrate un detective; pero será Nahmias quien se presente en Mónaco, en casa de los padres de Agostinelli, con una propuesta: si convence a su hijo para que vuelva a París y no se ausente un solo día hasta abril de 1914, Proust pasará al padre una renta; el trato, sin embargo, no llegará a buen puerto: Agostinelli se niega a regresar y escribe a Proust varias cartas que a éste le parecen dignas de un escritor y que, por lo demás, va a utilizar en La fugitiva con la firma de Albertine. Agostinelli, apasionado de la aviación, se inscribe con el nombre falso de Marcel Swann en la escuela de pilotaje de los hermanos Garbero, cerca de Antibes; las relaciones entre ambos, alimentadas por una abundante correspondencia, vuelven a ser buenas, a pesar de las incesantes peticiones de dinero de Agostinelli, a quien el 29 de mayo Proust escribe una carta para comunicarle que va a regalarle un aeroplano en el que hará grabar el soneto del Cisne de Mallarmé —el Narrador hará lo mismo en el Rolls de Albertine—; para pagar los 27.000 francos que cuesta, Proust solicita de sus administradores la venta de acciones: pero el 30 de mayo le llega un telegrama comunicándole que el monoplano que pilotaba Agostinelli en su segunda salida después de conseguir el título de piloto se ha estrellado en el mar. Un hermanastro de Agostinelli, Jean Vittoré, se traslada a París para informar a Proust del accidente y rogarle que «contrate unos buzos para sacar del agua a su hermano que llevaba todos sus ahorros consigo», 6000 francos oro. Mientras, la familia Agostinelli descubría que Anna no estaba casada con Alfred y que, por lo tanto, no tenía ningún derecho a esos «ahorros»; pese a su sorpresa ante la noticia, Proust decide considerarla «como la viuda de

Agostinelli porque (aunque no me gusta personalmente y me he llevado mal con ella hasta la muerte de aquél a quien creía su marido y resultó no ser más que su hombre) debo reconocer que él la adoraba… Su primer amor por ella resulta inexplicable, ya que era fea, pero en definitiva sólo vivía por ella y desde luego le habría dejado cuanto poseía». El cuerpo de Agostinelli fue descubierto el 7 de junio, en avanzado estado de descomposición, pero con sus ahorros encima; al día siguiente, fue enterrado en el cementerio de Niza: Proust enviará desde entonces todos los años una corona el día del aniversario de su muerte. Trató además de ayudar económicamente a su familia y acogió más tarde a Anna en el bulevar Haussmann.

La desaparición trágica de Agostinelli causó en Proust un dolor que recorre todas sus cartas de ese período, durante el que llega a pensar en el suicidio. En A la sombra de las muchachas en flor Proust le convierte, incluyendo más tarde parte de las cartas que Agostinelli le dirigió en 1914, en el principal modelo de Albertine, no el único, como el propio Proust explica en su correspondencia, yendo más allá de ese caso concreto: «Un libro es un gran cementerio donde sobre la mayoría de las tumbas ya no pueden leerse los nombres borrados».

Albaret, Céleste

Nacida en Aurillac (Auvernia), Céleste Gineste se casaría el 27 de marzo de 1913, en una boda arreglada por su familia, con Odilon Albaret, el chófer de confianza de Proust desde 1907; el matrimonio se instala en Levallois-Perret. Es en noviembre de 1913, en el momento en que Céline Cottin ingresa en el hospital Broca para ser operada, cuando Céleste entra por primera vez en el domicilio del bulevar Haussmann para sustituirla: su primera tarea consiste en llevar a domicilio los ejemplares de Por la parte de Swann que Proust envía a sus amigos y que acaba de aparecer en las librerías. En 1914, al ser movilizado su marido para la guerra, se instala en casa de Proust para hacerse cargo, hasta la muerte del escritor, de todo lo referido a su

vida, casa, vacaciones y persona. Proust capta enseguida la inteligencia y la fidelidad de esta mujer que, a sus veintiún años, se siente exiliada en París de su Auvernia natal; y Céleste, casi analfabeta cuando conoce a Proust, «tomó conciencia de que vivía junto a un hombre de genio, cuya diferencia esencial debía ser protegida, servida, amada, antes y después de la muerte: ninguna biografía, ningún ensayo crítico es más emocionante que Monsieur Proust, (…). Marcel encontraba en ella una presencia maternal y filial a un tiempo, la confidente de los héroes trágicos, pero también, al no haber sido abolida nunca la barrera social (…), un ama de llaves dispuesta a ejecutar todas sus órdenes». (Tadié).

Cuando Céline Cottin vuelva, surgen entre ambas unos celos que dan lugar a incidentes tragicómicos protagonizados por la «engatusadora» y la «pequeña intrigante» —así la califica Céleste en su libro—, que Proust zanjará despidiendo a esta última. Céleste se sometió desde el primer momento a los horarios extravagantes de su amo, acompasando su sueño con las exigencias de Proust, que llegará a utilizarla para todo —incluida labores de secretaria y de lectora de novedades literarias— en cualquier momento del día y de la noche. «Curiosa personalidad la de Céleste, que copia a mano todas las novelas de Proust, expresa su parecer, lee los libros que llegan, etcétera, con los ojos bajos, voz estudiada, muy en plan de mosquita muerta», escribe Paul Morand. Empezando por Los tres mosqueteros, desde que entra en el bulevar Haussmann va conociendo el mundo de la literatura al lado de Proust, que conversa constantemente con ella y que la utiliza para probar ejercicios lingüísticos a base de giros o ideas.

Pero las funciones de ama de llaves de Céleste Albaret, que vela por la salud de su amo, invaden la vida entera de Proust, convirtiéndola en guardián de las visitas, en confidente de sus propias opiniones sobre el resto de la servidumbre, en sombra que planea sobre los menores caprichos, fantasías y deseos del escritor, hasta el punto de que Antoine Bibesco, muerto ya Proust, llegará a decir que el autor de A la busca del tiempo perdido sólo amó realmente a dos seres: a su madre y a Céleste Albaret. Rodeó al escritor de su familia, que parece «enjambrar» a su alrededor; esto permite a Proust sentirse

«en confianza»; su cuñada Léontine, que la sustituye durante la muerte de su madre; su hermana Marie Gineste, que acude desde 1918 para encargarse de los recados y comisiones de Proust; su sobrina Yvonne Albaret, que en la primavera de 1922 se instala en la calle Hamelin para terminar de mecanografiar La prisionera y La fugitiva, así como la correspondencia; poco acostumbrada al trabajo, Proust tendrá que escribir él mismo el final de una, como dice en carta a Gallimard: «Ya que la gimoteante mujer a quien dicto lanza tales gritos de parturienta que, como la deje seguir en mi cuarto, me temo que no tardaré en ver agitarse dos seres en vez de uno». Yvonne aparecerá en la novela con los rasgos y el argot de la hija de Françoise.

En los momentos postreros de Proust, Céleste contravendrá las órdenes del enfermo, avisando al doctor Bize; a ella da Proust las últimas instrucciones, el envío de determinados objetos y recuerdos a amigos como Reynaldo Hahn, Léon Daudet, etc., y le dicta, la noche del 17 al 18 de noviembre de 1922, sus últimos textos; cuando Céleste, con los dedos agarrotados por el agotamiento, el cansancio y el frío que reina en la habitación, no pueda proseguir, Proust le cogerá la pluma de las manos y continuará escribiendo él sus últimas líneas hasta las tres y media de la mañana. Muerto Proust, después de cortarle un mechón de pelo Céleste se encarga de todos los recados que en las últimas horas le ha dado Proust. En abril de 1923, los Albaret abandonaban la última residencia del escritor; los intentos por ayudar a Céleste del hermano de Proust —que no había dejado testamento— y de amigos como Mme. Straus, topan con el muro de esta mujer, que se niega a recibir ninguna ayuda. Un año más tarde, el matrimonio Albaret compraba un hotel de cincuenta camas en la calle des Cannettes, que venderán más tarde. Permaneció fiel a la memoria de Proust: «Él nunca me abandonó. Cada vez que, en la vida, he tenido que realizar una gestión, he encontrado un admirador de M. Proust que allanaba para mí las dificultades y era como si, en la muerte, él hubiese seguido protegiéndome». Céleste tuvo que vender algunos recuerdos cuando cayó enferma su hija Odile, pero conservó un alfiler de ópalo que Proust le había regalado, el biombo, las tres mesitas de noche y los sillones del escritor. A los 82 años editó, con la

ayuda de Georges Belmont, un libro de recuerdos, Monsieur Proust, para salir al paso de las incorrecciones que sufría la imagen de su señor en otros libros de memorias. Gracias a ese libro pueden conocerse interioridades de Proust, confidencias de la vida cotidiana, manías y obsesiones del escritor, así como el pormenor de la marcha de su novela y sus últimos momentos.

Plumyéne, Jean:

Céleste, 1971.

Albaret, Céleste:

Monsieur Proust,
(con la colaboración de Georges Belmont), 1973.

Albaret, Odilon

Mecánico de la compañía «Taximétres automobiles Unic» de Mónaco, que dirigía un amigo de Proust, Jacques Bizet, Odilon Albaret entró al servicio de Proust en 1907, al mismo tiempo que Jossien y Agostinelli, para llevarle por sus excursiones normandas y en París, donde su servicio irá imponiéndose sobre el de los otros dos mecánicos. Desde ese momento será el chófer preferido de Proust, quien lo sometía a jornadas tan agotadoras que hubo de buscar sustitutos. Discreto, servicial, abnegado y fiel a Proust, se casó en 1913 con Céleste Gineste —la familia de la joven había arreglado el matrimonio—, con quien se instaló en Levallois-Perret, cerca de un café al que Proust podía llamar a horas intempestivas cuando lo necesitaba. En noviembre de ese año, al ser intervenida Céline Cottin en el hospital Broca, su esposa se hará cargo de la casa del bulevar

Haussmann. Estuvo junto a Proust en momentos y sucesos capitales: desde el viaje para ver los manzanos en flor, hasta la visita a Barrés a altas horas de la madrugada después de que el escritor no creyese al chófer que le pedía, en nombre de Proust, acompañarle para ver a éste, pasando por el único encuentro de James Joyce y Proust. Movilizado en 1914, al terminar la guerra volverá al servicio de Proust a finales de 1919 después de un período de recuperación. Cuando el escritor muere, Odilon, que acababa de cambiar su viejo taxi por un coche nuevo, llegará a malvenderlo y abandonará la profesión: «Después de él, se acabó. Gracias a él soportaba a los demás clientes».

Albufera, Louis d'

Louis d'Albuféra (1877-1953), cuarto duque de este apellido y conde de Suchet, descendiente del mariscal napoleónico Suchet por parte de padre, y de los Cambacéres y del riquísimo barón Schickler por parte de madre, conoce a Proust en 1902, junto a varios miembros del grupo de los «jóvenes duques» que forman las relaciones más asiduas de ese período del novelista, tanto en Evian como en París. Antidreyfusista convencido, tiene por amante a la bella actriz Louisa de Mornand, y Proust, que se ha convertido en confidente de la pareja, hace con ellos excursiones ese verano de 1902 a Chamonix, Montanvers, la Mer de Glace, etc. Tratará de ayudar al lanzamiento escénico de Mornand, a ruegos de Albuféra, entre sus amistades teatrales y periodísticas. Para paliar su fracaso, Proust dedica a Louis un largo poema celebrando los encantos de la muchacha y declarándose incluso enamorado de Louisa. En 1904 Albuféra se casa con Anna Masséna d'Essling (1884-1967), descendiente por parte de madre de una acaudalada dinastía judía de Francfort, los Furtado-Heine —emparentados con el poeta alemán de ese apellido—, pero no es mucho el interés que pone en ese matrimonio de conveniencia. Louis proseguirá sus relaciones con la actriz hasta 1906, fecha en la que ésta se rebela contra la situación. En 1922, Albuféra, que había

mostrado a Proust cómo era la nobleza del Imperio, y disgustado con el escritor por el trato que éste —cuñado de la princesa Murat— había dado a los Murat en el pastiche sobre Saint-Simon, creyendo reconocerse, al aparecer Sodoma y Gomorra, en la escena de la pelea entre Rachel y Saint-Loup, romperá con Proust, sin que éste pueda hacer nada para recuperar su amistad: «Mucha gente cree que Saint-Loup es D'Albuféra; jamás se me ha ocurrido tal cosa; ésa es la única explicación que le encuentro a su ruptura conmigo, la cual me ha dado mucha pena». (A. Maurois, A la recherche de Marcel Proust, pág. 315).

Alton, Vizconde d'

Charles, vizconde d'Alton (1857-1931), y sus dos hijas, Colette y Hélène, conocieron a Proust en 1908, en el Grand-Hôtel de Cabourg. Era pariente de Aimée d'Alton, una amada de Alfred de Musset —cuyas cartas de amor a la joven acababan de publicarse en 1910—, e informó a Proust de numerosos detalles genealógicos. Desde entonces, mantendrán unas relaciones muy amables y abundante correspondencia. Proust pidió a d'Alton que le sirviera de padrino cuando el padre de Marcel Plantevignes acudió al hotel a pedir una explicación por la pelea con su hijo. Pero el contrincante le había pedido lo mismo, y d'Alton tranquiliza a Proust y aclara sus recelos contra aquel joven a quien el escritor acusaba de no haberle defendido de la maledicencia. En 1909, las vacaciones de Cabourg reunirán a los d'Alton y al novelista, que regalará a Colette un neceser de oro —«que era la alegría de Albertine y también la [suya]»—, igual que el Narrador a su amada, para disipar en la mente del padre las sospechas que podía haber dejado el asunto Plantevignes; en el verano del año siguiente, regalará un reloj de Cartier a cada una de las hijas. Colette, por su parte, será uno de los modelos de Albertine. Los amores de Musset y Aimée d'Alton aparece en El tiempo recobrado, y sus cartas sirvieron a Proust para meditar sobre las relaciones entre la vida y la obra: los materiales de la una sólo pervivirán en la otra.

Sobre la figura del vizconde d'Alton Proust tejió la de Gurcy, futuro Charlus.

Amiot, Jules

Tío de Proust por su matrimonio (1847) con Élisabeth, hermana de Adrien Proust, Jules Amiot (1816-1912) había vivido en Argelia durante su juventud; volverá a menudo a ese país, de donde trajo fotografías de mezquitas, esteras, un servicio de café turco y unos recuerdos bañados de exotismo oriental. De vuelta a Francia, comerció en tejidos y terminó abriendo un gran almacén de novedades textiles en Illiers, su pueblo natal.

Su casa, en el número 4 de la calle du Saint-Esprit —que cambió ese nombre por el de calle del Dr. Adrien Proust—, es en la actualidad un museo, la Maison de Tante Léonie, que se conserva tal como Proust la conoció, porque se había convertido en alojamiento de la familia cuando visitaba Illiers; en el prólogo a Sésamo y lirios Proust dejó una descripción completa de su dormitorio y de la cocina.

La afición orientalista de Jules Amiot le llevó a hacer junto al río Loira un jardín de recreo, una especie de parque, el Pré-Catelan —conservado ahora como museo—, con un estanque artificial, alamedas de grava, parterres de geranios, palmeras enanas y un pabellón de verano, imitando los quioscos de las orillas del Bósforo. Jules Amiot, además de cultivar una huerta, por lo que se gana el título de «Mi tío jardinero» de parte de Proust, se interesó en política: anticlerical furibundo, con gran desagrado del novelista, desempeñaría cargos de carácter local. Su pintoresquismo le convertiría además en uno de los modelos del tío Adolphe en A la busca del tiempo perdido.

Arman de Caillavet, Gastón

Dos años mayor que Proust, Gastón Arman de Caillavet (1869-1915) conoció al novelista en el salón de su madre, en 1890, durante uno de los permisos de su servicio militar; la amistad entre ambos durará toda la vida. En 1893 se casó con Jeanne Pouquet, de la que Proust dice estar enamorado; trabajó como redactor en Le Figaro y siguió una carrera de autor dramático, hoy olvidada, que gozó de gran éxito por su ligereza agradable y la divertida sátira que hacía de los ambientes literarios, mundanos o académicos. En 1891 escribe su primera pieza, Colombine, en verso, a la que siguieron numerosos títulos, algunos en colaboración con Maurice Pouquet, con P. Grünebaum y, de manera especial, con otro amigo de Proust, Robert de Flers: Les sentiers de la Vertu (1904), Le coeur a ses raisons (1904), L'Amour veille (1908), Le Bois sacré (1911), L'Habit vert (1913); este último título, en colaboración con Robert de Flers, es quizá la obra que más resiste al tiempo: se trata de una sátira de la Academia Francesa, encarnada en la figura del duque de Maulévrier. Gastón murió en el frente durante la guerra.

Arman de Caillavet, Simone

Hija del matrimonio formado por Gastón Arman de Caillavet y Jean Pouquet, Simone (1894-1968) concitó como esta última el deseo amoroso de Proust, que en carta a su madre, además de declararle su amor, pondera su belleza, los pétalos de flor que evocan sus mejillas; en 1910, cuando apenas tiene dieciséis años, Proust le pedirá, como ya había hecho con su madre, una fotografía. Proust convertirá en modelo de Mlle. de Saint-Loup a esta joven que «formada en los mismos años que yo había perdido, se parecía a mi Juventud», y anota en sus cuadernos: «No olvidar: Estatua de mi juventud: (Simone)». La joven terminó casándose, en segundas nupcias, con el escritor André Maurois.

Arman de Caillavet, Mme. Albert

Léontine Lippmann (1844-1910), hija de un opulento banquero de origen judío-alemán y esposa de un armador de Burdeos, Albert Arman Caillavet, tenía uno de los salones más famosos de París y escribía la crónica de yatching en «Le Figaro». De carácter autoritario y pedante —consiguió unir los apellidos de su esposo y añadirles la partícula «de», que ella utilizaba mientras su marido no—, odiaba a los «pelmas», que según ella la perseguían. Presidía el salón Anatole France, amante de la anfitriona por lo menos desde 1886.

Recibía los domingos, en su palacete seudorrenacentista del número 12 de la avenida Hoche, al que acudían políticos, escritores, actores, pintores y abogados como Clemenceau, Poincaré, Jaurés, Marcel Schwob, Barres, Maurras; además, los miércoles celebraba cenas de conversación «dirigida», a las que asistían médicos, poetas como Leconte de Lisie y Heredia, escritores como Renán o el helenista Brochard, modelo del personaje Brichot. Proust será presentado en este salón en 1889, y no tarda en trabar amistad con Gastón, hijo de la anfitriona. Mme. Arman de Caillavet será uno de los modelos principales de Mme. Verdurin.

Aubernon de Nerville, Mme.

Mme. Lydie Lemercier de Nerville (1825 - 1899) había atravesado tres cuartos de siglo manteniéndose fiel a las costumbres y modas de su adolescencia: su vestuario estaba hecho de viejos vestidos de la época de Carlos X, de Luis Felipe y del Segundo Imperio. Proust acude a su salón desde 1892, cuando Mme. Aubernon está ya en la decadencia y encarna la ridiculez de los tiempos pasados; según Montesquiou (Mémoires), estaba más allá del ridículo, porque los encarnaba todos.

Fueron varios los escritores que frecuentaron la sociedad de su salón, «en la que se conversa y se posa, en la que la pedantería hace las veces de ciencia, el sentimentalismo de sentimiento, y el preciosismo de delicadeza» y luego utilizaron a Mme. Aubernon como modelo de personajes ridículos (por ejemplo, Alphonse Daudet, L'Inmortal, Mme. Ancelin). Recibía los miércoles, y el tema de

conversación era obligado, hasta el punto de que, cuando sus invitados lo olvidaban, la anfitriona los llamaba al orden mediante una campanilla.

Además de esa reunión, dos veces a la semana daba una cena para doce o catorce invitados, todos hombres, a las que Proust acudió primero con Jacques-Émile Blanche y luego con Reynaldo Hahn. Al salón asistían escritores y profesores —Dumas hijo, Fernand Brunetiére, Paul Bourget, Abel Hermant, Henri Becque—, además de personajes como el barón Doazan, que servirá a Proust para despistar las sospechas de Montesquiou cuando éste se crea retratado en el barón de Charlus.

En verano, Mme. Aubernon trasladaba su salón a una casa que poesía en Louveciennes, a la que sus invitados, con chaqué, iban utilizando el tren desde la estación Saint-Lazare. Mme. Aubernon sirvió de modelo a Proust para los aspectos más ridículos de Mme. Verdurin.

Aubert, Edgar

Presentado por Robert de Billy, este amigo ginebrino de la juventud de Proust (1892) descubrirá al novelista las claves del cerrado mundo de la Banca de su ciudad natal y de las dinastías financieras suizas, con sus ramificaciones por toda Europa; en agosto de 1892, Proust lo llama «su pequeño [...] con su tristeza encantadora, su incertidumbre desafiante y casi inquieta sobre cuanto iba a hacer». Calvinista de ardiente fe religiosa que predicaba entre sus amigos, morirá ese mismo año, en septiembre, de apendicitis. En principio, Los placeres y los días iba a estar dedicado a Edgar Aubert y a Willie Heath, pero la familia de aquél rechazó la propuesta de Proust.

Audifftet, Mme. d'

Adelaida Ramírez de Arellano, miembro de la familia Alcalá Galiano, fue casada a los quince años con el marqués d'Audiffret, quien, como regalo de bodas, le ofreció unas muñecas. Los primeros años de ese matrimonio los vivió encerrada en una casa de Niza, de la que escaparía para mantener una relación amorosa con el príncipe Alberto de Mónaco; al parecer, de esa relación nació un hijo que fue adoptado por un ayudante de campo del príncipe, Demange de Subligny. Luego se convirtió en amante de Charles Haas, de quien, con unos cincuenta años, tuvo una hija, Luisita, nacida en la misma fecha que Gilberte Swann, en 1881. De una piedad ardiente que no le impedía una vida muy libre, a la muerte del marqués d'Audiffret, totalmente arruinada, en lugar de casarse con Haas, profesó en el convento de las Reparadoras de Toulouse; la dureza de la regla la obligará a salirse y a ingresar en una orden tercera, dejando a su hija Luisita —que se lo reprochará— en una situación social muy delicada. Algunos de sus rasgos fueron aprovechados por Proust para el personaje de Odette de Crécy; en los primeros borradores, el nombre de Odette es, denunciando ese origen español, Carmen.

Baignéres, Arthur

Personaje de la vida mundana y literaria parisiense (1834-1913), cuya esposa tenía abierto salón, al igual que su cuñada, Laure Boilay, esposa de Henri Baignéres. Arthur, autor de dos volúmenes de relatos: Histoires modernes e Histoires anciennes, pasaba por ser uno de los hombres más ingeniosos del mundo de los salones. Proust, que conoce a la familia a través del sobrino de Arthur, Jacques, y mantiene una relación amorosa con su hijo Paul (1869-1936), será invitado por los Baignéres a pasar las vacaciones en Les Frémonts, en Trouville.

Baignéres, Mme. Henri

De soltera Laure Boilay (1844-1918), Mme. Baignéres era madre de Jacques, condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet, que introducirá al escritor en el mundo de los salones. Casada con Henri Baignéres, nieto, como su hermano Arthur, de un financiero y político célebre, abrió un salón donde era conocida por sus réplicas chispeantes; también fue célebre por su relación con el conde de Rémusat, presunto padre de Jacques. Poseía una finca cerca de Ginebra, a la que Proust fue invitado en algunas ocasiones. Se la ha supuesto modelo para las réplicas que da Mme. Leroi.

Bardac, Henri

Amigo de Reynaldo Hahn, Henri Bardac conocerá a Proust, que lo compara con «un cobaya de coral rosa», en los veranos de Cabourg. Movilizado como sargento de infantería, resultará herido en la cabeza —la cicatriz en la frente de Saint-Loup— en la batalla del Marne durante la primera guerra mundial, en 1914, y será enviado como agregado de embajada a Londres, donde difundió Por la parte de Swann, y dio ese libro a Paul Morand, secretario de su embajada. «Henri Bardac es notablemente inteligente y excesivamente gentil; (…) he tardado mucho tiempo en darme cuenta, pero es realmente perfecto, sin nada brillante, pero una forma de espíritu seca, compacta, en la categoría de los personajes de Dumas. Y además, la seguridad, encanto demasiado raro en las relaciones», escribe Proust a Lucien Daudet. «El pobre pequeño ha perdido en unos meses una oreja, el nervio facial, el de la pierna, a su padre, y muchas otras cosas además, es bastante triste». (Corr, t. XIV, pág. 176, 22). Proust lo utilizará para sus operaciones financieras y en su casa conocerá a Paul Morand, a quien Bardac había convertido en un admirador del novelista. En la primavera de 1916, Proust recurre a Bardac para conocer las señas parisinas de Paul Morand, y se presenta de improviso en su casa a altas horas esa misma noche. En 1923 publicó un artículo de recuerdos sobre Proust donde narra, por ejemplo, una visita del escritor a una quiromántica, y una velada de gala en la

Ópera para ver Antonio y Cleopatra. Amigo también de Montesquiou, publicó en 1948 un artículo, «Proust et Montesquiou», sobre las relaciones de ambos.

Barney, Nathalie

Americana de nacimiento, Miss Nathalie Barney era una mujer independiente que no tenía reparos en mostrar a las claras una sexualidad que la inclinaba hacia las criaturas de su mismo sexo. Rodeada de mujeres muy hermosas —la duquesa de Clermont-Tonnerre al final de la guerra— y de hombres que, como André Gide o Berenson, no podían atraerla, Proust aceptaría su invitación a visitarla en su casa, en el número 20 de la calle Jacob en noviembre de 1921: con los ojos «cercados por los vampiros de la soledad», llamó a las puertas de la Amazona, como se la llamaba, a altas horas de la noche y la sacó de la cama para iniciar una conversación que no interesó a ninguno de los dos: la vida social, las literatura, los amigos. En sus memorias, tituladas Aventures de L'esprit, Miss Barney negará la veracidad de las heroínas homosexuales de Proust: «No todo aquél que quiere transgrede este misterio de Eleusis».

Barrére, Camille

Diplomático, amigo de Adrien Proust; desde su cargo de presidente de la delegación francesa en Inglaterra apoyó la campaña que el doctor Proust hizo a favor del control sanitario contra el cólera en las islas. Acudía a menudo a cenar a casa de los Proust, y en sus conversaciones Marcel desarrolló su gusto por la filosofía de la historia. Creyó reconocerse en el personaje de Norpois, «simplemente porque cenaba cuando yo era niño una vez a la semana en casa».

Barres, Maurice

Nacido en Charmes (Lorena), Maurice Barrés (1862-1923) llegó a París en 1883 con prisa por conocer a los escritores y artistas más famosos. Su ironía convirtió pronto sus breves opúsculos en algo escandaloso; partidario del general Boulanger en 1889, fue elegido diputado de la extrema derecha, posición de la que ya nunca se apartaría. El año anterior había empezado una larga carrera literaria que lo convirtió en defensor del individualismo intelectual y sentimental.

Antidreyfusista, en 1897 publicaría su novela de mayor prestigio, Los desarraigados, donde, en contraste con el individualismo moral y social de sus inicios, subraya los peligros que encierra romper con la tradición de la propia clase y del medio. Fundó «L'Action Française» —diario desde 1908—, y dirigió periódicos de extrema derecha y el grupo «La Patrie Française». Académico, a su muerte dejaba más de un centenar de opúsculos, ensayos, libros, etc.; sus «Cahiers» (póstumos, 1929-1956) son unas memorias intelectuales de primera magnitud.

Escritor de personalidad compleja y contradictoria, artista del estilo, mantuvo estrechas relaciones con Proust, que lo conoció en el salón de la princesa Mathilde y que admiraba la musicalidad de su frase. Ambos tuvieron algunos desencuentros: Barrés reprochó duramente a Proust citar a Maeterlinck en el mismo plano que a Racine, dando lugar a una carta de disculpa de Proust, a quien aquél propone traducir a Walter Pater. Las diferencias políticas y literarias se resolverán una noche de junio de 1905, en casa de Mme. de Noailles: Proust aprovecha para reconciliarse con él, aunque, según escribe a su madre, no ha dudado en transmitirle duras verdades políticas y morales con las que Barrés «ha coincidido plenamente».

La oposición de Proust a las leyes de Combes, sus artículos sobre «La muerte de las catedrales» y la hostilidad al general André le granjearon la simpatía del ultraderechista. Reticente a las ideas barresianas, que mezclan el arte con la patria, Proust aprovecharía El tiempo recobrado para marcar diferencias: «Desde el principio de la

guerra M. Barrés había dicho que el artista (en este caso Tiziano) debe servir ante todo a la gloria de su patria. Pero sólo puede servirla siendo artista, es decir sólo a condición, en el momento en que estudia esas leyes, instituye esas experiencias y hace esos descubrimientos tan delicados como los de la ciencia, de no pensar en otra cosa —aunque sea en la patria— que en la verdad que está delante de él». Y cuando Barrés proponga hacer exclusivamente una literatura que pinte Francia sólo «en bello», Proust lo califica de locura y que, si se pretende «renunciar a los errores de antes de la guerra», se perderá y eliminará cuanto había de más nuevo, por ejemplo los ballets rusos. Barrés sirvió a Proust de modelo para el personaje, compuesto de múltiples voces, de Bergotte.

Bartholoni, Marie

Marie Fraser Frisell Lovat, casada con Anatole Bartholoni, había sido una belleza, un ingenio célebre en los tiempos del Segundo Imperio y dama de honor de la emperatriz Eugenia. Proust conoció al matrimonio Bartholoni en las vacaciones de Evian, en el verano de 1897, visitando el castillo que tenían en Coudrée, cerca de Thonon. La familia utilizaba los servicios pianísticos de Léon Delafosse en su salón, donde se organizaban brillantes conversaciones sobre literatura y música. Proust, admirador y «enamorado», según se declara, de una hija bellísima del matrimonio, apodada Kiki, se cartearía con ella desde esa fecha.

Beaulincourt, Condesa de

Hija del mariscal de Castellane y de Cornélia Greffúlhe, Sophie de Castellane (1818-1904) era tía abuela de Boni de Castellane. Casada con el marqués de Contades en primeras nupcias, durante el Segundo Imperio vivió en medio de aristocráticos amantes, entre ellos el conde

de Fleury, embajador de Francia en Rusia y uno de los modelos de Norpois. Al morir el marqués de Contades en 1858, se casó con el conde de Beaulincourt. Proust, que fue invitado a su salón en mayo de 1897, la designa como uno de los modelos de Mme. de Villeparisis —que como ella hacía flores de papel— en una carta a Montesquiou de abril de 1921.

Beaumont, Conde y condesa de

Etienne de Beaumont, amigo de Paul Morand, y su esposa —de soltera Édith de Taisne— abrieron salón en su palacete de la calle Masseran. Durante la guerra, financió una ambulancia destinada al frente, cuyos enfermeros llevaban un uniforme, diseñado por el conde, que los hacía parecerse «a almirantes rusos», aunque dejando libertad para que cada uno lo interpretase a su manera; Bernard Fay, que perteneció a la sección, concluye (Les Précieux) que el equipo de enfermeros terminó pareciéndose a un «circo ambulante». Para esas ambulancias reclutó Beaumont artistas excluidos del ejército, entre ellos a Jean Cocteau. Proust frecuenta durante la guerra la casa de Beaumont, quien, al terminar la contienda, sólo piensa en dar fiestas y espectáculos en los que se exhibía disfrazado de Cupido y dando pasos de ballet; a su alrededor gravitan figuras como Cocteau, Raymond Radiguet —los condes de Beaumont son los protagonistas de El baile del conde de Orgel—, Max Jacob, Valentine Hugo, Marie Laurencin, Sert, Diaghilev, etc.; el conde apelaba a algunos de estos pintores para poner en escena sus fiestas de disfraces.

«En más de un aspecto, es un personaje proustiano, providencia de los memorialistas a quienes suministra incansablemente rasgos chuscos o entrañables, ya que su ridiculez corre parejas con su generosidad». (Diesbach): a Proust le cedió, por ejemplo, la fotografía de su tía Jeanne de Beaumont, de soltera Castries, gran amiga de Gambetta. Proust acudirá a casa de los Beaumont en la noche de fin de año de 1921 y en su última salida mundana de 1922: a principios de octubre de ese año, tras una cena en su casa a la que se ha

empeñado en ir, Proust se siente enfermo: esa bronquitis será el principio del fin.

Bénardaky, Marie

Hija de Nicolás Bénardaky y de Marie Lebrock, había nacido en Rusia hacia 1875. Proust la conoció, como a su hermana Nelly, durante el verano de 1886, y jugó con ellas en los Champs-Elysées, adonde el niño Marcel Proust iba casi todos los días. Ambas aparecerán en Jean Santeuil con sus verdaderos nombres y su verdadero domicilio, en un palacete particular del número 65 de la calle de Chaillot, aledaño a los Champs-Elysées. Acudían al parque acompañadas por su aya. Marie, «muy bonita y cada vez más exuberante», escribe Proust a un condiscípulo a los dieciséis años, es según Jean Santeuil «una joven rusa de grandes cabellos negros, ojos claros y burlones, mejillas rosas, y que brillaba con esa salud, con esa vida y con esa alegría que faltaban a Jean». El enamoramiento juvenil de Proust por Marie —más tarde escribirá que había sido «la ebriedad y la desesperación de [su] infancia»— fue cortado en seco por los progenitores de ambos. «Uno de los dos grandes amores de mi vida» terminaría casándose en 1898 con el príncipe ruso Michel Radziwill, del que tendrá una hija antes de divorciarse en 1915. La memoria sentimental de Proust la convirtió en uno de los modelos de Gilberte en A la busca del tiempo perdido.

Bénardaky, Mme.

Marie Lebrock o Leibrok, esposa de Nicolás Bénardaky, y madre de Marie y Nelly, compañeras de juegos de Marcel Proust en los Champs-Élysées, fue una de las mujeres más hermosas de las reuniones mundanas del París de fin de siglo. De «inmensa fortuna y vida de placeres» —en Jean Santeuil se habla de las «costumbres

ligeras» de Mme. Kossichef, apellido con el que ella y su marido pasan por esa obra de Proust—, causó sensación en un baile de disfraces donde, a media noche, apareció disfrazada de valquria: Paul Nadar, que hizo varias fotografías suyas, la retrató con ese atuendo, creado por el modisto Worth. Cuñada de la condesa Vera de Tayllerand y del embajador Nisard —uno de los posibles modelos de Norpois—, al parecer sólo se interesaba por el champán y el amor.

Bénardaky, Nicolás

Polaco nacido en San Petersburgo en 1838, tras lograr una gran fortuna comerciando con té. Nicolás Bénardaky se convirtió en maestro de ceremonias de la corte de Rusia. Había realizado un matrimonio desigual con Marie Lebrock, de reputación dudosa, que no mejoró cuando se trasladó a París, a un palacete del número 65 de la calle de Chaillot. Quizás esa reputación hizo que Mme. Proust tratase de restringir las relaciones de Marcel con sus dos hijas, Marie y Nelly, que se convierten en compañeras de juegos de Marcel en los Champs-Élysées desde el verano de 1886; ambas pasaron con sus verdaderos nombres a Jean Santeuil, donde sus padres figuran como M. y Mme. Kossichef. Nicolás, coleccionista, como Swann, de porcelanas de China, Sajonia y Sévres, objetos de plata, muebles antiguos, tabaqueras, etc., escribió obras humorísticas, ilustradas por Caran d'Ache, sobre el mundo ruso.

Béraud, Jean

Nacido en San Petersburgo, Jean Béraud (1849-1935) vivió la vida de los salones aristocráticos y artísticos del París de fin de siglo; amigo de los impresionistas, en sus telas pintó escenas de la vida burguesa parisina; conoció a Proust en 1896, y al año siguiente asistía, de testigo de Proust, al duelo con Jean Lorrain (6 de febrero de 1897).

Amigo íntimo del otro testigo del duelo, Gustave de Borda, sirvió a Proust como uno de los múltiples modelos del pintor Elstir en A la busca del tiempo perdido. También fue testigo del duelo que enfrentó al conde Robert de Montesquiou con Henri de Régnier tras el incendio del Bazar de la Charité.

Berl, Emmanuel

Ensayista y pariente de Henri Bergson, Emmanuel Berl (1892-1976) escribió desde el frente a Proust una carta en la que le expresaba su admiración: le había encaminado hacia el escritor no el parentesco de ambos con Bergson, sino Mme. Duclaux, que le había dado a leer Sésamo y lirios. Proust, entusiasmado, le mandó a las trincheras Por la parte de Swann y largas cartas «enterradas en el fango de Lorena con el resto de mi impedimenta». Al término de la primera guerra mundial, de la que Berl salió inválido, menudearon las visitas y las cartas entre ambos, pero la amistad duró poco por incomprensión mutua en un tema central: tras su primera visita, Berl se pregunta si «su falta de interés por la homosexualidad no constituía una tara insuperable».

Proust, al que describe «con su cara de sátrapa al acecho, sus grávidas mejillas macilentas», obligó a su nuevo amigo «a establecer entre mi pensamiento y mi comportamiento una relación cuya necesidad veía, cosa que yo nunca había sentido… Cada una de sus frases entroncaba con todo el conjunto de su pensamiento. Por ello sus ideas, con resultarme familiares, me conmocionaron. Enseñaba la soledad del hombre y la fatalidad de las pasiones». En cierta ocasión, al afirmar Berl que el amor feliz podía existir, Proust le arrojó sus zapatillas a la cabeza. La diferencia de temperamento y de criterios haría que Berl abandonase a Proust sintiendo «más ingratitud que admiración».

Como ensayista, Berl dejó dos títulos importantes, Mort de la Morale bourgeoise (1929) y Mort de la Pensée bourgeoise (1930), donde denuncia el tradicionalismo de esa clase burguesa, que le impide cualquier tipo de evolución. Sobre Proust escribió en Sylvia.

Berncastel, Adéle

Abuela materna de Proust (1824-1890), de una rica familia de comerciantes enclavada en la alta burguesía israelita de París. De exquisita educación y pianista excelente, era aficionada a la literatura, sobre todo a los clásicos del Grand Siécle francés, en especial las Mémoires át Saint-Simon y las cartas de Mme. de Sévigné. En el salón de su tía Amélie, casada con el tutor de Adéle y de sus hermanas, huérfanas a temprana edad, Adolphe Crémieux, había conocido a los últimos románticos, entre ellos Musset, Victor Hugo, Lamartine, Rossini y George Sand. En otros salones del Segundo Imperio —el de la condesa d'Haussonville, el de la princesa Mathilde— paseará el talante liberal de la burguesía saintsimoniana en el que había sido educada. Casada con Nathé Weil en 1845, influirá en los gustos adolescentes de Proust, a quien inicia en los gabinetes de lectura que abre y pone de moda la Tercera República, y en el teatro. Su muerte sumió, tanto a Proust como a su madre, en un dolor profundo que se refleja en la correspondencia entre ambos (Corr, t. I, pág. 144). Adéle Berncastel presta parte de sus rasgos —recuerdos de los veranos infantiles, como los golpes que daba contra la pared de la habitación que la separaba de su nieto en el Hotel des Roches Noires de Trouville— a la abuela del Narrador, sobre todo en la etapa de Combray. Será su propia hija, Jeanne Proust, madre del novelista, quien ayude a éste a completar el personaje de la abuela.

Bernhardt, Sarah

Henriette Rosine Bernard (1844-1928), que utilizó el seudónimo de Sarah Bernhardt, fue la actriz más importante de finales del siglo XIX y principios del XX para la sociedad francesa; en la Comédie-Française interpretó a los grandes clásicos —Racine, Hugo, Corneille —, alcanzando su mayor éxito en el papel de Fedra, según el texto de Racine, que sostuvo sobre las tablas hasta 1914 (nos han llegado fotografías de Nadar con la Bernhardt encarnando al personaje). Tras

dimitir como miembro de la Comédie-Française, creó su propia compañía, con la que recorrió el mundo en medio de un éxito que nadie hasta entonces había conseguido. Tras estrenar La dama de las camelias, de Dumas hijo, La Samaritana y L'Aiglon de Edmond Rostand, fue la primera en atreverse a estrenar el Lorenzaccio, obra de Musset considerada hasta entonces irrepresentable, en la que asumió el papel del protagonista masculino. Pese a la amputación de una pierna (1915), encarnó la protagonista de Athalie de Racine en 1920.

Su «voz de oro», la pureza musical de su dicción —muy cercana a la monotonía—, una languidez y una belleza simbolistas, la riqueza de sus trajes y una vida llena de excentricidades le ganaron una popularidad inmensa, que impresionó al joven Proust. En 1895, Proust viaja con Reynaldo Hahn hacia Belle-Isle-en-mer, pueblo que la actriz ha convertido en su corte veraniega; los dos amigos se alojan en el mejor hotel, pero pronto huyen «de la aridez pestilencial de Belle-Ile, del calor asfixiante de Quiberon» hacia Beg-Meil. Según Hahn, que más adelante se convertirá en biógrafo de la Bernhardt, ambos visitaron a la actriz, que será el modelo sobre el que Proust construya la Berma en Phèdre.

Bibesco, Alexandre

Hijo de un príncipe reinante de Valaquia que no fue reconocido al nacer por su padre, Alexandre Bibesco empezó llevando el apellido Maurocordato de su madre. Pero un arreglo familiar le permitió usar el de su progenitor. Hombre de cultura y gran bibliófilo, se casó con la hija de un político rumano, Hélène Kostaki Epureano, que abrió en su casa de la calle de Courcelles un salón musical, y con la que tuvo tres hijos: Emmanuel, Antoine y la condesa Odón de Montesquiou. Primos de los Brancovan, los Bibesco llevan una vida poco convencional: Alexandre parece cualquier cosa menos un príncipe, hasta el punto de que los hijos sentían vergüenza de cruzarse con él por la calle. Seis años después de enviudar de su esposa, se casó en 1908 con una actriz del Ambigú, provocando la irritación de toda su familia.

Bibesco, Antoine

Hijo del príncipe rumano Alexandre Bibesco, Antoine Bibesco (1871-1951) conoció a Proust en 1899, presentado por una sobrina de su madre, la poeta Anna de Noailles. Antoine sigue estudios diplomáticos y Proust lo describe como secretario de la legación de su país, Rumania, en la capital francesa en «Le salón de Mme. Madeleine Lemaire». (Le Figaro, 11 de mayo de 1903). Es en 1901, asu regreso del servicio militar en Rumania, cuando traba amistad íntima con el novelista, que se enamora de él y que le escribirá, durante esa etapa primera de su amistad, una carta diaria, además de algunos poemas y acrósticos.

«Titán formidable y encantador», Antoine, con perfil de emperador romano, coqueto, vanidoso, burlón hasta la maldad, egoísta, con «el maravilloso egoísmo del hombre que todo lo espera de quienes le aman, pero que no da nada», según el propio Proust es un «espíritu cruel y delicioso» que sólo ama mujeres: «No ceso de enterarme de nuevas historias de mujeres que has querido violar», reconocerá Proust, que encontró en él, como en su hermano Emmanuel, en Pierre Lavallée, en Armand de Guiche o en Léon Daudet, alguien «que había sabido adivinarle, descubrirle, adorarle (…) y que, cada uno a su manera, contribuyeron con convicción, fervor y perseverancia, a revelar paso a paso quién era Marcel Proust y qué iba a dar al mundo» (testimonio postal de D. Mayer a Yves Tadié, Marcel Proust, pág. 460). Gran aficionado a las catedrales, como su hermano Emmanuel, ocupará platónicamente el corazón de Proust al enamorarse Lucien Daudet del conde Clary.

En 1902 moría la princesa Hélène Bibesco y Proust se ofrece para acompañar a Antoine a Rumania, donde va a ser enterrada; pero en los primeros meses de ese año, la naturaleza de sus relaciones había cambiado: Bibesco se convierte en confidente del amor de Proust por Bertrand de Fénelon. Los hermanos Bibesco y Bertrand de Fénelon habían fundado una sociedad secreta en la que admitieron a Proust y que los obligaba a estar «al corriente de las opiniones de los demás sobre él, y él me comunicaría lo que los otros decían de mí».

Bibesco, Antoine: Aux Enfers avec Marcel Proust, 1948. —«The Heart-lessness of Marcel Proust», en Cornill Magazine (verano de 1950).

Bibesco, Princesa

Marthe Lahovary (1887-1973), de origen rumano, estaba emparentada con los Bibesco y los Noailles, y además con los Guiche, los Greffulhe y los Montesquiou. En 1905 se casó con su primo el príncipe Georges Bibesco. Conoció a Proust tarde, el 10 de mayo de 1911, en el baile de L'Intransigeant, en el hotel Carlton, y trató de evitar al escritor, quien, no obstante, elogió su primer libro, Les huit Paradis. Distancia que la princesa mantuvo con Proust —al que sólo vio en media docena de ocasiones como máximo—, y que no le impidió publicar, cuando el autor de A la busca del tiempo perdido ya había muerto, dos libros de recuerdos —más ajenos que propios— del escritor.

Durante la guerra, la amistad común del abate Mugnier —con quien la princesa Bibesco mantuvo una correspondencia de gran interés, publicada bajo el título de La vie d'une amitié, (1951)— unió la vida social de ambos: en junio de 1922 acompañó a Antoine Bibesco y a la esposa de éste a visitar a Proust por última vez, pero Céleste Albaret impidió la visita a la habitación del enfermo porque «el señor teme mucho el perfume de las princesas». En 1924 se reveló como novelista con Le Perroquet vert y se lanzó a una carrera narrativa de cierto éxito en la que pinta a la aristocracia cosmopolita en cuyo medio vivió en París.

Bibesco, Princesa: Au bal avec Marcel Proust, 1928. Le Voyageur voilé, 1947. Le Confesseur et les poètes, 1970.

Billy, Robert de

Diplomático, Robert de Billy (1869-1953) conoció a Proust siendo ambos soldados del tercer regimiento de artillería de Orléans, durante una cena que les ofreció el prefecto del Loiret, Paul Boegner. Cuarenta años más tarde Billy recordará a aquel soldado, embutido en un capote que le estaba muy grande, «cuyo porte y palabra no se avenían con el ideal militar». Fue Billy quien puso a Proust en relación con Edgar Aubert. Más tarde volverán a encontrarse en la Escuela de Ciencias Políticas: Billy, que se decide por la carrera diplomática —la ejercerá en Inglaterra, Bulgaria, Grecia y Japón— y se la aconseja a Proust, se casa el 4 de junio de 1895 con Jeanne Mirabaud, hija de un gran financiero, gobernador de la Banca de Francia. Experto en arte medieval, y buen lector de Ruskin, Billy era aficionado a realizar excursiones por Auvernia y el Poitu para ver iglesias románicas, llevando como breviario el libro de Emile Male L'Art religieux du XIIIe siècle en France, que prestaría a Proust. El 9 de agosto de 1904, éste hizo en el yate Hélène del suegro de Billy una excursión que, arrancando de Le Havre, llegó por la costa normanda hasta Dinard; al tercer día, tras visitar Dinan, Proust, que ha sufrido un ataque de asma, abandona el yate en esa última ciudad y regresa a París en el primer tren. Punteada por una correspondencia constante, la amistad entre Billy y Proust duró toda la vida del escritor, que solía contar sus cuitas financieras a este diplomático que era al mismo tiempo yerno del dueño del banco Mirabaud.

Bizet, Jacques

Hijo del compositor Georges Bizet (1838-1875), el autor de Carmen, y de Geneviéve Halévy (1849-1926) —más tarde Mme. Straus—, fue condiscípulo de Proust en el Cours Pape Carpentier y luego en el Liceo Condorcet. Pero su amistad real con Proust empieza en 1887, en el seno de la pandilla de escolares que formaron con su primo Halévy, Gregh, La Salle, Dreyfus, etc. En la primavera de 1888, recibió de Proust tres cartas en las que éste le declaraba su amor: «Mi único consuelo cuando estoy verdaderamente triste es amar y ser

amado. Y eres realmente tú quien responde a esto, el tú que ha tenido tantos sinsabores al principio del invierno, el tú que me ha escrito el otro día una carta exquisita», misiva que Halévy copia en su diario y anota: «Este pobre Proust está absolutamente loco». Mme. Proust prohibió a su hijo visitar a Bizet o recibirle. La frialdad con que Bizet y su primo, Daniel Halévy, también destinatario de cartas amorosas, respondieron a Proust, no impide que la madre del primero, Mme. Straus, los reciba en su salón y los invite a estrenos, por ejemplo al de Germinie Lacerteux, de Edmond de Goncourt, en el Odéon (15 de diciembre de 1888, fecha en la que Proust empieza a reconocer de forma definitiva su fracaso amoroso).

Bizet siguió la carrera de medicina, pero sus aficiones lo llevarían por otros caminos: además de colaborar en Le Banquet, intentó el teatro, montando en 1897 una revista satírica, Les lauriers sont coupés, donde uno de los actores imitaba la voz de Proust. Antidreyfusista, como lo era también el salón de su madre, se mantuvo fiel a la amistad de Proust, a quien, siendo director de la compañía de alquiler de coches «Taximétres Unic», recomendó tres chóferes, Jossien, Odilon Albaret y Alfred Agostinelli. Pero alcoholizado y morfinómano, perseguido por su amante Alice Sachs —abuela del escritor contemporáneo Maurice Sachs, que convertirá esa relación amorosa en trama de su novela Le Sabbat—, Jacques Bizet se suicidó quince días antes de la muerte de Proust, el 7 de noviembre de 1922.

Blanc, Jean

Proust conservó hasta 1908 en su servidumbre a este ayuda de cámara de su padre. Blanc fue quien despertó a los Yeatman en febrero de 1900 a altas horas de la noche para preguntarles qué había pasado con el corazón de Shelley. Apenas deja huellas en la vida de Proust, a quien sirve de modelo para el criado Augustin, de Jean Santeuil, como testigo de la disputa de Jean con sus padres.

Blanche, Jacques-Émile

Pintor nacido y muerto en París (1861-1942), hijo de un médico alienista famoso: Antoine-Émile Blanche (1820-1893) dirigía un sanatorio psiquiátrico en Auteuil, junto a París, donde tenía abierto un salón frecuentado por artistas y escritores. Aunque también había estudiado en el Liceo Condorcet, Blanche no conocerá a Proust hasta 1891, en alguno de los salones que ambos frecuentaban: «Un espíritu singular, entrañable y esquivo a un tiempo —escribe Ferdinand Bac, en sus Souvenirs inédits, del J.-E. Blanche de esa época—, un talento prodigioso, fino, elegante, siempre; de un gusto exquisito, un tanto demasiado exclusivo en su refinamiento, pero un auténtico artista a la par que auténtico escritor».

Sin embargo, la descripción que Léon Daudet deja de él en sus recuerdos es totalmente opuesta: «Pertenece a la raza de las comadres trágicas, enemista a la gente con el pretexto de reconciliarla, embrolla los asuntos más sencillos, propala chismes y patrañas infamantes, ejerce de arpía de gran corazón». Tras un primer período de amistad entre Blanche y Proust —momento en que el pintor hace un retrato a lápiz y el famoso cuadro de la camelia en el ojal—, la relación continuará acompañada de sombras. Proust apreció mucho durante toda su vida ese retrato de «la camelia», del que habla en Jean Santeuil y con el que ilustrará la edición de lujo de A la sombra de las muchachas en flor (1920), Casado con la hija de un influyente académico, John Lemoine, y a pesar de vivir con su esposa y con sus dos hermanas, «se le atribuían costumbres depravadas», según Ferdinand Bac. Blanche, que dejó una galería de retratos de importantes artistas de ese período —Mallarmé, Gide, James Joyce, Stravinski—, dedicará a Proust la primera parte su libro Propos de peint (1919), para el que escritor hizo un prólogo. Muerto el autor de A la busca del tiempo perdido, Blanche escribirá sobre Proust en Mes modèles (1928) de una forma que contrasta con su amistad en vida.

Blum, Léon

Antes de ocupar un puesto de primer plano en el socialismo francés, Léon Blum (1872-1950) se había interesado por el periodismo y la literatura. Compañero, como su hermano René, de Proust en el Liceo Condorcet, y miembro de la clase media judía, Blum participó en el comité de redacción de la revista Le Banquet, en 1892; esteta y algo dandy en su juventud, sufrió la influencia del joven Barrés y de su culto al yo. Las relaciones entre Proust y Blum nunca fueron buenas: el novelista sintió desde el principio por el que más tarde sería presidente de la República (junio de 1936-junio de 1937) tras la victoria del Frente Popular, una aversión cuya causa ha sido atribuida a la similitud de temperamentos: «Proust reconoce en Blum sus propios defectos y ve en él la caricatura de lo que es en realidad», asegura Diesbach; y Alfred Fabre-Luce llega más lejos: «Como él, pero de otra manera, con molesta insistencia de cortesana, Proust reclamaba más de lo que él daba». (Vingt-cinq annés de liberté, I, pág. 114). Pese a ese odio casi visceral, volverán a encontrarse en la «Academia Canaca» de Marie de Heredia y en «La Revue Blanche», en cuyas páginas Blum reseña elogiosamente Los placeres y los días (1 de junio de 1896): «M. Proust ha aunado todos los géneros y todas las seducciones. Por eso, las bellas damas y los jóvenes leerán con placer emocionado tan hermoso libro», al que no deja de calificar de «demasiado primoroso y bonito», e inferior a las posibilidades de su autor.

Esa antipatía menguó mucho al enterarse Proust, en 1919, de que Blum trabajaba para conseguirle la cruz de la Legión de Honor, condecoración que ambos recibieron el 23 de septiembre de 1920. Ensayista de primer plano durante las dos primeras décadas, con libros clarividentes sobre escritores como Goethe y Stendhal, citará a Proust en sus Souvenirs sur L'Afaire (1935), donde acompaña la historia del caso Dreyfus con sus recuerdos de los medios literarios de 1900.

Blum, René

Hermano de Léon Blum, René (1878-1942) fue también compañero de Proust en el Liceo Condorcet. Hijo de un comerciante de cintas judío de clase media, se dedicó a la literatura y el periodismo como secretario de redacción de la revista Gil Blas. Siendo secretario del joven editor Bernard Grasset, en febrero de 1913 recibe una carta de Proust rogándole su mediación para presentar a Grasset el manuscrito de A la busca del tiempo perdido, ofreciéndose el autor a pagar no sólo los gastos de impresión sino los de publicidad, a cambio de que se publique sin demora: «Llevo trabajando mucho tiempo en esta obra, he puesto en ella lo mejor de mi pensamiento, ahora reclama una tumba que esté concluida antes de que se llene la mía (…). Y esto sólo es posible pagando [yo] la edición».

Tres días más tarde, Proust le escribe otra carta para darle las gracias por el éxito de su gestión. En noviembre, Blum le pide como adelanto, para Gil Blas, el episodio de la magdalena en la taza de té, que terminará siendo sustituido, a petición de Grasset, por un fragmento «más indiscreto», la «Soirée en casa de Mme. de Saint-Euverte» (noviembre de 1913). René Blum también medió en plena guerra, en 1916, entre el novelista y su editor cuando Proust quiso romper el contrato con Grasset para que Gallimard se hiciese cargo de la publicación del segundo volumen, A la sombra de las muchachas en flor, y reeditase el primero. Después de la muerte de Proust, fue director artístico del teatro de Montecarlo y en 1930 publicó Comment parut «Du cóté de chez Swann». Detenido por los alemanes y deportado como judío, murió en un campo de concentración. Proust puso alguno de los rasgos de René Blum en el personaje de Bloch.

Borda, Gustave de Maestro de esgrima, amigo íntimo del pintor Jean Béraud y, junto a éste, testigo de Proust en su duelo con Jean Lorrain el 6 de febrero de 1897. Veterano combatiente de 1870, a su muerte, en 1907, Proust le dedicará (Le Figaro, 26 de diciembre, firmado D.; Contre Sainte-Beuve, págs. 549-550) una necrológica en la que pondera de «este caballero del Romancero» su arte como esgrimidor, duelista y testigo: «La última persona, si nuestra memoria es exacta, a la que asistió sobre el terreno en calidad de segundo, fue nuestro colaborador, M. Marcel Proust, que siempre ha mantenido por él un verdadero culto».

Bourget, Paul

Novelista y ensayista, Paul Bourget (1852-1935) empezó dedicándose a la lírica con varios volúmenes recogidos en Poésies (1885-1887). A partir de ese momento se volcó en el género narrativo con gran éxito de lectores hasta el final de la primera guerra mundial: en sus novelas pintaba la burguesía y el mundo aristocrático de los salones que frecuentó desde la última década del siglo, creando situaciones sentimentales que rozaban lo dramático y resolvían los problemas mediante los compromisos convencionales, pero sin llegar nunca a la sátira de ese mundo; ni sus tesis ni su forma de escribir encontraron eco después de la primera guerra mundial; algunas todavía conservan interés desde el punto de vista histórico: por ejemplo, Le disciple es una denuncia de la peligrosa influencia del cientificismo ateo. Su mayor aportación fueron los Essais de psychologie contemporaine (1883) y Nouveaux essais (1886), con visiones, novedosas para la época, sobre Baudelaire, Taine, Stendhal, etc., que más tarde Bourget modificó; y sobre todo, Physiologie de l'amour moderne (1890), que supuso para Proust (por ejemplo, en varios relatos cortos: «El final de los celos», «Antes de la noche») una reflexión sobre los celos, que pueden nacer de los sentidos, del corazón o de la cabeza.

Bourget conoció a Proust en los salones de Mme. Straus, de la princesa Mathilde, de la condesa Potocka y, sobre todo, en el de Laure Hayman, amante de Bourget, que la había tomado por modelo de su novela corta Gladys Harvey. En el momento en que se conocen (finales de 1888). Bourget escribe a Hayman, jugando con el retruécano con que ésta identificaba a Proust: «Su Saxe psicológico, el pequeño Marcel, como usted lo llama, es sencillamente exquisito, a juzgar por la carta que tuvo usted la delicadeza de mandarme (…). Dígaselo usted, y que una vez que me haya quitado de encima el trabajo en que estoy metido tendré mucho gusto en conocerle», adivinando el novelista que Proust había agradecido el regalo del volumen de Gladys Harvey que Hayman le había hecho para que el autor leyese la carta. La influencia del estilo y los temas de Bourget

son perceptibles en Los placeres y los días; pero el novelista mundano supo lo que iba a ocurrir: «Dejarán de gustarle mis libros, porque le gustan demasiado».

En el momento del caso Dreyfus, Bourget, pese a sus relaciones con la familia judía de los Kann y a sus amores con Marie Kann, se pasó al bando antidreyfusista. No serían las únicas diferencias con Bourget, que en octubre de 1907, en su discurso de recepción a Maurice Donnay en la Academia Francesa, hizo profesión de fe antisemita: consternado por el tono de ambos discursos, Proust escribe que los dos académicos le parecen «beatas encantadas de poder soltar una palabra un poco fuerte delante del cura». De Bourget tomó Proust rasgos para Bergotte.

Brach, Paul

Joven poeta y novelista, uno de los «visitantes de la noche» del último año de vida de Proust, Paul Brach (1893-1939) le envió en junio de 1922 una reproducción, aparecida el 10 de junio en L'Illustration, del cuadro de Tissot Le Balcón du Cercle de la rué Royale en 1867, donde figuran Charles Haas, el príncipe Edmond de Polignac, el marqués du Lau, el marqués de Gallifet y Saint-Maurice, en la terraza del club. El 15 de julio de ese año, con Edmond Jaloux, Brach y Proust acudieron a un bar de moda en la calle Boissy-d'Anglas, promocionado por Cocteau que lo había bautizado con el título de una de sus farsas —Le Boeuf sur le toit, estrenada con música de Milhaud y decorados de Dufy—, y donde una partida de «chulos inverosímiles» no tarda en convertir el local en campo de batalla: «Creí que los encantadores tiempos de los duelos iban a renacer para mí, pero parece que los asaltantes no son gentes con las que pueda uno batirse», escribirá el novelista a Jaloux, que se había marchado antes de la pelea, en la que Proust estuvo a punto de recibir un «pollo muy caliente» seguido de un cubo de agua helada en la cabeza. Recomendado a Gallimard por Proust, Brach conseguirá publicar en octubre de 1922 su novela Gérard et son témoin en la N. R. F. Se

encargó de editar, junto a Robert Proust, la Correspondance générale de su amigo.

Brancovan, Princesa de

Rachel Rallouka Musurus, princesa Bassaraba de Brancovan, hija de Musurus Pachá, uno de los últimos grandes diplomáticos del Imperio otomano, se casó con el príncipe Grégoire de Brancovan. Madre de Constantin, de Hélène —casada con el príncipe Ale-xandre de Caraman-Chimay— y de Anna de Noailles, a la muerte de su marido, en 1886, repartió su existencia entre su casa de Amphion y su mansión de la avenida Hoche, donde había abierto un salón musical. «Amiga de Panderewski y gran música ella misma», escribirá Proust de ella en una carta durante su estancia en Amphion, donde la princesa lo acoge en el verano de 1893. Apoyó a la nueva música finisecular —Panderewski, Enesco, Fauré—, y en su salón Proust, que la utilizaría como modelo de la marquesa viuda de Cambremer, conoció al pianista Léon Delafosse.

Brancovan, Príncipe de

Hijo de Grégoire de Brancovan y de Rachel Musurus, Constantin Bassaraba de Brancovan (nacido en 1875) conoció a Proust en la casa Bassaraba de Amphion, a orillas del lago Leman, en el verano de 1893, durante el que Proust se alojó en el Hotel Splendide. Hermano de Anna de Noailles, era un apasionado de la cultura francesa que se introdujo en el mundo de la literatura gracias al periodista y escritor Abel Hermant: no tardó en lanzar una revista, La Renaissance Latine, («orinal de los Brancovan, que sirve a toda la familia», según Montesquiou), donde apareció un resumen de la traducción de Proust de La Biblia de Amiens de Ruskin (febrero-marzo de 1903).

Durante un momento, las relaciones se enturbiaron: aduciendo la mala salud de Proust, Brancovan adjudicó la critica teatral a Gastón Rageot que había ofrecido al novelista: «Es preferible que no asuma usted la responsabilidad de una sección regular que le produciría mucho cansancio y hastío…»; no era la primera vez que Proust se sentía ofendido por el príncipe: en 1899, durante sus vacaciones en Evian y su anual paso por Amphion, Constantin había insinuado que en su enfermedad había una gran dosis de imaginación, y que podría curarla con una vida más sana; más tarde, se sorprende de que Proust haya podido traducir a Ruskin cuando su inglés apenas le da para pedir una comida en un restaurante de Londres. Pero en 1905 las diferencias se han suavizado y el 15 de junio «La Renaissance Latine» publica el ensayo «Sobre la lectura» de Proust.

Brames, Mme. Sauvage de

Louise Lacuée de Cessac (1842-1914), tía de Robert de Montesquiou, fue confidente de los amores de Proust y de Reynaldo Hahn en sus inicios, e introdujo al primero en los secretos de ciertos mecanismos mundanos que luego él trasladaría a su novela. Para su sobrino, valía tanto ella sola como «el concilio de Trento». Proust la describirá en Contre Sainte-Beuve, diciendo que su empolvado «hace más fresco todavía el rosado y encantador rostro, de rasgos teñidos de finura, de majestad y de malicia, perfil de medalla afinado de gracia francesa y cuya alta inteligencia hace ley en todas partes». Proust mantuvo esa amistad hasta la muerte de la condesa, a la que invitaba a menudo a las cenas que daba en su casa o en el Ritz.

Brunschvicg, Léon

Condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet, Léon Brunschvicg (1869-1944) se dedicó a la enseñanza de la filosofía. Dio clases

particulares a Robert Proust y enseñó en La Sorbona. Miembro de la Academia de Ciencias Morales (1920) y paladín del idealismo, explicó sus teorías neokantianas en L'idealisme contemporain (1921), su libro de mayor influencia. Su trabajo más conocido en el tiempo fue la edición de los Pensamientos de Pascal. De una clase superior a la suya, Proust leyó atentamente su Introduction à la vie de L'esprit, y, aunque no mantuvieron trato constante, Proust le dedicó un ejemplar de La Bible d'Amiens en el momento de su salida a la luz.

Calmette, Gastón

El periodista Gastón Calmette (1858-1914) fue redactor primero y director de Le Figaro desde 1900 hasta el 16 de marzo de 1914, fecha en la que fue asesinado. Léon Daudet había presentado a Calmette y a Proust, para quien en 1900 se abrían las puertas del periódico, donde publicó numerosos artículos. El escritor se lo agradeció a Calmette invitándole a cenar el 1 de julio de 1907 en el Ritz. Proust se quejaría al periodista del silencio con que Le Figaro había acogido la aparición de Sésamo y lirios; aunque «de veras, la cosa carece de importancia», en su carta sugería varios nombres, y fue uno de ellos, André Beaunier, el que firmó la crítica que apareció el 5 de junio de 1906 en el periódico.

Fue Proust también quien, al leer en Le Figaro del 25 de enero de 1907 el parricidio cometido por Henri Van Blarenberghe sobre su madre, se ofrece a Calmette para escribir un artículo sobre el crimen y la relación que él mantenía con ambos, el célebre Sentimientos filiales de un parricida. Pese a que adjuntó una carta ditirámbica para Calmette y una nota: «Que corten lo que quieran, pero que no modifiquen una sola palabra del final», al redactor jefe, Cardane, le pareció inmoral la conclusión y la eliminó calificándola de «verdadera apología del matricidio»; el cruce de cartas subsiguiente, de queja por un lado, de justificación por parte de Calmette, no romperá una amistad más interesada por parte del escritor que del periodista. Sus intentos de publicar un adelanto de «Combray» en Le

Figaro, pese a las buenas palabras del director toparán con el silencio en 1910, por lo que, como «no sé quién ha podido perjudicarme ante Calmette, con quien mantenía tan buenas relaciones», decide no seguir publicando en ese periódico sus artículos. Sin embargo, en 1911, a través del periodista, Proust conseguirá la intervención de su hermano, el doctor Calmette, para obtener la licencia absoluta del ejército; un encuentro entre ambos, durante un período de descanso en Houlgate, no disipa las dudas que Proust tiene sobre el aprecio sentido por Calmette hacia una obra de la que, según le anuncia en una carta, «puedo decir como el carnicero: he puesto la cabeza y las entrañas, no hay falso peso».

En marzo de 1912 le enviará un pasaje sobre los «espinos blancos», que Le Figaro publica adjudicándole el título «En el umbral de la primavera». (21 de marzo de 1912). La amistad volvió a enfriarse —por parte de Proust, ya que Calmette no parece haberse interesado mucho ni por la persona ni por su obra— tras pedir el novelista al director de Le Figaro que realizase gestiones para buscar editor —lo intentará con Fasquelle— a su novela. Consciente de la distancia que Calmette impone a su relación y a las peticiones de publicar adelantos de su novela, decide comprarle un regalo, una pitillera de Tiffany, que él mismo deja sobre el escritorio del director, mientras éste, que ha mirado el paquetito distraídamente, prosigue una conversación sobre las elecciones presidenciales; más tarde, en 1913, cuando aparezca Por la parte de Swann, Calmette se convertirá en el dedicatario del primer tomo de A la busca del tiempo perdido.

Al salir el libro, Proust le envía un ejemplar, sobre el que escribe una queja: «En más de una ocasión he sentido que no tiene usted gran aprecio por lo que yo escribía. Si alguna vez tiene tiempo de leer algo esta obra, sobre todo en la segunda parte, me parece que por fin llegará a conocerme»; en la carta que acompañaba el envío, además de mendigar una reseña del libro, o una reseña de la entrevista que le habían hecho a Proust en Le Temps, le hace reproches por el «menosprecio» con que Le Figaro trata la obra de colaboradores como él. Calmette, como periodista desinteresado por la literatura, aceptó la dedicatoria con la misma indiferencia que un año antes la pitillera. La

reseña de Le Figaro, firmada por Francis Chevassu, será una decepción para Proust.

En 1914, Le Figaro lanzó una campaña contra el ministro progresista Joseph Caillaux amenazando con revelar datos escabrosos sobre el posibilismo político de Caillaux y el pasado de su esposa; el 16 de marzo ésta se presentó en el despacho de Calmette y de un disparo acabó con su vida; ese mismo día, Proust visitó el periódico para ver el pasillo «donde esa horrenda mujer caminó tras él»; de la idea que tuvo de enviar su pésame a Mme. Ballot, amante del director de Le Figaro, lo disuadieron viejos amigos como Robert Dreyfus y Jacques Bizet.

Caraman-Chimay, Princesa

Hélène de Brancovan, hija de la princesa Bassaraba de Brancovan y hermana de Constantin y de Anna de Noailles, era una mujer de cierto talento y un encanto tranquilo que al principio sedujo a Proust más que la brillantez de su hermana Anna. Casada con el príncipe Alexandre de Caraman-Chimay, hermano de la condesa de Greffúlhe, Proust veía con frecuencia al matrimonio en casa de los Bassaraba. En 1906, pese a que el antidreyfusismo del marido había provocado cierta distancia, Proust dedicó a Hélène el prólogo de Sésamo y lirios.

Cardan e, Jules

A Jules Cardan, secretario de Le Figuro, que firmaba «Cardane», Proust le había dado una cena de homenaje en 1903; era redactor jefe del periódico cuando en 1907, tras el parricidio de Henri Van Blarenberghe, Proust envió el artículo Sentimientos filiales de un parricida; Cardane cortó el párrafo final, pese a la advertencia del autor de que podía eliminarse cualquier cosa menos ese párrafo, diciendo al mensajero a quien Proust había enviado con las pruebas

corregidas: «¡Si cree que alguien va a leer su artículo, aparte de él mismo y unas pocas personas que le conocen!». No sería la primera ni la última vez que Cardane acortaba los artículos de Proust; por razones de espacio, en algún caso hasta sesenta líneas: en la crítica al libro de Mme. de Noailles Les Éblouissements, por ejemplo; en el caso de Sentimientos filiales de un parricida el corte se debió sin embargo al hecho de no haber apreciado Cardane en el texto «una censura insuficiente del parricidio».

Casa-Fuerte, Illán, marqués de

Sobrino nieto de la emperatriz Eugenia e hijo del marqués de ese título, Pedro Álvarez de Toledo, y de Flavie Lefebvre de Balsorano, Illán de Casa-Fuerte (nacido en 1882) es uno de los dandis más elegantes de la sociedad mundana en 1899, cuando Lucien Daudet se lo presenta a Proust. La belleza del joven de origen español ha turbado incluso a Gabriel D'Annunzio —le servirá de modelo para Aldo, el protagonista de Forse che si, forse che no (1910)— y no deja de impresionar a Proust, que tiene en común con él una enfermedad: el asma, y que le ofrece un linaje aristocrático internacional y un temperamento de artista, como demuestran sus aspiraciones de autor y traductor —de D'Annunzio entre otros—. Su madre, una de las beldades de la época, desempeñaba el papel de egeria de poetas como D'Annunzio y Montesquiou. Cuando Illán de Casa-Fuerte se casa en 1905, Proust le escribe para decirle que sigue queriéndole todavía y para saber si ese «afecto persistente» sigue agradándole: «Una palabrita, Illán, para decirme si seguimos siendo amigos»; afecto que se reforzará en 1907, como demuestra una correspondencia que durará toda la vida de Proust.

En sus memorias, Illán de Casa-Fuerte relata el día de su encuentro: «si nos hicimos amigos fue porque había entre nosotros afinidades creadas por las mismas angustias, los mismos ahogos, en suma: un parentesco en el sufrimiento». Describe a Proust en el Grand-Guignol, teatro donde se representaban dos piezas de terror y

un vodevil pícaro, como un hombre «con el cuello del abrigo levantado sobre una camisa de frac bastante arrugada».

Castellane, Boni de

El marqués Boni de Castellane (1867-1932), elegante, de cabellos rubios «tan dorados como si hubiesen absorbido todos los rayos de sol», fue uno de los dandis de la Belle Epoque, que en 1895 se había casado con Miss Anna Gould, hija de una de las mayores fortunas norteamericanas, labrada en los ferrocarriles. Boni construirá con ese dinero el Palacio Rosa, entre la avenida Malakoff y la avenida del Bois, donde dio suntuosas fiestas.

En 1906 la sociedad francesa se apasionará por su divorcio: Anna Gould, que ve menguar su fortuna y está harta de las infidelidades de su marido, consigue el divorcio para casarse con un primo de Boni de Castellane, el príncipe de Sagan —también arruinado—, con quien el marido se enfrentaría, llegando incluso al escupitajo y a una paliza a bastonazos en el atrio de Sainte-Clotilde. Boni de Castellane, que regresó a casa de sus padres dejando a su mujer el Palacio Rosa, no perdió el favor del faubourg Saint-Germain; para conjurar su ruina económica, se dedicó a trabajar en un campo que conocía, el de las antigüedades. En 1924 y 1925 publicó dos tomos de memorias en los que no menciona a Proust: Comme j'ai découvert L'Amérique y L'Art d'étre pauvre. Sin embargo, ambos se escribían cartas muy amistosas y el novelista lo utilizaría como uno de los modelos de Saint-Loup.

Catusse, Mme. Anatole

Esposa del futuro senador de Tarn-et-Garonne de ese nombre, Mme. Catusse era una vieja amiga de la madre de Proust que, como ésta, tomaba las aguas en Salies de Béarn. En una carta a su abuela del verano de 1886, Proust ponderará la belleza física y moral de esta

mujer que, durante toda su vida, será su confidente y consejera para asuntos prácticos, desde compras a venta de mobiliario (1917), además de ayudarle en mudanzas y faenas domésticas, de las que se encarga con fidelidad y afecto casi maternal. De voz «deliciosamente pura y maravillosamente dramática», Mme. Catusse canta a Massenet y a Gounod, según recuerda Proust en sus cartas. En 1946 se publicó la abundante correspondencia entre ambos.

Clermont-Tonnerre, Duquesa de

Élisabeth de Gramont, marquesa y luego duquesa de Clermont-Tonnerre (1875-1954), era pariente de Montesquiou y hermanastra del duque de Guiche. Mujer de cultura muy superior a la de su ambiente, conoció a Proust en 1903 y desde ese momento entabló con él una amistad basada en mutuas confidencias. En septiembre de 1907, durante sus «vagabundeos arqueológico-espirituales», Proust visitó el castillo de Glisolles de los Clermont-Tonnerre, que le habían ofrecido un hospedaje que el escritor prefirió tener en Évreux durante esas vacaciones; la visita quedará reflejada en su artículo «Impresiones de ruta en automóvil», aparecido el 19 de noviembre de ese año, aunque sin nombrar a los duques ni citar el castillo, y calificándola de visita a unos parientes.

Después de la guerra, la duquesa se unió a Miss Nathalie Barney, a la que Proust visitará en su casa del número 20 de la calle Jacob. Fue de las pocas personas que asistió al entierro del «pobre Montesquiou, por más que todo me induzca a pensar que no está muerto», le escribirá Proust, sobre quien la duquesa publicó dos libros: Marcel Proust, 1948. Clermont-Tonnerre, E. de: Robert de Montesquiou et Marcel Proust, 1925.

Cocteau, Jean

Alumno del Liceo Condorcet, Jean Cocteau (1889-1963) se inició a la literatura en el clima de los salones parisienses poco antes de 1910, y desde el primer momento se vio acompañado por el éxito. Nació a ese mundo con las primeras hazañas de la aviación y los primeros ballets rusos; encontró su primer peldaño mundano en el salón de Mme. de Chévigné, provocando con sus maquillajes y su estrafalaria forma de vestir —el propio Cocteau reconocerá más tarde que ante su vestimenta hasta su madre se había echado a llorar— el escándalo entre los viejos habitués de la descendiente del marqués de Sade; fue en el momento de los ballets rusos, en 1910, cuando este «príncipe de la juventud» que frecuentaba a Luden Daudet, Anna de Noailles, André Germain, Reynaldo Hahn —había diseñado el escenario de un ballet con música del venezolano, Le Diable bleu— y otros amigos de Proust, conoció al autor de Los placeres y los días.

A diferencia de Proust, que se esconde, Cocteau no tiene apuro alguno en hablar de unos gustos y costumbres sexuales que confiesa incluso con impertinencia, y cuya exhibición molesta al autor de Sodoma y Gomorra. Acogió la aparición de Por la parte de Swann con un artículo muy elogioso en «L'Excelsior», calificando la novela de «miniatura gigante, llena de espejismos, figuras, jardines superpuestos, juegos con el espacio y el tiempo (…). Se pasea uno, con un sólido hilo en los dedos, entre los espejos multiplicados de ese prodigioso laberinto a cielo abierto».

Durante la guerra frecuenta las cenas dadas en el Ritz por la princesa Soutzo, lo mismo que Proust, que visitará en ese período el número 10 de la calle d'Anjou, donde viven la duquesa de Chévigné en la planta baja y Cocteau en la quinta. La amistad de Jean Cocteau con la duquesa se interfiere en la relación de Proust y Cocteau: «Jean, querido, Marcel acaba de mandarme su libro. Sé bueno y señálame todos los pasajes en los que habla de mí». A partir de esa lectura, la de Chévigné dejará de dirigir la palabra a Proust. Aludiendo a esta pelea, el ingenioso Cocteau responde a un Proust que se queja de la negativa de la duquesa a leer su libro: «Fabre ha escrito un libro sobre los insectos, pero no ha pedido a los insectos que lo lean».

Desde el principio de su relación, Cocteau provoca en Proust admiración y recelo ante un reconocimiento tan fulgurante por parte

de una sociedad que a él lo había tenido tanto tiempo a sus puertas; y, dejándose entretener por el personaje frenéticamente exhibicionista que fue Cocteau, lo utiliza como modelo para el dandy de Balbec, Octave. A pesar de los elogios que Cocteau había dedicado a Proust, su éxito póstumo le sorprendió; casi medio centenar de páginas de su diario, Le passé défini, se convirtieron luego en un ajuste de cuentas vengativo.

Colette

Gabrielle Sidonie, conocida como Colette en el mundo de las letras (1873-1954), trabó relación con Proust en 1896, en el salón de Mme. Arman de Caillavet, con la que ella y su marido no tardaron en pelearse por la corte que Willy, marido de Colette, se empeñó en hacer a Jeanne Pouquet, esposa de Gastón Arman de Caillavet; Proust, que en ese momento la admiraba como escritora, terció en la pelea y no volvió a mantener trato con Colette, rechazando en 1913 la propuesta de Louis de Robert de enviarle Por la parte de Swann por ser la novelista miembro del jurado del premio Goncourt.

En 1919, al leer la carta de la heroína de la novela de Colette Mitsou, Proust confiesa haber llorado, aunque el estilo peque «de lindo… con una punta de preciosista». En 1920, ambos recibieron a la vez la cruz de la Legión de Honor. Colette dejó un retrato despectivo de Proust: «Hermosos ojos, aquel pequeño, una sospecha de blefaritis… Me comparó —¡siempre mi pelo corto!— con Mir-tocleia, con un joven Hermes, con un amorcillo de Proudhon. (…). Mi pequeño cumplimentador, excitado por sus propias fascinaciones, no me dejaba en paz».

Colomb, Georges

Profesor de ciencias naturales de Marcel Proust en 1883-1884 en el Liceo Condorcet, Georges Colomb (1856-1945) ya era famoso por su originalidad: imparte su asignatura con cierta irreverencia, familiaridad con los alumnos y sentido del humor, haciendo hincapié en los aspeaos pintorescos o ridículos de los seres. Después de salir del Condorcet trabajó en laboratorios de botánica y en la enseñanza hasta 1936. Con el seudónimo de «Christophe» publicó tres libros de aventuras burlescas: La Famille Fenouillard (1895). Le Sapeur Camember (1896) y L'idée fixe du savant Cosinus (1899).

Cottin, Céline

Esposa de Nicolás Cottin, Céline entra al servicio de Proust en 1907 como doncella y cocinera. Como cocinera, prepara de forma tan magnífica como Félicie Fiteau el «boeuf á la mode»; el 12 de julio de 1909, Proust le agradece en una nota su boeuf aux carottes en gelée, que será el de Françoise, donde relaciona ese plato con su escritura: «Ojalá pudiese acertar como usted con lo que voy a hacer esta noche, ojalá mi estilo sea tan brillante, tan claro, tan sólido como su gelatina, mis ideas tan sabrosas como sus zanahorias y tan alimenticias y frescas como su carne». Tuvo un hijo en el bulevar Haussmann y por indicación de Proust leerá algunos libros, de las Mémoires d'outre-tombe de Chateaubriand y novelas de Zola hasta poemas de Musset, que el propio Proust le copiaba.

En 1913, cuando Por la parte de Swann aparece en las librerías, Cottin tendrá que ser operada urgentemente por Robert Proust en el hospital Broca; para sustituirla llega al bulevar Haussmann, en principio de modo temporal, Céleste Albaret, cuya primera tarea será llevar a domicilio los ejemplares de Swann que Proust dedica a sus amigos. Al regresar del hospital y ver su puesto ocupado por quien, además, la llama «la engatusadora», Céline provoca una serie de incidentes tragicómicos contra Céleste que terminan por hartar a Proust y provocan su despido.

Al morir su marido de una pleuresía contraída en el frente, Céline hará responsable a Proust: «Siempre encerrado con el señor, en aquel invernadero caliente, sin aire, con aquel horno que calentaba… En el frente, al aire libre, mi marido cogió una pleuresía. El señor me ha dicho: "¡Me acusa usted de la muerte de Nicolás!". Y era cierto». Proust deberá movilizar en ese momento «mis ojos, mi pluma (y mis fondos) en dirección de su viuda». De Céline Cottin Proust tomó el temperamento nervioso y autoritario para atribuírselo a Françoise en A la busca del tiempo perdido; y también su belicismo; la joven quería «ver cómo es la guerra»; Proust le escribe a principios de julio de 1915: «Siempre le he dicho que, a pesar de lo que usted piensa de la utilidad de las guerras, esta desgracia era muy grande».

Gracias a una entrevista de Paul Guth con Céline Cottin («Le Figaro Littéraire», 25 de septiembre de 1954) conocemos pormenores de la vida cotidiana de Proust, desde la composición de las cenas hasta las reglas de su aseo o el método de aireación y ventilación de una casa sometida al régimen impuesto por el asmático.

Cottin, Nicolás

Ayuda de cámara de Adrien Proust, Nicolás Cottin (1873-1916) había trabajado antes como crupier de casino. Por su afición a las cartas y a la bebida, el doctor Proust, que lo había despedido, recomendó a su hijo que no lo emplease. Proust puso una condición a Cottin y a su esposa Céline, contratada también como doncella y cocinera, en 1907: no tendrían vacaciones. La pareja, a la que Proust pagaba el doble del salario normal de la época, se adaptó a los extravagantes horarios de Proust, y Cottin, «de una corpulencia sanchopancesca», además de recadero y ayuda de cámara, hizo las veces de secretario a ratos, ordenando los folios manuscritos de su novela o las cartas, y de contrincante en las partidas de dominó. Cottin, al que Proust califica de «encantador, abnegado, con clase y cuidadoso», no tarda en volver «a venerar a Dionisos». La pareja tuvo un hijo en el bulevar Haussmann. Abandonó el servicio de Proust al

ser movilizado durante la guerra para convertirse en cocinero del general Joffre, muriendo poco más tarde de una pleuresía contraída en el frente.

Courbaud, Claude

Profesor de letras de Proust en 1885-1886 en el Liceo Condorcet, Claude Courbaud tiene 53 años en esa fecha, y sus superiores le reprochan su falta de «finura de juicio y elegancia en el lenguaje»; además de carecer de imaginación, estaba considerado como «un tanto agrio; es hombre desalentado y desalentador». Algunos de sus rasgos aparecen en el personaje del profesor Brichot, un habitué del clan de los Verdurin; y Proust adjudicará su apellido («el viejo padre Courveau») al preceptor de Palamédes, futuro barón de Charlus, y de su hermano Basin de Guermantes en Sodoma y Gomorra.

Crémieux, Adolphe

Fue el miembro más eminente de la familia Berncastel. Famoso por su elocuencia, Adolphe Crémieux colaboró en el ascenso de Luis Felipe al poder en 1848, con quien fue ministro de Justicia hasta el golpe de Estado de 1851. Con el Segundo Imperio, volvió a la vida pública como diputado y ministro de Justicia en el gobierno provisional de 1870. Retirado a la vida privada, animó las reuniones intelectuales y políticas desde el salón abierto por su mujer, al que acudían personalidades de muy distintos campos, desde escritores como George Sand, Lamartine y Alejandro Dumas, a músicos como Rossini, Meyerbeer y Halévy, pasando por políticos o pensadores como el duque de Broglie o Proudhon; en ese salón se crió Adéle Berncastel, la abuela de Proust, y sus hermanas, que, huérfanas a temprana edad, fueron acogidas por Crémieux, a quien consideraron un padre.

La tradición intelectual de Crémieux pervivirá durante generaciones en su familia: una de sus nietas se casará con el escultor Paul Landowski y será madre del compositor de ese apellido; otra, casada con el pintor Jules Lecomte du Nouy, será la primera traductora de Las piedras de Venecia, de Ruskin.

Croisset, Francis de

Franz Wiener (1877-1937), judío de origen belga, afrancesó su nombre y eligió por patronímico el de la casa de campo de Flaubert, Croisset. Llegado a París, se abre camino en la buena sociedad como autor dramático, apoyado por Octave Mirbeau y Clemenceau. Elegante, brillante y perfumado, usa pitillera y compra su ropa en Londres; desde el principio muestra una ambición que lo llevará lejos y que denuncian, según Ferdinand Bac, sus rasgos fisonómicos, una cara «como crispada por una ambición continua, con la obsesión conquistadora de un caballo que estira el cuello en una carrera al acercarse a la meta». Proust recurrió a él cuando, para ayudar a Louis d'Albufera, trató de apoyar la carrera teatral de su amante, Louisa de Mornand.

Autor de obras de bulevar desde 1900, facilitará frecuentemente entradas de teatro a Proust, que mantiene con él una amistad bastante íntima, hasta el punto de pensar en acompañarle a Bruselas, siempre que se lo permitan sus padres, al estreno del mayor éxito de Croisset, Cherubin, o de escribirle: «Como yo, usted está herido por el delirio de persecución». El éxito sobre los escenarios se vio acompañado por el éxito social: en 1910 se casa con la hija de la condesa de Chévigné. La frecuente correspondencia entre Croisset y Proust desaparece casi por completo a partir de 1912, aunque no por eso dejaron de mantener una amistad que sólo se vio turbada cuando la suegra de Croisset dejó de dirigir la palabra a Proust, al sentirse retratada en el personaje de la duquesa de Guermantes. En 1915, a la muerte de Gastón Arman de Caillavet, sustituyó a éste en la pareja que formaba con Robert de Flers como autor de comedias ligeras de gran éxito

popular. También escribió en colaboración con otros autores menores como E. Arene y M. Léblanc. Proust se fijó en él para la metamorfosis final de Bloch en el Jacques de Rozier que lleva monóculo y adopta el «chic inglés». (El tiempo recobrado).

Cucheval, Víctor

Profesor de latín de Proust en el curso de 1887-1888 en el Liceo Condorcet, Víctor Cucheval tenía en ese momento 57 años; hombre basto y, según Proust en una carta a su condiscípulo Dreyfus (1888), «hosco maestro de escuela», aunque «en todo lo demás es excelente y descansa un poco de los imbéciles que redondean las frases. No puede, no sabe hacerlas. Es una pura delicia. Es el ideal del buen profesor y no es en absoluto aburrido». Su apellido se prestaba a burlas como las que en A la busca del tiempo perdido se hacen contra Cambremer; el propio Proust aprovecharía para burlarse del apellido en «Le Salón de la princesse de Polignac». (Le Figaro, 6 de septiembre de 1903), cuando, durante una recepción, el ujier, después de pedirle dos veces su apellido, pregunta al dueño de la casa: «Este señor dice que se llama M. Cucheval, ¿hay que anunciarle?». (Contre Sainte-Beuve, pág. 466).

Chévigné, Condesa Adhéaume de

La condesa de Chévigné se llamaba Laure de Sade (1860-1936) y tenía lazos de parentesco con el marqués de Sade, de los que se mostraba orgullo-sa. Beldad de la época que dictaba la moda, recibía en su salón, considerado uno de los más cerrados del París elegante. Proust habría trabado conocimiento con ella en 1891, en los salones de Mme. Straus y de Mme. Lemaire; «tuve crisis cardíacas cada vez que la veía», le confesará más tarde. Proust, deslumbrado por su belleza y su elegancia —que la hacen parecer una diosa-pájaro—

llegaba a acecharla a la puerta de su casa y a seguirla en sus paseos matinales.

El escritor frecuentó el salón de esta mujer con la que mantuvo una amistad alimentada por una correspondencia continua, aunque a la condesa las cartas de Proust, según su nieta Marie-Laure de Noailles, le servían para «probar» los hierros de rizar el pelo de su doncella; confesará incluso haber ayudado a su abuela «a quemar decenas de cartas de aquel indiscreto». La amistad empieza a resquebrajarse pronto, aunque sigan encontrándose en la vida social, para terminar rompiéndose cuando la de Chévigné se sienta retratada en la duquesa de Guermantes. Proust terminaría vengándose de esta mujer que en el pasado se había mostrado indiferente a su admiración: «Salvo que es [la duquesa de Guermantes] virtuosa, se parece un poco a la gallina coriácea que tomé antaño por un ave del paraíso y que, como un loro, sólo sabía contestarme: "¡Me espera Fitz-James!", cuando quería capturarla bajo los árboles de la avenida Gabriel. Convirtiéndola en un poderoso buitre, evito al menos que la tomen por una vieja urraca». La condesa pidió a Cocteau que le señalase los pasajes del libro en que se refería a ella, y decidió negarse a volver a oír hablar de su autor, de quien declaraba que no debía haberlo recibido nunca. Proust lamentará por carta esa ruptura: «Ser despreciado a veinte años de distancia por una misma persona, en formas tan incomprensibles (…) es una de las únicas penas que puede sentir al final de su vida un hombre que ha renunciado a todo» (septiembre de 1921). La hija de la condesa de Chévigné, Marie-Thérése, se casará con Francis de Croisset.

Chevilly, Marie

Hermana de Pierre de Chevilly, Proust conoció a Marie en Humilly, en casa de su padre, un viejo aristócrata y encarnizado antidreyfusista que se extraña de que Proust se aloje en sus vacaciones —principios de septiembre de 1899— en el Hotel Splendide de Évian, por estar infestado de judíos, y le aconseja otro de Thonon, donde «la

sociedad es más francesa, menos cosmopolita». Proust conquista en esos viajes veraniegos a toda la familia Chevilly. A Marie, a la que Proust encontraba «encantadora» y a la que verá más tarde en París, le contestará cuando, ante su queja de que aquella gente le aburría —Proust prepara ya Jean Santeuil—, la joven le pregunte la razón por la que se dedica a ellos: «Precisamente porque no me gustan quiero escribir sobre ellos». Durante una expedición a Coudrée, Proust recitará a Marie versos de «la Maison du berger» de Vigny, como el Narrador a Albertine en Sodoma y Gomorra. Marie, que casi parece enamorada de Proust, contó las primeras visitas del escritor a casa del conde de Chevilly en Montjoux en un artículo, «Proust en Savoie», publicado en 1973 y 1974.

Chirade, Mme.

Lechera parisiense, con tienda abierta en la calle Fontaine, cuya belleza le descubre Daniel Halévy a Proust en 1888; le parece tan hermosa como Salambó: «¿Crees que es posible acostarse con ella?», le pregunta a Halévy. Pocos días más tarde, ambos amigos compran un ramo de flores y, mientras el segundo se queda en la calle, Proust entra en la tienda y le ofrece el ramo: «¿Dijo una palabra, balbuceó una frase? No lo sé, sólo me acuerdo de que vi pasar una sonrisa por el rostro femenino, y al mismo tiempo que sonreía aquel hermoso rostro hacía no». (Daniel Halévy, Paysages parisiens, pág. 127).

Cholet, Armand-Pierre

Teniente del 76 regimiento de artillería de Orléans donde Proust hace su servicio militar, con el que trabó amistad; descrito como un oficial «de una inteligencia fuera de lo corriente», regalará a Proust su fotografía con la dedicatoria: «Para el voluntario Marcel Proust, de uno de sus verdugos». Hombre culto, miembro de varios círculos,

entre ellos el Jockey Club, escribirá un Voyage en Turquie et en Asie (1892), que Proust reseña con el título de «Choses d'Orient» en el número 3 de Littérature et Critique, probablemente con la intención de mantener esa amistad en el mundo civil; pero en un encuentro casual, al saludo de Proust Cholet respondió con otro glacial que impidió a su antiguo compañero de armas abordarle; la escena, interpretada por Robert de Saint-Loup y el Narrador, pasará a La parte de Guermantes. En Jean Santeuil el teniente Cholet se convierte en Guy de Brucourt.

Dabescat, Olivier

Primer maître d'hôtel del Ritz, de origen vasco, que después de haber trabajado en el hotel del Princess Restaurant, y luego en el Ritz de Londres, había secundado a Marie-Louise Ritz desde 1902 para conseguir que la firma se hiciera un hueco entre los locales más prestigiosos de París. Célebre cuando el novelista empiece a frecuentar el Ritz, Dabescat servirá personalmente a Proust, que suele acudir a las once y media y puede hablar durante horas con el maître: Dabescat le suministrará abundante información sobre la clientela, formada en ese momento por la alta aristocracia inglesa, el rey español Alfonso XIII, el rey de Portu gal, la reina María de Rumania, como contó C. Wixler, mozo que solía atender a Proust y que terminó como maître d'hôtel del Ritz. Proust, que conversaba con Dabescat en la mesa o paseando por el Bois de Boulogne, no siempre fue fiel a ese restaurante: en 1917 solía refugiarse en el Crillon por creerse «obligado a demasiada cortesía respecto a Olivier». Dabescat se negó, incluso después de la muerte de Proust, a informar a nadie de sus relaciones y conversaciones con el escritor, quien, además de citarle en el pastiche sobre Saint-Simon (revisión de 1918), lo utilizará para trazar el personaje de Aimé, el maître d'hôtel Balbec primero y de un restaurante parisiense en A la sombra de las muchachas en flor, donde informará al Narrador sobre la doble vida de Albertine.

Darlu, Alphonse

Profesor de filosofía de Marcel Proust (1849-1921), que en 1885 entró a formar parte del profesorado del Liceo Condorcet: pertenecía a una estirpe de enseñantes de filosofía creada por la reciente República preocupados por formar las mentes en los liceos, más que en la Universidad, y convencidos de la necesidad de «profundizar en la práctica de la verdad», como explicó en su obra L'Enseignement de la Morale. En 1888, Proust se convertía en alumno suyo: la noche misma de la inauguración del curso, el futuro novelista escribía a quien más tarde había de calificar como «el hombre que más influencia ha tenido sobre mi pensamiento» una carta (Correspondance générale, I, págs. 121-122) en la que le confiesa su «enfermedad» moral, un desdoblamiento que le impide encontrar placer en las obras literarias. En la dedicatoria de Los placeres y los días, Proust lo mencionará como «el gran filósofo cuya palabra inspirada, más segura de durar que un escrito, ha engendrado en mí como en tantos otros el pensamiento».

Más tarde, sin embargo, en una nota de su traducción de Sésamo y lirios, Proust negará tener deudas con Darlu, que «ha sido el único hombre que ha tenido influencia sobre mí, y la he reconocido como mala». La filosofía de Darlu, un espiritualismo idealista templado por el racionalismo, de esencia totalmente laica, pasará a ser la del Narrador de A la busca del tiempo perdido. De Darlu aprendió Proust a despreciar el materialismo y el positivismo; tomó con él clases particulares que se prolongaban durante el trayecto de casa del adolescente a la del profesor y, sobre todo, en el umbral de este domicilio, para gran diversión de la familia del profesor. En 1893 éste creó La Revue de métaphysique et de morale, donde aparecieron notas de lectura y algunos textos de conferencias.

Daudet, Mme.

Julia Allard (1847-1940), secretaria y esposa de Alphonse Daudet, conoció a Proust en su salón en febrero de 1894; en ese momento el novelista, admirador del marido y amigo de sus dos hijos, Léon y Lucien, que sólo cuenta quince años, conquistó a Mme. Daudet: «Jamás he conocido joven tan educado como M. Proust», a pesar de que su marido exclame un día: «¡Marcel Proust es el mismísimo diablo!». Mientras toma notas sobre su marido y las amistades que lo visitan con destino a la posteridad, Mme. Daudet despliega una amabilidad «encantadora pero muy burguesa».

Daudet, Alphonse

Por Alphonse Daudet (1840-1897), el famoso autor de Cartas desde mi molino, Proust sentía un afecto que había nacido de la lectura juvenil de ese título; presentado al famoso escritor a finales de 1894, no deja de escribirle: «No puedo expresarle, señor, cuán emocionado estoy ante su bondad. Mis sueños más hermosos cuando era niño no habrían podido prometerme nada tan inverosímil ni tan delicioso como ser recibido un día tan graciosamente por el Maestro que ya me inspiraba admiración y un respeto apasionado».

Pero Marcel siente más afecto por la persona que por el escritor realista, «demasiado simplista de inteligencia», y adivina entre ambos una comunidad de destino: «Nada más acostarse, sus dolores se vuelven intolerables y, todas las noches, traga una botella de doral para dormirse. Yo no podía entender cómo a pesar de todo podía seguir escribiendo». Proust, amigo de sus hijos Léon y Lucien, cena frecuentemente en casa de Daudet durante los tres años que a éste le quedan todavía, aunque critica en su correspondencia el materialismo de sus conversaciones, su mal gusto, capaz de hacer a sus invitados preferir Musset a Baudelaire, y, sobre todo, una mentalidad que explica el genio de un artista por «los hábitos físicos o la raza», en la línea de la crítica que luego hará a Sainte-Beuve.

El 19 de diciembre de 1897 Proust lamenta la muerte del escritor, ocurrida tres días antes, en un artículo en La Presse: «La personne

d'Alphonse Daudet oeuvre d'art», en el que no dedica una sola línea a su obra. Daudet servirá a Proust como uno de los numerosos modelos de Bergotte.

Daudet, Léon

Hijo del novelista Alphonse Daudet y hermano de Lucien, Léon (1867-1942) conoció a Proust en casa de su padre, a finales de 1894. Cuando Proust mantenía ya relaciones con su hermano Lucien, pasará algo más de una semana con Léon en el Grand-Hôtel de France et d'Angleterre de Fontainebleau: «Con el claro de luna, bien abrigados, dábamos los dos largos paseos por el bosque, donde Marcel me confiaba sus proyectos literarios, que su cumplimiento superó. Aquel querido Marcel era un desollado vivo, que ya hacía, con sus desolladuras, un tapiz de punto, de un brillo y de una novedad admirable». Hombre inteligente, con gran don de gentes, gracia personal e ingenuidad desconcertante, después de abandonar la medicina —que inspiró sus primeras novelas, entre ellas Les Morticoles (1894) donde figuran varios amigos de Proust—, se dedicó al periodismo, al ensayo —Le voyage de Shakespeare— y a la novela de costumbres, antes de dedicarse a la política.

Fundador con Charles Maurras del periódico «L'Action Française», dejaría en sus páginas numerosos artículos de gran violencia en los que se daban la mano la indecencia y la gracia, en un estilo vehemente de gran riqueza verbal. A pesar de que Léon Daudet profesaba un antisemitismo radical, del que se convirtió en apóstol a través de sus artículos y sus escritos, mantuvo una amistad cálida y constante con Proust, que apreciaba su estilo aunque no participara de su ideología. Sus intrigas y presiones hicieron obtener a Proust el premio Goncourt por A la sombra de las muchachas en flor. Proust, que le debe el conocimiento de Gastón Calmette, le dedicará La parte de Guermantes I, calificándole de «incomparable amigo».

Daudet odiaba la homosexualidad, pero no llegó a enterarse de la relación que unió a Proust y a su hermano hasta mucho más tarde;

cuando, tras un fracaso amoroso y a punto de suicidarse, Lucien le confiesa haber mantenido una relación homosexual con Proust, Léon «se llevó tal disgusto que se pasó llorando tres días sin parar». (A. Germain, Les Clés de Proust). En el lecho de muerte, Proust mandó a Céleste llevar un ramo de flores a Léon, que acababa de escribir un artículo sobre él.

Daudet, Lucien

Hijo del novelista Alphonse Daudet, Lucien (1878-1946) conoció a Proust cuando éste, siete años mayor, empezó a frecuentar la casa de su padre, a fínales de 1894. Inteligente, nervioso, sensible, esnob, de belleza perfecta que él mismo era el primero en admirar, «guapo, delgado, moreno de piel mate, rostro penetrable, voz cálida y metálica. Su apostura física y genuinamente meridional corría pareja con una elegancia destacada y tan violenta como el control de sus resentimientos». (F. Bac, Souvenirs inédits).

Atraído desde la adolescencia por la aristocracia —«Habría dado todo por que nuestro apellido se escribiese con una D con apóstrofo»— y la vida de la alta sociedad, en 1896 se convierte en galán de la emperatriz Eugenia, a quien ha conocido a través de Montesquiou, y sobre la que escribirá tres de sus quince libros; también se dedicó a la pintura: en 1906, un año antes de que al parecer dejase los pinceles para convertirse en escritor, hizo una exposición (Flores y retratos) cuyo catálogo prologó Anna de Noailles; se le atribuye un retrato de Proust, quien, según la correspondencia entre ambos, admiraba su pintura.

La amistad con el adolescente que Lucien era se transformó para Proust en amor cuando el novelista concluyó su relación con Reynaldo Hahn. Una alusión irónica a esos amores, que Jean Lorrain, escritor mundano y también homosexual, hizo en la reseña que el 3 de febrero de 1897 dedicó en Le Journal a Los placeres y los días, movió a Proust, ofendido, a retar a Lorrain a duelo, que se celebró tres días más tarde. No duró mucho la relación: tras una pelea, Proust

parece haber dicho a Lucien: «Cuando los seres se alejan, querría poder hacerlos desaparecer»; le acusaba de que, con él, el amor no podía durar más de dieciocho meses; y Daudet confesará a su vez ajean Cocteau: «Marcel es genial. Pero es un insecto atroz. Usted lo comprenderá un día».

Pese a poner fin a su relación amorosa, siguieron siendo amigos íntimos: Lucien será uno de los primeros en leer Swann antes de su publicación y se encargará de hacer una reseña en Le Figaro cuando aparezca ese libro. Hasta el último momento de la vida de Proust, ambos mantendrán una amistad sin fisuras: «Quizá sea una de las pocas personas a las que Proust haya amado por sí misma, sin pensar nunca en su utilidad para un personaje de su libro. Pero quizá tampoco ofrecía un tipo bastante notable», escribe Céleste Albaret.

Daudet entregó un paquete de cartas de Proust a Robert de Saint Jean (1901-1987), que han sido leídas por escasas personas; según Angelo Rinaldi se trata de cartas «sin perífrasis intercambiadas por los dos amantes. ¡Ah!, deberá creerse mi palabra si afirmo que no se aburrían cuando estaban juntos».

Daudet, Lucien: L'Impératrice Eugénie, 1911. L'Inconnue (L'Impératrice Eugénie), 1923: Autour de soixante lettres de Marcel Proust, 1928. Dans L'ombre de L'impératrice Eugénie y Lettres intimes adressés á Mme. Alphonse Daudet, 1935.

Deacon, Gladys

El 10 de octubre de 1906, esta joven de gran belleza se aloja encima de Proust en el Hotel des Réservoirs; su apellido estaba ligado al escándalo: su padre había asesinado en 1892 en Cannes a un diplomático francés, Emile Abeille, por ser amante de su esposa. Las tres hijas del matrimonio triunfaban en el mundo de la alta sociedad galante en Londres, París, Roma o Nueva York. Gladys seduciría con su belleza griega a figuras mayores del arte de la época, desde varones como Henry James, Robert de Montesquiou («parece un arcángel»), Giraudoux («Cuando habla, es como si estallase vidrio»), Gabriele

D'Annunzio, Rodin, Berenson y Hermán von Kayserling hasta mujeres como Virginia Woolf, que se enamoró de ella nada más verla. Proust la visitará una noche que estaba ausente, y pasa el rato hablando con su madre.

La marquesa de Clermont-Tonnerre trató de casarla, por medio de Proust, con Léon Radziwill, pero Gladys Deacon, que había perseguido al duque de Marlborough, casado con Consuelo Vanderbilt, alcanzará su sueño en 1921, al divorciarse ese matrimonio. Proust asistirá el 15 de junio de 1921 a una cena dada por Mme. Hennessy para celebrar el desposorio, y nueve días más tarde a su matrimonio civil en el consulado de Gran Bretaña. Servirá de modelo para el personaje de Miss Forster en A la busca del tiempo perdido.

Delafosse, Léon

Pianista y compositor (1874-1951) de origen social modesto y de gran belleza, consiguió a los trece años el primer premio del Conservatorio. Proust lo conoció tocando el piano en 1894, en el salón del conde Saussine. Delafosse, a imitación del conde, había musicado un poema, «Baisers», de Montesquiou, a quien no conocía; fue Proust quien se lo presentó, brindándoselo «como víctima propiciatoria para mitigar el resentimiento que sentía nacer contra él en el cazador de murciélagos». (Diesbach, pág. 146). De todos modos, ambos se disputaron a Delafosse, «nuestro pequeño músico», llegando Proust a reprochar por carta a Fauré haber jugado un papel de alcahuete contra él.

Durante tres años, Delafosse fue el favorito del conde, que le puso el apelativo de «el Angel», y que, como ocurría cuando se cansaba de sus protegidos, empezó a odiarlo en cuanto sus relaciones comenzaron a deteriorarse: «Procure que pueda más mi amor por su arte que el horror que me inspira su persona (…). La gente mediocre jamás comprende el esfuerzo que hacemos para descender hasta ellos

y jamás sube hasta nosotros», le escribirá Montesquieu: el modo de su ruptura anuncia el de Charlus en A la busca del tiempo perdido.

A partir de 1897, Delafosse busca otros protectores o protectoras, sobre todo una vieja dama suiza que no le dejaba tocar más que en París, Ginebra y Montecarlo, y sólo para oyentes aristocráticos. Proust solía encontrarlo en casa de la princesa Rachel de Brancovan, donde tocaba. Compuso, antes de morir en el olvido, numerosas piezas para piano, entre ellas una balada dedicada a Flavia de Casa-Fuerte. Delafosse se jactaba de haber servido a Proust de modelo para Charles Morel; y lo es, al menos en su ambición, aunque otros rasgos pertenezcan a Alfred Douglas, al secretario de Proust Henri Rochat, etc.

Desjardins, Paul

Profesor y moralista, Paul Desjardins (1859-1940) tuvo a Proust como alumno durante sus estudios de derecho. En realidad, con él estudió «a esos grandes filósofos-poetas, Heráclito, Lucrecio», y en su libro Devoir présent (1892) —«todos los servidores consagrados a algo que existe fuera de ellos, ciudad, religión, justicia, verdad o incluso belleza concebidos como modo de adoración»— Proust aprendió a despreciar el diletantismo para orientar sus reflexiones hacia la necesidad del deber, la ley moral y la acción. En el «Bulletin pour L'action moral», asociación fundada en 1982 por Desjardins, Proust leyó las primeras traducciones al francés de textos de Ruskin entre 1893 y 1903, así como fragmentos de novelistas ingleses que luego figurarán entre sus preferidos, como Thomas Hardy y George Eliot.

Esa asociación se convertiría en «L'Union pour la Verité» durante el caso Dreyfus. A partir de 1910, Desjardins organizó en la abadía de Pontigny las «décadas», conversaciones que reunirán durante diez días de verano a intelectuales franceses y europeos para discutir temas de arte, filosofía y moral hasta 1914; tras la interrupción de la guerra, se reanudaron en 1922-1939, y más tarde, bajo la dirección de la hija

del filósofo, Anne Heurgon, en el castillo de Cerisy. Proust proyectó en varias ocasiones asistir a esas décadas.

La influencia de agitación y de acción de Desjardins supera la importancia de su obra escrita. Dejó en Hommage a Proust un retrato del «niño de 1888»; «Aquel joven príncipe persa de grandes ojos de gacela, de párpados lánguidos; respetuoso, onduloso, cariñoso, inquieto; buscador de delicias, para quien nada era soso; irritado ante los obstáculos que la naturaleza pone a las tentativas del hombre — sobre todo del hombre que él era, tan frágil; esforzándose por convertir en algo activo lo pasivo que parecía su destino; lanzado hacia lo más, hacia el exceso, hasta en su bondad encantadora; de buena gana dibujaría yo a este niño romántico, de memoria».

Doazan, Barón

Jacques Doazan (1840-1907), primo de Mme. Aubernon, disfrutaba de una baronía creada durante el Imperio. Obeso, con el bigote teñido, maquillado y perfumado hasta el exceso, se había arruinado en el pasado por un violinista polaco; también tuvo por secretario al argentino Gabriel Yturri, que le fue robado por Robert de Montesquiou. Proust, lo conoció en el salón de su prima en 1892. Y André Gide lo reconoció en la descripción física de Charlus; el propio Proust, en el momento en que teme que Montesquiou se vea reflejado en ese personaje, le escribe que, para crearlo, «pensé por un instante en el difunto barón Doazan (…) pero luego renuncié y construí un Charlus mucho más amplio, totalmente inventado».

Dreyfus, Alfred

Hijo de un industrial alsaciano israelita, el capitán Alfred Dreyfus (1859-1935), que ya se había visto frenado en su promoción debido a sus orígenes judíos, fue detenido en 1894 bajo la acusación de haber

pasado secretos militares a Alemania. Tras un proceso a puerta cerrada, fue condenado el 22 de diciembre de ese año a degradación militar y confinamiento de por vida en la isla del Diablo, en la colonia francesa de Guayana. Dos años después, el comandante Picquart, demostrando la falsedad de los documentos que habían servido para condenarle, debidos a otro oficial de origen húngaro, el comandante Esterházy, vuelve i llevar a los tribunales el caso. Absuelto Esterházy, empieza a pedirse la revisión del proceso de Dreyfus: un artículo de Émile Zola publicado en enero de 1898, en «L'Aurore», exigiendo del presidente de la República justicia, hace que el affaire Dreyfus estalle dividiendo profundamente a la opinión pública, que se reparte en dos campos: dreyfusistas y antidreyfusistas.

Al año siguiente, el caso es revisado y Dreyfus condenado a diez años de cárcel en consideración a circunstancias atenuantes, para terminar obteniendo gracia en septiembre de 1899. En 1903, el caso será revisado a instancias del ministerio de Justicia: Dreyfus será rehabilitado, reintegrado en el ejército y condecorado con la Legión de Honor: esta sentencia suponía la victoria de la izquierda socialista y radical frente a la derecha clerical, nacionalista y antisemita. Marcel Proust intervendrá en el caso: la noche del 23 de enero de 1898, día de la publicación del «J'Accuse» de Zola, el novelista encabeza un Manifiesto de intelectuales, que pasa a la firma de todos sus conocidos en los medios aristocráticos y artísticos que frecuentaba: recibió negativas —de su padre, de Mme. de Caillavet, de Léon Daudet, por ejemplo— y apoyos —de su madre, de sus condiscípulos y amigos Bizet, Halévy, Flers, La Salle, Gregh, etc.—; la campaña que llevó a cabo le permitirá jactarse más adelante de haber sido «el primer dreyfusard».

En las páginas de Jean Santeuil queda reflejado ese período de agitación y apasionamiento de Proust, que alteró su modo de vida para asistir a las sesiones del juicio contra Zola por su artículo J'Accuse, y que comenzó el 7 de febrero de 1898: el autor de Los Rougon Macquart fue condenado a un año de cárcel y a una multa; no parece que Proust haya seguido las sesiones del siguiente juicio provocado por la apelación de Zola.

Dreyfus, Robert

Ensayista e historiador, al que Proust conoció en su niñez, en los juegos de los Champs-Élysées, y a quien volvió a encontrar en el Liceo Condorcet. Tercer miembro de la «pequeña sociedad de los cuatro amigos». (Jean Santeuil, págs. 258-259) y confidente del novelista durante toda su vida, conoció de primera mano desde las tentativas amorosas de Proust hacia sus compañeros Bizet y Halévy («So pretexto de amar a un compañero como a un padre, lo ama como a una mujer (…), ¿es un p…, es un loco, es un cuentista?», dice Proust de sí mismo confesándose a Dreyfus), hasta la génesis y el desarrollo de Ala busca del tiempo perdido. En 1926 publicó Souvenirs sur Marcel Proust, (en la colección «Cahiers verts», dirigida por Halévy, y titulada así en recuerdo de la Revue vert de sus años escolares), con información de primera mano y basada en sus confidencias adolescentes y en su correspondencia, de capital importancia para el conocimiento de ese período de la vida del autor de A la busca del tiempo perdido. Participó en la redacción de la revista escolar creada por Halévy Le Banquet, y se dedicó al periodismo. Acogió con elogios, desde las páginas de Le Figuro, en el momento de su publicación, los dos primeros títulos de la novela de Proust, que escribe sobre el ejemplar de A la sombra de las muchachas en flor que le dedica: «A Robert Dreyfus, en recuerdo de las muchachas de los Champs-Élysées y de los bailes…».

Ephrussi, Charles

Judío nacido en Odesa, en una familia de banqueros y exportadores de trigo, Charles Ephrussi (1849-1905) vivió en la corte de Viena y llegó a París a los veinticinco años, frecuentando la ópera y los salones de la princesa Mathilde, de Mme. Straus y de Mme. Lemaire. Dirigió «La Gazette des Beaux-Arts», y su suplemento, «La Chronique des arts et de la curiosité», en cuyas páginas colaboraron Taine, Bourget, Laforgue, el joven Berenson y el propio Proust.

Ephrussi fue uno de los primeros en apoyar a los impresionistas y en comprar cuadros de Degas, Manet, Monet, Pisarro, Moreau, Puvis de Chavannes y Renoir —que lo representó en su Déjeneur des canotiers, cuadro pintado en 1881 que Proust atribuye a Elstir y sitúa en la colección del duque de Guermantes—, con destino al palacete familiar del número 11 de la avenida de Iéna.

Había conocido a Proust, amigo de su hermanastra Mme. Léon Fould, protectora proustiana en la etapa de Saint-Moritz, en el salón de la princesa Mathilde; y el novelista lo invitó a una cena con velada literaria en la que reunió, el 24 de abril de 1899, a los partidarios de Dreyfus. En 1905, en el momento de la muerte de Ephrussi, Proust evoca «su vida tan armoniosa, tan poblada de imágenes de belleza». Hasta el final de su vida, Proust citará en sus cartas el nombre de este amigo, al que considera uno de los iniciadores de su educación artística, a quien también dedica en Jean Santeuil un fragmento, «Un amateur de peinture», y cuya monografía sobre Durero leyó atentamente. El personaje le serviría para modelar la faceta de crítico de arte de Charles Swann, cuyo nombre, como el de Charles Haas, lleva el personaje de la ficción.

Fauré, Gabriel

El compositor Gabriel Fauré (1845-1924) había estudiado con Camille Saint-Saéns, a quien Reynaldo Hahn prefería, frente a Proust, partidario de Fauré, cuya música había leído y tocaba antes de conocer al músico personalmente. El encuentro se produjo en casa de Mme. Louis Stern, en 1895; dos años más tarde, le escribe: «No sólo amo, admiro y adoro su música, he estado y sigo estando enamorado de ella; mucho antes de que usted me conociese». Proust invita a cenar a distintas casas de amigos al compositor, que ha sido para él, según confiesa a la condesa de Noailles, una pasión. En 1915, declara a Antoine Bibesco haber utilizado la Ballade de Fauré para los movimientos espaciados de la sonata de Vinteuil, para la que también empleará la Sonata para violín y piano. Hasta esa fecha es frecuente la

relación del escritor y del músico, cuyas obras hace tocar a menudo en conciertos en casa de sus amistades o en el Ritz. A partir de 1916, Fauré desaparece prácticamente de la vida y la correspondencia de Proust.

Faure, Lucie y Antoinette

Hijas de Félix Faure, presidente de la República Francesa; los Faure recibían los sábados en su salón a un selecto grupo de amigos del que formaba parte Adrien Proust, que introdujo en ese círculo a su hijo. Pero Proust ya conocía a las hijas Faure: pertenecían al grupo de niñas con las que jugaba en los Champs-Élysées. Lucie (1866-1917), escritora y especialista en Dante («Les femmes dans L'oeuvre de Dante», 1902), se casó con el historiador y luego académico Georges Goyau; mantuvo amistad durante toda su vida con Proust, que pidió ser enterrado con un rosario que Lucie le trajo de una visita a Jerusalén. Antoinette, la hermana menor de Lucie, de largas pestañas, en quien se pensó para esposa de Proust, fue la primera que sometió al adolescente compañero de juegos —tenía probablemente quince años— a un cuestionario con el objetivo «de arrancar (…) a quien responde a él su autorretrato. Por eso [las preguntas] versan sobre las cualidades y los defectos, los gustos, las ocupaciones, las pasiones, las relaciones con los hombres y las mujeres, y finalmente el sentido de la vida». (Tadié).

Fénelon, Bertrand de

Amigo de Antoine Bibesco, que se lo presentó a Proust en 1901, Bertrand, conde de Salignac-Fénelon iba a suceder en el corazón del autor de Jean Santeuil a Clément de Maugny. Miembro de la sociedad secreta de amigos formada en torno a los Bibesco, Proust se enamora de Fénelon de una forma adolescente: en 1902, pide a Antoine

Bibesco que le transmita su simpatía: «Dígale a Fénelon que me inspira gran simpatía y que me haría muy feliz si a cambio de la mía, muy grande, me concediese un pedacito de la que rompe para dispersarla entre tantas personas».

Las cartas a Bibesco permiten apreciar el nacimiento y desarrollo de una pasión hecha de sutilezas, de sobrentendidos, de delicias experimentadas por Proust, como la de apoyarse en el brazo de Fénelon durante una excursión a Coucy con el grupo de amigos. Proust somete «al pobre muchacho a quien yo le importo un comino» a un cerco cuyo entusiasmo conoce toda la pandilla de amigos, menos el interesado, con quien en octubre de 1902 hace un viaje a Brujas —que dejará sus huellas en la novela a través de las ciudades: Amberes, Dordrecht, Delft, Haarlem, Amsterdam— para visitar una exposición de primitivos flamencos; viaje que terminó en fracaso absoluto, como deja traslucir en una carta a su madre: «Estoy aquí desde ayer, me encuentro en un estado sentimental tan desastroso que tengo miedo a envenenar con mi tristeza el viaje del pobre Fénelon y le he dejado respirar lejos de mis gemidos».

En Amberes se separan, con la promesa de volver a reunirse; en el hotel de Dordrecht Proust escribe tres versos: «Dordrecht, lugar tan bello / tumba / de mis ilusiones queridas». Proust se confiesa impotente para luchar «contra esta Sirena clásica de ojos azul de mar que viene en línea recta de Telémaco y cuyas huellas ha debido de encontrar M. Bérard cerca de la isla de Calipso».

El enamoramiento duró casi año y medio. A su regreso de Holanda, Fénelon le comunica que ha sido destinado a la embajada de Francia en Constantinopla: Proust pasa las noches llorando; el 6 de diciembre, acompañado por Georges de Lauris, Fénelon acude a la calle Haussmann para despedirse de Proust; un comentario despectivo de Fénelon contra la sordidez burguesa del piso, donde a pesar de la estación no está encendida la chimenea, hace estallar a Proust, que la emprende a puñetazos con Fénelon y termina arrancando el forro de la chistera: el Narrador hará lo mismo con la chistera nueva de Charlus (La parte de Guermantes).

Proust culpó a su madre, que había ordenado apagar la chimenea, del incidente: «Por tú culpa me encontraba en tal estado de nervios

que cuando el pobre Fénelon ha venido con Lauris, a una frase, muy desagradable, debo decirlo, que me ha dicho, me he abalanzado sobre él a puñetazos (sobre Fénelon, no sobre Lauris) y sin saber lo que hacía he cogido el sombrero nuevo que acababa de comprarse, lo he pisoteado, destrozado y luego le he arrancado el forro. Como podrías creer que exagero, uno a esta carta un trozo del sombrero para que veas que es verdad». La reconciliación fue inmediata, y Proust acudió a la estación para despedir al joven diplomático que había de convertirse en el modelo principal de Saint-Loup.

Posteriormente, Proust vio a Fénelon con ocasión de algún permiso, vacación o traslado del diplomático —Washington, París, Cristianía—. Todavía en 1912, Proust escribe a Albert Nahmias: «Hace más de siete u ocho años que no nos vemos ni escribimos. Esto no impide que hayamos estado mil veces más unidos de lo que usted lo estará nunca conmigo ni que nuestros corazones no hayan cambiado en el silencio y la distancia».

En agosto de 1914, Fénelon se alistó como voluntario en el ejército: en la primera batalla del Artois, en Mametz, el 17 de diciembre de 1914, es dado por desaparecido; cuando la hermana de Fénelon, la marquesa de Montebello, escriba a Proust que un oficial ha visto caer mortalmente herido a Bertrand, se niega a creerlo: «Pienso tanto en él que, habiéndome dormido un instante, le he visto, le he dicho que le había creído muerto. Ha estado muy gentil». La noticia de su muerte aparecerá confirmada y publicada el 15 de marzo de 1915: en Sodoma y Gomorra se acordará de su «amigo más querido, el ser más inteligente, bueno y valiente, inolvidable para todos los que le conocieron, Bertrand de Fénelon».

Las cartas de ese momento están cargadas del mismo dolor que emplea el Narrador para hablar de la muerte de Saint-Loup —aunque de hecho la muerte de Saint-Loup es la de Robert d'Humiéres, acaecida a primeros de mayo de 1915. Según Paul Morand, (Le Visiteur du soir), Bertrand de Fénelon, perseguido por las damas por su belleza, era homosexual, pero Proust lo supo muy tarde. Y la reserva o el rechazo que Fénelon mantuvo hacia él durante el viaje a Holanda le parecieron entonces injustos, provocando una decepción que

«contribuyó sin duda alguna a modificar el personaje de Saint-Loup y a hacerlo menos simpático». (Diesbach).

Feydeau de Brou, Mme.

La marquesa Feydeau de Brou, cuyas veladas musicales frecuentó Proust siguiendo a Reynaldo Hahn, había acompañado al duque d'Aumale a Argelia, hecho que le mereció el apodo cariñoso de «el viejo zuavo». Más que por sus veladas musicales, su casa era célebre por su fiesta anual, a la que acudían los embajadores extranjeros, y en la que los invitados tenían que llevar los alimentos y los refrescos. Proust acudió más a los jueves de su hija, la marquesa de Saint-Paul.

Finaly, Horace

Condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet, Horace Finaly (1871-1945) era hijo de un rico banquero judío que invitó en más de una ocasión al adolescente Proust a pasar con ellos sus vacaciones: en 1889, a Ostende, uno de los balnearios más elegantes de Europa; y en 1892, a Les Frémonts, antigua propiedad de los Baignéres comprada ahora por el banquero. De gran cultura, aunque melancólico y metafísico según Gregh, terminaría convirtiéndose en director de la Banque de Paris et des Pays Bas.

La presencia de Louis de la Salle en Les Frémonts en ese verano de 1892 ayuda a Proust a soportar a Horace, cuya cultura, tan amplia que podía leer a los clásicos griegos en el original, no impedía una grosería de comportamiento que Proust refleja en el personaje de Bloch, al que sirve de modelo; también fue modelo para el Móise de Bella, de Giraudoux. Según Gregh, Proust cortejó a su hermana Marie. Horace y Marcel mantuvieron esa amistad durante toda su vida: Proust le pidió asesoramiento para sus inversiones, y en 1921

colocación para su secretario Henri Rochat, demanda que fue atendida por Horace.

Finaly, Mme. Hugo

Eugénie Ellenberger (1850-1938), esposa del banquero Hugo Finaly y madre de Horace, condiscípulo de Proust, tenía un salón frecuentado por el dramaturgo Georges de Porto-Riche, administrador de la Bibliothéque Mazarine, donde Proust empezará a trabajar. Su tío, Horace de Landau, que había representado a los Rothschild en Italia y era célebre por su cultura, su biblioteca y sus frases ingeniosas además de por su dinero, compró a Arthur Baignéres la villa de Les Frémonts, en Trouville, para regalársela a su sobrina Eugénie. En cuanto a su marido, «hubiese encarnado perfectamente a Polonio. Se habría imaginado a su hijo Hamlet-Horacio con traje de esgrima gritando: "Una rata, una rata", y traspasándolo a través del tapiz». (F. Gregh, L'Âge d'or, pág. 164). Estuvo al frente de la Banque de Paris et des Pays-Bas, cargo que traspasó a su hijo Horace.

Finaly, Marie

Hermana de Horace Finaly (1873-1918) por la que, según Fernand Gregh, Proust sintió cierta inclinación durante las vacaciones que pasó en 1892 en Les Frémonts, invitado por los Finaly. «Mlle. Marie tiene el aire pintado por Dante Rossetti», escribe en su correspondencia Proust, aficionado, como ella, a la música. Marie se casó en 1897 con Thomas de Barbarin, y murió víctima de una gripe española contraída durante la guerra, en la que había servido como enfermera voluntaria. Además de ser uno de los primeros modelos de Albertine, en Los placeres y los días aparece bajo el nombre de Assunta en «Sonata claro de luna».

Fiteau, Félicie

Vieja criada de M. y Mme. Proust, Félicie Fiteau o Felicité Fitau, de «afecto delicioso y sencillo», servirá también a Proust hasta julio de 1907; era tía de Robert Ulrich, empleado por el escritor como recadero y secretario ocasional. Excelente cocinera que preparaba uno de los platos que Proust comparaba con su estilo literario, el boeuf mode, serviría, junto con Marie, otra doncella de los Proust (que, enamorada al parecer del escritor fue despedida por su madre en marzo de 1905), para el retrato de la Françoise de Contre Sainte-Beuve.

Fitz-James, Mme.

Rosalie de Gutmann, casada con el conde Robert de Fitz-James, era hija de un banquero austríaco de raza judía. Proust le fue presentado en 1894; y desde ese momento frecuentó su salón de la calle de Constantinei al que acudían literatos y académicos. Conocida como «Rosa Malheur». (Rosa Desgracia), por alusión a la pintora Rosa Bonheur y a las infidelidades de su marido, tenía fama de simple, la marquesa de Harcourt le dirá un día: «Rosa, todo el mundo te encuentra muy tonta. Pero yo no soy de esa opinión». (A. Germain, La Bourgeoisie qui brûle, pág. 185). Guardaba en su secreter la lista de todos los matrimonios de aristócratas de las grandes casas europeas con judíos.

Flers, Robert de

Condiscípulo de Proust en el Lyceo Condorcet, Robert Pellevé, futuro marqués de Flers (1872-1927), siguió el mismo camino del escritor: hizo su carrera de derecho y luego la licenciatura de letras. Vástago de una antigua familia de la nobleza normanda, empezó por

acudir al salón de Mme D'Aubernon; en la primavera de 1892 se une íntimamente a Proust, que lo asocia a la redacción de Le Banquet; en eneró de 1893, en una carta a Robert de Billy, Proust le confiesa: «No hay nada que haya cambiado mucho en mi vida sentimental, salvo que he encontrado un amigo (…). Es el joven y fascinante, inteligente, y bueno, y cariñoso Robert de Flers».

Robert conseguirá llevar a Proust a las conferencias de Cuaresma del padre Vignot. Espléndido conversador, elegante, seductor y lleno de simpatía, seguirá una carrera meteórica que no buscó: periodista, director literario de Le Figaro, encargado de negocios en Bucarest, donde fascinará a la reina María, y autor de comedias llevadas a la pantalla en los años veinte y treinta y de vodeviles de gran éxito —en colaboración con Gastón Arman de Caillavet, y, a la muerte de éste, con Francis de Croisset—, terminó ingresando en la Academia Francesa (1920), de la que se había burlado, junto a Gastón, en L'Habit vert.

Dejó, además relatos de viajes, alguna novela y libretos para óperas cómicas y para una opereta de Reynaldo Hahn (Ciboulette, con Croisset, 1922). Una fotografía en la que está con Proust, triunfante, y con Lucien Daudet concitará las iras de Mme. Proust, que prohibió a su hijo mostrarla. En 1898, Proust publicará un artículo con su nombre por título en «La Revue d'art dramatique».

Forain, Jean-Louis

Pintor costumbrista, y caricaturista, Jean-Louis Forain (1852-1931) conoció a Proust en uno de los salones mundanos que más frecuentó en su juventud, el de Mme. Straus, y que abandonó durante el caso Dreyfus. Fundador con Caran d'Ache de la revista antisemita «Psst», formaría parte de la Liga nacionalista de extrema derecha junto con Charles Maurras y Léon Daudet. Proust seguirá manteniendo relaciones sociales con él, por ejemplo, en el verano de Cabourg de 1908, le ofrece una cena junto al pintor Sert y a Missia Godebska.

Forssgren, Ernst

Ayuda de cámara de Proust, que lo conoce en 1914, en un período en el que la guerra apenas ha dejado en París hombres aptos para el trabajo. Debido a su origen sueco, no fue llamado a filas; estudiaba en la Sorbona y había servido en casa del príncipe Orlov para costearse los estudios; declarada la guerra, el príncipe redujo su servidumbre; un anuncio de periódico lo lleva a casa de Proust la víspera de la marcha de éste a Cabourg, junto con Céleste que, desde el primer momento, sintió celos del joven. Según confesión de Forssgren, en ese mes de septiembre de 1914 habría mantenido en Cabourg un amorío con la mujer de un marino, dando a entender además que, en ciertos momentos de expansión, Proust le besaba y juraba que nunca había amado tanto a nadie como a él.

Céleste, en sus memorias, lo acusará de vanidoso y de ser «tan pagado de sí mismo que por lo menos se creía el rey de Suecia, si no Dios». De ayuda de cámara que jugaba con Proust a las Céleste, en sus memorias, lo acusará de vanidoso y de ser «tan pagado de sí mismo que por lo menos se creía el rey de Suecia, si no Dios». De ayuda de cámara que jugaba con Proust a las damas, a las cartas, etc., pasó a ser secretario y confidente. Sin embargo, en octubre era llamado a Suecia para cumplir su servicio militar; terminará emigrando a Estados Unidos, donde vivió en condiciones precarias. En noviembre de 1922, Proust recibe una carta de Forssgren que le anuncia su paso por París y su alojamiento en el Riviera Hotel. En estado casi agónico, el 8 de noviembre Proust se levanta de la cama y lo espera en el hotel desde las once de la noche hasta las tres de la mañana; Forssgren se presentará al día siguiente en casa del escritor, pero su hermano Robert Proust le prohíbe pasar a la habitación donde el novelista agoniza. Forssgren sirvió de modelo —uno más— a Morel. Los recuerdos de Forssgren fueron publicados por J. Bersani y Michel Raimond en Cahiers Marcel Proust, «Etudes Proustiennes II», págs. 119-142.

France, Anatole

Anatole France (1844-1924) es el gran clásico vivo de la literatura francesa en el momento en que Proust lo conoce, en 1889, en el salón de Mme. Arman de Caillavet, donde, como amante de la anfitriona, el autor de Le lys rouge reina y dicta normas, exhibido por la dueña de la casa. La prosa seudoclásica de Anatole France suponía para Proust, desde sus primeras lecturas, la cima de la lengua francesa; cuando se lo presentan, no es el «dulce Vate de cabellos blancos» que suponía, sino un hombre todavía joven de cuarenta y cinco años, torpe de modales, que, como crítico literario de Le Temps, es la voz de la burguesía liberal, antes de pasar a convertirse en el filósofo socializante y anticlerical de la primera guerra.

La atención piadosa que Proust manifiesta en esa etapa hacia el maestro no tarda en convertirse en análisis de la lengua francesa, pobre y decolorada, que France emplea con gran sutileza para conseguir el triunfo. France dedicará a Proust una novela corta, L'Etui de nacre, y éste responderá dedicándole «Violante o la mundanidad» y pidiéndole que prologue Los placeres y los días; France encuentra en Proust elementos de «un Bernardin de Saint-Pierre depravado y de un Petronio ingenuo», «descuella en narrar los dolores elegantes, los sufrimientos artificiales, que se asemejan cuando menos en crueldad a los que no dispensa la naturaleza».

Cuando muere Mme. de Caillavet —France la había abandonado y huido, aprovechando una gira por Sudamérica, con una actriz, Jeanne Brindeau, provocando la muerte de dolor de su egeria—, Proust da el pésame al novelista, que contesta: «Querido compañero de los días felices, crea, usted que oculta su sufrimiento y muestra su buen corazón, que [sus] palabras, dulces como usted, me han emocionado los pocos días demasiado largos que me quedan de vida». No fue mucho el dolor de este novelista, que contratará como ama de llaves a la antigua doncella de Mme. de Caillavet, Anna Laprévotte, con la que acabará casándose. A partir de Los placeres y los días, los dos escritores siguieron caminos distintos: antes de recibir en 1921 el premio Nobel, France podrá reconocer en uno de los primeros tomos

de A la busca del tiempo perdido sus amores de finales de siglo con Mme. de Caillavet, en la pareja Mme. Verdurin y Bergotte, personaje que fue creado por Proust a partir de múltiples rasgos de France.

Gallifet, Gaston-Auguste, marqués de

General y político francés, Gaston-Auguste Gallifet (1830-1909) era miembro del círculo de los Greffulhe, que dejó numerosos personajes en A la busca del tiempo perdido. Gallifet, amigo íntimo de Charles Haas, había luchado en México y en Sedán antes de reprimir con mano de hierro la Comuna. Encarnación del nacionalismo más cerrado, fue nombrado ministro de la Guerra en 1899, siendo Waldeck-Rousseau presidente del Consejo —ambos fueron las dos personalidades principales del gobierno de la revisión, que se coció en el salón de los Greffúlhe—, después de las primeras escaramuzas del caso Dreyfus; Gallifet trató de cerrar el caso cuando en su orden del día al ejército dijo una frase lapidaria y célebre: «El incidente está zanjado». Figura en el cuadro de Tissot que representa Le Cercle de la rué Royale, donde aparece con Haas, Edmond de Polignac, etc. Proust parece acordarse de él cuando compara el monóculo de Froberville con «una herida monstruosa… gloriosa de tener… pero indecente de exhibir», aludiendo a la herida en el abdomen que Gallifet recibió durante la guerra de México.

Gallifet, Marquesa de

Prima hermana de Mme. de Baignéres, la marquesa de Gallifet era, según Proust, que la veía frecuentemente tras su divorcio del marqués de Gallifet, «una de las beldades del Imperio». En 1862, había acompañado al príncipe de Gales cuando éste veraneaba en Dieppe; Proust solía verla en casa de los Baignéres o en la residencia Les Roches, en Trouville, del príncipe de Sagan. Algunos memorialistas de

la época hablan de las bromas que este último gastaba al marqués de Gallifet sobre el punto que tenían en común: el de maridos engañados.

Gallimard, Gastón

Hijo de un coleccionista de cuadros, Gastón Gallimard (1881-1975) había sido alumno del Condorcet antes de convertirse, durante un tiempo, en secretario de Robert de Flers. Proust lo conoció en la casa de verano del nuevo amante de Louisa de Mornand, Robert Gangnat, en Blonville, en 1908, y esa misma noche cenan los tres en el Grand-Hôtel de Cabourg. Tres años más tarde, su diletantismo literario le convierte en hombre de negocios y en administrador de una editorial, La Nouvelle Revue Française, fundada en 1911, donde poco a poco van apareciendo nombres de jóvenes escritores de calidad como Paul Claudd, André Gide, Léon-Paul Fargue, con el director de escena Jacques Copeau como asesor principal en esos primeros momentos.

Será Copeau quien aconseje a Proust enviar el texto mecanografiado de su novela directamente a Gallimard, el 2 de noviembre de 1912. Una primera opinión favorable —mientras Proust entabla relaciones con otro editor, con Fasquelle— terminará convirtiéndose en rechazo total: el informe del lector editorial —André Gide— calificaba la obra de novela mundana, escrita por un mundano, y Jacques Copeau, responsable de la revista de la editorial, se negaba a publicar un adelanto en sus páginas.

Una vez aparecido el primer tomo, Por la parte de Swann, en la editorial Grasset, cuando el estallido de la guerra interrumpe la publicación del segundo, Gallimard envía mensajeros a Proust para tantear el terreno sobre una posible recuperación del libro, André Gide será el primer emisario, para abrir las puertas a una correspondencia entre editor y autor: «Ya que tiene usted a bien considerar como mala suerte que lo hayamos rechazado, permítame decirle hoy por fin que la mala suene ha sido nuestra, y lo más

lamentable es que toda la responsabilidad recae sobre nosotros. Hemos sido estúpidamente necios. Me avergüenza pensarlo. (…). Con todo, debe saber usted, y así se lo habrá dicho Gide, que en la Nouvlle Revue Française tiene usted amigos».

Será el príncipio de unas negociaciones difíciles que culminarán con el traspaso de los derechos de edición de A la sombra de las muchachas en flor y la novela completa a Gallimard; no sin problemas ni reproches por parte de Proust, como demuestra la correspondencia entre ambos. Pese a las afectuosas dedicatorias que Proust escribe a Gallimard en los ejemplares de los distintos volúmenes que publica su editorial, no parece que el aprecio de Proust por su editor haya sido, según Celeste Albaret, mucho.

Gallou, Ernestine

Sirvienta muy vinculada durante treinta y tres años a Élisabeth Proust y a la familia Amiot, tíos de Proust, en cuya casa pasó éste los veranos de su infancia. Antigua campesina, «mansa y sumisa con los amos, se muestra altiva y seca con los criados que tiene bajo sus órdenes, (…) llegando a mostrar en su autoridad cierto sadismo que Proust evocará a la hora de trazar el carácter de la anciana Françoise». (Diesbach). Esta criada, que con el nombre de Félicie aparece en el prólogo «Sobre la lectura», es de una fidelidad perruna con su ama y de una crueldad sádica con sus compañeros y con los animales. Fue el modelo mis antiguo para el personaje de Françoise, ideado además con rasgos de otros criados del propio Proust.

Gangnat, Robert

Agente general de la Sociedad de Autores Dramáticos, Robet Gangnat (1867-1910) conoció a Proust a través de Louisa de Mornand, que al ser abandonada por Albuféra buscó un nuevo

protector en 1906. Las relaciones entre ambos no dejaban de ser tumultuosas, y Proust intervino como pacificador igual que había intervenido en la relación de la actriz y su amigo Albuféra, quien, sin saberlo el nuevo amante, seguía pasando dinero a Louisa. En el verano de 1908, Gangnat alquila cerca de Cabourg, en Bénerville, un chalet donde el entonces joven diletante Gastón Gallimard será presentado a Proust. La esposa de Gangnat, igual que la de Henry Dreyfus, hermano de su amigo Roben, será de gran ayuda moral para Proust en períodos concretos de depresión: por ejemplo en el verano de 1910, cuando su amigo Georges de Lauris se casó sin invitarle a la boda.

Gaucher, Máxime

Profesor de francés y griego de Proust en el curso de 1887-1888 en el Liceo Condorcet, Máxime Gaucher, nacido en 1829, gozaba de algún prestigio literario como crítico de la Revue littéraire y de la Revue Bleue. Sus superiores le acusan de «libertad de doctrina, que raya a veces en el escepticismo literario y alienta prematuramente la emancipadón intelectual de los alumnos». De estilo brillante y suntuoso en sus versos —que Proust utilizará para caracterizar el estilo de Bergotte y la ampulosidad de frase de Bloch—, Gaucher enferma gravemente ese mismo año y es sustituido por los profesores Dupré y Dauphine.

La mordacidad de Gaucher queda unida al estilo que luego seria el de Proust en una anécdota contada por Robert Dreyfus (Souvenirs sur Marcel Proust): Eugéne Manuel, poeta mediocre y candidato perpetuo a la Academia Francesa, a la vez que inspector general de enseñanza, en una de sus inspecdones al Condorcet pidió a Gaucher que el mejor de sus alumnos leyese su última redacción. Cuando Eugéne Manuel empezó a oír la voz de Proust y la prolijidad del texto, preguntó a Gauchen «¿No tiene usted, entre los últimos de la dase, un alumno que escriba más clara y correctamente el francés?». La mordacidad de Gaucher jugó en su respuesta con el apellido del poeta inspector

general: «Ninguno de mis alumnos escribe en francés de manuel (= manual)».

Gaucher, «con mucho el mejor profesor de retórica», según Proust, ejerció una notable influencia sobre el novelista, aunque, pese a apreciar las condidones de escritor de Proust, en algunas ocasiones era «presa de un ataque de risa ante unas audacias de estilo que, en el fondo, le encantaban. Una de las alegrías de sus últimos días fue haber descubieno entre sus alumnos a un escritor nato», según los recuerdos del condiscípulo Pierre Lavallée (Correspondance génerale, t. IV).

Gautier-Vignal, Louis, conde

Escritor y ensayista. Louis Gautier-Vignal (1888-1982) era hijo de un antiguo y acaudalado cónsul de Rumania en Niza; fue presentado a Proust por Lucien Daudet en 1913.

Tras la muerte de Agostinelli, Proust trató de conocer a través de Gautier-Vignal pormenores del accidente, pero el conde, que rara vez visitaba Niza, sólo pudo informarle de los cursos de los jóvenes pilotos.

Esto facilita una relación que el propio escritor define en términos exactos: «Gautier-Vignal es, cómo diría yo, más bien un amigo de mi libro que mío. Me malinterpretaría usted creyendo que pretendo renegar de una persona que me parece sumamente delicada, simpática, y que ha sido tan amable (y posee notable inteligencia). Lo que quiero decir es que lo conozco poco, desde hace poco tiempo. Ello no impide que nos profesemos gran simpatía; he tenido en él a un lector asiduo y además comprensivo, y en varias ocasiones se ha mostrado servicial y encantador conmigo». (Con, t. XIV, pág. 50, febrero de 1915). Proust recomendó, por ejemplo, a Émile, hermano de Agostinelli, al padre de Louis, que lo contrató como chófer; y pidió a Louis conseguirle, a través de sus amigos ginebrinos, un nuevo somnífero aparecido en Suiza: «Cuando se los llevé, tuve remordimientos por haberme hecho cómplice de la funesta

alternancia de narcóticos y estimulantes que por fuerza tenía que desgastar su organismo, ya tan endeble».

Amigo de Gide, de Cocteau, de Jacques de Lacretelle, de la princesa Soutzo, etc., Gautier-Vignal, que se jactaba de haber explicado la filosofía de Kant a Proust, dejó un libro de recuerdos sobre éste, además de varios ensayos sobre cultura italiana, desde Pico de la Mirándola a Maquiavelo. Gautier-Vignal, Louis: Proust connu et inconnu, 1976.

Gazeau, Alexandre

Profesor de historia de Proust en el curso de 1886 en el Liceo Gondorcett que dirigirá de 1907 a 1915, Alexandre Gazeau estaba considerado por sus superiores como «el más amable de los profesores, a la vez que uno de los más inteligentes, de los más entrañables. (…). Sus alumnos lo adoran». Presentó a Proust al Concours genéral de 1887, que se celebraba en la Sorbona y en el que participaban los mejores alumnos de los institutos franceses.

Germain, André

Heredero del Crédit Lyonnais, André Germain, amigo de la juventud de Proust, que lo conocería en casa de los Daudet, era hijo de un padre viejo y trató de escapar al yugo de una madre caprichosa; su retrato, no demasiado favorable, lo hizo J. Blanche: «rasgos de cotorra y de lechuza en aquel rostro de naricilla ganchuda y ojos enormes». Despreciado por su propia madre, que encargó a Ferdinand Bac apadrinarlo en el mundo de las letras, Germain se convertiría en benefactor de poetas pobres y artistas famélicos a cambio de sus elogios. «Joven con cara de anciano endeble, (…) tez de jovencita erótica…», sorprendió a todos anunciando su boda con Edmée

Daudet, hija del autor de Cartas desde mi molino y hermana de Lucien y Léon, amigos íntimos de Proust.

No tardó en huir del entorno de los Daudet, dejando parte de su forruna para recobrar la libertad, según le dijo Barrés: «Parece usted un joven príncipe florentino a quien han asesinado para arrebatarle su herencia». Amigo de Jean Cocteáu, Lucien Daudet, Maurice Rostand, etc., al aparecer Sodoma y Gomorra escribirá una reseña venenosa en Les Écríts nouveaux (julio de 1921), insinuando que Proust y sus personajes comparten las tendencias sexuales, y describiéndole como «una vieja solterona, institutriz en casa de gente muy encopetada, que se hubiese convertido en amante de un ayuda de cámara». Germain, André: Les Clés de Proust, 1953.

Gide, André

El escritor André Gide (1869-1951) había conocido a Proust en 1891, año en que se funda La Revue Blanche, que tiene en Verlaine, Mallarmé, Barrés, Léon Blum, Lorrain, José María de Heredia y el propio Gide unos colaboradores interesados por derroteros muy diversos y de edades muy distintas. En 1893, Proust empezará a publicar en esa revista parte de los textos que más tarde aparecieron recogidos en Los placeres y los dias. Ambos escritores no se frecuentaron mucho en ese primer período de su vida. Sus relaciones cobrarán intensidad a partir del momento en que Gallimard funda La Nouvelle Revue Française, con Copeau, Jean Schlumberger y André Gide como directores o asesores principales. En ese momento Gide es un escritor famoso que ya ha publicado Les Cahiers d'André Walter, Les Nourritures terrestres, L'Immoraliste, La porte étroite, etcétera.

Cuando en 1912 Proust busca editor para su novela, en la que, según él mismo confiesa, hay un volumen «sumamente indecente» y cuya composición es «muy estricta, pero de un orden demasiado complejo como para resultar perceptible en primera instancia», La Nouvelle Revue Française es una de las direcciones a las que envía su texto mecanografiado. Fue Gide quien se encargó de hojearlo; y en

primera instancia no comprendió el «orden complejo»; Proust le parecía «un esnob, un diletante, un escritor de salón» que podía perjudicar la reputación de la naciente N. R. F.; tampoco captó ninguna fuerza profunda: «Me equivocaba. Tenía una enorme fuerza profunda».

Tampoco entendió Gide aquella escritura compleja, sustentada en metáforas, que no tardó en desanimarlo en la lectura: en una carta de disculpa, citará el pasaje en que la tía Léonie aparece con «una frente donde las vértebras se transparentaban», como causa de su irritación, junto a otras impropiedades del lenguaje, errores como comer al mediodía un pollo matado por la mañana, etc. Proust sostendrá la leyenda de que el paquete del manuscrito, cuidadosamente preparado por Nicolás Cottin, le fue devuelto sin abrir, como demostraba el peculiar nudo que hacía su ayuda de cámara. Al aparecer en Grasset Por la parte de Swann, Gide comprenderá su error, que tratará de enmendar en cartas al autor: «No me separo de su libro desde hace varios días; me saturo de él con delicia, me recreo en él (…). Rechazar ese libro habrá sido el más grave error de la N. R. F., y (pues me avergüenza ser en buena parte responsable de ello) uno de los pesares, de los remordimientos más dolorosos de mi vida». (10/11 de enero de 1914).

Dos meses más tarde, el 20 de marzo, empieza a hacer gestiones para que la N. R. F. se encargue de los siguientes volúmenes. En julio, al aparecer en la revista un largo fragmento de La parte de Guermantes, Gide felicita a Proust por la creación del barón de Charlus, «admirable retrato con el que habrá contribuido usted a esa confusión que suele establecerse entre el homosexual y el invertido. (…). Charlus, que no es más que un individuo, pasará por un prototipo y se prestará a generalizaciones».

Gide negociará a partir de 1915 la cesión de los derechos a Gallimard de A la busca del tiempo perdido, y Proust lo convertirá en confidente de sus reproches al editor por las erratas, los tiempos de publicación, la inexistencia de publicidad, etc. Durante los últimos años, la correspondencia constante entre estos dos hombres que nunca serán amigos afronta temas de primera magnitud: desde

confesiones por parte de Proust de su tipo de sexualidad hasta sentimientos de culpabilidad, discusiones literarias, opiniones sobré los personajes de A la busca del tiempo perdido, etc. Pese a esa corresponderán parece que la amistad entre Gide y Proust no dejó de estar cargada de reticencias: la ausencia de Gide en el entierro del 22 de noviembre de 1922 fue muy comentada por los escritores y amigos que acompañaron la ceremonia. Y las opiniones que deja Gide en su Journal también están cargadas de distancia; lo describe «gordo, o, mejor dicho hinchado» y recuerda conversaciones sobre la homosexualidad mantenidas a la cabecera de Proust enfermo (Journal, sobre todo mayo de 1921).

Giraudoux, Jean

Dramaturgo y diplomático, Jean Giraudoux (1882-1944) se dedicó al periodismo y la novela en las primera décadas del siglo. Conoció á Proust a través de Paul Morand en 1918, cuando acababa de casarse y de conseguir un puesto en el ministerio de Asuntos Extranjeros; ese mismo año dedica Proust su libro «a la manera de». Elpenor. En junio de 1919 escribió un artículo sobre la reedición de Swann, explicando el argumento y haciendo un retrato del autor que desagradó éste, por no haber escrito «de mí, nada exacto». Aunque Proust hizo un pastiche sobre su estilo en La parte de Guermantes, mantuvo correctas relaciones con él. Una vez muerto Proust, Giraudoux sustituyó los éxitos del estilo brillante de sus novelas por un ahondamiento temático, que se expresó sobre todo en el teatro: la etapa dramática, que se inicia en 1928, pule el estilo, deja di lado la pesadez de las obras de tesis o el vacío del teatro de bulevar para mezclar poesía y fantasía y abordar temas1 cada vez más graves sin pesadez, con un idealismo que tuvo su mejor ejemplo en la obra póstuma La loca de Chaillot (1945), que nada añadía a títulos como La guerra de Troya no tendrá lugar, Ondina, Sodoma y Gomorra, etc.

Godebská, Missia

Mujer de gran belleza, Missia Godebsca (1872-1950) era de origen polaco. Estuvo casada con Thadée Natanson uno de los fundadores de La Revue Blanche; en segunda nupcias, con Alfred Edwards, director y cofundador de Le Matín y Le Petit Sou, anteriormente casado con la hija del doctor Charct y cuñado de Waldeck-Rousseau. Proust conoció a la pareja en 1907 en el Grand-Hôtel de Cabourg, donde les acompañaba su amante,' la actriz lesbiana Lantelme, que serviría de modelo a Léa y a Rachel. Divorciada de nuevo, abrió un salón donde recibía al todo París artístico, de Maurice Ravel a Stravinski, Coco Chanel y el pintor español José María Sert, con quien se casó en 1914. A Proust le sirvió de modelo para la princesa YourbélétiefF.

Gramont, Agénor, duque de

Representante de la alta aristocracia dél Segundo Imperio, el duque de Gramoííit (1879-1962) conoció a Proust en el salón de la princesa Mathilde. Casado en primeras nupcias con la princesa Isabelle de Beauvau-Craon, tuvo una hija, Élisabeth, futura marquesa y duquesa de Clermont-Tonnerre. De su segundo matrimonio, con Margúeme de Rothschild, tuvo a Ar-mand, duque de Guiche, gran amigo de Proust. La fortuna que aportaba su segunda esposa le permitió construir el castillo de Valliéres —réplica de Cham-bord, había sido propiedad de José Bonaparte, del último de los Condé, de la baronesa de Feuchéres, con los estanques de Montefontaine, que pintaron Watteau y Corot—, donde el 14 de junio de 1904 recibió a Proust, en la cena que festejaba el próximo matrimonio de Armand con una hija del conde de Greffulhe; el de Gramont desconfiaba de su consuegro por su conducta desenfadada que no seguía las normas propias de un aristócrata. En esa cena, al llegar Proust al libro de firmas de los visitantes, el duque de Gramont le advirtió: «Su nombre, señor Proust, pero no pensamiento»; frase que Proust atribuirá al duque de Guermantes, del que Gramont es uno de los modelos.

Desde esa fecha, Proust llamará siempre al duque «Su nombre pero no pensamiento».

Gramont, Duquesa de

Marguerite de Rothschild (1855-1905), casada con Agénor, duque de Gramont, conoció a Proust en diciembre de 1893. Éste, gran amigo de su hijo Armand de Guiche, penetrará gracias a ella y a su hermana, Berthe de Rothschild, princesa de Wagram, en la mejor sociedad parisina. En 1905, cuando muere la duquesa de Gramont, tras asistir a los funerales Proust escribirá a su amigo Armand de Guiche una carta en la que se pone en el lugar de la madre: «Pensar que su madre tal vez ha sentido que lo dejaba a usted, tal vez ha creído que nunca volvería a verlo, a verlo a usted que era para ella toda su felicidad, ese pensamiento es el que me mata».

Grandjean, Charles

Bibliotecario del Senado y amigo de la princesa Mathilde, al que Proust acude en busca de consejos cuando el padre del novelista le apremia a buscar un trabajo; el 4 de noviembre de 1893 empieza a escribirle cartas —11 durante ese mes— en las que Proust va desechando todas las propuestas del bibliotecario, hasta decidirse (8 de diciembre) por «los museos, sin embargo, en última instancia elegirá el puesto de bibliotecario no remunerado en la Bibliotheque Mazarme».

Grasset, Bernard

Primer editor de Ala busca del tiempo perdido, Bernard Grasset (1881-1959) era abogado de profesión en Montpellier cuando se sintió

atraído por la literatura y por Parts. En 1907 creó una pequeña editorial, imaginativa y artesanal, a base de autores desconocidos entonces pero de futuro prometedor, que se cumplió en casos como los dejean Giraudoux, Martin du Gard y Charles Péguy. En febrero de 1913, por iniciativa de Proust, René Blum propone a Grasset la edición de A la busca del tiempo perdido, pagada por el autor: cuatro días después de la primera carta de Proust a Blum, le llega a Grasset el manuscrito del primer volumen y el 11 de marzo se redacta un proyecto de contrato; tras enviarle Proust un adelanto de 1750 francos, el texto entra en la imprenta; las correcciones que aporta el autor a las primeras galeradas «transforman de tal manera su texto primitivo que, en muchas partes, será más sencillo recomponer totalmente el texto», según el editor; Proust se ofrece a pagar el coste de las nuevas pruebas.

El 14 de noviembre de 1913 aparecen 1750 ejemplares, en vez de los 1250 previstos, de Por la parte de Swann, y al mes siguiente Grasset piensa en una segunda edición: interesado en el libro, hace en persona la lista para enviar 382 ejemplares de cortesía, en la que figuran novelistas extranjeros como George Bernard Shaw, Máximo Gorki y Thomas Hardy. Además, anima a Proust para que presenté su libro a los premios Goncourt y Fémina.' Pero el 20 de marzo de 1914, André Gide, al enterarse de que el contrato que liga a Proust con Grasset no otorga a éste preferencia sobre futuras obras del autor, se ofrece como responsable de la Nouvelle Revue Française —que el año anterior había rechazado la publicación de la novela— a editar los dos volúmenes siguientes.

Proust inicia entonces un período de tanteos y coqueteos con los dos editores, Grasset y Gallimard que interrumpirá la guerra: el segundo volumen, previsto para el otoño de 1914, deberá esperar a que concluya la contienda: pero para entonces ya se hablan hecho unas pruebas de imprenta de A h sombra de las muchachas en flor que permiten conocer la amplitud de las adiciones que Proust aportaría luego al texto definitivo. Gallimard despliega mientras tanto todos sus poderes de seducción: visitas de André Gide a casa de un Proust enfermo, referencia a la movilización de Grasset debido a la guerra, promesa de comprar a Grasset los derechos del primer

volumen, publicación inmediata de A la sombra de las muchachas en flor… Si al principio Proust había esgrimido el «deber moral» que le ataba a Grasset, en 1916 va decidiéndose por Gallimard a espaldas de su primer editor; René Blum servirá de nuevo de mediador entre el novelista y Grasset: «Lo que me pide me ha dolido y sorprendido más en mi dedicación de editor que en mis intereses. Si pese a tales consideraciones Marcel Proust insiste en una ruptura, tengo, créame, demasiado orgullo para retener a un autor que ha perdido la confianza en mí y pienso facilitar que recobre total libertad».

El tono de esta carta de Grasset a René Blum ofende a Proust, que escribe a su editor con el encabezamiento de «Muy señor mío» en vez del habitual «Querido amigo», y donde, en alusión teatral, recuerda a Grasset que «por menos» se había batido en dudo con Jean Lorrain. En agosto de 1916 Grasset termina dando su consentimiento para que Proust cambie de editor: «Era muy natural que yo no renunciase a un autor al que aprecio mucho sin manifestarle mí tristeza, y desde luego no había razón para que se sintiese usted ofendido, pero no quiero aumentar con mis cosas sus preocupaciones y su pena. Y aunque me cueste, renuncio a publicar el segundo volumen de A la busca del tiempo perdido».

Los tratos con Gallimard tampoco serán fáciles; ante cualquier problema, Proust recuerda a La Nouvelle Revue Française el «sacrificio» que había hecho abandonando a Grasset, o utiliza a éste, que en 1919 le pidió la primicia de A la sombra de las muchachas en flor para publicarla por entregas en Nos loisirs, revista que acaba de fundar junto a Paul Dupuy. En 1921, Proust acepta una oferta de Grasset para editar en una colección titulada «Le Román», dirigida por Edmond Jaloux, una antología de sus mejores páginas; pero Gallimard se niega a autorizarlo, prometiendo a Proust, cuando A la busca del tiempo perdido esté concluida, sacar un tomo de Fragmentos escogidos en una colección así titulada que, copiando la idea de Grasset, acababa de iniciar con páginas de André Gide.

Greflulhe, Conde

Henry Greflulhe (1844-1932), descendiente de Luis XIV a través de Mlle. de Vintimille y de los La Rochefoucauld, es de hecho heredero de banqueros belgas de sangre bátava. Orgulloso de su estirpe, de su fortuna, de su poder y de su influencia, altera las costumbres de la aristocracia francesa, que perturba con su pintoresquismo, su frivolidad, su carácter áspero, con su indiscreción y con su falta de pudor y de delicadeza.

A diferencia de su esposa, desprecia las artes y a los artistas, empezando por su primo Monresquiou; según Ferdinand Bac en sus Souvenirs inédits, el conde Greffulhe «había sentado el principio de que cuando alguien era amigo suyo no podía apreciar a su esposa, y de que cuando alguien era confidente de ésta, había que renunciar a conocerle a él». Pese a todo, el principal prestigio de su mundanidad reside en la condesa Greffulhe, a la que engaña sin tapujos y sin esconderse, y de la que se siente celoso. El pintor Blanche lo calificará de "rey de baraja", y Proust como una especie de buen rey Yvetot borracho. La familia tiene en la calle d'Astorg tres palacetes unidos por pasillos, donde se hospedan algunos soberanos europeos que pasan de incógnito por París. Proust lo convertirá en el modelo del duque de Guermantes en A la busca del tiempo perdido.

Greffulhe, Condesa

Élisabeth de Caraman-Chimay (1860-1952), hija del príncipe de Chimay y prima de R. de Montesquiou, pasaba por ser una de las bellezas de la época que dictaba las leyes de la moda en París. A los dieciocho años se había casado con el conde Henry Greffulhe; mujer inteligente, se interesaba por la moda y los protocolos de la mundanidad, pero también por las letras, las artes y las ciencias: alentó y patrocinó, por ejemplo, los trabajos de Branly sobre la telegrafía sin hilos, y los Ballets rusos de Diaghilev.

Su sueño de convenirse en escritora no pasó de unos cuadernos de pensamientos y notas que llegó a mostrar a Edmond de Goncourt, quien la convenció de que su publicación podía perjudicar su

prestigio. Su salón era frecuentado por la mejor aristocracia francesa y europea, que se mezcla en sus palacetes de la calle de Astorg con el gran mundo parisiense; Proust, que la ve por primera vez en 1893, escribe a Montesquiou: «Nunca he visto una mujer tan hermosa». Por fin conseguirá ser presentado a la condesa en mayo de 1894, a la que le unirá durante muchos años una amistad de rendida admiración; deslumbrado por su elegancia, por sus toilettes, por la teatralidad constante de su presentación en sociedad, Proust la utilizará como modelo de la duquesa de Guermantes.

Guiche, Armand, duque de

Hijo primogénito de Agénor, duque de Gramont, casado en segundan nupcias con Marguerite de Rothschild, Armand de Guiche (1879-1962) heredó de su madre unas dotes sociales e intelectuales que lo convertirán en brillante jugador de polo y en físico de renombre internacional por sus investigaciones en aerodinámicas, en óptica, que lo llevaron a ser elegido miembro del Institut de France y de la Academia de Ciencias. Hermano de Élisabeth de Gramont, duquesa de Clermont-Tonnerre, elegante, «joven, guapo, divertido, tenía gracejo, ingenio, disposición para las artes, las ciencias, con una chispa de impertinencia que le sentaba muy bien… apostrofaba a las mujeres con placer un tanto libertino», según Ferdinand Bac (Souvenin inédits).

Proust lo conoció en casa de Anna de Noailles, y mantuvo relación con él en el café Weber. En el ejemplar de Los placeres y los días le escribió una dedicatoria ambigua: «Al duque de Guiche, al auténtico más que al real, al que pudo haber sido, más que al que es… ofrezco este retrato, ya muy poco pareado, de un yo que no llegó a conocer». En 1904 se casó con Élaine (1882-1958), hija de los condes de Greffulhe, causando en Proust la misma melancolía que le había producido la pérdida de Louis d'Albuféra cuando se casó. Proust, que visitará el castillo familiar de los Guiche, en Vallières, cerca de Montefontaine, asiste a la boda el 14 de noviembre de ese

año y regala a su amigo un revólver en un suntuoso estuche decorado por Frédéric de Madrazo. En 1925, Armand asumirá el título de duque de Gramont a la muerte de su padre.

Muerto Proust, Armand hablará de la finura de las observaciones de su amigo, al que visitaba por la noche, después de acudir al teatro, y a quien Proust recibía en el comedor y en su cuarto. Sus breves "Souvenirs sur Marcel Proust" se publicaron en 1956.

Guerne, Condesa de

Marie-Thérese, condesa de Guerne, hermana del conde de Ségur, tenía abierto uno de los principales salones musicales de la buena sociedad parisina, donde ella misma cantaba dúos acompañada, bien por su hermano, bien por Reynaldo Hahn; éste estrenará en su casa de la avenida Bosquet, núm. 3, los coros de Esther, donde todas las gracias del relato bíblico y de la tragedia raciniana están transpuestas y como exaltadas.

Para Proust es «una de las dos o tres mayores cantantes vivas» por su voz "espiritualizada". Sobre las relaciones entre el conde de Ségur y su hermana corrían por el faubourg Saint-Germain rumores molestos que el ingenio malévolo de una amiga de Proust, Laure Baignères denuncia, según los Souvenirs inédits de Ferdinand Bac «"Acabo de oír algo sublime: ¡Mme. de Gueme y su hermano han tocado El incesto de Gkick!". Proust le dedicará un salón firmado por "Echo" —nombre de la ninfa— en Le Figaro». (7 de mayo): «La comtesse de Gueme». (Contre Sainte-Beuve págs. 503-506).

Guillemot, Charles

Profesor de letras (francés, latín y griego) de Marcel Proust en 1884-1885 en el Liceo Condorcet, Charles Guillemot tiene 54 años, es de «espíritu poco abierto», según su director, autoritario y seco.

Proust, que parece haber sentido aprecio por Guillemot, obtendrá buenas notas en su asignatura; en Contre Sainte-Beuve (págs. 315-321) aparecen algunas de las redacciones que el futuro novelista hará para este profesor.

Haas, Charles

Pese a su origen judío, a Charles Haas (1832-1902), hijo de un apoderado de la banca Kothschild muerto cuando Charles tenía seis años, se le abrieron las puertas de las casas más encumbradas del faubourg Saint-Germain, y llegó a ser admitido, tras cuatro intentonas inútiles, en el Jockey Club (1871), apadrinado por dos apellidos aristocráticos; asiduo del palacio de Complégnc, del Elíseo en los tiempos de Mac-Mahon, de Sandringhain junto al príncipe de Gales, futuro Eduardo VII, administrador de varias sociedades de los Rothschild, elegante, exquisito y de gustos artísticos refinados, fue nombrado por Merimée en 1868 inspector de Monumentos Históricos.

Puso también sus conocimientos al servicio de los coleccionistas, orientándolos ante el nuevo arte con un gusto exquisito e innovador; «pertenecía, según Boni de Castellane, a esa categoría de ociosos llenos de ingenio e inútiles que eran como un lujo en la sociedad de entonces y cuyo mérito principal consistía en chismorrear, antes de la cena, en el Jockey o en casa de la duquesa de la Trémoílle». Seductor, mantuvo su vida privada en una discreción que autorizaba todas las fantasías; no correspondió al amor que despertó en Sarah Bernhardt: lo demuestran unos apasionadas cartas de la actriz, que se veía tratada por Haas como una mujer ligera a pesar de haberle confesado su «adoración». Y concluía sus aventuras amorosas de un modo galante que convertía a sus amadas en amigas; puede verse en la carta de despedida de la Bernhardt: «Todo esto es muy dramático para un ser ligero como usted; Tal vez le haga mucha gracia. ¡Mejor! ¡Yo lloraré mucho tiempo! Adiós, mi querido Charles, siento por usted una; ternura indefinible. Le adoro».

En 1868 posó para el cuadro titulado Le Cercle de la rue Royale, del pintor James Tissot, donde aparece al lado de otros amigos de Proust, como el príncipe Edinond de Polignac, el marqués de Gallifet, el conde J. de Rochechouart, Gastón de Saint-Maurice, etc. Murió el 12 de julio de 1902, a causa de una congestión cerebral en su domicilio de la avenida de Villiers, y a sus funerales asistió la más alta aristocracia francesa. Tuvo por amiga a las mayores beldades de la época: la marquesa de Gallifet, la princesa de Sagan, la condesa de Pourtalès, la princesa Murat, Mme. Meredith Howland, y varias conocidas más de Proust. Fue presentado a éste poco antes de 1890, en el salón de Mme. Straus, cuando Haas mantenía una relación amorosa con Mme. d'Audiffret, de quien en 1881 había tenido una hija, y que inspiró ciertos rasgos de Odette de Crécy. No fue grande la intimidad ni la amistad entre Haas y Proust, que en La prisionera, pocos meses antes de morir, escribe; «Y sin embargo, querido Charles Swann (…) aquél al que usted debía de considerar como un pequeño imbécil ha hecho de usted el héroe de una de sus obras, y se vuelve a hablar de usted (…). Si en el cuadro de Tissot que representa el balcón del Cercle de la rué Royale, donde usted está entre Gallifet, Edmond de Polignac y Saint-Maurice, se habla tanto de usted es porque se ve que hay algunos rasgos suyos en el personaje de Swann».

Proust admiraba en Haas su imparable ascenso social, que le había abierto todas las puertas pese a su origen judío: amigo de todos, de republicanos y bonapartistas, de legitimistas y orleanistas, de la emperatriz. Eugenia y de la princesa Mathilde al mismo tiempo, Haas «posee una única regla de conducta, una única moral, un solo entorno: la elegancia, una elegancia que encarna de maravilla con su figura de dandy entrado en años, fiel a las modas de la juventud». (Diesbach, pág. 81). En Jean Santeuil (págs, 465-468) ya aparece una sombra de Haas bajo el nombre de vizconde de Perrotin; y el propio Proust confesará en 1913: «Haas es la única persona, no que yo haya querido pintar, sino en última instancia que ha estado (rellenada por lo demás por mi de una humanidad diferente), que ha estado en el punto de partida de mi Swann». Y en una carta de 1920: «El prototipo de Swann era M. Charles Haas, Haas el amigo de príncipes, el israelita

del Jockey. Pero no era más que un punto de partida. Mi personaje evoluciona de forma muy distinta».

Hahn, María

Hermana mayor de Reynaldo, Maria Hahn conoció a Proust en 1895 y convivió alguna temporada con la pareja formada por su hermano y el escritor, que pasaron quince días, por ejemplo, en el pabellón Luis XVI, del bosque de Saint-Germaine-en-Laye, propiedad de su hermana Clarita. De «confidente de mis pensamientos» la califica en una carta Proust, que la utiliza para elegir un regalo destinado a sus amigos los d'Alton o para informarse sobre los vestidos diseñados por Fortuny. En una carta, respuesta a otra de Maria que en junio de 1899 se había casado con el pintor Raimundo de Madrazo, padre de Frédéric, en la que le comunica que el pintor se ha inspirado en los cuadros de Carpaccio, Proust le explica la intriga para la que necesita esos datos: «Elstir, Albertine. Venecia, y para desarrollar «el leitmotiv "Fortuny", poco desarrollado, pero capital, jugará sucesivamente un papel, sensual, poético y doloroso». Maria le prestará un estudio de Ludwig y Milmenti sobre Carpaccio. Amiga fiel de Proust, asistirá a sus funerales acompañada por Diaghilev.

Hahn, Reynaldo

De origen venezolano, Reynaldo Hahn (1875-1947) había nacido en Caracas en el seno de una familia procedente de las Provincias Unidas de Holanda. Su padre, Carlos Hahn natural de Hamburgo, se había expatriado a Venezuela, donde había hecho fortuna creando vías férreas, lineas telegráficas, el teatro de Caracas, y donde se había casado con Elena María Echenagusia, descendiente de emigrados vascos que también se habían enriquecido. Trasladada su familia a París cuando tiene tres años de edad, este niño prodigio de la música,

que fue alumno de Massenet y de Saint-Saéns en el Conservatorio, no volverá nunca a Venezuela; compositor desde los ocho años, recorre a esa edad los salones mundanos como pianista y cantante; a los dieciocho ya había compuesto las melodías de su primera publicación musical (1891), en la que figuran sus partituras más recordadas, entre ellas «Si mes vers avaient des ailes». Moreno, de ojos oscuros, aterciopelados y brillantes, de labios sensuales, parece «un mignon de Enrique III y un compañero de César Borgia». (Maurice Duplay, Mon ami Marcel Proust), y está dotado de una penetración psicológica capaz de captar lo imperceptible, hasta el punto de que un día Alphonse Daudet le dirá: «Tiene usted sentidos de mosca». A los dieciséis años, su brillo de artista y su encanto personal habían seducido a la bailarina más célebre de la época, Cléo de Mérode, apariencia amorosa de una inclinación sexual que no engañaba a los expertos de los círculos mundanos, donde Hahn resplandecía cantando e interpretando al piano un repertorio amplísimo en el que, además de Schubert, Schumann y Gounod, figuran sus propias melodías: «Cabeza levemente reclinada hacia atrás, boca melancólica, un tanto desdeñosa, dejando escapar el rítmico caudal de la voz más hermosa, triste y cálida que jamás haya existido, ese instrumento de música genial llamado Reynaldo Hahn encoge todos los corazones, anega todos los ojos, con el escalofrío de admiración que propaga a lo lejos y que nos hace temblar, que nos doblega a todos, uno tras otro, en silenciosa y solemne ondulación de los trigos mecidos por el viento»: así describe Proust a Reynaldo Hahn en «Le Salón de Madeleine Lemaire». (Contre Sainte-Beuve, pág. 463). De la presencia de Proust en ese mismo salón, Hahn escribe en una carta: «… Proust extático y soñador, muchacho de primerísimo orden, músico vibrante como un arpa eólica con todas las armonías dispersadas». También será en el salón de Mme. Lemaire donde Proust oiga por primera vez la Sonata en re menor para violín y piano de Saint-Saéns, punto de partida de la «pequeña frase» de la sonata de Vinteuil. Músico y escritor se han conocido precisamente en ese salón, el 22 de mayo de 1894; durante dos años vivirán el amor apasionado de dos caracteres nacidos para amarse; y cuando la pasión vaya disolviéndose con el tiempo, se convertirá en una amistad

profunda a la que no pondrá fin la muerte de Proust: hasta la de Hahn, el retrato que Blanche hizo de Proust el 1 de octubre de 1891 permanecerá en el dormitorio del músico. A lo largo de su vida, los dos amigos convivirán durante las vacaciones, harán viajes juntos —por ejemplo a Venecia, en 1900, en compañía de una prima de Hahn, Marie Nordlinger y de la madre de Proust. Sin embargo, a pesar de la identidad de caracteres, sus gustos musicales difieren: la formación clásica de Hahn le impide comprender la admiración de Proust por Wagner y Debussy; sus ideas también; para Hahn, la música es únicamente expresión de los sentimientos; para Proust, en 1895, «la esencia de la música es despertar en nosotros ese fondo misterioso (e inexpresable para la literatura y en general para todos los modos de expresión finitos, que se sirven o de palabras y por consiguiente de ideas, cosas determinadas, o de objetos determinados— pintura, escultura) de nuestra alma, que comienza allí donde lo finito y todas las artes que tienen por objeto lo finito se detienen, allí donde la ciencia se detiene también, y que por eso se puede llamar religioso». (Corr, 1.1, págs. 388-389). La carrera musical de Hahn, que había despegado a finales de siglo con gran éxito en los salones de la buena sociedad y en la ópera cómica (L'Île du rêve, 1898), proseguirá con operetas (Ciboulette, 1923; Brummel, 1931; Malvina, 1935); óperas de menor repercusión (La Carmélite, 1902; Le marchand de Venise, 1935); música para obras de teatro, de ballet, y música de cámara vinculada a la tradición de Saint-Saéns. Ejerció la crítica musical en Le Figaro, y escribió La Grande Sarah (1930), libro de recuerdos sobre Sarah Bernhardt; publicó fragmentos de su diario íntimo (Notes), y textos sobre música: Du chant, que en febrero de 1921 dedica «A mi querido Marcel, a mi pequeño y gran Marcel», Thèmes et variations, L'Oreille au guet. (1937). Dirigió el teatro del Casino de Cannes y, al término de la segunda guerra mundial, fue nombrado director de la Ópera de París. La gran pasión que Hahn inspiró a Proust, y que demuestra su correspondencia, articula en secreto «Un amor de Swann», pero no dio lugar a ningún homenaje o recuerdo en A la busca del tiempo perdido; únicamente un guiño: Cottard se disfraza en cierta ocasión de almirante de L'Île du rêve. Proust, Marcel: Lettres à Reynaldo Hahn, ed. de Ph. Kolb, Gallimard, 1956.

Halévy, Daniel

Daniel Halévy (1872-1962), hijo de Ludovic Halévy, escritor, académico y colaborador con Henri Meilhac en la mayoría de los libretos de las operetas de Offenbach, era además sobrino del compositor Fromental Halévy, autor de La Juive, y también de Mme. Straus, cuya correspondencia con Proust publicará Halévy en 1936. Como Proust, tenía un antepasado judío que había llegado de Alemania. Condiscípulo del novelista en el Condorcet desde 1886, dos años más tarde recibió de Proust algunas cartas de amor a las que respondió con el silencio (cf. Écrits de jeunesse). Fue uno de los principales promotores de revistas escolares, entre ellas La Revue Bleu y Le Banquet (1892), en las que Proust escribía la crítica literaria y dramática.

En esos años de adolescencia, la pandilla Halévy, Gregh, La Salle, Dreyfus, Bizet, Proust y algunos otros, mantendrá fuertes relaciones de amistad: con los tres primeros, Proust escribirá en el verano de 1893 una novela epistolar «a cuatro manos» en la que los papeles se repartieron así: Halévy era el abate, Gregh el poeta, La Salle el amante y Proust la mujer. Se mantuvo siempre fiel a la amistad con Proust, que lo apreciaba como escritor, a pesar de la diferencia de ideas: Halévy se vinculó desde temprana edad a Péguy y evolucionó hacia las tesis nacionalistas al terminar la primera guerra mundial. Firmó junto con Proust el «manifiesto de los ciento cuatro» en favor de Dreyfus en 1898, escribió ensayos sobre Péguy, Michelet y Nietzsche, y dirigió en la editorial Grasset una colección, los «Cahiers verts», donde publicó a todos los grandes escritores franceses de entre-guerras (no a Proust, unido a Gallimard).

En su libro de recuerdos, Pays parisiens, habla de esos años escolares, de los «inmensos ojos orientales» de Proust, que parece «una especie de arcángel turbado y turbador». En el Liceo Condorcet no fueron fáciles las relaciones de esa pandilla de amigos: «Nos incomodaba la intuición de una diferencia, de una distancia, de una inconmensurabilidad invisible y real entre nosotros», que las cartas de amor que Proust dirige a sus amigos no alivian precisamente. «Pobre,

desdichado muchacho, éramos unos brutos con él», termina escribiendo Halévy tras narrar el ambiente de burla y algunas escenas de la crueldad que ejercían en ocasiones con el futuro escritor de A la busca del tiempo perdido: «Sus gentilezas, sus tiernas efusiones, sus caricias (incapaces como éramos de comprender a un corazón tan herido), las llamábamos a veces amaneramientos, poses, y en más de una ocasión se lo dijimos a la cara; su ojos se volvían entonces más tristes».

Hanotaux, Gabriel

Historiador, ministro de Asuntos Extranjeros (1894-1898) y embajador en Roma (1920), Gabriel Hanotaux (1853-1944) era amigo del doctor Adrien Proust; intervino para que Proust consiguiera un puesto en la biblioteca Mazarine en 1895 y largos permisos. Sirvió de modelo al novelista para el lenguaje diplomático de Norpois, aunque fue a su jefe de gabinete, Duroc, a quien Proust utilizó más de cerca.

Harrison, Alexander

Pintor norteamericano nacido en Filadelfia en 1853, alumno de Géróme y Bastien Lepage y vinculado a Monet y a Rodin. Afincado en Bretaña, había obtenido la medalla de oro y la Legión de Honor en la Exposición Universal de 1889. Proust lo conocerá en 1895, en Beg-Meil, donde pasa los meses de septiembre y octubre con Reynaldo Hahn, visitará su estudio y contemplará sus cuadros, marinas y playas: en Jean Santeuil recordará «un fascinante efecto de sol de Harrison — tela que había dado al huésped (…) y donde, por el poder que tienen la ternura y el talento, el pintor mostraba la región a quien aún no la conocía con todo lo que sólo revela a la larga una vinculación de todos los instantes». Harrison, modelo del escritor C. en Jean Santeuil, lo será también del pintor Elstir en las circunstancias del encuentro

con el Narrador y las marinas. En compañía de Marie Nordlinger, Proust visitará el taller parisiense de Harrison, en cuyas paredes colgaban marinas de Beg-Meil.

Hauser, Lionel

Asesor financiero, Lionel Hauser (1868-1958) era hijo de un médico establecido en Sevilla, que había atendido como médico de cabecera a la reina española María Cristina. Proust lo había conocido en 1882, en casa de su tío Louis Weil, en Auteuil. El tío de Hauser, Léon Neuburger, lo recomendó a Proust como asesor financiero, después de que hubo hecho una carrera internacional en la banca: Hamburgo, Londres, Barcelona, San Petersburgo. Cuando vuelve a encontrarse con Proust, Hauser tiene cuarenta años y trabaja en París como apoderado de la empresa Warburg de Nueva York.

Desde esa fecha hasta su muerte, mantendrá con el escritor una correspondencia continua sobre asuntos financieros; pero la personalidad de Hauser va mucho más allá de esa labor; enemigo de las medias tintas, aconseja a Proust sabiendo que sus opiniones no serán seguidas por aquel inversor que le encargaba comprar valores sólo porque el nombre le seducía: «Te ruego que no me hagas cómplice de tus inversiones en esa clase de valores. Aquella vez en que, cediendo a tus instintos especulativos, mandé comprar para ti acciones de la Pakeftahrt, sentí demasiada angustia como para que se me ocurra seguirte de nuevo por ese camino». Valores de nombres exóticos, acciones de bancos desconocidos, inversiones disparatadas: las propuestas de Proust provocan en Hauser respuestas en las que el consejero económico asume en ocasiones el papel de padre. La intimidad entre ambos llegará al tuteo —hecho muy infrecuente en los corresponsales de Proust.

A medida que avanza el conocimiento entre ellos, ante los caprichos de su cliente, y convencido de la imposibilidad de hacerle entrar en razón, Hauser empleará la ironía e incluso el sarcasmo: «Recibo tu carta de ayer que me confirma en mi convicción de que el

hombre es víctima de su destino. Dado que por otra parte no conozco suficientemente bien a los clásicos como para saber a qué se expone uno cuando se atreve a intervenir entre un marido y una esposa golpeada por éste, me guardaré muy mucho de intentar convencerte y aún menos de persuadirte». Convencido de su ruina inminente, Proust utilizará los ruegos, las lágrimas, los melindres y las grandes frases para tratar de conseguir la bendición de Hauser a sus disparatadas ideas financieras, sin conseguirlo.

Cansado de ver desatendidos sus consejos, en 1920 Hauser le envía una carta dimitiendo de su ingrata función de tutor; un comentario sobre la falta de psicología de su cliente le parecerá a Proust ultrajante; tres meses más tarde, el novelista volvía a pedirle consejo: la ironía de la respuesta provoca un carteo donde los reproches y acusaciones de los dos amigos sirven para poner de relieve la inteligencia, la ironía y los caracteres de ambos (véase sobre todo el tomo XIX de la Correspondance de la edición Kolb). El abundante número de cartas forma de hecho una obra independiente, sobre todo porque junto a las de Proust también se conservan las de Lionel Hauser.

Haussonville, Conde d'

Biznieto de Mme. de Staél, Gabriel-Paul-Othenin de Cléron, conde d'Haussonville (1843-1924), asumió la jefatura del partido orleanista, realizando a la muerte del conde de Chambord, en 1883, la unión con los legitimistas. Aunque la obra de este estudioso de la literatura sobre figuras históricas o literarias como Mme. de La Fayette, Mme. Necker o Sainte-Beuve apenas tenía importancia, su peso en la Academia Francesa, donde había ingresado en 1888, era enorme, sobre todo por la importancia del salón de su esposa. Enfrentado a su propio medio social por su tibieza en la defensa de los principios del Antiguo Régimen, será acusado por Maurras y Bourget de tener «ideas sociales» avanzadas, pese a lo cual Proust no consiguió ganarse a este espíritu moderado para la causa dreyfusista.

En las vacaciones de 1899, Proust hará desde Évian una visita a su casa de Coppet, a orillas del lago de Ginebra: «Es exquisito llegar a Coppet un día mortecino y dorado del otoño, cuando las viñas son de oro sobre el lago azul, a esa morada un poco fría del siglo dieciocho, totalmente conjunto histórico y vivo, habitada por unos descendientes que tienen a la vez "estilo" y vida», escribirá en «Le salón de la comtesse d'Haussonville». En el conde d'Haussonville, Proust encontró un material en bruto del Antiguo Régimen; aparece citado en A la busca del tiempo perdido en dos ocasiones; Proust utiliza su aspecto imponente, y la majestuosidad de su presencia, y adjudica a los Guermantes una reverencia característica con la que el conde solía acoger a sus invitados.

Haussonville, Condesa d'

Paulina d'Harcourt (1846-1922), condesa d'Haussonville, recibía en su salón literario de la calle Saint-Dominique a representantes aristocráticos del Antiguo Régimen y a miembros de la Academia Francesa, a la que su marido pertenecía desde 1888. De porte regio, con unos modales que guardaban siempre las distancias —así la describe Proust en «Le salon de la contesse d'Haussonville», que apareció en Le Figaro el 4 de enero de 1904 con la firma de «Horatio»— tiene un ingenio republicano e incluso una mordacidad que va más allá de los principios conservadores, pero sin olvidar nunca la importancia de su posición ni las consideraciones debidas a su rango.

En las paredes de ese salón, que Proust frecuentó, colgaba el retrato de una antepasada de su marido, Béatrix de Lillebone, del que la marquesa de Villeparisis hablará a Bloch. Antidreyfusista encarnizada, estará ausente de la casa solariega de Coppet cuando Proust vaya a verla, en día de visita pública. Aparece en Jean Santeuil como duquesa de Réveillon, y Proust la utiliza para describir la elegancia de los Guermantes y algunas de las características de Oriane.

Hayman, Laure

Descendiente del pintor de ese apellido que fue maestro de Gainsborough, e hija de un ingeniero nacido en los Andes que murió precozmente, Laure Hayman (1851 1932) conoció a Proust a principios del otoño de 1888; esta mujer galante de altos vuelos tiene entonces 37 años y es amante de Louis Weil, tío de Proust. Entonces ya era una cortesana célebre que había tenido amores «reales» con el duque de Orleans, el Rey de Grecia y el pretendiente al trono de Serbia. Proust se declara enamorado de Hayman y le hace una corte asidua acudiendo al salón que tiene en su casa, en el número 4 de la calle La Pérouse —ese nombre recibirá la calle en que vive Odette de Crécy—, donde reinaba su admirador y amante Paul Bourget que la convirtió en protagonista de un relato, «Gladys Harvey».

Laure regaló a Proust un ejemplar, encuadernado con seda floreada de una de sus faldas, del libro Pastels, donde estaba recogido ese relato, mientras Bourget, que nada más conocerle habla de su «preciosa inteligencia que apunta», escribió en la dedicatoria: «A Marcel Proust. No ame a una Gladys Harvey». Proust gastó cantidades inmensas de dinero en flores, sobre todo crisantemos, para esta mujer que, al reconocerse en Odette de Crécy, dirigió a Proust una áspera carta en la que lo trataba de «monstruo» y que estuvo a punto de acabar con la larga amistad que habían mantenido. Laure Hayman, antes de ser uno de los modelos principales de Odette de Crécy, sirvió a Proust en Los placeres y los días, donde queda dibujada en la cortesana Heldémone, y en Jean Santeuil, donde la pinta bajo los rasgos de Françoise S., de la que está enamorado Jean. Como Odette, poseía una colección de porcelana de Sajonia y llamaba a Proust: «Mi pequeño Saxe psicológico». Con cincuenta años, Laure Hayman, tras unas decepciones amorosas, se dedicó a la escultura.

Heath, Willie

Joven inglés de religión protestante, convertido al catolicismo a los doce años, a quien Proust conoció en la primavera de 1893. No se sabe cuáles fueron las relaciones entre ambos —las cartas de Proust a Heath fueron destruidas por la familia de éste—, pero, en la larga dedicatoria que le hace de Los placeres y los días, Proust declara que ambos tenían «el sueño, casi el proyecto de vivir cada vez más el uno con el otro, en un círculo de mujeres y de hombres magnánimos y selectos, bastante lejos de la necedad, del vicio y de la maldad para sentir[se] al abrigo de sus vulgares flechas».

El 6 de junio de 1893, Proust invita a cenar a su casa a diez amigos, entre ellos Heath, que se sienta a la izquierda de Mme. Proust. En principio, Los placeres y los días iba a estar dedicado a Edgar Aubert y a Heath, semejantes en su ardor religioso y en su precoz muerte, porque Heath murió de fiebre tifoidea «con una resignación heroica» el 3 de octubre de 1893; al parecer, ciertos escrúpulos de la familia Aubert impidieron que el libro estuviese dedicado también a él.

Helleu, Paul

Pintor y grabador, Paul Helleu (1859-1927) pasaba parte del año en la costa normanda, donde pintaba marinas, regatas y yates. Protegido por Montesquiou, estaba integrado en el grupo de pintores llamados «los japoneses» por su gusto por las artes de Extremo Oriente: Blanche, Degas, Whistler… Fue Montesquiou quien se lo presentó a Proust en 1895; a partir de ese momento mantuvieron relaciones amistosas, sobre todo durante las vacaciones de Cabourg de 1907 y 1912: «Incluso físicamente es encantador», escribe Proust, que pondera la exquisitez de la decoración de su domicilio parisino: «Tiene la naturaleza muy sencilla de los artistas».

A su afición por las regatas y por las toilettes de las mujeres en los yates tal vez remitan las conversaciones de Elstir y del Narrador sobre la elegancia femenina en el mar. Proust apreciaba el talento de este pintor para los paisajes y marinas, pero no para los retratos; el que

Helleu hizo de la condesa Greffulhe «no se parece a usted», escribirá Proust a esta beldad que lo fascinaba. En 1908, en el que será el último viaje de Proust a Bretaña, anuncia al pintor su visita: «Pienso (…) en ese bello minuto apagado y dorado, en el puerto que tenía el aire de una especie de vestíbulo nacarado de Infinito». En ese viaje, alaba el cuadro Otoño en Versalles que Helleu tiene en su estudio y que el pintor le regala. Muerto Proust, hizo durante dos horas una punta seca del cadáver. Helleu fue modelo principal de Elstir, nombre que sustituye al Harrison de Jean Santeuil y que es un anagrama prerrafaélista formado por los apellidos de Helleu y Whistler.

Hennessy, Mme.

Marguerite de Mun, Mme. Hennessy, compartirá las salidas nocturnas que, después de la guerra, Proust hace acompañado por la princesa Soutzo, Mme. de Chévigné, Mme. Fritz-James, Mme. de Ludre, etc. Una invitación a cenar permite conocer el régimen alimentario que Proust sigue en 1818: «No tengo ninguna especie de régimen, como de todo, bebo de todo, creo que no me gustan todos los vinos blancos del mundo, la cerveza, la sidra Mi único régimen sería que me permitiese usted [Mme. Hennessy] llevar una botella de Contrexéville o de Évian de las que beberé un poco en otro vaso».

El 16 de junio Proust cenará en su casa para celebrar los esponsales de Gladys Deacon su antigua vecina en el Hôtel des Réservoires en 1906, con el duque de Marlborough. Y al año siguiente, el 12 de Junio acude al palacete del número 85 de la calle de la Faisanderie_ «La mansión más hermosa de París», donde la anfitriona da una cena en la que Prous verá por última vez a Jeanne Pouquet y en la que tendrá un cruce de palabras con el escritor Marcel Prévost, quien pretendía que sus admiradores confundían sus nombres y al que por error llegaban en ocasiones cartas dirigidas a Proust.

Heredia, Marie de

Hija del poeta parnasiano José María de Heredia, Marie de Heredia (1875-1963) conoció a Proust en el salón de su padre, al que el novelista asistió en los inicios de su vida social. La mayor de las tres hijas del poeta organizó a sus adoradores en una Académie canaque, en la que sus miembros sustituían los discursos por gestos y muecas. Marie oficiaba de «reina de la Academia» y Proust de «secretario perpetuo». Marie se vio obligada a casarse con el poeta Henri de Régnier, que se había ofrecido a reflotar las finanzas de los Heredia; no se lo perdonó nunca y terminará convirtiéndose en amante del todo París literario —de Bernstein, Henriot, Vaudoyer, Edmond Jaloux —, amigos todos ellos de Proust.

Marie se dedicó a escribir poemas y novelas; como poeta (Les Poésies de Gérard d'Houville, 1930) sufre la influencia de Régnier, y su nostalgia por los climas exóticos y la preferencia por los temas funerarios queda a medio camino entre Leconte de Lisie y Jammes. También escribió relatos cuyo mayor valor era la delicadeza de las impresiones: Le temps d'aimer (1908); Le Séducteur (1914); Jeune Fille (1916), Enfantines et amoureuses (1946).Proust abandonó pronto el salón de los Heredia, donde encontró, en vez de admiradores del poeta parnasiano, un erotismo rayano en la pornografía propiciado por Pierre Louys y un culto caballeresco y decimonónico de la mujer.

Hermant, Abel

Novelista y dramaturgo, Abel Hermant (1862-1950) publicó su primera novela en 1884, consiguiendo éxito con narraciones realistas y cuadros de costumbres escritos con un estilo vivaz que llega a la sátira; entre sus cincuenta títulos narrativos los mejores son los que pintan la nobleza exótica, que conoció muy de cerca, de finales del XIX y principios del XX. Como periodista, cultivó el género satírico y la crítica de teatro en Gil Blas y en Le Figaro. Casado con la hija del editor Charpen tier, y unido a los hijos de Brancovan, conoció a

Proust en el salón de la casa veraniega que éstos tenían en Amphion, a orillas del lago Leman; según Ferdinand Bac, era un «emboscado» que «sólo había penetrado en su intimidad para traicionarlos. Se le sentía disfrazado de yerno para sorprender los rasgos cómicos de su suegra, y de esposo para plagiar los de la esposa». En Le Faubourg y La Discorde, en el que todo París reconoce a varios miembros y amigos de los Brancovan, que se sintieron traicionados, desnudará el mundillo parisino de la época. Dejó unos Souvenirs de la vie frivole (1923) y unos Souvenirs de la vie mondaine (1935), que también son atractivos documentos sobre la vida social y mundana del período. Miembro de la Academia Francesa, fue excluido de ella acusado de colaboracionista durante la invasión nazi de Francia. Cuando apareció La Bible d'Amiens, Proust esperó inútilmente un artículo elogioso de Hermant, que sin embargo se lo hizo a la aparición de A la sombra de las muchachas en flor reseña que no agradó a Proust por no haber entendido el crítico la composición de la novela y creer que se trataba de recuerdos. En las novelas de Hermant, a Proust le desagrada el purismo efectista de su estilo, su incapacidad para ver la distancia que hay entre los personajes de la vida mundana descritos por éste y los que él mismo ve; criticando esa transcripción de la vida vivida —que para él no es auténtica obra de creación—, utilizará a Hermant como modelo de Morel cuando adopta legalmente a un joven: aunque no puede ignorar la fama de Hermant, apodado «Bel au bras d' Hermant» (juego de palabras que en francés suena fonéticamente muy parecido a Belle au bois dormant = Bella Durmiente del bosque), Proust escribió a Mme. Straus: «No puedo creer que haya querido adornar con las apariencias infinitamente respetables del incesto una trivial aventura de homosexualidad. Estoy convencido de que no tiene tales gustos». Proust, que ve en esa adopción un equivalente del matrimonio, remata la carta: «Es cierto que la homosexualidad muestra más delicada, porque todavía se resiente de su puro origen, la amistad, y retiene alguna de sus virtudes» (Corr, t. VIII, pág. 72, a Mme. de Noailles).

Hervey de Saint-Denis, Marquesa d'

Hija natural del último príncipe reinante de Parma, se había casado con el marqués d'Hervey de Saint-Denis (1823-1892), sinólogo, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Artes en 1878, a quien cita en Sodoma y Gomorra. Proust, que la conoció ya viuda, la describe en «Une fête litteraire à Versailles». (Essais et articles, pag 360) y hace de ella un modelo para Mme. d'Orvillers. Volvió a casarse con Jacques de Waru, sobrino de Mme. de Chévigné.

Hervieu, Paul

Novelista y dramaturgo, Paul Hervieu (1857-1915), conoció a Proust en el salón de Mme. Straus. Tanto en sus novelas (La Bétise parisienne, 1884; L'Inconnu, 1887; L'Armature, 1895) como en sus obras de teatro (La Loi de L'Homme, 1900; La Course du Flambeau, 1901; Le Dédale, 1903; Connais-toi, 1909), Hervieu describió una sociedad pervertida, guiada por los instintos más bajos; sus personajes escénicos, didácticos y moralizantes, se desenvolvían en estructuras sólidamente construidas que les permitieron resistir el paso del tiempo. Una novela epistolar de Hervieu, Peints par eux-mémes, fue el origen de la «novela por cartas» que el equipo de Le Banquet — Proust, Halévy, La Salle y Fernand Greghescribió en el verano de 1893. Elegante y frío en la vida social, negó su voto a Por la parte de Swann en 1914, cuando concurrió al premio de la Academia Francesa.

Hinnisdaél, Thérése d'

La Marquesa de Lévis, Thérése d'Hinnisdaél se relacionará con Proust después de la primera guerra mundial, desde la distancia de su clase aristocrática. Esta mujer, de aspecto antiguo y mágico,

aficionada a la literatura por esnobismo, encarnación pura del faubourg Saint-Germain —Mme. Verdurin será la caricatura feroz de esa clase social imbuida de pruritos intelectuales y artísticos—, participa en reuniones mundanas junto a Proust en casa de Mme. Daudet y en las cenas de la princesa Soutzo; llegó a invitar al novelista al antiguo palacio familiar de la calle Varenne; pero ante la conminación de su padre: «No se recibe a escritores», anulará la cita. En una cena de la princesa Soutzo, bailará ante Proust y Paul Morand algunos números que sorprenden y encantan a Proust al ver «que con la mayor naturalidad del mundo podía entregarse a las danzas más 1922, y seguir siendo soporte heráldico y unicornio de blasón».

Howland, Mme. Meredith

Proust fue presentado en el salón de Mme. Meredith Howland (Adélaide Torrance) en 1893; esta dama americana, una de las beldades del Segundo Imperio, había conocido en su juventud a Lamartine, a Baudelaire y a aquella sociedad que a finales de siglo ya pertenecía a la historia. Recibía en su palacete del 24 bis de la calle de Berri, donde, según la duquesa de Guermantes en El tiempo recobrado, «tenía a todos los hombres». Durante sus vacaciones en Saint-Moritz, en agosto de 1893, Proust, que las pasó con La Salle y Montesquiou, éste acompañado por Mme. Howland, escribe «Melancólico veraneo de Mme. de Breyves», que dedica a Mme. Howland, amante del novelista francés Fromentin, autor de una novela célebre, Dominique. El Journal de los Goncourt insinúa que Mme. Verdurin es la Madeleine de Fromentin. En su salón se conocieron Charles Haas y Edgar Degas. Su cuñada, Hortense Howland, presentó a Montes quieu a Gustave Moreau, con quien el poeta mantuvo correspondencia.

Humiéres, Robert, vizconde d’

Traductor de Kipling, Robert d'Humiéres (1868-1915) era un hombre de mundo que se rodeaba de estetas y que trató de formar una sociedad secreta con jóvenes agregados de embajadas extranjeras. Durante la última etapa en París de Oscar Wilde, recién salido de la cárcel de Reading, fueron muchos los que, tras festejarlo antes, le dieron la espalda: sólo Robert de Humiéres asistió al entierro del poeta inglés.

Homosexual confeso, ayudó a Proust —que encabezaba sus cartas: «Querido Mowgli, hombrecito»— en su traducción de Ruskin y publicó un artículo sobre La Bible d'Amiens cuando apareció. A este amigo, «tiernamente amado», dirá Proust en el momento de su muerte, un escándalo lo llevó durante la guerra a pedir destino en un regimiento de zuavos para no separarse de algunos amigos: cuando cargaba al frente de su compañía en mayo de 1915, una bala en el corazón lo mató: «Lloro día y noche a Fénelon y a D'Humiéres como si se hubieran ido ayer». Proust, que utilizó alguno de sus rasgos, asigna ese destino trágico a Robert de Saint-Loup, que, como d'Humiéres, une el heroísmo a la homosexualidad.

Indy, Vincent d'

Compositor discípulo de César Franck, Vincent d'Indy (1851-1931) conoció a Proust en el salón del conde de Saussine. El libro que dedicó a su maestro sirvió a Proust para el personaje de Vinteuil. En cuanto a la música de d'Indy, el 30 de enero de 1913 Proust oyó a través del teatrófono Fervaal, que le parece «de una sequedad abrumadora» salvo el «delicioso entreacto» y el preludio del tercer acto, «que tiene cierto parentesco musical con la frase de la sonata para piano y violín de Fauré».

Jaloux, Edmond

Crítico y novelista, Edmond Jaloux (1878-1949) se dedicó con profusión al periodismo; sus trabajos críticos se abrieron a las literaturas extranjeras contemporáneas y románticas, con ensayos sobre Rilke, Goethe, etc. De los cincuenta títulos novelescos, en su época algunos fueron apreciados por el sentido del misterio y la poesía de las cosas: Le reste est silence, 1909, Fumées dans la campagne (1918), Au-dessus de la ville (1920), etc. Amigo de Lauris, conocería a Proust en 1910; en septiembre de 1920 formaba parte del jurado que iba a conceder el premio Blumenthal, que Proust quería dar a Riviére; también era jurado Henri Bergson, con quien el creador de Swann mantiene ese día una discusión sobre los narcóticos y el insomnio: «Veré siempre a Proust y a Bergson, de pie delante de una ventana, uno fuerte a pesar de su estado enfermizo, el pecho abombado, la cabeza echada hacia atrás, embutido en su abrigo, el otro delgado, débil casi inmaterial. (…). Los dos parecían grandes pájaros nocturnos», recordará Jaloux.

En 1920, impresionado por una vieja novela de Jaloux, Les sangsues, de 1904, Proust le escribe para hablar de «la ferocidad con que un camarada [de la escuela san Louis Gonzaga] hace morir a su hermano menor (…). Y en un momento siempre el mismo de mi sueño me pregunté cómo la piedad y el sadismo están dosificados (suponiendo que haya mezcla) en ese pasaje atroz y sobrecogedor». El 15 de julio de 1922, Jaloux, Paul Brach y Proust acuden a un bar de moda en la calle Boissy-D'Anglas, Le Boeuf sur le toit, donde unos «chulos inverosímiles» no tardan en convertir el local en campo de batalla: «Creí que los encantadores tiempos de los duelos iban a renacer para mí, pero parece que los asaltantes no son gentes con las que pueda uno batirse», escribirá a Jaloux, que se había ido poco antes de la pelea, en la que Proust estuvo a punto de recibir un «pollo muy caliente» seguido de un cubo de agua helada en la cabeza.

Jaloux, Edmond:

Avec Marcel Proust, 1953.

Jallifier, Régis

Profesor de historia de Marcel Proust en 1884-1885 en el Liceo Condorcet, Régis Jallifier, que tiene en ese momento 38 años, mantendrá excelentes relaciones con el novelista durante toda su vida, como demuestran las cartas entre ambos; dio clases particulares a Proust, que sintió gusto por la historia. Figura con el nombre de Jaconnier en Jean Santeuil.

Joinville d'Artois, Juliette

Personaje misterioso de la infancia de Proust; esta joven vivía en Mirougrain, cerca de Illiers, acompañada únicamente por un criado sordomudo, en una propiedad construida con dólmenes sacados de los campos de alrededor, a la que ella misma denominaba «El Templo». Escribió un libro de versos, Á travers le coeur. Se la considera uno de los modelos de Mlle. de Vinteuil.

Jonciéres, Léonce de

Pintor de género, Léonce de Jonciéres (1878-1949) conoció a Proust en las vacaciones de 1907 en Cabourg. Bien acogido por el pintor, Proust lo califica enseguida de «galán muy gentil»: «A mi llegada he sido recibido —azar— por ese amable galán (Leandro u Octavio muy prorrogados) en casa de los Tapirs que se llama Léonce de Jonciéres». Tres semanas más tarde, ese pintor que hace pensar a Proust en los galanes Leandro y Octavio de Los enredos de Scapin de Moliere, se convertía en «el ser más idiota que jamás he visto». Proust lo utilizó para el personaje del «galán» deportivo y artista de genio que es Octave, y que además tiene reflejos de Plantevignes y de Cocteau.

Jossien

Mecánico —todavía no se llamaban chóferes— de la compañía «Taximétres automobiles Unic» de Monaco, creada por los Rothschild y Georges Bizet y administrada por Jacques Bizet, en cuya casa trabaja como criada la cuñada de Jossien. Proust lo contrató entre octubre de 1907 y abril de 1908, lo mismo que a Agostinelli y a Albaret, tanto en París como en Cabourg: en el período vacacional lo llevaba durante sus excursiones normandas. Jossien, que además era sastre, inspiraría en la novela el nombre de Jupien (= jupe, falda), personaje que al principio había recibido el de Joliot.

Joyce, James

El autor de Ulises, James Joyce (1882-1941), conoció a Proust la noche del 18 de mayo de 1922, durante una cena que Sydney SchifFy su esposa dieron en el Ritz con motivo del estreno de Le Renard de Stravinski; entre los comensales figuraban, además del compositor, Diaghilev y sus bailarines, Picasso, Proust y Joyce, que llegó tarde, de mal humor y vestido de calle. Apenas se habían leído: en 1920, Joyce conocía algunas páginas de Proust: «No le encuentro ningún talento particular, pero soy un mal crítico». No coinciden los testimonios de los testigos sobre la conversación mantenida por ambos; parece que Joyce se quejó de su vista mientras Proust se lamentaba de su estómago. Acabada la cena, Joyce sube al taxi de Odilon Albaret con Proust, enciende un cigarrillo y baja la ventanilla; Schiff, indignado, le hace tirar el cigarrillo y subir el cristal. Cortésmente, Proust se disculpa por no conocer la obra de Joyce, que responde: «Nunca he leído a M. Proust». En uno de sus cuadernos, Joyce anota: «Proust, vida analítica e inmóvil. El lector termina las frases antes que él». En una carta a Sylvia Beach, se burlará diciendo haber leído: «A la busca de las sombrillas perdidas por varias muchachas en flores por la parte de Suan y Gomorra y Cía, por Marcel Proyst y James Joust».

En la correspondencia de los meses que le quedan por vivir, Proust no hará ninguna alusión a esa noche; Joyce, en cambio, en una carta del 25 de noviembre de 1922, ocho días después de la muerte de Proust, comenta: «Su nombre ha sido asociado con frecuencia al mío. En París la gente no parece sorprendida de su muerte pero cuando lo vi el pasado mayo no tenía pinta de estar enfermo. De hecho parecía tener diez años menos de su edad».

La Béraudiére, Condesa de

Marie-Thérése Trinidad Brochion, condesa de La Béraudiére (1872-1958) era amante del conde Greffulhe, al que abandonaba a menudo; durante la guerra, por ejemplo, se lanzó a la «acción» visitando trincheras y hospitales y sirviendo de enfermera. Proust visitó a la pareja, tanto juntos como por separado; en junio de 1915, por ejemplo, visita a la condesa, mujer «encantadora, por todos los conceptos, y de una gran vivacidad y franqueza de espíritu»; era, de parte de Proust, una especie de oscura venganza contra la Greffulhe que no se interesaba por su obra; en cuanto a La Béraudiére, según Celeste Albaret, «no sabía qué hacer para atraer su interés [de Proust]». No tardaría en abandonar al conde, que al final de su vida fue engañado y humillado por Mme. de la Béraudiére —como el duque de Guermantes por Odette—; sin embargo, la condesa luchó denodadamente por conseguir la herencia de Greffulhe.

La Gandara, Antonio de

De padre español y madre inglesa, Antonio de La Gandara (1862-197) perteneció al entorno artístico de Robert de Montesquiou, con quien terminaría tras una disputa; retratista y pintor, hizo el dibujo de Daudet en su lecho de muerte, y entre otros retratos pintó los de la princesa de Caraman-Chimay, de la condesa Greffulhe, de Louisa de

Mornand; también hizo dos dibujos satíricos de sus antiguos amigos Montesquieu y Delafosse, cuya ruptura servirá a Proust para describir las relaciones entre Charlus y Morel.

Proust achacará a La Gandara un retrato de Jean Santeuil —en realidad el que le había hecho J.-E. Blanche-para esbozar su autorretrato literario: «Ese año, La Gandara expuso en el Champs-de-Mars un retrato de Jean Santeuil. Sus antiguos compañeros del Henri IV no hubiesen reconocido desde luego al escolar desordenado, siempre desaliñado, despeinado, cubierto de manchas, de actitud febril o abatida, gesto más expresivo que no ve, mirada exaltada si estaba solo, tímida y vergonzosa si se encontraba en presencia de alguien, siempre pálido, rasgos descompuestos, ojerosos por la agitación, el insomnio o la fiebre, nariz demasiado abultada entre las mejillas hundidas y los grandes ojos pensativos, únicos en derramar cierta belleza, con su luz y su tormento, sobre aquel rostro irregular y enfermizo, en el brillante joven que parecía posar ante todo París, sin timidez ni arrogancia, contemplándolo con sus hermosos ojos alargados y blancos cual almendra tierna, ojos más capaces de contener un pensamiento que de poseer alguno por el momento, cual un estanque profundo pero vacío…». (Jean Santeuil, pág. 675).

La Rochefoucauld, Aimery, Conde de

Primo hermano del conde de Montesquiou, Aimery de La Rochefoucauld (1843-1928) mantenía una altivez aristocrática que rivalizaba con la de su pariente. Padre de Gabriel de La Rochefoucauld, servirá a Proust para sus retratos de viejos nobles. Célebre en la sociedad parisina por sus ocurrencias llenas de ingenio —distintas Memorias de la época las recogen—, su esposa tenía abierto salón donde se exigía el respeto más firme al rango y la etiqueta.

En una carta, Proust afirma haberse fijado en una breve novela de Balzac, Gobseck, y haber espigado frases «a lo Aimery de La Rochefoucauld», así como rasgos del carácter de este conde, «por

supuesto no para copiarlos sino para inspirarme en ellos». En A la busca del tiempo perdido dará al príncipe de Guermantes determinadas actitudes del conde, y atribuirá al duque de Guermantes algunas de sus frases más ingeniosas y célebres.

La Rochefoucauld, Gabriel de

Hijo del conde Aimery de La Rochefoucauld, primo de Montesquiou, Gabriel (1875-1972) se relacionó con Proust a partir de 1904; elegante, culto, dreyfusista, carece de los prejuicios aristocráticos de su padre, pero comparte su afición a las mujeres y a la vida nocturna y —aludiendo a su antepasado, el autor de las Máximes, le apodan «el La Rochefoucauld de chez Maxim's»— a la cultura: «Este gran joven lleva en la frente, como dos piedras preciosas hereditarias, los claros ojos de su madre», anota Proust. Cronista en el periódico Le Figaro, aficionado al deporte, también se dedicará a la literatura, y propondrá a Proust el manuscrito de su novela L'Amant et le Médecin, teniendo luego en cuenta las observaciones del autor de A la busca del tiempo perdido.

De carácter autobiográfico, narraba el amor frustrado de un joven con una mujer casada, que motivó el viaje de Gabriel con Pierre Loti a Constantinopla. Reflejo de la sociedad mundana, al parecer Proust sale retratado en ella con el nombre de un enfermo imaginario, Larti, que no se siente atraído por las mujeres. La mujer casada real, la condesa des Garets, se suicidó en 1904, al anunciarse el compromiso de Gabriel con Odile de Richelieu; la boda tuvo lugar en febrero de 1905 y supuso un distanciamiento de Proust, quien en enero de 1904 escribía en una carta: «Empiezo a amarle mucho». Odile de Richelieu, medio judía, era hija de Alice Heine (1858-1925), que la había tenido del duque de Richelieu (1847-1880); al quedar viuda, se había casado con el príncipe Alberto I de Monaco, de quien se separaría en 1902 conservando el título de princesa y el tratamiento de Alteza Serenísima; en A la busca del tiempo perdido será uno de los modelos de la princesa de Luxembourg.

La Salle, Louis, Conde de

Louis-Georges Séguin, conde de La Salle (1872-1915), fue condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet; compañero también de vacaciones en Trouville, en la finca Les Frémonts, estuvo asociado a las revistas juveniles que el grupo de alumnos creó desde ese Liceo. Participó en la redacción de Le Banquet (1892), e hizo el servicio militar en compañía de Halévy, en Fontainebleau, donde Proust visitará a ambos. Si en 1898 firmó el «Manifiesto de los intelectuales» a favor de Dreyfus y de Zola, luego se acercó a las posiciones nacionalistas de Léon Daudet, con quien frecuentaba el café Weber. Casado con Madeleine de Pierrebourg, de la que se divorció, murió durante la guerra. Había publicado un libro de poemas, Le joueur de songes (1895), y una novela, Le Reactionnaire.

Lacretelle, Jacques de

Heredero de una dinastía de literatos, Jacques de Lacretelle (1888-1985) no consiguió el éxito hasta su segunda novela, Silbermann (1922), que describe la adolescencia parisina de un judío inteligente y rico perseguido por sus compañeros de un liceo católico. Estudió en el Liceo Jeanson-de-Sally y en Cambridge, y conoció a Proust antes de la guerra, pero no fue hasta 1917 cuando empezó a convertirse en «visitante de la noche», al que «daba gusto contemplar», escribe Proust a Maurice Druon.

En 1918, en una larga dedicatoria del ejemplar de Por la parte de Swann, le escribirá: «No hay claves para los personajes de este libro, o hay ocho o diez para uno solo». Intimo de los Brancovan y de Abel Hermant, conseguirá con La Bonifas (1925), novela inspirada en Gomorra, en la que traza un sombrío cuadro psicológico, su mejor texto narrativo. Después de la segunda guerra, abandonó en parte la narración para centrarse en los estudios literarios y en el relato de sus viajes por Grecia, España e Italia.

Laurent, Méry

Amiga de Reynaldo Hahn, que será su albacea y heredero, Méry Laurent, que había trabajado como actriz ligera en el Châtelet, era amante del doctor Evans, dentista de Napoleón III, cuando Proust fue presentado en su salón en 1897; entre los poetas y pintores que lo frecuentaban, Méry Laurent había ido eligiendo a sus amantes: por ejemplo, Mallarmé y Manet. Suministró a Proust algunos detalles para Odette, entre ellos su afición por el arte japonés.

Lauris, Georges, Conde de

Georges de Lauris conoció a Proust hacia 1900, sucediendo a Albuféra en su amistad; confidente del novelista durante la redacción de Contre Sainte-Beuve, será utilizado por Proust para intentar reanudar sus relaciones con Bertrand de Fénelon, invitándole por ejemplo a ver, con varios amigos más, una obra de moda, Le Circuit: «Pienso con frecuencia en él y me alegraré de volver a verlo, siempre que no menoscabe nuestra amistad», escribe a Lauris, a quien no tarda en reprochar, en otoño de 1909, haberlo alejado de Fénelon. Lauris asistió en casa del novelista a una pelea en la que, tras unas palabras desagradables de Fénelon, Proust saltó sobre él, y Lauris hubo de separarlos.

Destinatario de una abundante correspondencia y confidente de extrañas confesiones de Proust en ese período, a él comunicó el novelista su intento de irse de París con una mujer. Proust le envió para su lectura la primera redacción de «Combray», que el conde devolvió con dos cartas llenas de elogios. En el otoño de 1910, Lauris anuncia su matrimonio con Madeleine de Pierrebourg —que había estado casada con un antiguo condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet, Louis de La Salle: «Celebro que esa criatura deliciosa y lastimada haya encontrado al hombre a quien tengo por más inteligente, guapo, mejor incluso en la medida en que al trasplantar su sensibilidad a su inteligencia ha conseguido la maduración de una

dulce bondad que no era quizá la originaria»—, pero no invita a Proust a su boda, mientras que Fénelon era testigo del marido; el novelista se ve obligado a sospechar que si no le han invitado ha sido porque sentían vergüenza de su persona. En A la busca del tiempo perdido, el conde de Lauris presta algunas de sus características a Saint-Loup.

Lavallée, Pierre

Condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet, Pierre Lavallée (1872-1946) pertenece a una familia influyente; será compañero del novelista en su época inicial de salones —Mme. Arman, Madeleine Lemaire— pese a los reproches de la madre de Lavallée: «Me parece muy amable, pero confieso que me desesperaría viéndote llevar la vida que lleva». En las líneas con que Proust le dedica Los placeres y los días, el novelista reconoce su amistad, la comunidad de sueños, de «sentido oculto a los demás, de profundidad conocida sólo por ellos». En la primavera de 1895, Proust lo visita en la propiedad familiar del castillo de Segrez (Saint-Sulpice-de-Faviéres), pero un ataque de asma le obliga a regresar inmediatamente a París; la hermana de Pierre, Anne-Marie, por la que Proust finge suspirar, siente antipatía por aquel amigo «indolente y pesado» que la molesta con su galantería pasada de moda.

En 1900, Lavallée se casa y se traslada a la calle de Vézelay, donde Proust será conocido por los hijos de su amigo como «el señor que viene de noche», hasta que en una ocasión, a las tres de la mañana, el portero impida el paso al novelista: hacia 1906 su amistad ha desaparecido por completo, lo cual no obsta para que Lavallée asista a los funerales de Proust. Tras seguir estudios de derecho, Lavallée fue en 1910 conservador de la Biblioteca y del museo de la escuela de Bellas Artes; en 1938 trabajó en el Gabinete de dibujos del Louvre; publicó numerosos libros sobre pintura francesa del siglo XII al XVIII, así como monografías sobre Fragonard, Delacroix, Watteau y Oudry.

Le Cuziat, Albert

De origen bretón, Albert Le Cuziat, nacido en 1881, llegó a París recomendado por el cura de su pueblo en busca de trabajo; lo encontró como lacayo en casa de un príncipe polaco, donde lo conoció el príncipe Constantin Radziwill, que logró que el polaco se lo cediese para convertirlo en primer lacayo de los doce que Radziwill, de prácticas homosexuales públicas, había reclutado. Luego pasó a servir sucesivamente en distintas casas aristocráticas: los Greffúlhe, el príncipe Orlov, el duque de Rohan. Con los años, había ido perdiendo su belleza de perfil clásico pero había ganado, con el trato de sus amos, distinción y elegancia, además de una cultura de la aristocracia que hizo de él un especialista del Gotha europeo: conocimientos que no se limitaban a la etiqueta, los linajes y las estirpes, sino también a los vicios más secretos de cada uno de sus miembros. Proust lo había conocido en 1911, cuando servía en casa del príncipe Orlov, y lo invitó a su casa del bulevar Haussmann en más de una ocasión para consultarle detalles sobre los usos aristocráticos, consultas que el escritor pagaba generosamente.

Con sus ahorros, poco después de esa fecha, Le Cuziat logró independizarse para terminar comprando, en el número 11 de la calle de L'Arcade, el palacete Marigny, que convirtió en casa de citas para homosexuales, donde, gracias a sus conocimientos, encontraba pupilos y clientes aristocráticos de exigencias especiales o extravagantes. Proust, que lo llamaba «mi Gotha viviente», fue a conocer el Hotel Marigny, que nada más inaugurarse ya era conocido en París como el «Templo del Impudor», y le regaló varios muebles, heredados de sus padres, para adornarlo (como el Narrador los de la tía Léonie al burdel que frecuenta Bloch). Hipócritamente, Proust se quejará a Celeste Albaret del uso dado por Le Cuziat a esos muebles, «que el muy bribón me había pedido (…) para arreglarse su habitación personal (…) los utilizaba para menesteres repugnantes. Nunca le hubiera creído capaz de semejante vileza».

Proust, visitante asiduo del Hotel Marigny, «resulta improbable que haya desempeñado otro papel que el de mirón, hecho que

confirma el relato que hará en A la busca del tiempo perdido de la sesión de flagelación del barón de Charlus a la que asiste casualmente el Narrador. (…). También puede pedir a algún pupilo, debidamente adoctrinado por Albert, que se preste a sus caprichos, en los que hay más curiosidad intelectual que placer de los sentidos». (Diesbach). En 1917, Proust le envía frecuentes mensajes por medio de Céleste, que odiaba a Le Cuziat y a quien define como «carente de elegancia, con unos ojos azules, fríos como los de un pez». Proust, que le dedicará un ejemplar de Sésamo y lirios, lo utilizó como modelo para el personaje de Jupien.

Legrand, «Cloton».

Clotilde de Foumes, fallecida en 1944, conocida como «Cloton», se había casado con Gastón Legrand y era una «de las mujeres más lanzadas de París». Proust, que frecuentó su salón en los primeros tiempos de su vida mundana, la empleó como modelo de Mme. Leroi, y se inspiró en ella —y en Mme. Jacques de Waru— para el retrato que publicó el 29 de abril de 1922 en Le Figaro de la princesa d'Orvillers, «hija natural del duque de Parma».

Lemaire, Mme.

Jeanne-Magdeleine Coll (1845-1928), que según Dumas hijo era la persona que más rosas había creado después de Dios, era sobrina de una miniaturista del Segundo Imperio, Mme. Herbelin (1820-1904), casada con un tal Lemaire que dio su apellido a la pintora de flores, paisajes, personajes, etc. Mujer de gran corpulencia, un poco viril, y no sobrada de inteligencia, dirigía un brillante salón en su hotelito del número 3 de la calle Monceau, cerca de la calle de Courcelles.

Su casa, saqueada durante los motines populares de octubre de 1886, reunía los martes —y cualquier otro día de la semana con la

menor de las excusas— a los artistas del momento: actores, cantantes, poetas (Coquelin, Massenet, Saint-Saéns, Emma Calvé, Réjane, Reynaldo Hahn), además de aristócratas como la princesa Mathilde, la emperatriz de Alemania, el rey de Suecia, etc. Sus cuadros de rosas se vendían a precio de oro; y esas mismas flores aparecían en los abanicos de las damas de la aristocracia, en los menús de las casas más afortunadas, en los programas de teatro y en libros, que ilustraba en profusión, entre ellos la primera edición (1896) de Los placeres y los días, a petición de Proust, que le dedicó un artículo en Le Figuro: «La cour aux lilas et L'atelier des roses. Le salón de Mme. Madeleine Lemaire», (Contre Sainte-Beuve, pág. 457). Las evocaciones de su figura y de su salón no son tan elogiosas en los diarios de Edmond de Goncourt —que la tacha de malvada y lenguaraz, de embrollar amistades para luego arreglarlas— ni en los recuerdos de Léon Daudet.

Proust, que acudía a su salón con Reynaldo Hahn, conoció en él a Robert de Montesquiou. Autoritaria, aficionada a las «ejecuciones» cuando no se acataban sus gustos artísticos o musicales, y llamada por sus fieles «la Patrona», Mme. Lemaire servirá de modelo tanto a Mme. Verdurin como a Mme. de Villeparisis.

Lemaitre, Jules

Novelista y dramaturgo, Jules Lemaitre (1853-1914) empezó publicando sus críticas literarias en La Revue Blanche y en La Revue des Deux Mondes, y las teatrales, que apasionaban a Proust, en Le Journal des Débats. Proust, sobre quien influyó en esa primera etapa, lo conoció probablemente en el salón de Mme. Arman de Caillavet, que Lemaitre frecuentaba lo mismo que los de Mme. Aubernon y Mme. Straus; durante el caso Dreyfus, Lemaitre abandonó este último llevado por su ideario nacionalista, que lo impulsó a dirigir la Liga de la Patria Francesa y sumarse más tarde a las filas de «L' Action Française».

Lemaitre, aficionado a los pastiches, fue quien animó a Proust a cultivar el género, en el que no se iniciaría hasta 1908, y quien en 1909 lo felicitó por su pastiche sobre Henri de Régnier. Cuando murió su amante, Mme. de Loynes, Marie Scheikévitch «emboscada tras el coche fúnebre» persiguió a Lemaitre. Como escritor, empezó con poemarios de factura parnasiana (Les Médaillons, 1880; Petites orientales, 1883), para luego dedicarse a relatos más inspirados por la literatura que por la vida. En sus estudios sobre los clásicos —Rousseau, Racine, Fénelon, Chateaubriand— practicó una crítica impresionista de escaso valor histórico pero de apreciaciones exactas y gusto delicado.

Su obra teatral, hoy olvidada, tiene sus mejores títulos en La Bonne Hélène (1896), estrenada por Réjane; Proust escribió sobre esa pieza un artículo no publicado en el que, citando el Fedro platónico, refiere la historia de la ceguera del poeta Estesícoro, que perdió la vista por haber hablado mal de Elena y que la recuperó al desdecirse de sus palabras; y en Le mariage de Télémaque (1910), escrita en colaboración con M. Donnay.

Lorrain, Jean

Seudónimo de Paul Duval (1855-1906); hijo de una familia burguesa de Fécamp, empezó haciendo estudios clásicos y, tras una crisis de misticismo que le inspiró la idea de abrazar la carrera sacerdotal, terminó probando la pintura —después de pasar por la carrera de las armas— y dedicándose a la poesía, a la crítica literaria y a la crónica del París mundano y elegante de fin de siglo. Alcanzó gran fama por sus críticas maliciosas en Le Journal y L'Echo de Paris, por su elegancia agresiva y su inmoralismo decadente. Abusó de forma sistemática de estupefacientes, sobre todo durante el último período de su vida.

Se movía en ambientes oscuros de los bajos fondos —los refleja, por ejemplo, en Poussiere de Paris (1896)—, que le permiten hostigar a la burguesía y ridiculizar la vanidad, los falsos talentos y las famas

inmerecidas. De estilo artificial y pretencioso, sus obras más características llevan por título; Monsieur de Bougrelon (1897), La Dame turque (1898), Monsieur de Phocas (1901). Grueso y abotargado —en 1921, André Gide dirá que Proust le recordaba un poco en ese momento a Jean Lorrain—, aludió irónicamente, en su crítica, firmada como Raitif de la Bretonne (Le Journal, 3 de febrero de 1897), de Los placeres y los días, a la relación amorosa de Proust y Lucien Daudet: después de atacar a France por prologar el libro, advierte que será Alphonse Daudet quien escriba las páginas iniciales de la próxima obra del autor, porque el autor de Cartas desde mi molino «no puede negar nada a su hijo Lucien».

Ataque desconcertante, por parte de un escritor homosexual y mundano, que ofende a Proust: al día siguiente, mientras demuestra «una sangre fría y una firmeza que parecían incompatibles con sus nervios», según Reynaldo Hahn, Proust envía a Lorrain dos padrinos, el pintor Jean Béraud y Gustave de Borda, esgrimidor profesional; el poeta, por su parte, elegirá para ese cometido al novelista y dramaturgo Paul Adam (1862-1920) y al pintor y crítico de arte Octave Uzanne; el resultado del duelo (6 de febrero de 1897) a pistola era previsible: en la torre de Villebon, en el Bois de Meudon, dos disparos al aire por parte de los contendientes lavan la afrenta.

Detalles físicos de Lorrain sirvieron de modelo al barón de Charlus. A partir de ese duelo, olvidándose de Proust, Lorrain volvió sus pullas contra Montesquiou, uno de sus blancos preferidos: además de burlarse de sus versos, Lorrain aludirá al bastón del conde para insinuar que éste era uno de los caballeros que, el 4 de mayo de 1897, cuando se incendió el Bazar de la Charité (en la calle Jean-Goujon), se había abierto paso en medio de las llamas y saltado por encima de los cuerpos carbonizados —murieron varios cientos de personas— a bastonazo limpio; Lorrain calificará ese bastón de «garrote para mujeres vivas, tenazas para mujeres muertas, ya tristemente célebres en los anales de la elegancia masculina». El incendio había de costarle a Montesquiou un duelo con Henri de Régnier. De Lorrain, aparecieron postumas las Lettres á [sa] mére, que dan una imagen más favorable de su personalidad.

Loynes, Condesa de

Amante de Jules Lemaitre, fallecida en 1908; durante el Segundo Imperio había sido cocotte; su salón se convirtió durante el caso Dreyfus en centro ultranacionalista al que acudía, entre otros, Maurice Barres. Proust utilizó su salón como modelo para el de Mme. Swann durante la época del caso Dreyfus.

Madrazo, Frédéric de

Hijo del pintor español Raimundo de Madrazo, casado (1889) en segundas nupcias con Marie Hahn, hermana de Reynaldo, Frédéric de Madrazo (1878-1938), pintor de segunda fila aficionado al piano y al canto, era conocido por la sociedad mundana parisiense como «Coco». Amigo de Proust desde su etapa del salón de Mme. Lemaire, quiso acompañar a éste en el viaje que hizo a Venecia en 1900 junto a su madre y a Reynaldo Hahn, pero tuvo que quedarse en Roma.

Cuando, durante la guerra, Proust necesitó un ayuda de cámara —todos los hombres sanos estaban en el frente—, Frédéric le envió uno de sus protegidos, minado por la tuberculosis, al que contrató por un tiempo muy breve, porque también fue llamado a filas. Hizo dos retratos de Marie Nordlinger y de su primo Reynaldo Hahn. Proust utilizó a Frédéric de Madrazo como modelo para el escultor y pintor Ski, que aparece en Sodoma y Gomorra.

Martel, Condesa

Sobrina biznieta de Mirabeau, Sybille de Mirabeau, condesa de Martel (1849-1932), era amiga de la madre de Proust. Dedicada a la literatura con el seudónimo de Gyp, dejó en sus novelas una evocación de los ambientes mundanos en cuadros impresionistas y levemente satíricos. Contó su juventud describiendo los medios

aristocráticos en que vivió en varios libros: Souvenirs d'une petite fille (1927-1928), Du temps des cheveux et des chevaux (1929), La Joyeuse Enfance de la III République (1931). En estos textos cita anécdotas, vividas por ella misma, de la infancia y adolescencia de Proust, al que conoció en los Champs-Élysées jugando con Antoinette Faure; a los pocos días volvió a verle comprando las obras de Moliere y de Lamartine en la librería de Calmann-Lévy. Proust invitó a su hijo, el vizconde de Martel, a una cena en homenaje a Willie Heath, dada en su casa el 6 de junio de 1893 y presidida por los padres del escritor.

Martin du Gard, Maurice

Periodista y escritor, Maurice Martin du Gard (1896-1970) dirigía Écrits nouveaux, donde en 1921 apareció una crítica poco favorable para La parte de Guermantes firmada por André Germain. Proust quiso retar a duelo a Martin du Gard, pero, resueltas las diferencias, ambos terminaron cenando el 7 de febrero de 1922 con la princesa Soutzo. En su libro de recuerdos Les Mémorables, narra el entierro de Proust, al que asistió como curioso y durante el que arrojó una mirada sarcástica sobre los asistentes: «duques, príncipes, embajadores, el Jockey, la Unión, botines abotonados, monóculos, rayas engominadas… Entre la multitud, encumbrada judería y destacada pederastia parisiense entrada en años, maquillada, uñas pintadas, ojos escudriñadores…».

En otro pasaje habla de las citas que Proust mantenía en un hotel de las afueras de París, donde, mientras estaba con un joven disfrazado de agente de policía, en la habitación contigua degollaban un pollo (Les Memorables, 1.1, págs. 244, 263-264).

Mathilde, Princesa

Hija de Jéróme Bonaparte, que fue rey de Westfalia, y de la princesa Catalina de Wurtemberg, la princesa Mathilde (1820-1904) vivió un matrimonio efímero con un noble ruso —el príncipe Demidov, sobrino del zar Nicolás I—, para luego abrir uno de los salones mundanos más famosos del Segundo Imperio; sobrina de Napoleón I y prima de Napoleón III, cuando Proust le fue presentado por Mme. Straus en el salón de la calle de Berri, en 1891, el antiguo esplendor de treinta años antes ha pasado; las conversaciones brillantes y el tono intelectual —Flaubert, Mérimée, Sainte-Beuve, Théophile Gautier, Taine, Alexandre Dumas, Eugéne Giraud— han sido sustituidos por artistas y escritores mediocres, funcionarios oscuros, cotilleos y disputas; cuentan mucho los elogios de los invitados a las acuarelas de la princesa: «Mi hermana tiene mucho gusto, pero es malo», decía el príncipe Napoleón. Edmond de Goncourt dejará en su Journal impresión negativa de la mediocridad absoluta del salón, de los invitados y de las pretensiones artísticas de la anfitriona; y Léon Daudet unas páginas feroces y caricaturescas.

La princesa apreciaba la presencia de Proust, que terminaría describiendo en términos elogiosos el salón y a la anfitriona en el artículo «Un salón historique. Le salón de S. A. I. la princesse Mathilde», («Le Figaro», febrero de 1903). La princesa llamaba a Proust «Claudius Popelin», en recuerdo del esmaltista de ese nombre que había sido su esposo secreto y que la había abandonado para irse con su dama de compañía, Marie Abbattucci. Proust la hace figurar como persona real en A la sombra de las muchachas en flor y salpica con algunos de sus rasgos al personaje Mme. de Villeparisis, y quizás a la Mme. Verdurin de El tiempo recobrado.

Maugny, Rita de

Dueña del castillo de Lausenette, cerca de Thonon, la vizcondesa de Maugny, de origen alemán y polaco, recibió a Proust en su castillo, cerca de Evian, durante las vacaciones de septiembre de 1899; aficionada a la pintura, «cuando ibas a casa de los Maugny te

invitaban nada más entrar a contemplar los grandes álbumes repletos de personajes ferozmente distorsionados, por lo común políticos… pero eran caricaturas demasiado recargadas para el gusto francés. Rita acusaba los defectos del rostro con crueldad que rebasaba los límites, más que gracia inspiraban horror». Su marido, Clément de Maugny —con quien, en el verano de 1899, Proust hará una excursión ruskiniana para ver el panorama de los Alpes desde las colinas de Thonon—, muy orgulloso del talento artístico de su esposa, pedirá a Proust que la ayude a publicar esos dibujos. Después de la guerra, Proust prologará un álbum de caricaturas de Rita de Maugny.

Maupassant, Guy de

Proust llegó a conocer a Guy de Maupassant (1850-1893), discípulo y amigo de Flaubert, en los salones de su primera juventud: en el de Mme. Straus y, sobre todo, en el de su amante la condesa Potocka. Y también lo trató en casa de Jacques-Émile Blanche en 1892, durante su posado para el retrato de la camelia en el ojal: Antoine Blanche, padre del pintor, cuidaba en su casa de salud —el palacete de la princesa Lamballe, en la actualidad la embajada de Turquía, en la avenida de Ankara— a los enfermos nerviosos, sobre todo a artistas y escritores, y en ella acabó sus días el autor de Bola de sebo. Maupassant, que en Jean Santeuil aparece con su oficio de novelista bajo la sigla C., mantuvo relaciones con la condesa Potocka, que dejó algunos de sus rasgos en la duquesa de Guermantes, y con Marie Kann: ambas mujeres sirvieron a Maupassant de modelos para Notre coeur.

Mauriac, François

El novelista François Mauriac (1885-1970), que terminaría consiguiendo el premio Nobel de 1952, conoció a Proust en 1918, en

casa de Mme. Daudet: «Me pareció más bien pequeño, embutido en un traje muy ajustado, con unos espesos cabellos negros sombreando unas pupilas dilatadas, al parecer, por las drogas. (…). Me clavó una mirada de nocturno cuya fijeza me intimidaba». Mauriac, que cenó a partir de esa fecha en varias ocasiones con Proust, saludó la aparición A la sombra de las muchachas en flor con una reseña en La Revue des jeunes, en agosto de 1921.

En febrero de ese año había visitado a Proust —a quien Mauriac parece «encantador»— en la calle Hamelin: al día siguiente le escribía una carta: «Usted es el único que admiro sin segundas intenciones y sin esfuerzo (…). Entro en el encantamiento de sus libros como, de niño, en los de Jules Verne y de Féval». Sin embargo, en su «Journal d'un homme de trente ans», el tono de Mauriac es otro: «Este último mes, extraña cena a las 10 de la noche a la cabecera de Proust: sábanas dudosas, olor a cerrado, cabeza de judío, con su barba de diez días, vuelto a la suciedad ancestral. Conversación que prolonga sus libros». La publicación de Guermantes II suscita en él admiración ante algunas de sus escenas, como la muerte de la abuela y la visita a casa del barón de Charlus. Pero con Sodoma sus sentimientos se vuelven contradictorios: «admiración, repulsión, terror, desagrado» ante lo que califica de «este fruto terrible».

En cambio, Proust, que en junio de ese año lee Préséances, elogia en carta a Mauriac «la vida interior», aunque confiesa no entenderlo: «nada que yo ame más y en que me refleje menos. Debemos de ser extrañamente diferentes uno del otro». Mauriac asistió al entierro de Proust en compañía de Barres. Según Tadié, Proust no ejerció ninguna influencia sobre Mauriac, pero fue para éste «una referencia constante y una especie de ángel guardián, con el dedo puesto sobre la boca». El tiempo unió los apellidos de Proust y Mauriac: el hijo del autor de Nido de víboras y también escritor, Claude Mauriac (1885-1970), se casó en 1951 con Marie Claude, hija de la sobrina de Proust, Suzy Adrienne Mante-Proust (1903-1986).

Meyer, Arthur

Hijo de un sastre judío de Le Havre, Arthur Meyer (1844-1924) consiguió, tras desaires y hambres, el puesto de director de «Le Gaulois», el periódico más tradicionalista y mundano de París. Antes, en 1886, había cometido lo que todo París consideró un crimen: en un duelo, agarró la punta de la espada de su adversario con la mano mientras hundía la suya en el cuerpo de la víctima. Pero el incidente no tardó en ser olvidado. Para contentar a sus lectores del faubourg Saint-Germain, se declaró antidreyfusista desde el primer momento: se había fijado como meta penetrar en el mundo cuyos ecos reflejaba «Le Gaulois»: sus modales y maneras de figurín y su empaque le hicieron acreedor al apodo de «el duque Jean».

No es muy buena la opinión que de Meyer tienen Proust y sus amigos: Léon Daudet llegará a escribir de su capacidad de adaptación: «Convierte en nudo de corbata la culebra que traga, en condecoración el escupitajo, en silloncito la patada en el trasero. Es una marioneta imposible de derrumbar que siempre cae de pie. Para aplastarlo definitivamente —en el supuesto de que fuese posible— sería preciso no verlo mientras se le aplasta».

Pese a todo, a principios de siglo, Meyer es una de las personas con mayor fortuna e influencias en un París que se burla de él caricaturizándolo. Pero a los sesenta años, para entroncar con la aristocracia se casó con una joven de veinticuatro, Marguerite de Turenne, descendiente de la antigua familia de mariscales de ese apellido cuya fortuna había tocado fondo. «Meyer está como embriagado. Notifica su boda a todos los soberanos o por lo menos a los duques (…). Se ha encontrado con Barres y le ha dicho: "Voy a Versalles, ¿quiere usted que salude de su parte a mi primo Luis XIV"?», le cuenta Proust a Reynaldo Hahn en una carta de septiembre de 1904.

La «alianza del sable con el judiastro», como la califica la prensa satírica, tuvo lugar el 8 de octubre, con François Coppée y Arthur Méziéres como testigos del director de Le Gaulois. A raíz de la boda, las desdichas que sobrevinieron a Meyer volvieron simpática su figura: «Cuando me casé con mi mujer para salvar a una gran y noble familia de la miseria, París me lapidó con su desprecio. Desde que he quedado deshonrado por su abandono, París me corona con su

respeto y su entusiasta simpatía… Acabaré mi larga carrera tardíamente ensalzado por haber sido engañado». (Ferdinand Bac, Souvenirs inédits).

Mirabaud, Paul

Gobernador del Banco de Francia, Paul Mirabaud (fl908) era yerno de uno de los mejores amigos de Proust, Robert de Billy. En carta a su madre, Proust lo describe como «un dios sajón inmenso y fuerte» con la misma figura de su hija. En su yate Hélène Proust intentó una excursión marítima por las costas normandas, pero un ataque de asma y el mal tiempo lo obligaron a abandonar el viaje a los tres días y regresar a París. A su muerte, cuando su biblioteca fue vendida, Proust compró dos obras eróticas de Verlaine, Femmes y Hombres.

Monaco, Princesa de

Alice Furtado-Heine (1858-1925), descendiente de una acaudalada dinastía judía de Francfort, los Furtado-Heine, y también del poeta alemán Heinrich Heine, y emparentada con Louis d'Albuféra a través de Anna Masséna, hija de Paule Hurtado-Heine, se casó con el duque de Richelieu (1847-1880); a la muerte de éste contrajo matrimonio (1889) con el príncipe Alberto I de Monaco, del que se separaría en 1902 con derecho a utilizar el título y el tratamiento de Alteza Serenísima. Alice era madre además de Odile de Richelieu, que en 1905 se casaba con otro amigo de Proust, Gabriel de La Rochefoucauld. A Proust, que la había conocido en Cabourg hacia 1894, le sirvió de modelo —uno más— para la princesa de Luxembourg.

Montebello, Condesa de

Albertina de Briey, casada con el conde Jean de Montebello, tenía abierto un salón que Proust frecuentaba, lo mismo que las Noailles, en particular Anna, Maurice Barres, Paul Morand, etc. Mujer de frases agudas y respuesta rápida según Morand (Journal) y Barres (Journal 1898), tenía en Trouville una magnífica villa de estilo Luis XIII. Proust bautizó con su nombre a la principal figura femenina de A la busca del tiempo perdido.

Montesquiou-Fezensac, Robert, Conde de

Entre los antepasados de Robert de Montesquiou (1855-1921) figuraban mariscales de Francia, generales, embajadores, gobernadores, D'Artagnan, el héroe de Los tres mosqueteros de Dumas; pretendía incluso que su estirpe se remontaba a Meroveo. Engreído, delgado, elegante y rebuscado, ojos de un negro resplandeciente, pelo ondulado, y con un bastón célebre, era, cuando Proust lo conoce (1893) en el salón de Mme. Lemaire, el símbolo de la elegancia masculina de París, hasta el punto de ser elegido por Huysmans como modelo del protagonista de À rebours, el caballero Des Esseintes, encarnación del preciosismo y la decadencia del siglo, y por Edmond Rostand para el Pavo real de Chantecler.

Los salones más cerrados lo tuvieron por invitado de excepción; además de sus antepasados y su elegancia, además de sus mansiones edificadas en la Edad Media, tiene por principal domicilio parisiense un palacete llamado Palacio de las Musas, en el 95 de la calle Charles-Laffitte, en Neuilly, cuya decoración sorprende a los visitantes por su mezcolanza de historia, refinamiento, baratijas y mal gusto —él mismo la describe en Les Pas effacés; y Edmond de Goncourt la califica de «batiburrillo de objetos incongruentes». Fue poeta simbolista, amigo de escritores como Mallarmé y Verlaine, al que hacía llegar ayudas pecuniarias, de pintores como Gustave Moreau y

Whistler, a quien encargó un retrato, del vidriero Gallé, al que protegió, etcétera.

La poesía de este aristócrata para los poetas, y de este poeta para los aristócratas, está hecha de un simbolismo en el que la recuperación de términos obsoletos, arcaicos o extraídos de lenguajes esotéricos es la piedra angular de un esteticismo que terminaría impidiendo la comprensión, considerada por Montesquiou como una concesión al vulgo. Dejó una veintena de volúmenes, en su mayoría poemarios (Les Roseaux pensants, 1897; Le Pays des aromates, 1900; Professionnelles beautés, 1905; y sobre todo sus elegías escritas durante la guerra: Les Offrandes blessées, Sabliers et Lacrymatoires, el libro de memorias citado, Les Pas effacés 1923, un ensayo sobre la poeta Marceline Desbordes-Valmore…

Apenas queda nada de todo eso, pero el personaje que los escribió ha pervivido como la encarnación más perfecta del estetismo de la Belle Époque. Su figura, sus agudezas, sus frases, su ingenio, más para la conversación que para la literatura, su insolencia, los motivos de alguno de sus duelos —con Henri de Régnier, por ejemplo— se pasean por todas las Memorias de ese período convirtiéndolo en una figura irrepetible por su teatralidad social: «A la vez que alzaba la mano, la inflexión de su voz se elevaba de modo estridente, como la trompeta en una orquesta, o caía, quejumbrosa y lastimera, mientras se le arrugaba la frente o las cejas formaban un hirsuto acento circunflejo», escribe Élisabeth de Gramont.

Montesquiou tiene treinta y ocho años cuando es presentado a Proust, que acaba de cumplir veintidós: el conde lo tenía todo para deslumbrar a Marcel: alcurnia de pasado medieval que le abría las puertas de la más alta aristocracia, elegancia, cultura y, en medio de un estetismo de perfumes y piedras preciosas en los dedos, una insolencia que no teme ganarse enemigos.

Las relaciones entre Montesquiou y Proust irán variando con el tiempo: elogios desmesurados, disculpas por no asistir a fiestas, presentaciones o recitales mutuos; en resumen, una relación tensa donde la amistad imposible respeta unos límites que los convertirían en enemigos encarnizados; relación hecha por parte de ambos de recelos y prudencias, de reproches y declaraciones —falsas— de

admiración. Tras la sorpresa y la fascinación inicial, Proust vio en el conde la puerta anhelada hacia la aristocracia, hasta el punto de pedirle que lo presente «a algunas de esas amigas junto a las que se le suele evocar con tanta frecuencia (la condesa Greffulhe, la princesa de Léon)», puerta que el conde no estaba dispuesto a abrirle fácilmente; para conseguirlo, Proust elogiará una y otra vez su obra y su personalidad, en artículos (por ejemplo, «Un professeur de beauté», publicado en 1905; reseñas elogiosas de sus libros de versos, etc.) y también en una correspondencia donde las opiniones de Proust, que quiere concitarse la amistad de Montesquiou, rayan en la cursilería.

El propio Proust ajustaría cuentas con esas «debilidades» obligadas: el estilo Montesquiou se convertirá en burla en boca del barón de Charlus: «Volver todo esto más Montesquiou de tono», anota en uno de sus cuadernos; los lectores contemporáneos reconocieron perfectamente los pastiches, imitación de aquellas baratijas que Montesquiou hacía con el lenguaje. El conde también se reconoció en el barón de Charlus, y hubo de soportar las mentiras inquietas con que Proust, para desviar sus sospechas, apunta que la «clave» era el barón Doazan, a quien Montesquiou había «robado» el secretario, Gabriel Yturri, llorado amargamente por el conde en «Le Chancelier des fleurs» cuando el argentino murió en 1908. Robert de Montesquiou fallecería a los sesenta y seis años tras una crisis de uremia. En sus memorias póstumas dejó un elogio, escrito en 1920, bastante frío de Proust: «La persona de Marcel Proust, desde hace mucho llena de gracias para mí, me inspira tanta amistad como simpatía admirativa me dicta su talento». Clermont-Tonnerre, E. de: Robert de Montesquiou et Marcel Proust, París, 1925.

Jullian, Ph.:

Robert de Montesquiou, un prince 1900, París, 1987.

Morand, Paul

Hijo del poeta, dramaturgo y pintor Eugéne Morand, Paul Morand (1888-1976) siguió la carrera diplomática; destinado a la embajada de Londres en 1913, conoció a Proust en septiembre de 1915 a través de Henri Bardac, aunque en 1913 Bertrand de Fénelon ya le había hablado de aquel novelista que se pagaba sus libros y era «muy difícil en amistad». Colaborador de la N. R. F., publicó en mayo de 1917 en Le Mercure de France una novela breve, «Clarisse ou L'Amitié», a la que Proust dedicó un artículo: «Pour un ami (remarques sur le style)», empleado por Morand como prólogo al volumen que la recogía, junto a otros dos relatos más con el marco común de Londres por geografía de ficción, bajo el título de Tendres Stocks (1921); artículo y prólogo en el que Proust habla más de sí mismo y de sus teorías que de Morand, al que reprocha el empleo de imágenes manidas, y a cuyos éxitos femeninos alude.

Con anterioridad, Morand había publicado un poemario, Lampes à arc, donde aparece una «Ode á Marcel Proust» en la que el retrato que hace de Proust no agradó nada a éste por las alusiones que dejaba traslucir a su vida nocturna. Desde 1916, Morand llevaba un Journal d'un attaché d'ambassade (publicado parcialmente en 1948), que ofrece preciosos datos sobre el período y sobre Proust. La amistad, sazonada por una abundante correspondencia donde al lado de las opiniones literarias hay confesiones y efusiones de ambos escritores, alcanzó una intimidad cierta, aunque, salvo su dedicación literaria y su afición al gran mundo, sean muy pocas las cosas que unen a ambas personalidades. «Es dulce como un monaguillo —escribirá Proust a la princesa Soutzo, con quien Morand contraerá matrimonio en 1927—, refinado como un Stendhal y un Mosca a la vez, y a un tiempo áspero e implacable como un Rastignac que fuese terrorista».

Muerto Proust, Morand siguió en la diplomacia, aceptando del gobierno de Vichy, durante la segunda guerra mundial, el nombramiento de embajador en Bucarest, y haciendo una brillante carrera literaria formada casi por cien títulos, hoy bastante olvidada debido a la exactitud con que pintó los trazos menos generales de una

época muy especial. Dedicó al autor de A la busca del tiempo perdido uno de ellos, recogiendo sus confidencias y cartas destinadas tanto a él como a su esposa, la princesa Soutzo.

Morand, Paul:

Le visiteur du soir, 1949.

Mornand, Louisa de

Louise Montaud, nombre real de la actriz Louisa de Mornand (1884-1963), era amante de Louis d'Albuféra cuando éste se la presentó a Proust en 1903. Poco dotada para las tablas, en las que, gracias a la recomendación de sus amigos, Proust entre ellos, logró encarnar algunos papeles secundarios de 1903 a 1910, terminaría por abandonarlas prácticamente; en los años treinta consiguió algunos papeles en películas como Violetas imperiales (dirigida por Henri Roussell), Fanatismo y canción de París, El Rosario, y A las puertas de París. Pero en 1935 su carrera cinematográfica estaba acabada. Destinataria de cartas y poemas de Proust, que medió en las desavenencias de la pareja, éste le regaló un ejemplar de La Bible d'Amiens con una dedicatoria: «A quienes no logran triunfar con usted, o sea a todo el mundo, dejan de gustarles las demás mujeres», seguida por un pareado: «A quien no puede poseer a Louisa de Mornand / No le queda ya sino el pecado de Onán». Louisa regaló a Proust dos fotografías dedicadas, y en abril de 1903 le permitió pasar una noche en su casa.

En 1906 rompió con Louis d'Albuféra, que se había casado en octubre de 1904 con Anna Masséna, y por su vida pasaron otros amigos o conocidos de Proust: Robert Gangnat, el actor Jean Signoret, etc. Muerto Proust, Louisa aludió a la existencia de una intimidad amorosa en la que —según una entrevista de 1928 aparecida en el

periódico Candide— «por parte de Proust [había] una viva pasión teñida de afecto y de deseo, y, por la mía, un cariño que era más que camaradería y que llegaba realmente al corazón». Acababa de publicar Lettres et Vers á Mesdames Laure Hayman et Louisa de Mornand —con prólogo de Robert Proust y Fernand Noziére—, donde recogía cartas y billetes del escritor, que vendió, dejando entrever que el pudor le impedía publicar otras, más íntimas y alusivas a una relación carnal entre ambos. Lo esencial de su correspondencia corresponde a los años 1904-1905, y se trata de respuestas de Proust a peticiones de la actriz en busca de algún papel en el teatro o de artículos de elogio a su trabajo.

Los amigos de Proust vieron en la campaña de lanzamiento del libro y en las afirmaciones de Louisa de Mornand un intento de sacar partido a su amistad con un escritor famoso. Aunque la familia de Louis d'Albuféra siguió pasándole una pensión, Louisa de Mornand, fracasada en el teatro y en el cine, fue hundiéndose en la miseria y acabó sus días en un hospital donde murió a consecuencia de una fractura del cuello del fémur. Proust la utilizó como modelo de la actriz Rachel, amante de Saint-Loup: Louis dAlbuféra, al reconocer un episodio de sus relaciones con la actriz en la pelea entre Rachel y Saint-Loup en el teatro des Mathurins, rompió de forma definitiva con Proust.

Mugnier, Arthur

Sacerdote católico, Arthur Mugnier (1853-1944) empezó como vicario de Sainte-Clotilde, parroquia muy aristocrática. «Capellán de los salones y hermanito de los ricos, ingenuamente fascinado por el trato con una aristocracia cuyas taras y lagunas —entre otras una extraordinaria indigencia intelectual— se le antojan ampliamente compensadas por el fasto de las fiestas y la pompa de la vida cotidiana». (Diesbach, pág. 155), Mugnier convirtió a la religión al novelista Huysmans, autor de A rebours, cuyo protagonista, el

caballero Des Esseintes, tiene por modelo al conde Robert de Montesquiou.

Hombre de gran cultura y modales exquisitos, al que la jerarquía eclesiástica no miraba con buenos ojos por su amistad con un viejo sacerdote modernista, el padre Loison, empezó a frecuentar los salones aristocráticos en 1896; no tardó en convertirse en limosnero del faubourg Saint-Germain y en corresponsal de los principales personajes mundanos, desde la princesa Bibesco hasta Montesquiou, Montherlant, Barres y Proust, que probablemente lo conoció en 1917, en las cenas que la princesa Soutzo daba en el Ritz. Proust aprecia las paradojas del abate, que transcribe en sus cartas (del estilo «Hay un infierno, pero nadie dentro»); lo escucha con atención porque le gusta lo «picante», el «perfume» de sus palabras. Al día siguiente de la muerte de Proust, el abate fue a recogerse ante el cadáver de su amigo, como, según Céleste Albaret, el escritor había deseado; y durante muchos años celebró una misa de aniversario por Proust en Saint-Pierre-de-Chaillot.

Mugnier, Abbé:

Journal 1879-1939, París, 1985.

Murat, Princesa

Marie de Rohan-Chabot, princesa Lucien Murat y más tarde condesa Charles de Chambrun, era, según testimonio de Bac, «una adorable comediante de altos buenos. (…). Desaliñada, era pródiga, nada gazmoña, y se contentaba con poco con tal de llevar una vida movida, de conocer gente y países nuevos, de que hubiera amor y diversión. Criatura terrible, criatura encantadora, formaba parte de esa noble y amorosa bohemia a la que pertenecían la Grande

Mademoiselle y la duquesa de Berry, jacarandosas, de pierna ligera y el corazón en la mano».

Su madre había dado el célebre baile «de la princesa de Léon» en 1880; y ella, que ya había tenido varias aventuras amorosas y vive en ese momento con Henry Bernstein, enamora a Proust, que asistió a varias veladas suyas y a una cena que la princesa dio en el Ritz para cerrar el año 1918. Cuando Proust publica la segunda versión de su pastiche sobre Saint-Simon, en el que introduce a la princesa y se burla de las pretensiones de los Murat a títulos, apelativos y privilegios reservados a miembros de las familias reales, etc., se agrian sus relaciones por ese ataque a los Murat; ataque que provocó la reconciliación de las dos hermanas Murat, «sobre todo por la ira que les produce ver atacada a la nobleza de Imperio», y de su cuñado Louis d'Albuféra. Aun así, «desde que he escrito que el apellido de los Murat no podía equipararse al de los Gramont, la princesa Murat me sigue saludando, mientras que el duque de Gramont me ha retirado totalmente el saludo».

Nahmias, Albert

Ben Nahmias (1886-1979), hijo de Albert Nahmias, hombre de negocios turco y corresponsal de finanzas de «Le Gaulois», y de Ana Bailen de Guzmán, de origen ecuatoriano, conoció a Proust en 1908; al año siguiente, Proust le daba consejos sobre sus relaciones con una amante; a partir de ese momento se inicia entre ambos una relación amistosa y laboral: en primer lugar, como asesor financiero de Proust y como hombre de confianza para apuestas en el Casino: a espaldas de Lionel Hauser, Proust entrega fondos a Nahmias para que se los invierta; no fueron muy afortunadas las actividades bursátiles a las que Nahmias le empuja en 1911 y 1912; a finales de 1911, Nahmias secunda a miss Hayward —mecanógrafa del Grand-Hôtel de Cabourg, que durante ese verano había empezado a pasar a máquina los manuscritos de Proust— en la tarea de desentrañar la enrevesada escritura del autor, y de recabar informaciones para éste, que le

pregunta pormenores para el episodio en que Swann busca a Odette de Crécy por restaurantes y bares, si se podía ir después de apagadas las farolas de gas a ellos con una mujer, etcétera.

En los cuadernos, paginados de forma distinta, en los que Proust inserta hojas con explicaciones, Nahmias tiene que desentrañar el galimatías, descubrir lagunas, corregir distracciones del autor —nombres de personajes que ha olvidado—, etc. La meticulosidad de su trabajo es tanta que en ocasiones llega a proponer dos versiones de un mismo pasaje, una vez pasado a limpio y «a claro», para que Proust elija; éste, consciente del trabajo ímprobo de Nahmias, se deshace en elogios y miramientos con su amigo: «¿Sigue usted deseando descifrar los enigmas esfíngicos de mi caligrafía? Si es así, puedo mandarle cuadernos que rebasan en oscuridad cuanto usted ha visto. Pero sólo si lo desea. No lo haga para darme gusto…».

En junio de 1912, la copia mecanografiada de Por la parte de Swann está concluida y Proust puede enviarla a dos posibles editores en ese momento, Calmette y Fasquelle. En el verano de 1912, Nahmias veranea con sus padres en la villa Berthe, de Cabourg, no lejos del Grand-Hôtel, en compañía de sus hermanas, Anita y Estie, dos de las «muchachas en flor». Los tres, Albert y sus hermanas, servirán de modelos para Albertine, según Antoine Bibesco. La amistad entre Proust y el «pequeño Albert», que se perfuma demasiado y se viste de manera rebuscada, tiene, a pesar de las amistades femeninas de Nahmias, ribetes amorosos por parte del primero: «¿Por qué no puedo yo cambiar de sexo, de cara y de edad, tomar el aspecto de una joven y bonita mujer para abrazarle a usted con todo mi corazón?», le escribe en noviembre de 1911.

En otra carta hay rastros de sentimiento pasional, con reproches semejantes a los que Swann hace a Odette en «Un amor de Swann»: cierta noche de ese verano de 1912, habían quedado citados en el malecón; pero Nahmias atropella con su coche a un perro y no acude a la cita; sin perder un minuto, Proust, de regreso en el hotel, le envía una áspera carta de ruptura, dominada por la ira y el amor propio herido, con acusaciones sobre su carácter y exigiéndole la devolución de la carta. La reconciliación no tardó en llegar, y Nahmias, que en ese verano se relaciona con una joven que más tarde firmará sus

cuadros como Valentine Hugo, reanuda su trabajo de secretario. Durante el verano de 1913 se convierte en confidente de la relación de Proust con Agostinelli y desempeña un papel decisivo en su desenlace: por encargo de Proust busca un detective tras la fuga del chófer el 1 de diciembre de 1913, viaja a Mónaco a fin de tratar de convencerle para que regrese, y negocia con la familia del joven su vuelta a París a cambio de una renta que Proust pagaría al padre. Albert Nahmias, cuyo nombre prefigura el de Albertine, a la pregunta de si él era el modelo de ese personaje, contestó: «Eramos varios».

Nisard, Armand

Casado con la condesa de Perchenstein, hermana de la condesa de Talleyrand, Vera de Bénardaky, Armand Nisard (1841-1925) fue director de Asuntos Extranjeros y embajador de Francia en el Vaticano de 1898 a 1904, fecha en la que, tras las leyes de laicización de la enseñanza, el presidente Combes decidió retirar su embajador de la Santa Sede. Amigo de Adrien Proust, mantuvo relación con él durante las vacaciones de Evian en 1900, lo mismo que con Proust, que calificará de «muy amable pero muy sordo» al tío de Marie de Bénardaky, que no había apoyado con el calor requerido por la amistad la candidatura de Adrien Proust a la Academia de Ciencias Morales y Políticas: el embajador Norpois, del que será uno de los modelos, apoya con la misma tibieza al padre del Narrador.

Noailles, Anna de

La poeta Anna de Noailles (1876-1933), hija de los príncipes Bassaraba de Brancovan, hermana de Constantin y de Hélène, princesa de Caraman-Chimay, estaba emparentada con los Mauro cordato y los Bibesco. En 1897 se casó con el conde Mathieu de Noailles, primo de Montesquiou. Conoció a Proust en 1898, en la

villa de verano de la familia, en Amphion, cerca de Evian, donde el novelista pasaba sus vacaciones.

La joven condesa, conocida como poeta precoz, de un lirismo basado en Jammes y acento romántico, sorprendería en 1901 a la crítica francesa con su primer libro, Le Coeur innombrable. Inteligente, burlona, vivaracha, dueña de una gran fortuna y emparentada con los mejores linajes, Anna de Noailles despreciaba las obligaciones de su apellido: «¿Podía ser de otro modo con una mujer que pisoteaba las cosas más sagradas, que hablaba con ligereza de la religión, de la nobleza, que llegaba a cenar con una hora de retraso (…), que recibía a un montón de autores de libros execrables, que, en el caso Dreyfus, había tomado abiertamente partido contra el ejército y hecho causa común con los peores anarquistas?», escribe Proust, al hacer su retrato en Jean Santeuil (pág.524).

Lo tenía todo —linaje y fortuna especialmente— para deslumbrar a un Proust que se declara enamorado de ella y de sus versos, que organiza cenas para homenajearla, con recitales de sus poemas en boca de la actriz Cora Laparcerie incluidos; los tiempos de Montesquiou han pasado, y en sus cenas Proust sustituye sus versos por los de la condesa, que poco antes de la aparición de su primer libro ha sufrido una depresión que la ha mantenido internada de diciembre de 1900 a febrero de 1901; en ese momento, para Proust «lo que constituía la naturaleza misma de la poesía de esta gran poeta no aparecía nunca en lo que decía y, antes bien, por sus bromas continuas, por sus burlas de tal o cual persona que hablaba de la primavera, del amor, etc., más bien habría parecido que despreciaba esas cosas. (…). No es que sus poesías no fuesen sinceras, sino que, al contrario, expresaban algo que en ella era tan profundo que ni siquiera había podido pensar en ello, hablar de ello, definirlo como una cosa diferente de sí». (Jean Santeuil, pág. 520).

Para Jean-Yves Tadié, Proust esboza la estética de El tiempo recobrado a partir de Anna de Noailles: «Con su sensibilidad despertando, Marcel sintió que aquella joven estaba siempre triste, y que encontraba en la melancolía "un punto de partida de sueños exaltados"». Proust saludará la aparición de sus libros con elogios superlativos y desmesurados, hasta el punto de escribir que La

Domination (novela de 1905) es «la mayor belleza literaria que conozco», y que Anna de Noailles con este libro «ha dado un último salto… y tocado, no lo desconocido, sino lo absoluto». La crítica literaria no comparte esa opinión tan halagüeña sobre éste y otros títulos de la condesa, que le merecen los calificativos de «endeble (…), traducida del rumano» a juzgar por el estilo. La exaltación proustiana ante versos y novelas de Anna de Noailles ha sido explicada «por su afán de ganarse, con los sufragios de Mme. de Noailles, el apoyo de su clan familiar para saludar así sus propias obra». (Diesbach).

Para Tadié, el romanticismo trasnochado de la condesa le recordaba a los poetas de su juventud; «Debió de parecerle un joven y bello prodigio; en esa sensibilidad neorromántica que fluye en los metros de Chénier, de Lamartine, de Musset, vuelve a encontrar los poetas en los que había aprendido a amar en su infancia, temas cercanos a los suyos y sobre todo la adoración de la sensación y de la naturaleza. Por eso compara esa obra con lo que le resulta más querido, "el olor de las flores del espino blanco"». Como poeta, Noailles es fiel al helenismo de los parnasianos, a France, a Leconte de Lisie, gustos que están muy cerca de los que Proust muestra en Los placeres y los días y en Jean Santeuil. Su belleza, su fortuna, su apellido, la delicadeza de sus confesiones, que la habían convertido en poeta, no le sirvieron al llegar la guerra del 14: había pasado de moda; no pertenecía a ninguna de las corrientes del siglo, y las vanguardias, de Apollinaire a los surrealistas, arrinconaron a esta autora que no supo crear un lenguaje y cuyo lirismo carecía de arte.

La correspondencia de Proust con Anna de Noailles demuestra la confianza que el novelista tiene en ella y que permite a la poeta estar cerca de la génesis del Contre Sainte-Beuve y de A la busca del tiempo perdido. El 23 de septiembre de 1920, recibió al mismo tiempo que Proust y que Colette la cruz de la Legión de Honor. Anna de Noailles dejará su retrato en Jean Santeuil, en el personaje de la vizcondesa Gaspard de Réveillon, que acababa de casarse y de publicar poemas.

Nordlinger, Marie

Prima de Reynaldo Hahn (1876-1961), Marie Nordlinger, inglesa de nacimiento aunque de origen germano-italiano, llegó a París para seguir estudios de pintura y escultura, antes de trabajar con el maestro del «art nouveau». Siegfried Bing, que había empezado como importador de piezas de China y Japón, y que luego apoyó a Gallé, Whistler y Carriére. Proust la conoció en casa de los Hahn en 1896, manteniendo con la joven una amistad intensa, dados su parentesco con Reynaldo y Marie, su afición por las catedrales y su conocimiento de Ruskin, que lo llevó a pedirle ayuda cuando se enfrentó a la tarea de traducir La Bible d'Amiens; ambos corrigieran las pruebas de ese texto durante el viaje a Venecia que Proust realizó junto a su madre, Reynaldo Hahn y Marie en mayo de 1900; con ella y con Hahn visitará Padua para contemplar de cerca los frescos del Giotto en la capilla de la Virgen, en la Arena, y los de Mantegna en los Eremitani.

Durante esa etapa de trabajo en común, Marie Nordlinger le inició en el arte japonés, dándole a conocer los «árboles enanos»; sabiendo que Proust no soportaba las flores debido a su asma, Marie le regaló unos comprimidos japoneses coloreados que, al contacto con el agua, se esponjaban y se convertían en flores, muñecas o casas, que iban a tener reflejo en el episodio de la magdalena: «Gracias por estas flores maravillosas y escondidas que esta noche me han permitido "hacer una primavera" como dice Madame de Sévigné, primavera fluviátil e inofensiva». Sin embargo, cuando se enfrente a Sésamo y lirios, Marie no estará a su lado para ayudarle hasta el final porque la prima de Hahn ha conocido a un multimillonario de Detroit, Charles L. Freer, dueño de una colección de cuadros de Whistler.

La correspondencia entre ambos hasta 1908 fue abundante, aunque sólo se hayan conservado 41 cartas; tras la muerte de su madre, Proust le escribió cartas que Marie destruyó: «Desvelaba su herida con abandono tan total que juzgué un deber sustraerlas a ojos indiferentes». Agradecido por su ayuda en la traducción de Ruskin, Proust le regaló un texto de Whistler, The Gentle Art of Making enemies, y ella le ofreció una acuarela que había hecho en 1898 y

que Proust, en el momento de su muerte, encargó a Céleste enviar a Reynaldo Hahn. Marie realizó un medallón de cobre con la efigie de Adrien Proust para la tumba del doctor, que fue colocado en 1904, fecha en la que Marie ya se había trasladado a Estados Unidos. Sólo volverá a ver a su amigo en dos ocasiones, durante dos visitas a Europa en 1905 y en 1908. En 1942, esta amiga de Proust de la que Frédéric de Madrazo dejó un retrato, publicó las 41 cartas conservadas de Proust bajo el título de Lettres à una amie.

Pârís, Marqués de

François, marqués de Pâris (1875-1958), pertenecía a la familia De Lareinty, propietaria del castillo de Guermantes (Seine-et-Marne), nombre de sonoridad «anaranjada», dirá Proust, amigo de François, a quien quiso visitar en ese castillo; con éste y otros amigos, Georges de Lauris, los hermanos Bibesco, etc., realizó varias excursiones «artísticas» por Laon, Soissons, Senlis, etc. El castillo y el apellido habían pertenecido en el pasado a un próspero financiero, un tal Pronde, señor de Guermantes. Proust empezaría utilizando ese título en un estudio, Le Balzac de M. de Guermantes, antes de convertir su propiedad, a través de A la busca del tiempo perdido, en uno de los castillos más célebres de la historia de Francia.

Peter, Rene

Hijo de un antiguo colega de Adrien Proust en la academia de medicina, René Peter era amigo de Reynaldo Hahn, de Fouquiéres y de Debussy, de quien terminó escribiendo una biografía. Autor dramático, sobre todo de obras en colaboración —su mayor éxito fue Je ne trompe pas mon mari, escrita con Feydeau—, vio y visitó durante una larga etapa a Proust, que lo llama «el alma compasiva de Versalles» y que sintió por él profundo afecto: «Peter es delicioso de

recursos (…), de una gentileza de modales incansable conmigo, y con usted de un afecto, de una admiración y de una ternura que me conmueven», escribe Proust a Hahn.

En 1907, Peter visita a menudo a Proust, cuando éste se encuentra en el Hotel des Réservoirs, y ambos deciden escribir en colaboración una obra de teatro cuyo argumento figura en la carta a Hahn: «Un matrimonio se adora, afecto inmenso, santo, puro (por supuesto, no casto), del marido por su mujer. Pero el hombre es un sádico y al margen del amor por su mujer mantiene relaciones con putas con las que disfruta mancillando sus buenos sentimientos. Y por fin, como el sádico necesita emociones cada vez más fuertes, acaba mancillando a su mujer mencionándola a esas putas, pidiéndoles que la escarnezcan y escarneciéndola él mismo (cinco minutos después se siente asqueado). En una ocasión, mientras está hablando así, entra su mujer en la habitación sin que él se dé cuenta, no puede dar crédito a lo que oye, cae al suelo. Luego abandona a su marido, él le suplica, ella se niega a escucharle. Las putas quieren volver, pero el sadismo le resulta ya demasiado doloroso, y, tras una postrera tentativa por reconquistar a su mujer que ni siquiera le contesta, se mata». (Corr, VI, pág. 216).

Este esquema escénico recuerda La Confesión de una joven y la escena entre Mlle. Vinteuil y su amiga. También en carta a Hahn, Proust asegura haber escrito con Peter una féerie «indeciblemente bella con horribles vulgaridades, pero dos actos de los cinco y la idea son míos».

Pierrebourg, Baronesa de

La baronesa Marguerite Thomas-Galline (1856-1943) se había separado del barón Aimery Harty de Pierrebourg, y había abierto un salón en el que reinaba su amante, el escritor Paul Hervieu, y al que Proust acudía. Al aparecer Por la parte de Swann, Proust le pidió que hiciese gestiones en favor de su libro ante los miembros de la academia Goncourt. La baronesa, alegando que no los conocía

demasiado, sugirió a Proust que pretendiese más bien el premio de la Academia. Su hija Madeleine de Pierrebourg se casará en 1910 en segundas nupcias con el conde de Lauris; éste, que había sido confidente de Contre Sainte-Beuve, y uno de los modelos de Saint-Loup, de la misma forma que su esposa lo será de Gilberte, provocó, al no invitar a Proust a su boda, una amarga carta de reproche por parte del escritor. Plantevignes, Marcel. Hijo de un fabricante de corbatas parisino, Marcel Plantevignes aún no ha cumplido los veinte años cuando conoce a Proust en Cabourg, en agosto de 1907. Algo esnob, y deseoso de amistades y relaciones brillantes, se une a Proust, al que sirve en el verano de 1908 de paje, recadero y secretario para resolver los problemas domésticos de su estancia en el hotel. Esa intimidad iba a provocar la advertencia de una dama, que pone en guardia al joven contra las costumbres «muy especiales» de Proust; la aquiescencia del joven sulfura a Proust, que se indigna porque Plantevignes no ha salido en su defensa: una carta servirá para que sea despedido: «Como quiera que jamás me han seducido esas costumbres del Renacimiento, me apresuro a manifestarle el desprecio que me inspiran y mi deseo de no volver a verle. Ha echado usted tontamente por tierra una amistad que hubiese podido ser muy hermosa».

El fabricante de corbatas, tras leer la carta, se presenta en el Grand-Hôtel exigiendo una explicación, a lo que Proust responde retándole a duelo. Sus dos padrinos, D'Alton y Pontcharra, le convencerán para que abandone la idea. Plantevignes volvió entonces al hotel como amigo y ayudante de Proust, que lo utiliza en A la sombra de las muchachas en flor como modelo de Octave. Dejó un libro de recuerdos sobre su amistad con el escritor.

Plantevignes, Marcel:

Avec Marcel Proust, 1966.

Polignac, Pierre de

Conde de Polignac y duque de Vaientinois, Pierre de Polignac, sobrino segundo del príncipe de su apellido, había seguido la carrera diplomática; cuando conoce a Proust en 1917, está a punto de partir para Pekín; las afinidades entre ambos los unirán por un momento; pero Pierre, el último aristócrata al que Proust habría amado, se casa en 1920 con Charlotte Grimaldi, hija que el príncipe de Monaco había tenido con una costurera y a la que había reconocido en 1900; el príncipe Alberto I admitiría ese reconocimiento y otorgaría a la joven el título de duquesa de Vaientinois y de princesa heredera.

Matrimonio tan sorprendente, propiciado por Poincaré, no dejó de irritar a Proust: «Esta vez que había una gran amistad, se marcha usted para siempre». Durante su luna de miel, Polignac, que ya había alcanzado la dignidad de príncipe, recibió numerosas cartas de Proust, a las que sólo contestó para pedirle que no siguiera escribiéndole: «Todavía no estaba enfadado con él en la época que siguió a su matrimonio y puedo asegurar que nunca ha sido tan gentil. Pero, en fin, estoy enfadado». En La parte de Guermantes II, Proust cuenta anécdotas mordaces y ridículas de Pierre de Valentinois, conde de Nassau convertido en gran duque heredero de Luxemburgo, para el que el de Polignac sirve de modelo.

Polignac, Princesa de

Winnaretta Singer (1865-1943), hija de Isaac Singer, el industrial norteamericano que inventó la máquina de coser que lleva su apellido, y de una francesa, se aficionó desde muy joven a la música —conoció a Gabriel Fauré a los 16 años y fue una de sus amigas más fieles—, y a la pintura —a los veinte años ya había comprado un lienzo de Manet. Casada en 1887 con el príncipe Louis de Scey-Montbéliard —que ni era príncipe ni disponía de fortuna—, no tardó en anular esa boda; en 1893, esta mujer, descrita como «metálica y fría», inteligente y feroz, volvía a casarse con el príncipe Edmond de

Polignac, treinta años mayor que ella: su amor se limitará a exhibirse en la vida mundana de la Belle Époque: ni a él le interesaban las mujeres ni a ella los hombres: en Sodoma y Gomorra Proust hablará de esa unión.

El salón de los Polignac, protectores de músicos, pintores y escritores, era frecuentado por todas las figuras del momento; amigos ambos de Wagner, acuden todos los años a Bayreuth; Ravel les dedica su Pavana para una infanta difunta. Winnaretta, amiga de Robert de Montesquiou, que había propiciado el conocimiento y la boda con Polignac, se peleará con él antes de ese matrimonio, lo que le valdrá numerosos epigramas maledicentes del conde, que dejó un ácido retrato de esta mujer, bajo el nombre de Vinaigretta, en Les Quarante Bergères. En 1900, los Polignac compran el palacio Manzoni en Venecia, y en su palacete de la avenida Henri-Martin celebran todos los años exposiciones en las que la princesa llega a mostrar sus propios ensayos pictóricos. Proust dedicará en 1903 un artículo a «Le salón de la princesse Edmond de Polignac», viendo en la pareja una prefiguración de los Guermantes que utilizará en El tiempo recobrado.

Después de la muerte de su marido, la princesa de Polignac, que volvió a casarse con un aventurero belga, seguirá dedicándose al mecenazgo, a la pintura, a la traducción (Walden, de Thoreau): protegió a Diaghilev y ayudó a músicos como Ravel, Poulenc y Stravinski, y a su muerte dejó su palacete del número 43 de la avenida Henri-Martin (en la actualidad, avenida Georges Mandel) para la Fundación Singer-Polignac.

Proust frecuentó sus salones y acudió a muchas reuniones mundanas que también contaban con la presencia de la princesa, a la que pidió permiso para dedicar al príncipe de Polignac A la sombra de las muchachas en flor. Pero Winnaretta Singer no se lo concedió.

Polignac, Príncipe de

Edmond, príncipe de Polignac (1834-1901), era hijo del ministro ultramontano de Carlos X cuyas ordenanzas desencadenaron la

revolución de 1830. El príncipe no siguió la carrera de su padre, sino que, atraído por la pintura, la música y la cultura, llegó a componer —música religiosa, melodías, etc.— e inventó las audiciones musicales acompañadas de proyecciones de arte mediante la linterna mágica. Con Charles Haas, posó en 1867 para el célebre cuadro de Tissot sobre el Cercle de la rué Royale. Partidario del general Boulanger, en 1889 se presentó en Nancy a las elecciones por esa agrupación, pero no tardó en renunciar en favor de Maurice Barres.

Cuatro años más tarde, Robert de Montesquiou y la condesa Greffulhe arreglaban su matrimonio con Winnaretta Singer, treinta años menor que él. Pero el príncipe estaba más interesado en la música que en las mujeres; además de reunir artistas y gentes de la aristocracia en el salón de su esposa, en su atelier de la calle Cortambert Edmond de Polignac daba conciertos de música propia y ajena: fue ahí donde Proust oyó la sonata de Fauré y los cuartetos de Beethoven. «Maniático insoportable» para su familia según Proust, sirvió a éste para trazar la figura del músico Baldassare Silvande (Los placeres y los días) y su entierro, al que Proust asistió, para describir el de Saint-Loup.

En A la sombra de las muchachas en flor, Proust pone alguno de sus retruécanos y bromas en boca de Bergotte, y en Sodoma y Gomorra hablará del matrimonio de los Polignac. Proust pretendía dedicar A la sombra de las muchachas en flor al príncipe, pero como su viuda negó el permiso solicitado tuvo que dejarla escrita en su correspondencia: «A la memoria querida y venerada del príncipe de Polignac / Homenaje de aquél a quien testimonió tanta bondad y que todavía admira, en el recogimiento del recuerdo, la singularidad de un arte y de un espíritu delicioso».

Porel, Jacques

Hijo de la actriz Réjane y de un director de teatro, Jacques Porel era amigo de Paul Morand y de Jacques Truelle; había conocido a Proust en Cabourg, en 1911. En la primavera de 1919, cuando Proust

se ve obligado a abandonar su casa, Porel le ofreció una planta de la vivienda de su madre, en el 8 bis de la calle Laurent-Pichat, donde vivió de junio a octubre. Proust lo define como «agradable y encantador como una bocanada de viento una tarde de verano», según Céleste. Al morir Réjane en 1920, Porel le pidió un artículo para la N. R. F., pero, enfermo, Proust no pudo complacerle.

En el momento de la muerte de Proust, el 19 de noviembre, Porel acudió a la casa: «Permanecí a su cabecera hasta las cuatro de la mañana. Me había hablado de todos, de todo. De nuestros amigos, de sus libros preferidos». Y Porel deslizó en el dedo de Proust un camafeo que Anatole France le había regalado a su madre el día del estreno de Le lys rouge. Las relaciones entre Porel, gaseado durante la guerra en 1917 y sin trabajo, y su esposa, Anne-Marie Dudval-Foule, con la actriz servirán a Proust para describir la vejez de la Berma, que insiste en actuar a fin de obtener dinero para su hija y su yerno. Porel escribió unas interesantes memorias, Fils de Réjane, donde habla de sus encuentros con Proust.

Porto-Riche, Georges de

Dramaturgo y poeta, Georges de Porto-Riche (1849-1930) cultivó la pintura de la pasión amorosa y de las relaciones sentimentales de la pareja en numerosas obras dramáticas; pero el éxito no le llegó hasta 1891, con Amoureuse. Como poeta, publicó en los años setenta dos volúmenes de versos. Frecuentó los principales salones de la época, desde el de la princesa Mathilde a los de Mme. de Straus y la princesa Bibesco. Firmó el «Memorial de los intelectuales» en favor de Dreyfus. Proust acudirá a ver sus obras de teatro, cenará con él en casa de sus padres, y mantendrá correspondencia con este escritor, hoy olvidado, que en 1923 entraba en la Academia Francesa. Tres años antes, había sido nombrado administrador de la Bibliothéque Mazarine.

En una entrevista de 1904, en que recuerda a los autores de teatro olvidados, Proust afirma que sus dos dramaturgos preferidos son Paul Hervieu y Porto-Riche; en 1917, al aparecer la obra Le Marchand

d'estampes, alaba la obra y el prólogo del autor; y en 1920 hará lo mismo con un conjunto de ensayos de Porto-Riche, Anatomie sentimentale, cuyo título le parece «un título de gloria».

Potocka, Condesa

Emmanuelle Pignatelli (1852-1930), biznieta de papa, se había casado con el conde Nicolás Potocki, uno de los apellidos más ilustres de Polonia. Convertida en devoradora de hombres, no tardó en ser abandonada por su marido; Proust la conoció en 1894 y acudió a su salón, frecuentado por aristócratas como Gabriel de La Rochefoucauld y literatos y artistas como Paul Bourget, el pintor Blanche, el Doctor Pozzi, Montesquieu, Forain, Fauré y Maupassant, que fue su amante y que la utilizó como modelo, junto con Marie Kann, para la heroína de su novela Notre coeur. Sus fieles la llamaban «la Sirena» y también «la Patrona», como a Mme. Verdurin. Bella y despiadada, «tiene una mentalidad liberada de todo prejuicio, pero fiel a supersticiones sociales», dice Proust en «Le salón de la comtesse Potocka», que publicó en Le Figaro el 13 de mayo de 1904, con la firma de «Horatio».

No agradó el artículo a esta encarnación, para Proust, de dos heroínas, una balzaquiana, stendhaliana la otra, de dos de sus libros preferidos: Les Secrets de la princesse de Cadignatt y La Chartreuse de Parme. Terminó retirándose a Auteuil, adonde la siguieron sus fieles. Su destino final fue trágico: durante la segunda guerra mundial, arruinada, abandonada por todos, famélica, fue encontrada un día devorada por sus perros y las ratas.

Pouquet, Jeanne

Hija de un agente de cambio y bolsa, y prometida de Gastón Arman de Caillavet cuando Proust la conoce en el salón de su futura

suegra, Jeanne Pouquet (1874-1961) soportará de mala gana a sus dieciséis años el «acoso» del novelista hasta su matrimonio con Gastón en abril de 1893. «Me producía usted la límpida impresión de un manantial», le escribe Marcel en 1922. Como en el caso de otras amistades masculinas, Proust se rinde ante la prometida de Gastón, quien terminará enfadándose cuando Proust pida una fotografía de Jeanne; ésta, a quien Proust parecía «un agradable chiflado», vivió convencida de que «en la descripción del amor de Marcel por Gilberte [en los Champs-Elysées], encuentro casi palabra por palabra las evocaciones de su amor por mí, cuyo recuerdo él agrandaba interminablemente en unas cartas que yo destruí de forma tan absurda», según escribe en 1947 a su hija Simone. Aun así, en 1928 publicó Quelques lettres de Marcel Proust. Después de la muerte de Gastón, Jeanne Pouquet se casó con su primo Maurice Pouquet.

Prévost, Marcel

Novelista, Marcel Prévost (1862-1941) había trabajado como ingeniero de Tabacos hasta 1890, fecha en la que decidió consagrarse a la literatura. Al año siguiente, el éxito de La Confession d'un amant suponía la primera piedra de una carrera llena de éxitos tanto en la narrativa como en el teatro: Lettres de Femmes (1891-1897), donde denuncia la inmoralidad de la juventud burguesa, lo mismo que Les Demi-Vierges, novela cuya versión teatral fue interpretada en 1905 por Louisa de Mornand. Falto de finura para el análisis psicológico y la verdad humana, sus novelas le dieron en su época una celebridad que lo llevó a la Academia Francesa (1908) y a la dirección de la Revue de Paris desde 1922 a su muerte, donde rechazó un artículo de Proust sobre una novela de Barres: «Conoces el horror que me inspiran las novelas de Marcel Prévost», escribe Proust a Reynaldo Hahn.

El 16 de junio de 1922, durante una gran recepción en casa de Mme. Hennessy, Prévost saludó a Proust diciendo que sus admiradores confundían sus nombres en los sobres de sus cartas, a lo

que con sequedad el autor de A la busca del tiempo perdido replicó que se confundían «únicamente de iniciales». En esa misma velada Proust hace una «pequeña bufonada», un diálogo entre dos invitados que al día siguiente envía a la anfitriona: «Un hombre negro, despeinado, que tiene pinta de estar muy enfermo. Por su pinta enseguida me había dado cuenta de que no era de nuestro mundo. — Calle, usted es un genio. Tiene la fiebre del heno… Es el famoso Marcel Prévost, el autor de los Don Juane».

Proust, Adrien

Padre de Marcel, Adrien Proust (1834-1903) había estudiado en el colegio de Chartres gracias a una beca. Bachiller en letras y en ciencias, renunció a la carrera sacerdotal que le propuso su padre para matricularse en París en medicina, carrera que se prestaba mejor que cualquier otra al ascenso social. Alumno de eminentes especialistas de la época, como Ambroise Tardieu y Fauvel, en 1862 lee su tesis sobre el «pneumotórax idiopático» y alcanza el grado de doctor; al año siguiente ganaba un puesto en una clínica de París y tres más tarde conseguía la cátedra, mientras el cólera se abatía sobre la ciudad en 1866. Jefe de clínica en el hospital de la Charité, empezará en él su carrera de médico higienista; la gran lucha que desarrolla contra el cólera se basa en la idea de los cordones sanitarios; con una visión intemacionalista de la medicina, intentará convencer a los distintos gobiernos de que sólo los cordones sanitarios pueden frenar las epidemias procedentes de Asia o África.

Tras la publicación de su Essai sur L'hygiène internationale, ses applications contre la peste, la fievre jaune et le choléra asiatique, sería comisionado en 1869 por el gobierno para investigar las vías de penetración del cólera en Europa; para ello, viaja a Rusia, Astracán y Persia, visitando en el camino de vuelta La Meca, Turquía y Egipto; en Persia, será recibido por el sha, que le obsequia con unas alfombras que acompañarán a Proust en los distintos inmuebles que ocupe a lo largo de su vida; en Constantinopla lo recibirá Alí Pachá, gran visir.

Fruto del viaje será un libro, en el que aboga por Egipto como barrera natural europea contra el cólera, porque esta enfermedad recorre la ruta de las Indias en sentido inverso; más tarde publicará La Défense de L'Europe contre le choléra, galardonada en 1873 por el Institut de France. Elevado desde ese momento a figura importante de la especialidad, recibirá el título de caballero de la Legión de Honor (1870), será elegido miembro de la Academia de Medicina (1879) y ocupará los cargos de inspector general de servicios sanitarios (1884) y de catedrático de higiene de la facultad de Medicina de París (1885).

Los títulos, las misiones y los honores recaerán sobre este hombre que el 3 de septiembre de 1870 se había casado con Jeanne Weil, a la que había conocido en los medios gubernamentales a los que el médico había accedido gracias a su importancia científica, y en los que los Weil —y sus parientes y valedores los Crémieux-estaban instalados: en ese momento acababa de llegar a París la noticia de la capitulación del Emperador ante los prusianos, y la situación política era confusa, a pesar de que un hombre de la familia Weil-Berncastel, Adolphe Crémieux, pasaba a formar parte del gobierno provisional. Marcel Proust describirá el retrato oficial de su padre, firmado por Lecomte du Nouy: «Un profesor, con su toga de raso escarlata con forro de armiño como la de un dogo (es decir un duque) de Venecia encerrado en el palacio ducal. (…). Es decir un profesor, era tan virtuoso, tan apegado a nobles principios, pero tan despiadado hacia cualquier elemento extraño como aquel otro duque, excelente pero terrible, que era M. de Saint-Simon». (La parte de Guermantes). A su muerte, el profesor Adrien Proust dejaba una veintena de volúmenes sobre higiene y neurología.

En el momento de su matrimonio el médico tiene treinta y seis años; la joven veintiuno; el marido profesa la religión católica; Jeanne Weil no quiere renegar de la fe de sus antepasados aunque no sea practicante, y la boda se celebra sin ceremonia religiosa; sus hijos serán educados en la religión del padre, y la propia Mme. Proust, durante sus estancias en Illiers no se negará a acudir a la iglesia con el resto de la familia. Al año siguiente de su boda, el matrimonio Proust se instala en el número 8 de la calle Roy, en unas circunstancias muy críticas: tras el asedio de París en 1870, los disturbios de la Comuna

volvían insegura la ciudad: una bala perdida roza al médico camino del hospital de la Charité, donde trabajaba como jefe de clínica, por lo que el matrimonio se traslada a casa del tío Louis Weil, en Auteuil, donde nacerá Marcel Proust el 10 de julio de 1871. De regreso a París, alquilan un nuevo domicilio en el número 9 del bulevar Malesherbes, donde la familia vivirá treinta años.

En primavera y a principios del verano, durante toda su vida, los Proust pasarán su tiempo a caballo entre Auteuil y París: Adrien Proust acude todas las mañanas desde Auteuil a su trabajo en el hospital de la Charité o al Hôtel-Dieu (desde 1900); en verano y en las vacaciones de Pascua, Adrien regresará con su familia a Illiers, a casa de su hermana Élisabeth Amiot. En 1898, los Proust cambian su lugar de vacaciones: las pasan en Évian, en el Hotel Splendide, con su hijo mayor, Marcel. Dos años más tarde, Adrien Proust, que tiene entre su clientela importantes personalidades de la vida social, se muda al número 45 de la calle de Courcelles, a un piso que refleja su ascenso social, lo mismo que sus amistades: desde Félix Faure, presidente de la República, a diplomáticos y a los mejores médicos de la época.

De su responsabilidad como médico de la Opéra-Comique, le quedará a Proust un recuerdo que se transforma en la novela en el retrato de Odette disfrazada de Miss Sacripant pintada por Elstir: la foto vestida de hombre que la cantante Marie Van Zandt —que aparecerá en Jean Santeuil—, también relacionada con Luis Weil, había regalado y dedicado a Adrien Proust el 23 de octubre de 1881. En la novela hay un trasunto de las relaciones a intervalos fijos de Adrien Proust con Laure Hayman en la trasposición de Cottard —apellido que, con una sola t, era el de un médico compañero de estudios de Adrien— con Odette, descubiertas por la esposa del médico tras la muerte de éste.

Las relaciones de Adrien Proust y su hijo son de una complejidad que, en Jean Santeuil sobre todo, se refleja como una imagen negativa: la hostilidad entre padre e hijo; en A la busca del tiempo perdido la imagen del padre del Narrador se ha liberado de los defectos con que la cargaba Jean Santeuil y pierde buena parte de esos rasgos hostiles para convertirse en sentimiento de culpabilidad: el padre desempeña un alto cargo en un ministerio y goza de un

prestigio que no le sirve para ser elegido miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas; admirado por su esposa y temido por su hijo, los defectos del padre de Santeuil se reparten en A la busca del tiempo perdido en otros personajes, sobre todo en el doctor Cottard, en quien hay elementos vitales del doctor Proust como las infidelidades hacia la esposa y la muerte por exceso de trabajo. A lo largo de su novela, Proust va dejando alusiones a esa figura paterna: por ejemplo, a su desprecio por «mi tipo de inteligencia» corregido por la ternura, para terminar en una indulgencia ciega sobre lo que el Narrador hace. Las diferencias de temperamento entre ambos, que dieron lugar a disputas violentas y a muestras de vivo interés por su salud, alcanzaron su punto culminante en el momento del caso Dreyfus, cuando Adrien se enfrentó a sus dos hijos, ardientes partidarios del capitán condenado, lo mismo que su esposa: en ese momento llegó a negarse a hablar con Marcel y Robert.

A su muerte, Adrien Proust dejaba una fortuna considerable evaluada en 1.650.000 francos oro (27 millones de francos de 1990, cerca de 700 millones de pesetas); dos años más tarde, Proust sumaría a esa herencia la materna: 1.743.573 francos, más el inmueble del bulevar Haussmann evaluado en 568.119 francos, que deberán repartirse los dos hermanos.

Proust, Élisabeth

Tía paterna de Marcel Proust (1828-1886), hija de Louis-François-Valentin Proust y de Catherine-Virginie Torcheux, tenderos. A los diecinueve años se casó con Jules Amiot, del que tuvo tres hijos: Mathilde (1851-1884), André (1853-1926) y Fernand (muerto en 1931); la primera, se casará y vivirá en Argelia toda su vida; el segundo, que también residió en Argelia mucho tiempo, se aficionó a la pintura como su padre, que le dejó en herencia el almacén de novedades textiles; será Fernand sin embargo quien trabaje ese negocio.

Tras dar a luz a su tercer hijo, Elisabeth Proust, convertida en enferma imaginaria, fue recluyéndose en su habitación para terminar viviendo en la cama de donde no volvió a salir y donde recibe, entre lágrimas, a sus visitas, a las que anuncia su inminente muerte, en especial al párroco de Illiers y a la dama de compañía de su madre. Morirá de cáncer intestinal en 1886, tres años antes que su madre y dos después que su hija Mathilde. Proust la utilizará como modelo de la tía Léonie en Por la parte de Swann, acompañada por la fiel Ernesdne Gallou, que estuvo 33 años a su servicio y que prestó muchos de sus rasgos a Françoise, la criada del Narrador.

Proust, Robert

Dos años después de Marcel nace su hermano Robert Proust (1873-1935), que también pasó por el Liceo Condorcet, donde consiguió buenas notas en las disciplinas científicas y donde también tuvo por profesores a Léon Brunschvicg y a Darlu; pasó luego a la facultad de medicina, para empezar a trabajar en 1893 como interno en un hospital. Alumno de uno de los mayores especialistas de la época en urología, el doctor Guyon, Robert Proust se dedica a la cirugía, especialidad de la que será uno de los primeros representantes en Francia; fue, por ejemplo, el primero en practicar la ablación de la próstata; al lado de otra eminencia médica, de quien fue ayudante, el doctor Pozzi, hizo en 1910, en el hospital Broca, la primera operación a corazón abierto. Más tarde, se concentró en el estudio de tumores y en radiología, creando en el hospital Tenon un centro anticanceroso al que en 1972 se impuso su nombre; sus contactos con Marie Curie dejarán un encendido elogio de la famosa científica, para quien Robert Proust es el único «que comprende nuestros trabajos porque tiene conocimientos de matemáticas». Escribió varios libros sobre su especialidad médica.

En 1903 su padre le había hecho contraer matrimonio, en contra de la voluntad de Mme. Proust, con la hija de una de las amigas del especialista en el cólera: Marthe Dubois-Amiot (1878-1953). Marcel

actuó como testigo en la boda de esa pareja que, al final de la guerra, atravesará por una crisis que bordeó el divorcio: alojada no lejos de su lugar de trabajo, Robert mantenía una amante; Marcel sirvió, sobre todo durante la guerra, de mensajero y recadero entre ambos. Del matrimonio nació una hija, bautizada como Adrienne y llamada más tarde Suzy Mante-Proust.

Se ha tratado de explicar el asma de Proust como una enfermedad surgida de la necesidad de afecto del niño Marcel ante el nacimiento de su hermano menor; sin embargo, las relaciones entre ambos estuvieron soldadas por una profunda amistad en la que Proust ejerció siempre una actitud protectora hacia su hermano menor: «Tuvo siempre para mí el alma fraterna y benévola de un hermano mayor, pero además yo sentía en él como la supervivencia de nuestros queridos desaparecidos y, hasta su último día, siguió siendo más que el guardián de esa supervivencia moral; era todo mi pasado; toda mi juventud estaba encerrada en su individualidad», escribe Robert Proust en 1923, en el Hommage á Marcel Proust.

En el momento de la muerte del escritor, Robert acudió a su cabecera y se encargó de ordenar esos instantes llamando a médicos y a dibujantes o fotógrafos como Man Ray para que hiciesen los últimos retratos de Proust; luego se ocupó de ordenar los textos póstumos y de dirigir la publicación de los tres títulos que «completaban» la novela: La prisionera, Albertine desaparecida (La fugitiva) y El tiempo recobrado. Fundó la Asociación de Amigos de Marcel Proust y animó a su hija Suzy Mante-Proust a velar por la memoria del escritor.

Proust, Valentín

Abuelo paterno de Proust, Louis-François Valentín Proust (1801-1855) había heredado de su padre el oficio de tendero en Illiers, ciudad en la que el apellido Proust figura ya en el siglo XVI entre las notabilidades del pueblo. Instalado en la plaza del Mercado, frente a la iglesia Saint-Jacques, vendía a ésta cirios; su negocio prosperó con la venta de velas de estearina, más cómodas que las candelas de sebo.

Casado en 1827 con Virginie Torcheux, del matrimonio sobrevivirían dos hijos: Françoise-Élisabeth, casada con Jules Amiot, y Adrien, al que destinó al sacerdocio, pero que se dedicó a la medicina.

Radziwill, Constantin, príncipe

Heredero de un encumbrado apellido de la nobleza polaca, de origen lituano y boyardo desde el siglo XV, el príncipe Constantin Radziwill nació en 1850 y se casó con Louise Blanc, de la Société des bains de mer de Monaco, auténtica soberana de ese principado, que aportó al matrimonio su gran fortuna. Era dueño del castillo de Ermenonville —donde el marqués de Girardin había acogido a un Jean-Jacques Rousseau perseguido— y de un palacio en la plaza de Iéna.

Fue célebre por sus costumbres homosexuales y sus doce guapos y vigorosos criados —entre ellos Albert Le Cuziat—, «ataviados desde el alba con pana azul y calzón corto, lucían cabellos rubios rizados con tenacillas e inspiraban tanto respeto que nadie se atrevía a pedirles cosa alguna», según Élisabeth de Gramont, duquesa de Clermont-Tonnerre en carta a Proust. Son muchos los testimonios de la época sobre este personaje: «… un gran señor de una urbanidad exquisita. Muy espiritual, conservaba, incluso en la intimidad, cierto estilo que imponía respeto… me recibía vestido con un pijama rosa suave, y todo el mundo estaba de acuerdo en que sus adornos de perlas blancas y rosas eran maravillosos». (André de Fouquiéres, Cinquante ans de panache). Montesquiou le dedicó dos versos que manifestaban el odio del príncipe Radziwill por el sexo femenino: «Hablar de mujeres es incivil / en casa de Constantin Radziwill». Proust, que lo conoció en sus residencias por su amistad con el hijo, y de quien cuenta historias picantes en alguna carta, lo utilizaría de modelo para el príncipe de Guermantes y para el padre del príncipe de Foix, amigo de Saint-Loup.

Radziwill, Léon, príncipe

Hijo del príncipe Constantin Radziwill, Léon (1880-1927) era conocido por su apodo de «Loche» (= babosa). Proust lo conoció a finales de 1902, justo en el momento en que Bertrand de Fénelon parte hacia la embajada de Constantinopla. Era «un joven lleno de fantasía, de ironía y de encanto, que no amaba nada tanto como la compañía de los escritores y artistas». Sin embargo, Proust queda decepcionado muy pronto —en el invierno de 1903-y escribe en el comedor mismo del castillo de Ermenonville un retrato cruel de este otro modelo de Saint-Loup: «En lo físico es, al tiempo que infinitamente delicado, tan zafio que ofrece más bien el aspecto de un bloque de piedra que el de una estatua, (…) una mirada estúpida que se detenga rasgo a rasgo en el rostro de Loche descubrirá fácilmente su estupidez. (…). Su propia dicción, de jocosa lentitud y falsa afabilidad, parecerá agarrotada por la tontería y la ingenuidad. (…). Alma puta, se entrega al primero que aparece, o más bien es incapaz de darse, lleno de sentimientos nobles, generoso, sensible, no aferrado a nada vulgar, ni al dinero, ni a la celebridad, ni a la sociedad (…) capaz de hacer mil cosas por un amigo, excepto ser su amigo, si esta palabra implica preferencia, fidelidad, seguridad, perseverancia, etc». (Contre Sainte-Beuve, pág. 477).

En 1905, Proust le enviaba una carta de ruptura: «No quiero volver a verle. Tampoco quiero que volvamos a escribirnos…». En ese año, Radziwill se casa con Claude de Gramont, sin invitar a Proust a la boda; ocho días después, el marido estaba harto de un matrimonio que fue disuelto en 1906 y anulado por el Vaticano. Una vez desvanecido el deslumbramiento inicial por este aristócrata emparentado con toda la Europa principesca, la amistad prevalecerá y Radziwill será uno de los visitantes más frecuentes de Proust, junto con Reynaldo Hahn y Antoine Bibesco. Radziwill, que morirá trágicamente en Montecarlo, serviría de modelo no sólo para el hijo del príncipe de Foix, sino también para el marqués de Cambremer.

Renán, Ernest

Célebre escritor y filósofo de finales del siglo XIX, Ernest Renán (1823-1892) se había especializado en el estudio del hebreo, que no se le permitió enseñar por considerarse audaz su pretensión de estudiar los textos religiosos de esa lengua desde el punto de vista estrictamente histórico. Proust, que lo había conocido durante una cena en casa de sus padres, lo visitó al día siguiente (17 de enero de 1889) para que le dedicase La vie de Jésus, el libro de mayor éxito de Renán, al que calificará de «la bella Elena del cristianismo». Lo trató además en algunos salones, sobre todo en el de Mme. D'Haussonville: en el artículo que dedica a ese salón habla sobre todo del filósofo; en 1908 hará un pastiche sobre el estilo de este escritor al que Bergotte debe su nariz en forma de caracol.

Régnier, Henri de

Hijo de una familia noble, Henri de Régnier (1864-1936) empezó imitando a los parnasianos, pero no tardó en frecuentar los martes el salón de Mallarmé, camino de una estética simbolista a la que le convierten Moréas y La Tailhéde. Casado con la hija de José María de Heredia, poetisa con el seudónimo de Gérard d'Houville, sufrirá la influencia del autor de Trophées, que lo aparta del simbolismo. Como novelista, género al que empieza a dedicarse en la última década del siglo XIX, redactó obras de amor en las que exalta la belleza femenina con una prosa que une la cultura clásica y el sueño romántico, el refinamiento simbolista y la inquietud de los modernistas. Conoció a Proust en casa de José María de Heredia: la belleza y sensualidad de las tres hijas de este poeta enamoraban a los artistas que pasaban por su salón; Marie de Heredia, la más inteligente de las tres, decidió reunir a sus adoradores en una Academia canaca, en la que las palabras y los discursos eran sustituidos por muecas.

Durante una recepción en casa de la baronesa de Rothschild, Henri de Régnier, molesto con la pretenciosidad de Montesquiou, le

hizo una observación sobre su bastón, diciéndole que le sentaría mejor un abanico. Estaba reciente el incendio del Bazar de la Charité, donde varios caballeros habían saltado despavoridos sobre los cadáveres abriéndose paso a bastonazos; aunque Montesquiou no estaba en el Bazar, Jean Lorrain ya había identificado los bastonazos con el bastón del conde; ofendido por la insinuación, Montesquiou y Régnier se enfrentaron en duelo a pistola, con el resultado de una herida leve en la mano de Montesquiou.

Entre Proust y Régnier se produjo un roce en septiembre de 1908; en un artículo del poeta sobre autores de pastiches, no citaba a Proust; éste hizo entonces uno sobre el estilo algo empalagoso de Régnier, con mucho tacto para no ofenderle; Régnier lo encontró «muy parecido»; la redacción de Le Figaro había cortado el único pasaje que habría podido molestar al yerno de Heredia.

Régnier insinuó a Proust que presentase su candidatura a la Academia Francesa, para luego, cuando éste se animó a hacerlo, indicarle que debía esperar a que ingresasen antes otros candidatos: «Espere a la próxima vacante». Más tarde, en 1920 gestionó junto con Barres, Léon Daudet y otros amigos la concesión de la Legión de Honor a Proust.

Réjane

Gabrielle Réju (1856-1920) es una de las grandes actrices de vodevil de finales de siglo; su amistad con Antoine y su Théâtre Libre la hará evolucionar hacia el naturalismo precisamente en la última década del XIX: considerada como la actriz más moderna y más sensible de su época, interpretó Amoureuse, de Porto-Riche (1891), La parisienne, de Becque (1893), Casa de muñecas, de Ibsen (1894), etc., alcanzando renombre internacional con un repertorio en el que figuraba Aristófanes al lado de Dumas hijo, Daudet y los Goncourt. En 1906 fundó el Théâtre Réjane, que estrenó en Francia El pájaro azul de Maeterlinck. En 1891, Proust invita a dos condiscípulos, Jacques Baignéres y Jacques Bizet, y a la madre de este último, Mme. Straus, a

la reposición de Germinie Lacerteux, de Edmond de Goncourt: «En el pasado contraje, al oír a Réjane interpretar a Safo y a Germinie Lacerteux, una tristeza recurrente cuyos accesos intermitentes, después de tantos años, todavía se apoderan de mí», escribirá Proust al final de sus días.

Sin embargo, su trato con la actriz no se producirá hasta 1919, cuando Proust se aloje durante cinco meses en el cuarto piso del palacete particular de Réjane, en el número 8 bis de la calle Laurent-Pichat, alojamiento ofrecido por el hijo de la artista, Jacques Porel: la hermosa actriz del pasado ya no era más que una anciana enferma del corazón que iba a morir al año siguiente. Para Proust, verla actuar supuso una «revolución» que le arrancaba lágrimas: «Salla yo con los ojos tan rojos que espectadores sensibles se me acercaban creyendo que alguien me había pegado». Fue uno de los modelos de la Berma, sobre todo en el período de la vejez, cuando se ve obligada a trabajar a fin de conseguir dinero para su hija y su yerno.

Risler, Edouard

Amigo de Reynaldo Hahn y pianista, Édouard Risler (1873-1929), hijo del pintor de historia Auguste Risler, consiguió el primer premio del Conservatorio en 1896. El 21 de mayo de 1895, llegado expresamente de Chartres donde hacía el servicio militar, interpretará la música compuesta por Hahn para el recital de unos poemas que Proust acababa de publicar en «Le Gaulois», titulados Portraits de peintres, en casa de Madeleine Lemaire. Gran intérprete luego de Liszt y Beethoven, con éxitos internacionales que avalaron su carrera, mantendrá con Proust una amistad que permitirá a éste llamarlo para sustituir a Gabriel Fauré —tras el pago de 1000 francos— para la primera cena que ofreció después del fallecimiento de su madre, en el Ritz, en honor del director de Le Figaro, Gastón Calmette.

Robert, Louis de

Novelista, Louis de Robert (1871-1937) había conocido a Proust en 1898, en el momento en que el caso Dreyfus alcanzaba su tensión culminante. Empleado de la casa Edison, asistió con Proust al proceso contra Émile Zola por su artículo J'Accuse y le presentó al coronel Picquart cuando éste recobró la libertad. Louis de Robert, uno de los raros admiradores de Los placeres y los días, que había leído en casa de Pierre Loti, sufrió luego una larga enfermedad que lo retiró a la vida privada después de haber publicado algunas novelas.

En 1909 saca a la luz Le román du malade, de carácter autobiográfico, sobre la lucha contra la muerte con la voluntad como principal arma. El estilo y el tema hicieron merecedor a ese libro de encendidos elogios de Proust, que veía en la enfermedad de Robert similitudes personales: «Acaso piense usted que yo era por todo eso el lector elegido de Le román du malade. Me hizo presentir, ay, que la vida no había sido mejor para usted». Las relaciones entre el arte y el sufrimiento se convertirán, a partir de la lectura de ese libro, en un punto importante de la estética proustiana. La antigua simpatía entre ambos volverá a renacer y Louis de Robert se convertirá en consejero de la «novela de enfermo» que Proust escribe, y cuyo primer volumen Robert será el primero en leer, lo que le hace acreedor, por parte de Proust, al título de «primer amigo de Swann». A ruegos de Proust, Robert sondeará para la publicación de ese manuscrito al editor Ollendorff, cuyo director literario, Alfred Humblot, da una respuesta perentoria que se volverá célebre: «Querido amigo, puede que sea muy duro de mollera, pero no puedo entender que un señor necesite treinta páginas para describir cómo da vueltas y más vueltas en la cama antes de conciliar el sueño. Por más que me devano los sesos…».

Poco después, y una vez conseguido el contrato con Grasset, Proust envió a Robert las segundas galeradas pidiéndole consejo y sugerencias para los pasajes morosos, supresiones, anotaciones, etc. En 1913, Proust le rogó hacer gestiones ante los miembros del Goncourt con vistas a conseguir ese premio para Por la parte de

Swann; volvería a hacerle ese mismo ruego en 1919 al aparecer el segundo volumen de la novela; en la primera ocasión, Robert le sugirió que enviase su libro a Colette; la muerte de Agostinelli cortó en seco las aspiraciones del novelista, que anuncia a Robert «un disgusto que deja muy lejos de su pensamiento cuanto afecta al libro y con mayor motivo el premio Goncourt».

Robert, Louis de:

Comment debuta Marcel Proust, 1925. —De Loti à Proust, 1929.

Riviére, Jacques

Novelista y crítico, Jacques Riviére (1886-1925) trabajaba en La Nouvelle Revue Française desde 1909. Conoció a Alain Fournier (1886-1914), con cuya hermana se casó. Durante la guerra, fue hecho prisionero, y de esa experiencia nacieron dos libros: L'Allemand, Souvenirs et réflexions (1918) y Carnet de guerre: août-septembre 1914, que apareció póstumo en 1929. En 1919 se convirtió en director de la «Nouvelle Revue Française», la revista de la editorial del mismo nombre, que abrió a numerosos jóvenes aunque frenando las formas más audaces de las vanguardias. En su esfuerzo por dar a conocer los valores de la época siguiente, editó a Joyce y a Proust. Al aparecer Por la parte de Swann, Riviére, joven secretario de la N. R. F. en 1914, le había enviado en esa fecha una carta entusiasta, a la que Proust respondió con otra donde hay una frase clave: «Por fin encuentro un lector que adivina que mi libro es una obra dogmática y una construcción». Sería el principio de una amistad que convertirá a Riviére en paladín de la obra de Proust desde ese momento.

En 1919, cuando Gallimard firma el contrato para editar A la sombra de las muchachas en flor, Riviére se hace cargo del texto, que lee minuciosamente, pidiendo a Proust aclaraciones, proponiéndole

correcciones, en una tarea ímproba que Proust agradeció. En 1920, el novelista rogó al doctor Roussy que atendiese gratuitamente a Riviére, que sufría de neurastenia: su salud era endeble y no ganaba suficiente dinero en la N. R. F.; y a finales de verano, consiguió, como miembro del jurado del premio Blumenthal, que la dotación de 12.000 francos fuese a parar a Riviére; poco después, quiso recomendar su novela Aimée, que había dedicado a Proust, para el premio Balzac, pero Riviére le prohibió cualquier intervención ante Léon Daudet en su favor. El propio Proust sintió en su carne la independencia radical de Riviére, que al día siguiente del premio Blumenthal le devolvió un artículo halagüeño sobre una obra reciente de Léon Daudet escrito para La Nouvelle Revue Française. Al leer Sodoma y Gomorra I, Riviére se confiesa conmocionado por el libro y, desconocedor de la sexualidad de Proust, le escribe: «Había oído demasiadas veces a mi alrededor falsear la noción de amor como para no experimentar un delicioso alivio oyendo hablar de ello a una persona tan sana, tan equilibrada como usted».

Gran admirador de Proust, trató de disuadirle, y lo consiguió, de presentar su candidatura a la Academia: «No es usted un escritor agresivo, ni hirsuto, conforme, y es una de las cualidades que más me gustan de su escritura; pero por más que haga, es usted demasiado vivido, demasiado positivo, demasiado auténtico para esa gente. La mayoría de ellos son incapaces de comprenderle: su sueño es demasiado profundo». Dejó una abundante correspondencia amistosa y editorial con Alain Fournier, Paul Claudel y Proust.

Riviére, Jacques:

Avec Marcel Proust (1914-1922), 1976.

Rochat, Henri

Joven de origen suizo que en 1918 trabajaba como camarero en el Ritz; Proust pide que lo adscriban a su mesa, y Rochat empieza a vestir con una elegancia y una calidad que, según el maître d'hôtel, Camille Wixler, no podía permitirse: «Mi educación a esa edad no me permitía imaginar lo que pasaba, pero luego un día supe por boca misma de M. Proust de qué se trataba. Me hizo comprender que ciertas especies del género humano no estaban hechas como otras». Las exigencias financieras del suizo hacen que Proust se queje a Lionel Hauser de las penas de corazón que sufre desde hace dos meses: «Cuando no ama uno a gente del mundo sino del pueblo, o casi, esas penas de amor se acompañan por regla general de considerables dificultades financieras». La correspondencia proustiana del período confiesa a varios amigos esos amores ancilares, dando incluso cifras de gastos.

En 1919 Rochat empieza a trabajar con Proust en calidad de secretario, aunque, a pesar de su carácter «huraño y silencioso, con esos humos que se dan muchos suizos», según Céleste Albaret, sirve sobre todo para entretener a su amo jugando con él a las damas: «Ando embarcado en negocios sentimentales sin salida, sin alegría, continuos generadores de fatiga, de sufrimientos, de absurdos gastos», escribe el novelista a Mme. Straus. Rochat terminó instalándose en casa de Proust, en el bulevar Haussmann primero y luego en la calle Laurent-Pichat, donde pasaba el día encerrado en su cuarto, al que a veces acudía una muchacha que presentó como su novia. Declara tener ambiciones mayores que la de criado: quiere dedicarse a la pintura, y cuando Proust pretende dictarle algo adopta aires de artista incomprendido: «Cree que pinta. (…). En mi trabajo, me cansa más que ayudarme…». Según Céleste Albaret, Rochat, al que Proust pronto empezó a no pedir nada, «se quedaba en su cuarto, garrapateando su pintura, o salía. Casi no se le veía». Aun así, vivió allí dos años. «La suerte de Henri es incierta. No puedo decir que eso sería invitus como Tito. Pero dimitiere [le] es duro de proferir». Proust, que ya una vez le había pagado un viaje a Suiza para que buscase trabajo, terminará despidiendo a Céleste por el clima envenenado de las relaciones entre los criados y sus enfrentamientos.

No tardará en volver a llamarla, en trasladarse a la calle Hamelin y en pedir ayuda (1921) a Horace Finaly, director de la Banque de Paris et des Pays-Bas. El 12 de mayo de 1920, cuando Proust conversa en su casa con Paul Morand, y después de que Henri, «que acaba de levantarse y que hace su aparición en un pijama terriblemente chirriante», salga, confiesa a su amigo que cada salida de Rochat le supone «diez mil francos de deudas»; por fin, Finaly encuentra un empleo para Rochat en la sucursal bonaerense del banco. A principios de junio de ese año, Rochat embarca para Argentina y desaparece de la vida de Proust, que visita a la novia, abandonada, para consolarla. Alberdne debe a este personaje su gusto por el dibujo y la pintura, aunque también sirvió a Proust para Morel en su faceta de «mentiroso y malvado», como lo califica Reynaldo Hahn.

Rostand, Maurice

Hijo del autor de Cyrano de Bergerac, Maurice Rostand (1891-1968) empezó escribiendo versos que en pleno siglo XX recuperaban el acento romántico. Amigo de Cocteau y de Lucien Daudet, compartía con ellos la pasión por el maquillaje, que a Proust le parecía un exhibicionismo peligroso. Cocteau pidió a Maurice Rostand que interviniese ante Eugéne Fasquelle, editor de Edmond Rostand, para publicar el primer tomo de A la busca del tiempo perdido. Pero a Fasquelle no le interesó. Rostand quiso conocer a Proust a principios de 1913; Proust le dio una cita descabellada: a las seis de la mañana en el pórtico de Notre-Dame, que hizo desistir al hijo del dramaturgo. Terminó conociéndole, en compañía de Mme. Scheikévitch, y fue invitado esa misma noche a cenar en casa de Proust; «Se puso a leerme, con su extraordinaria voz rota, el principio de Por la parte de Swann».

Al aparecer ese primer volumen, Rostand publicó un artículo muy elogioso en Comoedia, que enfureció al novelista, porque lo comparaba con Pascal, Leonardo y Shakespeare. En sus memorias, publicadas bajo el título de Confession d'un demi-siècle, Rostand

asegura haber visitado varias veces la casa de Proust, neutralizando su perfume de Guerlain con esencia de eucalipto. Después de sus inicios poéticos, Rostand escribió numerosas novelas —la más famosa, la pacifista L'Homme que j'ai tué, fue llevada al cine por Ernst Lubitsch, con Lionel Barrymore en el papel protagonista, en 1932, bajo el título de Broken Lullaby— y piezas de teatro, sacadas unas de sus narraciones y otras originales como La Gloire (1921), Le Phénix (1923) y Le Procés d'Oscar Wilde.

Sagan, Boson, príncipe de

Elegante de la sociedad aristocrática parisiense, Boson, príncipe de Sagan (1832-1910), solía reunirse en el foyer de la Comédie-Française con la flor y nata de la aristocracia mundana: con el general Gallifet —del que solía burlarse por el punto en común que los unía: el de maridos engañados—, Charles Haas, Robert de Fitz-James y Luis de Turenne. El 2 de enero 1908 protagonizó un escándalo que fue la comidilla del todo París. Llegó a las manos, ante el pórtico de Sainte-Clotilde, con su primo Boni de Castellane, divorciado de Anna Gould; Sagan, que se encontraba en bancarrota, había pedido a ésta en matrimonio. En el altercado, tras los insultos vino un escupitajo de Castellane; al tratar de evitarlo, el de Sagan tropezó, circunstancia que aprovechó su pariente para darle una tunda de palos. En julio de ese año Sagan se casaba con la rica heredera; pero poco después sufriría una parálisis que lo postró en una silla de ruedas, como le ocurre al barón de Charlus, a quien Jupien tiene que llevar en una silla semejante.

Sagan, Princesa de

Jeanne Seilliére, princesa Boson de Sagan, pertenecía a una aristocracia creada durante el II Imperio. Beldad de la época, tuvo una

juventud galante aunque su conducta a final de siglo estaba toda hecha de melindres y de un falso empaque cortesano que denunciaba precisamente lo que quería ocultar: su reciente ennoblecimiento. Fue una de las admiradoras de Charles Haas, quien participó en el célebre baile que la princesa dio en 1885, al que los invitados acudieron disfrazados de animales. Proust la conoció en Villa Personne, cerca de Trouville, donde la familia Sagan pasaba sus vacaciones, y donde ella paseaba seguida, como la princesa de Luxembourg, por un pequeño criado negro.

Saint-Marceaux, Mme. de

Mlle. Jourden, hija de un comerciante de tejidos de El beuf, se casó en segundas nupcias con el escultor René de Saint-Marceaux, autor de la «Juana de Arco» del pórtico de la catedral de Reims. En su palacete del núm. 100 del bulevar Malesherbes, Mme. de Saint-Marceaux recibía los viernes a músicos y melómanos. Proust, que mantuvo correspondencia con la dueña de la casa, acudirá a sus viernes los primeros años de vida mundana arrastrado por Reynaldo Hahn.

Saint-Paul, Marquesa de

Diana Feydeau de Brou, una vez convertida en marquesa de Saint-Paul, abrió las puertas de su salón, en la calle Nitot, a la mejor aristocracia del faubourg Saint-Germain; amante del príncipe Napoleón, al que ha cerrado los ojos en Roma, la marquesa cultiva, mima y defiende sobre todo a los músicos: Reynaldo Hahn presentará en su salón a Proust, que pudo apreciar la mordacidad de esta mujer que recibía el sobrenombre de «Serpent á sonares», y que serviría de modelo principal a Mme. de Saint-Euverte; en su salón dedicado a Mme. Lemaire (Le Figaro, 1903), Proust la describe reclutando en él a

sus invitados, como hace Mme. de Saint-Euverte en la soirée de la princesa de Guermantes.

Saint-Saëns, Camille

Compositor y pianista, Camille Saint-Saëns (1835-1921) es uno de los grandes nombres de la renovación musical francesa de finales del siglo XIX, que fundó con Fauré, Franck, Lalo, Bizet, Duparc y Massenet la Sociedad Nacional de Música. Profesor de Reynaldo Hahn, algunos biógrafos les adjudican una pasión amorosa iniciática para el discípulo que otros biógrafos niegan. Sea como fuere, cuando Proust lo conoce en 1895 en casa de Mme. Lemaire, las relaciones del compositor con Hahn no son buenas: «Que cante su música si quiere, pero que deje la mía tranquila», contesta el maestro cuando le preguntan si Hahn puede cantar una de sus melodías en el salón de Mme. Lemaire.

En ese año, a ruegos de Hahn, Proust escribe dos artículos elogiosos en «Le Gaulois» sobre Saint-Saëns: «Genio inspirado de la música, dotado de una sensibilidad profunda», aunque el autor de A la busca del tiempo perdido no apreciase mucho su música ni su forma de interpretar al piano, hasta el punto de compararle con Anatole France: «Idéntica naturaleza de estilista, idéntico saber disimulado, idéntica aplicación hábil y afortunada de los principios establecidos, idéntico gusto, idéntica gracia discreta, idéntica confianza en sí mismo, en su pluma, idéntica facilidad basada en la posesión completa y por así decir innata de la técnica». Sin embargo, de la Sonata en re menor para piano y violín Saint-Saéns arranca la «pequeña frase» de Vinteuil, que es el leitmotiv de los amores de Swann y Odette de Crécy, y que Hahn tocaba a menudo para Proust.

Saussine, Henri, Conde de

Músico y crítico musical, además de aficionado a la escritura, el conde de Saussine, descrito por Ferdinand Bac como «palabrero, mareante, ingenioso, epiléptico», recibirá los elogios de Proust por su libro Le Nez de Cléopâtre; en ese momento (1893), Proust pensaba en él como uno de sus introductores en los salones más aristocráticos. El conde abrió su propio salón en el 16 de la calle Saint-Guillaume, donde se reunían, según Proust, «duques sin altanería y novelistas sin pretensiones (…) [y mujeres] que se percatan de la belleza sin comprenderla». Gracias a él, Proust empezó a estimar las óperas de Wagner, las sinfonías de Franck, de d'Indy, y mejoró su cultura musical; en su salón conoció al pianista Léon Delafosse y probablemente a Gabriel Fauré. En La Revue Blanche aparecerá en julio de 1893 un poema de Proust, «Eventail», dedicado a Saussine. Y en mayo de 1894, el novelista asistió al estreno de su partitura Fantasie, compuesta para cuatro voces y cuarteto con letra de poemas de Les Chauves-souris, de Montesquiou.

Schiff, Sydney

Escritor inglés que utilizó el seudónimo de Stephen Hudson, Sydney Schiff (1868-1944) era hermano de Edith Gautier-Vignal, a su vez suegra de Louis. Entusiasmado con la lectura de Por la parte de Swann, dedicó en 1919 a Proust su novela Richard Kurt y le pidió fragmentos de A la sombra de las muchachas en flor para publicarlos en su revista «Arts and Letters», antes de conocerlo personalmente, además de invitarle a su casa de Londres si quería trabajar en un ambiente de «sosiego y afecto». De paso por París con su mujer, Schiff se reunirá con Proust el 2 de mayo de 1922 en el Ritz, donde ambos celebran la aparición de Sodoma y Gomorra. Mecenas de escritores y artistas junto con su mujer, Violet Beddington (1875-1962) —a la que Proust llamará «el Ángel violeta. (…). Flor escondida, olorosa y maravillosa cuyo pedúnculo y eflorescencia pintó minuciosamente Leonardo de Vinci en los dibujos que tal vez haya visto usted en la biblioteca ambrosiana»—, el 18 de mayo de 1922 invitará a Proust a

la cena que el matrimonio Schiff daba en el Hotel Majes-tic para celebrar el estreno de Le Renard, de Stravinski, y a la que asisten el compositor, Picasso, Diaghilev, sus bailarines y James Joyce: será la única vez que el autor de Ulises se encuentre con Proust.

Los Schiff, a quienes Proust invita para presentarles a su cuñada Marthe y a su sobrina, ofrecieron a ésta pasar una temporada en su casa londinense, pero la idea de que a sus dieciocho años la joven cruce sola el Canal de la Mancha escandaliza a Proust. «Sólo ustedes me han parecido lo que siempre uno busca», escribe Proust en el ejemplar de Sodoma y Gomorra II que dedica a la pareja. Schiff trabajó para que A la busca del tiempo perdido fuese traducida al inglés y, muerto el primer traductor de esa lengua, Scott-Moncrieff, cuyo trabajo critica en cartas a Proust, él mismo se hizo cargo de la versión de El tiempo recobrado (Chatto Windus, 1931). Como novelista, Schiff cultivó novelas y relatos de corte modernista —uno consagrado a Céleste Albaret, Céleste, publicado por T. S. Eliot en su revista «The Criterion»—, hoy totalmente olvidados en Inglaterra.

Schikévitch, Marie

Hija de un abogado ruso y nacida en San Petersburgo, Marie Schikévitch se había casado con el hijo del pintor Carolus Duran, y al abandonarla éste hizo un intento de suicidio que luego trató de olvidar con un amor desenfrenado por la vida y sobre todo por los hombres célebres. En París quiso convertirse en egeria de los salones, persiguiendo a Jules Lemaitre, Anatole France, Gastón Calmette, Proust, etc. Presentó sus escritos a France y a Lemaitre, quienes reconocieron que no habían visto nunca nada semejante. «Es cierto, dirá France cuando le pregunten si es verdad esa opinión, que ella ha hecho correr, pero no tenemos por qué decir en qué consiste tal singularidad».

En sus Souvenirs d'un temps disparu (1935) habla de su amistad con Proust, quien, agradeciéndole sus cumplidos y tratando de distanciar sus amistades veraniegas de su vida en París, llega a

escribirle: «Menos mal que no tengo memoria y que olvido muy pronto a las personas que me han agradado». En esos Souvenirs insinúa que sus relaciones cobraron cierto «tono afectuoso». En una carta a Reynaldo Hahn desde Cabourg, de 1912, Proust habla de la egeria: «Como aquí ando muy desprovisto, la menor mujer agradable me turba un poco y le manifiesto a mi pesar una simpatía que después no mantengo». Intermedió ante Calmette para la publicación de algún artículo de Proust, que tal vez se fijó en ella para el retrato de Mme. Timoléon d'Amoncourt, en Sodoma y Gomorra. Por los elogios y gestiones que hizo al aparecer Por la parte de Swann Proust le dedicó un ejemplar con una carta capital sobre Albertine: «Preferiría presentarle a los personajes que todavía usted no conoce, sobre todo el que juega el papel más importante y guía la peripecia: Albertine» (noviembre, 1915), antes de hacer un resumen de su papel en A la sombra de las muchachas en flor, La prisionera y Albertine desaparecida, demostrando que en ese momento ya estaban escritos los borradores de esos tres títulos.

Schlumberger, Gustave

Historiador de Bizancio, Gustave Schlumberger (1844-1929) abandonó una tarde de octubre de 1897 —en compañía de Lemaitre y de Forain— el salón de Mme. Straus, tras una fuerte discusión con el marido de la anfitriona a propósito del caso Dreyfus. A partir de ese momento, rompió con todos sus amigos judíos, acusándolos de defender su inocencia no por creer en ella sino por ser correligionarios del capitán. En 1908, la candidatura de Schlumberger a la Academia francesa arranca de la pluma de Proust una carta furibunda a Mme. Straus y un artículo —rechazado por Le Figaro debido a su virulencia, y luego perdido—, además de un retrato burlesco del «famoso falso sabio Humberger» en el Cahier 36 de los manuscritos de A la busca del tiempo perdido. Algunos de sus rasgos se encuentran en Brichot y en «el historiador de la Fronda». La enemistad era recíproca; en sus memorias, Schlumberger dejará su

recuerdo de Proust: «Sobre un taburete, a los pies de Mme. Geneviéve Straus, se veía siempre al extraño Marcel Proust, todavía adolescente, que, después, escribió libros admirados por unos, muy incomprensibles para otros, entre los que me encuentro». (Mes souvenirs, 1944-1928,1934).

Sem

El caricaturista Georges Coursaut, llamado «Sem», gozó de gran predicamento entre los escritores a raíz de la publicación de Les Sportsmens. Fue amigo de Montesquiou, a quien caricaturizó —lo mismo que a sus amigos— en las poses declamatorias que adoptaba en sus fiestas recitando versos propios; el conde habla de ellas en Professionnelles Beautés. Amigo también de Proust, trató de convencerle de la escasa importancia que para la historia del arte tenían los primitivos italianos. En 1907, durante las vacaciones, Proust acompaña en taxi a Sem de Trouville a Cabourg, y en cada curva un buey suelto se lanza sobre el coche; en su correspondencia Proust transcribe la frase de Sem: «Me propone usted un paseo y me lleva a una corrida en plenas pampas». Sert, José María Pintor español, José María Sert (1874-1945) había nacido en una familia de la alta burguesía textil de Barcelona, en cuyos ambientes bohemios modernistas pasó la juventud. En 1899 se trasladó a París donde vivió sin apenas interrupciones hasta el final de sus días. En un taller del último piso de su palacete de la calle Barbert-de-Jouy primero, y de la avenida de Ségur después, trabajó para distintos medios artísticos: los ballets de Diaghilev o varias representaciones teatrales (Le soulier de satin, de Paul Claudel, entre ellas).

En 1914 se casó con Missia Godebska, ya divorciada en dos ocasiones. Experto en decoraciones murales para residencias de aristócratas y millonarios en Europa y América —desde el palacio del marqués de Salamanca de Madrid, a un pabellón de caza de los Rothschild en Chantilly, pasando por el hotel Waldorf Astoria y el Rockefeller Center de Nueva York, la Sociedad de Naciones de

Ginebra, o la catedral de Vic (murales destruidos durante un incendio a comienzos de la guerra civil, rehechos luego por el pintor, que desde el principio se había puesto al servicio del bando franquista)—, verá a menudo a Proust en la vida social, tanto en Cabourg como en París; el escritor propuso en una ocasión editar Pastiches et Mélanges con una página manuscrita y un dibujo del pintor español; al novelista le fascinaban sobre todo los trajes diseñados por Sert para La leyenda de José, de Diaghilev, que compara con los vestidos de Carpaccio y de Fortuny.

Sorel, Albert

Historiador de la Revolución francesa, Albert Sorel (1842-1906) estaba escribiendo su libro mayor, L'Europe et la Révolution Française (1885-1904), en el momento en que Proust acude (1890-1891) a sus clases en la Escuela Libre de Ciencias Políticas. La opinión de Proust sobre esta figura de la historiografía francesa aparece en Jean Santeuil: «Se le miraba como a un hombre de genio que deleita, como a un histérico que interesa, uno volvía encantado a casa no sabiendo si volvía de la Sorbona o de la Salpétriére». Aunque más tarde no mantuvieron una relación continuada, Sorel, en el momento de reseñar la traducción de Proust de La Bible d'Amiens, habla de su lenguaje: «Escribe, cuando medita o sueña, un francés dúctil, evanescente, envolvente, con infinitas derivaciones de tonalidades y matices, pero siempre traslúcido, y que a veces trae a la memoria los vidrios en que Gallé encierra sus lianas».

Soutzo, Princesa

Hélène Chrissoveloni, descendiente de una familia de arcontes de la isla griega de Quíos, había nacido en Galatz, en Moldavia. Oficialmente era esposa del príncipe Dimitri Soutzo, agregado militar

de la embajada rumana en Francia, del que se hallaba separada de hecho —no lo hará legalmente hasta 1924— en el momento en que conoce a Paul Morand, que la presentó a Proust el 4 de marzo de 1917, y con el que se casará en 1927. Dueña de una gran fortuna procedente de un banco griego propiedad de su padre y de los campos de petróleo rumano, residía en un palacete de la avenida Charles-Floquet, tan espacioso que, por ser difícil de calentar en tiempos de guerra, se alojaba en un apartamento del hotel Ritz, adonde Proust acudía a cenar varias veces a la semana durante ese período, además de asistir a las brillantes recepciones y cenas que la princesa daba para sus invitados de calidad, o que ofrecía, pálido y agotado, el propio Proust, que en esas fechas convirtió el Ritz en su cuartel general, y que dirige la conversación de manera brillante, contando anécdotas que llegan a sorprender en ocasiones a Paul Morand por su antisemitismo.

Como en otros casos de relaciones amorosas de amigos —Louis d'Albufera y Louisa de Mornand, por ejemplo—, Proust se convierte en tercero de la pareja que forman Morand y la princesa Soutzo. De pequeña estatura, muy hermosa —Paul Nadar la fotografió en 1909—, orgullosa de su estirpe e inteligente, mantendrá con Proust una abundante correspondencia, en la que una amistad profunda se mezcla con declaraciones de amor, y que Morand publicará en Le Visiteur du soir.

Standish, Mme.

Hélène des Cars (1848-1933), casada con Henry Standish, estaba considerada como una de las mujeres más elegantes de la época y era célebre por su parecido con la reina Alejandra: «Epatante de elegancia marinada, de simplicidad artificiosa». Personalidad notable y de las más discretas de la sociedad parisiense, había sido amante del general de Gallifet y del futuro Eduardo VII de Inglaterra, y había difundido entre las parisinas la moda del «chic inglés».

Hélène Standish y su prima Mme. Greffulhe invitaron en mayo de 1912 a Proust a un ensayo de Sumurum, pantomima escenificada por Max Reinhardt; Proust pide inmediatamente a Mme. de Caillavet información sobre los atuendos de esas damas para su novela, rogándole el secreto porque «las dos mujeres a quienes vestiré —como dos maniquíes— con sus atavíos no guardan la menor relación con ellas, porque mi novela no tiene clave alguna». Proust empleará esa información para oponer las toilettes de la princesa y de la duquesa de Guermantes en la Ópera, en La parte de Guermantes, «dos formas de comprender la toilette, la elegancia, muy diferentes, muy opuestas». Cuando Proust se traslada a la calle Hamelin, su casa está al lado del palacete de Mme. Standish, a quien Proust saca a escena con su propio nombre en Sodoma y Gomorra.

Straus, Émile

Hijo según los rumores de un Rothschild, este abogado israelita se había labrado su propia fortuna ejerciendo su profesión en la Compañía de Ferrocarriles del Norte. Buen coleccionista de arte, compró en ese momento pintura simbolista, modernista e impresionista (Moreau, Monet, Pisarro). En 1886 se casó con Geneviéve Halévy, viuda de Georges Bizet; muy celoso y enamorado de su esposa, fue aceptado a condición de que le permitiese seguir viendo a sus viejos amigos artistas. Ayudó a Proust como abogado en algunos contratos editoriales y en algunas ventas de mobiliario. Es uno de los principales modelos de Swann, que se desvive por el éxito social de su mujer; y también del duque de Guermantes, que ríe y repite las ocurrencias de su esposa.

Straus, Mme.

Geneviéve Halévy (1849-1926), hija del compositor Jacques-Fromental Halévy, se casó con un antiguo alumno de su padre, el compositor Georges Bizet (1838-1875); a la muerte de éste, a quien el fracaso de Carmen llevó prácticamente al suicidio según sus contemporáneos, se casó en 1886 con el abogado Emile Straus. Edmond de Goncourt hará en su Journal un retrato profundo de Mme. Straus y de su salón, al que acudían sus amigos de la época de Bizet, músicos, actores, pintores y algunos escritores que no figuran entre los grandes de la época: Degas, Lemaitre, Bourget, Hervieu, Lucien Guitry, Réjane. Proust, condiscípulo de su hijo Jacques Bizet en el Liceo Condorcet, será presentado en su salón en 1888.

Mujer profundamente generosa, neurasténica, de una bondad natural que salpicaba con ocurrencias mordaces llenas de ingenio que la hicieron célebre en la mundanidad parisina, lo mismo que sus suntuosas toilettes, será fiel a la amistad de Proust: una voluminosa correspondencia entre ambos lo atestigua. Para Proust, que al principio hizo la corte a Mme. Straus inundándola de crisantemos, era una mujer singular porque suponía «un género de vida» hecho de encanto, elegancia, ingenio y cariño. Cuando Proust inició la redacción de A la busca del tiempo perdido, Mme. Straus puso a su disposición sus cuadernos de notas, en los que apuntaba frases y anécdotas de los escritores y músicos que pasaban por su salón. Será uno de los modelos de la duquesa de Guermantes, sobre todo en sus réplicas y ocurrencias mordaces.

Talleyrand-Périgord, Condesa de

Véra de Bénardaky, hermana de Nicolás Bénardaky y viuda de un diplomático, abre su salón en la avenida Montaigne al mundo de la diplomacia, gracias a su hermana, casada en segundas nupcias con el embajador Armand Nisard; acuden el conde Vandal, Robert de La Sizeranne y personalidades que dan brillo a sus reuniones, lo cual no mejora la opinión que sobre ella tiene, por ejemplo, Mlle. Malakov: «Ha conseguido buenos resultados. Sólo hay una persona que

desentona en su casa… ¡ella!». Pero la propia condesa confesó su truco a Ferdinand Bac (Souvenirs inédits, libro VI): «Siempre me he hecho pasar por más tonta de lo que soy y estar mejor de lo que me encuentro».

Torcheux, Virginie

Abuela paterna de Proust, Catherine-Virginie Torcheux (1808-1889) se casará con Valentín Proust en 1828. El matrimonio tendrá tres hijos: una niña nacida en 1826, muerta a los seis años; Élisabeth, que se casará con Jules Amiot, y Adrien Proust. Viuda a los cuarenta y cinco años, seguirá al frente de la tienda familiar. Cuando Virginie Torcheux muere, Proust, que no la menciona en su correspondencia ni en su obra aunque pasó sus veranos infantiles en Illiers, tiene once años.

Trarieux, Gabriel

Condiscípulo de Proust en la Escuela Libre de Ciencias Políticas, el poeta simbolista Gabriel Trarieux (nacido en 1870) también fue compañero suyo en la redacción de Le Mensuel (1890-1891) y de Le Banquet (1892-1893). Proust, que lo persigue para leer sus versos a este poeta que se cree innovador, ensayó en él sus primeras armas como crítico literario, exigiendo a su poesía traducir «el murmullo de las voces interiores»; en sus poemas encuentra reminiscencias de Verlaine y Laforgue, «que a su vez descienden directamente de Racine y de A. de Musset». Proust desea que sume a ese influjo los de Amiel y Sully Prudhomme, y que busque, por el camino de los «sufrimientos que vienen del corazón», la melancolía, el sentimiento y la sinceridad, los tres puntos de arranque de la «teoría» proustiana de la escritura.

Turenne, Louis, Conde de

Elegante aristócrata, Louis, conde de Turenne, casado con una Fitz-James, era amigo de Charles Haas y del príncipe de Gales, cuya vida mundana acompañaba. Frecuentó los salones de Mme. Straus, de la princesa Mathilde y de la condesa Greffulhe con su célebre monóculo, que Proust, que lo trató en esos salones, colgará de los ojos de M. de Palancy y de M. de Bréauté (Por la parte de Swann). Se creía entendido en arte mientras su fortuna —como la de los Fitz-James— iba deteriorándose hasta el punto de tener que casar (8 de octubre de 1904) a su hija Marguerite, de veinticuatro años, con Arthur Meyer, hombre de sesenta; en una carta, Proust recuerda que, años antes de esa mesalliance, durante una cena en su casa, el conde le había pedido que «distribuyera los sitios de forma que estuviese lo más lejos posible de Meyer». La boda, saludada como gran escándalo por la prensa satírica, fue calificada de «alianza del sable con el judiastro».

Ulrich, Robert

Sobrino de Félicie Fitau, antigua cocinera de los Proust, Robert Ulrich, nacido hacia 1881, sirvió a Proust de recadero para todo y de secretario a ratos hasta 1907, año en el que, por ejemplo, lo envía a la redacción de Le Figaro con el artículo Sentimientos filiales de un parricida. El joven vive en el bulevar Haussmann mientras Proust le busca un empleo recomendándolo a sus amigos: «Muy distinguido y bien de aspecto, escribe bien (…), modales muy gentiles, muy serios, pero sin instrucción más profundizada».

Pasa muchas noches fuera de casa, con una amante cuyas cartas encontró y leyó Proust, muy divertido con la ingenua vulgaridad de la autora; para Ulrich, en cambio, era pura inteligencia, y Proust transcribe sus palabras en una carta a Reynaldo Hahn: «Esa mujer no es guapa, pero me acuesto con ella porque es extraordinariamente inteligente, como puede ver usted en sus cartas». En espera del

anhelado empleo, Proust lo utiliza ocasionalmente como secretario hasta 1907; luego, en 1909, en Cabourg, de donde Ulrich tiene que desaparecer porque, tras corromper a una muchacha, los padres le siguen la pista: «En tales condiciones no puedo traérmelo a Cabourg, donde parecería que lo oculto». En 1913 se presenta, hambriento y sin trabajo, en el bulevar Haussmann, y Proust consigue encontrarle un empleo a través de la mujer de Jacques Bizet. Modelo del criado Joseph Périgot en A la busca del tiempo perdido, como lo confirma la carta de la amante de Ulrich que Proust cita en carta a Reynaldo Hahn.

Vaudoyer. Jean Louis

Poeta y novelista, Jean-Louis Vaudoyer (1883-1963) empezó a publicar versos en 1906; Les Compagnons du rêve están adscritos a la férula de su amigo Henri de Régnier. Novelista de obras que no han sobrevivido al paso del tiempo, tuvo más importancia como crítico de arte y como autor de visiones clásicas y generales de Italia, sus artistas y los paisajes: (Les Délices de L'Italie (1924), Beautés de la Provence (1926), L'Italie retrouvée (1950), etc. Conservador del Museo Carnavalet y administrador de la Comédie-Française durante la Ocupación, Vaudoyer era un valor de época cuyo mérito, pese a la amistad y a la admiración que por él sentía como crítico de arte, Proust valoró correctamente: al recibir Dix-sept Sonnets de Vaudoyer, ensalza la belleza de la edición añadiendo que confiere valor a la obra.

Será el primer amigo, junto con Lauris, a quien Proust explique por carta la extensión de su novela: «Mi libro tendrá cerca de 800 o 900 páginas». Entusiasmado con la exposición de pintura holandesa presentada en mayo de 1921 en el Jeu de Paume, Vaudoyer escribió en «L'Opinión» un artículo: su pasaje sobre el «pequeño lienzo de pared amarilla» de la Vista de Delft impresionó a Proust, que el día 24 envía a Odilon Albaret a recoger a su amigo para ir juntos a ver la muestra; en la escalera de su casa, Proust sufre un primer vértigo, que

se repite tras un buen rato de contemplación de ese cuadro que tanto le había impresionado durante su viaje a Holanda de 1902. «Proust conocía perfectamente a Vermeer —escribe Vaudoyer a Jacques Riviére en 1923—; lo amaba con la pasión más fiel. Puedo contarle (…) de qué forma utilizó (si es que se puede decir), para la Muerte de Bergotte, una visita que hicimos juntos una mañana de mayo (o de junio), en 1921, a la exposición holandesa del Jeu de Paume, donde figuraba la Vista de Delft. (…). Esa mañana (…), Proust se encontraba muy doliente: ¡puede imaginarse el esfuerzo que había tenido que hacer para estar a las once de la mañana en el jardín de las Tullerías! Varias veces fue a sentarse en ese "canapé circular" de donde rueda Bergotte para morir. Todavía le oigo pedir disculpas con esa tierna abundancia con que te dejaba confuso. Terminó pidiéndome que nos fuésemos para volver a su casa. Pero luego, en el coche (…) se encontró un poco mejor y quiso ir a ver los Ingres».

Vuillard, Édouard

Alumno del Liceo Condorcet, el pintor Édouard Vuillard (1868-1940) pertenecía al círculo de los Bibesco, donde Proust lo conoció en 1904; había colaborado con viñetas en La Revue Blanche de Thadée Natanson, desempeñando un papel en la ruptura de éste con Misia Godebska. Proust se relacionará con él en París y en Cabourg; en 1903, hizo un dibujo en Ermenonville, durante una cena del círculo de los Bibesco, que Proust quiso conseguir al año siguiente por ser «un punto de coincidencia único entre su admirable talento que fecunda con frecuencia mi memoria y una hora deliciosa y perfecta de mi vida». Proust estaba muy interesado por el lenguaje y la forma de hablar de Vuillard, cuyas expresiones pondrá en boca de Elstir; para el pintor, que ratificó la autenticidad de la pasión de Proust por la pintura, «de las pocas líneas que he tenido de él he conservado el recuerdo de un ser atento y mucho más deseoso de conocer que de ironizar, como el mundo que frecuentaba». Como pintor, Vuillard pasó por los Nabis y eligió por tema de su pintura los escenarios

íntimos; al filo del siglo regresó al naturalismo de sus inicios y, junto con Bonnard, fue el principal representante del movimiento intimista. Fue uno de los primeros en utilizar la cámara fotográfica para captar a sus parientes y amigos en los escenarios de su vida habitual, casas y jardines, que luego utilizaba para la composición.

Wagram, Princesa de

Berthe de Rothschild, princesa Alexandre de Wagram, era hermana de la duquesa de Gramont; Proust fue invitado en alguna ocasión a las recepciones que daba; en una de julio de 1894, «por fin he visto (ayer, en casa de Mme. de Wagram) a la condesa Greffulhe (…). Lucía un tocado de una gracia polinesia, y unas orquídeas malvas que le bajaban hasta la nuca (…) pero todo el misterio de su belleza radica en la chispa, en el enigma de sus ojos. Jamás he visto mujer tan hermosa. No pedí que me la presentaran (…) [pues] se me figura que al hablar con ella me invadiría una dolorosa turbación».

Walewski, Charles

Hijo del conde Alexandre Walewski, hijo natural de Napoleón I y de María Walewska y ministro de Asuntos Extranjeros durante el Segundo Imperio, Charles Walewski (1848-1914) era capitán del 76 regimiento de artillería en el que Proust hizo su servicio militar. Corría el rumor de que era hijo natural de Napoleón III, de quien su madre Anne Ricci —emparentada con las más antiguas familias de Florencia — fue durante un tiempo amante; de ahí la vivacidad de la voz, semejante a la del primer Emperador, que el capitán de Borodino — trasunto de Charles Walewski— tiene en La parte de Guermantes. Pero el rumor era falso. Para Proust, el príncipe de Borodino, que ya aparece en Jean Santeuil, encarna la nobleza de Imperio, pero no la de los advenedizos, sino la de sangre, porque, por parte de su abuela

María Walewska, Charles era biznieto de Stanislas Augusto Poniatowski, último rey de Polonia.

Weil, Adéle

Hermana de Louis Weil, se casó con Joseph Lazarus, propietario de una relojería; su nieta, Louise Neuburger se casará con Henri Bergson.

Weil, Baruch

Bisabuelo materno de Proust, Baruch Weil (fl 828) era oriundo de Alsacia, tierra de asilo para judíos; trabajó junto a su padre en la fábrica de porcelana de Niederwiller hasta que, confiscada la fábrica por la Revolución, se afincó en París. En la capital francesa consiguió crear su propia manufactura de porcelanas, cuya calidad compite con la de Sévres. Según reza su tumba en el Pére Lachaise, fue «miembro del Comité de las Escuelas, administrador jefe del Temple (calle en la que vivía), vicepresidente del Comité Israelita de París».

De su primer matrimonio, en 1801, con Hélène Choubach, tuvo dos hijos, Godchaux y Benjamin; de su segunda boda, otros dos, Moise y Nathé: el parto de este último se llevó la vida de Sarah Nathan, y Baruch Weil se casó con su cuñada, Marguerite Nathan, de la que nacieron Louis, Abraham Alphonse y Adéle Weil, una de cuyas nietas se casará con Henri Bergson. Sus dos hijos mayores seguirán la misma norma, y se casarán con las dos hermanas Berncastel.

Weil, Georges

Tío materno de Proust (1847-1906), hijo de Nathé Weil y de Adéle Berncastel. Siguió la carrera de derecho, fue abogado en la Corte de

Apelación de París y juez más tarde, y publicó varios estudios sobre legislación. Muy ligado al joven Proust, con quien paseaba por el Bois de Boulogne, era de salud frágil: «Tengo un tío muy enfermo del estómago desde hace varios años, extremadamente neurasténico», escribirá Proust en su correspondencia. A la muerte de su hermana Jeanne en 1905, y doliente de una enfermedad de uremia, guardó cama el último año de su vida, recibiendo entonces las visitas de Proust.

Weil, Jeanne

Jeanne Clémence Weil (1849-1905), madre de Marcel Proust, hija de Nathé Weil y de Adéle Berncastel, había nacido en el seno de una familia judía vinculada al saintsimonismo; estudió inglés y alemán, lenguas que tradujo, además de tocar el piano; gran lectora que frecuentaba la biblioteca familiar o los gabinetes de lectura de la época que prestaban libros, en contacto con su madre adquirió una cultura literaria, musical y pictórica que tendrá un imponente reflejo en las cartas a su hijo, donde las referencias literarias a lecturas compartidas son constantes; en especial, Mme. de Sévigné, la escritora preferida por la abuela de A la busca del tiempo perdido, a su lado figuran Mme. du Deffand, Racine, Balzac, Loti, Musset, George Sand, Tolstoi, France, Gautier, Michelet: «Ha muerto haciéndome una cita de Moliere y una cita de Labiche. Me dijo de la enfermera que salía un momento, al dejarnos solos: "Su partida no podría resultar más a propósito. Que mi pequeño no tema, su mamá no le abandonará. Sería divertido ver que yo estoy en Ètampes y mi ortografía en Arpajon" y luego ya no pudo seguir hablando. Sólo una vez vio que me contenía para no llorar y frunció las cejas, hizo la mueca sonriendo, y en su habla ya tan embrollada, distinguí: "Si no sois romano, sed digno de serlo"».

A los veinticuatro años, Jeanne Weil se casa el 3 de septiembre de 1870, sin ceremonia religiosa dada la diferencia de religiones de los contrayentes, con el doctor Adrien Proust, que tiene treinta y seis, al

que ha conocido a través de un agente de cambio, un tal Cabanellas, amigo de los Weil. Ese mismo día llega a París la noticia de la capitulación en Sedán. Dieciséis días más tarde el ejército alemán sitiaba París durante cuatro meses, al cabo de los cuales entró en la ciudad.

En la primavera de 1871, estalla la revolución de la Comuna, por lo que la familia Proust se retira a Auteuil, a la casa de Louis Weil, donde el 10 de julio Jeanne da a luz a Marcel Proust. Su segundo y último hijo, Robert, nacerá dos años más tarde, en mayo de 1873. Las condiciones de gestación de Proust —sitio de la ciudad, estallido de la Comuna— suelen citarse como causas de la debilidad del niño, empezando por el propio escritor que atribuía su mala salud a las angustias y privaciones que sufrió su madre en ese período. En 1906, poco después de la muerte de Mme. Proust, Marcel escribe a Barres: «Toda nuestra vida no había sido más que un entrenamiento, enseñarme a pasarme sin ella para el día en que me dejaría, y esto desde mi infancia, cuando se negaba a volver diez veces para darme las buenas noches antes de salir a una velada, cuando yo veía al tren llevársela cuando me dejaba en el campo, cuando más tarde en Fontainebleau y ese verano mismo en que ella había ido a Saint-Cloud donde con cualquier pretexto yo la telefoneaba a cada hora. Esas ansiedades que terminaban con unas pocas palabras dichas por teléfono, o con su visita a París, o con un beso, con qué fuerza las siento ahora que sé que nada podrá ya calmarlas». (Corr, t. VI, pág. 2). Fiel a la tradición judía, aunque no practique su religión, no se convertirá al catolicismo, pese a que a lo largo de su vida acepte las costumbres sociales del entorno familiar de los Proust.

En 1898, Jeanne Weil tuvo que ser operada de un cáncer, que dejará secuelas en la vida vacacional de la familia; a partir de 1900 elegirán Evian y Dieppe sobre todo para tomar baños de mar; en septiembre de 1905, estando con Marcel en Évian, una nefritis la obliga a regresar a París, donde la uremia —enfermedad que también había sufrido su madre— terminará con su vida el 26 de ese mismo mes. Durante dos días, junto al cuerpo, Marcel, «llorando y sonriendo al cadáver a través de sus lágrimas», se despide de su madre. Fue enterrada sin ceremonia religiosa: «Mi vida ha perdido desde ahora su

única meta, su única dulzura, su único amor, su solo consuelo. He perdido a aquélla cuya vigilancia incesante me aportaba en paz, en ternura, la única miel de mi vida», escribe Proust a Robert de Montesquiou. Culta, Jean Weil someterá su hogar, y por tanto a su hijo, a unas preocupaciones de orden, de disciplina, de higiene y de ahorro que, en el caso de Marcel, obtendrán pocos resultados; nunca conseguirá que Proust se adapte a un horario «diurno», ni que tenga el menor sentido de la «higiene» y de los remedios y medicamentos que requiere su asma. Pese a sus ruegos de que mantenga un «poquitito de orden» en sus gastos, Marcel no dejará de derrochar sin sentido el dinero —propinas desmesuradas, regalos— por todas partes. Por testamento, Jeanne Weil hereda la mayor parte de la fortuna de 1.650.000 francos oro (27 millones de francos de 1990) dejados por su marido; de ellos, a Marcel le corresponden 250.00 francos (4.250.000 francos de 1990), pero su madre no le permitirá disponer de la suma: ella misma se encarga de pagarle «una pequeña pensión», lo cual da lugar a vivas disputas entre madre e hijo, que también se rebela contra el espíritu ecónomo de la madre: el ahorro de calefacción en casa llega a tal grado que, en 1902-1903, Proust se queja a su madre de que los amigos que lo visitan tienen que permanecer con el abrigo puesto: en su intento por normalizar la vida del hijo, Mme. Proust ha prohibido a Marie, la criada, alimentar con leña la chimenea por la noche. La sobreprotección que Mme. Proust ejerció sobre su hijo, enfermo desde la infancia, se convirtió más tarde en vigilancia de la vida y de las amistades de un Proust que se refugia siempre en respuestas evasivas, y que hace del conocimiento de su intimidad amorosa por parte de la madre uno de los temas capitales de su obra desde La Confesión de una joven, donde la madre de la protagonista paga con la vida ese descubrimiento.

Weil, Louis

Tío abuelo de Proust, hermanastro de Nathé Weil (1816-1896) y dueño, sobre todo, de la propiedad y casa del número 96 de la calle

La Fontaine, donde nacerá el novelista y donde pasará sus vacaciones infantiles y adolescentes. Abogado de carrera y presidente del tribunal de casación de París, Louis Weil abandonó pronto las leyes para ser administrador del Banco de Crédito durante el Segundo Imperio y convertirse luego en industrial dedicado a la manufactura de botones y objetos de mercería, con fábrica que daba empleo a unos quinientos obreros y con tienda abierta en París, considerada como la más importante de la ciudad. Gracias a su matrimonio en 1844 con Émilie Oppenheim, hija de un banquero de Hamburgo, incrementó considerablemente su patrimonio.

Viudo en 1870 y sin hijos, se retiró a Auteuil sin abandonar la vida social; todo lo contrario, fue «amigo de las horizontales, el protector de Laure Hayman». (Duplay, M., Mon ami Marcel Proust, pág. 18). Aficionado al mundo de los escenarios, poseía una abundante colección de fotos de actrices, cantantes y demi-mondaines, que eran su compañía preferida; Proust encontró esa colección en su casa del bulevar Haussmann —donde el novelista vivirá más tarde, ocupando la habitación en que había muerto Louis Weil—, entre ellas una fotografía de Marie van Zandt, disfrazada de hombre, que le servirá de modelo para la Miss Sacripant del pintor de A la busca del tiempo perdido, Elstir.

Logró penetrar en la alta burguesía parisiense, cuyos salones frecuentó; consiguió títulos como caballero de la Legión de Honor, oficial de Academia, miembro honorario de la Comisión de valores de aduanas, etc. En su correspondencia, Proust habla de él en términos balzaquianos como de «un Nucingen algo menos rico». El género de vida alegre que llevaba desagradaba al resto de la familia.

Su aventura más deslumbrante fue con esa cortesana célebre, Laure Hayman, con quien también había mantenido relaciones amistosas Adrien Proust, padre del novelista —se supo en el momento de su muerte—, para quien era el colmo de la elegancia, la juventud, la belleza y la inteligencia. Pese a que Louis Weil quiso ser enterrado sin pompa ni acompañamiento, Laure Hayman envió una gran corona, sin presentarse para no perturbar a la familia, escrúpulo por el que Proust la riñe en su correspondencia. De carácter ingenioso y cáustico, Louis Weil prestará a Proust los rasgos más sobresalientes del

personaje del tío Adolphe del Narrador, cuyo modelo comparte con otro tío de Proust, Jules Amiot.

Weil, Moise

Tío abuelo de Proust (1809-1874), hijo de Baruch Weil y Sarah Nathan, Mo'ise era arquitecto de la ciudad de Beauvais, cargo más honorífico que lucrativo; se casó con Amélie Berncastel (1821-1911), hermana de la abuela de Proust, por lo que los lazos de parentesco eran dobles; los Weil, de tradición republicana, emparentaron así con un tío de Amélie, Adolphe Crémieux (1796-1880), ministro de Justicia en 1848 y 1870 que había abolido la esclavitud en las colonias, había suprimido la pena de muerte por crímenes políticos y se había enfrentado a Mac-Mahon. El matrimonio tuvo cuatro hijas: Jenny (1846-1922), Hélène (1847-1925), Claire (1849-1929) y Adéle, nacida en 1850.

Los Proust mantuvieron, sobre todo, relación con la segunda, Hélène, casada con un descendiente de un mariscal del Imperio, nombrado duque de Istria, Casimir Bessiére, gerente de una compañía de seguros; el tío Louis Weil hubo de ayudar económicamente a los Bessiére, sobre todo desde la muerte del marido, que dejaba dos hijos y una hija, Amélie, con la que Proust mantuvo en su adolescencia una especie de idilio; según confesó a Céleste Albaret, llegó a pensar en el matrimonio, al que Mme. Proust se opuso con firmeza.

Weil, Nathé

Abuelo materno de Proust (1814-1896), hijo de Baruch Weil y de Sarah Nathan. Socio comanditario de agentes de cambio y corredor de bolsa en el mercado libre, al casarse en 1845 con Adéle Berncastel se titula «rentista». Proust le pidió consejo en numerosas ocasiones para sus inversiones en bolsa; y también préstamos de dinero para

acudir a casas de citas, adonde su padre lo enviaba para intentar luchar contra la masturbación del adolescente; en 1888 le reclama por carta trece francos: «He aquí por qué. Tenía tanta necesidad de ver a una mujer para dejar mis malos hábitos de masturbación que papá me ha dado 10 francos para ir al burdel, pero 1. , en mi emoción he roto un orinal, 3 francos, 2. , en esa misma emoción no he podido joder. Así pues heme aquí como antes esperando a cada hora 10 francos para vaciarme además de esos 3 francos de orinal. Pero no me atrevo a pedir de nuevo el dinero tan pronto a papá y he creído que tú estarías dispuesto a acudir en mi ayuda en esta circunstancia que como sabes es no sólo excepcional sino también única».

La familia de Nathé Weil vivió en el segundo piso del 40 bis de la calle du Faubourg-Poisonniére, en una casa de seis habitaciones: ese 40 bis, pero del bulevar Malesherbes, se convertirá en A la busca del tiempo perdido en residencia del tío abuelo Adolphe. Apasionado por el teatro y la ópera, Nathé Weil y familia, sólo practicaban el judaismo en las grandes fiestas y utilizaban esporádicamente el yiddish, por diversión o para no ser entendidos por la servidumbre. Conservador, dejará la educación de sus dos hijos —Georges y Jeanne— en manos de su esposa. Perteneciente a la burguesía media, le gusta discutir de política con su hermanastro, de ideología más liberal, Louis Weil, cuya casa en Auteuil visita todos los días para regresar a dormir a París. En el ambiente familiar eran legendarios sus hábitos caseros, su horror a los viajes, y su avaricia, que no fue óbice para que Proust le pidiese, y obtuviese, adelantos y préstamos, por ejemplo para abonarse a la La Revue Bleue o pagarse una prostituta. Proust compartía con él sus tendencias políticas conservadoras.

Whistler, James

Pintor nacido en Estados Unidos, James A. McNeill Whistler (1834-1903) conocía París desde 1855, cuando estudió a los pintores clásicos en el Louvre; y tras establecerse en Londres vivió con frecuencia en Francia. Partidario de la pintura por sí misma, exenta de

todo tipo de ideas, literarias o morales, puso a muchos de sus cuadros nombres musicales, sugiriendo una analogía con la abstracción musical. Sus retratos y paisajes, muy sutiles, contrastaban con la agresividad de su carácter; cuando en 1877, Ruskin diga de su cuadro Nocturno en negro y oro: la caída del cohete que era como «arrojar un cubo de pintura a la cara del público», el pintor demandará por libelo al crítico, que terminó siendo condenado a un cuarto de penique sin costas; el proceso llevó a la ruina a Whistler. En París, el pintor se relaciona con el grupo llamado «los japoneses»; Jacques-Émile Blanche, Degas, Helleu, Montesquiou…

En 1891 hará dos retratos del conde Montesquiou, que verá en él la imagen ideal de la perfección; fue el conde quien prestó a Proust —en el momento en que éste se hallaba más interesado por las tesis ruskinianas— el libro de Whistler The Gentle Art of Making enemies donde refiere, entre otras cosas, la historia de su litigio con Ruskin, que había conmocionado a la sociedad londinense. Cuando Proust conoce a este enemigo de Ruskin, está en la cima del éxito: gracias a Reynaldo Hahn, Proust vio una noche a Whistler: «Y me ha dicho que Ruskin no entendía absolutamente nada de cuadros». Pero Proust conocía la pintura del americano desde 1894, por lo menos, cuando uno de los retratos de Montesquiou fue expuesto en la «Société Nationale des Beaux-Arts». (1894); la admiración por su pintura —además de tener en su habitación, totalmente desnuda, una fotografía del cuadro de la madre de Carlyle del pintor— lleva a Proust a hablar, en A la sombra de las muchachas en flor, de un cuadro de Charlus parecido a una armonía negro y blanco de Whistler, de una mariposa —con ella firmaba Whistler— al pie de una «armonía gris y rosa», o a dar distintas descripciones o retratos de mujeres que son trasposiciones de cuadros de ese pintor cuyo nombre se le escapa a Saint-Loup: «Es bello como Whistler».

En El tiempo recobrado, M. Verdurin está escribiendo un libro sobre este pintor que aporta al personaje de Elsdr —casi anagrama del apellido inglés, al que se mezcla la última sílaba de otro impresionista inglés formado en Francia, Philip Wilson Steer (1860-1942)-muchas de sus concepciones artísticas. Cuando en 1905 Marie Nordlinger, especialista en el pintor, le haga observar que Whistler está pasándose

de moda en Francia, Proust contesta: «Si el que ha pintado las Venecia en turquesa, las Amsterdam en topacio, las Bretaña en ópalo, si el retratista de Miss Alexander (…) no es un gran pintor, es como para pensar que no lo ha habido nunca». Y tratará de conciliar las teorías artísticas de los dos enemigos irreconciliables: «Whistler tiene razón al decir (…) que el arte es distinto de la moral. Y sin embargo Ruskin también emite una verdad, de un plano distinto, cuando dice que todo gran arte es moralidad».

Wilde, Oscar

El poeta y dramaturgo inglés (1856-1900) pasó en París distintas etapas de su vida: en pleno triunfo primero, y, tras la condena por homosexualidad y la cárcel de Reading, en el exilio y la pobreza. Precedido por su mala reputación, y por el reciente éxito de su novela E l retrato de Dorian Gray, publicada en marzo, Wilde llega a finales de 1891 a la ciudad del Sena como great event de los salones, en los que le acogen Pierre Louys, Marcel Schwob y Jules Renard, heterosexuales notorios, mientras Robert de Montesquiou, André Gide —que según el Journal de Renard se enamoró del poeta inglés— o Paul Bourget lo evitan por temor a verse comprometidos; la impresión física que produce no es buena dada su gordura, su vestimenta antigua, sus manos cargadas de anillo y sus flores; pero sus ocurrencias y aforismos recorren las mesas de los salones.

Frecuentó los de Mme. Straus y Mme. Arman de Caillavet. Fue el pintor Jacques-Émile Blanche quien presentó a Proust a Wilde en el salón de esta última o en casa de Arthur Baignéres: «Se miraron con una curiosidad compleja», escribe Fernand Gregh. Después de hablar de literatura inglesa e interesarse por Ruskin, Proust lo invita a su casa del bulevar Malesherbes, pero a Wilde no le agradó la decoración ni el mobiliario, y menos todavía la perspectiva de cenar con los padres de Proust, por lo que se despidió en el acto. No brotó la menor chispa de simpatía entre ambos; Proust lo citará en Contre Sainte-Beuve (pág.273) recordando su referencia a un personaje de Esplendores y

miserias de las cortesanas, de Balzac, Lucien de Rubempré, «sin saber que él mismo se volvería Lucien de Rubempré». Y en Sodoma y Gomorra evocará su destino trágico como símbolo del destino del invertido que, condenado, no puede encontrar «una almohada donde reposar su cabeza».

Yeatman, Léon

Amigos de Proust desde 1893, Léon Yeatman y su esposa eran expertos aficionados al arte, y con ellos el novelista hizo varias excursiones «ruskinianas» en busca de catedrales y restos arqueológicos: Rouen, Abbeville, etc. El itinerario del viaje a Holanda de 1902 que Proust hizo con Bertrand de Fénelon fue programado por Yeatman, que incluso les indicó las lecturas que debían prepararlo. Yeatman se encargó de imitar la voz de Proust en la parodia que Jacques Bizet ideó (18-20 de marzo de 1897) de Los placeres y los días, titulada Les lauriers sont coupés. Proust mantendrá con la pareja Yeatman, dreyfusista de primera hora, una amistad a prueba de molestias: en febrero de 1900, Proust envía a su criado a altas horas de la noche a casa de los Yeatman para preguntar «qué ha sido del corazón de Shelley» después de que lord Byron hubiese mandado quemar su cadáver. En otra ocasión, al regresar a su domicilio los Yeatman se encontraron a Proust en su portería: «La portera está indispuesta, y como su marido tenía que ir a la farmacia, le he ofrecido sustituirle mientras os esperaba».

Yturri, Gabriel

Cuando rondaba los quince años, Gabriel Yturri (1868-1905), oriundo de Tucumán (Argentina), emigró con su familia a París; luego trabajó en los grandes almacenes del Louvre, donde lo descubrió el barón Doazan, que hizo de él su secretario. A Doazan se lo «robó».

Robert de Montesquiou, a quien Yturri se unió de por vida de una forma tan absoluta y admirativa que no suscitó censuras en un medio tan riguroso como el faubourg Saint-Germain. Recadero y mensajero permanente de Montesquiou, de quien se convirtió en sombra («Me gustaría extender bajo sus queridos pasos cansados una alfombra de rosas sin espinas»), Proust llegará a comparar la relación del conde e Yturri con la de san Pablo y Timoteo. Durante la enfermedad de diabetes que terminó con su vida el 6 de junio de 1905, Proust, enfermo, envió en dos ocasiones a su madre para recabar noticias de su estado de salud.

Diccionario 2

Personajes de «A la busca del tiempo perdido».

Abogado de París

Abogado célebre, está de vacaciones en casa de los Cambremer en Sodoma y Gomorra. Aficionado a la pintura, prefiere Le Sidaner a Monet y a Elstir, y promete al Narrador pedirle su opinión sobre Poussin e invitarle a su casa de París, junto con Le Sidaner, para que vea su colección de pintura.

Abuela del Narrador

Bathilde, llamada sobre todo por el nombre de su esposo, Mme. Amédée, es la abuela materna del Narrador. Según la cronología imprecisa de la novela, ha nacido hacia 1820, y en su infancia fue amiga de la marquesa de Villeparisis. De carácter dulce y sereno, encarna «la raza intacta» de Combray y ama el aire libre y la espontaneidad. Mujer culta, busca en sus regalos una dimensión cultural, y compra para su nieto novelas de George Sand, que lee al

niño la madre. Adora a Mme. de Sévigné y las Memoires de Mme. de Beausergent, que siempre lleva consigo. Entre el Narrador y su abuela se establecen fuertes vínculos de cariño: es ella quien va con él por primera vez al teatro, para ver a la Berma en una representación de Phèdre, y quien lo acompaña a Balbec durante su primera estancia en esa localidad balnearia; cuando el joven, eufórico por el alcohol que ha tomado contra su asma, se derrumba, lo instala en su habitación: sin embargo, durante todas las vacaciones le oculta que ella se encuentra enferma. En el Grand Hôtel, la amistad de la abuela con su vieja amiga de la infancia permitirá al Narrador conocer a Saint Loup primero, y al barón de Charlus después. Y, gracias a la insistencia de la abuela para que visite a Elstir, el Narrador entra en contacto con la pandilla de muchachas.

La amabilidad de Mme. Amédée se extiende, salvo en el caso de Bloch, a los amigos del Narrador: regala al sobrino de su amiga Mme. de Villeparisis, Robert de Saint Loup, unas cartas de Proudhon. Y el día en que éste le proponga fotografiarla, se arregla para parecer más joven y hermosa, ocultando bajo un sombrero su rostro desfigurado por un ataque; a su nieto le sorprende esa coquetería, que desaprueba y que crea tensión entre ambos (A la sombra de las muchachas en flor). La enfermedad, que ha ocultado hasta ese momento, estalla en La parte de Guermantes: en los Champs-Élysées sufre, después de visitar al doctor Du Boulbon, un ataque que trata de ocultar, ahora en vano, al Narrador. Su agonía y muerte no tardan en producirse, sin que cause demasiado dolor en su nieto.

Durante la segunda estancia del Narrador en Balbec, al agacharse para quitarse los zapatos, el recuerdo de la abuela vuelve inopinadamente a su cabeza: recuerda haber hecho el mismo gesto la primera noche de la primera estancia y haber estado seguro de tener a la abuela a su lado. Es entonces cuando toma conciencia de su muerte: ese descubrimiento del dolor diferido que constituye «las intermitencias del corazón» le sume en una melancolía profunda en la que reviven el dolor de su madre en el momento de la muerte de la abuela, y los motivos por los que se había dejado fotografiar por Saint-Loup —que le explica Françoise; el Narrador hará de la abuela y de su bondad, de sus gustos literarios, de su nobleza de corazón, de su

carencia de amor propio, de su amor por la grandeza y la elegancia un referente: empleará expresiones que le pertenecían, verá que su madre se le parece cada vez más, hablará a Albertine como la Abuela le hablaba a él. En una de las últimas menciones a la Abuela, el Narrador relaciona su muerte con la de Albertine: cree que a lo largo de su vida ha cometido un doble asesinato con ambas por su «ternura únicamente egoísta». Modelo: la madre de Proust y su abuela materna, Mme. Nathé Weil.

Abuelo del Narrador

El abuelo materno del Narrador, llamado Amédée, encarna los prejuicios y modos de vida de la burguesía de Combray; amigo del padre de Swann, sigue recibiendo a éste aunque con cierta distancia impuesta por su matrimonio con Odette; siente curiosidad por la gente, le gusta hablar de Swann y de sus relaciones sociales entre la alta sociedad. Rompe con el tío Adolphe, cuyo modo de vida desaprueba, por la visita que su nieto le hace cuando está acompañado de la «dama de rosa»; desconfía de los judíos y entona pasajes de operetas o versos de la Esther de Racine cuando el Narrador presenta en casa algún amigo de ese origen, como Bloch. También desconfía de los Verdurin (Por la parte de Swann). Comparado con el papel que desempeña la Abuela, el de Amédée es escaso, y está visto desde el afecto del nieto por su esposa, que sufría viendo a su marido beber coñac pese a sus ruegos; a la muerte de la Abuela, Amédée también responde de modo convencional. En El tiempo recobrado el Narrador recordará su afición a las genealogías y su erudición en materia de alianzas burguesas. Modelo: el abuelo materno de Proust, Nathé Weil, que no era antisemita.

Adolphe, Tío

Tío abuelo del Narrador, dispone de un pequeño gabinete en Combray, adonde deja de acudir tras varias disputas con su familia, que no aprecia su forma de vida porque frecuenta actrices y cocottes. Durante una visita que hace a su domicilio parisiense, el Narrador conoce a la «dama de rosa». (Odette de Crécy); de vuelta en casa, cuenta ese encuentro a sus padres dando lugar a una disputa más de sus familiares con el tío Adolphe, a quien luego el Narrador fingirá no ver cuando se cruce con él. También se peleará con Swann cuando trate de mediar en las desavenencias entre éste y Odette. Morel se acordará con afecto de este personaje que vivía en un hotelito, en el 40 bis del bulevar Malesherbes. Modelos: Louis Weil, tío abuelo de Proust y amante de la cortesana Laure Hayman, y, para ciertos rasgos, Jules Amiot, tío también de Proust.

Agrigento, Príncipe de

Conocido como «Gri-Gri» en el círculo de Guermantes, este descendiente de la casa de Aragón cuyos antepasados habían reinado en Sicilia, posee un castillo entre Martinville y Guermantes, cerca de la casa de campo de Gilberte. Pese a ello, a ojos del botones del hotel de Balbec pasa por un pelagatos. Amigo de Swann, le pide que lo presente a su mujer en A la sombra de las muchachas en flor; desde entonces frecuentará el salón y el palco de Odette. Aunque, para el Narrador, al principio no sea más que un vulgar «abejorro», llega a penetrar en su intimidad. Terminará casándose con una joven, viuda de un hombre muy rico. En la matinée de la princesa de Guermantes comunica a ésta que se encuentra muy enfermo; y, después de la guerra, al Narrador le parece «hermoseado» por la vejez (El tiempo recobrado).

Aimé

Maître d'hôtel del Grand-Hôtel de Balbec, sólo prestará atención al Narrador y a su abuela cuando sepa que se relacionan con aristócratas. Comunica al Narrador los informes que tiene sobre la culpabilidad de Dreyfus. Da además mucha importancia al dinero, y se fija atentamente en las propinas del Narrador. Más tarde (La parte de Guermantes), y cuando trabaja en un restaurante de París, lo encuentran Saint-Loup, Rachel y el Narrador, a quien en La fugitiva servirá de confidente sobre la doble vida de Albertine, a la que espía en un río de Touraine con unas jóvenes lavanderas. Interviene en los tejemanejes de Nissim Bernard por los pasillos del Grand-Hôtel de Balbec tras un empleado, y, en la segunda estancia del Narrador en Balbec, enseñará a éste una carta que le ha escrito Charlus. También le revelará las relaciones homosexuales de Saint-Loup con un liftier en La fugitiva. Modelos: varios maîtres d'hotel: en primer lugar, el del Ritz, Olivier Dabescat; luego Héctor, del Hotel des Réservoirs; y Charles, de Larue.

Albaret, Céleste

Doncella de una dama extranjera en el Grand-Hôtel de Balbec (Sodoma y Gomorra), desempeña, junto con su hermana Marie Gineste, el papel de «recadera» del Narrador, que mantiene con ella una amistad pura. El Narrador la aprecia por su genio lingüístico, para el que está dotada como un poeta; de su lenguaje también volverá a hablarse en La prisionera. Cuando el Narrador concluye sus vacaciones, la muchacha, a la que Françoise tilda de «engatusadora», derrama lágrimas de pena. Modelo: Céleste Gineste, ama de llaves de Proust y esposa de su mecánico Odilon Albaret.

Albertine

Es Gilberte la primera que habla al Narrador de esta sobrina de Mme. Bontemps, de la que, antes de conocerla en Balbec, ya ha oído que es taimada como un mono. Poco apreciada por Gilberte, Albertine encarna un tipo de mujer que contrasta con el ideal del Narrador: morena, descarada, dura incluso con sus propias amigas. Después de verla pasar con su bicicleta y su polo negro, y soñar con ella, el Narrador se entera de que Albertine Simonet es amiga de Elstir, que será quien se la presente. Aunque el Narrador se enamora de ella, finge amar a otra muchacha de la pandilla, Andrée. Su intento de besarla, una noche en que Albertine se hospeda en el Grand-Hôtel, fracasa; pese a ello, Albertine le regalará un lapicerito de oro. Más tarde, Albertine lo visita en París y el Narrador se enamora hasta el punto de pensar en casarse con ella. La Madre del Narrador, a la que Albertine no agrada, está dispuesta a admitir la relación siempre que haga feliz a su hijo. Vuelven a encontrarse durante la segunda estancia en Balbec del Narrador, que no se separa de ella en Sodoma y Gomorra, aunque se inquieta por sus costumbres, por sus relaciones amorosas con Mlle. Vinteuil y con Andrée.

De regreso a París (La prisionera), y viviendo bajo el mismo techo, las mentiras de la joven alimentan los celos del Narrador, que hace vigilar sus pasos en París y en Touraine, adonde Albertine termina huyendo: Aimé, el maître d'hôtel de Balbec, seguirá a la joven hasta la casa de su tía Mme. Bontemps. El Narrador también le envía a Saint-Loup para que regrese, al tiempo que le manda un telegrama suplicante. En ese mismo momento recibe otro de Mme. Bontemps anunciándole la caída de caballo y muerte de Albertine. Al dolor del Narrador se mezclan unos celos, alimentados de forma retrospectiva por el conocimiento y las pruebas de las relaciones homosexuales de Albertine.

Un viaje a Venecia le permitirá alcanzar la indiferencia absoluta respecto a ese amor que el Narrador termina considerando como la realización del «amor» ideal, presente dentro de su corazón desde su pasión por Gilberte. Aunque el pasado todavía resucita alguna vez, una alusión de Mme. de Guermantes a Albertine no hace ya mella alguna en el Narrador, a quien el dolor por esa pérdida ha animado a trabajar.

«Ser de fuga» por excelencia, Albertine permanecerá siempre envuelta en sombra y misterio para el Narrador, que sólo accede de forma fragmentaria a retazos de la vida de esta mujer: es precisamente esa parte oculta la que lo arrastra hacia ella y la que origina su amor y la tortura de sus celos. Modelos: Alfred Agostinelli especialmente, cuyas últimas cartas llegó a transcribir Proust, cuando el joven escape a Niza, adonde el escritor envía a Albert Nahmias para que intente hacerle volver a París, poco antes de que en un vuelo de aprendizaje Agostinelli caiga al mar. Proust utiliza también algunos trazos de secretarios y amigos como Albert Nahmias, Henri Rochat y Albert le Cuziat, además de una amiga de sus juegos infantiles en los Champs-Élysées, Marie Finaly, y de Marie de Chevilly, a quien recitó «La Maison du berger» como el Narrador hace, en Sodoma y Gomorra, con Albertine.

Albon, El viejo d’

Personaje del círculo de Guermantes, que sonríe al reconocer en una frase de la duquesa «el espíritu Guermantes».

Alix

«Marquesa del quai Malaquais» de la que sólo se conoce el nombre. Con un peinado a lo María Antonieta, es «una de las tres viejas Parcas» que acuden al salón de su rival, Mme. de Villeparisis, y trata de dar cierta apariencia de vida a la decadencia de su salón.

Ambressac, Demoiselles d’

El Narrador las conoce en Balbec; parientes de Mme. de Villeparisis —de una de ellas, de Mlle. Daisy, se rumorea que está de

novia con Saint-Loup, hecho que éste habrá de negar rotundamente a pesar de ser un buen partido—, caen mal a Albertine, que las desprecia por su vulgaridad. Mlle. Daisy terminará casándose con el duque de Châtellerault, conocido como «Bibi».

Ambressac, Mme. d'

Madre de las señoritas d'Ambressac, asiste en La parte de Guermantes a una representación de Phèdre en la Ópera, interpretada por la Berma; antes de pasar a la sala, se encarga de quitarle el abrigo al duque d'Aumale.

Amigo de Bloch

En El tiempo recobrado felicita a Rachel al mismo tiempo que Bloch.

Amigo del Narrador

Se encarga de cuidar de la amante del Narrador durante un viaje de éste a Tansonville.

Amoncourt, Mme. Timoléon d'

Esta mujer encantadora, de gran belleza e ingenio y costumbres honestas, asiste en Sodoma y Gomorra a una velada de la princesa de Guermantes, donde, con gran desagrado del duque de Guermantes, elogia a D'Annunzio y a Ibsen, a los que trata como amigos y de

quienes posee manuscritos. El Narrador, antes de conocerla, la llama «la dama morena».

Andrée

Una de las muchachas de la pandilla de Balbec, la mayor en edad y la mejor amiga de Albertine. Será confidente de los amores del Narrador por ésta, y sustituta suya en su corazón cuando el joven decida dejar de amar a Albertine. Al principio le parece más fina, más amable que la muchacha de la bicicleta, pero no tarda en descubrir una maldad real bajo sus apariencias de gentileza; con los años, irá acentuándose en Andrée su carácter agrio y celoso. En La prisionera, el Narrador le encarga vigilar a Albertine, pero no tardan en asaltarle las dudas, sobre todo cuando Andrée le revele que una noche en que se había cruzado con él en la escalera había fingido no soportar el olor de unas flores para marcharse cuanto antes. Las dudas del Narrador sobre las relaciones entre Andrée y Albertine —un día, al despertar, lo primero que Albertine pronuncia, todavía casi en sueños, es el nombre de Andrée— quedarán disipadas a la muerte de La fugitiva: Andrée le confiesa la naturaleza de sus relaciones amorosas y llegará a explicarle —con dos versiones distintas— los motivos de la huida de Albertine. Andrée termina casándose (La fugitiva) con el lechuguino jugador de golf de Balbec, Octave, al que no dudaba en calumniar, y convirtiéndose en la mejor amiga de Gilberte de Saint-Loup. Modelo: Anna, amante de Alfred Agostinelli, a quien éste hará pasar por esposa suya.

Argencourt, Conde d'

El conde, y luego marqués d'Argencourt, está casado con una plebeya a la que el círculo Guermantes no admite; este diplomático belga entra en escena (La parte de Guermantes) durante una recepción

de su pariente Mme. de Villeparisis, en la que elogia a su prima, la duquesa de Guermantes, con la que habla de Las siete princesas de Maeterlinck, autor al que aprecia. Antidreyfusista, no vacila en mostrarse insolente con Bloch. Siente desconfianza hacia Charlus cuando, en la calle, se encuentre con éste y el Narrador; aunque engaña a su mujer con una joven que sueña con recibir a Charlus en su casa, poco más tarde este antiguo perseguidor de invertidos, muy celoso y algo impotente que en La prisionera está rodeado de homosexuales, no duda en buscar la compañía del barón. Denunciado por Morel, será detenido y liberado inmediatamente. El Narrador vuelve a encontrarlo (El tiempo recobrado) en el «baile de las cabezas» en el que, extrañamente maquillado de viejo mendigo, ha perdido toda su altivez y se ha convertido en un «gagá sublime».

Arpajon, Mme. d'

La vizcondesa y luego condesa d'Arpajon había sido amante del duque de Guermantes antes de que éste se enamorase de Mme. de Surgisle-Duc. Aparece en la velada de Guermantes, donde quedan puestas de relieve su incultura y su ingenuidad, hasta el punto de dar pena a Oriane de Guermantes, que la llama «Phili» y no duda en denigrarla ante la princesa de Parma. En esa velada, no se atreve a presentar al Narrador al príncipe. Mojada por el surtidor del jardín, provocará la risa de los asistentes. Frecuenta el salón de Odette Swann, al que presta cierto «tono», y no duda en recibir a la antigua cocotte en su casa. Aparecerá en La prisionera, en la velada de Mme. Verdurin, con la que no duda en mostrarse insolente. En El tiempo recobrado el Narrador vuelve a encontrarla en el salón del príncipe de Guermantes, envejecida; poco después, Mme. de Guermantes le anuncia su muerte.

Balleroy, Mme. de

Tía abuela de una sobrina de la duquesa de Guermantes; envía al Narrador en La prisionera una carta de amor, poco después de la fuga de Albertine.

Baveno, Marquesa de

La princesa d'Epinay cuenta a esta prima de Oriane de Guermantes el retruécano que a su pariente se le ha ocurrido sobre el barón de Charlus, a quien ha llamado «Taquín el soberbio», jugando con el nombre de Tarquino.

Beauserfeuil, General de (Beaucerfeuil o Beaucerfeil).

Durante la velada de la duquesa de Guermantes en Sodoma y Gomorra, mantiene una discusión sobre genealogía con el duque; y durante la soirée de la princesa de ese título, escucha a hurtadillas cuando Swann habla del «Sindicato».

Beausergent, Marqués de

*Hermano de Mme. d'Argencourt, asiste en La parte de Guermantes a la velada de la Berma en la Ópera desde el palco de Mme. de Cambremer. El Narrador volverá a encontrarlo en El tiempo recobrado, en el «baile de las cabezas» del príncipe de Guermantes: pese a la rigidez que le presta la arteriosclerosis, no le parece que este dandy haya cambiado mucho. Quizá se aluda a él con el nombre de Conde de ***, un viejo coronel, en ese mismo libro.*

Beausergent, Mme. de

Tía de Basin de Guermantes y hermana de Mme. de Villeparisis y de la princesa de Hanover, terminará convirtiéndose en Mme. d'Hatzfeld. También escribe unas memorias que tienen por referente real las escritas por Mme. de Boigne, y que son, junto a las Lettres de Mme. de Sévigné, la lectura favorita de la abuela del Narrador.

Beautreillis, General de

Durante la velada de la duquesa de Guermantes, este antidreyfusista discute con Mme. d'Arpajon.

Belloeuvre, Gilbert de

Joven jugador de golf de Balbec, agradable y con conversación, aunque estúpido, a quien el Narrador evoca retrospectivamente en La fugitiva.

Bergotte

Personaje clave de A la busca del tiempo perdido. Es Bloch el primero en hablar al Narrador de este escritor muy admirado y leído por los personajes de la novela. Luego el protagonista hablará sobre él con Swann, que le facilita un acercamiento: lo conoce personalmente y su hija pasea a menudo con él. La amistad con Gilberte —que regalará al Narrador un opúsculo del escritor sobre Racine— propicia su presentación durante una cena en casa de los Swann. La diferencia entre lo que el Narrador había imaginado y la realidad física de Bergotte le decepciona.

Antes de ese primer encuentro, Norpois ha emitido severos juicios sobre el estilo, las ideas e incluso la vida privada de este escritor al que la duquesa de Guermantes, cuyo salón frecuenta, aprecia; lo cual no obsta para que, según Bréauté, que lo cuenta durante una velada en casa de la princesa de Guermantes, haya escrito y representado una breve pieza teatral burlándose del príncipe de ese apellido (Sodoma y Gomorra). Son varios los personajes que lo admiran: desde Charlus, que una noche ofrece al Narrador un libro de Bergotte, hasta el doctor Du Boulbon, que habla de su obra con la abuela del Narrador durante la agonía de ésta. Célebre y enfermo, reinará en el salón de los Swann, exhibido por la anfitriona como un trofeo: sufre insomnios, vive, harto del mundo, encerrado en casa, pero visita a menudo durante varias horas al Narrador en la etapa de la enfermedad de la abuela (La parte de Guermantes). Su muerte —traslado del desmayo que sufrió Proust en 1921 cuando visitaba con Vaudoyer en el Jeu de Paume la exposición de pintura holandesa— será narrada en La prisionera: el viejo escritor se derrumba mientras contempla la Vista de Delft de Vermeer. Modelos: el primero en importancia es el novelista Anatole France, que en Jean Santeuil también había servido para el pintor y escultor de ese mismo nombre. Hay que sumarle rasgos del Ruskin que descubre a Proust el secreto de la belleza y de la verdad, de Bergson, de Renán, de Daudet, de Bourget.

Berma

Es Swann el primero en hablar al Narrador de esta actriz célebre que, para el joven, encarna la esencia del arte escénico: la negativa de sus padres a dejarle ir y el temor a un empeoramiento de su enfermedad terminarán siendo vencidos por los elogios de Norpois. Por fin puede admirarla en una función de Phèdre, pero lo que le provoca es decepción. El reconocimiento de su talento interpretativo será, para el Narrador, retrospectivo, y estará elaborado a partir de los elogios de Bergotte y de una segunda audición, en la velada de gala

de la Opera. En El tiempo recobrado, el Narrador vuelve a encontrarla, vieja y enferma de muerte: para paliar los derroches económicos de su hija y su marido, no duda en ofrecer Phèdre de nuevo en una matinée a la que no acude nadie; todos sus invitados han preferido el salón de la nueva princesa de Guermantes (Mme. Verdurin). La amargura de su rostro durante esa «comida funeraria» en su casa será el principio del fin: el golpe de gracia se lo da Rachel, al notificarle que su hija y su yerno también se han ido a la matinée de la duquesa. Modelos: Sarah Bernhardt para las reflexiones del Narrador sobre lo genial y el genio, y la Réjane —ésta, sobre todo, en sus últimos momentos, junto con su hijo Jacques Porel y su nuera.

Berma, Hija y yerno de la

La hija de la Berma es una actriz que rivaliza con su madre, y que no tendrá, lo mismo que su marido, piedad alguna con ella, a pesar de que, enferma y vieja, quiera volver a los escenarios sólo por ayudar a su hija, que pretende vivir en medio del lujo. El matrimonio no sólo la explota sino que se muestra cruel con ella haciéndose invitar por Rachel a la matinéer de la Princesa de Guermantes; la noticia matará a la vieja actriz. Modelos: Jacques Porel, hijo de la Réjane, y su esposa, aunque Proust presta tintes trágicos a una realidad basada —al contrario de los personajes ficticios— en el amor mutuo de la actriz y su hijo.

Bernard, Nissim

Tío de Mme. Bloch, recibirá en su villa al Narrador y a Saint-Loup; amanerado y «precioso», será ridiculizado constantemente por los Bloch, padre e hijo, debido a su afición a inventar historias, que le ha granjeado fama de mentiroso. Durante la segunda estancia del Narrador en Balbec, mantiene a un empleado del Grand-Hôtel, al que

dejará su fortuna; sin embargo, en esa misma época le engaña con el mozo de una granja vecina (Sodoma y Gomorra). La familia desconoce sus costumbres sexuales y las desventuras de sus amoríos. En La prisionera, Bloch le forzará a prestar 5000 francos a Morel. Modelo: un tío de Mme. Finaly, el barón Horace de Landau.

Blandais, Mme.

Esposa del notario de Le Mans de ese apellido que pasa sus vacaciones en Balbec y forma parte del grupo de burgueses provincianos del Grand-Hôtel. La atención excesiva que presta a los «juerguistas», a los aristócratas que acuden a la estación balnearia, irrita a su círculo, y, sobre todo, al decano de abogados de Cherburgo. El Narrador hablará de ella a Saint-Loup y a sus camaradas en Donciéres.

Blatin, Mme.

El Narrador entra en contacto con esta anciana de apariencia bondadosa en los Champs-Élysées, donde lee los Debats mientras el protagonista juega con Gilberte. Más tarde la juzgará amanerada y pretenciosa y tendrá que compartir la opinión de su madre, que la considera una loca. En casa de los Swann, que se burlan de ella, se cuenta su encuentro en el Jardín de Aclimatación con un cingalés, que terminó tratándola de «camello».

Bloch, Albert

Joven judío, amigo del Narrador y algo mayor de edad que él. Es el primero en hablarle de Bergotte; sus opiniones de diletante sobre Musset, Racine, etc., que expresa con un lenguaje pomposo heredado

de sus lecturas de la literatura griega y, sobre todo, del estilo de Leconte de Lisle, sorprenden al Narrador, que lo invita a su casa; pero desagrada a todos por su petulancia y termina siendo expulsado de ella por ciertas insinuaciones sobre el pasado de una de las tías del protagonista. En Balbec, Bloch trata de intimar con Saint-Loup por las posibilidades sociales que le ofrece, pero tanto para éste como para Mme. de Villeparisis —a una de cuyas recepciones acude como autor dramático en La parte de Guermantes—, resulta antipático por su falta de tacto, su torpeza y su maledicencia; y también desagrada a todo el mundo, desde Françoise a Albertine. La marquesa de Villeparisis, por ejemplo, fingirá dormir al final de su matinée para no saludarlo al despedirse.

Funcionario en un Ministerio, no tiene empacho en fingirse antisemita, en hablar mal de sus propios amigos —de Saint-Loup, del Narrador mismo. Su dreyfusismo activo —presenta a la firma del príncipe de Guermantes y de Swann el manifiesto en favor de la revisión del proceso— le abre las puertas del salón de los Swann —Odette le conocía de antes con el nombre de Moreul—, donde discutirá el caso con Norpois. Agrada sin embargo a Charlus, que provoca una disputa entre Bloch y el Narrador. En La prisionera presionará a su tío Nissim Bernard para que preste 5000 francos a Morel, favor que éste, antisemita en ese momento, no le agradece. Al inicio de la guerra, su discurso es belicista, creyendo que su miopía ha de salvarlo del frente (El tiempo recobrado), pero una vez movilizado su discurso adquiere profesiones de fe rotundamente antimilitaristas. Mientras su fama como autor empieza a consolidarse, casa a su hija con un católico. Durante el «baile de las cabezas», el Narrador lo reconoce a pesar de sus envejecimiento: ahora utiliza el seudónimo de Jacques du Rozier, frecuenta la alta sociedad y practica un chic inglés que incluye el uso del monóculo. Françoise llegará a acusarle de plagiario por emplear para sus artículos ideas que saca de los artículos del Narrador. Modelos, distintas personas han prestado rasgos a Bloch, desde Léon Brunschvig, filósofo que trabajó sobre Pascal, hasta el poeta Pierre Quillard, que utilizaba la jerga «homérica» que Proust presta al lenguaje de Bloch, pasando por su amigo Horace Finaly; la anglomanía y la frialdad de Jacques du Rozier

proceden de Francis de Croisset, autor dramático de éxito rápido, yerno de Mme. de Chevigné.

Bloch, Salomon

Padre del anterior, a quien el Narrador conoce en Balbec durante una cena a la que Bloch lo invita junto con Saint-Loup. Célebre en su familia por su estereoscopio, que sólo enseña en ocasiones excepcionales, lo es más todavía por su tacañería y su avaricia. Emite juicios tajantes sobre Bergotte, al que conoce pero a quien no ha leído. Se precia de ser reaccionario y muere durante la guerra, ante la conmoción que le provoca ver Francia invadida. A partir de ese momento, su hijo manifiesta adoración por su memoria. Modelo: el banquero judío Hugo Finaly, padre de Horace, amigo y asesor financiero de Proust.

Bloch, Hermanas de

Durante la cena del Narrador en su casa, son dos las hermanas de Albert Bloch, al que admiran; luego, sólo se hablará de una: en compañía de su prima Esther Lévy, atrae la atención de Albertine en el casino de Incarville. Durante la segunda estancia del Narrador en Balbec, escandalizará al Grand-Hôtel paseando sin el menor escrúpulo cogida del brazo de Léa, cuyo lesbianismo es conocido.

Bontemps, M.

Jefe de gabinete del ministro de Obras Públicas o, en otros pasajes, de Correos, ha sido diplomático en Austria. Tío de Albertine, representa a ojos de Swann el «tipo de la burguesía reaccionaria de ideas estrechas»: dreyfusista tardío, cuando ya todo el mundo lo es, no

goza de buena fama entre la alta sociedad. En La fugitiva, el Narrador consigue, a través de Saint-Loup, 30.000 francos para sus campañas políticas, con la idea de que influya sobre Albertine y convenza a la joven para que regrese a París.

Bontemps, Mme.

Tía de Albertine —de la que no se ocupa mucho; de ahí que la joven no la aprecie demasiado y esposa del anterior, que consigue entrar en el círculo de los Verdurin y mantiene relaciones con Odette Swann, que la invita a cenar junto con el príncipe de Agrigento y los Cottard. De escasa cultura, trata de ascender en la escala social a través de los salones. Durante su enamoramiento de Albertine, el Narrador intenta acercarse a Mme. Bontemps, antidreyfusista convencida, que quiere deshacerse de su sobrina; sueña, primero, con un marido rico; luego, en casarla con el Narrador, hasta el punto de cerrar los ojos a la cohabitación de los dos jóvenes. En La prisionera, descubre al Narrador aspectos de la vida de Albertine —su relación con Andrée en Balbec, por ejemplo— y pone al desnudo parte de las mentiras de la joven. El Narrador buscará su mediación para hacer que Albertine, ya «fugitiva» y refugiada en su casa de Touraine, regrese a su lado. Es Mme. Bontemps quien le anuncia la noticia de la muerte de Albertine a consecuencia de una caída del caballo. Durante la guerra, y protegida por Mme. Verdurin, Mme. Bontemps convierte su salón en uno de los más prestigiosos de París y alcanza la meta de su vida: instalarse, como reina casi de la época del Directorio, en el faubourg Saint-Germain.

Borodino, Príncipe de

Este personaje, descendiente de una familia ennoblecida durante el Imperio, está muy apegado a su rango y exige los respetos que cree

debidos a su estirpe; lo cual no impide que esté mal visto por Mme. de Villeparisis. Aparece en La parte de Guermantes, en Donciéres, como capitán de caballería del regimiento de Saint-Loup, a quien facilita el permiso necesario para que el Narrador duerma en el cuartel; más tarde, conseguirá un permiso para que Saint-Loup pueda ir a Brujas con Rachel.

Botones del Grand-Hôtel de Balbec

Este botones, que está orgulloso de su familia, encanta a Aimé, el maître d'hôtel, de Balbec, por la forma maravillosa en que se quita el sombrero para saludar; es lo único que sabe hacer.

Bouillon, Cyrus de

Padre de la marquesa de Villeparisis, recibía en su castillo a grandes celebridades literarias; entre ellas, Chateaubriand, de quien la familia solía burlarse por repetir siempre lo mismo sobre la luna en sus paseos nocturnos. Por error, en el texto se le llama una vez Florimond de Guise, que era el abuelo de Mme. de Villeparisis.

Bouillon, Duque de

Hermano de Mme. de Villeparisis y tío de Oriane de Guermantes, a quien el Narrador toma, durante la velada en casa de la princesa de ese título, por un pequeño burgués, por el notario de Combray.

Bréauté-Consalvi, Hannibal, marqués de

Llamado «Baba» por sus amigos del círculo de Guermantes, el marqués de Bréauté-Consalvi —el texto de Proust lo titula en alguna ocasión de conde— aparece en Por la parte de Swann en el salón de Mme. de Saint-Euverte, entre el grupo de elegantes y árbitros de la moda de la vida social; su monóculo llama la atención del Narrador. Hijo de una Choiseul, según una carta anónima dirigida a Swann es uno de los amantes de Odette, con la que mantiene durante dos años un amor apasionado (Sodoma y Gomorra). Durante mucho tiempo ha sido, además, amigo de Swann. En una velada de la duquesa de Guermantes volverá a encontrarse con el Narrador, a quien confunde con un famoso organista y luego con el agregado de la Legación sueca, y al que presenta al príncipe de Guermantes. Finge despreciar la alta sociedad, en la que pasa por hombre culto y erudito. La duquesa de Guermantes, vieja amiga suya con la que habla de botánica durante la velada de La parte de Guermantes, será quien dé al Narrador la noticia de su enfermedad y su rápida muerte. Modelos: el conde Louis de Turenne y el marqués de Breteuil, portadores ambos de monóculo y considerados por la buena sociedad como entendidos en arte.

Brichot

Este profesor de la Sorbona pertenece al clan de los Verdurin, del que ha estado a punto de distanciarle su amor por una lavandera. Encarna el tipo de profesor pedante que no duda en dar lecciones de etimología a sus contertulios. Pese a los elogios de la «Patrona», ésta, que lo llama «Chochotte», apenas lo aprecia y no le hace ningún caso. Se enamora de la joven marquesa de Cambremer, de quien también lo separa Mme. Verdurin; sus penas de amor lo llevan, casi ciego, a la morfina. Su estima por Charlus —que sigue sus cursos en la Sorbona— no le impedirá convertirse en cómplice de la «Patrona» cuando ésta decida «ejecutar» al barón para atraerse al violinista Morel. El Narrador lo encuentra en la calle, la víspera de una recepción en casa de Mme. Verdurin (La prisionera), mejorado de su

enfermedad. Antidreyfusista y miembro de la Liga de la Patria Francesa, se gana con sus artículos ultranacionalistas, muy diferentes de sus ideas anteriores a la guerra, el favor del faubourg Saint-Germain, las burlas de Charlus y la irritación de Mme. Verdurin.

Cambremer, Marqués de

Hijo de la marquesa Zélia de Cambremer y cuñado de Legrandin, este gentilhombre de la Baja Normandía vive en su castillo de Féterne, cerca de Balbec, dedicado a la caza. Su esposa da a este gran señor de la comarca el apodo de «Canean». Antisemita —aunque por cortesía elogie delante del Narrador a un coronel judío— y de cultura escasa —sólo conoce dos fábulas de La Fontaine que cita constantemente—, en Sodoma y Gomorra llamará la atención del Narrador por sus ojos azules y su nariz torcida, su manera de vestir y una amabilidad vulgar que lo impulsa a interesarse por los ahogos del Narrador; también los sufre su hermana, que en El tiempo recobrado estará ya curada. Visita a los Verdurin, con los que terminará peleándose, en La Raspeliére; en la velada, da una lección sobre las armas de su apellido —sobre el que Charlus hará un juego de palabras brutal (Cambremerde), y manifiesta gran admiración por el profesor Cottard y sus retruécanos. En la matinée de Guermantes, donde vuelve a interesarse por los ahogos del Narrador, éste se fija en su cambio físico y en las grandes bolsas que tiene bajo los ojos.

Cambremer, Marquesa viuda de

Zélia de Cambremer, de soltera Du Mesnil-La-Guichard, es una melómana de talento que adora a Chopin, al que interpreta muy bien. Aparece en Por la parte de Swann, en la recepción en casa de Mme. de Saint-Euverte a la que asisten Swann y la princesa des Laumes, que se burlan de su apellido. Sus intentos por penetrar en la alta sociedad

del faubourg Saint-Germain tienen poco éxito: Mme. Verdurin no la admite en su salón y la duquesa de Guermantes la desprecia; sólo la princesa de Parma le cede su palco para una representación de la Berma en la Ópera. No es una esnob, sino una mujer sencilla que, para ascender en esa sociedad, da numerosas recepciones en su castillo de Féterne y acude a las matinées de otras casas sabiendo que les agrada su presencia. Durante la segunda estancia del Narrador en Balbec, lo visitará con un entusiasmo que le hace perder la dentadura postiza. Termina vendiendo su castillo de Féterne a los Verdurin, a quienes alquila el de la Raspeliére (Sodoma y Gomorra). Entre sus hijos figuran el marqués de su apellido, por el que siente pasión, y Mme. de Gaucourt, que sufre los ahogos del asma. Participa, ya muy vieja, en la matinée de la princesa de Guermantes (El tiempo recobrado). Modelos: la princesa de Brancovan, sobre cuya mansión de Bassaraba, en Amphion, construye Proust el castillo de Féterne, y Mme. d'Haussonville, de la que toma algunos rasgos.

Cambremer-Legrandin, Marquesa de

Renée-Elodie, hermana de Legrandin, está casada con el marqués de Cambremer. Su esnobismo la lleva a despreciar tanto la inteligencia como la amabilidad de su suegra, a quien la enfrentan sus gustos musicales; ferviente partidaria de Wagner y del Peleas y Melisenda de Debussy, desprecia a Chopin hasta que el Narrador le hace cambiar de opinión diciéndole que Debussy lo admiraba. También desprecia a su marido por su bonachonería. Mujer cultivada —aunque de cultura postiza—, inteligente y aficionada al chismorreo, vive la mayor parte del año en el campo y aparece, recién casada, en la velada de Mme. de Saint-Euverte, donde despierta la admiración de Bréauté y de Froberville. Aprecia a Saint-Loup y a la duquesa de Guermantes, en cuyo círculo pretende entrar.

En Sodoma y Gomorra visita el castillo de Féterne, recién comprado a los Cambremer por los Verdurin; critica con su marido la disposición que los nuevos propietarios han dado al castillo, del que

sólo salvan los candelabros, y se muestra impertinente con ellos. Enamorada de Swann, tal vez haya sido amante de Saint-Loup; por su parte, Brichot siente pasión por esta mujer que en La fugitiva lamenta el matrimonio de su hijo, al que no ama, con Mlle. d'Oloron, sobrina de Jupien, a la que enseguida toma ojeriza. Después de la guerra, el Narrador la ve en una matinée del príncipe de Guermantes; ahora la marquesa muestra indiferencia hacia ese apellido y ese mundo. Modelo: la condesa d'Haussonville.

Cambremer, Leonor de

Hijo del marqués de Cambremer y de su esposa Renée-Elodie, Léonor frecuenta el mundo literario; este mujeriego de inteligencia notable, dotado para la música, elegante y refinado, comparte los hábitos sexuales de su tío Legrandin y de Charlus, que media para que se case con una joven a la que el barón ha adoptado, Mlle. d'Oloron, sobrina de Jupien (La fugitiva). El Narrador descubrirá en El tiempo recobrado el gran parecido físico que tiene con su tío.

Camus

Tendero de Combray, proveedor de la tía del Narrador, en Por la parte de Swann. Modelo: un tendero de Illiers, apellidado Légué, aunque en esa población había otra tienda cuyo propietario se llamaba Camus.

Caprarola, Princesa de

En Sodoma y Gomorra, esta princesa inteligente y agradable, aficionada a llevar la contraria a las ideas admitidas, visita a Mme. Verdurin con la intención de «robarle» fieles.

Cartier

Hermano de Mme. de Villefranche, es amigo de La Trémoille, que no duda en soltarle una dura crítica: casi sería engrandecerlo emparentarlo con el joyero de ese apellido. Bréauté lo aprecia, pero la duquesa de Guermantes lo considera un pelma (La prisionera).

Céline, Tía

Hermana de la abuela del Narrador, que en Combray, junto a otra tía llamada en ese pasaje Flora, agradece a Swann el vino que éste ha regalado a la familia; solteronas de aspiraciones elevadas, le dan las gracias de una forma ininteligible, que ellas creen sutil y refinada. Permanece en Combray, haciendo música, durante la agonía de la abuela.

Citri, Marquesa de

Presente en la velada de la princesa de Guermantes (Sodoma y Gomorra), esta mujer de carácter negativo siente horror por las gentes de la alta sociedad y lo critica todo, empezando por su anfitriona.

Coignet

Ayuda de cámara del barón de Charlus en La parte de Guermantes.

Cottard, Doctor

Médico de los Verdurin, en cuyo salón, a pesar de su prestigio como gran clínico y de la seguridad de diagnóstico, que supera, según sus anfitriones, al doctor Potain, da muestras de estupidez, sobre todo con su gusto por los retruécanos, su afición a las locuciones hechas y sus bromas, carentes de la menor gracia. Falto de seguridad en sí mismo y de sentido crítico, Swann lo aprecia a pesar de sus defectos, mientras que para Bergotte es un imbécil al que soporta a duras penas. Consultado durante la agonía de la abuela del Narrador, Cottard ya había asistido, y curado, a éste en su infancia, prescribiéndole un régimen a base de leche. En Sodoma y Gomorra, célebre ahora en su oficio, adquiere mayor seguridad. El Narrador se encontrará con él varias veces: en Incarville, en el trenecito camino de La Raspeliére… Charlus, que al principio lo toma por un invertido, le requiere como testigo para su falso duelo, pero, con gran tristeza de su parte, Cottard no puede servirle en ese cometido. Más tarde, aparecerá citado elogiosamente en el Journal de los Goncourt. Movilizado durante la guerra como coronel médico, muere de agotamiento y extenuación. Modelos: distintos médicos del entorno familiar de Proust, como los doctores Doyen, Broca y Guyon, aficionados a los retruécanos y a los chistes fáciles. Otros nombres son el doctor Pozzi, y quizá el conde Albert Vandal, por sus quevedos y un tic que le hacía guiñar los ojos. El nombre deriva de un condiscípulo del padre del novelista, el doctor Cotard.

Cottard, Mme.

Léontine Cottard, esposa del anterior, también forma parte del círculo de los Verdurin; amiga de salones y visitas a la alta sociedad, inculta a pesar de sus frases solemnes, es amiga de Odette, cuyas relaciones con Forcheville oculta a Swann cuando éste se la encuentra en un ómnibus (A la sombra de las muchachas en flor). Amable y cortés, durante la agonía de la abuela ofrecerá a los padres del Narrador su «camarista». En Sodoma y Gomorra, su marido tiene que despertarla bruscamente porque se duerme después de la comida en

el salón de los Verdurin en La Raspeliére. Modelo: la esposa del Dr. Pozzi.

Courvigaux, M. de

Miembro de una familia que odia a los Guermantes; durante la matinéer que da la princesa de ese apellido en El tiempo recobrado, el Narrador lo encuentra increíblemente rejuvenecido.

Courvoisier, Vizconde Adalbert de

Sobrino de Mme. de Gallardon, este homosexual vergonzante al que el Narrador encuentra en el Templo del Impudor, asiste a la soirée de la princesa de Guermantes (El tiempo recobrado). Su homosexualidad no le impide «redoblar su celo prolífico con su mujer». Pertenece al grupo de los Courvoisier que no tiene problemas con los Guermantes.

Crécy, Pierre de Verjus, conde de

Erudito en genealogía, este gentilhombre pobre, distinguido pero indiscreto, es invitado por el Narrador en Sodoma y Gomorra a Balbec. En La prisionera el Narrador se enterará de que había sido el primer marido de Odette Swann, que le había sacado hasta el último céntimo. En su vejez vive de una pensión que le pasa Charles Swann.

Crécy, Odette de

Véase Swann, Mme.

Criquetot, Condesa de

El Narrador conoce la existencia y el parentesco con los Cambremer de esta condesa, Éleonore de Cambremer de soltera, por medio de su esquela de defunción en Sodoma y Gomorra.

Chanlivault, Mme. de

Hija de Mme. de Charleval y tía de M. de Chaussepierre, aparece en la soirée de Mme. de Saint-Euverte. Oriane de Guermantes se burla de su apellido y del de su madre, que le recuerdan los de personajes de Moliére o de Labiche.

Charlus, Palaméde, barón de

Palaméde Guermantes, hermano menor del duque de Guermantes y de la condesa de Marsantes, une a su título de barón de Charlus los de duque de Brabante, doncel de Montargis, príncipe d'Oléron, de Carency, des Dunes y de Viareggio. Es un gran señor, de altivez aristocrática, hijo de una duquesa de Baviera, elegante hasta el refinamiento, inteligente y de gran cultura artística y literaria que le permite hablar con inteligencia sobre Balzac o Moliére, y que seduce a la abuela del Narrador citándole las palabras de Mme. de Sévigné sobre la amistad. Esteta y petimetre empolvado, conocedor exquisito de las toilettes femeninas (a veces le apodan «la costurera»), Charlus es un personaje de sensibilidad extrema, conocido entre sus íntimos por el apodo de «Memé», que ha llorado durante mucho tiempo la muerte de su mujer, una princesa de Borbón. Esa misma inteligencia le sirve para burlarse de personas como Mme. de Saint-Euverte o utilizar la crueldad y ser cómplice en la caída de personajes como la condesa Molé (La prisionera). En su juventud, formó parte de un grupo de jóvenes aristócratas conocidos como «Las tres Gracias», árbitros de

la elegancia en la sociedad del faubourg Saint-Germain y celadores de las invitaciones a cualquier recepción. Experto en el Gotha europeo, conoce personalmente a la realeza del continente y desprecia a la nobleza creada por el Imperio.

El primero en hablar de Charlus al Narrador es su sobrino Saint-Loup durante su estancia en Balbec, donde el barón, amigo de Swann, pasa por ser amante de Odette, a quien escolta en sus salidas y de cuya vida es el mayor confidente; sin saber quién era, el Narrador lo ha visto en el pasado, vestido de dril, acompañando a Odette y a Gilberte en Tansonville. Sospechoso de ser quizás un rata de hotel o un loco para el Narrador, éste no tarda en serle presentado en Combray por Mme. de Villeparisis. Tras una extraña invitación a cenar en los aposentos de su tía, visita al joven en su cuarto del hotel para prestarle un libro de Bergotte. En París, volverá a encontrárselo en una recepción, de la que saldrán juntos; en el camino de regreso a casa, Charlus va descubriendo al Narrador su pensamientos sobre política, los judíos —es antidreyfusista radical, «más que cualquiera de las personas que yo había conocido»—, los Guermantes y su tía Mme. de Villeparisis. Para el Narrador, el comportamiento de Charlus es incomprensible desde el primer día en que lo vio merodear junto al Grand-Hôtel de Balbec: le confirman esa rareza la afectuosidad y la frialdad alternativas y sin motivo, una escena con un cochero borracho, su afán por convertirse en protector del Narrador al final de La parte de Guermantes II, donde le hace una escena terrible, seguida de una semirreconciliación que al Narrador le costará comprender hasta que descubra en Sodoma y Gomorra la verdadera personalidad y el carácter del barón, a quien sorprende seduciendo al chalequero Jupien: el barón es un invertido que trata de ocultar esa inclinación sexual en los primeros contactos con las personas, para luego ir dejándola aflorar poco a poco.

Su comportamiento en sociedad es igual de equívoco: mientras la princesa de Parma está secretamente enamorada de él, Charlus se extasía, aunque finja indiferencia, ante los dos bellos hijos de Mme. Surgis-le-Duc. El Narrador volverá a encontrarlo en la estación de Donciéres, acompañado por el violinista Charles Morel, a quien ha convertido en su nuevo protegido: esta pasión será desmenuzada

largamente en confidencias del barón al Narrador, hasta el duelo imaginado por Charlus para hacer que Morel, que le ha abandonado de forma brusca, regrese (Sodoma y Gomorra). En La prisionera, sus planes llegarán más lejos: intentará casar a Morel con una sobrina de Jupien, a la que el barón termina adoptando. Pese a las apariencias que pretende dar, el clan de los Verdurin, donde reina, está en el secreto de su homosexualidad, que ejerce cierta fascinación sobre los fieles de la «Patrona»; es precisamente en el salón de ésta donde se produce su pelea definitiva con Morel, quien, instigado por las calumnias de Mme. Verdurin, le hace una escena de la que el barón tendrá que salir, presa de pánico, apoyado en el brazo de la reina de Nápoles. No tarda en enfermar gravemente y en experimentar una rápida transformación moral. Una vez que Morel ha desaparecido definitivamente de su vida, se enamora del joven Cambremer, al que casa con la sobrina de Jupien, a la que Charlus ha cedido un título, el de Mlle. d'Oloron.

En El tiempo recobrado, el Narrador, que ha ido percibiendo el cambio y la decadencia física de Charlus desde que lo conociera en Balbec, lo encuentra en una habitación del Templo del Impudor que regenta Jupien, encadenado y haciéndose flagelar por un joven; ahora hace gala del esnobismo de la canalla, de los «inferiores»; germanófilo convencido, critica a Norpois y a Brichot y habla sobre el espíritu de la guerra, sobre su idea de París como una posible Pompeya. Un nuevo encuentro de Charlus con Morel termina en una denuncia del pianista que lleva al barón brevemente a la cárcel. El Narrador vuelve a encontrarlo convaleciente de un ataque de apoplejía, en los Champs-Élysées: mantiene intactas su inteligencia y su memoria, pero su voz apenas es perceptible; el tiempo le ha dado «la majestad shakespeariana de un rey Lear». Modelo: el principal es Robert de Montesquiou, aunque el barón de Charlus tiene rasgos del barón Doazan —enamorado de un pianista polaco—, de Oscar Wilde, del conde Aimery de La Rochefoucauld, muy orgulloso de su alcurnia, y del príncipe Boson de Sagan para la etapa final de la enfermedad y muerte.

Charmel

Uno de los lacayos de Charlus, cuyo nombre procede del portero del domicilio de la actriz Réjane, en la calle Laurent-Pichat, donde Proust vivió del 30 de junio al 1 de octubre de 1919. En Sodoma y Gomorra, Charlus pretende que Morel adopte ese nombre.

Châtellerault, Duque de

Apodado «Bibi», este Guermantes, pariente de Charlus —que no hace caso de su saludo y a quien parece una peste—, asiste a la matinée de Mme. de Villeparisis, también tía suya, donde se niega a discutir sobre el affaire Dreyfus con Bloch por ser éste judío. De camino a la soirée de la princesa de Guermantes (Sodoma y Gomorra), es abordado por un joven que le hace proposiciones, y al que luego encuentra como ujier en el palacete de su prima la princesa: el relato traslada una aventura real ocurrida entre Albert Le Cuziat y el joven conde de S. Tan cobarde como imprudente, el duque será expulsado del Jockey Club por hacer trampas con las cartas. Después de pedir en matrimonio a Mlle. de Forcheville, terminará casado con Daisy d'Ambressac. En la matinée del príncipe de Guermantes aparece extrañamente maquillado y el Narrador lo compara con un viejecito de Combray.

Châtellerault, Príncipe de

En Sodoma y Gomorra, se encuentra en el restaurante donde Saint-Loup y el Narrador están cenando.

Chaussegros, Mme. de

La marquesa de Chaussegros aparece brevemente en la velada de la duquesa de Guermantes; dice conocer al Narrador, a quien acoge con afecto sin que el joven sepa quién es.

Chaussepierre, Mme. de

Hija de Mme. de Charleval, aparece con aire desdichado en Sodoma y Gomorra, durante la matinée de la princesa de Guermantes, donde la duquesa de este apellido se niega a saludarla. La modestia de su vida y los pequeños conciertos que da en su casa hacen que pase inadvertida (La prisionera).

Chaussepierre, M. de

Suegro de la anterior y hermano de Mme. de Chanlivault —apellido que en algún pasaje se convierte probablemente por error en Charleval—, de Mme. de Sennencour y de la vizcondesa du Merlerault.

Chaussepierre, M. de

Hijo del anterior, y vicepresidente del Jockey, que en La prisionera consigue ser elegido presidente de ese Club frente al duque de Guermantes.

Chenouville, M. de

En su familia, el apellido se pronuncia «Ch'nouville»; es tío de los Cambremer, que en Sodoma y Gomorra cenan en su casa.

Chevrigny, M. de

Hidalgo normando, también llamado Chevregny, que vive en sus tierras, cerca de Féterne. De mal gusto literario, se siente orgulloso de su estirpe; está emparentado con los Cambremer. En Sodoma y Gomorra toma a veces el trenecito.

Chevrigny

Lacayo del barón de Charlus, a quien éste invita a almorzar en el Grand-Hôtel de Balbec.

Chófer del Narrador

Joven culto y elegante, vigila por encargo del Narrador a Albertine durante el día que la joven pasa en Versalles, escapando de las presiones (Sodoma y Gomorra). El Narrador terminará preguntándose si el chófer no está de acuerdo con su amada.

Dama de los Débats, La vieja

Véase Blatin, Mme.

Decano del Colegio de Abogados de Cherburgo

Pasa sus vacaciones en Balbec, junto a otros burgueses de provincias, de los que destaca por recibir a los Cambremer a su mesa y mantener relaciones con estos aristócratas. Por error, en otro momento de A la sombra de las muchachas en flor Proust lo designa

decano de Caen. En Sodoma y Gomorra, el Narrador se entera de su muerte durante su segunda estancia en Balbec. Modelo: un abogado apellidado Ployel con el que los Proust coincidían durante sus vacaciones en Évian.

Dechambre

Violinista del clan de los Verdurin, favorito de la «Patrona», cuya muerte anunciará Brichot en Sodoma y Gomorra, aunque propone no comunicársela a Mme. Verdurin para no echar a perder la velada. El texto no explica en ninguna parte que este personaje sea el mismo que aparece al piano en el salón de los Verdurin interpretando el andante de la Sonata de Vinteuil en Por la parte de Swann. Modelo: Édouard Risler, pianista favorito de Mme. Lemaire.

Delage, Suzanne

Sobrina nieta de Mme. Blandais, de quien Mme. Bontemps cree erróneamente que ha sido amiga de infancia del Narrador.

Deltour, General

Secretario de la presidencia de la República, asiste en La prisionera a la velada de los Verdurin en que Morel toca el piano. El barón de Charlus pretende su ayuda para conseguir una condecoración para Morel.

Dieulafoy, Profesor Georges

Doctor al que, en La parte de Guermantes, la familia del Narrador recurre durante la agonía de la abuela y a quien el duque de Guermantes quiere recomendar.

Du Boulbon, Doctor

Médico alienista, recomendado por Bergotte al Narrador (A la sombra de las muchachas en flor) en vez de Cottard, que odia la presencia de su rival en Balbec. En Guermantes I, ausculta a la abuela del Narrador al comienzo de su enfermedad, y la hace hablar de Bergotte. Modelos: distintos médicos del entorno de Proust: el doctor Le Reboulet, que atendía al faubourg Saint-Germain; el doctor Alfred Chambón, médico del Grand-Hôtel de Cabourg.

Ducret

Ayuda de cámara del barón de Charlus (Guermantes, II).

Duras, Duquesa de

Aparece en el concierto de Morel durante la soirée de los Verdurin, y es elogiada por Charlus (La prisionera). Mme. Verdurin, sin embargo, se dedica a vetar su presencia donde puede. Tras enviudar de su primer marido, Mme. Verdurin se casa con el duque de Duras, por lo que, durante los dos años que todavía vive éste, Mme. Verdurin lleva ese apellido.

Duroc, Comandante

Profesor de estrategia en el cuartel de Donciéres; dreyfusista, para su alumno Saint-Loup es un verdadero esteta de la estrategia (La parte de Guermantes).

E..., Profesor

Médico a cuya consulta lleva el Narrador a su abuela y que emite una opinión pesimista sobre la enfermedad. Durante la soirée de la princesa de Guermantes, no conoce a ninguno de los invitados, hasta encontrar al Narrador, a quien se queja de hipertermia y que le confirma la muerte de su antigua paciente (Sodoma y Gomorra).

Égremont, Vizcondesa de

Frecuenta el salón de la princesa d'Épinay, a la que, de manera discreta, sirve en un papel de criada durante una recepción.

Elstir

Saint-Loup y el Narrador conocerán a este pintor —cuyo nombre parece ser resultado de la mezcla de los de Paul Helleu y Whistler—, apodado «Biche» o «Tiche» en el salón de los Verdurin, en un restaurante de Rivebelle, población cercana a Balbec (A la sombra de las muchachas en flor). Invitado a visitarle en su atelier, el Narrador sólo irá a verle «por obediencia» a su abuela, descubriendo entonces que Elstir es la llave que puede permitirle entrar en conocimiento de la pandilla de muchachas. En la conversación anterior a la aparición de Albertine, Elstir revoluciona la visión que el Narrador tiene sobre el arte hablándole de la iglesia de Balbec, de sus estatuas, de la alta poesía, y llamando su atención sobre sus marinas y algunos cuadros en que ha pintado Les Creuniers o la iglesia de Carquethuit. Para

Elstir, la esencia del arte no está en el objeto, sino en la visión de ese objeto; su opinión sobre hechos hasta ese momento despreciados por el joven —las regatas, las carreras de caballos, la toilette de las mujeres— supone un giro en su reflexión sobre la vida de balneario. Durante esa primera visita al atelier, el Narrador descubrirá el dibujo de una mujer travestida como Miss Sacripant, cuya identidad adivina enseguida: Odette de Crécy, de la que tal vez Elstir ha sido amante; eso asegura al menos una carta anónima recibida por Swann. Durante una merienda que Elstir da a petición del Narrador, éste puede conocer por fin a Albertine.

En Guermantes, Saint-Loup pondera como crítico de arte de inteligencia exquisita a Elstir. A través de Saint-Loup, el Narrador, con la disculpa de ver los cuadros que el duque de Guermantes posee de Elstir, se acercará a la duquesa, que apenas aprecia al pintor; y su marido, a quien le parecen excesivos sus precios, terminará cambiándolos. Tampoco lo aprecia Mme. Verdurin, en cuyo salón Elstir se entregaba a farsas y bromas que contrastan, en la mente del Narrador, con el pintor de genio en que se ha convertido (Sodoma y Gomorra). A pesar del pasado, Elstir será el único que en El tiempo recobrado lamente la muerte de la «Patrona». Modelos: distintos pintores: Gustave Moreau por sus cuadros mitológicos; Renoir por sus cuadros de paseos en barca; Monet por sus catedrales y sus marinas; el inglés Alexander Harrison, a quien Proust visitó en su taller acompañado por Marie Nordlinger, también por sus marinas.

Elstir, Mme.

Tras una primera impresión negativa que sobre Mme. Elstir recibe en su primera visita al atelier del pintor, el Narrador ve en ella una encarnación de la belleza y de la elegancia, a pesar de la sencillez de sus toilettes. En Sodoma y Gomorra, esta mujer que fue la causa de la ruptura de Elstir con los Verdurin es tratada por la «Patrona», que se burla de ella por el abandono en que la tiene su marido, de

«pelandusca». Modelo: la esposa del pintor Paul Helleu, sólo para los rasgos externos, no para las relaciones con su marido.

Épinay, Princesa de

Victurnienne d'Épinay, a veces confundida con una prima de la duquesa Oriane de Guermantes, Mme. d'Heudicourt, celebra cada visita de la duquesa a su salón —antidreyfusista-con una alegría que trata de contagiar a sus invitados pidiéndole que repita sus ocurrencias y frases más aplaudidas; entre ellas, el retruécano sobre «Taquin el Soberbio» aplicado a Charlus (Guermantes). En Sodoma y Gomorra visita el salón de Odette, sorprendiéndose ante la brillantez de sus recepciones.

Eudoxia, Reina

Emperatriz de Oriente, esposa del rey Teodosio, protectora durante cierto tiempo de los Vaugoubert. Durante una recepción oficial, se dedica a hablar únicamente con Mme. de Vaugoubert, con gran irritación de las esposas de los ministros franceses; el incidente arruina la carrera diplomática de su marido (La prisionera). Modelo: la emperatriz Alejandra y Mme. de Montebello, durante una recepción en 1901.

Eugéne, M.

Diputado de «L'action Liberale», cliente asiduo del Templo del Impudor en El tiempo recobrado.

Eulalie

Confidente de la tía Léonie, a la que visita en Combray a menudo para entretenerla y charlar de la vida del pueblo. Coja y sorda, desagrada a Françoise, que ve en ella una rival y que sólo empezará a apreciarla después de su muerte.

Faffenheim-Munsterburg-Weinigen, Príncipe de

Primer ministro alemán, apodado «el príncipe Von», y a veces «el Rhingrave» por el Narrador. Tiene la ambición ser elegido correspondiente de la Academia de Ciencias Morales y para ello trata de conseguir el apoyo de Norpois en la matinée de Mme. de Villeparisis (Guermantes I): reacio al principio, el embajador terminará ayudándole. También está presente en la velada de la duquesa de Guermantes, con quien habla de Rachel, y en la que hace confidencias al Narrador. Este probable dreyfusista elogia a Guillermo II de Alemania aunque arremete contra sus gustos artísticos, por anticuados, y se muestra crítico con los monarcas ingleses y con el rey de Bulgaria.

Féré, M. y Mme.

Gentes muy «chic»; en su honor dará una cena en el castillo de Féterne la marquesa de Cambremer (Sodoma y Gomorra).

Fezensac, Mme. de

Tía abuela de una sobrina de la duquesa de Guermantes (La prisionera).

Fierbois, Marqués de

Pariente de los Guermantes, que sorprende por sus exagerados y rimbombantes saludos.

Filósofo noruego

Frecuenta el círculo de los Verdurin, donde se esfuerza por hablar bien el francés y se interesa por nombres de árboles; sin embargo, la mayoría de las veces permanece callado durante las cenas en la Raspeliére, donde el Narrador comenta con él los temas de las discusiones que Bergson y Proust mantuvieron en 1920 y de las que fue testigo Edmond Jaloux (Sodoma y Gomorra). Modelo: el filósofo sueco Algot Ruhe, traductor de Bergson, que también había publicado una reseña de Por la parte de Swann en 1917.

Flora, Tía

Tía abuela del Narrador (también llamada a lo largo del texto Victoire); junto a su hermana Céline, da las gracias de una forma complicada, que ambas creen refinada, a Swann por el vino que éste ha regalado a la familia; como su hermana, es una solterona con aspiraciones elevadas, que permanecerá en Combray para escuchar música durante la agonía de la abuela.

Foggi, Príncipe Odón

*Príncipe de nacionalidad italiana, casado con la hermana del gran duque N***; cuñado de Mme. Doudeauville, encuentra en Venecia a la marquesa de Villeparisis y a Norpois: cuando éste le comunique*

que Giolitti podría resultar elegido Presidente del Consejo, el príncipe Foggi regresa precipitadamente a Roma.

Foix, Príncipe de

Padre del amigo de Saint-Loup, que se ha esforzado por impedir la homosexualidad de su hijo. Sin embargo, la muerte del príncipe será muy lamentada en el Templo del Impudor, el prostíbulo masculino de Jupien, que frecuentaba. Modelo: el príncipe Constantin Radziwill.

Foix, Príncipe de

Hijo del anterior, a quien Saint-Loup y el Narrador —a quien el príncipe prestará su capa— encuentran en el restaurante un día de intensa bruma; forma parte de un grupo de quince jóvenes aristócratas, entre ellos Saint-Loup; pese a la amistad que los une, en la soirée de la duquesa de Guermantes cuenta que ha encontrado a Saint-Loup en brazos de Rachel después de su ruptura. Modelo: Loche Radziwill, amigo de Proust e hijo del príncipe Constantin.

Forcheville, Conde de

Gentilhombre normando, cuñado de Saniette, a quien Odette de Crécy introduce en el círculo de los Verdurin. Su rancia estirpe, que cree más antigua que la de los La Rochefoucauld, no le impide demostrar su vulgaridad y su estupidez. Con el apoyo de Mme. Verdurin, se convierte en amante de Odette confirmando las sospechas de Swann, que sueña con él encarnado en la figura de Napoleón III (Por la parte de Swann). En La prisionera, tras la muerte de Swann, se casa con Odette, dilapida su fortuna y adopta a su hija Gilberte, que se convierte entonces en Mlle. de Forcheville.

Forestelle, Marqués de

Dueño de un castillo en los alrededores de Compiégne, cerca de Pierrefonds; amigo de Swann, éste piensa en visitarle durante sus ataques de celos de Odette. En la velada de Mme. de Saint-Euverte será uno de los «monóculos» del Narrador.

Forestier, Robert

En Guermantes, Mme. Bontemps lo confundirá con un amigo de la infancia del Narrador.

Françoise

Cocinera de la tía Léonie y luego de la familia del Narrador. Orgullosa de su talento culinario, servicial con los amos y cruel con los animales y con el resto de los criados, es mujer compasiva siempre que las muertes o los sufrimientos estén lejos o lea la descripción de una enfermedad en un libro. A la muerte de su ama, que llora amargamente, pasa a servir a los padres del Narrador, yendo siempre con éste a sus paseos por los Champs-Élysées. Elogiada por Norpois por su «boeuf à la mode», emite opiniones acertadas sobre los amigos del Narrador; acompaña a la abuela y a éste a sus vacaciones de Balbec, haciéndose amiga de los criados del Grand-Hôtel, sin que ello redunde en provecho de sus amos; al contrario, termina por prohibir que los llamen para no molestarlos.

Desempeña junto al Narrador el papel de madre, emitiendo opiniones sobre sus amistades, reprobando sus salidas matinales, compartiendo el «orgullo» familiar. Abnegada durante la agonía de la abuela (Guermantes), molesta a todos con sus reflexiones y sus manías: más tarde, contará al Narrador detalles que éste ignora de los inicios de esa enfermedad. No tolera que los demás criados se

acerquen a sus amos y para ello sigue su vieja costumbre de Combray: hacerlo todo ella misma; por eso detesta la amistad del Narrador con Marie Gineste y Céleste Albaret (Sodoma y Gomorra). La llegada de Albertine a casa del Narrador para convivir con él (La prisionera) pone a prueba su paciencia: odia a Albertine, a la que impone sus hábitos cotidianos, además de inducir al joven a sospechar de su amor, y de facilitar el acercamiento de una joven lechera. Aunque intente detener a Albertine en el momento de su fuga, se alegrará de la muerte de la joven. Belicista al principio, cuando llega la guerra sufre mucho leyendo la descripción de las atrocidades que se cometen; en el frente morirá su sobrino, al que había intentado salvar de la guerra por todos los medios; le llorará lo mismo que a Saint-Loup, aunque a las lágrimas por éste también se mezcle cierta curiosidad.

El Narrador, que declara que «tal vez sólo el genio instintivo de Françoise [le] hubiese agradado» cuando evoca a las mujeres amadas por él, aprecia sobre todo su lenguaje, un habla campesina que supone la supervivencia de los tiempos antiguos, por su semejanza con el estilo de Saint-Simon. En el momento en que el Narrador empieza a escribir (últimas páginas de El tiempo recobrado), es Françoise quien le sugiere la idea de utilizar papelajos, llegando a comparar su trabajo con una especie de colaboración. Modelos: Ernestine Gallou, criada de su tía Elisabeth Amiot en Illiers, y varias criadas de Proust, sobre todo su ama de llaves Céleste Albaret.

Françoise, Hija de

Marguerite Bazireau permanece a la fuerza en Combray durante la agonía de la abuela del Narrador. Según su madre, que no consigue entender su argot, se ha «parisizado». (Guermantes). Ayuda al Narrador, con quien no mantiene buenas relaciones y que se sorprende ante su argot, a terminar la mecanografía de su novela. Reaparece en El tiempo recobrado, sin que en apariencia haya envejecido. Modelo: Yvonne Albaret, sobrina de Céleste, que se encargó en la primavera de 1922 de pasar a máquina la

correspondencia de Proust y de terminar la mecanografía de La prisionera y La fugitiva.

Franquetot, Vizcondesa de

También llamada por el texto condesa de F. o Mme. de F., es prima de Mme. de Cambremer; aparece en la soirée musical de Mme. de Saint-Euverte siguiendo atentamente la música; muchos años después, el Narrador volverá a encontrarla, muy envejecida, en el «baile de las cabezas».

Froberville, Coronel de

Sobrino del general de Froberville, asiste a una velada en casa de la princesa de Guermantes, y habla con la duquesa de ese apellido y con Bréauté. Arruinado y con pocas distracciones, se alegra de que adelanten la fiesta anual de Mme. de Saint-Euverte, benefactora suya; lo cual no impide que también se alegre del fracaso de sus garden-parties.

Froberville, General de

Amigo de la princesa des Laumes y de Swann, aparece en la velada de Mme. de Saint-Euverte, donde es uno de los «monóculos» que sorprenden al Narrador. Pide a Swann que lo presente a la joven Mme. de Cambremer, por la que siente rendida admiración. Modelos: el general de Gallifet, amigo de Charles Haas, y el conde Léon de Tinseau, que acudía, monóculo en ristre, a las veladas de la duquesa de Gramont.

Furcy, Condesa de

Americana que asiste en El tiempo recobrado a una matinée del príncipe de Guermantes, donde comete un error sobre la alcurnia del apellido de Forcheville.

G.

Escritor que acude a la matinée de Mme. de Villeparisis y discute largamente de literatura con la duquesa de Guermantes, que lo considera un amigo y no un escritor.

Gallardon, Marquesa de

De soltera Courvoisier, se halla emparentada con los Guermantes; pese a ello, durante una velada en el salón de Mme. de Saint-Euverte, no consigue que la princesa des Laumes acepte una invitación para ir a su casa. Tampoco es mejor la opinión que de ella tienen sus propios parientes, sobre todo la duquesa de Guermantes, que no la recibe pero que se muestra amable con ella durante la velada en casa de la princesa de Guermantes, lo cual hace variar las opiniones de la marquesa sobre su prima. En esa soirée presenta, sin éxito, a su sobrino Adalbert al barón de Charlus.

Galopin, M.

Pastelero de Combray, en cuya tienda compra una tarta Mme. Goupil. Ambos apellidos están sacados de Illiers; de un médico el primero, y de su hija, Mme. Goupil tras su matrimonio.

Gaucourt, Mme. de

Hermana del marqués de Cambremer que sufre ahogos semejantes a los del Narrador, según cuenta su hermano a éste (Sodoma y Gomorra). En la matinée del príncipe de Guermantes también le informará el marqués de su curación.

Gemelos, Los

Botones del Grand-Hôtel de Balbec, de costumbres absolutamente distintas. Modelos: gemelos del Ritz; uno de ellos se marchó a Suiza con Lord Northcliffe.

Gerente del Grand-Hôtel de Balbec

Cuando el Narrador llega a Balbec para su segunda estancia, acude a recogerlo a la estación; pero su amabilidad queda reducida a nada por su torpeza durante la enfermedad de la abuela del Narrador, que apreciaba sus gazapos.

Gilberte

Hija de Charles Swann y de Odette, que a la muerte de su padre se convertirá en Mlle. de Forcheville —apellido del nuevo marido de su madre, que la ha adoptado—, en marquesa de Saint-Loup tras casarse con este amigo del Narrador y, por último, en duquesa de Guermantes, sin que el texto haya hablado de la muerte de Oriane de Guermantes, que utiliza ese título a lo largo de A la busca del tiempo perdido. El Narrador la conoce desde Combray; durante un paseo en el parque de Tansonville divisa a una niña rubia acompañada por su

madre y por un señor al que años más tarde reconocerá como Charlus (Por la parte de Swann). Es la misma que encontrará años después en los Champs-Elysées, donde su relación empieza en el juego del marro. Su amistad con Bergotte confiere a la joven gran prestigio a ojos del Narrador que, enamorado de ella, sufrirá las ansias y angustias del amor y de los celos en fases intermitentes: las visitas a casa de los Swann para merendar con Gilberte y sus amigas enseñan al Narrador el carácter profundo de la joven, que carece de corazón y de sentimientos; ni siquiera su padre, al que dice amar por encima de todo, supone nada para una joven de la que, entre desgarros, el Narrador irá distanciándose para acercarse a la belleza y la elegancia de Mme. Swann. La ruptura con ese primer gran amor, tras tantas intermitencias del corazón, se produce el día en que, eufórico, lleva a Gilberte un espléndido regalo y se cruza con ella del brazo de quien él cree que es un hombre. Se hace hueco entonces en el corazón del Narrador la indiferencia, aunque continúa visitando a Mme. Swann (A la sombra de las muchachas en flor).

En La prisionera, el Narrador se entera de que Gilberte mantuvo en el pasado una relación con un joven y siente el dolor de unos celos retrospectivos que la indiferencia termina borrando. Sin embargo, ha habido un momento (Sodoma y Gomorra) en que el amor por Gilberte y por Albertine se han cruzado: Albertine reconocerá haberla conocido algo y el Narrador analiza esos dos amores como resultado de un perfecto contraste. En La fugitiva, una mujer, que según el portero del palacete de Guermantes se llama Mlle. d'Eporcheville, lanza al Narrador una mirada de fuego; pero éste no reconoce a Gilberte. Y cuando telegrafía a Saint-Loup en medio de una gran agitación, su amigo le sume en la decepción al declararle que la ha conocido en una casa de citas. El Narrador no conseguirá identificarla como Gilberte hasta que vuelve a encontrarla en una recepción de la duquesa de Guermantes: ahora es una rica heredera, esnob, que trata de olvidar su pertenencia a la burguesía del faubourg Saint-Germain —e incluso el apellido de su padre y sus orígenes judíos— para codearse con la aristocracia. Es la propia Gilberte la que anuncia por carta al Narrador su boda con Saint-Loup: deja entonces de frecuentar a los burgueses del faubourg para concentrarse en el ámbito de los

Guermantes; el Narrador, al que los Saint-Loup reciben en su residencia habitual de Tansonville —durante los paseos con Gilberte por el parque fluirá el recuerdo del pasado, y las confidencias explicarán algunos misterios, aunque ella se niegue a hablarle de Albertine—, indica en un pasaje que Mme. Saint-Loup terminará convirtiéndose en duquesa de Guermantes. Embarazada, abandonada y engañada por su marido, cuya homosexualidad ignora, Gilberte ha intentado imitar a Rachel para atraerse a un Saint-Loup que mantiene relaciones amorosas con Morel.

Durante la guerra (El tiempo recobrado), y tras la muerte de Saint-Loup en el frente, Gilberte se retira a Tansonville, donde tendrá que albergar al estado mayor alemán de la zona. Luego mantendrá de vez en cuando entrevistas con el Narrador, que en el «baile de las cabezas» la toma por Odette: le cuesta reconocer en la Gilberte gruesa a la niña de cabellos dorados de su recuerdo, que se ha vuelto amiga inseparable de Andrée y respira desprecio hacia el mundo de los Guermantes; si había ambicionado entrar en él, ahora que pertenece a la familia mantiene relaciones conflictivas con la princesa de Guermantes —la antigua Mme. Verdurin. Modelos: para la Gilberte joven, Antoinette Faure y Marie Bénardaky, compañeras de juegos de Proust en los Champs-Elysées; y Jeanne Pouquet, esposa de su amigo Gastón Arman de Caillavet.

Gineste, Marie

Como su hermana Celeste Albaret, sirve a una dama extranjera en el Grand-Hôtel de Balbec, donde la conocerá el Narrador, a quien encanta su peculiar lenguaje. La joven lamentará la partida de éste de Balbec al término de las vacaciones.

Gisèle

Una de las muchachas de la pandilla de Balbec, odiada por Andrée, y la primera en poner fin a sus vacaciones por tener que examinarse. Un cruce de miradas con el Narrador hará que éste sueñe relaciones amorosas con Gisèle si la acompaña a la estación. Envía a sus amigas su examen de composición francesa, que ha versado sobre Esther, de Racine, trabajo que Albertine admira y que Andrée critica con crueldad (A la sombra de las muchachas en flor). El Narrador volverá a encontrarla en Passy: la breve conversación que mantienen alimenta las sospechas del Narrador sobre el amor de Gisèle por Albertine. Más tarde, al declararle Andrée que Gisèle es su mejor amiga, se confirman sus sospechas sobre el lesbianismo de esta joven (La prisionera).

Goupil, Mme.

Dama de Combray, hija del doctor Percepied; durante su boda, el Narrador, fascinado, ve por primera vez a la duquesa de Guermantes (Por la parte de Swann). Años más tarde escribirá al Narrador para felicitarle por un artículo suyo en Le Figaro (Sodoma y Gomorra).

Grouchy, Conde de

Invitado a cenar por los Guermantes, llega tarde, recibiendo una fría acogida de parte de la duquesa. El príncipe de Guermantes lo considera una nulidad.

Guastalla, Duque de

Miembro de la familia Iéna, está considerado como un esnob por los Guermantes, y Charlus no le reconoce el derecho a llevar ese título (Sodoma y Gomorra).

Guermantes, Barón de

Joven que aparece en La parte de Guermantes y que hay que distinguir del barón Charlus.

Guermantes, Basin, duque de

Nacido en 1836, ha llevado el título de príncipe des Laumes hasta la muerte de su padre y se ha convertido, según su hermano Charlus, en el duodécimo duque de Guermantes. También es hermano de la condesa de Marsantes. En su infancia era un modelo de gracias juveniles, según lo describe su prima Mme. de Beausergent en sus Mémoires. Está casado con su prima Oriane, a la que engaña desde el día siguiente de la boda; pese a ello, se siente muy orgulloso de la inteligencia de su mujer, a la que procura dar ocasión para que brille en sociedad, y de sus frases ingeniosas, que repite; debido a su conducta, en la época del «baile de las cabezas». (El tiempo recobrado) los esposos no vivirán ya juntos. Amigo del padre del Narrador, cuya casa visita durante la enfermedad de la abuela (La parte de Guermantes), afecta espontaneidad y sencillez. Sus opiniones sobre artistas y escritores están siempre viciadas por conceptos ajenos a los cuadros o a las obras. El Narrador, que lo ha conocido en casa de la marquesa de Villeparisis —donde el duque hace una entrada solemne y donde da muestras de insolencia—, lo visitará para contemplar los cuadros que posee de Elstir. Al ver su insensibilidad, el Narrador llega a la conclusión de que se trata de un necio, opinión que confiesa a Charlus sin saber que es su hermano.

El duque se cree libre de prejuicios, pero sus preocupaciones se vuelcan sobre la etiqueta y las precedencias nobiliarias: sólo le preocupan las toilettes, y estallará en cólera ante el vestido negro y los zapatos rojos de su mujer. Carente de delicadeza y de verdadera elegancia, le gusta brillar en sociedad, y para conseguirlo se acompaña de un cuadernito donde tiene apuntadas citas o expresiones brillantes. Grosero, se niega a creer que su pariente

Amanien d'Osmond esté en la agonía, porque esa noche se celebra una fiesta a la que irá disfrazado de Luis XI y no quiere perdérsela (Sodoma y Gomorra). Anti-dreyfusista que deplora la opinión contraria de Swann —aunque admite el dreyfusismo de Saint-Loup— en el affaire, al retorno de una cura de aguas se convierte al dreyfusismo porque las damas de las que se ha enamorado se muestran favorables a la revisión del proceso; el affaire, por otro lado, le hará fracasar en su deseo de convertirse en presidente del Jockey Club. Sufre por la reputación de su hermano y llega a insinuar, para paliarla, que Mlle. d'Oloron es en realidad hija de Charlus. Durante la guerra, se manifiesta anglofilo, pero califica a Caillaux de traidor cuando cambia de opinión por influencia de una inglesa (El tiempo recobrado). En ese momento ya tiene por amante a Odette de Forcheville, cuya hija Gilberte va a casarse con su nieto y heredero, Robert de Saint Loup. El Narrador lo verá por última vez en el «baile de las cabezas», donde esta «ruina soberbia» sigue cultivando sus veleidades tiránicas y siendo amante de Odette, que se burla de él. Modelos: Emile Straus, el conde Greffúlhe, el príncipe de Sagan —que Proust también utilizó para su hermano Charlus— y el conde d'Haussonville (para el período de la vejez).

Guermantes, Duque de

Padre de Basin, duque de Guermantes, del barón de Charlus y de Mme. de Mareantes, y suegro de la duquesa Oriane, esposa del primero.

Guermantes, Duquesa de

Madre de Basin, duque de Guermantes, del barón de Charlus y de Mme. de Mareantes, y suegra de la duquesa Oriane, esposa del primero.

Guermantes, Duquesa de

Véase Gilberte Swann.

Guermantes, Oriane, duquesa de

Nacida en 1842 en el seno de la familia Guermantes, se ha casado con su primo Basin y ha llevado el título de princesa des Laumes hasta la muerte de su suegro. Para la mente del Narrador será un personaje mítico por su antepasada legendaria, Genoveva de Brabante, hasta que la vea por primera vez en Combray, cuando la duquesa asiste a la boda de la hija de doctor Percepied. Pese a la decepción, Oriane se convierte en una fijación amorosa del Narrador, que viaja a Donciéres para que su amigo Saint-Loup, sobrino de la duquesa, le recomiende a su tía; fijación que crece sobre todo cuando su familia se instala en un palacete en una de cuyas alas residen los duques; la pasión amorosa sigue convirtiéndola en un ser fabuloso e impulsa al Narrador a acechar todos los días el paso de la elegante duquesa por la calle para tener el placer de verla y saludarla; durante una velada en la Ópera, con la Berma en el escenario, el Narrador la compara, deslumbrado por su belleza, con una diosa de las aguas (Por la parte de Swann). Pese a sus intentos, el Narrador no será invitado a una soirée de la duquesa hasta La parte de Guermantes: desaparecido el amor, mantiene una admiración sin límites por esta mujer inteligente, que aprecia a Wagner y que es un oráculo en materia de «mundanidades»; cuando el Narrador quiere hacer regalos a Albertine, consulta regularmente a la duquesa sobre toilettes.

La duquesa de Guermantes ejerce sobre el Narrador una influencia que nace de la igualdad de gustos: totalmente espontánea y natural, le encanta la conversación. Al Narrador le impresiona sobre todo su entonación, el lenguaje que utiliza, que es el «de un viejo autor francés». Gusta de ocurrencias y frases ingeniosas que no le importa cargar de maldad. Maledicente, es capaz de burlarse sin piedad de Mme. de Gallardon o de Mme. de Chaussepierre, de criticar la

relación de Saint-Loup con Rachel, de mostrar falta de delicadeza con Swann, al que aprecia: cuando éste le anuncia que se encuentra gravemente enfermo, finge no creerle. Pese a ello, la duquesa de Guermantes es muy sensible al dolor de los suyos: lamenta profundamente la muerte de Saint-Loup, acusando a Gilberte —a la que odia, y a la que califica de «pequeño horror»— de no haber llorado a su marido; o se apiada sinceramente de la familia imperial rusa tras la revolución bolchevique.

Con el tiempo, sobre su carácter irá imponiéndose la altivez y la insolencia de los Guermantes: por ejemplo, aunque es muy amiga de Swann, se niega a recibir en vida del marido a Odette y a su hija. Pero también esa altivez se embota, y terminará saludando a Mme. de Gallardon; y después de la guerra se relaciona con Mme. de Cambremer o Rachel, con las que antes no habría cruzado palabra (El tiempo recobrado). El Narrador podrá apreciar el cambio que se ha operado en ella en el «baile de las cabezas»: ahora dice tonterías, y defiende por ejemplo a Rachel, a la que asegura haber «lanzado», y de la que se había burlado en la matinee de la marquesa de Villeparisis; pero sigue sufriendo por la relación del duque con Odette. Modelos: desde la condesa de Chevigné (su elegancia) a la condesa Greffúlhe, Mme. Straus, la duquesa Alain de Rohan (por sus ocurrencias), Mme. Standish (por sus toilettes) y Mme. de Goussencourt, dueña del castillo de Saint-Éman, a la que Proust solía ver en Illiers, durante la misa.

Guermantes, Gilbert, príncipe de

Primo del duque de Guermantes, a diferencia de éste es más frío en un primer contacto con la gente, pero más sincero. El Narrador, que ha oído hablar de su antisemitismo, de su carácter «feudal» y de su rigidez para las jerarquías nobiliarias —sienta a su mujer a su izquierda por ser de una familia menos noble que la suya—, le será presentado durante la soirée que el príncipe da en su casa al principio de Sodoma y Gomorra; haciendo un aparte con Swann durante esa

velada, se declara dreyfusista convencido, aunque su posición y su rango le impidan declararlo abiertamente; no obstante, manda decir misas por el capitán judío. Un criado revela sus inclinaciones homosexuales. El Narrador volverá a encontrarlo cerca de Balbec, en La Raspeliére, donde intenta pasar una velada con Morel, en la casa de citas de Maineville, pero lo impide una estratagema de Charlus. En El tiempo recobrado, después de la guerra, invita al Narrador, a quien le cuesta reconocerle, a una matinée en su nuevo domicilio de la avenida du Bois: envejecido, viudo y arruinado por la derrota de los alemanes, se ha casado con Mme. Verdurin. Modelos: el conde Aimery de La Rochefoucauld, el príncipe Constantin Radziwill y Luis de Talleyrand-Périgord, que en 1917 se casó con una viuda rica, Mme. Cecilia Blumenthal.

Guermantes, Marie-Hedwige, princesa de

Duquesa de Baviera y hermana del duque de ese título, Marie-Gilbert, como se la llama en el faubourg, es una mujer de gran belleza, elegancia e ingenio, casada con el príncipe Gilbert de Guermantes; el Narrador la ve por primera vez en el palco de la duquesa Oriane, durante una función de la Berma (La parte de Guermantes). Para su prima Oriane, que la obliga a romper su trato con Mme. Swann, es «un poco idiota» y tiene ideas de otro tiempo. Rodeada de misterio, logra un salón muy exclusivo gracias a su maestría en el arte de recibir y a su particular modo de elegir los invitados; aunque a veces rompe los usos, sus soirées se consideran carentes de innovación. Dreyfusista a escondidas de su marido, se dice enamorada de Charlus, quien confesará al Narrador que la princesa es la mujer más bella del mundo (Sodoma y Gomorra). En El tiempo recobrado el Narrador se enterará de su muerte. Modelos: la condesa Henri Greffulhe (por su belleza y sus suntuosas toilettes, que contrastaban con las de Mme. de Chevigné y de Mme. Standish), y la condesa Jean de Castellane, duquesa de Baviera, que tenía ese mismo nombre de Marie-Hedwige.

Guermantes, Princesa de

Madame Verdurin, en su tercer matrimonio.

Guermantes, Mariscal de

Abuelo de Oriane, duquesa de Guermantes.

Guermantes-Brassac, Mlle. de

Sobrina de la princesa de Guermantes, de la que se rumorea que va a casarse con Robert de Saint-Loup; en la parte final de la novela será presentada por error como hija del príncipe de Guermantes.

Herweck, M. d'

Músico bávaro, que la duquesa de Guermantes presenta a su marido, con gran irritación de éste por parecerle indigno de su trato (Sodoma y Gomorra).

Heudicourt, Mme. Zénai'de d'

Prima de Oriane de Guermantes, cuya inteligencia pone en duda la duquesa, al tiempo que niega que sea maledicente; para Brdauté es mujer de gran avaricia.

Howsler

Dos hermanos, que sirven de criados de los Verdurin en La Raspeliére, llevan ese nombre; por las intrigas de Morel, a uno, cochero, le propina una tunda de palos el resto de la servidumbre; y los dos deberán dejar la casa de los Verdurin (Sodoma y Gomorra).

Hunolstein, Mme. d'

En el círculo de Guermantes recibe el apodo de «Pequeña» precisamente porque es enorme. El príncipe de Guermantes se negará a recibirla al pie de las escaleras. (Sodoma y Gomorra).

Iena, Príncipe y princesa d'

En La parte de Guermantes, estos miembros de una familia de la nobleza de Imperio, amigos del duque de Guermantes, aparecen en labios de Oriane de Guermantes, que se burla de ellos diciendo que tienen nombre de puente. Su mobiliario Imperio le parece, además, horroroso. Charlus llega incluso a negarles su derecho al título que ostentan.

Israéls, Lady y sir Rufus

Personajes judíos evocados en A la sombra de las muchachas en flor. Sir Rufus se dedica a las finanzas como banquero y es el prohombre judío más influyente del momento, hasta el punto de que para Bloch y su padre se trata de un personaje regio; Lady Israels, tía de Swann, hará pasar su tarjeta a la duquesa de Guermantes y a Gilberte, que declaran no conocerla; excesivamente rica, hace campaña en contra de Odette (La fugitiva). A Charlus le escandaliza que sean dueños de un castillo que ha pertenecido a los Guermantes. En el texto, el apellido vacila entre Israels e Israel.

Janville, M. de

Proust da este nombre, procedente de un pueblo del sur de Cabourg, a la persona que anuncia al duque de Guermantes —cuando éste entra en la soirée de la princesa de ese apellido—, que su pariente Amanien d'Osmond está agonizando y ha recibido la extremaunción (Sodoma y Gomorra).

Jeannette

Prometida de Théodore en El tiempo recobrado.

Jupien

Primo hermano de Odette de Crécy, este chalequero tiene su taller en el patio del palacete de los Guermantes, donde también vive la familia del Narrador. Hombre de inteligencia «literaria por naturaleza», es apreciado por Françoise al principio. A su taller acude la abuela para que le repase una capa de buen paño. El Narrador sorprenderá un día a Jupien y a Charlus, descubriendo que son invertidos (Sodoma y Gomorra). Fiel al barón, que lo protege, vigilará a Morel en la casa de citas de Maineville para intentar sorprenderlo en delito de infidelidad. Para Mme. Verdurin, es un antiguo galeote al que la policía no pierde de vista. En La prisionera, Charlus y Morel van a tomar regularmente el té a su casa, donde su sobrina provoca en Morel el deseo de gozar de su doncellez sin casarse. La joven terminará siendo adoptada por Charlus, que le cede el título de Mlle. d'Oloron y la casa con el joven Cambremer. Jupien contará toda su vida al barón, por ejemplo, que Odette es prima hermana suya, y le servirá de espía y hombre de confianza para sus placeres. El Narrador lo encuentra durante la guerra convertido en gerente del Templo del Impudor, que ha comprado para alegrar la vejez de su protector:

Charlus se hace flagelar en ese prostíbulo. Y de nuevo volverá a encontrárselo en el «baile de las cabezas», acompañando a un Charlus disminuido por un ataque y casi ciego, que trae a la mente del Narrador la figura del rey Lear. Modelo: Gabriel de Yturri, protegido de Robert de Montesquiou; Aibert Le Cuziat, dueño del palacete Marigny; y Minesuishi, criado japonés del viejo conde Clary, impotente y medio ciego.

Jupien, Hija o sobrina de

Marie-Antoinette, hija o sobrina de Jupien, que de las dos formas aparece en el texto, trabaja como costurera en el taller del chalequero y, gracias a su esfuerzo, consigue una clientela de damas de la mejor sociedad. De niña ha cometido una «falta» que impide a Morel, que se ha fijado en ella y que le promete matrimonio, ver cumplido su deseo de hacerse con su doncellez. Aunque la muchacha parece enamorada de él, Morel se muestra grosero y llega a insultarla. El barón de Charlus la adopta, le cede su título de Mlle. d'Oloron y consigue que se case con el hijo de los Cambremer. Pero, cuidando a Jupien de una fiebre tifoidea, muere a las pocas semanas de su matrimonio.

Lechera, Pequeña

Françoise se la presenta al Narrador para que le lleve una carta; pero la pequeña lechera renuncia al recado y el Narrador la despide tras darle una buena propina (La prisionera).

Léonie, Tía

Viuda del tío Octave del Narrador, se la conoce por el nombre de su esposo: Mme. Octave. Desde la muerte del marido, se ha encerrado en su casa de Combray y guarda cama: desde su ventana controla la vida del pueblo en conversaciones con Françoise, su criada, que luego heredará la familia del Narrador, y con visitas como el párroco o Eulalie. Los domingos por la mañana desayuna con el Narrador, al que ofrece un trozo de magdalena mojado en el té: del recuerdo que el paladar del Narrador tiene de ese sabor brotará toda la infancia de Combray. Su trato con Françoise y con su amiga Eulalie está hecho de cariño y sospechas, de afecto y despotismo. Tras contarle su familia un paseo a Tansonville, sueña vagamente con ir por última vez a ese parque. A su muerte, legará al Narrador parte de su fortuna y de sus muebles, que terminan siendo vendidos a una tienda de antigüedades o regalados a una casa de citas. El texto confunde en ocasiones a la tía Léonie y a la tía abuela, adjudicándoles el mismo parentesco, tía. Modelo: Elisabeth Amiot, tía de Proust, a la que siempre conoció guardando cama en Illiers.

Leroi, Mme. Blanche

Amiga y rival de Mme. de Villeparisis, cuyo salón es más elegante y refinado que el de ésta, que se burla de ella con Oriane de Guermantes y finge despreciarla cuando habla con el Narrador (La parte de Guermantes). En El tiempo recobrado, vuelve a utilizar ese mismo desdén, cuando ya nadie sabe qué ha sido de Mme. Leroi. Modelo: Mme. Cloton Legrand y Mme. Laure Baignéres.

Letourville, Duquesa de

Convaleciente todavía, se cruza con un Charlus muy enfermo que le dirige un saludo, que la duquesa no comprende, cuando el barón acude a la matinée del príncipe de Guermantes.

Letourville, Joven M. de

Salido de Saint-Cyr, asiste a la matinée del príncipe de Guermantes, y escribe al Narrador una carta en la que, sorprendentemente, le trata de viejo amigo (El tiempo recobrado). Modelo: el marqués Illán de Casa-Fuerte.

Lévy, Esther

Prima de Bloch, que provoca escándalo paseándose en público por Balbec del brazo de Lea y conviviendo con ella. En compañía de una hermana de Bloch, atrae la atención de Albertine en el casino de Incarville. Más tarde, mantiene relaciones con otra joven. El Narrador, que ha pedido a Bloch una foto de Esther, sospecha en La prisionera que Albertine se ha relacionado amorosamente con ella. Al principio la joven lo niega, pero termina confesando que le dio una fotografía suya.

Lifitier del Grand-Hôtel de Balbec

Liftier, liftman o ascensorista del Grand-Hôtel de Balbec, con pretensiones de elegancia, a quien el Narrador denomina «el maravilloso organista». Su lenguaje relaciona nombres que conoce con los que no conoce, y en su boca Mme. de Cambremer se convierte en Mme. de Camembert, cuando comunica al Narrador la visita de esta dama (Sodoma y Gomorra). Forma parte, según el Narrador, del proletariado moderno: finge independencia, habla y escupe al mismo tiempo, se angustia por la falta de propinas y no duda en toser, estando acatarrado, en las narices de «Marcel». Según Aimé, ha mantenido alguna relación con Saint-Loup. En agosto de 1914, se enrola en la aviación (El tiempo recobrado).

Luxembourg, Duque de

Padre de Mlle. d'Entragues, con la que Robert de Saint-Loup trata de casarse en La fugitiva.

Luxembourg, Duquesa de

Tía de Saint-Loup y cuñada de Charlus —que pasa sus vacaciones en su casa cerca de Balbec—, de la que se habla en Sodoma y Gomorra. Asiste a la gala de la Ópera donde la Berma interpreta Phèdre. El texto la llama a veces Mme. de Luxembourg, lo mismo que a la princesa de ese apellido.

Luxembourg, Gran Duque, heredero de

Sobrino de la princesa de Luxembourg, se queja en Balbec, donde todavía lleva el título de conde de Nassau, de la ausencia de la bandera de Luxemburgo entre las de las demás naciones. Durante la enfermedad de la abuela del Narrador, escribe a éste cartas conmovedoras. El gran duque, que terminará casándose con la hija de un príncipe riquísimo, es objeto de constantes burlas y calumnias —de Saint-Loup y del príncipe de Foix, de la duquesa de Guermantes—, mientras que, para el Narrador, es uno de los jóvenes más notables que conoce (La parte de Guermantes). Modelo: el conde Pierre de Polignac, que se casó con la duquesa de Valentinois, heredera del príncipe de Monaco.

Luxembourg, Princesa de

Amiga de la marquesa de Villeparisis, ambas se encontrarán durante un paseo que esta última da en Balbec con el Narrador y su abuela, que le son presentados. Ofrece golosinas al joven. Pasea acompañada de un pequeño criado negro vestido de raso rojo, y el grupo de burgueses del Grand-Hôtel la toma, lo mismo que a su amiga, por una demi-mondaine. No siempre es fácil distinguirla en el texto de la duquesa de Luxembourg, tía de Saint-Loup y cuñada de Charlus: ambas reciben en ocasiones el nombre de Mme. de Luxembourg. Modelos: la princesa de Sagan, que se hacía acompañar en Trouville por un criado negro; y la princesa Albert de Mónaco.

Madre del Narrador

La madre del Narrador comparte con la abuela algunas características: por ejemplo, la tierna pasión de ambas por el niño, o su afición por la lectura de Mme. de Sévigné; con el paso de los años, y a partir de la muerte de la abuela, la madre irá pareciéndose cada vez más a su progenitora; y llega un momento en que, para el Narrador, la madre se convierte en la abuela. La madre, sin embargo, mantiene con el Narrador una relación distinta: su cariño está templado por rechazos para endurecerlo, provocando la ansiedad del niño, que sufre al despedirse de ella por las noches y que convierte el beso de despedida en símbolo umbilical con la madre en Combray. Contra toda esperanza, y con el permiso del padre, la madre pasa una noche con él, leyéndole una novela de George Sand, François le Champí, regalo de la abuela. Cuando ese cordón esté a punto de romperse, trata de animarle: por ejemplo, cuando se marcha a Balbec con la abuela.

Será la madre quien le ofrezca la magdalena que, mojada en el té, remite su memoria a la infancia de Combray. Durante la segunda estancia del Narrador en Balbec, la madre desaprueba la relación con Albertine, aunque acepte la idea de un matrimonio cuando regresen a París; pero será la primera en alegrarse al conocer la ruptura entre ambos. Ausente de La prisionera y ya enferma, después de capitular

ante el defecto, capital para ella, de su hijo: su falta de voluntad, le escribe cartas recomendándole que regularice su situación con la joven. En La fugitiva parte para Venecia con su hijo, viaje que hicieron juntos Proust y su madre en la realidad.

La relación del Narrador con su madre tiene dos momentos claves: en la infancia, las escenas del beso de buenas noches (Por la parte de Swann); y la enfermedad y muerte de la madre (La parte de Guermantes). El personaje, que derrocha amor y generosidad hacia el Narrador, apenas tiene vida social propia: a lo largo de la novela mantiene posturas sociales burguesas, por ejemplo frente a los Swann, cuyo matrimonio reprueba pese a la amistad que une a Charles a la familia, y ante Norpois, secundando a su marido en la amistad con el diplomático. La admiración por su esposo y el amor por su madre y por su hijo constituyen la regla de su vida.

Maître d'hôtel de la familia del Narrador

Victor, que a veces recibe el título de ayuda de cámara, afirma su independencia respecto del Narrador para todo lo que no dependa de su servicio. Dreyfusista, es amigo de gastar bromas, sobre todo a Françoise, a la que durante la guerra lee los periódicos complaciéndose en atormentarla con las atrocidades cometidas. Admira el comportamiento de Saint-Loup en el frente y lanza predicciones pesimistas sobre el resultado de la contienda. Su hijo trata de escapar del frente.

Malta, Princesa de

Viuda joven de un hombre muy rico, aparece durante la matinée del príncipe de Guermantes anunciando que la marquesa d'Arpajon, amante del duque de Guermantes, ha muerto hace un año (El tiempo recobrado).

Manchester, Duquesa Consuelo de

Amiga de la duquesa de Guermantes, con la que sale de compras por Londres (La prisionera).

Marguerite

Véase Françoise, Hija de Marsantes, Aymard de Saint-Loup, conde Padre de Saint-Loup, a quien el texto llama «conde» unas veces y otras «marqués». Fue presidente del Jockey Club durante diez años y resultó muerto durante la guerra de 1871. Nissim Bernard lo conoció en Niza. Su hijo le reprocha haber preferido las óperas cómicas a la obra de Wagner.

Marsantes, Marie-Aymard, condesa de

Hermana del duque de Guermantes y del barón de Charlus, y viuda del anterior, ama profundamente a su hijo, el marqués Robert de Saint-Loup: se entristece viéndole irse de la matinée de la marquesa de Villeparisis, porque esperaba pasar el fin del día con él. No se muestra amable con Odette al principio de su matrimonio, pero más tarde cambiará de postura y conseguirá imponerla a los Guermantes; tampoco acepta la relación, que consigue romper, de su hijo con Rachel; ésta, en venganza, la criticará por su antidreyfusismo. Para el Narrador, que aprecia su vocabulario, es «una santa sin ninguna mancha de brutalidad». (La parte de Guermantes). Más tarde consigue que su salón se convierta en uno de los más refinados. Tras un primer intento para que su hijo se case con Mlle. d'Ambressac, logra que lo haga con Gilberte Swann, convertida en rica heredera en La fugitiva, e impide luego que la pareja se divorcie. En El tiempo recobrado acepta por codicia que en su casa se vean el duque de

Guermantes y su amante, Odette, que ahora lleva el apellido de Forcheville.

Mathilde, Princesa

Personaje auténtico, prima de Napoleón III, a la que es presentado el Narrador. Mantiene una larga conversación con Odette en el Jardín de Aclimatación. Véase este nombre en el Diccionario de relaciones de Proust.

Maurice

Empleado del Templo del Impudor de Jupien, de gran parecido con Morel, que se encarga de flagelar con cadenas e insultar a Charlus, que le reprocha no ser lo bastante violento; joven de buen corazón y principios virtuosos, confiesa al barón, para contentarle, la autoría del asesinato de un joven joyero que probablemente no ha cometido.

Mole, Condesa

Aparece en La parte de Guermantes dejando su tarjeta en casa de la duquesa de ese apellido una mañana. Pero es en Sodoma y Gomorra donde surge como reina de la época, llegando a visitar a Mme. Verdurin, que la llama Mme. de Molé. El barón de Charlus, que en el pasado la admiraba, lanza a través de Morel una campaña de calumnias contra ella, provocando su caída mundana y su muerte (La prisionera). Sin embargo, reaparece durante la guerra defendiendo a Charlus, cuyo cambio respecto a ella nunca ha comprendido, o renegando cobardemente de Brichot ante Mme. Verdurin. Mucho más

tarde, invitará al Narrador, que no acepta, a cenar (El tiempo recobrado).

Monserfeuil, General de

Saint-Loup pretende conseguir un nuevo destino a través de este general, al que la duquesa de Guermantes considera sin crédito ni poder (La parte de Guermantes).

Monteriender, Condesa de

Aparece en la velada de Mme. de Saint-Euverte pronunciando una frase estúpida sobre las mesas giratorias. Modelo: Mme. de Galbois, dama de honor de la princesa Marhilde (Por la parte de Swann).

Montmorency, Éliane de

Amiga del Narrador, que acude a su casa sólo por el placer de subir la escalera húmeda y oír la campanilla, que le recuerdan las de Eulalie de Combray. La duquesa de Guermantes la considera idiota, y Charlus cuenta en el salón de los Verdurin una burla que le ha hecho (La prisionera).

Montpeyroux, Condesa de

Hermana de la vizcondesa de Vélude, en el círculo de Guermantes se la conoce como «Pequeña», precisamente por su obesidad sin que se enfade (La parte de Guermantes). Ese mismo apodo da el texto a

Mme. de Montpeyroux, cuyo apellido de soltera es Hunolstein. Véase Hunolstein, Mme. d'.

Montrose, Duquesa de

Anuncia al duque de Guermantes, pocas horas antes de la soirée de la princesa de Guermantes, que su primo Amanien d'Osmond está cada vez peor (Sodoma y Gomorra).

Moreau, A. J.

Conocido como «A. J.», es amigo y colega del padre del Narrador en el Ministerio; le regala una entrada para la velada de gala de la Ópera donde la Berma representa Phèdre.

Morel, Charles

Apodado Charlie, Charlie, Charly (y «Bobette» en sus cartas a Saint-Loup), este guapo violinista es hijo de un ayuda de cámara del tío abuelo del Narrador. En La parte de Guermantes visita a éste para rogarle que no hable a nadie de su origen social, y en Sodoma y Gomorra inventa que su padre era intendente de las tierras de la familia del Narrador. Sirve como músico en un regimiento de artillería de Donciéres, en cuya estación se encuentra con el Narrador y el barón de Charlus, que rápidamente entabla relación con él. No le será fácil esta pasión a Charlus, que debe satisfacer sus constantes peticiones de dinero y que, por su amigo, se ve obligado a visitar a los Verdurin en La Raspeliére, donde una intriga de Morel provoca el apaleamiento y el despido del cochero de los Verdurin y de su hermano. Insolente y simpático alternativamente, tanto con Charlus —con el que se comporta de modo cruel— como con el Narrador,

Morel se dejará enternecer únicamente en el momento en que Charlus va a celebrar un falso duelo; lo cual no impide que lo engañe con el príncipe de Guermantes, con quien queda citado en una casa de tolerancia de Maineville (Sodoma y Gomorra). Vigilado por el barón, Morel se acerca a la sobrina de Jupien prometiendo casarse con ella; pero sólo pretendía «coger» su doncellez imposible, porque la muchacha tendrá que confesar que en su infancia había cometido una «falta»: Morel le hará una escena violenta e insultante (La prisionera), de la que sólo se arrepiente por miedo a su protector, Charlus, que admira todo en él, incluso su éxito con las mujeres. Partidario de esa boda, Charlus termina adoptando a la sobrina de Jupien con el título de Mlle. d'Oloron. En una de las recepciones de los Verdurin Morel ejecutará por primera vez la Sonata de Vinteuil.

Ese mismo miedo a ser abandonado le impulsa a ser cruel con Charlus, con quien rompe tras una larga discusión con los Verdurin, que le hacen confidencias calumniosas de Charlus durante una soirée que precisamente éste ha preparado en su honor. En La fugitiva, el Narrador conoce la relación en el pasado de Morel con Albertine —a la que presentaba jovencitas en Balbec— y con Saint-Loup, que ahora lo mantiene. Durante la guerra (El tiempo recobrado), se convierte en la estrella del salón de los Verdurin, donde todos saben que ha desertado del frente, aunque a pesar de la «Patrona» terminará alistándose. Su odio contra Charlus lo lleva a difamar en la prensa, de acuerdo con Mme. Verdurin, a su antiguo protector: el Narrador media entre ambos para que se encuentren, y, aunque se entrevista con el barón, dejará de hacerlo confesando que tiene miedo por haber recibido amenazas de muerte: una carta postuma de Charlus revela las causas de ese miedo. Detenido al final de la guerra como desertor y enviado al frente donde se comporta con valentía, terminará siendo condecorado; el Narrador lo encuentra respetado y lleno de honor en el «baile de las cabezas» de Guermantes. Modelos: el pianista Léon Delafosse, al que protegió Robert de Montesquiou, para los rasgos ambiciosos; Alfred Douglas, compañero de Oscar Wilde, en su crueldad; Henri Rochat, secretario de Proust, en su comportamiento con Mlle. Jupien.

Morienval, Baronesa de

Aparece durante la soirée de gala de la Ópera, donde la Berma representa Phèdre, en el palco de la princesa de Guermantes (La parte de Guermantes). En El tiempo recobrado, pone de manifiesto su ignorancia preguntando a Gilberte de Saint-Loup si Les Deux Pigeons, poema recitado por Rachel, es obra de La Fontaine.

Mortemart, Marie-Thérése de

Prima de Charlus y del duque de Guermantes. Asiste a la soirée de los Verdurin en La prisionera, y Charlus le cuenta la burla que ha hecho de Eliane de Montmorency. Aficionada a la música, pretende dar una soirée en su casa en la que toque Morel.

Nápoles, Reina de

Reina destronada, vive modestamente en el exilio parisino. Aparece en el concierto de Morel en La prisionera, donde da muestras de gran bondad; pese a ello, en el salón de los Guermantes se la calumnia y se cuenta que durante la muerte trágica de una de sus hermanas se reía. En la soirée en casa de los Verdurin de La prisionera será la única que se enfrente a la «Patrona», lo cual le granjea la estima de Mme. Verdurin. Habiendo olvidado el abanico en ese salón, regresa en su busca y asiste avergonzada a la escena en que Charlus es maltratado por todos los invitados: le ofrece entonces su brazo para salir y trata de consolarlo. A ojos de Charlus, la reina de Nápoles encarna la nobleza auténtica, la del corazón. Modelo: Marie-Sophie Amélie de Wittelsbach (1841-1925), hermana de Isabel, emperatriz de Austria, y esposa del último rey de Nápoles, Francisco II, derrocado en 1861. Vivía modestamente, retirada en Neuilly.

Narrador

El «yo» que, salvo en «Un amor de Swann» —donde el sujeto está en tercera persona—, encarna al Narrador de A la busca del tiempo perdido recibe en dos ocasiones el nombre de «Marcel» en La prisionera. Ese nombre es el único dato que ofrece la novela del estado civil del Narrador, cuyo retrato no hace nunca y del que apenas opinan los personajes que mantienen relaciones con él. Por Albertine, el lector sabrá que todo el mundo lo aprecia y lo busca, desde la marquesa de Cambremer a la duquesa de Guermantes. Joven burgués parisino, nacido hacia 1880-1881, pasa sus vacaciones en Combray, lugar natal de su padre. Tiene una salud frágil que le impide viajar a Venecia en su juventud y le obliga a pasar temporadas en un sanatorio, sobre todo al final de la novela. Desde la infancia se declara a sí mismo un ser hipernervioso y muy sensible, capaz de cóleras, como la que lo arrebata haciéndole pisotear el sombrero del barón de Charlus, y de una delicadeza que lo tortura durante la agonía de su abuela. Desde la primera página de la novela ofrece la imagen de un insomne que recuerda hechos, lugares, sentimientos y personas del pasado. Su situación frente al mundo es la de un espectador privilegiado de la sociedad burguesa de Combray y de la mundana del faubourg Saint-Germain, cuyos movimientos observa como testigo y como oyente.

Los tres grandes amores del Narrador en la novela son Gilberte Swann, la duquesa de Guermantes y Albertine; si su pasión por la primera se cuenta en A la sombra de las muchachas en flor, la última ocupará una parte muy amplia de la novela, desde Sodoma y Gomorra hasta La fugitiva. El amor platónico por la duquesa se narra en La parte de Guermantes. Esa relación amorosa de Albertine y del Narrador es una especie de réplica de los amores de Swann y Odette: como dos líneas paralelas, siguen la misma evolución, las mismas fases: enamoramiento, celos (La prisionera) y caída en la indiferencia (La fugitiva). Los celos de ambos personajes masculinos tienen por referentes a Odette y Albertine, dos seres misteriosos que se les escapan. También su pasión por el arte, la pintura (Elstir), la

arquitectura (las iglesias, sobre todo la de Balbec), la literatura (Bergotte) y la música (Vinteuil), acerca a Swann y al Narrador. Pero a diferencia del marido de Odette, que nunca concluirá su estudio sobre Vermeer y que se queda en diletante, el Narrador pasa de sus veleidades literarias al estadio de creador poniéndose a escribir en las últimas páginas la novela que el lector acaba de leer.

Nassau, Conde de

Véase Luxembourg, Gran Duque, heredero de.

Nassau, Princesa Alix de

Antigua cocotte del gran mundo, que visita a Mme. de Villeparisis con un peinado a lo María Antonieta. Reaparece muchos años más tarde en la matinée del príncipe de Guermantes, demostrando amnesia. El texto parece confundirla con la princesa d'Orvillers, que también goza de una posición mundana bastante falsa.

Niévre, Princesa de

Prima de Mme. de Guermantes, que la detesta; en La fugitiva piensa en casar a su hijo con Gilberte Swann, pero no se atreve a declararlo en público por temor a su prima.

Norpois, Barón de

Sobrino del embajador Norpois, con quien aparece en La parte de Guermantes.

Norpois, Marqués de

Antiguo embajador, es colega en el Ministerio del padre del Narrador, con quien hará un viaje a España durante la estancia del muchacho en Balbec con la abuela. El aprecio que parece sentir por el padre del Narrador le lleva a cenar a casa de la familia, donde Françoise luce sus talentos culinarios, y donde el antiguo embajador emite opiniones perentorias sobre lo divino y lo humano: desde la Berma a Swann y a Bergotte. Pero anima las aficiones literarias del Narrador, convenciendo al padre de que la literatura es una carrera tan noble por lo menos como la diplomacia; gracias a su apoyo, el Narrador podrá ir a ver su primera representación de la Berma (A la sombra de las muchachas en flor). Sin embargo, al Narrador le aconseja la diplomacia y el abandono de sus sueños de escritor. En La parte de Guermantes, el Narrador volverá a encontrarlo en el salón de su antigua amante, la marquesa de Villeparisis, aunque intenta ocultarle la relación que mantiene con ella. Durante esa matinée se muestra poco favorable a la candidatura del padre del Narrador al Institut, del que Norpois forma parte, por prematura, mientras a su espalda pacta ese nombramiento para el príncipe de Faffenheim. Las opiniones que, hablando con Bloch, emite en esa misma velada sobre el affaire Dreyfus, son imprecisas. En La fugitiva, el Narrador lo encuentra envejecido, muchos años después, en Venecia, en compañía de la marquesa, todavía con deseos de intervenir en la vida política: de ahí sus maquinaciones con el príncipe de Foggi para obtener un puesto en Constantinopla, donde, según la embajadora de Francia en Turquía, dejó un buen recuerdo. Durante la guerra, escribirá artículos pomposos llenos de tópicos que le valen abundantes críticas de parte de Charlus, entre otras la de emplear de forma sistemática el verbo «saber»; aunque los manuscritos de Proust confunden constantemente a Norpois en esta última aparición con Brichot. Estuvo casado con una La Rochefoucauld. Modelos: el conde Benedetti, asiduo del salón de la princesa Mathilde; el conde de Fleury, embajador en San Petersburgo y amante de la princesa Sophie de Beaulaincourt, uno de los modelos de Mme. de Villeparisis;

distintos amigos de Adrien Proust en el Ministerio de Asuntos Extranjeros. En cuanto a las opiniones que Proust pone en su boca, están tomadas en buena medida de los artículos del editorialista de La Revue de Deux Mondes en 1895, Framçois Charmes.

Octave

Hijo de un importante industrial y pariente de los Verdurin, aparece en «A la sombra de las muchachas en flor» como jugador de golf y bacarrá que escandaliza a la buena sociedad de Balbec. Amigo de Albertine, es un joven petimetre, elegante y deportivo, que no duda en emitir opiniones equivocadas sobre Mme. de Cambremer y la marquesa de Villeparisis. En La fugitiva lo vemos convertido en un escritor de talento y de éxito que, después de abandonar a Rachel, de la que ha sido amante, se casa con Andrée, quien, creyéndose despreciada, había calumniado a su padre. Tiempo atrás, había llegado a pedir en matrimonio a Albertine.

Dado de baja por enfermedad durante la guerra, cae en la misantropía y vive apartado de casi todo el mundo. Para el Narrador, que lo culpa de ser tal vez una de las causas que lo apartan de Albertine, es un mal amigo a pesar de sus éxitos literarios. Modelos: Jean Cocteau, en sus rasgos de artista y de dandy; varios jóvenes que Proust conoció en Cabourg; y para la época de misantropía y alejamiento del mundo, el propio Proust.

Orgeville, Mlle. d'

Joven de buena familia, apellidada La Croix L'Evéque, que frecuenta una casa de citas, según cuenta Saint-Loup al Narrador. Éste cree recordar su apellido y haberla conocido como Mlle. d'Eporcheville, deformación que de Forcheville hace el portero de

Mme. de Guermantes. La joven terminará resultando ser Gilberte Swann, con el apellido de su padrastro Forcheville.

Orsan, M. d'

Amigo de Swann, de quien éste sospecha que es amante de Odette de Crécy en Por la parte de Swann.

Orvillers, Princesa Paulette d'

Hija natural del duque de Parma, aparece en Sodoma y Gomorra llegando tarde a casa de princesa de Guermantes. El Narrador la reconoce como la mujer que lo saludaba por la calle sin que supiese quién era. Mantiene una posición bastante falsa en la sociedad. En el texto proustiano parece confundirse con otro personaje, con la princesa de Nassau.

Osmond, Amanien, marqués d'

Primo hermano del duque de Guermantes, apodado «Mamá» en el círculo de su familia. Según Charlus, en el pasado fue amante de Odette, a la que raptó, y se tuvo que batir en duelo con Swann. Cuando se encuentra en la agonía, varios parientes y amigos del duque de Guermantes anuncian a este último el estado en que se encuentra, pero el duque, que se prepara para acudir a una fiesta que no quiere perderse, se niega a creerlos; cuando le anuncian su muerte, se encoge de hombros y dice que exageran (Sodoma y Gomorra).

Padre del Narrador

El padre del Narrador apenas aparece en la novela. Trabaja en el Ministerio (de Asuntos Extranjeros), donde tiene por colega a Norpois, y desea ser elegido miembro del Institut. Frío aparentemente en las relaciones con su hijo, le molesta el cariño que el niño siente por su madre, que le parece excesivo, y encuentra ridículo el beso de buenas noches que el Narrador exige de ella; pero en ocasiones se muestra indulgente, y autoriza a su esposa a pasar toda una noche con el Narrador (Por la parte de Swann). Los consejos de Norpois durante la cena a la que el antiguo embajador acude (A la sombra de las muchachas en flor) le hacen variar el destino que prepara para su hijo, permitiéndole asistir al teatro y mirando con mejores ojos sus ambiciones literarias.

Obsesionado por la meteorología, y dotado de un gran sentido de la orientación, mantiene amistad en Combray con Legrandin, cuyo comportamiento deja de sorprenderle cuando llega a la conclusión de que es un esnob con ambiciones aristocráticas que no quiere compartir; por eso no le facilita una carta de presentación para su hermana, Mme. de Cambremer, que podría abrir puertas aristocráticas a la familia. Obligará a la abuela a cambiar el itinerario que ha previsto para ir con su hijo a Balbec —siguiendo el mismo que hiciera en otro tiempo Mme. de Sévigné—, mientras él viaja a España con Norpois. Expulsa de su casa a Bloch, a quien tiene por idiota, y se pelea con el tío Adolphe, que ha presentado a la «dama de rosa» a su hijo. Después de su muerte, el Narrador comprenderá que la frialdad de este hombre que ha dedicado su vida al trabajo no era más que una máscara de su extraordinaria sensibilidad, que él mismo se le parece mucho y que ha heredado su repentino y arbitrario deseo de amenazar a los seres que más amaba.

Palancy, M. de

Uno de los «monóculos» del Narrador en la soirée de Mme. de Saint-Euverte (Por la parte de Swann). Pertenece al Jockey Club y asiste desde el palco de la princesa de Guermantes a la soirée de gala

de la Ópera donde la Berma interpreta Phèdre (La parte de Guermantes). Modelo: «El monóculo de M. de Palancy es el del pobre y querido Louis de Turenne», escribe Proust en una dedicatoria a Lacretelle.

Parma, Princesa de

Esta mujer, nada esnob, que acoge en su salón a toda la aristocracia francesa y extranjera, incluida la gente que la duquesa de Guermantes se niega a conocer, organiza las mejores soirées que se dan en París. El Narrador le será presentado en una velada de los Guermantes; a pesar de su linaje, la princesa se muestra amable y humilde —por educación y por considerar el salón de los Guermantes como un lugar privilegiado—, y sorprende con sus frases ingeniosas al Narrador, cuyos «snowboots» elogia, impidiendo que los invitados los encuentren ridículos y avergüencen al joven. En La fugitiva, la madre del Narrador le hace una visita, que concluye al cabo de diez minutos porque se ha quedado sola. Pocos días más tarde, la princesa visita a la madre durante varias horas. Aunque los rumores hablan de una relación inmoral de la princesa con la duquesa de Guermantes, son falsos. Interviene como intermediaria en el matrimonio de Leonor de Cambremer y la hija-sobrina de Jupien, Mlle. d'Oloron, adoptada por Charlus.

Párroco de Combray

Visitante asiduo de la tía Léonie del Narrador, este sacerdote es aficionado a las etimologías y a la historia local, y prepara un libro sobre los nombres de la región de Balbec, cuyas etimologías criticará Brichot (Por la parte de Swann). Modelo: el canónigo Joseph Marquis, antiguo abad de Illiers, que publicó en 1907 un libro erudito titulado

Illiers; también visitaba a menudo a Elisabeth Amiot, tía paterna de Proust.

Percepied, Doctor

Médico de Combray, que se encuentra con la familia del Narrador durante un paseo y la lleva en su coche. Durante ese episodio se produce en el Narrador la revelación de los campanarios de Martinville (Por la parte de Swann). Sabe hacer reír a todos sus oyentes contando historias de los Vinteuil; ha encontrado al marido cerca del cementerio después de llorar sobre la tumba de su mujer. Invita a la duquesa de Guermantes, a la que ha atendido profesionalmente, a la boda de su hija, que se convierte en Mme. Goupil: gracias a esa boda, el Narrador ve en carne y hueso a la duquesa idealizada hasta entonces. Modelo: el doctor Galopín de Illiers, que toma el apellido del factor de ese pueblo.

Perdreau, Abad

Párroco de Combray, al que sólo se cita en una ocasión: cuando tía Léonie ve pasar bajo la ventana a su sobrina.

Périgot, Joseph

Lacayo de Françoise, que sirve al Narrador: aficionado a las citas poéticas lee sus cartas y le pide prestados libros de versos, algunos de los cuales envía a su familia de Combray. Un día deja sobre la mesa del Narrador una carta a su familia (La parte de Guermantes).

Pierre, M.

Historiador de la Fronda, frecuenta el salón de Mme. de Villeparisis. Acude a la matinée de la marquesa para ver el retrato de la duquesa de Montmorency. Tímido y amable con la duquesa de Guermantes, será objeto de las burlas del duque cuando se discuta sobre la palabra «mentalidad».

Plassac, Walpurge, Marquesa de

Hija del conde de Bréquigny y prima de Oriane de Guermantes; anuncia al duque de Guermantes el fatal estado en que se encuentra Amanien d'Osmond, cuando éste se prepara para acudir a una fiesta (Sodoma y Gomorra).

Poiré, Abad

Confesor del faubourg Saint-Germain, y en concreto del príncipe y la princesa de Guermantes, que recibe de ambos por separado la petición de que oficie misas por el capitán Dreyfus. Revelará al príncipe que su mujer es una dreyfusista convencida (Sodoma y Gomorra).

Pommeliére, Marquesa de

Sobre esta marquesa, a la que en el círculo de Guermantes llamaban «la Pomme» (abreviación de su apellido: «manzana»), habla al Narrador la princesa de Guermantes en Sodoma y Gomorra.

Poncin, M. y Mme.

Presidente de la Audiencia de Caen que veranea en el Grand-Hôtel de Balbec con su esposa (A la sombra de las muchachas en flor). Años más tarde, es promovido a comendador de la Legión de Honor; finge alegría al enterarse del regreso del Narrador a Balbec y pesar por la muerte de su abuela, y trata de ser invitado por los Cambremer, como el Narrador. El texto lo confunde con un viejo banquero —sobre el que salta Andrée—, lo convierte en presidente de la Audiencia de Rennes en otro pasaje y también lo apellida Toureuil. En cuanto a su esposa, se dedica a recabar información sobre los clientes del Grand-Hôtel, a criticar a la gente que pasea y a burlarse de la princesa de Luxembourg, sobre la que aporta al grupo de burgueses informaciones erróneas.

Portefin, Berthe, duquesa de

Mme. de Villeparisis se la recomienda a la duquesa de Guermantes para que le ayude a servir el té en La parte de Guermantes.

Poullein

Lacayo de los Guermantes, que sólo puede ver a su prometida cuando el duque de Guermantes quiere; por eso se niega a comunicarle la noticia de la muerte de su primo Amanien d'Osmond (Sodoma y Gomorra); además, la duquesa se empeña en cambiarle los días de salida porque tampoco quiere que salga con la joven.

Poussin, Mme.

Bañista de Combray, a la que la familia del Narrador conoce como «Tú me dirás noticias». La madre del Narrador la encuentra en Balbec (Sodoma y Gomorra). Su yerno, notario de Combray, ha huido con la caja fuerte.

Primo «sin flores ni coronas».

Miembro de la familia del Narrador, que siempre acude a velar a los moribundos y está presente en la agonía de la abuela.

Putbus, Baronesa

Enamorado de la doncella de esta mujer, cuyas costumbres le intrigan, el Narrador hablará de ella con Saint-Loup. Luego pretende ser presentado por Oriane, duquesa de Guermantes, que le niega el favor. En Venecia, permite que su madre regrese sola a París con la esperanza de verla, pero en el último momento prefiere coger el tren junto a su madre. La baronesa es una de las escasas amigas íntimas de la princesa Sherbatoff (Sodoma y Gomorra), que sólo mantiene relación con Mme. Verdurin y la gran duquesa Eudoxia. En La prisionera, durante una reunión en casa de los Verdurin, Elstir cuchichea historias indecentes al oído de la baronesa, que pertenece al mundo de los invertidos.

Rachel

El Narrador conoce a esta joven judía, a la que llama «Rachel cuando del señor» (letra de un aria de La judía) en un prostíbulo (A la sombra de las muchachas en flor) al que lo ha llevado Bloch; pero se limita a hablar con ella. Más tarde vuelve a encontrarla convertida en actriz y en amante de Saint-Loup, a quien hace sufrir y que se la

presenta (La parte de Guermantes) en los inicios de su carrera teatral. El Narrador tendrá que intervenir en las frecuentes disputas entre ambos. Los Guermantes desaprueban la relación de su pariente con esta joven judía a la que creen malvada, a la que invitan a recitar en su salón y de la que se burlan: la duquesa la encuentra ridícula. Después de su ruptura con Saint-Loup, desaparece de la novela para reaparecer en La fugitiva como amante de Octave, del que está realmente enamorada. Pero el joven la abandona para casarse con Andrée. Pese a su ruptura, en Saint-Loup ha dejado un germen de amor que impulsa a Gilberte, tras su matrimonio, a intentar parecerse a ella para agradar al marido. En El tiempo recobrado, Rachel se ha vuelto una actriz célebre; el Narrador la encuentra recitando versos en la matinée del príncipe de Guermantes, amiga ahora de la duquesa, que ha propiciado en buena medida su éxito: convertida en una «inmunda vieja», saluda al Narrador, a quien le cuesta reconocer en aquella mujer feísima a la antigua joven del prostíbulo. Tiene celos de la Berma, de la que echa pestes y a la que asesta un golpe que será fatal aceptando recibir a su hija y a su yerno el mismo día que la actriz da una recepción a la que no acude nadie. Modelos: las actrices Louisa de Mornand, amante de su amigo Louis d'Albuféra; Mlle. Marsy, amante de Boni de Castellane; Ginette Lantelme, que también sirvió a Proust para Léa; la demi-mondaine Emilienne d'Alençon, mantenida de Jacques d'Uzès; y rasgos de Cléo de Mérode, Liane de Pougy, Méry Laurent…

Rampillon, Mme. de

La duquesa de Guermantes la llama «la horrenda» durante la soirée de Mme. de Saint-Euverte en Por la parte de Swann; más tarde, en Sodoma y Gomorra vuelve a burlarse de ella, llamándola «madre». Rampillon y criticando su escote.

Rémi

Cochero de Swann, a quien llama Lorédan, por su parecido con Loredano, un dux de Venecia. Ayuda a su amo a buscar por París a Odette, que no le aprecia y trata de convencer a Swann para que lo despida (Por la parte de Swann).

Rey de una isla de Oceanía

Aparece en A las sombra de las muchachas en flor, veraneando en Balbec con su amante y derrochando dinero, para gran envidia del grupo de burgueses provincianos.

Ristori, Mme.

Adélaíde Ristori es una actriz italiana, estimada por Alix y despreciada por la marquesa de Villeparisis (La parte de Guermantes).

Rosemonde

Una de las muchachas de la pandilla de Balbec, a la que el Narrador vuelve a encontrar durante su segunda estancia. Albertine será pensionista en la casa de sus padres en Incarville (A la sombra de las muchachas en flor).

Rousseau, Mme.

Vecina de Combray, de cuya muerte habla tía Léonie al principio de Por la parte de Swann.

Saint-Candé, M. de

Uno de los «monóculos» del Narrador en la velada de Mme. de Saint-Euverte. Modelo: «Para el monóculo de M. de Saint-Candé he pensado en el de M. de Bethmann, no el alemán —aunque lo sea un poco de origen—, el pariente de los Hottinguer».

Saint-Euverte, Mme. de

La marquesa Diane de Saint-Euverte da, en «Un amor de Swann», una gran soirée a la que asiste buena parte de los personajes claves del faubourg Saint-Germain: la princesa des Laumes —luego duquesa de Guermantes—, la marquesa de Gallardon, las señoras de Cambremer y de Franquetot, el general de Froberville, Charles Swann, que oirá la sonata de Vinteuil. En Sodoma y Gomorra será Saint-Euverte quien asista a una soirée de la princesa de Guermantes, después de haber recibido a cenar en su casa a los duques de este título; acude para asegurarse de la presencia de los invitados en su garden-party anual, que celebra al día siguiente; pero tiene que soportar cobardemente las maldades y groserías que sobre ella y sus recepciones lanza el barón de Charlus. Reaparece en El tiempo recobrado, después de la guerra, en la matinée del príncipe de Guermantes, donde Charlus, muy enfermo, la saluda respetuosamente cuando antes no se dignaba dirigirle la palabra. Modelo: la marquesa Diane de Saint-Paul.

Saint-Euverte, Mme. joven de

Esposa de uno de los nietos de la marquesa de ese apellido, de la familia de los La Rochefoucauld. El Narrador la encuentra en El tiempo recobrado en casa de la princesa de Guermantes, vestida con

un estilo Imperio y tendida en una chaise-longue que causa en el Narrador un efecto Mme. Récamier.

Saint-Ferréol, Mme. de

Hermana de M. de Vermandois, será presentada en casa de Mme. de Villeparisis a Saint-Loup, que finge no saber quién es. Pero la duquesa de Guermantes se propone visitarla.

Saint-Fiacre, Vizcondesa de

Durante el «baile de las cabezas» el Narrador no reconoce en esta mujer envejecida y desfigurada por la cocaína a la joven que había conocido en su juventud (El tiempo recobrado).

Saintine

Amigo de Charlus, y «flor» del círculo de Guermantes, terminará siendo rechazado por la duquesa tras su matrimonio con una burguesa poco noble, hecho que Oriane calificará de deshonroso. Aunque siga viéndole, el propio Charlus critica ese matrimonio (La prisionera).

Saint-Joseph, General de

Según la Duquesa de Guermantes, el general de Saint-Joseph ejerce mayor influencia sobre el gobierno que el general de Monserfeuil (La parte de Guermantes).

Saint-Loup, Mlle.

Hija de Robert de Saint-Loup y de Gilberte Swann, presentada al Narrador por su madre en la matinée del príncipe de Guermantes; tiene en ese momento dieciséis años, y a ojos del Narrador, al que devuelve la idea del Tiempo pasado, reúne las dos partes del sueño de su infancia: la de Guermantes y la de Méséglise. Su belleza «se parece a mi juventud». Terminará casándose con un oscuro hombre de letras. Modelo: Simone, hija de Gastón de Caillavety de Jeanne Pouquet.

Saint-Loup en-Bray, Robert, marqués de

Hijo de la condesa de Marsantes, es el amigo del Narrador en la novela. Se conocen en Balbec, durante la primera estancia del Narrador (A la sombra de las muchachas en flor), cuando desde la guarnición de Donciéres, donde sirve como oficial de carrera, acude a visitar a su tía abuela, la marquesa de Villeparisis, que será quien lo presente al joven y a su abuela; poco después, Saint-Loup presentará al Narrador a su tío, el barón de Charlus. Gran lector de Nietzsche y de Proudhon en esa época, agrada a la abuela —que le regala unas cartas manuscritas de este último— y entabla con el Narrador una amistad que recorre A la busca del tiempo perdido, más allá incluso de su muerte. Espíritu brillante y cultivado, avanzado en ideas, sin prejuicios de clase, con gusto por el arte, refinado hasta el punto de que podría suponerle afeminado quien no conociese su éxito con las mujeres, de gran belleza, rubio y de buen corazón, Saint-Loup ha caído en ese momento en las garras, según su familia, de una mala mujer —Rachel— que le hace despreciar la vida social y lo ha convertido al dreyfusismo. Siempre muy atento a la salud del Narrador, a quien considera un intelectual, lo acoge en Donciéres, la ciudad donde está acantonado su regimiento (La parte de Guermantes): le revela entonces su pasión por la estrategia militar cuando alcanza carácter estético y le hace partícipe de las inquietudes que le procura su amante. Para ver a Rachel, que inicia su carrera en

las tablas, Saint-Loup conseguirá un permiso que sólo sirve para nuevas discusiones y el crecimiento de sus celos; una disputa en un teatro terminará con una bofetada de Saint-Loup en público a un periodista. El disgusto de su familia y un viaje a Marruecos le hacen recapacitar: Saint-Loup rompe con su amante, abandona el dreyfusismo y recomienda al Narrador las casas de citas.

En Sodoma y Gomorra los celos del Narrador ven fantasmas en los breves encuentros entre Albertine y Saint-Loup, que en La fugitiva sirve de correo a las pretensiones de aquél: viaja a Touraine, a casa de Mme. de Cambremer, donde Albertine se ha refugiado, para hacerla volver a París. Tras el rumor de su matrimonio con una sobrina de la princesa de Guermantes, Saint-Loup se casa con Gilberte Swann, a cuya madre no quiso siquiera ser presentado hace tiempo y a la que ahora hace regalos espléndidos. Desde el primer momento engaña y miente a Gilberte aunque la ama. Pero su pasión homosexual se dirige a Morel, a quien mantiene, y sobre cuyo carácter y conducta establece semejanzas con el comportamiento de Rachel, a la que sigue pasando una pensión espléndida. En una visita que, al principio de El tiempo recobrado, hace el Narrador a Tansonville, éste percibirá su cambio, la mengua de su sensibilidad, sus mentiras.

En agosto de 1914 vuelve a encontrarse con el Narrador, al que expone sus teorías en materia de estrategia militar sin que el Narrador se dé cuenta de su patriotismo. Desde el frente, le escribirá largas cartas que ponen de manifiesto su sensibilidad literaria y su desprecio por la germanofobia que ha invadido la vida francesa. Durante un permiso visita al Narrador; y también el Palacio del Impudor de Jupien, donde pierde su cruz de guerra. Dos días después de regresar al frente muere heroicamente, como un verdadero Guermantes, en combate: llorado por su mujer y por su tía la duquesa, será enterrado en Combray. Modelos: el grupo de «jóvenes duques» formado por Bertrand de Fénelon, Gabriel de La Rochefoucauld y el marqués d'Albuféra, que se reconoció como Saint-Loup en las peleas del personaje con Rachel y rompió su amistad con Proust; Boni de Castellane, Gustave de Waru, sobrino de Mme. de Chévigné, y el teniente Cholet, al que Proust conoció durante su voluntariado en Orléans.

Saniette

Este archivero, cuñado de Forcheville, pertenece al clan de los Verdurin, donde su timidez y su amabilidad lo convierten en hazmerreír de la «Patrona» y de su marido durante sus recepciones. Para no parecer aburrido, inventa una historia sobre el duque de la Trémoille durante una cena a la que asiste Swann, que le corrige. Terminará siendo «ejecutado» por los Verdurin, que utilizan como verdugo a su propio cuñado (Por la parte de Swann). El Narrador volverá a encontrarse con este dreyfusista, que sin embargo es católico practicante, en Sodoma y Gomorra, en el trenecito camino de Balbec. Ha reanudado su amistad con los Verdurin, que en su castillo de La Raspeliére siguen tratándolo con grosería, sobre todo cuando comete faltas de discreción: por ejemplo, anuncia de manera inoportuna durante una soirée la muerte de la princesa Sherbatoff. La noticia de su ruina económica, causada por malas inversiones financieras, le hace sufrir un ataque; los Verdurin, sin que nadie lo sepa, le pasan entonces una renta que le permite seguir viviendo en su piso, cuidado por Cottard durante algunos años todavía. Según otras páginas, el ataque se produce en el patio de los Verdurin, tras ser expulsado de su casa por la «Patrona», y provoca su muerte a las pocas semanas.

Saumoy, Guy

Joven de Balbec al que el Narrador evoca en La fugitiva como un tipo completamente loco y curioso que podía ser interesante.

Sazerat, Mme.

Vecina de Combray con la que la familia del Narrador se cruza regularmente, y a la que Eulalie se empeña en llamar Mme. Sazerin.

Un día, esta dreyfusista se topa en París con el padre del Narrador, al que saluda fríamente por saberle antidreyfusista. Pero termina reconciliándose con la familia. En Venecia encuentra al Narrador y a su madre y, al tener conocimiento de la presencia de Mme. de Villeparisis, antigua amante de su padre, pide que se la señalen: la ruina en que sumió a su familia la ha forzado a vivir en Combray. En El tiempo recobrado invita a la madre del Narrador a sus tés de los miércoles; aparecerá por última vez en el «baile de las cabezas», donde el Narrador logra reconocerla gracias a su nombre.

Sebran, Marquesa de

Tiene el salón más elitista de París, tres años después de la matinée de Guermantes (El tiempo recobrado).

SherbatofF, Princesa

Princesa de origen ruso, rechazada por la sociedad aristocrática, entre la que sólo cuenta con tres amigas: la gran duquesa Eudoxia, Mme. Verdurin y la baronesa Putbus. La primera vez que la ve, el Narrador la toma por una alcahueta gorda y vulgar; dos días después, en casa de los Verdurin, se entera de que ha sido una mujer de gran belleza y de que pertenece al clan, en el que, dada su escasez de relaciones, hace el papel de «fiel de fieles». Reniega de la alta sociedad, de sus vanidades, del esnobismo, pero no es más que una ficción: su antiesnobismo está hecho de fracasos de esnobismo. Reservada y tímida, recomienda al Narrador y a Brichot no hablar en presencia de Mme. Verdurin de la muerte de Dechambre para no provocar su dolor. Cuando, en La Raspeliére, con su habitual falta de tacto, Saniette comunica que la princesa acaba de morir, los Verdurin se niegan a renunciar a su soirée (La prisionera). Según el Journal de

los Goncourt, la princesa habría disparado un revólver contra el archiduque Rodolfo.

Sidonia, Duque de

Grande de España, conoce al barón de Charlus durante una soirée de la princesa de Guermantes; durante su larga conversación con él, manifiesta sus inclinaciones sexuales, que son las mismas del barón.

Silistrie, Princesa de

Prima de Oriane, que acude a su casa para anunciar al duque de Guermantes que su primo Amanien d'Osmond está en las últimas (Sodoma y Gomorra). En La fugitiva sueña con casar a su hijo con Gilberte Swann, ahora rica heredera, y trata de que la condesa de Marsantes, que también codicia a Gilberte para su hijo, abandone ese proyecto.

Ski

Diminutivo de Viradobetski, escultor de origen polaco del clan de los Verdurin; sus talentos se extienden además al piano y a la pintura. El Narrador se encuentra con él en el trenecito de Balbec, y le parece muy feo. Revelará a Cottard que Charlus es «de la cofradía». (Sodoma y Gomorra), y se burlará del barón y, más tarde, de Morel, en conciliábulo con Cottard y Mme. Verdurin. Reaparece en La prisionera, en la velada de los Verdurin, donde toca el piano sin que nadie se lo pida, y en El tiempo recobrado, en la matinée del príncipe de Guermantes, donde el Narrador califica su persona de «ensayo informe», no más modificado que un fruto o una flor que se ha secado.

Souvré, Duquesa de

Desea ardientemente ser presentada en el salón Guermantes, pero el duque rechaza la proposición de recibirla que le hace la princesa de Parma (La parte de Guermantes). En Sodoma y Gomorra presentará al Narrador al príncipe de Guermantes de manera ineficaz y con gran cobardía.

Stermaria, M. de

Noble de una oscura y antigua familia de Bretaña, muy aferrado a las prerrogativas de su casta; orgulloso y rudo, obliga al Narrador y a su madre a dejar la mesa que ocupan en el comedor del Grand-Hôtel de Balbec porque es la suya. Sin embargo, mantendrá algún trato con el decano del colegio de Abogados, por la amistad de éste con los Cambremer (A la sombra de las muchachas en flor).

Stermaria, Mlle. de

Hija del anterior, de nombre Alix, que pasa sus vacaciones en el Grand-Hôtel de Balbec, donde el Narrador se enamora de ella. En La parte de Guermantes Saint-Loup la encuentra en Tánger, y anima al Narrador a invitar a cenar a la joven, que está de paso por París. Después de haber aceptado la invitación y creado en el Narrador las ansias de la expectativa, Mlle. de Stermaria la cancela y no acude a la cita. Después de un matrimonio que fracasa a los tres meses de la boda, conseguirá casarse por amor convertida en Mme. de Stermaria.

Surgis-le-Duc, Marquesa de

Mujer de belleza espléndida, querida de Basin de Guermantes en el momento en que se celebra la soirée de la princesa de ese apellido (Sodoma y Gomorra). Acogida amablemente por Charlus, le presentará a sus hijos; pero cuando se entere de sus inclinaciones sexuales, les prohibirá todo trato con él, preocupada por la moralidad; pese a ese prurito de moralismo, ha llevado una vida escandalosa con la idea de recuperar lo que poseía al nacer. Para el Narrador, su apellido está cargado de poesía: derivaría de un M. Leduc que habría desposado a una Mlle. de Surgis; pero Swann echa por tierra esas deducciones.

Surgis-le-Duc, Arnulphe de

Hijo menor de la marquesa de Surgis-le-Duc, que sobresale por su ignorancia, su belleza y su mala vista. Asiste a una soirée de la princesa de Guermantes, donde el barón de Charlus, a quien es presentado, se interesa por su belleza.

Surgis-le-Duc, Victurnien de

Hijo mayor de la marquesa de Surgis-le-Duc, presentado durante una soirée de la princesa de Guermantes al barón de Charlus, que se interesa en él por tener el mismo nombre que un personaje de Balzac, Victurnien d'Esgrignon (Le Cabinet des Antiques) y por su belleza.

Swann, Charles

Hijo de un agente de cambio, acude a cenar regularmente a la casa de la familia del Narrador en Combray. Veranea cerca de allí con su mujer, Odette, y su hija Gilberte, en su gran propiedad de Tansonville, situada en dirección a Méséglise, y que se convierte en

uno de los dos polos en que la familia divide el mundo de Combray: La parte de Guermantes y la parte de Méséglise, o de Swann. Sus relaciones con la flor y nata de la vida mundana de París, que incluyen alguna cabeza coronada como el príncipe de Gales, son desconocidas por los vecinos de Combray, que han visto con malos ojos el matrimonio de Swann con su antigua amante, Odette de Crécy, hasta el punto de que todos, incluida la madre del Narrador, se niegan a recibir a la esposa. Sus cenas en casa de la familia no agradan al Narrador, que cuando Swann los visita se queda sin el beso de buenas noches de la madre. Pero sus sentimientos cambiarán cuando vea en Swann al padre de Gilberte, la niña con la que juega en los Champs-Élysées: establece entonces una relación con la familia Swann, que pasa por distintas etapas y termina permitiéndole conocer de cerca a este hombre culto, inteligente y distinguido, que le introduce por el camino del arte y la literatura, presentándole por ejemplo al gran escritor del momento, Bergotte, y acercándole a los pintores italianos, a la arquitectura eclesial de Balbec, a Vermeer, pintor holandés sobre el que Swann viene escribiendo desde hace años un estudio.

El episodio principal de la vida de Swann, que coincide en sus fases con el enamoramiento del Narrador por Gilberte y por Albertine, es su amor por Odette de Crécy, que relata, en su fase inicial, anterior al matrimonio, una de las tres divisiones de Por la parte de Swann: «Un amor de Swann»: cuando conoce a Odette de Crécy, la joven no es ni su tipo de mujer —a Swann le gustan las mujeres pequeñas, redondas y rosadas— ni tiene encantos intelectuales que puedan satisfacer sus gustos; pero Odette le somete a un cerco que termina en pasión espoleada por los celos: una noche en que Odette se pierde y casi es pillada en falta, la mujer se entrega a Swann; en esa etapa inicial de posesión física y amor, ambos oirán la pequeña frase de la Sonata de Vinteuil, que se convierte en el «himno nacional de su amor»: más tarde se dará cuenta de su error al asimilar la felicidad de la pequeña frase con el placer del amor. Introducido por Odette en el salón de los Verdurin, donde se acogen mal los rumores de sus contactos con la aristocracia, no tardará en ser «ejecutado» por la Patrona, que favorece las relaciones de Odette con otro habitual,

Forcheville: tras las ansias y angustias de su amor encelado, y pese a los anónimos que ha venido recibiendo sobre el pasado de mantenida de su mujer, cuando su pasión por Odette se ha enfriado, está al tanto de sus traiciones y aparece la indiferencia, se casa con ella: para él se ha convertido en la encarnación de la Seforá de Botticelli, y sobre su mesa, como si fuese el retrato de Odette, hay una reproducción del fresco del pintor italiano. Por otro lado, durante esa etapa de amor por Odette, Swann ha seguido prefiriendo las mujeres humildes, doncellas, cocineras o modistillas.

En A la sombra de las muchachas en flor, Swann ya está casado con Odette, a la que no ama y a la que engaña: pese a ello, cuando alguna de las mentiras de Odette queda al descubierto —la noche en que la buscó desesperadamente por el París nocturno, su relación con Forcheville, otra noche en que llamó a su puerta y no le abrió, sus relaciones sexuales con otras mujeres, etc.— despiertan en Swann celos retrospectivos. Traslada entonces ese amor hacia su hija y sigue aislado socialmente. Los Guermantes, que no reciben a Odette, se distancian más de Swann en el momento del affaire, por su dreyfusismo (La parte de Guermantes). La duquesa, que aprecia la inteligencia y la elegancia de Swann, llega a excusar ese matrimonio hasta cierto punto, pero sigue negándose a recibir a Odette; y a pesar de la enfermedad de Swann, se negará a creer en la inminencia de su muerte para mantener ese rechazo. La enfermedad ha ido minando el cuerpo de Swann, que goza en Saint-Germain del prestigio de su «sangre real»; para el faubourg, Swann es hijo natural del duque de Berry, que fue amante de su madre. En Sodoma y Gomorra, todavía acudirá a una soirée del príncipe de Guermantes, que se lo lleva al jardín, en un aparte que los invitados interpretan como expulsión de la casa: en realidad, como poco después contará al Narrador, el príncipe le explica las razones que lo han convertido en dreyfusista, aunque no puede declarar públicamente sus ideas. Resignado a la muerte, Swann desea ser enterrado con honores militares a pesar de su dreyfusismo, llevándose a la tumba su gran dolor: que la duquesa no haya recibido a Odette y a su hija.

En La prisionera, el Narrador se entera de su muerte, que lamenta emocionado: en ese momento comprende que Swann ha sido su

iniciador en las artes, el que le ha hecho descubrir la literatura, la pintura, y la arquitectura, el que ha sido su modelo, aunque mantiene diferencias con Swann: éste es un diletante que se eterniza en su estudio sobre Vermeer, imposibilitado para la creación e incapaz de dar forma a los movimientos y estados de ánimo en que lo sumergen las impresiones que recibe, tanto de la vida como de la estética. Modelos: Charles Haas, sobre todo; Charles Ephrussi, en el aspecto artístico; Émile Straus en el derroche económico para conseguir el triunfo social de su mujer; y Nicolás Bénardaky, padre de dos compañeras de juegos infantiles de Proust para el Swann de los Champs-Élysées.

Swann, Odette de Crécy, Mme.

Esposa de Charles Swann, nacida en 1852, rechazada por la mejor sociedad de Combray, incluida la familia del Narrador, por su pasado de mantenida.

En el primer encuentro del Narrador —durante una visita a casa de su tío Adolphe—, la conoce como «la dama de rosa»; también la ve, vestida de blanco, en Tansonville, acompañada por una niña de cabellos dorados (Gilberte) y un señor (el barón de Charlus), que en Combray pasa por su amante. «Un amor de Swann» narra en tercera persona la historia de sus amores con Swann, cuando Odette es una habitual del salón de los Verdurin, donde presenta sucesivamente a Swann y al conde de Forcheville. No tarda en conseguir que se enamore de ella, pese a no ser su tipo de mujer. El sutil cerco de Odette, donde los celos y las mentiras juegan un papel importante, da sus frutos; cuando está segura del amor de Swann, no duda, amparada por Mme. Verdurin, en engañarle con Forcheville y en ausentarse durante largos viajes y cruceros que, por lo demás, paga su amante (Por la parte de Swann).

Deslumbrado por la belleza de esta mujer de toilettes maravillosas, el Narrador, que ha trabado amistad con su hija en los Champs-Elysées y que frecuenta a la familia, acechará su paso en la alameda

de las Acacias, en el Bois de Boulogne; y cuando, a través de su hija Gilberte Swann, penetre en la intimidad de la familia, contemplará a Odette seguida de numerosos hombres, entre ellos Swann, atrayendo la admiración de los paseantes en los Champs-Elysées. De hecho, cuando su amor por Gilberte empiece a enfriarse, seguirá acudiendo al domicilio de los Swann únicamente por el placer de verla.

Una vez casada con Swann (A la sombra de las muchachas en flor), Odette quiere terminar con su pasado de cocotte; la novela narra la evolución de su salón y su intento de ascensión social, que no verá culminado; la buena sociedad sigue manteniéndola apartada, pese a los esfuerzos de Odette por acercarse a sus ideas: frente al dreyfusismo de Swann, Odette mantendrá su salón dentro del antidreyfusismo y formará parte de las ligas de mujeres antisemitas; su posición le abre algunas puertas, como las de la marquesa de Villeparisis, pero en una soirée de ésta la duquesa de Guermantes se niega a saludarla (La parte de Guermantes). Ha cambiado además su estilo de vida, de decoración: el japonismo que invadía su domicilio de la calle de La Pérouse en su etapa de amante de Swann ha desaparecido de su mobiliario. En Sodoma y Gomorra la duquesa sigue negándose a que le sea presentada, a pesar de que su salón va adquiriendo importancia, con Bergotte como estrella principal y con invitados que pertenecen al círculo Guermantes, como Louis de Turenne, el príncipe de Agrigento o incluso Hannibal de Bréauté; se permite incluso, cuando Mme. Verdurin consigue acceder a la mejor sociedad, negar su pasada amistad.

En La fugitiva, tras la muerte de su marido, se casa con Forcheville, que adopta a Gilberte y derrocha buena parte de la fortuna que les ha dejado Swann. Y trata de impedir que Gilberte se case con Saint-Loup, que sin embargo se convierte en protector generoso de ambas. Después de la guerra (El tiempo recobrado), el Narrador —que ha descubierto que estuvo casada con un conde de Crécy al que arruinó, y que es prima hermana de Jupien— la encuentra, siempre hermosa, como si el tiempo respetase su belleza, convertida «en un desafío a las leyes de la cronología» y en querida del duque de Guermantes: su ascensión social ha llegado a la cumbre; no le importa que sus propios invitados la desprecien, se siente satisfecha de sí misma. Pero

sigue siendo la cocotte de siempre, la que engañaba a Swann y engaña ahora al duque con amantes de uno y otro sexo: Elstir, que habría sido su amante, la había pintado en el pasado travestida como Miss Sacripant.

Odette es el retrato de la cocotte fin de siglo, elegante, falsamente refinada, adepta de la moda y de la sociedad mundana, a las que termina imponiéndose. Para Swann, su vida, sus costumbres y sus sentimientos serán siempre un misterio, lo mismo que para el Narrador los de Albertine; ambas mujeres son seres de fuga, que se escapan a quienes más cerca viven de ellas, Modelos; numerosas amigas y conocidas de Proust, desde Lauro Hayman, amante de su tío Louis Weil —que se sintió retratada—, Mme. Straus, Margúeme de Pierrebourg, Mme. de La Béraudiére —amante del viejo conde Greffulhe—, y Clomesnil, cocotte de la época en la que Proust pensó «un instante, cuando se pasea en el Tiro de Pichón».

Swann, M.

Padre de Charles Swann, agente de cambio, con quien la familia del Narrador mantiene trato en Combray.

Swann, Mme.

Madre de Charles Swann, amante del duque de Berry, de quien, según algunos rumores del faubourg Saint-Germain, Charles sería hijo.

Théodore

Dependiente de la tienda de ultramarinos de Camus, en Combray, que también sirve en la iglesia como chantre, encargado del mantenimiento del templo y acompañante de las visitas a la cripta. En

Combray goza de mala fama, a pesar de su cara ingenua de ángel, y Gilberte contará al Narrador que, de niños, jugaba con él y otros muchachos de Roussainville-le-Pin a juegos prohibidos. En La prisionera, aparece como cochero de un amigo de Charlus, antes de convertirse en farmacéutico en Méséglise, protegido, como homosexual, por Legrandin; desde ahí escribirá al Narrador una carta —firmada con su apellido, Sanilon (Sautton)— para felicitarle por un artículo en Le Figaro. Su hermana será doncella de la baronesa Putbus. Modelo: Víctor Ménard, recadero de la tienda Legué y monaguillo en Illiers.

Teodosio II

Rey de un país oriental que visita oficialmente París y cuyo discurso en el Elíseo es comentado por Norpois, que habló largo rato con él, durante su cena en casa del Narrador (Por la parte de Swann). Modelo: la visita del zar Nicolás II a París en octubre de 1896.

Tía abuela del Narrador

Prima del abuelo del Narrador y madre de la tía Léonie, es la propietaria de la casa de Combray. Su pasatiempo favorito consiste en hacer rabiar a la abuela del Narrador y a Swann. Tuvo una juventud tormentosa, según Bloch, quien por esta insinuación será expulsado de la casa de la familia. Disfruta diciendo cosas desagradables a todo el mundo, incluidas las personas que ama; sin embargo, su gran sentido del deber la impulsa a dejar su fortuna a una sobrina con la que se ha peleado y con la que no se habla, pero a la que le corresponde la herencia. En el texto no está clara la filiación de la tía abuela del Narrador; a veces se la denomina «tía», en otras se la confunde con la tía Léonie; se la declara también «prima de mi

abuela» en un pasaje donde su hija Léonie es «prima hermana de mi abuela».

Tours, Vizcondesa de

La duquesa de Guermantes ve a esta mujer encantadora, apellidada Lamarzelle, en casa de la princesa d'Épinay (La parte de Guermantes).

Trania, Princesa de

Aparece en casa de Mme. de Forcheville, cuando Odette ya se ha convertido en amante del duque de Guermantes (El tiempo recobrado).

Tresmes, Mme. de

Dorothée Tresmes, hija del conde de Bréquigny, va a casa del duque de Guermantes para anunciarle que su pariente Amanien d'Osmond está en la agonía (Sodoma y Gomorra).

Trombert, Mme.

Frecuenta el salón de Odette, a cuyo té acude regularmente (A la sombra de las muchachas en flor).

Turquía, Embajadora de

El Narrador entra en contacto con esta mujer en el salón de la duquesa de Guermantes (Sodoma y Gomorra). Ambiciosa y malvada, utiliza la calumnia como arma; pese a ello, la princesa de Guermantes hará un gran elogio de esta mujer que es, para el Narrador, un ejemplo de sadismo.

Valcourt, Édith, Mme. de

Amiga de Mme. de Mortemart, asiste a la soirée de los Verdurin en que Morel da un concierto. Sin embargo, su amiga —secundada por Charlus— la excluirá del concierto que con el mismo artista se va a dar en su casa (La prisionera).

Vallenéres, M.

Archivero que asiste a la matinée de la marquesa de Villeparisis, a la que sirve de secretario y gerente a ratos. Antidreyfusista y secretario de los comités antirrevisionistas del proceso, Mme. de Villeparisis le pedirá que haga de doncella, lo que le vale las burlas de los invitados. Descubrirá la palabra «mentalidad» al duque de Guermantes (La parte de Guermantes).

Varambon, Mme. de

Dama de honor de la princesa de Parma, y mujer excelente pero limitada y estúpida: durante la soirée de la duquesa de Guermantes cree que el Narrador es pariente del almirante Jurien de la Graviére (La parte de Guermantes). En El tiempo recobrado la duquesa de Guermantes se acuerda de ella. Modelo: la baronesa de Galbois, dama de honor de la princesa Mathilde.

Vaudémont, Marqués Maurice de

Uno de los dos amigos del joven rico que, con su amante, una actriz del Odéon, forma grupo aparte en el Grand-Hôtel de Balbec; suelen ir a cenar a Rivebelle. A través de Maurice de Vaudémont, el aristocrático amigo invita al Narrador a almorzar (A la sombra de las muchachas en flor).

Vaugoubert, Marqués de

Diplomático francés que, según Norpois, fue el artífice del acercamiento entre Francia y el Estado del rey Teodosio II, que lo menciona elogiosamente durante un discurso oficial en el Elíseo (A la sombra de las muchachas en flor). En la soirée de la princesa de Guermantes revela su inclinación homosexual en un aparte con Charlus en que le habla de jóvenes diplomáticos (Sodoma y Gomorra); el barón se negará más tarde a salir con él por su escaso cuidado para ocultar esas inclinaciones y su manía de feminizar los nombres. A raíz de la segunda visita del rey Teodosio, será revocado de su puesto tras un incidente: la reina Eudoxia habla largamente con su mujer, irritando a las esposas de sus superiores (La prisionera). Durante la guerra, pierde a su hijo y se derrumba de dolor (El tiempo recobrado). Modelo: el marqués de Montebello, embajador francés en San Petersburgo, revocado en 1902 a raíz de un incidente cortesano de su esposa.

Vaugoubert, Marquesa de

Esposa del anterior, con quien asiste a la soirée de la princesa de Guermantes; de aire masculino, lleva la voz cantante en el matrimonio; su marido hace de ella un retrato muy breve: «Era un hombre». (Sodoma y Gomorra). Sin querer, y a pesar de su gran

inteligencia, provoca la desgracia de su marido monopolizando la conversación de la reina Eudoxia en detrimento de las esposas de los ministros franceses. Modelo: la esposa del marqués de Montebello, que durante la visita de los zares no se quitó el sombrero cuando lo hizo la reina Alejandra, imitada por todas las damas de la concurrencia. Al parecer, el peinado era un postizo unido al sombrero.

Vaugoubert

Hijo de los anteriores, que mira apasionadamente al Narrador. Será herido siete veces durante la guerra antes de resultar muerto (El tiempo recobrado).

Vélude, Vizcondesa de

Hermana de la condesa de Montpeyroux, y, como ésta, de una gordura enorme que motiva las burlas del círculo Guermantes (La parte de Guermantes).

Vendedora de cristalería

Joven veneciana, de la que el Narrador se enamora durante su viaje a Venecia, y a la que desea llevar a París (La fugitiva).

Verdurin, M.

Este personaje vicario, dominado por su mujer cuyas opiniones refrenda siempre, posee dos nombres en la novela: Auguste y Gustave.

Secunda a su mujer en los odios y «ejecuciones» que se producen en su salón, y gusta de la intriga, la hipocresía social y la siembra de cizaña. Por sí mismo, se muestra cruel, insolente y cobarde con Saniette: aprovechándose de la timidez del archivero, lo maltrata regularmente de manera agresiva; pero cuando Saniette sufre un ataque y está arruinado, propone a su mujer crearle una renta para que no tenga que abandonar su piso. Amigo de Cottard, declara no dar ninguna importancia a los títulos aristocráticos, pese a lo cual se precia de conocer la jerarquía nobiliaria cuando, por torpeza, otorga la prelación a Cottard frente a Charlus.

En verano alquila en Normandía la propiedad de La Raspeliére, adonde acuden los fieles del salón de su mujer. M. Verdurin sólo toma las riendas de las decisiones del matrimonio en una ocasión: cuando amonesta a Morel por sus relaciones con Charlus, incitándole a la ruptura para no acabar mal. Vive en el mundo de su salón y no le gusta cambiar sus hábitos, hasta el punto de replicar con una frase del duque de Guermantes cuando Saniette le anuncie la muerte de una habitual del salón, la princesa Sherbatoff: «Usted siempre exagera», para no renunciar a su recepción. Siente horror ante la idea de su propia muerte, que se produce durante la guerra, poco después de la de su amigo Cottard. El Narrador terminará enterándose por el Journal de los Goncourt de que, antes de casarse y darse a la morfina, era un gran crítico de arte en la La Revue, autor de un libro sobre Whistler y uno de los primeros defensores de la pintura de Elstir, para quien era «el cerebro que había tenido de su pintura la visión más justa». Modelos: Albert Arman de Caillavet y Émile Straus.

Verdurin, Mme.

Sidonie Verdurin, esposa del anterior, llamada «la Patrona» por los fieles de su salón, abre su casa de la calle Montalivet y luego su palacete del quai Voltaire los miércoles —de los que hace una «obra de arte»— para escuchar música y hablar de política o del tema que ella impone; tanto el salón como su ficción de amor por el arte y el

buen gusto tienen un objetivo: darse a conocer en la mundanidad de París y cumplir su sueño de elevación social. Mujer de la burguesía que odia a los «pelmas» de la aristocracia al principio de la novela, encarna el ejemplo de una ascensión: terminará reinando en el faubourg Saint-Germain como esposa del duque de Guermantes, con el que se casa en terceras nupcias. De cultura superficial, convierte su salón en templo de la música, arte en el que se declara entendida: durante las audiciones, marca esa sensibilidad musical con gestos que sus habituales conocen perfectamente: hay composiciones capaces de enfermarla porque su hiper-sensibilidad musical es incapaz de soportar tanta belleza; cuando esto ocurre, hunde su cabeza entre las manos indicando a sus fieles que la música ha empezado a alterar sus nervios. También se precia de entendida en arte, hasta el punto de afirmar que ha enseñado a Elstir a hacer ramilletes y le ha dado a conocer las flores para sus naturalezas muertas, o de proteger los ballets rusos cuando llegan a París. Con Elstir, al que en el clan de los Verdurin se conoce como «Biche» —también «Tiche»—, terminará rompiendo después de su matrimonio Brichot, Cottard, Ski, Elstir, Saniette, la princesa Sherbatoff —«fiel de fieles», a cuya muerte afecta indiferencia—, Mme. Bontemps —su mejor amiga— y, en distintas etapas, Odette de Crécy, Charles Swann, el conde Forcheville, Bergotte, su sobrino Octave, escritor de prestigio, etc., forman el núcleo más firme de sus «habitués», a los que controla con mano férrea tanto en su tiempo —teme que se le escapen en vacaciones— como en sus sentimientos: obliga a Brichot a romper con una lavandera a la que tiene por amante. Desde el primer momento se convierte en egeria de los amores de Odette de Crécy y Charles Swann, que no le gusta cuando se entera de que tiene por amigos a duques y príncipes: después de declararlo un «pelma», interfiere en esos amores colocando una noche a Forcheville y a Odette en su carruaje al tiempo que despide a Swann, y alejándola de París con viajes y cruceros; pese a ello, todos sus esfuerzos son inútiles para provocar una ruptura definitiva entre ambos («Un amor de Swann»).

En el momento del affaire Dreyfus, esta anticlerical, y a la vez antisemita, se muestra partidaria de la revisión del proceso del capitán judío: por su salón pasan los principales protagonistas del caso, desde

Mme. Zola durante el proceso de su marido a Picquart y Fernand Labori (La parte de Guermantes). En Sodoma y Gomorra su salón va adquiriendo importancia, sobre todo como salón musical; alquila el castillo de La Raspeliére, cerca de Balbec, a Mme. de Cambremer, plantándose allí con su propio mobiliario: desprecia el mal gusto de los propietarios y finge no querer tratarlos por pertenecer a la nobleza; terminará peleándose con la marquesa de Cambremer porque ésta, aunque invita a algunos fieles de la «Patrona» como Cottard, no acepta a los Verdurin. Reúne, al igual que su marido, defectos y vicios como hipocresía social, despotismo y crueldad: de ésta da muestras con todos sus fieles, pero sobre todo con Brichot, muy enfermo en el momento en que le obliga a romper con la lavandera y con Mme. de Cambremer, de la que el profesor de la Sorbona se ha enamorado. También interviene en los amores de Albertine con el Narrador, que más tarde se enterará por las páginas de un pastiche del Journal de Edmond de Goncourt, de que en su juventud fue la «Madeleine» de Fromentin; según el Journal alentó el talento de Elstir y era una conocedora entusiasta de Normandía, aunque permanezca ajena a las bellezas de su paisaje.

En La prisionera está a punto de ver destruido su sueño de ascensión social: en una soirée en su casa, los invitados de Charlus —a quien había declarado «fiel de fieles»—, que son con los que ella sueña codearse, no sólo no le dirigen la palabra sino que se burlan de ella. Una vez convencida de que no puede convertir al barón en un «habitué» de su salón, Charlus pasa a ser su «bestia negra», y lo perseguirá de por vida con su odio: su mayor victoria consiste en lograr que Morel rompa con Charlus, a quien acusa, sin éxito, de espionaje al servicio de Alemania —lanzará la misma acusación contra la reina de Nápoles. Pero poco a poco va introduciendo al faubourg Saint-Germain en su casa: el éxito de los Ballets Rusos, de los que se ha convertido en protectora, atraen a su salón a los bailarines y a figuras como Stravinski y Straus; por sus puertas pasan el conde de Haussonville, el duque de Duras, la condesa Molé y los Guermantes: ahora ha dejado de odiar a los «pelmas». (El tiempo recobrado).

Muerto M. Verdurin, se casa con el duque de Duras, arruinado, que le da su primer título y le abre definitivamente las casas palaciegas. Y a la muerte del duque, se convierte en princesa de Guermantes tras casarse con el príncipe de ese título, viudo y también arruinado, y de quien es prima por su segundo matrimonio Durante la guerra, la antigua Mme. Verdurin está en la cumbre de su fama: se la puede ver apreciar el sabor de su primer cruasán, que ha conseguido gracias a Cottard, mientras los periódicos de la mañana narran el naufragio del Lusitania; en ese período, junto a su amiga Mme. Bontemps, se convierte en una de las reinas de París, anfitriona de la famosa matinée de la princesa de Guermantes en El tiempo recobrado. Modelos: Léontine de Caillavet, que también recibía los miércoles y se creía perseguida por los «pelmas»; Mme. Aubernon, autoritaria y despótica con sus fieles, a los que también llevaba a su casa de campo; Mme. Lemaire, a la que sus habituales llamaban «la Patrona»; Mme. Menard-Dorian; Mme. de Saint Victor y Cecilia Blumenthal, que, al enviudar en 1917, se casó con Louis de Talleyrand Périgord.

Villemandois, Marqués de

Sobrino de la duquesa de Guermantes, que aparece en la matinée que da la princesa de ese título en El tiempo recobrado, y pide ser presentado al Narrador; termina acordándose de él, pero no de su antigua enemistad.

Villemur, Mme. de

Durante una soirée en casa de la princesa de Guermantes, el pintor Detaille admira su cuello, permitiendo a la princesa presentarla al artista (Sodoma y Gomorra).

Villeparisis, Marquesa de

Madeleine de Bouillon, nacida hacia 1820, tía de los duques de Guermantes y marquesa de Villeparisis, es una de las amigas de la infancia del Narrador, con quien se encuentra en el Grand-Hôtel de Balbec durante la primera estancia del niño; ahí pasea en su coche a la abuela y al Narrador por los alrededores, y los presenta a su sobrino nieto Saint-Loup y a su sobrino el barón de Charlus. En el salón del castillo de sus padres ha conocido a Chopin, Liszt, Lamartine, Hugo, Balzac y Chateaubriand: al hablar de sus gustos literarios, Proust la convierte en abanderada de las teorías críticas de Sainte-Beuve. Amable, liberal y afectando sencillez, engaña al Narrador, a quien le cuesta creer que sea una Guermantes; el prestigio de ese apellido no le conmueve como en el caso de los duques, porque conoce a la marquesa desde la infancia.

A duras penas logra reconstruir su historia: muy bella en su juventud, hizo un matrimonio «desigual» con el duque d'Havre —padre de Mme. Sazerat, al que arruinó enseguida y abandonó luego— que provocó el rechazo de la familia Guermantes. Desde La parte de Guermantes trata de reconstruir un salón que pueda ser digno de su apellido, y donde el Narrador encuentra a M. de Norpois, viejo amante de la marquesa, a Charlus, Saint-Loup, la condesa de Marsantes, la duquesa de Guermantes, etc.; pero el camino está sembrado de obstáculos que ella misma pone: recibe, por ejemplo, a Odette Swann, rechazada por los demás salones de su familia. La larga charla que mantiene con el Narrador en el trenecito de Balbec (Sodoma y Gomorra) terminará provocando la ruptura de éste con la princesa Sherbatoff. Aficionada al arte, pinta cuadros de flores.

El Narrador vuelve a encontrarla, envejecida, jorobada y espantosa, en Venecia, acompañada por su viejo amante M. de Norpois (La fugitiva). Poco más tarde, en El tiempo recobrado, se entera de su muerte, ocurrida en el ostracismo del mundo aristocrático; ha dejado unas Memorias. Modelos: la condesa Sophie de Beaulaincourt, tía abuela de Boni de Castellane, que pagó un error de juventud cuando quiso recuperar la situación social debida a su

apellido; pintaba flores, lo mismo que Mme. Lemaire; Mme. Finaly, con la que Proust paseaba en coche por Normandía en 1892; y Mme. de Boigne, autora de unas Mémoires.

Vinteuil, M.

Compositor y organista de aldea, antiguo profesor de piano de las tías abuelas y de la abuela del Narrador; vive retirado con su hija en Montjouvain, cerca de Combray, donde su hija tiene mala reputación. Conserva los prejuicios de la burguesía y se niega a recibir a la mujer de Swann, por considerar escandaloso su matrimonio. Pese a llevar su bondad y su cortesía hasta el escrúpulo, critica las nuevas costumbres de la juventud y conoce las lésbicas de su hija, que le hacen sufrir; pero acepta bajo su techo a una de sus amigas. Durante su enfermedad, causada en parte por ese sufrimiento, será cuidado por una eminencia de la medicina, el doctor Potain; una vez muerto, su memoria es profanada por su hija en una escena sádica con su amiga. Swann oye en el salón de los Verdurin su sonata —y más tarde asiste, en La prisionera, al estreno de su Septeto, dirigido por Morel—, y no consigue creer que ese personaje, al que ha tratado en Combray, pueda ser un gran compositor reconocido y el autor de esa música que se convierte en el himno de su amor por Odette (Por la partee de Swann) y que es comparable a Wagner. La «pequeña frase» de la sonata creada por Vinteuil recorrerá la vida de Swann y la novela, con Albertine y Morel como intérpretes.

Vinteuil, Mlle.

Hija del anterior, vive con una amiga de mala reputación que escandaliza a la burguesía de Combray. De voz masculina y aires rudos de chico, por su mirada pasaba a menudo una expresión dulce y delicada. El Narrador las encuentra un día en Montjouvain

besándose y escupiendo sobre el retrato de Vinteuil, que ya ha muerto (Por la parte de Swann): la escena, cargada de sadismo, hará pensar más tarde al Narrador en la adoración que debía de sentir por su padre, y que era la condición misma del sacrilegio de esa joven. En Sodoma y Gomorra el Narrador descubre, aterrado, que las mejores amigas de Albertine son Mlle. Vinteuil y su amante Léa: la escena de Montjouvain vuelve a su mente y le hace preguntarse por las costumbres de Albertine. En La prisionera, al saber que Mlle. Vinteuil estará en la soirée de Mme. Verdurin, consigue convencer a Albertine para que no vaya: el propio Charlus se alegra de que no acudan, porque Mlle. Vinteuil y sus amigas lo escandalizan. Las preguntas que el Narrador hace a Albertine sobre su relación con la hija del músico no le aclaran gran cosa y alimentan sus sospechas de que le miente. Pese al terror que le inspira, el Narrador reconoce que, junto con su amiga, ha contribuido a asegurar la gloria musical de su padre. Modelos: la hija del compositor Ernest Guiraud, y Juliette Joinville d'Artois, que vivía, aislada, cerca de Illiers.

Vinteuil, Amiga de Mlle.

De mayor edad que la hija del músico, esta amiga cuyo nombre no se dice, ya tiene mala reputación en Combray cuando se instala en la casa de Montjouvain; tiene talento para la música, y tras la muerte del compositor se dedica a rebuscar en sus papeles y a asegurar la fama póstuma del padre de su amiga, sobre cuya fotografía, en una escena de erotismo sádico que el Narrador contempla por la ventana, ha escupido (Por la parte de Swann). Es ella quien descifra la partitura del Septeto de Vinteuil que Morel estrena. También hizo de madre con Albertine; cuando ésta se lo confiese al Narrador, provocará pánico en el joven, aunque más tarde la propia Albertine le diga que esa confesión era otra mentira (Sodoma y Gomorra). Aunque su presencia y la de Mlle. Vinteuil están anunciadas en la soirée de los Verdurin, ninguna de las dos acude.

Viradobetski

Véase Ski.

Virelef, Mme. de

En La fugitiva Mme. de Virelef duda en invitar a su palco a Gilberte Swann y a la duquesa de Guermantes al mismo tiempo.

Vladimiro, Gran Duque

Personaje real, que durante la soirée de la princesa de Guermantes se ríe de Mme. D'Arpajon, que ha sido empapada por un surtidor.

Yourbeletieff, Princesa

Princesa rusa, amiga de Mme. Verdurin; ambas protegen a los Ballets rusos, a cuyas representaciones asisten (La prisionera).

Diccionario 3

Lugares de «A la busca del tiempo perdido».

Balbec

Población balnearia en Normandía —o en Bretaña— donde el Narrador pasa sus primeras vacaciones con su abuela (A la sombra de las muchachas en flor). En principio, la ciudad está situada en la costa normanda, y el atractivo que ofrece para el Narrador es su iglesia persa: de ahí ese nombre de resonancias libanesas y una sílaba final propia de topónimos normandos. En esas primeras vacaciones entra en contacto con Mme. de Villeparisis, que lo presenta a Roben de Saint-Loup primero y luego a su sobrino Charlus. El conocimiento del pintor Elstir servirá para que el Narrador trabe amistad con la pandilla de muchachas entre las que se encuentra Albertine. Volverá a Balbec en dos ocasiones más; durante su segunda estancia, acompañado ahora por su madre, el Narrador profundiza su amistad con Charlus y traba contacto con Morel, el clan de los Verdurin y Mme. de Cambremer y su familia (Sodoma y Gomorra). Largos paseos y excursiones con Albertine por la región —el «auténtico país de los cimerios»— le permiten amar sus paisajes, que relaciona con la

Francia inmemorial. La tercera visita a Balbec será más breve (La fugitiva).

Los centros de la estación balnearia de Balbec son: el Grand-Hôtel, donde se alojan el Narrador, su abuela y su madre en sus distintas estancias, edificado por la pluma de Proust a partir del Hotel des Roches-Noires de Trouville, el Splendide de Évian y el Grand-Hôtel de Cabourg; el Casino, lugar elegido por la pandilla de muchachas para bailar y divertirse: en él surgirán las primeras inquietudes del Narrador al ver bailar a Albertine y a Andrée en una postura que más tarde le explicará parte de la sexualidad de Albertine.

Proust construye Balbec a partir de las playas visitadas en sus vacaciones desde la infancia: Trouville, Dieppe y Cabourg, sobre todo; en segundo lugar, Évian, donde veraneaban sus padres; BegMeil, en Bretaña, que conoció con Reynaldo Hahn.

Carquethuit

Nombre de lugar, situado cerca de Doville, en Normandía, cuyo puerto pinta Elstir en El puerto de Carquethuit —descrito como una mezcla de dos cuadros del inglés Turner, Plymouth y Scarboroug—; el pintor recomienda al Narrador visitarlo (A la sombra de las muchachas en flor).

Carqueville

Población de Normandía, cerca de Balbec, a la que Mme. de Villeparisis lleva al Narrador y a su abuela (A la sombra de las muchachas en flor). Aunque el Narrador acude para admirar la belleza de su iglesia, luego se dedica a intentar seducir a unas muchachas campesinas que encuentra.

Chantepie, Bosque de

Bosque cercano a Balbec, también conocido como Canteloup, por el que el Narrador pasea en coche con Mme. de Villeparisis primero y luego con Albertine (Sodoma y Gomorra).

Combray

Población que Proust terminará situando en el Este de Francia, cerca del frente, durante la guerra de 1914; en ella se desarrolla el relato esencial de Por la parte de Swann —da título a la primera de sus partes: «Combray»—, narrando las vacaciones de la familia del Narrador, oriunda de esa localidad. Supone el primer contacto del niño narrador con el mundo externo, cuando todavía está unido a su madre por el cordón umbilical del beso de buenas noches: la casa de la tía Léonie, el pequeño jardín, los dos rumbos que toman los paseos de la familia, con la parte de Méséglise —o parte de Swann-y la de Guermantes, encarnación de dos símbolos: el de la vida social de Swann, con sus sueños de arte y cultura, y el de los Guermantes, o del prestigio fabuloso del mito. Ambas partes esbozan todas las relaciones futuras del Narrador: la parte de Swann, las familiares, con sus escenas de interior y paz doméstica, paisajes de espinos blancos y lilos, y las amorosas, con Gilberte vista por primera vez en su propiedad de Tansonville, acompañada por Mme. Swann y Charlus. En La parte de Guermantes se anudan los sueños de una irrealidad que terminará concretándose en el contacto físico con sus personajes, con la duquesa Oriane vista en la iglesia, y el mundo del prestigio y la magia cuya genealogía le hace remontarse hasta los antepasados de los duques, hasta Gilberto el Malo y Genoveva de Brabante. En una primera etapa, la Combray narrativa estaba situada cerca del lugar familiar de Illiers, en la región de Chartres, a 24 kilómetros de esa capital. En 1914 Proust la sitúa entre Reims y Laon, muy cerca de las líneas alemanas, que terminarán ocupando parcialmente Combray.

Creuniers, los

Paraje de acantilados pintado por Elstir en A la sombra de las muchachas en flor; cuyo resultado sobre el lienzo se asemeja a una catedral rosa; el Narrador visitará ese lugar —visita encarecidamente recomendada por Elstir— guiado por Andrée, después de la fallida partida de hurón. El paraje real se halla en la región de Trouville.

Donciéres

Ciudad normanda, cerca de Balbec, donde está acantonado el regimiento de Robert de Saint-Loup, que invita al Narrador a visitarle. No lo hará en A la sombra de las muchachas en flor, entretenido como está por su pasión por las muchachas. En La parte de Guermantes, sin embargo, pasa unos días, alojándose en su hotel y describiendo la vida de la guarnición y las maniobras militares, que dan pie a Saint-Loup y a sus amigos para largas charlas sobre estrategia militar, elevada a categoría de arte. Proust dota la ciudad de plaza, catedral, restaurante y un apeadero, Donciéres-la-Goupil. En esa ciudad, en la que Saint-Loup se convierte en amante de Mme. de Cambremer y Charlus entabla su relación con el violinista Morel, el Narrador estará acompañado por Albertine. Proust ha construido Donciéres a partir de Orléans —donde hizo su servicio militar—, Fontainebleau —donde pasó una temporada con Léon Daudet en 1896, y donde cumplieron su servicio militar amigos como Daniel Halévy y Louis de la Salle, a los que visitó— y Versalles.

Doville

Estación de ferrocarril de Balbec, donde termina el recorrido del trenecito utilizado por los habituales del clan Verdurin para ir al castillo de La Raspeliére (Doville-Féterne). (Sodoma y Gomorra).

Féterne

Nombre del castillo de los Cambremer, situado en Normandía, donde Mme. de Cambremer da sus matinées para la buena sociedad local. Proust utiliza como modelo la villa Bassaraba, de los Brancovan, en Amphion, a orillas del lago Léman.

Guermantes

Castillo situado a 10 leguas de Combray, poblado por los personajes y escenas de los vitrales de la iglesia en las ensoñaciones infantiles del Narrador. Esa residencia de los duques de Guermantes es uno de los dos rumbos que toman los paseos de la familia: rumbo o «parte» cuyo referente real es el pueblo de Saint-Eman, cerca de Illiers. El nombre está sacado de un castillo construido según planos de Le Nótre durante el reinado de Luis XIV, a varios kilómetros al Este de París. Y como modelos Proust utilizó los castillos de Goussencourt, en Saint-Eman, y de Villebon, cercanos ambos a Illiers.

Hudimesnil

Pueblo próximo a Balbec, que el Narrador visita durante un paseo con la marquesa de Villeparisis y su abuela (A la sombra de las muchachas en flor): viendo su campanario y tres árboles cercanos al pueblo, y sin que adivine el motivo, el Narrador experimenta una sensación de felicidad semejante a la que le habían producido los campanarios de Martinville.

Maineville

Población cercana a Balbec, que posee una «casa de mujeres» donde Charlus quiere sorprender a Morel en infidelidad: prepara para ello una intriga que desbarata los proyectos del violinista Morel.

Martinville-le-Sec

Población aledaña a Combray, cuyos dos campanarios ve el Narrador durante un paseo en que el doctor Percepied lo recoge junto a sus padres; a esos dos campanarios se añade el de Vieuxvicq; en el propio coche siente una felicidad que propicia la escritura inmediata de sus impresiones (Por la parte de Swann). El referente real probable es Marcheville, localidad cercana a Illiers.

Méséglise

Población situada a varios kilómetros de Combray, que constituye uno de los dos rumbos por los que la familia del Narrador orienta sus paseos; también recibe el nombre de «parte de Swann» por estar situada en él la propiedad de Tansonville, camino de Méséglise-la-Vineuse. El otro rumbo, totalmente opuesto, es Guermantes. El Narrador desconoce que entre ambas partes existe un camino que las une hasta que al final de la novela se lo confiesa Gilberte. El modelo es una aldea, Méséglise, situada al noroeste de Illiers.

Mirougrain

Finca de los alrededores de Combray, perteneciente a tía Léonie, que la frecuentaba antes de encerrarse definitivamente en su cuarto (Por la parte de Swann). Proust la construye sobre una casa de campo habitada por una extraña joven, Juliette Joinville d'Artois, personaje utilizado a su vez como uno de los modelos de Mlle. Vinteuil.

Montjouvain

Casa del músico Vinteuil y de su hija, a la que en una ocasión acuden los padres del Narrador para oír a su dueño tocar el piano. En esta casa ocurre una de las escenas claves: el Narrador sorprende fortuitamente, desde un talud, a Mlle. Vinteuil y a su amiga besándose y escupiendo sobre el retrato del padre ya muerto (Por la parte de Swann).

París

La capital de Francia ocupa un lugar importante en la novela; en ella transcurre «Un amor de Swann», la primera parte de A la sombra de las muchachas en flor, La parte de Guermantes —casi íntegramente —, y los tres últimos volúmenes. Pese a esta presencia, el Narrador describe poco la ciudad, salvo su evolución y desarrollo por el Oeste —zona a la que se traslada la alta sociedad y donde el príncipe de Guermantes se construirá su palacete (El tiempo recobrado)—, la vida de la ciudad durante los bombardeos alemanes y alguna zona: los jardines de los Champs-Élysées —donde juega en la infancia con Gilberte—, el faubourg Saint-Germain, el Bois de Boulogne —adonde acude para pasear y, sobre todo, para ver a Odette—, y el Trocadéro —donde el Narrador manda a Françoise en busca de Albertine.

Pierrefonds

Castillo cerca de Compiégne que Odette visita acompañada por los Verdurin durante sus primeras relaciones con Swann (Por la parte de Swann).

Raspeliére, La

Castillo de los Cambremer, próximo a Balbec, que los Verdurin alquilan en Sodoma y Gomorra; los nuevos inquilinos entran sin respetar nada, ni el mobiliario ni la decoración, en nombre de su «buen gusto», hasta el punto de que el jardinero se queja a Mme. de Cambremer. En ese castillo, el clan Verdurin sigue celebrando en verano sus soirées, a las que los habituales se dirigen en el trenecito de Balbec que tiene su término en Doville. Proust utiliza principalmente como modelo la villa «Les Frémonts», en Trouville, propiedad de una familia amiga, los Baignéres, y la casa de campo de Mme. Aubernon, en Louveciennes, llamada «Coeur volant».

Rivebelle

Localidad balnearia, cercana a Balbec, adonde acuden regularmente a cenar Saint-Loup y el Narrador durante la primera estancia de éste (A la sombra de las muchachas en flor). En ese restaurante ven por primera vez a Elstir. Proust construye el nombre sobre Riva-Bella, pueblo cercano a Cabourg, y Belle-Rive, a orillas del lago de Ginebra.

Roussainville-le-Pin

Pequeña población cercana a Combray, dotada de torreón, en la ruta de Méséglise; a su mercado acude Françoise los sábados, alterando la organización de ese día de la semana. También a Roussainville iba Gilberte a jugar de niña. A menos de dos kilómetros al Sur de Illiers, una pequeña aldea lleva el nombre de Roussainville; y otra, al Norte de Illiers, el de Bailleau-le-Pin.

Saint-André-des-Champs

Iglesia cercana a Combray, de pórtico con esculturas a cuyas caras se asemejan las de François y Théodore, el mozo de la tienda de Camus. Proust utiliza Notre-Dame-des-Champs, de Châteaudun, y la de Saint-Loup-de-Naud como referentes góticos.

Saint-Hilaire

Nombre de la iglesia de Combray, a cuyo alrededor se organiza la vida de la ciudad, y cuyo campanario resulta visible desde cualquier punto de esa población; desde él se divisa, según explica el párroco durante una visita a tía Léonie, una espléndida perspectiva del valle circundante. En esa iglesia verá el Narrador por primera vez a la duquesa de Guermantes, en la capilla de Gilberto el Malo, el día de la boda de la hija del médico del pueblo, el doctor Percepied (Por la parte de Swann).

Tansonville

Residencia de Swann, cerca de Combray, en la parte de Méséglise. Durante un paseo con su padre y su abuelo, el Narrador divisa a una niña a la que más tarde encontrará en los Champs-Élysées, Gilberte, acompañada por Mme. Swann y por el barón de Charlus. Los padres del Narrador no visitan la finca desde el matrimonio de Swann con Odette de Crécy. En un repecho cercano a la casa, por donde caminan durante sus paseos, está el matorral de espinos blancos, de los que el Narrador se despedirá emotivamente, en un pasaje célebre, al término de sus vacaciones en Combray. En La fugitiva, Gilberte Swann, convertida en Mme. Saint-Loup, se instala en Tansonville, donde recibe unos días la visita del Narrador; durante la guerra, Gilberte se refugia también en esa finca, que será invadida por los

alemanes (El tiempo recobrado). Proust da ese nombre, el de un castillo situado a tres kilómetros de Illiers, a la figuración novelesca del jardín del Pré-Catelan, de su tío Jules Amiot.

Thiberzy

Pequeña localidad en los alrededores de Combray, a la que van en busca de una comadrona para que ayude en el parto de la fregona (Por la parte de Swann).

Venecia

Desde Por la parte de Swann, Venecia vive en la ensoñación del Narrador, pero debe renunciar a su primer proyecto de viajar a esa ciudad italiana por enfermedad. En La prisionera será la presencia de Albertine la que haga imposible el viaje. En La fugitiva lo realiza por fin, acompañado por su madre.

Vieuxvicq

Localidad cercana a Combray, cuyo campanario se mezcla, durante la perspectiva de un paseo en el carruaje del doctor Percepied, con los dos campanarios de Martinville.

Vivonne

Curso de agua de Combray, situado en La parte de Guermantes, cuyo manantial, que no consigue encontrar, convertirá el Narrador en

la entrada de los Infiernos. Proust tomó por modelo el Loira, prestándole el nombre de un regato de Illiers, el Thironne.

Bibliografía

I. Estudios bibliográficos

Alden, Douglas W.: Marcel Proust and his French Critics. Los Ángeles, Lyman-house, 1940.

Bonnet, Henri: Marcel Proust de 1907 a 1914. —Bibliographie générale. 2 vols. Nizet, 1971 y 1976.

Chantal, René de: Marcel Proust critique litteraire. Les Presses de L'Université de Montréal, Montreal, 1967.

Graham, Víctor E.: Bibliographie des études sur Marcel Proust et son oeuvre. Droz, Ginebra, 1976.

Tadié, Jean-Yves: «Bibliographie thématique» in Proust, Belfond, 1983.

Rancoeur, René: «Bibliographie de Marcel Proust, 1971-1982», in Études proustiennes, I-VI. Gallimard, 1973-1987.

II. Obra de Marcel Proust

Les Plaisirs et les Jours. Illustrations de Madeleine Lemaire, préface d'Anatole France et quatre piéces pour piano de Reynaldo Hahn. Calmann-Lévy, París, 1896.

John Ruskin, La Bible d'Amiens. Traduction, notes et préface par Marcel Proust. Mercure de France, París, 1904.

John Ruskin, Sésame et les lys. Traduction, notes et préface par Marcel Proust. Mercure de France, 1906.

À la recherche du temps perdu, I: Du côté de Chez Swann. Bernard Grasset, París, 1913. (2.a edición, Gallimard, N. R. F., 1919).

Pastiches et mélanges. Gallimard, N. R. F., París, 1919.

À la recherche du temps perdu, II: À L'ombre des jeunes filles en fleurs. Gallimard, N. R. F., París, 1919.

À la recherche du temps perdu: Le Côté de Guermantes I. Gallimard, N. R. F., París, 1920.

À la recherche du temps perdu: Le Côté de Guermantes II: Sodome et Gomorrhe I. Gallimard, N. R. F., París, 1921.

À la recherche du temps perdu: Sodome et Gomorrhe II. Gallimard, N. R. F., París, 1922.

À la recherche du temps perdu: La Prisonnièere (Sodome et Gomorrhe III). Gallimard, N. R. F., París, 1923.

À la recherche du temps perdu: Albertine disparue. Gallimard, N. R. F., París, 1925.

Chroniques. Gallimard, París, 1927.

À la recherche du temps perdu: Le Temps retrouvé. Gallimard, N. R. F., París, 1927.

Oeuvres complètes de Marcel Proust. Gallimard, N. R. F., París, 1929-1935, 18 vols.

Jean Santeuil. Gallimard, 1952.

Contre Sainte-Beuve, suivi de Nouveaux Mélanges. Gallimard, N. R. F., París, 1954.

Textes retrouvés, recueillis et présentés par Philip Kolb et Larkin B. Price, avec une bibliographie des publications de Proust (1892-1967). Urbana-Chicago, Londres, University of Illinois Press, 1968. [Ed. francesa: Gallimard, París, «Cahiers Marcel Proust», n. 3, 1971].

Les Pastiches de Marcel Proust, édition critique et commentée par Jean Milly. Colin, París, 1970.

Jean Santeuil, précedé de Les Plaisirs et les Jours, édition établie par Pierre Clarac avec la collaboration d'Yves Sandre. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1971.

Contre Sainte-Beuve, précedé de Pastiches et mélanges, et suivi de Essais et articles, édition établie par Pierre Clarac avec la collaboration d'Yves Sandre. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1971.

Le Carnet de 1908, établi et présenté par Philip Kolb. Gallimard, París, «Cahiers Marcel Proust», n. 8, 1976.

L'Indifférent. Préfacede Philip Kolb. Gallimard, París, 1978.

Matinée chez la princesse de Guermantes. Cahiers du «Temps retrouvé», édition critique établie par Henri Bonnet en collaboration avec Bernard Brun. Gallimard, París, 1982.

Poèmes. Présentés et annotés par Claude Francis et Fernande Gontier. Gallimard, París, «Cahiers Marcel Proust», n. 10, 1982.

Albertine disparue. Édition originale de la derniére versión revue par L'auteur établie par Nathalie Mauriac et Étienne Wolff. Grasset, París, 1987.

Écrits de jeunesse 1887-1895. Textes rassemblés, établis, présentés et annotés par Anne Borrel, avec la collaboration de Alberto Beretta Anguissola, Florence Callu, Jean-Pierre Halévy, Pierre-Edmond Robert, Marcel Troulay et Michelle Bonduelle. Institut Marcel Proust International, Illiers-Combray, 1991.

Philippe Sollers: L'oeil Proust. Les Dessins de Marcel Proust. Stock, 1999.

III. Ediciones modernas de À la recherche du temps perdu

À la recherche du temps perdu. Texte établi et présente par Pierre Clarac et André Ferré. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1954, 3 vols.

À la recherche du temps perdu. Édition établie sous la direction de Jean Milly. Édition du texte, Introduction, Notes, Bibliographie par Bernard Brun et Anne Herschberg-Pierrot (Du Côté de chez Swann), Daniéle Gasiglia-Laster (À L'ombre des jeunes filles en fleurs), Elyane Dezon-Jones (Le Côté de Guermantes), Emily Eells-Ogée (Sodome et Gomorrhe), Jean Milly (La Prisonniére, La Fugitive, Le Temps retrouvé). Garnier-Flammarion, París, 10 vols, 1984-1987.

À la recherche du temps perdu. Introduction et préfaces par Bernard Rafalli. Texte établie par André Alain Morello (Du côté de chez Swann), Michelle Berman (À L'ombre des jeunes filles en fleurs, Sodome et Gomorrhe), Jo Yoshida (Le Côté de Guermantes), Thierry Laget (La Prisonniére, La Fugitive, Le Temps retrouvé). Editions Robert Laffont, París, 3 vols, 1987.

À la recherche du temps perdu, I. Édition publiée sous la direction de Jean-Yves Tadié, avec, pour ce volume, la collaboration de Florence Callu, Francine Goujon, Eugéne Nicole, Pierre-Louis Rey, Brian Rogers et Jo Yoshida. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», [edición completa en 4 vols.] París, 1987.

À la recherche du temps perdu, II. Édition publiée sous la direction de Jean-Yves Tadié, avec, pour ce volume, la collaboration de Dharntipaya Kaotipaya, Thierry Laget, Pierre-Louis Rey et Brian Rogers. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1988.

À la recherche du temps perdu, III. Édition publiée sous la direction de Jean-Yves Tadié, avec, pour ce volume, la collaboration de Antoine Compagnon et de Pierre-Edmond Robert. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1988.

À la recherche du temps perdu, IV. Édition publiée sous la direction de Jean-Yves Tadié, avec, pour ce volume, la collaboration de Yves Baudelle, Anne Chevalier, Eugéne Nicole, Pierre-Louis Rey, Pierre-Edmond Robert, Jacques Robichez et Brian Rogers. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1989.

À la recherche du temps perdu. Texte établi, presenté et annoté por Elyane Dezon-Jones (Du côté de chez Swann), Eugéne Nicole (À l'ombre des jeunes filles en fleurs, Le temps retrouvé), Bernard Brun (Le Côté de Guermantes I et II), Françoise Leriche (Sodome et Gomorrhe I et II), Nathalie Mauriac Dyer (La Prisonniére, suivi de Albertine disparue, La Fugitive). Librairie Genérale Française, «Le Livre de Poche», 1992-1993.

Oeuvres romanesques completes. CD-Rom. Champion Électronique, París, 1998.

IV. Correspondencia

1. Correspondencia general

Correspondance genérale. Edición, clasificada por corresponsales, de Robert Proust, Paul Brach (para los cinco primeros) y de Paul Brach y Suzy Mante-Proust para el último. 6 vols, Plon, 1930-1936. [Selección muy incompleta, correspondiente únicamente a 1921-1922]

Correspondance. Edición de Philip Kolb. I-XXI vols, Plon, 1970-1993.

2. Selección de correspondencias particulares

Lettres á André Gide. Ides et Calendes, Neuchátel, 1949.

Lettres de Marcel Proust á Bibesco. Clairefontaine, Lausana, 1949.

Correspondance avec sa mere (1887-1905). Edición de Philip Kolb. Plon, 1953.

Lettres à Reynaldo Hahn. Edición de Philip Kolb, Gallimard, 1956.

Lettres retrouvées. Plon, 1966.

Marcel Proust y Jacques Rivière, Correspondance (1914-1922). Edición de Philip Kolb, Gallimard, 1976.

Marcel Proust y Gastón Gallimard. Correspondance (1912-1922). Edición de P. Fouché, Gallimard, 1989.

Mon cher petit. Cartas a Lucien Daudet. Gallimard, 1991.

Marcel Proust y D. Halévy. Correspondance. Fallois, 1992.

V. Bibliografía general sobre Proust

La enorme cantidad de estudios proustianos obliga a que esta bibliografía sólo sea indicativa: proporciona las principales herramientas de trabajo y obras para un acercamiento de distintos niveles: desde el biográfico hasta el interpretativo. En la selección, he primado sobre todo aquellos libros de recuerdos y memorias escritas por personas que mantuvieron relación directa con Marcel Proust, como amigos, como adversarios, como críticos, o simplemente como espectadores de una vida que pasó a su lado, y que a la hora de hacer sus memorias dejaron constancia de alguno de sus encuentros o de la influencia que Proust ejerció sobre ellos. Cuando existe, en algunos casos doy referencia de la edición española.

1. Testimonios biográficos y recuerdos

Albaret, Celeste: Monsieur Proust. Recuerdos recogidos por Georges Belmont. Robert Laffont, 1973.

Bac, Ferdinand: Intimités de la IIIe République. 3 vols. Hachette, 1935.

Berl, Emmanuel: Sylvia. Gallimard, 1952.

Bernard, S.: Á L'ombre de Marcel Proust. Nizet, 1979.

Bibesco, Princesa Marthe: Au bal avec Marcel Proust. Gallimard, 1928. [Trad. española: En el baile con Marcel Proust. Icaria, Barcelona, 1988]. Le Voyageur voilé. La Palatine, Ginebra, 1947. [Trad. española: Marcel Proust, el visitante velado. Pre-Textos, Valencia, 1982].

Billy, Robert de: Marcel Proust. Lettres et conversations. Éditions Les Portiques, 1930.

Blanche, Jacques-Émile: Mes modèles. Stock, 1928. La Pêche aux souvenirs. Flammarion, 1949.

Bordeaux, Henry: Histoire d'une vie. Plon, 1951.

Casa-Fuerte, Illán de: Le Dernier des Guermantes. Memoires. Julliard, 1994.

Castellane, Boni de: Mémoires. Perrin, 1986.

Cattaui, Georges: L'Amitié de Proust. Gallimard, 1935. Marcel Proust. Documents iconographiques. Pierre Cailler, Ginebra, 1957. Proust perdu et retrouvé. Plon, 1964.

*Catusse, Mme. Anatole: Marcel Proust, Lettres à Madame C***. Janin, 1947.*

Clermont-Tonnerre, E. de: Robert de Montesquiou et Marcel Proust. Flammarion, 1925. Marcel Proust. Flammarion, 1948.

Cocteau, Jean: Portraits-souvenirs 1900-1914. Grasset, 1935. Le Passé défini. Gallimard, 1983.

Daudet, Léon; Souvenirs des milieux littéraires, politiques, artistiques et médicaux. 2 vols. Nouvelle Librairie Nationale, 1920. Le Román et les nouveaux écrivains. Le Divan, 1925. Souvenirs et polémiques. Robert Laffont, colección «Bouquins», 1992.

Daudet, Luden: Dans L'ombre de límpératrice Eugénie. Gallimard, 1935. «Autour de soixante lettres de Marcel Proust». «Cahiers Marcel Proust», n. 5, Gallimard, 1929.

David, André: Soixante-quinze annees de jeunesse du vivant des héros de Marcel Proust. André Bonne, 1974.

Dreyfus, Robert: De Monsieur Thiers á Marcel Proust, Plon, 1939. Souvenirs sur Marcel Proust. Grasset, 1926.

Duplay, Maurice: «Mon ami Marcel Proust, souvenirs intimes». «Cahiers Marcel Proust», n. 5, Gallimard, 1972.

Faÿ, Bernard: Les Précieux. Perrin, 1966.

Fouquier, Marcel: Jours heureux d'autrefois: une société et son époque, 1885-1938. Albín Michel, 1941.

Fouquiéres, André de: Cinquante ans de panache. Pierre Horay, 1951. Mon París et ses Parisiens: le quartier Monceau. Pierre Horay, 1954.

Francis, Claude, y Gontier, Fernand: Marcel Proust et les siens. Plon, 1981.

Gautier-Vignal, Louis: Proust connu et inconnu. Robert Laffont, 1976. Germain, André: De Proust à Dada. Le Sagittaire. Simón Kra, 1924. Portraits parisiens. G. Crés, 1918. La Bourgeoisie qui brüle, propos d'un témoin, 1890-1940. Éditions Sun, 1951. Les Clés de Proust. Editions Sun, 1953.

Gide, André: Journal 1889-1939. Gallimard, «Pléiade», 1948.

Goncourt, E. y J. de: Journal. 4 vols. Fasquelle-Flammarion, 1956 [3 vols. Robert Laffont, «Bouquins», 1989].

Gramont, Edmond, duc de: Les Marroniers en fleur, Mémoires II. Grasset, 1929.

Gregh, Fernand: L'Age d'or, Souvenirs d'enfance et de Jeunesse. Grasset, 1947. Mon amitié avec Marcel Proust, Souvenirs et lettres inédits. Grasset, 1958.

Gyp, Condesa de Mattel: La Joyeuse Enfance de la IIIe République. Calmann-Lévy, 1931.

Hahn, Reynaldo: Notes, Journal d'un musicien. Plon, 1933.

Halevy, Daniel: Pays parisiens. Grasset, 1932.

Hugo, Jean: Le Regard de la mémoire. Actes Sud. 1983.

Jaloux, Edmond: Avec Marcel Proust. La Palatino. Ginebra, 1953.

Lacretelle, Jacques de: Les Aveux étudiés. Gallimard, 1934. Les vivants et leur ombre. Grasset, 1977.

LauriS, Georges de: Souvenirs d'une belle époque. Amiot-Dumont, 1948.

Mauriac, Claude: L'Oncle Marcel. Grasset, 1988. Proust. Le Seuil, 1953. [Trad. española; Proust por él mismo. Compañía General de Ediciones, México, 1958].

Mauriac, François: Du Côté de chez Proust. La Table Ronde, 1947.

Maurois, André: Le Monde de Marcel Proust, Hachette, 1960.

Maurois, Michelle: L'Encre dans le sang. Flammarion, 1982. Les Cendres brülantes. Flammarion, 1986. Déchirez cette lettre. Flammarion, 1990.

Montesquiou, Robert de: Les Pas effacés. 3 vols. Émile-Paul, 1923.

Morand, Paul: Le Visiteur du soir. La Palatine, Ginebra, 1949. Premiere visite a Marcel Proust. Les Bibliophiles. Le Cheval ailé. Ginebra, 1948. Journal d'un attache'd'ambassade. Gallimard, 1948.

Mugnier, Pérc: Journal 1879-1939. Mercure de France, 1985.

Nordlinger, Marie: «Proust as I knew him». London Magazine, agosto de 1954.

Plantevignes, Marcel: Avec Marcel Proust. Nizet, 1966.

Porel, Jacques: Fils de Réjane. 2 vols. Plon, 1951-1952.

Pouquet, Jeanne Maurice: Le Salón de Madame Arman de Caillavet. Hachette, 1926.

Robert, Louis de: Comment débuta Marcel Proust. N. R. F., 1925. De Loti a Proust, Souvenirs et confidences. Flammarion, 1928.

Rostand, Maurice: Confessions d'un demi-siécle. La Jeune Parque, 1948.

Sachs, Maurice: Au temps du Boeuf sur le toit. Éditions de La Nouvelle Revue critique, 1939. Le Sabbat, souvenirs d'unejeunesse orageuse. Correa, 1945.

Scheikévttch, Marie: Souvenirs d'un temps disparu. Plon, 1935. «Marcel Proust et Céleste». Ouvres libres, n. 168, mayo de 1960.

Schlumberger, Gustave: Mes souvenirs 1844-1928. 2 vols. Plon, 1934.

Souday, Paul: Proust, Gide et Valéry. Kra, 1927.

2. Biografías

Diesbach, Ghislain de: Proust. Perrin, 1991. [Traducción española de Javier Albiñana, Editorial Anagrama, 1996].

Duchéne, Roger: L'ímpossible Marcel Proust. Robert Laffont, 1994.

Hayman, Ronald: Proust: A Biography. Harper Collins, Nueva York, 1990.

Maurois, André: À la recherche de Marcel Proust. Hachette, 1949. [Trad. española: En busca de Marcel Proust. Plaza y Janés, Barcelona, 1951].

Painter, George D.: Marcel Proust, A Biography. Chatto and Windus, I, 1959; II, 1965. [Traducción española: Andrés Bosch. Editorial Lumen, 1967].

Picon, Jéróme: Passion Proust. L'album d'une vie. Textuel, 1999.

Tadié, Jean-Yves: Marcel Proust: biographie. Gallimard, 1996.

3 Estudios críticos

Abraham, Pierre: Proust. Recherches sur la création intellectuelle. Rieder, 1930.

Bardèche, Maurice: Marcel Proust romancier. 2 vols. Les Sept couleurs, 1971.

Bataille, Georges: La littérature et le mal. Gallimard, 1957. [Trad. española: La literatura y el mal. Taurus, Madrid, 1959 y 1971]. L'experience interieure. Gallimard, 1954 [Trad. española de Fernando Savater: La experiencia interior, págs. 160-180, Taurus, 1972].

Baudry, Jean-Louis: Proust, Freud et L'autre. Minuit, 1984.

Beckett, Samuel: Proust. Grove Press, Nueva York, 1931. [Trad. española: Proust por Beckett. Nostromo, Madrid, 1975; y Península-Edicions 62, Barcelona, 1989].

Benjamín, Walter: Iluminaciones, I Trad. española de Jesús Aguirre, Taurus, Madrid, 1971.

Benoist-méchin, Jacques: Retour á Marcel Proust. Amiot, 1957. Á le preuve du temps. Julliard, 1989.

Bersani, Leo: Marcel Proust: the fictions of life and art. Oxford University Press, 1965.

Bonnet, Henri: Les Amours et la sexualité de Marcel Proust. Nizet, 1985.

Boyer, Philippe: Le Petit Pan de mur jaune. Sur Proust. Le Seuil, 1987.

Bowie, Malcolm: Proust Among the Stars. Harper Collins Publishers, 1998. [Ed. española: Proust entre las estrellas. Trad. de Mariano Antolín Rato. Alianza Editorial, 2000].

Brunet, Étienne: Le Vocabulaire de Proust. Etude quantitative. Index de À la recherche du temps perdu. 3 vols. Slatkine-Champion, 1983.

Butor, Michel: Répertoires I, II, IV. Minuit, 1960, 1964, 1974. [Ed. española: Sobre literatura, II. Seix Barral, Barcelona, 1967].

Celly, Raoul: Répertoire des thémes de Marcel Proust. Gallimard, «Cahiers Marcel Proust», n. 7, 1935.

Curtius, Ernst-Robert: Proust, in Franzosischer Geistim neuen Europa. Stuttgart, 1925. [Trad. española: Marcel Proust y Paul Valéry. Losada, Buenos Aires, 1941].

Cznoniczer, Élisabeth: Quelques antecedents d'«À la recherche du temps perdu». Droz, 1957.

Chardin, Philippe: Le román de la conscience malheureuse. Droz, 1982.

Daniel, Georges: Temps et mystifications dans «À la recherche du temps perdu». Minard, 1957.

Daudet, Charles: Répertoire des personnages de «À la recherche du temps perdu». Gallimard, «Cahiers Marcel Proust», n. 2, 1928.

Deleuze, Gilíes: Marcel Proust et les signes. PUE 1964 (2.a ed. aumentada, 1970). [Trad. española: Proust y los signos. Anagrama, Barcelona, 1972].

Descombes, Vincent: Proust. Philosophie du román. Éditions de Minuit, 1987.

Doubrovsky, Serge: La Place de la madeleine. Mercure de France, 1974.

Fernandez, Ramón: Proust ou la généalogie du román moderne. Grasset, 1943, (reed. 1979).

Feuillerat, Albert; Comment Marcel Proust a composé son román. New Haven, Yale University Press, y Ginebra, Droz, 1934.

Fiser, Emeric: L'esthétique de Marcel Proust. Rieder, 1932.

Fontanille, Jacques: Le Savoir partagé. Sémiotique et théorie de la connaissance chez Marcel Proust. París-Amsterdam-Filadelfia, Hadés-Benjamin, 1987.

Fraise, Luc: Le processus de la création chez Marcel Proust. Le fragment expérimental José Corti, 1988

Gaubert, Serge: Proust ou le román de la difference. Presses Universitaires, Lyon, 1980.

Genette, Gérard: Figures III. Seuil, 1972. [Trad. española de Carlos Manzano, Lumen, 1989].

Henry, Anne: Marcel Proust. Théories pour une esthétique. Klincksieck, 1981.

Jullien, Dominique: Proust et ses modeles. José Corti, 1989.

Kilmartin, Terence: A Reader's Guide to Remembrance of Things Past. Random House, Nueva York, 1984.

Lattre, Alain de: La Doctrine de la réalité chez Proust. 3 vols. José Corti, 1979-1985. Le Personnage proustien. José Corti, 1984.

Lelong, Yves: Proust, la santé du malheur. Librairie Seguier, 1987.

Kristeva, Julia: Le temps sensible: Proust et L'expérience littéraire. Gallimard, 1994.

Macchia, Giovanni: L'Angelo della Notte. Rizzoli, Milán, 1979. [Trad. francesa: L'ange de la nuit. Sur Proust. Gallimard, 1993].

Mein, Margaret: Themes proustiens. Nizet, 1979. Proust et la chose envolée. Nizet, 1986.

Miguet-Ollagnier, Marie: La Mythologie de Marcel Proust. Les Belles Lettres, 1982.

Milly, Jean: Proust et le style. Minard, 1970. La phrase de Proust. Des phrases de Bergotte aux phrases de Vinteuil. Larousse, 1975. Marcel Proust dans le texte et L'avant-texte. Flammarion, 1985. La Longueur des phrases dans «Combray». Slatkine-Champion, 1986.

Muller, Marcel: Les voix narratives dans «À la recherche du temps perdu». Droz, Ginebra, 1963.

Murphy, Jonathan: Sight or Cite. Aspects of the Visual in Proust. Tesis doctoral. Cambridge, 1994.

Newman, Pauline: Dictionnaire des idées dans L'oeuvre de Marcel Proust. Mouton, La Haya, 1968.

Picon, Gaétan: Lecture de Proust. Mercure de France, 1963.

Poulet, Georges: Études sur le temps humain. Plon, 1950-1968. L'Espace proustien. Gallimard, 1965.

Raimond, Michel: Marcel Proust romancier. SEDES, 1984.

Recanati, Jean: Profils juifs de Marcel Proust. Buchet-Chastel, 1979.

Revel, Jean-François: Sur Proust. Julliard, 1960. [Trad. española: Sobre Proust. FCE, México, 1986].

Richard, Jean-Pierre: Proust et le monde sensible. Seuil, 1974.

Rivers, J. E.: Monster of Time: Sexuality and Sexual Inversión in «À la recherche du temps perdu». University of Virginia Press, 1982.

Riviére, Jacques: Quelques progris dans l'étude du coeur humain: Proust et Freud. Les Cahiers de L'Occident, 1927.

Rogers, Brian G.: Proust's Narrative Techniques. Droz, Ginebra, 1965.

Shattuck: Proust. Collins / Fontana, Glasgow, 1974.

Spitzer, Leo: «Le style de Marcel Proust», en Etudes de style. Trad. francesa: Gallimard, 1971.

Tadié, Jean-Yves: Proust et le román. Gallimard, 1971. Lectures de Proust. Colin, 1971. Proust. Belfond, 1983.

Vial, André: Proust: Âme profonde et naissance d'une esthétique. Nizet, 1971.

Vogely, Máxime A.: A Proust Dictionary. Whiston Publishing Company, Troy, 1981.

Wllson, Edmund: AxeL's Castle. Nueva York. Scribner, 1931. [Trad. española: El castillo de Axel. Cupsa, 1977].

Zima, Peter Vaclav: Le Désir du mythe. Une lecture sociologique de Marcel Proust. Nizet, 1973.

4. Miscelánea, Homenajes

Hommage à Marcel Proust, 1871-1922. La Nouvelle Revue Française, enero de 1923; «Cahiers Marcel Proust», núm. 1, 1927.

Centenaire de Marcel Proust, «Europe», agosto-sept, 1970, febrero-marzo 1971.

Quennel, Peter (et altres): Marcel Proust, 1871-1922. A Centenary Volume. Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1972. [En torno a Marcel Proust. Trad. de Pablo Recondo. Alianza Editorial, Madrid, 1974].

Varios: «Marcel Proust. Homenaje en el cincuentenario de su muerte», Revista de Occidente, noviembre, 1972.

Recherche de Proust. Obra colectiva bajo la dirección de Gérard Genette y Tzvetan Todorov, Le Seuil, 1980.

Proust, «L'Arc», 47,1977; 1991.

Varios: Album Proust. Mondadori. Madrid, 1988.

Le Monde de Proust. Fotografías de Paul Nadar. Éditions CNMHS, París, 1991.

Marcel Proust. L'Ecriture et les arts. Catálogo de la Exposición organizada por la Bibliothéque National de France en colaboración

con el Musée d'Orsay, bajo la dirección de Jean-Yves Tadié (9 de noviembre de 1999-6 de febrero de 2000).

Marcel Proust. Jean-Yves Tadié. CD-Rom. Gallimard Multimedia, 1999.

5. Publicaciones periódicas sobre Marcel Proust

Bulletin d'informations proustiennes. Presses de L'École Normal Supérieure. Periodicidad anual desde 1970.

Bulletin Marcel Proust. Société des amis de Marcel Proust et des amis de Combray, 1950-1995, núm. 1, 1950.

Cahiers, Marcel Proust. Gallimard (1927-1935); nueva serie, 18 vols, comprendiendo Etudies proustiennes, ts. I-VI, 1970.

Proust Research Association Newsletter. The University of Kansas, Laurence, 1969.

VI. Bibliografía española

1. Traducciones

En busca del tiempo perdido. Trad. de Pedro Salinas, José María Quiroga, Consuelo Berges. 7 vols. Alianza Editorial. Madrid, 1966.

Jean Santeuil. Trad. Consuelo Berges. Alianza Editorial, Madrid, 1971.

Obras completas de Marcel Proust. Trad. Consuelo Berges, Fernando Gutiérrez y otros. 3 vols. Plaza y Janés. Barcelona, 1971.

Ensayos literarios (Contra Sainte-Beuve). Trad. José Cano Tembleque. Edhasa, Barcelona, 1971.

Los placeres y los días. Parodias y misceláneas. Trad. Consuelo Berges. Alianza Editorial, Madrid, 1975.

El indiferente - Antes de la noche. Trad. Luis Maristany. La Novela Corta, Barcelona, 1978.

En busca del tiempo perdido, I: Hacia el lado de la quinta de Swann A la sombra de las muchachas en flor. Trad: Julio Gómez de la Serna. Aguilar, Madrid, 1981.

Unos amores de Swann. Trad. Pedro Salinas. Salvat, Barcelona, 1985.

Un amor de Swann. Edición de Javier del Prado y Elena Carbajo. Cátedra, Madrid, 1988.

Un amor de Swann. Trad. de Carlos Pujol. Planeta, Barcelona, 1982.

Albertine desaparecida. Trad. de Javier Albiñana. Anagrama, Barcelona, 1988.

Confesión de una joven y otros cuentos de noche y crimen («Confesión de una joven», «Antes de la noche», «Violante o la mundanidad», y «El final de los celos», «Sentimientos filiales de un parricida»), Trad. de M. Armiño. Editorial Valdemar, Madrid, 1999.

2. Estudios y ensayos

Benedetti, Mario: Marcel Proust y otros ensayos. Número. Montevideo, 1951.

Cano, José Luis: «Proust visto por los españoles», en El escritor y su aventura. Plaza y Janés, Barcelona, 1966.

Castro, Carmen: Marcel Proust o el vivir escribiendo. Revista de Occidente, Madrid, 1952.

Del Prado, Javier: Para leer a Proust. Palas Atenea, Madrid, 1990.

Elduayen, Luis Gastón: Proust tras la huella de Chateaubriand. Salamanca, 1980.

Gómez Pin, Víctor: Proust: el ocio y el mal. Montesinos, Barcelona, 1985.

Maristany, Luis: «Informe crítico: Proust en España», en Voces. Marcel Proust. Montesinos, Barcelona, [1985].

Matamoro, Blas: Por el camino de Proust. Anthropos. Barcelona, 1988.

Ortega y Gasset, José: El espectador, VIII. Revista de Occidente, Madrid, 1934.

Quiñonero, Juan Pedro: Proust y la revolución. Taurus, Madrid, 1972.

Tollinchi, Esteban: La conciencia proustiana. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1978.

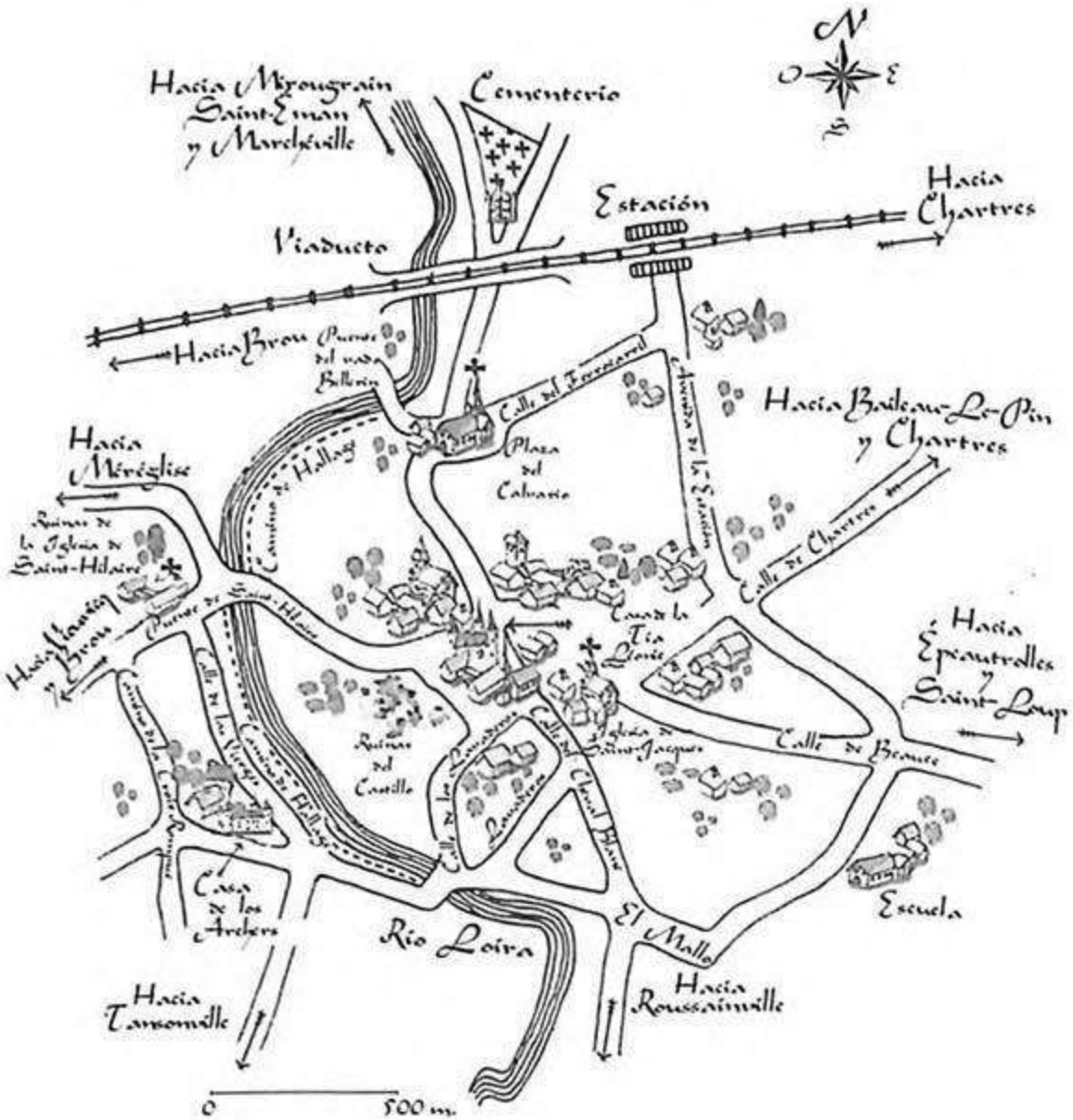
Torres Bodet, Jaime: Tiempo y memoria en la obra de Proust. México, 1967.

Valdivielso, Jaime: Bajo el signo de Orfeo. Lezama Lima y Proust. Orígenes. Madrid, 1980.

Vizcaíno, José Antonio: Marcel Proust. Madrid, 1969.

ALBUM

Los padres de Marcel Proust. Mme. Proust fotografiada por Paul Nadar en noviembre de 1904. A la izquierda retrato al natural, luego retocado por el fotógrafo.
El profesor Adrien Proust, por Nadar en noviembre de 1886.



Plano de Illiers

(Composición: M. Aguilar Almagro)

Illiers, lugar originario de la familia Proust, donde Marcel pasó sus vacaciones infantiles; modelo de la Combray de *A la busca del tiempo perdido.*
(Composición: M. Aguilar Almagro)

La plaza del mercado de Illiers.

Marcel Proust, en 1889, voluntario en el 76o Regimiento je Infantería je Orléans.

Dibujo-retrato de Proust en 1891 por Jacques-Émilc Blanche

Foto de Proust en la época de los salones, en los últimos años de siglo.

Marcel Proust en un canapé, hacia 1896.

El conde Robert de Montesquoiu, poreta para la aristócracia y aristrócata para los poetas en 1985, por Nadar.
Árbitro de la elegancia parisiense de fin de siglo

Árbitro de la elegancia parisiense de fin de siglo.

Élisabeth de Caraman-Chimay, condesa Greffulhe, encarnación para Proust de la belleza y la elegancia de la alta sociedad parisina. Proust le fue presentado en 1894, dos años antes de que Nadar hiciera esta fotografía de la condesa.

Gaston Calmette, director de Le Figaro, a quien Proust dedicó Por la parte de Swann; foto de Nadar de 1889.

Laura Hayman en 1879, por Nadar. Desde sus diecisiete años Proust acudió al salón literario de esta demi-mondaine que le llamaba «mi pequeño Saxe psicológico».

Sarah Bernhardt en Phèdre, de Racine.
Foto de Paul Nadar de 1893

La actriz Gabrielle Réju, Réjane, uno de los modelos de la Berma, fotografiada por Nadar.

ÉDITIONS DE LA NOUVELLE REVUE FRANÇAISE

ŒUVRES DE MARCEL PROUST

À LA RECHERCHE DU TEMPS PERDU 3 VOLUMES

DU CÔTÉ DE CHEZ SWANN... I

À L'OMBRE DES JEUNES FILLES EN FLEURS... II

SOUS PRESSE

LE CÔTÉ DE GUERMANTES... III

Mme de Sainte-Euverte. Le faubourg Saint-Germain. Le salon de Mme de Villeparisis. Mort de ma grand'mère. Albertine nouvelle. Elstir chez la duchesse de Guermantes. L'hôtel des Guermantes. M. de Charlus nouveau à ses dimanches. Les ancêtres maternels de la duchesse.

SODOME ET GOMORRHE. — I... IV

Révélation pénible de ce qu'est M. de Charlus. Saisie chez la princesse de Guermantes. Second séjour à Balbec : Les transformations du casino. L'« affaire Aimé ». Les bouleversements de la plage. Le petit clan. M. de Charlus chez les Verdurin, et chez la petite ouvreuse du fer. Les bouleversements du ciel. Il. Premières jalousies brusquement éveillées, avec la science d'Épicurien Albertine.

SODOME ET GOMORRHE. — II. — LE TEMPS RETROUVÉ... V

Vie en commun avec Albertine. Les Verdurin et la brouillerie avec M. de Charlus. Disparition d'Albertine. Le chagrin et l'oubli. Mlle de Forcheville. Réapparition à mon réveil. Départ à Venise. Nouvel accueil de Robert de Saint-Loup. M. de Charlus pendant la Guerre : son opinion, son physique. Métamorphose chez la Princesse de Guermantes. L'obsession prophétique. Le Temps retrouvé.

PASTICHES ET MÉLANGES... 1 VOLUME

MARCEL PROUST

À LA RECHERCHE
DU TEMPS PERDU

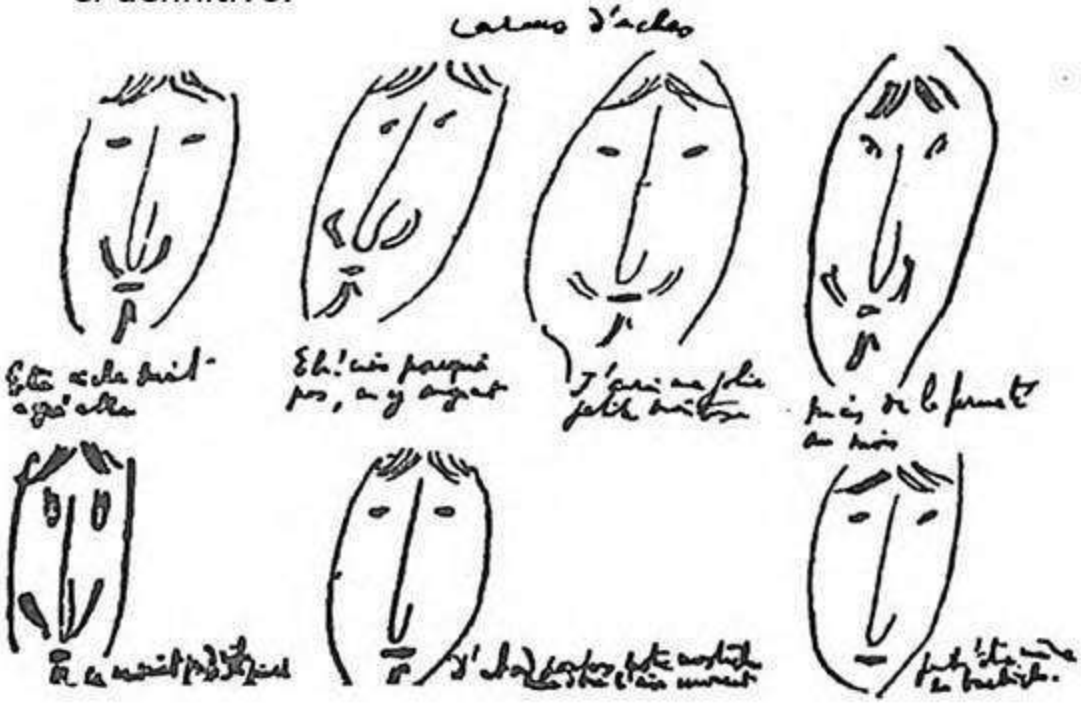
TOME I

DU CÔTÉ DE CHEZ SWANN

nrf

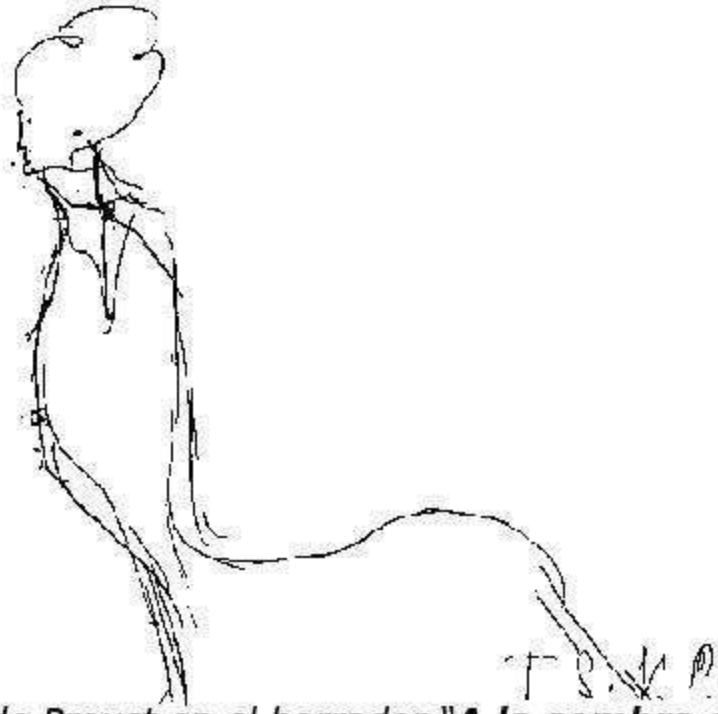
PARIS
ÉDITIONS DE LA
NOUVELLE REVUE FRANÇAISE
35 & 37, RUE MADAME

Portada de la reedición de Por la parte de Swann, en la Nouvelle Revue Française; anuncia también el plan de la obra completa, que no fue el definitivo.



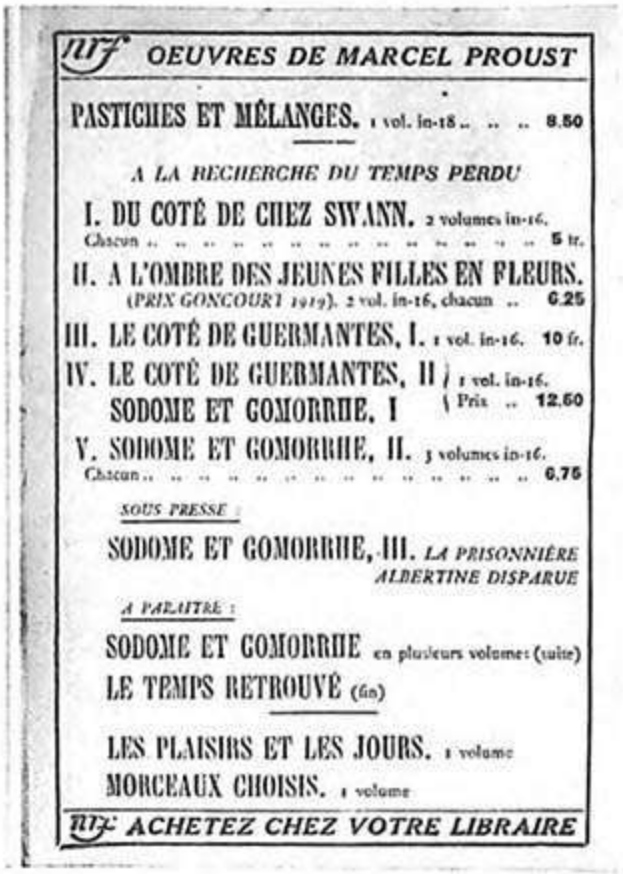
Dibujos de Proust, que los titula «Carans d'aches» y escribe al pie anotaciones y comentarios sobre los rasgos.

Céleste Albaret, ama de llaves de Proust,y autora de su libro de memoriasMonsieur Proust.



*Dibujo de Proust en el borrador "**A la sombra de las***

***muchachas en flor**" junto a las páginas dedicadas al teatro.*



NRF OEUVRES DE MARCEL PROUST

PASTICHES ET MÉLANGES. 1 vol. in-18 .. .. .. 8.50

A LA RECHERCHE DU TEMPS PERDU

I. DU COTÉ DE CHEZ SWANN. 2 volumes in-16. Chacun .. .. 5 fr.

II. A L'OMBRE DES JEUNES FILLES EN FLEURS. (*PRIX GONCOURT 1919*). 2 vol. in-16, chacun .. 6.25

III. LE COTÉ DE GUERMANTES, I. 1 vol. in-16. 10 fr.

IV. LE COTÉ DE GUERMANTES, II } 1 vol. in-16.
SODOME ET GOMORRHE, I } Prix .. 12.50

V. SODOME ET GOMORRHE, II. 3 volumes in-16. Chacun 6.75

SOUS PRESSE :

SODOME ET GOMORRHE, III. *LA PRISONNIÈRE ALBERTINE DISPARUE*

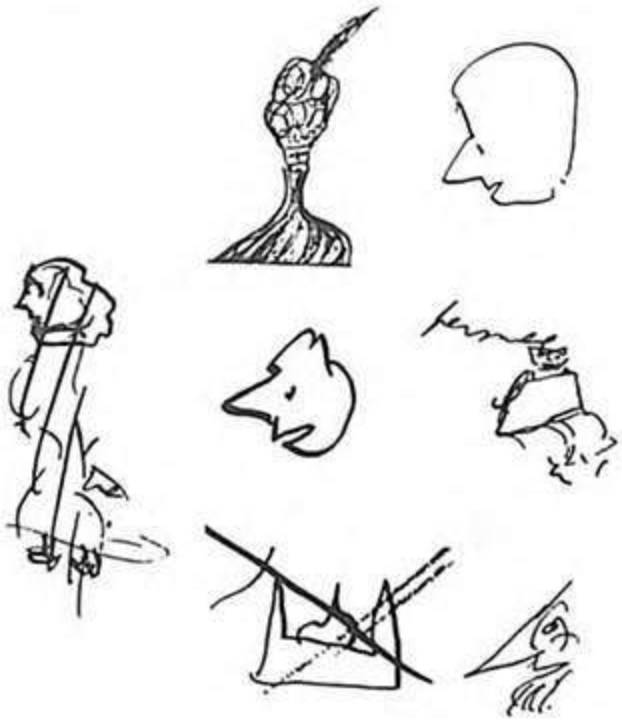
A PARAITRE :

SODOME ET GOMORRHE en plusieurs volumes (suite)
LE TEMPS RETROUVÉ (fin)

LES PLAISIRS ET LES JOURS. 1 volume
MORCEAUX CHOISIS. 1 volume

NRF ACHETEZ CHEZ VOTRE LIBRAIRE

Anuncio de las obras de Proust en la *Nouvelle Revue Française,* 1 de enero de 1923.



Dibujos de Proust de distintos personajes de su novela, repartidos por los cuadernos de *A la busca del tiempo perdido.*

Dibujo de Proust en los borradores de A la sombra muchachas en flor, en las páginas en que el Narrad expresa su temor a no poder ir a escuchar a la Be

Marcel Proust en 1921, a la salida de la exposición

Vermeer

POR LA PARTE DE SWANN

A MONSIEUR GASTON CALMETTE[1]
Como testimonio de profunda
y afectuosa gratitud

MARCEL PROUST

Primera parte

Combray

UNO

Me he acostado temprano, hace mucho. A veces, nada más apagada la vela, mis ojos se cerraban tan deprisa que no tenía tiempo de decirme: «Estoy durmiéndome». Y media hora después me despertaba la idea de que ya era hora de buscar el sueño: quería dejar el libro que aún creía tener en las manos y matar mi luz; no había dejado de reflexionar sobre lo que acababa de leer mientras dormía, pero esas reflexiones habían tomado un giro algo peculiar: me parecía ser yo mismo aquello de que hablaba la obra: una iglesia, un cuarteto, la rivalidad entre Francisco I y Carlos Quinto[2]. Esa creencia sobrevivía unos segundos a mi despertar: no chocaba a mi razón, pero pesaba como escamas sobre mis ojos y les impedía darse cuenta de que la vela ya no estaba encendida. Empezaba luego a volvérseme ininteligible, como los pensamientos de una existencia anterior después de la metempsícosis; el asunto del libro se desprendía de mí, y yo era libre de aplicarme o no a él; enseguida recuperaba la visión y quedaba atónito al encontrar en torno mío una oscuridad dulce y sosegada para mis ojos, aunque más todavía quizá para mi mente, a la que se presentaba como algo sin causa, incomprensible, como algo verdaderamente oscuro. Me preguntaba qué hora podía ser; oía el pitido de los trenes que, más o menos lejano, como el canto de un pájaro en un bosque, determinando las distancias, me describía la extensión del campo desierto donde el viajero se apresura hacia la estación cercana; y el sendero que sigue ha de quedar grabado en su recuerdo por la excitación que debe a unos lugares nuevos, a unos hechos insólitos, a la reciente charla y la despedida bajo la lámpara extraña que todavía le siguen en el silencio de la noche, a la dulzura próxima del regreso.

Apoyaba delicadamente mis mejillas contra las hermosas mejillas de la almohada que, llenas y frescas, son como las mejillas de nuestra infancia. Rascaba una cerilla para mirar el reloj. Pronto sería medianoche. Ése es el instante en que el enfermo que se ha visto

obligado a salir de viaje y ha debido acostarse en un hotel desconocido, despertado por una crisis, se alegra al vislumbrar bajo la puerta una raya de luz. ¡Qué gozo, ya es de día! Dentro de un momento los criados se habrán levantado, podrá llamar, vendrán a traerle ayuda. La esperanza de ser socorrido le da valor para sufrir. Precisamente ha creído oír pasos; los pasos se acercan, luego se alejan. Y la raya de luz que había debajo de su puerta ha desaparecido. Es medianoche: acaban de apagar el gas; el último criado se ha ido y habrá que permanecer toda la noche sufriendo sin remedio.

Volvía a dormirme, y a veces sólo me despertaba un breve instante, el tiempo de oír los crujidos orgánicos de las tablas, de abrir los ojos para mirar el caleidoscopio de la oscuridad, de saborear gracias a un vislumbre momentáneo de conciencia el sueño en que estaban sumidos los muebles, el cuarto, el todo aquél del que yo sólo era una pequeña parte y a cuya insensibilidad volvía a unirme de inmediato. O bien mientras dormía había alcanzado sin esfuerzo una época por siempre pasada de mi vida primitiva, había encontrado alguno de mis terrores infantiles, como el que mi tío abuelo me tirase de los rizos, y que se había disipado el día —inicio para mí de una era nueva— en que me los cortaron. Durante el sueño había olvidado ese acontecimiento, cuyo recuerdo recobraba nada más despertarme para escapar de las manos de mi tío abuelo, pero, como medida de precaución, envolvía por entero la cabeza con la almohada antes de regresar al mundo de los sueños.

Algunas veces, lo mismo que Eva nació de una costilla de Adán, una mujer nacía durante mi sueño de una falsa postura de mi muslo. Nacida del placer que yo estaba a punto de gozar, imaginaba que era ella quien me lo ofrecía. Mi cuerpo, que sentía en el suyo mi propio calor, quería unirse a él, y me despertaba. El resto de los humanos me parecía muy lejano comparado con aquella mujer a la que hacía apenas unos instantes había abandonado: todavía guardaba mi mejilla el calor de su beso, mi cuerpo seguía derrengado por el peso de su talle. Si, como a veces ocurría, tenía los rasgos de una mujer que yo había conocido en la vida, iba a entregarme por completo a un único fin: encontrarla, como esos que parten de viaje para ver con sus

propios ojos una ciudad deseada y se figuran que pueden disfrutar en una realidad el hechizo de lo soñado. Poco a poco iba desvaneciéndose su recuerdo, y yo olvidaba a la muchacha de mi sueño.

Un hombre que duerme tiene en círculo a su alrededor el hilo de las horas, el orden de los años y los mundos. Al despertar los consulta por instinto y en un segundo lee en ellos el punto de la tierra que ocupa, el tiempo que ha transcurrido hasta su despertar; pero sus rangos pueden confundirse, romperse. Si hacia el amanecer, tras un insomnio, el sueño lo coge mientras lee en una postura demasiado distinta de aquélla en que duerme habitualmente, basta su brazo levantado para detener y hacer retroceder el sol[3], y en el primer minuto de su despertar no sabrá siquiera la hora, pensará que acaba de acostarse apenas. Y si se adormila en una postura todavía más irregular y divergente, sentado, por ejemplo, después de la cena en un sillón, será completa entonces la conmoción en los mundos salidos de sus órbitas, el sillón mágico le hará viajar a toda velocidad en el tiempo y el espacio, y en el instante de abrir los párpados creerá haberse acostado varios meses antes en otra región. Pero bastaba que, en mi cama misma, mi sueño fuese profundo y sosegase por completo mi espíritu; entonces éste abandonaba el plano del lugar en que me había dormido, y cuando despertaba en mitad de la noche, por ignorar dónde me encontraba, en un primer momento no sabía siquiera ni quién era; sólo tenía, en su simplicidad primaria, la sensación de la existencia como puede temblar en el fondo de un animal; me encontraba más desnudo que el hombre de las cavernas; pero entonces el recuerdo —aún no del lugar en que me hallaba, sino de algunos sitios donde había vivido y donde habría podido estar— venía como una ayuda a mí desde lo alto para sacarme de la nada de la que nunca hubiera podido salir solo; en un segundo pasaba por encima de siglos de civilización, y las imágenes confusamente vislumbradas de lámparas de petróleo, luego de camisas de cuello vuelto, iban recomponiendo poco a poco los rasgos originales de mi yo.

Acaso la inmovilidad de las cosas que nos rodean venga impuesta por nuestra certeza de que son ellas y no otras, por la inmovilidad de nuestro pensamiento frente a ellas. Lo cierto es que, cuando despertaba así, con mi espíritu agitándose para intentar saber, sin conseguirlo, dónde estaba, todo daba vueltas a mi alrededor en la oscuridad, las cosas, los países y los años. Demasiado embotado para moverse, mi cuerpo trataba de determinar, con arreglo a la forma de su fatiga, la posición de sus miembros para deducir por ella la dirección de la pared y la ubicación de los muebles, para reconstruir y dar nombre a la morada en que se encontraba. Su memoria, la memoria de sus costillas, de sus rodillas, de sus hombros, le ofrecía una tras otra varias alcobas donde había dormido, mientras a su alrededor las invisibles paredes, cambiando de sitio según la forma de la habitación imaginada, se arremolinaban en las tinieblas. Y antes incluso de que mi pensamiento, que vacilaba en el umbral de los tiempos y las formas, hubiese identificado la casa cotejando sus circunstancias, él —mi cuerpo— iba recordando para cada una el tipo de cama, el sitio de las puertas, la orientación de las ventanas, la existencia de un pasillo, junto con la idea que de ellos me hacía al dormirme y que encontraba de nuevo al despertar. Intentando adivinar su orientación, mi costado anquilosado se imaginaba, por ejemplo, tumbado de cara a la pared en un gran lecho con baldaquino, y al punto me decía: «Vaya, he terminado durmiéndome aunque no haya venido mamá a darme las buenas noches», y es que estaba en el campo, en casa de mi abuelo, muerto hacía años; y mi cuerpo y el costado sobre el que descansaba, fieles guardianes de un pasado que mi espíritu nunca habría debido olvidar, me recordaban la llama de la lamparilla de cristal de Bohemia en forma de urna, suspendida del techo por unas cadenetas, la chimenea de mármol de Siena en mi dormitorio de Combray de casa de mis abuelos, en días lejanos que en ese momento se me antojaban actuales sin imaginármelos exactamente y que habría de ver mucho mejor luego, cuando despertara del todo.

Más tarde renacía el recuerdo de una nueva postura; la pared pasaba volando en otra dirección: me encontraba en mi cuarto de la casa de Mme. de Saint-Loup, en el campo: ¡Dios mío, son por lo

menos las diez, deben de haber acabado de cenar! Habré prolongado demasiado la siesta que me echo todas las tardes, cuando vuelvo de pasear con Mme. de Saint-Loup, antes de ponerme el frac. Porque han pasado muchos años desde Combray, cuando, en nuestros regresos a casa más tardíos, eran los reflejos rojos del poniente lo que veía en la vidriera de mi ventana. Es distinta la clase de vida que se hace en Tansonville, en casa de Mme. de Saint-Loup, y otra la clase de placer que siento al salir únicamente de noche, y seguir a la luz de la luna aquellos senderos donde en otro tiempo jugaba al sol; y el cuarto donde me habré adormilado en lugar de vestirme para la cena, lo vislumbro de lejos, cuando volvemos a casa, traspasado por las luces de la lámpara, único faro en la noche.

Estas evocaciones vertiginosas y confusas nunca duraban más allá de unos segundos; a menudo, esa breve incertidumbre del lugar en que me hallaba no distinguía unas de otras las diversas superposiciones de que estaba hecha, del mismo modo que, cuando vemos un caballo correr, no aislamos las sucesivas posturas que el cinetoscopio[4] nos muestra. Pero unas veces unos y otras otros, había vuelto a ver los cuartos donde me había alojado a lo largo de mi vida, y terminaba recordándolos todos en los largos ensueños que seguían a mi despertar; cuartos de invierno donde, cuando estamos acostados, arrebujamos la cabeza en un nido que tejemos con las cosas más dispares: una punta de la almohada, el embozo de las mantas, el pico de un mantón, el borde de la cama y un número de los Débats Roses[5], que uno acaba cimentando juntas siguiendo la técnica de los pájaros, que se apoyan un número infinito de veces en ellas; donde el placer que se disfruta en tiempo glacial es sentirse aislado del exterior (como la golondrina de mar, que tiene su nido en el fondo de un subterráneo en medio del calor de la tierra), y donde, mantenido el fuego en la chimenea toda la noche, nos dormimos dentro de un gran manto de aire cálido y humoso, cruzado por los resplandores de los tizones reavivados, especie de impalpable alcoba, de cálida caverna excavada en el seno del cuarto mismo, zona ardiente y móvil en sus contornos térmicos, aireada por soplos que nos refrescan la cara y que proceden de los rincones, de las partes contiguas a la ventana o

distantes del hogar que se han enfriado; cuartos de verano donde agrada estar unidos a la noche tibia, donde el claro de luna apoyado en los postigos entreabiertos lanza hasta el pie de la cama su escala encantada, donde dormimos casi al aire libre, como el paro mecido por la brisa en el lomo de un surco; a veces el cuarto estilo Luis XVI, tan alegre que, en él, ni siquiera la primera noche me sentía demasiado desgraciado y donde las columnillas que sostenían ligeramente el techo se apartaban con tanta gracia para mostrar y celar el espacio del lecho; —otras veces, por el contrario, aquel cuarto, pequeño y de techo tan alto, excavado en forma de pirámide hasta una altura de dos pisos y revestido en parte de caoba, donde desde el primer segundo quedé moralmente envenenado por la fragancia desconocida del vetiver, convencido de la hostilidad de las cortinas moradas y de la insolente indiferencia del reloj de péndulo que parloteaba en voz alta como si no estuviese yo allí; donde un extraño y despiadado espejo de patas cuadradas, cerrando oblicuamente uno de los ángulos del cuarto, se hundía en vivo en la dulce plenitud de mi campo visual habituado a un emplazamiento no previsto; donde mi pensamiento, después de luchar horas y horas por dislocarse, por estirarse hacia lo alto para adoptar exactamente la forma de la habitación y llegar a colmar hasta arriba su gigantesco embudo, había soportado noches muy duras, mientras yo permanecía echado en la cama, con los ojos abiertos, ansioso el oído, reacia la nariz y palpitante el corazón; hasta que el hábito cambió el color de las cortinas, acalló el péndulo, enseñó piedad al espejo oblicuo y cruel, disimuló, si no expulsó del todo, la fragancia del vetiver y menguó notablemente la altura aparente del techo. ¡El hábito! Hábil aposentador aunque lentísimo, que empieza por dejar sufrir a nuestro espíritu semana tras semana en una instalación provisional; pero que, pese a todo, llena de dicha el espíritu cuando lo encuentra, porque sin el hábito, y reducido a sus solos medios, sería incapaz de hacernos habitable una morada.

Ahora, desde luego, estaba bien despierto, mi cuerpo se había dado la vuelta una vez más y el buen ángel de la certidumbre había detenido todo a mi alrededor, me había acostado debajo de mis mantas, en mi cuarto, y en la oscuridad había colocado más o menos

en su sitio mi cómoda, mi escritorio, mi chimenea, la ventana que daba a la calle y las dos puertas. Pero, por más que supiese que no me hallaba en las casas por cuya imagen nítida la ignorancia del despertar me había en un instante, si no presentado, al menos hecho creer en su posible presencia, mi memoria ya se había puesto en movimiento; por regla general no intentaba volver a dormirme enseguida: pasaba la mayor parte de la noche recordando nuestra vida de antaño, en Combray, en casa de mi tía abuela, en Balbec, en París, en Donciéres, en Venecia y en otras partes, recordando los lugares, las personas que allí había conocido, todo lo que de ellas había visto y me habían contado.

En Combray, todos los días desde el final de la tarde, mucho antes del momento en que tendría que meterme en la cama y permanecer, sin dormir, lejos de mi madre y de la abuela, mi alcoba se convertía en el punto fijo y doliente de mis preocupaciones. Para distraerme las noches en que me veían un aire demasiado desdichado, se les había ocurrido darme una linterna mágica; por eso, mientras aguardábamos la hora de cenar, cubrían mi lámpara, que, al modo de los primeros arquitectos y maestros vidrieros de la edad gótica, sustituía la opacidad de las paredes por irisaciones impalpables, por sobrenaturales apariciones multicolores donde se pintaban leyendas como en una vidriera vacilante y momentánea. Mas mi tristeza no hacía sino aumentar, porque bastaba el cambio de iluminación para destruir el hábito que yo tenía de mi cuarto, gracias al cual, salvo el suplicio de acostarme, se me había vuelto soportable. Ahora no lo reconocía y en él me sentía inquieto como en un cuarto de hotel o de «chalet», al que hubiese llegado por vez primera tras apearme de un tren.

Al paso brusco de su caballo, Golo, imbuido de un atroz designio, salía del bosquecillo triangular que aterciopelaba de un verde sombrío la falda de una colina, y avanzaba a trancos hacia el castillo de la pobre Genoveva de Brabante[6]. El perfil de ese castillo se recortaba siguiendo una línea curva que no era sino el extremo de uno de los óvalos de vidrio dispuestos en el bastidor que se introducía entre las guías de la linterna. No era más que un lienzo de castillo y delante se

extendía una landa donde estaba Genoveva, pensativa y con un ceñidor azul. El castillo y la landa eran amarillos, y yo no había esperado a verlos para saber su color porque, antes que los cristales del bastidor, me lo había mostrado con toda nitidez la sonoridad mordorée[7] del nombre de Brabante. Golo se detenía un instante para escuchar entristecido la perorata que leía en voz alta mi tía abuela y que él parecía comprender perfectamente, ajustando su actitud, con una docilidad no exenta de cierto empaque majestuoso, a las indicaciones del texto; luego se alejaba con el mismo paso brusco. Y no había nada que pudiese detener su lenta cabalgada. Si movían la linterna, yo veía al caballo de Golo seguir avanzando sobre las cortinas de la ventana, abombándose sus pliegues en el lomo y menguando en las entradas. El cuerpo mismo de Golo, de una esencia tan sobrenatural como el de su montura, se adaptaba a cualquier obstáculo material, a cualquier objeto embarazoso que hallase tomándolo como esqueleto y asumiéndolo, aunque fuese el pomo de la puerta al que se adaptaba enseguida y sobre el que flotaban invenciblemente su rojo vestido o su rostro pálido, siempre igual de noble y melancólico, sin que dejara traslucir el mínimo trastorno por aquella transverberación.

Encontraba, desde luego, cierta fascinación en aquellas brillantes proyecciones que parecían emanar de un pasado merovingio y paseaban a mi alrededor reflejos de historia tan antiguos. Pero me sería imposible decir el malestar que sin embargo me causaba esa intrusión del misterio y la belleza en un cuarto que había terminado por llenar con mi yo hasta el punto de no prestar más atención a una que a otro. Una vez que cesaba la influencia anestésica del hábito, me ponía a pensar y a sentir, cosas ambas tan tristes. Aquel pomo de la puerta de mi cuarto, que para mí se diferenciaba de todos los demás pomos de puerta del mundo porque parecía girar completamente solo, sin que yo tuviese necesidad de girarlo —tan inconsciente había llegado a serme su manejo—, resulta que ahora servía de cuerpo astral a Golo. Y cuando la campanilla llamaba para la cena, me apresuraba a correr al comedor donde la gruesa lámpara de suspensión, que nada sabía de Golo ni de Barba Azul, y que conocía a mis padres y el buey

a la cacerola, daba su luz de todas las noches; y a caer en brazos de mamá, a quien las desgracias de Genoveva de Brabante me volvían más querida, mientras las fechorías de Golo me impulsaban a examinar con mayores escrúpulos mi propia conciencia.

Después de la cena, por desgracia, estaba obligado a separarme de mamá, que se quedaba hablando con los otros, en el jardín si el tiempo era bueno, en el saloncito adonde todo el mundo se retiraba si hacía malo. Todo el mundo, menos la abuela, para quien «en el campo, quedarse encerrado es una lástima», y que tenía continuas discusiones con mi padre, los días en que llovía demasiado, porque me mandaba a leer a mi cuarto en vez de permitir que me quedase fuera. «No es así como se volverá enérgico y robusto, decía en tono triste, y menos este niño que tanta necesidad tiene de ganar fuerzas y voluntad». Mi padre se encogía de hombros y escrutaba el barómetro, porque le gustaba la meteorología, mientras mi madre, evitando hacer ruido para no molestarle, lo miraba con un respeto enternecido, pero sin demasiada fijeza para no tratar de penetrar el misterio de sus superioridades. Mientras que a mi abuela, en todo tiempo, incluso cuando la lluvia hacía estragos y Françoise había metido corriendo los preciosos sillones de mimbre por miedo a que se mojasen, se la veía en el jardín desierto y azotado por el chaparrón, levantándose los mechones desordenados y grises para que la frente empapase mejor la salubridad del viento y de la lluvia. «¡Por fin podemos respirar!», decía, y recorría las mojadas alamedas —alineadas con una simetría excesiva, para su gusto, por el nuevo jardinero, carente del sentimiento de la naturaleza, y a quien mi padre había preguntado por la mañana si el tiempo se arreglaría— con su pasito entusiasta y brusco, regulado por los diversos impulsos que en su alma excitaban la ebriedad de la tormenta, la potencia de la higiene, la estupidez de mi educación y la simetría de los jardines, antes que por el deseo, para ella desconocido, de evitar a su falda color ciruela las manchas de barro que terminaban cubriéndola hasta una altura que para su doncella se convertía en desesperación y en un problema.

Si esas vueltas al jardín de mi abuela ocurrían después de la cena, sólo una cosa era capaz de hacerla entrar en casa: era —en uno de los momentos en que la revolución de su paseo la traía periódicamente,

como a un insecto, frente a las luces del saloncito donde acababan de servirse los licores en la mesa de juego— cuando mi tía abuela le gritaba: «¡Bathilde[8]! ¡Ven a decirle a tu marido que no beba coñac!». En efecto, para hacerla rabiar (había aportado a la familia de mi padre un espíritu tan distinto que todo el mundo le gastaba bromas y la atormentaba), como al abuelo le estaban prohibidos los licores, mi tía abuela le inducía a beber unas gotas. La pobre abuela entraba corriendo a suplicar ardientemente a su marido que no probara el coñac; él se enfadaba, bebía de todos modos un trago, y la abuela volvía a irse, triste, desanimada y sin embargo risueña, porque era tan humilde de corazón y tan dulce que su ternura con los demás y el poco caso que hacía de su propia persona y de sus sufrimientos se conciliaban en su mirada en una sonrisa donde, contrariamente a lo que se ve en la cara de tantos seres humanos, sólo había ironía hacia ella misma, y para todos nosotros una especie de beso de sus ojos que no podían ver a los que amaba sin acariciarlos apasionadamente con la mirada. Ese suplicio que le infligía mi tía abuela, el espectáculo de los vanos ruegos de la abuela y de su debilidad, vencida de antemano, tratando inútilmente de quitar al abuelo el vaso de licor, era una de esas cosas a cuya vista uno se habitúa más tarde, hasta el punto de considerarlas riendo y de ponerse de parte del perseguidor con resolución y alegría suficientes para convencerse a sí mismo de que no se trata de una persecución; en aquel entonces me inspiraban tal horror que habría deseado pegar a mi tía abuela. Mas en cuanto oía: «¡Bathilde! ¡Ven a decirle a tu marido que no beba coñac!», hombre ya por la cobardía, hacía lo que todos hacemos, una vez que somos mayores, cuando delante de nosotros hay sufrimientos e injusticias: me negaba a verlos; subía a sollozar a lo más alto de la casa, junto a la sala de estudio, debajo del tejado, en un cuartito que olía a lirios y que también perfumaba un grosellero silvestre que crecía fuera, entre las piedras del muro, y que pasaba una rama florida por la ventana entreabierta. Destinada a un uso más específico y más vulgar, esa habitación, desde donde de día se veía hasta el torreón de Roussainville-le-Pin, me sirvió mucho tiempo de refugio, sin duda porque era la única que me estaba permitida cerrar con llave, para

todas aquellas ocupaciones que me exigían una soledad inviolable: la lectura, la ensoñación, las lágrimas y el placer. ¡Ay!, ignoraba que mi falta de voluntad, mi salud delicada, y la incertidumbre que proyectaban sobre mi futuro entristecían más a la abuela que los leves descarríos del régimen de su marido, durante su incesante deambular de la tarde y de la noche, cuando se veía pasar una y otra vez, oblicuamente alzado hacia el cielo, su hermoso rostro de mejillas morenas y arrugadas, vueltas con el paso de los años casi malvas como los campos arados en otoño, cruzadas, si salía, por un velo recogido a medias, y en las que siempre estaba a punto de secarse una involuntaria lágrima puesta allí por el frío o algún pensamiento de tristeza.

Mi único consuelo, cuando subía a acostarme, era que mamá vendría a darme un beso una vez que estuviese metido en la cama. Pero esa despedida duraba tan poco, y volvía a bajar ella tan deprisa, que el momento en que la oía subir, y en que luego, por el corredor de doble puerta, avanzaba el ligero rumor de su vestido de jardín de muselina azul del que colgaban unos cordoncillos de paja trenzada, era para mí un momento doloroso. Anunciaba el que había de seguirle, cuando me habría abandonado, cuando habría vuelto a bajar. De modo que llegaba a desear que aquellas buenas noches que tanto amaba viniesen lo más tarde posible, para que se prolongara el tiempo de tregua en que mamá aún no había venido. A veces, cuando después de haberme dado un beso abría la puerta para irse, deseaba llamarla, decirle «dame otro beso», mas yo sabía que al instante pondría cara de enfado, porque la concesión que hacía a mi tristeza y a mi agitación subiendo a besarme, trayéndome aquel beso de paz, irritaba a mi padre, que consideraba absurdos aquellos ritos, y a ella le hubiese gustado tratar de hacerme perder su necesidad, su hábito, en vez de dejarme adoptar el de pedirle, cuando ya estaba en el umbral de la puerta, un beso más. Y verla enfadada destruía toda la calma que un momento antes me había aportado, cuando, inclinando hacia mi cama su rostro cariñoso, me lo había tendido como una hostia para una comunión de paz de la que mis labios sacarían su presencia real y el poder para dormirme. Pero aquellas noches en que mamá, en suma, se quedaba tan poco en mi cuarto, eran dulces todavía en

comparación con aquellas otras en que había gente a cenar y en que, por ese motivo, no subía a darme las buenas noches. La gente solía limitarse a M. Swann, quien, salvo algunos extraños de paso, era casi la única persona que venía a casa en Combray, unas veces para cenar como vecino (con mucha menor frecuencia desde que había hecho aquella mala boda, pues mis padres no querían recibir a su mujer), otras después de la cena, de improviso. Las noches en que, sentados delante de la casa bajo el gran castaño, en torno a la mesa de hierro, oíamos al fondo del jardín no el cascabel abundante y chillón que rociaba, que aturdía al pasar con su ruido ferruginoso, inagotable y helado a toda persona de la casa que lo ponía en movimiento entrando «sin llamar», sino el doble tintineo tímido, oval y dorado de la campanilla para extraños, todo el mundo se preguntaba inmediatamente: «Una visita, ¿quién puede ser?», pero sabíamos de sobra que sólo podía ser M. Swann; la tía abuela, hablando en voz alta, para predicar con el ejemplo, en un tono que se esforzaba por volver natural, decía que no cuchicheásemos de aquel modo; que no hay nada más descortés para una persona que llega, y a quien eso hace pensar que estaban diciéndose cosas que ella no debe oír; y enviaban en descubierta a la abuela, siempre feliz de tener un pretexto para dar otra vuelta al jardín, y que aprovechaba para arrancar a escondidas, al pasar, algunos rodrigones de rosal, a fin de devolver a las rosas un poco de naturaleza, como una madre que, para ahuecarlos, pasa la mano por los cabellos del hijo, que el peluquero ha aplastado demasiado.

Todos quedábamos pendientes de las noticias que la abuela iba a traernos del enemigo, como si hubiéramos podido dudar entre un gran número de posible asaltantes, y enseguida mi abuelo decía: «Reconozco la voz de Swann». De hecho sólo se le reconocía por la voz, se distinguía mal su rostro de nariz aguileña, de ojos verdes bajo una alta frente rodeada por unos cabellos rubios, casi pelirrojos, peinados a lo Bressant[9], porque manteníamos la mínima luz posible en el jardín para no atraer a los mosquitos, y yo iba, como quien no quiere la cosa, a decir que trajesen los refrescos; la abuela daba mucha importancia, porque le parecía más cortés, al hecho de que no

pareciesen algo excepcional, y sólo para visitas. Aunque mucho más joven, M. Swann mantenía estrechas relaciones con mi abuelo, que había sido uno de los mejores amigos de su padre, hombre excelente aunque raro; al parecer, cualquier nadería bastaba para interrumpir los impulsos del corazón y desviar el curso de su pensamiento. Varias veces al año oía contar a mi abuelo, en la mesa, anécdotas, siempre las mismas, del comportamiento que había tenido el señor Swann padre en la muerte de su esposa, a la que había velado día y noche. El abuelo, que había estado mucho tiempo sin verle, había acudido a su lado, a la finca que los Swann poseían en los alrededores de Combray, y había conseguido, evitando que asistiese a la introducción del cadáver en el ataúd, hacerle abandonar por un momento, arrasado en lágrimas, la cámara mortuoria. Dieron unos pasos por el parque, donde había un poco de sol. De pronto, M. Swann había exclamado cogiendo a mi abuelo del brazo: «¡Ay, viejo amigo, qué gusto pasear juntos con este tiempo tan bueno! ¿No le parece una delicia, con todos estos árboles, esos espinos y mi estanque, por el que todavía no me ha felicitado? Me parece usted un tanto mustio. ¿Siente esta ligera brisa? ¡Ah, digan lo que digan, la vida también tiene cosas buenas, querido Amédée!». Bruscamente lo asaltó el recuerdo de su mujer muerta, y pareciéndole sin duda demasiado complicado tratar de saber cómo había podido dejarse llevar, en un momento así, por un impulso de alegría, se limitó, con gesto familiar en él siempre que una cuestión ardua se presentaba a su mente, a pasarse la mano por la frente, secarse los ojos y los cristales de los quevedos. Sin embargo, no logró consolarse de la muerte de su mujer, y durante los dos años que la sobrevivió le decía a mi abuelo: «Es raro, pienso con frecuencia en mi pobre esposa, pero no puedo pensar mucho en ella cada vez». «Con frecuencia, pero poco cada vez, como el pobre Swann padre», se había convertido en una de las frases favoritas de mi abuelo, que la pronunciaba en las situaciones más diversas. Y ese padre de Swann me habría parecido un monstruo si mi abuelo, a quien yo consideraba el mejor de los jueces y cuyo fallo, que para mí sentaba jurisprudencia, a menudo me ha servido luego para absolver faltas que me habría sentido inclinado a condenar, no hubiera protestado: «Pero ¿qué dice? ¡Si era un corazón de oro!».

Aunque durante muchos años, sobre todo antes de su boda, M. Swann hijo los visitó a menudo en Combray, la tía abuela y mis abuelos nunca sospecharon que ya no vivía en el grupo social que su familia había frecuentado, ni que, bajo la especie de incógnito que en nuestra casa le aseguraba ese apellido de Swann, albergaban —con la absoluta inocencia de honrados posaderos que dan alojamiento, sin saberlo, a un célebre bandido— a uno de los miembros más elegantes del Jockey Club[10], amigo predilecto del conde de París[11] y del príncipe de Gales, a uno de los hombres más mimados por la alta sociedad del faubourg Saint-Germain.

La ignorancia en que estábamos de esa brillante vida mundana que Swann llevaba se debía evidentemente en parte a la reserva y discreción de su carácter, pero también al hecho de que los burgueses de entonces se hacían de la sociedad una idea algo hindú y la consideraban compuesta por castas cerradas donde todos y cada uno se encontraban situados, desde su nacimiento, en el mismo rango que ocupaban sus padres, y de donde nada, salvo los azares de una carrera excepcional o de un inesperado matrimonio, podía sacarlos para introducirlos en una casta superior. El señor Swann padre era agente de cambio; el «chico Swann» tendría que formar parte para toda la vida de una casta en la que las fortunas, como en una categoría de contribuyentes, variaban entre tal y cual renta. Se sabía cuáles habían sido las relaciones de su padre, por tanto se sabía cuáles eran las suyas, a qué personas estaba «en situación» de frecuentar. Si conocía otras, eran relaciones de juventud sobre las que los viejos amigos de su familia, como lo eran mis padres, cerraban los ojos, con mayor indulgencia sobre todo porque, desde que se quedó huérfano, seguía acudiendo a vernos con toda fidelidad; pero podía apostarse que las personas a las que frecuentaba y que nosotros no conocíamos eran de ésas que no se habría atrevido a saludar si, estando con nosotros, se las hubiera encontrado. Si alguien hubiese querido a toda costa aplicar a Swann un coeficiente social que lo distinguiese entre los demás hijos de agentes de cambio en situación igual a la de sus padres, ese coeficiente hubiera sido algo inferior en su caso porque, muy sencillo de modales y desde siempre algo

«chiflado» por los objetos antiguos y la pintura, ahora habitaba un viejo palacete donde amontonaba sus colecciones, que la abuela soñaba con visitar; pero estaba en el Quai d'Orléans[12], y vivir en ese barrio era, según mi tía abuela, algo infamante. «Pero ¿entiende usted de esas cosas? Se lo pregunto por su propio interés, porque me da la impresión de que los marchantes deben de colocarle muchos mamarrachos», le decía la tía abuela: en realidad, no le suponía ninguna competencia ni tenía una opinión elevada, ni siquiera desde el punto de vista intelectual, de un hombre que en la conversación evitaba los temas serios y mostraba una precisión harto prosaica no sólo cuando nos daba, entrando en los menores detalles, recetas de cocina, sino incluso cuando las hermanas de la tía abuela hablaban de temas artísticos. Incitado por éstas a dar su opinión, a expresar su admiración por un cuadro, guardaba un silencio casi desatento, desquitándose en cambio cuando podía proporcionar sobre el museo en que se encontraba, sobre la fecha en que se había pintado, una indicación de carácter material. Pero de ordinario se limitaba a tratar de divertirnos contando cada vez una historia nueva que acababa de ocurrirle con personas elegidas entre nuestros conocidos, con el farmacéutico de Combray, con nuestra cocinera, con nuestro cochero. Esos relatos hacían reír desde luego a la tía abuela, pero sin que acertase a descubrir si era por el ridículo papel que invariablemente Swann se adjudicaba en ellos o por el ingenio que ponía en contarlos: «De veras, señor Swann, es usted un auténtico carácter». Como ella era la única persona algo vulgar de nuestra familia, no dejaba de advertir a los extraños, cuando se hablaba de Swann, que, de haber querido, habría podido vivir en el bulevar Haussmann[13] o en la avenida de la Ópera, que el señor Swann padre debía de haberle dejado cuatro o cinco millones, y que todo aquello era cosa únicamente de su «fantasía». Fantasía que, por lo demás, a ella le parecía tan divertida para los otros que, en París, cuando el señor Swann acudía el 1 de enero a llevarle su bolsita de marrons glacés, no dejaba de decirle si había gente: «Y bien, señor Swann, ¿sigue viviendo usted junto al Depósito de vinos[14], para estar seguro de no perder el tren cuando tiene que ir a Lyon?». Y con el rabillo del ojo,

por encima de sus lentes, miraba a las demás visitas.

Pero si a la tía abuela le hubiesen dicho que aquel Swann, perfectamente «cualificado», en su calidad de hijo de Swann, para ser recibido por toda la «buena burguesía», por los notarios o los abogados más estimados de París (privilegio que, en cierto modo, él parecía descuidar), llevaba, como a escondidas, una vida completamente distinta; que, al salir de nuestra casa, en París, tras decirnos que regresaba a la suya para acostarse, volvía sobre sus pasos nada más doblar la calle y se dirigía a cierto salón que nunca contemplaron los ojos de ningún agente o socio de agente, a mi tía le hubiera parecido tan extraordinario como pudiera haberlo sido para una dama más culta la idea de mantener relaciones personales con Aristeo sabiendo que éste, después de estar hablando con ella, corría a hundirse en la profundidad de los reinos de Tetis[15], en un imperio sustraído a los ojos de los mortales donde Virgilio nos lo describe recibido con los brazos abiertos; o —para ceñirnos a una imagen con más probabilidades de ocurrírsele, por haberla visto pintada en nuestros platitos para dulces de Combray— haber tenido a cenar a Alí Babá, quien, cuando se sepa solo, penetrará en la caverna deslumbrante de tesoros insospechados.

Un día que había venido a vernos en París, después de cenar, excusándose por ir de frac, cuando se marchó Françoise nos dijo que, según el cochero, había cenado «en casa de una princesa», —«¡Sí, en casa de una princesa de vida alegre!», había respondido con irónica calma la tía, encogiéndose de hombros y sin levantar los ojos de su labor.

En realidad, mi tía abuela lo trataba de un modo impertinente. Convencida de que nuestras invitaciones debían halagarlo, le parecía completamente natural que no viniese a vernos en verano sin traer en la mano un cestito de albaricoques o de frambuesas de su huerto, y que de cada uno de sus viajes a Italia me trajera fotografías de obras maestras del arte.

No sentían el menor escrúpulo por mandar a buscarlo cuando necesitaban una receta de salsa gribiche[16] o de ensalada de pifia para alguna cena importante a la que no se le invitaba, por no

encontrar en él prestigio suficiente que aprovechar ante extraños que acudían por primera vez. Si la conversación recaía sobre los príncipes de la Casa de Francia: «gentes que ni usted ni yo conoceremos nunca, ni falta que nos hace, ¿verdad?», decía mi tía abuela a Swann, quien acaso tenía en su bolsillo una carta de Twickenham[17]; le hacía correr el piano y volver las hojas las noches en que la hermana de mi tía abuela cantaba, empleando, para manejar a aquella criatura tan apreciada en otras partes, la ingenua brusquedad de un niño que juega con una chuchería de colección sin más precauciones que con un objeto barato. A buen seguro, el Swann que conocieron en esa misma época tantos clubmen era muy distinto de aquél que creaba la tía abuela cuando por la noche, en el jardincillo de Combray, después de que sonaran los dos vacilantes tintineos de la campanilla, inyectaba y vivificaba con todo lo que sabía sobre la familia Swann al oscuro e incierto personaje que se destacaba, seguido por la abuela, sobre un fondo de tinieblas, y al que se reconocía por la voz. Pero ni siquiera desde el punto de vista de las cosas más insignificantes de la vida somos un todo materialmente constituido, idéntico para todo el mundo, y de quien basta a cualquiera con ir a informarse como si se tratara de un pliego de condiciones o de un testamento; nuestra personalidad social es una creación del pensamiento de los demás. Hasta el acto tan simple que denominamos «ver a una persona que conocemos» es en parte un acto intelectual. Llenamos la apariencia física de la persona que vemos con todas las nociones que tenemos sobre ella, y en la imagen total que nos hacemos esas nociones ocupan desde luego la mayor parte. Terminan por hinchar de forma tan perfecta las mejillas, por seguir con una adherencia tan cabal la línea de la nariz, se empeñan con tanta eficacia en matizar tan bien la sonoridad de la voz como si ésta sólo fuera una envoltura transparente, que, siempre que vemos ese rostro y oímos esa voz, son esas nociones lo que encontramos, lo que escuchamos. Sin duda, en el Swann construido por mis padres habían omitido, por ignorancia, incluir una multitud de particularidades de su vida mundana que eran causa de que otras personas, cuando se encontraban en su presencia, vieran la elegancia reinar en su rostro y detenerse en su nariz aguileña

como en su frontera natural; pero también habían logrado reunir en aquel rostro desposeído de su prestigio, vacante y espacioso, en el fondo de aquellos ojos depreciados, el vago y suave residuo —a medias recuerdo, a medias olvido— de las horas de ocio pasadas juntos después de nuestras cenas semanales, en torno a la mesa de juego o en el jardín, durante nuestra vida de buena vecindad campestre. Estaba tan bien rellena la envoltura corporal de nuestro amigo, así como la de algunos recuerdos relativos a sus padres, que aquel Swann se había vuelto un ser completo y vivo, y tengo la impresión de abandonar a una persona para ir hacia otra distinta cuando, en mi memoria, del Swann que conocí más tarde con exactitud paso a ese primer Swann —a ese primer Swann en el que vuelvo a encontrar los deliciosos errores de mi juventud, y que además se asemeja menos al otro que a las personas que conocí en esa misma época, como si en nuestra vida ocurriese lo que ocurre en un museo donde todos los retratos de una misma época tienen un aire de familia, una misma tonalidad—, a ese primer Swann lleno de ocio, perfumado por la fragancia del gran castaño, los cestillos de frambuesas y una brizna de estragón.

Sin embargo, un día en que la abuela había ido a pedir un favor a una señora a la que había conocido en el Sacré-Coeur[18] (y a la que, por nuestra concepción de las castas, no había querido seguir tratando a pesar de una simpatía recíproca), la marquesa de Villeparisis, de la célebre familia de Bouillon[19], ésta le había dicho: «Creo que conoce usted mucho al señor Swann, que es muy amigo de mis sobrinos Des Laumes». La abuela había regresado de esa visita entusiasmada por la casa, que daba a unos jardines, y donde Mme. de Villeparisis le aconsejaba alquilar, y también por un chalequero y su hija, que tenían en el patio su tienda, en la que había entrado a pedir que le diesen una puntada en la falda, que se le había desgarrado en la escalera. A la abuela estas personas le habían parecido perfectas, afirmaba que la niña era una perla y el chalequero el hombre más distinguido y mejor que nunca había visto. Porque para ella, la distinción era algo absolutamente independiente del rango social. Se extasiaba recordando una respuesta que el chalequero le había dado, y le decía

a mamá: «¡Sévigné[20] no lo habría dicho mejor!»; en cambio, de un sobrino[21] de Mme. de Villeparisis al que había encontrado en su casa: «¡Ay, qué vulgar es, hija mía!».

Pero la consecuencia de la frase relativa a Swann no fue la de realzar a éste en la mente de mi tía abuela, sino la de rebajar a Mme. de Villeparisis. Era como si la consideración que, fiados en mi abuela, otorgábamos a Mme. de Villeparisis, le impusiera un deber de no hacer nada que la volviese menos digna, y al que había faltado conociendo la existencia de Swann y permitiendo a parientes suyos relacionarse con él. «¡Cómo! ¿Que conoce a Swann? Una persona que, según tú, era pariente del mariscal Mac-Mahon[22]…». Esta opinión de mis padres sobre las amistades de Swann les pareció luego confirmada por su matrimonio con una mujer de la peor sociedad, casi una cocotte, a la que, por otro lado, nunca intentó presentarnos: siguió viniendo solo a nuestra casa, aunque cada vez menos; pero por esa mujer se creyeron en condiciones de juzgar —suponiendo que era allí donde había ido a buscarla— el medio social, desconocido para ellos, que Swann frecuentaba habitualmente.

Pero una vez, el abuelo leyó en un periódico que el señor Swann era uno de los más fieles habitués de los almuerzos dominicales en casa del duque de X…, cuyo padre y cuyo tío habían sido los estadistas más notables del reinado de Luis Felipe[23]. Y mi abuelo sentía curiosidad por todos los sucesos menudos que podían ayudarle a penetrar con el pensamiento en la vida privada de hombres como Molé, como el duque Pasquier, como el duque de Broglie[24]. Quedó encantado de saber que Swann se trataba con personas que los habían conocido. La tía abuela, por el contrario, interpretó esa noticia en sentido desfavorable para Swann: alguien que elegía sus amistades al margen de la casta en que había nacido, al margen de su «clase» social, sufría a sus ojos un enojoso desclasamiento. En su opinión, se renunciaba de golpe al fruto de todas las buenas amistades con personas bien situadas que las previsoras familias habían cultivado y atesorado honorablemente para sus hijos (mi tía abuela había dejado incluso de ver al hijo de un notario amigo nuestro por haberse casado con una princesa y haber descendido de este modo, para ella, del

respetado rango de hijo de notario al de uno de esos aventureros, en otro tiempo ayudas de cámara o mozos de cuadra, a los que, según cuentan, las reinas concedieron a veces algunos favores). Criticó el proyecto que tenía el abuelo de preguntar a Swann, la siguiente noche que viniese a cenar, sobre aquellos amigos que le descubríamos. Además, las dos hermanas de la abuela, solteronas que tenían su misma nobleza de carácter, aunque no su inteligencia, declararon no comprender qué placer podía sacar su cuñado hablando de semejantes tonterías. Eran personas de elevadas aspiraciones y, precisamente por eso, incapaces de interesarse por lo que se llama un chisme, aunque tuviese interés histórico, ni, en general, por cualquier cosa que no estuviera directamente relacionada con un objeto estético o virtuoso. Era tal el desinterés de su pensamiento por todo lo que, de cerca o de lejos, parecía referirse a la vida mundana, que su sentido auditivo —cuando terminaron por comprender su momentánea inutilidad cada vez que, durante la cena, la conversación adquiría un tono frívolo o solamente prosaico sin que aquellas dos viejas señoritas hubieran logrado orientarla hacia sus temas preferidos— dejaba entonces en reposo sus órganos receptores y les permitía sufrir un verdadero comienzo de atrofia. Si en estos casos el abuelo necesitaba atraer la atención de las dos hermanas, debía recurrir a esos avisos físicos que utilizan los médicos alienistas con ciertos maníacos de la distracción: repetidos golpes sobre un vaso con la hoja de un cuchillo, acompañados por una brusca interpelación de la voz y la mirada, medios violentos que esos psiquiatras trasladan a menudo a las relaciones normales con personas sanas, sea por hábito profesional, sea porque crean a todo el mundo un poco loco.

Ambas manifestaron mayor interés cuando, la víspera del día en que Swann debía venir a cenar, y en que les había mandado personalmente una caja de vino de Asti, la tía, mostrando un ejemplar del Figaro[25] en el que, junto al título de un cuadro incluido en una exposición de Corot, había estas palabras: «de la colección del señor Charles Swann», nos dijo: «¿Habéis visto que Swann goza de "los honores" del Figaro? Siempre os he dicho que tenía muy buen gusto, dijo mi abuela. —Por supuesto, tú, con tal de tener una opinión

distinta de la nuestra…», respondió la tía abuela, quien, sabiendo que la abuela nunca compartía su opinión, y no muy segura de que estuviésemos de acuerdo con ella, pretendía arrancarnos una condena en bloque de las opiniones de la abuela, contra las que trataba de solidarizarnos con las suyas a la fuerza. Pero nosotros permanecimos en silencio. Cuando las hermanas de la abuela manifestaron su intención de hablarle a Swann de aquellas palabras de Le Figaro, mi tía abuela se lo desaconsejó. Siempre que veía en los demás un privilegio, por pequeño que fuese, que ella no tenía, se convencía de que no era un privilegio sino un perjuicio, y los compadecía para no tener que envidiarles. «No creo que le guste; estoy segura de que a mí me resultaría muy desagradable ver mi nombre impreso de esa forma en el periódico, y no me halagaría nada que me hablasen de ello». Se empecinó además en querer convencer a las hermanas de la abuela; pues éstas, por horror a la vulgaridad, llevaban tan lejos el arte de disimular bajo ingeniosas perífrasis una alusión personal que, muchas veces, la alusión misma pasaba inadvertida para la persona a quien iba dirigida. En cuanto a mi madre, sólo pensaba en conseguir de mi padre que hablase a Swann no de su mujer, sino de su hija, a la que éste adoraba y causa, según decían, de que hubiera terminado contrayendo aquel matrimonio. «Bastará con que le digas unas palabras, con que le preguntes por la niña. Para él, debe de ser tan cruel». Pero mi padre se enfadaba: «¡No, no, qué ideas tan absurdas. Sería ridículo!».

Pero la única persona para quien la llegada de Swann se convertía en objeto de preocupación dolorosa, era yo. Y es que las noches en que había extraños, o solamente el señor Swann, mamá no subía a mi cuarto. Yo cenaba antes que todo el mundo e iba luego a sentarme a la mesa hasta las ocho, cuando según lo convenido debía subir a acostarme; aquel beso precioso y frágil que mamá solía confiarme en mi cama en el momento de dormirme, tenía que transportarlo del comedor a mi dormitorio y guardarlo durante todo el tiempo que tardaba en desnudarme, sin que su dulzura se quebrase, sin que se derramase ni evaporase su poder volátil, y, precisamente esas noches en que hubiera tenido necesidad de recibirlo con mayores precauciones, me veía obligado a cogerlo, a robarlo brusca,

públicamente, sin el tiempo siquiera ni la libertad de espíritu necesarios para poner en lo que hacía esa atención de los maníacos que se esfuerzan por no pensar en otra cosa mientras cierran una puerta, para poder oponer victoriosamente a su incertidumbre enfermiza, cuando les vuelve, el recuerdo del momento en que la cerraron. Estábamos todos en el jardín cuando sonaron los dos vacilantes tintineos de la campanilla. Sabíamos que era Swann; sin embargo todo el mundo se miró con aire inquisitivo y la abuela fue enviada de reconocimiento. «Tenéis que darle las gracias por el vino de un modo comprensible, ya sabéis que es delicioso y la caja enorme», recomendó mi abuelo a sus dos cuñadas. «No empecéis a cuchichear, dijo la tía abuela. ¡Pues sí que es divertido llegar a una casa donde todo el mundo habla bajo! —¡Ah, ahí está M. Swann! Vamos a preguntarle si mañana, en su opinión, hará buen tiempo», dijo mi padre. Mi madre pensaba que una palabra suya borraría toda la pesadumbre que nuestra familia había podido causar a M. Swann desde su matrimonio. Halló el modo de llevárselo un poco aparte. Pero yo la seguí: no podía decidirme a abandonarla un solo paso pensando que dentro de un momento tendría que dejarla en el comedor y subir a mi cuarto sin tener como las demás noches el consuelo de que fuese a darme un beso. «A propósito, M. Swann, le dijo, háble me un poco de su hija; estoy segura de que ya se ha aficionado a las cosas bellas, como su papá».

—¿Por qué no vienen a sentarse con todos nosotros debajo del mirador?, dijo el abuelo acercándose. Mi madre hubo de interrumpirse, pero incluso de esa obligación supo sacar un pensamiento delicado más, como los buenos poetas forzados por la tiranía de la rima a encontrar sus mayores bellezas. «Hablaremos de ella cuando estemos a solas, le dijo en voz baja a Swann. Sólo una madre es digna de comprenderle. Estoy segura de que la suya opinaría como yo». Todos nos sentamos alrededor de la mesa de hierro. Me habría gustado no pensar en las horas de angustia que iba a pasar esa noche solo en mi cuarto sin poder dormirme; trataba de convencerme de que carecían de importancia, porque a la mañana siguiente las habría olvidado, de aferrarme a ideas de futuro que habrían debido conducirme, como por un puente, al otro lado del abismo inminente

que me aterraba. Pero mi espíritu, tenso por la preocupación, convexo como la mirada que lanzaba sobre mi madre, no se dejaba invadir por ninguna impresión extraña. Las ideas entraban perfectamente en él, pero a condición de dejar fuera cualquier elemento de belleza o simplemente de gracia que hubiera podido emocionarme o distraerme. Como un enfermo que gracias a un anestésico asiste con plena lucidez, pero sin sentir nada, a la operación que sobre él practican, podía recitarme a mí mismo versos que amaba u observar los esfuerzos del abuelo por hablar a Swann del duque de Audiffret-Pasquier, sin que los primeros me inspirasen ninguna emoción ni los segundos alegría alguna. Aquellos esfuerzos resultaron infructuosos. Nada más plantear mi abuelo a Swann una pregunta relativa a ese orador, una de las hermanas de la abuela, en cuyos oídos la pregunta vibró como un silencio profundo aunque intempestivo que su educación le impedía romper, interpeló a la otra: «Figúrate, Céline, que he conocido a una joven institutriz sueca por la que he sabido detalles increíblemente interesantes sobre las cooperativas en los países escandinavos[26]». Habrá que invitarla a cenar una noche. Me parece estupendo, respondió su hermana Flora[27], pero tampoco yo he perdido el tiempo. En casa del señor Vinteuil me han presentado a un viejo sabio que conoce mucho a Maubant[28], y a quien Maubant ha explicado con todo detalle cómo se las arregla para preparar sus papeles. Interesantísimo. Es un vecino del señor Vinteuil, yo no sabía nada; y es muy amable. —«El señor Vinteuil no es el único que tiene vecinos amables», exclamó tía Céline con una voz que la timidez volvía fuerte y la premeditación artificiosa, mientras lanzaba sobre Swann lo que ella denominaba una mirada significativa. Entretanto, tía Flora, dándose cuenta de que con esa frase Céline estaba agradeciendo el vino de Asti, miraba también a Swann con un aire en el que se mezclaban el agradecimiento y la ironía, bien para subrayar el rasgo de ingenio de su hermana, bien porque envidiase a Swann el habérselo inspirado, bien porque, creyéndole centro de la atención general, no pudiera dejar de burlarse de él. «Creo que podremos conseguir que venga a cenar, prosiguió Flora; cuando se trata de Maubant o de Mme. Materna[29], habla horas enteras sin parar». Debe

de ser delicioso, suspiró el abuelo, en cuya cabeza, por desgracia, la naturaleza había omitido incluir la posibilidad de interesarse apasionadamente por las cooperativas suecas o la preparación de los papeles por parte de Maubant, del mismo modo que había olvidado dotar a la de las hermanas de mi abuela con ese granito de sal que ha de añadir uno mismo si quiere encontrar algún sabor a un relato sobre la vida íntima de Molé o del conde de París. «Mire, le dijo Swann al abuelo, lo que voy a decirle tiene más relación de lo que parece con lo que usted me preguntaba, porque en ciertos aspectos las cosas no han cambiado demasiado. Releía yo esta mañana en Saint-Simon algo que le habría divertido. Está en el volumen sobre su embajada a España[30]: no es de los mejores, de hecho apenas es algo más que un diario, pero cuando menos un diario maravillosamente escrito, lo cual ya supone una primera diferencia con los fastidiosos diarios que nos creemos obligados a leer mañana y tarde. —No comparto su opinión, hay días en que la lectura de los diarios me resulta muy agradable…», le interrumpió la tía Flora, para demostrar que había leído en Le Figaro la frase sobre el Corot de Swann: «¡Cuando hablan de cosas o de personas que nos interesan!», añadió, yendo más lejos, tía Céline. «No digo que no, respondió Swann atónito. Lo que reprocho a los diarios es obligarnos a prestar atención todos los días a cosas insignificantes mientras que, a lo largo de toda nuestra vida, sólo leemos tres o cuatro veces libros donde hay cosas esenciales. Dado que todas las mañanas desgarramos febrilmente la faja del diario, deberían invertirse las cosas y poner en el diario, no sé, ¡los… Pensamientos de Pascal!», (soltó estas palabras en un tono de énfasis irónico para no parecer pedante).

Y sería en uno de esos volúmenes de cantos dorados que sólo abrimos una vez cada diez años, añadió poniendo de manifiesto hacia las cosas mundanas ese desdén simulado de ciertos hombres de mundo, «donde podríamos leer que la reina de Grecia[31] ha ido a Cannes o que la princesa de Léon[32] ha dado un baile de disfraces. Así quedaría restablecida la justa proporción». Pero, arrepentido de haberse dejado llevar y haber hablado, aunque en tono ligero, de cosas serias, añadió con ironía: «¡Vaya conversación la nuestra! No sé

por qué abordamos esas "cimas"», y, volviéndose hacia mi abuelo: «Pues cuenta Saint-Simon que Maulévrier[33] había tenido la audacia de tender la mano a sus hijos. Ya sabe de quién hablo, del Maulévrier ése del que dice: "En esa ordinaria botella nunca vi otra cosa que malhumor, grosería y necedades"».

—Ordinarias o no, conozco botellas que contienen algo muy distinto, dijo vivamente Flora, que también quería dar las gracias a Swann, porque el regalo de vino de Asti iba dirigido a las dos. Céline se echó a reír. Swann, desconcertado, prosiguió: «"No sé si fue ignorancia o añagaza", escribe Saint-Simon, "pero quiso dar la mano a mis hijos. Me di cuenta demasiado tarde para impedírselo"». Mi abuelo empezaba a extasiarse con lo de «ignorancia o añagaza», pero Mlle. Céline, a quien el nombre de Saint-Simon —un literato— había impedido la anestesia completa de su facultades auditivas, se mostró indignada: «¡Cómo! ¿Admira usted un comportamiento semejante? ¡Pues sí que está bien! Pero ¿qué es lo que quiere decir? ¿No vale tanto un hombre como otro? ¿Qué puede importar que sea duque o cochero si posee inteligencia y corazón? ¡Bonitas maneras tenía su Saint-Simon de educar a sus hijos, si no les enseñaba a dar la mano a las personas honradas! Es sencillamente abominable. ¿Y se atreve a citar eso?». Y el abuelo, desconsolado, comprendiendo la imposibilidad, ante semejante obstrucción, de lograr que Swann le contase las historias que le hubiesen divertido, le decía en voz baja a mamá: «Recuérdame el verso que me enseñaste y que tanto me consuela en momentos como éstos. ¡Ah, sí!: "¡Señor, cuántas virtudes nos hacéis odiar!"[34] ¡Ah, qué exacto es!».

Yo no quitaba los ojos de mi madre, sabía que cuando nos sentáramos a la mesa no se me permitiría quedarme durante toda la cena y que, para no contrariar a mi padre, mamá no me dejaría besarla varias veces delante de la gente como si hubiésemos estado en mi cuarto. Por eso me prometía, una vez en el comedor, cuando se empezase a cenar y yo sintiese acercarse la hora, hacer por anticipado de aquel beso que sería tan breve y tan furtivo, lo único que yo podía hacer solo con él, elegir con la mirada el lugar de la mejilla que besaría, preparar mi pensamiento para poder consagrar, gracias a ese

inicio mental de beso, el minuto entero que mamá me concediese sentir su mejilla contra mis labios, como un pintor que sólo puede contar con breves sesiones de posado prepara su paleta y de antemano hace de memoria, basándose en sus notas, todo aquello para lo que, en rigor, podía prescindir de la presencia del modelo. Pero ocurrió que, poco antes de que llamaran para la cena, el abuelo tuvo la ferocidad inconsciente de decir: «El niño parece cansado, debería subir a la cama. Además, esta noche cenamos tarde». Y mi padre, que no respetaba con tanto escrúpulo como la abuela y mi madre la palabra de los pactos, dijo: «Sí, vamos, vete a la cama». Quise dar un beso a mamá, y en ese instante se oyó la campanilla para la cena. «No, no, venga, deja en paz a tu madre, ya os habéis despedido de sobra, esas manifestaciones son ridículas. ¡Anda, súbete!».

Y tuve que irme sin viático; tuve que subir peldaño a peldaño la escalera, como dice la expresión popular, «a contracorazón», subiendo contra mi corazón que quería volver junto a mi madre, pues ella no le había dado permiso, con su beso, para venirse conmigo. Aquella detestada escalera por la que siempre me internaba con tanta tristeza, despedía un olor a barniz que en cierto modo había absorbido, fijado, aquella especie particular de pena que cada noche sentía, haciéndola todavía más cruel acaso para mi sensibilidad porque, bajo esa forma olfativa, mi inteligencia no podía seguir participando en ella. Cuando estamos durmiendo y sólo percibimos un dolor de muelas como una muchacha a la que intentamos sacar del agua doscientas veces seguidas, o como un verso de Moliere que continuamente nos repetimos, qué gran alivio despertarnos y que nuestra inteligencia pueda liberar la idea del dolor de muelas de cualquier disfraz heroico o cadencioso. Era lo contrario de ese alivio lo que sentía cuando la pena de subir a mi cuarto penetraba en mí de forma infinitamente más rápida, casi instantánea, a un tiempo insidiosa y brusca, por la inhalación —mucho más tóxica que la penetración moral— del peculiar olor a barniz de aquella escalera. Una vez en mi cuarto, tenía que taponar todas las salidas, cerrar los postigos, cavar mi propia tumba, retirar las mantas y ponerme el sudario del camisón. Pero antes de sepultarme en la pequeña cama de

hierro que habían añadido al cuarto porque en verano tenía mucho calor bajo las cortinas de reps de la cama grande, sentí un impulso de rebeldía, quise probar una artimaña de condenado. Escribí a mi madre suplicándole que subiese para una cosa grave que no podía decirle en mi carta. Mi terror era que Françoise, la cocinera de mi tía, encargada de ocuparse de mí cuando yo estaba en Combray, se negara a llevar mi nota. Sospechaba yo que, a ella, dar un recado a mi madre cuando había invitados le parecería tan imposible como al portero de un teatro entregar una carta a un actor mientras está en escena. Poseía sobre las cosas que pueden o no pueden hacerse un código imperioso, abundante, sutil e intransigente sobre las distinciones imperceptibles u ociosas (lo que le daba la apariencia de esas leyes antiguas que, junto a feroces prescripciones como degollar a los niños de pecho, prohíben con delicadeza exagerada cocer el cabrito en la leche de su madre, o comer de un animal el tendón del muslo[35]). A juzgar por la repentina obcecación con que se negaba a cumplir ciertos recados que le dábamos, ese código parecía haber previsto complejidades sociales y refinamientos mundanos que nada en el entorno de Françoise ni en su vida de criada de pueblo podía haberle sugerido; y no teníamos más remedio que reconocer en su persona un pasado francés antiquísimo, noble y mal comprendido, como en esas ciudades manufactureras donde viejos palacetes atestiguan que en el pasado hubo una vida de corte, y donde los obreros de una fábrica de productos químicos trabajan en medio de delicadas esculturas que representan el milagro de san Teófilo o a los cuatro hijos Aymon[36]. En aquel caso particular, el artículo del código por el que era poco probable que, salvo caso de incendio, Françoise fuese a molestar a mamá delante de M. Swann por un personaje tan insignificante como yo, expresaba simplemente el respeto que profesaba no sólo por los parientes —como por los muertos, los sacerdotes y los reyes— sino también por el forastero a quien se da hospitalidad, respeto que quizá me hubiera emocionado en un libro pero que en su boca siempre me irritaba debido al tono grave y tierno con que me hablaba de él, y más esa noche en que el carácter sagrado revestido a sus ojos por la cena tenía como secuela negarse a perturbar su ceremonia.

Mas, para asegurar al menos alguna posibilidad, no vacilé en mentir y decirle que no era yo del todo quien había querido escribir a mamá, sino que era mamá la que, al despedirse, me había recomendado no olvidarme de enviarle respuesta sobre un objeto que me había pedido buscar; y se enfadaría mucho, desde luego, si no se le entregaba aquella nota. Pienso que Françoise no me creyó porque, como los hombres primitivos cuyos sentidos eran más potentes que los nuestros, discernía de inmediato, por signos imperceptibles para nosotros, cualquier verdad que quisiésemos ocultarle; miró durante cinco minutos el sobre como si el examen del papel y el aspecto de la escritura fueran a informarle de la naturaleza del contenido o a indicarle a qué artículo de su código debía remitirse. Luego salió con un aire resignado que parecía significar: «¡Qué desgracia para unos padres tener un hijo así!». Volvió al cabo de un momento a decirme que todavía estaban en el helado, y que el mayordomo no podía entregar la carta en ese momento delante de todo el mundo, pero que cuando estuviesen en los enjuagadientes[37] ya hallarían medio de pasársela a mamá. Mi ansiedad decayó en el acto: ahora ya no era la misma que hacía un momento, cuando me había despedido de mi madre hasta el día siguiente, porque mi notita iba, enojándola desde luego (y por doble motivo, pues aquella maniobra me dejaría en ridículo a ojos de Swann), a permitirme al menos entrar invisible y encantado en la misma habitación en que ella estaba, iba a hablarle de mí al oído; puesto que aquel comedor vedado y hostil, donde no hacía un instante siquiera, el mismo helado —el «granizado»— y los enjuagadientes encubrían, a mi parecer, placeres maléficos y mortalmente melancólicos porque mamá los disfrutaba lejos de mí, me abría sus puertas y, como un fruto que, vuelto dulce, rompe su envoltura, haría brotar y lanzaría hasta mi corazón embriagado la atención de mamá mientras estuviese leyendo mis líneas. Ahora ya no estaba separado de ella; habían caído las barreras y un hilo delicioso volvía a unirnos. Y además, eso no era todo: ¡mamá iba desde luego a venir!

De la angustia que acababa de sentir pensaba yo que Swann se habría reído mucho si hubiera leído mi carta y adivinado su intención;

pero, sin embargo, como más tarde he sabido, una angustia semejante atormentó largos años su vida y su persona, y acaso nadie hubiera podido comprenderme mejor; a él, esa angustia que se tiene sintiendo al ser amado en un lugar de placer donde nosotros no estamos, donde no podemos reunirnos con él, fue el amor el que se la hizo conocer, el amor, al que en cierto modo está predestinada, por el que será acaparada, especializada; pero cuando, como en mi caso, ha entrado en nosotros antes de que haya hecho su aparición en nuestra vida el amor, flota esperándolo, vaga y libre, sin destino preciso, al servicio un día de un sentimiento, al día siguiente de otro, luego de la ternura filial o de la amistad por un compañero. Y la alegría con que hice mi primer aprendizaje cuando Françoise volvió a decirme que entregarían mi carta, también Swann había conocido perfectamente esa alegría falaz que nos proporciona algún amigo, algún pariente de la mujer que amamos cuando al llegar al palacete o al teatro donde ella está para un baile, una fiesta o un estreno adonde él va a buscarla, ese amigo nos ve vagando fuera, en desesperada espera de una ocasión cualquiera para comunicarnos con la amada. Nos reconoce, nos aborda familiarmente y nos pregunta qué hacemos allí. Y cuando inventamos que tenemos algo urgente que decirle a su pariente o amiga, nos asegura que no hay nada más fácil, nos hace pasar al vestíbulo y promete enviárnosla en menos de cinco minutos. ¡Cuánto queremos —como en ese momento quería yo a Françoise— al intermediario bien intencionado que con una palabra acaba de hacernos soportable, humana y casi propicia la fiesta inconcebible, infernal, en cuyo seno creíamos que torbellinos hostiles, perversos y deliciosos arrastraban lejos, haciéndola reírse de nosotros, a la que amamos! A juzgar por él, por ese pariente que nos ha abordado y que también es un iniciado en los crueles misterios, los demás invitados de la fiesta no deben de tener nada de demoníaco. Resulta que también nosotros penetramos por una brecha inesperada en esas horas inaccesibles y torturadoras en que ella iba a saborear placeres desconocidos; resulta que uno de los momentos cuya sucesión las habría formado, un momento no menos real que el resto, acaso más importante incluso para nosotros dado que nuestra amada participa más en él, nos lo imaginamos, lo poseemos, intervenimos en él, casi

lo hemos creado: el momento en que van a decirle que nosotros estamos allí, abajo. E indudablemente los demás momentos de la fiesta no debían de ser de esencia muy distinta de aquél, no debían de contener nada más delicioso y que hubiese de hacernos sufrir tanto, porque el amigo benévolo nos ha dicho: «¡Pero si estará encantada de bajar! ¡Le dará mucho más placer hablar con usted que aburrirse allá arriba!». ¡Ay!, Swann lo sabía por experiencia, las buenas intenciones de un tercero no tienen poder alguno sobre una mujer que se irrita al sentirse perseguida hasta una fiesta por alguien al que no ama. A menudo, el amigo baja solo.

Mi madre no vino, y sin miramientos para mi amor propio (empeñado en no desmentir la fábula de la búsqueda cuyo resultado supuestamente me había pedido comunicarle) me mandó a decir con Françoise estas palabras: «No hay respuesta», que luego tantas veces he oído a conserjes de grandes hoteles o a lacayos de casas de juego, dirigidas a alguna pobre muchacha sorprendida: «¿Cómo? ¿No ha dicho nada? ¡No es posible! ¿Seguro que le ha entregado mi carta? Bueno, esperaré un rato». Y —así como esa muchacha asegura invariablemente que no necesita la luz de un mechero de gas suplementario que el conserje quiere encender para ella, y permanece allí, sin oír otra cosa que las escasas frases sobre el tiempo que el conserje cambia con un botones al que de pronto, dándose cuenta de la hora, manda a poner a enfriar en hielo la bebida de un cliente tras declinar el ofrecimiento de Françoise de hacerme una tisana o de quedarse a mi lado, la dejé volver al office, me acosté y cerré los ojos procurando no oír la voz de mis padres que tomaban el café en el jardín. Pero al cabo de unos segundos, me di cuenta de que, escribiendo aquella nota a mamá, acercándome tanto a ella, aun a riesgo de enojarla, que me había creído a punto de verla otra vez, me había cerrado la posibilidad de dormirme sin haberla visto, y los latidos de mi corazón se hacían minuto a minuto más dolorosos porque yo mismo acrecentaba mi propia agitación predicándome una calma que era la aceptación de mi infortunio. De pronto mi ansiedad decayó, me invadió una felicidad como cuando un fármaco potente empieza a obrar y nos quita un dolor: acababa de tomar la decisión de no intentar dormirme sin haber visto a mamá, de besarla al precio

que fuera— aunque fuese con la certeza de tener que soportar luego mucho tiempo las consecuencias de su enfado —cuando subiese a acostarse. La calma resultante del final de mi angustia me proporcionaba una alegría extraordinaria, no menor que la espera, la sed y el miedo al peligro. Abrí la ventana sin ruido y me senté al pie de la cama: apenas hacía ningún movimiento para que no me oyesen desde abajo. Fuera, también las cosas parecían yertas en una muda atención para no perturbar el claro de luna, que duplicando y alejando cada cosa por extender delante su propio reflejo, más denso y más concreto que la cosa misma, había adelgazado y agrandado al mismo tiempo el paisaje como un plano replegado hasta entonces que va desplegándose. Lo que necesitaba moverse, algún follaje de castaño, se movía. Pero su estremecimiento minucioso, total, ejecutado hasta en sus menores matices y sus delicadezas últimas, no desteñía sobre el resto ni se fundía con él, permanecía circunscrito. Expuestos sobre aquel silencio que no absorbía nada de ellos, los rumores más lejanos, los que debían de proceder de jardines situados en la otra punta de la ciudad, se percibían en detalle con tal «acabado» que parecían deber únicamente aquel efecto de lejanía a su pianissimo, como esos motivos en sordina tan bien ejecutados por la orquesta del Conservatorio[38] que, sin perder una sola nota, creemos oírlos resonar sin embargo lejos de la sala del concierto, y todos los viejos abonados— también las hermanas de la abuela cuando Swann les había cedido sus entradas —tendían el oído como si hubieran escuchado el avance distante de un ejército en marcha que aún no hubiese doblado la calle de Trévise.

Sabía que el trance en que me ponía era, de todos, el que podía tener para mí, de parte de mis padres, las consecuencias más graves, mucho más graves en verdad de lo que un extraño habría podido suponer, de ésas que habría creído que sólo podían provocar faltas realmente vergonzosas. Pero en la educación que me daban, la jerarquía de las faltas no era la misma que en la educación del resto de los niños y me habían acostumbrado a poner por delante de todas (de ninguna otra necesitaba ser preservado con mayor atención) aquéllas cuyo carácter común era, según comprendo ahora,

cometerlas cediendo a un impulso nervioso. Pero entonces no se empleaba esa expresión, no se declaraba un origen que hubiera podido hacerme creer que sucumbir a ellas tenía excusa o incluso que yo era incapaz de resistirlas. Pero las reconocía perfectamente tanto por la angustia que las precedía como por el rigor del castigo que las seguía; y sabía que la que acababa de cometer, aunque infinitamente más grave, pertenecía a la misma familia que otras por las que había sido castigado con severidad. Cuando fuese al encuentro de mi madre en el momento de subir a acostarse, y ella viera que me había quedado levantado para darle una vez más las buenas noches en el pasillo, no me dejarían seguir viviendo en la casa, me meterían en un colegio al día siguiente, seguro. Pues bien, aunque tuviese que tirarme por la ventana cinco minutos después, seguía prefiriendo actuar así. Lo que en ese momento yo quería era a mamá, era darle las buenas noches: había ido demasiado lejos en el camino que llevaba al cumplimiento de ese deseo para poder dar marcha atrás.

Oí los pasos de mi familia que acompañaba a Swann; y cuando el cascabel de la puerta me advirtió que acababa de irse, corrí a la ventana. Mamá le preguntaba a mi padre si la langosta estaba buena y si M. Swann había repetido del helado de café y pistacho. «Me ha parecido bastante vulgar, dijo mi madre; la próxima vez habrá que probar otro sabor. No podéis imaginaros lo cambiado que me ha parecido Swann, dijo la tía abuela, ¡está tan viejo!». La tía abuela tenía una costumbre tan arraigada de ver siempre en Swann al mismo adolescente que se sorprendía descubriéndolo de pronto menos joven de la edad que seguía prestándole. Y a mis parientes, además, aquel envejecimiento empezaba a parecerles la vejez anormal, excesiva, vergonzosa y merecida de los solteros, de todos ésos para quienes tenemos la impresión de que el gran día sin mañana es más largo que para el resto, porque el suyo está vacío y los momentos van sumándose desde por la mañana sin dividirse luego entre cierto número de hijos. «Creo que le da muchos disgustos la bribona de su mujer que vive, como todo Combray sabe, con un tal M. de Charlus. Es la comidilla de la ciudad». Mi madre advirtió que, desde hacía algún tiempo sin embargo, estaba mucho menos triste. «Ya no hace tanto como antes ese gesto de su padre de secarse los ojos y pasarse la

mano por la frente. Creo que en el fondo ya no quiere a esa mujer. —Claro que ya no la quiere, respondió el abuelo. Hace tiempo recibí una carta suya sobre este asunto, con la que me apresuré a no estar conforme, y que no deja ninguna duda sobre sus sentimientos, al menos amorosos, hacia su mujer. Ah, y ya he visto que no le habéis dado las gracias por el Asti», añadió mi abuelo volviéndose hacia sus dos cuñadas. «¿Que no le hemos dado las gracias? Entre nosotros te diré que, en mi opinión, se las hemos dado, e incluso con bastante delicadeza, replicó la tía Flora. —Sí, lo has hecho muy bien, hasta te he admirado por ello, dijo tía Céline. —También tú has estado muy bien. —Sí, me he sentido bastante orgullosa de mi frase sobre los vecinos amables. —¿Y a eso lo llamáis vosotras dar las gracias?, exclamó el abuelo. Por supuesto que he oído eso, pero que el diablo me lleve si podía figurarme que se refería a Swann. Podéis estar seguras de que no se ha enterado. —Vaya que sí, Swann no es tonto, estoy segura de que ha sabido apreciarlo. ¡No iba a decirle el número de botellas y el precio del vino!». Mi padre y mi madre se quedaron solos y se sentaron un momento; luego mi padre dijo: «Bueno, si quieres subimos a acostarnos. —Como quieras, cariño, aunque no tengo ni pizca de sueño; y no es ese helado de café tan anodino el que me tiene tan despierta; veo luz en el office y, dado que Françoise me ha esperado, voy a pedirle que me desabroche el corsé mientras tú vas quitándote la ropa». Y mi madre abrió la puerta enrejada del vestíbulo que daba a la escalera. Enseguida la oí que subía a cerrar su ventana. Salí sin ruido al pasillo: el corazón me latía con tal fuerza que me costaba avanzar, pero por lo menos ya no latía de ansiedad, sino de espanto y alegría. En el hueco de la escalera vi la luz proyectada por la vela de mamá. Luego la vi a ella, y eché a correr. En un primer momento, me miró asombrada, sin comprender lo que había pasado. Luego su rostro adquirió una expresión de cólera, ni siquiera me decía una palabra, y de hecho por mucho menos no me dirigían la palabra durante varios días. Si mamá me hubiera dicho algo, habría sido admitir que era posible seguir hablando conmigo, y además esa circunstancia acaso me hubiera parecido más terrible todavía, como señal de que, ante la gravedad del castigo que se preparaba, el silencio y el disgusto eran pueriles. Una palabra hubiera

sido la calma con que se responde a un criado cuando acaba de decidirse su despido; el beso que se da a un hijo al que enviamos a alistarse, cuando se lo habríamos negado si uno debiera contentarse con estar enfadado con él dos días. Pero ella oyó a mi padre que subía del cuarto de aseo, adonde había ido a desvestirse, y, para evitar la escena que él habría de hacerme, me dijo con voz entrecortada por la cólera: «¡Escapa, escapa, por lo menos que tu padre no te vea así, esperando como un loco!». Mas yo le repetía: «Ven a darme las buenas noches», aterrorizado viendo que el reflejo de la vela de mi padre ya se elevaba sobre la pared, pero utilizando también su proximidad como un medio de chantaje y esperando que mamá, para evitar que mi padre me encontrase todavía allí si ella seguía negándose, me dijese: «Vuelve a tu cuarto, enseguida voy». Era demasiado tarde, mi padre estaba delante de nosotros. Sin querer, murmuré estas palabras que nadie oyó: «¡Estoy perdido!».

No fue así. Mi padre me negaba constantemente permisos que se me habían consentido en los pactos más generosos otorgados por mi madre y por la abuela, porque él no se preocupaba de los «principios» y con él no existía el «Derecho de gentes». Por un motivo totalmente circunstancial, o, incluso sin motivo, en el último momento me anulaba determinado paseo tan habitual, tan consagrado que era imposible privarme de él sin perjurio, o bien, como había hecho aquella misma noche, mucho antes de la hora ritual me decía: «¡Vamos, sube a acostarte, sin explicaciones!». Pero, como no tenía principios (en el sentido de la abuela), propiamente hablando tampoco era intransigente. Me miró un instante con aire atónito y enojado, y luego, cuando mamá le explicó con unas cuantas palabras confusas lo que había ocurrido, le dijo: «Pues vete entonces con él, ya que según decías hace un momento no tienes ganas de dormir, quédate un rato en su cuarto, no necesito nada. —Pero, querido, respondió tímidamente mi madre, tenga o no tenga ganas de dormir, eso no cambia nada, no se puede acostumbrar a este niño…— No se trata de acostumbrar, dijo mi padre encogiéndose de hombros, ya ves que el pequeño sufre, parece desolado el pobre niño; ¡vamos, no somos verdugos! Si por tu culpa se pone malo, no adelantas nada. Como hay dos camas en su cuarto, dile a Françoise que te prepare la

grande y por esta noche acuéstate a su lado. Venga, buenas noches, yo que no soy tan nervioso como vosotros, voy a acostarme».

A mi padre no se le podía dar las gracias; le hubiera enojado lo que él llamaba sensiblerías. Permanecí quieto, sin atreverme a hacer ningún movimiento; él seguía delante de nosotros, muy alto, con su camisón blanco bajo el pañuelo de cachemira de la India violeta y rosa que se anudaba alrededor de la cabeza desde que padecía neuralgias, con el gesto de Abraham en el grabado copia de Benozzo Gozzoli[39] que me había dado el señor Swann, diciéndole a Sara que ha de separarse de Isaac. Hace muchos años de esto. La pared de la escalera por donde vi subir el reflejo de su vela hace mucho tiempo que no existe[40]. También dentro de mí se han destruido tantas cosas que yo creía que debían durar siempre y se han edificado otras nuevas dando nacimiento a nuevas penas y alegrías que entonces no habría podido prever, lo mismo que las antiguas se me han vuelto difíciles de comprender. También hace mucho que mi padre ha dejado de poder decir a mamá: «Vete con el niño». Nunca renacerá para mí la posibilidad de esas horas. Pero desde hace poco empiezo a percibir con toda claridad, si escucho atentamente, los sollozos que tuve el valor de contener delante de mi padre y que únicamente estallaron cuando volví a encontrarme a solas con mamá. En realidad nunca han cesado; y sólo porque ahora la vida calla más a mi alrededor los oigo de nuevo, como esas campanas conventuales que los ruidos de la ciudad cubren tan bien durante el día que las creeríamos detenidas, pero que se ponen a sonar de nuevo en el silencio del atardecer.

Mamá pasó aquella noche en mi cuarto; en el momento en que acababa de cometer una falta por la que esperaba verme obligado a dejar la casa, mis padres me concedían más de lo que nunca hubiese conseguido como recompensa de una buena acción. Hasta en esa hora en que se manifestaba por medio de aquel perdón, el comportamiento de mi padre conmigo conservaba ese no sé qué de arbitrario e inmerecido que lo caracterizaba y que, por regla general, era debido a conveniencias fortuitas más que a un plan premeditado. Acaso hasta lo que yo llamaba severidad cuando me mandaba a la cama, mereciese menos ese nombre que la de mi madre o la abuela,

porque su naturaleza, en ciertos aspectos más distinta de la mía de cuanto lo eran las de mamá y la abuela, probablemente no había intuido hasta entonces cuán desgraciado me sentía todas las noches, cosa que mi madre y la abuela sabían de sobra; pero éstas me querían lo bastante para no querer ahorrarme aquel sufrimiento, pretendían enseñarme a dominarlo a fin de atenuar mi sensibilidad nerviosa y fortalecer mi voluntad. No sé si mi padre, cuyo cariño por mí era de otra especie, hubiera tenido ese valor: para una vez que acababa de comprender que yo sufría, le había dicho a mi madre: «Vete a consolarle». Mamá se quedó aquella noche en mi cuarto y, para no estropear con el menor remordimiento aquellas horas tan distintas de lo que yo tenía derecho a esperar, cuando Françoise, al darse cuenta de que pasaba algo extraordinario al ver a mamá sentada a mi lado cogiéndome la mano y dejándome llorar sin reñirme, le preguntó: «¿Qué le pasa al señor para llorar así, señora?», mamá le contestó: «Ni él mismo lo sabe, Françoise, está nervioso; prepáreme enseguida la cama grande y suba a acostarse». Y así, por primera vez, mi tristeza no era considerada como una falta punible sino como un mal involuntario que acababa de reconocerse oficialmente, como un estado nervioso del que yo no era responsable; saboreaba el consuelo de no verme obligado a unir escrúpulos a la amargura de mis lágrimas, podía llorar sin pecado. Y no estaba desde luego poco orgulloso, delante de Françoise, de aquel giro del destino que, apenas una hora después de haberse negado mamá a subir a mi cuarto y haberme mandado desdeñosamente recado de que debía dormirme, me elevaba a la dignidad de persona adulta y me hacía alcanzar de golpe una especie de pubertad del sufrimiento, de emancipación de las lágrimas. Habría debido ser feliz: no lo era. Se me antojaba que mi madre acababa de hacerme una primera concesión que debía de resultarle muy dolorosa, que de su parte se trataba de una primera abdicación ante el ideal que había imaginado para mí, y que, por primera vez, ella, tan valerosa, se declaraba vencida. Me parecía que si yo acababa de obtener una victoria, esa victoria era contra ella, que había conseguido, como hubieran podido hacerlo la enfermedad, las penas o la edad, ablandar su voluntad, doblegar su razón, y que aquella noche inauguraba una era y quedaría fijada como una fecha

triste. Si entonces me hubiera atrevido, le habría dicho a mamá: «No, no quiero, no te acuestes aquí». Pero conocía la prudencia práctica, realista como se diría hoy, que mitigaba en ella la naturaleza ardientemente idealista de la abuela, y sabía que, una vez hecho el mal, preferiría dejarme saborear al menos aquel placer calmante y no molestar a mi padre. Verdad es que el hermoso rostro de mi madre aún resplandecía de juventud aquella noche, mientras me tenía cogidas las manos con tanta dulzura e intentaba frenar mis lágrimas; pero precisamente por eso me parecía algo que no debería haber ocurrido, que su enojo me hubiera entristecido menos que aquella dulzura nueva que mi infancia no había conocido; me parecía que, con mano impía y secreta, acababa de trazar en su alma una primera arruga y hecho brotar una primera cana. Esta idea aumentó mis sollozos y entonces vi a mamá, que conmigo nunca se dejaba llevar por ningún impulso de ternura, ganada de pronto por el mío y tratar de contener sus ganas de llorar. Como notó que me había dado cuenta, riendo me dijo: «Vaya con el tontuelo, con mi pequeño canario que va a conseguir que su mamá sea tan boba como él, si esto continúa. Mira, como tú no tienes sueño ni tu mamá tampoco, en vez de seguir ablandándonos, hagamos algo, podemos coger uno de tus libros». Mas yo no tenía allí ninguno. «¿Te gustarán menos si saco ahora los libros que te regalará la abuela por tu cumpleaños? Piénsalo bien: si pasado mañana no tienes regalos, ¿no te sentirás decepcionado?». Al contrario, me sentía feliz, y mamá fue a buscar un paquete de libros que, a través del papel que los envolvía, sólo me permitió adivinar su formato corto y ancho, pero que, bajo ese primer aspecto, aunque sumario y velado, ya eclipsaban a la caja de pinturas del día de Año Nuevo y a los gusanos de seda del año anterior. Eran La Mare au Diable, François le Champí, La Petite Fadette y Les Maitres sonneurs. Más tarde supe que mi abuela había elegido primero las poesías de Musset, un volumen de Rousseau e Indiana[41] porque, aunque consideraba las lecturas fútiles tan nocivas como los caramelos y los dulces, no creía que los grandes hálitos del genio ejerciesen, siquiera sobre la mente de un niño, una influencia más peligrosa y menos vivificante que el aire libre y el viento del mar

sobre su cuerpo. Pero cuando mi padre la trató casi de loca al saber los libros que pretendía regalarme, volvió ella misma a la librería de Jouy-le-Vicomte para que no me arriesgase a quedarme sin regalo (hacía un día muy caluroso y había regresado tan indispuesta que el médico advirtió a mi madre que no la dejara cansarse de aquel modo) y se había conformado con las cuatro novelas campestres de George Sand. «Hija mía, le decía a mamá, nunca seré capaz de regalar al niño algo mal escrito».

En realidad, nunca se resignaba a comprar algo de lo que no pudiera sacarse un provecho intelectual, en particular ese que nos procuran las cosas hermosas enseñándonos a buscar nuestro placer lejos de las satisfacciones del bienestar y de la vanidad. Hasta cuando debía hacer a alguien un regalo de los llamados útiles, cuando tenía que regalar un sillón, unos cubiertos o un bastón, los buscaba «antiguos», como si, borrado su carácter utilitario por el prolongado desuso, pareciesen más idóneos para contarnos la vida de los hombres de antaño que para satisfacer las necesidades de la nuestra. Le hubiera gustado que tuviese en mi cuarto fotografías de los monumentos o los paisajes más hermosos. Pero en el instante de comprarlas, y aunque lo representado tuviese un valor estético, se le antojaba que la vulgaridad y la utilidad ocupaban demasiado deprisa su sitio en el modo mecánico de la representación, la fotografía. Trataba de actuar con astucia y, si no de eliminar por entero la vulgaridad comercial, al menos de mitigarla, de sustituirla por la mayor parte posible de arte, de introducir en ella algo así como varias «capas» de arte: en vez de fotografías de la catedral de Chartres, de los Juegos de agua de Saint-Cloud y del Vesubio, se informaba a través de Swann de si algún gran pintor los había representado, y prefería darme fotografías de la catedral de Chartres pintada por Corot, de los Juegos de agua de Saint-Cloud por Hubert Robert, y del Vesubio por Turner, alcanzando así un grado más de arte[42]. Pero, si el fotógrafo había sido excluido de la representación de la obra de arte o de la naturaleza y sustituido por un gran artista, recuperaba sus derechos para reproducir su representación misma. Enfrentada a la presencia de la vulgaridad, la abuela todavía intentaba retroceder. Preguntaba a Swann si de la obra

no se había hecho algún grabado, prefiriendo, a ser posible, grabados antiguos y que tuvieran un interés suplementario, por ejemplo los que representan una obra maestra en un estado en que hoy ya no podemos verla (como el grabado hecho de la Cena de Leonardo por Morghen[43] antes de su degradación). Debo decir que los resultados de esa manera de interpretar el arte de hacer un regalo no siempre fueron muy brillantes. La idea que me hice de Venecia por un dibujo del Tiziano[44], que se supone que tenía de fondo la laguna, era desde luego mucho menos exacta que la que me hubiesen proporcionado simples fotografías. En casa, cuando la tía abuela quería lanzar una acusación contra la abuela, ya no podíamos llevar la cuenta de los sillones regalados por ella a jóvenes desposadas o a viejos matrimonios que, a la primera tentativa de utilizarlos, se habían desfondado inmediatamente bajo el peso de uno de los destinatarios. Pero a la abuela le hubiese parecido mezquino ocuparse demasiado por la solidez de un artesonado en el que aún podían distinguirse una florecilla, una sonrisa, a veces alguna hermosa imaginación del pasado. Hasta aquello que en esos muebles respondía a una necesidad, por ejemplo, una forma a la que ya no estamos acostumbrados, la fascinaba lo mismo que los viejos modos de decir donde vemos una metáfora, borrada, en nuestro lenguaje moderno, por la usura de la costumbre. Y precisamente las novelas campestres de George Sand que me regalaba por mi cumpleaños estaban llenas, lo mismo que un mobiliario antiguo, de expresiones caídas en desuso y convertidas en imágenes, como ya sólo se encuentran en el campo. Y la abuela las había comprado prefiriéndolas a otras, del mismo modo que hubiese alquilado de mejor gana una hacienda con un palomar gótico o alguna de esas cosas viejas que ejercen sobre el espíritu una influencia benéfica ofreciéndole la nostalgia de imposibles viajes en el tiempo.

Mamá se sentó junto a mi cama; había cogido François le Champi[45], al que su cubierta rojiza y su incomprensible título prestaban una personalidad nítida y un atractivo misterioso. Nunca hasta entonces había leído yo verdaderas novelas. Había oído decir que George Sand era el arquetipo del novelista. Y eso me predisponía

a imaginar en François le Champi algo indefinible y delicioso. Los procedimientos narrativos destinados a excitar la curiosidad o la ternura, ciertas formas expresivas que despiertan la inquietud y la melancolía, y que un lector algo instruido reconoce comunes a muchas novelas, simplemente me parecían —a mí, que consideraba un libro nuevo no como una cosa que tuviera otras muchas semejantes, sino como una persona única que sólo tiene en sí misma la razón de existir— una turbadora emanación de la esencia particular de François le Champi. Debajo de aquellos sucesos tan cotidianos, de aquellas cosas tan comunes, de aquellas expresiones tan corrientes, sentía yo algo así como una entonación, una acentuación extraña. La trama se enredó: se me figuró más oscura porque en esa época, cuando leía, pensaba a menudo en otra cosa completamente distinta durante páginas enteras. Y a las lagunas que semejante distracción dejaba en el relato se añadía el hecho de que mamá, cuando era ella quien me leía en voz alta, se saltaba todas las escenas de amor. Por eso, todos los extravagantes cambios producidos en la respectiva actitud de la molinera y del muchacho, y que sólo encuentran explicación en los progresos de un amor que nace, me parecían teñidos de un profundo misterio cuya fuente había de estar, a mi parecer, en aquel nombre desconocido y tan dulce de «Champi» que dejaba en el niño que lo llevaba, sin que yo supiese por qué, su color vivo, purpúreo y fascinante. Si mi madre era una lectora infiel, con las obras en que encontraba el acento de un sentimiento auténtico también era una lectora admirable por el respeto y la sencillez de su interpretación, por la belleza y la dulzura del sonido. Incluso en la vida real, cuando eran seres y no obras de arte las que suscitaban así su ternura o su admiración, resultaba conmovedor ver con qué deferencia apartaba de su voz, de su gesto y de sus palabras determinado estallido de alegría que hubiese podido herir a la madre que en otro tiempo había perdido un hijo; un recuerdo concreto de una fiesta de cumpleaños, que hubiese podido inducir a un anciano a pensar en sus muchos años; tal o cual detalle de vida doméstica que hubiese parecido enojoso a un joven sabio. Asimismo, cuando leía la prosa de George Sand, que siempre respira esa bondad, esa distinción moral que mamá había aprendido de la abuela a considerar superiores

a todo en la vida, y que yo debía enseñarle, aunque mucho más tarde, a no considerarlas superiores a todo en los libros, atenta a desterrar de su voz cualquier miseria, cualquier afectación que hubiese podido impedirle recibir un potente flujo, confería toda la ternura natural y la amplia dulzura que exigían esas frases que parecían escritas para su voz y que, por así decir, entraban de lleno en el registro de su sensibilidad. Para atacarlas en el tono preciso, encontraba el acento cordial que preexiste a ellas y que las dictó, pero que las palabras no indican; gracias a ese acento amortiguaba de paso cualquier crudeza de los tiempos verbales, daba al imperfecto y al pretérito indefinido la dulzura que hay en la bondad, la melancolía que hay en la ternura, dirigía la frase que acababa hacia la que iba a empezar, acelerando unas veces y retrasando otras la marcha de las sílabas para que entraran, aunque sus cantidades fuesen diferentes, en un ritmo uniforme, e infundía en aquella prosa tan corriente una especie de vida sentimental y constante.

Mis remordimientos se habían calmado, me dejaba inundar por la dulzura de aquella noche en que tenía a mi madre junto a mí. Sabía que una noche como aquélla no había de repetirse; que el mayor deseo que yo tenía en el mundo, conservar a mi madre en mi cuarto durante las tristes horas nocturnas, se oponía demasiado a las necesidades de la vida y al deseo de todos para que la realización que esa noche se le había concedido pudiera ser algo más que excepcional y artificiosa. Al día siguiente mis angustias volverían y mamá no estaría allí. Pero cuando mis angustias se calmaban, yo dejaba de comprenderlas; además, la noche del día siguiente estaba lejos todavía; me decía a mí mismo que ya tendría tiempo de pensar algo, aunque ese tiempo no pudiese aportarme ningún poder nuevo, por tratarse de cosas que no dependían de mi voluntad y que sólo el intervalo que todavía las separaba de mí hacía que me pareciesen más evitables.

Y así, durante mucho tiempo, cuando, despierto por la noche, me acordaba de Combray, nunca volví a ver otra cosa que esa especie de lienzo luminoso, recortado en medio de tinieblas indistintas, semejante a las que el resplandor de una bengala o alguna proyección eléctrica iluminan y aíslan en un edificio cuyas demás partes siguen sumidas en la oscuridad: bastante ancho en la base, el saloncito, el comedor, el arranque de la oscura alameda por donde llegaría M. Swann, autor inconsciente de mis tristezas, el vestíbulo por donde me encaminaba hacia el primer peldaño de la escalera, tan cruel de subir, que constituía por sí sola el tronco estrechísimo de aquella pirámide irregular; y, en la cumbre, mi dormitorio con el pasillito de puerta vidriera para la entrada de mamá; en una palabra, visto siempre a la misma hora, aislado de cuanto podía haber alrededor, destacándose solo en la oscuridad, el escenario estrictamente necesario (como el que se indica al frente de las viejas comedias para las representaciones de provincias) para el drama de desvestirme; como si Combray sólo hubiese consistido en dos pisos unidos por una delgada escalera, y como si nunca hubieran existido más que las siete de la noche. A decir verdad, habría podido responder a quien me hubiese preguntado que Combray comprendía también otras cosas y existía a otras horas. Pero como lo que hubiera recordado me habría venido dado únicamente por la memoria voluntaria, por la memoria de la inteligencia, y como los datos que ésta proporciona sobre el pasado no conservan nada real de él, nunca habría tenido ganas de pensar en ese resto de Combray. En realidad todo aquello estaba muerto para mí.

¿Muerto para siempre? Era posible.

Entra por mucho el azar en todo esto, y un segundo azar, el de nuestra muerte, nos impide con frecuencia esperar mucho tiempo los favores del primero.

Me parece muy razonable la creencia celta de que las almas de los que hemos perdido están cautivas en algún ser inferior, en un animal, en un vegetal, en un objeto inanimado, perdidas realmente para nosotros hasta el día, que para muchos nunca llega, en que resulta que pasamos junto al árbol o entramos en posesión del objeto que constituye su cárcel. Entonces se estremecen, nos llaman, y tan pronto

como las hemos reconocido, el encantamiento queda roto. Liberadas por nosotros, han vencido a la muerte y vuelven a vivir en nuestra compañía.

Así ocurre con nuestro pasado. Es trabajo perdido que tratemos de evocarlo, inútiles todos los esfuerzos de nuestra inteligencia. Está oculto fuera de su dominio y de su alcance, en algún objeto material (en la sensación que ese objeto material nos daría) que ni siquiera sospechamos. Y ese objeto, depende del azar que lo encontremos antes de morir, o que no lo encontremos.

Hacía ya muchos años que, de Combray, cuanto no fuera el teatro y el drama de acostarme había dejado de existir para mí, cuando un día de invierno, al volver a casa, mi madre, viendo que yo tenía frío, me propuso tomar, contra mi costumbre, un poco de té. Me negué al principio pero, no sé por qué, cambié de idea. Mandó a buscar uno de esos bollos cortos y rollizos llamados pequeñas magdalenas que parecen haber sido moldeados dentro de la valva acanalada de una vieira[46].

Y acto seguido, maquinalmente, abrumado por aquella jornada sombría y la perspectiva de un triste día siguiente, me llevé a los labios una cucharilla de té donde había dejado empaparse un trozo de magdalena. Pero en el instante mismo en que el trago mezclado con migas del bollo tocó mi paladar, me estremecí, atento a algo extraordinario que dentro de mí se producía. Un placer delicioso me había invadido, aislado, sin que tuviese la noción de su causa. De improviso se me habían vuelto indiferentes las vicisitudes de la vida, inofensivos sus desastres, ilusoria su brevedad, de la misma forma que opera el amor, colmándome de una esencia preciosa; o mejor dicho, aquella esencia no estaba en mí, era yo mismo. Había dejado de sentirme mediocre, contingente, mortal. ¿De dónde había podido venirme aquel gozo tan potente? Lo sentía unido al sabor del té y del bollo, pero lo superaba infinitamente, no debía de ser de igual naturaleza. ¿De dónde venía? ¿Qué significaba? ¿Dónde cogerlo? Bebo un segundo sorbo donde no encuentro más que en el primero, un tercero que me aporta algo menos que el segundo. Es tiempo de parar, la virtud del brebaje parece disminuir. Es evidente que la

verdad que busco no está en él, sino en mí. La ha despertado, pero no la conoce, y lo único que puede hacer es repetir indefinidamente, cada vez con menos fuerza, ese mismo testimonio que no sé interpretar y que quisiera al menos poder pedirle otra vez y encontrar intacto, a mi disposición dentro de poco, para un esclarecimiento decisivo. Dejo la taza y me vuelvo hacia mi espíritu. Es él quien debe hallar la verdad. Pero ¿cómo? Grave incertidumbre cada vez que el espíritu se siente superado por sí mismo, cuando él, el buscador, es juntamente el país oscuro donde debe buscar y donde todo su bagaje no ha de servirle para nada. ¿Buscar? Más aún: crear. Está frente a algo que todavía no existe y a lo que sólo él puede dar realidad, y luego hacerlo entrar en su luz.

Y vuelvo a preguntarme cuál podía ser ese estado desconocido, que no aportaba ninguna prueba lógica sino la evidencia de su felicidad, de su realidad, ante la que las demás se desvanecen. Trataré de hacerlo reaparecer. Retrocedo con el pensamiento al instante en que tomé la primera cucharada de té. Encuentro el mismo estado, pero no una claridad nueva. Pido a mi espíritu un esfuerzo más, que haga volver de nuevo la sensación que huye. Y, para que nada quiebre el impulso con que otra vez ha de intentar captarla, aparto cualquier obstáculo, toda idea extraña, resguardo mis oídos y mi atención de los ruidos de la habitación contigua. Pero cuando siento mi espíritu extenuarse sin éxito, lo induzco por el contrario a distraerse, cosa que le negaba, a pensar en otra cosa, a rehacerse antes de una tentativa suprema. Luego, por segunda vez le hago el vacío delante, lo pongo frente al sabor todavía reciente de ese primer sorbo y siento estremecerse en mí algo que se desplaza, que querría elevarse, algo que se habría quedado sin ancla, a gran profundidad; no sé qué es, pero va subiendo despacio; noto la resistencia y percibo el rumor de las distancias que atraviesa.

Verdad es que, lo que así palpita en el fondo de mí mismo, debe de ser la imagen, el recuerdo visual que, unido a ese sabor, trata de seguirlo hasta mí. Pero lucha demasiado lejos, con demasiada confusión; apenas si logro percibir el reflejo neutro donde se confunde el imperceptible torbellino de los colores agitados; mas no alcanzo a distinguir la forma, a pedirle, único intérprete posible, que me

traduzca el testimonio de su contemporáneo, de su inseparable compañero, el sabor, a suplicarle que me enseñe de qué circunstancia particular, de qué época del pasado se trata.

¿Llegará hasta la superficie de mi lúcida conciencia aquel recuerdo, aquel instante remoto que la atracción de un instante idéntico ha venido de tan lejos a solicitar, a conmover, a levantar en el fondo más profundo de mí mismo? No sé. Ahora no siento nada, se ha detenido, tal vez ha vuelto a bajar; quién sabe si volverá a ascender alguna vez de su noche… Diez veces tengo que volver a empezar, inclinarme hacia él.

Y cada vez la cobardía que nos aparta de cualquier tarea difícil, de cualquier empresa importante, me indujo a dejarlo, a beber mi té pensando simplemente en mis sinsabores de hoy, en mis anhelos de mañana que se dejan rumiar sin esfuerzo.

Y de repente se me apareció el recuerdo[47]. Aquel sabor era el del trocito de magdalena que me ofrecía los domingos por la mañana en Combray (porque los días festivos yo no salía antes de la hora de misa), cuando iba a darle los buenos días a su cuarto, mi tía Léonie después de haberlo mojado en su infusión de té o de tila. La vista de la pequeña magdalena no me había recordado nada antes de haberla probado; acaso porque, habiéndolas visto luego a menudo, sin comerlas, en los anaqueles de las pastelerías, su imagen había dejado aquellos días de Combray para unirse a otros más recientes; acaso porque de aquellos recuerdos abandonados tanto tiempo fuera de la memoria no sobrevivía nada, porque todo se había disgregado; las formas —incluida la de la pequeña vieira de pastelería, tan generosamente sensual bajo su plisado severo y devoto— habían sido abolidas, o, adormecidas, habían perdido la fuerza expansiva que les hubiese permitido alcanzar la conciencia. Mas, cuando nada subsiste de un pasado antiguo, tras la muerte de las criaturas, tras la destrucción de las cosas sólo el olor y el sabor, más frágiles pero más vividos que nunca, más inmateriales, más persistentes y más fieles, perduran todavía mucho tiempo, como almas, recordando, aguardando, esperando sobre las ruinas de todo lo demás, soportando

sin doblegarse, sobre su gotita casi impalpable, el edificio inmenso del recuerdo.

Y en cuanto reconocí el sabor del trocito de magdalena mojado en la tila que me daba mi tía (aunque todavía no supiese y hubiera de dejar para mucho más tarde el descubrimiento de por qué me volvía tan feliz aquel recuerdo), al punto la vieja casa gris que daba a la calle, donde estaba su cuarto, vino como un decorado de teatro a aplicarse al pequeño pabellón, que daba al jardín, y que habían construido mis padres en la parte de atrás (aquel lienzo de pared truncado, lo único que yo había vuelto a ver hasta ese momento); y, junto con la casa, la ciudad, desde la mañana a la noche y en todo tiempo, la Plaza adonde me mandaban antes del almuerzo, las calles por donde iba para hacer algunos recados, los caminos que seguíamos si el tiempo era bueno. Y, del mismo modo que en ese juego con que los japoneses[48] se divierten empapando en un bol de porcelana lleno de agua trocitos de papel hasta entonces indistintos y que, apenas sumergidos, se estiran, asumen contornos y colores, se diferencian volviéndose flores, casas, figuras consistentes y reconocibles, así ahora todas las flores de nuestro jardín y las del parque del señor Swann, y las ninfeas del Vivonne, y la buena gente del pueblo y sus pequeñas casitas y la iglesia y todo Combray y los campos de alrededor, todo eso que está tomando forma y solidez, ha salido, ciudad y jardines, de mi taza de té.

DOS

Combray[49], de lejos, en diez leguas a la redonda, vista desde el tren cuando llegábamos la última semana antes de Pascua, no era más que una iglesia que resumía la ciudad, que la representaba, que hablaba de ella y por ella a las lontananzas, y que, cuando nos acercábamos, mantenía apretados alrededor de su alto manto sombrío, en pleno campo, contra el viento, como una pastora sus ovejas, los lomos lanosos y grises de las casas apiñadas que un resto de murallas medievales cercaba aquí y allá con un trazo tan circular como el de una pequeña ciudad en los cuadros de los primitivos. Para vivir, Combray era algo triste, como sus calles, cuyas casas construidas con piedras negruzcas de la región, precedidas de escalones exteriores, rematadas por aguilones que proyectaban su propia sombra hacia adelante, eran tan oscuras que, cuando la luz empezaba a menguar, había que subir las cortinas en las «salas»; calles de graves nombres de santos (muchos de ellos estaban unidos a la historia de los primeros señores de Combray): calle Saint-Hilaire, calle Saint-Jacques donde estaba la casa de mi tía, calle Sainte-Hildegarde, a la que daba la verja, y calle du Saint-Esprit a la que se abría la puertecita lateral de su jardín[50]; y esas calles de Combray perviven en un lugar tan recóndito de mi memoria, pintado con colores tan distintos de los que ahora revisten el mundo para mí que en verdad todas me parecen, y la iglesia que las dominaba desde la Plaza, más irreales todavía que las proyecciones de la linterna mágica; y, en ciertos instantes, se me figura que poder atravesar todavía la calle Saint-Hilaire, poder alquilar un cuarto en la calle de L'Oiseau —en la vieja hospedería del Oiseau Flesché, de cuyos tragaluces subía un olor a cocina que, por momentos, todavía me llega con la misma intermitencia y el mismo calor—, sería entrar en contacto con el Más Allá de un modo más maravillosamente sobrenatural todavía que trabar conocimiento con Golo y hablar con Genoveva de Brabante.

La prima del abuelo —mi tía abuela—, en cuya casa habitábamos, era la madre de aquella tía Léonie que, desde la muerte de su marido, el tío Octave, no había querido salir, primero de Combray, luego, en Combray, de su casa, más tarde de su cuarto, y por último de su cama, de la que ya no «descendía», siempre acostada en un vago estado de pena, de abatimiento físico, de enfermedad, de idea fija y de devoción. Su aposento particular daba a la calle Saint-Jacques, que acababa mucho más lejos, en el Prado Grande (por oposición al Prado chico, que verdeaba en medio de la ciudad, entre tres calles), y que, uniforme, grisácea, con los tres altos escalones de gres delante de casi todas las puertas, parecía una especie de desfiladero labrado por un cantero de imágenes góticas en la misma piedra en que hubiera esculpido un belén o un calvario. En realidad mi tía sólo ocupaba dos habitaciones contiguas: por la tarde se quedaba en una mientras ventilaban la otra. Eran de esas habitaciones de provincias que —así como en ciertos países hay porciones enteras del aire o del mar iluminadas o perfumadas por miríadas de protozoarios que no podemos ver— nos enhechizan con los mil olores que en ellas depositan las virtudes, la prudencia, los hábitos, toda una vida secreta, invisible, superabundante y moral que la atmósfera mantiene en suspensión; olores naturales todavía, desde luego, y color del tiempo como los de la campiña vecina, pero ahora hogareños, humanos y claustrales, jalea exquisita, industriosa y límpida de toda la fruta del año que ha dejado el huerto por la despensa; de temporada, pero móviles y domésticos, capaces de suavizar el picante de la escarcha con la dulzura del pan caliente, perezosos y puntuales como un reloj de pueblo, callejeado res y comedidos, despreocupados y previsores, lenceros, matinales, devotos, felices con una paz que no aporta otra cosa que un poco más de ansia y un prosaísmo que sirve de inagotable reservorio de poesía a quien los atraviesa sin haber vivido con ellos. Allí el aire estaba saturado con la quintaesencia de un silencio tan nutricio, tan suculento que no me adentraba en él sino con una especie de gula, sobre todo en aquellas mañanas todavía frías de la semana de Pascua en que lo saboreaba mejor por estar recién llegado a Combray: antes de entrar a desear los buenos días a la tía, me hacían esperar un momento en la primera estancia donde el sol,

todavía invernal, había ido a calentarse a la lumbre, ya encendida entre los dos ladrillos, que encalaba todo el cuarto con un olor a hollín, convirtiéndolo en uno de esos grandes «antehornos» de campo, o en una de esas campanas de chimenea de castillos, bajo los cuales se desea que fuera arrecien la lluvia, la nieve, hasta alguna catástrofe diluvial, para añadir al bienestar de la reclusión la poesía de la invernada; daba unos pasos desde el reclinatorio a los sillones de terciopelo estampado, siempre revestidos con sus reposacabezas de ganchillo; y el fuego, cociendo como una pasta los apetitosos olores que supuraba el aire del cuarto y a los que ya había hecho trabajar y «levantarse» el frescor húmedo y soleado de la mañana, los hojaldraba, los doraba, les hacía pliegues, los hinchaba, transformándolos en un invisible y palpable pastel provinciano, una inmensa «empanadilla» a la que, nada más saborear los aromas más curruscantes, más finos, más reputados, pero también más secos de la alacena, de la cómoda y del papel rameado, yo siempre volvía con una inconfesada codicia para enviscarme en el aroma mediocre, pringoso, soso, indigesto y afrutado de la colcha de flores.

En la habitación contigua, oía a la tía hablar completamente sola a media voz. Nunca hablaba sino bajito por estar convencida de tener en la cabeza algo roto y oscilante que podía desplazar si hablaba demasiado fuerte, pero nunca se quedaba mucho rato, incluso estando sola, sin decir algo, porque creía que era saludable para su garganta y que, impidiendo a la sangre detenerse ahí, serían menos frecuentes los ahogos y angustias que sufría; además, en la inercia absoluta en que vivía, prestaba a sus menores sensaciones una importancia extraordinaria; les confería una motilidad que hacía difícil guardárselas, y a falta de confidente a quien comunicarlas, se las anunciaba a sí misma, en un perpetuo monólogo que era su única forma de actividad. Por desgracia, tras haber contraído el hábito de pensar en voz alta, no siempre se cuidaba de si había alguien en la habitación contigua, y a menudo la oía yo decirse: «Tengo que acordarme de que no he dormido» (no dormir nunca, ésa era su mayor pretensión, que dejaba sus marcas respetuosas en nuestro lenguaje: por la mañana Françoise no iba a «despertarla», sino que «entraba» en su cuarto; cuando la tía quería echar una cabezadita

durante el día, se decía que deseaba «reflexionar» o «reposar»; y si, hablando, alguna vez se le olvidaba hasta el punto de decir: «lo que me ha despertado» o «he soñado que», se ponía colorada y se desdecía lo más rápidamente posible).

Al cabo de un momento, yo entraba a darle un beso; Françoise mandaba hacerle una infusión de té, o, si mi tía se sentía agitada, pedía en su lugar una tisana, y era entonces yo quien se encargaba de hacer caer de la bolsita de farmacia a un platillo la cantidad de tila que luego había que poner en el agua hirviendo. Al secarse, los tallos se habían curvado en un caprichoso enrejado de cuyas volutas salían las pálidas flores, como si las hubiese dispuesto un pintor, como si las hubiese hecho posar del modo más ornamental. Después de haber perdido o cambiado su aspecto, las hojas se parecían a las cosas más diversas, a un ala transparente de mosca, al reverso blanco de una etiqueta, a un pétalo de rosa, pero que hubieran sido apiladas, machacadas o trenzadas como en la confección de un nido. Mil pequeños detalles inútiles —fascinante prodigalidad del farmacéutico — que en un preparado ficticio se hubieran suprimido, me daban, como un libro donde nos maravilla encontrar el nombre de una persona conocida, el placer de comprender que realmente se trataba de tallos de tilos auténticos, como los que veía en la avenida de la Gare, transformados, precisamente porque no eran falsos sino tallos de verdad envejecidos. Y, como cada nuevo rasgo no era otra cosa que la metamorfosis de un rasgo antiguo, en las bolitas grises reconocía las yemas verdes que no han llegado a madurar; pero, sobre todo la luminosidad rosada, lunar y suave que hacía resaltar las flores en la frágil selva de tallos donde estaban suspendidas como pequeñas rosas de oro, señal, como la claridad que todavía revela en una pared el sitio de un fresco borrado, de la diferencia entre las partes del árbol que habían sido «en color» y las que no lo habían sido, me indicaba que aquellos pétalos eran los mismos que antes de adornar de flores la bolsita de la farmacia habían aromado las noches de primavera. Aquella llama rosa de cirio seguía siendo su coloración, pero semiapagada y adormecida en aquella vida menguada que ahora era la suya y que es como el crepúsculo de las flores. No tardaba mucho la tía en mojar en la infusión hirviente, cuyo gusto a hoja muerta o a

flor marchita saboreaba, una pequeña magdalena; y cuando estaba suficientemente ablandado me ofrecía un trozo.

A un lado de su cama había una enorme cómoda amarilla de madera de limonero y una mesa que servía al mismo tiempo de botiquín y de altar, donde, debajo de una estatuilla de la Virgen y de una botella de Vichy-Célestins, había libros de misa y recetas de medicamentos, todo lo necesario para seguir desde la cama los oficios y el régimen, para que no se le pasase la hora de la pepsina ni la de vísperas. En el otro lado, la cama corría a lo largo de la ventana; tenía la calle al alcance de la vista y allí leía de la mañana a la noche, para distraerse, al modo de los príncipes persas, la crónica cotidiana aunque inmemorial de Combray[51], que luego comentaba con Françoise.

No pasaba con la tía más de cinco minutos: enseguida me mandaba marcharme por miedo a que la cansase. Tendía a mis labios su triste frente pálida e insulsa sobre la que, a esa hora matinal, aún no habían colocado los postizos, donde las vértebras[52] se transparentaban como las puntas de una corona de espinas o las cuentas de un rosario; y me decía: «Anda, hijito, vete, vete a prepararte para la misa; y si encuentras abajo a Françoise, dile que no se entretenga mucho con vosotros, que suba enseguida a ver si necesito algo».

De hecho, Françoise, que estaba hacía años a su servicio y no sospechaba entonces que un día pasaría por entero al nuestro, descuidaba un poco a la tía los meses que nosotros estábamos allí. Antes de que fuéramos a Combray, cuando tía Léonie todavía pasaba el invierno en París en casa de su madre, hubo un tiempo en mi infancia en que conocía tan poco a Françoise que el 1. de enero, antes de entrar en casa de la tía abuela, mi madre me ponía en la mano una moneda de cinco francos y me decía: «Sobre todo, no te equivoques de persona. Antes de darla, espera a oírme decir: "Buenos días, Françoise"; y en ese momento te daré un golpecito en el brazo». Nada más llegar a la oscura antecámara de la tía vislumbrábamos en la sombra, bajo los cañones de una cofia reluciente, rígida y frágil como si fuera de azúcar hilado, los remolinos concéntricos de una

anticipada sonrisa de gratitud. Era Françoise, inmóvil y de pie en el marco de la puertecita del pasillo, como una estatua de santa en su hornacina. A medida que íbamos acostumbrándonos a aquellas tinieblas de capilla, percibíamos en su rostro el amor desinteresado por el género humano, el respeto enternecido por las clases altas que la esperanza del aguinaldo exaltaba a las mejores regiones de su corazón. Mamá me pellizcaba el brazo con violencia y decía con voz fuerte: «Buenos días, Françoise». A esta señal mis dedos se abrían y soltaba la moneda que encontraba, para recibirla, una mano confusa, aunque tendida. Pero desde que íbamos a Combray, a nadie conocía yo mejor que a Françoise, éramos sus preferidos, sentía por nosotros, al menos los primeros años, junto a la misma consideración que por la tía, una inclinación más viva, porque al prestigio de formar parte de la familia (sentía tanto respeto como un trágico griego por los lazos invisibles que anuda entre los distintos miembros de una familia la circulación de una misma sangre), nosotros añadíamos la fascinación de no ser sus amos habituales. Por eso, con qué alegría nos recibía, compadeciéndonos por no tener todavía mejor tiempo, el día de nuestra llegada, la víspera de Pascua, cuando a menudo hacía un viento glacial, mientras mamá le preguntaba por su hija y sus sobrinos, si su nieto era gracioso, qué pensaban hacer con él, si se parecería a su abuela.

Y cuando todos se habían ido, mamá, sabiendo que Françoise todavía lloraba a sus padres muertos hacía años, le hablaba de ellos con dulzura, le preguntaba mil detalles sobre lo que había sido su vida.

Había adivinado que Françoise no quería a su yerno, y que era él quien le estropeaba el placer de estar con su hija, con la que no hablaba con igual libertad si estaba delante. Por eso, cuando Françoise iba a verlos, a unas cuantas leguas de Combray, mamá le decía sonriendo: «¿Verdad, Françoise, que si Julien se viera obligado a ausentarse y tuviese a Marguerite para usted sola todo el día, lo sentiría mucho pero sabría resignarse?». Y Françoise le decía riendo: «La señora lo sabe todo; la señora es peor que los rayos X[53] *(decía a; con dificultad fingida y con una sonrisa para burlarse de sí misma, por*

usar, ignorante como era, ese término culto) que trajeron para Madame Octave y que ven lo que una tiene en el corazón», y desaparecía, confusa por que se ocupasen de ella, acaso para que no la viésemos llorar; mamá era la primera persona que le daba esa dulce emoción de sentir que su vida, sus dichas y sus penas de aldeana podían presentar interés, ser motivo de alegría o de tristeza para alguien que no fuera ella misma. La tía se resignaba a privarse un poco de Françoise durante nuestra estancia, sabiendo cuánto apreciaba mi madre el servicio de aquella criada inteligente y activa, no menos bella y arreglada a las cinco de la mañana en la cocina, bajo su cofia cuyo encañonado resplandeciente y fijo parecía de bizcocho, que para ir a misa mayor; que todo lo hacía bien y trabajaba como una burra, se encontrase con buena o con mala salud, pero sin ruido, como si no hiciese nada, única de las criadas de la tía que, cuando mamá pedía agua caliente o café negro, los traía realmente hirviendo; era una de esas personas del servicio que, en una casa, son las que a primera vista más desagradan a un extraño, tal vez porque no se toman la molestia de conquistarlo ni le prestan particular atención, sabiendo sobradamente que no le necesitan, que antes dejarían de recibir en la casa al invitado que prescindir de sus servicios; y que son en cambio las que más aprecian los amos, que han probado sus capacidades reales y no se preocupan de ese encanto superficial, de esa palabrería servil que causa buena impresión a una visita, pero que muchas veces esconde una nulidad ineducable.

Cuando Françoise, después de haberse asegurado de que mis padres tuviesen cuanto necesitaban, subía una primera vez al cuarto de la tía para darle su pepsina y preguntarle qué tomaría para desayunar, era muy raro que no tuviese que expresar su opinión o proporcionar explicaciones sobre algún acontecimiento importante.

—Figúrese, Françoise, Mme. Goupil ha pasado a buscar a su hermana con más de un cuarto de hora de retraso; a poco que se entretenga en el camino no me extrañaría que llegase después de la elevación.

—Bah, no tendría nada de particular, respondía Françoise.

—Françoise, si llega a venir cinco minutos antes, habría visto pasar a Mme. Imbert con unos espárragos dos veces más gordos que los de

la vieja Callot; intente sonsacarle a su criada dónde los ha conseguido. Ya que este año nos pone usted espárragos en todas las salsas, podría comprarlos de ésos para nuestros viajeros.

—No tendría nada de particular que vengan de casa del señor cura, decía Françoise.

—Pero ¡qué me dice de casa del señor cura, mi pobre Françoise! Sabe usted de sobra que sólo le crecen unos miserables esparraguillos de nada. Le repito que éstos eran gordos como un brazo. No como el de usted, desde luego, sino como mi pobre brazo que tanto ha vuelto a adelgazar este año.

—Françoise, ¿no ha oído ese maldito carillón que ha estado a punto de romperme el tímpano?

—No, Madame Octave.

—¡Ay, hija mía, qué dura de oído debe de ser usted, ya puede darle gracias a Dios! Era la Maguelone, que había venido a buscar al doctor Piperaud. Ha salido enseguida con ella, y han torcido por la calle de L'Oiseau. Tiene que haber algún niño enfermo.

—¡Vaya por Dios!, suspiraba Françoise, incapaz de oír hablar de una desgracia ocurrida a un desconocido, incluso en una parte remota del mundo, sin ponerse a gemir.

—Françoise, ¿por quién habrá sonado la campana de los muertos? ¡Dios mío! ¡Ah, claro, por Mme. Rousseau! ¡Pobre de mí, había olvidado que se nos fue la otra noche! ¡Ay, ya es hora de que Dios me llame, ya no sé dónde tengo la cabeza desde la muerte de mi pobre Octave! Bueno, hija mía, le estoy haciendo perder el tiempo.

—No, Mme. Octave, mi tiempo no vale mucho; el que lo hizo no nos lo vendió. Voy sólo a ver si no se me apaga la lumbre.

Así apreciaban juntas Françoise y mi tía, en el curso de esa sesión matinal, los primeros acontecimientos del día. Pero, en ocasiones tales, esos acontecimientos revestían un carácter tan misterioso y grave que la tía se sentía incapaz de esperar a que Françoise subiera, y entonces resonaban por toda la casa cuatro formidables campanillazos.

—Pero si todavía no es la hora de la pepsina, señora Octave, decía Françoise. ¿Ha sentido algún mareo?

—No, Françoise, claro que no, decía la tía; bueno, sí, ya sabe que ahora son muy pocos los momentos en que no me mareo; un día me moriré como Mme. Rousseau sin tiempo siquiera de darme cuenta; pero no llamo por eso. ¿Querrá creer que acabo de ver, como la estoy viendo a usted, a Mme. Goupil con una niñita que no conozco? Vaya ahora mismo a la tienda de Camus a comprar dos sous de sal. Raro será que Théodore no sepa decirle quién es.

—Pues será la hija de M. Pupin, decía Françoise, que prefería atenerse a una explicación inmediata después de haber ido ya dos veces aquella mañana a la tienda de Camus.

«¡La hija de M. Pupin! ¡Ah, no puede ser, querida Françoise! ¿No iba yo a reconocerla?»

—No me refiero a la mayor, señora Octave, me refiero a la pequeña, la que está interna en Jouy. Me parece haberla visto esta mañana.

—¡Ah, en ese caso!…, decía mi tía. Habrá venido para las fiestas. ¡Sí, eso ha de ser! No hay necesidad de preguntar, habrá venido para las fiestas. Pues entonces no tardaremos mucho en ver a Mme. Sazerat llamar en casa de su hermana para el almuerzo. ¡Seguro!, ¡He visto al chiquillo de los Galopin pasar con una tarta! Ya verá como la tarta iba a casa de Mme. Goupil.

—Pues si Mme. Goupil tiene visita, señora Octave, no tardará usted en ver a todos sus invitados volver para la comida, porque empieza a no ser temprano, decía Françoise a quien, impaciente por bajar a ocuparse de la comida, no le importaba dejar a la tía con la perspectiva de esa distracción.

«Pero no antes de las doce», respondía la tía en tono resignado, mientras lanzaba al péndulo una ojeada inquieta, aunque furtiva, para no dar a entender que, pese a haber renunciado a todo, sentía sin embargo un placer vivísimo descubriendo quiénes eran los invitados de Mme. Goupil, aunque por desgracia todavía se hicieran esperar algo más de media hora. «¡Y encima puede que lleguen mientras estoy comiendo!», añadió en voz baja para sí misma. La comida la entretenía lo suficiente para no desear otra distracción al mismo tiempo. «Por lo menos, no se le olvide traerme mis huevos a la crema en un plato llano». Eran los únicos que estaban decorados con figuras,

y en cada almuerzo la tía se entretenía con la leyenda del plato que le servían ese día. Se calaba sus lentes y descifraba: Alí Babá y los cuarenta ladrones, Aladino o la lámpara maravillosa[54], y decía sonriendo: «Muy bien, muy bien».

«Podría ir a casa de Camus…», decía Françoise viendo que la tía ya no la mandaría.

«No, no merece la pena, seguro que era la pequeña Pupin. Ay, pobre Françoise, siento haberla hecho subir por una tontería».

Pero mi tía sabía perfectamente que no había llamado a Françoise por una tontería, porque, en Combray, una persona «que no se conocía» era un ser tan poco creíble como un dios mitológico, y de hecho nadie recordaba que, cuando en la calle du Saint-Esprit o en la plaza, se había producido una de esas apariciones estupefacientes, indagaciones bien llevadas a cabo no hubiesen terminado reduciendo el personaje fabuloso a las proporciones de una «persona conocida», bien personalmente, bien en abstracto, por su estado civil o por tener tal o cual grado de parentesco con gente de Combray. Era el hijo de Mme. Sauton que volvía del servicio militar, la sobrina del abad Perdreau[55] que salía del convento, el hermano del párroco, recaudador de impuestos en Châteaudun, que acababa de jubilarse o que había venido a pasar las fiestas. Al verlos, habían sentido la emoción de creer que en Combray había personas a las que no conocían, simplemente porque no las habían reconocido o identificado de inmediato. Y sin embargo, mucho tiempo atrás Mme. Sauton y el párroco habían avisado que esperaban a sus «viajeros». Cuando por la noche, de vuelta en casa, subía yo a contar nuestro paseo a la tía y cometía la imprudencia de decirle que, cerca del Puente Viejo, habíamos encontrado a un hombre que el abuelo no conocía, exclamaba: «¡Un hombre que tu abuelo no conoce! ¡Ésa si que es buena!». No obstante, algo emocionada por la noticia, quería quedarse tranquila y mandaba llamar al abuelo. «¿Con quién se ha encontrado cerca del Puente Viejo, tío? ¿Una persona a la que usted no conocía? —¡Qué va!, respondía el abuelo, era Prosper, el hermano del jardinero de Mme. Bouilleboeuf. —¡Ah, claro!», decía la tía, tranquila ya y un poco colorada; luego, encogiéndose de hombros

con una sonrisa irónica, añadía: «¡Es que me ha dicho que se había encontrado usted con una persona a la que no conocía!». Y me recomendaban ser más cauto otra vez y no inquietar a la tía con palabras irreflexivas. En Combray se conocía tan bien todo el mundo, animales y personas, que si por casualidad la tía había visto pasar un perro que «no conocía», no dejaba de pensar en ello y consagrar a este hecho incomprensible toda su capacidad de inducción y sus horas de libertad.

«Será el perro de Mme. Sazerat», decía Françoise sin mucha convicción, tratando de calmar a la tía y para que no se «rompiese la cabeza».

«¡Como si no conociese yo al perro de Mme. Sazerat!», replicaba la tía, cuyo espíritu crítico no admitía tan fácilmente un hecho.

«¡Ah!, entonces será el perro nuevo que M. Galopin se ha traído de Lisieux».

—Puede ser…

—Parece que es un animal muy tranquilo, añadía Françoise, que había recibido la información de Théodore, «listo como una persona, siempre de buen humor, siempre amable y siempre bastante simpático».

Es raro que un animal tan pequeño sea tan gracioso. Señora Octave, voy a tener que dejarla, no puedo seguir entreteniéndome, son casi las diez, ni siquiera tengo encendido el horno, y todavía tengo que pelar los espárragos.

—¡Cómo! ¡Otra vez espárragos, Françoise! ¡Es una verdadera fijación la que tiene usted este año con los espárragos! Acabará por aburrir a nuestros parisienses.

—No, señora Octave, les gustan mucho. Volverán de la iglesia con buen apetito y ya verá que no se andan con chiquitas.

—Pues ya deben de estar en la iglesia; hará bien en no perder tiempo. Ande, vaya a preparar la comida.

Mientras mi tía parloteaba así con Françoise, yo acompañaba a mis padres a misa. ¡Cuánto amaba yo nuestra iglesia, y qué bien la recuerdo ahora! El viejo pórtico por el que entrábamos, negro, agujereado como una espumadera, tenía los ángulos desviados y profundamente hundidos (lo mismo que la pila de agua bendita hacia

donde nos llevaba) como si el suave roce de las mantillas de las aldeanas que entraban en la iglesia y de sus tímidos dedos recogiendo el agua bendita pudiese adquirir, repetido durante siglos, una fuerza destructiva, doblegar la piedra y tallarle surcos como los que traza la rueda de las carretas en el guardacantón contra el que choca todos los días. Tampoco sus lápidas sepulcrales, bajo las que el noble polvo de los abades de Combray, allí enterrados, hacía de pavimento espiritual al coro, eran ya materia inerte y dura, porque el tiempo las había ablandado y hecho fluir como miel fuera de los límites de su propio marco cuadrado, con un flujo rubio y desbordante que había arrastrado a la deriva una mayúscula gótica de flores, o inundado las blancas violetas del mármol; antes de llegar a ellas, además, se habían reabsorbido, contrayendo todavía más la elíptica inscripción latina, introduciendo un capricho suplementario en la disposición de aquellos caracteres abreviados, acercando dos letras de una palabra mientras las otras se distanciaban desmesuradamente. Sus vidrieras nunca brillaban tanto como los días en que el sol apenas se dejaba ver, de modo que, aunque fuese gris el tiempo, se podía estar seguro de que en la iglesia haría bueno; una de ellas estaba ocupada en toda su dimensión por un solo personaje semejante a un rey de baraja, que vivía arriba, bajo un dosel arquitectónico, entre cielo y tierra (y en cuyo reflejo oblicuo y azul algunas veces, durante la semana, a mediodía, cuando no hay misas —en uno de esos raros momentos en que la iglesia ventilada, vacía, más humana, lujosa, con sol sobre su rico mobiliario, parecía casi habitable como el vestíbulo, de piedra tallada y vidrios pintados, de un hotel de estilo medieval—, se veía arrodillarse un momento a Mme. Sazerat, dejando en el reclinatorio contiguo un paquete muy bien envuelto de pasteles que acababa de comprar en la pastelería de enfrente y que llevaría a casa para la comida); en otra, una montaña de nieve rosa, a cuyo pie se libraba una batalla, parecía haber escarchado la vidriera misma hinchándola con su turbio granizo como un cristal en el que hubieran quedado copos, pero copos iluminados por alguna aurora (por la misma sin duda que empurpuraba el retablo del altar con tonos tan frescos que más parecían puestos allí momentáneamente por un resplandor externo presto a desvanecerse que por colores fijados para siempre en

la piedra); y eran todos tan antiguos que aquí y allá se veía relumbrar su vejez argentada por el polvo de los siglos y mostrar, brillante y gastada hasta la cuerda, la trama de su delicado tapiz de cristal. Una era una especie de alto compartimento dividido en un centenar de pequeños cristales rectangulares donde dominaba el azul, como una desmesurada baraja semejante a las que debían de entretener al rey Carlos VI[56]; pero, bastaba que brillase un rayo, o que mi mirada, al moverse, hiciese deslizarse por la vidriera, que se apagaba y se reanimaba, un incendio móvil y precioso, para que al cabo de un instante asumiese el esplendor tornasolado de una cola de pavo real, para luego temblar y serpentear formando una lluvia resplandeciente y fantástica que goteaba desde lo alto de la bóveda sombría y rocosa, a lo largo de las paredes húmedas, como si se hubiese penetrado, siguiendo a mis padres que llevaban en sus manos el devocionario, en la nave de alguna caverna irisada por sinuosas estalactitas; un momento después, los pequeños cristales romboidales habían adoptado la transparencia profunda, la infrangibie dureza de zafiros yuxtapuestos sobre algún inmenso pectoral, pero tras los cuales se sentía, más amada que cualquiera de esas riquezas, una sonrisa brevísima del sol, tan reconocible en el flujo azul y suave con que bañaba las pedrerías como en los adoquines de la plaza o en la paja del mercado; e incluso en nuestros primeros domingos cuando llegábamos antes de Pascua, ese sol me consolaba de la desnudez y negrura en que la tierra estaba todavía, haciendo abrirse, como en una primavera histórica y que datase de los sucesores de san Luis[57], aquel tapiz deslumbrante y dorado de miosotis de cristal.

Dos tapices de alto lizo representaban la coronación de Ester[58] (según la tradición, Asuero tomaba prestados sus rasgos a un rey de Francia, y Ester a una dama de Guermantes a la que amaba), cuyos colores, al mezclarse, le habían añadido expresión, relieve y luminosidad; una pizca de rosa flotaba en los labios de Ester más allá del dibujo de su contorno, el amarillo de su vestido se desplegaba tan untuosa y generosamente que adquiría una especie de consistencia y se elevaba con vivacidad sobre la atmósfera atenuada; y el verdor de los árboles seguía vivo en las partes bajas del lienzo de seda y lana,

pero por arriba se había «pasado», poniendo de relieve en un tono más pálido, por encima de los troncos oscuros, las altas ramas amarillentas, doradas y como semiborradas por la brusca y oblicua iluminación de un sol invisible. Todo esto, y más todavía los preciosos objetos que la iglesia había recibido de personajes que para mí eran casi de leyenda (la cruz de oro labrada, según decían, por san Eloy y donada por Dagoberto[59], la tumba de los hijos de Luis el Germánico[60], en pórfido y cobre esmaltado), me hacían avanzar por la iglesia, cuando nos dirigíamos a nuestros asientos, como por un valle visitado por las hadas, donde el aldeano se maravilla viendo en una roca, en un árbol, en un charco, la huella palpable de su paso sobrenatural; y todo esto la convertía a mis ojos en algo completamente distinto del resto de la ciudad: un edificio que ocupaba, por así decir, un espacio en cuatro dimensiones —la cuarta era la del Tiempo—, que desplegaba a través de los siglos su navío que parecía vencer y franquear, de fila en fila de bancos, de capilla en capilla, no sólo unos metros, sino épocas sucesivas de las que terminaba saliendo victorioso; que escondía el rudo y feroz siglo XI en el espesor de sus muros, de donde sólo asomaba con sus pesadas cimbras taponadas y cegadas por groseros morrillos a través del profundo corte excavado junto al pórtico por la escalera del campanario, e incluso ahí, disimulado por las graciosas arcadas góticas que llenas de coquetería se apiñaban delante, como hermanas mayores que se colocan sonriendo delante de un hermanito grosero, gruñón y mal vestido para esconderlo de los extraños; que alzaba en el cielo, por encima de la Plaza, la torre que san Luis había contemplado y que todavía parecía verle; y que se hundía con su cripta en una noche merovingia donde, guiándonos a tientas bajo la bóveda oscura y de nervaduras tan fuertes como la membrana de un inmenso murciélago de piedra, Théodore y su hermana nos alumbraban con una candela la tumba de la hijita de Sigeberto, sobre la que una profunda valva —semejante a la huella de un fósil— había sido excavada, según decían, «por una lámpara de cristal que, la noche del asesinato de la princesa franca se desprendió, por sí sola, de las cadenas de oro que la sostenían en el lugar mismo del actual

ábside, y, sin que se rompiese el cristal, sin que la llama se apagase, se había hundido en la piedra y la había hecho ceder blandamente bajo su peso[61]».

¿Puede hablarse realmente del ábside de la iglesia de Combray? ¡Era tan tosco, tan falto de belleza artística e incluso de impulso religioso! Por fuera, como el cruce de calles al que daba se encontraba en un nivel inferior, su tosco muro se alzaba sobre un basamento de morrillos sin labrar, erizados de piedras, donde no había nada de particularmente eclesiástico; las vidrieras parecían abrirse a una altura excesiva, y el conjunto se asemejaba más a un muro de cárcel que de iglesia. Y desde luego, más tarde, recordando todos los ábsides gloriosos que me ha sido dado ver, nunca se me habría ocurrido compararlos con el ábside de Combray. Tan sólo un día, al doblar una pequeña calle de provincia, frente a un cruce de tres callejas distinguí un muro zafio y sobrealzado, con vidrieras abiertas en lo alto que ofrecían el mismo aspecto asimétrico que el ábside de Combray. No me pregunté entonces como en Chartres o en Reims por la potencia con que allí se expresaba el pensamiento religioso, pero involuntariamente exclamé: «¡La Iglesia!».

¡La iglesia! Familiar; contigua, en la calle Saint-Hilaire donde se abría la puerta norte, a sus dos vecinas, la farmacia de M. Rapin y la casa de Mme. Loiseau, con la que lindaba sin separación alguna: simple ciudadana de Combray que habría podido tener su número en la calle si las calles de Combray hubieran tenido números, y donde parece que el cartero habría debido detenerse por la mañana al hacer su reparto, antes de entrar en casa de Mme. Loiseau, e inmediatamente después de salir de casa de M. Rapin, entre ella y todo lo que no era ella existía sin embargo una demarcación que mi espíritu nunca consiguió franquear. Aunque en la ventana de Mme. Loiseau crecieran las fucsias, que tenían la mala costumbre de dejar correr ciegamente y por todos lados sus ramas de cabeza baja, y cuyas flores no tenían nada más urgente que hacer, cuando estaban algo crecidas, que ir a refrescar sus mejillas violetas y congestionadas contra la sombría fachada de la iglesia, no por eso aquellas fucsias se volvían sagradas para mí; si mis ojos no registraban intervalo alguno

entre las flores y la renegrida piedra en que se apoyaban, mi mente seguía percibiendo un abismo.

Podía reconocerse el campanario de Saint-Hilaire desde muy lejos, inscribiendo su figura inolvidable en un horizonte donde aún no se distinguía Combray; cuando, desde el tren que nos llevaba la semana de Pascua desde París, mi padre lo divisaba escrutando uno tras otro todos los surcos del cielo, y haciendo correr en todas direcciones su pequeño gallo de hierro, nos decía: «Vamos, recoged las mantas, que hemos llegado». Y en uno de los paseos más largos que dábamos desde Combray, había un punto en que el estrecho camino desembocaba de pronto en una inmensa meseta cerrada en el horizonte por unos bosques recortados que únicamente superaba la fina aguja del campanario de Saint-Hilaire, pero tan delgada, tan rosa, que apenas parecía trazada en el cielo por una uña que hubiese querido añadir a aquel paisaje, a aquel cuadro hecho nada más que de naturaleza, esta leve marca artística, esta única indicación humana. Cuando nos acercábamos y podía distinguirse el resto de la torre cuadrada y semiderruida que, menos alta, subsistía a su lado, extrañaba sobre todo el tono rojizo y sombrío de las piedras; y en una brumosa mañana de otoño, elevándose por encima del violeta tormentoso de los viñedos, se hubiera dicho una ruina púrpura del color casi de la parra virgen.

Cuando volvíamos del paseo, muchas veces mi abuela me obligaba a pararme en la plaza para contemplarlo. Desde las ventanas de su torre, situadas de dos en dos unas encima de otras, con esa exacta y original proporción en las distancias que sólo se acompaña de dignidad y belleza en los rostros humanos, soltaba, dejaba caer a intervalos regulares bandadas de cuervos que, durante un momento, revoloteaban chillando, como si las viejas piedras que los dejaban retozar fingiendo no verlos, vueltas inhabitables de improviso y portadoras de un principio de agitación infinita, los hubiesen golpeado y expulsado. Luego, después de haber rayado en todos los sentidos el terciopelo violeta del aire del atardecer, bruscamente sosegados regresaban para sumergirse en la torre, convertida de nefasta en propicia, con algunos posados aquí y allá, inmóviles en apariencia pero atrapando tal vez algún insecto, en la punta de un

pináculo, como una gaviota parada con la inmovilidad de un pescador en la cresta de una ola. Sin saber del todo la razón, mi abuela encontraba en el campanario de Saint-Hilaire esa ausencia de vulgaridad, de pretensión, de mezquindad que le hacía estimar y creer dotadas de influencia benéfica a la naturaleza, siempre que la mano del hombre no la hubiera empequeñecido, como hacía el jardinero de mi tía abuela, y a las obras geniales. E, indudablemente, toda parte visible de la iglesia la distinguía de cualquier otro edificio gracias a una especie de pensamiento que le era infuso, pero en el campanario parecía tomar conciencia de sí, afirmar una existencia individual y responsable. Era él quien hablaba por ella. Creo sobre todo que, de forma confusa, la abuela encontraba en el campanario de Combray todo lo que más apreciaba en el mundo, la naturalidad y la distinción. Ignorante en materias arquitectónicas decía: «Hijos míos, burlaos de mí si queréis, quizá no sea bello según las reglas, pero su figura antigua y extraña me fascina. Estoy segura de que si tocase el piano, no tocaría seco». Y mirándolo, siguiendo con la vista la delicada tensión, la inclinación ferviente de sus piedras en declive que se acercaban alzándose como manos juntas que rezan, se unía de modo tan cabal a la efusión de la aguja que su mirada parecía lanzarse con ella hacia la altura; y al mismo tiempo sonreía amistosa a las viejas piedras gastadas que el crepúsculo ya sólo iluminaba en el caballete y que, desde el momento en que entraban en esa zona soleada, suavizadas por la luz, parecían de pronto haber subido mucho más, y más lejos, como un canto continuado «en falsete» una octava más alto.

Era el campanario de Saint-Hilaire el que daba a todas las ocupaciones, a todas las horas, a todas las perspectivas de la ciudad, su rostro, su coronamiento, su consagración. Desde mi cuarto, sólo podía divisar la base que habían recubierto de pizarras; pero cuando los domingos las veía, en la cálida mañana de estío, flamear como un sol negro, me decía: «¡Dios mío! ¡Las nueve! Debo arreglarme para misa mayor si quiero tener tiempo de ir antes a dar un beso a tía Léonie», y sabía exactamente el color que tenía el sol en la plaza, el calor y el polvo del mercado, la sombra que formaba el toldo de la tienda donde acaso mamá entrase antes de misa envuelta en una

fragancia de tela cruda, para comprar algún pañuelo que mandaría enseñarle, mientras se enderezaba, obsequioso, el dueño, recién salido de la trastienda adonde, disponiéndose a cerrar, había ido para ponerse la chaqueta de domingo y enjabonarse las manos que cada cinco minutos solía restregar una contra otra, incluso en las circunstancias más melancólicas, con aire emprendedor, satisfecho y galante.

Cuando, acabada la misa, entrábamos para decirle a Théodore que llevase un brioche mayor que de costumbre porque nuestros primos habían aprovechado el buen tiempo para venir desde Thiberzy a comer con nosotros, enfrente teníamos el campanario que, dorado y cocido como un brioche bendito y gigantesco, con escamas y gotitas gomosas de sol, clavaba su aguda punta en el azul del cielo. Y al atardecer, cuando volvía de paseo pensando en que pronto me vería obligado a darle las buenas noches a mamá y a no verla, era por el contrario tan suave, en el día que acababa, que parecía puesto y hundido como un cojín de terciopelo oscuro sobre el cielo pálido que había cedido a su presión y, ahuecándose ligeramente para hacerle sitio, tornaba hacia sus bordes; y los chillidos de los pájaros que revoloteaban alrededor parecían aumentar su silencio, elevar todavía más su aguja y prestarle un no sé qué de inefable.

Hasta cuando teníamos que hacer recados detrás de la iglesia, desde donde no se la veía, todo parecía ordenado en relación al campanario, que surgía aquí o allá entre las casas, todavía más emocionante quizá, cuando aparecía así, sin la iglesia. Hay desde luego muchos otros más hermosos vistos de esta manera, y en mi recuerdo guardo viñetas de campanarios sobresaliendo por encima de los tejados, con un carácter artístico diferente de las que componían las melancólicas calles de Combray. No olvidaré nunca, en una curiosa ciudad de Normandía[62] no lejos de Balbec, dos deliciosos palacetes del siglo XVIII, que por muchos conceptos me son caros y venerables y entre los cuales, mirando desde el hermoso jardín que de las escalinatas desciende hacia el río, la flecha gótica de una iglesia que tapan se lanza hacia lo alto, con aire de terminar, de rematar sus fachadas, pero de un modo tan distinto, tan precioso y anillado, tan

rosado y pulido que claramente se ve que no forma parte de ellas, como tampoco la forma de dos hermosas guijas pulidas, entre las que está presa en la playa, la flecha purpurina y dentada de alguna concha torneada en forma de torrecilla y escarchada de esmalte. Hasta en París, en uno de los barrios más feos de la ciudad, sé de una ventana desde la que puede verse, tras un primer, un segundo e incluso un tercer término formado por los tejados sumados de varias calles, una campana violeta, a veces rojiza, también otras veces, cuando la atmósfera tira una de sus más nobles «pruebas de artista», de un negror aclarado de cenizas, que no es otra que el cimborrio de Saint-Augustin[63] y que otorga a esa vista de París el carácter de ciertas panorámicas romanas de Piranesi[64]. Pero como en ninguno de esos pequeños grabados, por más gusto que haya puesto mi memoria en darles realidad, pudo poner lo que hacía mucho yo había perdido, el sentimiento que nos permite no considerar una cosa como un espectáculo sino creer en ella como en un ser incomparable, ninguno de ellos tiene bajo su dependencia una parte entera de mi vida, como hace el recuerdo con esas apariciones del campanario de Combray en las calles detrás de la iglesia. Si lo veíamos a las cinco, cuando íbamos a por las cartas al despacho de correos, unas cuantas casas más abajo, a la izquierda, elevando bruscamente con su cima aislada la línea de caballetes de los tejados; o si, por el contrario, queriendo entrar a preguntar por Mme. Sazerat, seguíamos con los ojos aquella línea más baja por la caída de su otra vertiente, sabiendo que habría que torcer en la segunda calle, una vez pasado el campanario; o si yendo más lejos, camino de la estación, lo veíamos de soslayo, mostrando de perfil sus aristas y superficies nuevas como un sólido sorprendido en un momento desconocido de su rotación; o si, desde los márgenes del Vivonne, el ábside musculosamente recogido y realzado por la perspectiva daba la impresión de brotar del esfuerzo que el campanario hacía para lanzar su aguja al corazón del cielo: lo cierto es que siempre había que volver a él, siempre era él quien lo dominaba todo, conminando a las casas con un pináculo inesperado, alzado ante mí como el dedo de Dios cuyo cuerpo hubiera estado escondido entre la muchedumbre de los humanos sin que por eso yo

pudiera confundirlo con esa muchedumbre. Y todavía hoy, si en una gran ciudad de provincias o en un barrio de París que no conozco bien, un transeúnte que me «ha puesto en mi camino» me indica a lo lejos, como punto de referencia, tal campanil de hospital, tal campanario de convento levantando la punta de su bonete eclesiástico en la esquina de una calle que debo seguir, a poco que mi memoria pueda encontrarle borrosamente algún rasgo de semejanza con la querida y desaparecida fisonomía, el transeúnte, si se vuelve para asegurarse de que no me pierdo, puede verme, con gran sorpresa de su parte, olvidado del paseo emprendido o del recorrido obligado, parado allí, delante del campanario, durante horas, inmóvil, tratando de recordar, sintiendo en el fondo de mí unas tierras reconquistadas al olvido que se desecan y vuelven a formarse; y entonces sin duda, y con mayor ansiedad que hace un momento cuando le pedía que me informara, sigo buscando mi camino, doblo una calle… pero… es en mi corazón…

Al volver de misa, solíamos encontrar a M. Legrandin, quien, retenido en París por su profesión de ingeniero, salvo en las vacaciones de verano sólo podía ir a su propiedad de Combray del sábado por la noche al lunes por la mañana. Era una de esas personas que, además de una carrera científica en la que han conseguido brillantes triunfos, poseen una cultura totalmente distinta, literaria y artística, que su especialización profesional no utiliza pero de la que se beneficia su conversación. Más cultos que muchos literatos (en esa época ignorábamos que M. Legrandin tuviese cierta reputación como escritor, y quedamos muy sorprendidos al saber que un músico célebre había compuesto una melodía con versos suyos), dotados de más «facilidad» que muchos pintores, se figuran que la vida que llevan no es la que les habría convenido y ponen en sus ocupaciones positivas bien una indiferencia algo caprichosa, bien una dedicación continuada y altanera, desdeñosa, amarga y concienzuda. Alto, de hermosa figura, con un rostro pensativo y fino de largos bigotes rubios, de mirada azul y desencantada, de cortesía refinada, conversador como nunca habíamos oído a ninguno, encamaba a ojos de mi familia que siempre lo citaba como ejemplo, el tipo de hombre de élite que afronta la vida del modo más noble y delicado. La abuela sólo le

reprochaba hablar un poco demasiado bien, algo así como un libro, que su lenguaje careciese de la naturalidad que tenía en sus corbatas lavallière[65] siempre flotantes, en su chaqueta recta, casi de estudiante. También la dejaban atónita las encendidas peroratas que a menudo emprendía contra la aristocracia, la vida mundana, el esnobismo, «desde luego el pecado en el que piensa san Pablo cuando habla del pecado para el que no hay remisión[66]».

La ambición mundana era un sentimiento que la abuela era tan incapaz de sentir y casi de comprender que le parecía absolutamente inútil poner tanto ardor en reprobarla. Además, no le parecía de buen gusto que M. Legrandin, cuya hermana estaba casada cerca de Balbec con un gentilhombre de la Baja Normandía[67], atacase con tanta violencia a los nobles, hasta el punto de reprochar a la Revolución no haberlos guillotinado a todos.

«¡Salud, amigos!, nos decía viniendo a nuestro encuentro. ¡Qué suerte la suya por poder pasar tanto tiempo aquí; mañana yo he de volver a París, a mi nicho!».

«¡Oh!, añadía con aquella sonrisa dulcemente irónica y decepcionada, algo distraída, que le era peculiar, desde luego en mi casa no falta ninguna de las cosas inútiles. Sólo carece de lo necesario, un gran trozo de cielo como éste de aquí. Procure conservar siempre un trozo de cielo encima de su vida, muchacho, añadía volviéndose hacia mí. Tiene usted un alma muy hermosa, de una calidad rara, y temperamento de artista, no deje que carezca de lo que necesita».

Cuando, a nuestra vuelta, la tía nos mandaba preguntar si Mme. Goupil había llegado tarde a misa, éramos incapaces de informarla. Aumentábamos en cambio su preocupación diciéndole que en la iglesia había un pintor copiando la vidriera de Gilberto el Malo[68]. Françoise, enviada inmediatamente a la tienda de ultramarinos, había vuelto con las manos vacías por culpa de la ausencia de Théodore, a quien su doble profesión de chantre encargado de una parte del mantenimiento de la iglesia y de dependiente de la tienda confería, gracias a sus relaciones en esos dos mundos, un saber universal.

«¡Ay!, suspiraba la tía, ¡ojalá fuese ya la hora de Eulalie! Es la única que podrá decírmelo».

Eulalie era una chica coja, enérgica y sorda que se había «retirado» tras la muerte de Mme. de la Bretonnerie, en cuya casa había estado colocada desde su infancia y que había alquilado, junto a la iglesia, un cuarto del que bajaba a todas horas, bien a los oficios, bien, fuera de las horas de los oficios, a rezar un poco o a echar una mano a Théodore; el resto del tiempo lo dedicaba a visitar personas enfermas como mi tía Léonie, a quien contaba cuanto había pasado en misa o en vísperas. No despreciaba la oportunidad de añadir algún provecho eventual a la escasa renta que le pasaba la familia de sus antiguos señores yendo a inspeccionar de vez en cuando la ropa blanca del cura o de alguna otra notabilidad del mundo clerical de Combray. Sobre una mantilla de paño negro llevaba una pequeña toca blanca, casi de monja, y una enfermedad de la piel prestaba a una parte de sus mejillas y a su nariz corva los tonos de rosa vivo de la balsamina. Sus visitas eran la mayor distracción de tía Léonie, que apenas si recibía a otras personas, aparte del señor cura. La tía había ido eliminando poco a poco a todos los demás visitantes porque a sus ojos habían cometido el error de entrar en una u otra de las dos categorías de personas que detestaba. Unos, los peores, y de los que se libró primero, eran los que le aconsejaban no «escucharse» y profesaban, aunque fuera negativamente y poniéndolo de manifiesto sólo con ciertos silencios de desaprobación o ciertas sonrisas de duda, la subversiva doctrina de que un paseíto al sol y un buen bistec casi crudo (¡a ella, que conservaba catorce horas en el estómago dos malos sorbos de agua de Vichy!), le sentarían mejor que guardar cama y tomar medicinas. La otra categoría estaba formada por personas que parecían creer que se encontraba más grave de lo que pensaba, más grave también de lo que decía. Por eso, aquéllos a los que había permitido subir tras ciertas vacilaciones y gracias a las oficiosas instancias de Françoise y que, durante su visita, habían demostrado cuán poco dignos eran del favor que se les hacía por aventurar tímidamente un «¿No le parece que si con el buen tiempo se moviera usted un poco?», o quienes, por el contrario, cuando les había declarado: «Estoy muy mal, muy mal, amigos míos, en las últimas», le

habían respondido: «¡Ay! ¡Cuando falta la salud! Pero usted todavía puede durar mucho así», podían estar seguros, tanto unos como otros, de no volver a ser recibidos nunca. Y si Françoise se divertía ante la cara de susto de la tía cuando desde la cama divisaba en la calle du Saint-Esprit una de aquellas personas que parecía dirigirse a su casa, o cuando oía un campanillazo, se reía mucho más todavía, y como de una buena jugarreta, de las argucias siempre triunfantes de la tía para librarse de ellas y de su gesto descompuesto al irse sin haber logrado verla, y en el fondo admiraba a su ama a quien consideraba superior a todas aquellas personas por el hecho mismo de no querer recibirlas. La tía, en suma, exigía al mismo tiempo que aprobaran su régimen, que la compadeciesen por sus sufrimientos y que la tranquilizasen respecto a su porvenir.

Y en esto sí que destacaba Eulalie. La tía podía decirle veinte veces en un minuto: «Esto se acaba, mi pobre Eulalie», y veinte veces Eulalie replicaba: «Conociendo su enfermedad como la conoce, señora Octave, llegará a los cien años, como ayer mismo me decía Mme. Sazerin». (Una de las convicciones más firmes de Eulalie, que no había logrado mermar el imponente número de mentís aportados por la experiencia, era que Mme. Sazerat se llamaba Mme. Sazerin).

«No pido llegar a los cien años», replicaba la tía, que prefería no ver asignar a su vida un término preciso.

Y como, además, Eulalie sabía como nadie distraer a la tía sin cansarla, sus visitas, que se producían regularmente todos los domingos, salvo impedimento inopinado, eran para la tía un placer cuya perspectiva le procuraba esos días un estado agradable al principio, aunque enseguida doloroso como un hambre excesiva, a poco que Eulalie se retrasase. Si la voluptuosidad de esperar a Eulalie se prolongaba demasiado, terminaba convirtiéndose en suplicio, y la tía no cesaba de mirar la hora, bostezaba y sentía mareos. Si el campanillazo de Eulalie llegaba al final del día, cuando ya no la esperaba, casi la hacía ponerse enferma. En realidad, los domingos sólo pensaba en esa visita, y tan pronto como acababa la comida, Françoise tenía prisa por que abandonásemos el comedor para poder subir a «entretener» a la tía. Pero (sobre todo desde que el buen tiempo se instalaba en Combray) hacía mucho que la altiva hora del

mediodía, descendida de la torre de Saint-Hilaire que blasonaba los doce momentáneos florones de su corona sonora, había repercutido alrededor de nuestra mesa, junto al pan bendito que también venía familiarmente al salir de la iglesia, y todavía estábamos sentados ante los platos de las Mil y una noches, abotargados por el calor y sobre todo por la comida. Porque, al fondo habitual de huevos, chuletas, patatas, confituras y bizcochos, que ya ni siquiera nos anunciaba, Françoise añadía —siguiendo los ciclos del campo y las huertas, los frutos de la marea, las vicisitudes del comercio, la amabilidad de los vecinos y su propio genio, de modo y manera que nuestro menú, como aquellos cuadrifolios[69] que en el siglo XIII se esculpían en el pórtico de las catedrales, reflejaba hasta cierto punto el ritmo de las estaciones y los episodios de la vida—, una barbada porque la pescadera le había garantizado su frescura, una pava porque había visto una muy hermosa en el mercado de Roussainville-le-Pin, unos cardos con tuétano porque de aquella manera aún no nos los había preparado, una pierna de cordero asada porque el aire libre abre el apetito y porque había tiempo a que bajase de aquí a las siete, espinacas para variar, albaricoques porque todavía eran una primicia, grosellas porque dentro de quince días ya no habría, frambuesas que M. Swann había traído en persona, cerezas, las primeras que venían del cerezo del jardín después de pasarse dos años sin dar, queso a la crema que tanto me gustaba a mí antes, un pastel de almendras porque lo había encargado la víspera, y un brioche porque nos tocaba a nosotros regalarlo. Cuando acabábamos con todo esto, nos ofrecía, preparada expresamente para nosotros, pero dedicada sobre todo a mi padre, encaprichado con ella, una crema de chocolate, inspiración, atención personal de Françoise, fugaz y ligera como una obra de circunstancias en la que había puesto todo su talento. Quien se hubiese negado a probarla diciendo: «He terminado, no tengo más hambre», sería inmediatamente rebajado al rango de esos patanes que, incluso cuando un artista les regala una de sus obras, miran el peso y la materia, cuando lo que vale es la intención y la firma. Dejarse una sola gota en el plato hubiera dado muestras de la misma

descortesía que levantarse en las narices del compositor antes de acabada la ejecución.

Por fin mi madre me decía: «Vamos, no te quedes aquí indefinidamente, sube a tu cuarto si es que fuera tienes mucho calor, pero antes sal a tomar un poco el aire para no ponerte a leer nada más levantarte de la mesa». Iba yo a sentarme junto a la bomba de agua y su pilón, muchas veces adornado, como una pila bautismal gótica, con una salamandra, que esculpía sobre la tosca piedra el relieve móvil de su cuerpo alegórico y ahusado, en el banco sin respaldo sombreado por un lilo, en aquel rinconcito del jardín que por una puerta de servicio daba a la calle du Saint-Esprit, y sobre cuyo terreno poco cuidado surgía, sobrealzada por dos escalones, formando un saledizo con la casa, y como construcción independiente, la despensa. Se distinguía su embaldosado rojo y reluciente como el pórfido. Más que el antro de Françoise parecía un pequeño templo de Venus. Estaba lleno a rebosar con las ofrendas del lechero, del frutero, de la vendedora de hortalizas, que muchas veces venían de aldeas bastante lejanas a dedicarle las primicias de sus campos. Y su tejado siempre estaba coronado por el arrullo de una paloma.

En otro tiempo, en vez de entretenerme en el bosque sagrado que lo rodeaba, antes de subir a leer entraba en el gabinetito de reposo que el tío Adolphe, hermano del abuelo, antiguo militar retirado con el grado de comandante, ocupaba en la planta baja y que, incluso cuando las ventanas abiertas dejaban pasar el calor, si no los mismos rayos del sol que rara vez llegaban hasta allí, exhalaba, sin agotarlo nunca, ese aroma oscuro y fresco, al mismo tiempo forestal y Ancien Régime, que tanto hace soñar al olfato cuando entramos en ciertos pabellones de caza abandonados. Pero hacía muchos años que yo no entraba ya en el gabinete de tío Adolphe, y que él había dejado de venir a Combray por una desavenencia sobrevenida entre él y mi familia, por culpa mía, en las siguientes circunstancias: En París me enviaban una o dos veces al mes a hacerle una visita, justo cuando él acababa de comer vestido con una simple guerrera, servido por un criado con un dril de faena a rayas violetas y blancas. Refunfuñando, se quejaba de que no había ido a verlo hacía mucho, de que le tenían abandonado; me ofrecía un mazapán o una mandarina,

atravesábamos un salón donde nunca nos deteníamos, donde nunca se encendía fuego, con molduras doradas adornando las paredes, techos pintados de un azul que pretendía imitar el cielo y muebles capitonnés de raso como en casa de los abuelos, pero en amarillo; luego pasábamos a lo que él llamaba su gabinete de «trabajo», en cuyas paredes colgaban algunos de esos grabados que representan, sobre fondo negro, una diosa metida en carnes y rosa guiando un carro, subida en un globo, o con una estrella en la frente, que tanto gustaron bajo el Segundo Imperio por encontrarles cierto aire pompeyano, que luego fueron detestados y que ahora vuelven a gustar por una sola y misma razón, a pesar de las otras que se alegan: y es porque tienen un aire Segundo Imperio. Y me quedaba con el tío hasta que su ayuda de cámara iba a preguntarle, de parte del cochero, a qué hora debía enganchar. Mi tío se sumía entonces en una cavilación que su maravillado ayuda de cámara no se habría atrevido a perturbar con el menor gesto, y cuyo resultado, siempre el mismo, esperaba lleno de curiosidad. Por fin, tras una vacilación suprema, el tío pronunciaba infaliblemente estas palabras: «A las dos y cuarto», que el ayuda de cámara repetía atónito, pero sin discutir: «¿A las dos y cuarto? Bien… se lo diré…».

Sentía yo en esa época amor por el teatro, un amor platónico, porque mis padres todavía no me habían dejado ir nunca, y me figuraba de un modo tan poco exacto los placeres que en él se disfrutaban que no estaba lejos de creer que cada espectador miraba, como en un estereoscopio, una escena exclusiva para él, aunque semejante a las otras mil que contemplaba, cada cual para sí, el resto de los espectadores.

Todas las mañanas corría hasta la columna Morris[70] para ver los espectáculos que anunciaba. Nada más desinteresado ni más feliz que los sueños que cada obra anunciada ofrecía a mi imaginación, condicionados al mismo tiempo por las imágenes inseparables de las palabras que componían su título y el color mismo de los carteles todavía húmedos e hinchados por la cola sobre los que destacaba. Dejando de lado una de aquellas obras extrañas como Le Testament de César Girodot y Oedipe Roi, que se anunciaban no en el cartel

color verdoso de la Opéra-Comique, sino en el cartel color vinagre de la Comédie-Française, nada me parecía más distinto del airón relumbrante y blanco de Les Diamants de la Couronne que el raso liso y misterioso del Domino Noir[71], y, como mis padres me habían dicho que cuando fuese por primera vez al teatro tendría que elegir entre esas dos obras, a fuerza de profundizar sucesivamente los títulos de una y otra, puesto que eso era lo único que de ellas conocía, para intentar captar en cada uno el placer que me prometía y compararlo con el que escondía el otro, llegué a imaginarme con tanta fuerza, de un lado una obra resplandeciente y altiva, del otro una obra suave y delicada, que me sentía completamente incapaz de decidir cuál preferiría, como si, de postre, me hubieran dado a escoger entre un arroz a la emperatriz[72] y crema de chocolate.

Todas las conversaciones con mis compañeros versaban sobre esos actores cuyo arte, aunque todavía me fuese desconocido, era la primera forma, entre todas las que reviste, bajo la que para mí se dejaba presentir el Arte. En la manera que uno u otro tenían de declamar, de matizar una tirada, las diferencias más mínimas me parecían de una importancia incalculable. Y, de acuerdo con lo que de ellos me habían dicho, los clasificaba por orden de talento en listas que recitaba para mis adentros todo el día, y que habían terminado por endurecerse dentro de mi cerebro y por entorpecerlo con su inamovilidad.

Más tarde, cuando fui al colegio, cada vez que durante las clases, en cuanto el profesor volvía la cabeza, intercambiaba notas con un amigo nuevo, mi primera pregunta siempre era si ya había ido al teatro y si no pensaba que el mayor actor era Got, el segundo Delaunay, etc.

Y si, en su opinión, Febvre no iba detrás de Thiron, o Delaunay detrás de Coquelin, la repentina motilidad que Coquelin[73], perdiendo su rigidez de piedra, asumía en mi mente para pasar a un segundo plano, y la agilidad milagrosa, la fértil animación de que aparecía dotado Delaunay para retroceder hasta el cuarto, devolvía a mi cerebro doblegado y fecundado la sensación de florecimiento y de vida.

Mas si tanto me preocupaban los actores, si ver salir una tarde a Maubant[74] del Théâtre-Français me había provocado el éxtasis y los sufrimientos del amor, ¡cuánto más prolongada era la turbación que en mí dejaba el nombre de una estrella fulgurante en la puerta del teatro, o ver en el cristal de un cupé que pasaba por la calle, con los caballos adornados de rosas en la frontalera, el rostro de una mujer que yo imaginaba que podía ser una actriz, y cuán impotente y doloroso era el esfuerzo para figurarme su vida! Clasificaba por orden de talento a las más ilustres, Sarah Bernhardt, la Berma, Bartet, Madeleine Brollan, Jeanne Samary[75], pero me interesaban todas. Y mi tío conocía a muchas, y también a cocottes que yo no distinguía muy bien de las actrices. Las recibía en su casa. Y si íbamos a verle sólo en determinados días era porque, los otros días, iban mujeres con las que no habría podido encontrarse la familia, al menos a su modo de ver, porque para el tío, por el contrario, su excesiva facilidad para hacer a guapas viudas que tal vez nunca habían estado casadas, a condesas de altisonante apellido, que sin duda no era otra cosa que un nombre de guerra, la cortesía de presentarlas a la abuela o incluso darles algunas joyas de la familia, ya le había ocasionado más de una vez disgustos con el abuelo. Muchas veces cuando un nombre de actriz salía en la conversación, oía a mi padre decirle a mi madre con una sonrisa: «Una amiga de tu tío»; y yo, pensando en la espera que hombres importantes hacían en vano y tal vez durante años a la puerta de ésta o de aquella mujer que no respondía a sus cartas y a los que hacía echar por el portero de su palacete, me decía que un tío habría podido ahorrársela a un muchacho como yo, presentándolo en su casa a la actriz que, inasequible para tantos otros, era para él una íntima amiga.

Por eso —so pretexto de que una clase aplazada caía ahora en momento tan inoportuno que varias veces me había impedido y seguiría impidiéndome ver a mi tío—, un día, distinto al reservado para las visitas que le hacíamos, aprovechando que mis padres habían comido temprano, salí de casa y en vez de ir a mirar la columna de anuncios, a lo que me dejaban ir solo, corrí hasta la suya. Delante de su puerta vi un coche enganchado a dos caballos que tenían en las

anteojeras un clavel rojo semejante al que llevaba el cochero en el ojal. Desde la escalera oí una risa y una voz de mujer, y luego que hube llamado, un silencio, seguido por un ruido de puertas que alguien cerraba. El ayuda de cámara acudió a abrir, y al verme pareció azorado, me dijo que el tío estaba muy ocupado, que desde luego no podría recibirme, y mientras, pese a todo, iba a comunicarle mi presencia, la misma voz que ya había oído decía: «Sí, déjalo entrar; sólo un minuto, me gustaría mucho. Por la fotografía que hay en tu escritorio se parece tanto a su mamá, tu sobrina, ¿no es de ella la foto de al lado? Quisiera ver al chiquillo, aunque sólo sea un momento».

Oí refunfuñar a mi tío, enfadarse; finalmente, el ayuda de cámara me hizo pasar.

Sobre la mesa estaba la misma fuente de mazapanes que de costumbre; el tío llevaba la guerrera de todos los días, pero frente a él, con un vestido de seda rosa y un gran collar de perlas al cuello, había sentada una joven que acababa de comer una mandarina. La incertidumbre en que me encontraba de no saber si había que llamarla señora o señorita, me hizo ruborizarme y, sin atreverme a volver los ojos hacia ella por miedo a tener que hablarle, fui a dar un beso al tío. Ella me miraba sonriendo, el tío hizo las presentaciones: «Mi sobrino», sin decirle mi nombre ni decirme el suyo, sin duda porque, desde las dificultades que había tenido con el abuelo, intentaba evitar dentro de lo posible cualquier contacto entre su familia y aquel género de amistades.

«¡Cómo se parece a su madre!», dijo ella.

—Pero si usted sólo ha visto a mi sobrina en fotografía, dijo enérgicamente mi tío en tono desabrido.

—Perdóneme, amigo mío, pero me crucé con ella en la escalera el año pasado cuando estuvo usted tan enfermo. Cierto que sólo la vi el tiempo de un relámpago y que su escalera es muy oscura, pero me bastó para admirarla. Este jovencito tiene sus mismos ojos, tan hermosos, y también esto, añadió trazando con el dedo una línea en la parte inferior de su frente. «¿Tiene su sobrina el mismo apellido que usted, amigo mío?», le preguntó al tío.

—Se parece sobre todo a su padre, gruñó el tío, tan poco dispuesto a hacer presentaciones a distancia pronunciando el apellido de mamá como de cerca. «Es clavado a su padre y también a mi pobre madre».

—No conozco a su padre, dijo la dama de rosa con una leve inclinación de cabeza, y nunca conocí a su pobre madre, amigo mío. Como recordará, nos conocimos poco después de su luto.

Sentí una leve decepción, porque aquella damita se diferenciaba muy poco de las demás lindas mujeres que alguna vez había visto en la familia, en particular la hija de un primo nuestro a cuya casa iba yo todos los primeros de año. Aunque mejor vestida, la amiga del tío tenía su misma mirada viva y bondadosa, el mismo aspecto sincero y cariñoso. No encontraba en ella nada del aspecto teatral que admiraba en las fotografías de las actrices, ni de la expresión diabólica que hubiera correspondido a la clase de vida que debía de llevar. Me costaba creer que fuese una cocotte, y sobre todo no habría creído que fuese una cocotte elegante de no haber visto el coche de dos caballos, el vestido rosa, el collar de perlas, de no haber sabido que mi tío sólo conocía a las de más altos vuelos. Pero me preguntaba cómo el millonario que le aseguraba coche, palacete y joyas podía encontrar placer en comerse su propia fortuna por una persona de aspecto tan sencillo y normal. Y sin embargo, pensando en lo que debía de ser su vida, la inmoralidad me turbaba quizá más que si delante de mí se hubiera concretado en alguna apariencia extraordinaria, —aquella forma de ser invisible como el secreto de alguna novela, de algún escándalo que la había obligado a salir de casa de unos padres burgueses y la había destinado a todo el mundo, que había desarrollado su belleza y elevado hasta el demi-monde y la notoriedad a una mujer cuyos juegos de fisonomía y cuyas entonaciones de voz, semejantes a tantos otros que yo ya conocía, me hacían considerar a pesar mío como una joven de buena familia, que ya no pertenecía a ninguna familia.

Habíamos pasado al «gabinete de trabajo», y el tío, con un gesto algo incómodo por mi presencia, le ofreció cigarrillos.

«No, querido, dijo ella, ya sabe que estoy acostumbrada a los que me envía el Gran Duque. Le he dicho que estaba usted celoso». Y sacó de una pitillera unos cigarrillos cubiertos de inscripciones

extranjeras y doradas. «Pues claro, prosiguió de repente, debo de haber conocido en su casa al padre de este joven. ¿No es acaso su sobrino? ¿Cómo he podido olvidarlo? Fue tan bueno y tan exquisito conmigo», dijo con un aire modesto y sensible. Mas, pensando en cuál había podido ser la ruda acogida, que ella decía haber encontrado exquisita, de mi padre, yo que conocía su reserva y su frialdad me sentía azarado, como ante una falta de delicadeza que él hubiera cometido, por esa disparidad entre la gratitud excesiva que se le concedía y su insuficiente amabilidad. Más tarde he pensado que uno de los aspectos conmovedores del papel de estas mujeres ociosas y estudiosas consiste en consagrar su generosidad, su talento, un sueño disponible de belleza sentimental —porque, como los artistas, no lo realizan ni lo insertan en el marco de la existencia común— y un dinero que les cuesta poco, a enriquecer con un engaste precioso y fino la vida zafia y mal desbastada de los hombres. Del mismo modo que, en el fumoir en que mi tío la recibía en guerrera, derramaba la dulzura de su cuerpo, su vestido de seda rosa, sus perlas y la elegancia que emana de la amistad de un gran duque, así había captado alguna frase insignificante de mi padre, la había elaborado con delicadeza, le había dado un giro, una denominación preciosa, y, engastando en ella una de sus miradas, de un agua hermosísima, matizada de humildad y gratitud, la devolvía trocada en artística alhaja, en algo «absolutamente exquisito».

«Venga, ya es hora de que te marches», me dijo mi tío.

Me levanté, tenía un deseo irresistible de besar la mano de la dama de rosa, pero me parecía que hacerlo hubiera sido tan audaz como un rapto. Mi corazón palpitaba mientras me decía: «¿Lo hago, no lo hago?», luego dejé de preguntarme qué tenía que hacer para poder hacer algo. Y con un gesto ciego e insensato, despojado de todas las razones que en su favor había encontrado un momento antes, llevé a mis labios la mano que me tendía.

«¡Qué amable es! ¡Y qué galante para su edad! Tiene buen ojo con las mujeres; sale a su tío. Será un gentleman perfecto», dijo ella apretando los dientes para dar a la frase un acento levemente británico. «¿No podría venir alguna vez a casa a tomar a cup of tea,

como dicen nuestros vecinos los ingleses? Bastaría con mandarme un bleu por la mañana».

Yo no sabía qué era un bleu[76]. Ni comprendía la mitad de las palabras que decía la dama, pero el temor a que ocultasen alguna pregunta a la que habría sido descortés no contestar, me impedía dejar de escucharlas con atención, y eso me provocaba una gran fatiga.

«No, es imposible, dijo el tío encogiéndose de hombros, tiene muchas obligaciones, trabaja mucho. Gana todos los premios de su clase», añadió, en voz baja para que yo no oyese esa mentira y no le contradijese. «¿Quién sabe? Tal vez sea un pequeño Victor Hugo, una especie de Vaulabelle[77], ¿sabe usted?».

—Adoro a los artistas, respondió la dama de rosa[78], son los únicos que comprenden a las mujeres… Ellos y las personas excepcionales como usted. Perdone mi ignorancia, querido amigo, ¿quién es Vaulabelle? ¿Quizá los volúmenes dorados que hay en la pequeña librería de cristales de su tocador? Recuerde que ha prometido prestármelos, tendré cuidado con ellos.

Mi tío, que detestaba prestar sus libros, no respondió y me condujo hasta la antecámara. Ebrio de amor por la dama de rosa, cubrí de besos frenéticos las mejillas llenas de tabaco de mi viejo tío, y mientras con bastante apuro me daba a entender, sin atreverse a decírmelo abiertamente, que le haría un favor si no hablaba de aquella visita a mis padres, con lágrimas en los ojos yo le decía que el recuerdo de su bondad era tan fuerte en mí que un día encontraría el medio de probarle mi gratitud. Y era tan fuerte, en efecto, que dos horas más tarde, luego de varias frases misteriosas y a mi parecer inadecuadas para dar a mis padres una idea suficientemente precisa de la nueva importancia que había adquirido, me pareció más explícito contarles en sus menores detalles la visita que acababa de hacer. No creía causar con ello problemas a mi tío. ¿Cómo creerlo si no lo deseaba? Ni podía suponer que mis padres vieran algo malo en una visita en la que yo no lo veía. ¿No ocurre todos los días que un amigo nos pida que no dejemos de excusarle ante una mujer a quien no ha podido escribir, y que descuidemos hacerlo pensando que esa

persona no puede dar importancia a un silencio que no tiene ninguna para nosotros? Como todo el mundo, me figuraba que el cerebro de los demás era un receptáculo inerte y dócil, incapaz de reacción específica sobre lo que en él se introducía; y no dudaba de que, depositando en el de mis padres la noticia del encuentro que gracias a mi tío había tenido, les transmitía al mismo tiempo, como deseaba, el benévolo juicio que yo daba a esa presentación. Mis padres, por desgracia, se atuvieron a principios enteramente distintos de aquéllos que les sugería que adoptasen, cuando quisieron apreciar el comportamiento del tío. Mi padre y el abuelo tuvieron con él violentas explicaciones, de las que fui informado de forma indirecta. Días después, al cruzarme en la calle con mi tío que pasaba en coche descubierto, sentí el dolor, la gratitud, el remordimiento que habría querido expresarle. Ante su inmensidad, un saludo con el sombrero habría sido en mi opinión mezquino y podría hacer suponer al tío que sólo me sentía obligado con él a una vulgar cortesía. Decidí abstenerme de ese gesto insuficiente y volví la cabeza. El tío pensó que seguía órdenes de mis padres, no se lo perdonó, y ha muerto muchos años más tarde sin que ninguno de nosotros haya vuelto a verle nunca.

Por eso ya no entraba yo en el gabinete de reposo, ahora cerrado, de mi tío Adolphe, y después de andar de acá para allá por los alrededores de la despensa, cuando Françoise, apareciendo en el umbral, me decía: «Encargaré a la fregona que sirva el café y suba el agua caliente, porque debo ir a escape al cuarto de Mme. Octave», yo me decidía a entrar en casa y subía directamente a leer a mi cuarto. La fregona era una entidad moral, una institución permanente a la que ciertas atribuciones invariables aseguraban una especie de continuidad y de identidad, a través de la sucesión de las formas pasajeras en que encarnaba: porque nunca tuvimos la misma dos años seguidos. El año en que comimos tantos espárragos, la fregona habitualmente encargada de «pelarlos» era una pobre criatura enfermiza, en un estado de gravidez bastante avanzado cuando llegamos por Pascua, y nos extrañaba incluso que Françoise la dejase hacer tantos encargos y tareas, dado que empezaba a llevar con dificultad delante de sí el misterioso cesto, más lleno cada día, cuya

magnífica forma se adivinaba bajo sus amplios blusones. Éstos recordaban las hopalandas que llevan ciertas figuras simbólicas del Giotto, cuyas fotografías me había regalado M. Swann. Fue él quien nos lo hizo notar, y cuando nos pedía nuevas de la fregona nos decía: «¿Cómo va la Caridad del Giotto?». Además, la pobre mujer, engordada por su embarazo hasta en la cara, hasta en las mejillas que caían rectas y cuadradas, de hecho se parecía bastante a esas vírgenes, fuertes y hombrunas, más bien matronas, en que, en la Arena, están personificadas las virtudes[79]. Y ahora me doy cuenta de que esas Virtudes y esos Vicios de Padua también se le parecían en otro sentido. Así como la imagen de la mujer se veía aumentada por el símbolo añadido que llevaba sobre el vientre, sin dar la impresión de comprender su sentido, sin que nada en el rostro tradujese su belleza ni su espíritu, como un simple y pesado fardo, así, sin dar la impresión de sospecharlo siquiera, la robusta matrona que está representada en la Arena debajo del nombre «Caritas» y cuya reproducción colgaba de la pared de mi cuarto de estudio en Combray, encarna esa virtud sin dar la impresión de que su rostro enérgico y ordinario haya podido expresar nunca el menor pensamiento de caridad. Gracias a una hermosa invención del pintor, huella con sus pies los tesoros de la tierra, pero exactamente como si pisase uvas para extraer el zumo o, mejor, como si se hubiera subido sobre unos sacos para estar más alta; y tiende a Dios su corazón inflamado, o por mejor decir, se lo «pasa», igual que una fregona pasa un sacacorchos por el tragaluz de su semisótano a alguien que se lo pide por la ventana de la planta baja. La Envidia, en cambio, habría conseguido efectivamente cierta expresión de envidia. Pero, también en ese fresco, ocupa tanto espacio el símbolo y está representado de forma tan real, es tan gorda la serpiente que silba en los labios de la Envidia, le llena de modo tan completo la cavidad de la boca abierta de par en par, que los músculos de la cara están tensos para poder contenerla, como los de un niño que hincha un globo con su soplo, y la atención de la Envidia —y la nuestra al mismo tiempo— apenas tiene tiempo, concentrada como está por entero en la acción de sus labios, de dedicarse a pensamientos envidiosos.

A pesar de toda la admiración que el señor Swann profesaba por esas figuras de Giotto, durante mucho tiempo no saqué ningún placer contemplando en nuestra sala de estudio, donde habían colgado las copias que me había traído, aquella Caridad sin caridad, aquella Envidia que más parecía una lámina de un libro de medicina ilustrando la compresión de la glotis o de la campanilla por un tumor de la lengua o por la introducción del instrumento del operador, una Justicia cuya cara grisácea y mezquinamente regular era la misma que caracterizaba, en Combray, a ciertas guapas burguesas beatas y secas que veía en misa, y que en su mayoría ya se habían alistado en las milicias de reserva de la Injusticia. Pero más tarde he comprendido que la seductora rareza, la singular belleza de aquellos frescos dependía del gran espacio que en ellos ocupaba el símbolo, y que el hecho de estar representado no como símbolo, pues no quedaba expresado el pensamiento simbolizado, sino como realidad, sufrida efectivamente o materialmente manejada, prestaba a la significación de la obra un no sé qué más literal y preciso, y a su enseñanza un no sé qué más concreto y sorprendente. En el caso de la pobre fregona, ¿no resultaba atraída necesariamente la atención hacia su vientre por el peso que lo estiraba? De igual modo también, el pensamiento de los moribundos se vuelve muy a menudo hacia el lado afectivo, doloroso, oscuro y visceral, hacia ese reverso de la muerte que es precisamente el lado que les presenta, que les hace sentir con dureza y que se parece bastante más a un fardo que los aplasta, a una dificultad de respirar, a una necesidad de beber, que a lo que denominamos la idea de la muerte.

Era menester que aquellas Virtudes y aquellos Vicios de Padua encerrasen en sí mismos una buena dosis de realidad para que me pareciesen tan vivos como la criada encinta, y que ésta a su vez no me pareciese mucho menos alegórica. Y acaso esa no participación (al menos aparente) del alma de un ser humano en la virtud que actúa a través suyo, tiene aparte de su valor estético una realidad si no psicológica, por lo menos, como suele decirse, fisonómica. Cuando, más tarde, he tenido ocasión de encontrar, en el curso de mi vida, en conventos por ejemplo, encarnaciones verdaderamente santas de la caridad activa, tenían por lo general un aspecto alegre, positivo,

indiferente y brusco de cirujano impaciente, ese rostro en el que no se lee conmiseración alguna, ningún enternecimiento ante el sufrimiento humano, ningún temor a herirle, y que es el rostro sin dulzura, el rostro antipático y sublime de la auténtica bondad.

Mientras la fregona —haciendo resplandecer involuntariamente la superioridad de Françoise, igual que el Error vuelve más clamoroso, por contraste, el triunfo de la Verdad— servía un café que, según mamá, era simple agua caliente, y subía luego a nuestros cuartos el agua caliente que apenas estaba tibia, yo me había echado sobre mi cama con un libro en la mano, en mi habitación que, temblando, protegía su frescor transparente y frágil del sol de la tarde tras sus persianas casi cerradas donde, sin embargo, un reflejo de día había encontrado modo de filtrar sus alas amarillas y permanecía inmóvil entre la madera y el cristal, en un rincón, como una mariposa que se hubiera posado. Apenas había suficiente claridad para leer, y la sensación del esplendor de la luz sólo me llegaba gracias a los golpes que en la calle de la Cure daba Camus (avisado por Françoise de que la tía no «descansaba» y se podía hacer ruido) contra unas cajas polvorientas pero que, resonando en la atmósfera sonora propia de los días calurosos, parecían hacer volar allá lejos unos astros escarlatas; y también por las moscas que delante de mí ejecutaban, en su pequeño concierto, algo así como la música de cámara del estío evocándola no como una melodía de música humana que, oída por azar en verano, la recuerda luego, sino como algo unido al estío por un vínculo más necesario: nacida del buen tiempo, destinada a renacer sólo con él, impregnada de un poco de su esencia, no sólo despierta su imagen en nuestra memoria, sino que certifica su retorno, su presencia efectiva, difusa, inmediatamente accesible.

Aquel oscuro frescor de mi cuarto era al pleno sol de la calle lo que la sombra al rayo, es decir tan luminosa como él, y ofrecía a mi imaginación el espectáculo total del verano, del que mis sentidos, si hubiese salido a pasear, sólo habrían podido disfrutar de modo fragmentario; y de esta manera se acomodaba bien a mi reposo que (gracias a las aventuras narradas por mis libros, capaces de estremecerlo) soportaba, como el reposo de una mano inmóvil en

medio de una corriente de agua, el choque y la animación de un torrente de actividad.

Pero la abuela, incluso si el tiempo demasiado caluroso se había estropeado, si había sobrevenido una tormenta o simplemente un chaparrón, venía a suplicarme que saliera. Y no queriendo renunciar a mi lectura, iba por lo menos a proseguirla en el jardín, bajo el castaño, en una pequeña garita de esparto y tela en cuyo fondo me sentaba y me creía oculto a ojos de las personas que pudieran venir a visitar a mis padres.

¿Y no era también mi pensamiento una especie de nido en cuyo fondo me sentía sumido, incluso para mirar lo que estaba ocurriendo fuera? Cuando veía un objeto exterior, la conciencia de verlo permanecía entre yo y él, lo ribeteaba con una fina orla espiritual que me impedía tocar nunca directamente su materia; se volatilizaba en cierto modo antes de que yo entrase en contacto con ella, como un cuerpo incandescente, si se le acerca un objeto mojado, no toca su humedad porque siempre va precedido de una zona de evaporación. En aquella especie de pantalla esmaltada de diferentes estados que, mientras leía, desplegaba simultáneamente mi conciencia, y que iban de las aspiraciones más profundas escondidas dentro de mí hasta la visión totalmente exterior del horizonte que tenía ante mis ojos desde el fondo del jardín, lo más inmediato, lo más íntimo que había en mí, la palanca siempre en movimiento que gobernaba todo lo demás, era mi creencia en la riqueza filosófica, en la belleza del libro que leía, y mi deseo de apropiármelas, fuera cual fuese el libro. Porque, incluso si lo había comprado en Combray después de verlo delante de Borange, tienda demasiado alejada de casa para que Françoise pudiese ir a comprarlo como a la de Camus, aunque mejor surtida como papelería y librería, sujeto con hilos en el mosaico de folletos y entregas que revestían las dos hojas de su puerta, más misteriosa y sembrada de pensamientos que una puerta de catedral, es que lo había reconocido por haberme sido citado como una obra notable por el profesor o el compañero que en esa época me parecía depositario del secreto de la verdad y la belleza, a medias intuidas, a medias incomprensibles, cuyo conocimiento representaba el objetivo vago aunque permanente de mi pensamiento.

Después de esta creencia central que, durante mi lectura, ejecutaba incesantes movimientos de dentro afuera hacia el descubrimiento de la verdad, venían las emociones que en mí provocaba la acción en que tomaba parte, porque aquellas tardes contenían más acontecimientos dramáticos de los que suelen ocurrir en toda una vida. Eran los acontecimientos que pasaban en el libro que estaba leyendo; verdad es que los personajes implicados en ellos no eran «reales», como decía Françoise. Pero todos los sentimientos que nos hacen experimentar la alegría o el infortunio de un personaje real, sólo se producen en nosotros por conducto de una imagen de esa alegría o de ese infortunio; la genialidad del primer novelista consistió en comprender que, por ser la imagen el único elemento esencial en el mecanismo de nuestras emociones, la simplificación consistente en la pura y simple supresión de los personajes reales sería un perfeccionamiento decisivo. Por profunda que sea nuestra simpatía hacia él, a un individuo real lo percibimos en gran medida por nuestros sentidos, es decir, sigue siendo opaco para nosotros, ofrece un peso muerto que nuestra sensibilidad es incapaz de sobrellevar. Si una desgracia le golpea, sólo podremos sentirlo en una pequeña parte de la noción total que de él tenemos; es más, el propio individuo sólo podrá sentirlo en una parte de la noción total que de sí mismo tiene. El hallazgo del novelista consiste en que se le ocurrió sustituir esas partes impenetrables para el alma por una cantidad igual de partes inmateriales, es decir partes que nuestra alma puede asimilar.

¿Qué importa entonces que las acciones, las emociones de esos individuos de un género nuevo nos parezcan verdaderas, desde el momento en que las hemos hecho nuestras, si es en nosotros donde se producen, si tienen bajo su dependencia, mientras volvemos febrilmente las páginas del libro, la rapidez de nuestra respiración y la intensidad de nuestra mirada? Y una vez que el novelista nos ha puesto en ese estado en el que, como en todos los estados puramente interiores, toda emoción se decuplica, en el que su libro ha de turbarnos como lo haría un sueño, pero un sueño más nítido que los que tenemos dormidos y destinado a durar más en el recuerdo, resulta entonces que desencadena en nosotros durante una hora todas las dichas y todas las desgracias posibles, que en la vida tardaríamos

muchos años en conocer parcialmente; y las más intensas nunca nos serían reveladas porque la lentitud con que se producen nos impide su percepción; (así cambia nuestro corazón en la vida, y el peor dolor es ése; pero sólo lo conocemos en la lectura, en imaginación: en la realidad cambia, igual que se producen ciertos fenómenos de la naturaleza, con lentitud bastante para que, aunque podamos advertir sucesivamente cada uno de sus diferentes estados, se nos evite a modo de compensación la sensación misma del cambio).

Luego venía, ya menos interior a mi cuerpo que esa vida de los personajes, y proyectado a medias delante de mí, el paisaje en que se desarrollaba la acción y que ejercía sobre mi pensamiento una influencia mucho más grande que el otro, que tenía delante de los ojos cuando los levantaba del libro. Así, durante dos veranos, en el calor del jardín de Combray, tuve, a causa del libro que entonces leía, la nostalgia de un país montañoso y fluviátil, donde mis ojos verían muchas serrerías y donde, en el fondo de un agua transparente, se pudrían trozos de troncos bajo matas de berros; no lejos de allí, racimos de flores violetas y rojizas trepaban a lo largo de muros bajos[80]. Y como en mi pensamiento siempre estaba presente el sueño de una mujer que me amase, durante esos veranos aquel sueño se impregnaba del frescor de las aguas corrientes; y cualquiera que fuese la mujer que evocaba, a su alrededor surgían de pronto racimos de flores violetas y rojizas como colores complementarios.

No era sólo porque una imagen soñada siempre queda marcada, se embellece y beneficia del reflejo de los extraños colores que por azar la rodean en nuestro ensueño; porque aquellos paisajes de los libros que leía no se limitaban para mí a ser paisajes representados con mayor viveza en mi imaginación que aquellos otros que Combray ponía ante mis ojos, pero en cierto modo análogos. Gracias a la elección hecha por el autor, por la fe con que mi pensamiento se nutría en su palabra como en una revelación, me parecían —impresión que apenas me proporcionaba la comarca en que me hallaba, y menos todavía nuestro jardín, producto sin prestigio de la correcta fantasía del jardinero, que la abuela despreciaba— una parte

verdadera de la Naturaleza misma, digna de ser estudiada y profundizada.

Si, cuando leía un libro, mis padres me hubiesen permitido ir a visitar la región que describía, habría creído dar un paso inestimable en la conquista de la verdad. Porque, aunque tengamos la sensación de estar siempre rodeados de nuestra propia alma, no es como si se tratase de una cárcel inmóvil; más bien nos sentimos como arrastrados con ella en un perpetuo impulso por sobrepasarla, por alcanzar el exterior, con una especie de desaliento, oyendo siempre alrededor esa sonoridad idéntica que no es eco de fuera sino resonancia de una vibración interna. Intentamos encontrar en las cosas, que por eso se nos vuelven preciosas, el reflejo que nuestra alma ha proyectado en ellas; y quedamos decepcionados al comprobar que en la naturaleza aparecen desprovistas de la fascinación que, en nuestro pensamiento, debían a la vecindad de ciertas ideas; a veces convertimos todas las fuerzas de esa alma en habilidad, en esplendor para obrar sobre unos seres de los que con toda claridad sentimos que están situados fuera de nosotros y que nunca los alcanzaremos. Por eso, aunque siempre imaginaba en torno a la mujer amada los lugares que yo más deseaba entonces, aunque hubiera querido que fuese ella quien me los hiciera visitar, quien me abriera el acceso a un mundo desconocido, no era por el azar de una simple asociación de ideas; no, era porque mis sueños de viaje y de amor sólo se reducían a momentos —que hoy separo artificialmente como si hiciese cortes a distintas alturas de un chorro de agua irisado y en apariencia inmóvil— de un único e incontenible borbotón de todas las fuerzas de mi vida.

Por último, continuando con el seguimiento de dentro afuera de los estados simultáneamente yuxtapuestos en mi conciencia, y antes de llegar al horizonte real que los envolvía, encuentro placeres de otro género: el de estar cómodamente sentado, el de sentir el buen olor del aire, el de no ser molestado por una visita; y cuando sonaba una hora en el campanario de Saint-Hilaire, el de ver caer trozo a trozo aquello que desde la tarde ya estaba consumado, hasta que oía la última campanada que me permitía hacer la suma, y luego el largo silencio que la seguía parecía señalar en el cielo azul el comienzo de toda la parte que aún me era concedida para leer hasta la buena cena que

Françoise preparaba y que me reconfortaría de las fatigas afrontadas, durante la lectura del libro, siguiendo a su héroe. Y con cada hora me parecía que la anterior había sonado hacía sólo unos instantes; la más reciente iba a inscribirse muy cerca de la otra en el cielo y yo no podía creer que aquel arquito azul comprendido entre sus dos señales doradas pudiese contener sesenta minutos. A veces incluso, esa hora prematura daba dos campanadas más que la última; había pues una que no había oído, algo que había ocurrido no había ocurrido para mí; el interés de la lectura, mágico como un sueño profundo, había engañado mis oídos alucinados y borrado la campana de oro de la superficie azulada del silencio. ¡Deliciosas tardes de domingo bajo el castaño del jardín de Combray, cuidadosamente vaciadas por mí de los mediocres incidentes de mi existencia personal para reemplazarlos por una vida de aventuras y aspiraciones extrañas en un país regado de aguas vivas! Todavía me evocáis esa vida cuando pienso en vosotras, y en realidad la contenéis porque poco a poco la cercasteis y encerrasteis —mientras yo avanzaba en mi lectura y menguaba el calor del día— en el cristal sucesivo, lentamente cambiante y atravesado de follaje, de vuestras horas silenciosas, sonoras, fragantes y límpidas.

Algunas veces me sacaba de mi lectura, mediada la tarde, la hija del jardinero, que corría como una loca derribando a su paso la maceta de un naranjo, cortándose un dedo, rompiéndose un diente y gritando: «¡Ahí están, ahí están!», para que Françoise y yo corriésemos y no nos perdiésemos nada del espectáculo. Eran los días en que, por maniobras de guarnición, la tropa atravesaba Combray, tomando por regla general la calle Sainte-Hildegarde. Mientras nuestros sirvientes, sentados en hilera en unas sillas fuera de la verja, contemplaban a los paseantes domingueros de Combray que a su vez los contemplaban, la hija del jardinero, por la rendija que entre sí dejaban dos casas lejanas de la avenida de la Gare, había percibido el brillo de los cascos. Los sirvientes habían retirado precipitadamente las sillas, porque cuando los coraceros desfilaban por la calle Sainte-Hildegarde, ocupaban toda su anchura, y el galope de los caballos rozaba las casas y cubría las aceras, sumergidas como ribazos que ofrecen lecho demasiado exiguo a un torrente desenfrenado.

«Pobres niños», decía Françoise nada más llegar a la verja y ya llorando; «pobre juventud que será segada como un prado; sólo de pensarlo me siento trastornada», añadía llevándose la mano al corazón, allí donde había sentido aquel trastorno.

«¡Qué hermoso, verdad, señora Françoise, ver unos jóvenes que no le dan importancia a la vida!», decía el jardinero para sacarla de sus casillas.

Y sus palabras no caían en el vacío: «¿Que no le dan importancia a la vida? Pero entonces, ¿qué tiene importancia sino la vida, el único regalo que el buen Dios nunca da dos veces? ¡Ay, Dios mío! ¡Y sin embargo es verdad que no les importa! Los vi en el 70; en esas malditas guerras ya no tienen miedo a la muerte; se vuelven locos, ni más ni menos; y no valen siquiera lo que la cuerda para colgarlos; ya no son hombres, son leones». (Para Françoise, comparar un hombre con un león, que ella pronunciaba leon, no tenía nada de halagüeño).

La calle Sainte-Hildegarde torcía demasiado cerca para que se los pudiese ver venir de lejos, y era por esa rendija entre las dos casas de la avenida de la Gare por donde se vislumbraban cascos y más cascos corriendo y brillando al sol. Al jardinero le habría gustado saber si todavía faltaban muchos por pasar, y tenía sed, porque el sol pegaba fuerte. Entonces, de improviso, su hija, lanzándose como desde una fortaleza asediada, hacía una salida, alcanzaba la esquina de la calle, y después de haber desafiado cien veces la muerte, venía a traernos, junto con una garrafa de agua de regaliz, la noticia de que eran por lo menos un millar los que venían sin parar por la parte de Thiberzy y de Méséglise. Françoise y el jardinero, reconciliados, discutían sobre lo que había que hacer en caso de guerra: «Ya lo ve, Françoise, decía el jardinero, mejor sería la revolución, porque cuando la hay, sólo van los que quieren ir».

—¡Ah!, eso por lo menos sí lo entiendo, es más sincero.

El jardinero creía que una vez declarada la guerra todos los trenes se paraban.

«Claro, para que nadie pueda escaparse», decía Françoise.

Y el jardinero: «¡Qué granujas!», porque no admitía que la guerra fuese otra cosa que una especie de mala pasada que el Estado trataba

de jugarle al pueblo y que, de haber tenido medio de hacerlo, no hay una sola persona que no hubiese escapado.

Pero Françoise se apresuraba a reunirse con la tía, yo volvía a mi libro y los sirvientes se instalaban de nuevo delante de la puerta a mirar caer el polvo y la emoción provocada por los soldados. Mucho después de hacerse otra vez la calma, una inusitada oleada de gente paseando ennegrecía todavía las calles de Combray. Y delante de cada casa, incluso en aquellas donde no era costumbre, los criados o los mismos amos, sentados y mirando, festoneaban los umbrales con una orla caprichosa y oscura como la de las algas y las conchas cuyo crespón y bordado deja una fuerte marea en la orilla una vez que se retira.

Salvo esos días, yo solía leer en cambio tranquilamente. Mas la interrupción y el comentario que una vez aportó una visita de Swann a la lectura ya empezada del libro de un autor completamente nuevo para mí, Bergotte, tuvo su secuela: durante mucho tiempo, ya no fue sobre un muro adornado de flores violetas que caían en copos, sino sobre un fondo totalmente distinto, ante el pórtico de una catedral gótica, donde se destacó la imagen de una de las mujeres de mis sueños.

Había oído hablar por primera vez de Bergotte[81] a un compañero mío, mayor en años que yo y por quien sentía una gran admiración, Bloch. Al oírme confesarle mi admiración por La Nuit d'octobre había soltado una carcajada ruidosa como una trompeta y me había dicho: «Desconfía de tu dilección bastante ruin por el señor de Musset. Es un tipo de los más nefastos y un animal bastante siniestro. Debo confesar, por lo demás, que él e incluso el tal Racine hicieron en su vida algún verso bastante bien ritmado, y que en su favor tiene lo que para mí es el mérito supremo, no significar absolutamente nada. Son: La blanche Oloossone et la blanche Camyre[82] y La fille de Minos et de Pasiphaé[83]. Me los ha señalado, para descargo de esos dos tunantes, un artículo de mi amadísimo maestro, el viejo Leconte[84], caro a los Dioses Inmortales. A propósito, aquí tienes un libro que en este momento no tengo tiempo de leer, y que recomienda al parecer ese hombre inmenso. Me han dicho que tiene a su autor, a M. Bergotte,

por un tipo de los más sutiles; y aunque en ocasiones dé pruebas de mansedumbres un tanto inexplicables, su palabra para mí es oráculo délfico. Lee pues esas prosas líricas, y si el gigantesco ensamblador de ritmos que ha escrito Bhagavat y Le Levrier de Magnus[85] ha dicho la verdad, ¡por Apolo que saborearás, caro maestro, los nectáreos goces del Olimpo!». En un tono sarcástico me había pedido llamarle «caro maestro», y a su vez también él me llamaba así. Pero en realidad encontrábamos cierto placer en este juego, cerca como todavía estábamos de la edad en que uno cree que se crea lo que se nombra.

Desgraciadamente, no me fue posible aplacar hablando con Bloch y pidiéndole explicaciones la turbación en que me había arrojado al decirme que los versos hermosos (a mí, que esperaba de ellos nada menos que la revelación de la verdad) eran tanto más hermosos cuanto menos significaban[86]. De hecho, Bloch no volvió a ser invitado a casa. Al principio tuvo una acogida muy buena. Cierto que, según el abuelo, cada vez que yo hacía más amistad con uno de mis compañeros que con los otros y lo llevaba a casa, siempre era un judío, cosa que en principio no le hubiera disgustado —hasta su amigo Swann era de origen judío— si no pensase que de ordinario no estaba entre los mejores el que yo escogía. Por eso, cuando llegaba con un amigo nuevo era muy raro que no tararease: «Ó Dieu de nos Pères» de La Juive[87], o bien «Israel, romps ta chaine[88]», limitándose a cantar como es lógico la melodía (Ti la lam ta lam, talim); mas yo tenía miedo a que mi compañero la conociese y recordase la letra.

Antes de haberlos visto, con sólo oír su nombre, que muchas veces no tenía nada particularmente israelita, no sólo adivinaba el origen judío de aquellos amigos míos que en realidad lo eran, sino incluso las cosas dudosas que en ocasiones pudiera haber en su familia.

«¿Y cómo se llama ese amigo tuyo que viene esta tarde?».

—Dumont, abuelo.

—¡Dumont! No, no me fío.

Y cantaba:

Archers, faites bonne garde!

Veillez sans trêve et sans bruit.

(¡Arqueros, haced buena guardia! / Velad sin tregua ni ruido).

Y después de habernos hecho con habilidad algunas preguntas más precisas, exclamaba: «¡En guardia! ¡En guardia!», o, si era el paciente mismo ya llegado y, sin que se diese cuenta, obligado, mediante un disimulado interrogatorio, a confesar sus orígenes, entonces, para demostrarnos que ya no tenía ninguna duda, se limitaba a mirarnos tarareando de forma inaudible:

De ce timide Israélite
Quoi, vous guidez ici les pas!

(¡Cómo! ¿De ese tímido israelita / aquí guiáis los pasos?).

o

Champs paternels, Hébron, douce vallée[89]

(Paternos campos, Hebrón, dulce valle).

o también

Oui je suis de la race élue.

(Sí, soy de la raza elegida).

Estas pequeñas manías del abuelo no implicaban ningún sentimiento malévolo contra mis compañeros. Pero Bloch había desagradado a mis padres por otros motivos. Había empezado por irritar a mi padre, que, viéndolo mojado, le había preguntado lleno de interés: «¿Qué tiempo hace, señor Bloch? ¿Ha llovido acaso? No entiendo nada, el barómetro era estupendo».

Y sólo había sacado de él esta respuesta: «Señor, me resulta absolutamente imposible decirle si ha llovido. Vivo de forma tan resuelta al margen de las contingencias físicas que mis sentidos no se toman la molestia de comunicármelas».

—¡Ay, pobre hijo mío, tu amigo es idiota!, me había dicho mi padre cuando Bloch se hubo marchado. ¡Ni siquiera es capaz de decirme el tiempo que hace! ¡Pues no hay nada más interesante! Es un imbécil.

Luego Bloch había irritado a la abuela porque, acabado el almuerzo, cuando estaba diciendo que se encontraba algo indispuesta, él había ahogado un sollozo y se había secado unas lágrimas.

«Cómo quieres que sea sincero si no me conoce, me dijo ella; a menos que esté loco».

Y, por último, había desagradado a todo el mundo porque, después de llegar a comer con hora y media de retraso y cubierto de barro, en vez de excusarse había dicho:

«Nunca me dejo influir por las perturbaciones atmosféricas ni por las divisiones convencionales del tiempo. Si por mí fuera, rehabilitaría el uso de la pipa de opio y del kriss malayo; pero ignoro el de esos instrumentos infinitamente más perniciosos y además tan vulgarmente burgueses que son el reloj y el paraguas».

Pese a todo habría vuelto a Combray. No era en cualquier caso el amigo que mis padres hubieran deseado para mí; habían terminado convenciéndose de que las lágrimas que le había hecho derramar la indisposición de la abuela no eran fingidas; pero por instinto o por experiencia sabían que los arranques de nuestra sensibilidad tienen poco ascendiente sobre la continuidad de nuestros actos y la conducta de nuestra vida, y que el respeto de las obligaciones morales, la fidelidad a los amigos, la ejecución de una obra y la observancia de

un régimen tienen fundamento más seguro en unos hábitos ciegos que en esos arrebatos momentáneos, ardientes y estériles. A Bloch hubieran preferido, para mí, compañeros que no me diesen más de lo que debe darse a los amigos, de acuerdo con las normas de la moral burguesa; que no me enviasen inopinadamente un cestillo de frutas porque ese día habían pensado en mí con cariño, pero que, incapaces para inclinar en favor mío la justa balanza de los deberes y exigencias de la amistad con un simple movimiento de la imaginación y de la sensibilidad, tampoco la falsearían en mi perjuicio. Difícilmente nos hacen desistir nuestros errores de lo que nos deben esos temperamentos cuyo modelo era la abuela, ella que, peleada hacía años con una sobrina a la que nunca dirigía la palabra, no por eso modificó el testamento en el que le dejaba toda su fortuna, porque era su pariente más cercana y porque «así debía ser».

Pero a mí Bloch me agradaba, mis padres querían tenerme contento, los insolubles problemas que yo me planteaba sobre la belleza carente de significado de la hija de Minos y de Pasífae me cansaban y angustiaban más de lo que habrían hecho nuevas conversaciones con él, aunque mi madre las juzgase perniciosas. Y lo habrían seguido recibiendo en Combray si, después de aquella cena, tras hacerme saber —noticia que tanta influencia había de ejercer más tarde sobre mi vida, haciéndola primero más feliz, luego más desdichada— que todas las mujeres pensaban exclusivamente en el amor y que no había una siquiera cuya resistencia fuese invencible, no me hubiera asegurado haber oído decir con absoluta certeza que la tía abuela había tenido una juventud tormentosa y había sido públicamente mantenida. No pude dejar de repetir estas palabras a mis padres, lo pusieron en la puerta en cuanto volvió a presentarse, y cuando otro día lo abordé en la calle, me trató con extremada frialdad.

Pero sobre Bergotte había dicho la verdad.

Los primeros días, como una melodía que nos enloquece pero que todavía no acertamos a distinguir bien, no me pareció evidente lo que luego habría de amar tanto en su estilo. No podía abandonar la novela suya que estaba leyendo, pero me creía interesado únicamente por la trama, como cuando en los primeros momentos del amor vamos todos

los días a buscar a una mujer a una reunión, a un entretenimiento y creemos que son sus placeres los que allí nos llevan. Luego fui fijándome en las expresiones raras, casi arcaicas que le gustaba emplear en ciertos momentos en los que una secreta oleada de armonía, un preludio interior, venía a levantar su estilo; y era también en esos momentos en que empezaba a hablar del «vano sueño de la vida», del «inagotable torrente de bellas apariencias», del «tormento estéril y delicioso de comprender y de amar», de las «emotivas efigies que por siempre ennoblecen la fachada venerable y fascinante de las catedrales[90]», cuando expresaba toda una filosofía, nueva para mí, mediante imágenes maravillosas de las que podría decirse que eran las mismas que habían despertado aquel canto de arpas que entonces se elevaba y a cuyo acompañamiento infundían un no sé qué de sublime. Uno de aquellos pasajes de Bergotte, el tercero o el cuarto que yo hubiese aislado del resto, me dio una alegría incomparablemente más intensa de la que había encontrado en el primero, una alegría que experimenté en una región más profunda de mí mismo, más uniforme, más vasta, de donde parecían haber sido eliminados obstáculos y separaciones. Era porque, reconociendo entonces aquel mismo gusto por las expresiones raras, aquella misma efusión musical, aquella misma filosofía idealista que ya había sido las otras veces, sin darme cuenta, la causa de mi placer, tuve la impresión de hallarme en presencia, no de un trozo particular de un determinado libro de Bergotte que trazara en la superficie de mi pensamiento una figura puramente lineal, sino más bien del «trozo ideal» de Bergotte, común a todos sus libros y al que todos los pasajes análogos con los que podía confundirse habrían prestado una especie de espesor, de volumen, con el que mi inteligencia parecía agrandarse.

No era yo desde luego el único admirador de Bergotte; también era el escritor preferido de una amiga muy culta de mi madre; en fin, para leer su último libro recién publicado, el doctor Du Boulbon hacía esperar a sus pacientes; y fue precisamente de su consulta, y de un parque cercano a Combray, de donde volaron algunas de las primeras semillas de esa afición por Bergotte, especie entonces rarísima y hoy

universalmente difundida, cuya flor ideal y común encontramos por todas partes en Europa y América, y hasta en la más pequeña aldea. Lo que la amiga de mi madre y, según creo, el doctor Du Boulbon apreciaban sobre todo en los libros de Bergotte era, como yo, aquel flujo melódico, aquellas expresiones antiguas, algunas otras muy simples y conocidas pero dispuestas en un lugar e iluminadas de un modo que parecía revelar un gusto especial de su parte; y por último, en los pasajes tristes, cierta brusquedad, un acento casi ronco. Indudablemente, el propio Bergotte debía de darse cuenta de que ésos eran sus mayores encantos. Porque en los libros que luego vinieron, cada vez que se topaba con alguna gran verdad, o con el nombre de una catedral célebre, interrumpía el relato y en una invocación, en un apostrofe, en una larga plegaria, daba libre curso a esos efluvios que en sus primeras obras permanecían en el interior de su prosa, aflorando entonces únicamente por las ondulaciones de la superficie, más dulces acaso todavía, más armoniosos cuando quedaban así velados y era imposible indicar de manera precisa dónde nacía, dónde expiraba su murmullo. Esos trozos en los que él se deleitaba eran nuestros trozos preferidos. Me los sabía de memoria. Y quedaba decepcionado cuando él reanudaba el hilo de su relato. Siempre que hablaba de algo cuya belleza había permanecido hasta entonces oculta para mí, de los bosques de pinos, del granizo, de Notre-Dame de París, de Athalie o de Phèdre, conseguía con una imagen que esa belleza estallara hasta mí. Por eso, intuyendo cuántas partes del universo habrían de permanecer ignoradas para mi débil percepción si él no las ponía a mi alcance, hubiera deseado tener una opinión suya, una metáfora suya sobre cualquier cosa, particularmente sobre aquéllas que no tendría ocasión de ver por mí mismo, y entre éstas, de modo especial sobre antiguos monumentos franceses y sobre ciertos paisajes marítimos, pues la insistencia con que los citaba en sus libros probaba que a sus ojos estaban llenos de significado y de belleza. Por desgracia ignoraba su opinión sobre casi todo. No dudaba de que fuese totalmente diferente de las mías, puesto que descendía de un mundo desconocido hacia el que yo intentaba elevarme; persuadido de que mis pensamientos hubieran parecido pura inepcia a aquel espíritu perfecto, había hecho tabla rasa de todos, hasta el punto de

que cuando por azar me ocurrió encontrar, en alguno de sus libros, uno que también yo había tenido, mi corazón se henchía como si en su bondad un Dios me lo hubiese restituido y lo hubiera declarado legítimo y bello. A veces ocurría que una página suya decía lo mismo que yo solía escribir de noche a la abuela y a mi madre cuando no conseguía dormirme, de tal modo que aquella página de Bergotte parecía una colección de epígrafes para colocar al frente de mis cartas. Incluso más tarde, cuando empecé a escribir un libro, en ciertas frases cuya calidad no fue suficiente para decidirme a continuarlo, encontré su equivalente en Bergotte. Pero sólo entonces, cuando las leía en su obra, podía disfrutarlas; si era yo quien las escribía, preocupado de que reflejasen exactamente lo que percibía en mi pensamiento, temeroso de no trasladar «el parecido», ¡no tenía tiempo de preguntarme si lo que escribía era agradable! Pero realmente sólo ese tipo de frases, ese tipo de ideas me gustaba de verdad. Mis esfuerzos, inquietos y descontentadizos, eran en sí mismos una señal de amor, de amor sin placer, aunque profundo. Por eso, cuando de improviso encontraba frases semejantes en una obra ajena, es decir sin tener ya escrúpulos ni severidad, sin tener que atormentarme, me dejaba llevar deliciosamente por el gusto que me inspiraban, como un cocinero que para una vez que no tiene que cocinar encuentra al fin tiempo para ser goloso. Cierto día que encontré en un libro de Bergotte, a propósito de una vieja criada, una burla que el lenguaje magnífico y solemne del escritor hacía todavía más irónica, pero que era la misma que a menudo había hecho yo con la abuela hablando de Françoise, otra vez que vi que no le parecía indigno incluir en uno de aquellos espejos de la verdad que eran sus obras una observación análoga a la que yo había tenido ocasión de hacer sobre nuestro amigo M. Legrandin (observaciones sobre Françoise y sobre M. Legrandin que desde luego eran las que yo hubiese sacrificado con la máxima determinación a Bergotte, persuadido de que le parecerían carentes de interés), me pareció de pronto que mi humilde vida y los reinos de la verdad no estaban tan separados como había creído, que coincidían incluso en ciertos puntos, y de confianza y alegría lloré sobre las páginas del escritor como entre los brazos de un padre nuevamente recobrado.

Por sus libros me imaginaba yo a Bergotte como un viejo débil y decaído que hubiese perdido unos hijos y nunca se hubiera consolado. Por eso leía, cantaba interiormente su prosa, más dolce, más lento tal vez de como había sido escrita, y hasta la frase más simple venía a mí con cierta entonación de ternura. Amaba sobre todo su filosofía, me había entregado a ella para siempre. Y ella me volvía impaciente por alcanzar la edad en que debería ir al colegio, a la clase llamada Filosofía. Pero deseaba que en ella no se hiciera otra cosa que vivir exclusivamente del pensamiento de Bergotte, y si me hubiesen dicho que los metafísicos que entonces habían de atraerme no se le parecerían nada, habría sentido la desesperación del enamorado a quien, deseando amar para toda la vida, le hablan de otras amantes que tendrá más tarde.

Un domingo, durante mi lectura en el jardín, me interrumpió Swann que venía a visitar a mis padres.

«¿Qué está leyendo, se puede ver? Vaya, a Bergotte. ¿Quién le ha hablado de sus libros?». Le dije que había sido Bloch.

«¡Ah!, sí, aquel muchacho que vi aquí una vez, y que tanto se parece al retrato de Mahomet II de Bellini[91]. ¡Es maravilloso! Tiene las mismas cejas circunflejas, la misma nariz corva, los mismos pómulos salientes. En cuanto tenga perilla, será la misma persona. En cualquier caso tiene buen gusto, porque Bergotte es un ingenio fascinante». Y al ver cuánto parecía admirar yo a Bergotte, Swann, que nunca hablaba de personas a las que conocía, hizo, bondadoso, una excepción y me dijo:

«Lo conozco bien, y si usted quiere que le escriba una dedicatoria en su ejemplar, podría pedírselo». No me atreví a aceptar, pero hice a Swann varias preguntas sobre Bergotte. «¿Podría decirme cuál es su actor preferido?».

«El actor, no lo sé. Pero sí sé que ningún artista masculino vale para él tanto como la Berma, a la que pone por encima de todos. ¿La ha oído?».

—No, señor, mis padres no me permiten ir al teatro.

—Es una pena. Debería usted pedírselo. En Phèdre y en Le Cid[92], la Berma no es más que una actriz si usted quiere, pero, como ya

sabe, no creo demasiado en la jerarquía de las artes; (y observé, porque con frecuencia ya me había sorprendido en sus conversaciones con las hermanas de la abuela, que cuando hablaba de cosas serias, cuando empleaba una expresión que parecía implicar una opinión sobre un tema importante, tenía cuidado de aislarla con una entonación especial, mecánica e irónica, como si la hubiese puesto entre comillas, como si no quisiese asumirla y diese a entender: «La jerarquía, ya sabe, como dicen las gentes ridículas». Pero entonces, si era ridícula, ¿por qué decía él la jerarquía?). Un instante después añadió: «Esto le dará una visión tan noble como cualquier obra maestra, no sé cuál… —y se echó a reír—, ¡las Reinas de Chartres[93]!». Hasta ese momento el horror a expresar seriamente su opinión me había parecido algo que acaso fuera elegante y parisino, contrapuesto al dogmatismo provinciano de las hermanas de la abuela; y también sospechaba que era una de las formas del ingenio empleado en el ambiente en que vivía Swann y donde por reacción al lirismo de las generaciones anteriores se rehabilitaban hasta el exceso los pequeños hechos precisos, considerados vulgares en aquel entonces, y se proscribían las «frases». Pero ahora me parecía ver algo inquietante en aquella actitud de Swann ante las cosas. Era como si no se atreviese a tener una opinión, como si sólo se sintiese tranquilo cuando podía dar meticulosamente informes precisos. Pero no se daba cuenta de que postular que la exactitud en los detalles tenía importancia ya suponía profesar una opinión. Volví a pensar entonces en aquella cena que tanto me entristeció porque mamá no debía subir a mi cuarto y en la que él dijo que los bailes de la princesa de Léon carecían de importancia. Sin embargo, era a ese género de placeres a lo que él dedicaba su vida. A mí todo aquello me parecía contradictorio. ¿Para qué otra vida reservaba el decir seriamente lo que pensaba de las cosas, el formular juicios que no necesitasen de comillas, y el no entregarse con puntillosa cortesía a ocupaciones que al mismo tiempo declaraba ridículas? En el modo en que Swann me habló de Bergotte también observé algo que, en cambio, no era peculiar suyo, sino, por el contrario, común en aquel entonces a todos los admiradores del escritor, a la amiga de mi madre,

al doctor Du Boulbon. Como Swann, decían de Bergotte: «Es un ingenio fascinante, muy peculiar, tiene una forma propia de decir las cosas algo rebuscada, pero muy agradable. No se necesita ver la firma, inmediatamente se reconoce que es de su pluma». Pero nadie se habría atrevido a decir: «Es un gran escritor, tiene un gran talento». Ni siquiera decían que tenía talento. No lo decían porque no lo sabían. Nos cuesta mucho reconocer en la fisonomía particular de un nuevo escritor el modelo que en nuestro museo de ideas generales lleva la etiqueta de «gran talento». Precisamente porque se trata de una fisonomía nueva, no logramos descubrir su total semejanza con lo que llamamos talento. Decimos más bien originalidad, encanto, delicadeza, fuerza; y luego un día nos damos cuenta de que precisamente todo eso es el talento.

«¿Hay algún libro donde Bergotte haya hablado de la Berma?», le pregunté al señor Swann.

—Creo que en su breve opúsculo sobre Racine[94], pero debe de estar agotado. Aunque tal vez lo haya reeditado. Ya me informaré. Además, puedo pedirle a Bergotte lo que usted quiera, no hay semana que no venga a cenar a casa. Es el mejor amigo de mi hija. Juntos van a visitar las viejas ciudades, las catedrales, los castillos.

Como yo carecía de cualquier noción sobre la jerarquía social, la imposibilidad que mi padre veía en que nos tratáramos con Mme. y Mlle. Swann había tenido más bien por efecto, y desde hacía tiempo, prestigiarlas a mis ojos, obligándome a imaginar entre ellas y nosotros grandes distancias. Lamentaba que mi madre no se tiñese el pelo ni se pusiese carmín en los labios, como había oído decir a nuestra vecina Mme. Sazerat que hacía Mme. Swann para complacer, no a su marido, sino a M. de Charlus, y pensaba que para ella nosotros debíamos de ser objeto de desprecio, cosa que me afligía sobre todo por Mlle. Swann, de quien me habían hablado como de una niñita muy guapa, en la que pensaba a menudo prestándole siempre la misma cara arbitraria y fascinante. Pero cuando ese día vine a saber que Mlle. Swann era un ser de condición tan rara, inmersa como en su elemento natural en medio de tantos privilegios que, cuando preguntaba a sus padres si había alguien a cenar, le respondían con

esas sílabas llenas de luz, con el nombre de aquel invitado de oro que a sus ojos era simplemente un viejo amigo de la familia: Bergotte; que, para ella, la charla íntima en la mesa, equivalente a lo que para mí era la conversación de la tía abuela, estaba hecha por las palabras de Bergotte sobre todos aquellos temas que no había podido abordar en sus libros, y sobre los que yo hubiera anhelado escucharle mientras emitía su oráculo; y que, por último, cuando iba a visitar una ciudad, él caminaba a su lado, desconocido y glorioso, como los Dioses cuando descendían en medio de los mortales; entonces, al mismo tiempo que el valor de una criatura como Mlle. Swann, comprendí cuán tosco e ignorante debía de parecerle yo, y sentí con tal viveza la dulzura y la imposibilidad que para mí habría de ser amigo suyo que me vi colmado al mismo tiempo de deseo y de desesperación. Cuando entonces pensaba en ella, la mayoría de las veces la veía delante del pórtico de una catedral explicándome el significado de las estatuas, y, con una sonrisa de benévola intercesión, presentándome como amigo suyo a Bergotte. Y la fascinación de todas las ideas que despertaban en mí las catedrales, la fascinación de las colinas de L'île-de-France y de las llanuras de Normandía, siempre hacía refluir sus reflejos sobre la imagen que me hacía de Mlle. Swann; eso era estar a punto de amarla. De todo lo que el amor exige para hacer lo que más le importa, y lo que le hace menospreciar todo lo demás es nuestra convicción de que un ser participa de una vida desconocida en la que su amor nos permitiría penetrar. Hasta las mujeres que pretenden juzgar a un hombre sólo por su físico ven en ese físico la emanación de una vida especial. Por eso se enamoran de los militares, de los bomberos; el uniforme las vuelve menos exigentes con el rostro; bajo la coraza creen besar un corazón diferente, aventurado y dulce; y un joven soberano, un príncipe heredero no necesita, para hacer las conquistas más halagüeñas en los países extranjeros que visita, el perfil regular que quizá le fuera indispensable a un corredor de bolsa.

Mientras yo leía en el jardín, cosa que la tía abuela no hubiera comprendido que hiciese fuera del domingo, día en que está prohibido ocuparse en nada serio y en el que ella no cosía (un día de diario me habría dicho: «¿cómo te diviertes leyendo, si no es domingo?», dando a la palabra diversión el sentido de chiquillada y

de pérdida de tiempo), tía Léonie charlaba con Françoise esperando la hora de Eulalie. Le anunciaba que acababa de ver pasar a Mme. Goupil «sin paraguas, con el vestido de seda que se había encargado en Châteaudun. Si tiene que ir lejos antes de vísperas, lo más probable es que se le empape».

«Quizá, quizá» (lo cual significaba quizá no), decía Françoise para no descartar definitivamente la posibilidad de una alternativa más favorable.

«Vaya, decía mi tía dándose una palmada en la frente, acabo de recordar que no he sabido si esta mañana llegó a la iglesia después de la elevación. Tengo que acordarme de preguntárselo a Eulalie… Françoise, mire qué nube negra detrás del campanario y qué sol tan malo da en las tejas, seguro que no acaba el día sin que llueva. No era posible que siguiesen así las cosas, hacía demasiado calor. Y cuanto antes, mejor será, porque mientras la tormenta no estalle, mi agua de Vichy no se decidirá a bajar», añadía la tía, en cuya mente el deseo de acelerar el descenso del agua de Vichy podía infinitamente más que el temor de ver a Mme. Goupil con el vestido echado a perder.

—Quizá, quizá.

—Y es que, cuando llueve en la plaza, no hay dónde meterse. ¿Cómo, las tres ya?, exclamaba de pronto la tía poniéndose pálida, entonces ya han empezado las vísperas, ¡se me ha olvidado la pepsina! Ahora comprendo por qué se me quedaba en el estómago el agua de Vichy.

Y precipitándose sobre el libro de misa encuadernado en terciopelo morado, y del que, en su prisa, se le caían estampas de esas bordadas con una orla de encaje de papel amarillento que señalan las páginas de las festividades, la tía, al mismo tiempo que tragaba sus gotas, empezaba a leer a toda prisa los textos sagrados cuya comprensión le quedaba ligeramente oscurecida por la incertidumbre de saber si, tomada tanto tiempo después del agua de Vichy, todavía sería la pepsina capaz de alcanzarla y hacerla descender. «¡Las tres, es increíble cómo pasa el tiempo!».

Un golpecito en el cristal, como si algo hubiera chocado contra él, seguido de una amplia caída ligera como de granos de arena que hubiesen lanzado desde una ventana superior, luego esa caída que

aumenta, que se regulariza, que adopta un ritmo, que se vuelve fluida, sonora, musical, innumerable, universal: era la lluvia.

«¿Qué, Françoise, no se lo decía? ¡Qué manera de caer! Pero creo haber oído la campanilla de la puerta del jardín, vaya a ver quién puede andar ahí fuera con este tiempo».

Françoise volvía:

«Es Madame Amédée (mi abuela) que ha dicho que iba a dar una vuelta. Y sí que llueve fuerte».

—No me sorprende, decía la tía alzando los ojos al cielo. Siempre he dicho que su cabeza no estaba hecha como la de los demás. Mejor que sea ella y no yo quien esté fuera en este momento.

—Mme. Amédée siempre anda al revés de los demás, añadía Françoise con ternura, reservándose decir para el momento en que estuviera a solas con los demás criados que según ella la abuela estaba algo «tocada».

«¡Pues la bendición ya ha terminado! Eulalie no vendrá», suspiraba la tía; el tiempo la habrá asustado.

—Pero si todavía no son las cinco, señora Octave, sólo son las cuatro y media.

—¿Sólo las cuatro y media? Y ya he tenido que descorrer los visillos para que me entre un miserable hilo de luz. ¡A las cuatro y media! ¡Ocho días antes de las Rogaciones[95]! ¡Ay, mi pobre Françoise, qué enfadado debe de estar Dios con nosotros! ¡Y es que la gente de hoy hace tantas cosas! Como decía mi pobre Octave, nos olvidamos demasiado del Buen Dios y él se venga.

Un vivo carmín animaba las mejillas de la tía: era Eulalie. Por desgracia, en cuanto llegaba, Françoise volvía a aparecer y con una sonrisa que tenía por finalidad ponerse al unísono con la alegría que, según pensaba, causarían sus palabras a la tía, articulando las sílabas para demostrar que, pese al empleo del estilo indirecto, repetía como buena criada las palabras mismas que se había dignado utilizar el visitante:

«El señor cura estaría encantado y feliz si la señora Octave no estuviera descansando y pudiese recibirle. El señor cura no quiere molestar. El señor cura está abajo, le he dicho que pase a la sala».

En realidad, las visitas del cura no causaban en la tía un placer tan grande como Françoise pensaba, y la expresión de júbilo con que se creía obligada a engalanar su cara cada vez que tenía que anunciarlo no respondía exactamente a los sentimientos de la enferma. El cura (hombre excelente con quien lamento no haber hablado más, porque si no entendía nada de arte sabía mucho de etimologías), acostumbrado a dar a los visitantes de calidad noticias sobre la iglesia (hasta tenía la intención de escribir un libro sobre la parroquia de Combray), la fatigaba con explicaciones infinitas que además siempre eran las mismas[96]. Pero cuando, como aquella vez, coincidía con la de Eulalie, su visita resultaba francamente desagradable a la tía. Hubiera preferido sacar provecho de Eulalie y no tener a todo el mundo a la vez. Pero no se atrevía a rechazar al cura y se limitaba a hacer a Eulalie una seña para que no se fuese al mismo tiempo que él, que sólo la entretendría un rato en cuanto él se hubiese marchado.

—Me han dicho, señor cura, que hay un artista que ha plantado su caballete en la iglesia para copiar una vidriera. Puedo asegurarle que en toda mi vida nunca había oído hablar de nada parecido. Pero ¿qué es lo que busca la gente de hoy en día? Y lo peor es que van a buscar lo más despreciable que hay en la iglesia.

—No me atrevería yo a decir que eso es lo más despreciable, porque si en Saint-Hilaire hay partes que merecen ser visitadas, hay otras muy viejas en mi pobre basílica, la única de toda la diócesis que no ha sido restaurada siquiera. ¡Dios mío, qué sucio y vetusto está el pórtico! Pero, en fin, tiene un aspecto majestuoso; lo mismo ocurre con los tapices de Ester, por los que personalmente no daría un céntimo, pero que los entendidos sitúan inmediatamente después de los de Sens. Reconozco además que, junto a ciertos detalles demasiado realistas, presentan otros que atestiguan auténtico espíritu de observación. Pero que no vengan a hablarme de las vidrieras. ¿Qué sentido común hay en dejar unas ventanas que no dan luz y confunden incluso la vista con esos reflejos de un color para mí indefinible, en una iglesia donde no hay dos losas que estén al mismo nivel y que se niegan a sustituir so pretexto de que son las tumbas de los abades de Combray y de los señores de Guermantes, los antiguos

condes de Brabante? Los antepasados directos del actual duque de Guermantes y también de la duquesa, puesto que es una Guermantes que se casó con su primo. (La abuela que, a fuerza de desinteresarse de las personas terminaba confundiendo todos los nombres, cada vez que se pronunciaba el de la duquesa de Guermantes pretendía que debía de ser pariente de Mme. de Villeparisis. Todo el mundo se reía a carcajadas; ella intentaba defenderse alegando cierta invitación de boda: «Creo recordar que en ella se hablaba de Guermantes». Y por una vez también yo me ponía de parte de los demás y en contra de ella, por no poder admitir que hubiese vínculo alguno entre su amiga de pensionado y la descendiente de Genoveva de Brabante). «Fíjense en Roussainville, hoy no es más que una parroquia de campesinos, cuando antiguamente esa población debió un gran desarrollo al comercio de sombreros de fieltro y de relojes de péndulo». (No estoy seguro de la etimología de Roussainville. Me siento tentado a creer que el nombre primitivo era Rouville (Radulfi villa), como Châteauroux (Castrum Radulfi[97]), pero de eso ya le hablaré en otra ocasión). Bien, la iglesia posee unas vidrieras soberbias, modernas en su mayoría, y esa imponente Entrada de Luis Felipe en Combray que estaría mucho mejor en Combray mismo y que, según dicen, vale tanto como la famosa vidriera de Chartres. Precisamente ayer hablaba con el hermano del doctor Percepied, que es un entendido, y que la considera un trabajo bellísimo. Pero, como le decía yo a ese artista que por lo demás parece muy educado y pasa por ser un verdadero virtuoso del pincel, ¿qué encuentra usted de extraordinario en ésa vidriera, que encima es algo más oscura que las otras?

—Estoy segura de que si se lo pidiese a Monseñor, decía en tono suave la tía, que empezaba a pensar que acabaría agotada, «no le negaría una vidriera nueva».

—Desde luego, señora Octave, respondía el cura. Pero fue precisamente Monseñor quien puso el cascabel al gato de esa desdichada vidriera demostrando que representa a Gilberto el Malo[98], sire de Guermantes, descendiente directo de Genoveva de Brabante que a su vez era una Guermantes, en el momento de recibir la absolución de san Hilario.

—Pues yo no veo dónde está san Hilario.

—Claro que sí, en una esquina de la vidriera, ¿no se ha fijado nunca en una dama con un vestido amarillo? Pues ése es san Hilario, al que como usted sabe, en ciertas provincias llaman san Illiers, san Helier, e incluso, en el Jura san Ylie[99]. Y estas diversas corrupciones de sanctus Hilarius no son desde luego las más curiosas que se han producido en los nombres de los bienaventurados. Por ejemplo, su patrona, mi buena Eulalia, sancta Eulalia, ¿sabe en qué se ha convertido en Borgoña? En san Eloy, simplemente: se ha convertido en un santo[100]. ¿Le parece lógico, Eulalie, que después de su muerte la transformen a usted en hombre?

—El señor cura siempre está de broma.

—El hermano de Gilberto, Carlos el Tartamudo[101], príncipe piadoso pero que, por haber perdido a hora temprana a su padre, Pipino el Insensato, fallecido a consecuencia de su enfermedad mental, ejercía el poder supremo con toda la presunción de una juventud que ha carecido de disciplina, si no le caía bien la cara de un individuo en un pueblo ordenaba matar hasta el último de sus habitantes. Para vengarse de Carlos, Gilberto mandó quemar la iglesia de Combray, la primitiva iglesia de entonces, se entiende, la que Teodeberto[102], abandonando con su corte la casa de campo que poseía cerca de aquí, en Thiberzy (Theodeberciacus), para ir a luchar contra los burgundios, había prometido construir encima de la tumba de san Hilario, si el Bienaventurado le procuraba la victoria. De todo ello sólo queda la cripta donde Théodore le habrá hecho bajar, porque Gilberto quemó el resto. Luego derrotó al desdichado Carlos con la ayuda de Guillermo el Conquistador[103] (el cura pronunciaba Guilermo), por eso nos visitan tantos ingleses. Pero no parece haber sabido granjearse la simpatía de los habitantes de Combray, porque éstos se abalanzaron sobre él cuando salía de misa y le cortaron la cabeza. De cualquier modo, Théodore presta un librito que lo explica todo.

«Pero, indudablemente, lo más curioso de nuestra iglesia es la vista que hay desde el campanario, que es grandiosa. Cierto que a usted, que no es muy fuerte, no le aconsejaría subir nuestros noventa

y siete escalones, justo la mitad del célebre duomo de Milán[104]. Basta para agotar a una persona de buena salud, sobre todo porque hay que subir doblado en dos si no quiere uno romperse la cabeza, además de recoger con la ropa todas las telarañas de la escalera. En cualquier caso, tendría que abrigarse bien, añadía (sin advertir la indignación que provocaba en mi tía la idea de que fuese capaz de subir al campanario), porque una vez arriba hace una corriente de aire terrible. Hay quien dice haber sentido allí el frío de la muerte. No obstante, los domingos siempre hay grupos de personas que vienen incluso de muy lejos para admirar la belleza del panorama y que se marchan encantados. Mire, si el tiempo no se estropea, seguro que el próximo domingo encontrará gente, porque son las Rogaciones. Hay que confesar además que desde allá arriba se goza de una vista fantástica, con unas especies de panorámicas sobre la llanura que tienen un sello muy singular. Con tiempo claro, puede divisarse hasta Verneuil. Pero es que, además, se abarcan a un tiempo cosas que habitualmente sólo pueden verse por separado, como el curso del Vivonne y los fosos de Saint-Assise-lés-Combray, que una cortina de grandes árboles separa del río, o como los diferentes canales de Jouy-le-Comte (Gaudiacus vice comitis[105], como usted sabe). Siempre que he ido a Jouy-le-Vicomte, he visto perfectamente un trozo del canal, y luego, al volver una calle, veía otro, pero entonces ya no veía el anterior. Por más que los juntara en mi cabeza, no era muy grande la impresión que me hacían. Desde el campanario de Saint-Hilaire es otra cosa, es toda una red que envuelve la localidad. Sólo que no se distingue el agua, se diría grandes grietas que cortan tan bien la ciudad en cuartos que parece un brioche cuyos pedazos siguen juntos pese a estar ya cortados. Para hacer bien las cosas habría que estar al mismo tiempo en el campanario de Saint-Hilaire y en Jouy-le-Vicomte».

Fatigaba tanto el cura a mi tía que, nada más irse, se veía obligada a despedir a Eulalie.

«Tome, mi pobre Eulalie», decía con un hilo de voz, sacando una moneda del bolsito que tenía al alcance de la mano, «aquí tiene, para que no me olvide en sus oraciones».

—Pero, señora Octave, no sé si debo, ¡sabe de sobra que no vengo por esto!, decía Eulalie, siempre con la misma vacilación y el mismo apuro que si fuera la primera vez, y con un mohín de enfado que divertía a la tía y no le disgustaba, porque si algún día Eulalie mostraba un aire menos contrariado del habitual al coger la moneda, la tía decía:

«No sé qué le pasaba hoy a Eulalie; le he dado lo de siempre, pero no parecía contenta.

—Pues no creo que pueda tener motivo de queja», suspiraba Françoise, que tendía a considerar calderilla todo lo que la tía le daba para ella o sus hijos, y tesoros locamente derrochados en una ingrata las moneditas depositadas cada domingo en la mano de Eulalie, pero con tal discreción que Françoise nunca llegaba a verlas. Y no es que Françoise quisiese para sí el dinero que la tía daba a Eulalie. Disfrutaba sobradamente de lo que poseía mi tía, sabiendo que las riquezas del ama también elevan y hermosean a ojos de todos a la criada; y que ella misma, Françoise, era insigne y celebrada en Combray, Jouy-le-Vicomte y otros lugares por las numerosas fincas de mi tía, las frecuentes y prolongadas visitas del cura y el singular número de botellas de agua de Vichy consumidas. Si era avara, lo era por la tía; de haber administrado ella su fortuna, cosa que hubiera sido su sueño, la habría preservado de tentativas ajenas con ferocidad de madre. Pero no le habría parecido gran perjuicio que la tía, cuya generosidad sabía incurable, se dejase llevar por su largueza, si por lo menos hubiera sido con ricos. Pensaba acaso que, por no necesitar los regalos de la tía, no podían ser sospechosos de apreciarla por ellos. Además, ofrecidos a personas de gran posición, a Mme. Sazerat, a M. Swann, a M. Legrandin, a Mme. Goupil, a personas «de igual rango» que la tía y que «juntas iban bien», formaban parte en su opinión de los usos de aquella vida extraña y brillante de los ricos que van de caza, dan bailes y se visitan, y que ella admiraba con una sonrisa. Mas no pensaba lo mismo si los beneficiarios de la generosidad de la tía eran aquéllos que Françoise llamaba «gente como yo, gente que no es más que yo», y que era a los que más despreciaba salvo que la llamasen «señora Françoise» y se considerasen «menos que ella». Y cuando, a pesar de sus consejos, vio que la tía obraba a su antojo y

tiraba el dinero —por lo menos eso creía Françoise— con criaturas indignas, empezaron a parecerle pequeñísimos los regalos que le hacía la tía en comparación con las imaginarias sumas prodigadas a Eulalie. No había en los alrededores de Combray heredad lo bastante grande de la que Françoise no supusiese que Eulalie hubiese podido adquirirla fácilmente con todo lo que le producían sus visitas. Cierto es que Eulalie hacía la misma estimación de las riquezas inmensas y ocultas de Françoise. Habitualmente, nada más irse Eulalie, Françoise hacía profecías nada benévolas sobre ella. La odiaba, pero la temía y se creía obligada, cuando la otra estaba presente, a ponerle «buena cara». Se desquitaba nada más irse Eulalie, cierto que sin nombrarla nunca, pero profiriendo oráculos sibilinos, o sentencias de carácter general como las del Eclesiastés[106]*, pero cuya aplicación no podía escapársele a la tía. Después de haber mirado por una rendija del visillo si Eulalie había cerrado la puerta: «Los aduladores siempre saben llegar en el momento oportuno y recoger las perras; pero, paciencia, un buen día el Buen Dios los castigará por todo», decía con la mirada atravesada y la insinuación de Joás, que piensa sólo en Atalía cuando dice:*

Le bonheur des méchants
comme un torrent s'écoule[107]*.*

(La dicha de los malvados como un torrente se despeña).

Pero cuando también había venido el cura y su interminable visita había agotado las fuerzas de la tía, Françoise salía del cuarto detrás de Eulalie diciendo:

«Señora Octave, voy a dejarla descansar, parece usted muy cansada».

Y la tía no contestaba siquiera, exhalando un suspiro que parecía que había de ser el último, con los ojos cerrados, como muerta. Pero en cuanto Françoise llegaba abajo, cuatro golpes dados con la mayor

violencia resonaban en la casa y la tía, incorporada en la cama, gritaba:

«¿Se ha ido ya Eulalie? ¿Puede creer que se me ha olvidado preguntarle si Mme. Goupil ha llegado a misa antes de la elevación? Deprisa, corra tras ella».

Pero Françoise volvía sin haber podido alcanzarla.

«¡Qué contrariedad!, decía la tía moviendo la cabeza. ¡Era lo único importante que tenía que preguntarle!».

Así iba pasando la vida para tía Léonie, siempre idéntica, en la dulce uniformidad de lo que ella, con desdén fingido y profunda ternura, llamaba su «pequeño trantrán». Mimada por todo el mundo, no sólo en la casa, donde todos, una vez comprobada la inutilidad de aconsejarle una higiene mejor, se habían resignado poco a poco a no discutir con ella, sino incluso en el pueblo donde, a tres calles de nosotros, el embalador, antes de clavar sus cajas, mandaba preguntar a Françoise si la tía «estaba descansando», ese año, sin embargo, aquel trantrán se vio alterado una vez. Como un fruto escondido que, sin que nadie se dé cuenta, llega a sazón y se desprende por sí solo, una noche se produjo el alumbramiento de la fregona. Pero sus dolores eran insoportables, y como en Combray no había comadrona, Françoise hubo de salir antes del amanecer a buscar una a Thiberzy. La tía no pudo dormir por los chillidos de la fregona, y echó mucho de menos a Françoise, que a pesar de la corta distancia no volvió sino muy tarde. Por eso mi madre me dijo por la mañana: «Sube a ver si la tía necesita algo». Entré en la primera estancia y, por la puerta abierta, vi a la tía que, echada de costado, estaba durmiendo; la oí roncar levemente. Iba a marcharme muy despacio, pero sin duda el ruido que había hecho se había introducido en su sueño y había «cambiado su marcha», como se dice de los automóviles, porque la música del ronquido se interrumpió un segundo y prosiguió en un tono más bajo; luego se despertó y volvió a medias la cara, que entonces pude ver; expresaba una especie de terror; evidentemente, había tenido un sueño espantoso; en la posición en que estaba colocada no podía verme, y me quedé allí sin saber si debía avanzar o retirarme; pero ya parecía recobrar el sentido de la realidad y había reconocido la falacia de las visiones que la habían espantado; una sonrisa de alegría, de

piadoso agradecimiento a Dios que permite a la vida ser menos cruel que los sueños, iluminó débilmente su rostro, y siguiendo su viejo hábito de hablarse a sí misma a media voz cuando se creía sola, murmuró: «¡Alabado sea Dios! Nuestra única preocupación es la fregona dando a luz. ¡Y yo que soñaba que mi pobre Octave había resucitado y quería obligarme a dar un paseo todos los días!». Tendió la mano hacia el rosario que había sobre la mesilla, pero el sueño que regresaba no le dejó fuerza suficiente para alcanzarlo: tranquilizada, volvió a dormirse, y salí a paso de lobo del cuarto sin que ni ella ni nadie haya sabido nunca lo que había oído.

Cuando digo que, salvo acontecimientos muy raros como este parto, el trantrán de la tía nunca sufría variación alguna, no tengo en cuenta aquellas otras que, por repetirse siempre idénticas a intervalos regulares, no hacían sino introducir en el seno de la uniformidad una especie de uniformidad secundaria. Así, todos los sábados, como Françoise iba por la tarde al mercado de Roussainville-le-Pin, la comida se adelantaba una hora para todo el mundo. Y la tía había asimilado tan bien el hábito de esa derogación semanal de sus hábitos, que se atenía a esa costumbre igual que a las demás. Tanto se había «arrutinado», como decía Françoise, que si un sábado hubiese tenido que esperar la hora habitual para comer, le habría «irritado» tanto como si otro día hubiese tenido que adelantarla a la hora del sábado. Además, ese adelanto del almuerzo confería al sábado, para todos nosotros, una fisonomía peculiar, indulgente y bastante simpática. Cuando habitualmente todavía se tiene una hora por vivir antes de la distensión de la comida, se sabe que, dentro de unos segundos, vamos a ver llegar unas endivias tempranas, una tortilla de favor y un bistec inmerecido. El retorno de aquel sábado asimétrico era uno de esos pequeños acontecimientos internos, locales, casi cívicos que crean, en las vidas tranquilas y en las sociedades cerradas, una suerte de vínculo nacional y se vuelven tema favorito de las conversaciones, de las bromas y de los relatos exagerados a capricho: hubiera sido el núcleo totalmente dispuesto para un ciclo legendario, si alguno de nosotros hubiéramos tenido cabeza épica[108]. Por la mañana, antes de que nos vistieran, sin motivo, sólo por el placer de

comprobar la fuerza de la solidaridad, nos decíamos unos a otros llenos de buen humor, de cordialidad, de patriotismo: «¡No hay tiempo que perder, no olvidemos que es sábado!», mientras la tía, conferenciando con Françoise y pensando que la jornada sería más larga que de costumbre, decía: «Como es sábado, podía prepararles un buen trozo de ternera». Si a las diez y media alguno, distraído, sacaba su reloj diciendo: «Ánimo, todavía falta hora y media para la comida», todos se alegraban de tener que decirle: «Pero ¿en qué está usted pensando? ¿No ve que es sábado?», y un cuarto de hora después todavía seguíamos riéndonos y nos prometíamos subir a contarle a la tía el olvido para divertirla. Hasta la misma cara del cielo parecía otra. Después de la comida, el sol, consciente de que era sábado, ganduleaba una hora más en lo alto del cielo, y cuando alguien, pensando que se nos hacía tarde para el paseo, decía: «Pero ¿sólo son las dos?», al ver pasar las dos campanadas de Saint-Hilaire (que no suelen encontrar a nadie en los caminos todavía desiertos debido a la comida del mediodía o de la siesta, a lo largo del río vivo y blanco que hasta el pescador ha abandonado, y transcurren solitarias por el cielo vacío donde sólo quedan algunas nubes perezosas), todo el mundo le respondía a coro: «¡No se deje engañar, es que hemos comido una hora antes, ya sabe usted que es sábado!». La sorpresa de un bárbaro (así denominábamos a cuantos ignoraban lo que el sábado tenía de particular) que, cuando llegaba a las once para hablar con papá, nos encontraba sentados a la mesa, era una de las cosas que más habían hecho reír a Françoise en toda su vida. Mas si encontraba divertido que el desconcertado visitante no supiese que los sábados comíamos antes, aún le parecía más cómico (aunque en el fondo de su corazón simpatizase con aquel chovinismo estricto) que a mi padre no se le ocurriese la idea de que aquel bárbaro podía ignorarlo, y contestara sin otra explicación a su asombro por vernos ya en el comedor: «¡Pero si es sábado!». Llegada a este punto de su relato, Françoise se enjugaba unas lágrimas de hilaridad y para aumentar el placer que sentía prolongaba el diálogo, inventando la respuesta del visitante a quien aquello de «sábado» no explicaba nada. Y lejos de quejarnos de sus añadidos, todavía nos resultaban insuficientes y le decíamos: «A mí me parece que dijo algo más. La primera vez que lo

contó era más largo». Hasta la misma tía abuela dejaba su labor, alzaba la cabeza y miraba por encima de sus lentes.

Tenía además el sábado otra cosa de particular: ese día, durante el mes de mayo, salíamos después de la cena para ir al «mes de María».

Como allí encontrábamos a veces a M. Vinteuil, severísimo con esa «raza deplorable de jóvenes descuidados que siguen las ideas de la época actual», mi madre tenía cuidado de que no fallase nada en mi atuendo, luego nos encaminábamos hacia la iglesia. Recuerdo que fiie en el mes de María cuando empecé a amar los espinos blancos. No sólo los había en la iglesia, tan santa, pero donde teníamos derecho a entrar, colocados sobre el altar mismo, inseparables de los misterios en cuya celebración participaban: también hacían correr entre los candelabros y los vasos sagrados sus ramas unidas horizontalmente unas a otras en aparejo de fiesta, y que hermoseaban además los festones de su follaje, sobre el que se habían derramado con profusión, como en una cola de traje de novia, ramitos de capullos de una blancura resplandeciente. Pero, sin atreverme a mirarlos más que a hurtadillas, tenía la sensación de que aquellos pomposos aderezos estaban vivos y que era la naturaleza misma la que, haciendo aquellos cortes en las hojas y añadiendo el ornato supremo de aquellos blancos capullos, había vuelto aquella decoración digna de lo que era al mismo tiempo fiesta popular y solemnidad mística. Más arriba, aquí y allá, se abrían con gracia despreocupada sus corolas, reteniendo de forma tan negligente, como un último y vaporoso adorno, el hacecillo de estambres, sutiles como hilos de la Virgen, que los enmarañaba por entero, que siguiendo y tratando de repetir dentro de mí mismo el gesto de su florescencia lo imaginaba como si hubiese sido el movimiento de cabeza aturdido y rápido, con mirada coqueta y pupilas aguzadas, de una blanca joven distraída y viva. M. Vinteuil venía a sentarse a nuestro lado con su hija. De buena familia, había sido profesor de piano de las hermanas de la tía abuela y cuando, tras la muerte de su mujer y una herencia que le había llegado, se había retirado cerca de Combray, con frecuencia lo recibíamos en casa. Pero, pudibundo en exceso, dejó de visitarnos para no encontrarse con Swann, que había hecho lo que él denominaba «una boda inconveniente, a la moda del día». Al saber

mi madre que componía música, por amabilidad le dijo que, cuando fuese a verle, tendría que tocarle alguna cosa suya. A M. Vinteuil le habría gustado mucho, pero su educación y su bondad eran tan escrupulosas que, poniéndose siempre en el lugar de los otros, temía aburrirlos y parecer egoísta si seguía o simplemente dejaba adivinar su propio deseo. El día en que mis padres fueron a su casa de visita, yo los acompañé, pero me permitieron quedarme fuera, y como la casa de M. Vinteuil, Montjouvain, estaba al pie de un montículo cubierto de matorrales donde me había escondido, vine a encontrarme a la altura del salón del segundo piso, a cincuenta centímetros de la ventana. Cuando le anunciaron la llegada de mis padres, vi a M. Vinteuil apresurarse a colocar sobre el piano, en sitio visible, una partitura. Pero cuando entraron mis padres, la retiró y la puso en una esquina. Tuvo sin duda miedo a dejarles suponer que se alegraba de verlos sólo para tocar sus composiciones. Y cada vez que mi madre había vuelto a la carga durante la visita, él había repetido varias veces: «Pues no sé quién la habrá puesto encima del piano, no es ése su sitio», y había desviado la conversación hacia otros temas, precisamente porque le interesaban menos. Su única pasión era su hija y ésta, que tenía trazas de chico, parecía tan robusta que no podía uno dejar de sonreír viendo las precauciones que el padre adoptaba con ella, como tener siempre a mano algún chal suplementario para echárselo por los hombros. La tía abuela nos hacía fijarnos en la expresión dulce, delicada, casi tímida que a menudo pasaba por las miradas de aquella muchacha tan ruda, de rostro sembrado de pecas. Nada más pronunciar una palabra, la oía con la mente de las personas a quienes se la había dicho, se alarmaba ante los posibles malentendidos y, en el rostro hombruno de aquel «diablillo», se iluminaban de pronto, se perfilaban, como en transparencia, los rasgos más finos de una muchacha atormentada.

Cuando en el momento de salir de la iglesia me arrodillé ante el altar, de pronto, al levantarme, sentí que de los espinos exhalaba un olor dulciamargo de almendras, y sobre las flores vi entonces unas zonas pequeñas más claras, bajo las que me figuré que debía de estar escondido aquel olor, como bajo las partes gratinadas el gusto de una torta o bajo sus pecas el de las mejillas de Mlle. Vinteuil. Pese a la

callada inmovilidad de los espinos, aquel olor intermitente era como el murmullo de su intensa vida, con el que el altar vibraba como un seto agreste visitado por vivientes antenas, en las que hacían pensar ciertos estambres casi rojos que parecían conservar la virulencia primaveral, el poder irritante de insectos ahora metamorfoseados en flores.

Al salir de la iglesia, delante del pórtico hablábamos un momento con M. Vinteuil. Terciaba entre los chiquillos que se peleaban en la plaza, asumía la defensa de los pequeños, sermoneaba a los mayores. Si su hija nos decía con su vozarrón que se había alegrado mucho de vernos, enseguida parecía como si dentro de ella una hermana más sensible se ruborizara por esas palabras de muchacho aturdido que hubieran podido hacernos pensar que podía ser invitada a nuestra casa. Su padre le echaba una mantilla sobre los hombros, subían en un pequeño buggy que ella misma guiaba y ambos regresaban a Montjouvain. A nosotros, como al día siguiente era domingo y no teníamos que levantarnos hasta la hora de misa mayor, si había luna y el aire era cálido, en lugar de hacernos volver directamente a casa, mi padre, por amor a la gloria, nos llevaba a dar por el calvario un largo paseo, que la escasa aptitud de mi madre para orientarse y reconocer el camino consideraba la proeza de un genio estratégico. En ocasiones íbamos hasta el viaducto, cuyos largos pasos de piedra empezaban en la estación y significaban para mí el exilio y la angustia fuera del mundo civilizado porque todos los años, al venir de París, nos recomendaban que tuviésemos cuidado, una vez en Combray, de no dejarnos pasar la estación, de prepararnos con tiempo porque el tren sólo paraba dos minutos para aventurarse luego por el viaducto más allá de los países cristianos cuyo límite extremo marcaba Combray para mí. Volvíamos por el bulevar de la estación, donde estaban las villas más agradables de la comuna. En todos los jardines el claro de luna sembraba, como Hubert Robert[109], sus escalones resquebrajados de blanco mármol, sus surtidores de agua, sus verjas entreabiertas. Su luz había destruido la oficina del Telégrafo. Sólo quedaba una columna medio rota, que conservaba sin embargo la belleza de una ruina inmortal. Yo arrastraba las piernas, me caía de

sueño, el aroma de los tilos que inundaba el aire me parecía una recompensa que sólo podía alcanzarse a costa de las mayores fatigas y que no merecía la pena. En cancelas lejanísimas unas de otras, perros despertados por nuestros pasos solitarios alternaban ladridos como los que a veces todavía oigo por la noche, y entre los que debió de ir (cuando en el jardín público de Combray se creó su emplazamiento) a refugiarse el bulevar de la estación, porque, donde me encuentre, cuando empiezan a sonar y responderse, vuelvo a verlo, con sus tilos y su acera iluminada por la luna.

De repente mi padre nos paraba y preguntaba a mi madre: «¿Dónde estamos?». Agotada por la caminata, pero orgullosa de él, le confesaba llena de ternura que no tenía la más remota idea. Él se encogía de hombros y reía. Luego, como si la hubiese sacado del bolsillo de su chaqueta junto con la llave, nos mostraba delante de nosotros la puertecita trasera de nuestro jardín que había venido con la esquina de la calle du Saint-Esprit a esperarnos al final de aquellos desconocidos caminos. Mi madre le decía con admiración: «¡Eres extraordinario!». Y a partir de ese instante, yo no tenía ya que dar un solo paso, el suelo caminaba por mí en aquel jardín donde desde hacía tanto tiempo mis actos habían dejado de acompañarse de atención voluntaria: el Hábito acudía a tomarme en sus brazos y me llevaba hasta la cama como a un niño pequeño.

Aunque la jornada del sábado, que empezaba una hora antes, y en la que se veía privada de Françoise, pasase más lenta que cualquier otra para la tía, esperaba impaciente sin embargo su vuelta desde el inicio de la semana, como si contuviese toda la novedad y distracción que su cuerpo debilitado y maníaco fuera todavía capaz de soportar. Y no es que algunas veces no aspirara a un cambio mucho mayor, ni que careciese de esos momentos excepcionales en que se tiene sed de algo distinto a lo existente, y en que aquéllos a quienes la falta de energía o de imaginación impide sacar de sí mismos un principio de renovación, piden al minuto que llega, al cartero que llama, traerles algo nuevo, aunque sea peor, una emoción, un dolor; en que la sensibilidad, que la dicha acalló como a un arpa indolente, quiere resonar al contacto de una mano, aunque sea brutal, y aunque deba acabar rota; en que la voluntad, a la que tanto ha costado conquistar

el derecho a dejarse llevar sin obstáculo por sus deseos, por sus penas, querría soltar las riendas en manos de acontecimientos imperiosos, aunque fuesen crueles. Indudablemente, como las fuerzas de la tía, que se agotaban a la menor fatiga, sólo se recuperaban gota a gota gracias al descanso, el depósito tardaba mucho en llenarse, y pasaban meses antes de que tuviera ese ligero sobrante que otros acumulan en la actividad, y que ella era incapaz de conocer y decidirse a utilizar. No dudo de que entonces —lo mismo que el deseo de sustituirlo por patatas con bechamel terminaba naciendo, al cabo de algún tiempo, del placer mismo que le causaba el retorno cotidiano del puré, del que nunca se «cansaba»— de la acumulación de aquellos días monótonos que tanto le gustaban la tía sacase la esperanza de un cataclismo doméstico limitado a la duración de un instante, que la obligaría sin embargo a realizar de una vez por todas uno de esos cambios que habrían sido, lo admitía, saludables para ella, y a los que no podía decidirse por sí sola. Queriéndonos de veras, le habría gustado llorarnos; y de llegar en un momento en que se encontrara bien y no tuviese aquellos sudores suyos, la noticia de que la casa era presa de un incendio en el que ya habíamos muerto todos y que pronto no quedaría piedra sobre piedra, pero del que ella hubiera tenido tiempo suficiente para escapar sin prisa, a condición de levantarse rápidamente de la cama, debió de obsesionar con frecuencia sus esperanzas, porque unía a las ventajas secundarias de permitirle saborear en un largo lamento todo su cariño por nosotros, y de provocar el pasmo del pueblo presidiendo nuestro duelo, animosa y abrumada, moribunda de pie, aquel otro bien mucho más precioso de obligarla en el momento oportuno, sin tiempo que perder, sin posibilidad de irritantes vacilaciones, a ir a pasar el verano a su bonita finca de Mirougrain, donde había un salto de agua. Como nunca había ocurrido ningún suceso de este tipo, con cuyo éxito fantaseaba con toda seguridad cuando estaba a solas, y absorta en sus innumerables solitarios (y que la hubiese sumido en la desesperación al primer atisbo de cumplimiento efectivo, al primero de esos menudos hechos imprevistos, de esa palabra que anuncia una mala noticia y cuyo acento ya nunca puede olvidarse, de todo lo que lleva la huella de la muerte real, tan diferente de su posibilidad lógica y

abstracta), se conformaba, para hacer de cuando en cuando más interesante su vida, con introducir en ella peripecias imaginarias que seguía apasionadamente. Se divertía suponiendo de pronto que Françoise le robaba y que ella recurría a la astucia para cerciorarse, que la pillaba in fraganti; acostumbrada, cuando jugaba sola a las cartas, a tirar por ella y por el adversario, se decía a sí misma las excusas azaradas de Françoise y las replicaba con tanto ardor e indignación que si uno de nosotros entraba en esos momentos la encontraba bañada en sudor, con los ojos centelleantes y los postizos descolocados hasta dejar ver su frente calva. Quizá desde el cuarto vecino Françoise oía a veces mordaces sarcasmos dirigidos contra ella, y cuya invención no hubiese aportado suficiente alivio a mi tía de haber quedado en estado puramente inmaterial, y si murmurándolos a media voz no les hubiera dado más realidad. En ocasiones, ni siquiera aquel «espectáculo en una cama[110]» le parecía suficiente a la tía, pretendía llevar a la escena su comedia. Y así, un domingo, con todas las puertas misteriosamente cerradas, confiaba a Eulalie sus dudas sobre la probidad de Françoise, su intención de deshacerse de ella, y en otra ocasión a Françoise sus sospechas de la infidelidad de Eulalie a quien pronto cerraría su puerta; pocos días más tarde estaba harta de su confidente de la víspera y se conchababa con la traidora; por lo demás, una y otra intercambiarían los papeles en la próxima representación. Mas las sospechas que de vez en cuando podía inspirarle Eulalie sólo eran una llamarada de paja y desaparecían al instante, por falta de alimento, dado que Eulalie no vivía en la casa. No sucedía lo mismo con las que despertaba Françoise, a quien la tía sentía perpetuamente bajo el mismo techo, sin que, por temor a coger frío si salía de la cama, se atreviese a bajar a la cocina para saber si eran fundadas. Poco a poco su mente no tuvo otra ocupación que tratar de adivinar qué era lo que en todo momento podía estar haciendo y tratando de ocultarle Françoise. Observaba los gestos más furtivos de su fisonomía, una contradicción en sus palabras, un deseo que parecía disimular. Y le hacía ver que la había desenmascarado, con una sola palabra que ponía pálida a Françoise y que, al hundirse en el corazón de la desdichada, parecía proporcionar

a la tía una diversión cruel. Y el domingo siguiente, una revelación de Eulalie —como esos descubrimientos que de pronto abren un campo insospechado a una ciencia naciente que se arrastraba en el polvo— demostraba a la tía que se había quedado muy por debajo de la verdad en sus suposiciones. «Pues Françoise debería saberlo ahora que usted le ha dado un coche. —¡Que yo le he dado un coche!, exclamaba la tía. —No sé, yo creía que… hace un momento la he visto pasar en calesa, orgullosa como Artabán[111], camino del mercado de Roussainville. Había pensado que era Mme. Octave quien se lo había dado». Poco a poco Françoise y la tía, como el animal y el cazador, no hacían otra cosa que tratar de prevenir las trampas mutuas. Mi madre tenía miedo de que en Françoise se desarrollase un verdadero odio hacia la tía, que la ofendía con toda la dureza de que era capaz. Lo cierto es que Françoise prestaba una atención extraordinaria y cada vez mayor a las menores palabras, a los menores gestos de la tía. Cuando tenía algo que pedirle, dudaba mucho tiempo sobre la forma en que debía hacerlo. Y cuando había proferido su demanda, observaba a hurtadillas a la tía, tratando de adivinar por la expresión de la cara lo que ésta había pensado y decidiría. Y así— mientras que cualquier artista que, leyendo las memorias del siglo XVII y deseando acercarse al gran Rey, cree caminar por esa vía forjándose una genealogía que lo hace descender de una familia histórica o manteniendo correspondencia con uno de los soberanos actuales de Europa, vuelve la espalda precisamente a aquello que erróneamente busca bajo formas idénticas y por tanto muertas —una vieja dama de provincias que no hacía sino obedecer sinceramente a manías irresistibles y a una maldad hija del ocio, veía, sin haber pensado nunca en Luis XIV, que las ocupaciones más insignificantes de la jornada regia, referidas a su despertar, a su colación, a su descanso, cobraban por su singularidad despótica un poco del interés de lo que Saint-Simon llamaba la «mecánica[112]» de la vida en Versalles, y también podía creer que sus silencios, un toque de buen humor o de altanería en su rostro eran para Françoise objeto de un comentario tan apasionado y temeroso como el silencio, el buen humor y la altivez del Rey cuando un cortesano, o incluso uno

de los mayores señores, le habían entregado un memorial en el recodo de una alameda, en Versalles.

Un domingo en que la tía había recibido la visita simultánea del cura y de Eulalie y luego se había acostado, subimos a darle las buenas noches y mamá presentó sus condolencias por la desdichada circunstancia de que sus visitantes llegasen siempre a la misma hora.

«Sé que las cosas han vuelto a salir mal esta tarde, Léonie, le dijo con dulzura, todo el mundo ha venido a verla al mismo tiempo».

Frase que la tía abuela interrumpió con un «Abundancia de bienes…», porque desde que su hija estaba enferma creía deber suyo animarla presentándole todo siempre por el lado bueno. Pero tomando la palabra, mi padre dijo:

«Quiero aprovechar que toda la familia está reunida para contaros una cosa sin tener que repetírsela a cada uno. Me temo que Legrandin está enfadado con nosotros: apenas si me ha saludado esta mañana».

No me quedé a oír el relato de mi padre, porque precisamente estaba yo con él después de misa cuando nos habíamos encontrado con M. Legrandin, y bajé a la cocina a preguntar por el menú de la cena, que todos los días me entretenía como las noticias que leemos en un periódico y me excitaba como el programa de una fiesta. Cuando M. Legrandin pasó a nuestro lado al salir de la iglesia, acompañando a una castellana de la vecindad que sólo conocíamos de vista, mi padre le había dirigido un saludo amistoso y reservado a la vez, pero sin detenernos; M. Legrandin apenas había respondido, con aire extrañado, como si no nos reconociese, y con esa perspectiva de la mirada peculiar de las personas que no quieren ser amables y que, desde el fondo repentinamente retraído de sus ojos, parecen veros como al final de un camino interminable y a distancia tan grande que se contentan con haceros un minúsculo gesto de cabeza, proporcionado a vuestras dimensiones de marioneta.

Pero la dama a la que Legrandin acompañaba era una persona virtuosa y de buena reputación; no podía tratarse de una aventura ni de que él se sintiera molesto por verse sorprendido, y mi padre se preguntaba de qué modo había podido irritar a Legrandin. «Lamentaría mucho haberle ofendido, dijo mi padre, sobre todo porque, con su chaqueta recta y su corbata floja, en medio de todo

ese gentío endomingado tiene un no sé qué tan poco afectado, tan auténticamente sencillo, y un aire casi ingenuo que resulta muy simpático». Pero el consejo de familia expresó la unánime opinión de que sólo eran figuraciones de mi padre, o que, en ese momento, Legrandin estaba absorto en alguna idea. Además, los temores de mi padre se disiparon al día siguiente. Cuando regresábamos de una larga caminata, vimos junto al Puente Viejo a Legrandin, que debido a las fiestas se quedaba varios días en Combray. Se adelantó a nuestro encuentro con la mano tendida: «¿Conoce usted, señor lector, me preguntó, este verso de Paul Desjardins?:

Les bois sont déjà noirs, le ciel est encor bleu[113]

(Los bosques están negros, el cielo todavía está azul).

Qué sutileza para expresar este momento, ¿verdad? Puede que usted no haya leído nunca a Paul Desjardins. Léalo, hijo mío; hoy, según me dicen, se ha convertido en una especie de fraile predicador, pero durante mucho tiempo fue un límpido acuarelista…

Les bois sont déjà noirs, le ciel est encor bleu . . .

¡Ojalá siga siendo siempre azul el cielo para usted, joven amigo! Y hasta en esa hora, que a mí ya va llegándome, en que los bosques están ya en sombra, en que la noche cae rauda, habrá usted de consolarse como hago yo mirando hacia el cielo». Sacó del bolso un cigarrillo, permaneció largo rato con los ojos clavados en el horizonte. «Adiós, amigos», nos dijo de pronto, y nos dejó.

A esa hora en que yo bajaba para informarme del menú, la cena ya había empezado y Françoise, que impartía órdenes a aquellas fuerzas de la naturaleza convertidas en ayudantes suyas, como en esos cuentos de hadas en que los gigantes hacen de cocineros, removía el

carbón, entregaba al vapor unas patatas para estofarlas y ponía en su punto mediante el fuego maravillas culinarias previamente preparadas en recipientes de ceramistas que iban desde tinajas grandes, marmitas, calderos y besugueras hasta terrinas para caza, moldes de repostería y tarritos de natillas pasando por una colección completa de cacerolas de todos los tamaños. Me paraba a ver sobre la mesa, donde acababa de pelarlos la fregona, los guisantes alineados y numerados como bolitas verdes de un juego; pero mi arrobo eran los espárragos, empapados de ultramar y rosa y cuya espiga, finamente punteada de malva y azul, va degradándose insensiblemente hasta el pie —todavía sucio sin embargo de la tierra de la planta— con irisaciones que no son de este mundo. Me parecía que aquellos matices celestes delataban a las deliciosas criaturas que se habían divertido metamorfoseándose en verduras y que, a través del disfraz de su carne comestible y firme, dejaban percibir en aquellos colores nacientes de aurora, en aquellos esbozos de arco iris, en aquella extinción de atardeceres azules, la esencia preciosa que yo aún podía reconocer cuando, tras haberlos comido en la cena, jugaban toda la noche, en sus farsas poéticas y rústicas como una fantasmagoría de Shakespeare, a transformar mi orinal en un jarrón de perfume[114].

La pobre Caridad de Giotto, como Swann la llamaba, encargada por Françoise de «desplumarlos», los tenía a su lado en un cestillo, y su expresión era doliente, como si le afligiesen todos los males de la tierra; y las leves coronas de azul que ceñían los espárragos por encima de sus túnicas rosas se dibujaban sutilmente, estrella por estrella, como lo están en el fresco las flores que ciñen la frente o están prendidas en la canastilla de la Virtud de Padua. Y mientras, Françoise daba vueltas en el asador a uno de aquellos pollos, asados como sólo ella sabía hacerlo, que habían derramado por todo Combray la fragancia de sus méritos, y que, mientras nos los servía en la mesa, hacían prevalecer la dulzura en mi especial concepción de su carácter, porque el aroma de aquella carne que ella sabía hacer tan untuosa y tierna no era para mí otra cosa que el perfume mismo de una de sus virtudes.

Pero el día en que bajé a la cocina mientras mi padre consultaba al consejo de familia sobre el encuentro con Legrandin, era uno de ésos en que la Caridad de Giotto, muy doliente por su reciente parto, no podía levantarse de la cama; sin su ayuda, Françoise iba retrasada. Cuando bajé, la vi en la despensa que daba al corral matando un pollo que, por su resistencia desesperada y muy natural, pero acompañada por una Françoise fuera de sí que, mientras intentaba cortarle el cuello por debajo de la oreja, chillaba «¡cochino animal!, ¡cochino animal!», ponía la santa dulzura y la unción de nuestra sirvienta bajo una luz menor de lo que habría de ponerlas, durante la cena del día siguiente, su piel recamada de oro como una casulla y su precioso jugo escurrido gota a gota de un ciborio. Cuando estuvo muerto, Françoise recogió la sangre, que corría sin apagar su rencor, sufrió todavía un acceso de cólera y mirando el cadáver de su enemigo, dijo una última vez: «¡Cochino animal!». Volví a subir todo temblando; habría querido que pusiesen a Françoise en la calle inmediatamente. Pero ¿quién me prepararía entonces bolsas de agua tan calientes, un café tan aromado, e incluso aquellos pollos? En realidad, este ruin cálculo se lo había hecho todo el mundo igual que yo. Porque tía Léonie sabía —cosa que yo aún ignoraba— que Françoise, pronta a dar su vida sin una queja por su hija, por sus sobrinos, era para el resto de los seres de una dureza singular. Pese a ello la tía seguía conservándola, porque si conocía su crueldad apreciaba su servicio. Poco a poco fui dándome cuenta de que la dulzura, la compunción y las virtudes de Françoise ocultaban tragedias de despensa, lo mismo que la historia va descubriendo que los reinados de reyes y reinas representados en los vitrales de las iglesias con las manos juntas, estuvieron marcados por incidentes sangrientos. Me di cuenta de que, dejando a un lado a su parentela, los seres humanos excitaban más su compasión por las desgracias cuanto más lejos de ella vivían. Los torrentes de lágrimas que derramaba leyendo en el periódico las desdichas de desconocidos se secaban pronto si podía imaginarse a la víctima de una forma algo más concreta. Una de las noches que siguieron al parto, la fregona sufrió unos cólicos atroces; mamá oyó sus lamentos, se levantó y despertó a Françoise quien, insensible, declaró que todos aquellos

chillidos eran pura comedia, que pretendía «dárselas de señora». El médico, temiendo aquellas crisis, había puesto una señal en un libro de medicina que teníamos en casa, en la página donde estaban descritas y a la que nos había remitido para encontrar las indicaciones de los primeros cuidados. Mi madre envió a Françoise en busca del libro recomendándole que no perdiera la señal. Al cabo de una hora, Françoise no había vuelto; indignada, mi madre pensó que se había acostado de nuevo y me dijo que fuera yo mismo a mirar en la biblioteca. Allí encontré a Françoise: había querido ver qué decía la página marcada, leía la descripción clínica de la crisis y sollozaba ahora que se trataba de una enfermedad-tipo que ella desconocía. A cada síntoma doloroso mencionado por el autor del tratado, exclamaba: «¡Ay! ¡Virgen Santa! ¿Es posible que el Buen Dios quiera hacer sufrir tanto a una desdichada criatura? ¡Ay, la pobre!».

Pero en cuanto la llamé, y en cuanto volvió junto a la cama de la Caridad de Giotto, sus lágrimas cesaron de correr al punto; ya no pudo sentir ni aquella agradable sensación de piedad y ternura que tan bien conocía y que la lectura de los periódicos le había proporcionado tantas veces, ni ningún otro placer de la misma familia, molesta e irritada por haber sido levantada en mitad de la noche por culpa de la fregona, y a la vista de los mismos sufrimientos cuya descripción la había hecho llorar únicamente reaccionó con gruñidos de mal humor, y hasta con horribles sarcasmos, diciendo, cuando pensó que nos habíamos ido y ya no podíamos oírla: «¡Si no hubiese hecho lo que hay que hacer para llegar a eso! ¡Bien que le gustó! ¡Que no venga ahora con remilgos! Pues sí que tiene que estar un hombre dejado de la mano de Dios para irse con esto. Ay, bien que lo decía en su modo de hablar mi pobre madre:

A quien del culo de un perro se enamora, le parece una rosa».

Si, cuando su nieto tenía un ligero resfriado de cabeza, se ponía en camino de noche, incluso enferma, en lugar de acostarse, para ver si necesitaba algo, haciendo cuatro leguas a pie antes de amanecer para estar de vuelta a tiempo en su trabajo, en cambio ese mismo amor por los suyos y su deseo de asegurar la futura grandeza de su familia se traducía en su política con los demás criados en una máxima constante: no permitir nunca que ni uno solo echase raíces en casa de

la tía; ponía una especie de orgullo en no dejar que nadie se acercase a ella, prefiriendo, cuando se encontraba mal, levantarse ella misma para darle su agua de Vichy antes que consentir a la fregona el acceso al cuarto del ama. Y como ese himenóptero estudiado por Fabre[115], la abeja excavadora, que para asegurar a sus crías, después de su propia muerte, carne fresca que comer, llama a la anatomía en ayuda de su crueldad y, tras capturar gorgojos y arañas, les atraviesa con una sabiduría y una habilidad maravillosas el centro nervioso del que depende el movimiento de las patas, pero no las demás funciones de la vida, de modo que el insecto paralizado, junto al que deposita sus huevos, proporcione a las larvas cuando salgan carne dócil, inofensiva, incapaz de fuga o de resistencia, pero en modo alguno podrida, Françoise hallaba, para secundar su permanente voluntad de volver insoportable la casa para cualquier criado, artimañas tan sutiles y tan despiadadas que, muchos años más tarde descubrimos que si aquel verano habíamos comido casi todos los días espárragos era porque su olor provocaba en la pobre fregona encargada de limpiarlos unos ataques de asma tan violentos que hubo de terminar marchándose.

Pero ¡ay!, definitivamente debíamos cambiar de opinión respecto a Legrandin. Uno de los domingos siguientes al encuentro en el Puente Viejo tras el que mi padre se había visto obligado a confesar su propio error, cuando la misa estaba terminando y con el sol y los ruidos de fuera entraba en la iglesia una cosa tan poco sagrada que Mme. Goupil y Mme. Percepied (todas las personas que poco antes, cuando yo llegué algo retrasado, habían permanecido con los ojos absortos en su plegaria, y de quienes incluso habría podido creer que no me habían visto entrar de no ser porque, al mismo tiempo, sus pies habían empujado levemente el banquito que me impedía alcanzar mi silla) empezaban a hablar con nosotros en voz alta de temas completamente temporales como si ya estuviésemos en la plaza, vimos en el umbral llameante del pórtico, dominando el abigarrado tumulto del mercado, a Legrandin, a quien el marido de aquella dama con la que recientemente lo habíamos encontrado estaba presentando a la mujer de otro gran terrateniente de los alrededores. El rostro de

Legrandin expresaba una animación, un interés extraordinarios; hizo un profundo saludo seguido de una inclinación secundaria hacia atrás que bruscamente llevó su espalda más allá de la posición de partida y que había debido de enseñarle el marido de su hermana, Mme. de Cambremer. Aquel rápido enderezamiento hizo refluir en una especie de onda fogosa y vigorosa la grupa de Legrandin, que yo no suponía tan carnosa; y no sé por qué, aquella ondulación de pura materia, aquel oleaje completamente carnal, privado de cualquier expresión de espiritualidad y que una solicitud llena de bajeza azotaba como una tempestad, despertaron de súbito en mi mente la posibilidad de un Legrandin completamente distinto del que nosotros conocíamos. La dama le rogó decir algo a su cochero, y, mientras se llegaba hasta el coche, la huella de alegría tímida y solícita que la presentación había marcado en su rostro aún persistía. Sonreía como arrobado en una especie de sueño; luego, urgido, regresó hacia la dama y, como andaba más deprisa que de ordinario, sus dos hombros oscilaban a derecha e izquierda de un modo ridículo, y se desmadejaba tanto en ese movimiento sin preocuparse del resto que parecía el juguete inerte y mecánico de la felicidad. Mientras, nosotros salíamos del pórtico, íbamos a pasar a su lado; demasiado bien educado para volver la cabeza, fijó su mirada repentinamente impregnada de una profunda ensoñación en un punto tan lejano del horizonte que no pudo vernos y así no tuvo que saludarnos. Su rostro seguía mostrándose ingenuo por encima de una chaqueta suelta y recta que parecía sentirse extraviada por descuido y a pesar suyo en medio de un lujo detestado. Y una lavallière de lunares que el viento de la Plaza agitaba seguía flotando sobre Legrandin como el estandarte de su altivo aislamiento y de su noble independencia. En el momento en que llegábamos a casa, mamá se dio cuenta de que habíamos olvidado el Saint-Honoré[116] y rogó a mi padre que volviese conmigo sobre nuestros pasos a decir que se lo llevaran enseguida. Cerca de la iglesia nos cruzamos con Legrandin que venía en sentido inverso acompañando a la misma señora en su carroza. Pasó a nuestro lado sin dejar de hablarle a su vecina, y con el rabillo de uno de sus ojos azules nos hizo un guiño en cierto modo interior a los párpados y que, por no afectar a los

músculos de la cara, pudo pasar perfectamente inadvertido para su interlocutora; mas, tratando de compensar con la intensidad del sentimiento la estrechez del campo a que circunscribía la expresión, en aquella esquinita azulada del guiño que nos lanzó hizo chispear toda la vivacidad de su gracejo, que sobrepasó la jovialidad y rozó la malicia; pulió las finezas de la amabilidad hasta los guiños de la connivencia, de las medias palabras, de los sobrentendidos, de los misterios de la complicidad; y exaltó por último las garantías de amistad hasta las protestas de ternura, hasta las declaraciones de amor, iluminando entonces, para nosotros sólo, con una languidez secreta, invisible para la castellana, una pupila enamorada en un rostro de hielo.

La víspera precisamente había pedido a mis padres que me enviaran a cenar acuella noche con él: «Venga a hacer compañía a su viejo amigo, me había dicho. Como ese ramillete que un viajero nos envía desde un país al que nunca volveremos, hágame respirar desde la lejanía de su adolescencia esas flores de las primaveras que hace muchos años también yo crucé. Venga usted con la prímula, con la barba de canónigo, con el botón de oro, venga con el telefio de que está hecho el ramillete preferido de la flora balzaquiana[117], con la flor del día de Resurrección, la margarita y la bola de nieve de los jardines que empieza a perfumar las alamedas de su tía abuela cuando aún no se han derretido las últimas bolas de nieve de los chaparrones de Pascua. Y venga con la gloriosa vestidura de seda del lirio digno de Salomón[118], y con el esmalte polícromo de los pensamientos, pero venga sobre todo con la brisa fresca todavía de las últimas heladas que pronto habrá de entreabrir, para las dos mariposas que desde esta mañana esperan a la puerta, la primera rosa de Jerusalén[119]».

En casa se preguntaban si, pese a todo, debían enviarme a cenar con M. Legrandin. Pero la abuela se negó a creer que hubiera sido descortés. «Habrán de admitir que aquí viene vestido con mucha sencillez, y no como un hombre de mundo». Sostenía que en cualquier caso, y poniéndose en lo peor, si lo había sido más valía aparentar no habernos dado cuenta. A decir verdad, mi propio padre,

que sin embargo era el más irritado contra el comportamiento de Legrandin, tal vez alimentaba una última duda sobre el sentido que implicaba. Era como cualquier actitud o acción que revela el carácter profundo y secreto de alguien: no mantiene lazo alguno con sus palabras anteriores, no podemos verla confirmada por el testimonio del culpable que no ha de confesar; debemos contentarnos con el de nuestros sentidos, a los que preguntamos, ante este recuerdo aislado e incoherente, si no han sido juguetes de una ilusión; de suerte que actitudes semejantes, las únicas que tienen importancia, nos dejan con frecuencia ciertas dudas.

Cené con Legrandin en su terraza; había claro de luna: «Qué deliciosa calidad de silencio, ¿verdad?, me dijo; para los corazones heridos como lo está el mío, un novelista que usted leerá un día sostiene que sólo convienen la sombra y el silencio[120]. En realidad, hijo mío, llega en la vida un momento del que usted todavía está muy lejos en que los ojos cansados no soportan más que una luz, la que una hermosa noche como ésta prepara y destila con la oscuridad, en que los oídos ya no pueden escuchar otra música que la que toca el claro de luna sobre la flauta del silencio». Escuchaba las palabras de M. Legrandin, que siempre me parecían tan agradables; pero turbado por el recuerdo de una mujer a la que recientemente había visto por primera vez, y pensando, ahora que sabía que Legrandin se relacionaba con varias personalidades aristocráticas de los alrededores, que tal vez la conociese, reuniendo todo mi valor le dije: «¿Conoce usted, señor, a la… las castellanas de Guermantes?», feliz también, al pronunciar ese nombre, de adquirir sobre él una especie de poder por el solo hecho de sacarlo de mi sueño y darle una existencia objetiva y sonora.

Pero al nombre de Guermantes vi abrirse en medio de los ojos azules de nuestro amigo una pequeña muesca oscura como si una punta invisible acabara de atravesarlos, mientras el resto de la pupila reaccionaba segregando oleadas de azul. El cerco de sus párpados se oscureció, menguó. Y, recuperándose su boca marcada por una arruga amarga con mayor rapidez, sonrió mientras la mirada seguía dolorida, como la de un bello mártir de cuerpo erizado de flechas:

«No, no las conozco», dijo, pero en lugar de dar a una información tan simple, a una respuesta tan poco sorprendente, el tono corriente y natural que convenía, la pronunció recalcando las palabras, inclinándose hacia adelante, haciendo señales con la cabeza, con la insistencia que aportarnos, para ser creídos, a una afirmación inverosímil —como si ese hecho de no conocer a las Guermantes sólo pudiera ser efecto de una rara casualidad—, y al mismo tiempo con el énfasis de alguien que, incapaz de seguir callando una situación que le resulta penosa, prefiere proclamarla para sugerir a los demás la idea de que esa confesión no le causa aprieto alguno, y es algo fácil, agradable y espontáneo, y que la situación misma —la ausencia de relaciones con las Guermantes— bien podría haber sido no sufrida, sino deseada por él, resultar de alguna tradición familiar, principio moral o voto místico que le prohibiera expresamente el trato de los Guermantes. «No, prosiguió, explicando con sus palabras la entonación con que las pronunciaba, no, no las conozco, nunca he querido conocerlas, siempre he tratado de salvaguardar mi absoluta independencia; ya sabe usted que, en el fondo, soy una cabeza jacobina. Muchas personas me lo han reprochado, me decían que cometía un error por no ir a Guermantes, que me comportaba como un patán, como un viejo oso. No es ésa una reputación que me asuste, ¡es tan cierta! En el fondo, en el mundo sólo amo unas cuantas iglesias, dos o tres libros, apenas el mismo número de cuadros, y el claro de luna cuando la brisa de sus jóvenes años trae hasta mí la fragancia de los parterres que mis viejas pupilas ya no pueden distinguir». No comprendía yo muy bien que, para no ir a casa de personas que no se conoce, fuera necesario aferrarse a la propia independencia, y en qué sentido tal hecho podía prestar la apariencia de un salvaje o de un oso. Lo que sí comprendía, en cambio, es que Legrandin no era del todo sincero cuando decía que sólo le gustaban las iglesias, el claro de luna y la juventud; apreciaba mucho a las gentes de los castillos y en su presencia se veía dominado por tal miedo a desagradarlos que no se atrevía a dejarles ver que tenía por amigos a burgueses, a hijos de notarios o de agentes de cambio, prefiriendo, si la verdad debía quedar al descubierto, que ocurriese en su ausencia, lejos de él y «en rebeldía»; era un esnob.

Indudablemente, nunca decía nada de todo esto en el lenguaje que a mis padres y a mí mismo tanto nos gustaba. Y si yo preguntaba: «¿Conoce a las Guermantes?», el Legrandin conversador respondía: «No, nunca he querido conocerlas». Desgraciadamente sólo daba esa respuesta como segundo, porque otro Legrandin, el que ocultaba cuidadosamente en el fondo de sí mismo, el que nunca mostraba porque aquel Legrandin sabía muchas cosas del nuestro, de su esnobismo, de historias comprometedoras, otro Legrandin ya había respondido por la herida de la mirada, por el rictus de la boca, por la seriedad excesiva del tono de la respuesta, por las mil flechas con que nuestro Legrandin se había encontrado de golpe acribillado y desfalleciente, como un san Sebastián[121] del esnobismo: «¡Ay, qué daño me hace usted! No, no conozco a las Guermantes, no despierte el gran dolor de mi vida». Y como este Legrandin enfant terrible, este Legrandin chantajista, aunque carecía del hermoso lenguaje del otro, tenía la palabra infinitamente más pronta, hecha de eso que llamamos «reflejos», cuando el Legrandin conversador quería imponerle silencio, el otro ya había hablado, y por más que nuestro amigo se afligiese por la mala impresión que habían debido de producir las revelaciones de su alter ego, no podía hacer otra cosa que tratar de paliarlas.

Esto desde luego no quiere decir que M. Legrandin no fuese sincero cuando tronaba contra los esnobs. No podía saber, al menos por sí mismo, que lo fuese, pues que nosotros nunca conocemos otra cosa que las pasiones ajenas, y lo que llegamos a saber de las nuestras sólo de los otros hemos podido aprenderlo. Sobre nosotros, ellas sólo actúan de un modo meramente secundario, por medio de la imaginación que sustituye los móviles originarios por móviles de recambio, más decorosos. El esnobismo de Legrandin nunca le aconsejaba ir a visitar asiduamente a una duquesa. Encargaba a la imaginación de Legrandin que le presentase a esa duquesa adornada con todas las gracias. Legrandin se acercaba a la duquesa creyendo sucumbir a esa atracción de la mente y de la virtud que los esnobs infames ignoran. Sólo los demás sabían que también él lo era; porque gracias a la incapacidad en que se encontraba para comprender el

papel de mediador de su imaginación, veían una frente a otra la actividad mundana de Legrandin y su causa primera.

En casa, ahora ya no nos hacíamos ilusiones sobre M. Legrandin, y nuestras relaciones con él se habían espaciado mucho. Mamá se divertía enormemente cada vez que cogía a Legrandin en flagrante delito del pecado que no confesaba y al que seguía llamando el pecado sin remisión, el esnobismo. A mi padre, en cambio, le costaba trabajo asumir los desdenes de Legrandin con tanta indiferencia y alegría; y cuando un año pensaron enviarme a pasar las vacaciones de verano a Balbec en compañía de mi abuela, dijo: «Es absolutamente necesario que anuncie a Legrandin que vais a ir a Balbec, para ver si se ofrece a poneros en contacto con su hermana. Probablemente no recuerde habernos dicho que vivía a dos kilómetros de allí». La abuela, convencida de que cuando se va al mar hay que estar en la playa de la mañana a la noche aspirando la sal y que no deben entablarse relaciones con nadie, porque visitas y paseos son tiempo robado al aire marino, exigía por el contrario que no hablásemos de nuestros proyectos a Legrandin, y ya se imaginaba a su hermana, Mme. de Cambremer, plantándose en el hotel justo en el momento en que salíamos de pesca y obligándonos a quedarnos encerrados para recibirla. Pero mamá se burlaba de esos temores, pensando para sus adentros que no era tan temible ese peligro, que Legrandin no se daría mucha prisa en ponernos en contacto con la hermana. Sin embargo, sin necesidad de hablarle de Balbec, fue el propio Legrandin quien, suponiendo que nunca se nos ocurriría ir por allí, vino a meterse él mismo en la trampa una tarde que lo encontramos a orillas del río Vivonne.

«Esta tarde hay en las nubes unos violetas y unos azules muy hermosos, ¿verdad, compañero?, le dijo a mi padre; un azul sobre todo más floral que aéreo, un azul de cineraria, sorprendente para el cielo. Y aquella nubecilla rosa, ¿no tiene también un tinte de flor, de clavel o de hidrangea? Sólo en la Mancha, entre Normandía y Bretaña, he podido recoger observaciones más ricas sobre esta especie de reino vegetal de la atmósfera. Allá, cerca de Balbec, cerca de esos lugares tan salvajes, hay una pequeña bahía de una dulzura deliciosa donde el crepúsculo del país d'Auge, el crepúsculo rojo y oro que por

otro lado tan lejos estoy de despreciar, comparado con éste carece de carácter y es insignificante; pero en aquella atmósfera húmeda y apacible se abren por la noche en un instante unos ramilletes celestes, azules y rosas, que son incomparables y que a menudo tardan horas en marchitarse. Otros se deshojan de repente, y entonces es más hermoso todavía ver el cielo entero tapizado por la dispersión de innumerables pétalos color de azufre y de rosa. En esa bahía, que dicen de ópalo, las playas de oro aún parecen más dulces por hallarse atadas, como rubias Andrómedas[122], a esas terribles peñas de las costas vecinas, a esa fúnebre orilla, famosa por tantos naufragios, donde todos los inviernos sucumben tantos barcos al peligro del mar. ¡Balbec!, la osamenta geológica más antigua de nuestro suelo, auténtico Ar-mor[123], el Mar, el fin de la tierra, la región maldita que Anatole France —un encantador que debería leer nuestro amiguito— ha pintado tan bien, envuelta en sus brumas eternas, como el verdadero país de los cimerios en la Odisea[124]. Desde Balbec sobre todo, donde ya surgen hoteles, superpuestos al suelo antiguo y fascinante que no alteran, ¡qué delicia hacer cortas excursiones por esas regiones primitivas tan hermosas!

—¡Ah!, ¿entonces tiene conocidos en Balbec?, dijo mi padre. Precisamente este pequeño irá a pasar allí dos meses con su abuela y quizá con mi mujer».

Cogido de improviso por esa pregunta en un momento en que tenía los ojos clavados en mi padre, Legrandin no pudo apartarlos, y fijándolos con mayor intensidad segundo a segundo —mientras sonreía tristemente— en los ojos de su interlocutor, con expresión de amistad y de franqueza, como si no tuviese miedo a mirarlo de frente, dio la impresión de haberle atravesado la cara como si ésta se hubiese vuelto transparente, y de ver en ese momento, muy lejos tras ella, una nube de vivos colores que le creaba una coartada mental y le permitiría asegurar que, en el momento en que le habían preguntado si conocía a alguien en Balbec, estaba pensando en otra cosa y no había oído la pregunta. Por lo general, miradas como ésas obligan a decir al interlocutor: «¿En qué está pensando?». Pero mi padre, curioso, irritado y cruel, continuó:

«Tendrá amigos por allí, si conoce tan bien Balbec».

En un último esfuerzo desesperado, la mirada risueña de Legrandin alcanzó sus cimas de ternura, de vaguedad, de sinceridad y de distracción, mas, pensando sin duda que no le quedaba otra salida que responder, nos dijo:

«Tengo amigos en todas partes donde haya grupos de árboles heridos, pero no vencidos, que se han unido para implorar juntos con patética obstinación un cielo inclemente que no tiene piedad de ellos.

—No es eso lo que yo quería decir», le interrumpió mi padre, tan obstinado como los árboles y no menos despiadado que el cielo. «Preguntaba si conocía usted a gente por si le ocurre algo a mi suegra y tuviese necesidad de no sentirse sola en una región perdida.

—Allí como en otras partes, conozco a todo el mundo y no conozco a nadie, respondió Legrandin que no se rendía tan fácilmente: mucho las cosas y muy poco a las personas. Pero allí hasta las cosas mismas parecen personas, personas raras, de una esencia delicada y como frustradas por la vida. A veces es un castillo que uno encuentra sobre el acantilado, a orillas del camino donde se ha detenido para confrontar su pena con la noche todavía rosada por donde va subiendo la luna de oro, cuya llama izan en sus mástiles y cuyos colores llevan las barcas que regresan estriando el agua iridiscente; a veces es una simple casa solitaria, más bien fea, de aspecto tímido pero novelesco, que oculta a todas las miradas algún secreto imperecedero de dicha y desencanto. Ese país falto de verdad, añadió con delicadeza maquiavélica, ese país de pura ficción ofrece una mala lectura para un niño, y no es desde luego la que yo elegiría y recomendaría a mi joven amigo, tan inclinado ya a la tristeza, para su corazón predispuesto. Los climas de confidencia amorosa y de inútil nostalgia tal vez convengan a un viejo desengañado como yo, mas siempre son malsanos para un temperamento que aún no está formado. Créame, prosiguió con insistencia, las aguas de esa bahía, a medias bretona ya, pueden ejercer una acción sedante, por otro lado discutible, en un corazón que no está intacto como el mío, en un corazón cuyas lesiones no encuentran ya antídoto. Están contraindicadas para su edad, amiguito. Buenas noches, vecinos», añadió, yéndose con aquella brusquedad habitual en él y, volviéndose

hacia nosotros con el dedo levantado del médico, resumió la consulta: «Nada de Balbec antes de los cincuenta, y aun así depende del estado del corazón», nos gritó.

En nuestros encuentros posteriores mi padre volvió a hablarle del asunto, lo torturó a preguntas, fue trabajo inútil: como aquel estafador erudito que dedicaba a la falsificación de falsos palimpsestos una laboriosidad y unos saberes cuya centésima parte hubiera bastado para asegurarle una situación no sólo más lucrativa, sino también honorable[125], M. Legrandin, si hubiéramos seguido insistiendo, habría terminado por edificar toda una ética del paisaje y una geografía celeste de la baja Normandía, antes que confesarnos que a dos kilómetros de Balbec vivía su propia hermana, y verse obligado a ofrecernos una carta de presentación que, para él, no hubiera sido motivo de pavor de haber estado absolutamente seguro —como habría debido estarlo, dada su experiencia del carácter de la abuela— de que no habíamos de utilizarla.

Siempre regresábamos temprano de nuestros paseos para hacer una visita a tía Léonie antes de la cena. Al principio de la estación, cuando el día acaba pronto, al llegar a la calle du Saint-Esprit, aún había un reflejo del poniente sobre los cristales de la casa y una banda de púrpura en el fondo de los bosques del Calvario, que se reflejaba más lejos en el estanque, un color rojo que, acompañado a menudo por un frío bastante vivo, se asociaba, en mi mente, al rojo del fuego sobre el que se asaba el pollo que vendría a sustituir el placer poético proporcionado por el paseo, por el placer de la gula, del calor y el descanso. En cambio, cuando regresábamos en verano, el sol aún no se ponía; y durante la visita que hacíamos a tía Léonie, su luz, que descendía y rozaba la ventana, quedaba detenida entre los cortinones y sus alzapaños, dividida, ramificada, filtrada, e, incrustando de partículas de oro la madera de limonero de la cómoda, iluminaba oblicuamente la estancia con la delicadeza que asume en el sotobosque. Mas ciertos días, muy raros, cuando regresábamos, hacía

mucho tiempo que la cómoda había perdido sus momentáneas incrustaciones, ya no había cuando llegábamos a la calle du Saint-Esprit ningún reflejo de poniente tendido sobre los cristales y el estanque al pie del calvario había perdido su rojez, a veces era ya color de ópalo, y un largo rayo de luna que iba dilatándose y se estriaba en todas las arrugas del agua lo cruzaba por completo. Entonces, al llegar cerca de la casa, divisábamos una forma en el umbral y mamá me decía:

«¡Dios mío! Ahí tienes a Françoise de centinela, tu tía está preocupada; realmente volvemos demasiado tarde».

Y sin tomarnos tiempo siquiera para quitarnos la ropa, subíamos corriendo al cuarto de tía Léonie para tranquilizarla y demostrarle que, contrariamente a lo que ya se imaginaba, no nos había pasado nada, sino que habíamos ido «por La parte de Guermantes», y, lógico, cuando se daba un paseo así, la tía tenía que saber que era imposible calcular a qué hora estaríamos de vuelta.

«Como ve, Françoise, decía mi tía, ya le decía yo que habrían ido por La parte de Guermantes. ¡Dios mío, qué hambre deben de tener! Y después de esperar tanto, la pierna de cordero se habrá quedado reseca. ¡Vaya unas horas de volver a casa! Claro que si han ido por La parte de Guermantes…

—Pero si pensaba que usted lo sabía, Léonie, decía mamá. Creía que Françoise nos había visto salir por la puertecita del huerto».

Porque en los alrededores de Combray había dos «partes» para los paseos, y tan opuestas que, de hecho, no salíamos de casa por la misma puerta cuando queríamos ir por una parte o por otra: la de Méséglise-la-Vineuse, también llamada la parte de Swann porque pasábamos delante de la propiedad del señor Swann para ir por allí, y la de Guermantes. A decir verdad, de Méséglise-la-Vineuse yo nunca conocí otra cosa que la «parte» y algunos forasteros que venían los domingos a pasear por Combray, gente a la que, en tales casos, ni la tía ni ninguno de nosotros «conocíamos», y que debido a eso se tenía por «gente que habrá venido de Méséglise». De Guermantes llegaría un día en que habría de conocer más, pero sería mucho más tarde; y durante toda mi adolescencia, si Méséglise era a mis ojos algo inaccesible como el horizonte, oculto a la vista, por más lejos que

fuéramos, por los pliegues de un terreno que ya no se parecía al de Combray, Guermantes nunca me pareció otra cosa que el término más ideal que real de su propia «parte», una especie de expresión geográfica abstracta como la línea del ecuador, como el polo, como el oriente. Entonces, «tirar por Guermantes» para ir a Méséglise, o lo contrario, me hubiese parecido una expresión tan falta de sentido como tirar por el este para ir al oeste. Como mi padre siempre hablaba de la parte de Méséglise como del más hermoso panorama de llanura que conocía, y de La parte de Guermantes como del típico paisaje de río, yo les atribuí, al concebirlas así, como dos entidades, esa cohesión, esa unidad que sólo pertenece a las creaciones de nuestra menté; la mínima parcela de cada una me parecía preciosa y capaz de manifestar su particular excelencia, mientras que comparados con ellas, antes de llegar al suelo sagrado de una o de otra, los caminos puramente materiales en medio de los cuales estaban colocadas como el ideal del panorama de llanura y el ideal del paisaje de río, no merecía la pena contemplarlos más de lo que lo merecen, para el apasionado por el arte dramático, las callejas de los alrededores de un teatro. Pero, ante todo, entre ambas partes yo interponía, mucho más que sus distancias kilométricas, la distancia que había entre las dos partes de mi cerebro cuando pensaba en ellas, una de esas distancias internas del espíritu que no sólo alejan, sino que separan y sitúan en un plano distinto. Y esa demarcación se volvía más absoluta todavía por el hecho de que nuestra costumbre de no ir nunca por las dos partes en un mismo día, durante un solo paseo, sino una vez por la parte de Méséglise, otra por La parte de Guermantes, las encasillaba, por así decir, lejos una de otra, irreconocibles la una para la otra, en los vasos cerrados y no comunicantes de tardes diferentes.

Cuando queríamos ir por la parte de Méséglise, salíamos (no muy temprano y aunque el cielo estuviera cubierto, porque el paseo no era muy largo ni llevaba demasiado lejos) como para ir a cualquier otro sitio, por la puerta principal de la casa de mi tía que daba a la calle du Saint-Esprit. Nos saludaba el armero, echábamos las cartas en el buzón, decíamos al pasar a Théodore, de parte de Françoise, que se había quedado sin aceite o sin café, y salíamos del pueblo por el camino que corría a lo largo de la valla blanca del parque del señor

Swann. Antes de llegar, topábamos con el olor, que salía al encuentro de los extraños, de sus lilos. Por entre los verdes corazoncitos frescos de sus hojas, éstos elevaban curiosos, por encima de la valla del parque, sus penachos de plumas malvas o blancas que lustraba, incluso en la sombra, el sol en que se habían bañado. Semiocultos por la casita de tejas llamada casa de los Arqueros, donde se alojaba el guarda, algunos sobrepasaban su aguilón gótico con su minarete rosa. Las Ninfas de la primavera hubiesen parecido vulgares comparadas con aquellas jóvenes huríes que conservaban en aquel jardín francés los tonos vivos y puros de las miniaturas persas. Pese a mi anhelo de abrazar su flexible cintura y atraer hacia mí los rizos estrellados de su fragante cabeza, pasábamos sin detenernos porque mis padres no iban a Tansonville desde la boda de Swann, y para que no pareciese que mirábamos dentro del parque, en vez de tomar el camino que bordea sus bardas y sube directamente los campos, tomábamos otro que también lleva a ellos, aunque en oblicuo, y nos hacía salir demasiado lejos. Un día el abuelo le dijo a mi padre:

«¿No se acuerda de que Swann dijo ayer que, como su mujer y su hija se iban a Reims, lo aprovecharía para ir a pasar veinticuatro horas en París? Ya que no están esas damas, podríamos bordear el parque; acortaríamos un buen trecho».

Nos detuvimos un momento delante de la valla. El tiempo de las lilas tocaba a su fin; algunas aún expandían, como altas arañas color malva, las delicadas burbujas de sus flores, pero en muchas zonas del follaje donde, hacía sólo una semana, rompía su musgo aromado, se marchitaba, menguada y negruzca, una espuma hueca, seca y sin perfume. El abuelo indicaba a mi padre en qué seguía siendo idéntico el aspecto del lugar, y en qué había cambiado desde el paseo que había dado con el señor Swann el día de la muerte de su esposa, y aprovechó la ocasión para contar una vez más ese paseo.

Delante de nosotros, un camino bordeado de capuchinas subía a pleno sol hacia el castillo. A la derecha, por el contrario, el parque se extendía por terreno llano. Oscurecido por la sombra de los grandes árboles que lo circundaban, había un estanque mandado excavar por los padres de Swann; pero hasta en sus creaciones más artificiosas, el hombre trabaja sobre la naturaleza; ciertos lugares siempre hacen

reinar a su alrededor su peculiar dominio, y enarbolan sus inmemoriales insignias en medio de un parque como lo habrían hecho lejos de toda intervención humana, en una soledad que vuelve a rodearlos por todas partes, surgida de las necesidades de su exposición y superpuesta a la obra del hombre. Y así, al pie del camino que dominaba el estanque artificial, se había formado en dos hileras, entretejida de flores de miosotis y vincapervinca, la corona natural, delicada y azul que ciñe la frente claroscura de las aguas, y así el gladiolo, dejando doblarse sus espadas con regio abandono, extendía sobre el eupatorio y el ranúnculo de pie mojado las flores de lis destrozadas, violetas y amarillas, de su cetro lacustre.

La marcha de Mlle. Swann, que —privándome de la terrible oportunidad de verla aparecer en un sendero, de ser conocido y despreciado por la privilegiada chiquilla que tenía a Bergotte por amigo y lo acompañaba a visitar las catedrales— volvía indiferente para mí la contemplación de Tansonville la primera vez que me estaba permitida, parecía por el contrario dotar a aquella propiedad, a ojos del abuelo y de mi padre, de algunas ventajas, de un atractivo pasajero, y hacía aquella jornada, igual que en una excursión de montaña la ausencia de nubes, excepcionalmente propicia para un paseo por aquella parte; yo habría querido que sus cálculos resultasen desbaratados, que un milagro hiciese aparecer a Mlle. Swann con su padre tan cerca de nosotros que no tuviésemos tiempo de evitarla y nos viésemos obligados a conocerla. Por eso, cuando de pronto divisé en la hierba, como signo de su posible presencia, un capazo olvidado junto a una caña de pescar cuyo corcho flotaba sobre el agua, me apresuré a desviar hacia otro lado las miradas de mi padre y del abuelo. Por otra parte, como Swann nos había dicho que no le resultaba fácil ausentarse por tener en ese momento familiares en casa, la caña podía pertenecer a algún invitado. No se oía ningún rumor en los senderos. Dividiendo la altura de un árbol indeterminado, un invisible pájaro, esforzándose por hacer que la jornada pareciera más breve, exploraba con una nota prolongada la circundante soledad, mas recibía una réplica tan unánime, un rebote tan redoblado de silencio e inmovilidad que se hubiera dicho que detenía por siempre el instante que había tratado de hacer pasar más

deprisa. Caía tan implacable la luz desde la inmovilidad del cielo que habríamos deseado sustraernos a su atención, y hasta el agua dormida, cuyo sueño irritaban perpetuamente los insectos y que sin duda soñaba con algún maélstrom imaginario, aumentaba la turbación en que me había sumido la vista del flotador de corcho, dando la impresión de arrastrarlo a toda velocidad sobre la extensión silenciosa del cielo reflejado; casi vertical, parecía a punto de hundirse, y estaba preguntándome si, dejando a un lado el deseo y el temor que tenía de conocerla, no debería mandar aviso a Mlle. Swann de que el pez picaba, —cuando hube de reunirme a todo correr con mi padre y el abuelo que me llamaban, extrañados de que no los hubiera seguido por el caminito que sube hacia los campos y por el que se habían adentrado. Lo encontré todo rumoroso del aroma de los espinos blancos. El seto formaba una especie de sucesión de capillas que desaparecían bajo la alfombra de sus flores, amontonadas hasta formar una especie de monumento; debajo, el sol extendía en el suelo una cuadrícula de claridad, como si acabase de atravesar una vidriera; el aroma se derramaba tan untuoso, tan circunscrito a su propia forma como si me hubiese encontrado ante el altar de la Virgen, y cada una de las flores, no menos engalanada, sostenía con aire distraído su reluciente ramillete de estambres, finas y radiantes molduras de estilo flamígero como las que en la iglesia calaban la balaustrada de la galería entre el coro y el trascoro o los bastidores de la vidriera y abrían su cándida carne de flor de fresa. Qué ingenuos y aldeanos en comparación parecerían los gavanzos que, dentro de unas semanas, también subirían a pleno sol por el mismo camino agreste, con la seda lisa de su encarnado corpiño que un soplo desbarata[126] *126.*

Pero por mucho que me quedase ante los espinos blancos respirando su aroma sólido e invisible, llevándolo ante mi pensamiento que no sabía qué hacer con él, perdiéndolo y volviéndolo a encontrar, uniéndome al ritmo que lanzaba aquí y allá sus flores, con alegría juvenil y a intervalos inesperados lo mismo que ciertos intervalos musicales, era siempre el mismo encanto lo que me ofrecían con profusión inagotable, pero sin permitirme ahondar más, como esas melodías que uno canta cien veces seguidas sin

profundizar más adentro en su secreto. Me apartaba un momento, para abordarlos luego con fuerzas más frescas. Hasta en el talud que, tras el seto, subía en empinada cuesta hacia los campos, buscaba yo alguna amapola perdida, algunos acianos que, perezosos, se hubieran quedado rezagados y que lo decoraban aquí y allá con sus flores como el ribete de un tapiz donde aparece diseminado el motivo agreste que triunfará en el centro; raros todavía, espaciados como las casas aisladas que ya anuncian la proximidad de un pueblo, me anunciaban la extensión inmensa donde estallan las mieses, donde se aborregan las nubes, y la vista de una sola amapola que izaba en la cima de sus jarcias y ofrecía al azote del viento su llama roja por encima de su boya grasienta y negra, hacía palpitar mi corazón, como el viajero que divisa en una tierra baja una primera barca varada que repara un calafate y exclama, antes aun de haberlo visto: «¡El Mar!».

Luego volvía ante los espinos como se vuelve ante esas obras maestras que creemos poder ver mejor después de haber dejado un rato de mirarlas, pero de nada servía hacerme una pantalla con las manos para no tener nada más ante los ojos: el sentimiento que en mí despertaban seguía siendo oscuro y vago, y en vano trataba de liberarse, de ir a unirse a sus flores. No me ayudaban ellos a aclararlo, ni yo podía pedir a otras flores satisfacerlo. Dándome entonces esa alegría que sentimos viendo de nuestro pintor preferido una obra que difiere de las que conocemos, o si nos llevan ante un cuadro del que hasta entonces sólo habíamos visto un esbozo a lápiz, o si un trozo oído únicamente al piano se nos aparece luego revestido con los colores de la orquesta, el abuelo me llamó y, señalándome el seto de Tansonville, me dijo: «Tú que tanto amas los espinos blancos, contempla un poco este espino rosa: ¡qué hermoso!». Y en efecto, era un espino, pero rosa, más bello todavía que los blancos. También llevaba un aderezo de fiesta —de esas únicas y verdaderas fiestas que son las fiestas religiosas, porque ningún capricho contingente las aplica, como las fiestas mundanas, a un día cualquiera que no les esté específicamente destinado, que no tenga nada de esencialmente feriado—, pero un aderezo más rico todavía, porque las flores fijadas en la rama, unas encima de otras para no dejar espacio alguno sin adornar, como las guirnaldas de borlas de una maza rococó, eran «de

color», y por tanto de superior calidad, según la estética de Combray y a juzgar por la escala de precios en la «tienda» de la Plaza, o en la de Camus, donde valían más los bizcochos que eran de color rosa. Yo mismo apreciaba más el requesón rosa, aquél en el que me habían permitido aplastar fresas. Y precisamente aquellas flores habían escogido uno de esos tintes de cosa comestible, o de tierno adorno para un vestido de fiesta mayor, que son, en la medida en que manifiestan la razón de su superioridad, los que con mayor evidencia parecen bellos a ojos de los niños, y por eso conservan siempre para ellos un no sé qué más vivo y natural que el resto de los tintes, incluso después de comprender que no prometían nada a su gula y no habían sido escogidos por la modista. Y desde luego, acto seguido tuve la sensación, como ante los espinos blancos pero con mayor maravilla, de que la intención de festividad no se manifestaba en las flores de un modo ficticio, por alguna artificiosa fabricación humana, sino que era la naturaleza misma la que, de forma espontánea, la había expresado con la ingenuidad de una tendera de pueblo que trabaja para un monumento, recargando el arbusto con esas rositas de tono demasiado tierno y un pompadour[127] provinciano. En lo alto de las ramas, como otros tantos rosales pequeños en tiestos envueltos en esos papeles calados que hacían estallar sobre el altar, en las fiestas mayores, sus tenues fuegos de artificio, pululaban mil capullitos de un tono más pálido que, entreabriéndose, dejaban ver, como en el fondo de una copa de mármol rosa, sanguinas rojas y descubrían, mejor aún que las flores, la esencia peculiar, irresistible, del espino, que dondequiera que brotaba, dondequiera que florecía, sólo podía hacerlo de color rosa. Intercalado en el seto, pero tan distinto de él como una muchacha con traje de fiesta en medio de personas en bata que se quedarán en casa, totalmente preparado para el mes de María, del que ya parecía formar parte, así brillaba sonriendo en su fresco vestido rosa, el arbusto católico y delicioso.

El seto dejaba ver en el interior del parque un paseo bordeado de jazmines, pensamientos y verbenas entre los que abrían los alhelíes su fresca bolsa, de un rosa fragante y pasado como un viejo cuero cordobés[128], mientras sobre la grava una larga manguera de riego

pintada de verde, desenrollando sus vueltas, lanzaba, en los puntos donde tenía agujeros, y por encima de las flores cuyos perfumes empapaba, el abanico vertical y prismático de sus gotitas multicolores. De pronto me detuve, no fui capaz de moverme, como ocurre cuando una visión no se dirige sólo a nuestras miradas, sino que requiere percepciones más profundas y dispone de nuestro ser en toda su integridad. Una niñita de un rubio rojizo que parecía volver de un paseo y llevaba en la mano una azada de jardinero, nos miraba, alzando su rostro sembrado de pecas rosas. Le brillaban los ojos negros y como yo no sabía entonces, ni he aprendido luego a reducir a sus elementos objetivos una impresión fuerte, como no tenía, según dicen, suficiente «espíritu de observación» para aislar la noción de su color, durante mucho tiempo, cada vez que volví a pensar en ella, el recuerdo de su esplendor se me presentaba de pronto como el de un azul vivido, puesto que sus cabellos eran rubios: de suerte que, de no haber tenido unos ojos tan negros —tan sorprendentes cuando se la veía por primera vez—, tal vez no me habría enamorado, de modo tan particular como me enamoré, de sus ojos azules.

Me quedé mirándola, al principio con esa mirada que no es otra cosa que el portavoz de los ojos, pero a cuya ventana se asoman todos los sentidos, ansiosos y petrificados, esa mirada que querría tocar, capturar, llevarse el cuerpo que mira y con él el alma; luego, por miedo a que de un momento a otro el abuelo y mi padre, al divisar a la chica, me mandaran alejarme diciéndome que corriese un poco delante de ellos, con una segunda mirada, inconscientemente suplicante, trataba de obligarla a fijar su atención en mí, ¡a conocerme! Dirigió hacia adelante y al lado sus pupilas para tomar nota del abuelo y de mi padre, y la idea que sacó fue, sin duda, la de que éramos ridículos, porque se volvió y con aire indiferente y desdeñoso se puso de perfil para impedir que su rostro siguiese en el campo visual de ambos; y mientras ellos, que seguían caminando sin haberla visto, me sobrepasaban, dejó que sus miradas corrieran hacia donde me hallaba, sin expresión particular alguna, como si no me viesen, pero con una fijeza y una sonrisa disimulada que yo sólo podía interpretar, de acuerdo con las nociones que me habían sido dadas sobre la buena educación, como una prueba de ultrajante

desprecio; y, al mismo tiempo, su mano esbozaba un gesto indecente, que, en el pequeño diccionario de urbanidad que dentro de mí llevaba, cuando se dirigía en público a una persona desconocida, tenía un solo sentido, el de una intención insolente.

«Vamos, Gilberte, ven aquí; ¿qué estás haciendo?», gritó con voz penetrante y autoritaria una dama de blanco a la que yo no había visto; y a cierta distancia, un señor vestido de dril, y al que yo no conocía, clavaba en mí unos ojos que se le salían de las órbitas; y, dejando bruscamente de sonreír, la muchacha cogió su azada y se alejó sin volverse, con aire dócil, impenetrable y taimado.

Así fue como pasó a mi lado aquel nombre de Gilberte, ofrecido como un talismán que tal vez hubiera de permitirme encontrar un día a aquélla a la que acababa de convertir en persona, y que, un momento antes, sólo era una imagen incierta. Así pasó, proferido por encima de los jazmines y los alhelíes, agrio y fresco como las gotas de la manguera verde; impregnando, irisando la zona de aire puro que había atravesado —y que aislaba— con el misterio de la vida de aquélla a la que designaba para los seres felices que vivían, que viajaban con ella; desplegando bajo el espino rosa, a la altura de mi hombro, la quintaesencia de su familiaridad, para mí tan dolorosa, con ella, con lo desconocido de su vida donde yo no entraría.

Por un instante (mientras nos alejábamos y el abuelo murmuraba: «Pobre Swann, vaya papelón que le hacen jugar; le obligan a irse para que ella se quede a solas con su Charlus, porque es él desde luego, lo he reconocido. ¡Y esta pequeña, mezclada en toda esa infamia!»), la impresión que en mí había dejado el tono despótico con que la madre de Gilberte le había hablado sin que ella replicase, mostrándomela como obligada a obedecer a alguien, y por tanto de ningún modo superior a todo, calmó un poco mi sufrimiento, me devolvió cierta esperanza y atenuó mi amor. Pero no tardó ese amor en volver a elevarse en mí como una reacción con la que mi corazón humillado quería ponerse al nivel de Gilberte o rebajarla hasta él. La amaba, lamentaba no haber tenido tiempo ni inspiración para ofenderla, para hacerle daño, y obligarla así a recordarme. La encontraba tan bella que habría deseado poder volver sobre mis pasos, para gritarle encogiéndome de hombros: «¡Qué fea me parece, qué grotesca es

usted, qué asco me da!». Sin embargo me alejaba, llevando conmigo para siempre, como arquetipo de una felicidad inaccesible a los niños de mi clase por unas leyes naturales imposibles de transgredir, la imagen de una chiquilla pelirroja, con la piel sembrada de pecas rosas, que sostenía una azada y reía dejando escapar hacia mí largas miradas solapadas e inexpresivas. Y el encanto con que su nombre había incensado aquel lugar bajo los espinos rosas donde al mismo tiempo lo habíamos oído ella y yo, iba ganando, recubriendo, embalsamando todo lo que estaba cerca, sus abuelos, a quienes los míos habían tenido la inefable dicha de conocer, la sublime profesión de agente de cambio, el doloroso barrio de los Champs-Élysées donde ella vivía en París[129].

«Léonie, dijo el abuelo al volver a casa, me habría gustado tenerte con nosotros hace un rato. No reconocerías Tansonville. Si me hubiera atrevido, te habría cortado una rama de esos espinos rosas que tanto te gustaban». Así le contaba el abuelo nuestro paseo a tía Léonie, para distraerla o porque no hubiese perdido toda esperanza de convencerla para salir. En otro tiempo, a ella le gustaba mucho aquella propiedad, sin contar con que las visitas de Swann habían sido las últimas que había recibido, cuando ya le cerraba sus puertas a todo el mundo. Y así como, cuando Swann acudía ahora para saber cómo estaba (era la única persona de la casa a la que todavía pedía visitar), mandaba decirle que se encontraba cansada, pero que lo dejaría pasar la próxima vez, aquella noche dijo: «Sí, un día que haga bueno, iré en coche hasta la puerta del parque». Y lo decía sinceramente. Le hubiera gustado volver a ver a Swann y Tansonville; mas ese deseo ya era suficiente para las fuerzas que le quedaban; su realización las hubiera excedido. En ocasiones el buen tiempo le devolvía un poco de vigor, se levantaba, se vestía; el cansancio comenzaba antes de que hubiese pasado a la otra habitación, y reclamaba su cama. Lo que para ella había empezado —simplemente un poco antes de lo que suele llegar— era esa gran renuncia de la vejez que se prepara para la muerte, se envuelve en su propia crisálida, y que puede advertirse, al final de vidas demasiado prolongadas, incluso entre los antiguos amantes que más se han

amado, entre los amigos unidos por los lazos más espirituales y que a partir de cierto año dejan de hacer el viaje o la salida necesaria para verse, cesan de escribirse y saben que no volverán a comunicarse en este mundo. La tía debía de saber de sobra que no volvería a ver a Swann, que ya nunca saldría de la casa, pero esa reclusión definitiva debía de resultarle bastante fácil por la misma razón que, a nuestro parecer, hubiera debido volvérsela más dolorosa: aquella reclusión le venía impuesta por la mengua que, día a día, podía constatar en sus propias fuerzas, y que, convirtiendo cada acto y cada movimiento en una fatiga, si no en un sufrimiento, daba para ella a la inacción, al aislamiento y al silencio la dulzura reparadora y bendita del descanso.

La tía no fue a ver el seto de espinos rosas, pero a cada momento preguntaba yo a mis padres si no iría, si en el pasado iba a menudo a Tansonville, tratando de hacerles hablar de los padres y abuelos de la señorita Swann, que me parecían grandes como Dioses. Me consumía la necesidad de oírles pronunciar el nombre de Swann, para mí casi mitológico, cuando hablaba con mis padres; ni yo mismo me atrevía a pronunciarlo, pero los arrastraba hacia temas que rondaban a Gilberte y su familia, que la concernían, y en los que yo no me sentía exiliado demasiado lejos de ella; y de improviso obligaba a mi padre, fingiendo creer por ejemplo que el cargo de mi abuelo ya había figurado antes de él en nuestra familia, o que el seto de espinos rosas que tía Léonie quería ver se encontraba en terreno comunal, a rectificar mi afirmación, a decirme, como a pesar mío, como por iniciativa suya: «¡No, qué va! Era el padre de Swann el que tenía ese cargo, ese seto forma parte del parque de Swann». Entonces me veía obligado a recobrar el aliento, porque, posándose allí donde siempre estaba escrito en mi interior, sopesaba hasta ahogarme ese nombre que, en el momento en que lo oía, me parecía más denso que cualquier otro, por estar cargado de las muchas veces que, de antemano, lo había proferido mentalmente. Me causaba un placer que me avergonzaba por haberme atrevido a reclamarlo de mis padres: era un placer tan grande que, para procurármelo, había debido de exigirles mucho esfuerzo y ninguna compensación, pues para ellos no era un placer. Así que, por discreción, cambiaba de tema. Y también por escrúpulo. Todas las singulares seducciones que atribuía al

nombre de Swann, las encontraba en cuanto lo pronunciaban. Entonces, me parecía de pronto que mis padres no podían dejar de sentirlas, que se encontraban situados en mi punto de vista, que a su vez contemplaban, absolvían y hacían suyos mis sueños, y me sentía desdichado como si los hubiera derrotado y corrompido.

Ese año, cuando, un poco antes que de costumbre, mis padres fijaron el día del regreso a París, la mañana de la partida, como para retratarme me habían hecho rizar el pelo, ponerme con cuidado un sombrero que hasta entonces nunca me había puesto y endosarme un abrigo acolchado de terciopelo, después de haberme buscado por todas partes mi madre me encontró llorando en el pequeño repecho contiguo a Tansonville, despidiéndome de los espinos blancos, rodeando con mis brazos sus ramas punzantes, y, como una princesa de tragedia a quien pesaran tan vanos adornos, ingrato con la mano importuna que entrelazando todos aquellos nudos se había preocupado por recoger mis cabellos sobre la frente[130], pisoteando mis papillotes arrancados y mi sombrero nuevo. No conmovieron a mi madre mis lágrimas, mas no pudo contener un grito al ver el sombrero desbaratado y el abrigo echado a perder. No la oí: «¡Ay, mis pobres espinitos blancos, decía yo llorando, no sois vosotros los que queréis entristecerme y obligarme a que me vaya! ¡Vosotros nunca me habéis hecho nada malo! Por eso os querré siempre». Y, enjugando mis lágrimas, les prometí, cuando fuera mayor, no imitar la vida insensata del resto de los hombres, y al llegar los días de primavera, incluso en París, en lugar de hacer visitas y escuchar tonterías, salir al campo para ver los primeros espinos.

Una vez en el campo, ya no nos apartábamos de ellos durante el resto del paseo que dábamos por la parte de Méséglise. Eran perpetuamente recorridos, como por un vagabundo invisible, por el viento, que para mí era el genio particular de Combray. Todos los años, el día de nuestra llegada, para sentir que estaba realmente en Combray, subía a encontrarlo corriendo entre los surcos y me hacía correr detrás de él. Siempre llevábamos el viento de costado por la parte de Méséglise, en aquella llanura convexa donde legua tras legua no encuentra ningún accidente de terreno. Yo sabía que Mlle. Swann

iba a menudo a pasar unos días a Laon y, aunque estuviese a varias leguas, como la distancia quedaba compensada por la ausencia de obstáculos, cuando, en las tardes cálidas, veía a una misma brisa, salida del confín del horizonte, inclinar los trigales más lejanos, propagarse como una ola por toda la inmensa extensión y venir a echarse, murmuradora y tibia, entre las esparcetas y los tréboles, a mis pies, aquella llanura que nos era común parecía acercarnos, unirnos, y yo pensaba que aquel soplo de viento había pasado a su lado, que era algún mensaje de ella lo que me susurraba sin que yo pudiese comprenderle, y lo besaba al pasar. A la izquierda había un pueblo llamado Champieu (Campus Pagani, según el cura). A la derecha, más allá de los trigales se divisaban los dos campanarios cincelados y rústicos de Saint-André-des-Champs, en realidad afilados, escamosos, imbricados de alveolos, labrados, amarillentos y grumosos, como dos espigas.

A intervalos simétricos, en medio de la inimitable ornamentación de sus hojas que no pueden confundirse con la hoja de ningún otro árbol frutal, los manzanos abrían sus anchos pétalos de raso blanco o dejaban colgar los tímidos ramilletes de sus capullos encarnados. Fue por la parte de Méséglise donde advertí por vez primera la sombra redonda que los manzanos hacen en la tierra soleada, y también esas sedas de oro impalpable que el poniente teje oblicuamente debajo de las hojas, y que yo veía a mi padre interrumpir con su bastón sin lograr nunca desviarlos.

A veces por el cielo de la tarde pasaba la luna blanca como una nube, furtiva, sin esplendor, semejante a una actriz que no tiene que actuar a esa hora y que, desde la sala, vestida de calle, mira un momento a sus compañeros, difuminándose, deseando que no se fijen en ella. Me gustaba encontrar su imagen en ciertos cuadros y en ciertos libros, pero estas obras de arte eran muy diferentes —al menos durante los primeros años, antes de que Bloch habituase mis ojos y mi pensamiento a más sutiles armonías— de aquéllas en las que la luna me parecería bella hoy y en las que entonces no la hubiese reconocido. Era, por ejemplo, alguna novela de Saintine[131], un paisaje de Gleyre[132] en el que perfila limpiamente en el cielo una

hoz de plata, obras ingenuamente incompletas como lo eran mis propias impresiones y que indignaban a las hermanas de la abuela al ver cómo las amaba. Pensaban que deben ponerse delante de los niños, y que es indicio de buen gusto amar desde el primer momento las obras que, llegados a la madurez, admiramos de forma definitiva. Y ello, evidentemente, porque se figuraban los méritos estéticos como objetos materiales que unos ojos abiertos no pueden dejar de percibir, sin necesidad de ir madurando poco a poco otros equivalentes en el propio corazón.

Era por la parte de Méséglise, en Montjouvain, casa situada a orillas de una gran charca y adosada a un talud cubierto de matorrales, donde vivía M. Vinteuil. Por eso en el camino nos cruzábamos a menudo con su hija, que conducía un buggy a toda velocidad. A partir de cierto año no volvimos a encontrarla sola, sino en compañía de una amiga de más edad, que tenía mala reputación en la comarca y que un día se instaló definitivamente en Montjouvain. La gente decía: «El pobre M. Vinteuil debe de estar ciego de cariño para no darse cuenta de lo que se murmura, permitir a su hija, él, que se escandaliza por una palabra fuera de lugar, vivir bajo el mismo techo con semejante mujer. Él dice que es una mujer superior, un gran corazón, y que habría tenido dotes extraordinarias para la música de haberlas cultivado. Puede estar seguro de que no es a la música a lo que se dedica con su hija». M. Vinteuil lo decía; y es notable, en efecto, que una persona despierte siempre admiración por sus cualidades morales en los padres de cualquier otra persona con la que mantiene relaciones carnales. El amor físico, tan injustamente denigrado, obliga de tal modo a toda criatura a manifestar hasta las menores parcelas que posee de bondad, de desprendimiento de sí, que terminan resplandeciendo a ojos del entorno inmediato. El doctor Percepied, a quien su gruesa voz y espesas cejas permitían interpretar a capricho el papel de hombre pérfido para el que carecía de físico, sin comprometer para nada su reputación inquebrantable e inmerecida de huraño bonachón, sabía hacer llorar de risa al cura y a todo el mundo diciendo en tono rudo: «¡Bueno! Al parecer, ella se dedica a la música con su amiga, Mlle. Vinteuil. Cualquiera diría que les sorprende. Yo no sé nada, ha sido el bueno de Vinteuil quien me

lo dijo ayer mismo. Después de todo, ¿por qué no ha de tener derecho la muchacha a que le guste la música? No soy partidario de contrariar las vocaciones artísticas de los niños, y se conoce que Vinteuil tampoco. Además que también él hace música con la amiga de su hija. ¡Caramba, cuánta música se hace en esa casa! Pero ¿por qué se ríen? Sí, esa gente hace demasiada música. El otro día encontré al bueno de Vinteuil junto al cementerio. No podía tenerse de pie».

Para quienes como nosotros vieron en esa época a M. Vinteuil evitar a las personas que conocía, torcer hacia otro lado cuando las divisaba, envejecer en pocos meses, consumirse en su pena, volverse incapaz de cualquier esfuerzo que no tuviera directamente la felicidad de su hija por meta, pasar jornadas enteras ante la tumba de su mujer, hubiera resultado difícil no comprender que estaba muriéndose de pena, y suponer que no se daba cuenta de los rumores que corrían. Los conocía, tal vez hasta les daba crédito. Quizá no exista nadie, por grande que sea su virtud, que no pueda ser llevado por la complejidad de las circunstancias a vivir un día en familiaridad con el vicio que condena del modo más formal —sin que por lo demás logre reconocerlo del todo bajo el disfraz de hechos particulares que éste asume para entrar en contacto con esa persona y hacerle sufrir— palabras extrañas, actitudes inexplicables, cierta noche, de determinada criatura a la que tantas razones tiene para amar. Pero en un hombre como M. Vinteuil debía de entrañar más sufrimiento que en cualquier otro aquella resignación ante una de esas situaciones que erróneamente creemos patrimonio exclusivo del mundo de la bohemia: se producen siempre que un vicio, que la misma naturaleza humana desarrolla en un niño a veces con sólo mezclar las virtudes de su padre y de su madre, como el color de los ojos, necesita conquistar el espacio y la seguridad que precisa. Pero que M. Vinteuil conociese acaso la conducta de su hija no significa que su culto por ella hubiese disminuido. Los hechos no penetran en el mundo donde viven nuestras creencias, no las han hecho nacer ni las destruyen; pueden infligirles los desmentidos más constantes sin debilitarlas, y una avalancha de desgracias o de enfermedades sucediéndose ininterrumpidamente en una familia, no le hará dudar de la bondad de su Dios o del talento de su médico. Mas cuando M. Vinteuil pensaba

en su hija y en sí mismo desde el punto de vista de la gente, desde el punto de vista de su reputación, cuando trataba de situarse con ella en el rango que ocupaban en la estimación general, entonces formulaba el mismo juicio de orden social que hubiera hecho el vecino de Combray más hostil con él, se veía junto a su hija caído en el peor de los bajos fondos, y desde hacía poco sus modales habían asumido esa humildad, ese respeto por quienes estaban en un plano superior y que veía desde abajo (aunque hasta entonces hubieran sido muy inferiores a él), esa tendencia a tratar de subir hasta ellos que es una consecuencia casi mecánica de toda decadencia. Un día que caminábamos con Swann por una calle de Combray, M. Vinteuil, que salía de otra, se topó con nosotros de forma tan brusca que no tuvo tiempo de evitarnos; y, con esa altanera caridad del hombre de mundo que, en medio de la disolución de todos sus prejuicios morales, en la infamia ajena no ve sino una razón para demostrar una benevolencia cuyas pruebas halagan más el amor propio de quien las da porque parecen de mayor valor a quien las recibe, Swann había hablado largo rato con M. Vinteuil, a quien hasta entonces no dirigía la palabra, y antes de despedirse le había preguntado por qué no mandaba un día a su hija a jugar a Tansonville. Dos años antes, esa invitación hubiese indignado a M. Vinteuil, mientras que ahora le colmaba de tal gratitud que se creía obligado a no cometer la indiscreción de aceptarla. La amabilidad de Swann con su hija le parecía en sí misma un apoyo tan honroso y grato que pensaba que tal vez fuera mejor no utilizarlo, para tener la dulzura totalmente platónica de conservarlo.

«¡Qué hombre tan exquisito!», nos dijo cuando Swann se hubo despedido, con la misma veneración entusiasta de inteligentes y graciosas burguesitas que respetan y admiran fascinadas a una duquesa, por fea y necia que sea. «¡Qué hombre tan exquisito! ¡Lástima que haya hecho una boda tan inconveniente!».

Y entonces —ejemplo de que hasta los seres más sinceros tienen su punto de hipocresía y prescinden, cuando hablan con una persona, de la opinión en que la tienen para volver a expresarla en cuanto se ha ido—, mis padres deploraron junto a M. Vinteuil el matrimonio de Swann en nombre de principios y conveniencias que (por el solo

hecho de invocarlos en común con él, como buenas gentes de la misma índole) parecían dar a entender que en Montjouvain no se transgredían. M. Vinteuil no envió su hija a casa de Swann. Y éste fue el primero en lamentarlo. Porque cada vez que se despedía de Vinteuil, recordaba que hacía un tiempo quería pedirle información sobre una persona de su mismo apellido, pariente suyo al parecer. Y aquella vez se había prometido no olvidar lo que tenía que decirle, cuando M. Vinteuil enviase a su hija a Tansonville.

Como el paseo por la parte de Méséglise era el menos largo de los dos que dábamos por los alrededores de Combray, y por eso lo reservábamos para los días de tiempo inseguro, el clima por la parte de Méséglise era bastante lluvioso y nunca perdíamos de vista la linde de los bosques de Roussainville en cuya espesura podríamos ponernos a cubierto.

A veces se ocultaba el sol detrás de una nube que deformaba su óvalo y amarilleaba su borde. El fulgor, mas no la claridad, se retiraba del campo, donde toda vida parecía suspendida, mientras el pueblecito de Roussainville esculpía sobre el cielo el relieve de sus aristas blancas con una precisión y un acabado abrumadores. Un poco de viento hacía alzar el vuelo a un cuervo que volvía a caer allá lejos, y, contra el cielo blancuzco, la lontananza de los bosques parecía más azul, como pintada en esos camafeos que decoran las entreventanas de las antiguas mansiones.

Pero otras veces empezaba a caer la lluvia con que nos había amenazado el capuchino que el óptico tenía en su escaparate; como aves migratorias que alzan el vuelo todas juntas, las gotas de agua bajaban del cielo en apretadas filas. No se separan nunca, no van a la aventura durante la rauda travesía, sino que cada una mantiene su puesto, atrae hacia sí a la que la sigue y el cielo se vuelve más oscuro que cuando parten las golondrinas. Nos refugiábamos en el bosque. Cuando su viaje parecía acabado, algunas llegaban todavía, más débiles, más lentas. Pero salíamos de nuestro refugio, porque a las gotas les gusta el follaje, y ya estaba la tierra casi seca cuando más de una se demoraba jugando en las nervaduras de una hoja, y suspendida en la punta, tranquila, resplandeciendo al sol, se dejaba de improviso resbalar desde lo alto de la rama y nos caía en la nariz.

También a veces íbamos a refugiarnos, mezclados con los santos y los patriarcas de piedra, bajo el pórtico de Saint-André-des-Champs. ¡Qué francesa era aquella iglesia! Encima de la puerta, los santos, los reyes-caballeros con una flor de lis en la mano y las escenas de bodas y funerales estaban representados como podían estarlo en el alma de Françoise. El escultor también había narrado ciertas anécdotas sobre Aristóteles y Virgilio[133] del mismo modo que Françoise, en la cocina, hablaba de buena gana de san Luis como si lo hubiese conocido en persona, y por lo general para avergonzar con esa comparación a mis abuelos, que eran menos «justos». Se notaba que las nociones que el artista medieval y la campesina medieval (superviviente en el siglo XIX) tenían de la historia antigua o cristiana, y que se caracterizaban tanto por su exactitud como por su ingenuidad, no procedían de los libros, sino de una tradición al mismo tiempo antigua y directa, ininterrumpida, oral, deformada, irreconocible y viva. Otro personaje de Combray al que también yo reconocía, virtual y profetizado, en la escultura gótica de Saint-André-des-Champs, era el joven Théodore, el dependiente de Camus. Además, Françoise percibía tan bien en éste al paisano y al contemporáneo que, cuando tía Léonie estaba demasiado enferma para que Françoise pudiera darle sola la vuelta en la cama y llevarla al sillón, antes de permitir a la fregona subir a «dejarse ver» ante la tía, llamaba a Théodore. Pero el muchacho, que pasaba y con razón por un mal sujeto, estaba tan invadido por el alma que había decorado Saint-André-des-Champs y en particular por los sentimientos de respeto que Françoise creía debidos a los «pobres enfermos», a «su pobre ama», que cuando levantaba la cabeza de mi tía sobre la almohada ponía la cara ingenua y solícita de los angelitos que, en los bajorrelieves, se afanan, con un cirio en la mano, alrededor de la Virgen desfallecida, como si las caras de piedra esculpida, grisáceas y desnudas como lo están los bosques en invierno, no fueran más que un sueño, una reserva, pronta a florecer de nuevo a la vida en innumerables rostros populares, reverendos y taimados como el de Théodore, coloreados con la rojez de una manzana madura. No aplicada a la piedra como esos angelitos, sino separada del pórtico, de estatura más que humana, de pie sobre una peana como sobre un

taburete que le evitara posar las plantas sobre el húmedo suelo, una santa tenía las mejillas llenas, el seno firme que henchía el paño como un racimo maduro en un saco de crin, la frente estrecha, la nariz corta y traviesa, las pupilas hundidas, el aspecto sano, insensible y animoso de las aldeanas de la comarca. Esta semejanza que insinuaba en la estatua una ternura que yo no había buscado, quedaba confirmada a menudo por alguna muchacha de los campos, llegada como nosotros a guarecerse y cuya presencia, semejante a la de esos follajes de parietaria que han crecido junto a los follajes esculpidos, parecía destinada a permitir juzgar la verdad de la obra de arte tras cotejarla con la naturaleza. Delante de nosotros, en la distancia, tierra prometida o maldita, Roussainville, cuyos muros nunca llegué a penetrar, Roussainville, a veces, cuando la lluvia ya había escampado para nosotros, seguía siendo castigado como un pueblo bíblico por todas las lanzas de la tormenta que flagelaban oblicuamente las moradas de sus habitantes, o bien ya estaba perdonado por Dios Padre, que mandaba descender hacia él, desigualmente largos, como los rayos de un monumento de altar, los tallos de oro desflecados de su sol reaparecido.

Algunas veces, el tiempo se estropeaba del todo, había que volver y quedarnos encerrados en casa. Aquí y allá en el fondo del campo que la oscuridad y la humedad hacían parecerse al mar, unas casas aisladas, colgadas en la falda de una colina sumida en la oscuridad y en el agua, brillaban como barquitas que han replegado sus velas y permanecen inmóviles mar adentro toda la noche. Mas ¡qué importaba la lluvia, qué importaba la tormenta! En verano, el mal tiempo sólo es un humor pasajero, superficial, del buen tiempo subyacente y fijo, muy distinto del buen tiempo inestable y fluido del invierno y que, al contrario, instalado en la tierra donde se ha solidificado en densos follajes sobre los que puede escurrirse la lluvia sin comprometer la resistencia de su permanente alegría, ha izado para toda la temporada, hasta en las calles del pueblo, en los muros de las casas y los jardines, sus estandartes de seda violeta o blanca. Sentado en el saloncito, donde esperaba leyendo la hora de la cena, oía el agua escurrirse de nuestros castaños, pero sabía que el chaparrón no haría otra cosa que barnizar sus hojas y que ellos

prometían permanecer allí, rehenes del verano, durante toda la lluviosa noche, asegurando la continuidad del buen tiempo; que por más que lloviese, mañana, por encima de la valla blanca de Tansonville, seguirían ondulando, igual de numerosas, unas pequeñas hojas en forma de corazón; y sin tristeza veía al chopo de la calle de Perchamps dirigir a la tormenta súplicas y saludos desesperados; y sin tristeza oía al final del jardín el arrullo de los últimos fragores del trueno entre los lilos.

Si el tiempo era malo desde por la mañana, mis padres renunciaban al paseo y yo no salía. Pero luego tomé la costumbre de ir, esos días, a caminar solo por la parte de Méséglise-la-Vineuse, durante el otoño en que tuvimos que ir a Combray por la herencia de tía Léonie, porque al fin había muerto, permitiendo el triunfo al mismo tiempo de quienes aseguraban que su régimen debilitante acabaría matándola, y también de los otros que siempre habían sostenido que padecía una enfermedad nada imaginaria sino orgánica, a cuya evidencia tendrían que rendirse los escépticos cuando acabara de matarla; su muerte no causó gran dolor más que a un solo ser, pero fue un dolor salvaje. Durante los quince días que duró la última enfermedad de la tía, Françoise no se apartó de ella un instante, no se desvistió, no permitió que nadie más la cuidase, y sólo se separó de su cuerpo cuando fue enterrado.

Entonces comprendimos que aquella especie de temor a los insultos, sospechas y arrebatos de cólera de la tía en que Françoise había vivido había desarrollado en ella un sentimiento que nosotros habíamos tomado por odio y que tenía mucho de veneración y amor. Su ama verdadera, el ama de las decisiones imposibles de prever, de las argucias difíciles de eludir, de buen corazón fácil de ablandar, su soberana, su misterioso y omnipotente monarca, ya no existía. Comparados con ella, nosotros contábamos bien poco. Estaba lejos el tiempo en que, cuando habíamos empezado a ir a pasar las vacaciones a Combray, gozábamos de tanto prestigio como la tía a los ojos de Françoise. Ese otoño, totalmente absorbidos por las formalidades que cumplir, por las entrevistas con notarios y arrendatarios, como mis padres apenas tenían tiempo para hacer salidas que además el tiempo contrariaba, se acostumbraron a

dejarme ir de paseo sin ellos por la parte de Méséglise, envuelto en una gran manta de viaje que me protegía de la lluvia y que me echaba sobre los hombros de mejor gana al notar que sus rayas escocesas escandalizaban a Françoise, en cuya cabeza nadie habría podido meter que el color de la ropa nada tiene que ver con el luto y a quien, además, la pena que sentíamos por la muerte de la tía agradaba poco, porque no habíamos dado un gran banquete fúnebre, porque no adoptábamos un tono de voz especial para hablar de ella, porque yo hasta canturreaba a veces. Estoy convencido de que en un libro —y en esto yo mismo me parecía a Françoise—, semejante concepción del luto derivada de la Chanson de Roland[134] y del pórtico de Saint-André-des-Champs, me hubiera resultado simpática. Pero en cuanto Françoise estaba a mi lado, un demonio me impulsaba a desear que montase en cólera, aprovechaba cualquier pretexto para decirle que sentía la pérdida de la tía porque era una buena mujer, a pesar de sus manías, pero no porque fuese mi tía, que hubiera podido ser mi tía y resultarme odiosa, y su muerte no darme pena alguna, palabras que en un libro me hubiesen parecido insulsas.

Si entonces Françoise, colmada como un poeta por una oleada de confusos pensamientos sobre el dolor, sobre los recuerdos familiares, se excusaba por no saber responder a mis teorías y decía: «No sé expresarme», yo me jactaba de esa confesión con un sentido común irónico y brutal digno del doctor Percepied; y si ella añadía: «Pues a pesar de todo tenía "párentelos", y sigue quedando el respeto debido al párentelo», yo me encogía de hombros y pensaba: «Soy demasiado bueno por discutir con una analfabeta que dice semejantes disparates», adoptando de este modo para juzgar a Françoise el mezquino punto de vista de esos hombres que más los desprecian en la imparcialidad de la meditación, y son luego muy capaces de asumir esa parte cuando representan una de las escenas vulgares de la vida.

Mis paseos de aquel otoño fueron más agradables todavía porque los daba tras largas horas pasadas sobre un libro. Cuando estaba cansado de haber leído toda la mañana en la sala, me echaba la manta de viaje sobre los hombros y salía: mi cuerpo, obligado largo tiempo a mantener la inmovilidad, pero cargado, gracias a ese rato, de

animación y de velocidad acumuladas, necesitaba luego, como una peonza que soltamos, prodigarlas en todas direcciones. Las paredes de las casas, el seto de Tansonville, los árboles del bosque de Roussainville, los matorrales a los que se adosa Montjouvain, recibían golpes de paraguas o de bastón, oían gritos joviales, que no eran, ni unos ni otros, sino ideas confusas que me exaltaban y que no habían alcanzado el reposo en la luz, por haber preferido a un lento y difícil esclarecimiento el placer de una derivación más cómoda hacia una salida inmediata. La mayoría de las presuntas traducciones de lo que hemos sentido no hacen otra cosa que liberarnos, haciéndolo salir de nosotros bajo una forma indistinta que no nos enseña a conocerlo. Cuando trato de hacer el inventario de lo que debo a la parte de Méséglise, de los humildes descubrimientos a que sirvió de marco fortuito o de inspirador necesario, recuerdo que fue ese otoño, en uno de aquellos paseos, junto al talud cubierto de maleza que protege Montjouvain, cuando me sorprendió por vez primera el desacuerdo entre nuestras impresiones y su expresión habitual. Después de una hora de lluvia y viento contra los que había luchado lleno de entusiasmo, al llegar a orillas de la charca de Montjouvain, delante de una pequeña choza recubierta de tejas donde el jardinero de M. Vinteuil guardaba sus aperos de jardinería, acababa de salir el sol, y sus oros lavados por el chaparrón relumbraban de nuevo en el cielo, sobre los árboles, sobre la pared de la choza, sobre su techo de tejas todavía mojado, por cuya cresta se paseaba una gallina. El soplo del viento estiraba horizontalmente las hierbas locas que habían crecido en la pared del muro, y las plumas algodonosas de la gallina; unas y otras se dejaban llevar a capricho del viento en toda su longitud, con ese abandono de las cosas inertes y ligeras. El techo de tejas creaba en la charca, que el sol volvía de nuevo espejeante, un jaspeado rosa en el que nunca hasta entonces me había fijado. Y al ver sobre el agua y en la cara del muro una pálida sonrisa respondiendo a la sonrisa del cielo, exclamé entusiasmado blandiendo mi paraguas cerrado: «¡Cáscaras! ¡Cáscaras!».

Pero al mismo tiempo sentí que mi deber hubiera sido no limitarme a esa exclamación opaca e intentar ver más claro en medio de mi arrobo.

Y fue también en ese momento —gracias a un aldeano que pasaba, con aire de estar ya de bastante malhumor, que empeoró cuando a punto estuve de darle con el paraguas en la cara, y que respondió fríamente a mi «buen tiempo, ¿no le parece?, da gusto caminar»— cuando supe que no se producen simultáneamente, según un orden preestablecido, las mismas emociones en todos los hombres. Más tarde, cada vez que una lectura algo prolongada me daba ganas de conversación, el compañero a quien ardía en deseos de dirigir la palabra acababa precisamente de entregarse al placer de hablar y en ese momento deseaba que lo dejasen leer tranquilo. Si yo acababa de pensar en mis padres con cariño y de adoptar las decisiones más prudentes y adecuadas para contentarlos, ellos habían dedicado ese mismo tiempo a enterarse de algún pecadillo que se me había olvidado y que me reprochaban severamente en el momento mismo en que me lanzaba hacia ellos para darles un beso.

A veces, a la exaltación que me proporcionaba la soledad se añadía otra que no sabía aislar con nitidez, causada por el deseo de ver surgir ante mí una campesina a la que podría estrechar entre mis brazos. Nacido bruscamente, y sin tiempo siquiera de relacionarlo exactamente con su causa, en medio de pensamientos muy diversos, el placer que lo acompañaba sólo me parecía un grado superior al que me daban esos mismos pensamientos. Atribuía un mérito suplementario a cuanto en ese momento ocupaba mi mente, al reflejo rosa del techo de teja, a las hierbas locas, al pueblo de Roussainville adonde hacía mucho deseaba ir, a los árboles de su bosque, al campanario de su iglesia, por aquella emoción nueva que me los hacía parecer más deseables sólo por creer que eran ellos los que la provocaban, y que parecía no buscar otra cosa que empujarme hacia ellos a mayor velocidad cuando inflaba mi vela con una brisa potente, desconocida y propicia. Mas si ese deseo de ver aparecer a una mujer añadía para mí a los encantos de la naturaleza un no sé qué más excitante, éstos a su vez dilataban aquello que el encanto de la mujer podía tener de demasiado estrecho. Me parecía que la belleza de los árboles continuaba su belleza y que su beso me entregaría el alma de aquellos horizontes, del pueblo de Roussainville, de los libros que yo leía aquel año; como mi imaginación recobraba impulso al contacto

de la sensualidad, como mi sensualidad se derramaba por todos los terrenos de mi imaginación, ya no había límites para mi deseo. También porque —como ocurre en esos momentos de soñación en medio de la naturaleza, cuando, en suspenso el poder del hábito y dejadas de lado nuestras nociones abstractas de las cosas, creemos con fe profunda en la originalidad, en la vida individual del lugar en que estamos— la mujer que pasaba invocada por mi deseo no me parecía un ejemplar cualquiera del tipo general «mujer», sino un producto necesario y natural de aquel suelo. Porque en ese tiempo, todo lo que no era yo mismo, la tierra y las criaturas, me parecía más precioso, más importante, dotado de una existencia más real de lo que parecía a los hombres adultos. Y no hacía distinción entre la tierra y las criaturas. Tenía deseo de una campesina de Méséglise o de Roussainville, de una pescadora de Balbec, lo mismo que sentía deseo de Méséglise y de Balbec. El placer que podían darme me habría parecido menos cierto, no habría conseguido creer en él, si hubiera modificado a mi arbitrio sus condiciones. Conocer en París a una pescadora de Balbec o a una campesina de Méséglise hubiera sido recibir conchas que yo no habría visto en la playa, un helecho que no habría encontrado en los bosques, hubiera sido sustraer al placer que la mujer había de darme todos aquellos otros con que la había envuelto mi imaginación. Pero vagar de aquel modo por los bosques de Roussainville sin una campesina que abrazar, significaba no conocer el tesoro escondido de aquellos bosques, su belleza profunda. Aquella muchacha que yo veía cernida de follajes, era para mí como una planta local de una especie más noble sólo que el resto, y dotada, en comparación con las otras, de una estructura que permite acercarse más al sabor profundo del lugar. Me resultaba más fácil creerlo (y que las caricias con que ella me haría alcanzarlo serían a su vez de una clase particular cuyo placer ninguna otra habría podido procurarme) porque me hallaba, por mucho tiempo todavía, en esa edad en que aún no hemos abstraído ese placer de la posesión de las distintas mujeres con que lo hemos saboreado, en que aún no lo hemos reducido a una noción general que nos las hace considerar desde ese momento como los instrumentos intercambiables de un placer siempre idéntico. Aislado, separado y formulado en la mente,

no existe siquiera como el blanco que perseguimos al acercarnos a una mujer, como la causa de la turbación previa que se siente. Apenas si pensamos en él como en un placer que tendremos; lo llamamos, más bien, la fascinación suya, la fascinación de la mujer; porque no se piensa en uno mismo, sino sólo en salir de sí. Oscuramente esperado, inmanente y oculto, en el momento en que se cumple lleva, sin embarco, a tal paroxismo los demás placeres que nos causan las miradas cariñosas, los besos de aquella que está a nuestro lado, que sobre todo a nosotros mismos nos parece una especie de transporte de nuestra gratitud por la bondad de corazón de nuestra compañera y por esa conmovedora predilección que nos otorga y que medimos por las delicias, por la dicha con que nos colma.

En vano, ay, imploraba yo al torreón de Roussainville, en vano le rogaba que hiciese llegar hasta mí alguna criatura de su pueblo, como al solo confidente que yo había tenido de mis primeros deseos, cuando desde lo alto de nuestra casa de Combray, en el pequeño gabinete que olía a lirios, no veía otra cosa que su torre en medio del marco de la ventana entreabierta, mientras con las vacilaciones heroicas del viajero que emprende una exploración o del desesperado que se suicida, temblando, iba abriendo dentro de mí una ruta desconocida y que yo creía mortal, hasta el momento en que un rastro natural como el de un caracol venía a unirse a las hojas del grosellero silvestre que se inclinaban hasta mí. En vano le suplicaba ahora. En vano drenaba con mis ojos la extensión que abarcaba el campo de mi visión, tratando de encontrar una mujer. Podía ir hasta el pórtico de Saint-Andrés-des-Champs: nunca estaba allí la campesina que no hubiera dejado de encontrar de haber ido con el abuelo, imposibilitado, entonces, para trabar conversación con ella. Miraba indefinidamente el tronco de un árbol lejano, tras del cual surgiría la mujer para venir hacia mí; el horizonte escrutado permanecía desierto, caía la noche, y entonces, sin esperanza, mi atención se aferraba, como para aspirar las criaturas que pudiesen ocultar, a aquel terreno estéril, a aquella tierra agostada; y no de alegría, sino de rabia, golpeaba los árboles del bosque de Roussainville entre los que no salían más criaturas vivas que si hubieran sido árboles pintados sobre la tela de un panorama, cuando, incapaz de resignarme a regresar a

casa sin haber estrechado antes entre mis brazos a la mujer que tanto había deseado, me veía obligado a tomar el camino de vuelta de Combray confesándome a mí mismo que se hacía cada vez menos probable el azar que hubiese podido ponerla en mi camino. Además, de haberla encontrado, ¿me hubiese atrevido a dirigirle la palabra? Pensaba que me habría tomado por loco; ya no creía que otras criaturas compartiesen los deseos formulados durante aquellos paseos y que no se cumplían, que fuera de mí pudieran ser verdaderos. Ya no me parecían otra cosa que las creaciones puramente subjetivas, impotentes e ilusorias de mi temperamento. Carecían de cualquier lazo de unión con la naturaleza, con la realidad que, desde entonces, perdía todo encanto y cualquier significado, y sólo era para mi vida un marco convencional, como para la ficción de una novela lo es el vagón en cuyo asiento va leyéndola el viajero para matar el tiempo.

Quizá de una impresión también sentida cerca de Montjouvain, unos años más tarde, impresión que entonces quedó oscura, haya salido, mucho después, la idea que me he hecho del sadismo[135]. Más adelante se verá que, por razones completamente distintas, el recuerdo de esa impresión estaba destinado a jugar un papel importante en mi vida. Hacía un tiempo muy caluroso; mis padres, que habían debido ausentarse todo el día, me habían dicho que volviese tan tarde como quisiera; y, habiéndome llegado hasta la charcá de Montjouvain, donde me gustaba ver los reflejos del techo de teja, me había tumbado a la sombra y adormilado entre los matorrales del talud que domina la casa, en el mismo lugar donde había esperado a mi padre un día que había ido a visitar a M. Vinteuil. Era casi de noche cuando me desperté, e iba a levantarme cuando vi a Mlle. Vinteuil (apenas si pude reconocerla, porque la había visto muy pocas veces en Combray, y sólo cuando todavía era una niña, mientras que ahora empezaba a ser adolescente), que con toda probabilidad acababa de entrar, frente a mí, a unos pocos centímetros, en aquella habitación donde su padre había recibido al mío y que ella había transformado en su salita. Estaba entreabierta la ventana, encendida la lámpara, yo veía todos sus movimientos sin que ella me viese, pero, si me hubiese ido, habría hecho crujir los matorrales, ella

me habría oído y habría podido pensar que me había escondido allí para espiarla.

Estaba de riguroso luto, porque su padre había muerto hacía poco. Nosotros no habíamos ido a visitarla, mi madre no lo había querido en nombre de una virtud que era lo único que, en ella, limitaba los efectos de la bondad: el pudor; pero la compadecía profundamente. Recordaba mi madre el triste final de vida de M. Vinteuil, totalmente absorbida, en primer lugar, por los cuidados de madre y niñera que prodigaba a su hija, luego por los sufrimientos que ésta le había causado; volvía a ver el rostro torturado que el viejo había tenido en los últimos tiempos; sabía que había renunciado por siempre a pasar a limpio toda su obra de los últimos años, pobres fragmentos de un anciano profesor de piano, de un viejo organista de pueblo, de los que suponíamos, desde luego, que apenas tenían valor en sí mismos, pero que no despreciábamos porque para él significaban mucho, porque habían sido su razón de vivir antes de sacrificarlos a su hija, y porque en su mayor parte, ni siquiera transcritos, conservados sólo en su memoria, anotados algunos en hojas sueltas, ilegibles, permanecerían ignorados; mi madre pensaba en aquella otra renuncia, más cruel todavía, a la que se vio forzado M. Vinteuil, la renuncia a un futuro de felicidad honesta y respetada para su hija; cuando evocaba así la extremada angustia del antiguo maestro de piano de mis tías, sentía auténtica pena y aterrada pensaba en aquella otra mucho más amarga que debía de sufrir Mlle. Vinteuil, entreverada por el remordimiento de haber ido matando poco a poco a su padre. «Pobre M. Vinteuil, decía mi madre, ha vivido y ha muerto por su hija, sin haber recibido su recompensa. ¿La recibirá después de su muerte, y en qué forma? Sólo podría venirle de ella».

En el fondo de la salita de Mlle. Vinteuil, sobre la chimenea, reposaba un pequeño retrato de su padre que ella se apresuró a buscar cuando sonó el rumor de un coche procedente de la carretera, luego se echó sobre un sofá y acercó una mesita en la que colocó el retrato, lo mismo que en ocasión distinta M. Vinteuil había puesto a su lado la partitura que deseaba tocar para mis padres. No tardó en entrar su amiga. Mlle. Vinteuil la recibió sin levantarse, con las dos manos cruzadas detrás de la cabeza, y se corrió hacia el lado opuesto del

sofá como para hacerle sitio. Pero inmediatamente se dio cuenta de que, de ese modo, parecía querer imponerle una actitud que acaso le resultase molesta. Pensó que tal vez su amiga prefiriese mantenerse a cierta distancia en una silla, se consideró indiscreta, y la delicadeza de su corazón se alarmó por ello; volviendo a ocupar el sofá en toda su extensión cerró los ojos y se puso a bostezar dando a entender que la única razón por la que se había tumbado de aquel modo era su deseo de dormir. A pesar de la familiaridad ruda e imperiosa que mantenía con su compañera, reconocí los gestos obsequiosos y reticentes, los bruscos escrúpulos de su padre. Se levantó enseguida, fingió que quería cerrar los postigos y que no lo conseguía.

«Déjalo todo abierto, tengo calor, dijo su amiga.

—Pero es un fastidio que nos vean», respondió Mlle. Vinteuil.

Mas debió de adivinar sin duda que su amiga pensaría que sólo había dicho aquellas palabras para provocar su respuesta con otras que, en efecto, deseaba oír, pero que por discreción quería dejarle pronunciar por propia iniciativa. Por eso su mirada, que yo no lograba distinguir, debió de adoptar la expresión que tanto agradaba a la abuela, cuando añadió con vivacidad:

«Cuando digo vernos, quiero decir que nos vean leer; por insignificante que sea lo que hagamos, es un fastidio pensar que hay ojos que nos ven».

Por generosidad instintiva y por cortesía involuntaria callaba las palabras premeditadas que había juzgado indispensables para la plena realización de su deseo. Y en el fondo de sí misma, a cada momento, una virgen tímida y suplicante imploraba y mantenía a raya aun soldadote zafio y prepotente.

«Sí, es probable que alguien nos esté mirando a esta hora, en este campo tan frecuentado, dijo irónicamente su amiga. ¿Y qué?», añadió (creyendo que debía acompañar con un guiño malicioso y tierno estas palabras que recitó por bondad, como un texto que sabía agradable para Mlle. Vinteuil, en un tono que se esforzaba por volver cínico), «además, si nos ven, tanto mejor».

Mlle. Vinteuil se estremeció y se levantó. Su corazón escrupuloso y sensible desconocía las palabras que espontáneamente deberían adaptarse a la escena reclamada por sus sentidos. Trataba de

encontrar lo más lejos posible de su auténtica naturaleza moral el lenguaje propio de la muchacha viciosa que deseaba ser, pero las palabras que ésta, según ella, hubiese pronunciado sinceramente le parecían falsas en su boca. Y las pocas que se permitía eran dichas con un tono enfático en el que sus hábitos de timidez paralizaban sus veleidades de audacia, y se mezclaban a: «¿no tienes frío, no tienes demasiado calor, no tienes ganas de estar sola y leer?».

«Me parece que la señorita tiene esta noche unas ideas muy lúbricas», acabó por decir, repitiendo sin duda una frase oída alguna otra vez en boca de su amiga.

En el escote de su blusa de gasa, sintió Mlle Vinteuil que ponía un beso su amiga; soltó un gritito, escapó, y las dos se persiguieron saltando, haciendo revolotear como alas sus amplias mangas y cloqueando y piando como pájaros enamorados. Luego, Mlle. Vinteuil terminó por caer en el sofá, cubierta por el cuerpo de la amiga. Mas ésta daba la espalda a la mesita sobre la que se hallaba colocado el retrato del viejo profesor de piano. Comprendió Mlle. Vinteuil que su amiga no lo vería si ella no atraía su atención hacia él, y le dijo, como si acabara de fijarse:

«Oh, ese retrato de mi padre que nos mira, me gustaría saber quién lo ha puesto ahí; he dicho mil veces que no era ése su sitio».

Recordé que eran las mismas palabras que M. Vinteuil le había dicho a mi padre sobre su partitura. Sin duda aquel retrato les servía habitualmente para profanaciones rituales, porque la amiga replicó con estas palabras que debían de formar parte de sus respuestas litúrgicas:

«¡Déjalo donde está, ya no puede darnos la lata! ¿Te imaginas sus lloriqueos, y cómo se empeñaría ese maldito mono en que te pusieses la pañoleta si te viese así, con la ventana abierta?».

Mlle. Vinteuil respondió con palabras de dulce reproche: «Déjalo, déjalo», que demostraban la bondad de su carácter, no porque fuesen dictadas por la indignación que aquella forma de referirse a su padre pudiera causarle (evidentemente era ése un sentimiento que se había acostumbrado, y quién sabe con ayuda de qué sofismas, a sofocar en su interior en esos instantes), sino porque eran una especie de freno que, para no mostrarse egoísta, ella misma imponía al placer que su

amiga trataba de procurarle. Además, aquella moderación risueña para responder a tales blasfemias, aquel reproche hipócrita y tierno, tal vez parecían a su temperamento franco y bueno una forma particularmente infame, una forma dulzarrona de aquella perversidad que trataba de asimilar. Mas no pudo resistir a la seducción del placer que sentiría siendo tratada con cariño por una persona tan implacable con un muerto indefenso; saltó sobre las rodillas de su amiga y ofreció castamente su frente a besar como habría podido hacerlo si hubiera sido su hija, sintiendo entre delicias que ambas alcanzaban así la crueldad extrema robando a M. Vinteuil, incluso en la tumba, su paternidad. La amiga le cogió la cabeza entre las manos y depositó en su frente un beso con una docilidad que le volvía fácil el gran cariño que sentía por Mlle. Vinteuil y el deseo de ofrecer alguna distracción a la vida, tan triste ahora, de la huérfana.

«¿Sabes lo que me dan ganas de hacerle a ese viejo monstruo?», dijo ella cogiendo el retrato.

Y murmuró al oído de Mlle. Vinteuil algo que no pude oír.

«¡Oh, no! No te atreverías.

—¿Que no me atrevería a escupir encima? ¿A escupir sobre esto?», dijo la amiga con deliberada brutalidad.

No oí nada más, porque Mlle. Vinteuil, con aire cansado, torpe, afanoso, honesto y triste fue a cerrar los postigos y la ventana, pero ahora yo sabía, por todos los sufrimientos que en su vida había soportado M. Vinteuil a causa de su hija, cuál era la recompensa que de ella había recibido tras la muerte.

Y sin embargo luego he pensado que si M. Vinteuil hubiera podido asistir a esta escena, tal vez no habría perdido su fe en el buen corazón de su hija, y acaso no anduviese del todo equivocado. Cierto que en los hábitos de Mlle. Vinteuil la apariencia del mal era tan completa que hubiese costado trabajo encontrarla llevada a tal grado de perfección salvo en una sádica; es a la luz de las candilejas de los teatros de bulevar antes que bajo la lámpara de una verdadera casa de campo donde es dado ver a una muchacha obligar a una amiga a escupir sobre el retrato de un padre que sólo vivió para ella; y sólo el sadismo en última instancia da un fundamento en la vida a la estética

del melodrama[136]. En la realidad, y salvo los casos de sadismo, una muchacha tal vez podría cometer faltas no menos crueles que las de Mlle. Vinteuil contra la memoria y las voluntades del padre muerto, pero no las resumiría expresamente en un acto de un simbolismo tan rudimentario y tan ingenuo; lo que de criminal hubiese en su conducta quedaría más velado a ojos de la gente, e incluso a sus propios ojos, porque haría el mal sin confesárselo a sí misma. Pero, más allá de la apariencia, en el corazón de Mlle. Vinteuil, el mal, cuando menos al principio, no fue sin duda puro. Una sádica como ella es la artista del mal, cosa que una criatura completamente malvada no podría ser porque el mal ya no sería externo, a ella le parecería del todo natural, no se distinguiría siquiera de su persona; y, al no guardarles culto, no encontraría placer sacrilego alguno en profanar la virtud, la memoria de los muertos y la ternura filial. Los sádicos de la especie de Mlle. Vinteuil son seres tan puramente sentimentales, tan naturalmente virtuosos que hasta el placer sensual les parece algo malo, el privilegio de los malvados. Y cuando a sí mismos se permiten entregarse por un momento a ellos, es en la piel de los malvados donde tratan de entrar y hacer entrar a su cómplice, para gozar así, por un instante, la ilusión de evadirse de su alma escrupulosa y tierna, para penetrar en el mundo inhumano del placer.

Y yo comprendía con cuánto ardor lo hubiese deseado al ver lo imposible que le resultaba conseguirlo. En el momento en que pretendía ser tan distinta de su padre, lo que me recordaba eran las formas de pensar, de hablar, del viejo profesor de piano. Mucho más que su fotografía, lo que profanaba, lo que ponía al servicio de sus placeres pero que seguía estando entre ellos y ella y le impedía saborearlos directamente, era la semejanza de su cara, los ojos azules de su propia madre que él le había transmitido como una joya de familia, aquellos ademanes amables que interponían entre Mlle. Vinteuil y su vicio una fraseología, una mentalidad que no estaba hecha para ese vicio y le impedía conocerlo como algo sustancialmente distinto de los numerosos deberes de cortesía a los que se consagraba de ordinario. No era el mal lo que le daba la idea del placer, que le parecía agradable; era el placer lo que le parecía

maligno. Y como siempre que se entregaba a él venía acompañado de esos pensamientos malos que el resto del tiempo estaban ausentes de su alma virtuosa, terminaba por encontrar en el placer algo diabólico, por identificarlo con el Mal. Tal vez sintiese Mlle. Vinteuil que su amiga no era en el fondo mala, ni sincera cuando le decía aquellas palabras blasfemas. Pero al menos tenía el placer de besar en su rostro sonrisas y miradas, quizá fingidas, pero análogas en su expresión viciosa y rastrera a las que habría podido encontrar no en una criatura de bondad y sufrimiento, sino en una criatura de crueldad y de placer. Por un instante era capaz de imaginar que se entregaba realmente a juegos que hubiera podido jugar con una cómplice igual de desnaturalizada, con una muchacha que tuviese de hecho aquellos sentimientos bárbaros hacia la memoria de su padre. Mas puede que no hubiera pensado en el mal como en un estado tan raro, tan extraordinario, tan vertiginoso, donde tan reparador era refugiarse, si hubiera sabido discernir en sí misma y en todo el mundo esa indiferencia al sufrimiento que provocamos y que, como quiera que se la llame, es la forma terrible y permanente de la crueldad.

Si era bastante sencillo ir por la parte de Méséglise, cosa muy distinta resultaba ir por La parte de Guermantes, porque el paseo era largo y queríamos estar seguros del tiempo que haría. Cuando parecía que íbamos a entrar en una serie de días buenos; cuando Françoise, desesperada de que no cayese ni una gota de agua para las «pobres cosechas», y al no ver más que raras nubes blancas nadando por la superficie calma y azul del cielo exclamaba entre gemidos: «¿No se diría auténticos cazones que juegan enseñando allá arriba sus hocicos? ¡Piensan en cualquier cosa menos en mandar agua a los pobres labradores! Y, cuando el trigo haya brotado, la lluvia se pondrá a caer a cántaros, sin parar, sin saber siquiera sobre qué cae, como si fuese sobre el mar»; cuando mi padre había recibido invariablemente las mismas respuestas favorables del jardinero y del barómetro, entonces en la cena se decía: «Mañana si hace el mismo tiempo, iremos por La parte de Guermantes». Salíamos nada más desayunar por la puertecilla del jardín y nos encontrábamos en la calle des Perchamps, estrecha y en ángulo agudo, llena de gramíneas entre las que dos o tres avispas pasaban el día herborizando, tan extraña como

su nombre del que en mi opinión derivaban sus curiosas particularidades y su personalidad huraña, y que en vano buscaríamos en la Combray actual donde sobre su antiguo trazado se alza la escuela. Mas mi ensoñación (como esos arquitectos discípulos de Viollet-le-Duc[137] que, creyendo encontrar bajo una galería del tras-coro del Renacimiento y un altar del siglo XVII las huellas de un coro románico, devuelven todo el edificio al estado en que debía de estar en el siglo XII) no deja una sola piedra de la nueva construcción, perfora y «restituye» la calle des Perchamps. Para estas reconstrucciones dispone, además, de datos más precisos de los que suelen poseer los restauradores: algunas imágenes conservadas por mi memoria, las últimas tal vez que en la actualidad sobrevivan, y destinadas a ser pronto aniquiladas, de lo que era el Combray de la época de mi infancia; y porque fue el mismo Combray el que las trazó en mí antes de desaparecer, emotivas —si es que puede compararse un oscuro retrato con aquellas efigies gloriosas cuyas reproducciones le gustaba regalarme a mi abuela— como esos grabados antiguos de la Cena o de ese cuadro de Gen tile Bellini[138] en los que se ve en un estado en la actualidad inexistente la obra maestra de Leonardo de Vinci y el pórtico de San Marcos.

En la calle de L'Oiseau pasábamos por delante de la hostería de L'Oiseau Flesché, en cuyo patio central entraron algunas veces en el siglo XVII las carrozas de las duquesas de Montpensier, de Guermantes y de Montmorency[139] cuando tenían que venir a Combray por algún litigio con sus arrendatarios o por una cuestión de homenaje. Llegábamos al mallo entre cuyos árboles aparecía el campanario de Saint-Hilaire. Y me habría gustado poder sentarme allí y quedarme todo el día leyendo mientras escuchaba las campanas; porque era tan bello y tan tranquilo que, cuando sonaban las horas, se hubiera dicho no que rompían la calma del día sino que lo liberaban de lo que contenía, y que, con la exactitud indolente y solícita de alguien que no tiene otra cosa que hacer, el campanario sólo se limitaba —para exprimir y dejar caer las pocas gotas de oro que el calor había recogido dentro lenta y naturalmente— a prensar, en el momento justo, la plenitud del silencio.

El mayor atractivo de La parte de Guermantes era tener casi todo el tiempo a nuestro lado el curso del Vivonne. Diez minutos después de haber salido de casa lo cruzábamos una primera vez, por una pasarela llamada el Puente Viejo. Al día siguiente de nuestra llegada, el día de Pascua, después del sermón si hacía buen tiempo, corría yo hasta allí para ver, en medio del desorden de una mañana de fiesta mayor en la que algunos preparativos suntuosos aumentan la sordidez de los cacharros domésticos que todavía andan rodando, el río que ya se paseaba vestido de azul cielo entre las tierras todavía negras y desnudas, sin más compañía que una bandada de cucos llegados demasiado pronto y unas prímulas tempraneras, mientras aquí y allá una violeta de azulado pico doblaba su tallo bajo el peso de la gota de aroma recogida en su cucurucho. El Puente Viejo desembocaba en un camino de sirga que, en aquel punto, se tapizaba en verano con el azulado follaje de un avellano bajo el que había echado raíces un pescador con sombrero de paja. En Combray, donde yo sabía qué individualidad de herrero o de mozo de tienda se ocultaba bajo el uniforme del pertiguero o la sobrepelliz del monaguillo, ese pescador fue la única persona cuya identidad nunca he descubierto. Debía de conocer a mis padres, porque alzaba el sombrero cuando pasábamos; quería yo entonces preguntar su nombre, pero me hacían señas de que me callara para no espantar a los peces. Nos adentrábamos por el camino de sirga que dominaba la corriente desde un talud de varios pies; en el otro lado la orilla era baja, y se extendía en amplios prados hasta el pueblo y, más lejos, hasta la estación. Aquí y allá estaban diseminados los restos, semihundidos en la hierba, del castillo de los antiguos condes de Combray que en la Edad Media tenía por este lado el curso del Vivonne como defensa frente a los ataques de los señores de Guermantes y de los abades de Martinville. Sólo quedaban algunos fragmentos de torres, apenas aparentes, abollando la pradera, algunas almenas desde donde antaño lanzaba piedras el ballestero, desde donde el atalaya vigilaba Novepont, Clairefontaine, Martinville-le-Sec y Bailleau-L'Exempt, tierras todas vasallas de Guermantes entre las que estaba enclavado Combray, hoy a ras de hierba, señoreadas por los chiquillos de la escuela de los frailes que iban allí a estudiar sus lecciones o de recreo; pasado hundido en la tierra, echado a orillas

del agua como un caminante que toma el fresco, pero capaz de hacerme fantasear, de hacerme sumar, en el nombre de Combray, una ciudad muy distinta al pequeño pueblo de hoy, de imantar mis pensamientos con su rostro incomprensible y antiguo, semioculto bajo los botones de oro. Eran éstos muy abundantes en aquel sitio que habían elegido para jugar sobre la hierba, aislados unos, otros en parejas y por grupos, amarillos como yema de huevo, más brillantes, a mi parecer, porque como no podía desviar hacia ninguna veleidad de degustación el placer que su vista me causaba, lo acumulaba en su dorada superficie, hasta que adquirió fuerza suficiente para producir un poco de inútil belleza; y eso desde mi más tierna infancia, cuando desde el camino de sirga tendía los brazos hacia ellos sin poder deletrear del todo su bonito nombre de Príncipes de cuentos franceses de hadas, llegados acaso hace muchos siglos de Asia pero radicados por siempre en el pueblo, contentos con aquel modesto horizonte, enamorados del sol y de la orilla del río, fieles al pequeño panorama de la estación, y conservando sin embargo todavía como algunas de nuestras viejas telas pintadas, en su simplicidad popular, un poético resplandor oriental.

Me divertía mirando las garrafas que metían los chiquillos en el Vivonne para coger pececillos y que, aprisionando el río en el que a su vez están encerradas, a un tiempo «continente» de paredes transparentes como agua endurecida, y «contenido» inmerso en un continente más amplio de cristal líquido y corriente, evocaban la imagen del frescor de un modo más delicioso e irritante que si estuvieran sobre una mesa puesta, dejándola aparecer únicamente en fuga en la perpetua aliteración entre el agua sin consistencia donde las manos no podían cogerla, y el cristal sin fluidez donde el paladar no podría disfrutarla. Me prometía volver más adelante con alguna caña de pescar; conseguía que sacasen un poco de pan de las provisiones de la merienda, y arrojaba al Vivonne algunas bolitas que parecían suficientes para provocar un fenómeno de sobresaturación, porque el agua no tardaba en solidificarse a su alrededor en racimos ovoides de hambrientos renacuajos que sin duda tenía hasta entonces en disolución, invisibles y a punto de cristalizar.

No tardaron las plantas acuáticas en obstruir el curso del Vivonne. Empezaba por haber algunas aisladas, como cierto nenúfar al que la corriente, donde se había atravesado de forma bastante desdichada, dejaba tan poco respiro que, como una barca accionada mecánicamente, sólo alcanzaba una orilla para volver a la otra de donde había venido, rehaciendo eternamente la misma travesía. Impulsado hacia la orilla, su pedúnculo se desplegaba, se alargaba, navegaba y alcanzaba el límite extremo de su tensión hasta la ribera donde, cogido de nuevo por la corriente, el verde cordaje se replegaba sobre sí mismo y devolvía la pobre planta a lo que con más razón podríamos llamar su punto de partida, dado que se quedaba allí sólo un instante para zarpar de nuevo repitiendo la misma maniobra. Lo encontraba paseo tras paseo, siempre en la misma situación, haciendo pensar en ciertos neurasténicos entre cuyo número incluía el abuelo a tía Léonie, que año tras año nos ofrecen sin cambio el espectáculo de hábitos extravagantes de los que siempre creen que están a punto de librarse y que siempre conservan; presos en el engranaje de sus enfermedades y sus manías, los esfuerzos con que en vano se debaten para escapar no hacen más que asegurar el funcionamiento y poner en marcha el disparador de su extraña, ineluctable y funesta dietética. Así era aquel nenúfar, también parecido a uno de esos infelices cuyo singular tormento, indefinidamente repetido durante toda la eternidad, excitaba la curiosidad de Dante, quien se habría hecho contar con todo detalle sus particularidades y su causa por el supliciado mismo, si Virgilio, alejándose a grandes pasos, no lo hubiese obligado a alcanzarle cuanto antes, como a mí mis padres[140].

Pero más lejos la corriente modera su marcha, atraviesa una finca de acceso abierto al público por su propietario, que en ella se había dedicado a la horticultura acuática haciendo florecer, en los pequeños estanques que forma el Vivonne, auténticos jardines de ninfeas[141]. *Como en aquel punto las orillas estaban muy arboladas, las anchas sombras de los árboles daban al agua un fondo que habitualmente era verde oscuro pero que a veces, cuando regresábamos en ciertos atardeceres despejados de tardes tormentosas, llegué a verlo de un*

azul claro y crudo, tirando a violeta, acabado como un esmalte y de gusto japonés. Aquí y allá en la superficie, enrojecía como una fresa una flor de ninfea de corazón escarlata, blanco en los bordes. Más allá, las flores más abundantes eran más pálidas, menos lisas, más granulosas y arrugadas, y dispuestas por el azar en volutas tan elegantes que se creía ver flotar a la deriva, como tras el deshojamiento melancólico de una fiesta galante, destrenzadas guirnaldas de rosas de espuma. En otro lado, un rincón parecía reservado a las especies comunes que mostraban el límpido blanco y el rosa de la juliana, lavados como porcelanas con meticulosidad doméstica, mientras algo más adelante, apretados unos contra otros en un verdadero arriate flotante, se hubiera dicho que unos pensamientos de jardín habían ido a posar como mariposas sus alas azules y heladas en la oblicuidad transparente de aquel arriate de agua; arriate también celeste, porque daba a las flores un suelo de un color más precioso, más emotivo que el color de las flores mismas; y sea que hiciese centellear por la tarde, y bajo las ninfeas, el caleidoscopio de una felicidad atenta, callada y móvil, o se colmase al atardecer, como ciertos puertos lejanos, con el rosa y el ensueño del crepúsculo, cambiando sin cesar para permanecer siempre de acuerdo, alrededor de las corolas de tintes más fijos, con lo que hay de más profundo, de más fugitivo, de más misterioso —con lo que hay de infinito— en la hora, parecía que las hubiese hecho florecer en pleno cielo.

Al salir de ese parque, el Vivonne volvía a cobrar impulso. ¡Cuántas veces vi, y deseé imitar cuando fuera libre de vivir a mi capricho, a un remero que, soltando el remo, se había tumbado boca arriba con la cabeza abandonada en el fondo de la barca, y dejándola flotar a la deriva, sin poder ver otra cosa que el cielo navegando lentamente allá en lo alto, mostraba en el rostro el sabor anticipado de la felicidad y la paz!

Nos sentábamos entre los lirios a la orilla del agua. En el cielo festivo vagaba con pereza una nube ociosa. De cuando en cuando, abrumada de hastío, una carpa se erguía fuera del agua en una aspiración ansiosa. Era la hora de la merienda. Antes de ponernos de nuevo en camino, permanecíamos largo rato comiendo fruta, pan y chocolate, sentados en la hierba hasta donde nos llegaban,

horizontales, debilitados, pero todavía densos y metálicos, los sonidos de la campana de Saint-Hilaire, que no se habían diluido en el aire que hacía tanto tiempo atravesaban, y que, segmentados por la palpitación sucesiva de todas sus líneas sonoras, vibraban rozando las flores, a nuestros pies.

En ocasiones, a orillas del agua rodeada de bosques, encontrábamos una casa de las llamadas de recreo, aislada, perdida, que no veía del mundo otra cosa que el río que bañaba sus pies. Una joven cuyo rostro pensativo y velos elegantes no se correspondían con la región y que indudablemente había ido, según la expresión popular, a «enterrarse», a saborear el amargo placer de sentir que allí nadie conocía su nombre, el nombre sobre todo del hombre cuyo corazón no había sabido conservar, aparecía enmarcada en la ventana que no le permitía ver más allá de la barca amarrada junto a la puerta. Alzaba distraída los ojos al oír tras los árboles de la orilla las voces de algunos paseantes de quienes podía estar segura, antes de verles la cara, de que nunca habían conocido ni conocerían al infiel, de que nada en su pasado conservaba la impronta de aquel hombre, ni nada en su futuro daría ocasión a recibirla. Se intuía que, en su renuncia, había dejado voluntariamente unos lugares donde al menos habría podido ver de lejos a quien amaba, por estos otros que nunca lo habían visto. Y cuando regresaba de algún paseo por caminos por donde sabía de sobra que él no había de pasar, yo la miraba quitarse de sus manos resignadas los largos guantes de una gracia inútil[142].

Nunca, en los paseos por La parte de Guermantes conseguimos remontar hasta las fuentes del Vivonne[143], *en las que había pensado con frecuencia y que tenían para mí una existencia tan abstracta, tan ideal, que no quedé menos sorprendido cuando me dijeron que se encontraban en el mismo departamento, a cierta distancia kilométrica de Combray, que el día en que supe que había un punto preciso de la tierra donde, en la Antigüedad, se abría la entrada de los Infiernos*[144]. *Tampoco nunca pudimos llegar hasta otro término que tanto me hubiera gustado alcanzar, hasta Guermantes. Sabía que allí moraban los dueños del castillo, el duque y la duquesa de Guermantes, sabía que eran personajes reales y existentes en la actualidad, pero cada vez*

que pensaba en ellos me los imaginaba unas veces en un tapiz, como estaba la condesa de Guermantes en la «Coronación de Ester» de nuestra iglesia, otras con matices tornasolados, como Gilberto el Malo en la vidriera cuando pasaba del verde berza al azul ciruela según que yo estuviese cogiendo agua bendita o llegase a nuestras sillas, y otras completamente impalpables como la imagen de Genoveva de Brabante, antepasada de la familia de Guermantes, que la linterna mágica paseaba por las cortinas de mi cuarto o hacía subir hasta el techo, siempre envueltos, en fin, en el misterio de los tiempos merovingios e inmersos como en una puesta de sol en la luz anaranjada que emana de las sílabas «antes». Mas, si pese a esto, como tal duque y duquesa eran para mí seres reales, aunque extraños, en cambio su persona ducal se dilataba desmesuradamente, se inmaterializaba, para poder contener en ellas a aquel Guermantes del que eran duque y duquesa, toda aquella «parte de Guermantes» soleada, el curso del Vivonne, sus ninfeas y sus grandes árboles, y tantas hermosas tardes. Y sabía que no sólo llevaban el título de duque y duquesa, sino que desde el siglo XIV, cuando, después de haber intentado inútilmente derrotar a los antiguos señores del lugar, se habían aliado con ellos por vía de casamientos, eran condes de Combray, los primeros ciudadanos de Combray por lo tanto y sin embargo los únicos que no residían allí. Condes de Combray, con Combray en medio de su apellido y su persona, tenían sin duda aquella extraña y piadosa tristeza peculiar de Combray; propietarios de la ciudad, pero no de una casa particular, vivían indudablemente fuera, en la calle, entre cielo y tierra, como aquel Gilberto de Guermantes de quien sólo veía en las vidrieras del ábside de Saint-Hilaire su envés de laca negra, si alzaba la cabeza cuando iba a buscar sal a la tienda de Camus.

Luego ocurrió que por La parte de Guermantes pasé en ocasiones delante de pequeños cercados húmedos por los que asomaban racimos de flores oscuras. Me paraba, convencido de adquirir una noción preciosa, porque creía tener ante los ojos un fragmento de aquella región fluviátil que tanto anhelaba conocer desde que la había visto descrita por uno de mis autores preferidos. Y fue con esa región, con su suelo imaginario atravesado por cursos de agua espumeantes,

con la que se identificó Guermantes, mudando de aspecto en mi mente, después de oír al doctor Percepied hablarnos de flores y de bellas aguas vivas que había visto en el parque del castillo. Soñaba que Mme. de Guermantes me invitaba a ir, cediendo a un repentino capricho por mí, para pescar truchas conmigo todo el día. Y al anochecer, llevándome de la mano, pasando delante de los jardincillos de sus vasallos, iba mostrándome a lo largo de las tapias bajas las flores que apoyaban en ellas sus tallos violetas y rojos y me decía sus nombres. Me hacía contarle el asunto de los poemas que tenía intención de escribir. Y estos sueños me advertían que, si un día quería ser escritor, había llegado el momento de saber aquello que pensaba escribir. Mas en cuanto me lo preguntaba, cuando intentaba encontrar un argumento en el que poder introducir un significado filosófico infinito, mi mente dejaba de funcionar, sólo veía el vacío enfrente de mi atención, me daba cuenta de que carecía de talento o que acaso una enfermedad cerebral le impedía nacer. A veces contaba con mi padre para arreglarlo. Era tan poderoso, tan estimado por los personajes importantes que, en ocasiones, nos hacía transgredir las leyes que Françoise me había enseñado a considerar más ineluctables que las de la vida y la muerte, conseguir retrasar un año para nuestra casa, la única de todo el barrio, las obras de «revoque», obtener del ministro, para el hijo de Mme. Sazerat que deseaba ir a tomar las aguas, autorización para examinarse de bachillerato dos meses antes, junto a los candidatos cuyo nombre empezaba por A, en vez de esperar el turno de la S. Si yo hubiera caído gravemente enfermo, si me hubiesen capturado los bandidos, convencido de que mi padre tenía sobrados amigos entre las potencias supremas, cartas de recomendación demasiado irresistibles dirigidas al Buen Dios, como para que mi enfermedad o mi cautiverio fueran otra cosa que vanos simulacros sin peligro para mí, habría esperado tranquilo la hora inevitable del retorno a la realidad normal, la hora de la liberación o de la curación; aquella ausencia de talento, aquel agujero negro que se ahondaba en mi mente cuando buscaba el tema de mis futuros escritos, ¿no era también una ilusión sin consistencia, que desaparecería gracias a la intervención de mi padre, quien seguramente había pactado con el Gobierno y con la

Providencia que yo sería el escritor más importante de la época? Pero otras veces, mientras mis padres se impacientaban viendo que me quedaba atrás y no los seguía, mi vida efectiva, en vez de parecerme una creación artificial de mi padre que él podía modificar a su gusto, se presentaba en cambio a mis ojos como parte de una realidad que no estaba hecha para mí, contra la que no había posibilidad de recurso, en cuyo seno no tenía ningún aliado y tras la cual no había nada más. En esos momentos me parecía que existía igual que el resto de los hombres, que envejecería, que moriría como ellos, y que entre ellos yo sólo era uno de tantos que carecen de aptitudes para escribir. Y, desanimado, renunciaba por siempre a la literatura, a pesar de los ánimos que me había dado Bloch. Esa sensación íntima, inmediata, que tenía de la nulidad de mi pensamiento, prevalecía frente a todas las palabras halagüeñas que pudiesen prodigarme, como prevalecen en un malvado por más que la gente alabe sus buenas obras los remordimientos de conciencia.

Un día mi madre me dijo: «Ya que siempre estás hablando de Mme. de Guermantes, has de saber que, como el doctor Percepied la curó muy bien hace cuatro años, vendrá a Combray para asistir a la boda de su hija. Podrás verla en la ceremonia». Era además al doctor Percepied a quien más había oído yo hablar de Mme. de Guermantes, y hasta nos había enseñado el número de una revista ilustrada donde aparecía con el vestido que llevaba en un baile de disfraces en casa de la princesa de Léon[145].

De pronto, durante la misa de boda, un movimiento que hizo el pertiguero al desplazarse me permitió ver, sentada en una capilla, a una dama rubia de nariz grande, ojos azules y penetrantes, una corbata ahuecada de seda color malva, lisa, nueva y brillante, y un granito en la comisura de la nariz. Y porque en la superficie de su cara, encarnada como si hubiese tenido mucho calor, yo distinguía, diluidas y apenas perceptibles, parcelas de analogía con el retrato que me habían enseñado, y sobre todo porque los rasgos característicos que descubría en ella, si trataba de enunciarlos, se formulaban precisamente en los mismos términos: una nariz grande, unos ojos azules, que había utilizado el doctor Percepied cuando había descrito

en mi presencia a la duquesa de Guermantes, me dije: «Esta dama se parece a Mme. de Guermantes»; y la capilla desde donde seguía la misa era la de Gilberto el Malo, bajo cuyas tumbas planas, doradas y sueltas como alveolos de miel, descansaban los antiguos condes de Brabante, capilla que, según recordaba por lo que me habían dicho, estaba reservada a la familia de Guermantes cuando alguno de sus miembros acudía a Combray para una ceremonia; verosímilmente no podía haber más que una mujer parecida al retrato de Mme. de Guermantes que estuviese aquel día, día en el que precisamente debía ir, en aquella capilla: ¡era ella! Mi decepción era grande. Se debía a que nunca me había dado cuenta de que, cuando pensaba en Mme. de Guermantes, me la imaginaba con los colores de un tapiz o de una vidriera, en otro siglo, de forma distinta al resto de las personas vivas. Nunca se me había ocurrido que pudiese tener una cara encarnada, una corbata malva como Mme. Sazerat, y el óvalo de sus mejillas trajo a mi memoria a tantas personas vistas en mi casa que me rozó la sospecha, disipada por lo demás de inmediato, de que aquella dama, en su principio generador, en todas sus moléculas, acaso no fuera sustancialmente la duquesa de Guermantes, sino que su cuerpo, ignorante del nombre que le aplicaban, pertenecía a cierto tipo femenino que también comprendía a mujeres de médicos y de comerciantes. «¡Y esto, sólo esto, es Mme. de Guermantes!», decía la cara atenta y atónita con que yo contemplaba aquella imagen que, naturalmente, nada tenía que ver con las otras que tantas veces habían aparecido en mis sueños bajo aquel mismo nombre de Mme. de Guermantes, porque a ella no la había formado arbitrariamente como a las otras, sino que me había saltado a los ojos por primera vez hacía apenas un momento, en la iglesia; y no era de igual naturaleza, no era coloreable a capricho como las que se dejaban impregnar con el tinte anaranjado de una sílaba, sino que era tan real que todo, hasta el pequeño grano encendido en la comisura de su nariz, certificaba su sometimiento a las leyes de la vida, como, en una apoteosis de teatro, un pliegue del vestido del hada, un temblor de su dedo meñique, delatan la presencia material de una actriz viva allí donde casi suponíamos que delante de los ojos teníamos una simple proyección luminosa.

Pero al mismo tiempo, sobre aquella imagen que la nariz prominente y los ojos penetrantes prendían en mi visión (quizá porque eran ellos los primeros en alcanzarla, los que habían dejado en ella la primera marca, cuando aún no había tenido tiempo de pensar que la mujer aparecida ante mí pudiera ser Mme. de Guermantes), sobre aquella imagen tan reciente e inmutable, traté de aplicar la idea: «Es Mme. de Guermantes» sin lograr otra cosa que hacerla maniobrar frente a la imagen, como dos discos separados por un intervalo. Mas aquella Mme. de Guermantes en la que tantas veces había soñado, ahora que la veía existir realmente fuera de mí, adquirió mayor fuerza todavía sobre mi imaginación que, paralizada un instante al contacto de una realidad tan distinta de la que esperaba, empezó a reaccionar y a decirme: «Gloriosos desde antes de Carlomagno, los Guermantes tenían derecho de vida y de muerte sobre sus vasallos; la duquesa de Guermantes desciende de Genoveva de Brabante. No conoce ni consentiría en conocer a ninguna de las personas presentes».

Y —oh maravillosa independencia de las miradas humanas, sujetas al rostro por una cuerda tan floja, tan larga, tan extensible que pueden pasearse solas lejos de él— mientras Mme. de Guermantes estaba sentada en la capilla sobre las tumbas de sus muertos, sus miradas vagaban aquí y allá, ascendían a lo largo de los pilares, se detenían incluso en mí, como un rayo de sol errante por la nave, pero un rayo de sol que, en el momento en que recibí su caricia, me pareció consciente. En cuanto a Mme. de Guermantes, como seguía inmóvil, sentada como una madre que parece no ver las audaces travesuras y las indiscretas maniobras de sus hijos que juegan y se dirigen a personas que ella no conoce, me fue imposible saber si aprobaba o censuraba, en la inactividad de su alma, el vagabundeo de sus miradas.

Me parecía importante que no se marchara antes de haber podido contemplarla lo suficiente, porque recordaba que desde hacía años yo consideraba su vista algo eminentemente deseable, y no apartaba los ojos de su persona, como si cada una de mis miradas hubiese podido extraer materialmente y poner en reserva dentro de mí el recuerdo de su nariz prominente, de las mejillas rojas, de todas aquellas particularidades que me parecían otras tantas informaciones preciosas,

auténticas y singulares de su rostro. Ahora que lo hermoseaban para mí todos los pensamientos que le atribuía —y quizá, sobre todo, esa forma del instinto de conservación de las mejores partes de nosotros mismos, ese constante deseo de no quedar decepcionados— situándola de nuevo (puesto que ella y aquella duquesa de Guermantes que hasta entonces yo había evocado eran la misma persona) al margen del resto de la humanidad con el que la vista pura y simple de su cuerpo me la había hecho confundir por un momento, me irritaba oír decir a mi alrededor: «Es mejor que Mme. Sazerat y que Mlle. Vinteuil», como si fuese posible compararlas con ella. Y mientras mis miradas se detenían en sus cabellos rubios, en sus ojos azules, en el arranque de su cuello, y omitían los rasgos que hubiesen podido recordarme otros rostros, exclamé ante aquel croquis voluntariamente incompleto: «¡Qué hermosa es! ¡Qué nobleza! ¡Cómo se nota que delante de mí tengo a una orgullosa Guermantes, a la descendiente de Genoveva de Brabante!». Y la atención con que yo iluminaba su rostro la aislaba de tal modo que, si hoy vuelvo a pensar en esa ceremonia, me resulta imposible ver de nuevo a uno solo de los asistentes salvo a ella y al pertiguero que respondió afirmativamente cuando le pregunté si aquella dama era Mme. de Guermantes. Pero a ella, vuelvo a verla sobre todo en el momento de la procesión por la sacristía iluminada por el sol intermitente y cálido de un día de viento y de tormenta, cuando Mme. de Guermantes se encontraba en medio de todas aquellas gentes de Combray cuyos nombres ni siquiera sabía, pero cuya inferioridad proclamaba con demasiada evidencia su superioridad para no inspirarle una sincera benevolencia hacia aquellas personas, a las que por otro lado esperaba imponerse más aún a fuerza de sencillez y simpatía. Por eso, como no podía emitir esas miradas voluntarias, cargadas de un significado preciso, que se dirigen a una persona conocida, sino sólo dejar que sus pensamientos distraídos fluyesen incesantemente delante de ella en un torrente de luz azul incontenible, no quería que ese torrente pudiese molestar o dar la impresión de despreciar a aquellas buenas gentes que encontraba a su paso y que continuamente alcanzaba. Todavía estoy viendo, encima de su corbata malva, sedosa y ahuecada, el dulce estupor de sus ojos, a los

que había añadido, sin atreverse a destinarla a nadie en concreto, sino para que todos pudiesen participar de ella, una sonrisa algo tímida de soberana que parece disculparse ante sus vasallos y mostrarles cariño. Aquella sonrisa cayó sobre mí, que no dejaba de mirarla. Recordando entonces la mirada que había dejado posarse sobre mí durante la misa, azul como un rayo de sol que hubiese atravesado la vidriera de Gilberto el Malo, me dije: «No hay duda de que se fija en mí». Creí que le agradaba, que volvería a pensar en mí cuando hubiera salido de la iglesia, que acaso por mi culpa estaría triste aquella tarde en Guermantes. E inmediatamente la amé, porque si a veces para amar a una mujer basta que nos mire con desprecio como me había parecido que había hecho Mlle. Swann, haciéndonos pensar que nunca podrá pertenecemos, también a veces puede bastar que nos mire llena de bondad como hacía Mme. de Guermantes y que pensemos que podrá pertenecemos. Sus ojos azuleaban como una vincapervinca imposible de coger y que, sin embargo, ella me hubiese dedicado; y el sol amenazado por una nube, pero irradiando aún con toda su fuerza sobre la plaza y en la sacristía, daba una encarnadura de geranio a las alfombras rojas extendidas sobre el pavimento para la solemnidad y por las que avanzaba sonriendo Mme. de Guermantes, y añadía a su lanosidad un aterciopelado rosa, una epidermis de luz, esa clase de ternura, de severa dulzura en la pompa y la alegría que caracterizan ciertas páginas de Lohengrin[146] ciertas pinturas de Carpaccio[147], y que explican por qué Baudelaire pudo aplicar al sonido de la trompeta el epíteto de delicioso[148].

Desde ese día, en mis paseos por La parte de Guermantes, cuán desolador me pareció, más todavía que antes, carecer de aptitudes para las letras y tener que renunciar por siempre a convertirme en un escritor célebre. La pesadumbre que sentía, cuando me quedaba solo soñando un poco aparte, me hacía sufrir tanto que, para no padecerla más, mi mente, por propia iniciativa, por una especie de inhibición ante el dolor, dejaba por completo de pensar en los versos, en las novelas, en un futuro poético que mi falta de talento me prohibía esperar. Entonces, y completamente al margen de todas estas preocupaciones literarias y sin nada que ver con ellas, de repente un

tejado, un reflejo de sol sobre una piedra, el olor de un camino me obligaban a detenerme por un placer especial que me traían, y también porque parecían ocultar, tras lo que yo veía, algo que me invitaban a ir a coger y que yo, a pesar de mis esfuerzos, no lograba descubrir. Como me daba cuenta de que ese algo se encontraba dentro de ellos, permanecía allí, inmóvil, mirando, respirando, tratando de ir con mi pensamiento más allá de la imagen o del olor. Y si debía alcanzar al abuelo y proseguir mi camino, me esforzaba por volver a encontrarlos cerrando los ojos; me concentraba para recordar exactamente la línea del tejado, el matiz de la piedra que, sin que lograse comprender la razón, me habían parecido plenos, dispuestos a entreabrirse, a entregarme aquello de lo que sólo eran la envoltura. Claro que no eran impresiones de este género las que podían restituirme la esperanza perdida de poder ser un día escritor y poeta, porque siempre estaban vinculadas a un objeto específico desprovisto de valor intelectual y sin relación con ninguna verdad abstracta. Pero al menos me daban un placer inmotivado, la ilusión de una especie de fecundidad, distrayéndome así del aburrimiento, de aquella sensación de impotencia que había sentido cada vez que había buscado un tema filosófico para una gran obra literaria. Mas era tan arduo el deber de conciencia que esas impresiones de forma, de aroma o de color me imponían —de intentar percibir lo que se escondía tras ellas, que no tardé en buscar excusas que me permitiesen sustraerme a esos esfuerzos y ahorrarme toda aquella fatiga. Por suerte me llamaban mis padres, me daba cuenta de que por el momento carecía de la tranquilidad necesaria para proseguir de forma útil mi búsqueda, y que más valía no pensar en ello hasta volver a casa, y no cansarme de antemano y sin fruto. Y entonces dejaba de ocuparme de aquella cosa desconocida que se envolvía en una forma o en un aroma, muy tranquilo porque la devolvía a casa, protegida por el revestimiento de imágenes bajo las que volvería a encontrarla viva, como los peces que cuando me dejaban ir de pesca traía en mi cesta, cubiertos por una capa de hierba que mantenía su frescura. Una vez en casa, pensaba en otra cosa y así se amontonaban en mi mente (como en mi cuarto las flores recogidas en mis paseos o los objetos que me habían regalado) una piedra en la que bailaba un reflejo, un

tejado, un sonido de campana, el olor de unas hojas, tantas imágenes distintas bajo las que hace mucho yace muerta la realidad intuida que no tuve voluntad suficiente para llegar a descubrir. Una vez, sin embargo— nuestro paseo se había prolongado mucho más allá de su duración habitual, y nos habíamos sentido felices al encontrar a mitad del camino de vuelta, cuando la tarde declinaba, al doctor Percepied que pasaba en carruaje a rienda suelta, y que, tras reconocernos, nos había hecho montar con él —tuve una sensación de ese tipo y no la abandoné sin haberla profundizado un poco. Me habían hecho montar al lado del cochero, íbamos como el viento porque el doctor, antes de regresar a Combray, aún debía detenerse en Martinville-le-Sec, en casa de un enfermo a cuya puerta quedamos en que lo esperaríamos. En el recodo de un camino sentí de repente ese placer especial que no se parecía a ningún otro, al divisar los dos campanarios de Martinville en los que daba el sol poniente y a los que el movimiento de nuestro carruaje y las revueltas del camino daban la impresión de cambiar de sitio, y luego el de Vieuxvicq que, separado de los otros dos por una colina y un valle, y situado en lontananza en una meseta más elevada, parecía sin embargo estar junto a los otros.

Al comprobar, al observar la forma de su aguja, el desplazamiento de sus líneas, el resplandor del sol sobre su superficie, sentía que no llegaba al fondo de mi impresión, que detrás de aquel movimiento, detrás de aquella claridad, había algo, un no sé qué que aquellos campanarios parecían contener y ocultar al mismo tiempo.

Parecían tan lejanos y teníamos la impresión de acercarnos tan despacio que, cuando pocos instantes después nos detuvimos delante de la iglesia de Martinville, quedé atónito. Desconocía la razón del placer que había sentido al divisarlos en el horizonte, y la obligación de intentar descubrir esa razón me resultaba demasiado penosa; sentía ganas de guardar en reserva aquellas líneas inquietas bajo el sol en mi cabeza y no pensar en ellas entonces. Y es probable que, de haberlo hecho, los dos campanarios hubieran ido a reunirse por siempre con todos aquellos árboles, tejados, aromas y sonidos que yo había distinguido de los demás por el placer oscuro que me habían procurado y en el que nunca profundicé. Mientras esperábamos al doctor, bajé a hablar con mis padres. Luego nos pusimos en marcha

de nuevo, ocupé mi sitio en el pescante, volví la cabeza para ver otra vez los campanarios que un rato más tarde divisé por última vez desde el recodo de un camino. Como el cochero no parecía dispuesto a hablar y apenas había respondido a mis palabras, me vi obligado, a falta de otra compañía, a buscar la mía propia y tratar de acordarme de mis campanarios. Pronto sus líneas y sus soleadas superficies, como si hubieran sido una especie de corteza, se desgarraron, algo de lo que dentro de ellas se me ocultaba surgió ante mí, tuve una idea que un momento antes no existía y que se articuló en palabras en mi cabeza, y el placer que hacía un instante su vista me había procurado aumentó tanto que, dominado por una especie de ebriedad, ya no pude pensar en otra cosa. En ese momento y cuando ya estábamos lejos de Martinville, volviendo la cabeza los divisé de nuevo, completamente negros esta vez, porque el sol ya se había puesto. Las vueltas del camino me los ocultaban a intervalos, luego se mostraron por última vez y no volví a verlos.

Sin confesarme que lo que se ocultaba tras los campanarios de Martinville debía de ser algo análogo a una frase bonita, porque se me había aparecido en forma de palabras que me procuraban placer, pidiendo papel y lápiz al doctor, escribí, a pesar de los tumbos del carruaje, para aliviar mi conciencia y obedecer a mi entusiasmo, el breve trozo siguiente que más tarde encontré y al que sólo he tenido que hacer sufrir unos pocos cambios[149]: «Solos, surgiendo del nivel de la llanura y como perdidos en campo raso, subían hacia el cielo los dos campanarios de Martinville. Enseguida vimos tres: plantándose frente a ellos con un atrevido volteo, un campanario rezagado, el de Vieuxvicq, los había alcanzado. Pasaban los minutos, íbamos deprisa, y sin embargo los tres campanarios seguían estando a lo lejos delante de nosotros, como tres pájaros posados en la llanura, inmóviles y muy visibles al sol. Luego el campanario de Vieuxvicq se apartó, se distanció, y los campanarios de Martinville quedaron solos, iluminados por la luz del poniente que, incluso a tanta distancia, yo veía jugar y sonreír en sus aristas inclinadas. Habíamos tardado tanto en acercarnos que iba pensando en el tiempo que todavía necesitaríamos para alcanzarlos cuando, de pronto, tras doblar una

curva, el carruaje nos depositó a sus pies; y se habían lanzado con tanta brusquedad hacia él que apenas si tuvimos el tiempo justo de frenar para no chocar contra el pórtico. Seguimos nuestra ruta; hacía un rato que habíamos salido de Martinville y el pueblo, después de acompañarnos unos segundos, había desaparecido cuando, solos en el horizonte mirándonos huir, sus campanarios y el de Vieuxvicq seguían agitando sus cimas soleadas en señal de despedida. Uno de ellos se apartaba a veces para que los otros dos pudiesen divisarnos todavía un instante; mas la carretera cambió de dirección, ellos viraron en la luz como tres pernios de oro y desaparecieron de mi vista. Pero algo más tarde, cuando cerca de Combray, y con el sol ya puesto, los divisé por última vez desde muy lejos, sólo parecían tres flores pintadas en el cielo por encima de la línea baja de los campos. También me hacían pensar en las tres niñas de una leyenda, abandonadas en un páramo a la caída de la noche; y mientras nos alejábamos al galope, los vi buscar tímidamente el camino y, tras algunos torpes traspiés de sus nobles siluetas apretarse unos contra otros, resbalar uno tras otro hasta formar únicamente en el cielo todavía rosa una sola forma negra, fascinante y resignada, y diluirse en la noche». Nunca volví a pensar en esa página, mas en aquel momento, cuando, en el rincón del pescante donde el cochero del doctor solía poner en una cesta las aves que había comprado en el mercado de Martinville, acabé de escribirla, me sentí tan feliz, pensaba que me había liberado de modo tan completo de aquellos campanarios y de lo que ocultaban tras de sí que, como si yo mismo hubiese sido una gallina y acabara de poner un huevo, me puse a cantar a grito pelado.

Durante todo el día, en aquellos paseos, había tenido la posibilidad de fantasear pensando en el placer que supondría ser amigo de la duquesa de Guermantes, pescar truchas, pasear en barca por el Vivonne, y, ávido de felicidad, no pedir a la vida en esos momentos otra cosa que seguir siendo siempre una serie de tardes felices. Mas, cuando en el camino de vuelta, divisaba a la izquierda una alquería, bastante distante de otras dos que por el contrario estaban muy juntas, y desde la que para entrar en Combray bastaba con seguir una alameda de robles bordeada a un lado por prados —

perteneciente cada uno de ellos a una pequeña casa de labranza y plantados a intervalos regulares de manzanos que proyectaban, cuando los iluminaba el sol poniente, el dibujo japonés de sus sombras—, mi corazón empezaba de repente a palpitar de forma brusca, sabía que antes de media hora estaríamos de vuelta en casa, y que, según norma de los días que habíamos ido por La parte de Guermantes y en que la cena se servía más tarde, me mandarían a la cama nada más tomar la sopa, de modo que mi madre, entretenida en la mesa como si hubiera invitados, no subiría a darme las buenas noches en mi cama. La zona de tristeza en que acababa de entrar era tan diferente de la zona a la que hacía apenas un momento me lanzaba lleno de alegría, como en ciertos cielos una banda rosa está separada como por una línea de una banda verde o de una negra. Vemos un pájaro volando en el rosa, va a alcanzar su confín, está a punto de tocar el negro y termina entrando en él. Ahora estaba yo tan lejos de los deseos que hacía un rato me rodeaban, ir a Guermantes, viajar, ser feliz, que su cumplimiento no me hubiese dado ningún placer. ¡Con qué gusto habría cambiado todo aquello por poder llorar toda la noche en brazos de mamá! Sentía escalofríos, no despegaba mis ojos angustiados del rostro de mi madre, que aquella noche no aparecería en el cuarto donde ya estaba viéndome con el pensamiento; habría querido morirme. Y ese estado duraría hasta el día siguiente, cuando los rayos de la mañana apoyasen, como el jardinero, sus barrotes en la pared cubierta de capuchinas que trepaban hasta mi ventana, y yo saltase de la cama para bajar corriendo al jardín sin volver a recordar que la noche traería siempre consigo la hora de separarme de mi madre. Y de este modo, gracias a La parte de Guermantes aprendí a distinguir los diversos estados que, en ciertos períodos, se suceden dentro de mí, y llegan a repartirse mis jornadas, expulsándose unos a otros, con la puntualidad de la fiebre; contiguos, pero exteriores unos a otros, tan faltos de medios de comunicación entre sí que no puedo comprender, y ni siquiera imaginar cuando me encuentro en uno, lo que he deseado, temido o hecho encontrándome en otro.

Tanto la parte de Méséglise como La parte de Guermantes siguen estando unidas para mí a muchos menudos acontecimientos de

aquella que entre todas las diversas vidas paralelas que vivimos es la más abundante en peripecias, la más rica en episodios, me refiero a la vida intelectual. Cierto que esa vida progresa dentro de nosotros de forma insensible y que con mucho tiempo por delante vamos preparando el descubrimiento de las verdades que a nuestros ojos han cambiado su sentido y su aspecto, que nos han abierto nuevos caminos; mas no lo sabíamos, y por eso datan para nosotros del día y del minuto en que se nos volvieron visibles. Las flores que entonces jugueteaban sobre la hierba, el agua que corría al sol, todo el paisaje que rodeó su aparición sigue acompañando el recuerdo con su rostro inconsciente o distraído; y, desde luego, cuando eran largo rato contempladas por aquel humilde paseante, por aquel niño soñador —como lo es un rey por un memorialista perdido en medio de la multitud—, aquel rincón de campo, aquel trozo de jardín nunca hubiesen podido imaginar que gracias a ese niño estaban llamados a sobrevivir en sus particularidades más efímeras; y sin embargo, ese perfume de espino blanco que invade la longitud del seto donde pronto los escaramujos han de sustituirle, un rumor de pasos sin eco sobre la grava de una alameda, una burbuja formada contra una planta acuática por el agua del río y que enseguida estalla, mi exaltación los ha llevado consigo y ha logrado transportarlos a través de la sucesión de muchos años, mientras alrededor los caminos han ido borrándose y están muertos quienes los hollaron y el recuerdo de quienes los hollaron. En ocasiones esa porción de paisaje así transportado hasta hoy se destaca tan aislada de todo que flota incierta en mi pensamiento como una «Délos» florida, sin que pueda decir de qué país, de qué tiempo —quizá simplemente de qué sueño— procede. Pero es sobre todo como en los yacimientos profundos de mi suelo mental, como en los resistentes terrenos sobre los que todavía me apoyo, como debo pensar en la parte de Méséglise y en La parte de Guermantes. Porque creía en las cosas, en las criaturas, mientras las recorría, las cosas y las criaturas que ellas me hicieron conocer son las únicas que aún tomo en serio y que todavía me proporcionan alegría. Sea que esté agotada en mí la fe que crea, sea que la realidad sólo se forme en la memoria, las flores que alguien me enseña hoy por primera vez no me parecen verdaderas flores. La parte de Méséglise

con sus lilas, sus espinos blancos, sus acianos, sus amapolas, sus manzanos, y La parte de Guermantes con su río de renacuajos, sus ninfeas y sus botones de oro, han formado por siempre jamás para mí la figura de las tierras donde me gustaría vivir, en las que ante todo exijo que sea posible ir de pesca, pasear en barca, ver ruinas de fortificaciones góticas y encontrar en medio de los trigales, como estaba Saint-Andrés-des-Champs, una iglesia monumental, rústica y dorada como un almiar; y los acianos, los espinos blancos, los manzanos que a veces cuando todavía viajo encuentro en los campos, se ponen inmediatamente en comunicación con mi corazón porque están situados a la misma profundidad, en el mismo nivel de mi pasado. Y sin embargo, por haber no sé qué de individual en los sitios, cuando me asalta el deseo de ver otra vez La parte de Guermantes, nadie podría satisfacerlo llevándome a la orilla de un río donde hubiera ninfeas igual de hermosas, más hermosas que en el Vivonne, del mismo modo que por la noche, al volver a casa —a la hora en que dentro de mí se despertaba esa angustia que más tarde emigra en el amor, y puede volverse inseparable de ese sentimiento para toda la vida—, no habría deseado que viniese a darme las buenas noches una madre más bella y más inteligente que la mía. No; así como lo que necesitaba para poder dormir feliz, con esa paz sin turbación que ninguna amante ha podido darme luego —porque dudamos de ellas hasta en el momento mismo en que creemos en ellas, y porque nunca poseemos su corazón como yo recibía en un beso el de mi madre, entero y sin reserva de una idea no expresada, sin el residuo de una intención que no estuviese dirigida a mí—, es que fuera ella, es que ella inclinase hacia mí aquel rostro en el que debajo del ojo había algo que, al parecer, era un defecto, y que yo amaba tanto como el resto, del mismo modo lo que quiero volver a ver es La parte de Guermantes que conocí, con la heredad algo separada de las otras dos que están juntas y apretadas una contra otra, al comienzo de la alameda de robles; son esos prados donde, cuando el sol los vuelve espejeantes como una charca, se dibujan las hojas de los manzanos, es ese paisaje cuya individualidad, a veces, de noche, en mis sueños, me oprime con una fuerza casi fantástica que no puedo encontrar cuando despierto. Cierto que por haber unido, indisoluble y

definitivamente en mí, impresiones distintas sólo porque me las hicieron sentir al mismo tiempo, la parte de Méséglise y La parte de Guermantes me expusieron, para lo venidero, a muchas decepciones e incluso a muchos errores. Porque a menudo he querido ver de nuevo a una persona sin darme cuenta de que lo deseaba simplemente porque me recordaba un seto de espinos blancos, y he sido inducido a creer, a hacer creer en un renuevo de cariño, por un simple deseo de viaje. Pero también por eso, y por seguir presentes en aquellas impresiones mías de hoy con las que pueden relacionarse, les dan un fundamento, profundidad, una dimensión que las otras no poseen. También les prestan un encanto, una significación que sólo tiene valor para mí. Cuando en las noches de estío gruñe el cielo armonioso como una fiera salvaje y todos fruncen el ceño a la tormenta, es a la parte de Méséglise a la que debo el permanecer solo y en éxtasis, respirando, a través del ruido de la lluvia que cae, el olor de unas invisibles y persistentes lilas.

Así me quedaba muchas veces hasta que amanecía, pensando en la época de Combray, en mis tristes noches sin sueño, en tantos días cuya imagen me había devuelto más recientemente el sabor —lo que en Combray se hubiera llamado el «perfume»— de una taza de té, y por asociación de recuerdos con lo que, muchos años después de haber dejado esa pequeña ciudad, me había enterado de un amor que Swann había tenido antes de que yo naciera, con esa precisión de detalles que resulta más fácil de obtener a veces de la vida de personas muertas hace siglos que de la existencia de nuestros mejores amigos, y que parece imposible como parecía imposible hablar de una ciudad a otra —porque ignoramos el cauce empleado para salvar esa imposibilidad. Todos estos recuerdos añadidos unos a otros no formaban otra cosa que una masa, mas esto no impedía distinguir entre ellos— entre los más antiguos y los más recientes, nacidos de un perfume, luego aquellos otros que sólo eran recuerdos de otra persona que me los había comunicado —si no fisuras o fallas auténticas, al

menos esos veteados, esos jaspeados de coloración que en ciertas rocas, en ciertos mármoles revelan diferencias de origen, de edad, de «formación».

Verdad es que cuando se acercaba la mañana, hacía un buen rato que se había disipado la breve incertidumbre de mi despertar. Sabía en qué cuarto me encontraba realmente, lo había reconstruido a mi alrededor en la oscuridad, y —orientándome exclusivamente por la memoria, o ayudándome, como indicación, de un débil resplandor percibido, a cuyo pie situaba yo las cortinas de la ventana— lo había reconstruido por entero y amueblado como un arquitecto y un tapicero decididos a respetar el vano primitivo de ventanas y puertas, había vuelto a poner los espejos y colocado la cómoda en su sitio de siempre. Mas apenas el día —y no el reflejo de una última brasa sobre una moldura de cobre que yo había tomado por el día— trazaba en la oscuridad, y como con una tiza, su primera raya blanca y rectificadora, la ventana con sus cortinas abandonaba el marco de la puerta donde por error la había situado, mientras para dejarle sitio el escritorio que mi memoria había instalado torpemente allí escapaba raudo, llevándose por delante la chimenea y apartando la pared medianera del pasillo; un patinillo reinaba donde hacía un instante todavía se extendía el cuarto de baño, y la morada que yo había reconstruido en las tinieblas había ido a reunirse con las moradas entrevistas en el torbellino del despertar, puesta en fuga por aquel pálido signo trazado sobre las cortinas por el dedo alzado del día.

Segunda parte

Un amor de Swann

Para formar parte del «cogollito», del «grupito», del «pequeño clan» de los Verdurin, bastaba una condición que también era indispensable: había que prestar adhesión tácita a un Credo, uno de cuyos artículos era que el joven pianista protegido aquel año por Mme. Verdurin y del que ella decía: «¡No debería estar permitido saber tocar a Wagner así!», «se cargaba» de un golpe a Planté[150] y a Rubinstein[151], y que el doctor Cottard tenía más diagnóstico que Potain[152]. Toda «nueva recluta» a quien los Verdurin no lograran convencer de que las veladas con gente que no iba a las suyas eran aburridas como la lluvia, se veía inmediatamente excluida. Como en este punto las mujeres eran más reacias que los hombres a renunciar a toda curiosidad mundana y al deseo de informarse por sí mismas del atractivo de los demás salones, y como los Verdurin, temiendo por otra parte que ese espíritu inquisitivo y ese demonio de frivolidad podía, por contagio, resultar fatal para la ortodoxia de la pequeña iglesia, se habían visto obligados a eliminar uno tras a otro a todos los «fieles» del sexo femenino.

Aparte de la joven esposa del doctor, aquel año se habían reducido casi exclusivamente (aunque Mme. Verdurin fuese virtuosa y de una respetable familia burguesa, excesivamente rica y totalmente oscura, con la que poco a poco, y voluntariamente, había ido cortando toda relación) a una persona casi del demi-monde, Mme. de Crécy, a quien Mme. Verdurin llamaba por su nombre de pila, Odette[153], y calificaba de «un amor», y a la tía del pianista, que debía de haber fregado muchas porterías; personas que no sabían nada del gran mundo y tan ingenuas que había sido fácil convencerlas de que la princesa de Sagan[154] y la duquesa de Guermantes[155] se veían obligadas, para tener gente a sus cenas, a pagar a unos cuantos infelices, tan fácil que si les hubiesen ofrecido la posibilidad de ser

invitadas a las casas de esas dos grandes damas, la antigua portera y la cocotte la habrían rechazado desdeñosamente.

Los Verdurin no invitaban a cenar: en su casa todos tenían siempre «el cubierto puesto». No había programa para la velada. El joven pianista tocaba, pero sólo si «le daba por ahí», porque allí no se obligaba a nada a nadie y, como decía M. Verdurin: «¡Todo por los amigos, vivan los compañeros!». Si el pianista quería tocar la cabalgata de la Walkiria o el preludio de Tristán[156], Mme. Verdurin protestaba, no porque le desagradase esa música, sino al contrario, porque le impresionaba demasiado. «¿Es que pretende que me dé una jaqueca? Sabe de sobra que siempre pasa lo mismo cada vez que toca eso. ¡Ya sé lo que me espera!, ¡Mañana, cuando quiera levantarme, adiós, destrozada!». Si no tocaba, se conversaba, y uno de los amigos, por lo general el pintor favorito de turno, «soltaba», como decía M. Verdurin, «alguna de las suyas haciendo desternillarse de risa a todo el mundo», en especial a Mme. Verdurin, a quien —hasta tal punto solía tomar al pie de la letra las expresiones figuradas de las emociones que sentía— el doctor Cottard (joven principiante en esa época) hubo de encajarle un día la mandíbula que se le había desencajado a fuerza de reírse.

Se había prohibido el frac, porque estaban entre «amigos» y para no parecerse a los «pelmas», de los que huían como de la peste y a quienes sólo invitaban en las grandes ocasiones, que daban las menos veces posibles y únicamente si eso podía divertir al pintor o dar a conocer al músico. El resto del tiempo se contentaban con representar charadas, cenar con disfraces, pero en la intimidad, sin mezclar ningún extraño al «cogollito».

Pero a medida que los «compañeros» habían ocupado más espacio en la vida de Mme. Verdurin, pelmas y réprobos fueron convirtiéndose en todo lo que retenía a los amigos lejos de su casa, en todo lo que algunas veces los impedía ser libres, fue la madre de uno, la profesión de otro, la casa de campo o la delicada salud de un tercero. Si el doctor Cottard pensaba que debía marcharse al levantar la mesa para volver junto a un enfermo en peligro: «¡Quién sabe!, le decía Mme. Verdurin, a lo mejor le hace mayor bien que no vaya a

molestarle ahora; pasará una buena noche sin su ayuda; vaya mañana tempranito y se lo encontrará curado». Desde principios de diciembre se ponía enferma con sólo pensar que los fieles «desertarían» para el día de Navidad y el de Año Nuevo. La tía del pianista exigía que el sobrino fuese a cenar ese día en familia con la madre de ella.

«¿Cree que iba a morirse su madre, exclamó con dureza Mme. Verdurin, si no cena con ella el día de Año Nuevo, como en provincias?».

Sus inquietudes renacían en Semana Santa: «Y usted, doctor, un sabio, un espíritu sin prejuicios, vendrá naturalmente el Viernes Santo como cualquier otro día», le dijo a Cottard el primer año, en un tono seguro como si no tuviese la menor duda de la respuesta. Pero temblaba mientras aguardaba a que contestase, porque en caso de que no viniera el doctor, corría el peligro de encontrarse sola.

«Vendré el Viernes Santo… a despedirme, porque nos vamos a pasar las fiestas de Pascua en Auvernia.

—¿En Auvernia? ¿Para que le coman vivo las pulgas y los piojos? ¡Que les aproveche!». Y después de un silencio: «Si por lo menos nos lo hubiese dicho, habríamos tratado de organizado y hacer juntos el viaje en condiciones confortables».

Asimismo, si un «fiel» tenía un amigo, o una «habitual» un flirt capaz de inducirle a «desertar» alguna que otra vez, los Verdurin, que no se asustaban si una mujer tenía un amante con tal de que lo tuviese en su casa y lo amase allí, y no lo prefiriese a ellos, decían: «Bueno, traiga a su amigo». Y lo ponían a prueba para ver si era capaz de no tener secretos con Mme. Verdurin, si era susceptible de ser incorporado al «pequeño clan». Si no lo era, se llamaba aparte al fiel que lo había presentado y se le hacía el favor de malquistarlo con su amigo o con su amante. En caso contrario, el «nuevo» se convertía a su vez en fiel. Así que cuando, aquel año, la demi-mondaine contó a M. Verdurin que había conocido a un hombre fascinante, el señor Swann[157], e insinuó que tendría mucho gusto en ser recibido en su casa, M. Verdurin transmitió acto seguido la petición a su esposa. (Sólo tenía opiniones después de haber opinado su mujer, y su misión

específica era poner en práctica los deseos de ella, así como los deseos de los fieles, con gran derroche de ingenio).

«Mme. de Crécy tiene algo que pedirte. Querría presentarte a un amigo suyo, el señor Swann. ¿Qué te parece?

—Pero, bueno, ¿es que se puede negar algo a una preciosidad como ésta? Calle, nadie le ha pedido su opinión, le repito que es usted una preciosidad.

—Si usted lo dice, respondió Odette en tono de discreteo galante, y añadió: ya sabe que yo no ando fishing for compliments[158].

—Entonces, traiga a su amigo, si es agradable».

Desde luego el «cogollito» no tenía ninguna relación con la sociedad que Swann frecuentaba, y hombres de mundo puros habrían pensado que no merecía la pena ocupar, como él, una posición excepcional para luego pedir que lo presentaran en casa de los Verdurin. Pero a Swann le gustaban tanto las mujeres que, desde el día en que había conocido a casi todas las de la aristocracia y en que éstas no tenían ya nada que enseñarle, había dejado de considerar las cartas de naturalización, casi títulos de nobleza, que le había otorgado el faubourg Saint-Germain, como una especie de valor de cambio, de letra de crédito carente de valor en sí misma, pero que le permitía alcanzar una posición en tal rinconcito de provincias o en determinado ambiente oscuro de París, donde le hubiera parecido bonita la hija del hidalgüelo o del escribano. Porque el deseo o el amor le proporcionaban entonces un sentimiento de vanidad del que ahora carecía en su vida ordinaria (aunque ese sentimiento fuera sin duda el que en otro tiempo le había empujado hacia aquella carrera mundana donde había malgastado en placeres frívolos las facultades de su inteligencia y donde había puesto su erudición en materia de arte al servicio de las damas de la buena sociedad, aconsejándoles cuando querían comprar cuadros o amueblar sus palacetes), y que le inspiraba el deseo de lucirse, a ojos de una desconocida de la que se había enamorado, con una elegancia que el nombre de Swann, por sí solo, no sugería. Y lo deseaba sobre todo si la desconocida era de condición humilde. Así como un hombre inteligente no teme parecer necio a otro hombre inteligente, un hombre elegante no tendrá miedo

de ver ignorada su elegancia por un gran señor, pero sí por un patán. Las tres cuartas partes de los alardes de ingenio y de las mentiras de vanidad prodigadas desde que el mundo existe por personas que con ellas no hacían más que rebajarse, han estado destinadas a inferiores. Y Swann, que era sencillo y descuidado con una duquesa, temblaba ante la idea de ser despreciado, adoptaba poses, cuando estaba ante una criada.

No era como tantas personas que, por pereza o por un sentimiento resignado del deber que crea la importancia social de permanecer amarrado a cierta orilla, se abstienen de los placeres que la realidad les propone al margen de la posición mundana en que viven encastilladas hasta su muerte, contentándose en última instancia por llamar placeres, a falta de algo mejor y una vez que han logrado acostumbrarse, a las diversiones mediocres o a los soportables hastíos que esa realidad encierra. Swann, sin embargo, no pretendía que le pareciesen hermosas las mujeres con las que pasaba el tiempo, sino pasar el tiempo con las mujeres que primero le habían parecido hermosas. Y muchas veces eran mujeres de belleza más bien vulgar, porque las cualidades físicas que sin darse cuenta buscaba eran completamente opuestas a las que admiraba en las mujeres esculpidas o pintadas por sus maestros preferidos. La profundidad, la melancolía de la expresión helaban sus sentidos que una carne saludable, rozagante y rosa bastaba en cambio para despertar.

Si durante un viaje topaba con una familia que hubiese sido más elegante evitar conocer, pero en la que una mujer se ofrecía a sus ojos dotada de una fascinación que aún le era desconocida, permanecer encerrado «en sus cosas» y engañar el deseo que ella había despertado, sustituir por un placer distinto el placer que hubiese podido conocer con ella, escribiendo a una vieja amante para que se reuniera con él le hubiera parecido una abdicación tan cobarde ante la vida, una renuncia tan estúpida a una felicidad nueva como si, en lugar de visitar la región, se hubiera confinado en su cuarto contemplando vistas de París. No se encerraba en el edificio de sus relaciones, sino que había hecho de él, para poder reconstruirlo de arriba abajo con renovados esfuerzos en cualquier parte donde le hubiese gustado una mujer, una de esas tiendas desmontables como

las que llevan consigo los exploradores. Todo lo que no era transportable o no podía cambiarse por un placer nuevo, carecía de valor para Swann por envidiable que pudiese parecer a otros. Cuántas veces su crédito ante una duquesa, logrado gracias al deseo acumulado durante años que la dama había tenido de serle agradable sin haber encontrado nunca la ocasión, se venía abajo de golpe al pedirle, en una indiscreta carta, una recomendación telegráfica que le pusiera inmediatamente en relación con uno de sus intendentes cuya hija, que vivía en el campo, había llamado su atención, como haría un hambriento que cambiase un diamante por un mendrugo de pan. Una vez hecho, hasta le divertía, porque había en él, redimida por sutiles delicadezas, cierta patanería. Pertenecía, además, a esa categoría de hombres inteligentes que han vivido en el ocio y buscan un consuelo y acaso una excusa en la idea de que esa ociosidad ofrece a su inteligencia temas tan dignos de interés como podría hacerlo el arte o el estudio, que la «Vida» contiene situaciones más interesantes, más novelescas que cualquier novela. Eso al menos afirmaba, convenciendo fácilmente a sus más refinados amigos de la buena sociedad, en particular al barón de Charlus, a quien se dedicaba a divertir con el relato de las aventuras picantes que le sucedían; por ejemplo que, después de conocer en el tren a una mujer a la que luego había llevado a casa, hubiese descubierto que era la hermana de un monarca que en ese momento controlaba todos los hilos de la política europea, por lo que así estaba al corriente de esa política de un modo agradabilísimo; o que, por el complejo juego de las circunstancias, dependiese de la elección que se esperaba del cónclave[159] que él pudiera o no convertirse en amante de una cocinera.

Aunque no era sólo la brillante falange de virtuosas viudas, generales y académicos con quienes estaba particularmente relacionado, a la que Swann forzaba con tanto cinismo a servirle de alcahuetes. Todos sus amigos estaban acostumbrados a recibir de vez en cuando cartas suyas pidiéndoles unas palabras de recomendación o de presentación con una habilidad diplomática que, persistiendo a través de amores sucesivos y diferentes pretextos, denunciaba, mejor

de lo que hubieran hecho sus torpezas, un carácter permanente y unos objetivos idénticos. Muchos años después, cuando empecé a interesarme en su carácter debido a las afinidades que, en aspectos completamente distintos, presentaba con el mío, a menudo pedí que volvieran a contarme la forma en que, cuando escribía a mi abuelo (que todavía no lo era, pues fue más o menos en la época de mi nacimiento[160] cuando empezó la gran historia de amor de Swann, que interrumpió largo tiempo tales prácticas), éste, al reconocer en el sobre la letra de su amigo, exclamaba: «Ya está Swann pidiendo algo: ¡en guardia!». Y bien por desconfianza, bien por el sentimiento inconscientemente diabólico que nos impulsa a ofrecer algo sólo a las personas que no lo desean, mis abuelos se oponían en redondo a las peticiones más fáciles de satisfacer que les dirigía, como presentarle a una muchacha que cenaba todos los domingos en casa, viéndose obligados, cada vez que Swann volvía a hablarles de ella, a fingir que ya no la veían, cuando durante toda la semana se habían preguntado a quién podrían invitar para acompañarla, terminando a menudo por no encontrar a nadie por no hacer un gesto a quien se hubiera sentido tan feliz.

Algunas veces, cierto matrimonio amigo de mis abuelos, que hasta ese momento se había lamentado de no ver nunca a Swann, les anunciaba con satisfacción, y quizá con cierto deseo de provocar envidia, que se había vuelto extraordinariamente cordial, que no se separaba de ellos. Mi abuelo no quería aguarles la fiesta, pero miraba a la abuela canturreando:

Quel est donc ce mystère?
Je n'y puis rien comprendre[161].

(¿Cuál es pues este misterio? / Nada puedo comprender en él).

o:

Vision fugitive[162] . . .

(Visión fugitiva…).

o:

Dans ces affaires
Le mieux est de ne rien voir[163].

(En estos asuntos / Lo mejor es no ver nada).

Si meses después el abuelo preguntaba al nuevo amigo de Swann: «Y Swann, ¿sigue viéndole mucho?», la cara del interlocutor se alargaba: «¡No vuelva a pronunciar ese nombre en mi presencia! — Pero si les creía muy unidos…». De este modo había sido íntimo durante varios meses de unos primos de la abuela, en cuya casa cenaba casi a diario. Repentinamente dejó de ir, sin ninguna explicación. Lo creyeron enfermo, y la prima de la abuela se disponía a interesarse por él cuando en la antecocina encontró una carta que por descuido había ido a parar al libro de cuentas de la cocinera. En ella notificaba a esta mujer que se ausentaba de París, y que no podría volver. Era su amante, y en el momento de la ruptura, sólo había juzgado útil avisarla a ella.

Cuando su amante de turno era por el contrario una persona del gran mundo o al menos una persona a quien una extracción demasiado humilde o una situación demasiado irregular no impedían su presentación en sociedad, entonces volvía a los salones por ella, pero sólo en la órbita particular en que la mujer se movía o a donde él la había llevado. «Es inútil contar con Swann esta noche, decían, ya sabe que es el día de ópera de su americana». Conseguía que la invitasen a los salones particularmente cerrados donde él cultivaba sus hábitos, sus cenas semanales y su póquer; todas las noches, después de que un ligero cardado añadido al peinado de su pelo rojizo

hubiese templado con cierta dulzura la vivacidad de sus ojos verdes, escogía una flor para el ojal y salía a reunirse con su amante y cenar en casa de tal o cual dama de su círculo; y pensando entonces en la admiración y la amistad que las gentes de moda, que le consideraban el juez indiscutible, y con las que iba a encontrarse allí, le prodigarían ante la mujer amada, volvía a encontrar fascinación en esa vida mundana de la que ya estaba hastiado, pero cuya materia, impregnada y coloreada cálidamente por una llama insinuada que ardía en su interior, le parecía preciosa y bella en cuanto le había incorporado un nuevo amor.

Pero, mientras cada una de estas relaciones, o cada uno de estos flirts, habían sido la realización más o menos completa de un sueño nacido de la contemplación de un rostro o de un cuerpo que a Swann, de modo espontáneo y sin el mínimo esfuerzo, le habían parecido encantadores, en cambio, cuando un día en el teatro fue presentado a Odette de Crécy por un amigo de otros tiempos, que le había hablado de ella como de una mujer arrebatadora con la que tal vez podría llegar a algo, describiéndosela además como más difícil de lo que en realidad era para adjudicarse el mérito de haber sido más amable por presentársela, a Swann no le había parecido carente de belleza, desde luego, pero sí de un tipo de belleza que lo dejaba indiferente, que no le inspiraba deseo alguno y que incluso llegaba a causarle una especie de repulsión física, una de esas mujeres como las que todo el mundo tiene, distintas para cada cual, y que son todo lo contrario del tipo que nuestros sentidos reclaman. Tenía un perfil demasiado pronunciado para agradarle, la piel demasiado frágil, los pómulos demasiado salientes y los rasgos demasiado tirantes. Sus ojos eran bellos, pero tan grandes que se plegaban bajo su propia masa, fatigaban al resto del rostro y le daban siempre aire de tener mala cara o de estar de mal humor. Poco después de esa presentación en el teatro, ella le había escrito rogándole que le enseñara sus colecciones, que tanto le interesaban, «a ella, una ignorante con gusto por las cosas bonitas», añadiendo que le parecería conocerle mejor cuando le hubiese visto en «su home», donde lo imaginaba «tan feliz con su té y sus libros», aunque no le hubiese ocultado su sorpresa por el hecho de habitar en

aquel barrio[164], que debía de ser tan triste y «que era tan poco smart[165] para él, que lo era tanto». Y después de haberla permitido visitarle, al despedirse ella le expresó su pesar por haber estado tan poco tiempo en aquella casa que tanto le había agradado conocer, hablando de él como si para ella fuese algo más que el resto de los seres que conocía, y de ambos como si los uniese una especie de vínculo novelesco que a él le había hecho sonreír. Pero a la edad un tanto desengañada a la que Swann se aproximaba, y en la que nos contentamos con estar enamorados por el placer de estarlo sin exigir demasiada reciprocidad, ese acercamiento de los corazones, aunque ya no sea como en la primera juventud la meta a la que tiende necesariamente el amor, sigue unido sin embargo a él por una asociación de ideas tan fuerte que, si lo precede, puede convertirse en su causa. Tiempo atrás, uno soñaba con poseer el corazón de la mujer de la que estaba enamorado; más tarde, sentir que poseemos el corazón de una mujer puede bastar para enamorarnos de ella. Y así, a la edad en que parecería, dado que en amor se busca sobre todo un placer subjetivo, que el gusto por la belleza de una mujer debía de ser decisivo, puede nacer el amor —el amor más físico— sin que en su base haya existido un deseo previo. En esa época de la vida, ya hemos sido alcanzados varias ces por el amor; ya no evoluciona por sí solo siguiendo sus propias leyes desconocidas y fatales, ante nuestro corazón atónito y pasivo. Acudimos en su ayuda, lo falseamos mediante la memoria, mediante la sugestión. Al reconocer uno de sus síntomas, recordamos, hacemos renacer los otros. Como ya conocemos su canción, grabada toda entera dentro de nosotros, no tenemos necesidad de que una mujer nos recuerde su inicio —lleno de la admiración que inspira la belleza— para poder continuar. Y si empieza por el medio, allí donde los corazones se acercan, donde se habla de no vivir más que el uno para el otro, estamos lo bastante habituados a esa música para unirnos inmediatamente a nuestra compañera en el pasaje en que nos aguarda.

Odette de Crécy volvió a ver a Swann, luego menudeó sus visitas; e indudablemente cada una de ellas renovaba en él la decepción que sentía al volver a encontrarse ante aquel rostro cuyas particularidades

había olvidado un poco entretanto, y que no recordaba ni tan expresivo ni, a pesar de su juventud, tan ajado; lamentaba, mientras ella hablaba con él, que su gran belleza no fuese del tipo de las que él habría preferido espontáneamente. Hay que decir además que el rostro de Odette parecía más enjuto y prominente porque esa superficie lisa y más llana formada por la frente y la parte superior de las mejillas estaba cubierta por la masa de cabellos que entonces se llevaban prolongados en «delanteras», realzados mediante «añadidos», desparramados en mechones sueltos a lo largo de las orejas; y en cuanto al cuerpo, admirablemente hecho, era difícil captar su continuidad (debido a las modas de la época, y aunque Odette fuese una de las mujeres mejor vestidas de París), porque el corpiño, avanzando en saledizo como sobre un vientre imaginario y terminando bruscamente en punta mientras por debajo empezaba a hincharse el globo de las dobles faldas, daba a la mujer el aire de estar compuesta de piezas diferentes mal encajadas unas en otras, hasta el punto de que las gasas, los volantes y el justillo seguían con total independencia, a capricho de su dibujo o de la consistencia de la tela, la línea que los llevaba a los lazos, a los bullones de encaje, a los flecos de jade perpendiculares, o que los dirigía a lo largo de la ballena del corsé, pero sin relacionarse para nada con el ser vivo que, según la arquitectura de todos esos perendengues, se adhería o se apartaba demasiado de la suya, se encontraba encajado o perdido en ellos.

Pero, una vez que Odette se había marchado, Swann sonreía pensando en lo que ella le había dicho, lo largo que se le haría el tiempo hasta que él le permitiese volver; recordaba el aire inquieto, tímido con que una vez ella le había rogado que ese tiempo no fuese demasiado, y las miradas que en ese instante había puesto, fijas en él con temerosa súplica, la volvían conmovedora bajo el ramillete de pensamientos artificiales prendido en la parte delantera de su sombrero redondo de paja blanca, con cintas de terciopelo negro. «Y usted, había dicho ella, ¿no vendrá alguna vez a casa a tomar el té?». Alegó él ciertos trabajos en marcha, un estudio —en realidad abandonado hacía años— sobre Vermeer de Delft[166]. «Comprendo

que, pobre de mí, no soy nada al lado de grandes sabios como ustedes, había contestado Odette. Yo sería algo así como la rana ante el areópago[167]. ¡Y, sin embargo, cuánto me gustaría instruirme, saber, ser iniciada! ¡Qué divertido debe de ser andar entre libros, meter las narices en viejos papeles!», había añadido con ese aire de íntima satisfacción que adopta una mujer elegante para indicar que su mayor gozo sería poder dedicarse, sin miedo a mancharse, a una tarea sucia, por ejemplo a cocinar «metiendo sus propias manos en la masa». «Aunque se ría usted de mí, nunca he oído hablar de ese pintor que le impide verme (se refería a Vermeer); ¿vive todavía? ¿Pueden verse obras suyas en París, para que pueda hacerme una idea de lo que usted ama, adivinar aunque sólo sea un poco lo que hay bajo esa gran frente que trabaja tanto, dentro de esa cabeza que siempre parece estar cavilando, poder decirme: en esto está pensando ahora? ¡Sería un sueño poder estar al corriente de sus trabajos!». Swann se había excusado hablando de su temor a las amistades nuevas, a lo que por galantería había llamado miedo a ser desgraciado. «¿Tiene miedo a un afecto? ¡Qué raro! Yo, que es lo único que busco, daría mi vida por encontrar uno», había dicho ella con una entonación tan natural, tan convencida, que le había conmovido. «Seguro que ha sufrido usted por una mujer. Y cree que las demás son como ella. No supo comprenderle; es usted un ser tan especial. Es lo primero que me atrajo de usted, enseguida comprendí que no era como todo el mundo. —Además, le había respondido Swann, ya sé cómo son las mujeres, también tendrá usted un montón de ocupaciones y poco tiempo libre. —¡Nunca tengo nada que hacer! Siempre estoy libre, lo estaré siempre para usted. A cualquier hora del día o de la noche, si le resulta cómodo verme, mande a buscarme, y me sentiré muy dichosa viniendo. ¿Lo hará? ¿Sabe qué sería estupendo? Conseguir que le presenten a Mme. Verdurin, a cuya casa voy todas las noches. Figúrese si nos encontráramos allí y yo pudiese pensar que usted acude un poquito por mí». E indudablemente, al recordar así sus conversaciones, al pensar así en ella cuando estaba solo, no hacía sino animar su imagen entre muchas otras imágenes de mujeres en ensueños novelescos; pero si, gracias a una circunstancia

cualquiera (o incluso sin ella, pues la circunstancia que se presenta en el momento en que un estado, latente hasta ese instante, se manifiesta, puede no haber influido para nada en él), la imagen de Odette de Crécy acababa absorbiendo todos esos ensueños, si éstos no eran ya separables de su recuerdo, entonces la imperfección de su cuerpo carecería de importancia, ni tampoco la tendría que correspondiese, más o menos que otro cuerpo, a los gustos de Swann porque, convertido en el cuerpo de la mujer amada, sería, de allí en adelante, el único capaz de procurarle alegrías y tormentos.

Mi abuelo había conocido con todo detalle, cosa que no habría podido decirse de ninguno de sus actuales amigos, a la familia de aquellos Verdurin. Pero había perdido todo trato con aquel a quien llamaba el «joven Verdurin» y a quien consideraba, sin demasiado fundamento, caído en la bohemia y entre la canalla, aunque conservando sus muchos millones. Un día recibió una carta de Swann pidiéndole si no podría presentarle a los Verdurin: «¡En guardia, en guardia!, había exclamado el abuelo, no me extraña nada, así tenía que terminar Swann. ¡Menudo ambiente! En primer lugar no puedo hacer lo que me pide porque ya no conozco a ese caballero. Y además, detrás debe de haber algún lío de faldas, y yo no me meto en esa clase de asuntos. Bueno, será divertido si Swann se adorna ahora con los pequeños Verdurin».

Y tras la respuesta negativa del abuelo, fue la misma Odette quien llevó a Swann a casa de los Verdurin.

El día en que Swann fue presentado, los Verdurin habían tenido a cenar al doctor y a Mme. Cottard, al joven pianista y a su tía, y al pintor que entonces gozaba de su favor, a los que se habían unido en el curso de la velada algunos otros fieles.

El doctor Cottard nunca sabía a ciencia cierta el tono en que debía responder a alguien, ni si su interlocutor hablaba en broma o en serio. Y, por si acaso, añadía a todas sus expresiones fisonómicas una sonrisa condicional y provisoria, cuya expectante sutileza le disculparía del reproche de ingenuidad en caso de que las palabras a él dirigidas terminaran revelándose una broma. Pero como para hacer frente a la hipótesis opuesta no se atrevía a dejar que esa sonrisa se afirmase claramente en su cara, se veía flotar perpetuamente en ella

una incertidumbre donde se leía la pregunta que no se atrevía a formular: «¿Lo dice usted en serio?». No estaba más seguro del modo en que debía comportarse en la calle, y hasta en la vida en general, que en un salón, de ahí que se le viera oponer a transeúntes, carruajes y acontecimientos una sonrisa maliciosa que privaba de antemano a su actitud de cualquier impropiedad, pues demostraba, si no era oportuna, que lo sabía perfectamente y que si la había adoptado era sólo por broma.

En todos los puntos, sin embargo, en que le parecía admisible una pregunta directa, el doctor no dejaba de esforzarse por restringir el campo de sus dudas y completar su instrucción.

Por eso, siguiendo los consejos que una madre previsora le diera al salir de su provincia, nunca dejaba pasar una locución o un nombre propio que le resultaban desconocidos sin intentar documentarse sobre ellos.

Respecto a las locuciones, era insaciable de información, porque, atribuyéndoles a veces un sentido más preciso del que tienen, hubiera deseado saber qué se quería decir exactamente con las que oía emplear más a menudo: la belleza del diablo, sangre azul, vida de perros, el cuarto de hora de Rabelais[168], ser el árbitro de la elegancia, dar carta blanca, estar sin blanca, etc., y en qué casos concretos podía a su vez incrustarlas en su conversación. En su defecto, colocaba juegos de palabras que había aprendido. En cuanto a los nombres de personas nuevas que se pronunciaban en su presencia, se contentaba con repetirlos en un tono interrogativo que consideraba suficiente para merecerle explicaciones que, en apariencia, no había pedido.

Como carecía por completo del sentido crítico que creía aplicar a todo, esa refinada forma de cortesía que consiste en decir a alguien a quien hacemos un favor, sin pretender por ello que nos crean, que es él quien nos lo hace, era trabajo perdido con él, porque tomaba todo al pie de la letra. Por grande que fuese la ceguera de Mme. Verdurin a su respecto, y aunque seguía encontrándole muy sutil, había terminado por sentirse molesta al ver que, cuando lo invitaba a un palco de proscenio para ver a Sarah Bernhardt diciéndole por cortesía:

«Qué amable ha sido viniendo, doctor, sobre todo porque estoy segura que ya ha oído más veces a Sarah Bernhardt, y además tal vez estemos demasiado cerca del escenario», el doctor Cottard, que había entrado en el palco con una sonrisa que, para concretarse o desaparecer, esperaba que alguien con autoridad le informase sobre el valor del espectáculo, le respondía: «Sí, estamos demasiado cerca y ya empieza uno a cansarse de Sarah Bernhardt. Pero como me había expresado usted su deseo de que viniese. Para mí sus deseos son órdenes. Estoy encantado de hacerle este pequeño favor. ¡Qué no haría yo para complacerla, es usted tan buena!». Y añadía: «Sarah Bernhardt es la Voz de Oro, ¿verdad? También escriben a menudo que quema los escenarios. Una expresión rara, ¿no le parece?», con la esperanza de comentarios que no llegaban.

«Sabes, le había dicho Mme. Verdurin a su marido, creo que cometemos un error cuando menospreciamos por modestia lo que ofrecemos al doctor. Es un sabio que vive al margen de la existencia práctica, no conoce por sí mismo el valor de las cosas y lo estima por lo que le decimos nosotros. —No me atrevía a decírtelo, pero ya lo había notado», respondió M. Verdurin. Y al siguiente Año Nuevo, en lugar de enviar al doctor Cottard un rubí de tres mil francos diciéndole que era una cosilla de nada, M. Verdurin compró por trescientos francos una piedra de fantasía dando a entender que difícilmente podía verse otra tan bella.

Cuando Mme. Verdurin anunció que contarían en la velada con M. Swann: «¿Swann?», había exclamado el doctor con un acento que la sorpresa volvió brutal, porque la noticia más insignificante siempre cogía más desprevenido que a cualquier otro a este hombre que perpetuamente se creía preparado para todo. Y al ver que nadie le contestaba: «¿Swann? ¿Quién es el tal Swann?», gritó en el colmo de una ansiedad que se calmó de repente cuando Mme. Verdurin hubo dicho: «Pues el amigo del que nos había hablado Odette. —¡Ah, bueno, bueno, ya sé!», respondió el doctor tranquilizado. El pintor por su parte, se alegraba de la presentación de Swann en casa de Mme. Verdurin, porque le suponía enamorado de Odette y le gustaba favorecer las relaciones amorosas. «¡Nada me divierte tanto como

casar a la gente, confió al oído del doctor Cottard, y he tenido muchos éxitos, incluso entre mujeres!».

Al decir a los Verdurin que Swann era muy smart, Odette les había hecho temer que fuese un «pelma». Les causó por el contrarío excelente impresión, una de cuyas causas indirectas era, sin que se diesen cuenta, su frecuentación de la sociedad elegante. Porque en efecto, comparado con hombres incluso inteligentes que nunca han pisado el gran mundo, poseía una de las superioridades propias de quienes han vivido un poco en él, y que consiste en no transfigurarlo por el deseo o el horror que inspira a la imaginación, en considerarlo como carente de importancia. Su amabilidad, ajena a todo esnobismo y al miedo de parecer demasiado amable, una vez independizada, tiene esa desenvoltura, esa gracia de movimientos que poseen aquellos cuyos ágiles miembros ejecutan con toda precisión lo que quieren, sin participación indiscreta y torpe del resto del cuerpo. La simple gimnasia elemental del hombre de mundo que tiende con gracia la mano al joven desconocido que le presentan y se inclina con reserva ante el embajador al que es presentado, había terminado por pasar, sin que fuera él consciente, a todo el comportamiento social de Swann, quien, con gentes de un medio inferior al suyo como eran los Verdurin y sus amigos, dio instintivamente muestras de solicitud, y tuvo atenciones de las que, según ellos, un pelma se habría abstenido. Sólo hubo un momento de frialdad con el doctor Cottard: al ver que le guiñaba un ojo y le sonreía con aire ambiguo antes incluso de dirigirse la palabra (mímica que Cottard denominaba «dejar venir»), Swann creyó que sin duda el doctor le conocía de habérselo encontrado en alguna casa de placer, aunque las había frecuentado poquísimo por no haber vivido nunca el mundo de la juerga. Como le pareció de pésimo gusto la alusión, sobre todo en presencia de Odette, que hubiera podido formarse una mala opinión suya, afectó una actitud glacial. Pero cuando supo que una dama que se hallaba a su lado era Mme. Cottard, pensó que un marido tan joven no habría intentado aludir en presencia de su mujer a diversiones de esa naturaleza; y dejó de atribuir al aire de connivencia del doctor la significación que temía. El pintor invitó inmediatamente a Swann a visitar con Odette su atelier, a Swann le pareció simpático. «Tal vez

les trate a ustedes mejor que a mí, dijo Mme. Verdurin en tono de fingido enojo, y les enseñe el retrato de Cottard (era ella quien lo había encargado al pintor). Haga un esfuerzo, "señor". Biche[169]», recordó al pintor, a quien por broma habitual llamaban señor, «por expresar la belleza de la mirada, ese no sé qué de sutil y alegre de los ojos. Ya sabe que lo que quiero tener sobre todo es su sonrisa, que lo que le he pedido es el retrato de su sonrisa». Y como la frase le pareció notable, la repitió en voz muy alta para asegurarse de que varios invitados la oyesen, y previamente hizo que, con un vago pretexto, algunos se acercasen. Swann pidió ser presentado a todo el mundo, incluido un viejo amigo de los Verdurin, Saniette, quien por su timidez, sencillez y buen corazón había terminado perdiendo en todas partes la consideración que le había granjeado su erudición de archivero, su gran fortuna y la distinguida familia de la que procedía. Cuando hablaba, parecía tener llena de sopa la boca, cosa adorable porque antes delataba un defecto de la lengua que una cualidad del alma, una especie de residuo de la inocencia de la edad primera que nunca había perdido. Todas las consonantes que no lograba pronunciar correspondían a otras tantas asperezas de las que era incapaz. Cuando pidió ser presentado al señor Saniette, Swann dio a Mme. Verdurin la impresión de que invertía los papeles (hasta el punto de que, al responderle, dijo subrayando la diferencia: «Señor Swann, ¿tendría la bondad de permitirme que le presente a nuestro amigo Saniette?»), pero despertó en Saniette una ferviente simpatía que, por lo demás, nunca revelaron los Verdurin a Swann, porque Saniette les irritaba un poco y no trataban de procurarle amigos. Pero en cambio Swann los conmovió profundamente creyendo que debía pedir acto seguido que lo presentasen a la tía del pianista. Vestida de negro como siempre, porque creía que de negro siempre está una bien y que no hay nada más distinguido, tenía la cara excesivamente roja como siempre que acababa de comer. Se inclinó ante Swann con respeto para luego erguirse llena de majestad. Como carecía de la mínima instrucción y tenía miedo a cometer faltas de francés, pronunciaba a propósito de manera confusa, pensando que, si soltaba un gazapo, iría difuminado en medio de tal nebulosa que nadie podría

distinguirlo con certeza, y así su conversación no era otra cosa que una indistinta carraspera de la que de vez en cuando emergían los raros vocablos de los que se sentía segura. Swann creyó poder burlarse un poco de ella en su conversación con M. Verdurin, quien por el contrario se picó.

«Es una mujer tan excelente, repuso éste. Admito que no resulta muy brillante, pero le aseguro que es muy agradable hablar a solas con ella. —No lo dudo, se apresuró a conceder Swann. Quería decir que no me parecía "eminente", añadió subrayando el adjetivo, ¡cosa que en realidad es más bien un elogio! —Verá usted, dijo M. Verdurin, aunque le sorprenda, escribe de un modo delicioso. ¿Ha oído alguna vez a su sobrino? ¿Verdad que es admirable, doctor? ¿Quiere que le pida que toque algo, señor Swann? —Sería para mí una dicha…», empezaba a responder Swann, cuando el doctor le interrumpió con aire burlón. Porque, habiendo oído decir que, en la conversación, el énfasis, el empleo de formas solemnes, estaba anticuado, en cuanto oía una palabra grave pronunciada en serio como acababa de serlo la palabra «dicha», creía que quien la pronunciaba incurría en pecado de pomposidad. Y si, además, esa palabra figuraba por azar entre las que él denominaba un tópico manido, por corriente que por otro lado fuese la palabra, el doctor suponía que la frase iniciada era ridícula, y la remataba irónicamente con el lugar común dando la impresión de acusar a su interlocutor de haber querido colocarlo, cuando a éste nunca se le había pasado por la cabeza.

«¡Una dicha para Francia!», exclamó con malicia levantando los brazos con énfasis. M. Verdurin no pudo contener la risa.

«¿De qué están riéndose todos estos señores? No parece que en ese rincón se entreguen a la melancolía, exclamó Mme. Verdurin. Pues si piensan que me divierte estar sola como penitencia», añadió en tono despechado, con un mohín infantil.

Mme. Verdurin estaba sentada en un alto taburete sueco de madera de abeto encerada, que un violinista de ese país le había regalado y que conservaba, a pesar de recordarle la forma de un escabel y darse de patadas con los bellos muebles antiguos que poseía, pero tenía mucho interés en ofrecer a la vista los regalos que

los fieles solían hacerle de vez en cuando, para que los donantes tuviesen el placer de reconocerlos cuando acudían. Por eso intentaba convencerlos de que se limitasen a flores y bombones, que al menos se destruyen; no lo conseguía y su casa albergaba una colección de calientapiés, cojines, relojes de péndulo, biombos, barómetros y jarrones de porcelana, en una acumulación de réplicas y un revoltijo de obsequios.

Desde ese elevado sitial participaba con entusiasmo en la conversación de los fieles y se divertía con sus «chirigotas», pero desde el accidente que le ocurrió a su mandíbula había renunciado a tomarse la molestia de desternillarse de risa de verdad y en su lugar se entregaba a una mímica convencional que significaba, sin fatiga ni riesgos para ella, que lloraba de risa. A la menor palabra lanzada por un habitué contra un pelma o contra un antiguo habitué expulsado al campo de los pelmas, —y para mayor desesperación de M. Verdurin, que durante mucho tiempo había tenido la pretensión de ser no menos amable que su esposa, pero que como se reía de verdad enseguida se quedaba sin aliento y se veía superado y vencido por esa estratagema de una hilaridad incesante y ficticia—, ella soltaba un gritito, cerraba por completo sus ojos de pájaro que una nube empezaba a velar, y bruscamente, como si sólo tuviese el tiempo justo de ocultar un espectáculo indecente o prevenir un ataque mortal, hundiendo el rostro entre las manos que lo cubrían por completo sin permitirle ver nada, parecía esforzarse por reprimir, por aniquilar una risa que, de abandonarse a ella, le hubiese hecho perder el conocimiento. Y así, aturdida por la alegría de sus fieles, ebria de amistad, maledicencia y asentimiento, Mme. Verdurin, encaramada en su percha, como un pájaro cuyo copete hubiesen empapado en vino caliente, sollozaba de amabilidad.

Mientras, M. Verdurin, después de haber pedido permiso a Swann para encender la pipa («aquí no gastamos cumplidos, estamos entre amigos»), rogaba al joven artista que se sentara al piano.

«Venga, déjele en paz, no está aquí para que lo atormentemos, exclamó Mme. Verdurin, ¡no quiero que lo atormenten!

—Pero ¿cómo quieres que no le moleste una cosa así?, dijo M. Verdurin; quizá M. Swann no conozca la sonata en fa sostenido que

hemos descubierto; puede tocarnos el arreglo para piano.

—¡Eso sí que no, no, mi sonata no!, gritó Mme. Verdurin, no tengo ganas de echarme a llorar y pillar luego un catarro de cabeza con neuralgias faciales, como la última vez; gracias por el regalo, pero prefiero no volver a empezar; ¡vaya una bondad la suya! ¡Cómo se nota que no serán ustedes los que se queden ocho días en cama!».

Esta comedia que se repetía cada vez que el pianista se disponía a tocar, encantaba a los amigos como si hubiera sido nueva, como una prueba de la seductora originalidad de la «Patrona» y de su sensibilidad musical. Los que estaban a su lado hacían señas a los que más lejos fumaban o jugaban a las cartas para que se acercasen porque algo ocurría, diciéndoles, como se hace en el Reichstag[170] en los momentos cruciales: «Escuchen, escuchen». Y al día siguiente se compadecía a quienes no habían podido acudir asegurándoles que la comedia aun había sido más divertida que de costumbre.

«Bueno, pues entonces que toque sólo el andante, dijo M. Verdurin.

—¡Cómo que el andante, estás tú bueno!, exclamó Mme. Verdurin. Si es precisamente el andante el que me destroza brazos y piernas. ¡Vaya cosas que tiene el Patrón! Es como decir en la Novena que sólo oiremos el final, o en Los Maestros[171] la obertura».

El doctor, entretanto, animaba a Mme. Verdurin para que dejase tocar al pianista, no porque creyese fingidas las perturbaciones que le producía la música —reconocía en ellas ciertos estados neurasténicos — sino por ese hábito común a muchos médicos de mitigar inmediatamente la severidad de sus prescripciones en cuanto está en juego, cosa que les parece mucho más importante, alguna reunión mundana a la que asisten y en la que la persona a la que aconsejan olvidar por una vez su dispepsia o su gripe es uno de los elementos esenciales.

«Esta vez no se pondrá enferma, ya verá, dijo tratando de sugestionarla con la mirada. Y si enferma, la curaremos.

—¿De veras?», respondió Mme. Verdurin, como si ante la esperanza de semejante favor no le quedase otro remedio que capitular. Acaso también, a fuerza de decir que se enfermaría, había

momentos en que no se acordaba de que era una mentira y asumía alma de enferma. Porque algunos enfermos, cansados de verse obligados constantemente a que la escasez de los ataques que sufren dependa de su propia prudencia, gustan de convencerse a sí mismos de que podrán hacer impunemente cuanto les place y de ordinario les sienta mal a condición de ponerse en manos de un ser todopoderoso que, sin molestarse ellos para nada, con una palabra o una píldora los ponga de nuevo en pie.

Odette había ido a sentarse en un diván tapizado que había junto al piano.

«Ya sabe que yo tengo mi sitio», le dijo a Mme. Verdurin.

Ésta, viendo a Swann en una silla, le hizo levantarse.

«Ahí no estará cómodo, vaya a sentarse al lado de Odette; ¿verdad, Odette, que le hará un huequecito a M. Swann?

—¡Qué bonito Beauvais!,[172] dijo Swann antes de sentarse, tratando de ser amable.

—¡Ah, no sabe cómo me alegra que sepa apreciar mi diván!, respondió Mme. Verdurin. Y le advierto que si quiere ver otro tan hermoso, ya puede ir olvidándolo. Nunca han hecho nada parecido. También son un prodigio las sillitas. Dentro de un momento podra verlas. Cada bronce tiene un motivo que corresponde como atributo al breve tema del asiento; verá que, si se digna mirarlas, habrá de divertirse, le prometo que pasará un buen rato. Bastarían los pequeños frisos de los galones, mire esa pequeña vid sobre fondo rojo de El oso y las uvas. ¡Qué dibujo!, ¿verdad? ¿Qué le parece? ¡Yo creo que sabían dibujar muy bien! Y qué apetitosa la vid, ¿no cree usted? Mi marido sostiene que no me gusta la fruta porque la como menos que él. Pero no es cierto, me apetece más que a todos ustedes, pero no necesito metérmela en la boca porque la disfruto con la vista. ¿Por qué se ríen todos ustedes? Pregúntenle al doctor, les dirá que esas uvas me purgan. Otras hacen las curas de Fontainebleau[173], mientras que yo me hago mi pequeña cura de Beauvais. Pero, señor Swann, no puede irse sin haber tocado los pequeños bronces de los respaldos. ¿Qué suavidad de pátina, verdad? No, no, con toda la mano, no, tóquelos bien.

—¡Ah!, si Mme. Verdurin empieza a manosear los bronces, esta noche adiós música, dijo el pintor.

—Cállese, qué malo es usted. En el fondo, dijo volviéndose hacia Swann, a nosotras las mujeres nos prohíben cosas menos voluptuosas. ¡Pero no hay carne que pueda compararse con esto! Cuando M. Verdurin me hacía el honor de sentir celos de mí —venga, sé cortés por lo menos, no digas que nunca los tuviste…

—Pero si yo no digo absolutamente nada. Veamos, doctor, le tomo por testigo… ¿he dicho algo?». Swann palpaba los bronces por cortesía y no se atrevía a dejar de hacerlo.

«Vamos, ya los acariciará más tarde; ahora va a ser usted el acariciado, acariciado en los oídos; estoy segura de que le gustará; y de ello va a encargarse este jovencito».

Y cuando el pianista terminó de tocar, Swann estuvo más amable todavía con él que con el resto de las personas que allí se encontraban.

Y la causa era la siguiente:

El año anterior, en una velada, había oído una obra musical ejecutada a piano y violín. En un primer momento, sólo había saboreado la cualidad material de los sonidos que los instrumentos segregaban. Y ya le había causado un gran placer cuando, por debajo de la tenue línea del violín, delgada, resistente, densa y directriz, de pronto había visto tratar de elevarse en un chapoteo líquido la masa de la parte para piano, multiforme, indivisa, plana e hirviente como la malva agitación de las olas que fascina y bemola el claro de luna. Pero en un momento dado, sin poder distinguir con nitidez un contorno, ni dar nombre a lo que le agradaba, hechizado de improviso, había tratado de recoger la frase o la armonía —ni él mismo lo sabía— que pasaba y que le había abierto más ampliamente el alma, como ciertos efluvios de rosas que circulan en el aire húmedo del atardecer tienen la propiedad de dilatar nuestra nariz. Acaso por no conocer la música había podido sentir una impresión tan confusa, una de esas impresiones que tal vez son, sin embargo, las únicas puramente musicales, inextensas, enteramente originales, irreductibles a cualquier otro orden de impresiones. Una impresión de este género, durante un instante, es por así decir sine materia. Cierto que las notas

que entonces oímos ya tienden, según su altura y cantidad, a cubrir delante de nuestros ojos superficies de variadas dimensiones, a trazar arabescos, a darnos sensaciones de amplitud, de tenuidad, de estabilidad, de capricho. Pero las notas se han desvanecido antes de que esas sensaciones se hayan formado suficientemente dentro de nosotros para no verse sumergidas por las que ya despiertan las notas siguientes o incluso simultáneas. Y esa impresión seguiría envolviendo en su liquidez y su difuminación los motivos que por instantes emergen, apenas discernibles, para hundirse al punto y desaparecer, sólo conocidos por el placer particular que dan, imposibles de describir, de recordar, de nombrar, inefables —si la memoria, como un obrero que trabaja para asentar cimientos duraderos en medio de las olas, fabricando para nosotros facsímiles de esas frases fugaces, no nos permitiese compararlas y diferenciarlas de las que les siguen. Y así, nada más expirar la deliciosa sensación que Swann había sentido, acto seguido su memoria le había suministrado una transcripción quizá sumaria y provisional, pero sobre la que había puesto los ojos mientras continuaba el trozo, de modo que, cuando esa misma impresión retornó de golpe, había dejado de ser incomprensible. Imaginaba su extensión, los agrupamientos simétricos, la grafía, el valor expresivo; delante de sí tenía esa cosa que ya no es música pura, que es dibujo, arquitectura, pensamiento, y que permite recordar la música. Aquella vez Swann había distinguido nítidamente una frase elevándose durante unos instantes por encima de las ondas sonoras. E inmediatamente le había propuesto voluptuosidades particulares que nunca había imaginado antes de oírla, y que sólo ella, estaba seguro, podría hacérselas conocer; y había sentido por esa frase una especie de amor desconocido.

Con su ritmo lento lo encaminaba primero aquí, después allá, luego más lejos, hacia una felicidad noble, ininteligible y precisa. Y de repente, en el punto a que había llegado y desde donde él se disponía a seguirla, tras una pausa de un instante bruscamente cambiaba de dirección y con un movimiento nuevo, más rápido, sutil, melancólico, incesante y dulce, lo arrastraba con ella hacia perspectivas desconocidas. Luego desapareció. Deseó apasionadamente volver a verla por tercera vez. Y de hecho reapareció, pero sin hablarle con

más claridad, causándole incluso una voluptuosidad menos profunda. Pero una vez en casa tuvo necesidad de ella: era como un hombre en cuya vida una mujer que pasa, entrevista un momento, ha introducido la imagen de una belleza nueva que presta a su propia sensibilidad un valor más alto, sin que sepa siquiera si alguna vez podrá ver de nuevo a la que ya ama y de la que ignora hasta el nombre.

Incluso este amor por una frase musical pareció por un momento que debía iniciar en Swann la posibilidad de una especie de rejuvenecimiento. Hacía tanto tiempo que había renunciado a aplicar su vida a una meta ideal, limitándola a la consecución de satisfacciones cotidianas, que, sin decírselo nunca formalmente, creía que nada cambiaría hasta su muerte; es más, como ya no sentía ideas elevadas en su mente, había dejado de creer en su realidad, sin poder negarlas por lo demás por completo. Por eso había tomado la costumbre de refugiarse en pensamientos sin importancia que le permitían dejar a un lado el fondo de las cosas. Así como no se preguntaba si no habría sido mejor no hacer vida social, aunque en cambio supiese con certeza que si aceptaba una invitación debía acudir, y que si no hacía una visita luego debía dejar una tarjeta, así también, en la conversación, se esforzaba por no expresar nunca con ardor una opinión íntima sobre las cosas, pero sí por proporcionar detalles materiales que en cierto modo tuviesen valor en sí mismos y le permitiesen no dar ninguna medida de sí. Era de una precisión extrema con una receta de cocina, con la fecha del nacimiento o la muerte de un pintor, con la nomenclatura de sus obras. A pesar de todo, en ocasiones se permitía pronunciar un juicio sobre una obra, sobre una manera de entender la vida, pero entonces prestaba a sus palabras una entonación irónica, como si no se adhiriese por entero a lo que decía. Y, como ciertos valetudinarios en quienes, de repente, un país al que han llegado, un régimen distinto, a veces una evolución orgánica, espontánea y misteriosa, parecen provocar tal regresión de su enfermedad que empiezan a entrever la posibilidad inesperada de comenzar en su edad tardía una vida completamente distinta, Swann encontraba dentro de sí, en el recuerdo de la frase que había escuchado, en ciertas sonatas que había pedido que le tocaran para ver si volvía a encontrarla, la presencia de una de aquellas realidades

invisibles en las que había dejado de creer y a las que, como si la música hubiese ejercido sobre la sequedad moral que sufría una especie de influencia electiva, sentía nuevamente el deseo y casi la fuerza de consagrar la vida. Pero, al no haber llegado a saber de quién era la obra que había oído, no había podido procurársela y había terminado olvidándola. Cierto es que aquella semana se había encontrado con varias personas que asistieron como él a esa velada, y que les había preguntado; pero unos habían llegado después de la música o se habían marchado antes; otros, sin embargo, estaban allí mientras sonaba, pero se habían retirado a conversar a otro salón; y otros que se habían quedado a escucharla, no se habían enterado más que los primeros. En cuanto a los dueños de la casa, sabían que se trataba de una obra nueva que los artistas contratados habían decidido tocar; éstos habían salido de gira, y Swann no pudo saber más. Tenía muchos amigos músicos, pero aunque recordase el placer especial e intraducible que le había producido la frase, aunque tuviese ante los ojos las formas que la frase dibujaba, era sin embargo incapaz de cantársela. Luego dejó de pensar en ella.

Hacía unos minutos apenas que el joven pianista había empezado a tocar en casa de Mme. Verdurin cuando de pronto, tras una nota alta largamente sostenida durante dos compases, Swann vio acercarse, huyendo por debajo de aquella sonoridad prolongada y tensa como un telón sonoro para ocultar el misterio de su incubación, y reconoció, secreta, rumorosa y dividida, la frase aérea y fragante que amaba. Y era tan peculiar, poseía una fascinación tan singular e insustituible por cualquier otra, que para Swann fue como encontrarse en un salón amigo con una persona a la que hubiese admirado por la calle y a la que no tuviese esperanzas de volver a ver. Por fin se alejó, indicadora, diligente, entre las ramificaciones de su perfume, dejando en el rostro de Swann el reflejo de su sonrisa. Pero ahora podía preguntar el nombre de su desconocida (le dijeron que era el andante de la Sonata para piano y violín de Vinteuil[174]), la había localizado, podría tenerla en casa cuantas veces quisiera, tratar de aprender su lenguaje y su secreto.

Por eso cuando el pianista hubo terminado, Swann se acercó para expresarle su gratitud con una vivacidad que agradó mucho a Mme. Verdurin.

«¿Verdad que es encantador?, le dijo a Swann; ¡qué bien ha entendido este pequeño miserable su sonata! No imaginaba usted que el piano pudiese llegar a tanto, ¿a que no? Es cualquier cosa menos piano, ¡palabra! Cada vez que lo escucho, creo oír a toda una orquesta. Hasta es más hermoso que la orquesta, más completo».

El joven pianista hizo una inclinación y, sonriendo, subrayando la palabras como si la suya fuese una agudeza:

«Es usted muy indulgente conmigo», dijo.

Y mientras Mme. Verdurin decía a su marido: «Vamos, dale una naranjada, que bien se la ha merecido», Swann le contaba a Odette cómo se habían enamorado de aquella pequeña frase. Y cuando Mme. Verdurin dijo desde algo más lejos: «Bueno, creo que están diciéndole cosas bonitas, Odette», ésta respondió: «Sí, muy bonitas», y a Swann le pareció deliciosa su candidez. Mientras, recogía información sobre Vinteuil, sobre su obra, sobre la época de su vida en que había compuesto aquella sonata, sobre lo que para él había podido significar aquella breve frase, esto era sobre todo lo que habría querido saber.

Pero ninguna de todas aquellas personas que hacían gala de admirar al músico (cuando Swann dijo que la sonata era realmente hermosa, Mme. Verdurin había exclamado: «Estoy de acuerdo, es hermosa. Pero no es de recibo no conocer la sonata de Vinteuil, no hay derecho a no conocerla», y el pintor había añadido: «Realmente es una grandísima máquina, ¿verdad? No es, si usted quiere, una cosa "taquillera" y "de público", no, pero tiene una emoción de primerísimo orden para los artistas»), ninguna de aquellas personas parecía haberse planteado jamás aquellas preguntas, porque fueron incapaces de responderlas.

Incluso, a una o dos observaciones particulares que Swann hizo sobre su frase preferida: «Vaya, qué divertido, nunca me había fijado; he de confesarle que no me gusta demasiado meterme en jardines y extraviarme en la punta de una aguja; aquí no perdemos el tiempo pidiendo peras al olmo, no es el estilo de la casa», respondió Mme.

Verdurin, a quien el doctor Cottard contemplaba con admiración beatífica y estudioso fervor navegar por aquel mar de frases hechas. Además, él y Mme. Cottard, con una especie de sentido común que también poseen ciertas gentes del pueblo, se guardaban mucho de expresar juicios o fingir admiración por una música que, según se confesaban mutuamente, ya de vuelta en casa, no comprendían mejor que la pintura del «señor Biche». Y es que, como de la fascinación, la gracia y las formas de la naturaleza el público sólo conoce lo que ha sacado de las trivialidades de un arte lentamente asimilado, y como el artista original empieza por rechazar esas trivialidades, el señor y la señora Cottard, imagen en esto del público, no encontraban ni en la sonata de Vinteuil ni en los retratos del pintor lo que para ellos era la armonía de la música y la belleza de la pintura. Cuando el pianista tocaba la sonata tenían la impresión de que amontonaba al azar sobre el piano notas que, de hecho, no abarcaban las formas a que estaban habituados, y de que el pintor arrojaba al azar los colores sobre sus telas. Cuando en éstas lograban reconocer alguna forma, les parecía pesada y avulgarada (es decir desprovista de la elegancia de la escuela de pintura por cuyo filtro veían incluso a los seres vivos por la calle), y sin verdad alguna, como si el señor Biche no hubiese sabido cómo estaba hecho un hombro y que las mujeres no tienen el pelo de color malva.

Con todo, cuando los fieles se dispersaron, el doctor pensó que era propicia la ocasión y, mientras Mme. Verdurin hacía un último comentario sobre la sonata de Vinteuil, como un nadador principiante (que se lanza al agua para aprender pero elige un momento en que no hay demasiada gente para verle:

«¡Entonces es lo que se llama un músico di primo cartello[175]!», exclamó con brusca resolución.

Swann sólo consiguió averiguar que la reciente aparición de la sonata de Vinteuil había causado gran impresión en una escuela de tendencias muy avanzadas, pero era totalmente desconocida del gran público.

«Conozco bien a una persona que se llama Vinteuil», dijo Swann, pensando en el profesor de piano de las hermanas de mi abuela.

«Quizá sea él, exclamó Mme. Verdurin.

—No, no, replicó Swann riendo. Si usted lo hubiese visto aunque fuera dos minutos, no se plantearía la cuestión.

—Entonces, ¿plantear la cuestión equivale a resolverla?, dijo el doctor.

—Pero podría ser un pariente, continuó Swann, sería bastante triste, aunque al fin y al cabo un hombre de genio puede ser primo de un viejo imbécil. Si así fuese, confieso que no hay suplicio que no me impusiera para que el viejo imbécil me presentase al autor de la sonata: empezando por el suplicio de frecuentar a menudo al viejo imbécil, que debe de ser terrible».

El pintor sabía que en ese momento Vinteuil estaba muy enfermo y que el doctor Potain temía no poder salvarle.

«¿Pero todavía hay gente que se deja curar por Potain?, exclamó Mme. Verdurin.

—¡Ah, señora Verdurin!, dijo Cottard en tono de discreteo galante; olvida usted que está hablando de uno de mis colegas, y hasta debería decir de uno de mis maestros».

El pintor había oído decir que Vinteuil estaba amenazado de enajenación mental. Y aseguraba que era posible advertirlo en ciertos pasajes de la sonata. A Swann no le pareció absurdo el comentario, pero lo dejó turbado; que una obra de música pura no contenga ninguna de las relaciones lógicas cuya alteración en el lenguaje denuncia la locura, que pueda reconocerse la locura en una sonata, le parecía algo tan misterioso como la locura de una perra, la locura de un caballo, que sin embargo ocurren.

«No me fastidie con eso de sus maestros, usted sabe diez veces más que él», replicó Mme. Verdurin al doctor Cottard, en el tono de una persona que tiene el coraje de opinar por sí misma y hace frente con valor a quienes no piensan como ella. «¡Usted por lo menos no mata a sus enfermos!

—Pero, señora, si es de la Academia, contestó el doctor en tono irónico. Si un enfermo prefiere morir a manos de uno de los príncipes de la ciencia… Es mucho más chic poder decir: "¡Es Potain el que me cuida!".

—¿Conque es más chic?, dijo Mme. Verdurin. Entonces, ¿también hay ahora chic en las enfermedades? No lo sabía… ¡Qué gracioso es usted!, exclamó de pronto hundiendo la cara entre las manos. Y yo, tonta de mí, que discutía en serio sin darme cuenta de que usted estaba tomándome el pelo».

Como a M. Verdurin le pareció demasiado fatigoso echarse a reír por tan poca cosa, se limitó a expulsar una bocanada de humo de su pipa, pensando entristecido que nunca podría rivalizar con su mujer en el terreno de la amabilidad.

«No sabe cuánto nos agrada su amigo», le dijo Mme. Verdurin a Odette cuando ésta se despedía dándole las buenas noches. «Es sencillo, encantador; si todos los amigos que tiene que presentarnos son así, puede traerlos».

M. Verdurin comentó que, sin embargo, Swann no había sabido apreciar a la tía del pianista.

«Se ha sentido algo desorientado, replicó Mme. Verdurin; no puedes pretender que la primera vez ya tenga el tono de la casa como Cottard, que forma parte de nuestro pequeño clan desde hace años. La primera vez no cuenta, sirve para tomar contacto. Odette, hemos quedado en que mañana irá Swann a buscarnos al Châtelet[176]. ¿Por qué no pasa usted a recogerle?

—No, no quiere.

—En fin, como usted guste. ¡Con tal de que él no nos falle en el último momento!».

Con gran sorpresa de Mme. Verdurin, Swann no falló nunca. Iba a buscarlas a cualquier parte, algunas veces a los restaurantes de las afueras adonde todavía se iba poco por no ser la temporada, en más ocasiones al teatro, que gustaba mucho a Mme. Verdurin; y cierto día, en su casa, ella dijo delante de Swann que, para las noches de estreno y las funciones de gala, le sería de gran utilidad disponer de un pase, que les había resultado muy incómodo no tenerlo el día de los funerales de Gambetta[177]; Swann que nunca hablaba de sus amistades brillantes, sino sólo de aquellas poco cotizadas que le hubiera parecido poco delicado ocultar, y entre las que se había

acostumbrado, en el faubourg Saint-Germain, a colocar las relaciones con el mundo oficial, respondió:

«Le prometo que me ocuparé de eso, lo tendrá a tiempo para la reposición de los Danicheff[178], precisamente mañana almuerzo con el prefecto de policía del Elíseo.

—¿Cómo que del Elíseo?, exclamó el doctor Cottard con voz tonante.

—Sí, con el señor Grévy[179]», respondió Swann algo molesto por el efecto que su frase había producido.

Y el pintor le dijo al doctor en broma: «¿Le pasa muy a menudo?».

Por regla general, una vez dada la explicación, Cottard decía: «¡Ah, bien, bien, de acuerdo!», y no mostraba más rastros de emoción. Pero esta vez, las últimas palabras de Swann, en lugar de procurarle la habitual calma, llevaron al colmo su asombro ante el hecho de que una persona que cenaba con él, y que no desempeñaba ni funciones oficiales ni notabilidad de ningún tipo, mantuviese relaciones con el Jefe del Estado.

«¿Cómo, con el señor Grévy? ¿Conoce usted al señor Grévy?», le dijo a Swann con el aire estúpido e incrédulo de un municipal a quien un desconocido pide ver al Presidente de la República, y que, comprendiendo por sus palabras «con quién tenía que habérselas», como dicen los periódicos, asegura al pobre demente que va a ser recibido de inmediato y lo encamina a la enfermería especial de la Prevención.

«Sí, le conozco algo, tenemos amigos comunes (no se atrevió a decir que se trataba del príncipe de Gales[180]), además invita a mucha gente y le aseguro que esos almuerzos resultan poco divertidos, son además muy sencillos, nunca hay más de ocho personas a la mesa», respondió Swann tratando de borrar cuanto parecían tener de excesivamente deslumbrante, a ojos de su interlocutor, unas relaciones con el presidente de la República. Acto seguido, Cottard, remitiéndose a las palabras de Swann, adoptó, sobre el valor de una invitación de parte del señor Grévy, la opinión de que era cosa muy poco buscada y al alcance de cualquiera. Desde entonces no volvió a asombrarle que Swann, como cualquier otra persona, frecuentase el

Elíseo, y hasta cierto punto lo compadecía por ir a unos almuerzos que, según confesión del propio invitado, eran aburridos.

«¡Ah, ya, ya!, de acuerdo», dijo en el tono de un aduanero que, desconfiado hacía un momento, tras vuestras explicaciones os devuelve la visa y os deja pasar sin abriros las maletas.

«Ah, ya lo creo que deben de ser poco divertidos esos almuerzos, cuánto valor necesitará usted para ir», dijo Mme. Verdurin, que imaginaba al Presidente de la República como un pelma particularmente temible por disponer de medios de seducción y de coerción que, aplicados a sus fieles, hubieran podido inducirlos a fallarle. «Parece que es sordo como una tapia y que come con los dedos.

—Cierto que no debe de resultarle muy divertido ir», dijo el doctor con un punto de conmiseración; y, recordando la cifra de ocho comensales: «¿Son almuerzos íntimos?», preguntó vivamente, con más celo de lingüista que con curiosidad de papanatas. Mas el prestigio que a sus ojos tenía el Presidente de la República acabó por triunfar tanto de la humildad de Swann como de la malevolencia de Mme. Verdurin, y en todas las cenas Cottard preguntaba lleno de interés: «¿Veremos esta noche al señor Swann? Tiene relaciones personales con el señor Grévy. Es lo que se llama un gentleman, ¿no?». Y hasta llegó a ofrecerle una invitación para la exposición odontológica.

«Podrá entrar con las personas que le acompañen, pero no dejan pasar a los perros. Se lo digo, como comprenderá, porque he tenido amigos que no lo sabían y luego se han mordido los puños». En cuanto a M. Verdurin, no se le escapó el mal efecto que había causado en su esposa el descubrimiento de que Swann tenía amistades poderosas de las que nunca había hablado.

Si no le habían organizado algún entretenimiento fuera, era en casa de los Verdurin donde Swann se reunía con el cogollito, pero sólo iba por la noche y casi nunca aceptaba invitaciones a cenar pese a las instancias de Odette.

«Si lo prefiere, podría cenar a solas con usted, le decía ella.

—¿Y Mme. Verdurin?

—Bah, sería muy sencillo. Bastaría decirle que no tenía listo el traje, o que mi cab[181] ha llegado con retraso. Siempre hay un medio de arreglarse.

—Es usted muy amable». Pero Swann se decía que, si demostraba a Odette (consintiendo únicamente en reunirse con ella después de cenar) que había placeres preferibles al de estar con ella, la atracción que sentía por él tardaría mucho tiempo en saciarse. Por otro lado, como prefería infinitamente más que la de Odette la belleza de una obrerita fresca y rolliza como nna rosa de la que se había enamorado, le gustaba pasar con ella el principio de la velada, seguro de ver luego a Odette. Por las mismas razones nunca aceptaba que Odette fuese a recogerlo para ir a casa de los Verdurin. La obrerita lo esperaba cerca de su casa, en una esquina que su cochero Rémi conocía, montaba al lado de Swann y permanecía entre sus brazos hasta el momento en que el coche paraba delante de la casa de los Verdurin. Nada más entrar, mientras Mme. Verdurin le decía, mostrándole unas rosas que él mismo le había enviado aquella mañana: «Voy a regañarle», y le indicaba un sitio junto a Odette, el pianista tocaba, para ellos dos, la pequeña frase de Vinteuil que era como el himno nacional de su amor. Empezaba por la prolongación de los trémolos de violín que durante varios compases se oyen solos, ocupando el primerísimo plano, luego parecían separarse de repente y, como en esos cuadros de Pieter de Hooch[182] a los que da profundidad el marco estrecho de una puerta entreabierta, allá en el fondo, con un color distinto, en el terciopelo de una luz interpuesta, la pequeña frase pastoral, intercalada, episódica, como si perteneciese a otro mundo. Pasaba con sus pliegues simples e inmortales, distribuyendo aquí y allá los dones de su gracia, con la misma sonrisa inefable; pero ahora Swann creía distinguir desencanto. La frase parecía conocer la vanidad de esa dicha cuyo camino mostraba. En su gracia ligera había algo de consumado, como el desapego que sucede a la pena. Mas le importaba poco, la consideraba menos en sí misma —en aquello que podía expresar para un músico que ignoraba la existencia de Swann y de Odette cuando la había compuesto, y para todos aquellos que habrían de oírla durante siglos— que como una prenda, un recuerdo

de su amor que, hasta para los Verdurin y para el pequeño pianista, hacía pensar en Odette al mismo tiempo que en él, los unía; hasta el punto de que, cediendo a un ruego caprichoso de Odette, había renunciado al proyecto de pedir a un artista que le tocase la sonata entera, de la que siguió conociendo únicamente aquel pasaje. «¿Qué necesitad tiene usted del resto?, le había dicho ella. Ése es nuestro trozo». E incluso, sufriendo al pensar, en el momento en que la música pasaba tan cerca y sin embargo infinitamente lejana, que, mientras se dirigía a ellos, no los conocía, Swann casi lamentaba que tuviese un significado, una hermosura intrínseca e inalterable, ajena a ellos, del mismo modo que ante unas joyas regaladas, o incluso ante las cartas escritas por una mujer amada, reprochamos al agua de la gema y a las palabras del lenguaje que no estén hechas sólo de la esencia de un amor pasajero y de un ser particular.

A menudo sucedía que Swann se retrasaba tanto con la joven obrera antes de ir a casa de los Verdurin que, nada más tocar el pianista la pequeña frase, Swann se daba cuenta de que pronto sería la hora de que Odette volviese a casa. La acompañaba hasta la puerta de su palacete en la calle La Pérouse[183], detrás del Arco de Triunfo. Y acaso por eso, por no pedirle todos los favores, sacrificaba el placer, para él menos necesario, de verla antes y llegar con ella a casa de los Verdurin, al ejercicio de ese derecho que ella le reconocía de partir juntos y al que atribuía mayor valor porque, de este modo, tenía la impresión de que nadie la veía, ni se interponía entre ellos, ni le impedía seguir estando con él después de haberse despedido.

Así pues, Odette volvía a casa en el coche de Swann; una noche, nada más apearse y mientras se despedía, cogió precipitadamente en el jardincillo delantero de la casa un último crisantemo y se lo dio cuando él ya se iba. Durante la vuelta, Swann lo tuvo apretado contra su boca y cuando, al cabo de unos días, se marchitó la flor la guardó como algo precioso en su secreter. Pero no entraba nunca en casa de ella. Sólo en dos ocasiones había ido por la tarde, a participar en aquella operación, capital para ella, de «tomar el té». El aislamiento y lo desértico de aquellas calles cortas (compuestas casi en su totalidad por palacetes contiguos cuya monotonía rompía de golpe algún

tenducho siniestro, testimonio histórico y sórdido residuo de la época en que esos barrios aún tenían mala fama), la nieve que había quedado en el jardín y en los árboles, el desaliño de la estación, la vecindad de la naturaleza, ciaban algo más de misterio al calor, a las flores que había encontrado al entrar.

Dejando a la izquierda, en la planta baja sobrealzada, el dormitorio de Odette que por la parte de atrás daba a una calleja paralela, una escalera recta, entre paredes pintadas en un tono sombrío de las que caían telas orientales, hilos de rosarios turcos y un gran farol japonés colgado de un cordoncillo de seda (pero que, para no privar a los visitantes de las últimas comodidades de la civilización occidental se iluminaba con gas), llevaba al salón y al saloncito. Precedía a éstos un estrecho vestíbulo cuya pared, revestida por un cañizo de jardín, pero llorado, estaba bordeada en toda su longitud por una caja rectangular donde florecía, como en un invernadero, una hilera de esos grandes crisantemos, raros todavía en esa época, pero que no podían compararse con los que más tarde lograrían obtener los horticultores. A Swann le fastidiaba la moda que desde el año anterior se fijaba en ellos, pero, en esa ocasión, le había agradado ver la penumbra de la estancia listada de rosa, naranja y blanco gracias a los rayos fragantes de esos efímeros astros que se encienden en los días grises. Odette le había recibido con una bata de seda rosa, con el cuello y los brazos desnudos. Le había hecho sentarse a su lado en uno de los muchos misteriosos receptáculos dispuestos en las sinuosidades del salón, protegidos por inmensas palmeras contenidas en maceteros de China, o por biombos en los que se habían fijado fotografías, lazos de cintas y abanicos. Le había dicho: «Así no estará cómodo, espere, yo se lo arreglo», y, con la risita vanidosa que habría soltado ante alguna idea especial, había instalado detrás de la cabeza de Swann, y bajo sus pies, cojines de seda japonesa que aplastaba como si fuera pródiga de tales riquezas y no le importase su valor. Pero cuando el ayuda de cámara vino trayendo una tras otra las sucesivas lámparas que, encerradas casi todas en porcelanas chinas, ardían aisladas o por parejas, dispuestas sobre distintos muebles como sobre altares, y que en el crepúsculo ya casi nocturno de aquel lento atardecer de invierno habían hecho reaparecer una puesta de sol más

duradera, más rosa y más humana —haciendo soñar acaso, en la calle, algún enamorado detenido ante el misterio de la presencia que desvelaban y ocultaban a un tiempo las ventanas encendidas—, Odette, con el rabillo del ojo, había vigilado severamente al criado para ver si las colocaba con exactitud en el sitio que les estaba consagrado. Pensaba que, con una sola que pusiese equivocada, el efecto de conjunto de su salón hubiera quedado destruido, y que su retrato, montado sobre un caballete oblicuo revestido de felpa, quedaría mal iluminado. Por eso seguía febrilmente los movimientos de aquel hombre ordinario, y le reprendió vivamente por haber pasado rozando dos jardineras que sólo ella podía limpiar por miedo a que se las rompiesen, y fue a examinarlas de cerca para ver si no las había desportillado. Encontraba en todos sus objetos chinos formas «divertidas», y también en las orquídeas, en las catleyas[184] sobre todo, que eran, junto con los crisantemos, sus flores preferidas porque tenían el raro mérito de no parecer flores, sino ser de seda, de raso. «Ésta parece que la han cortado del forro de mi abrigo», dijo a Swann mostrándole cierta orquídea, con un deje de admiración por aquella flor tan «chic», por aquella hermana elegante e imprevista que la naturaleza le daba, tan distante de ella en la escala de las criaturas y sin embargo refinada, más digna que muchas mujeres de ocupar un sitio en su salón. Le fue enseñando, una tras otra, quimeras de lenguas de fuego que decoraban un jarrón de porcelana o bordadas en una pantalla de chimenea, las corolas de un ramillete de orquídeas, un dromedario de plata nielada, con los ojos incrustados de rubíes, que estaba en la chimenea al lado de un sapo de jade; y fingía alternativamente tener miedo de la maldad o reírse del extravagante aspecto de los monstruos, ruborizarse por la indecencia de las flores y sentir un irresistible deseo de ir a besar al dromedario y al sapo, a los que llamaba «amorcitos». Y esta afectación contrastaba con la sinceridad de ciertas devociones suyas, sobre todo a Nuestra Señora de Laghet[185] que en otro tiempo, cuando vivía en Niza, la había curado de una enfermedad mortal; y siempre llevaba encima una medalla de oro de esa virgen a la que atribuía un poder ilimitado. Odette preparó a Swann «su» té, le preguntó: «¿Con limón o con

leche?», y cuando él contestó «con leche», le dijo riendo: «¡Una nube!». Y como a él le parecía bueno: «Ya ve como sé lo que le gusta». En efecto, aquel té le había parecido a Swann algo tan precioso como ella misma, y es tal la necesidad que el amor tiene de encontrar una justificación, una garantía de duración en los placeres que en caso contrario no existirían sin él y acabarían donde él acaba, que, cuando a las siete se despidió de ella para volver a casa y cambiarse de traje, durante todo el trayecto que hizo en su cupé, no pudiendo contener la alegría que aquella tarde le había suscitado, se repetía: «Qué agradable sería tener una personilla así en cuya casa pudiese encontrar uno esa cosa tan rara que es un buen té». Una hora más tarde, recibió una esquela de Odette y enseguida reconoció aquella caligrafía grande que, con su afectación de rigidez británica, imponía una apariencia de disciplina a ciertos caracteres informes donde ojos menos avisados acaso hubiesen advertido desorden de ideas, insuficiencia de educación y falta de franqueza y de voluntad. Swann había olvidado su pitillera en casa de Odette: «Qué pena que no haya olvidado también su corazón, no le habría permitido recuperarlo».

Una segunda visita que le hizo tal vez tuvo más importancia. Al dirigirse aquel día a su casa, como siempre que debía verla se la imaginaba de antemano; y la necesidad que sentía, para encontrar bello su rostro, de circunscribir sólo a los pómulos frescos y rosados las mejillas que tan a menudo tenía amarillas y lacias, picadas a veces de puntitos rojos, le afligía como una prueba de que el ideal es inaccesible y mediocre la felicidad. Le llevaba un grabado que Odette deseaba ver. Estaba algo indispuesta y lo recibió en bata de crespón de China color malva, sujetándose sobre el pecho, como un chal, una tela suntuosamente bordada. De pie a su lado, con los cabellos sueltos que dejaba resbalar a lo largo de las mejillas, con una pierna doblada en actitud casi de baile para poder inclinarse sin fatiga hacia el grabado que, bajando la cabeza, observaba con sus grandes ojos, tan cansados y desapacibles cuando no se animaba, sorprendió a Swann por su parecido con esa figura de Séfora[186], hija de Jetró, que puede verse en un fresco de la capilla Sixtina. Swann siempre había tenido

esa particular afición a encontrar en los cuadros de los maestros no sólo los caracteres generales de la realidad que nos rodea, sino aquello que, por el contrario, parece menos susceptible de generalizar, los rasgos individuales de rostros que conocemos: por ejemplo, en la materia de un busto del dogo Loredano de Amonio Rizzo[187], la prominencia de los pómulos, la oblicuidad de las cejas, el clamoroso sosias, en suma, de su cochero Rémi; bajo los colores de Ghirlandaio, la nariz de M. de Palancy[188]; en un retrato del Tintoretto, la invasión del gordo de la mejilla por la implantación de los primeros pelos de las patillas, el fruncimiento de la nariz, la penetración de la mirada, la congestión de los párpados del doctor Du Boulbon. Como siempre había tenido remordimientos por haber limitado su vida a las relaciones mundanas, a la conversación, quizá creía encontrar una especie de indulgente perdón concedido por los grandes artistas en aquel hecho: también ellos habían considerado con gusto y acogido en su propia obra esas caras que confieren a ésta un certificado singular de realidad y de vida, un sabor moderno; quizá, también, se había dejado conquistar tanto por la frivolidad de las gentes de mundo que sentía la necesidad de encontrar en una obra antigua aquellas alusiones anticipadas y rejuvenecedoras a nombres propios del presente. Quizá, por el contrario, había conservado el suficiente temperamento de artista para que tales características individuales le gustasen adoptando un significado más general cuando las veía desarraigadas, liberadas, en el parecido de un retrato más antiguo con un original al que no representaba. En todo caso, y quizá porque la plenitud de impresiones que disfrutaba desde hacía un tiempo, aunque le hubiese llegado más bien con el amor por la música, había enriquecido hasta su gusto por la pintura, el placer fue más profundo, y había de ejercer sobre Swann una influencia duradera, al encontrar en ese momento en el parecido de Odette con la Séfora de aquel Sandro di Mariano a quien conocemos por el sobrenombre popular de Botticelli dado que éste evoca, en lugar de la obra verdadera del pintor, la idea trivial y falsa que de él se ha vulgarizado[189]. Dejó de estimar la cara de Odette por la mejor o peor calidad de sus mejillas y por la suavidad puramente carnosa que

suponía iba a encontrar en ellas rozándolas con sus labios si alguna vez se atrevía a besarla, para considerarla como una madeja de líneas sutiles y bellas que sus ojos se apresuraron a devanar, siguiendo la curva de su envolvimiento, conectando la cadencia de la nuca con la efusión de los cabellos y la flexión de los párpados, como en un retrato de ella en que su tipo se volviese inteligible y claro.

Estaba mirándola; un fragmento del fresco aparecía en su cara y en su cuerpo, y desde entonces siempre trató de volver a encontrarlo cuando estaba junto a Odette, o simplemente cuando pensaba en ella, y aunque la obra maestra florentina sólo le gustase porque la encontraba en ella, ese parecido también confería a Odette una belleza, la volvía más preciosa. Swann se reprochó haber apreciado mal el valor de una criatura que hubiese parecido adorable al gran Sandro, y se felicitó por el placer que sentía viendo a Odette encontrar una justificación en su propia cultura estética. Se dijo que asociando la idea de Odette a sus sueños de felicidad no se había resignado por falta de otra cosa mejor a algo tan imperfecto como había creído hasta entonces, puesto que satisfacía sus gustos artísticos más refinados. Olvidaba que no por ello Odette se convertía en una mujer conforme a su deseo, porque precisamente su deseo siempre se había orientado en sentido opuesto a sus gustos estéticos. La expresión «obra florentina» prestó un gran servicio a Swann. Como un título, permitió a la imagen de Odette penetrar en un mundo de sueños, al que hasta entonces no había tenido acceso y en el que se impregnó de nobleza. Y, mientras la visión puramente carnal que había tenido de aquella mujer, renovando continuamente sus dudas sobre la calidad del rostro, del cuerpo, de toda su belleza, debilitaba su amor, aquellas dudas quedaron disipadas, aquel amor se afianzó cuando en su lugar tuvo por base los datos de una estética cierta; sin contar con que el beso y la posesión, que parecían naturales y mediocres si eran concedidos por una carne ajada, viniendo a coronar la adoración de una pieza de museo le parecieron que debían de ser sobrenaturales y deliciosos.

Y cuando se veía tentado a lamentar que desde hacía meses no había hecho otra cosa que ver a Odette, se decía que era razonable dedicar gran parte de su tiempo a una inestimable obra maestra,

fundida, por una vez, en una materia distinta y singularmente sabrosa, en un ejemplar rarísimo que unas veces contemplaba con la humildad, la espiritualidad y el desinterés de un artista, otras con el orgullo, el egoísmo y la sensualidad de un coleccionista.

Sobre su mesa de trabajo puso, como una fotografía de Odette, una reproducción de la hija de Jetró. Admiraba los grandes ojos, el delicado rostro que dejaba adivinar la imperfección del cutis, los maravillosos rizos del pelo a lo largo de las mejillas fatigadas, y adaptando lo que hasta entonces le pareciera bello en sentido estético a la idea de una mujer viva, lo transformaba en méritos físicos y se felicitaba por encontrarlos reunidos en una criatura que podría poseer. Esa vaga simpatía que nos impulsa hacia una obra maestra que contemplamos se convertía, ahora que conocía el original de carne de la hija de Jetró, en un anhelo capaz en adelante de suplir lo que no le había inspirado al principio el cuerpo de Odette. Después de haber mirado largo rato aquel Botticelli, pensaba en su Botticelli particular, que le parecía más hermoso todavía, y cuando acercaba la fotografía de Séfora, creía estrechar a Odette contra su corazón.

Y sin embargo no era sólo el hastío de Odette lo que se ingeniaba en prevenir, algunas veces también era el suyo propio; advirtiendo que, desde que podía verle sin ninguna dificultad, Odette parecía no tener gran cosa que decirle, temía que los modales algo insignificantes, monótonos y como fijados de una vez por todas que eran ahora los de Odette cuando estaban juntos, acabasen matando en él aquella esperanza novelesca de un día en que ella querría declararle su pasión, esperanza que era el único motivo de haberse enamorado y de seguir estándolo. Y para renovar un poco el aspecto moral, demasiado cristalizado, de Odette, del que temía cansarse, de improviso le escribía una carta llena de fingidas decepciones y simulados enfados que le hacía llegar antes de la cena. Sabía que Odette se asustaría, que le enviaría una respuesta, y esperaba que en la contracción provocada en su alma por el miedo a perderle, brotarían palabras que nunca le había dicho ella todavía; y, en efecto, así había conseguido las cartas más tiernas que hasta entonces le escribiera, sobre todo una que le había mandado a mediodía desde la

«Maison Dorée[190]» (era el día de la fiesta París-Murcia a beneficio de los inundados de Murcia[191]), que empezaba con estas palabras: «Amigo mío, me tiembla tanto la mano que apenas puedo escribir», y que había guardado en el mismo cajón que la flor seca del crisantemo. O si ella no había tenido tiempo de escribirle, cuando él llegase a casa de los Verdurin saldría vivamente a su encuentro y le diría: «Tengo que hablarle», y él contemplaría lleno de curiosidad en su rostro y en sus palabras lo que hasta entonces le había ocultado de su corazón.

Le bastaba acercarse a casa de los Verdurin[192] y ver, iluminados por lámparas, los grandes ventanales cuyos postigos nunca se cerraban para enternecerse pensando en la encantadora criatura a la que iba a ver resplandecer en medio de su luz dorada. Las sombras de los invitados se destacaban a veces sutiles y negras, incorpóreas, delante de las lámparas, como esos pequeños grabados intercalados entre los paneles de una pantalla translúcida cuyas restantes hojas son pura claridad. Trataba de distinguir la silueta de Odette. Luego, nada más llegar, sus ojos brillaban con tal alegría que M. Verdurin decía al pintor: «Me parece que eso va que arde». Y en efecto, para Swann la presencia de Odette añadía a aquella casa algo de lo que carecían todas las demás que frecuentaba: una especie de aparato sensitivo, de red nerviosa que se ramificaba por todas las salas y transmitía constantes impulsos nerviosos a su corazón.

El sencillo funcionamiento de aquel organismo social que era el pequeño «clan» proporcionaba así a Swann, automáticamente, citas cotidianas con Odette y le permitía fingir cierta indiferencia por verla, o incluso un deseo de no verla más, que no le exponía a grandes riesgos porque, aunque le hubiese escrito durante el día, la vería forzosamente por la noche y la acompañaría a casa.

Pero un día en que, después de pensar con repugnancia en aquel inevitable regreso juntos, había llevado hasta el Bois a su joven obrera para retrasar el momento de ir a casa de los Verdurin, llegó tan tarde que Odette, creyendo que ya no iría, se había marchado. Al ver que ya no estaba en el saloncito, Swann sintió una punzada en el corazón; temblaba ante la idea de verse privado de un placer cuya importancia

medía ahora por vez primera, porque hasta entonces había tenido la certeza de encontrarlo cuando quisiese, cosa que, en todos los placeres, mengua o incluso nos impide ver su grandeza.

«¿Has visto la cara que ha puesto al darse cuenta de que no estaba?, le dijo M. Verdurin a su mujer; podría decirse que le han pescado.

—¿La cara que ha puesto?», preguntó con violencia el doctor Cottard, que, habiéndose ausentado un rato para visitar a un enfermo, volvía a recoger a su mujer y no sabía de quién hablaban.

«Pero ¿cómo, no ha encontrado en la puerta al más apuesto de los Swann?…

—No. ¿Ha venido M. Swann?

—Sí, pero sólo un instante. Hemos tenido a un Swann muy agitado, muy nervioso. Ya comprenderá, Odette se había ido.

—¿Quiere decir que están a partir un piñón, y que ella le ha concedido sus favores?», dijo el doctor experimentando con cautela el sentido de esas expresiones.

«No, no hay absolutamente nada, y, entre nosotros, creo que ella se equivoca y que está portándose como lo que es, como una tonta de remate.

—¡Bah, bah, bah!, dijo M. Verdurin, ¿cómo sabes que no ha pasado nada? No estábamos allí para verlo, ¿verdad?

—A mí me lo habría dicho, replicó orgullosa Mme. Verdurin. ¡Les aseguro que me cuenta todas sus historias! Como en este momento ya no tiene a nadie, le he dicho que debería acostarse con él. Afirma que no puede, que está enamoriscada de Swann, pero que él es tímido, y eso la intimida a su vez; además dice que no le ama de esa forma, que es un ser ideal, que tiene miedo a desflorar el cariño que siente por él, y qué sé yo cuántas cosas más. Sin embargo, es lo que tendría que hacer.

—Me permitirás que no comparta tu opinión, dijo M. Verdurin; ese caballero no acaba de convencerme; me parece un pretencioso».

Mme. Verdurin permaneció inmóvil, adoptó una expresión inerte como si se hubiera vuelto una estatua, ficción que le permitió dar a entender que no había oído aquella palabra insoportable,

«pretencioso», que parecía implicar que alguien pudiera «ser pretencioso» con ellos, es decir que podía ser «más que ellos».

«Bueno, si no pasa nada, no creo que sea porque ese caballero la crea virtuosa, dijo irónicamente M. Verdurin. Al fin y al cabo, nada se puede decir, porque él parece creerla inteligente. No sé si oíste lo que decía la otra noche sobre la sonata de Vinteuil; aprecio a Odette de todo corazón, pero en fin, hay que ser muy pánfilo para aplicarle teorías de estética.

—Venga, no hables mal de Odette, dijo Mme. Verdurin haciéndose la niña. Es encantadora.

—Pero si eso no le impide ser encantadora; no hablamos mal, decimos que no es la encarnación de la virtud ni de la inteligencia. En el fondo, le dijo al pintor, ¿a usted le importa algo que sea virtuosa? Quizá fuese mucho menos encantadora, ¿quién sabe?».

En el descansillo, alcanzó a Swann el mayordomo, que no se encontraba allí en el momento en que había llegado y a quien Odette había encargado decirle —pero hacía lo menos una hora—, en caso de que todavía llegase, que probablemente iría a tomar chocolate a Prévost[193] antes de volver a casa. Swann se encaminó hacia Prévost, pero su carruaje se veía detenido a cada paso por otros o por gente que cruzaba la calle, obstáculos odiosos que a Swann le habría gustado arrollar si el atestado del guardia no le hubiese entretenido más que el paso del peatón. Contaba el tiempo que tardaba, añadía unos cuantos segundos a cada minuto para estar seguro de no haberlos hecho demasiado cortos, cosa que le hubiese permitido creer mayor de lo que en realidad era su posibilidad de llegar a tiempo y de encontrar todavía a Odette. Y en determinado momento, como un enfermo con fiebre que acaba de dormir y toma conciencia de lo absurdo de las pesadillas que rumiaba sin lograr distinguirse claramente de ellas, Swann percibió de improviso en su interior la extrañeza de unos pensamientos que le rondaban desde el momento en que le habían dicho, en casa de los Verdurin, que Odette ya se había ido, la novedad del dolor que le oprimía el corazón desde hacía un rato, y que ahora percibió como si acabara de despertarse. ¿Cómo? ¿Toda aquella agitación por no ver a Odette hasta el día siguiente

cuando era eso precisamente lo que había deseado, hacía una hora, camino de casa de Mme. Verdurin? Y no tuvo más remedio que admitir que, en aquel mismo coche que lo llevaba a Prévost, ya no iba la misma persona, y que no estaba solo, que a su lado había un ser nuevo, adherido, amalgamado a él, un ser del que acaso no podría librarse, al que tendría que tratar con deferencia, como si fuese un amo o una enfermedad. Y sin embargo, desde que había sentido que una persona nueva se había añadido de ese modo a él, su vida le parecía más interesante. Apenas si se decía que aquel posible encuentro en Prévost (cuya expectativa destrozaba, desnudaba a tal punto los momentos que lo precedían que ya no encontraba una sola idea, un solo recuerdo tras el que pudiese hacer descansar la mente) terminaría siendo, en caso de que tuviese lugar, bien poca cosa. Como todas las noches, en cuanto estuviera con Odette, en cuanto lanzase furtivamente sobre su mudable rostro una mirada al punto desviada por miedo a que la mujer viese en ella la insinuación de un deseo y dejase de confiar en su indiferencia, ya no podría pensar en ella, demasiado ocupado en buscar pretextos que le permitiesen no dejarla tan pronto y asegurarse, sin aparentar demasiado interés, de que volvería a verla al día siguiente en casa de los Verdurin: es decir, prolongar por el momento y renovar un día más la decepción y la tortura que le aportaba la vana presencia de aquella mujer a la que se acercaba sin atreverse a abrazarla.

No estaba en Prévost; Swann quiso buscar en todos los restaurantes de los bulevares. Para ganar tiempo, mientras él inspeccionaba unos, envió a otros a su cochero Rémi (el dogo Loredano de Rizzo), a quien luego fue a esperar —sin haber encontrado nada— al lugar que le había indicado. El coche no volvía y Swann, pensando en el momento que estaba a punto de llegar, lo imaginaba unas veces como aquel en que Rémi le diría: «La señora está aquí», y otras como aquel en que Rémi le diría: «La señora no está en ningún café». Y de este modo veía delante de sí el final de la velada, única y sin embargo alternativa, precedida por el encuentro con Odette que aboliría su angustia, o por la renuncia forzada a encontrarla esa noche, por la aceptación del regreso a casa sin haberla visto.

Volvió el cochero, pero en el momento en que se detuvo delante de Swann, éste no le dijo: «¿Ha encontrado a la señora?», sino: «Recuérdame mañana que encargue leña, me parece que la provisión está acabándose». Quizá se decía que, si Rémi hubiese encontrado a Odette en un café donde ella lo esperaba, el final de la velada nefasta quedaba aniquilado por empezar a cumplirse el final de velada feliz, y no era necesario darse prisa para alcanzar una felicidad ya capturada y en lugar seguro, una felicidad que ya no había de escapársele. Pero también era por inercia; tenía en el alma esa falta de flexibilidad que algunas criaturas tienen en el cuerpo, y que, en el momento de evitar un choque, de alejar una llama del traje, de hacer un movimiento urgente, se toman su tiempo, empiezan por permanecer un segundo en la situación en que antes se hallaban como para encontrar su punto de apoyo, su impulso. E, indudablemente, si el cochero le hubiera interrumpido diciéndole: «La señora está ahí», habría respondido: ¡Ah, sí, es verdad, el recado que te había encargado, vaya, no me lo habría creído!, y habría seguido hablándole de la provisión de leña para ocultarle la emoción que había sentido y darse tiempo a sí mismo para romper con la inquietud y entregarse a la alegría.

Pero el cochero regresó para decirle que no la había encontrado por ninguna parte, y, como viejo servidor, añadió su propio parecer: «Creo que al señor no le queda más que volver a casa».

Pero la indiferencia que Swann fingía sin esfuerzo cuando Rémi ya no podía alterar la respuesta que traía, se esfumó al ver que trataba de hacerle renunciar a su esperanza y a su búsqueda: «No, nada de eso, exclamó, tenemos que encontrar a la señora; es importantísimo. Se encontraría en un buen aprieto debido a cierto asunto, y se ofendería si antes no me ve.

—No veo cómo podría darse por ofendida esa señora, respondió Rémi, si ha sido ella la que se ha marchado sin esperar al señor, la que ha dicho que iba a Prévost y la que luego no estaba allí».

Además habían empezado a apagar las luces en todas partes. Bajo los árboles de los bulevares, en una oscuridad misteriosa, vagaban los transeúntes más extraños, apenas reconocibles. Más de una vez, la sombra de una mujer que se le acercaba y le murmuraba unas palabras al oído pidiéndole que la acompañara a casa, hizo

estremecerse a Swann. Iba rozando ansiosamente todos aquellos cuerpos oscuros como si entre los fantasmas de los muertos, en el reino sombrío, estuviese buscando a Eurídice[194].

De todas las maneras de producción del amor, de todos los agentes de diseminación del mal sagrado, uno de los más eficaces es ese gran soplo de agitación que a veces pasa sobre nosotros. Entonces la suerte está echada, el ser que en ese instante nos complace será el que amaremos. No es siquiera necesario que hasta ese momento nos guste más o incluso lo mismo que otros. Sólo es preciso que nuestra pasión por él se vuelva exclusiva. Y esa condición se cumple cuando —en ese momento en que nos falta— la búsqueda de los placeres que su gracia nos prodigaba es sustituida bruscamente en nuestro interior por una necesidad ansiosa que tiene por objeto ese mismo ser, una necesidad absurda, que las leyes de este mundo vuelven imposible de satisfacer y difícil de curar —la necesidad insensata y dolorosa de poseerlo.

Swann se hizo llevar a los últimos restaurantes; sólo había contemplado con calma la hipótesis de la felicidad; ahora ya no escondía su agitación, la importancia que atribuía a ese encuentro, y prometió al cochero una recompensa en caso de éxito, como si, inspirándole un deseo de conseguirlo que vendría a sumarse al suyo propio, pudiese hacer que, aunque hubiese vuelto a casa para acostarse, Odette estuviera sin embargo en un restaurante del bulevar. Llegó hasta la Maison Dorée, entró dos veces en Tortoni[195], y salía, también sin verla, del Café Anglais[196], caminando a grandes pasos, con aire trastornado, para acercarse al coche que lo esperaba en la esquina del bulevar des Italiens, cuando chocó con una persona que venía en sentido contrario: era Odette; más tarde le explicó ella que, al no haber encontrado mesa en Prévost, había ido a cenar a la Maison Dorée, en un rincón apartado donde él no la había descubierto, y ahora regresaba a su coche.

Tan inesperado fue el encuentro que Odette hizo un gesto de susto. En cuanto a él, había recorrido París no porque creyese posible encontrarla, sino porque le resultaba demasiado cruel renunciar. Mas aquella alegría que su razón no había dejado de considerar, por esa

noche, irrealizable, ahora no le parecía sino más real; porque, como no había contribuido a ella con la previsión de lo verosímil, la sentía ajena; no tenía necesidad de sacarla de su propia mente para ofrecérsela, porque emanaba de ella, era ella misma quien proyectaba hacia él aquella verdad que irradiaba hasta el punto de disipar como un sueño el aislamiento que había temido, y en la que apoyaba, y a la que confiaba, sin pensar, sus sueños más felices. Como un viajero que un día sereno llega a orillas del Mediterráneo, dudando de la existencia de las comarcas que acaba de abandonar, y deja que deslumbren su vista, en vez de lanzarles miradas, los rayos que hacia él emite el azul luminoso y resistente de las aguas.

Subió con Odette al coche de ella y mandó al suyo que los siguiera.

Odette llevaba en la mano un ramo de catleyas[197] y Swann vio que, bajo su pañuelo de encaje, en el pelo había flores de esa misma orquídea prendidas en un airón de plumas de cisne. Bajo la mantilla llevaba una casaca de terciopelo negro que, recogida al bies, mostraba en un amplio triángulo la parte inferior de una falda de falla blanca y dejaba ver un canesú, también de falla blanca, en la abertura del escolado corpiño, donde se hundían más flores de catleyas. Nada más reponerse del susto que Swann le había causado, un obstáculo provocó un extraño del caballo. Fueron bruscamente desplazados, ella había lanzado un grito y permanecía palpitante, sin aliento.

«No es nada, le dijo él, no tenga miedo». Y la tenía cogida por el hombro, apoyándola contra él para sostenerla; luego le dijo:

«Ante todo, no me hable, contésteme sólo por señas para no sofocarse más. ¿Le importa que le coloque bien las flores del corpiño? Con el choque casi se han salido. Temo que las pierda, voy a metérselas un poco»

Odette, que no estaba acostumbrada a ver que los hombres tuvieran tanta deferencia con ella, dijo sonriendo: «No, nada de eso, no me importa».

Pero, intimidado por la respuesta, también acaso para fingir que había sido sincero eligiendo ese pretexto, o quizá porque empezaba a creer que lo había sido, exclamó:

«No, sobre todo no hable, volverá a quedarse sin aliento, puede responderme con gestos, la entenderé perfectamente. ¿De veras que no le importa? Mire… aquí hay un poco de… me parece que es polen que se ha esparcido sobre usted; ¿me permite que lo recoja con la mano? ¿No le hago daño, no soy demasiado brutal? Quizás estoy haciéndole cosquillas, ¿eh? Es que no quisiera tocar el terciopelo del vestido para no chafarlo. Ya ve, no había más remedio que sujetarlas, se habrían caído; y, si las meto así, poco a poco, hasta el fondo… ¿De veras que no soy desagradable? ¿Y me deja que las huela para ver si en realidad tampoco tienen aroma? Nunca he olido estas flores, ¿puedo? Dígame la verdad».

Sonriendo, Odette apenas se encogió de hombros, como diciendo «qué tonto es usted, ¿no ve que me gusta?».

Él alzaba la otra mano a lo largo de la mejilla de Odette; ella le miró fijamente, con el aire lánguido y grave que tienen las mujeres del maestro florentino con las que le había encontrado parecido; llevados al borde de los párpados, sus ojos luminosos, anchos y sutiles como los suyos, parecían a punto de desprenderse como dos lágrimas. Doblaba el cuello como lo doblan en todas las escenas paganas y en los cuadros religiosos. Y, en actitud que sin duda era habitual en ella, que sabía apropiada para esos momentos y que estaba muy atenta para no olvidarse de asumirla, parecía tener necesidad de toda su fuerza para frenar el propio rostro, como si una fuerza invisible lo hubiese atraído hacia Swann. Y fue Swann quien, antes de que ella lo dejase caer, como a pesar suyo, sobre sus labios, lo retuvo un instante, a cierta distancia, entre las manos. Había querido dejar a su pensamiento el tiempo de acudir, de reconocer el sueño que había acariciado hacía tanto tiempo y de asistir a su cumplimiento, como una pariente a la que se llama para hacerla partícipe del éxito de un hijo al que ella ha querido mucho. Quizá Swann también posaba en aquel rostro de Odette aún no poseído, y ni siquiera besado, que veía por última vez, esa mirada con la que, un día de despedida, querríamos llevarnos un paisaje que vamos a dejar para siempre.

Mas era tan tímido con ella que, aunque esa noche terminó poseyéndola después de haber empezado por arreglarle las catleyas, fuese por temor a ofenderla, fuese por miedo a dar retrospectivamente

la impresión de haber mentido, fuese por falta de audacia para formular una exigencia mayor que aquélla (podía repetirla desde el momento en que la primera vez no había molestado a Odette), los días siguientes recurrió al mismo pretexto. Si Odette llevaba catleyas en el escote, le decía: «¡Qué lástima! Esta noche las catleyas no necesitan que nadie las arregle, no están fuera de su sitio como la otra noche; pero me parece que hay una que no está muy derecha. ¿Puedo ver si huelen más que las otras?». O, si no las llevaba: «¡Ah! Esta noche no hay catleyas, y no podré dedicarme a mis pequeños arreglos». De modo que, durante algún tiempo, no hubo cambio alguno en el orden que había seguido la primera noche, empezando por tocamientos con dedos y labios sobre el pecho de Odette, y por ellos siguieron comenzando siempre sus caricias; mucho más tarde, cuando arreglar (o el simulacro ritual de arreglo) las catleyas hacía tiempo que había caído en desuso, la metáfora «hacer catleya», convertida en un simple vocablo que utilizaban de forma inconsciente cuando querían referirse al acto de la posesión física —en el que por lo demás no se posee nada—, sobrevivió, en su lenguaje, a esa costumbre perdida para conmemorarla. Y acaso esa manera particular de decir «hacer el amor» no significaba exactamente lo mismo que sus sinónimos. Por más harto que esté uno de las mujeres, considerar la posesión de las más diferentes como si siempre fuesen la misma, ya conocida de antemano, tratándose de mujeres bastante difíciles —o que nosotros tenemos por tales— se vuelve por el contrario un placer nuevo que nos obliga a hacer surgir esa posesión de algún episodio imprevisto de nuestras relaciones con ella, como para Swann fue, la primera vez, el arreglo de las catleyas. Aquella noche, esperaba temblando (pero se decía que, si Odette resultaba víctima de su astucia, no podía adivinarlo) que fuese la posesión de aquella mujer lo que había de salir de entre sus anchos pétalos color malva; y el placer que ya sentía y que Odette, según él, acaso toleraba únicamente porque no lo había reconocido, le parecía, precisamente por eso —como pudo parecer al primer hombre que lo saboreó entre las flores del paraíso terrenal—, un placer que hasta entonces no había existido y que él trataba de crear, un placer —y el nombre especial que le dio conservó su huella— enteramente particular y nuevo.

Ahora, todas las noches, después de haberla devuelto a casa, tenía que entrar y a menudo ella volvía a salir en bata y le acompañaba hasta el carruaje, le besaba a la vista del cochero, diciendo: «¿Qué puede importarme, qué me importan los demás?». Las noches que no iba a casa de los Verdurin (cosa que ocurría a menudo desde que podía verla de otra forma), las noches cada vez menos frecuentes que pasaba en sociedad, Odette le pedía que acudiese a verla antes de volver a casa, fuera la hora que fuese. Era primavera, una primavera pura y helada. Al salir de una velada, montaba en su victoria[198], se echaba una manta sobre las piernas, respondía a los amigos que se marchaban al mismo tiempo y le proponían volver juntos que no podía, que no iba en la misma dirección, y el cochero, sabiendo cuál era su destino, arrancaba al galope. Los otros estaban asombrados, y, en efecto, Swann ya no era el mismo. Ahora ya no recibían cartas suyas pidiéndoles que le presentaran una mujer. Tampoco se fijaba en ninguna, ni frecuentaba los lugares donde se las encuentra. En un restaurante, en el campo, su actitud era opuesta a la que, todavía ayer, permitía reconocerle y que según todos debería ser siempre la suya. ¡Hasta ese punto una pasión es en nosotros una especie de carácter momentáneo y diferente que sustituye al otro y anula los signos, hasta entonces inmutables, por los que se expresaba! En cambio, ahora lo invariable era que, estuviera donde estuviese, Swann no dejaba de ir a ver a Odette. El trayecto que lo separaba de ella era el que inevitablemente recorría, como si fuese la pendiente misma, irresistible y rauda, de su vida. A decir verdad, cuando a veces se entretenía hasta muy tarde en sociedad, hubiese preferido volver derecho a casa sin hacer aquella larga carrera, y no verla sino al día siguiente; pero el hecho mismo de molestarse a una hora insólita para ir a su casa, de adivinar que los amigos, al despedirse, decían: «Vive con mucha presión, debe de tener una mujer que le obliga a ir a verla a la hora que sea», le daba la sensación de llevar la vida de esos hombres que tienen un lío amoroso, y que, sacrificando su propio descanso y sus intereses a una fantasía voluptuosa, dan lugar al nacimiento de una fascinación íntima. Además, sin que se diese cuenta, esa certeza de que Odette le esperaba, de que además no

estaba con otros, de que no volvería a casa sin haberla visto, neutralizaba aquella angustia olvidada pero siempre presta a renacer que había sentido la noche en que Odette ya no estaba en casa de los Verdurin, y que, sosegada ahora, era tan dulce que casi se la podía llamar felicidad. Acaso a esa angustia se debiese la importancia que Odette había cobrado para él. Suelen sernos tan indiferentes las personas que, cuando hemos depositado en una de ellas tales posibilidades de dolor y alegría para nosotros, nos parece que esa persona pertenece a otro universo, se rodea de poesía, transforma nuestra vida en una especie de extensión emotiva donde estará más o menos cerca de nosotros. Swann no podía preguntarse sin inquietud en qué se convertiría Odette para él en los próximos años. A veces, al contemplar desde su victoria, en aquellas hermosas noches frías, la brillante luna que difundía la claridad entre sus ojos y las calles desiertas, pensaba en aquel otro rostro claro y levemente rosado como el de la luna que, un día, había surgido ante su pensamiento y que, desde entonces, proyectaba sobre el mundo la luz misteriosa en que él lo veía. Si llegaba pasada la hora en que Odette enviaba a sus criados a acostarse, antes de llamar a la puerta del jardincillo iba primero a la a la calle a la que daba en la planta baja, entre las ventanas todas iguales, pero oscuras, de los palacetes contiguos, la ventana, la única iluminada, de su dormitorio. Golpeaba en el cristal, y ella, avisada, respondía e iba a esperarlo a la otra parte, en la puerta de la entrada. Swann encontraba abiertas sobre el piano algunas de las partituras que ella prefería: el Vals de las rosas o Pobre loco, de Tagliafico[199] (que, según su voluntad escrita, debían tocarse en su entierro), le pedía que tocara en su lugar la pequeña frase de la sonata de Vinteuil, aunque Odette tocase muy mal pero la visión más hermosa que nos queda de una obra es a menudo la que se elevó por encima de falsas notas arrancadas por torpes dedos de un piano desafinado. La pequeña frase seguía asociándose, para Swann, a su amor por Odette. Sentía que ese amor era algo que no correspondía a nada externo ni verificable por nadie que no fuese él; se daba cuenta de que las cualidades de Odette no justificaban todo el valor que atribuía a los ratos pasados a su lado. Y a menudo, cuando era la

inteligencia positiva la única que reinaba en Swann, quería dejar de sacrificar tantos intereses intelectuales y sociales a ese placer imaginario. Pero, en cuanto la oía, la pequeña frase sabía liberar en su interior el espacio que necesitaba, y las proporciones del alma de Swann se veían alteradas; en ella quedaba reservado margen para un goce que tampoco correspondía a ningún objeto exterior y que, sin embargo, lejos de ser puramente individual como la del amor, se imponía a Swann como una realidad superior a las cosas concretas. Esa sed de un encanto desconocido la despertaba en él la pequeña frase, pero sin aportarle nada preciso para saciarla. De modo que aquellas partes del alma de Swann donde la pequeña frase había borrado la preocupación por los intereses materiales, las consideraciones humanas y válidas para lodos, las había dejado vacías y en blanco, y él era libre para inscribir allí el nombre de Odette. Además, a lo que el amor de Odette podía tener de escaso y decepcionante, la pequeña frase venía a añadir, a amalgamar, su propia esencia misteriosa. Viendo el rostro de Swann cuando escuchaba la frase, se hubiera dicho que estaba absorbiendo un anestésico que daba más amplitud a su respiración. Y el placer que le procuraba la música y que pronto iba a crear en él una auténtica necesidad, se parecía de hecho, en esos momentos, al placer que habría obtenido experimentando con los perfumes, o entrando en contacto con un mundo para el que no estamos hechos, que nos parece informe porque nuestros ojos no lo perciben, sin significado porque escapa a nuestra inteligencia, y que únicamente alcanzamos por un solo sentido. ¡Qué gran descanso, qué misteriosa renovación para Swann —cuyos ojos, aunque refinados degustadores de pintura, y cuya mente, aunque sutil observadora de costumbres, llevaban por siempre la huella indeleble de la sequedad de su vida— sentirse transformado en una criatura ajena a la humanidad, ciega, desprovista de facultades lógicas, casi una especie de fantástico unicornio, una criatura quimérica que sólo percibe el mundo por el oído! Y como en la pequeña frase buscaba sin embargo un sentido al que su inteligencia no podía descender, ¡qué extraña ebriedad al despojar la intimidad de su alma de todas las ayudas del razonamiento y hacerla pasar sólo por el pasillo, por el filtro oscuro del sonido! Empezaba a

darse cuenta de todo el dolor, tal vez incluso de todo el secreto desasosiego que había en el fondo de la dulzura de aquella frase, mas no podía soportarlo. ¡Qué importaba que la frase dijera que el amor es frágil siendo el suyo tan fuerte! Jugaba con la tristeza que en ella fluía, la sentía pasar sobre él, pero como una caricia que volvía más profunda y más dulce la sensación que tenía de la felicidad propia. Hacía que Odette la tocase diez, veinte veces, exigiendo que mientras tanto no dejara de besarle. Un beso llama a otro beso. ¡Ay, con qué naturalidad nacen los besos en esos tiempos primeros de un amor! Menudean tan cerca unos de otros; y costaría tanto contar los besos que se dan en una hora como las flores de un campo en el mes de mayo. Entonces ella hacía ademán de pararse, diciendo: «¿Cómo quieres que toque si me tienes así? No puedo hacer todo a la vez, dime al menos lo que quieres, que toque la frase o que te haga arrumacos», él se enfadaba y ella soltaba una risa que se trocaba en una lluvia de besos que caía sobre él. O lo miraba con semblante huraño, y entonces él volvía a ver un rostro digno de figurar en la Vida de Moisés de Botticelli, la situaba en el cuadro y daba al cuello de Odette la inclinación necesaria; y cuando la tenía bien pintada al temple[200], en el siglo XV, sobre la pared de la Sixtina, la idea de que mientras ella había seguido estando allí, junto al piano, en el presente, dispuesta a ser besada y poseída, la idea de su materialidad y de su vida lo embriagaba con tal violencia que, con la mirada extraviada, las mandíbulas tensas a punto de devorar, se precipitaba sobre aquella virgen de Botticelli y se ponía a pellizcarle las mejillas. Luego, una vez que la había dejado, no sin volver a entrar para besarla una vez más porque había olvidado llevarse consigo, en el recuerdo, alguna particularidad de su olor o de sus rasgos, mientras regresaba a casa en su victoria bendecía a Odette por consentirle aquellas visitas cotidianas que, sin duda, a ella no debían de proporcionarle una gran alegría pero que, preservándole del tormento de los celos —privándole de la ocasión de sufrir nuevamente del mal que se había declarado en su interior la noche que no la había encontrado en casa de los Verdurin—, le ayudarían a alcanzar sin incurrir en más crisis como la primera, que había sido tan dolorosa y que sería la única, el

final de aquellas horas singulares de su vida, horas casi mágicas como aquellas en que atravesaba París al claror de la luna. Y como, durante esa vuelta a casa, notase que ahora el astro se hallaba desplazado respecto de él, y casi en el límite del horizonte, sintiendo que también su amor obedecía a unas leyes inmutables y naturales, se preguntaba si aquella fase en que acababa de entrar duraría mucho todavía, si dentro de poco su pensamiento sólo volvería a ver aquel rostro querido ocupando una posición distante y menguada, y a punto de dejar de difundir su propio encanto. Porque Swann, desde que estaba enamorado, encontraba ese encanto en las cosas, como en la época en que, adolescente, se creía artista; aunque ya no era el mismo encanto; éste, sólo Odette se lo confería. Sentía renacer dentro de sí las inspiraciones de la juventud que una vida frívola había disipado, mas todas llevaban el reflejo, la impronta de una criatura particular; y el delicado placer que ahora saboreaba pasando largas horas en su casa, a solas con su alma convaleciente, iba volviéndose poco a poco él mismo, pero en otra.

Únicamente iba a casa de Odette por la noche, y nada sabía de lo que ella hacía durante el día, ni tampoco de su pasado, hasta el punto de carecer incluso de esa pequeña información inicial que, permitiéndonos imaginar lo que no sabemos, nos da deseos de conocerlo. Aunque no se preguntaba qué podía hacer Odette, ni cuál había sido su vida. A veces se limitaba a sonreír pensando que unos años antes, cuando no la conocía, le habían hablado de una mujer que, si no recordaba mal, debía de ser ella, como de una cualquiera, de una mantenida, una de esas mujeres a las que Swann seguía atribuyendo, por haber frecuentado poco su ambiente, el carácter uniforme, fundamentalmente perverso, con que las dotó durante mucho tiempo la imaginación de ciertos novelistas. Se decía que, muchas veces, en punto a reputaciones basta con defender la opinión contraria que forma la gente para juzgar con exactitud a una persona, y a un carácter como ése oponía el de Odette, buena, ingenua, enamorada de ideal, tan incapaz casi de no decir la verdad que, tras suplicarle un día que, para cenar a solas con ella, escribiese a los Verdurin diciéndoles que se encontraba mal, al día siguiente, ante Mme. Verdurin que le preguntaba si estaba mejor, la había visto

ruborizarse, balbucear y reflejar a pesar suyo, en su rostro, la pena, el suplicio que le suponía mentir y, mientras multiplicaba en su respuesta los detalles inventados sobre su pretendida indisposición de la víspera, dar la impresión de pedir perdón con miradas suplicantes y tono desolado por la falsía de sus palabras.

Sin embargo, algunos días, aunque pocos, Odette acudía a su casa por la tarde a interrumpir sus fantasías o aquel estudio sobre Vermeer en el que volvía a trabajar últimamente. Le anunciaban que Mme. de Crécy estaba en el saloncito. Salía a recibirla, y cuando abría la puerta, nada más ver a Swann, el rostro rosado de Odette se empapaba en una sonrisa —que cambiaba la forma de su boca, la expresión de los ojos, el modelado de las mejillas. Luego, ya a solas, volvía a ver esa sonrisa, la que había mostrado la víspera, otra con la que le había acogido en tal o cual ocasión, aquella con que, en el coche, le había respondido tras preguntarle si era desagradable por arreglarle las catleyas; y la vida de Odette durante el resto del tiempo, al no saber nada de ella, le parecía, con su fondo neutro e incoloro, semejante a esas hojas de apuntes de Watteau[201] donde aquí y allá, en todas partes y en todas direcciones, se ven, dibujadas a tres lápices sobre papel agamuzado, innumerables sonrisas. Pero muchas veces, en un rincón de aquella vida que Swann veía completamente vacía, aunque su razón le dijese que no lo estaba, porque no podía imaginársela, algún amigo que, sospechando sus amores, no se habría arriesgado a decirle de ella nada que no fuese insignificante, le describía la silueta de Odette, a quien esa misma mañana había visto subir a pie la calle Abbattucci[202] con una «visite[203]» guarnecida de skunks[204], bajo un sombrero «a lo Rembrandt[205]» y un ramito de violetas en el escote. Este sencillo esbozo alteraba a Swann porque, de golpe, le hacía vislumbrar que Odette tenía una vida que no era enteramente suya; quería saber a quién había tratado de agradar con aquella indumentaria para él desconocida; se prometía preguntarle adonde iba en ese momento, como si en toda la vida incolora— casi inexistente, por ser invisible para él —de su amante, no hubiera más que una sola cosa al margen de todas aquellas sonrisas de las que era

destinatario: aquel paseo bajo un sombrero a lo Rembrandt, con un ramito de violetas en el escote.

Salvo cuando le pedía la pequeña frase de Vinteuil en lugar del Vals de las rosas, Swann no trataba de hacerle tocar las cosas que más le gustaban a él ni corregir, tanto en música como en literatura, su mal gusto. Se daba perfecta cuenta de que no era inteligente. Al decirle que le gustaría mucho que le hablase de los grandes poetas, Odette se había figurado que acto seguido iba a conocer estrofas heroicas y novelescas del género de las del vizconde de Borelli[206], pero más emotivas todavía. En cuanto a Vermeer de Delft, le preguntó si había sufrido por una mujer, si era una mujer la que le había inspirado, y, tras confesarle Swann que no sabía nada, se había desinteresado de este pintor. Decía a menudo: «Estoy segura de que no habría nada más hermoso que la poesía si fuese verdad, si los poetas pensaran todo lo que dicen. Pero la mayoría de las veces, no hay gente más interesada que ellos. Y de eso, algo sé, tuve una amiga que amó a una especie de poeta. En sus versos, sólo hablaba de amor, del cielo y las estrellas. ¡Bien que la engañó! Le sacó más de trescientos mil francos». Si entonces Swann trataba de enseñarle en qué consistía la belleza artística, de qué modo había que admirar los versos o los cuadros, al cabo de un instante ella dejaba de escuchar, diciendo: «Vaya…, no me imaginaba que fuese así». Y Swann advertía en ella tal decepción que prefería mentir diciéndole que todo aquello importaba poco, que sólo eran bagatelas, que no tenía tiempo para abordar el fondo del asunto, que había otra cosa. Pero ella le interrumpía vivamente: «¿Otra cosa? ¿Qué cosa?… Dímelo», mas él se guardaba de decirle nada, sabiendo que había de parecerle pobre y distinto de lo que ella esperaba, menos sensacional y menos conmovedor, y temiendo que, desilusionada del arte, se desilusionase al mismo tiempo del amor.

Y en efecto, intelectualmente, Swann le parecía inferior a lo que habría imaginado. «Nunca pierdes la sangre fría, no puedo definirte». Y le maravillaba todavía más su indiferencia por el dinero, su amabilidad con todos, su delicadeza. Y de hecho, a personajes más grandes que Swann, a un sabio, a un artista, cuando no es del todo desconocido por quienes lo rodean, muchas veces les ocurre que el

sentimiento demostrativo de que la superioridad de su inteligencia les ha impresionado, no es la admiración por sus ideas, dado que se les escapan, sino el respeto hacia su bondad. Era también respeto lo que inspiraba a Odette la posición de que gozaba Swann en la buena sociedad, pero no deseaba que tratase de introducirla en ella. Acaso intuía que no habría de conseguirlo, y temiese incluso que, con sólo hablar de ella, provocase algunas revelaciones temibles. Sea como fuere, le había hecho prometer que nunca pronunciaría su nombre. Según le había dicho, el motivo por el que no quería hacer vida social era una disputa que en el pasado había tenido con cierta amiga, quien después, para vengarse, había hablado mal de ella. Swann objetaba: «Pero no todo el mundo ha conocido a tu amiga. —Claro que sí, eso es como una mancha de aceite, la gente es tan mala». Por un lado, Swann no comprendió aquella historia, pero por otro sabía que proposiciones como «La gente es tan mala», «una calumnia es como una mancha de aceite» suelen considerarse verdaderas; debía de haber casos a los que se aplicaban. ¿Era el de Odette uno de ellos? No dejaba de preguntárselo, aunque no por mucho tiempo, porque también él estaba sometido a aquel embotamiento mental que se abatía sobre su padre ante un problema difícil. Además, aquella buena sociedad que tanto asustaba a Odette, acaso no le inspirara grandes deseos porque estaba demasiado lejos de la que ella conocía para que pudiese imaginársela con claridad. Sin embargo, a pesar de que en ciertos aspectos seguía siendo muy simple (por ejemplo, seguía conservando la amistad de una pequeña modista retirada y trepaba casi a diario por la escalera empinada, oscura y fétida de su casa), tenía sed de chic, aunque no se hiciese de lo chic la misma idea que las gentes de mundo. Para éstas, lo chic es una emanación de unos pocos individuos que lo proyectan hasta un nivel bastante lejano— más o menos debilitado en razón de la distancia del centro de su intimidad —en el círculo de sus amigos o de amigos de sus amigos cuyos nombres forman una especie de repertorio. Las gentes de mundo lo poseen en su propia memoria, tienen sobre estas materias una erudición de la que han sacado una especie de gusto, de tacto, y así, por ejemplo, si Swann leía en un periódico los nombres de los invitados a una cena podía decir inmediatamente, sin necesidad de

recurrir a su saber mundano, el matiz de lo chic de esa cena, lo mismo que un literato, por la simple lectura de una frase, aprecia con exactitud la calidad literaria de su autor. Pero Odette formaba parte de las personas (extremadamente numerosas, aunque no lo crean las gentes de mundo, y que se dan en todas las clases sociales) que no poseen tales nociones y se imaginan un chic completamente distinto, que reviste diversos aspectos según el ambiente a que pertenezcan, pero que tiene como carácter distintivo— ya sea el chic soñado por Odette, ya aquel otro ante el que se inclinaba Mme. Cottard —ser directamente accesible a todos. A decir verdad, también lo es el otro, el de las gentes de mundo, pero requiere cierto tiempo. Odette decía de una persona:

«Nunca va a ningún sitio que no sea chic[207]».

Y si Swann le preguntaba qué quería decir con esa expresión, le respondía con cierto desprecio:

—¡Pues a un sitio chic, está claro! Si, a tu edad, hay que enseñarte lo que son los sitios chics, pues ¿qué quieres que te diga? Por ejemplo, los domingos por la mañana, la avenida de L'Impératrice[208], a las cinco la vuelta al Lago[209], los jueves el teatro Éden[210], el viernes el Hipódromo[211], los bailes…

—Pero ¿qué bailes?

—Pues los bailes que se dan en París, los bailes chics quiero decir. Verás, Herbinger, ya sabes, el que trabaja con un bolsista, pues sí, debes de saberlo, es uno de los hombres más lanzados de París, un joven alto, rubio y tremendamente esnob, que siempre lleva una flor en el ojal, una raya hasta la nuca, unos abrigos claros; está con esa vieja pintarrajeada a la que pasea por todos los estrenos. Pues bien, la otra noche dio un baile, y estaba todo lo más chic de París. ¡Qué no hubiera dado yo por ir! Pero había que presentar la invitación en la puerta y no había podido hacerme con una. En el fondo, prefiero no haber ido, fue una degollina, no habría conseguido ver nada. Sobre todo era por poder decir que habían estado en casa de Herbinger. ¡Y ya sabes que, a mí, esa vanidad!… Además, puedes estar seguro de que de cada cien mujeres que cuenten que han estado allí, por lo

menos la mitad miente... Pero me extraña que tú, un hombre tan «pschutt[212]" no estuvieras».

Swann, sin embargo, no intentaba en modo alguno que Odette modificase esa concepción de lo chic; pensando que la suya no debía de ser más correcta, sino igual de insulsa y carente de importancia, no veía ningún interés en instruir en este punto a su amante, y por eso, varios meses después, ella sólo se interesaba en las personas a cuya casa Swann iba únicamente por las invitaciones para el recinto de pesaje, los concursos de hípica y las entradas de estreno que él podía conseguirle gracias a ellas. Deseaba que Swann cultivase amistades tan provechosas, pero se inclinaba a considerarlas poco chic desde que vio pasar por la calle a la marquesa de Villeparisis con un traje de lana negra y una cofia de cintas.

«¡Pero si parece una acomodadora, una vieja portera, darling[213]! ¡Y eso es una marquesa! ¡Yo no soy marquesa, pero tendrían que pagarme mucho para que saliese a la calle emperejilada de ese modo!».

No comprendía que Swann pudiese vivir en el palacete del Quai d'Orléans[214], que, sin atreverse a confesárselo, le parecía indigno de él.

Tenía, desde luego, la pretensión de que le gustaban las «antigüedades» y adoptaba un aire fino y extasiado para decir que adoraba pasar todo un día «revolviendo cacharros», buscando «trastos viejos», cosas «de otras épocas». Aunque se obstinase, con una especie de pundonor (y pareciese poner en práctica algún precepto familiar), en no responder nunca a las preguntas y no «rendir cuentas» sobre la forma en que pasaba el tiempo, en cierta ocasión le habló a Swann de una amiga que la había invitado y en cuya casa todo era «de época». Pero Swann no consiguió hacerle confesar de qué época se trataba. Sin embargo, después de haber reflexionado, respondió que era «medieval». Con eso quería decir que había artesonados. Poco tiempo después, volvió a hablarle de su amiga y añadió, con el tono vacilante y el aire de entendido con que se cita a una persona con quien se ha cenado la víspera y cuyo nombre nunca se había oído, pero a quien los anfitriones parecen considerar tan célebre que

se espera del interlocutor que sepa sobradamente a quién os referís. «¡Tiene un comedor… del… dieciocho!». A ella, por lo demás, le parecía espantoso, desnudo, como si la casa estuviese sin acabar, hacía que las mujeres pareciesen horribles y nunca conseguiría ponerse de moda. Por último, volvió a hablar de su amiga una vez más, mostrando a Swann las señas del hombre que había construido aquel comedor y al que deseaba llamar, cuando tuviese dinero, para ver si podía hacerle, no uno semejante, sino el que ella soñaba y que, por desgracia, no cuadraba con las dimensiones de su pequeño palacete, con altos aparadores, muebles Renacimiento y chimeneas como las del castillo de Blois[215]. Ese día se le escapó, delante de Swann, lo que pensaba de su casa del Quai d'Orléans; como él había criticado que a la amiga de Odette le diese, no por el estilo Luis XVI, porque, según decía, aunque ya no se lleve puede tener su encanto, sino por el falso estilo antiguo, le contestó: «No querrás que viva como tú, en medio de muebles rotos y de alfombras gastadas», porque en Odette seguía prevaleciendo el respeto humano de la burguesía sobre el diletantismo de la cocotte.

De quienes amaban las baratijas, gustaban de los versos, despreciaban los cálculos mezquinos y soñaban con honor y con amor, Odette hacía una élite superior al resto de la humanidad. No era necesario tener realmente esas inclinaciones, bastaba con pregonarlas; de un hombre que, en una cena, le había confesado que le gustaba callejear y ensuciarse los dedos en las viejas tiendas, que nunca sería apreciado por este siglo mercantilista porque no le preocupaban sus propios intereses y en esto pertenecía a otro tiempo, Odette volvía a casa diciendo: «¡Qué alma tan adorable! ¡Es un sensible! ¡Nunca lo hubiera sospechado!», y sentía por él una inmensa y subitánea amistad. Pero, en cambio, quienes, como Swann, tenían esos gustos, pero no hablaban de ellos, la dejaban fría. Claro que estaba obligada a reconocer que Swann no daba importancia al dinero, pero añadía enfadada: «Pero en su caso, no es lo mismo», y en efecto, lo que hablaba a su imaginación no era la práctica del desinterés, era su vocabulario.

Dándose cuenta de que a menudo no podía realizar lo que ella

soñaba, Swann trataba al menos de que estuviese a gusto con él, de no contrariar aquellas ideas vulgares, aquel mal gusto que ella tenía en rodo, y que por lo demás él apreciaba como todo lo que venía de ella, que le fascinaban incluso, por ser otros tantos rasgos particulares gracias a los cuales se le manifestaba y volvía visible la esencia de aquella mujer. Por eso, cuando parecía feliz porque iba a ir a la Reine Topaze[216], o cuando su mirada se volvía seria, inquieta y resuelta si temía perderse la fiesta de las flores o simplemente la hora del té, con muffins y toasts, en el «Thé de la Rué Royale[217]» donde creía indispensable una presencia asidua para consagrar la reputación de elegancia de una mujer, Swann, arrastrado como solemos serlo por el carácter de un niño o por la verdad de un retrato que parece a punto de hablar, sentía el alma de su amante aflorarle con tal fuerza al rostro que no podía dejar de acercarse para tocarla con sus labios. «¡Ah! La pequeña Odette quiere que la lleven a la fiesta de las flores, quiere ser admirada, pues entonces la llevaremos, no podemos hacer otra cosa que inclinarnos». Como la vista de Swann era algo débil, hubo de resignarse a usar lentes para trabajar en casa, y a adoptar el monóculo, que lo desfiguraba menos, para la vida social. La primera vez que le vio uno en el ojo, Odette no pudo contener su alegría: «Que digan lo que quieran, yo creo que para un hombre no hay nada más chic. ¡Qué bien estás así! Pareces un verdadero gentleman. ¡Sólo te falta un título!», añadió con un deje de pesar. Le gustaba que Odette fuese así, del mismo modo que, de haberse enamorado de una bretona, habría sido feliz viéndola con cofia y oyéndole decir que creía en aparecidos. Hasta entonces, como muchos hombres en quienes el gusto por las artes se desarrolla independientemente de la sensualidad, había existido una extraña disparidad entre las satisfacciones que concedía al uno y a las otras, gozando, en compañía de mujeres cada vez más ordinarias, de las seducciones de obras cada vez más refinadas, llevando a una criadita, en palco con celosía, a la representación de una pieza decadente que él tenía ganas de ver, o a una exposición de pintura impresionista, convencido, por otro lado, de que una dama del gran mundo no hubiese entendido más, y encima no habría sabido callarse con tanta gracia. Pero desde

que amaba a Odette, en cambio, simpatizar con ella, tratar de tener una sola alma para los dos le resultaba tan dulce que intentaba gozar de las cosas que ella amaba, y sentía un placer tanto más hondo no sólo en imitar sus costumbres, sino en adoptar sus opiniones, porque, al no tener ninguna raíz en su propia inteligencia, le recordaban exclusivamente su amor, por cuya causa las había preferido. Si volvía a Serge Panine[218], si aprovechaba cualquier ocasión para ir a ver cómo dirigía Olivier Métra, era por la dulzura de ser iniciado en todas las ideas de Odette, de sentirse cómplice de todos sus gustos. Aquella magia de acercarle a ella que poseían las obras o los lugares que Odette amaba le parecía más misteriosa que aquella otra intrínseca a lugares y obras más bellos, pero incapaces de recordársela. Además, como había dejado debilitarse las convicciones intelectuales de su juventud, y como su escepticismo de hombre de mundo había penetrado, sin que se diese cuenta, hasta ella, creía (o al menos lo había creído tanto tiempo que aún lo proclamaba) que los objetos de nuestros gustos no tienen en sí un valor absoluto, sino que todo es cuestión de época, de clase, que todo consiste en modas; y las más vulgares valen tanto como las que pasan por las más exquisitas. Y como la importancia atribuida por Odette al hecho de tener invitaciones para las inauguraciones de pintura no le parecía en sí misma mas ridícula que el placer que en otro tiempo sintiera él por almorzar con el príncipe de Gales, tampoco creía que la admiración que Odette profesaba por Montecarlo o por el Righi[219] fuese más irracional que su propia afición por Holanda, que ella se figuraba un país feo, y por Versalles, que a ella le parecía triste. Por eso se privaba de visitarlos, y encontraba placer diciéndose que lo hacía por ella, y que sólo quería sentir y amar con ella.

Como todo lo que rodeaba a Odette y en cierto sentido para él no era más que el modo de poder verla y hablar con ella, Swann amaba las reuniones de los Verdurin. Como en el fondo de todas las diversiones, comidas, música, juegos, cenas de disfraces, excursiones campestres, noches de teatro, y hasta de las pocas «grandes veladas» dadas para los «pelmas», allí estaba la presencia de Odette, la vista de Odette, la conversación con Odette, don inestimable que los Verdurin

hacían a Swann invitándole; además, en el «cogollito» se encontraba mejor que en cualquier otra parte, y trataba de atribuirle méritos reales, imaginándose que lo frecuentaría toda su vida por propio gusto. Pero como, por miedo a no creerlo, no se atrevía a decirse que amaría eternamente a Odette, suponer al menos que siempre frecuentaría a los Verdurin (proposición que, a priori, planteaba menos objeciones de principio por parte de su inteligencia) le permitía ver un futuro en el que seguiría encontrándose con Odette todas las noches; eso quizá no fuera exactamente lo mismo que amarla eternamente, mas, por el momento, y mientras amaba, creer que no dejaría de verla un solo día era todo lo que pedía. ¡Qué ambiente tan delicioso!, pensaba. ¡En el fondo, la verdadera vida es ésta! ¡Aquí hay más inteligencia y más sentido artístico que en el gran mundo! Y ¡qué amor tan sincero el de Mme. Verdurin, a pesar de ciertas exageraciones algo ridículas, por la pintura y por la música, qué pasión por las obras, qué deseo de agradar a los artistas! Su idea de las gentes de mundo no es muy exacta, pero no lo es menos que éstas la tienen más falsa todavía de los ambientes artísticos. Puede ser que yo no tenga grandes necesidades intelectuales que satisfacer en la conversación, pero me encuentro muy a gusto con Cottard, a pesar de sus estúpidos retruécanos. Y por lo que se refiere al pintor, si resulta desagradable su pretensión cuando intenta deslumbrar a los demás, en cambio es una de las mejores inteligencias que yo haya conocido. Y sobre todo, además, allí uno se siente libre, cada cual hace lo que quiere sin presiones ni ceremonias. ¡Qué derroche de buen humor se gasta a diario en esa casa! Decididamente, salvo raras excepciones, de ahora en adelante, sólo frecuentaré ese ambiente. Y en él fundaré cada vez más mis hábitos y mi vida».

Y como las cualidades que creía intrínsecas de los Verdurin sólo eran reflejo de los placeres que su amor por Odette había disfrutado en su casa, esas cualidades se volvían más serias, más profundas y más vitales cuanto más lo eran esos placeres. Como en ocasiones Mme. Verdurin daba a Swann lo único que para él podía constituir la felicidad; como, cierta noche en que sufría de ansiedad porque Odette había hablado con un invitado más que con otro, y en que, irritado con ella, no quería tomar la iniciativa de preguntarle si volverían

juntos a casa, Mme. Verdurin le devolvía la paz y la alegría diciendo espontáneamente; «Odette, acompañará usted al señor Swann, ¿verdad?»; como, a punto de llegar el verano, y cuando lleno de inquietud se había preguntado si Odette se marcharía sin él, si podría seguir viéndola todos los días, Mme. Verdurin les había invitado a pasarlo juntos en su casa de campo, Swann, dejando involuntariamente que la gratitud y el interés se infiltraran en su inteligencia e influyesen en sus ideas, llegaba a proclamar que Mme. Verdurin tenía grandeza de alma. Por exquisitas o eminentes que fuesen ciertas personas de las que le hablaba alguno de sus antiguos compañeros de la escuela del Louvre[220]: «Prefiero cien veces a los Verdurin», respondía. Y con una solemnidad nueva en él añadía: «Son unos seres magnánimos, y en el fondo la magnanimidad es lo único que importa y que ennoblece en este mundo. Verás, sólo hay dos clases de personas: los magnánimos y el resto; y he llegado a una edad en que hay que tomar partido, decidir de una vez por todas qué se quiere amar y qué despreciar, quedarnos con los que amamos y, para recuperar el tiempo que malgastamos con los demás, no separarnos de ellos hasta su muerte. Por eso», añadía con esa leve emoción que sentimos, cuando, incluso sin darnos muy bien cuenta, decimos una cosa no porque sea verdad, sino porque sentimos placer diciéndola y porque la escuchamos en nuestra propia voz como si viniese de fuera, «la suerte está echada, he decidido amar sólo a los corazones magnánimos y vivir únicamente en la magnanimidad. Me preguntas si Mme. Verdurin es realmente inteligente. Te aseguro que me ha dado pruebas de una nobleza de corazón y de una altura de alma que, qué quieres que te diga, no se alcanza sin una altura igual de pensamiento. Claro que comprende en profundidad las artes. Pero en ella, tal vez no sea eso lo más digno de admiración; ciertas pequeñas acciones ingeniosas y exquisitamente buenas que ha hecho por mí, cierta atención genial, determinados gestos familiarmente sublimes, revelan una comprensión de la existencia más profunda que todos los tratados de filosofía».

Y sin embargo habría podido admitir que había viejos amigos de sus padres tan sencillos como los Verdurin, compañeros de su

juventud igual de apasionados por el arte, que conocía a otras personas de gran corazón y que, sin embargo, desde que había optado por la simplicidad, las artes y la magnanimidad, había dejado de frecuentarlas. Pero esas personas no conocían a Odette, y, de haberla conocido, no se habrían preocupado de acercarla a él.

Así que, en todo el círculo de los Verdurin, no había desde luego un solo fiel que los quisiese o creyese quererlos tanto como Swann. Y sin embargo, cuando M. Verdurin había dicho que Swann no le convencía, no sólo había expresado su propio pensamiento sino que había adivinado el de su mujer. Seguramente Swann sentía por Odette un cariño demasiado particular, y había olvidado hacer de Mme. Verdurin su confidente cotidiana: sin duda la discreción misma con que aprovechaba la hospitalidad de los Verdurin, absteniéndose a menudo de acudir a cenar por una razón que no podían suponer y en la que veían el deseo de no renunciar a una invitación de los «pelmas», y también, sin duda, el progresivo descubrimiento que, a pesar de todas las precauciones que había tomado para ocultárselo, iban haciendo de su brillante situación mundana, todo esto contribuía a la irritación de los Verdurin contra él. Pero la razón profunda era otra. Y es que enseguida habían advertido en Swann un espacio reservado, impenetrable, donde seguía profesando silenciosamente para sí que la princesa de Sagan no era grotesca y que las bromas de Cottard no eran graciosas; en definitiva, y aunque nunca se apartase de su amabilidad ni se rebelase contra sus dogmas, una imposibilidad de imponerle estos últimos y de convertirle enteramente a ellos, como nunca habían encontrado en nadie. Le habrían perdonado que se tratase con los pelmas (a quienes, por lo demás, en el fondo de su corazón, prefería mil veces antes que a los Verdurin y a todo el cogollito) si hubiese consentido, para dar buen ejemplo, en renegar de ellos en presencia de los fieles. Pero comprendieron que era una abjuración que no podrían arrancarle.

¡Qué diferencia con un «nuevo» a quien Odette les había pedido que invitasen, aunque sólo hubiera hablado con él unas pocas veces, y en quien los Verdurin fundaban muchas esperanzas, el conde de Forcheville! (Resultó ser precisamente cuñado de Saniette, cosa que llenó de asombro a los fieles: el viejo archivero tenía unos modales

tan humildes que siempre le habían creído de un rango social inferior al suyo, y no esperaban llegar a saber que pertenecía a un mundo adinerado y relativamente aristocrático). Cierto que Forcheville era groseramente esnob, mientras que Swann no lo era; cierto que distaba mucho de poner, como Swann, el ambiente de los Verdurin por encima de todos los demás. Pero carecía de esa delicadeza de temperamento que impedía a Swann sumarse a las críticas, demasiado manifiestamente falsas, que Mme. Verdurin lanzaba contra personas que él conocía. En cuanto a las parrafadas pretenciosas y vulgares que el pintor soltaba ciertos días, alas bromas de viajante de comercio que aventuraba Cottard, para las que Swann, que apreciaba a ambos, encontraba fácilmente excusas aunque no tuviese el valor y la hipocresía de aplaudirlas, Forcheville era por el contrario de un nivel intelectual que le permitía quedar atónito y maravillado por las primeras, aunque sin comprenderlas, y deleitarse con las segundas. Y fue precisamente la primera cena en casa de los Verdurin a que asistió Forcheville la que arrojó luz sobre todas estas diferencias, realzó sus cualidades y precipitó la desgracia de Swann.

Además de los habitués, en aquella cena estaba un profesor de la Sorbona, Brichot, que había conocido al señor y la señora Verdurin en las aguas y que, si sus funciones universitarias y sus trabajos de erudición no hubieran hecho muy raros sus momentos de libertad, de buena gana habría ido más a menudo a su casa. Porque tenía esa curiosidad, esa superstición de la vida que, unida a cierto escepticismo sobre el objeto de sus propios estudios, proporciona a unos cuantos hombres inteligentes en cualquier profesión, médicos que no creen en la medicina, profesores de liceo que no creen en la versión de latín, la reputación de mentes abiertas, brillantes, e incluso superiores. En casa de Mme. Verdurin, hacía gala de buscar sus comparaciones entre lo que era de mayor actualidad cuando hablaba de filosofía y de historia, primero por estar convencido de que ambas no son más que una preparación para la vida y por figurarse que en el pequeño clan encontraba en acto lo que hasta entonces sólo había conocido en los libros, y tal vez también porque, habiéndoselo visto inculcar en el pasado, y habiendo conservado sin saberlo, el respeto por ciertos temas, creía despojarse del universitario tomándose con

ellos unas libertades que, por el contrario, sólo le parecían tales porque seguía siéndolo.

Desde el principio de la cena, cuando el señor de Forcheville, sentado a la derecha de Mme. Verdurin que, en honor del «nuevo», había hecho un gran derroche en su atuendo, le decía: «¡Qué original esa toilette blanca!», el doctor, que no había dejado de observarle, por la curiosidad que tenía de saber de qué estaba hecho lo que él llamaba un «de», y que buscaba una oportunidad para llamar su atención y entrar en contacto más estrecho con él, cogió al vuelo la palabra «blanca» y, sin levantar la nariz del plato, dijo: «¿Blanca? ¿Blanca de Castilla[221]?», y luego, sin mover la cabeza, lanzó furtivamente a derecha e izquierda miradas inseguras y risueñas. Mientras Swann, con el vano y doloroso esfuerzo que hizo por sonreír, atestiguó que el retruécano le parecía estúpido, Forcheville daba muestras de que apreciaba la agudeza y, al mismo tiempo, de que sabía comportarse, conteniendo en sus justos límites una hilaridad cuya franqueza conquistó a Mme. Verdurin.

«¿Qué me dice usted de un sabio así?, le había preguntado a Forcheville. No hay modo de hablar en serio con él ni dos minutos. ¿Cuenta usted las mismas cosas en su hospital?, añadió volviéndose hacia el doctor. Entonces no debe de ser tan aburrido ir todos los días. Veo que acabaré pidiendo que me admitan en él.

—Me parece haber oído que el doctor hablaba de esa vieja pécora de Blanca de Castilla, si se me permite expresarme así. ¿No es cierto, señora?», preguntó Brichot a Mme. Verdurin que, extasiada y con los ojos cerrados, escondió la cara entre las manos, de donde escaparon unos gritos sofocados. «Por Dios, señora, no quisiera alarmar a las almas respetuosas, si es que las hay en torno de esta mesa, sub rosa[222]… Reconozco además que nuestra inefable república ateniense —¡oh, cuánto!— podría honrar en esa capeta oscurantista al primero de los prefectos de policía de puño de hierro. Cierto, mi querido anfitrión, cierto», prosiguió con su voz bien timbrada que separaba cada sílaba, en respuesta a una objeción de M. Verdurin. «La Chronique de Saint-Denis[223], cuya información es indiscutible, no deja duda alguna a este respecto. No podría elegirse patrona mejor

para un proletariado en vías de laicización que esa madre de un santo, al que por cierto también se las hizo pasar moradas, como dice Suger y el mismo san Bernardo[224]; porque les ajustaba las cuentas a todos.

—¿Quién es ese caballero?», preguntó Forcheville a Mme. Verdurin, «parece una eminencia.

—Pero ¿no conoce usted al famoso Brichot? Es célebre en toda Europa.

—¡Ah!, es Bréchot, exclamó Forcheville que no había oído bien, ¡nada menos!», añadió clavando unos ojos desorbitados en el hombre célebre. «Siempre es interesante cenar con una persona famosa. Oiga, pero si ustedes nos invitan a cenar con comensales de primera fila. En su casa sí que es imposible aburrirse.

—Verá, dijo en tono modesto Mme. Verdurin, lo que ocurre es que se sienten a gusto. Hablan de lo que quieren, y la conversación se convierte en fuegos de artificio. Brichot, por ejemplo, esta noche todavía no es nada: ha de saber que, en mi casa, le he visto brillantísimo, como para caer de rodillas; sin embargo, en otras casas, ya no es el mismo, le falta ingenio, hay que arrancarle las palabras y hasta resulta aburrido.

—¡Qué curioso!», dijo Forcheville asombrado.

Un tipo de ingenio como el de Brichot habría sido tenido por pura estupidez en el ambiente en que Swann había pasado su juventud, aunque sea compatible con una inteligencia verdadera. Y la del profesor, vigorosa y bien nutrida, probablemente hubiera podido suscitar envidia en muchas personas de mundo que a Swann le parecían ingeniosas. Mas éstas habían acabado por inculcarle tan bien sus gustos y sus repulsiones, al menos en materia de vida mundana e incluso en aquella de sus partes anejas que en realidad debería inscribirse en el dominio de la inteligencia: es decir la conversación, que Swann no pudo por menos de juzgar pedantescas, vulgares y groseras hasta la repulsión las bromas de Brichot. Además le chocaba, habituado como estaba a los buenos modales, el tono rudo y militar que el universitario patriotero adoptaba para dirigirse a todo el mundo. Por último, y quizá por encima de todo, aquella noche había

perdido su indulgencia al ver la amabilidad que Mme. Verdurin desplegaba con el tal Forcheville, a quien Odette había tenido la singular ocurrencia de llevar. En cuanto llegó, y algo violenta con Swann, le había preguntado:

«¿Qué le parece mi invitado?».

Y él, advirtiendo por vez primera que Forcheville, a quien conocía hacía mucho, podía agradar a una mujer y era hombre bastante atractivo, había contestado: «¡Inmundo!». No se le pasaba por la imaginación, desde luego, estar celoso de Odette, pero no se sentía tan feliz como de costumbre, y cuando Brichot, que había empezado a contar la historia de la madre de Blanca de Castilla, que «había estado durante años con Enrique Plantagenet antes de casarse con él[225]», quiso que Swann le pidiera que continuase, diciéndole: «¿No es así, señor Swann?», en el tono marcial que se adopta para ponerse a la altura de un aldeano o dar ánimo a un soldado, Swann cortó el efecto, con gran enfado de la dueña de la casa, respondiendo que tuviesen a bien excusarle por interesarse tan poco en Blanca de Castilla, pero que tenía que preguntar algo al pintor. Éste, en efecto, había ido esa tarde a visitar la exposición de un artista, amigo de Mme. Verdurin, muerto hacía poco, y Swann habría querido saber de sus labios (porque apreciaba su gusto) si verdaderamente había en sus últimas obras algo más que el virtuosismo que ya pasmaba en las anteriores.

«Desde ese punto de vista era extraordinario, pero su obra no parecía un arte, como suele decirse, muy "elevado", dijo Swann con una sonrisa.

—Elevado… a la altura de una institución», le interrumpió Cottard alzando los brazos con gravedad simulada.

Toda la mesa se echó a reír.

«¿No se lo había dicho? Es imposible estar serio con él, dijo Mme. Verdurin a Forcheville. Cuando menos lo esperas, sale con una pata de banco».

Pero se dio cuenta de que Swann era el único que no se había reído. Además, no le divertía mucho que Cottard hiciese reír a su costa delante de Forcheville. Mas el pintor, en vez de dar a Swann

una respuesta interesante, como probablemente hubiera hecho de haber estado a solas con él, prefirió ganarse la admiración de los comensales colocando una frase efectista sobre la habilidad del maestro desaparecido.

«Me acerqué, dijo, para ver cómo lo hacía, y metí la nariz en los cuadros. Y nada, ¡imposible decir si están hechos con cola, con rubíes, con jabón, con bronce, con sol o con caca!

—¡Más uno, doce!», exclamó a destiempo el doctor, sin que nadie comprendiese su interrupción.

«Parece que están hechos de nada, continuó el pintor, no hay manera de descubrir el truco, igual que en La Ronda[226] o en Las regentes, y como mano es incluso más fuerte que Rembrandt y que Hals. Tiene todo dentro, sin tenerlo, se lo juro».

Y como los cantantes que, llegados a la nota más alta que pueden dar, continúan con voz de falsete, piano, se limitó a murmurar, y riéndose, como si de hecho aquella pintura terminara siendo ridícula a fuerza de belleza:

«Tiene buen olor, se sube a la cabeza, te corta la respiración, te hace cosquillas, y no hay medio de saber con qué se hizo, es hechicería, es marrullería, es puro milagro (estallando en carcajadas): ¡es indecente!». E, interrumpiéndose, irguiendo muy serio la cabeza, adoptando una nota de bajo profundo que se esforzó por volver armoniosa, añadió: «¡Y es tan leal!».

Salvo en el momento en que había dicho: «más fuerte que La Ronda», blasfemia que había provocado una protesta de Mme. Verdurin, que tenía La Ronda por la mayor obra maestra del universo junto con la Novena y la Samotracia[227], y cuando dijo lo de «hecho con caca», que había obligado a Forcheville a lanzar una ojeada circular a la mesa para ver si la palabra pasaba antes de permitir que a su boca asomase una sonrisa mojigata y conciliadora, todos los invitados, menos Swann, habían clavado en el pintor unos ojos fascinados por la admiración.

«¡Cómo me divierte cuando se entusiasma así!», exclamó, nada más terminar el pintor, Mme. Verdurin, encantada de que fuese tan interesante la mesa precisamente el día en que el señor de Forcheville

acudía por primera vez. «Y tú, ¿qué haces ahí, con la boca abierta como un pasmarote?, le dijo a su marido. Sabes de sobra que habla bien; se diría que es la primera vez que le oye a usted. ¡Si le hubiese visto mientras hablaba! Se bebía sus palabras. Y mañana nos recitará todo lo que usted ha dicho, sin saltarse una sílaba.

—Pero si estoy hablando en serio, dijo el pintor, encantado con el éxito; parece usted creer que es palabrería, puro camelo lo que digo; le llevaré a verla, y ya me dirá si he exagerado; ¡le apuesto lo que quiera a que vuelve más entusiasmada que yo!

—No, si no creemos que exagere, sólo queremos que coma, y que también coma mi marido; llévele otro lenguado normando al señor, ¿no ve que el suyo está frío? No tenemos ninguna prisa, está usted sirviendo como si hubiese fuego, espere un poco para sacar la ensalada».

Mme. Cottard, que era modesta y hablaba poco, sabía sin embargo encontrar aplomo cuando una feliz inspiración le sugería una frase acertada. Estaba segura de que tendría éxito, y eso le daba confianza, aunque si intervenía era menos por brillar que por contribuir a la carrera de su marido. Así que no dejó escapar la palabra «ensalada» que acababa de pronunciar Mme. Verdurin.

«¿No será ensalada japonesa?», dijo a media voz volviéndose hacia Odette.

Y complacida y confusa por la oportunidad y la audacia de aquella alusión discreta, aunque clara, a la nueva comedia de Dumas[228] que tanto eco había tenido, se echó a reír con deliciosa risa de ingenua, poco sonora pero tan irresistible que durante unos instantes no consiguió dominarla. «¿Quién es esa dama? Tiene ingenio», dijo Forcheville.

«No, pero se la prepararemos si todos ustedes vienen a cenar el viernes.

—Le voy a parecer muy provinciana, caballero, le dijo Mme. Cottard a Swann, pero aún no he visto esa famosa Francillon de la que todo el mundo habla. El doctor ya ha ido a verla (hasta recuerdo que me dijo haber tenido el grandísimo placer de pasar la velada con usted) y confieso que no me ha parecido razonable que sacase

entradas para volver conmigo. Evidentemente, en el Théâtre-Français nunca se desperdicia la velada, trabajan siempre tan bien, pero como tenemos unos amigos muy amables». (Mme. Cottard rara vez pronunciaba un nombre propio, limitándose a decir «unos amigos nuestros», «una de mis amigas», por «distinción», en un tono falso y con el aire de importancia de la persona que sólo nombra a quien quiere) «que disponen de palcos muy a menudo y tienen la feliz idea de llevarnos a todas las novedades que merecen la pena, estoy segura de que un poco antes o un poco después he de ver Francillon, y de poder formarme una opinión. Debo confesar, sin embargo, que me siento un poco estúpida, porque en todos los salones que visito no se habla de otra cosa que de esa maldita ensalada japonesa. Hasta empieza a cansar un poco», añadió viendo que Swann parecía menos interesado de lo que ella había supuesto por una actualidad tan candente. «Pero le confesaré, sin embargo, que a veces sirve de pretexto para ocurrencias bastante divertidas. Por ejemplo, una amiga mía muy original a pesar de ser muy guapa, muy agasajada y muy impulsiva, sostiene que ha mandado hacer esa ensalada japonesa en casa, pero poniéndole todo lo que Alexandre Dumas hijo dice en la comedia. Había invitado a unas cuantas amigas a comer. Por desgracia yo no me encontraba entre las elegidas. Nos lo ha contado hace poco, en su día de visita; parece que la ensalada era detestable, nos ha hecho llorar de risa. Claro que todo está en el modo de contar», añadió viendo que Swann mantenía un semblante grave.

Y suponiendo que tal vez fuese porque no le gustaba Francillon:

«Además, creo que me decepcionará. No creo que valga tanto como Serge Panine, el ídolo de Mme. de Crécy. Ésos sí que son argumentos profundos, que hacen pensar; pero ¡dar una receta de ensalada sobre el escenario del Théâtre-Français! ¡Ni comparación con Serge Panine! Además, es como todo lo que sale de la pluma de Georges Ohnet, está siempre tan bien escrito. No sé si conoce usted Le Maître de Forges[229], que a mí me gusta todavía más que Serge Panine.

—Perdóneme, le dijo Swann con aire irónico, pero confieso que mi falta de admiración por esas dos obras maestras es poco más o

menos la misma.

—¿De veras? ¿Qué es lo que les reprocha? ¿Tiene prejuicios? ¿Le parecen acaso un poco tristes? Por otra parte, como yo siempre digo, nunca se debe discutir sobre novelas ni sobre obras de teatro. Cada cual tiene su modo de ver y a usted puede parecerle detestable lo que a mí más me gusta».

Fue interrumpida por Forcheville que se dirigía a Swann. Porque mientras Mme. Cottard hablaba de Francillon, Forcheville había expresado a Mme. Verdurin su admiración por lo que había denominado el pequeño «speech» del pintor.

«¡Qué facilidad de palabra y qué memoria tiene el señor!», le había dicho a Mme. Verdurin cuando el pintor hubo acabado. «¡He visto pocas parecidas! ¡Demonio!, ya las quisiera yo para mí. Sería un predicador excelente. Podría decirse que con él y con el señor Bréchot tienen ustedes dos números de mucha fuerza, y no sé si en labia aquél gana por la mano al profesor. Le sale más natural, es menos rebuscado. Aunque, en el camino, utilice algunas palabras algo realistas, pero es el gusto del día, y pocas veces he visto parlotear con tanta destreza, como decíamos en mi regimiento, donde sin embargo tenía yo un camarada a quien precisamente el señor me ha recordado un poco. A propósito de cualquier cosa, no sé qué decirle, de este vaso por ejemplo, era capaz de parlotear durante horas, no, de este vaso no, lo que digo es estúpido; pero a propósito de la batalla de Waterloo, de lo que usted quiera, y de paso nos soltaba cosas en las que a usted nunca se le hubiera ocurrido pensar. Por cierto, Swann debió de conocerle, estaba en el mismo regimiento.

—¿Ve usted con frecuencia al señor Swann?, preguntó Mme. Verdurin.

—No, todo lo contrario», respondió M. de Forcheville, y como, para acercarse con mayor facilidad a Odette, deseaba congraciarse con Swann, quiso aprovechar la ocasión para halagarle hablando de sus notables relaciones, pero como hombre de mundo, en un tono de crítica cordial y sin dar la impresión de felicitarle por ello como por un éxito inesperado: «¿No es cierto, Swann? Nunca le veo. Además, ¿qué hacer para verle? ¡Este animal siempre está metido en casa de los

La Trémoille[230], de los Laumes, en casa de toda esa gente!...». Imputación por otro lado completamente falsa, sobre todo porque desde hacía un año Swann apenas frecuentaba otra casa que la de los Verdurin. Pero el mero nombre de personas desconocidas para ellos bastaba para provocar un silencio cargado de reprobación. M. Verdurin, temiendo la penosa impresión que esos nombres de «pelmas», sobre todo soltados así, sin tacto, a la cara de todos los fieles, habían debido de producir en su mujer, le lanzó a hurtadillas una mirada llena de inquieta solicitud. Vio entonces que en su resolución de no darse por enterada, de no haber sido rozada siquiera por la noticia que acababan de comunicarle, de permanecer no sólo muda, sino de haber sido sorda, igual que nos esforzamos por fingirlo cuando un amigo indiscreto intenta insinuar en la conversación una excusa que daríamos la impresión de admitir si la oyésemos sin protestar, o cuando en nuestra presencia se pronuncia el nombre prohibido de un ingrato, Mme. Verdurin, para que su silencio no hiciese pensar en un consentimiento, sino en el silencio ignorante de las cosas inanimadas, había despojado repentinamente a su rostro de toda vida, de toda motilidad; su frente abombada se había convertido en un bello estudio de escultura en alto relieve donde el nombre de aquellos La Trémoílle en cuya casa Swann siempre estaba metido no había podido penetrar; su nariz levemente arrugada mostraba una hendidura que parecía calcada sobre la vida. Se hubiese dicho que su boca entreabierta estaba a punto de hablar. Ya sólo era una cera perdida, una máscara de yeso, una maqueta para un monumento, un busto para el Palacio de la Industria[231] ante el que el público se detendría seguramente para admirar la habilidad con que el escultor había expresado la imprescriptible dignidad de los Verdurin, enfrentada a la de los La Trémoille y de los Laumes que así se igualaban a todos los pelmas de la tierra, y había llegado a dar una majestad casi papal a la blancura y rigidez de la piedra. Pero el mármol acabó por animarse e hizo oír que se necesitaba tener estómago para ir a casa de gente así, porque la mujer siempre estaba borracha y el marido era tan ignorante que decía cogedor por corredor.

«Ni por todo el oro del mundo dejaría yo entrar eso en mi casa», concluyó Mme. Verdurin mirando a Swann con aire imperioso.

Indudablemente no esperaba que Swann se sometiese hasta el punto de imitar la santa simplicidad de la tía del pianista, que acababa de exclamar: «¿Qué les parece? Lo que me asombra es que todavía haya personas dispuestas a hablarles; a mí me daría miedo: ¡es tan fácil recibir un mal golpe! ¿Cómo es posible que haya gente tan bruta que corra tras ellos?». O que no contestase, por lo menos, como Forcheville: «Bueno, es una duquesa; hay gentes a las que eso todavía impresiona», frase que había permitido a Mme. Verdurin replicar: «¡Que les aproveche!». En cambio Swann se limitó a reír con un gesto que significaba que ni siquiera podía tomar en serio semejante extravagancia. M. Verdurin, que seguía lanzando sobre su mujer miradas furtivas, veía con tristeza y comprendía perfectamente que la dominaba la cólera de un gran inquisidor que no consigue extirpar la herejía; y con ánimo de conseguir de Swann una retractación, porque el coraje de las opiniones propias siempre parece cálculo y cobardía a ojos de aquellos contra quienes se ejerce, M. Verdurin le interpeló:

«Díganos francamente lo que piensa, no iremos a contárselo».

A lo que Swann respondió: «Pero si no es por miedo a la duquesa (si es que usted se refiere a los La Trémoille). Les aseguro que a todo el mundo le gusta ir a su casa. No digo que sea "profunda" (pronunció "profunda" como si hubiese sido una palabra ridícula, porque su lenguaje conservaba huellas de hábitos espirituales que cierta renovación, marcada por el amor a la música, le había hecho perder momentáneamente —a veces expresaba sus opiniones con ardor pero con toda franqueza—, es una mujer inteligente y su marido verdaderamente culto. Son personas fascinantes».

Hasta el punto de que Mme. Verdurin, intuyendo que por culpa de aquel solo infiel no conseguiría realizar la unidad moral del cogollito, en su rabia contra aquel testarudo que no veía cuánto le hacían sufrir sus palabras, no pudo dejar de gritarle desde el fondo del corazón:

«Si quiere pensarlo, hágalo, pero por lo menos no venga a decírnoslo.

—Todo depende de lo que usted llame inteligencia, dijo Forcheville que también quería lucirse. Díganos, Swann, ¿qué

entiende por inteligencia?

—¡Muy bien!, exclamó Odette, ésas son las grandes cosas de las que le pido que me hable, pero nunca quiere.

—Claro que sí… protestó Swann.

—¡Eso sí que es una broma!, dijo Odette.

—¿Broma de bromuro?, preguntó el doctor.

—¿Opina usted, prosiguió Forcheville, que inteligencia equivale a cháchara mundana, a la habilidad de ciertas personas para insinuarse?

—Termine sus entremeses para que le puedan retirar el plato», dijo Mme. Verdurin en tono agrio dirigiéndose a Saniette, que, absorto en sus reflexiones, había dejado de comer. Y quizás algo avergonzada del tono que había empleado: «No importa, tómese su tiempo; si se lo digo es por los demás, porque eso impide servirles.

—Hay una definición muy curiosa de inteligencia en ese dulce anarquista de Fénelon[232], dijo Brichot recalcando las sílabas.

—¡Escuchen!, dijo a Forcheville y al doctor Mme. Verdurin, va a darnos la definición de inteligencia según Fénelon, es interesante, no todos los días se tiene ocasión de oírla.

Pero Brichot estaba esperando a que Swann diese la suya. Éste no respondió y escurriendo el bulto hizo fracasar la brillante justa que Mme. Verdurin se congratulaba de ofrecer a Forcheville.

—Ya lo ven, hace lo mismo conmigo, dijo Odette en tono enfurruñado, no me molesta descubrir que no soy la única a quien no considera a su altura.

—Esos La Trémouaille[233] que Mme. Verdurin nos ha pintado como tan poco recomendables, dijo Brichot articulando con fuerza, ¿no serán descendientes de unos que aquella buena esnob de Mme. de Sévigné confesaba alegrarse de conocer porque le convenía delante de sus campesinos[234]? Cierto que la marquesa tenía otra razón, y que para ella debía de primar sobre la primera, porque, literata hasta la médula, ponía su correspondencia por encima de todo. Y en el diario que regularmente enviaba a su hija, era Mme. de La Trémouaille, bien documentada gracias a sus ilustres parientes, la que se ocupaba de política extranjera.

—No, no creo que sea la misma familia», dijo por si acaso Mme. Verdurin.

Saniette, que, desde que había entregado precipitadamente al mayordomo su plato todavía lleno, había vuelto a sumirse en un silencio meditativo, emergió al fin para contar, riéndose, la anécdota de una cena con el duque de La Trémouaille, anécdota de la que resultaba que éste no sabía que George Sand era el seudónimo de una mujer. Swann, que tenía simpatía por Saniette, creyó oportuno proporcionarle algunos detalles sobre la cultura del duque para demostrar que semejante ignorancia era, de su parte, materialmente imposible; pero de pronto se calló: acababa de comprender que Saniette no tenía necesidad de tales pruebas y sabía de sobra que la historia era falsa por la sencilla razón de que acababa de inventársela. Aquel hombre excelente sufría viendo que los Verdurin le tomaban por un pelma; y consciente de haber estado en aquella cena más insulso todavía que de costumbre, no había querido dejarla concluir sin decir algo gracioso. Capituló tan pronto, pareció tan infeliz al ver cómo fallaba el efecto con que había contado y respondió a Swann en un tono tan vil, para que éste no se encarnizase en una refutación ahora ya inútil: «Bueno, bueno; en todo caso, incluso aunque me equivoque, no creo que sea un crimen», que Swann hubiera deseado poder decir que la anécdota era verdadera y deliciosa. Al doctor, que los había escuchado, le pareció oportuno decir: Se non e vero[235], pero no estaba muy seguro de las palabras y tuvo miedo a embarullarse.

Acabada la cena, fue Forcheville quien se dirigió al doctor.

«No debía de estar mal Mme. Verdurin, y encima es una mujer con la que se puede hablar; y para mí eso es lo más importante. Algo entrada en años, desde luego. La que sí parece inteligente es esa mujercita de Mme. de Crécy, canastos, ¡se ve que tiene el ojo americano[236]! Estábamos hablando de Mme. de Crécy», le dijo a M. Verdurin que se acercaba con la pipa en la boca. «Me imagino que como cuerpo…

—Mejor meterse en la cama con ella que con el diablo», dijo precipitadamente Cottard, que desde hacía un rato esperaba

inútilmente a que Forcheville recobrase el aliento para colocar esa vieja broma, temiendo perder la oportunidad si la conversación tomaba otro derrotero, y la soltó con ese exceso de espontaneidad y seguridad con que se intenta enmascarar la frialdad y la desazón inseparables de todo recitado. Forcheville la conocía, la entendió y se divirtió con ella. Tampoco M. Verdurin escatimó su alegría, porque hacía poco que había encontrado, para expresarla, un símbolo distinto del que empleaba su mujer, pero igual de sencillo y de claro. Nada más empezar a hacer el movimiento de cabeza y hombros propio de quien se desternilla de risa, se ponía a toser como si, por reírse demasiado fuerte, se hubiese atragantado con el humo de la pipa. Y sin quitársela de la comisura de la boca, prolongaba indefinidamente el simulacro de ahogo y de hilaridad. Por eso él y Mme. Verdurin, que, enfrente y mientras escuchaba al pintor contarle una historia, cerraba los ojos antes de hundir el rostro entre las manos, hacían pensar en dos máscaras de teatro expresando de modo diverso la alegría.

M. Verdurin, por otro lado, había hecho bien en no quitarse la pipa de la boca, porque Cottard, que tenía necesidad de salir un momento, dijo a media voz una chanza aprendida hacía poco y que repetía cada vez que debía ir al mismo lugar: «Tengo que irme a echar una parrafada con el duque d'Aumale[237]», de modo que volvió a empezar el acceso de tos de M. Verdurin.

«Venga, quítate la pipa de la boca, terminarás ahogándote si contienes así la risa», le dijo Mme. Verdurin que venía a ofrecer licores.

«¡Qué encantador es su marido, tiene ingenio por cuatro!, declaró Forcheville a Mme. Cottard. Gracias, señora. Un viejo soldado como yo nunca rechaza un trago.

—A M. de Forcheville Odette le parece encantadora, le dijo M. Verdurin a su mujer.

—Pues a ella también le encantaría almorzar una vez con usted. Nosotros lo arreglaremos, pero no hay necesidad de que Swann se entere. Ya sabe, lo enfría todo. Claro que eso no quita para que venga usted a cenar, esperamos tenerle con nosotros muy a menudo. Ahora

que llega el buen tiempo, salimos a cenar al aire libre a menudo. ¿No le aburren las pequeñas cenas en el Bois? Bien, bien, será muy divertido. Pero ¿cuándo va a ponerse a trabajar?», le gritó al pequeño pianista, para hacer ostentación, al mismo tiempo, delante de un nuevo de la importancia de Forcheville, de su propio ingenio y del poder tiránico que ejercía sobre los fieles.

«M. de Forcheville estaba hablándome mal de ti», le dijo Mme. Cottard a su marido cuando éste volvió al salón.

Y Cottard, que seguía con la idea de la nobleza de Forcheville que ocupaba su mente desde el principio de la cena, le dijo:

«En este momento tengo entre mis enfermos a una baronesa, la baronesa Putbus; los Putbus participaron en las Cruzadas[238], ¿no? Tienen en Pomerania un lago diez veces mayor que la plaza de la Concorde. La estoy curando de una artritis seca, es una mujer encantadora. Además creo que conoce a Mme. Verdurin».

Con lo que permitió a Forcheville, cuando un momento después se encontró a solas con Mme. Cottard, completar el juicio favorable que había hecho sobre su marido.

«Y qué interesante además, se ve que conoce a mucha gente. ¡Caramba, cuántas cosas saben los médicos!».

—Tocaré la frase de la Sonata para M. Swann, dijo el pianista.

—¡Diantre!, esperemos que no sea la «Serpiente de Sonatas[239]"», dijo M. de Forcheville intentando lucirse.

Pero el doctor Cottard, que nunca había oído ese juego de palabras, no lo captó, y, pensando en un error de M. de Forcheville, se apresuró a acercarse para corregirlo.

«No, no se dice serpiente de sonatas, sino serpiente de cascabel», exclamó en tono solícito, impaciente y triunfal.

Forcheville le explicó el juego de palabras y el doctor se puso colorado.

«¿No le parece que tiene gracia?

—Bueno, lo conozco hace tanto tiempo», respondió Cottard.

Pero se callaron; bajo la agitación de los trémolos de violín que la protegían con su temblorosa indumentaria a dos octavas de distancia —y lo mismo que, en una región montañosa, tras la inmovilidad

aparente y vertiginosa de una cascada, se divisa, doscientos pies más abajo, la forma minúscula de una paseante—, la pequeña frase acababa de brotar, lejana, llena de gracia, protegida por la larga caída de aquella cortina transparente, incesante y sonora. Y desde el fondo de su corazón, Swann se dirigió a ella como a una confidente de su amor, como a una amiga de Odette que habría debido decirle que no se preocupase por el tal Forcheville.

«Llega usted tarde, dijo Mme. Verdurin a un fiel al que sólo había invitado en calidad de "mondadientes", hemos tenido "un". Brichot incomparable, ¡qué elocuencia! Pero se ha marchado. ¿Verdad, M. Swann? Me parece que es la primera vez que se encuentra con él», añadió para hacerle notar que era a ella a quien debía ese conocimiento. «¿Verdad que nuestro Brichot ha estado delicioso?».

Swann se inclinó cortésmente.

«¿No? ¿No le ha interesado?, le preguntó secamente Mme. Verdurin.

—Claro que sí, señora, mucho, me ha fascinado. Quizá sea demasiado perentorio y un poco jovial para mi gusto. A veces echo en falta en él algún titubeo y más dulzura, pero se nota que sabe muchas cosas y parece una persona excelente».

Todo el mundo se retiró muy tarde. Las primeras palabras de Cottard a su mujer fueron:

«Pocas veces he visto a Mme. Verdurin tan animada como esta noche».

«¿Qué es exactamente la tal Mme. Verdurin? ¿Ni carne ni pescado[240]?», le dijo Forcheville al pintor, a quien propuso acompañarle a su casa.

Odette lo vio alejarse con pena, no se atrevió a no regresar con Swann, pero estuvo de mal humor en el coche, y cuando él le preguntó si debía entrar, le dijo: «Por supuesto», encogiéndose de hombros con cierta impaciencia. Cuando todos los invitados se hubieron marchado, Mme. Verdurin le dijo a su marido:

«¿Has notado qué risa más estúpida ha puesto Swann cuando hemos hablado de Mme. La Trémoílle?».

Se había dado cuenta de que Swann y Forcheville habían suprimido varias veces la partícula delante de ese nombre. Segura de que lo habían hecho para demostrar que no les intimidaban los títulos, deseaba imitar su orgullo, pero no había captado bien la forma gramatical con que ese orgullo se traducía. Además, como su defectuoso modo de hablar se imponía a su intransigencia republicana, seguía diciendo «los de La Trémoílle», o mejor dicho, con una abreviación usual en las letras de las canciones de café-concierto y las leyendas de los caricaturistas que disimulaba el «de», los «d'La Trémoílle», para luego desquitarse diciendo: «Madame La Trémoílle». «La Duquesa, como dice Swann», añadió irónica con una sonrisa para poner de manifiesto que se limitaba a citar y que personalmente no asumía una denominación tan ingenua y ridícula.

«Te diré que me ha parecido extremadamente estúpido».

Y M. Verdurin le respondió: «No es sincero, es un hombre lleno de cautelas que nunca sabe a qué carta quedarse. Siempre quiere nadar y guardar la ropa. ¡Qué diferencia con Forcheville! Éste por lo menos te dice francamente lo que piensa. Te guste o no te guste. No es como el otro, que nunca sabes si habla en broma o en serio. Por otro lado, Odette parece preferir con diferencia al Forcheville, y me parece bien. Además, en última instancia, mientras Swann se las da de hombre de mundo, de paladín de duquesas, el otro por lo menos tiene su título; siempre será conde de Forcheville», añadió con delicadeza, como si, al corriente de la historia de ese condado, sopesase minuciosamente su valor específico.

«Te diré, repuso Mme. Verdurin, que le ha parecido oportuno lanzar contra Brichot unas cuantas insinuaciones venenosas y bastante ridículas. Naturalmente, como ha visto que apreciamos a Brichot, era su forma de herirnos, de despellejar nuestra cena. Es fácil ver en él al querido y buen amigo que te despelleja en cuanto sale de tu casa.

—Ya te lo decía yo, respondió M. Verdurin, es el típico fracasado, el individuo mezquino que envidia todo lo que tiene un poco de grandeza».

En realidad no había un solo fiel que fuese menos maledicente que Swann; pero todos tenían la precaución de sazonar sus maledicencias con bromas conocidas, con una pequeña dosis de emoción y

cordialidad; mientras que la menor reserva que Swann se permitía, despojada de las fórmulas convencionales como: «No es por hablar mal», y a las que no se dignaba rebajarse, parecía una perfidia. Hay autores originales cuyas osadías, por mínimas que sean, provocan indignación porque previamente no han halagado los gustos del público ni le han servido los lugares comunes a que está acostumbrado; así indignaba Swann a M. Verdurin. Como en su caso, también en Swann era la novedad del lenguaje lo que hacía suponer la negrura de sus intenciones.

Swann ignoraba todavía la desgracia que le amenazaba en casa de los Verdurin y seguía viendo sus ridiculeces con indulgencia, a través de su amor.

Con Odette, por regla general, no tenía citas sino por la noche; pero de día, por miedo a hartarla si iba a su casa, habría deseado al menos no cesar de ocupar su pensamiento y en todo instante buscaba ocasiones para intervenir en él, aunque de un modo agradable para ella. Si en el escaparate de un florista o de un joyero le encantaba la vista de una planta o de alguna alhaja, acto seguido pensaba mandárselas a Odette, imaginando que el placer que le habían procurado, sentido por ella, acrecentarían su cariño por él, y las mandaba llevar inmediatamente a la calle La Pérouse, para no retrasar el instante en que, por recibir ella algo suyo, se sentiría en cierta forma más cerca de Odette. Quería sobre todo que las recibiese antes de salir, para que la gratitud que habría de sentir le valiese una acogida más cariñosa cuando lo viese en casa de los Verdurin, o incluso, ¿quién sabe?, si el proveedor actuaba con suficiente diligencia, tal vez una carta que ella podría enviarle antes de la cena, o su llegada en persona a casa de Swann, en una visita suplementaria, para darle las gracias. Como antes, cuando experimentaba las reacciones del despecho en el temperamento de Odette, ahora buscaba conseguir, con las de la gratitud, parcelas íntimas de sentimiento que ella aún no le había revelado.

Con frecuencia tenía apuros de dinero y, urgida por una deuda, le rogaba que acudiese en su ayuda. Swann se alegraba entonces como con todo aquello que pudiera dar a Odette una idea adecuada de su amor, o simplemente una gran idea de su influencia, de lo útil que

podía serle. Indudablemente, si al principio le hubiesen dicho: «Es tu posición lo que le gusta», y ahora: «Te quiere por tu fortuna», no lo habría creído, y además no le habría desagradado mucho que la supusiesen ligada a él —que los imaginasen unidos el uno al otro— por algo tan fuerte como el esnobismo o el dinero. Pero, de haber pensado incluso que era cierto, quizá no hubiese sufrido al descubrir en el amor de Odette por él ese fundamento, más duradero que el atractivo o las cualidades que ella pudiese reconocerle: el interés, el interés que siempre mantendría alejado el día en que pudiera sentirse tentada a dejar de verle. Por el momento, mientras la colmaba de regalos y le prestaba servicios, podía descansar, confiando en unas ventajas externas a su persona y a su inteligencia, de la agotadora preocupación de agradarla por sí mismo. Y aquella voluptuosidad de estar enamorado, de vivir únicamente de amor, de cuya realidad muchas veces dudaba, el precio con que en suma la pagaba, como diletante de sensaciones inmateriales, aumentaba su valor —igual que vemos a personas incapaces de decidir si el espectáculo del mar y el ruido de sus olas son deliciosos, convencerse de que así es, y al mismo tiempo de la exquisita calidad de sus gustos desinteresados, cuando pagan cien francos diarios por la habitación de hotel que les permite disfrutarlos.

Cierto día en que reflexiones de este género aún lo devolvían al recuerdo de la época en que le habían hablado de Odette como de una mantenida, y en que una vez más se divertía contraponiendo aquella extraña personificación: la mantenida —cambiante amalgama de elementos desconocidos y diabólicos, engastada, como una aparición de Gustave Moreau[241], en flores venenosas entreveradas con preciosas alhajas— con aquella otra Odette por cuyo rostro había visto pasar los mismos sentimientos de piedad por un desdichado, de rebeldía contra la injusticia, de gratitud por una buena obra, que antaño viera sentir a su propia madre, a sus amigos, aquella Odette cuyas palabras se referían tantas veces a las cosas que él conocía mejor, a sus colecciones, a su cuarto, a su viejo criado, al banquero que tenía en depósito sus títulos; y de pronto esta última imagen del banquero le recordó que habría tenido que sacar dinero. En efecto, si

ese mes acudía en ayuda de las dificultades materiales de Odette con menor largueza que el mes anterior, en que le había dado cinco mil francos, y si no le regalaba un collar de brillantes que ella anhelaba, no renovaría en Odette aquella admiración por su generosidad, aquella gratitud que tan feliz le hacían, y corría incluso el riesgo de hacerle creer que su amor por ella había menguado, dado que vería disminuir sus manifestaciones. Entonces, de improviso, se preguntó si aquello no era precisamente «mantenerla» (como si, de hecho, esa noción de mantener pudiese emerger de elementos no misteriosos ni perversos, sino pertenecientes al fondo cotidiano y privado de su vida, como aquel billete de mil francos, doméstico y familiar, roto y pegado con cola que su ayuda de cámara, después de haberle pagado las facturas del mes y el alquiler del trimestre, había guardado en el cajón del viejo escritorio de donde Swann lo había cogido para enviárselo, con otros cuatro, a Odette), y si no podía aplicarse a Odette, desde que la conocía (porque no sospechó ni por un momento que antes de conocerle hubiera podido recibir alguna vez dinero de nadie), aquella expresión que tan irreconciliable con ella le había parecido de «mujer mantenida». No pudo seguir profundizando en esta idea porque un acceso de aquella pereza mental que en él era congénita, intermitente y providencial, vino en ese momento a apagar todas las luces de su inteligencia, con la misma brusquedad con que más tarde, cuando en todas partes se instaló la iluminación eléctrica, se hizo posible cortar la electricidad en una casa. Su pensamiento caminó un instante a tientas en la oscuridad, se quitó los lentes, limpió sus cristales, se pasó una mano por los ojos y no volvió a ver la luz hasta que se encontró en presencia de una idea completamente distinta, a saber: que el mes siguiente se vería obligado a tratar de mandar seis o siete mil francos a Odette en lugar de cinco mil, por la sorpresa y la alegría que eso habría de causarle.

Por la noche, cuando no se quedaba en casa esperando la hora de reunirse con Odette en casa de los Verdurin o en alguno de sus restaurantes de verano predilectos en el Bois y sobre todo en Saint-Cloud[242], iba a cenar a una de aquellas casas elegantes donde en el pasado era invitado habitual. No quería perder contacto con personas

que -¿quién sabe?— tal vez un día podrían ser útiles a Odette; gracias a ellas, ahora conseguía algunas veces resultarle agradable. Además, la larga frecuentación de la alta sociedad, del lujo, le había llevado a despreciarlos y a necesitarlos al mismo tiempo, de suerte que, cuando había empezado a situar los tugurios más modestos en pie de igualdad con las mansiones más principescas, sus sentidos se habían acostumbrado de tal modo a las segundas que hubiera sentido cierto malestar por encontrarse en los primeros. La misma consideración le merecían— en un grado de identidad que no habrían podido creer — los pequeños burgueses que dallan bailes en el quinto piso de una escalera D, descansillo de la izquierda, que la princesa de Parma que daba en su palacio las fiestas más hermosas de París; pero no tenía la sensación de estar en un baile si se hallaba con los señores en la alcoba de la dueña de la casa, y la vista de los lavabos tapados con toallas, de las camas transformadas en guardarropa, sobre cuyo edredón se amontonaban abrigos y sombreros, le causaba la misma sensación de ahogo que puede causar hoy a personas habituadas a veinte años de electricidad el olor de un quinqué que arde o de una mariposa que humea. El día en que cenaba fuera, mandaba enganchar para las siete y media; mientras se vestía no dejaba de pensar en Odette y así no se encontraba solo, porque el constante pensamiento de Odette confería a los momentos en que estaba lejos de ella el mismo encanto singular de aquellos otros señalados por su presencia. Montaba en el carruaje, mas sentía que ese pensamiento había montado con él y se instalaba en sus rodillas como un animal adorado que se lleva a todas partes y que conservaría a su lado en la mesa, sin que se dieran cuenta los comensales. Lo acariciaba, entraba en calor con él y, sintiendo una especie de languidez, se dejaba llevar por un ligero estremecimiento que le crispaba el cuello y la nariz, cosa nueva en él, mientras se ponía en el ojal el ramito de ancolias. Sintiéndose desdichado y triste hacía tiempo, sobre todo desde que Odette había presentado a Forcheville en casa de los Verdurin, Swann hubiese preferido ir a descansar un poco al campo. Pero no habría tenido valor para abandonar París un solo día mientras Odette estuviese en la ciudad. El aire estaba cálido; eran los días más hermosos de la primavera. Y aunque atravesara una ciudad de piedra para refugiarse

en algún palacete cerrado, lo que siempre tenía ante los ojos era un parque de su propiedad cerca de Combray, donde, desde las cuatro en punto, antes de llegar al plantío de espárragos, gracias al viento que sopla de los campos de Méséglise, bajo un cenador podía disfrutarse de tanto frescor como a la orilla del estanque cercado de miosotis y gladiolos, y donde, mientras cenaba, entrelazadas por su jardinero corrían alrededor de la mesa guirnaldas de grosellas y de rosas.

Después de cenar, si la cita en el Bois o en Saint-Cloud era a hora temprana, salía tan deprisa al levantarse de la mesa, sobre todo si la lluvia amenazaba con caer y obligar a recogerse antes a los «fieles» que, en cierta ocasión, la princesa des Laumes (en cuya casa se había cenado tarde y de quien Swann se había despedido antes de servir el café para reunirse con los Verdurin en la isla del Bois) dijo:

«Realmente, si Swann tuviera treinta años más y una enfermedad de la vejiga, podría perdonársele que se largara así. Pero da la impresión de burlarse de la gente».

Swann se decía que el encanto de la primavera que no podía ir a disfrutar en Combray lo encontraría al menos en la isla de los Cisnes[243] o en Saint-Cloud. Pero como no conseguía pensar más que en Odette, luego no sabía siquiera si había olido el aroma de las hojas ni si había habido claro de luna. Lo recibía la pequeña frase de la sonata tocada en el jardín sobre el piano del restaurante. Si en el jardín no lo había, los Verdurin hacían cuanto estaba en su mano para conseguir que bajaran uno de un cuarto o de un comedor: y no es que Swann hubiese recuperado su favor, al contrario. Pero la idea de organizar un entretenimiento ingenioso para alguien, incluso para una persona a la que no apreciaban, desarrollaba en ellos, durante los instantes necesarios para esos preparativos, sentimientos efímeros y ocasionales de cordialidad y simpatía. A veces se decía para sus adentros que aquélla era una noche más de primavera que pasaba, se obligaba a prestar atención a los árboles, al cielo. Pero la agitación en que le ponía la presencia de Odette, y también un ligero malestar febril que desde hacía un tiempo apenas lo dejaba, le privaba de la

calma y del bienestar que constituyen el fondo indispensable para las impresiones que puede proporcionar la naturaleza.

Una noche en que Swann había aceptado cenar con los Verdurin, nada más decir durante la cena que al día siguiente tenía un banquete de antiguos camaradas, Odette le replicó en plena mesa, delante de Forcheville que se había convertido en uno de los fieles, delante del pintor, delante de Cottard:

«Sí, ya sé que tiene un banquete, así que no le veré hasta que pase por casa; pero no vaya muy tarde».

Aunque Swann nunca hubiese recelado seriamente de la amistad de Odette por este o aquel fiel, sintió una profunda dulzura al oírle confesar así delante de todos, con aquella tranquila impudicia, sus citas cotidianas de todas las noches, la privilegiada situación de que gozaba en su casa y la preferencia que hacia él implicaba. Cierto es que Swann había pensado muchas veces que Odette no era en ningún sentido una mujer notable, y su supremacía sobre un ser tan inferior a él no tenía en sí misma nada que debiese parecerle halagüeño al verla proclamada a la faz de los «fieles», pero desde que se había dado cuenta de que a muchos hombres Odette les parecía una mujer fascinante y deseable, la atracción que en ellos ejercía su cuerpo había despertado en él una dolo rosa necesidad de dominarla por entero hasta en los rincones más mínimos de su corazón. Y había empezado atribuyendo un valor inestimable a esos momentos que pasaba en su casa por la noche, cuando la sentaba en sus rodillas y la obligaba a decir lo que pensaba de esto o de aquello, y hacía recuento de los únicos bienes por los que ahora sentía apego en este mundo. Por eso, después de esa cena, llevándola aparte, no dejó de darle efusivamente las gracias, tratando de enseñarle, por los distintos grados de gratitud que le testimoniaba, la escala de placeres que Odette podía procurarle; el más alto consistía en protegerle, durante el tiempo que su amor durase y le hiciese vulnerable a ellos, de los ataques de celos.

Cuando al día siguiente salió del banquete, llovía a cántaros, y sólo podía disponer de su victoria; un amigo le propuso llevarlo en cupé[244], y como Odette, al pedirle que fuese a su casa, le había asegurado que no esperaba a nadie, con ánimo tranquilo y corazón

contento hubiese preferido ir a acostarse a casa antes que ponerse en marcha bajo la lluvia. Pero si Odette no le veía ansioso por pasar siempre a su lado, sin ninguna excepción, el fin de la velada, tal vez dejaría de reservársela la vez que más particularmente la habría deseado.

Llegó a casa de Odette pasadas las once, y mientras se disculpaba por no haber podido ir antes, ella se quejó de que en efecto era muy tarde, la tormenta la había indispuesto, le dolía la cabeza, y le advirtió que no estaría con él más de media hora, que a media noche lo despediría; y al rato se sintió cansada y dijo que quería irse a dormir.

«Entonces, ¿esta noche no hay catleyas?, dijo él; y yo que esperaba una buena catleya pequeñita».

Y algo huraña y nerviosa, ella le respondió: «No, amiguito, nada de catleyas esta noche, ¡ya ves que me encuentro mal!

—Quizá te sentaría bien, pero, en fin, no insisto». Ella le rogó que apagase la luz antes de irse; echó él mismo las cortinas de la cama y se marchó. Pero una vez de vuelta en casa, de repente se le ocurrió la idea de que tal vez Odette estaba esperando a alguien esa noche, que se había limitado a simular el cansancio y que le había pedido que apagara la luz sólo para hacerle creer que iba a dormirse, que, nada más irse, ella había vuelto a encenderlas y hecho entrar al hombre que debía pasar la noche a su lado. Miró el reloj. Hacía poco más de hora y media que la había dejado, volvió a salir, tomó un fiacre y lo mandó parar muy cerca de la casa de Odette, en una callecita perpendicular a la que daba la parte trasera del palacete y donde, a veces, él iba a llamar a la ventana del dormitorio para que Odette saliese a abrirle; se apeó del carruaje, todo estaba desierto y oscuro en aquel barrio, no tuvo más que dar unos pocos pasos para desembocar casi delante de la casa. En medio de la oscuridad de todas las ventanas de la calle, hacía tiempo apagadas, vio una única ventana de la que fluía —entre los postigos que comprimían su pulpa misteriosa y dorada— la luz que llenaba el cuarto y que, tantas otras noches, al verla desde lejos cuando llegaba a la calle, le alegraba y le anunciaba: «Ahí está esperándote», y que ahora le torturaba diciéndole: «Ahí está con el hombre al que esperaba». Quería saber quién era; se deslizó a lo largo de la pared hasta la ventana, pero entre las lamas oblicuas de

los postigos no conseguía ver nada; sólo oía en el silencio de la noche el murmullo de una conversación. Sufría, por supuesto, viendo aquella luz en cuya atmósfera de oro se movía, detrás de las contraventanas, la invisible y detestada pareja, oyendo aquel murmullo que revelaba la presencia del hombre que había llegado después de su partida, la falsía de Odette, la felicidad que estaba disfrutando con el otro.

Y sin embargo, estaba contento de haber ido: el tormento que le había forzado a salir de casa había perdido intensidad al volverse menos vago ahora que la otra vida de Odette, de la que tuvo una repentina e impotente sospecha en ese momento, la tenía allí, plenamente iluminada por la lámpara, prisionera sin saberlo en aquel cuarto donde, cuando quisiera, entraría para sorprenderla y capturarla; aunque quizá fuese mejor llamar en los postigos como hacía muchas veces cuando iba muy tarde; así al menos Odette se enteraría de que él sabía, que había visto la luz y oído las voces, y, mientras que hacía un instante la imaginaba riéndose de sus ilusiones junto al otro, ahora era a ellos a los que veía, confiados en su error, engañados en suma por él, a quien creían muy lejos de allí cuando él ya sabía que iba a llamar en los postigos. Y quizá la sensación casi agradable que notaba en ese momento era algo más que el apaciguamiento de una duda o de un dolor: era un placer de la inteligencia. Si, desde que estaba enamorado, las cosas habían recobrado a sus ojos algo del delicioso interés que tiempo atrás les encontraba, pero sólo cuando estaban iluminadas por el recuerdo de Odette, ahora era una facultad distinta de su juventud estudiosa lo que sus celos reanimaban, la pasión por la verdad, pero por una verdad que también se interponía entre él y su amante, recibiendo su propia luz únicamente de sí misma, una verdad puramente individual que tenía por único objeto, infinitamente preciado y casi de una belleza desinteresada, los actos de Odette, sus relaciones, sus proyectos, su pasado. En cualquier otra época de su vida, los hechos menudos y gestos cotidianos de una persona siempre le habían parecido a Swann faltos de valor; si alguien le contaba un chisme, le parecía insignificante y, mientras lo escuchaba, sólo le prestaba el nivel más vulgar de su atención; era, para él, uno de los momentos en que más

mediocre se sentía. Pero, en ese extraño período del amor, lo individual asume una dimensión tan profunda que esa curiosidad que sentía despertar en él por las menores ocupaciones de una mujer era la misma que tiempo atrás había sentido por la Historia. Y todo lo que hasta entonces le habría dado vergüenza, espiar delante de una ventana y mañana quién sabe si tal vez sonsacar con astucia a los indiferentes, sobornar a los criados, escuchar detrás de las puertas, ya no le parecían, lo mismo que el desciframiento de textos, el cotejo de testimonios y la interpretación de monumentos, sino otros tantos métodos de investigación científica de un valor indudable e idóneos para la búsqueda de la verdad.

Cuando estaba a punto de llamar en los postigos, tuvo un momento de vergüenza pensando que Odette iba a saber que había tenido sospechas, que había vuelto, que se había apostado en la calle. Muchas veces le había hablado ella del horror que le inspiraban los celosos, los amantes que espían. Era una torpeza lo que se disponía a hacer, y Odette le detestaría por ello, mientras que en ese mismo momento, cuando todavía no había llamado, acaso seguía queriéndole aunque lo engañase. ¡Cuántas dichas posibles sacrifica así la realización a la impaciencia de un placer inmediato! Mas el deseo de conocer la verdad era más fuerte y le pareció más noble. Sabía que la realidad de circunstancias por cuya reconstrucción exacta hubiese dado la vida, era legible al otro lado de aquella ventana estriada de luz como bajo la cubierta miniada en oro de uno de esos manuscritos preciosos a cuya belleza artística misma no puede permanecer indiferente el erudito que los consulta. Sentía una sensación voluptuosa al conocer la verdad que le apasionaba en aquel ejemplar único, efímero y precioso, de una materia translúcida tan cálida y tan hermosa. Y además la superioridad que en sí mismo sentía sobre ellos —que tanta necesidad tenía de sentir—, tal vez consistía, más que en estar enterado, en poder demostrarles que lo estaba. Se puso de puntillas. Golpeó. No le habían oído, volvió a golpear más fuerte, la conversación se interrumpió. Una voz de hombre (trató de distinguir a cuál de los amigos de Odette que él conocía podía pertenecer) preguntó: «¿Quién anda ahí?». No estaba seguro de poder reconocerla. Llamó una vez más. Se abrió la ventana,

luego los postigos. Ahora ya no había modo de retroceder, y puesto que ella iba a saberlo todo, preocupado por no ofrecer un aspecto demasiado infeliz, demasiado celoso y curioso, se limitó a gritar en tono alegre y despreocupado:

«No, no se moleste, pasaba por aquí, he visto luz y he querido saber si se encontraba mejor».

Miró. Delante de él, dos ancianos señores se asomaban a la ventana, uno sosteniendo una lámpara, y entonces vio la habitación, una habitación desconocida. Como tenía la costumbre, cuando iba a casa de Odette muy tarde, de reconocer su ventana por ser la única iluminada en una hilera de ventanas todas iguales, se había equivocado y había llamado a la ventana siguiente y que pertenecía a la casa de al lado. Se retiró disculpándose y regresó a casa, feliz de que la satisfacción de su curiosidad hubiese dejado intacto su amor y de no haber dado a Odette con sus celos, después de haber fingido durante tanto tiempo una especie de indiferencia hacia ella, esa prueba de amarla demasiado que, entre dos amantes, dispensa por siempre a quien la recibe de querer mucho al otro. Nunca le habló de aquel contratiempo, y hasta él mismo dejó de pensar en él. Pero, en ocasiones, un giro de su pensamiento tropezaba con aquel recuerdo que no había visto, le golpeaba, lo empujaba más adentro, y Swann sentía un dolor súbito y hondo. Como si se tratara de un dolor físico, los pensamientos de Swann no lograban atenuarlo; pero al menos con el dolor físico, como no depende del pensamiento, el pensamiento puede detenerse en él, comprobar que ha disminuido, que ha cesado de momento. En cambio aquel otro dolor, el pensamiento lo recreaba por el hecho mismo de recordarlo. Pretender evitar pensar en él era seguir pensando, seguir sufriendo. Y si, hablando con amigos, se olvidaba de su propio mal, de pronto una palabra que le decían le mudaba la cara, como un herido a quien un torpe toca sin precaución el miembro dolorido. Al despedirse de Odette, estaba feliz, se sentía tranquilo, recordaba sus sonrisas, burlonas cuando hablaba de este o de aquel otro personaje, y tiernas con él, el peso de la cabeza que ella apartaba de su eje para inclinarla, para dejarla caer, casi a pesar suyo, sobre los labios de Swann, como había hecho la primera vez en el carruaje, las miradas lánguidas que le había lanzado mientras estaba

entre sus brazos al tiempo que, friolenta, apretaba contra el hombro de Swann su cabeza reclinada.

Pero enseguida sus celos, como si fueran la sombra de su amor, se colmaban con el doble de aquella nueva sonrisa que le había dirigido esa misma noche —y que, a la inversa ahora, se burlaba de Swann y se cargaba de amor por otro—, con aquella inclinación de cabeza, pero vuelta ahora hacia otros labios, y con todas las demostraciones de cariño, dedicadas a otro, que antes reservaba para él. Y todos los recuerdos voluptuosos que llevaba consigo al salir de casa de Odette eran otros tantos esbozos, otros tantos «proyectos» semejantes a los que nos muestra un decorador, y que permitían a Swann hacerse una idea de las actitudes ardientes o extasiadas que ella podía tener con otros. De modo que llegaba a lamentar cada placer que gozaba a su lado, cada caricia inventada cuya dulzura había cometido la imprudencia de señalarle, cada gracia que descubría en ella, porque sabía que, inmediatamente después, enriquecerían su suplicio con nuevos instrumentos de tortura.

Y ese suplicio era más cruel todavía cuando a la mente de Swann volvía el recuerdo de una breve mirada que había sorprendido hacía unos días, y por primera vez, en los ojos de Odette. Había sido después de la cena, en casa de los Verdurin. Fuese que Forcheville, dándose cuenta de que Saniette, cuñado suyo, no gozaba de ningún favor en la casa, hubiese querido tomarle por cabeza de turco y lucirse a sus expensas delante de todos, fuese que le hubiese irritado una frase importuna que Saniette acababa de decirle y que, por lo demás, pasó inadvertida a los asistentes, que no podían suponer qué alusión ofensiva pudiese contener, por supuesto en contra de la voluntad de quien sin malicia alguna la pronunciaba, fuese por último que estuviese buscando hacía tiempo una ocasión de hacer salir de aquella casa a alguien que lo conocía demasiado bien y a quien sabía demasiado delicado para no sentirse en ciertos momentos a disgusto en su presencia, Forcheville replicó a la importuna frase de Saniette de un modo tan grosero, poniéndose a insultarlo, envalentonándose, a medida que alzaba la voz, con el pavor, la pena y las súplicas del otro, que el desdichado, después de haber preguntado a Mme. Verdurin si debía quedarse y no recibir respuesta, se había retirado

balbuciendo y con lágrimas en los ojos. Odette había asistido impasible a la escena, pero cuando la puerta se cerró tras Saniette, rebajando por así decir en varios grados la expresión habitual de su rostro, para ponerse, en la bajeza, al mismo nivel de Forcheville, había hecho brillar sus pupilas con una sonrisa hipócrita de felicitación por la audacia que el otro había mostrado, de ironía por la víctima; le había lanzado una mirada de complicidad en el mal, que significaba: «Eso sí que es una ejecución en plena regla, o yo no he visto ninguna en mi vida. ¿Ha notado lo corrido que iba? Y encima lloraba», con tal claridad que, cuando los ojos de Forcheville encontraron aquella mirada, pasada repentinamente la borrachera de cólera o de simulación de cólera que aún le encendía, sonrió y respondió:

«Si hubiese sido amable, todavía seguiría aquí, un buen castigo puede ser útil a cualquier edad».

Un día que había salido a media tarde para hacer una visita y no encontró a la persona que buscaba, a Swann se le ocurrió pasar a ver a Odette a aquella hora en que nunca iba a su casa, pero en la que sabíaque siempre estaba echándose la siesta o escribiendo cartas hasta la hora del té, y en la que tendría el placer de verla un rato sin causarle molestias. El portero le dijo que creía que estaba; llamó, le pareció oír ruido, rumor de pasos, pero no abrió nadie. Lleno de ansiedad e irritado, se fue a la calleja que daba a la trasera del palacete y se colocó delante de la ventana de la alcoba de Odette; los visillos no le dejaban ver nada, golpeó con fuerza en los cristales, llamó; no abrió nadie. Se dio cuenta de que unos vecinos le miraban. Se marchó, pensando que, después de todo, acaso se hubiese equivocado al creer oír pasos; pero quedó tan preocupado que no podía pensar en otra cosa. Una hora después, volvió. Estaba en casa; le dijo que también estaba antes, cuando había llamado, pero durmiendo; la había despertado la campanilla, había adivinado que era Swann, había acudido corriendo, pero él ya se había marchado. También había oído golpear en los cristales. En aquel relato, Swann reconoció inmediatamente uno de esos fragmentos de un hecho auténtico que los embusteros pillados por sorpresa insertan, para sentirse seguros, en la composición del hecho falso que inventan,

convencidos de poder engarzarlo y valerse de su semejanza con la Verdad. Porque cuando Odette acababa de hacer algo que no quería revelar, lo ocultaba en el fondo de sí misma. Pero nada más encontrarse delante de la persona a la que quería mentir, se azaraba, todas las ideas se le venían abajo, sus facultades de invención y raciocinio quedaban paralizadas, en su cabeza sólo encontraba vacío, pero tenía que decir algo sin embargo, y a su alcance sólo estaba precisamente lo que hubiera querido disimular y que, por ser cierto, era lo único que no había desaparecido. Separaba un trozo, carente en sí mismo de importancia, diciéndose que en el fondo más valía así, por tratarse de un detalle verdadero que no ofrecía los mismos peligros que un detalle falso. «Esto por lo menos es verdad, se decía, algo salimos ganando, puede informarse, tendrá que reconocer que es cierto, no será eso lo que me traicione». Se engañaba, era eso precisamente lo que la traicionaba, no se daba cuenta de que ese detalle cierto tenía esquinas que no podían encajarse en los detalles contiguos del hecho cierto del que lo había separado arbitrariamente y que, fueran cuales fuesen los detalles inventados entre los que lo colocase, siempre revelaría por la materia sobrante y los vacíos no rellenados que no era de ellos de donde procedía. «Confiesa haberme oído llamar y luego dar golpes, y haber pensado que era yo, que tenía ganas de verme, se decía Swann. Pero eso no cuadra con el hecho de no haber mandado abrir».

Pero no le hizo notar esa contradicción, pensando que quizás modo que llegaba a lamentar cada placer que gozaba a su lado, cada caricia inventada cuya dulzura había cometido la imprudencia de señalarle, cada gracia que descubría en ella, porque sabía quie, inmediatamente después, enriquecerían su suplicio con nuevos instrumentos de tortura.

Y ese suplicio era más cruel todavía cuando a la mente de Swann volvía el recuerdo de una breve mirada que había sorprendido hacía unos días, y por primera vez, en los ojos de Odette. Había sido después de la cena, en casa de los Verdurin. Fuese que Forcheville, dándose cuenta de que Saniette, cuñado suyo, no gozaba de ningún favor en la casa, hubiese querido tomarle por cabeza de turco y lucirse a sus expensas delante de todos, fuese que le hubiese irritado

una frase importuna que Saniette acababa de decirle y que, por lo demás, pasó inadvertida a los asistentes, que no podían suponer qué alusión ofensiva pudiese contener, por supuesto en contra de la voluntad de quien sin malicia alguna la pronunciaba, fuese por último que estuviese buscando hacía tiempo una ocasión de hacer salir de aquella casa a alguien que lo conocía demasiado bien y a quien sabía demasiado delicado para no sentirse en ciertos momentos a disgusto en su presencia, Forcheville replicó a la importuna frase de Saniette de un modo tan grosero, poniéndose a insultarlo, envalentonándose, a medida que alzaba la voz, con el pavor, la pena y las súplicas del otro, que el desdichado, después de haber preguntado a Mme. Verdurin si debía quedarse y no recibir respuesta, se había retirado balbuciendo y con lágrimas en los ojos. Odette había asistido impasible a la escena, pero cuando la puerta se cerró tras Saniette, rebajando por así decir en varios grados la expresión habitual de su rostro, para ponerse, en la bajeza, al mismo nivel de Forcheville, había hecho brillar sus pupilas con una sonrisa hipócrita de felicitación por la audacia que el otro había mostrado, de ironía por la víctima; le había lanzado una mirada de complicidad en el mal, que significaba: «Eso sí que es una ejecución en plena regla, o yo no he visto ninguna en mi vida. ¿Ha notado lo corrido que iba? Y encima lloraba», con tal claridad que, cuando los ojos de Forcheville encontraron aquella mirada, pasada repentinamente la borrachera de cólera o de simulación de cólera que aún le encendía, sonrió y respondió:

«Si hubiese sido amable, todavía seguiría aquí, un buen castigo puede ser útil a cualquier edad».

Un día que había salido a media tarde para hacer una visita y no encontró a la persona que buscaba, a Swann se le ocurrió pasar a ver a Odette a aquella hora en que nunca iba a su casa, pero en la que sabía que siempre estaba echándose la siesta o escribiendo cartas hasta la hora del té, y en la que tendría el placer de verla un rato sin causarle molestias. El portero le dijo que creía que estaba; llamó, le pareció oír ruido, rumor de pasos, pero no abrió nadie. Lleno de ansiedad e irritado, se fue a la calleja que daba a la trasera del palacete y se colocó delante de la ventana de la alcoba de Odette; los

visillos no le dejaban ver nada, golpeó con fuerza en los cristales, llamó; no abrió nadie. Se dio cuenta de que unos vecinos le miraban. Se marchó, pensando que, después de todo, acaso se hubiese equivocado al creer oír pasos; pero quedó tan preocupado que no podía pensar en otra cosa. Una hora después, volvió. Estaba en casa; le dijo que también estaba antes, cuando había llamado, pero durmiendo; la había despertado la campanilla, había adivinado que era Swann, había acudido corriendo, pero él ya se había marchado. También había oído golpear en los cristales. En aquel relato, Swann reconoció inmediatamente uno de esos fragmentos de un hecho auténtico que los embusteros pillados por sorpresa insertan, para sentirse seguros, en la composición del hecho falso que inventan, convencidos de poder engarzarlo y valerse de su semejanza con la Verdad. Porque cuando Odette acababa de hacer algo que no quería revelar, lo ocultaba en el fondo de sí misma. Pero nada más encontrarse delante de la persona a la que quería mentir, se azaraba, todas las ideas se le venían abajo, sus facultades de invención y raciocinio quedaban paralizadas, en su cabeza sólo encontraba vacío, pero tenía que decir algo sin embargo, y a su alcance sólo estaba precisamente lo que hubiera querido disimular y que, por ser cierto, era lo único que no había desaparecido. Separaba un trozo, carente en sí mismo de importancia, diciéndose que en el fondo más valía así, por tratarse de un detalle verdadero que no ofrecía los mismos peligros que un detalle falso. «Esto por lo menos es verdad, se decía, algo salimos ganando, puede informarse, tendrá que reconocer que es cierto, no será eso lo que me traicione». Se engañaba, era eso precisamente lo que la traicionaba, no se daba cuenta de que ese detalle cierto tenía esquinas que no podían encajarse en los detalles contiguos del hecho cierto del que lo había separado arbitrariamente y que, fueran cuales fuesen los detalles inventados entre los que lo colocase, siempre revelaría por la materia sobrante y los vacíos no rellenados que no era de ellos de donde procedía. «Confiesa haberme oído llamar y luego dar golpes, y haber pensado que era yo, que tenía ganas de verme, se decía Swann. Pero eso no cuadra con el hecho de no haber mandado abrir».

Pero no le hizo notar esa contradicción, pensando que quizás Odette inventase, por sí misma, alguna mentira que sería un débil indicio de la verdad; ella seguía hablando; no la interrumpía, recogía con una piedad ávida y dolorosa aquellas palabras que ella le decía, y en las que parecía (precisamente porque, al hablar, Odette se ocultaba tras ellas) conservar vagamente, como el velo sagrado, la impronta y esbozar el incierto modelado de aquella realidad infinitamente preciosa y por desgracia inencontrable: —qué estaba haciendo un poco antes, a las tres de la tarde, cuando él se había presentado—, realidad de la que Swann nunca llegaría a poseer otra cosa que aquellas mentiras, vestigios ilegibles y divinos, y que sólo existía en el encubridor recuerdo de aquella criatura que la contemplaba sin saber apreciarla, pero que nunca se la entregaría. Cierto que a ratos sospechaba que, en sí mismos, los actos cotidianos de Odette no eran apasionadamente interesantes, y que las relaciones que pudiera mantener con otros hombres no exhalaban de modo natural y universal, y para toda criatura pensante, una tristeza morbosa capaz de inspirar la fiebre del suicidio. Se daba cuenta entonces de que aquel interés y aquella tristeza existían sólo en él, como una enfermedad, y que, cuando se hubiese curado, los actos de Odette, los besos que hubiese podido dar se volverían inofensivos como los de tantas otras mujeres. Pero que la dolorosa curiosidad de Swann a este propósito tuviera únicamente en él su causa, no bastaba para que le pareciera absurda su inclinación a considerar importante tal curiosidad y a hacer cuanto pudiera satisfacerla. Y es que Swann llegaba a una edad cuya filosofía —favorecida por la de la época, y también por la del ambiente en que Swann había vivido tanto tiempo, la de aquel círculo de la princesa des Laumes donde se convenía en que se es inteligente en la medida en que se duda de todo, y donde la única realidad irrefutable que se reconocía eran los gustos individuales— ya no es la filosofía de la juventud, sino una filosofía positiva, casi médica, propia de hombres que, en lugar de exteriorizar la meta de las aspiraciones propias, tratan de sacar de los años transcurridos un residuo fijo de hábitos, de pasiones que puedan considerarse en ellos como algo característico y permanente y que, deliberadamente, se esfuerzan por satisfacer adoptando un

determinado tipo de vida. Swann parecía resignado a sobrellevar en su vida la parte de dolor que sentía por ignorar lo que Odette había hecho, lo mismo que el empeoramiento que un clima húmedo causaba en su eczema; a prever en su propio presupuesto la disponibilidad de una suma importante para obtener, sobre el modo en que Odette pasaba sus días, datos sin los que se sentiría desdichado —igual que la reservaba para otras inclinaciones de las que sabía que podía esperar placer, por lo menos antes de que estuviese enamorado, como la del coleccionismo y la buena mesa.

Cuando quiso despedirse de Odette para volver a casa, ella le pidió que se quedara un rato todavía y hasta lo retuvo vivamente, cogiéndole del brazo, cuando él iba a abrir la puerta para salir. Pero Swann no se dio cuenta, porque, en la multitud de gestos, palabras y leves incidentes que rellenan una conversación, resulta inevitable que pasemos, sin notar nada que llame nuestra atención, junto a personas que ocultan una verdad que nuestras sospechas buscan a tientas, y que nos detengamos por el contrario en otras bajo cuya superficie no hay nada. Ella seguía repitiéndole: «¡Qué lástima que, para una vez que tú, que nunca lo haces, vienes por la tarde, no haya podido verte!». Sabía de sobra que Odette no estaba lo bastante enamorada de él para lamentar tan vivamente aquella visita fallida, mas como era buena, estaba deseosa de complacerle, y a veces se entristecía cuando le había contrariado, le pareció muy natural que en esta ocasión lo estuviese por haberle privado del placer de pasar una hora juntos, placer grandísimo, no para ella, sino para él. Era sin embargo un episodio tan nimio que la expresión doliente que Odette seguía poniendo acabó por sorprenderle. Así, le recordaba más todavía que de costumbre las figuras de mujeres del pintor de la Primavera. En aquel momento tenía ese rostro abatido y desolado que parece sucumbir bajo el peso de un dolor demasiado terrible para ellas, cuando en realidad no hacen otra cosa que dejar al niño Jesús jugar con una granada o contemplar a Moisés echando agua en un pilón[245]. En cierta ocasión ya le había visto aquella tristeza, pero no recordaba cuándo. Y de improviso se acordó: fue cuando Odette le había mentido a Mme. Verdurin, al día siguiente de aquella cena a la

que no había ido so pretexto de encontrarse indispuesta y en realidad para quedarse con Swann. Cierto que ni la mujer más escrupulosa hubiera podido sentir remordimientos por una mentira tan inocente. Pero no lo eran tanto las que Odette solía decir y servían para evitar ciertos descubrimientos que hubieran podido crearle terribles dificultades con unos o con otros. Por eso, cuando mentía, presa del miedo, sintiéndose poco armada para defenderse, insegura del éxito, le daban ganas de llorar de cansancio, como esos niños que no han dormido. Sabía además que su mentira solía herir gravemente al hombre a quien iba destinada, y a cuya merced quedase acaso si mentía mal. Entonces se sentía a un tiempo humilde y culpable. Y cuando se trataba de decir una mentira insignificante y mundana, por asociación de sensaciones y de recuerdos sentía el malestar de un cansancio excesivo y el remordimiento de una mala acción.

¿Qué deprimente mentira estaba diciéndole a Swann para poner aquella mirada dolorida, aquella voz quejumbrosa que parecía doblegarse bajo el esfuerzo que a sí misma se imponía, e implorar perdón? Por la cabeza se le pasó que no era sólo la verdad sobre el incidente de la tarde lo que Odette se esforzaba por ocultarle, sino algo más actual, algo que acaso aún no había ocurrido, algo inminente, y que quizá podría arrojar luz sobre aquella verdad. En ese momento oyó la campanilla. Odette ya no dejó de hablar, pero sus palabras sólo eran un gemido: su pesadumbre por no haber visto a Swann aquella tarde, por no haberle abierto, se había convertido en auténtica desesperación.

Se oyó la puerta de entrada volver a cerrarse y el ruido de un carruaje, como si se marchase alguien, probablemente la persona con la que Swann no debía encontrarse, y al que se había dicho que Odette no estaba en casa. Pensando entonces que, con sólo ir a una hora insólita, había alterado tantas cosas que ella no quería que supiese, tuvo una sensación de desaliento, casi de desolación. Pero como amaba a Odette, como tenía la costumbre de dirigir hacia ella todos sus pensamientos, la lástima que hubiera podido inspirarse a sí mismo, la sintió por ella, y murmuró: «¡Pobrecilla!». Cuando se iba, Odette cogió varias cartas que tenía sobre la mesa y le preguntó si podía echárselas al correo. Se las llevó, y, una vez en casa, se dio

cuenta de que llevaba las cartas encima. Volvió hasta correos, las sacó del bolsillo y antes de echarlas en el buzón miró las señas. Todas eran para proveedores, menos una para Forcheville. Mientras la tenía en la mano, se dijo: «Si viese lo que contiene, sabría cómo le llama, cómo le habla, si hay algo entre ellos. Puede incluso que, si renuncio a leerla, cometa una falta de delicadeza con Odette, porque es el único modo de librarme de una sospecha tal vez calumniosa para ella, destinada en cualquier caso a hacerle sufrir y que ya nada podría destruir, una vez echada la carta».

De correos, regresó a casa, pero se había quedado con esa última carta. Encendió una bujía y le acercó el sobre que no se había atrevido a abrir. Al principio no consiguió leer nada, pero el sobre era fino y, haciéndole adherirse a la cartulina dura que contenía, pudo leer al trasluz las últimas palabras. Era una fórmula de despedida muy fría. Si, en vez de ser él quien miraba una carta dirigida a Forcheville, hubiese sido Forcheville el que leyese una carta dirigida a Swann, ¡qué distintas habrían sido las cariñosas palabras que hubiera podido ver! Inmovilizó la cartulina que bailaba dentro del sobre, más grande que ella, y luego, empujándola con el pulgar, fue pasando poco a poco los diferentes renglones bajo la parte del sobre que no estaba forrada, la única que permitía leer la escritura.

Pese a esto, no acababa de distinguir bien. Aunque carecía de importancia, porque había visto suficiente para darse cuenta de que se trataba de un hecho irrelevante, ajeno a las relaciones amorosas; se refería a un tío de Odette. Cierto que Swann había leído al principio del renglón: «He hecho bien», pero no comprendía por qué había hecho bien Odette cuando, de pronto, una palabra que al principio no había logrado descifrar apareció aclarando el sentido de la frase entera: «He hecho bien en abrir, era mi tío». ¡En abrir! O sea que Forcheville estaba allí cuando Swann había llamado y Odette le había hecho irse, por eso había oído aquel ruido.

Entonces leyó toda la carta; al final se disculpaba por haberse portado tan mal con él y le decía que había olvidado los cigarrillos en su casa, la misma frase que le había escrito a Swann una de las primeras veces que la había visitado. Pero con Swann había añadido: «Ojalá se hubiese dejado usted el corazón, no le habría permitido

recuperarlo». Con Forcheville, nada parecido: ninguna alusión que le indujese a suponer una intriga amorosa entre ellos. Además, de hecho, en toda aquella historia el auténtico engañado era Forcheville, porque Odette le escribía para hacerle creer que el visitante era su tío. En suma era él, Swann, el hombre que le importaba y por quien había despedido al otro. Y sin embargo, si entre Odette y Forcheville no había nada, ¿por qué no haber abierto de inmediato, por qué decir: «He hecho bien en abrir, era mi tío»?; si en ese momento no estaba haciendo nada malo, ¿cómo podría explicarse el propio Forcheville que pudiese no abrir? Y allí estaba Swann, desolado, confuso y sin embargo feliz, ante aquel sobre que Odette le había entregado sin miedo, tan absoluta era la confianza que tenía en su delicadeza, pero gracias a cuya transparencia revelaba a sus ojos, como a través de un cristal, junto con el secreto de un incidente que nunca hubiese creído posible conocer, un poco de la vida de Odette, como en una estrecha sección luminosa abierta directamente a lo desconocido. Luego, sus celos se alegraban, como si tuviesen una vitalidad independiente, egoísta y voraz de todo cuanto los nutría, aunque fuese a costa del mismo Swann. Ahora tenían algo con que alimentarse y Swann iba a poder empezar a preocuparse todos los días por las visitas recibidas por Odette hacia las cinco, a indagar dónde se encontraba Forcheville a esa hora. Porque el cariño de Swann seguía conservando el mismo carácter que le habían impreso desde el principio la ignorancia de lo que Odette hacía durante el día y, al mismo tiempo, la pereza mental que le impedía suplir esa ignorancia con la imaginación. Al principio no sintió celos de toda la vida de Odette, sino sólo délos momentos en que una circunstancia, acaso mal interpretada, le había llevado a suponer que Odette hubiese podido engañarle. Como un pulpo que alarga un primer tentáculo, luego otro y después un tercero, sus celos se aferraron sólidamente a ese momento de las cinco de la tarde, después a otro, más tarde a otro más. Pero Swann no era capaz de inventar sus sufrimientos. Sólo eran el recuerdo, la perpetuación de un sufrimiento que le había venido de fuera.

Pero ahora todo le hacía sufrir. Decidió alejar a Odette de Forcheville, llevársela unos días al Midi. Pero estaba convencido de que todos los hombres que había en el hotel la deseaban y que ella

también los deseaba. Antes, cuando iba de viaje, siempre buscaba caras nuevas, reuniones numerosas; ahora se le veía huraño, rehuyendo la compañía de la gente como si le hubiesen herido cruelmente. ¿Y cómo no había de ser misántropo si en todo hombre veía un posible amante para Odette? Y así los celos, más todavía que la atracción voluptuosa y risueña que al principio sintió por Odette, alteraron el carácter de Swann y mudaron de arriba abajo, a ojos de los demás, la apariencia misma de los signos externos con que ese carácter se manifestaba.

Un mes después del día en que había leído la carta dirigida por Odette a Forcheville, Swann asistió a una cena que los Verdurin daban en el Bois. En el momento en que se disponía a irse, observó conciliábulos entre Mme. Verdurin y algunos invitados y creyó comprender que estaban recordando al pianista que, al día siguiente, debía ir a una reunión a Chatou[246]; pero él, Swann, no estaba invitado.

Los Verdurin habían hablado a media voz y en términos vagos, pero el pintor, sin duda distraído, exclamó: «No necesitará ninguna luz, y que toque la sonata Claro de luna[247] en la oscuridad para ver iluminarse mejor las cosas».

Al ver que Swann estaba a dos pasos, Mme. Verdurin adoptó esa expresión donde el deseo de hacer callar a quien habla y de conservar un aire inocente a ojos de quien oye queda neutralizado por una intensa nulidad de la mirada, donde el inmóvil signo de inteligencia del cómplice se disimula bajo las sonrisas del ingenuo y que, común a todos los que notan que alguien ha metido la pata, termina revelándola de inmediato, si no a quienes la meten, al menos a quien resulta su víctima. Odette puso de pronto la expresión de una mujer desesperada que renuncia a luchar contra las abrumadoras dificultades de la vida, y Swann contaba ansiosamente los minutos que le separaban del momento en que, después de salir de aquel restaurante, en el viaje de vuelta, iba a poder pedirle explicaciones, conseguir que no fuese al día siguiente a Chatou o que se las arreglase para que le invitaran, y aplacar entre sus brazos la angustia que sentía. Por fin pidieron los coches. Mme. Verdurin dijo a Swann: «Bueno,

adiós, hasta pronto, ¿verdad?», tratando de impedirle pensar, con la amabilidad de la mirada y la tensión de la sonrisa, que ella no le decía, como siempre hubiese hecho hasta entonces: «Mañana en Chatou, y pasado mañana en casa».

Los Verdurin hicieron montar con ellos a Forcheville, el carruaje de Swann estaba detrás esperando a que se fueran para que Odette subiese al suyo.

«Odette, nosotros la llevamos, dijo Mme. Verdurin, tenemos un huequecito para usted al lado de M. de Forcheville.

—Sí, señora, respondió Odette.

—Pero cómo, si yo creía que se venía usted conmigo», exclamó Swann, diciendo sin disimulo las palabras necesarias, porque la portezuela estaba abierta, los segundos estaban contados, y no podía regresar sin ella en el estado en que se hallaba.

«Es que Mme. Verdurin me ha pedido…

—Venga, usted bien puede volver solo, ya se la hemos dejado muchas veces, dijo Mme. Verdurin.

—Es que tenía algo importante que decir a la señora.

—Bueno, ya se lo dirá por escrito…

—Adiós», le dijo Odette tendiéndole la mano.

Él trató de sonreír, pero su cara estaba aterrada[248].

«¿Has visto qué modales se permite ahora Swann con nosotros?, dijo Mme. Verdurin a su marido cuando llegaron a casa. He creído que iba a comerme porque nos llevábamos a Odette. ¡Qué inconveniencia! ¡Sólo le falta decirnos que tenemos una casa de citas! No comprendo cómo aguanta Odette semejantes modales. Es como si dijera: usted me pertenece. Ya le diré yo a Odette lo que pienso, y espero que comprenda».

Y un momento después añadió, con rabia: «Vamos, ¡habrase visto qué animal!», empleando sin darse cuenta, y acaso obedeciendo a la misma oscura necesidad de justificarse —como Françoise en Combray cuando el pollo se negaba a morir— las palabras que arrancan las últimas convulsiones de un animal inofensivo que agoniza al aldeano que lo está degollando.

Y cuando el carruaje de Mme. Verdurin hubo partido y el de Swann avanzó, su cochero, mirándolo, le preguntó si se encontraba mal o si le había ocurrido algo.

Swann lo despidió, quería caminar y fue a pie, por el Bois, como regresó. Iba hablando solo, en voz alta, y en el mismo tono algo falso que había adoptado hasta entonces para enumerar los encantos del cogollito y para exaltar la magnanimidad de los Verdurin. Pero así como las palabras, las sonrisas y los besos de Odette se le hacían tan odiosos dirigidos a otros como dulces le habían parecido al recibirlos él, así el salón de los Verdurin, que un momento antes todavía le parecía divertido, con un gusto auténtico por el arte e incluso con una especie de nobleza moral, ahora que Odette iba a encontrarse allí con otro, a amar libremente a otro en ese salón, se le revelaba en toda su ridiculez, su necedad y su ignominia.

Se imaginaba con repugnancia la velada del día siguiente en Chatou. «En primer lugar, ¡vaya idea ir a Chatou! ¡Como merceros que acaban de cerrar la tienda! ¡Realmente estas gentes son de una cursilería burguesa sublime, no pueden existir en la realidad, deben de haber salido de una comedia de Labiche[249]!».

Allí estarían los Cottard, tal vez Brichot. «¡Qué vida tan grotesca la de estas pobres gentes que no pueden dejar de vivir los unos sin los otros, que se creerían perdidos, palabra, si mañana no se reuniesen todos en Chatou!». Pero ¡ay!, también estaría el pintor, aquel pintor amigo de «hacer matrimonios», que invitaría a Forcheville a ir con Odette a su estudio. Ya estaba viendo a Odette con una toilette demasiado elegante para aquella excursión campestre, «porque es tan vulgar y, sobre todo, es tan tonta la pobrecilla».

Ya estaba oyendo las bromas que Mme. Verdurin haría después de la cena, las bromas que, fuera quien fuese el pelma que tuvieran por blanco, siempre le habían divertido porque veía reírse a Odette, reírse con él, casi dentro de él. Y ahora intuía que quizás iban a hacer a Odette reírse de él. «¡Qué fétida alegría!», decía, imprimiendo a su boca una expresión de asco tan marcada que tenía la sensación muscular de su mueca hasta en el cuello, rígido y pegado al cuello de la camisa. «¿Y cómo puede encontrar materia de risa en esas bromas

nauseabundas una criatura cuyo rostro está hecho a imagen de Dios? Cualquier nariz, a poco delicada que fuese, se apartaría horrorizada para no dejarse ofuscar por semejantes miasmas. Es realmente increíble pensar que un ser humano pueda no comprender que, permitiéndose una sonrisa contra un semejante que le ha tendido lealmente la mano, se degrada hasta un fango de donde nunca, ni con la mejor voluntad del mundo, nadie lo podrá sacar. Vivo a demasiados miles de metros de altura por encima de esos bajos fondos donde chapotean y chillan esos inmundos chismosos, para que puedan salpicarme las bromas de una Verdurin», exclamó, alzando la cabeza y echando lleno de orgullo el cuerpo hacia atrás. «Dios es testigo de que sinceramente he querido sacar a Odette de ahí, y educarla en una atmósfera más noble y más pura. Pero la paciencia humana tiene unos límites, y la mía ha llegado al final», se dijo, como si esa misión de arrancar a Odette de una atmósfera de sarcasmos fuera una idea vieja y no de hacía unos minutos, y como si no se le hubiese ocurrido después de haber pensado que aquellos sarcasmos acaso le tenían a él por blanco y trataban de separarlo de Odette.

Veía al pianista preparado para tocar la sonata Claro de luna, y las muecas de Mme. Verdurin temiendo el daño que la música de Beethoven iba a causar en sus nervios: «¡Idiota, embustera!, exclamó, ¡y cree amar el Arte!». A Odette, después de haberle insinuado hábilmente unas palabras elogiosas para Forcheville, como muchas veces había hecho con él, le diría: «Hágale un huequecito a su lado a M. de Forcheville». «¡En la oscuridad! ¡Alcahueta, celestina!». «Alcahueta» era el calificativo que también daba a la música que los invitaría a callarse, a soñar juntos, a mirarse, a cogerse de la mano. Y le parecía bien la severidad contra las artes de Platón, de Bossuet[250], y de la vieja educación francesa.

En suma, la vida que se hacía en casa de los Verdurin y que con tanta frecuencia había denominado «la verdadera vida», le parecía la peor de todas, y el cogollito el peor de todos los ambientes. «En realidad es lo más bajo que hay en la escala social, decía, el último círculo del Dante[251]». ¡No hay duda de que el augusto texto se refiere a los Verdurin! En el fondo, qué sabiduría tan profunda

demuestran las gentes de mundo —de las que podrá decirse lo que se quiera, pero que no tienen nada en común con estas cuadrillas de canallas— por negarse a conocerlos, á ensuciarse siquiera sea la punta de los dedos. «¡Qué adivinación en ese Noli me tangere[252] del faubourg Saint-Germain!». Hacía rato que había dejado atrás las alamedas del Bois, y casi había llegado a su casa, cuando, borracho todavía de dolor y de aquella exaltada vena de insinceridad cuyas entonaciones engañosas y la artificial sonoridad de su propia voz lo empujaban paulatinamente hacia la ebriedad, aún seguía perorando en voz alta en medio del silencio de la noche. «La gente de mundo tiene sus defectos, y soy el primero en reconocerlos, pero de todos modos es gente con la que no pueden ocurrir ciertas cosas. De las mujeres elegantes que he conocido, ésta o aquélla estaba lejos de ser perfecta, pero en última instancia siempre había en ella un fondo de delicadeza, una lealtad de comportamiento que, pasara lo que pasase, la habrían vuelto incapaz de una felonía y que bastan para abrir un abismo entre ella y una arpía como la Verdurin. ¡Verdurin! ¡Vaya nombre! ¡Ah, bien puede decirse que no les falta nada, que son perfectos en su género! ¡A Dios gracias, ya iba siendo hora de negarse a condescender en la promiscuidad con semejante infamia, con tales inmundicias!».

Pero, así como las virtudes que poco antes aún atribuía a los Verdurin no habrían bastado, incluso si realmente las hubiesen poseído y no hubiesen favorecido y protegido su amor, para provocar en Swann aquella ebriedad que lo enternecía frente a su magnanimidad y que sólo podía venirle de Odette aunque se propagase a través de otras personas, así la inmoralidad, aunque fuese real, que hoy encontraba en los Verdurin, se habría revelado impotente, si no hubiesen invitado a Odette con Forcheville y sin él, para dar rienda suelta a su indignación e impulsarle a reprobar «su infamia». Y sin duda la voz de Swann era más clarividente que él mismo cuando se negaba a pronunciar aquellas palabras llenas de repugnancia por el círculo Verdurin, y de alegría por haber terminado con él, en un tono nada artificioso, y como si hubieran sido escogidas más para satisfacer su rabia que para expresar su pensamiento. De

hecho, este último, mientras él se entregaba abales invectivas, estaba probablemente ocupado, sin que Swann se diese cuenta, por algo completamente distinto, pues una vez llegado a casa, nada más cerrar la puerta cochera, se dio de pronto una palmada en la frente y, mandando abrirla de nuevo, volvió a salir exclamando esta vez con voz natural: «¡Creo haber encontrado el medio de que mañana me inviten a la cena de Chatou!». Pero el medio debía de ser malo, porque Swann no fue invitado: el doctor Cottard, que, llamado a un pueblo de la provincia por un caso grave, no había visto a los Verdurin hacía varios días ni había podido ir a Chatou, al día siguiente de esa cena, y cuando se sentaba a la mesa con ellos, dijo:

«Pero ¿no veremos esta noche al señor Swann? Es lo que se dice un amigo personal del…

—¡Tengo la esperanza de que no!, exclamó Mme. Verdurin. Dios nos libre; es cargante, estúpido y maleducado».

Al oír estas palabras, Cottard manifestó a un tiempo sorpresa y sumisión, como ante una verdad contraria a cuanto había creído hasta entonces, pero de una evidencia irresistible; y metiendo con aire alterado y temeroso la nariz en el plato, se limitó a responder: «¡Ah, ah, ah, ah, ah!», recorriendo hacia atrás, en su repliegue en buen orden hasta el fondo de sí mismo, a lo largo de una gama descendente, todo el registro de su propia voz. Y no volvió a hablarse más de Swann en casa de los Verdurin.

Entonces aquel salón que había reunido a Swann y Odette se volvió un obstáculo para sus citas. Ella ya no le decía, como en los primeros tiempos de su amor: «Nos veremos en cualquier caso mañana por la noche, hay cena en casa de los Verdurin», sino: «No podremos vernos mañana por la noche, hay cena en casa de los Verdurin». O bien los Verdurin iban a llevarla a la Ópera Cómica a ver Une nuit de Cléopâtre[253], y Swann leía en los ojos de Odette aquel espanto a que le pidiese que no fuera, que antes no habría podido dejar de besar al verlo cruzar por el rostro de su amante, y que ahora le irritaba. «Y sin embargo no es rabia, se decía a sí mismo, lo que siento al ver las ganas que tiene de ir a escarbar en esa música de estercolero. Qué pena, no por mí desde luego, sino por ella; ¡pena de

ver que, después de vivir más de seis meses en contacto cotidiano conmigo, no haya sabido cambiar lo suficiente para eliminar espontáneamente a Victor Massé! Sobre todo, por no haber llegado a comprender que hay noches en que, por poco sensible que sea la esencia de una persona, debe saber renunciar a un placer cuando se le pide. Debería ser capaz de decir "no iré", aunque sólo fuese por inteligencia, porque esa respuesta servirá para clasificar de una vez por todas la calidad de su alma». Y, una vez convencido de que, si esa noche deseaba que permaneciese a su lado en vez de ir a la Ópera Cómica, sólo era de hecho para poder formular un juicio más favorable sobre sus facultades intelectuales, le exponía a Odette el mismo razonamiento, con igual grado de insinceridad que a sí mismo, e incluso con un grado más, porque entonces obedecía además al deseo de recuperarla por amor propio.

«Te juro», le decía un momento antes de salir para el teatro, «que al pedirte que no vayas, todos mis deseos, si yo fuese un egoísta, serían que te negases, porque tengo mil cosas que hacer esta noche, y caería en mi propia trampa y me vería en un apuro si, contra todo lo que espero, me dijeses que no ibas. Pero mis ocupaciones y mis placeres no lo son todo, debo pensar en ti. Puede llegar un día en que, al ver que me alejo de ti para siempre, tengas derecho a reprocharme que no te haya avisado en los instantes decisivos en que sentía que iba a formular sobre ti uno de esos juicios severos a los que ningún amor sobrevive mucho tiempo. Mira, Une nuit de Cléopâtre (¡vaya título!), no significa nada en este momento. Lo que hay que saber es si eres o no eres realmente uno de esos seres situados en el nivel más bajo de la inteligencia, e incluso de la fascinación, un ser despreciable incapaz de renunciar a un placer. Y si lo fueses, ¿cómo se te podría amar si ni siquiera eres una persona, una criatura definida, imperfecta sí, pero al menos perfectible? Eres un agua informe que corre según la pendiente que le ofrecen, un pez sin memoria ni capacidad de reflexión que, mientras viva en su acuario, chocará cien veces al día contra el cristal, que seguirá tomando por agua. ¿No comprendes que tu respuesta tendrá por resultado, no digo dejar de quererte ahora mismo, desde luego, sino volverte menos seductora a mis ojos cuando comprenda que no eres una persona, que estás debajo de todas las

cosas y no sabes elevarte por encima de ninguna? Evidentemente hubiese preferido pedirte que renunciaras a Une nuit de Cléopâtre (ya que me obligas a ensuciarme los labios con ese abyecto nombre) como si fuese algo sin importancia, con la esperanza sin embargo de que habías de ir. Pero, decidido a hacerme esa cuenta, a sacar esas consecuencias de tu respuesta, me ha parecido más honrado avisarte».

Desde hacía unos minutos Odette daba señales de emoción e incertidumbre. Aunque ignorase el significado de estas palabras, sí le quedaba claro que él podía encuadrarlas en el género común de los «laïus» y escenas de reproches o de súplicas, y la experiencia que tenía de los hombres le permitía deducir, sin fijarse mucho en el detalle de las palabras, que no las pronunciarían de no estar enamorados, que si estaban enamorados no había razón para obedecerles, que luego lo estarían todavía más. Habría escuchado a Swann con la mayor calma de no haber visto que se le pasaba la hora y que, a poco que él siguiese hablando, iba, como le dijo con una sonrisa tierna, obstinada y confusa, «¡a perderse la Obertura!».

Otras veces le decía que, más que cualquier otra cosa, le induciría a dejar de amarla el hecho de que ella no quisiese renunciar a mentir. «Incluso desde el simple punto de vista de la coquetería, le decía, ¿no ves cuánta seducción pierdes rebajándote a mentir? ¡Cuántas faltas podrías redimir con una confesión! ¡Realmente eres mucho menos inteligente de lo que pensaba!». Pero era inútil que Swann le expusiese todas las razones que tenía para no mentirle; habrían podido destruir en Odette un sistema general de la mentira; pero no tenía ninguno; se limitaba, cuando quería que Swann ignorase algo que había hecho, a no decírselo. En resumidas cuentas, para ella la mentira era un expediente de orden particular; y lo único que podía decidir si debía utilizarlo o confesar la verdad, también era una razón de orden particular, la mayor o menor probabilidad de que Swann pudiese descubrir que no había dicho la verdad.

Físicamente, Odette atravesaba un mal momento; estaba engordando; y la gracia expresiva y doliente, las miradas asombradas y soñadoras de antes parecían haber desaparecido con su primera juventud. De modo que se había vuelto tan querida para Swann justo

en el momento en que, en cierto sentido, la encontraba precisamente menos hermosa. La miraba largo rato para intentar captar de nuevo la fascinación que había conocido en ella, y no la encontraba. Pero saber que bajo aquella nueva crisálida seguía viviendo Odette, la misma voluntad fugaz, imperceptible y sinuosa de siempre, le bastaba a Swann para seguir poniendo la misma pasión en su intento de captarla. Luego miraba fotografías de hacía dos años, recordaba lo deliciosa que había sido. Y esto le consolaba algo de las penas que sufría por ella.

Cuando los Verdurin se la llevaban a Saint-Germain, a Chatou, a Meulan, a menudo, si hacía buen tiempo, proponían sobre la marcha quedarse a dormir y no volver hasta el día siguiente. Mme. Verdurin procuraba calmar los escrúpulos del pianista, cuya tía se había quedado en París.

«Estará encantada de haberse librado de usted por un día. ¿Y por qué iba a preocuparse? Sabe que está con nosotros; en todo caso, yo asumo toda la responsabilidad».

Pero si no lo conseguía, su marido se ponía en movimiento, encontraba una oficina de telégrafos o un mensajero y preguntaba a los fieles si alguno tenía que mandar algún aviso a alguien. Pero Odette le daba las gracias y decía que no tenía que enviar ningún mensaje a nadie, porque le había dicho a Swann de una vez por todas que, si se lo enviaba a la vista de todos, quedaría comprometida. En ocasiones su ausencia se prolongaba varios días, los Verdurin la llevaban a ver las tumbas de Dreux, o a Compiégne para admirar, por consejo del pintor, las puestas de sol en el bosque, y se llegaban hasta el castillo de Pierrefonds[254].

«¡Y pensar que podría visitar verdaderos monumentos conmigo, que me he pasado diez años estudiando arquitectura y que no hago más que recibir súplicas para acompañar a Beauvais o a Saint-Loup-de-Naud a personas de primer orden y sólo lo haría por ella; y ella en cambio, se va con esa partida de animales capaces de extasiarse sucesivamente ante las deyecciones de Luis Felipe y las de Viollet-le-Duc! No creo que para eso se necesite ser artista, ni que se precise un

olfato particularmente fino para decidir irse de vacaciones a unas letrinas para poder respirar mejor los excrementos[255]».

Pero, cuando ella se había ido a Dreux o a Pierrefonds —sin permitirle, ay, que él fuese por su cuenta, como por casualidad, porque «haría un efecto deplorable», decía ella—, Swann se zambullía en la más embriagadora novela de amor, la guía de ferrocarriles, que le informaba sobre los medios de reunirse con ella, ¡por la tarde, por la noche, esa misma mañana incluso! ¿El medio? Algo más importante quizá: la autorización. Porque, en última instancia, ni la guía ni los trenes mismos se habían hecho para los perros. Si se ponía en conocimiento del público, por medio de impresos, que a las ocho de la mañana salía un tren que llegaba a Pierrefonds a las diez, ir a Pierrefonds era por tanto un acto lícito para el que resultaba superfluo el permiso de Odette; y también era un acto que podía tener una motivación completamente distinta del deseo de reunirse con Odette, puesto que lo hacían a diario personas que no la conocían, y en cantidad lo bastante numerosa para que valiese la pena encender las calderas de la máquina.

En resumidas cuentas, ¡ella no podía impedirle ir a Pierrefonds si a él le daba la gana! Y precisamente sentía que tenía ganas, y que, de no haber conocido a Odette, seguro que habría ido. Hacía mucho que deseaba hacerse una idea más precisa de los trabajos de restauración de Viollet-le-Duc. Y con el tiempo que hacía, sentía el imperioso deseo de pasear por el bosque de Compiégne.

Desde luego era mala suerte que Odette le prohibiese el único lugar que hoy le tentaba. ¡Hoy! Si, a pesar de su prohibición, se ponía en camino, ¡podría verla hoy mismo! Pero, mientras que si hubiese encontrado en Pierrefonds a un extraño le habría dicho encantada: «¡Vaya, usted por aquí!», y le habría invitado a ir a verla al hotel donde se alojaba con los Verdurin, en cambio, de haberse encontrado con él, con Swann, se habría enfadado, pensaría que la seguía, lo amaría menos, acaso le diese la espalda llena de ira al verlo. «¡O sea, que ni siquiera tengo derecho a viajar!», le habría dicho ella a la vuelta, ¡cuando en fin de cuentas era él quien ya no tenía derecho a viajar!

Por un momento se le había ocurrido, para poder viajar a Compiégne y a Pierrefonds sin dar la impresión de ir en busca de Odette, hacerse acompañar por un amigo suyo, el marqués de Forestelle[256], dueño de un castillo en los alrededores. Éste, a quien había informado del proyecto sin decirle el motivo, no cabía en sí de gozo y se maravillaba de que Swann, por primera vez en quince años, consintiese por fin en visitar sus propiedades, y, después de decirle que no quería quedarse mucho tiempo, le prometió al menos que juntos darían paseos y harían excursiones durante unos días. Swann ya se imaginaba allí con M. de Forestelle. Y antes de ver a Odette, e incluso si no conseguía ver-la, ¡qué felicidad poner el pie sobre aquella tierra donde, aunque no supiera el lugar exacto, en un momento dado, de su presencia, sentiría palpitar por todas partes la posibilidad de su imprevista aparición!: en el patio del castillo, hermoseado ahora a sus ojos porque por ella iba él a verlo; en todas las calles del pueblo, que le parecía novelesco; en cada uno de los senderos del bosque, bañados de rosa por un crepúsculo tierno y profundo; —asilos innumerables y alternativos, a los que iba simultáneamente a refugiarse, en la incierta ubicuidad de sus esperanzas, su corazón dichoso, multiplicado y vagabundo. «Sobre todo, le diría a M. de Forestelle, hemos de tener cuidado para no tropezar con Odette y los Verdurin; acabo de saber que precisamente hoy están en Pierrefonds. Ya los vemos de sobra en París, no merecería la pena haber venido para no poder dar un paso los unos sin los otros». Y el amigo no comprendería por qué, una vez llegado, cambiaría veinte veces de proyectos, inspeccionaría los comedores de todos los hoteles de Compiégne sin decidirse a sentarse en ninguno, si en ninguno había rastro de los Verdurin, dando la impresión de buscar aquello de lo que aseguraba querer huir y huyendo, de hecho, en cuanto los hubiese encontrado, porque, de haber topado con el grupito, lo habría evitado con afectación, contento de haber visto a Odette y de ser visto por ella, y sobre todo de que hubiese visto que no se preocupaba de ella. Pero no, Odette adivinaría que si estaba allí era por ella. Y cuando M. de Forestelle iba a buscarle para partir, le decía: «¡Ay!, no, hoy no puedo ir a Pierrefonds. Precisamente Odette

está allí». Y, Swann, feliz pese a todo de sentir que si de todos los mortales él era el único que no tenía derecho ese día a ir a Pierrefonds, era porque de hecho Odette lo consideraba distinto de los demás, su amante, y que esa restricción introducida por él en el derecho universal de libre circulación no era más que una de las formas de aquella esclavitud, de aquel amor que tanto apreciaba. Estaba claro que más le valía no correr el riesgo de enfadarse con ella, tener paciencia, esperar su regreso. Pasaba los días inclinado sobre un mapa del bosque de Compiégne como si hubiese sido el mapa del Tendre[257], y se rodeaba de fotografías del castillo de Pierrefonds. En cuanto se acercaba el día de su posible retorno, abría de nuevo la guía, calculaba el tren que había debido de tomar, y, en caso de perderlo, los que todavía le quedaban. No salía de casa por miedo a perderse un telegrama suyo, no se acostaba por si, de vuelta en el último tren, Odette quisiese darle la sorpresa de ir a verlo a medianoche. Precisamente en ese momento oía sonar la campanilla de la puerta cochera, le parecía que tardaban mucho en abrir, quería despertar al portero, se asomaba a la ventana para llamar a Odette si era ella, porque, pese a las recomendaciones que había bajado a dar en persona más de diez veces, eran capaces de decirle que él no estaba en casa. Pero resultaba ser un criado que volvía. Swann observaba la bandada incesante de carruajes que pasaban, a la que antes nunca había prestado atención. Los oía venir uno a uno a lo lejos, acercarse, pasar de largo ante su puerta sin detenerse y llevar más allá un mensaje que no estaba destinado a él. Aguardaba toda la noche, inútilmente, porque los Verdurin habían adelantado el viaje de vuelta y Odette estaba en París desde mediodía; no se le había ocurrido avisarle; no sabiendo qué hacer, había ido a pasar la tarde sola al teatro y hacía rato que había vuelto a casa para acostarse y estaba durmiendo.

Lo cierto es que ni siquiera había pensado en él. Y esos momentos en que Odette se olvidaba hasta de la existencia de Swann le resultaban más útiles, le servían mejor que toda su coquetería para atar a Swann. Porque Swann vivía entonces en aquella dolorosa excitación que ya había demostrado su fuerza para hacer estallar su

amor la noche en que, no encontrando a Odette en casa de los Verdurin, se la pasó buscándola. Y no tenía, como tuve yo en Combray en mi infancia, días felices en los que se olvidan las penas que renacerán de noche. Los días, Swann los pasaba sin Odette; y a ratos se decía que dejar a una mujer tan bella salir sola de aquel modo por París era tan imprudente como dejar un escriño lleno de alhajas en medio de la calle. Se indignaba entonces contra todos los viandantes, como si fuesen otros tantos ladrones. Pero su rostro colectivo e informe escapaba a su imaginación y no alimentaba sus celos. Producía cansancio en la mente de Swann, quien, pasándose la mano por los ojos, exclamaba: «¡Sea lo que Dios quiera!», como esas personas que después de haberse empeñado en abarcar el problema de la realidad del mundo exterior o de la inmortalidad del alma, conceden a su fatigado cerebro el alivio de un acto de fe. Pero el recuerdo de la ausente siempre iba indisolublemente unido a los actos más simples de la vida de Swann —almorzar, abrir el correo, salir, acostarse— por la tristeza misma que sentía al hacerlos sin ella, como esas iniciales de Filiberto el Hermoso que, en la iglesia de Brou, Margarita de Austria entrelazó por todas partes a las suyas, por lo mucho que le añoraba[258]. Algunos días, en lugar de quedarse en casa, almorzaba en un restaurante bastante cercano, que antes apreciaba por su buena cocina y al que ahora sólo iba por una de esas razones a un tiempo místicas y ridículas que suelen calificarse de novelescas: porque ese restaurante (que todavía existe) llevaba el mismo nombre que la calle donde vivía Odette: Lapérouse[259]. A veces, cuando su ausencia había sido breve, Odette no se preocupaba hasta unos días después de comunicarle que había vuelto a París. Y sencillamente le decía, sin tomar como antes la precaución de esconderse, por si acaso, tras un pequeño fragmento sustraído a la verdad, que acababa de llegar hacía un rato en el tren de la mañana. Estas palabras eran mendaces; al menos para Odette lo eran, inconsistentes, sin un punto de apoyo, como lo habrían tenido de haber sido verdaderas, en el recuerdo de su llegada a la estación; hasta era incapaz de imaginárselas mientras las pronunciaba, lo impedía la imagen contradictoria de aquello absolutamente distinto

que había hecho en el momento en que pretendía haberse apeado del tren. Pero en cambio, aquellas palabras que no encontraban obstáculo alguno iban a incrustarse en la mente de Swann y a adoptar la inmovilidad de una verdad tan indudable que, de haberle dicho un amigo que también él había llegado en ese tren y no había visto a Odette, quedaría convencido de que era el amigo quien se equivocaba de día o de hora, desde el instante en que sus palabras no se conciliaban con las de Odette. Éstas sólo le habrían parecido mendaces si antes hubiese desconfiado de que lo fueran. Para creer que Odette mentía, era condición necesaria la sospecha previa. También era, además, una condición suficiente. Entonces cuanto Odette decía le parecía sospechoso. Si le oía citar un nombre, seguro que era de uno de sus amantes; una vez forjada esta suposición, pasaba semanas desolado; en cierta ocasión llegó a ponerse en contacto con una agencia de investigación para conocer las señas y lo que hacía el desconocido que no le dejaría respirar tranquilo hasta que saliese de viaje, y del que terminó descubriendo que era un tío de Odette muerto hacía veinte años.

Aunque, en general, no le permitiese reunirse con ella en lugares públicos alegando que eso daría que hablar, resultaba que, con motivo de una velada a la que ambos estaban invitados —en casa de Forcheville, en el estudio del pintor, o en un baile benéfico de algún ministerio—, Swann acudía cuando ella estaba allí. La veía, mas no se atrevía a quedarse por miedo a irritarla dándole la impresión de espiar los placeres que disfrutaba con otros y que —mientras regresaba a casa solo, y se acostaba lleno de ansiedad, como yo mismo había de estarlo años después las noches en que Swann venía a cenar a casa, en Combray— le parecían ilimitados porque no los había visto acabar. Y una o dos veces, en noches como aquéllas, pudo saborear esas alegrías que, si no sufriesen con tanta violencia el rebote de la inquietud bruscamente interrumpida, sentiríamos la tentación de calificar de tranquilas, porque consisten en un apaciguamiento: había ido a pasar el rato a una fiesta en casa del pintor y se disponía a despedirse; dejaba allí a Odette transformada en una brillante desconocida, en medio de hombres a quienes sus miradas y su alegría, que no estaban destinadas a él, parecían hablar de cierta

voluptuosidad que habrían de saborear en aquella casa o en otra parte (quizás en el «Baile de los Incoherentes[260]», adonde temía que ella fuese después), y que provocaba en Swann más celos que la misma unión carnal, porque le costaba más imaginársela; estaba a punto de cruzar la puerta del estudio cuando oyó que le llamaban con estas palabras (que, eliminando de la fiesta aquel final que le espantaba, se la volvían retrospectivamente inocente; que hacían del regreso de Odette a casa una cosa no ya inconcebible y tremenda, sino dulce y conocida, capaz de poder permanecer a su lado, semejante a un trocito de su vida de todos los días, en el coche, y despojaban a la misma Odette de su apariencia demasiado brillante y alegre; que indicaban que sólo se trataba de un disfraz que se había puesto un momento para él, no con vistas a misteriosos placeres, y del que ya estaba cansada), con estas palabras que Odette le lanzaba cuando él ya estaba en el umbral: «¿No podría esperarme cinco minutos? Estoy a punto de irme, volveríamos juntos y me acompañaría a casa».

Cierto que, un día, Forcheville había pedido que lo llevasen con ellos, pero cuando, una vez llegados ante la puerta de Odette, había solicitado permiso para entrar él también, Odette le había respondido señalando a Swann: «¡Ah, eso depende de este señor, pregúnteselo a él! En fin, pase un momento si quiere, pero no mucho porque le advierto que le gusta hablar tranquilamente conmigo, y no le agradan demasiado las visitas cuando él viene. ¡Ah, si conociese a este ser como lo conozco yo! ¿Verdad, my love, que nadie le conoce tan bien como yo?».

Y Swann quizá se sentía más emocionado al ver que, delante de Forcheville, le dirigía, no sólo esas palabras de cariño y predilección, sino también críticas como: «Estoy segura de que aún no ha contestado a sus amigos para la cena del domingo. No vaya si no quiere, pero por lo menos sea educado», o: «¿Se ha acordado de dejar aquí su ensayo sobre Vermeer para seguir trabajando un poco en él mañana? ¡Qué perezoso! ¡Yo le haré trabajar, ya verá!», demostrando que Odette estaba al corriente de sus invitaciones mundanas y de sus estudios de arte, que ambos tenían una vida en común. Y al decirle

estas cosas le dirigía una sonrisa en cuyo fondo Swann la sentía enteramente suya.

Entonces en esos momentos, y mientras ella le preparaba una naranjada, de improviso, como cuando un reflector mal regulado hace pasear primero alrededor de un objeto, sobre la pared, grandes sombras fantásticas que luego van a replegarse y a anularse en él, todas las ideas terribles y mudables que se hacía de Odette se desvanecían para reunirse en el fascinante cuerpo que Swann tenía delante. De repente tenía la sospecha de que aquella hora pasada en casa de Odette, bajo la lámpara, acaso no fuera una hora ficticia, hecha para su propio uso (destinada a enmascarar aquella cosa terrorífica y deliciosa, en la que pensaba sin cesar aunque nunca lograse imaginársela bien: una hora de la verdadera vida de Odette, de la vida de Odette cuando él estaba lejos), con utilería teatral y frutas de cartón, sino que tal vez fuese realmente una hora de la vida de Odette, y que, de no haber estado él allí, ella hubiese ofrecido el mismo sillón a Forcheville y le hubiera servido no un brebaje desconocido, sino precisamente aquella misma naranjada; que el mundo habitado por Odette no era ese otro mundo espantoso y sobrenatural donde él pasaba el tiempo situándola, y que acaso sólo existía en su imaginación, sino el universo real, que no desprendía ninguna tristeza particular, que abarcaba aquella mesa donde iba a poder escribir y aquella bebida que le sería concedido saborear, todos aquellos objetos que contemplaba con tanta curiosidad y admiración como gratitud porque, si absorbiendo sus sueños le habían liberado de ellos, éstos a su vez se habían enriquecido, le mostraban su realización tangible, e interesaban a su mente, adquirían relieve ante sus ojos al mismo tiempo que le tranquilizaban el corazón. ¡Ay!, si el destino le hubiese permitido vivir en una sola morada con Odette y estar en casa de ella, en la suya propia; si al preguntar al criado qué había para comer, hubiese recibido como respuesta el menú de Odette; si, cuando Odette quería ir de mañana a pasear por la avenida del Bois de Boulogne, su deber de buen marido le hubiese obligado, aunque no tuviera ganas de salir, a acompañarla, llevándole el abrigo cuando sintiese demasiado calor; y si, por la noche después de cenar ella tuviese ganas de quedarse en casa en deshabillé, si a él no le

quedase otro remedio que permanecer a su lado y hacer lo que ella quisiera: entonces todas las nimiedades de la vida de Swann, que tan tristes le parecían, habrían asumido en cambio, por formar parte al mismo tiempo de la vida de Odette, incluidas las más familiares —hasta aquella misma lámpara, aquella naranjada, aquel sillón que contenían tantos sueños, que materializaban tanto deseo—, una especie de superabundante dulzura y de misteriosa densidad.

Dudaba mucho, sin embargo, de que lo que así echaba de menos fuese una calma y una paz que no habrían sido una atmósfera favorable para su amor. Cuando Odette dejase de ser para él una criatura siempre ausente, añorada, imaginaria, cuando su sentimiento por ella ya no fuese aquella misma turbación misteriosa que le provocaba la frase de la sonata, sino afecto, y gratitud cuando entre ambos se estableciesen relaciones normales que pondrían fin a su frenesí y a su tristeza, entonces desde luego los actos de la vida de Odette le parecerían sin duda escasamente interesantes en sí mismos —como ya había sospechado varias veces que así eran, por ejemplo el día en que había leído al trasluz del sobre la carta dirigida a Forcheville. Observando su propia enfermedad con la misma sagacidad que si se la hubiese inoculado para estudiarla, se decía que, una vez curado, lo que pudiese hacer Odette le resultaría indiferente. Pero, a decir verdad, desde el fondo de su morboso estado temía tanto como la muerte una curación semejante, que en realidad habría sido la muerte de cuanto él era en este momento.

Después de aquellas tranquilas veladas, las sospechas de Swann se habían aplacado; bendecía a Odette y a la mañana siguiente mandaba a su casa las alhajas más bellas, porque las manifestaciones de bondad de la víspera habían estimulado o su gratitud o el deseo de verlas repetirse, o un paroxismo de amor que tenía necesidad de desfogarse.

Pero en otros momentos lo asaltaba de nuevo aquel dolor, se figuraba que Odette era la amante de Forcheville y que, cuando los dos le habían visto, desde el fondo del landó[261] de los Verdurin, en el Bois, la víspera de la fiesta de Chatou a la que no lo habían invitado, suplicarle inútilmente, con aquel aire desesperado que hasta

el cochero había advertido, que volviera a casa con él, y luego irse por su lado, solo y vencido, al señalarle a Forcheville mientras le decía: «¡Qué rabia tiene!», ella había debido de lanzarle las mismas miradas brillantes, maliciosas, torcidas y taimadas que el día en que éste había echado a Saniette de casa de los Verdurin.

Entonces Swann la detestaba: «Hay que ser imbécil, se decía, estoy pagando con mi dinero el placer de los demás. De todas formas, hará bien en tener cuidado y en no tirar demasiado de la cuerda, porque bien podría no volver a darle un céntimo. En cualquier caso, ¡renunciemos provisionalmente a los regalos suplementarios! ¡Y pensar que ayer mismo, cuando decía que le gustaría asistir a la temporada de Bayreuth[262], cometí la estupidez de proponerle alquilar en los alrededores, para nosotros dos, uno de los castillos más bonitos del rey de Baviera[263]! Y encima no ha parecido entusiasmarle mucho, todavía no ha dicho ni que sí ni que no; ¡ojalá diga que no! Oír con ella durante quince días a Wagner, que le importa lo mismo que a un pez una castaña, ¡pues sí que sería divertido!». Y como su odio, lo mismo que su amor, necesitaba manifestarse y actuar, se complacía en llevar cada vez más lejos sus malas fantasías, porque, gracias a las perfidias que atribuía a Odette, la detestaba todavía más y podría, de resultar ciertas —como le gustaba imaginarse—, tener ocasión de castigarla y saciar en ella su creciente rabia. Llegó a suponer que recibiría una carta de Odette pidiéndole dinero para alquilar aquel castillo cerca de Bayreuth, pero advirtiéndole que él no podría ir porque había prometido a Forcheville y a los Verdurin invitarlos. ¡Ah, cómo le habría gustado que se atreviese a semejante audacia! ¡Qué alegría la suya al negarse, al escribir la respuesta vengadora cuyos términos se complacía en escoger, en enunciar en voz alta, como si en realidad hubiese recibido la carta!

Pero eso fue lo que ocurrió al día siguiente. Odette le escribió que los Verdurin y sus amigos habían manifestado el deseo de asistir a las representaciones wagnerianas y que, si le hiciese el favor de enviarle aquel dinero, al fin podría tener, después de haber sido invitada tantas veces a su casa, el gusto de invitarlos a su vez. De él, no decía una

palabra, se sobrentendía que la presencia de aquellos amigos excluía la suya.

De modo que iba a tener la alegría de enviarle la terrible respuesta cuyas palabras, una por una, había decidido escribir la víspera sin atreverse a esperar que pudiese utilizarlas nunca. ¡Ay!, sabía de sobra que con el dinero que Odette tenía, o que fácilmente podría conseguir, acabaría alquilando una casa en Bayreuth desde el momento en que lo deseaba, ella que no era capaz de distinguir entre Bach y Clapisson[264]. Pero, a pesar de todo, tendría que llevar una vida más mezquina. Si esta vez él no le hubiese mandado unos cuantos billetes de mil francos, no habría podido organizar todas las noches, en un castillo, aquellas cenas refinadas a cuyo término tal vez se le había ocurrido el capricho —en el que acaso nunca hubiera pensado todavía— de caer en los brazos de Forcheville. ¡No, al menos no sería él, Swann, quien pagase aquel odiado viaje! —¡Ay, si hubiese podido impedirlo! ¡Si antes de partir ella se hubiese dislocado un pie, si el cochero del carruaje que la llevaría a la estación se hubiese dejado sobornar, al precio que fuese, y la condujese a un lugar donde quedase secuestrada por algún tiempo aquella mujer pérfida, de ojos esmaltados por una sonrisa de complicidad dirigida a Forcheville, en que Odette se había convertido para Swann desde hacía cuarenta y ocho horas!

Mas nunca era así durante mucho tiempo; al cabo de unos días la mirada brillante y pérfida perdía su esplendor y su duplicidad, y aquella imagen de una Odette execrada diciéndole a Forcheville: «¡Qué rabia tiene!», empezaba a palidecer, a borrarse. Entonces, poco a poco reaparecía y cobraba altura, resplandeciendo dulcemente, el rostro de la otra Odette, de aquella que también dirigía una sonrisa a Forcheville, pero una sonrisa en la que no había más que ternura para Swann, mientras decía: «No se quede mucho rato porque a este señor no le agrada demasiado que yo tenga visitas cuando desea estar conmigo. ¡Ah, si usted conociera a este ser como lo conozco yo!», aquella misma sonrisa con que solía dar las gracias a Swann por algún rasgo de aquella delicadeza que tanto apreciaba, o por algún consejo

que le había pedido en una de aquellas circunstancias graves en las que sólo confiaba en él.

Entonces se preguntaba cómo había podido escribir a esa Odette aquella carta ultrajante, de la que sin duda hasta ese momento ella no le hubiese creído capaz, y que con toda seguridad le hubiese hecho descender del rango elevado, único, que con su bondad y su lealtad había conquistado en la estima de Odette. Se le volvería un ser menos querido, porque ella lo amaba precisamente por esas cualidades, que no encontraba ni en Forcheville ni en ningún otro. Por ellas, Odette le daba muestras muy a menudo de una amabilidad que para él carecía de valor cuando estaba celoso, por no ser una señal de deseo y denotar incluso más afecto que amor, pero cuya importancia empezaba a percibir de nuevo a medida que el sosiego espontáneo de sus sospechas, acentuado muchas veces por la distracción que le aportaba una lectura sobre arte o la conversación con un amigo, volvía su pasión menos ávida de reciprocidades.

Ahora que, al término de aquella oscilación, Odette había vuelto naturalmente al lugar de donde los celos de Swann la habían apartado por un momento, en el ángulo en que la encontraba encantadora se la imaginaba llena de ternura, con una mirada de consentimiento, tan hermosa que no podía dejar de tender los labios hacia ella como si estuviese allí y pudiera besarla; y por aquella mirada fascinante y bondadosa le quedaba tan agradecido como si acabase de dirigírsela realmente y no hubiese sido sólo su imaginación la que acababa de pintársela para dar satisfacción a su deseo.

¡Qué disgusto había debido de darle! Claro que encontraba razones válidas para su resentimiento contra ella, pero no habrían bastado para hacérselo sentir si no la hubiese amado tanto. ¿No había tenido quejas igual de graves contra otras mujeres, a las que hoy, sin embargo, de buena gana hubiera hecho un favor, desde el momento en que, habiendo dejado de amarlas, ya no sentía rencor alguno contra ellas? Si alguna vez un día tuviera que encontrarse respecto a Odette en el mismo estado de indiferencia, comprendería que sólo sus celos le habían hecho ver algo atroz e imperdonable en aquel deseo, tan natural en el fondo, fruto de un resto de infantilismo y también de cierta delicadeza de alma, de poder corresponder a su vez, puesto que

se presentaba la ocasión, a las atenciones de los Verdurin, y hacer de anfitriona.

Volvía a este punto de vista —opuesto al de su amor y de sus celos, y en el que se situaba a veces por una especie de equidad intelectual y para dar cabida a distintas probabilidades— desde el que intentaba juzgar a Odette como si no la hubiese amado, como si para él fuese una mujer igual que las demás, como si la vida de Odette no fuera, en cuanto él no estaba delante, distinta, tramada a escondidas, urdida contra él.

¿Por qué creer que allí había de gozar, con Forcheville o con otros, unos placeres embriagadores que no había conocido a su lado y que sólo sus celos forjaban en su totalidad? En Bayreuth lo mismo que en París, si por casualidad a Forcheville se le ocurría pensar en él, sólo habría podido ser como en una persona que contaba mucho en la vida de Odette, y a la que estaba obligado a ceder el puesto cuando se encontraban en casa de ella. Si Forcheville y Odette saboreaban el triunfo de estar en Bayreuth a pesar suyo, sería él quien lo habría querido tratando inútilmente de impedirle aquel viaje, mientras que, de aprobar el proyecto, por otra parte defendible, Odette daría la impresión de haber ido por consejo de Swann, se habría sentido enviada, alojada por él, y el placer que habría sentido recibiendo a personas que tantas veces la habían recibido debería agradecérselo a Swann.

Y si —en lugar de irse enfadada con él, sin haber vuelto a verlo— le enviaba aquel dinero, si la animaba a ese viaje y procuraba hacérselo agradable, Odette correría a su lado feliz, agradecida, y él disfrutaría de aquella alegría de verla que no había saboreado desde hacía una semana y que nada podía reemplazar. Porque en cuanto Swann lograba imaginársela sin horror, volvía a ver la bondad en su sonrisa y los celos dejaban de añadir al amor el deseo de quitársela a cualquier otro, ese amor se volvía sobre todo un gusto por las sensaciones que le daba la persona de Odette, por el placer que sentía admirando como un espectáculo o interrogando como un fenómeno su manera de alzar una de sus miradas, la formación de una de sus sonrisas, la emisión de una entonación de voz. Y ese placer, distinto a todos los demás, había terminado por crearle una necesidad de

Odette que sólo ella podía saciar con su presencia o sus cartas, necesidad casi tan desinteresada, casi tan artística y tan perversa como aquella otra que caracterizaba aquel nuevo período de la vida de Swann, en el que a la aridez, a la depresión de años precedentes había sucedido una especie de exuberancia espiritual, sin que supiese a qué debía aquel inesperado enriquecimiento de su vida interior más que una persona de salud delicada que, a partir de cierto instante, se fortalece, engorda y durante algún tiempo parece encaminarse hacia una curación completa: aquella otra necesidad, que también se desarrollaba al margen del mundo real, era la de oír, la de conocer música.

Así, por el propio quimismo de su enfermedad, después de haber fabricado celos con su amor, empezaba a fabricar cariño y compasión por Odette. Había vuelto a ser la Odette fascinante y buena. Sentía remordimientos por haber sido duro con ella. Deseaba que se acercase a él, pero antes quería haberle procurado alguna alegría, para ver la gratitud plasmarse en su rostro y modelar una sonrisa.

Por eso Odette, segura de verlo volver al cabo de unos días, tan cariñoso y sumiso como antes, para pedirle una reconciliación, se habituaba a no tener miedo, no sólo a desagradarle sino incluso a irritarle, y cuando le resultaba cómodo le negaba los favores que él más deseaba.

Quizá no sabía lo sincero que había sido con ella durante la pelea, cuando le había dicho que no le enviaría dinero y procuraría hacerle daño. Quizá tampoco sabía lo sincero que era, no con ella, sino con él mismo, en otros casos en que, en interés del futuro de su relación, para demostrar a Odette que podía pasarse sin ella, que siempre seguía siendo posible una ruptura, decidía estar algún tiempo sin ir por su casa.

A veces lo hacía tras varios días en que Odette no le había causado nuevos sinsabores; y sabiendo que de las próximas visitas no había de sacar grandes alegrías, sino, más probablemente, alguna desazón que pondría fin a la calma de que gozaba, le escribía que, por estar muy ocupado, no podría verla ninguno de los días que le había dicho. Pero una carta de Odette que se cruzaba con la suya le rogaba precisamente posponer una cita. Se preguntaba entonces por

qué; las sospechas y el dolor volvían a dominarlo. Ya no podía mantener, en el nuevo estado de agitación en que se hallaba, la decisión que había tomado en el anterior estado de calma relativa, corría a casa de Odette y exigía verla todos los siguientes días. E incluso si no era ella la primera en escribirle, si se limitaba a responder asintiendo a su ruego de una breve separación, eso bastaba para que no pudiese resistir sin verla. Porque, contrariamente a los cálculos de Swann, el consentimiento de Odette le provocaba un trastorno total. Como todos los que poseen una cosa, para saber qué ocurriría si por un instante dejasen de poseerla había eliminado aquella cosa de su mente, dejando todo lo demás en el mismo estado que si esa cosa siguiese allí. Pero la ausencia de una cosa no es sólo eso, no es una simple falta parcial, es un desbarajuste de todo lo demás, es un estado nuevo que no puede preverse en el antiguo.

Mas otras veces, por el contrario —con Odette a punto de salir de viaje—, era tras alguna pequeña disputa elegida por Swann como pretexto cuando se decidía a no escribirle y a no verla hasta la vuelta, atribuyendo así las apariencias —y solicitando los beneficios— de una gran disputa que acaso ella creyese definitiva, a una separación que en su mayor parte era inevitable debido al viaje y que Swann se limitaba a empezar un poco antes. Ya se figuraba a Odette inquieta, afligida por no haber recibido visita ni carta alguna, y aquella imagen, calmando sus celos, le hacía más fácil desacostumbrarse a verla. A ratos, desde luego, en el rincón más remoto de la mente donde su resolución confinaba a Odette gracias a la longitud interpuesta de tres semanas de separación aceptada, consideraba con gusto la idea de volver a ver a Odette a su regreso; pero también con tan escasa impaciencia que empezaba a preguntarse si no duplicaría de buena gana la duración de una abstinencia tan fácil. Ésta había empezado hacía tres días solamente, tiempo mucho menor del que a veces pasaba sin ver a Odette, y sin haberlo premeditado como ahora. Y de pronto, una leve contrariedad o un malestar físico —incitándole a considerar el momento presente como un momento excepcional, al margen de la norma, en el que la prudencia misma consentía aceptar el sosiego que aporta un placer y despedir a la voluntad hasta el útil retorno del esfuerzo— suspendía la acción de esta última, que dejaba

de ejercer su presión; o, menos que eso, el recuerdo de un dato que había olvidado preguntar a Odette, si había decidido de qué color quería que le repintaran el carruaje, o, a propósito de ciertos títulos bursátiles, si eran acciones ordinarias o privilegiadas lo que ella deseaba adquirir (era muy bonito demostrarle que podía estar sin verla, pero si luego había que rehacer la pintura o las acciones no daban dividendos, no habría adelantado nada), entonces, como un elástico tenso que alguien suelta o como el aire en una máquina neumática dejada entreabierta, la idea de verla otra vez volvía de improviso, desde las lejanías donde estaba confinada, al campo del presente y de las posibilidades inmediatas.

Volvía sin encontrar ya resistencia, y tan irresistible por otro lado que para Swann era mucho menos doloroso sentir acercarse uno tras otro los quince días que debía permanecer separado de Odette, que esperar los diez minutos necesarios para que su cochero enganchase el carruaje que iba a llevarlo a casa de Odette, minutos que pasaba entre arrebatos de impaciencia y de alegría, acariciando mil veces, para prodigarle su cariño, aquella idea de verla que, de modo tan repentino, cuando la creía tan lejana, se había instalado de nuevo a su lado, en lo más íntimo de su conciencia. Y es que, para esa idea, había desaparecido en Swann un obstáculo, el deseo de intentar resistirse sin tardanza, desde que se había demostrado a sí mismo —así al menos lo creía— que era capaz de hacerlo fácilmente, y tampoco veía inconveniente alguno en aplazar un ensayo de separación que ahora estaba seguro de llevar a la práctica cuando quisiese. Además, esa idea de verla otra vez volvía a su mente adornada con una novedad, una seducción y una virulencia embotadas por la costumbre, pero que habían cobrado nuevo vigor en aquella privación no de tres sino de quince días (porque la duración de una renuncia debe calcularse, por anticipado, según el plazo fijado), transformando lo que hasta entonces era un placer previsto, que fácilmente se sacrifica, en una felicidad inesperada contra la que no hay defensas. Regresaba, por último, embellecida por la ignorancia en que Swann estaba de lo que Odette hubiese podido pensar, y acaso hacer, al ver que él no le había dado señales de vida, de modo

que lo que iba a encontrar era la apasionante revelación de una Odette casi desconocida.

Mas ella, igual que había pensado que su negativa a darle dinero sólo era una finta, no veía sino un pretexto en la información que Swann acababa de pedirle sobre el carruaje que debía repintar, o el título que debía comprar. Porque, de hecho, Odette no reconstruía las diversas fases de aquellas crisis qué Swann atravesaba, y en la idea que de ellas se hacía no se preocupaba de comprender su mecanismo, limitándose a creer en lo que sabía de antemano, en la necesaria, infalible y siempre idéntica conclusión. Idea incompleta —acaso más profunda por eso— si se la juzgaba desde el punto de vista de Swann, quien ciertamente se sentía incomprendido por Odette, lo mismo que un morfinómano o un tuberculoso, convencidos de haber sido bloqueados, el primero por un suceso externo en el momento en que iba a liberarse de su inveterado hábito, el otro por una indisposición accidental en el momento en que por fin estaba a punto de curarse, se sienten incomprendidos por el médico que no atribuye la misma importancia que ellos a esas presuntas contingencias, simples disfraces, según él, revestidos, para volver sensibles a sus enfermos, por el vicio y el estado morboso que, en realidad, no han cesado de pesar incurablemente sobre sus mentes mientras acunaban sueños de prudencia o curación. Y de hecho, el amor de Swann había llegado ya a ese punto en que el médico y, en ciertas afecciones, el más osado cirujano se preguntan si todavía es razonable o incluso posible privar a un enfermo de su vicio o despojarle de su enfermedad.

Cierto que, de la amplitud de aquel amor, Swann no tenía una conciencia inmediata. Cuando trataba de medirlo, a veces le ocurría que le parecía menguado, casi reducido a nada; por ejemplo, algunos días recordaba el escaso agrado, el desagrado casi que le habían inspirado, antes de enamorarse de Odette, sus rasgos expresivos, aquella tez privada de frescura. «Lo cierto es que vamos progresando, se decía al día siguiente; mirando las cosas con objetividad, ayer apenas si saqué placer alguno estando en su cama, es extraño, hasta me parecía fea». Y, por supuesto, era sincero, pero su amor iba mucho más allá de las regiones del deseo físico. La persona misma de Odette no ocupaba mucho mayor espacio. Cuando su mirada encontraba

sobre la mesa la fotografía de Odette, o cuando ésta iba a visitarle, le costaba identificar aquella figura de carne o de cartulina con la turbación dolorosa y constante que habitaba en él. Se decía casi con asombro: «Es ella», como si de repente alguien nos mostrase, exteriorizada delante de nosotros, una de nuestras enfermedades y no le encontrásemos ninguna semejanza con nuestro sufrimiento. «Ella», Swann trataba de preguntarse qué era; porque una semejanza entre el amor y la muerte, y no esas tan vagas de las que siempre se habla, consiste en que ambos nos obligan a indagar más a fondo el misterio de la personalidad, por miedo a que su realidad se nos escape. Y aquella enfermedad que era el amor de Swann había proliferado tanto, se había entreverado de forma tan estrecha a todos los hábitos de Swann, a todos sus actos, a su pensamiento, a su salud, a su sueño, a su vida, incluso a lo que deseaba para después de su muerte, formaba hasta tal punto un todo con él, que ya no habría sido posible arrancársela sin destruirle casi por entero: como se dice en cirugía, su amor ya no era operable.

Tanto se había desligado Swann por aquel amor de todos los intereses que, cuando por casualidad volvía a la vida social diciéndose que sus relaciones, como una elegante montura que, por lo demás, ella no habría sabido apreciar adecuadamente, podían concederle un poco de prestigio a ojos de Odette (y acaso hubiese sido cierto, de no haberlas envilecido aquel mismo amor que, para Odette, depreciaba cuanto tocaba porque parecía proclamarlas menos valiosas), sentía, además de la desazón de encontrarse en lugares y entre gentes que ella no conocía, el placer desinteresado que habría sacado de una novela o de un cuadro en los que estuvieran reflejadas las diversiones de una clase ociosa, lo mismo que, en casa, se complacía contemplando el funcionamiento de su propia vida doméstica, la elegancia del guardarropa y de su librea, la excelente colocación de sus valores de bolsa, igual que leyendo en Saint-Simon, uno de sus autores favoritos, la mecánica de los días, el menú de las comidas de Mme. de Maintenon, o la cauta avaricia y el gran tren de vida de Lulli[265]. Y en la escasa medida en que ese desapego no era absoluto, la razón de este nuevo placer que Swann saboreaba era

poder emigrar un momento a las pocas partes de sí mismo que habían permanecido casi ajenas a su amor, a su pena. En este aspecto, la personalidad que le atribuía mi tía abuela, de «Swann hijo», distinta de su personalidad más individual de Charles Swann, era aquella en la que mejor se encontraba ahora. Un día en que, con motivo del cumpleaños de la princesa de Parma (y porque ésta, indirectamente, podía hacer a menudo favores a Odette, consiguiéndole invitaciones para galas y jubileos), había pensado enviarle fruta, no sabiendo muy bien cómo encargarla, se lo había pedido a una prima de su madre que, encantada de hacerle un favor, le había escrito, al darle cuenta del encargo, que no había comprado toda la fruta en el mismo sitio, sino las uvas en Crapote, donde son la especialidad, las fresas en Jauret, las peras en Chevet[266], donde eran más hermosas, etc., «cada fruta inspeccionada y examinada una a una por mí». Y, en efecto, por el agradecimiento de la princesa Swann había podido evaluar el olor de las fresas y la blandura de las peras. Pero sobre todo el «cada fruta inspeccionada y examinada una a una por mí» había supuesto un alivio a su tormento, conduciendo su conciencia a una región a donde rara vez se encaminaba, aunque le perteneciese como heredero de una familia de adinerada y buena burguesía en la que se habían conservado por vía hereditaria, dispuestos a ponerse a su servicio en cuanto lo desease, el conocimiento de las «buenas direcciones» y el arte de saber hacer un encargo.

Hacía mucho, desde luego, que había olvidado que era «Swann hijo» para no sentir, cuando por un instante volvía a serlo, un placer más vivo que aquellos otros que hubiera podido experimentar el resto del tiempo y de los que estaba hastiado; y si la amabilidad de los burgueses, para quienes seguía siendo eso sobre todo, era menos viva respecto a la de la aristocracia (pero más halagüeña por otra parte, porque en ellos, al menos, nunca va separada de la estima), una carta de una alteza real, por más diversiones principescas que le propusiese, no podía resultarle tan agradable como otra en la que se le pidiese ser testigo o simplemente asistir a una boda de algún familiar de viejos amigos de sus padres, con algunos de los cuales seguía viéndose —como mi abuelo, que el año anterior lo había

invitado a la boda de mi madre—, mientras otros apenas lo conocían personalmente, pero se creían obligados a rendir deberes de cortesía hacia el hijo, hacia el digno sucesor del difunto señor Swann.

Pero, gracias a la intimidad ya antigua que había entre ellos, las gentes de'la buena sociedad también formaban parte, en cierta medida, de su casa, de su ambiente doméstico y de su familia. Pensando en sus brillantes amistades, sentía el mismo apoyo externo, el mismo bienestar que cuando miraba las hermosas tierras, la bella argentería, la rica mantelería que había heredado de los suyos. Y la idea de que, si se desplomaba en casa víctima de un ataque, su ayuda de cámara correría con toda naturalidad en busca del duque de Chartres[267], del príncipe de Reuss[268], del duque de Luxembourg[269] y del barón de Charlus, le aportaba el mismo consuelo que a nuestra vieja Françoise saber que sería enterrada entre finas sábanas de su propiedad, marcadas, sin remiendos (o remendadas con tanta delicadeza que únicamente inspiraban una idea más alta de la diligencia de la costurera), mortaja cuya frecuente imagen evocaba con cierta satisfacción, si no de bienestar, al menos de amor propio. Pero sobre todo, como en todas aquellas acciones suyas y pensamientos que se referían a Odette, Swann estaba constantemente dominado y dirigido por la inconfesada sensación de ser tal vez para ella, si no menos querido, sí menos agradable de ver que cualquier otro, que el fiel más pelma de los Verdurin, —cuando se trasladaba a un ambiente donde era el hombre exquisito por excelencia, que procuraban atraerse a cualquier precio, que lamentaban no ver, volvía a creer en la existencia de una vida más feliz y casi a sentir apetito de ella, como le ocurre a un enfermo que, en cama hace meses y a dieta, encuentra en un periódico el menú de un almuerzo oficial o el anuncio de un crucero por Sicilia.

Si se veía obligado a presentar excusas a la gente de mundo por no ir a visitarlos, con Odette trataba de excusarse por visitarla. Y eso que pagaba esas visitas (preguntándose a fin de mes, a poco que hubiese abusado de su paciencia e ido a verla a menudo, si bastaba con enviarle cuatro mil francos), y para cada una buscaba un pretexto, llevarle un regalo, una información que ella necesitaba, M. de Charlus

a quien había encontrado camino de casa de Odette y que le había obligado a acompañarle. Y a falta de pretexto, suplicaba a M. de Charlus que corriese a su casa y le dijera con naturalidad, en el curso de la conversación, que acababa de recordar que debía hablar con Swann, para terminar rogando a Odette que fuese tan amable de pedirle que se pasara enseguida por su casa; pero la mayoría de las veces Swann esperaba en vano y M. de Charlus le decía por la noche que la estratagema no había dado resultado. De modo que, además de ausentarse ahora con frecuencia, incluso en París, cuando se quedaba, Odette le veía poco, y ella que, cuando le amaba, le decía: «Siempre estoy libre» y «¿Qué puede importarme a mí la opinión de la gente?», ahora invocaba las conveniencias cada vez que deseaba verla, o pretextaba alguna ocupación. Cuando Swann hablaba de ir a una fiesta benéfica, a la inauguración de una exposición o a un estreno en el que ella había de estar, le acusaba de querer pregonar sus relaciones, de tratarla como a una puta. Hasta el punto de que, para intentar no verse completamente privado de la posibilidad de encontrarse con ella, Swann, sabedor de que Odette conocía y apreciaba mucho a mi tío abuelo Adolphe, de quien también había sido amigo, fue a verlo un día a su pequeño piso de la calle de Bellechasse para suplicarle que utilizase su influencia sobre Odette. Como ésta, siempre que hablaba a Swann de mi tío, adoptaba aires líricos diciendo: «¡Ah, él sí que no es como tú! ¡Qué cosa tan bella, tan grande y tan bonita es su amistad por mí! ¡No sería él quien me tendría tan poca consideración como para querer presentarse conmigo en todos los lugares públicos!», Swann se sentía apurado y no sabía a qué tono debía elevarse para hablar de Odette a mi tío. Empezó afirmando la excelencia a priori de Odette, el axioma de su sobrehumanidad seráfica, la revelación de sus virtudes indemostrables cuya noción no podía derivar de la experiencia: «Quiero hablar con usted. Como sabe, Odette es una mujer que está por encima de todas las mujeres, un ser adorable, un ángel. Pero ya sabe cómo es la vida de París. No todo el mundo ve a Odette a la misma luz con que la vemos usted y yo. Por eso, a mucha gente le parece que estoy haciendo un papel algo ridículo; ella no consiente siquiera que nos veamos fuera de casa, en el teatro. Como Odette tiene tanta confianza

en usted, ¿no podría decirle unas palabras en mi favor, asegurarle que exagera pensando que un saludo mío pueda perjudicarla?».

Mi tío aconsejó a Swann que dejase de ver a Odette durante un tiempo, que así no le querría sino más, y a Odette que permitiese a Swann encontrarse con ella donde a él le agradase. Unos días después, Odette le dijo a Swann que acababa de sufrir una decepción al comprobar que mi tío era igual que todos los hombres: acababa de intentar tomarla por la fuerza. Calmó también a Swann, que, en un primer momento, quería ir a desafiar a mi tío, pero se negó a estrecharle la mano cuando volvió a encontrárselo. Lamentó mucho esa ruptura con mi tío Adolphe, sobre todo porque tenía la esperanza, si hubiese vuelto a verlo y hubiera podido hablarle con toda confianza, de intentar poner en claro ciertos rumores sobre la vida que Odette había llevado tiempo atrás en Niza. Porque mi tío Adolphe pasaba allí los inviernos. Y Swann imaginaba que era allí, tal vez, donde había conocido a Odette. Lo poco que a alguien se le había escapado cierto día en su presencia, sobre un hombre que habría sido amante de Odette, había trastornado a Swann. Pero las cosas que antes de sabidas le habrían parecido lo más terrible de oír y más imposible de creer, una vez sabidas se incorporaban por siempre a su tristeza, las admitía, y ya no habría podido comprender que no hubiesen sucedido. Sólo que cada una aportaba un retoque indeleble a la idea que Swann se hacía de su amante. En cierta ocasión, hasta creyó comprender que aquella ligereza de costumbres de Odette, que él ni siquiera había sospechado, era bastante conocida, y que en Badén y en Niza había gozado, cuando tiempo atrás pasaba allí varios meses, de una especie de notoriedad galante. Trató de acercarse, para sonsacarles, a ciertos vividores; pero éstos sabían que conocía a Odette; además temía inducirles a pensar de nuevo en ella, a ponerlos tras su pista. Pero si hasta ese momento no había nada que pudiera parecerle tan enojoso como todo lo referente a la vida cosmopolita de Badén o de Niza, ahora, al descubrir que quizás en el pasado Odette había llevado una vida de juerga en esas ciudades de placer —y no pudiendo averiguar si lo había hecho sólo por satisfacer unas necesidades económicas que gracias a él ya no tenía, o por caprichos que podían renacer—, se asomaba con angustia impotente, ciega y

vertiginosa al abismo insondable que se había tragado aquellos años del inicio del Septenado[270], cuando los inviernos solían pasarse en el paseo de los Ingleses y los veranos bajo los tilos de Badén, y encontraba en ellos una profundidad dolorosa, aunque magnífica, como la que les hubiese prestado un poeta; y en reconstruir los hechos menudos de la crónica de la Costa Azul de entonces, si hubiese podido ayudarle a comprender algo de la sonrisa o de las miradas —tan honestas y sencillas sin embargo— de Odette, habría puesto más pasión que el experto en estética que interroga los documentos que aún subsisten de la Florencia del siglo XV en su intento de penetrar más a fondo en el alma de la Primavera, de la bella Vanna[271], o de la Venus de Botticelli[272]. A menudo se quedaba mirándola pensativo sin decirle nada; ella le decía: «¡Qué aire más triste tienes!». No hacía mucho tiempo todavía que, de la idea de que Odette era una criatura buena, comparable con las mejores que hubiese conocido, había pasado a la idea de que era una mantenida; y luego, a la inversa, le había ocurrido volver de la Odette de Crécy, acaso demasiado conocida de juerguistas y mujeriegos, a aquel rostro de expresión tan dulce a veces, a aquella naturaleza tan humana. Se decía: «¿Qué importa que en Niza todo el mundo sepa quién es Odette de Crécy? Reputaciones de ese género, incluso ciertas, están hechas con ideas ajenas»; pensaba que aquella leyenda —de ser auténtica— era externa a Odette, que en su interior no era una especie de personalidad irreductible y maligna; que la criatura que podía haber sido empujada a obrar mal era una mujer de ojos buenos, de corazón lleno de piedad por el dolor, de cuerpo dócil que él había tenido, que había estrechado entre sus brazos y manoseado, una mujer que él podría llegar a poseer un día por completo si conseguía volverse indispensable para ella. Estaba a su lado, cansada muchas veces, con el rostro momentáneamente vaciado de la preocupación febril y gozosa por las cosas desconocidas que hacían sufrir a Swann; se apartaba el pelo con las manos; la frente y la cara parecían más anchas; y entonces, de improviso, algún pensamiento simplemente humano, algún sentimiento bueno como los que existen en todas las criaturas cuando, en un instante de reposo o de repliegue,

se abandonan a sí mismas, brotaba de sus ojos como un rayo amarillo. Y al punto todo su rostro se iluminaba como una campiña gris, cubierta de nubes que de pronto se apartan, transfigurándola, en el momento del crepúsculo. La vida que en ese momento había en Odette, el futuro mismo que parecía mirar como en sueños, habría podido compartirlos Swann con ella; ninguna agitación malsana parecía haber dejado allí residuo alguno. Por raros que se hiciesen, esos momentos no fueron inútiles. Por medio del recuerdo, Swann juntaba esas parcelas, abolía los intervalos, fundía como en oro una Odette bondadosa y serena a la que más tarde hizo (como se verá en la segunda parte de esta obra) sacrificios que la otra Odette nunca hubiese conseguido. ¡Pero qué raros eran esos momentos, y qué poco la veía ahora! Incluso para sus citas nocturnas, hasta el último minuto no le decía si podría concedérselas porque, contando con que siempre lo encontraría libre, primero quería estar segura de que nadie más le propondría visitarla. Alegaba que se veía obligada a esperar una respuesta de la mayor importancia para ella, e incluso si, después de haber hecho venir a Swann, unos amigos pedían a Odette, con la velada ya empezada, que se reuniese con ellos en el teatro o para cenar, daba un brinco de alegría y se arreglaba a toda prisa. A medida que avanzaba en su toilette, cada uno de sus movimientos acercaba a Swann al instante en que tendría que dejarla, en que ella, con impulso irresistible, huiría; y cuando, lista al fin, zambullendo por última vez en el espejo sus miradas tensas y encendidas por la atención, se ponía un poco de carmín en los labios, se fijaba un mechón de pelo en la frente y pedía su abrigo de noche azul celeste con borlas de oro, Swann parecía tan triste que ella no podía reprimir un gesto de impaciencia y decía: «¿Así me agradeces que te haya dejado estar conmigo hasta el último minuto? ¡Y yo que pensaba que había sido amable contigo! ¡Bueno es saberlo para otra vez!». En otras ocasiones, a riesgo de irritaría, se prometía indagar adonde había ido, pensaba en una alianza con Forcheville que acaso habría podido informarle. Por otro lado, cuando sabía con quién pasaba Odette la velada, era muy raro que no lograse encontrar entre todas sus amistades alguien que conociese, aunque fuera de forma indirecta, al hombre con el que había salido y fácilmente podía obtener de él tal o cual información. Y

mientras escribía a uno de sus amigos pidiéndole que tratase de aclarar este o aquel extremo, experimentaba el descanso de haber dejado de hacerse preguntas sin respuesta y de transferir a otro la fatiga de interrogar. Verdad es que Swann no adelantaba mucho cuando conseguía ciertas informaciones. Saber no siempre permite impedir, pero, cuando menos, las cosas que sabemos las tenemos, si no entre nuestras manos, al menos en el pensamiento, donde las disponemos a nuestro gusto, y eso nos da la ilusión de una especie de poder sobre ellas. Era feliz siempre que M. de Char-lus estaba con Odette. Entre M. de Charlus y ella, Swann sabía que no podía ocurrir nada, que cuando M. de Charlus salía con ella era por amistad con él y que no pondría dificultad alguna en contarle lo que Odette había hecho. En ocasiones, Odette le había declarado a Swann de forma tan categórica que le resultaba imposible verlo determinada noche, parecía tener tanto interés en una salida, que Swann prestaba auténtica importancia al hecho de que M. de Charlus estuviese libre para acompañarla. Al día siguiente, sin atreverse a hacer demasiadas preguntas a M. de Charlus, le obligaba, fingiendo no comprender bien sus primeras respuestas, a darle más noticias, y tras cada una de ellas sentía mayor alivio, porque no tardaba en darse cuenta de que Odette había pasado la noche con los placeres más inocentes. «¿Cómo, mi pequeño Memé? No lo comprendo…, cuando salieron de casa, ¿no fueron ustedes al Museo Grévin[273]? O sea que antes fueron a otra parte, ¿verdad? ¡Qué gracioso! No puede hacerse idea de cuánto me divierte, mi pequeño Memé. Vaya una ocurrencia irse luego al Chat Noir[274], seguro que salió de ella… ¿No? De usted. Curioso. Después de todo no es mala idea, seguro que ella conocía allí a mucha gente. ¿No? ¿No habló con nadie? Es extraordinario. Entonces, ¿estuvieron allí los dos, completamente solos? Me parece estar viendo la escena. Qué amable es usted, querido Memé, le aprecio mucho». Swann se sentía aliviado. Para él, a quien más de una vez, hablando con personas indiferentes a las que apenas escuchaba, le había ocurrido oír ciertas frases (por ejemplo ésta: «Ayer vi a Mme. de Crécy, estaba con un señor que no conozco»), frases que en el corazón de Swann pasaban inmediatamente al estado sólido, se endurecían como una

incrustación, lo desgarraban, y ya no se iban de allí, ¡qué dulces eran en cambio estas palabras: «No conocía a nadie, no habló con nadie», con qué facilidad circulaban dentro de él, qué fluidas, fáciles y respirables eran! Y sin embargo, al cabo de un instante se decía que Odette debía de encontrarle muy aburrido para preferir semejantes placeres a su compañía. Y su propia insignificancia, si por un lado le tranquilizaba, por otro le causaba pena como una traición.

Hasta cuando no podía saber adonde había ido ella, le habría bastado para calmar la angustia que entonces sentía, y contra la que la presencia de Odette, la dulzura de estar a su lado constituía el único específico (específico que a la larga agravaba el mal, pero que al menos calmaba de momento el dolor), le habría bastado, si ella lo hubiese permitido, quedarse en casa de Odette mientras estaba fuera, esperarla hasta la hora aquella del regreso en cuyo sosiego habrían ido a confundirse las horas que una ilusión, un maleficio le habían hecho creer distintas de las otras. Pero Odette no quería, y él regresaba a su casa; de camino se esforzaba por forjar diversos proyectos, dejaba de pensar en ella; hasta conseguía dar vueltas en su cabeza, mientras se desnudaba, a ideas bastante animadas; con el corazón henchido por la esperanza de ir a ver al día siguiente alguna obra maestra, se metía en la cama y mataba la luz; pero, al prepararse para el sueño, dejaba de ejercer sobre sí mismo una coacción de la que, de tan asidua como se había vuelto, ni siquiera era consciente, y en ese mismo instante un escalofrío helado refluía en él, y se ponía a sollozar. Tampoco quería saber por qué, se enjugaba los ojos y se decía riendo: «¡Qué maravilla, estoy volviéndome un neurópata!». Luego no podía pensar sin una gran fatiga que al día siguiente tendría que recomenzar sus tentativas para averiguar qué había hecho Odette, y poner en juego influencias para tratar de verla. Aquella necesidad de una actividad sin tregua, sin variación ni resultados le resultaba tan cruel que un día, al descubrirse un bulto en el vientre, sintió verdadera alegría pensando que acaso fuese un tumor mortal, que ya no tendría que ocuparse de nada, que sería la enfermedad la encargada de gobernarle, de convertirle en su juguete, hasta el final inminente. Y, de hecho, si en esa época muchas veces se le ocurrió,

sin confesárselo, desear la muerte, fue por escapar no tanto a la intensidad de sus sufrimientos como a la monotonía del esfuerzo.

Y sin embargo hubiese querido vivir hasta la época en que ya no la amaría, en que Odette ya no tendría razón alguna para mentirle, y en que al fin podría saber de sus labios si aquel día que había ido a verla por la tarde estaba o no acostada con Forcheville. A menudo, la sospecha de que Odette amaba a otro le impedía durante unos días plantearse la cuestión relativa a Forcheville, se la volvía casi indiferente, como esas formas nuevas de un mismo estado enfermizo que momentáneamente parecen habernos liberado de las anteriores. Había días incluso en que no sentía el tormento de ninguna sospecha. Se creía curado. Pero a la mañana siguiente, al despertar, notaba en el mismo punto el mismo dolor cuya sensación, la víspera, durante la jornada, él mismo había diluido en un torrente de impresiones diversas. De hecho, aquel dolor no se había movido de allí. E incluso era su misma intensidad lo que había despertado a Swann.

Como Odette no le daba información alguna sobre aquellas cosas tan importantes que tanto la ocupaban cada día (aunque Swann ya había vivido suficiente para saber que nunca hay otra ocupación que el placer), no acertaba a prolongar la tentativa de imaginarlas y su cerebro funcionaba en el vacío; entonces se pasaba un dedo por los cansados párpados como si limpiase el cristal de sus lentes, y dejaba de pensar por completo. No obstante, en esa extensión desconocida sobrenadaban ciertas ocupaciones que reaparecían de cuando en cuando, vagamente relacionadas por Odette con obligaciones hacia parientes lejanos o amigos de otro tiempo, y que, por ser las únicas que a menudo le citaba como impedimento para verle, formaban a ojos de Swann el marco fijo y necesario de la vida de Odette. Por el tono con que de vez en cuando ella le hablaba de «El día que voy al Hipódromo con mi amiga», si, encontrándose algo indispuesto y después de haber pensado: «Tal vez Odette quiera pasar a verme», recordaba de golpe que aquél era precisamente ese día, se decía: «No, no vale la pena pedirle que venga, habría debido ocurrírseme antes, es el día que va con su amiga al Hipódromo. Reservémonos para lo posible; es inútil desgastarse proponiendo cosas inaceptables y rechazadas de antemano». Y ese deber que incumbía a Odette de ir al

Hipódromo, y ante el que Swann se inclinaba así, no sólo le parecía ineluctable, sino que el carácter de necesidad que lo impregnaba parecía volver plausible y legítimo todo lo que de cerca o de lejos se refiriese a él. Si, por la calle, Odette recibía de algún transeúnte un saludo que despertaba los celos de Swann, bastaba que respondiese a las preguntas de éste relacionando la existencia del desconocido con uno de los dos o tres grandes deberes de que le hablaba, y, por ejemplo, dijese: «Es un caballero que estaba en el palco de la amiga con la que voy al Hipódromo», para que tal explicación aplacase las sospechas de Swann, a quien de hecho le parecía inevitable que la amiga tuviese otros invitados además de Odette en su palco del Hipódromo, pero nunca había intentado o conseguido imaginárselos. ¡Ah, cómo le hubiese gustado conocer a la amiga que iba al Hipódromo, y que lo llevase también a él con Odette! ¡De qué buena gana habría cambiado todas sus amistades por cualquier persona que tuviese la costumbre de ver a Odette, aunque fuese una manicura o una dependienta! Por ellas habría derrochado más dinero que por reinas. ¿No le habrían proporcionado, con todo lo que contenían de la vida de Odette, el único calmante eficaz para sus sufrimientos? ¡Con qué alegría habría corrido a pasar días enteros en casa de alguna de aquellas gentes humildes con las que Odette mantenía relaciones, bien por interés, bien por sencillez auténtica! ¡Con cuánto placer hubiese elegido domicilio definitivo en el quinto piso de tal casa sórdida y codiciada a la que Odette no lo llevaba y donde, de haber habitado junto a la modistilla retirada de la que de buena gana hubiese fingido ser amante, habría recibido casi todos los días la visita de Odette! En aquellos barrios casi populares, ¡qué existencia modesta y abyecta, pero dulce y nutrida de calma y de dicha, hubiese aceptado vivir indefinidamente!

También sucedía a veces, cuando, después de reunirse con Swann, veía acercarse a una persona para él desconocida, que en el rostro de Odette podía observar la misma tristeza del día en que había ido a verla mientras Forcheville estaba allí. Pero ocurría raras veces; porque los días en que, a pesar de todo lo que ella tenía que hacer y del temor a lo que pensaría la gente, se decidía a ver a Swann, lo que entonces prevalecía en su actitud era la seguridad: gran contraste,

revancha inconsciente acaso o reacción natural de la emoción temerosa que sentía a su lado, e incluso lejos de él, en los primeros tiempos de su amistad, cuando empezaba una carta con estas palabras: «Amigo mío, me tiembla tanto la mano que apenas puedo escribir» (eso pretendía al menos, y un poco de esa emoción debía de ser sincera para que desease fingir exagerarla). Swann le gustaba entonces. Sólo temblamos por nosotros mismos, por los seres que amamos. Cuando nuestra dicha ya no está en sus manos, ¡qué sosiego, qué desenvoltura, qué audacia gozamos junto a ellos! Al hablarle, al escribirle, ya no usaba aquellas palabras con que antes intentaba hacerse la ilusión de que Swann le pertenecía, provocando las ocasiones para decir «mi», «mío» cuando se refería a él: «Es usted mi bien, es el perfume de nuestra amistad, lo llevo conmigo», para hablarle del futuro, de la muerte incluso, como de una misma cosa para ambos. En aquellos tiempos, a cuanto él decía, Odette contestaba llena de admiración: «Usted no será nunca como todo el mundo»; contemplaba su alargada cabeza algo calva, de la que las personas que conocían los éxitos de Swann pensaban: «No es lo que se dice guapo, si usted quiere; pero ¡es chic!: qué tupé, qué monóculo, qué sonrisa», y, más curiosa acaso por saber cómo era que deseosa de ser su amante, decía: «¡Si pudiese saber lo que hay en esa cabeza!».

Ahora replicaba a todas las palabras de Swann en un tono unas veces irritado, otras indulgente: «¡No, nunca serás como todo el mundo!». Miraba aquella cabeza algo más avejentada por las preocupaciones (pero de la que ahora todos pensaban, en virtud de esa misma aptitud que permite descubrir las intenciones de un fragmento sinfónico cuyo programa se ha leído, y el parecido de un niño cuando se conoce a sus padres: «No es realmente feo, lo admito, pero es ridículo: ¡qué monóculo, qué tupé, qué sonrisa!», dando concreción en su fantasía sugestionada a la demarcación inmaterial que distingue, a pocos meses de distancia, la cabeza de un amante correspondido y la cabeza de un cornudo), decía: «¡Ah, si pudiese cambiar y volver razonable lo que hay en esa cabeza!». Siempre dispuesto a creer lo que deseaba en cuanto la actitud de Odette con él dejase paso a la duda, se lanzaba con avidez sobre esa frase. «Si

quieres, puedes hacerlo», le decía. E intentaba convencerla de que tranquilizarlo, dirigirlo y hacerle trabajar sería una noble tarea a la que no pedían sino consagrarse otras mujeres, entre cuyas manos — debe añadirse en honor de la verdad— la noble tarea no le hubiese parecido otra cosa que una indiscreta e insoportable usurpación de su libertad. «Si no me amase un poco, se decía, no desearía transformarme. Para transformarme, tendrá que verme más». Y así, en ese reproche que Odette le hacía, encontraba una especie de prueba de interés, de amor tal vez; y en realidad, eran tan pocas las que ahora le daba que se veía obligado a tener por tales las prohibiciones más diversas que ella le imponía. Un día Odette le declaró que no le gustaba su cochero, que sin duda le calentaba la cabeza contra ella, que de cualquier modo no tenía con él la puntualidad y deferencia que ella deseaba. Odette intuía que Swann deseaba oírle decir: «No vuelvas a traerlo para venir a mi casa», lo mismo que habría deseado un beso. Como estaba de buen humor, se lo dijo, y él se enterneció. Por la noche, charlando con M. de Charlus con quien se entregaba a la dulzura de poder hablar de Odette abiertamente (porque sus menores palabras, incluso las dirigidas a personas que no la conocían, se referían en cierto modo a ella), le dijo: «A pesar de todo, creo que me quiere; es muy amable conmigo, y lo que hago no le resulta desde luego indiferente». Y si, en el momento de ir a casa de Odette, al subir al carruaje con un amigo que debía dejar por el camino, el otro le decía: «Vaya, si no es Lorédan el que está en el pescante», con qué alegría melancólica le contestaba Swann: «¡No, diablos, no! Verás, no puedo llevar a Lorédan cuando voy a la calle La Pérouse. A Odette no le gusta que lo lleve, no le parece bien para mí; en fin, ya conoces a las mujeres; sé que le daría un disgusto. Bueno, sólo me habría faltado llevar a Rémi, ¡bonita escena me habría hecho!».

Estos nuevos modales indiferentes, distraídos, irritables, que ahora empleaba Odette con él, hacían sufrir a Swann, desde luego; pero no era Consciente de ese sufrimiento; como Odette se había enfriado de forma progresiva, día a día, sólo comparando lo que era hoy con lo que había sido al principio hubiese podido sondar la profundidad de la mudanza que se había realizado. Y esa mudanza era su honda, secreta herida que le dolía día y noche, y en cuanto notaba que sus

pensamientos se le acercaban demasiado, vivamente los dirigía hacia otro lado por miedo a sufrir en exceso. Se decía en abstracto: «Hubo un tiempo en que Odette me amaba más», pero nunca volvía a analizar ese tiempo. Y así como en su despacho había una cómoda que se las arreglaba para no mirar, que evitaba al entrar y al salir dando un rodeo, porque en un cajón estaban guardados el crisantemo que Odette le había dado la primera noche que la había acompañado a casa, y las cartas donde ella decía: «Si se hubiese olvidado también su corazón, no le habría dejado recuperarlo» y «A cualquier hora del día y de la noche que tenga necesidad de mí, hágame una señal y disponga de mi vida», así dentro de él había un lugar al que nunca permitía que se acercase su mente, obligándola en caso necesario a dar el rodeo de un largo razonamiento para no tener que pasar por delante: era en él donde vivía el recuerdo de los días felices.

Pero su cautelosísima prudencia resultó desbaratada una noche en que había ido a una reunión social.

Era en casa de la marquesa de Saint-Euverte, en la última, por aquel año, de las veladas en las que invitaba a escuchar a los artistas que luego le servían para sus conciertos de beneficencia. Swann, que había pensado ir una tras otra a todas las precedentes pero sin decidirse a hacerlo, había recibido, mientras se vestía para dirigirse a ésta, la visita del barón de Charlus, que iba a ofrecerse para acudir juntos a casa de la marquesa si su compañía podía ayudarle a aburrirse un poco menos y a sentirse menos triste. Pero Swann le había contestado:

«No dude del placer que sentiría estando con usted. Pero el mayor placer que podría hacerme es ir sobre todo a visitar a Odette. Ya labe la excelente influencia que usted ejerce sobre ella. Creo que esta noche sólo saldrá para ir a casa de su antigua costurera, adonde por lo demás se alegrará mucho de que usted la acompañe. En cualquier caso, antes puede encontrarla en casa. Trate de distraerla, y también de hacerle entrar en razón. Si pudiese usted preparar para mañana algo que le guste y que pudiéramos hacer los tres juntos… Procure también abonar el terreno para este verano, por si ella quisiese hacer algo, un crucero que haríamos los tres, ¡qué sé yo! En cuanto a esta noche, no cuento con verla; mas si ella lo desea o usted encuentra

ocasión, bastaría con enviarme recado a casa de Mme. de Saint-Euverte hasta medianoche, y luego a mi casa. Gracias por todo lo que hace por mí, ya sabe usted cuánto le aprecio».

El barón le prometió hacer la visita que deseaba después de haberle acompañado hasta la puerta del palacete Saint-Euverte, adonde Swann llegó tranquilizado por la idea de que M. de Charlus pasaría la velada en la calle de La Pérouse, pero en un estado de melancólica indiferencia por todo cuanto no afectase a Odette, y en particular por las cosas mundanas, que ya no poseían la fascinación de esas cosas que, al dejar de ser un objetivo para nuestra voluntad, se nos revelan en sí mismas. Nada más apearse del carruaje, en el primer plano de aquel compendio ficticio de su propia vida doméstica que las amas de casa pretenden ofrecer a sus invitados los días de ceremonia, y en los que tratan de respetar la verdad de los trajes y del decorado, Swann se divirtió viendo a los descendientes de los «tigres» de Balzac, los grooms[275], habituales acompañantes del paseo que, con sombrero y botas de montar, estaban fuera, delante del palacete, en la alameda, o delante de las cuadras, como otros tantos jardineros colocados delante de sus arriates. La particular inclinación que siempre había tenido a buscar analogías entre los seres vivos y los retratos de los museos seguía ejercitándose aunque de un modo más constante y general; era la vida mundana en su integridad, ahora que se había despegado de ella, la que se presentaba a sus ojos como una serie de cuadros. En el vestíbulo donde antes, cuando era hombre de mundo, entraba envuelto en su abrigo para salir de frac, pero sin saber lo que había ocurrido, porque con el pensamiento, durante los pocos instantes que allí permanecía, o bien seguía estando en la fiesta que acababa de dejar, o bien estaba ya en la fiesta a la que iba para ser presentado, se fijó por primera vez, despertada por la inopinada llegada de un invitado tan tardío, en la jauría dispersa, magnífica e inoperante de los imponentes criados que dormían acá y allá en banquetas y arcones y que, alzando sus nobles perfiles agudos de lebreles, se pusieron de pie y, reunidos, formaron círculo a su alrededor.

Uno de ellos, de aspecto particularmente feroz y bastante parecido al verdugo en ciertos cuadros del Renacimiento que representan suplicios, avanzó hacia él con un aire impecable para recoger sus cosas. Mas la dureza de su mirada de acero quedaba compensada por la suavidad de los guantes de hilo, al punto de que al acercarse a Swann parecía manifestar desprecio por su persona y deferencia por su sombrero. Lo cogió con un cuidado al que la exactitud de su talla prestaba un no sé qué de meticuloso y una delicadeza que casi volvía emocionante el aparato de su fuerza. Luego se lo pasó a uno de sus ayudantes, inexperto y tímido, que expresaba el terror que sentía lanzando en todas direcciones miradas furiosas y mostraba la agitación de una fiera cautiva durante las primeras horas de su cautividad.

Unos pocos pasos más allá, un mocetón de librea soñaba, inmóvil, escultural, inútil, como ese guerrero puramente decorativo que vemos meditar en los cuadros más tumultuosos de Mantegna[276], apoyado en su escudo mientras a su lado se mata y se degüella; separado del grupo de sus compañeros que se agolpaban alrededor de Swann, parecía tan resuelto a desinteresarse de aquella escena, seguida vagamente con sus ojos glaucos y crueles, como si se hubiese tratado de la matanza de los Inocentes o el martirio del apóstol Santiago. Parecía pertenecer precisamente a esa raza desaparecida —o que acaso nunca existió más que en el retablo de san Zenón o en los frescos de los Eremitani donde Swann la había encontrado y donde sigue soñando todavía—, salida de la fecundación de una estatua antigua por algún modelo paduano del Maestro o algún sajón de Alberto Durero[277]. Y los mechones de sus cabellos rojizos encrespados por la naturaleza, pero pegados por la brillantina, estaban tratados con amplitud como lo están en la escultura griega, que el pintor de Mantua estudiaba constantemente, y que, si en el ámbito de la creación sólo representa al hombre, cuando menos sabe sacar de sus sencillas formas riquezas tan variadas y como sugeridas por toda la naturaleza viviente que una cabellera, con el caracol liso y los picos agudos de sus rizos, o en la superposición de la triple diadema florida de sus trenzas, evoca al mismo tiempo un amasijo de

algas, una nidada de palomas, un manojo de jacintos y una maraña de serpientes.

También había otros, igual de colosales, en los peldaños de una monumental escalera que por su decorativa presencia y su inmovilidad marmórea habrían podido recibir el nombre, como la del Palacio Ducal, de «Escalinata de los Gigantes[278]», y por la que Swann se encaminó con la tristeza de pensar que Odette nunca la había subido. ¡Ay!, con qué alegría en cambio hubiese trepado por los rellanos negros, malolientes y peligrosos de la modistilla jubilada, hasta su «quinto», donde se habría sentido feliz pagando, más caro que un abono semanal a un palco de proscenio en la Ópera, el derecho a pasar la velada cuando Odette iba, e incluso los otros días, para poder hablar de ella, vivir con las gentes que ella solía ver cuando él no estaba allí y que precisamente por eso le parecían esconder, de la vida de su amante, algo más real, inaccesible y misterioso. Mientras que en aquella escalera pestilencial y anhelada de la antigua modista, por no haber otra para el servicio podía verse por la noche, delante de cada puerta, vacío y sucio, un recipiente para la leche preparado sobre el felpudo, en la escalera suntuosa y desdeñada que Swann subía en ese momento, a uno y otro lado, a distintas alturas, delante de cada anfractuosidad formada en el muro por la ventana de la portería, o por la puerta de un piso, en representación del servicio interno que dirigían y como homenaje a los invitados, un portero, un mayordomo, un administrador (buenas gentes que el resto de la semana vivían con cierta independencia en sus respectivos dominios, comían en sus casas como pequeños tenderos, y que tal vez mañana se pondrían al servicio burgués de algún médico o de un industrial), atentos a no contravenir las recomendaciones que les habían dado antes de dejarles endosarse la brillante librea que sólo se ponían en raras ocasiones y en la que no se sentían muy cómodos, se erguían bajo la arquería de su pórtico con un esplendor pomposo templado de bonachonería popular, como santos en su nicho; y un enorme pertiguero, vestido como en la iglesia, golpeaba con su bastón las losas al paso de cada invitado. Llegado a lo alto de la escalera, hasta donde le había seguido un

criado de cara pálida, con una breve coleta recogida en un cadogan[279], detrás de la cabeza, como un sacristán de Goya[280] o un escribano de comedia, Swann pasó delante de un escritorio donde unos criados, sentados como notarios ante grandes registros, se levantaron e inscribieron su nombre. Cruzó entonces un pequeño vestíbulo que —como ciertas estancias dispuestas por sus propietarios para servir de marco a una sola obra de arte, por cuyo nombre se las conoce, y que, en su buscada desnudez, no contienen nada más— exhibía en su entrada, como una preciosa efigie de Benvenuto Cellini[281] que representase a un hombre al acecho, a un joven criado con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, alzando por encima de su gola encarnada un rostro más encarnado todavía, del que escapaban torrentes de fuego, de timidez y de celo, y que, traspasando los tapices de Aubusson[282] que colgaban delante del salón donde se escuchaba la música, con su impetuosa, vigilante y frenética mirada parecía, con impasibilidad militar o fe sobrenatural —alegoría de la alarma, encarnación de la espera, conmemoración del zafarrancho—, espiar, ángel o vigía, desde una cima de torreón o de catedral, la aparición del enemigo o la hora del Juicio. Ahora no le quedaba a Swann sino penetrar en la sala del concierto cuyas puertas le abrió un ujier cargado de cadenas inclinándose, como si le hubiese entregado las llaves de una ciudad. Pero él pensaba en aquella casa donde habría podido encontrarse en ese mismo instante, si Odette lo hubiese permitido, y el recuerdo entrevisto de un recipiente para la leche vacío sobre un felpudo le encogió el corazón.

Swann recuperó rápidamente el sentido de la fealdad masculina cuando, al otro lado de la cortina de tapices, al espectáculo de los criados sucedió el de los invitados. Pero esa misma fealdad de los rostros, que sin embargo conocía de sobra, le parecía nueva desde que sus rasgos —en lugar de servirle de signos concretamente utilizables para identificar a cierta persona que, hasta entonces, había representado para él un haz de placeres que perseguir, de fastidios que evitar o de cortesías que rendir— descansaban, coordinados únicamente por sus relaciones estéticas, en la autonomía de sus líneas. Y en aquellos hombres, entre los que Swann se encontró

encerrado, no había nada, ni siquiera los monóculos que muchos llevaban (y que, en el pasado, como máximo le habrían permitido a Swann decir que llevaban un monóculo), que no le indicase una especie de individualidad, ahora que estaban exentos de significar un hábito, el mismo para todos. Acaso por mirar al general de Froberville y al marqués de Bréauté, que charlaban a la entrada, únicamente como a dos personajes en un cuadro cuando durante mucho tiempo habían sido para él los amigos útiles que le habían presentado en el Jockey y servido de testigos en los duelos, el monóculo del general, incrustado entre sus párpados como una esquirla de obús en aquella cara vulgar, llena de cicatrices y triunfal, en medio de la frente que dejaba tuerta como el ojo único del cíclope, le pareció a Swann una herida monstruosa, de la que podía gloriarse por haberla recibido, pero cuya exhibición resultaba indecente; mientras que el monóculo que, para señalar la festividad, añadía el marqués de Bréauté a los guantes gris perla, al gibus[283] y a la corbata blanca, sustituyendo al familiar binóculo (como el propio Swann hacía) para acudir a los actos sociales, llevaba, pegada en su reverso, como un preparado de historia natural bajo un microscopio, una mirada infinitesimal y rebosante de amabilidad, que sonreía de modo incesante a la altura de los techos, a la belleza de las fiestas, al interés de los programas y a la calidad de los refrescos[284].

«Vaya, está usted aquí, hace una eternidad que no le vemos», dijo a Swann el general; y al observar sus facciones cansadas y deducir que acaso fuese una enfermedad grave lo que le alejaba de los salones, añadió: «¿Sabe que tiene usted muy buena cara?», mientras M. de Bréauté preguntaba: «Pero cómo, amigo mío, ¿qué puede estar haciendo usted por aquí?», a un novelista mundano que, tras encajar en el ángulo del ojo un monóculo, su único órgano de investigación psicológica y de implacable análisis, replicó con aire importante y misterioso, arrastrando la erre:

«Observo».

El monóculo del marqués de Forestelle era minúsculo, carecía de montura y, obligando a una crispación incesante y dolorosa al ojo en que se incrustaba como un cartílago superfluo de presencia

inexplicable y material rebuscado, daba al rostro del marqués una delicadeza melancólica y hacía que las mujeres le creyesen capaz de grandes penas de amor. Mas el de M. de Saint-Candé, circundado por un anillo gigantesco, como Saturno, era el centro de gravedad de un rostro que se adecuaba en todo momento a él, con la nariz roja y temblona y la boca bezuda y sarcástica intentando estar con sus muecas a la altura del fuego graneado de ingenio que despedía el disco de cristal, y se veía preferido a las más bellas miradas del mundo por ciertas jóvenes esnobs y depravadas a las que inspiraba sueños de encantamientos artificiales y de la más refinada voluptuosidad; y entretanto, a su espalda, M. de Palancy, que con su gruesa cabeza de carpa de ojos redondos se desplazaba lentamente en medio de la fiesta aflojando de vez en cuando las mandíbulas como para tratar de orientarse, parecía transportar consigo únicamente un fragmento accidental, y acaso puramente simbólico, de las paredes de cristal de su acuario, parte destinada a representar el todo, que recordó a Swann, gran admirador de los Vicios y las Virtudes de Giotto en Padua, ese Injusto[285] a cuyo lado un frondoso ramo de hojas evoca los bosques donde se oculta su guarida.

Swann había avanzado, ante la insistencia de Mme. de Saint-Euverte, y para oír un aria de Orfeo[286] que ejecutaba un flautista, hasta colocarse en un ángulo donde, por desgracia, tenía como única perspectiva a dos damas ya maduras sentadas una al lado de la otra, la marquesa de Cambremer y la vizcondesa de Franquetot, quienes, al ser primas, durante las veladas, con sus bolsos en la mano y seguidas de sus hijas, pasaban el tiempo buscándose como en una estación y no se quedaban tranquilas hasta después de haber ocupado, con su abanico o su pañuelo, dos sillas contiguas: Mme. de Cambremer, que tenía muy pocas amistades, se sentía feliz por tener de compañera a Mme. de Franquetot, a quien, en cambio, por estar muy bien relacionada le parecía elegante y original demostrar a todas sus prestigiosas relaciones que prefería a su compañía la de una dama oscura con quien tenía en común recuerdos de juventud. Lleno de irónica melancolía, Swann las miraba escuchar el intermedio de piano (San Francisco hablando a los pájaros, de Liszt[287]) que había

sucedido al aria para flauta, y seguir la vertiginosa exhibición del virtuoso: Mme. de Franquetot, ansiosa, con los ojos extraviados como si las teclas sobre las que el pianista corría con agilidad hubieran sido una serie de trapecios de donde podía caerse desde una altura de ochenta metros, y no sin lanzar a su vecina miradas de asombro, de denegación que significaban: «Es increíble, nunca había pensado que un ser humano pudiese llegar a tanto»; Mme. de Cambremer, como mujer que ha recibido una sólida educación musical, llevando el compás con la cabeza transformada en balancín de metrónomo cuya amplitud y rapidez de oscilación de un hombro a otro se habían vuelto tales (con esa especie de extravío y abandono en la mirada propia de esos dolores que ya no se conocen ni tratan de dominarse y parecen decir: «¡Qué le vamos a hacer!») que una y otra vez enganchaba con sus pendientes las hombreras del corpiño y la obligaban a enderezarse las uvas negras que llevaba en el pelo, sin dejar de acelerar por ello el movimiento. Al otro lado de Mme. de Franquetot, pero un poco más adelantada, estaba la marquesa de Gallardon, absorta en su pensamiento favorito, su parentesco con los Guermantes, del que sacaba a ojos del mundo y a los suyos propios mucha gloria y alguna vergüenza, pues las figuras más celebradas de la familia le daban un poco de lado, tal vez porque era aburrida, o porque era malvada, o porque pertenecía a una rama inferior, o acaso sin ninguna razón. Cuando estaba junto a alguien a quien no conocía, como en ese momento junto a Mme. de Franquetot, sufría porque la conciencia que tenía de su parentesco con los Guermantes no pudiera manifestarse externamente en caracteres visibles como esos que, en los mosaicos de las iglesias bizantinas, puestos unos debajo de otros, inscriben en una columna vertical, al lado de un santo personaje, las palabras que según se dice pronunció. Pensaba en ese momento que nunca había recibido una invitación ni una visita de su joven prima la princesa Des Laumes en los seis años que ésta llevaba casada. Ese pensamiento la llenaba de rabia, pero también de orgullo; porque, a fuerza de decir, a quienes se extrañaban de no verla en casa de Mme. des Laumes, que era para no correr el riesgo de encontrarse a la princesa Mathilde[288] —cosa que su familia ultralegitimista nunca le

habría perdonado—, había terminado por creer que ésa era en efecto la razón por la que no iba a casa de su joven prima. Recordaba sin embargo haber preguntado más de una vez a Mme. des Laumes qué podría hacer para verla, pero sólo lo recordaba de manera confusa y, además, neutralizaba de sobra ese recuerdo algo humillante murmurando: «De todos modos, no soy yo la que debe dar el primer paso, tengo veinte años más que ella». Gracias a la virtud de estas palabras interiores, echaba altivamente hacia atrás sus hombros bien separados del busto, y sobre ellos, la cabeza, colocada casi en horizontal, hacía pensar en la cabeza «sobrepuesta» de un orgulloso faisán que se sirve en la mesa con todo su plumaje. No es que no fuese por naturaleza rechoncha, hombruna y regordeta; pero los desaires la habían enderezado, como esos árboles que, nacidos en mala posición al borde de un precipicio, se ven forzados a crecer hacia atrás para mantener el equilibrio. Obligada a repetirse, para consolarse de no estar del todo a la altura de los otros Guermantes, que si los veía poco era por intransigencia de principios y por orgullo, esta idea había terminado por modelar su cuerpo dando lugar a una especie de prestancia que a ojos de las burguesas pasaba por un signo de raza y a veces encendía con un deseo fugaz la mirada fatigada de los hombres de su círculo. Si se hubiese sometido la conversación de Mme. de Gallardon a esos análisis que, revelando la mayor o menor frecuencia de cada término, permiten descubrir la clave de un lenguaje cifrado, se habría comprobado que ninguna expresión, ni siquiera la más usual, aparecía en sus labios con tanta frecuencia como «en casa de mis primos Guermantes», «en casa de mi tía Guermantes», «la salud de Elzéar de Guermantes», «el palco de mi prima Guermantes». Cuando le hablaban de algún personaje ilustre, respondía que, sin conocerlo personalmente, lo había visto mil veces en casa de su tía Guermantes, mas lo decía en un tono tan glacial y con una voz tan sorda que resultaba evidente que, si no lo conocía en persona, era en virtud de todos los principios inextirpable y tenaces que sus hombros tocaban por detrás, como esas espalderas en las que os hacen tenderos los profesores de gimnasia para favorecer el desarrollo del tórax.

Pero la princesa des Laumes, a quien nadie habría esperado ver en casa de Mme. de Saint-Euverte, acababa precisamente de llegar. Para demostrar que no pretendía imponer en un salón al que sólo iba por condescendencia la superioridad de su rango, había entrado encogiéndose de hombros, aunque allí no hubiese ninguna aglomeración que atravesar ni nadie a quien dejar paso, quedándose a propósito en el fondo, con aire de estar en su sitio, como un rey que hace cola a la puerta de un teatro cuando las autoridades aún no han sido avisadas de su presencia; y, limitando simplemente la mirada —para no dar la impresión de señalar su presencia y exigir el tratamiento adecuado— a la contemplación de un dibujo de la alfombra o de su propia falda, permanecía de pie en el lugar que le había parecido más modesto (y del que sabía de sobra que iría a sacarla una exclamación arrobada de Mme. de Saint-Euverte en cuanto la viera), al lado de Mme. de Cambremer, a quien no conocía. Observaba la mímica de su vecina meló-mana, pero sin imitarla. No es que, para una vez que iba a pasar cinco minutos en casa de Mme. de Saint-Euverte, no hubiese deseado la princesa des Laumes mostrarse lo más amable posible, con objeto de que la fineza que le hacía valiese el doble. Pero por naturaleza sentía horror a lo que llamaba «las exageraciones» y tendía a mostrar que «no tenía que» entregarse a manifestaciones incompatibles con el «género» del círculo en que vivía, aunque por otro lado no dejaran de impresionarla, gracias a ese espíritu de imitación cercano a la timidez que desarrolla en las personas más seguras de sí mismas el ambiente de un medio nuevo, aunque sea inferior. Empezaba a preguntarse si aquella gesticulación no era algo exigido por el trozo que tocaban y que tal vez no encajaba en el marco de la música oída por ella hasta ese día, si abstenerse no suponía dar muestras de incomprensión respecto de la obra y de falta de delicadeza para con la dueña de la casa: de suerte que, para expresar de un modo poco «comprometedor» sus sentimientos contradictorios, unas veces se contentaba con subirse los tirantes de sus hombreras o con ajustar en sus rubios cabellos las bolitas de coral o de esmalte rosa, escarchadas de diamante, que remataban un peinado sencillo y encantador, examinando con fría curiosidad a su fogosa vecina, otras seguía

durante un instante el compás con su abanico, pero a contratiempo, para no abdicar de su propia independencia. Cuando el pianista, acabada la pieza de Liszt, empezó con un preludio de Cho-pin, Mme. de Cambremer dirigió a Mme. de Franquetot una enternecida sonrisa de experta satisfacción y de alusión al pasado. En su juventud había aprendido a acariciar las frases, de largo cuello sinuoso y desmesurado, de Chopin, tan libres, tan flexibles, tan táctiles, que empiezan buscando a tientas su lugar fuera, muy lejos de la dirección de partida, muy lejos del punto donde hubiera podido esperarse que alcanzaría su contacto, y que si se entregan a este extravío caprichoso sólo es para volver más deliberadamente —con un retorno más premeditado, con mayor precisión, como sobre un cristal que resonase hasta el punto de provocar un grito— a heriros el corazón.

Como había vivido en el seno de una familia provinciana con muy pocas relaciones, como apenas iba a bailes, se había embriagado en la soledad de su casona frenando o precipitando la danza de todas aquellas parejas imaginarias, desgranándolas como flores, dejando por un momento el baile para oír soplar el viento en los abetos, a orillas del lago, y viendo de golpe avanzar, completamente distinto de cuanto ha podido soñarse que son los amantes de esta tierra, a un joven esbelto de voz algo cantarina, extraña y quebrada, con guantes blancos. Mas hoy la belleza pasada de moda de aquella música parecía marchita. Privada desde hacía unos años del aprecio de los entendidos, había perdido su dignidad y su encanto, y hasta las personas de mal gusto sólo encontraban en ella un placer inconfesado y mediocre. Mme. de Cambremer lanzó una mirada furtiva a sus espaldas. Sabía que su joven nuera (muy respetuosa con su nueva familia, salvo en cuestiones intelectuales, ya que, por saber incluso armonía y hasta griego, tenía ideas propias) despreciaba a Chopin[289] y sufría cuando oía interpretar su música. Pero lejos de la vigilancia de aquella wagneriana que estaba algo más allá con un grupo de personas de su edad, Mme. de Cambremer se dejaba llevar por unas impresiones deliciosas. También la princesa des Laumes las sentía. Aunque la naturaleza no la había dotado para la música, quince años atrás había recibido clases que una profesora de piano del faubourg

Saint-Germain, mujer de genio que se había visto reducida a la miseria al final de sus días, había vuelto a dar, a la edad de setenta años, a las hijas y a las nietas de sus antiguas alumnas. Ya había muerto. Pero su método y el hermoso sonido que sacaba renacían a veces bajo los dedos de sus alumnas, incluidas aquellas que para todo lo demás se habían convertido en personas mediocres, habían abandonado la música y casi nunca abrían ya un piano. Por eso Mme. des Laumes pudo mover la cabeza con pleno conocimiento de causa, con una apreciación justa de la forma en qué el pianista tocaba aquel preludio que ella sabía de memoria. El final de la frase iniciada cantó de forma espontánea en sus labios. Y murmuró: «Es siempre faenante», pronunciando el grupo se de la palabra como si fuese una señal de delicadeza que acariciaba sus labios de una manera tan romántica como una bella flor; y por instinto armonizó con ellos su mirada infundiéndola en ese instante un no sé qué de sentimental y vagaroso. Entretanto, Mme. de Gallardon estaba diciéndose lo irritante que era tener tan pocas ocasiones de ver a la princesa des Laumes, porque anhelaba darle una lección no respondiendo a su saludo. Ignoraba que su prima estuviese allí. Un movimiento de cabeza de Mme. de Franquetot se la dejó al descubierto. Al punto se precipitó hacia ella empujando a todo el mundo; pero, deseosa de mantener una actitud altiva y glacial, capaz de recordar a todos los presentes que no era su intención relacionarse con alguien en cuya casa corría una el riesgo de darse de narices con la princesa Mathilde, y a quien ella no iba a ser la primera en saludar dado que no era «su contemporánea», quiso sin embargo compensar aquel aire de altanería y reserva con algunas palabras que justificasen su iniciativa y obligasen a la princesa a entablar conversación; por eso, una vez llegada al lado de su prima, Mme. de Gallardon, con un rostro sombrío y tendiéndole una mano como una carta obligada que no se puede rechazar, le dijo: «¿Cómo sigue tu marido?», en el mismo tono preocupado que si el príncipe hubiera estado gravemente enfermo. La princesa, echándose a reír de una forma muy suya y, destinada a indicar a los demás que estaba burlándose de alguien y al mismo tiempo a parecer más hermosa concentrando los rasgos de su cara

alrededor de una boca expresiva y una mirada brillante, le respondió: «¡Pues estupendamente!».

Y siguió riéndose. Mientras tanto, Mme. de Gallardon, irguiendo el cuerpo y enfriando la expresión de su rostro, todavía preocupado sin embargo por la salud del príncipe, dijo a su prima: «Oriane (en este punto Mme. des Laumes miró con aire asombrado y risueño a una tercera persona invisible a la que parecía poner por testigo de no haber autorizado nunca a Mme. de Gallardon a llamarle por su nombre), tendría muchísimo interés en que mañana por la noche vinieses un momento a casa para oír un quinteto con clarinete de Mozart[290]. Me gustaría saber tu opinión».

Daba la impresión de que, más que invitarla, le pedía un favor, que necesitaba el parecer de la princesa sobre el quinteto de Mozart, como si se tratase de un plato original de una cocinera nueva y le fuese imprescindible conocer la preciosa opinión de un gourmet sobre sus talentos culinarios.

«Pero si ya conozco ese quinteto, ahora mismo puedo decirte que… ¡lo adoro!

—¿Sabes?, mi marido no se encuentra bien, el hígado… le gustaría mucho verte», continuó Mme. de Gallardon, convirtiendo así la presencia de la princesa en su velada en un obligado deber de caridad.

A la princesa le desagradaba decir a la gente que no quería ir a sus casas. Todos los días expresaba por escrito su pesar por haberse visto privada —por una inopinada visita de su suegra, por una invitación de su cuñado, por la Ópera, por una excursión campestre— de una velada a la que nunca se le habría ocurrido ir. De este modo daba a muchas personas la alegría de creer que era una de sus amistades, de suponer que hubiese ido con mucho gusto a su casa, que sólo se lo habían impedido aquellos contratiempos principescos que las halagaban por el solo hecho de rivalizar con su velada. Además, como formaba parte de aquel círculo intelectual de los Guermantes donde sobrevivía algo del ingenio despierto, despojado de lugares comunes y sentimientos convencionales, que deriva de Merimée y ha encontrado su última expresión en el teatro de Meilhac y Halévy[291],

lo aplicaba incluso a las relaciones sociales, y hasta lo trasladaba a su cortesía, que se esforzaba por ser positiva, precisa, por acercarse a la humilde verdad. No se extendía mucho para expresar a un ama de casa cuánto le hubiese gustado asistir a su velada; le parecía más amable exponerle algunos menudos hechos de los que dependería su posibilidad o imposibilidad de acudir.

«Mira, oye lo que te digo, le dijo a Mme. de Gallardon, mañana por la noche debo ir a casa de una amiga que hace mucho tiempo me tiene pedido mi "día". Si nos lleva al teatro, no será posible, pese a mi mejor voluntad, que vaya a tu casa; pero si nos quedamos en la suya, como sé que estaremos solos, podré marcharme.

—Oye, ¿has visto a tu amigo Swann?

—No, no sabía que estuviera aquí ese encanto de Charles; me las arreglaré para que me vea.

—¡Qué raro que venga a casa de la vieja Saint-Euverte!, dijo Mme. de Gallardon. Oh, no, ya sé que es inteligente, añadió, queriendo dar a entender que era "intrigante", pero eso no cambia nada, ¡un judío en casa de la hermana y de la cuñada de dos arzobispos!

—Confieso, para vergüenza mía, que a mí no me escandaliza, dijo la princesa des Laumes.

—Ya sé que se ha convertido, y que hasta sus padres y sus abuelos lo estaban. Pero dicen que los conversos siguen más apegados a su religión que los otros, que es una estratagema; ¿será cierto?

—En ese punto carezco de luces».

El pianista que tenía que tocar dos fragmentos de Chopin, una vez terminado el preludio había atacado de inmediato una polonesa. Pero desde que Mme. de Gallardon había indicado a su prima la presencia de Swann, Chopin redivivo habría podido tocar allí mismo en persona todas sus obras sin que Mme. des Laumes lograse prestarle atención. Formaba parte de una de esas dos mitades de la humanidad en quienes la curiosidad que la otra mitad siente por los seres que no conoce es sustituida por el interés hacia los seres que conoce. Como muchas mujeres del faubourg Saint-Germain, la presencia en el mismo lugar en que se encontraba de alguien de su círculo, y al que por lo demás no tenía nada especial que decir, acaparaba exclusivamente su atención a expensas de todo el resto. A partir de

ese instante, con la esperanza de que Swann repararía en ella, la princesa se limitó, como un ratón blanco domesticado al que se le ofrece y luego se le retira un terrón de azúcar, a volver la cara, con mil gestos de complicidad carentes de cualquier relación con el sentimiento de la polonesa de Chopin, en la dirección donde Swann estaba, y si éste cambiaba de sitio ella desplazaba paralelamente su sonrisa imantada.

«No te enfades, Oriane», continuó Mme. de Gallardon, incapaz de sacrificar sus mayores esperanzas sociales y su deseo de deslumbrar un día al mundo, al placer oscuro, inmediato y privado de decir algo desagradable; «hay quien pretende que ese tal señor Swann es persona a la que no se puede recibir en casa, ¿es cierto?

—Pero… si tú misma debes de saber de sobra que lo es, respondió la princesa de Laumes; lo has invitado cincuenta veces y nunca ha ido».

Y alejándose de su mortificada prima, estalló de nuevo en una carcajada que escandalizó a las personas que estaban escuchando la música, pero atrajo la atención de Mme. de Saint-Euverte, quien por cortesía se había quedado junto al piano y sólo entonces advirtió la presencia de la princesa. Mme. de Saint-Euverte quedó encantada al verla, sobre todo porque la suponía en Guermantes cuidando a su suegro enfermo.

«Pero ¿cómo, princesa? ¿Estaba usted aquí?

—Sí, me había metido en un rinconcito, he oído cosas muy hermosas.

—¿Cómo? ¿Estaba aquí hace mucho?

—Pues sí, hace un buen rato, que se me ha hecho muy corto, sólo era largo porque no la veía a usted».

Mme. de Saint-Euverte quiso ceder su sillón a la princesa, que respondió:

"No, no, nada de eso. ¿Por qué? Estoy a gusto en cualquier parte".

Y señalando intencionadamente, para manifestar mejor su sencillez de gran dama, un modesto escabel sin respaldo:

—Mire, con ese puf tengo de sobra. Me hará mantenerme derecha. ¡Oh!, Dios mío, sigo haciendo ruido, terminarán abucheándome».

Mientras tanto, como el pianista había redoblado la velocidad, la emoción musical estaba en su punto culminante, un criado pasaba con refrescos en una bandeja haciendo tintinear las cucharillas, y, como cada semana, Mme. de Saint-Euverte le hacía señas, sin que él la viese, para que se retirara. Una recién casada, a quien habían enseñado que una joven no debe parecer aburrida, sonreía de placer, y buscaba con los ojos a la dueña de la casa para testimoniarle con la mirada su gratitud por haber «pensado en ella» para ocasión semejante. Sin embargo, aunque con más sosiego que Mme. de Franquetot, no dejaba de seguir la pieza con inquietud; mas la suya no tenía por objeto el pianista, sino el piano, sobre el que una vela, temblando a cada fortissimo, amenazaba, si no con prender fuego a la pantalla, al menos con machar el palisandro. Al fin no pudo contenerse y, escalando los dos peldaños del estrado sobre el que se hallaba el piano, corrió a quitar la arandela. Mas cuando sus manos estaban a punto de tocarla, la pieza acabó con un último acorde y el pianista se puso de pie. Sin embargo, la osada iniciativa de aquella joven, la breve promiscuidad a que dio lugar entre ella y el instrumentista, produjeron una impresión generalmente favorable.

«¿Se ha fijado usted en lo que ha hecho esa persona, princesa?», dijo el general de Froberville a la princesa des Laumes a quien había ido a saludar y a la que Mme. de Saint-Euverte abandonó por un instante. «Curioso, ¿verdad? ¿No será una artista?

—No, es una hija de Mme. de Cambremer», respondió distraída la princesa, que añadió vivamente: "Le repito lo que he oído decir, no tengo ni la menor idea de quién es, detrás de mí han dicho que eran vecinos de campo de Mme. de Saint-Euverte, pero no creo que nadie los conozca. ¡Deben de ser "gentes del campo"! Además, no sé si está usted muy enterado de la brillante compañía que hay en esta sala, pero yo no conozco el nombre de ninguna de estas sorprendentes personas. ¿En qué cree que pasan su tiempo, dejando aparte las veladas de Saint-Euverte? Seguro que las ha contratado junto con los músicos, las sillas y los refrescos. Admita que son magníficos estos «invitados de casa Belloir[292]". ¿Tendrá realmente el valor de alquilar estos figurantes todas las semanas? ¡No es posible!

—¡Ah! Pero Cambremer es un apellido auténtico y antiguo[293], dijo el general.

—No veo inconveniente alguno en que sea antiguo, replicó secamente la princesa, pero en cualquier caso no es eufónico», añadió subrayando la palabra eufónico como si estuviese entre comillas, pequeña afectación del habla peculiar del círculo Guermantes.

«¿Usted cree? Es bonita a rabiar, dijo el general, que no perdía de vista a Mme. de Cambremer. ¿No es de mi opinión, princesa?

—Se exhibe demasiado, y a mi entender en una mujer tan joven no resulta agradable, porque no creo que sea mi contemporánea», respondió Mme. de Laumes (expresión ésta que era común a los Gallardon y a los Guermantes).

Pero viendo la princesa que el señor de Froberville seguía mirando a Mme. de Cambremer, añadió, un poco por maldad hacia ella y otro poco por amabilidad con el general: «No resulta agradable… ¡para su marido! Dado que a usted le interesa, lamento no conocerla, se la habría presentado», dijo la princesa, quien, probablemente, de haber conocido a la joven, se habría guardado de hacerlo. «Me veo obligada a despedirme, porque es el santo de una amiga y debo ir a felicitarla», dijo en tono de modestia y sinceridad, reduciendo la reunión mundana a donde iba a la sencillez de una ceremonia aburrida, a la que sin embargo era obligatorio y conmovedor asistir. «Además, debo reunirme allí con Basin, que, mientras yo estaba aquí, ha ido a ver a esos amigos que usted conoce, según creo, y que tienen nombre de puente, los Iéna[294].

—Antes fue nombre de victoria, princesa, dijo el general. ¡Qué quiere! Para un viejo soldado como yo», añadió quitándose el monóculo para limpiarlo, como si se cambiase un apósito, mientras la princesa apartaba instintivamente la vista, «esta nobleza del Imperio es otra cosa, desde luego, pero en última instancia, sea lo que fuere, es algo muy bello en su género, son gentes que después de todo se batieron como héroes.

—Pero si yo siento un gran respeto por los héroes, dijo la princesa en un tono ligeramente irónico: si no acompaño a Basin a casa de esa

princesa de Jena no es por nada de eso, es simplemente porque no los conozco. Basin sí los conoce, los adora. ¡Oh, no, no es lo que usted se imagina, no se trata de un flirt, no tengo nada que objetar! Además, ¡para lo que me sirven mis objeciones!», añadió en tono melancólico, pues nadie ignoraba que, desde el día siguiente a la boda del príncipe des Laumes con su encantadora prima, no había dejado de engañarla. «Pero, en fin, no es ése el caso, son personas que conoció en el pasado, que le resultan deliciosas, y a mí me parece muy bien. Aunque debo empezar diciéndole que nada de lo que Basin me ha contado de su casa… ¡Figúrese que todos sus muebles son "Imperio"!

—Es muy natural, princesa, son los muebles de sus abuelos.

—No digo que no, pero no por eso son menos feos. Comprendo perfectamente que no se puedan tener cosas bonitas, pero al menos que prescindan de las ridículas. ¡Qué quiere! No conozco nada más pompier, ni más burgués que ese horrible estilo, con esas cómodas que tienen cabezas de cisnes como las bañeras.

—Pues yo creo incluso que en su casa hay cosas hermosas, deben de tener la famosa mesa de mosaico sobre la que se firmó el tratado de…

—Si yo no digo que no tengan cosas interesantes desde el punto de vista histórico ¡Pero no por eso van ser bellas… si son horribles! También yo tengo cosas de esas, que Basin heredó de los Montesquiou[295]. Pero están en los desvanes de Guermantes donde nadie las ve. Además, en última instancia, el problema no es ése, yo correría a su casa con Basin, iría incluso a verlos en medio de sus esfinges y su cobre si los conociese, pero… ¡no los conozco! Y siempre me han dicho, desde pequeñita, que no estaba bien ir a casa de gentes a las que no se conoce, dijo afectando un tono pueril. Así que hago lo que me enseñaron. ¿Se imagina a esas buenas gentes viendo entrar a una persona que no conocen? ¡Quizá me recibirían muy mal!», dijo la princesa.

Y por coquetería embelleció la sonrisa que esa suposición le arrancaba, dando a su mirada azul clavada en el general una expresión soñadora y dulce.

«Demasiado sabe usted, princesa, que no cabrían en sí de gozo…

—Pues no, ¿por qué?», le preguntó con extrema vivacidad, fingiendo no darse cuenta de que era por ser una de las mayores damas de Francia, o por el placer de oírselo decir al general. «¿Por qué? ¿Qué sabe usted? Acaso para ellos fuese de lo más desagradable. No sé, pero si juzgo por mí misma, me molesta tanto ver a las personas que conozco que creo que, si tuviese que ver a personas que no conozco, "por muy heroicas" que fuesen, me volvería loca. Además, seamos sinceros, salvo en el caso de viejos amigos como usted a los que se conoce por otros motivos, no sé si el heroísmo sería de un formato muy portátil en sociedad. Ya me aburre bastante tener que dar cenas, si encima tuviese que ofrecer mi brazo a Espartaco[296] para ir a la mesa… No, no, nunca recurriría a Vercingétorix[297] para completar el número de invitados y que así sean catorce. Siento que lo reservaría para las grandes veladas. Y como no las doy…

—¡Ah, princesa, no en balde es usted una Guermantes! ¡Le sobra el ingenio de los Guermantes!

—Bueno, siempre se habla del ingenio de los Guermantes, nunca he podido entender por qué. ¿Conoce algún otro que lo tenga?», añadió soltando una carcajada jovial y espumeante, con los rasgos de su rostro concentrados, acoplados en la red de su animación, y con los ojos centelleándole, iluminados por un sol radiante de alegría que sólo las palabras en alabanza de su ingenio o su belleza, aunque las dijese la misma princesa, tenían suficiente poder para hacer brillar. «Mire, ahí tiene a Swann, que parece saludar a esa Mme. Cambremer de usted; allí… junto a la buena de Saint-Euverte, ¿no ve? Pídale que lo presente. ¡Pero dese prisa, está intentando marcharse!»

—¿Se ha fijado qué mala cara tiene?, dijo el general.

—«¡Mi pequeño Charles! Bueno, por fin viene, empezaba a sospechar que no quería verme».

Swann apreciaba mucho a la princesa des Laumes, y verla, además, le recordaba Guermantes, tierra vecina de Combray, toda aquella región que tanto amaba y adonde no volvía para no alejarse de Odette. Recurriendo a fórmulas mitad de artista, mitad galantes, con las que sabía agradar a la princesa, y que recuperaba con absoluta naturalidad cuando volvía por un instante a sumergirse en su

antiguo ambiente —y deseoso, por otro lado, de expresarse a sí mismo su propia nostalgia del campo:

«¡Ah!», dijo hablando al foro, para ser oído a la vez por Mme. de Saint-Euverte a quien se dirigía y por Mme. des Laumes para quien hablaba, «¡si aquí tenemos a la encantadora princesa! Ya ve, ha venido expresamente de Guermantes para escuchar el San Francisco de Asís de Liszt, y sólo ha tenido tiempo, como un lindo paro carbonero, de ir a picotear, para ponérselas en la cabeza, alguna de esas pequeñas bayas de madroño de los pájaros y de espino blanco; hasta tiene todavía unas gotitas de rocío, un poco de la escarcha blanca que debe de hacer gemir a la duquesa. Es muy bonito, mi querida princesa.

—¿Que la princesa ha venido expresamente de Guermantes? ¡Eso sí que es demasiado! No lo sabía, estoy confusa», exclamó ingenuamente Mme. de Saint-Euverte, poco habituada a las ocurrencias de Swann. Y, examinando el peinado de la princesa: «Pero si es verdad, imita… como diría, a las castañas no, desde luego, ¡qué idea tan deliciosa! Pero ¿cómo es posible que la princesa pudiese conocer mi programa? Los músicos ni siquiera me lo han comunicado a mí».

Swann, habituado, cuando estaba junto a una mujer con la que había mantenido modales galantes de lenguaje, a decir cosas delicadas que muchas gentes de mundo no comprendían, no se dignó explicar a Mme. de Saint-Euverte que sólo había hablado metafóricamente. En cuanto a la princesa, se echó a reír a carcajadas, porque en su círculo se tenía en gran aprecio el ingenio de Swann, y también por no poder oír un cumplido dirigido a ella sin encontrarle las gracias más finas y una singularidad irresistible.

«¡Qué bien, Charles! Me encanta que mis pequeñas bayas de espino blanco le gusten. ¿Por qué saludaba usted a esa Cambremer? ¿Acaso es también vecina suya en el campo?».

Viendo que la princesa parecía feliz hablando con Swann, Mme. de Saint-Euverte se había alejado.

«También lo es usted, princesa.

—¿Yo? ¡Pero esa gente tiene campos en todas partes! ¡Cómo me gustaría estar en su lugar!

—No son los Cambremer, sino los padres de ella; es una de las hijas de Legrandin, que iba a Combray. No sé si sabe que es usted condesa de Combray y que el cabildo tiene que pagarle un canon.

—No sé lo que me debe el cabildo, lo que sí sé es que el párroco me sablea todos los años cien francos, y que no me hace ninguna gracia. En fin, esos Cambremer tienen un apellido bastante chocante. ¡Termina justo a tiempo, pero termina mal!, dijo riendo.

—No empieza mucho mejor, respondió Swann.

—En efecto, ¡vaya una doble abreviatura[298]!…

—Debió de ser alguien muy enfadado y muy fino que no tuvo valor para llegar hasta el final de la primera palabra.

—Pero ya que no debía de poder dejar de empezar la segunda, mejor habría hecho rematando la primera y acabar de una vez. Estamos haciendo bromas de un gusto delicioso, mi pequeño Charles, pero qué fastidio no verle más, añadió en tono zalamero, me gusta tanto hablar con usted. Piense que a ese idiota de Froberville no habría logrado hacerle comprender que el apellido de Cambremer era cho-cante. Confíese que la vida es algo espantoso. Sólo cuando le veo a usted dejo de aburrirme».

Y sin duda no era cierto. Pero Swann y la princesa tenían una misma forma de juzgar las cosas insignificantes, cuyo efecto —a menos que fuese causa— era una gran analogía en el modo de expresarse e incluso en la pronunciación. Esa semejanza no llamaba la atención porque no había nada más distinto que sus dos voces. Pero si, mentalmente, se conseguía eliminar de las palabras de Swann la sonoridad que las envolvía, y los bigotes entre los que brotaban, no tardaba uno en darse cuenta de que eran las mismas frases, las mismas inflexiones, el estilo del círculo Guermantes. En las cosas importantes, Swann y la princesa no pensaban lo mismo en nada. Pero desde que Swann estaba tan triste, siempre con esa especie de escalofrío que precede al momento en que vamos a llorar, tenía la misma necesidad de hablar de su pena que un asesino de hablar de su crimen. Oyendo a la princesa decirle que la vida era algo espantoso, sintió la misma dulzura que si le hubiese hablado de Odette.

«¡Oh, sí, la vida es algo espantoso! Tenemos que vernos, querida amiga. Lo más agradable de usted es que no es alegre. Podríamos pasar una velada juntos.

—Estupendo, ¿por qué no viene a Guermantes? Mi suegra se volvería loca de alegría. Pasa por ser feísima, pero le diré que a mí esa región no me desagrada, me horrorizan las comarcas "pintorescas".

—Ya lo creo, es admirable, respondió Swann, casi demasiado hermosa, demasiado viva para mí, en este momento; es una tierra para ser feliz. Quizá porque he vivido en ella, pero allí las cosas me hablan de otra forma. Basta que se levante un soplo de brisa para que los trigales empiecen a agitarse, me parece que alguien está a punto de llegar, que voy a recibir una noticia; y esas casitas a orillas del agua… ¡sería tan desdichado!

—¡Oh, mi pequeño Charles!, tenga cuidado, ahí está la horrible Rampillon, que me ha visto, escóndame, recuérdeme qué es lo que le ha ocurrido, me hago un lío, no sé si acaba de casar a su hija o a su amante, no sé; quizás a los dos… ¡y al uno con la otra!… ¡Ah, no, ya me acuerdo! La ha repudiado su príncipe… finja que está hablándome para que esa Berenice[299] no venga a invitarme a cenar. Lo mejor que puedo hacer es irme. Escúcheme, querido Charles, para una vez que lo veo, no quiere dejarse raptar y que lo lleve a casa de la princesa de Parma, que se alegraría mucho, y también Basin, que debe recogerme allí. Si no fuese porque Memé nos da noticias suyas… ¡Piense que ya no le veo nunca!».

Swann rechazó la propuesta; había advertido a M. de Charlus que, cuando abandonase el palacete de Mme. de Saint-Euverte, regresaría directamente a casa, y no quería arriesgarse, por ir al domicilio de la princesa de Parma, a perderse un billetito que había estado esperando todo el tiempo que un criado le entregase durante la velada, y que acaso iba a encontrar en su portería. «El pobre Swann, dijo esa noche Mme. des Laumes a su marido, siempre tan encantador, pero parece muy triste. Ya lo verá, porque ha prometido venir a cenar un día de éstos. Me parece ridículo en el fondo que un hombre de su inteligencia sufra por una persona de esa clase, y que no tiene siquiera interés, dicen que es idiota», añadió con esa cordura de las gentes que

no están enamoradas y piensan que un hombre inteligente sólo debería ser desgraciado por una persona que mereciese la pena; es poco más o menos como extrañarse de que una persona se digne padecer el cólera por culpa de un ser tan minúsculo como el bacilo vírgula[300].

Swann quería marcharse, pero en el momento en que por fin estaba a punto de escabullirse el general de Froberville le pidió que lo presentara a Mme. de Cambremer, y se vio obligado a regresar con él al salón para buscarla.

«Verá usted, Swann, preferiría ser el marido de esa dama antes que morir a manos de los salvajes, ¿qué le parece?».

Esas palabras, «morir a manos de los salvajes», traspasaron dolorosamente el corazón de Swann; y acto seguido sintió la necesidad de proseguir la conversación con el general:

«¡Ah!, le dijo, ha habido muchas vidas hermosas que acabaron de esa manera… Por ejemplo… aquel navegante cuyas cenizas trajo Dumont d'Urville[301], *La Pérouse…». (Y Swann era ya feliz como si le hubiesen hablado de Odette). «Notable personaje que me interesa mucho ese La Pérouse, añadió con aire melancólico.*

—¡Ah, sí, La Pérouse!, dijo el general. Es un nombre famoso. Tiene calle.

—¿Conoce a alguien en la calle La Pérouse?, preguntó Swann algo inquieto.

—Sólo a Mme. de Chanlivault, hermana de aquel valiente de Chaussepierre. El otro día nos dio una velada de teatro deliciosa. ¡Con el tiempo ese salón será muy elegante, ya lo verá!

—¡Ah!, y vive en la calle La Pérouse. Es una calle simpática, bonita, y tan triste.

—¡Qué va!, se ve que hace mucho que no ha pasado por allí; aquello ya no es triste, han empezado a construir por todo ese barrio».

Cuando por fin Swann presentó al señor de Froberville a la joven Mme. de Cambremer, como era la primera vez que ésta oía el nombre del general, esbozó la misma sonrisa de alegría y sorpresa que habría puesto si en su presencia nunca se hubiese pronunciado otro nombre, porque, como no conocía a los amigos de su nueva familia, siempre

que le presentaban a una persona creía que era uno de ellos, y pensando dar muestras de tacto simulando haber oído hablar mucho de ella desde que se había casado, tendía la mano con gesto vacilante destinado a demostrar la aprendida reserva que debía vencer y la espontánea simpatía con que lograba derrotarla. Así que sus suegros, a quienes seguía creyendo las personas más brillantes de Francia, afirmaban que era un ángel; sobre todo porque, al casarla con su hijo, preferían aparentar que habían cedido al atractivo de sus cualidades antes que al de su gran fortuna.

«Se ve que tiene usted alma de aficionada a la música, señora», le dijo el general, aludiendo de manera inconsciente al incidente de la arandela.

Pero el concierto se reanudó y Swann comprendió que no podría irse antes del final del nuevo número del programa. Sufría por permanecer encerrado en medio de aquella gente cuya tontería y cuyas ridiculeces lo herían más dolorosamente aún porque, ignorantes de su amor, incapaces, si lo hubiesen conocido, de prestarle interés y de hacer otra cosa que sonreír como ante una chiquillada o lamentarlo como una locura, se lo mostraban bajo el aspecto de un estado subjetivo que sólo existía para él, y cuya realidad no confirmaba ningún dato exterior; sufría sobre todo, y hasta el punto de que incluso el sonido de los instrumentos le provocaba deseos de gritar, por prolongar su destierro en aquel sitio a donde Odette no iría nunca, donde nada ni nadie la conocía, de donde estaba totalmente ausente.

Pero de pronto fue como si ella hubiese entrado, y esa aparición le infligió un sufrimiento tan desgarrador que hubo de llevarse la mano al corazón. Y es que el violín había ascendido a unas notas altas donde permanecía como en una espera, espera que se prolongaba sin que dejase de sostenerlas, en medio de la exaltación que lo invadía al ver acercarse ya el objeto de su espera, y haciendo un esfuerzo desesperado por tratar de resistir hasta su llegada, de acogerlo antes de expirar, de mantener abierto, con todas sus últimas fuerzas durante un momento, el camino para que pudiese pasar, igual que se sujeta una puerta que de otro modo volvería a cerrarse. Y antes de que Swann tuviese tiempo de comprender, y de decirse: «¡Es la pequeña

frase de la sonata de Vinteuil, no escuchemos!», todos los recuerdos de la época en que Odette estaba enamorada de él, y que hasta ese día había logrado mantener invisibles en las profundidades de su ser, engañados por aquel imprevisto rayo del tiempo de amor que creyeron que volvía, habían despertado y a vuelo de pájaro habían remontado para cantarle locamente, sin piedad para con su presente desventura, los olvidados estribillos de la felicidad.

En lugar de expresiones abstractas como «tiempo en que era feliz», «tiempo en que era amado», que hasta entonces había pronunciado a menudo y sin sufrir demasiado, porque, del pasado, su inteligencia había metido allí supuestos extractos que no conservaban nada de ese pasado, volvió a encontrar todo aquello que había fijado para siempre la específica y volátil esencia de aquella felicidad perdida; volvió a ver todo, los pétalos nivosos y rizados del crisantemo que ella le lanzara al coche, y que él había apretado contra los labios —el membrete en relieve de la Maison Dorée, sobre la carta en la que pudo leer: «Me tiembla tanto la mano al escribirle»—, el fruncimiento de las cejas cuando ella, en tono suplicante, le había dicho: «¿Verdad que no tardará mucho en volver a llamarme?»; percibió el olor de las tenacillas del peluquero que le cardaba el peinado a «cepillo» mientras Lorédan iba en busca de la obrerita, los chaparrones de lluvia tan frecuentes aquella primavera, la glacial vuelta a casa en su victoria a la luz de la luna: todas las mallas de hábitos mentales, de impresiones estacionales, de reacciones cutáneas, que habían tendido sobre varias semanas seguidas una red uniforme en la que su cuerpo se encontraba preso de nuevo. En ese instante satisfacía una curiosidad voluptuosa experimentando los placeres de quienes viven de amor. Había creído que podría limitarse a eso, que no estaría obligado a conocer sus dolores; ahora, ¡qué poca cosa representaba para él la fascinación de Odette comparada con aquel formidable terror que la prolongaba a modo de halo turbio, con aquella inmensa angustia de no saber lo que ella había hecho minuto a minuto, de no poseerla en todas partes y siempre! Recordó, ¡ay!, el tono con que Odette había exclamado: «¡Siempre podré verle, yo siempre estoy libre!», ella ¡que ya no lo estaba nunca!; el interés, la curiosidad que siempre había tenido por la vida de Swann, el ardiente deseo de que

Swann le hiciera el favor —que en esa época él en cambio temía como causa de enojosas molestias— de ser admitida en esa vida; cómo se había visto obligada a rogarle para que se dejase llevar a casa de los Verdurin; y, en la época en que él le permitía ir a su casa una vez al mes, cuánto había tenido que ponderarle, antes de que Swann cediese, la delicia que sería el hábito de verse a diario con que ella soñaba entonces, mientras que a él sólo le parecía un engorro enojoso, y que luego Odette había detestado para acabar interrumpiéndolo definitivamente cuando para él ya se había convertido en necesidad tan invencible como dolorosa. No sabía que dijese tan gran verdad cuando, la tercera vez que la viera, al repetirle ella: «Pero ¿por qué no me deja venir más a menudo?», él le había contestado riendo, con galantería: «Por miedo a sufrir». Ahora, ¡ay!, seguía escribiéndole a veces desde un restaurante o un hotel en una hoja que llevaba impreso el membrete; pero eran como letras de fuego que lo quemaban. «¿Está escrita en el hotel Vouillemon[302]? ¿Qué ha ido a hacer allí? ¿Con quién? ¿Qué ha pasado?». Se acordó de los mecheros de gas que ya apagaban en el bulevar des Italiens cuando, contra toda esperanza, la había encontrado entre las sombras errantes aquella noche que le había parecido casi sobrenatural y que, en efecto —noche de un tiempo en el que ni siquiera tenía que preguntarse si iba a contrariarla buscándola, encontrándola, porque estaba seguro de que su mayor alegría era verle y volver a casa con él —, pertenecía a un mundo misterioso al que nunca se puede regresar una vez que se han cerrado las puertas. Y Swann vislumbró, inmóvil frente a esa felicidad revivida, a un infeliz que le dio lástima porque al principio no lo reconoció, hasta el punto de que hubo de bajar los ojos para que no se viese que estaban llenos de lágrimas. Era él mismo.

Cuando lo hubo comprendido, cesó su lástima, pero sintió celos de aquel otro él mismo al que ella había amado, sintió celos de todos aquellos de quienes muchas veces se había dicho, sin sufrir demasiado, «tal vez los ama», ahora que había trocado la vaga idea de amar, en la que no hay amor, por los pétalos del crisantemo y el «membrete» de la Maison d'Or, que sí estaban llenos de amor. Como

el dolor iba volviéndose demasiado agudo, se pasó la mano por la frente, dejó caer el monóculo y limpió el cristal. Y desde luego, de haberse visto en ese momento, hubiese añadido a la colección de monóculos que había elegido este otro al que daba vueltas como un pensamiento importuno y sobre cuya superficie empañada trataba de borrar, con un pañuelo, sus penas.

Hay en el violín —cuando, por no ver el instrumento, no podemos relacionar lo que oímos con su imagen, la cual modifica su sonoridad — acentos tan afines a ciertas voces de contralto que se tiene la ilusión de que al concierto se ha sumado una cantante. Alzamos la vista y sólo vemos los estuches, preciosos como cajas chinas, pero a ratos todavía nos engaña el falso reclamo de la sirena; también a veces creemos oír a un genio cautivo debatiéndose en el fondo de la docta caja, embrujada y trémula, como un demonio en una pila de agua bendita; y otras veces, por último, está en el aire, como una especie de ser sobrenatural y puro que pasa desplegando su mensaje invisible.

Como si los instrumentistas, más que tocar la pequeña frase, ejecutasen los ritos exigidos por ésta para aparecer, y procediesen a los encantamientos necesarios para obtener y prolongar por unos instantes el prodigio de su evocación, Swann, que ya no podía verla como si la frase hubiese pertenecido a un mundo ultravioleta, y que casi paladeaba el alivio de una metamorfosis en la momentánea ceguera que lo aquejaba al acercarse a ella, la sentía presente, como una diosa protectora y confidente de su amor que para poder llegar hasta él en medio de la muchedumbre y llevárselo aparte para hablarle, había asumido el disfraz de aquella apariencia sonora. Y mientras pasaba, ligera, tranquilizadora y murmurada como un perfume, diciéndole el mensaje que tenía que decirle con palabras que él escrutaba una por una, lamentando verlas desvanecerse tan pronto, Swann hacía involuntariamente con los labios el ademán de besar, a su paso, aquel cuerpo armonioso y huidizo. Ya no se sentía desterrado y solo, porque la frase, dirigiéndose a él, le hablaba a media voz de Odette. De hecho ya no tenía, como en el pasado, la impresión de que Odette y él fuesen desconocidos para la pequeña frase. ¡Había sido testigo tantas veces de sus alegrías! Cierto es que

también a menudo le había advertido de su fragilidad. Y, además, mientras que entonces adivinaba un dolor en su sonrisa, en su entonación límpida y desencantada, hoy le encontraba más bien la gracia de una resignación casi alegre. De aquellas penas de que en otro tiempo le hablaba, y que le veía arrastrar, sin que a él le afectasen, sonriendo, en su curso rápido y sinuoso, de aquellas penas que ahora se habían vuelto las suyas sin que pudiese esperar verse libre de ellas algún día, la frase parecía decirle como en otro tiempo de su felicidad: «¿Qué es eso? Todo eso no es nada». Y por primera vez el pensamiento de Swann, en un arranque de piedad y ternura, se dirigió hacia aquel Vinteuil, hacia aquel hermano desconocido y sublime que también había debido de sufrir tanto; ¿qué vida había podido ser la suya? ¿Del fondo de qué dolores había sacado aquella fuerza de dios, aquella ilimitada potencia creativa? Cuando era la pequeña frase la que le hablaba de la vanidad de sus sufrimientos, Swann encontraba dulzura en aquella misma cordura que un momento antes, sin embargo, le había parecido intolerable cuando presumía leerla en los rostros de los indiferentes que consideraban su amor como una divagación sin importancia. Y es que la pequeña frase en cambio, cualquiera que fuese la opinión que pudiera tener sobre la breve duración de esos estados de animo, veía en ellos, no como hacía toda aquella gente, una cosa menos seria que la vida positiva, sino al contrario, algo tan superior a ésta que era lo único que merecía la pena expresar. Estos encantos de una tristeza íntima eran precisamente los que la pequeña frase trataba de imitar, de recrear, llegando a captar, a volver visible su esencia, que por otro lado reside en ser incomunicables y parecer frívolos a quien no los siente. Hasta el punto de que la frase inducía a confesar su valor y paladear su divina dulzura a todos aquellos asistentes —a poco que entendieran de música— que luego no la reconocerían en la vida, en cada amor particular que viesen nacer a su lado. Indudablemente, la forma en que la sonata los había codificado no podía traducirse en razonamientos. Pero desde hacía más de un año, cuando, revelándole a él mismo tantas riquezas de su alma, el amor a la música había nacido en él al menos por algún tiempo, Swann consideraba los motivos musicales como verdaderas ideas, pertenecientes a otro

mundo, a otro orden, ideas veladas por tinieblas, desconocidas, impenetrables para la inteligencia, mas no menos perfectamente distintas unas de otras, no menos desiguales entre sí en valor y significado. Cuando, después de la velada de los Verdurin, al hacer que volviesen a tocar la pequeña frase, había intentado discernir cómo, a la manera de un perfume, de una caricia, lo rodeaba y lo envolvía, se había dado cuenta de que aquella impresión de dulzura retraída y friolenta se debía a la escasa distancia entre las cinco notas que la formaban y a la evocación constante de dos de ellas; pero en realidad sabía que razonaba así no sobre la frase misma, sino sobre simples valores, sustituidos para comodidad de su inteligencia por la misteriosa entidad percibida, antes de conocer a los Verdurin, en aquella velada donde había escuchado la sonata por primera vez. Sabía que el recuerdo mismo del piano podía falsear ulteriormente su modo de ver las cosas de la música, que el campo abierto al músico no es un mezquino teclado de siete notas, sino un teclado inconmensurable, casi del todo desconocido todavía, donde aquí y allá, separadas por densas tinieblas inexploradas, sólo algunos de los millones de teclas de ternura, de pasión, de valor, de coraje, de serenidad que lo componen, tan distintas entre sí como un universo de otro universo, han sido descubiertas por unos pocos grandes artistas que, despertando en nosotros la correspondencia del tema que encontraron, nos hacen el servicio de mostrarnos qué riqueza, qué variedad, sin nosotros saberlo, oculta esa gran noche impenetrada y descorazonadora de nuestra alma que nosotros tomamos por el vacío y por la nada.

Vinteuil había sido uno de esos músicos. En su pequeña frase, aunque presentase a la razón una superficie oscura, se advertía un contenido tan consistente, tan explícito, al que prestaba una fuerza tan nueva, tan original, que quien la había oído la conservaba dentro de sí en pie de igualdad con las ideas del entendimiento. Swann se remitía a ella como a una concepción del amor y de la felicidad cuya particularidad apreciaba con la misma inmediatez que en el caso de La Princesa de Cleves, o la de René[303] cuando sus nombres se presentaba a su memoria. Incluso cuando no pensaba en ella, la

pequeña frase existía latente en su espíritu lo mismo que algunas otras nociones sin equivalente, como las nociones de la luz, del sonido, del relieve, de la voluptuosidad física, que son las ricas posesiones con que se diversifica y engalana nuestro reino interior. Acaso las perdamos, acaso se desvanezcan si volvemos a la nada. Pero mientras vivamos, no podemos comportarnos como si no las hubiéramos conocido, igual que no podemos hacerlo con los objetos reales, igual que no podemos, por ejemplo, dudar de la luz de la lámpara que alguien enciende ante los objetos metamorfoseados de nuestro cuarto, de donde hasta el recuerdo de la oscuridad se ha desvanecido. Por eso, la frase de Vinteuil, como por ejemplo determinado tema de Tristán[304], que también supone para nosotros una cierta adquisición sentimental, se había unido a nuestra condición mortal, había asumido algo humano que era bastante conmovedor. Su suerte estaba ligada al futuro, a la realidad de nuestra alma, de la que era uno de los ornamentos más peculiares y mejor diferenciados. Quizá sea la nada lo verdadero y todo nuestro sueño inexistente, pero entonces sentimos que también esas frases musicales, esas nociones que existen por su relación con él, tendrán que dejar de existir. Pereceremos, pero tenemos por rehenes a esas divinas cautivas que correrán nuestra suerte. Y unida a ellas la muerte parece menos amarga, menos oscura, tal vez menos probable.

Swann no andaba, por tanto, muy descaminado al pensar que la frase de la sonata existía realmente. Claro que, humana desde esta perspectiva, pertenecía sin embargo a un orden de criaturas sobrenaturales y que nunca hemos visto, pero que, pese a todo, reconocemos extasiados cuando algún explorador de lo invisible consigue captar una, y traerla, desde el mundo divino al que él tiene acceso, para que brille unos instantes sobre el nuestro. Es lo que Vinteuil había hecho con la pequeña frase. Swann advertía que el compositor se había limitado, con sus instrumentos de música, a quitarle el velo, a volverla visible, siguiendo y respetando el dibujo con mano tan suave, tan prudente, tan delicada y tan segura que el sonido se alteraba en todo momento, difuminándose para indicar una sombra, reanimándose cuando debía seguir la huella de un contorno

más audaz. Y una prueba de que Swann no se engañaba al creer en la existencia real de esa frase es que cualquier entendido algo sutil se hubiera dado cuenta inmediatamente de la impostura si Vinteuil, con menos potencia para ver y traducir sus formas, hubiese tratado de disimular, añadiendo aquí y allá algunos rasgos de su cosecha, las lagunas de su visión o los desfallecimientos de su mano.

Ahora había desaparecido. Swann sabía que reaparecería al final del último movimiento, después de un largo trozo que el pianista de Mme. Verdurin se saltaba siempre. Había en ella ideas admirables que Swann no había distinguido en la primera audición y que ahora percibía, como si en el vestuario de su memoria se hubiesen despojado del disfraz uniforme de la novedad. Swann escuchaba todos los temas dispersos, destinados a entrar en la composición de la frase, como las premisas en la conclusión necesaria: asistía a su génesis. «¡Qué audacia!, se decía; acaso tan genial como la de un Lavoisier, o de un Ampére[305], la audacia de un Vinteuil experimentando, descubriendo las leyes secretas de una fuerza desconocida, llevando a través de lo inexplorado, hacia la única meta posible, los invisibles corceles en que confía y que nunca podrá ver». ¡Qué hermoso el diálogo que Swann oyó entre el piano y el violín al principio del último trozo! La supresión de las palabras humanas, lejos de permitir que reinase la fantasía, como habría podido suponerse, la había eliminado; nunca el lenguaje hablado fue expresión de una necesidad tan inflexible, ni conoció hasta aquel punto la pertinencia de las preguntas, la evidencia de las respuestas. Al principio, el piano se quejó solitario, como un pájaro abandonado por su pareja; el violín lo oyó, le respondió como desde un árbol vecino. Era como en los albores del mundo, como si aún sólo ellos dos existieran sobre la tierra, o mejor dicho, en aquel mundo cerrado a todo lo demás, construido por la lógica de un creador y donde siempre estarían ellos dos solos: el mundo de aquella sonata. ¿Era un pájaro, era el alma todavía incompleta de la pequeña frase, era un hada aquel ser invisible y quejumbroso cuyo lamento repetía luego con ternura el piano? Sus gritos eran tan repentinos que el violinista debía precipitarse sobre su arco para recogerlos. ¡Pájaro maravilloso!

Parecía como si el violinista quisiese encantarlo, domesticarlo, atraérselo. Ya se había insinuado en su alma, ya la pequeña frase evocada agitaba, como el de un médium, el cuerpo realmente poseído del violinista. Swann sabía que la frase hablaría una vez más. Y se había desdoblado tan bien que la espera del instante inminente en que de nuevo iba a encontrarse frente a la frase lo sacudió con uno de esos sollozos que un hermoso poema o una triste noticia provocan en nosotros, no cuando estamos solos, sino cuando se los comunicamos a amigos en quienes nos vemos reflejados como una tercera persona cuya probable emoción los enternece. Reapareció, pero esta vez para quedar suspendida en el aire y recrearse sólo un momento, como inmóvil, y luego expirar. Por eso Swann no perdía un instante del brevísimo tiempo en que se prorrogaba. Todavía seguía allí como una flotante burbuja irisada. Como un arco iris, cuyo esplendor se debilita, se atenúa, después se reaviva y, antes de apagarse, se exalta un momento hasta un punto que aún no había alcanzado: a los dos colores que hasta entonces había mostrado, la pequeña frase añadió otras cuerdas iridiscentes, todas las del prisma, y les hizo cantar. No se atrevía Swann a moverse y habría querido obligar a los demás a permanecer quietos, como si el menor movimiento hubiese podido comprometer el prestigio sobrenatural, delicioso y frágil que casi estaba a punto de desvanecerse. Nadie, a decir verdad, pensaba en hablar. La palabra inefable de un solo ausente, acaso de un muerto (Swann no sabía si Vinteuil aún vivía), exhalándose por encima de los ritos de aquellos oficiantes, bastaba para mantener en jaque la atención de trescientas personas, y hacía de aquel estrado, sobre el que así era evocada un alma, uno de los más nobles altares consagrados al cumplimiento de una ceremonia sobrenatural. De suerte que, cuando la frase se hubo disuelto por fin flotando en jirones en los motivos que la seguían y ya habían ocupado su lugar, aunque Swann se irritó en el primer momento viendo a la condesa de Monteriender, célebre por sus tonterías, inclinarse hacia él para confiarle sus impresiones antes incluso de que la sonata hubiese concluido, no pudo por menos de sonreír, y acaso también de encontrar un sentido profundo, que ella no veía, en las palabras de que se sirvió. Maravillada por el virtuosismo de los ejecutantes, la

condesa exclamó dirigiéndose a Swann: «Es prodigioso, nunca he visto nada tan fuerte…». Pero una especie de escrúpulo de exactitud le hizo corregir esa primera aserción y añadió esta reserva: «nada tan fuerte… ¡desde los veladores giratorios!».

A partir de esa velada Swann comprendió que nunca más renacería el sentimiento que Odette había tenido hacia él, que sus esperanzas de felicidad ya no se realizarían. Y los días en que por casualidad aún se mostraba amable y cariñosa, y si había tenido alguna atención con él, Swann registraba aquellos signos aparentes y engañosos de ese ligero retorno con esa solicitud emocionada y escéptica, con esa alegría desesperada de quienes, asistiendo a un amigo que ha llegado a los últimos días de una enfermedad incurable, relatan como hechos preciosos: «Ayer, él solo hizo las cuentas y fue quien descubrió en la suma un error que nosotros habíamos cometido; ha comido un huevo con mucho gusto, si lo digiere bien mañana probaremos con una chuleta», aun a sabiendas de que todos ellos carecen de significado en vísperas de una muerte inevitable. Indudablemente Swann estaba seguro de que, de vivir ahora lejos de ella, Odette habría terminado por resultarle indiferente, de modo que se habría sentido contento si ella hubiese abandonado París para siempre; él habría tenido valor para quedarse; pero no lo tenía para irse.

La idea se le había ocurrido a menudo. Ahora que se había centrado en su estudio sobre Vermeer, habría necesitado volver al menos por unos días a La Haya, a Dresde, a Brunswick. Estaba convencido de que una Diana en el baño comprada por el Mauritshuis en la subasta Gold-schmidt como un Nicolás Maes, era en realidad de Vermeer[306]. Y habría querido poder estudiar de cerca el cuadro para confirmar su convicción. Pero dejar París mientras Odette estaba allí e incluso cuando estaba ausente —porque en lugares nuevos donde las sensaciones no están amortiguadas por la costumbre, el dolor cobra vigor, se reanima—, era un proyecto tan cruel que se sentía capaz de pensarlo continuamente sólo porque se sabía decidido a no llevarlo a cabo nunca. Pero a veces, durmiendo, la intención del viaje renacía —sin acordarse de que tal viaje era

imposible— y se realizaba en sueños. Un día soñó que se iba por un año; asomándose a la portezuela del vagón, hacia un joven que en el andén lo despedía llorando, Swann trataba de convencerle para que se fuera con él. Al ponerse el tren en marcha, lo despertó la ansiedad, se acordó de que no se iba, de que vería a Odette aquella misma noche, al día siguiente y casi cada día. Entonces, aún totalmente emocionado por el sueño, bendijo las particulares circunstancias que lo volvían independiente; gracias a ellas podía permanecer junto a Odette, y también conseguir que le permitiese verla algunas veces; y, recapitulando todas aquellas ventajas: su posición social —su fortuna, a la que ella recurría con demasiada frecuencia para no retroceder ante una ruptura (decían incluso que abrigaba la idea de que Swann se casase con ella)—, aquella amistad con M. de Charlus que, a decir verdad, nunca le había permitido conseguir gran cosa de ella, pero le procuraba la dulzura de saber que Odette oía hablar de él de un modo halagüeño a un amigo común por quien ella sentía tanta estima, y por último, hasta su inteligencia, que dedicaba por entero a urdir cada día una intriga nueva que volviese su presencia, si no agradable, al menos necesaria para Odette, —pensó en lo que habría sido de él si le hubiese faltado todo aquello, pensó que de haber sido, como tantos otros, pobre, humilde, necesitado, obligado a aceptar un trabajo cualquiera, o atado a unos padres, a una esposa, habría podido verse forzado a separarse de Odette, que aquel sueño cuyo espanto estaba todavía tan cerca habría podido ser cierto, y se dijo: «Nunca conocemos nuestra propia felicidad. Nunca somos tan desdichados como creemos[307]». Pero calculó que aquel tipo de existencia duraba desde hacía varios años, que lo más que podía esperar es que durase siempre, que sacrificaría su trabajo, su placer, sus amigos, su vida entera en suma a la espera cotidiana de una cita que no podía proporcionarle dicha alguna, y se preguntó si no estaba engañándose, si lo que había favorecido su relación e impedido la ruptura no había perjudicado su destino, si el acontecimiento deseable no habría sido aquel del que tanto se alegraba que sólo hubiese ocurrido en sueños: su partida; y se dijo que nunca conocemos nuestra propia desdicha, que nunca somos tan felices como creemos.

A veces tenía la esperanza de que Odette muriese, sin sufrir, en un accidente, ella que siempre estaba fuera, por las calles, por la carretera, de la mañana a la noche. Y como volvía sana y salva, se admiraba de que el cuerpo humano fuera tan ágil y fuerte, que continuamente pudiese afrontar, desbaratar todos los peligros que lo rodean (y que Swann juzgaba innumerables desde que su secreto deseo los había tomado en consideración), consintiendo así a los seres humanos dedicarse cada día y casi impunemente a su labor de mentira, a la búsqueda del placer. Y, en su corazón, Swann se sentía muy cerca de aquel Mahomet II cuyo retrato, pintado por Bellini, tanto le gustaba, y quien, tras darse cuenta de que se había enamorado locamente de una de sus mujeres, la apuñaló para, según dice ingenuamente su biógrafo veneciano, recobrar su libertad de espíritu[308]. Luego se indignaba por pensar sólo en sí mismo, y los sufrimientos que había experimentado le parecían no merecer ninguna piedad puesto que él mismo tenía en tan poco la vida de Odette.

No pudiendo separarse definitivamente de ella, si al menos la hubiese visto sin interrupciones, su dolor habría acabado por calmarse y su amor por extinguirse acaso. Y dado que ella no quería abandonar París para siempre, hubiese deseado que no lo abandonara nunca. Sabiendo que la única ausencia larga de Odette todos los años era la de agosto y septiembre, tenía por lo menos la ventaja de ir disolviendo con varios meses de antelación la amarga idea en todo el Tiempo futuro, que él llevaba dentro de sí por anticipado y que, compuesto por días homogéneos a los actuales, circulaba transparente y frío en la mente alimentando su tristeza, pero sin causarle sufrimientos demasiado agudos. Mas bastaba una sola palabra de Odette para llegar, a través de Swann, a ese futuro interior, a ese río, incoloro y libre, y, como un trozo de hielo, lo inmovilizaba, endurecía su fluidez, lo hacía helarse por entero; y Swann se había sentido de repente invadido por una masa enorme e infrangibie que oprimía las paredes internas de su ser hasta hacerlo estallar: es que Odette le había dicho, con una mirada risueña e irónica que le observaba: «Forcheville hará un viaje muy bonito por Pascua. Se va a Egipto», y

Swann había comprendido en el acto que eso significaba: «En Pascua me iré a Egipto con Forcheville». Y en efecto, si pocos días más tarde Swann le decía: «¿Qué hay de ese viaje que me dijiste que harías con Forcheville?», ella atolondradamente respondía: «Sí, tesoro, nos vamos el 19, ya te mandaremos una vista de las Pirámides». Entonces él quería saber si era la amante de Forcheville, preguntárselo a ella misma. Sabía que, supersticiosa como era, había ciertos perjurios que nunca cometería, y además el temor, que hasta entonces le había paralizado, de irritar a Odette preguntándoselo, de hacerse detestar por ella, ahora ya no existía porque había perdido toda esperanza de recuperar su amor.

Cierto día recibió una carta anónima diciéndole que Odette había sido la querida de innumerables hombres (se citaban algunos, entre ellos Forcheville, M. de Bréauté y el pintor), de mujeres, y que frecuentaba las casas de citas. Le atormentó pensar que entre sus amigos había alguien capaz de haberle enviado aquella carta (porque ciertos detalles revelaban en quien la había escrito un conocimiento íntimo de la vida de Swann). Trató de saber quién podía haber sido. Pero nunca había tenido la menor sospecha de los actos ocultos de las personas, de esos que carecen de lazos visibles con sus palabras. Y cuando quiso saber dónde tenía que situar la desconocida región en la que debía de haberse gestado aquel acto innoble, si bajo el carácter aparente de M. de Charlus, o de M. des Laumes, o de M. d'Orsan, como ninguno de tales caballeros había aprobado nunca en su presencia las cartas anónimas y como todas sus palabras implicaban la desaprobación más rotunda, no vio razones para atribuir aquella infamia a la índole de uno o de otro. La de M. de Charlus era algo desequilibrada, pero en el fondo buena y cariñosa; la de M. des Laumes algo seca, pero sana y recta. En cuanto a M. d'Orsan, Swann nunca había conocido a nadie que, hasta en las circunstancias más tristes, se dirigiese a él con palabras más sentidas y gesto más discreto y apropiado. Hasta el punto de que no lograba comprender el papel poco delicado que se atribuía a M. d'Orsan en los amores que mantenía con una mujer rica, y por eso, cada vez que Swann pensaba en él, se veía obligado a dejar de lado esa mala reputación inconciliable con tantos testimonios ciertos de delicadeza. Durante un

instante Swann sintió oscurecerse su mente y pensó en otra cosa para recuperar un poco de luz. Luego tuvo el valor de volver sobre esas reflexiones. Pero entonces, después de no haber podido sospechar de nadie, no tuvo más remedio que sospechar de todo el mundo. Al fin y al cabo, M. de Charlus le apreciaba, tenía buen corazón. Pero era un neurópata, acaso mañana llorase si le sabía enfermo, y hoy por celos, por rabia, por cualquier idea súbita que se hubiese apoderado de él, podía haber deseado hacerle daño. En el fondo, esa raza de hombres es la peor de todas. El príncipe des Laumes estaba lejos, desde luego, de apreciar a Swann tanto como M. de Charlus. Pero precisamente por eso no tenía con él las mismas susceptibilidades; y además era un temperamento frío sin duda, pero tan incapaz de vilezas como de grandes acciones; Swann se arrepentía de no haberse relacionado, en su vida, más que con personas así. Luego cavilaba que lo que impide a los hombres hacer daño al prójimo es la bondad, y que, en definitiva, sólo podía responder de naturalezas análogas a la suya, como era, respecto a los sentimientos, la de M. de Charlus. La sola idea de causar aquel dolor a Swann le hubiera sublevado. En cambio, con un hombre insensible, de una humanidad distinta, como era el príncipe des Laumes, ¿cómo prever a qué actos podían conducirle móviles de una esencia diferente? Tener corazón es lo importante, y M. de Charlus lo tenía. Tampoco le faltaba a M. d'Orsan, y sus relaciones cordiales aunque poco íntimas con Swann, nacidas del placer que, por tener la misma opinión en todo, sentían charlando juntos, ofrecían mayor tranquilidad que el exaltado afecto de M. de Charlus, capaz de entregarse a actos apasionados, fueran buenos o malos. Si existía alguien por quien Swann siempre se había sentido comprendido y delicadamente amado, era M. d'Orsan. De acuerdo, pero ¿y aquella vida poco honorable que llevaba? Swann lamentaba no haberla tenido en cuenta, haber confesado muchas veces en broma que nunca había experimentado sentimientos tan vivos de simpatía y estima como en compañía de un canalla. Por algo, se decía ahora, desde que los hombres juzgan a su prójimo, lo hacen por sus actos. Eso es lo único que significa algo, ynada lo que decimos, lo que pensamos. Charlus y des Laumes podrán tener tales o cuales defectos, pero son personas honestas. Tal vez Orsan no los tenga, pero no es un

hombre honrado. Es posible que haya obrado mal una vez más. Luego Swann sospechó de Rémi, quien, a decir verdad, sólo habría podido inspirar la carta, pero durante un momento le pareció la pista buena. En primer lugar, Lorédan tenía razones para odiar a Odette. Además, ¿cómo no suponer que los criados, viviendo en una situación inferior a la nuestra, añadiendo a nuestra fortuna y a nuestros defectos riquezas y vicios imaginarios por los que nos envidian y desprecian, puedan verse fatalmente inducidos a obrar de forma distinta que personas de nuestro mundo? También sospechó de mi abuelo. Cada vez que le había pedido un favor, ¿no se lo había negado siempre? Además, con sus ideas burguesas podía haber pensado que obraba por el bien de Swann. Sospechó también de Ber-gotte, del pintor, de los Verdurin, admiró de pasada una vez más la prudencia de las gentes de mundo, que evitan codearse con esos medios de artistas donde pueden ocurrir esas cosas, y donde tal vez hasta se admitan como bromas graciosas; pero recordaba los rasgos de rectitud de aquellos bohemios, y los comparó con la vida de arbitrios extremos, casi de estafas, a que la falta de dinero, la necesidad de lujo y la corrupción de los placeres conducen a menudo a la aristocracia. En resumen, aquella carta anónima le demostró que él conocía a un ser capaz de perversidad, pero no veía razón alguna para creer que esa perversidad estuviese oculta en la toba —inexplorada por todos— del carácter del hombre sensible más que del hombre frío, del artista más que del burgués, del gran señor más que del criado. ¿Qué criterio adoptar para juzgar a los hombres? En el fondo, entre las personas que conocía no había una sola que no le pareciese incapaz de una infamia. ¿Tenía que dejar de verlas a todas? Se le nubló el entendimiento; se pasó dos o tres veces las manos por la frente, limpió los cristales de sus lentes con el pañuelo, y pensando que, después de todo, personas de su mismo nivel frecuentaban a M. de Charlus, al príncipe des Laumes y a los demás, se dijo que eso indicaba, si no que fuesen incapaces de infamia, al menos que frecuentar a personas que tal vez no sean incapaces de cometerlas es una necesidad de la vida a la que todos estamos sometidos. Y siguió estrechando la mano a todos aquellos amigos de quienes había sospechado, con la reserva puramente formal de que quizá habían intentado desesperarle. En

cuanto al fondo mismo de la carta, no se preocupó, porque ni una sola de las acusaciones formuladas contra Odette tenía sombra alguna de verosimilitud. Como tantos otros, Swann era mentalmente perezoso y carecía de poder de invención. Sabía perfectamente, como verdad general, que la vida de los seres humanos está llena de contrastes, pero, para cada persona en particular, se figuraba que la parte de su vida para él desconocida era idéntica a la parte conocida. Imaginaba lo que le callaban con ayuda de lo que le decían. En los momentos en que Odette estaba a su lado, si hablaban juntos de una acción indelicada cometida o de un sentimiento indelicado experimentado por otro, ella los censuraba en virtud de los mismos principios que Swann siempre oyera profesar a sus padres y a los que había permanecido fiel; y luego ella arreglaba sus flores, bebía una taza de té, se interesaba por los trabajos de Swann. Y así Swann extendía esos hábitos al resto de la vida de Odette, repetía esos gestos cuando quería imaginar los momentos en que ella estaba lejos. Si se la hubiesen descrito tal como era, o mejor dicho tal como había sido durante tanto tiempo con él, pero junto a otro hombre, hubiera sufrido, porque esa imagen le habría parecido verosímil. Pero que frecuentase casas de alcahuetas, se entregase a orgías con mujeres, llevase la vida crapulosa de criaturas abyectas, era una divagación insensata a cuya realización, gracias a Dios, los imaginados crisantemos, los sucesivos tés y las indignaciones virtuosas no concedían la más mínima posibilidad. Sólo de vez en cuando daba a entender a Odette que, por maldad, le contaban todo lo que ella hacía; y sirviéndose, a propósito, de un detalle insignificante pero verdadero del que se había enterado por casualidad, como si fuese, entre otros muchos, el único trocito que dejaba traslucir, a pesar suyo, de una reconstrucción completa de la vida de Odette que mantenía oculta dentro de sí, la inducía a suponer que estaba al corriente de cosas que en realidad no sabía y ni siquiera sospechaba, porque, si muchas veces conminaba a Odette a no alterar la verdad, era simplemente, se diese cuenta o no, para que ella le dijese todo lo que hacía. Indudablemente, como le decía a Odette, amaba la sinceridad, pero la amaba como a una proxeneta que podía tenerle al corriente de la vida de su amante. Por eso, su amor a la sinceridad, al no ser

desinteresado, no le había vuelto mejor. La verdad que buscaba apasionadamente era la que Odette le diría; pero, para conseguir esa verdad, no temía recurrir a la mentira, a esa mentira que, como no se cansaba de pintar a Odette, conducía a la degradación a toda criatura humana. En resumen, mentía tanto como Odette porque, más infeliz que ella, no era menos egoísta.

Y ella, oyendo a Swann contarle de aquel modo cosas que ella había hecho, lo miraba con aire desconfiado y, por si acaso, enfadada, para no dar la impresión de humillarse y avergonzarse de sus actos.

Un día, durante el período de calma más largo que aún hubiese podido vivir sin verse dominado por un ataque de celos, había aceptado ir por la noche al teatro con la princesa des Laumes. Una vez abierto el periódico para ver qué representaban, la vista del título: Les Filles de marbre[309], de Théodore Barriere, le hirió de un modo tan atroz que instintivamente se echó hacia atrás y apartó la cabeza. Iluminada como por la luz de las candilejas, en aquella nueva posición, la palabra «mármol», que Swann había perdido la facultad de distinguir a fuerza de encontrársela delante de los ojos, se le había vuelto de pronto visible y le había hecho recordar inmediatamente aquella historia que Odette le había contado hacía tiempo, sobre una visita que había hecho al Salón del Palacio de la Industria[310] en compañía de Mme. Verdurin, quien le había dicho: «Ten cuidado, yo sabré bien deshelarte, porque no eres de mármol». Odette le había asegurado que sólo era una broma, y él no le había dado mayor importancia. Pero entonces confiaba más en ella que hoy. Y precisamente la carta anónima hablaba de amores de esa clase. Sin atreverse a levantar los ojos hacia el periódico, lo desplegó, volvió una página para no ver más aquella frase: «Las muchachas de mármol», y empezó a leer maquinalmente las noticias de los departamentos. Había habido una tempestad en el Canal de la Mancha, se hablaba de daños en Dieppe, en Cabourg, en Beuzeval[311]. De pronto, volvió a echarse instintivamente hacia atrás.

El nombre de Beuzeval le había hecho pensar en el de otra localidad de esa región, Beuzeville[312], que lleva, unido a éste

mediante un guión, otro nombre, el de Bréauté; lo había visto a menudo en los mapas, pero por primera vez caía en la cuenta de que era el mismo de su amigo M. de Bréauté, de quien la carta anónima decía que había sido amante de Odette. Después de todo, en el caso de M. de Bréauté, la acusación no era inverosímil; pero en lo referente a Mme. Verdurin, no había la menor posibilidad. Del hecho de que Odette mintiera algunas veces no podía llegarse a la conclusión de que nunca decía la verdad, y en esas palabras cambiadas con Mme. Verdurin y que ella misma le había referido a Swann, éste había reconocido esas bromas inútiles y peligrosas que, por inexperiencia de la vida e ignorancia del vicio, gastan las mujeres, que así dejan al desnudo su inocencia y que —como por ejemplo Odette— están más lejos que ninguna otra de sentir un afecto apasionado por otra mujer. Mientras que, por el contrario, la indignación con que había rechazado las sospechas que involuntariamente su relato había suscitado en Swann por un instante cuadraba con cuanto él sabía de los gustos y del temperamento de su querida. Pero en ese instante, por una de esas inspiraciones de celoso, análogas a la que aporta al poeta o al sabio que aún sólo tienen una rima o una observación la idea o la ley de la que sacarán toda su fuerza, Swann recordó por vez primera una frase que Odette le había dicho hacía ya dos años: «¡Oh!, en este momento para Mme. Verdurin sólo existo yo, dice que soy un encanto, me besa, quiere que salga de compras con ella, desea que la trate de tú». Lejos de ver entonces en esa frase relación alguna con las absurdas palabras destinadas a simular el vicio que Odette le había contado, Swann las había acogido como prueba de una calurosa amistad. Y, ahora, el recuerdo de aquella ternura de Mme. Verdurin venía a unirse bruscamente al recuerdo de su conversación de mal gusto. Ya no podía separarlos mentalmente, y los vio unidos también en la realidad, donde el cariño prestaba algo de seriedad y de importancia a aquellas bromas que, a cambio, le hacían perder parte de su inocencia. Fue a casa de Odette. Se sentó lejos de ella. No se atrevía a besarla, por no saber si en ella, si en él, un beso iba a despertar el cariño o la cólera. Callaba, miraba morir su amor. De pronto tomó una resolución.

«Odette, querida, le dijo, ya sé que soy odioso, pero tengo que preguntarte algunas cosas. ¿Recuerdas la idea que se me ocurrió a propósito de ti y de Mme. Verdurin? Dime si era verdad, con ella o con otra».

Odette sacudió la cabeza frunciendo la boca, gesto que a menudo utilizan las personas para responder que no irán, que eso les aburre, cuando alguien les ha preguntado: «¿Quiere ver pasar la cabalgata, asistirá usted a la Revista?». Pero ese movimiento de cabeza, asociado por regla general a un suceso futuro, insinúa precisamente cierta incertidumbre en la negación de un suceso pasado. Además evoca simples razones de conveniencia personal antes que reprobación, o que imposibilidad moral. Viendo que Odette le hacía así la señal de que era falso, Swann comprendió que tal vez fuese cierto.

«Ya te lo he dicho, lo sabes de sobra, añadió ella con aire irritado e infeliz.

—Sí, lo sé, pero ¿estás segura? No me digas: "Lo sabes de sobra", dime: "Nunca he hecho ese tipo de cosas con ninguna mujer"».

Ella repitió como una lección, en tono irónico y como si quisiera librarse de él: "Nunca he hecho ese tipo de cosas con ninguna mujer".

—¿Puedes jurármelo por tu medalla de Nuestra Señora de Laghet?».

Swann sabía que Odette no juraría en falso por aquella medalla.

«¡Oh, cómo me atormentas!», exclamó, escabulléndose con ese arranque al aprieto de la pregunta. «Pero ¿has acabado ya? ¿Qué te pasa hoy? ¿Has decidido que tengo que detestarte y aborrecerte? Mira, quería volver a estar bien contigo como antes, y así me lo agradeces».

Pero, sin soltar la presa, como un cirujano que espera el final de un espasmo que su intervención interrumpe pero no le hace renunciar a ella:

«Estás muy equivocada si te figuras que voy a guardarte rencor por eso, Odette, le dijo con delicadeza persuasiva y engañosa. Nunca te hablo de lo que sé, y siempre sé mucho más de lo que digo. Pero sólo tú puedes endulzar con tu confesión lo que me hace odiarte cuando han sido otros quienes me lo han denunciado. Mi rabia contra ti no se debe a tus actos, te lo perdono todo porque te amo, sino a tu falsía, a esa falsía absurda que te hace seguir negando cosas que ya sé. Pero

¿cómo quieres que pueda seguir amándote cuando veo que sostienes y me juras una cosa que sé falsa? Odette, no prolongues más este momento que es una tortura para ambos. Si tú quieres, todo habrá terminado en un segundo, serás libre para siempre. Dime por tu medalla si has hecho o no has hecho alguna vez esas cosas.

—Y yo qué sé, exclamó ella con rabia, quizá hace mucho tiempo, sin darme cuenta de lo que hacía, quizá dos o tres veces».

Swann había previsto todas las posibilidades. Pero la realidad es algo que no guarda ninguna relación con las posibilidades, no más que una puñalada que recibimos con los leves movimientos de las nubes sobre nuestra cabeza, porque aquellas palabras, «dos o tres veces», grabaron en vivo una especie de cruz en su corazón. Cosa extraña que esas palabras, «dos o tres veces», nada más que unas palabras, palabras pronunciadas al aire, a distancia, pudiesen desgarrar de aquella forma el corazón como si realmente lo tocasen, pudieran intoxicarlo como un veneno que se ha ingerido. Swann pensó involuntariamente en aquella frase que había oído en casa de Mme. de Saint-Euverte: «Es lo más fuerte que he visto desde los veladores giratorios». El sufrimiento que sentía no se parecía a nada de lo que se había figurado. No sólo porque en sus horas de mayor desconfianza rara vez su imaginación había ido tan lejos en el mal, sino porque, hasta cuando la imaginaba, la cosa seguía siendo vaga, incierta, privada del horror particular que se había desprendido de las palabras «quizá dos o tres veces», desprovista de esa crueldad específica tan diferente de cuanto había conocido, como una enfermedad que se padece por primera vez. Y sin embargo, no amaba menos a aquella Odette de la que procedía todo aquel dolor, al contrario, la necesitaba más, como si a medida que crecía el sufrimiento creciese al mismo tiempo el valor del calmante, del contraveneno que sólo aquella mujer poseía. Quería dedicarle más cuidados, como a una enfermedad cuando de pronto descubrimos que se agrava. Quería que la cosa horrible que le había confesado haber hecho «dos o tres veces» no volviera a repetirse. Por eso tenía que velar por Odette. Suele decirse que denunciando a un amigo los defectos de su amante, sólo se consigue unirlo más a ella, porque no les presta crédito, ¡pero lo une mucho más si se los presta! Mas,

¿cómo protegerla?, se decía Swann. Quizá pudiese preservarla de una mujer concreta, pero había cientos de mujeres, y comprendió la locura que lo había dominado cuando, la noche en que no había encontrado a Odette en casa de los Verdurin, había empezado a desear la posesión, siempre imposible, de un ser distinto. Por suerte para Swann, bajo los nuevos sufrimientos que acababan de irrumpir en su alma como hordas de invasores, existía un fondo natural más antiguo, más suave y silenciosamente laborioso, como las células de un órgano herido que enseguida se ponen a trabajar para rehacer los tejidos lesionados, como los músculos de un miembro paralizado que tienden a recobrar sus propios movimientos. Aquellos habitantes más antiguos, más autóctonos de su alma, emplearon por un instante todas las fuerzas de Swann en ese trabajo oscuramente reparador que produce la ilusión del reposo a un convaleciente, a un operado. En esta ocasión, al contrario de lo que solía ocurrir, no fue en el cerebro de Swann sino más bien en su corazón donde se produjo aquel alivio por agotamiento. Mas todas las cosas de la vida que han existido una vez tienden a volver a crearse, y como un animal agonizante al que de nuevo agita el sobresalto de una convulsión que parecía acabada, sobre el corazón, momentáneamente salvado, de Swann, el mismo sufrimiento volvió por sí mismo a trazar la misma cruz. Recordó aquellas noches de luna llena en que, echado en su victoria que lo llevaba a la calle La Pérouse, cultivaba voluptuosamente dentro de sí las emociones del hombre enamorado, sin saber el fruto envenenado que necesariamente habían de producir. Mas todas estas ideas sólo duraron el espacio de un segundo, el tiempo de llevarse la mano al corazón; recobró el aliento y consiguió sonreír para disimular su tortura. Acto seguido volvía a replantearse las preguntas. Porque a sus celos, después de haberse tomado un trabajo que ningún enemigo hubiese afrontado para lograr asestarle aquel golpe y hacerle conocer el dolor más cruel que nunca hasta ese momento había llegado a sentir, a sus celos no les parecía que hubiese sufrido suficiente y trataban de hacerle recibir una herida más profunda todavía. Como una divinidad perversa, a Swann le inspiraban los celos y lo empujaban a su ruina. No fue culpa suya, sino sólo de Odette, si en un primer momento el suplicio no se agravó.

«Querida, le dijo, se acabó, ¿era con una persona que conozco?

—Te juro que no, pienso además que he exagerado, que nunca he llegado hasta ese punto».

Swann sonrió y continuó: «¿Qué quieres que te diga? No tiene importancia, pero es una lástima que no puedas decirme el nombre. Si pudiese imaginarme a la persona, no volvería a pensar en ello. Lo digo por ti, porque así no volvería a molestarte. ¡Tranquiliza tanto imaginarse las cosas! Lo terrible es lo que uno no puede figurarse. Pero ya has sido muy amable, no quiero cansarte. Te agradezco de todo corazón todo el bien que me has hecho. Se acabó. Sólo una cosa más: "¿Hace cuánto tiempo?".

—Pero, Charles, ¿no ves que estás matándome, que es una cosa viejísima? No había vuelto a pensar en ello, se diría que pretendes meterme esas ideas en la cabeza a toda costa. Sí que adelantarías mucho», dijo ella con una estupidez inconsciente y voluntaria perfidia.

«¡Oh! Sólo quería saber si ocurrió después de conocerte. ¿No habría sido lo más lógico que ocurriese aquí mismo? ¿No puedes indicarme una noche concreta, para ver si consigo recordar qué hacía yo esa noche? Como comprenderás, no es posible que no recuerdes con quién, Odette, amor mío.

—Pero si no lo sé, creo que fue en el Bois una noche que viniste a buscarnos a la isla. Habías cenado en casa de la princesa des Laumes», dijo Odette, feliz por suministrar un detalle concreto que atestiguaba su veracidad. «En una mesa vecina había una mujer a la que no había visto hacía mucho. Me dijo: "Acompáñeme detrás de esa pequeña roca para ver el efecto del claro de luna en el agua". Lo primero que hice fue bostezar y le contesté: "No, estoy cansada y me encuentro a gusto aquí". Ella me aseguró que nunca había habido un claro de luna como aquél. Yo le dije: "¡Cuánto cuento!"; sabía de sobra adonde quería ir a parar».

Odette lo contaba casi riendo, bien porque le pareciese completamente natural, bien porque creyese atenuar así su importancia, o quizá para no parecer humillada. Al ver la cara de Swann, cambió de tono:

«Eres un miserable, te diviertes torturándome, haciéndome decir las mentiras que digo sólo para que me dejes en paz».

Este segundo golpe asestado a Swann era más atroz todavía que el primero. Nunca había supuesto que fuese algo tan reciente, oculto a sus ojos, incapaces de descubrirla, no en un pasado que no había conocido, sino en noches que recordaba muy bien, que había vivido con Odette, que había creído conocer a la perfección y que ahora, retrospectivamente, adquirían un no sé qué de turbio y de atroz; de repente en medio de ellos se abría aquel abismo terrible, aquel momento en la isla del Bois. Sin ser inteligente, Odette poseía el encanto de la naturalidad. Había contado, había representado aquella escena con tanta sencillez que Swann, anhelante, lo veía todo: el bostezo de Odette, la pequeña roca. La oía contestar -¡alegremente, por desgracia!—: «¡Cuánto cuento!». Intuía que aquella noche no le diría nada más, que no era de esperar ninguna revelación nueva en ese momento; le dijo: «Pobrecita mía, perdóname, me doy cuenta de que te hago sufrir, se acabó, ya no pienso en ello».

Mas Odette vio que sus ojos seguían clavados en las cosas que no sabía y en aquel pasado de su amor, monótono y dulce en su memoria porque era vago, y que aquel minuto en la isla del Bois, al claro de luna, después de la cena en casa de la Princesa des Laumes, laceraba ahora como una herida. Pero estaba Swann tan acostumbrado a encontrar interesante la vida —a admirar los curiosos descubrimientos que pueden hacerse en ella— que aun sufriendo hasta el punto de creer que no podría soportar por mucho tiempo un dolor semejante, se decía: «La vida es realmente asombrosa y nos reserva estupendas sorpresas; en resumen, el vicio es algo mucho más extendido de lo que la gente cree. He ahí una mujer en la que yo confiaba, de aspecto tan sencillo, tan honesto siempre, y aunque un poquillo ligera parecía completamente normal y sana en sus inclinaciones: a raíz de una denuncia inverosímil, la interrogo, y lo poco que me confiesa revela mucho más de lo que hubiese podido sospecharse». Pero no podía limitarse a estas observaciones desinteresadas. Trataba de apreciar exactamente el alcance de lo que le había contado, para saber si debía llegar a la conclusión de que había hecho muchas veces aquellas cosas, de que se renovarían. Se

repetía las palabras de Odette: «Sabía de sobra adonde quería ir a parar», «Dos o tres veces», «¡Cuánto cuento!», pero no reaparecían desarmadas en la memoria de Swann, cada una tenía un puñal y le asestaba un nuevo golpe. Durante mucho tiempo, como un enfermo que no puede por menos de intentar repetir a cada instante el movimiento que le provoca dolor, se decía una y otra vez estas palabras. «Me encuentro a gusto aquí», «¡Cuánto cuento!», pero el sufrimiento era tan fuerte que se veía obligado a detenerse. Lo maravillaba que actos que siempre había juzgado con tanta ligereza, y tan alegremente, le pareciesen ahora tan graves como una enfermedad de la que se puede morir. Conocía desde luego muchas mujeres a las que hubiese podido pedir que vigilaran a Odette. Pero ¿cómo esperar que asumirían su nuevo punto de vista y no habrían de atenerse al que durante tanto tiempo había sido el suyo, el que siempre había guiado su vida voluptuosa, que no le dirían riéndose: «Maldito celoso que quiere privar de un placer a los demás?». ¿Por qué trampilla abierta de repente a sus pies (él, que, en el pasado, de su amor por Odette sólo había sacado delicados placeres) había sido precipitado bruscamente a este nuevo círculo infernal donde no vislumbraba ninguna vía de salida? ¡Pobre Odette! No le guardaba rencor. Sólo era culpable a medias. ¿No decía que fue su propia madre quien la había entregado, casi niña, en Niza, a un rico inglés? ¡Y qué dolorosa verdad adquirirían para él aquellas líneas del Journal d'un poète de Alfred de Vigny, que tiempo atrás había leído con indiferencia!: «Cuando nos enamoramos de una mujer, deberíamos decirnos: ¿Qué gente la rodea? ¿Cuál ha sido su vida? Ahí descansa toda la felicidad de la existencia[313]». A Swann lo maravillaba que simples frases deletreadas por su pensamiento, como «¡Cuánto cuento!», «Sabía de sobra adonde quería ir a parar», pudiesen hacerle tanto daño. Mas se daba cuenta de que lo que creía simples frases no eran sino piezas de la armadura entre las que resistía, y podía serle restituido, el dolor que ya había sentido durante el relato de Odette. Porque era desde luego ese mismo dolor el que de nuevo experimentaba. Poco importaba que ahora supiese —y poco había de importar que, con el tiempo, olvidara un poco y perdonase—: En el momento de repetirse aquellas

palabras, el antiguo dolor lo devolvía al estado en que se hallaba antes de que Odette hablara: ignorante de todo, confiado; para que la confesión de Odette pudiese herirle, sus crueles celos volvían a colocarlo en la posición de quien aún no sabe nada, y al cabo de unos meses aquella vieja historia seguía alterándole como una revelación. Admiraba la terrible fuerza recreadora de su memoria. Sólo del debilitamiento de esa matriz cuya fecundidad disminuye con los años podía esperar un alivio a su tortura. Pero, cuando parecía algo menguado el poder que para hacerle sufrir tenía una de las frases pronunciadas por Odette, una de aquellas en las que menos había reparado hasta entonces la mente de Swann, una frase casi nueva, venía a relevar a las otras y lo golpeaba con un vigor intacto. El recuerdo de la noche que había cenado en casa de la princesa des Laumes resultaba doloroso, pero sólo era el centro de su mal. Mal que irradiaba confusamente a su alrededor durante todos los días siguientes. Y fuera cual fuese el punto de Odette que quisiese tocar en sus recuerdos, era la estación entera, durante la que tantas veces iban a cenar los Verdurin a la isla del Bois, la que le hacía daño. Tanto que, poco a poco, la curiosidad que en él excitaban los celos fue neutralizada por el miedo a los nuevos tormentos que se infligiría en caso de satisfacerla. Se daba cuenta de que todo el período de la vida de Odette transcurrido antes de conocerla, período que nunca había tratado de imaginar, no era la extensión abstracta vagamente vislumbrada, sino un compuesto de años determinados, lleno de incidentes concretos. Pero temía que, al conocerlos, aquel pasado incoloro, fluido y soportable, había de adquirir un cuerpo tangible e inmundo, un rostro individual y diabólico. Y seguía sin querer imaginárselo, no por pereza mental, sino por miedo a sufrir. Esperaba que un día acabaría por poder oír el nombre de la isla del Bois, o de la princesa des Laumes, sin sentir el antiguo desgarro, y le parecía imprudente provocar a Odette para que le proporcionase nuevas palabras, el nombre de lugares, de circunstancias diferentes que, apenas calmado su mal, lo harían renacer bajo otra forma.

Pero muchas veces las cosas que no conocía, que ahora temía conocer, era la misma Odette quien se las revelaba espontáneamente, y sin darse cuenta; de hecho, la distancia que el vicio ponía entre la

vida real de Odette y la vida relativamente inocente que Swann había creído, y que a menudo seguía creyendo que llevaba su amante, de esa distancia la propia Odette desconocía la extensión: un ser vicioso, que siempre aparenta la misma virtud ante personas a las que quiere ocultar sus vicios, no tiene medio alguno de controlar hasta qué punto estos últimos, cuyo crecimiento continuo le resulta insensible a él mismo, le arrastran lentamente lejos de los modos normales de vivir. Cohabitando, dentro de la mente de Odette, con el recuerdo de las acciones que ocultaba a Swann, otras iban recibiendo poco a poco su reflejo, resultaban contagiadas, sin que ella acertase a ver nada extraño, sin que desentonasen en el particular ambiente en que las hacía vivir dentro de sí misma; pero si se las contaba a Swann, éste se asustaba por la revelación del ambiente que dejaban traslucir. Un día intentaba preguntarle, sin herirla, si alguna vez había estado en una casa de alguna alcahueta. A decir verdad estaba convencido de que no; la lectura de la carta anónima había inducido aquella suposición en su cerebro, pero de una forma mecánica; aunque no le había prestado el menor crédito, de hecho había quedado allí, y Swann, para librarse de la presencia puramente material pero sin embargo molesta de la sospecha, anhelaba que Odette la extirpase. «¡Oh, no! Y no es que no me persigan para eso», añadió, revelando en su sonrisa cierta satisfacción vanidosa, sin ocurrírsele que no podía parecer legítima a Swann. «Hay una, incluso, que ayer estuvo esperándome más de dos horas, me ofrecía lo que yo quisiera. Al parecer hay un embajador que le ha dicho: "Me mato si no me la trae". Le dijeron que no estaba en casa, pero al final yo misma tuve que salir y hablar con ella para que se fuese. Me habría gustado que vieses cómo la traté, la doncella que me oía desde la habitación de al lado me ha dicho que le gritaba hasta desgañitarme: "¡Pero si ya le he dicho que no quiero! Una idea así no me gusta. ¡Creo que soy totalmente libre de hacer lo que me dé la gana, digo yo! Si necesitase dinero, lo comprendo…". El portero tiene orden de no dejarla pasar. Le dirá que estoy en el campo. ¡Ah, me habría gustado que estuvieses escondido en alguna parte! Creo que habrías quedado satisfecho, querido. Ya ves, después de todo tu pequeña Odette tiene algo bueno, aunque algunos la encuentren tan detestable».

Además, sus confesiones mismas, cuando se las hacía, de faltas que suponía descubiertas por Swann, servían a éste sobre todo como punto de partida de nuevas dudas que no ponían término a las antiguas. Porque aquéllas nunca guardaban exacta proporción con éstas. Por más que Odette eliminase de la confesión todo lo esencial, en lo accesorio seguía quedando algo que Swann nunca había imaginado, que lo abrumaba con su novedad e iba a permitirle modificar los términos del problema de sus celos. Y esas confesiones ya no podía olvidarlas. Su alma las acarreaba, las rechazaba, las acunaba, como a cadáveres. Y se envenenaba con ellas.

En una ocasión, Odette le habló de una visita que Forcheville le había hecho el día de la fiesta París-Murcia. «Pero ¿ya le conocías? ¡Ah, sí, es verdad!», dijo él corrigiéndose para no parecer que lo ignoraba. Y de repente se echó a temblar pensando que, el día de aquella fiesta París-Murcia, el mismo en que había recibido una carta suya celosamente conservada, ella tal vez almorzaba con Forcheville en la Maison d'Or. Odette le juró que no. «Sin embargo, la Maison d'Or me recuerda no sé qué que luego supe que no era verdad», dijo para asustarla. «Sí, que no estaba allí la noche que tú me buscabas en Prévost y yo te dije que acababa de salir de la Maison d'Or», le replicó (creyendo por su expresión que Swann lo sabía), con una decisión donde, mucho más que cinismo, había timidez, miedo a contrariar a Swann, y que por amor propio quería ocultarle, además de su intención de demostrarle que era capaz de ser sincera. Por eso, la precisión y el vigor con que asestó el golpe eran de verdugo y estaban exentos de crueldad, porque Odette no era consciente del daño que le hacía; hasta se echó a reír, aunque en realidad tal vez fuese para no parecer humillada, confusa. «Es cierto, no estuve en la Maison d'Or, salía de casa de Forcheville. Había estado realmente en Prévost, eso sí que no era mentira, él me había encontrado allí y me había pedido que subiese a ver sus grabados. Pero había llegado no sé quién a verle. Yo te dije que venía de la Maison d'Or, por miedo a que te enfadases. Ya ves, lo hice con mi mejor intención. Pongamos que cometí un error, por lo menos te lo digo francamente. ¿Qué interés tendría en no decirte también que almorcé con él el día de la fiesta París-Murcia, si fuese cierto? Sobre todo porque, entonces,

nosotros dos apenas nos conocíamos, ¿verdad, querido?». Swann le sonrió con la repentina cobardía del ser extenuado en que le habían convertido aquellas palabras abrumadoras. Así pues, hasta en los meses que nunca más se había atrevido a recordar porque habían sido demasiado felices, en esos meses en los que le había amado, ¡ya le mentía! Como ese momento (la primera noche que habían «hecho catleya») en que le dijo que salía de la Maison Dorée, cuántos más debía de haber encubriendo también una mentira que Swann no había sospechado. Recordó que un día ella le había dicho: «Bastaría decirle a Mme. Verdurin que el vestido no estaba listo, que mi cab ha llegado tarde. Siempre hay un medio de arreglar las cosas». Probablemente también a él, cuando le había dicho frases de esas que explican un retraso, que justifican un cambio de hora en una cita, muchas veces sus palabras habían debido de ocultarle, sin que entonces lo sospechase, algún compromiso de Odette con otro, otro al que le había dicho: «Bastará con decirle a Swann que el vestido no estaba listo, que mi cab ha llegado tarde, siempre hay un medio de arreglar las cosas». Y bajo los recuerdos más dulces de Swann, bajo las palabras más simples que en otro tiempo le dijera Odette, y que él había creído como palabras del evangelio, bajo los hechos cotidianos que le había contado, bajo los lugares más habituales, la casa de la costurera, la avenida del Bois, el Hipódromo, sentía insinuarse, disimulada por ese excedente de tiempo que hasta en las jornadas más pormenorizadas aún deja cierto margen, cierto espacio, y puede servir de escondite a ciertas iniciativas, sentía insinuarse la posible y subterránea presencia de mentiras que a sus ojos volvían innoble todo lo más querido que le había quedado (sus mejores noches, la calle de La Pérouse misma, que Odette siempre había debido de abandonar a horas distintas de las que le había dicho), haciendo circular por todas partes un poco del tenebroso horror sentido al oír la confesión relativa a la Maison Dorée, y, como las bestias inmundas en la Desolación de Nínive[314], sacudiendo piedra a piedra todo su pasado. Si ahora se retraía cada vez que su memoria le sugería el cruel nombre de la Maison Dorée, no era, como recientemente le había ocurrido en la velada de Mme. de Saint-Euverte, por recordarle una felicidad hacía

mucho perdida, sino una desgracia recientemente sabida. Luego, lo mismo que el nombre de la isla del Bois, el de la Maison Dorée dejó poco a poco de hacer sufrir a Swann. Porque lo que creemos que son nuestro amor y nuestros celos no es una misma pasión continua, indivisible. Se componen de una infinidad de amores sucesivos, de celos diferentes y que son efímeros, pero que por su multiplicidad ininterrumpida dan la impresión de continuidad, la ilusión de unidad. La vida del amor de Swann, la fidelidad de sus celos, estaban hechas de muerte, de infidelidad, de innumerables deseos, de innumerables dudas que tenían, todas, un solo objeto: Odette. Si hubiese estado mucho tiempo sin verla, los que morían no habrían sido reemplazados por otros. Pero la presencia de Odette continuaba sembrando el corazón de Swann de cariño alternando con sospechas.

Ciertas noches, Odette se volvía de repente amabilísima con él, advirtiéndole con dureza que debía aprovecharlo en el acto, so pena de no volver a verla así en años; había que regresar inmediatamente a casa de Odette para «hacer catleya», y aquel deseo, que ella pretendía haberle inspirado él, era tan repentino, tan inexplicable, tan imperioso, y las caricias que luego le prodigaba tan demostrativas e insólitas que aquella brutal e inverosímil ternura entristecía tanto a Swann como una mentira o una maldad. Una noche en que, obedeciendo a una orden de Odette, había vuelto a su casa, y en que ella mezclaba sus besos con apasionadas palabras que contrastaban con su habitual sequedad, creyó oír de pronto un ruido; se levantó, buscó por todas partes, no encontró a nadie, pero no tuvo valor para volver a ocupar su sitio junto a Odette, quien entonces, en el colmo de la rabia, rompió un jarrón y le dijo: «¡Nunca se puede hacer nada contigo!». Y a él le quedó la duda de si ella no había escondido a alguien, al que había querido hacer sufrir de celos o excitar sus sentidos.

Algunas veces iba a casas de citas, esperando llegar a saber algo de ella, aunque sin atreverse a pronunciar su nombre. «Tengo una chiquilla que va a gustarle», decía la alcahueta. Y permanecía una hora hablando tristemente con alguna pobre muchacha asombrada de que no pretendiese nada más. Una muy joven y seductora le dijo un día: «A mí lo que me gustaría es encontrar un amigo, entonces podría

estar seguro, nunca volvería a irme con nadie. —¿Crees de veras que a una mujer puede conmoverla tanto que la quieran que no te engañe nunca?, le preguntó Swann ansioso. —¡Claro que sí! ¡Eso va en temperamentos!». Swann no podía dejar de decir a las prostitutas las mismas cosas que habrían agradado a la princesa des Laumes. Ala que buscaba un protector, le dijo sonriendo: «¡Qué bien! Hoy vienes con los ojos azules del mismo color de tu cinturón. —También usted lleva puños azules. —¡Bonita conversación para un sitio como éste! ¿No te aburro? Tal vez tengas algo que hacer. —No, dispongo de todo el tiempo que quiera. Si usted me habría aburrido, se lo habría dicho[315]. Al contrario, me gusta mucho oírle hablar. —Me siento halagado. ¿Verdad que estamos charlando amistosamente?, le dijo a la alcahueta que acababa de entrar. —Sí, lo mismo que estaba pensando yo. ¡Qué serios! Ya ve… ahora a mi casa se viene a hablar. El otro día lo decía el príncipe, se está mucho mejor aquí que en el salón de su mujer. Por lo que se ve, ahora en sociedad todas las mujeres tienen los mismos modales, ¡un verdadero escándalo! Me voy, que soy discreta». Y dejó a Swann con la muchacha de los ojos azules. Pero él no tardó en levantarse y despedirse, la muchacha no le interesaba, no conocía a Odette.

Como el pintor había estado enfermo, el doctor Cottard le aconsejó un viaje por mar; varios fieles hablaron de acompañarle; los Verdurin no pudieron resignarse a quedarse solos, alquilaron un yate, que terminaron comprando, y de este modo Odette hizo frecuentes cruceros. Cada vez que se iba, al poco tiempo Swann tenía la sensación de que empezaba a distanciarse de ella, pero desde el momento en que sabía que Odette había vuelto, no podía pasar sin verla, como si esa distancia moral se correspondiese con la distancia material. En cierta ocasión, aunque se marcharon sólo por un mes, según creían, ya fuera porque sintiesen la tentación en ruta, ya porque M. Verdurin hubiese dispuesto las cosas de antemano y en secreto para complacer a su mujer, comunicándoselo a los fieles sobre la marcha y paso a paso, de Argelia fueron a Túnez, luego a Italia, y más tarde a Grecia, a Constantinopla, en Asia Menor. El viaje duraba ya casi un año. Swann estaba totalmente tranquilo, casi feliz. Aunque

Mme. Verdurin hubiese intentado convencer al pianista y al doctor Cottard de que la tía del primero y los enfermos del segundo no los necesitaban para nada, y que, en cualquier caso, era una imprudencia dejar que Mme. Cottard regresase a París, donde según M. Verdurin había una revolución[316], se vio obligada a devolverles la libertad en Constantinopla. Y el pintor se marchó con ellos. Cierto día, poco después del regreso de estos tres viajeros, al ver pasar un ómnibus en dirección al Luxembourg, donde tenía algo que hacer, Swann había saltado dentro y allí se encontró sentado frente a Mme. Cottard, que hacía su gira de visitas «de días de recibir», en atuendo de gala, pluma en el sombrero, vestido de seda, manguito, en-tout-cas[317], tarjetero y guantes blancos pulidos. Revestida con tales insignias, cuando hacía buen tiempo iba a pie de una casa a otra dentro de un mismo barrio, pero para ir luego a otro barrio distinto utilizaba el ómnibus con billete circular. Durante los primeros instantes, antes de que la natural amabilidad de la dama lograse romper la rigidez de la pequeña burguesa, y sin saber por otra parte si debía hablar a Swann de los Verdurin, pronunció con toda naturalidad, con su voz lenta, torpe y dulce que por momentos el ómnibus cubría totalmente con su estruendo, unas palabras elegidas entre las que oía y repetía en las veinticinco casas cuyas escaleras subía al cabo de una jornada:

«No he de preguntarle, caballero, si un hombre que, como usted, está al día ha visto, en los Mirlitons[318], el retrato de Machard[319] que llama la atención de todo París. Y dígame, ¿qué le parece? ¿Pertenece usted al bando de los que aprueban o de los que censuran? En todos los salones no se habla de otra cosa que del retrato de Machard, y no es uno chic, no es uno perfecto y no está uno en la onda si no se opina sobre el retrato de Machard».

Cuando Swann respondió que no había visto aquel retrato, Mme. Cottard temió haberle molestado por verse obligado a confesarlo.

«¡Ah! ¡Eso está muy bien! Por lo menos lo admite francamente, no se cree deshonrado por no haber visto el retrato de Machard. Me parece estupendo de su parte. Pues bien, yo sí lo he visto, y hay opiniones para todos los gustos; unos lo encuentran algo relamido, un poco como nata batida; a mí me parece ideal. Evidentemente, no se

parece a las mujeres azules y amarillas de nuestro amigo Biche. Mas, si quiere que le diga la verdad, y a riesgo de parecerle muy poco fin de siècle, pero lo digo como lo pienso, no lo comprendo. Dios mío, reconozco la calidad que hay en el retrato de mi marido, es menos raro que las cosas que suele hacer, pero no ha podido renunciar a ponerle unos bigotes azules. ¡Mientras que Machard! Mire, precisamente el marido de la amiga a cuya casa voy ahora (y que me proporciona el gratísimo placer de viajar en su compañía) le ha prometido, si le hacen académico (es uno de los colegas del doctor), encargarle su retrato a Machard. ¡Desde luego que es un sueño hermoso! Otra amiga mía asegura que prefiere Leloir[320]. No soy más que una pobre profana y quizá Leloir sea superior en cuanto a ciencia técnica. Mas creo yo que la primera cualidad de un retrato, sobre todo cuando cuesta diez mil francos, es parecerse, y con un parecido agradable».

Después de haber dicho estas palabras que le inspiraban la altura de la pluma del sombrero, las iniciales del tarjetero, el numerito grabado a tinta en sus guantes por el tintorero y el apuro de hablar a Swann de los Verdurin, Mme. Cottard, viendo que aún estaban lejos de la esquina de la calle Bonaparte donde el conductor debía dejarla, escuchó a su corazón que le aconsejaba otras palabras.

«Seguro que le han silbado los oídos, señor, le dijo, mientras estábamos de viaje con Mme. Verdurin. Sólo se hablaba de usted».

A Swann le sorprendió mucho, suponía que su nombre no se profería nunca delante de los Verdurin.

«Además, añadió Mme. Cottard, con nosotros estaba Mme. de Crécy, con eso está todo dicho. Donde quiera que esté, Odette nunca puede pasar mucho tiempo sin hablar de usted. Y ya puede suponer que no para mal. ¿Cómo, lo duda?», dijo al ver un gesto escéptico de Swann.

Y, arrastrada por la sinceridad de su propia convicción, sin poner por otro lado malicia alguna en esa palabra que sólo utilizaba en el sentido en que suele emplearse para hablar del afecto que une a dos amigos:

—¡Pero si le adora! ¡Ah, aunque creo que no podría decirse esto en presencia de Odette! ¡Buena la haríamos! A propósito de cualquier cosa, por ejemplo viendo un cuadro, decía: "¡Ay!, si estuviese aquí, él sí que sabría decirle si es auténtico o no. Nadie como él para eso". Y a cada instante preguntaba: «¿Qué estará haciendo ahora? ¡Con tal de que trabaje un poco! ¡Qué pena que un joven tan inteligente sea tan perezoso!». (¿Me perdona, verdad?). «Estoy viéndole en este momento, piensa en nosotros, se pregunta dónde estamos». Y hasta tuvo una ocurrencia que a mí me gustó mucho: M. Verdurin le decía: «Pero ¿cómo puede ver lo que hace en este momento si está usted a ochocientas leguas?». Entonces Odette le replicó: "No hay nada imposible para los ojos de una amiga". No, se lo juro, no le digo todo esto para halagarle, en ella tiene usted una verdadera amiga como hay pocas. Además debo decirle, por si no lo sabe, que es usted el único. Mme. Verdurin me lo repetía una vez más el último día (ya sabe que, en vísperas de una partida, se habla con más confianza): "No digo que Odette no nos quiera, pero todo lo que le digamos no tendría mucho peso frente a lo que Swann le dijese". ¡Oh, Dios mío!, el conductor está parándome, charlando con usted se me iba a pasar la calle Bonaparte… ¿Sería usted tan amable de decirme si llevo la pluma derecha?».

Y Mme. Cottard sacó de su manguito, para tendérsela a Swann, una mano enguantada de blanco de la que escapaba, junto con un billete circular, una visión de vida elegante que invadió todo el ómnibus, mezclada al perfume del tintorero. Y Swann sintió una ternura desbordante por ella, tanto como por Mme. Verdurin (y casi tanto como por Odette, porque, como a los sentimientos por esta última ya no se mezclaba el sufrimiento, apenas si era amor), mientras desde la plataforma, siguiéndola con una mirada enternecida, la vio enfilar valerosamente la calle Bonaparte, con la pluma enhiesta, recogiéndose la falda con una mano, empuñando con la otra el paraguas y el tarjetero cuyas iniciales enseñaba mientras dejaba balancearse el manguito delante de ella.

Para competir con los sentimientos enfermizos que Swann alimentaba por Odette, Mme. Cottard, mejor terapeuta de lo que hubiese sido su marido, había injertado junto a ellos otros

sentimientos, normales en este caso, de gratitud, de amistad, sentimientos que en la mente de Swann harían a Odette más humana (más semejante a las demás mujeres, porque también otras mujeres podían inspirárselos) y acelerarían su transformación definitiva en aquella Odette amada con un afecto sereno que una noche, después de una fiesta en casa del pintor, lo había llevado a su casa para beber un vaso de naranjada con Forcheville, y a cuyo lado Swann había entrevisto la posibilidad de vivir feliz.

Tiempo atrás había pensado muchas veces con terror que un día dejaría de estar enamorado de Odette, y se había prometido permanecer alerta y, en cuanto sintiese que su amor empezaba a abandonarle, aferrarse a él, retenerlo. Pero resulta que el debilitamiento de su amor correspondía simultáneamente a un debilitamiento del deseo de seguir enamorado. Porque no podemos cambiar, es decir convertirnos en otra persona, y seguir obedeciendo a los sentimientos de aquella que ya no existe. A veces el nombre, leído en un periódico, de alguien que según sus sospechas podía haber sido amante de Odette, volvía a encender sus celos. Pero eran muy leves, y como le demostraban que aún no había salido por entero de aquel período en que tanto había sufrido —aunque también en él conociera una forma de sentir tan voluptuosa— y cuyas bellezas acaso le permitirían seguir vislumbrando, furtivamente y de lejos, los azares del camino, aquellos celos le procuraban más bien una excitación agradable, como al melancólico parisiense que abandona Venecia para regresar a Francia un último mosquito le demuestra que todavía no están muy lejos Italia y el verano. Pero la mayoría de las veces, cuando hacía un esfuerzo, si no para permanecer en ese período tan particular de su vida del que estaba saliendo, al menos para teneruna visión clara mientras todavía pudiese, se daba cuenta de que ya no podía; habría querido contemplar como un paisaje que va desapareciendo aquel amor que acababa de dejar; pero es tan difícil desdoblarse y ofrecerse a sí mismo el espectáculo verídico de un sentimiento que hemos dejado de poseer, que enseguida se hacía la oscuridad en su cerebro y, al no ver nada, renunciaba a mirar, se quitaba los lentes, limpiaba los cristales y, diciéndose que más valía descansar un poco, que todavía dispondría de algún tiempo, se

refugiaba, falto de curiosidad, en el embotamiento del viajero adormecido que se cala el sombrero hasta los ojos para dormir mientras siente que el vagón lo va llevando, cada vez más deprisa, lejos del país donde ha vivido tanto tiempo y que se había prometido no dejar escapar sin darle un último adiós. Y así, como ese viajero que sólo se ha despertado después de haber llegado a Francia, cuando Swann recogió por casualidad y a su lado la prueba de que Forcheville había sido amante de Odette, notó que ya no sentía dolor alguno, que ahora el amor quedaba lejos, y lamentó no haber sido advertido del momento en que le abandonaba para siempre. Y del mismo modo que antes de besar a Odette por primera vez había tratado de imprimir en su memoria el rostro que tanto tiempo ella había tenido para él y que iba a transformar el recuerdo de aquel beso, así hubiese querido, con el pensamiento al menos, haber podido despedirse, mientras aun existía, de aquella Odette que le inspiraba amor y celos, de aquella Odette que le ocasionaba sufrimientos y a la que ahora no volvería a ver jamás. Se equivocaba. Debía volver a verla una vez más, pocas semanas después. Fue durmiendo, en el crepúsculo de un sueño. Paseaba él con Mme. Verdurin, el doctor Cottard, un joven con fez al que no conseguía identificar, el pintor, Odette, Napoleón III y mi abuelo, por un sendero que, cortado a pico sobre el mar, lo bordeaba unas veces a gran altura, otras sólo a unos metros, de suerte que continuamente subían y bajaban; los paseantes que bajaban no eran ya visibles para los que aún subían, la poca luz que todavía quedaba decrecía y en esos instantes parecía que iba a echárseles encima una noche profunda. De vez en cuando las olas saltaban hasta el borde y Swann sentía en su mejilla salpicaduras heladas. Odette le decía que se las secara, pero le resultaba imposible y sentía apuro ante ella, como si estuviese en camisón. Esperaba que gracias a la oscuridad nadie se diese cuenta, pero Mme. Verdurin clavó en él unos ojos asombrados durante un largo momento en el que vio deformarse la cara de la mujer, alargarse su nariz, y que le habían crecido unos bigotes enormes. Apartó la vista para volverla hacia Odette, tenía pálidas las mejillas, con puntitos rojos, unas facciones descompuestas, ojeras mas lo miraba con ojos llenos de ternura dispuestos a desprenderse como lágrimas para caer sobre él, y

Swann sentía que la amaba tanto que habría querido llevársela enseguida. De repente Odette giró la muñeca, miró un relojito y dijo: «Tengo que irme», se despedía de todos de la misma forma, sin llevar aparte a Swann, sin decirle dónde volvería a verlo esa noche o algún otro día. No se atrevió a preguntárselo, hubiese querido seguirla y estaba obligado, sin volverse hacia ella, a responder sonriendo a una pregunta de Mme. Verdurin, pero su corazón latía horriblemente, sentía odio hacia Odette, habría deseado arrancarle los ojos que tanto amaba hacía un momento, machacar aquellas mejillas sin lozanía. Continuaba subiendo con Mme. Verdurin, es decir alejándose a cada paso de Odette, que bajaba en sentido inverso. Al cabo de un segundo, hacía muchas horas que ella se había ido. El pintor hizo notar a Swann que Napoleón III se había eclipsado nada más irse Odette. «Seguro que estaban de acuerdo, añadió, han debido de reunirse al pie de la cuesta, pero no han querido despedirse a la vez por las conveniencias. Ella es su amante». El joven desconocido se echó a llorar. Swann trató de consolarle. «Al fin y al cabo, Odette tiene razón», le dijo enjugándole los ojos y quitándole el fez para que estuviese más cómodo. «Se lo he aconsejado diez veces. ¿Por qué entristecerse? Era el hombre que podía comprenderla». Así hablaba Swann consigo mismo, porque el joven al que no había podido identificar al principio, también era él; como algunos novelistas, había distribuido su personalidad en dos personajes, el que soñaba, y otro que veía delante de sí tocado con un fez.

En cuanto a Napoleón III, era a Forcheville a quien alguna vaga asociación de ideas, luego cierta modificación en la fisonomía habitual del barón, y por último el gran cordón de la Legión de honor que llevaba al pecho habían atribuido ese nombre; pero en realidad, y por todo lo que el personaje presente en el sueño representaba y le recordaba, era desde luego Forcheville. Porque, de imágenes incompletas y cambiantes, Swann, dormido, sacaba deducciones falsas, pero momentáneamente dotadas de tal fuerza creativa que se reproducían por simple división como ciertos organismos inferiores; con el calor que sentía en la palma de su propia mano modelaba el hueco de una mano ajena que imaginaba estrechar, y de sentimientos e impresiones de los que aún no era consciente hacía nacer peripecias

que, por su encadenamiento lógico, en el momento oportuno introducirían en el sueño de Swann el personaje necesario para recibir su amor o provocar su despertar. De repente la oscuridad se hizo profunda, tocaron a rebato, pasó gente corriendo, escapando de unas casas en llamas; Swann oía el fragor delas olas que saltaban y también su corazón que, con la misma violencia, latía de ansiedad en su pecho. De pronto sus palpitaciones aumentaron la velocidad, sintió un dolor, una náusea inexplicable; un aldeano cubierto de quemaduras le gritó al pasar: «Vaya a preguntar a Charlus adónde fue Odette a terminar la velada con su compañero, tiempo atrás estuvo con ella y ella se lo cuenta todo. Son ellos los que han prendido el fuego». Era su ayuda de cámara que venía a despertarle y le decía:

«Señor, son las ocho y ha llegado el peluquero, le he dicho que vuelva dentro de una hora».

Pero estas palabras, penetrando en las ondas del sueño en que Swann se hallaba sumido, sólo llegaron a su conciencia después de sufrir esa desviación por la que en el fondo del agua un rayo de luz parece un sol, lo mismo que un momento antes el ruido de la campanilla, adquiriendo en el fondo de aquellos abismos una sonoridad de rebato, había engendrado el episodio del incendio. Mientras, el decorado que tenía ante los ojos se deshizo en polvo; abrió los ojos, oyó por última vez el rumor de una de las olas del mar que se alejaba. Se tocó la mejilla. Estaba seca. Y sin embargo recordaba la sensación del agua fría y el sabor de la sal. Se levantó, se vistió. Había hecho venir temprano al peluquero porque la víspera le había escrito a mi abuelo que iría por la tarde a Combray, al enterarse de que Mme. de Cambremer —de soltera Mlle. Legrandin— iba a pasar allí unos días. Asociando en su recuerdo la seducción de aquel rostro joven y la de una campiña que no visitaba hacía tanto tiempo, juntos le ofrecían un atractivo que por fin le había decidido a irse de París por unos días. Como los diversos azares que nos ponen en presencia de ciertas personas no coinciden con el tiempo en que las amamos, sino que, desbordándolo, pueden producirse antes de que comience y repetirse después de haber acabado, las primeras apariciones que hace en nuestra vida un ser destinado a gustarnos más tarde, adquieren retrospectivamente a nuestros ojos un valor de

advertencia, de presagio. De esta forma se había remitido Swann con frecuencia a la imagen de Odette cuando la vio en el teatro, aquella primera noche en que ya no creía que había de volver a verla nunca —y así también recordaba ahora la velada de Mme. de Saint-Euverte en que había presentado el general de Froberville a Mme. de Cambremer. Son tan múltiples los intereses de nuestra vida que no es raro que, en la misma circunstancia, una felicidad que aún no existe ponga sus jalones junto al agravamiento de una pena que sufrimos. Y sin duda es lo que habría podido ocurrirle a Swann en cualquier parte menos en casa de Mme. de Saint-Euverte. ¿Quién sabe si, de encontrarse esa noche en otra parte, no le hubieran sucedido otras dichas y otras penas que luego podrían haberle parecido igual de inevitables? Pero lo que le parecía inevitable era lo que había ocurrido, y no estaba lejos de ver algo providencial en el hecho de haberse decidido a acudir a la velada de Mme. de Saint-Euverte, porque su mente deseosa de admirar la riqueza de invención de la vida e incapaz de plantearse por mucho tiempo una pregunta difícil, como saber qué hubiese sido más deseable, consideraba en los sufrimientos que había padecido aquella noche y en los placeres aún insospechados que ya estaban germinando— y entre los que resultaba demasiado difícil hacer balance —una especie de encadenamiento necesario.

Pero mientras que, una hora después de despertarse, daba indicaciones al peluquero para que su peinado a cepillo no se deshiciese durante el viaje, volvió a pensar en su sueño; volvió a ver, porque las había sentido muy cerca, la tez pálida de Odette, las mejillas demasiado secas, las facciones descompuestas, las ojeras, todo aquello que —en el curso de las sucesivas ternuras que habían convertido su duradero amor por Odette en un largo olvido de la primera imagen que de ella tuvo— había dejado de notar desde los primeros tiempos de su relación, a los que sin duda, mientras dormía, su memoria había acudido en busca de la sensación exacta. Y con aquella grosería intermitente que reaparecía en él en cuanto dejaba de sentirse desgraciado y que, al mismo tiempo, rebajaba el nivel de su moralidad, se dijo para sí: «¡Y pensar que he echado a perder varios

años de mi vida, que he querido morirme, que he sentido mi mayor amor por una mujer que no me gustaba, que no era mi tipo!».

Tercera parte

Nombres de países: el nombre

Entre las habitaciones cuya imagen evocaba más a menudo en mis noches de insomnio, ninguna se parecía menos a las habitaciones de Combray, espolvoreadas por una atmósfera granulosa, polinizada, comestible y devota, que la del Grand-Hôtel de la Plage, de Balbec, cuyos muros pintados con esmalte[321] contenían, como las paredes pulidas de una piscina donde el agua azulea, un aire puro, azulado y salino. El tapicero bávaro a quien se había encargado el acondicionamiento de ese hotel había variado la decoración de las habitaciones y había hecho correr a lo largo de la pared, en tres de los lados de la habitación en que me tocó alojarme, estanterías bajas, de vitrinas de cristal, en las que, según el sitio que ocupaban, y gracias a un efecto que él no había previsto, se reflejaba esta o aquella parte del cuadro mudable del mar, desarrollando un friso de luminosas marinas que sólo interrumpían los listones de la caoba. Y así todo el cuarto parecía uno de esos dormitorios modelo que presentan las exposiciones modern style[322] del mobiliario, adornados con obras de arte que se supone capaces de alegrar la vista de quien allí duerma y cuyos asuntos están relacionados con la clase de lugar donde el edificio ha de encontrarse.

Pero tampoco había nada que se pareciera menos a ese Balbec real que el que yo había soñado tantas veces los días de tempestad, cuando el viento era tan fuerte que Françoise, al llevarme a los Champs-Élysées, me recomendaba no caminar demasiado pegado a los muros para no recibir alguna teja en la cabeza y hablaba, gimoteando, de grandes siniestros y naufragios anunciados por los periódicos. No había nada que yo deseara tanto como ver una tempestad en el mar, menos como un hermoso espectáculo que como un momento de revelación de la vida real de la naturaleza; o mejor dicho, no había para mí espectáculos más hermosos que los que sabía

que no estaban artificialmente combinados para mi propio placer, sino que eran necesarios, inmutables; las bellezas de los paisajes o del gran arte. Sólo tenía curiosidad y avidez por conocer lo que creía más verdadero que yo mismo, aquello que para mí tenía el valor de mostrarme algo del pensamiento de un gran genio, o de la fuerza o de la gracia de la naturaleza tal como se manifiesta entregada a sí misma, sin intervención del hombre. Así como el hermoso sonido de su voz, aisladamente reproducido por el gramófono, no nos consolaría de la pérdida de nuestra madre, así una tempestad imitada de forma mecánica me habría dejado tan indiferente como las fuentes luminosas de la Exposición[323]. También quería, para que la tempestad fuese del todo verdadera, que la orilla misma fuese una orilla natural, no un dique recientemente creado por un ayuntamiento. Me parecía además que la naturaleza, por todos los sentimientos que en mí despertaba, era lo más contrario que había a las producciones mecánicas de los hombres. Cuanto menos llevara su impronta, más espacio ofrecía a las efusiones de mi corazón. Y yo había retenido en la memoria el nombre de Balbec, que Legrandin nos había citado, como el de una playa pegada a «esas costas fúnebres, famosas por tantos naufragios que envuelven seis meses del año el sudario de las brumas y la espuma de las olas».

«Bajo los pies, decía, aún se advierte, mucho más que en el mismo Finisterre[324] (y por más hoteles que en ese suelo hayan logrado superponerse ahora sin poder modificar la osamenta más antigua de la tierra), se advierte el verdadero final de la tierra francesa, europea, de la Tierra antigua. Y es el último campamento de pescadores, semejantes a todos los pescadores que han vivido desde el principio del mundo, frente al reino eterno de las nieblas del mar y de las sombras». Cierto día que en Combray había hablado yo de esa playa de Balbec delante de M. Swann, esperando saber de sus labios si era el punto más idóneo para contemplar las tempestades más fuertes, me respondió: «¡Conozco Balbec muy bien! La iglesia de Balbec, de los siglos XII y XIII, todavía medio románica, tal vez sea la muestra más curiosa del gótico normando, y es tan singular que se diría arte persa[325]». ¡Qué fascinante era, para mí, ver aquellos lugares que

hasta entonces sólo me habían parecido naturaleza inmemorial, contemporánea de los grandes fenómenos geológicos —y tan ajena a la historia humana como el Océano o la Osa Mayor, con sus salvajes pescadores para quienes no hubo, como tampoco para las ballenas, Edad Media—, insertados de pronto en la serie de los siglos, después de haber conocido la época romana, y descubrir que el trébol gótico también había ido a dar nervaduras a aquellas rocas salvajes a la hora debida, como esas plantas endebles pero vivaces que, cuando llega la primavera, constelan aquí y allá la nieve de los polos. Y si el gótico aportaba a aquellos lugares y a aquellos hombres una determinación que les faltaba, también éstos le conferían otra a cambio! Trataba de imaginarme cómo habían vivido aquellos pescadores el tímido e insospechado ensayo de relaciones sociales que allí habían intentado, durante la Edad Media, recogidos en un punto de las costas del Infierno, al pie de los acantilados de la muerte; y el gótico me parecía más vivo ahora que podía ver la forma en que, en aquel caso concreto, separado de las ciudades donde siempre lo había imaginado hasta entonces, había germinado sobre rocas salvajes y florecido en un esbelto campanario. Me llevaron a ver reproducciones de las estatuas más célebres de Balbec —los apóstoles de pelo crespo y chatos, la Virgen del pórtico, y la alegría me cortaba la respiración en el pecho pensando que podría verlos modelarse en relieve sobre la bruma eterna y salada. Entonces, en las noches tormentosas y suaves de febrero, el viento— insuflando en mi corazón, al que no hacía temblar con menos fuerza que la chimenea de mi cuarto, el proyecto de un viaje a Balbec —mezclaba en mí el anhelo de la arquitectura gótica con el de una tempestad en el mar.

Al día siguiente mismo habría querido tomar el bello y generoso tren de la una y veintidós, cuya hora de salida nunca podía leer sin que me palpitase el corazón en los prospectos de las Compañías de Ferrocarriles, o en los anuncios de viajes periféricos: me parecía que esa hora hacía una sabrosa incisión en un punto preciso de la tarde, una marca misteriosa indicando que, de ahí en adelante, las horas desviadas seguían conduciendo hacia la noche, hacia la mañana del día siguiente, pero que se verían, no en París, sino en una de esas ciudades por donde el tren pasa y entre las que nos permitía elegir;

porque paraba en Bayeux, en Coutances, en Vitré, en Questambert, en Pontorson, en Balbec, en Lannion, en Lamballe, en Benodet, en Pont-Aven, en Quimperlé[326], y avanzaba con su magnífica carga de nombres que ponía a mi disposición, y entre los que no sabía cuál hubiese preferido, por la imposibilidad de sacrificar ninguno. Mas, sin siquiera esperarlo, vistiéndome a toda prisa, habría podido partir la misma noche, de habérmelo permitido mis padres, y llegar a Balbec cuando despuntase el alba sobre el mar enfurecido, frente a cuyas espumeantes salpicaduras iría a refugiarme en la iglesia de estilo persa. Pero al acercarse las vacaciones de Pascua, bastó que mis padres me hubieran prometido que una vez me llevarían a pasarlas al norte de Italia, para que esos sueños de tempestad que me habían penetrado por entero, y que me hacían desear no ver más que olas precipitándose por todas partes, cada vez más altas, sobre la costa más salvaje, junto a iglesias escarpadas y rugosas como acantilados y en torres desde las que chillarían las aves marinas, fuesen sustituidos en mí, borrándolos de golpe, privándolos de toda fascinación, excluyéndolos por serles opuestos y porque sólo servirían para debilitarlos, por el sueño contrario de la primavera más esmaltada, no la primavera de Combray, que todavía picaba ásperamente con todas las agujas de la escarcha, sino aquella otra que ya cubría de lirios y de anémonas los campos de Fiésole y deslumbraba Florencia con fondos de oro semejantes a los del Angélico[327]. Desde entonces, sólo me parecían preciosos los rayos, los perfumes, los colores; porque la alternancia de las imágenes había propiciado un cambio de frente de mi deseo, y —tan brusco como los que a veces ocurren en música— un completo cambio de tono en mi sensibilidad. Luego sucedió que una simple variación atmosférica fue suficiente para provocarme esa modulación, sin necesidad de esperar al retorno de una estación determinada. Pues muchas veces en una encontramos, extraviado, un día de otra que nos hace vivir en aquélla, que de repente la evoca, haciéndonos desear sus particulares placeres, e interrumpe el curso de nuestros sueños insertando fuera de su sitio, antes o después de que le corresponda, esa hoja arrancada de otro capítulo, en el calendario interpolado de la Felicidad. Pero enseguida, como esos fenómenos

naturales de los que nuestro bienestar o nuestra salud sólo pueden sacar un beneficio accidental y bastante exiguo hasta el día en que la ciencia se apodera de ellos y, produciéndolos a voluntad, pone en nuestras manos la posibilidad de su aparición, sustrayéndola de la tutela y dispensándola del beneplácito del azar, así la producción de aquellos sueños del Atlántico y de Italia dejó de estar sometida únicamente a los cambios de las estaciones y del tiempo. Para hacerlos renacer me bastó pronunciar estos nombres: Balbec, Venecia, Florencia, en cuyo interior había terminado por acumularse el deseo que me habían inspirado los lugares que designaban. En primavera incluso, encontrar en un libro el nombre de Balbec era suficiente para despertar en mí el deseo de las tempestades y del gótico normando; incluso en un día de tempestad, el nombre de Florencia o de Venecia me provocaba el deseo del sol, de los lirios, del palacio de los Dogos y de Santa María de las Flores[328].

Mas si estos nombres absorbieron para siempre la imagen que yo tenía de esas ciudades, no lo hicieron sin transformar, sin someter su reaparición en mí a sus propias leyes; y así, en consecuencia, la hicieron más hermosa, pero también más diferente de lo que en realidad podían ser las ciudades de Normandía o de Toscana, y, al aumentar las arbitrarias alegrías de mi imaginación, agravaron la decepción futura de mis viajes. Exaltaron la idea que me hacía de ciertos lugares de la tierra, volviéndolos más concretos, y por tanto más reales. No me figuraba entonces las ciudades, los paisajes, los monumentos como cuadros más o menos agradables, recortados aquí y allá en una misma materia, sino cada uno, como un desconocido, esencialmente distinto de los demás, del que mi alma estaba sedienta y cuyo conocimiento le sería provechoso. Al ser designados por nombres, nombres que sólo eran suyos, nombres como los tienen las personas, consiguieron un carácter más individual todavía. De las cosas, las palabras nos presentan una pequeña imagen clara y usual, como las que se cuelgan en las paredes de las escuelas para mostrar a los niños el ejemplo de lo que es un banco de carpintero, un pájaro, un hormiguero, cosas concebidas como semejantes a todas las demás de la misma especie. Pero de las personas —y de las ciudades que nos

acostumbramos a creer individuales, únicas como personas—, los nombres presentan una imagen confusa, que extrae de ellos, de su sonoridad brillante o sombría, el color con que está pintada de manera uniforme, como uno de esos carteles, totalmente azules o completamente rojos, en los que, bien por los límites del procedimiento utilizado, bien por un capricho del decorador, son azules o rojos no sólo el cielo y el mar, sino las barcas, la iglesia y los paseantes. El nombre de Parma, una de las ciudades que más deseaba visitar desde que había leído La Cartuja[329], por parecerme compacto, liso, malva y dulce, si me hablaban de una casa cualquiera de Parma en la que yo sería recibido, provocaba en mí el placer de pensar que viviría en una morada lisa, compacta, malva y dulce, sin relación alguna con las casas de ninguna otra ciudad de Italia, porque sólo conseguía imaginármela con la ayuda de esa sílaba grave del nombre de Parma, por donde no circula aire alguno, y con la ayuda de toda esa dulzura stendhaliana y del reflejo de las violetas en que yo lo había empapado. Y cuando pensaba en Florencia, era como en una ciudad milagrosamente perfumada y semejante a una corola, porque la llamaban la ciudad de los lirios, y su catedral, Santa María de las Flores. En cuanto a Balbec, era uno de esos nombres en los que, como en una vieja vasija de barro normanda que conserva el color de la tierra de donde fue sacada, vemos perfilarse todavía la representación de alguna costumbre abolida, de algún derecho feudal, de un estado antiguo de los lugares, de una forma desusada de pronunciar que habían formado sus heteróclitas sílabas y que estaba seguro de encontrar hasta en el posadero que me serviría el café con leche a mi llegada, acompañándome a ver la furia del mar delante de la iglesia, y al que yo prestaba el aspecto porfiado, solemne y medieval de un personaje de fabliau.

Si mi salud hubiese mejorado y mis padres me hubieran consentido, si no ir a vivir a Balbec, al menos tomar una vez, para trabar conocimiento con la arquitectura y los paisajes de Normandía o de Bretaña, aquel tren de la una y veintidós al que tantas veces había subido con la imaginación, me habría gustado detenerme sobre todo en las ciudades más hermosas; pero, por más que las comparara,

¿cómo elegir más que entre individuos, que no son intercambiables, entre Bayeux, tan alta en su noble encaje rojizo, y cuya cima estaba iluminada por el oro viejo de su última sílaba; Vitré, cuyo acento agudo dibujaba rombos de madera negra en el antiguo vitral; la dulce Lamballe que, en su blancura, va del amarillo de cáscara de huevo al gris perla; Coutances, catedral normanda, a la que su diptongo final, graso y amarillento, corona con una torre de mantequilla; Lannion, con el estrépito, en su silencio aldeano, de la diligencia seguida por las moscas; Questambert, Pontorson, risibles e ingenuos, plumas blancas y picos amarillos diseminados en la ruta de aquellos lugares fluviátiles y poéticos; Benodet, nombre apenas amarrado que parece querer arrastrar el río al centro de sus algas; Pont-Aven, vuelo blanco y rosa del ala de una cofia ligera que se refleja, trémula, en un agua verdinosa de canal; Quimperlé, mejor arraigado, y desde la Edad Media, entre los arroyuelos de los que murmura y con los que se embellece en una grisalla similar a la que dibujan, a través de las telas de araña de una vidriera, los rayos de sol transformados en puntas embotadas de plata bruñida?

Estas imágenes eran además falsas por otra razón: y es que a la fuerza tenían que estar muy simplificadas; evidentemente, aquello a que aspiraba mi imaginación y que, en el presente, mis sentidos sólo percibían de forma incompleta y sin placer, yo lo había encerrado en el refugio de los nombres; como había acumulado en ellos mi sueño, ahora eran sin duda imán para mis deseos; pero los nombres no son muy amplios; ya era demasiado si conseguía hacer entrar en ellos dos o tres de las «curiosidades» principales de la ciudad, que se yuxtaponían sin intermediarios; en el nombre de Balbec, como en el cristal de aumento de esos portaplumas que se compran en los balnearios, veía olas encrespadas en torno a una iglesia de estilo persa. Quizá la misma simplificación de estas imágenes fue una de las causas del imperio que sobre mí adquirieron. Cuando mi padre decidió, un año, que iríamos a pasar las vacaciones de Pascua a Florencia y a Venecia, al no tener espacio para meter en el nombre de Florencia los elementos que por regla general componen las ciudades, me vi obligado a extraer una ciudad sobrenatural de la fecundación, por determinados perfumes primaverales, de lo que yo creía ser, en su

esencia, el genio del Giotto. A lo sumo —y dado que en un nombre no puede meterse mucho más de duración que de espacio—, como ciertos cuadros del Giotto que muestran en dos momentos distintos de la acción a un mismo personaje, aquí acostado en la cama, allá disponiéndose a montar a caballo, el nombre de Florencia estaba dividido en dos compartimentos. En el primero, bajo un dosel arquitectónico, contemplaba un fresco al que se superponía parcialmente una cortina de sol matutino, polvoriento, oblicuo y progresivo; en el segundo (porque, al no pensar en los nombres como en un ideal inaccesible, sino como en un ambiente real en el que iría a sumergirme, la vida aún no vivida, la vida intacta y pura que yo encerraba en ellos prestaba a los placeres más materiales, a las escenas más simples ese atractivo que tienen en las obras de los primitivos), cruzaba rápidamente —para encontrar cuanto antes el almuerzo con frutas y vino de Chianti que me esperaba— el Ponte Vecchio[330] atestado de junquillos, de narcisos y de anémonas. Eso era (aunque estuviese en París) lo que yo veía y no lo que estaba a mi alrededor. Incluso desde un punto de vista simplemente realista, los países que deseamos ocupan en cada momento mucho más espacio en nuestra verdadera vida que el país en que realmente estamos. Cierto que, si entonces hubiera prestado más atención a lo que había en mi pensamiento cuando pronunciaba las palabras «ir a Florencia, a Parma, a Pisa, a Venecia», me habría dado cuenta de que lo que yo veía no era en absoluto una ciudad, sino algo tan distinto de cuanto conocía y tan delicioso como podría serlo para una humanidad cuya vida siempre hubiese transcurrido en atardeceres invernales esa desconocida maravilla: una mañana de primavera. Esas imágenes irreales, fijas, siempre análogas, que llenaban mis noches y mis días, diferenciaron esa época de mi vida de las que la habían precedido (y que habrían podido confundirse con ella a ojos de un observador que sólo viese las cosas desde fuera, es decir, que no viese nada), igual que en una ópera un motivo melódico introduce una novedad insospechable para quien no hiciese más que leer el libreto, y más todavía para quien se quede fuera del teatro contando únicamente los cuartos de hora que transcurren. Y es más: incluso desde este punto

de vista simplemente cuantitativo, los días no son iguales en nuestra vida. Para recorrer los días, los temperamentos algo nerviosos, como era el mío, disponen, lo mismo que los vehículos automóviles, de «velocidades» distintas. Hay días montuosos y penosos que tardamos un tiempo infinito en escalar, y días Cuesta abajo que se dejan bajar a toda marcha cantando. Durante esos meses —en los que recuperé como una melodía, sin lograr saciarme, aquellas imágenes de Florencia, de Venecia y de Pisa que despertaban en mí un deseo que conservaba algo tan hondamente individual como si se hubiese tratado de un amor, del amor por una persona—, no cesé de creer que correspondían a una realidad independiente de mí, y gracias a ellas conocí una esperanza tan hermosa como la que podía alimentar un cristiano de los primeros tiempos en vísperas de entrar en el paraíso. Por eso, sin preocuparme de la contradicción que había en querer mirar y tocar con los órganos de los sentidos aquello que, elaborado por la fantasía, éstos no habían percibido —y tanto más tentador para ellos cuanto más distinto de lo que conocían—, lo que más inflamaba mi deseo era lo que me recordaba la realidad de esas imágenes, por ser una especie de promesa que resultaría satisfecha. Y aunque mi exaltación fuese motivada por un anhelo de goces artísticos, las guías la alimentaban mejor que los libros de estética, y los itinerarios de los trenes mejor que las guías. Lo que me conmovía era pensar que aquella Florencia que, en mi imaginación, veía cercana aunque inaccesible, aunque el trayecto que la separaba de mí, dentro de mí mismo, no fuese viable, podría alcanzarla mediante un rodeo, una desviación, tomando la «vía de tierra». Claro que, cuando me repetía, atribuyendo el mismo valor a lo que iba a ver, que Venecia era «la escuela de Giorgione[331], la morada del Tiziano, el museo más completo de arquitectura doméstica en la Edad Media[332]», me sentía feliz. Pero todavía lo era más cuando, al salir a un recado, caminando deprisa a causa del tiempo que, tras unos días de precoz primavera, había vuelto a ser invernal (como el que solíamos encontrar en Combray, en Semana Santa) —viendo en los bulevares los castaños que, inmersos en un aire glacial y líquido como agua, no por eso desistían (invitados puntuales, completamente vestidos, que no se han

dejado desanimar) de redondear y cincelar en sus bloques congelados el irresistible verdor cuyo progresivo impulso la potencia abortiva del frío contrariaba, aunque sin lograr detenerlo—, pensaba que el Ponte Vecchio ya estaba salpicado de jacintos y de anémonas y que el sol de primavera teñía las olas del Gran Canal con un azul tan oscuro y esmeraldas tan nobles que, yendo a romperse a los pies de las pinturas del Tiziano, podrían rivalizar con ellas en riqueza de colorido. Y no pude contener mi alegría cuando mi padre, al tiempo que consultaba el barómetro y se lamentaba del frío, empezó a indagar cuáles serían los mejores trenes, y cuando comprendí que, penetrando después del almuerzo en el laboratorio carbonoso, en la cámara mágica encargada de transmutar todo en tomo suyo, podía despertar uno al día siguiente en la ciudad de mármol y de oro «repujada de jaspe y empedrada de esmeraldas». De modo que ella y la Ciudad de los lirios no sólo eran cuadros ficticios que uno ponía a capricho delante de la imaginación, sino que existían a cierta distancia de París que era absolutamente necesario franquear si se quería verlas, en un determinado punto de la tierra, y en ningún otro, en una palabra, eran totalmente reales. Y todavía lo fueron más para mí cuando mi padre, diciéndome: «En fin, que podríais quedaros en Venecia del 20 al 29 de abril y llegar a Florencia la mañana de Pascua», sacó ambas no sólo del Espacio abstracto, sino de ese Tiempo imaginario en que situamos no un solo viaje cada vez, sino otros, simultáneos y sin demasiada emoción desde el momento en que son posibles —ese Tiempo que se reconstruye tan bien que podemos pasarlo en una ciudad después de haberlo pasado en otra—, y les consagró varios de esos días particulares que son el certificado de autenticidad de los objetos en que los empleamos, porque esos días únicos se consumen con el uso, no vuelven y no podemos vivirlos aquí si los hemos vivido allá; sentí que las dos Ciudades Reinas, cuyas cúpulas y torres iba a tener que inscribir, gracias a la más emocionante de las geometrías, en el mapa de mi propia vida, avanzaban y, saliendo del tiempo ideal donde aún no existían, iban a sumergirse en la semana que empezaba ese mismo lunes en que la planchadora debía traer el chaleco blanco que yo había manchado de tinta. Pero sólo estaba en camino hacia el último escalón de la alegría; terminé alcanzándolo (sólo entonces tuve la

revelación de que, en las calles invadidas de agua, rojizas por el reflejo de los frescos del Giorgione, no había, como a pesar de tantas advertencias había seguido imaginándome, hombres «majestuosos y terribles como el mar, portando armaduras de reflejos broncíneos bajo los pliegues de su sangrienta capa» que pasearían por Venecia la semana siguiente, la víspera de Pascua, sino que yo mismo podría ser el personaje minúsculo que, en una gran fotografía de San Marcos que me habían prestado, dibujó el ilustrador delante del pórtico, con sombrero hongo) cuando oí a mi padre decirme: «Puede que aún haga frío en el Gran Canal, por si acaso harías bien metiendo en tu baúl el abrigo de invierno y la chaqueta grande». Al oír estas palabras me elevé a una especie de éxtasis; sentí que realmente penetraba, cosa que hasta entonces me había parecido imposible, entre aquellas «rocas de amatista semejantes a un arrecife del mar de las Indias»; mediante una gimnasia suprema y superior a mis fuerzas, despojándome como de un caparazón sin objeto del aire que circulaba en mi cuarto, lo sustituí a partes iguales por aire veneciano, por aquella atmósfera marina, indecible y peculiar como la de los sueños, que mi imaginación había encerrado en el nombre de Venecia, y advertí que en mí se operaba una milagrosa desencarnación; no tardó en unírsele el vago deseo de vomitar que se siente cuando acabamos de coger un fuerte catarro de garganta, y hube de meterme en cama con una fiebre tan tenaz que el médico declaró preciso renunciar no sólo a viajar entonces a Florencia y a Venecia, sino que, cuando estuviese completamente restablecido, evitarme por lo menos hasta dentro de un año cualquier proyecto de viaje y cualquier causa de excitación.

También, por desgracia, prohibió de modo terminante que me dejasen ir al teatro a oír a la Berma; la sublime artista, a quien Bergotte consideraba genial, dándome a conocer algo acaso igual de importante e igual de hermoso, me habría consolado de no haber estado en Florencia y en Venecia, de no poder ir a Balbec. Había que contentarse con mandarme todos los días a los Champs-Elysées, bajo la vigilancia de una persona que me impediría cansarme y que fue Françoise, que había entrado a nuestro servicio tras la muerte de mi tía Léonie. Ir a los Champs-Elysées me resultó insoportable. Si por lo

menos Bergotte los hubiese descrito en alguno de sus libros, sin duda habría deseado conocerlos, como todas las cosas cuyo «doble» había empezado a instalarse en mi imaginación. Ésta las reanimaba, las hacía vivir, les daba una personalidad, y entonces yo deseaba volver a encontrarlas en la realidad: pero nada en aquel jardín público se relacionaba con mis sueños.

Un día, como me aburría en nuestro sitio de siempre, junto a los tiovivos, Françoise me había llevado de excursión —más allá de la frontera guardada a intervalos regulares por los pequeños bastiones de las vendedoras de pirulíes— a aquellas regiones próximas pero extrañas donde las caras son desconocidas, donde pasa la carretela de las cabras; luego, ella había vuelto a recoger sus cosas dejadas en una silla adosada a un macizo de laureles; mientras la esperaba, estaba paseando por el gran prado de hierba raquítica y rasa, amarillecida por el sol, con el estanque rematado por una estatua al fondo, cuando, de la alameda, dirigiéndose a una niñita pelirroja que jugaba al volante delante del pilón, otra, que estaba poniéndose el abrigo y guardando su raqueta, le gritó con voz breve: «Adiós, Gilberte, me voy, no olvides que esta noche vamos a tu casa después de cenar». Aquel nombre de Gilberte pasó a mi lado, evocando con mayor fuerza la existencia de aquella a quien designaba porque no la nombraba como a un ausente del que se habla, sino que la interpelaba; de modo que pasó a mi lado, por así decir, en acción, con una potencia incrementada por la curva del chorro de la voz y la proximidad a su objetivo; transportando a bordo, según yo sentía, el conocimiento, las nociones que tenía de aquella a quien iba destinada, no yo, sino la amiga que la llamaba, todo aquello que, mientras lo pronunciaba, ésta veía de nuevo, o al menos guardaba en la memoria, de su cotidiana intimidad, de sus mutuas visitas, de todo aquello desconocido, aún más inaccesible y doloroso para mí, por ser tan familiar y manejable por el contrario para aquella feliz muchacha que me rozaba con ello sin que me fuese posible penetrarlo, y lo lanzaba a pleno aire en un grito; dejando ya flotar en el aire el delicioso efluvio que había hecho desprenderse, tocándolos con precisión, de algunos puntos invisibles de la vida de Mlle. Swann, de la noche que se acercaba, tal como sería, después de cenar, en su

casa; formando, celeste pasajera en medio de niños y criadas, una nubecilla de color precioso, semejante a esa que, arqueada sobre un bello jardín de Poussin[333], refleja con minucia, como una nube de ópera llena de caballos y de carros, alguna aparición de la vida de los dioses; —proyectando por último, sobre aquella hierba pelada, en el lugar donde al mismo tiempo era un trozo de césped marchito y un momento de la tarde de la rubia jugadora de volante (que no dejó de lanzarlo y recogerlo hasta que la llamó una institutriz con un penacho azul), una pequeña franja maravillosa, color de heliotropo, impalpable como un reflejo y superpuesta como una alfombra que yo no me cansé de pisar con pasos lentos, nostálgicos y profanadores, mientras Françoise me gritaba: «Venga, abotónese el capote y larguémonos», y por primera vez noté con irritación que se expresaba de una forma vulgar y, ¡ay!, no llevaba penacho azul en el sombrero.

¿Volvería por lo menos a los Champs-Elysées? Al día siguiente, allí no estaba; pero la vi los días sucesivos; yo daba vueltas todo el tiempo alrededor del lugar en que Gilberte jugaba con sus amigas, y así cierta vez en que no eran suficientes para su partida de marro, me mandó preguntar si quería completar su bando, y desde entonces jugué con ella cada vez que ella iba. Pero no iba siempre; había días en que le impedían ir sus clases, el catecismo, una merienda, toda aquella vida separada de la mía que por dos veces, condensada en el nombre de Gilberte, había sentido pasar tan dolorosamente a mi lado, en el repecho de Combray y en el prado de los Champs-Elysées. Esos días, anunciaba de antemano que no la veríamos; si era por sus estudios, decía: «¡Qué lata no poder venir mañana! ¡Cuánto van a divertirse sin mí!», con un aire apenado que me consolaba un poco; pero, en cambio, cuando estaba invitada a una matinée, y yo, sin saberlo, le preguntaba si vendría a jugar, me respondía: «Espero que no. Espero que mamá me deje ir a casa de mi amiga». Por lo menos esos días sabía que no había de verla, mientras que otras veces su madre decidía llevársela de improviso de compras, y al día siguiente decía: «¡Ah!, sí, salí con mamá», como si fuese una cosa natural, y no la peor desgracia posible para alguno. Además estaban los días de mal

tiempo, en que su institutriz, que era quien tenía miedo de la lluvia, no quería llevarla a los Champs-Elysées.

Así que, cuando el cielo estaba dudoso, desde por la mañana yo no cesaba de interrogarlo y tenía en cuenta todos los presagios. Si veía a la señora de enfrente junto a la ventana poniéndose el sombrero, me decía: «Esa señora está a punto de salir; de modo que se puede salir con el tiempo que hace, ¿por qué no había de hacer Gilberte como esa señora?». Mas el tiempo se encapotaba, mi madre decía que aún podía abrirse, que bastaría un rayo de sol, pero que lo más probable era que lloviese; y si llovía, ¿para qué ir a los Champs-Elysées? Por eso, después del almuerzo, mis miradas ansiosas no abandonaban el cielo incierto y nuboso. Seguía encapotado. Delante de la ventana, el balcón estaba gris. Y de repente, sobre su sombría piedra no veía yo un color menos apagado, sino que sentía una especie de esfuerzo hacia un color menos apagado, la pulsación de un rayo vacilante que quisiese liberar su propia luz. Un instante después, el balcón estaba pálido y espejeante como un agua matinal, y mil reflejos de los hierros de su reja iban a posarse en él. Un soplo de viento los dispersaba, la piedra se había ensombrecido de nuevo, pero, cual si estuviesen domesticados, retornaban; imperceptiblemente la piedra empezaba otra vez a blanquearse y, mediante uno de esos crescendos continuos como los que, en música, al final de una Obertura, llevan una sola nota hasta el fortissimo supremo haciéndola pasar rápidamente por todos los grados intermedios, la veía llegar a ese oro inalterable y fijo de los días serenos, sobre el que destacaba en negro la sombra recortada del antepecho labrado de la balaustrada como una vegetación caprichosa, con tal delicadeza en la delineación de los menores detalles que parecía delatar un trabajo concienzudo, una satisfacción de artista, y con tal relieve, con tal terciopelo en el abandono de sus masas sombrías y alegres que, en verdad, aquellos reflejos amplios y frondosos posados sobre aquel lago de sol parecían conscientes de ser prendas de calma y de felicidad.

¡Hiedra instantánea, parietaria flora fugitiva! La más incolora, la más triste, a juicio de muchos, entre cuantas pueden trepar por la pared o decorar la ventana; la más querida para mí, entre todas, desde el día en que había aparecido sobre nuestro balcón, como la sombra

misma de la presencia de Gilberte que acaso ya estaba en los Champs-Élysées, y que, en cuanto yo llegase, me diría: «Empecemos ahora mismo a jugar al marro, está usted en mi bando»; frágil, arrastrada por un soplo, pero también relacionada no con la estación del año, sino con la hora; promesa de la felicidad inmediata que el día niega o ha de conceder, y por ello de la felicidad inmediata por excelencia, la felicidad del amor; más dulce, más cálida en la piedra de lo que es el musgo mismo; vivaz, a la que basta un rayo para nacer y desencadenar la alegría, hasta en el corazón mismo del invierno.

E incluso en esos días en que ha desaparecido cualquier otra vegetación, en que el hermoso cuero verde que envuelve el tronco de los viejos árboles está oculto bajo la nieve, cuando ésta dejaba de caer pero el tiempo seguía demasiado nublado para esperar que Gilberte saliese, entonces de pronto, haciendo exclamar a mi madre: «Mire, está escampando, quizá podría probar a ir a los Champs-Elysées», sobre el manto de nieve que cubría el balcón, el sol, recién aparecido, entrelazaba hilos de oro y bordaba reflejos negros. Ese día no encontrábamos a nadie, o a una niña sola a punto de marcharse que me aseguraba que Gilberte no iría. Las sillas, abandonadas por la asamblea imponente pero friolera de las institutrices, estaban vacías. Sola, cerca del prado, estaba sentada una dama de cierta edad que iba hiciera el tiempo que hiciese, siempre ataviada con una toilette idéntica, magnífica y oscura; por conocerla hubiera sacrificado yo en esa época, si el cambio me hubiese sido permitido, todas las mayores ventajas futuras de mi vida. Porque Gilberte iba todos los días a saludarla; le pedía a Gilberte noticias de «ese tesoro de su mamá»; y me parecía que, de haberla conocido, yo habría sido para Gilberte una persona completamente distinta, alguien que conocía a las amistades de sus padres. Mientras sus nietos jugaban un poco más lejos, la dama leía siempre los Débats, que ella llamaba «mis viejos Débats[334]», y en tono aristocrático decía, hablando del guardia municipal o de la encargada de las sillas… «Mi viejo amigo el guardia», «la encargada de las sillas y yo que somos viejas amigas».

Como Françoise tenía demasiado frío para quedarse quieta, íbamos hasta el puente de la Concorde a ver el Sena helado, al que

todos, hasta los niños, se acercaban sin miedo como a una inmensa ballena varada e indefensa, a la que fuesen a descuartizar. Regresábamos a los Champs-Elysées; yo languidecía de dolor entre los caballos inmóviles del tiovivo y el prado blanco apresado entre la red negra de las alamedas, limpias ya de nieve, donde un chupón de hielo añadido que tenía en la mano la estatua parecía la explicación de su gesto. Hasta la vieja dama, después de doblar sus Débats, preguntó la hora a una niñera que pasaba y le dio las gracias diciéndole: «¡Qué amable es usted!»; y luego, tras suplicar al guarda que dijera a sus nietos que volviesen, que tenía frío, añadió: «Me hará un gran favor. Me deja confusa su mucha bondad». De repente se rasgó el aire: entre el guiñol y el circo, en el horizonte embellecido, contra el cielo entreabierto, acababa de ver, señal fabulosa, el penacho azul de Mademoiselle. Y Gilberte ya venía corriendo a mi encuentro, radiante y colorada bajo su cuadrado gorro de piel, animada por el frío, el retraso y el deseo de jugar; poco antes de llegar a donde yo estaba, se dejó deslizar sobre el hielo y, bien para mantener mejor el equilibrio, bien porque le parecía más gracioso, o para imitar la pose de una patinadora, avanzaba sonriendo con los brazos abiertos, como si hubiese querido acogerme en ellos. «¡Brava, brava! Eso está muy bien, y si yo no fuera de otra época, de los tiempos del Antiguo Régimen, diría como ustedes que es chic, que es fuerte», exclamó la vieja dama tomando la palabra en nombre de los silenciosos Champs-Elysées para dar las gracias a Gilberte por haber acudido sin dejarse intimidar por el tiempo. «Usted es como yo, fiel a nuestros viejos Champs-Élysées pase lo que pase; somos dos intrépidas. ¿Si yo le dijese que me gustan incluso así? Aunque se ría, ¡a mí esta nieve me hace pensar en una piel de armiño!». Y la vieja dama se echó a reír.

El primero de esos días —a los que la nieve, imagen de las potencias que podían privarme de ver a Gilberte, daba la tristeza de un día de separación y hasta el aspecto de un día de partida porque transformaba el rostro y casi impedía el uso del lugar habitual y único de nuestros encuentros, ahora cambiado, todo envuelto en fundas—, ese día, sin embargo, hizo progresar mi amor, porque fue como una primera pena que ella hubiese compartido conmigo. Sólo estábamos nosotros dos de nuestro bando, y ser así el único que estaba con ella

era algo más que una especie de inicio de intimidad, me parecía, de su parte —como si, con semejante tiempo, hubiese venido exclusivamente para mí—, no menos conmovedor que si uno de aquellos días en que estaba invitada a una matinée hubiese renunciado a ella para ir a verme a los Champs-Elysées; cobraba yo más confianza en la vitalidad y en el futuro de nuestra amistad, que seguía viva en medio del torpor, de la soledad y de la ruina de las cosas circundantes; y mientras ella me metía bolas de nieve por el cuello, yo sonreía enternecido a lo que me parecía al mismo tiempo una predilección manifiesta de Gilberte al tolerarme como compañero de viaje por aquel país invernal y nuevo, y como una especie de fidelidad que ella me guardaba en medio de la desdicha. Una tras otra, como dubitativos gorriones, no tardaron en ir llegando sus amigas, todo negras sobre la nieve. Empezamos a jugar, y como aquel día iniciado en medio de tanta tristeza había de terminar en la alegría, al acercarme, antes de lanzar el marro, a la amiga de voz breve a la que había oído el primer día gritar el nombre de Gilberte, me dijo: «No, no, ya sabemos que prefiere estar en el bando de Gilberte, además, mire, le está haciendo señas». En efecto, estaba llamándome para que fuese al prado de nieve, en su campo, que el sol, prestándole los reflejos rosas y el desgaste metálico de los brocados antiguos, transformaba en un campo del brocado de oro[335].

Ese día que tanto había yo temido fue, por el contrario, uno de los pocos en que no me sentí demasiado desdichado.

Porque para mí, que sólo pensaba en no pasar nunca un día sin ver a Gilberte (hasta el punto de que, una vez que la abuela no había vuelto a casa a la hora de la cena, no pude por menos de pensar enseguida que, si la hubiese atropellado un coche, yo no podría ir durante algún tiempo a los Champs-Élysées; ya no se ama a nadie cuando se ama), sin embargo, aquellos momentos que pasaba a su lado y que desde la víspera había esperado con tanta impaciencia, por los que había temblado, a los que habría sacrificado todo lo demás, no eran de ningún modo momentos felices; y lo sabía bien porque eran los únicos momentos de mi vida a los que aplicaba una atención

meticulosa, encarnizada, sin descubrir en ellos un solo átomo de placer.

Todo el tiempo que me encontraba lejos de Gilberte, sentía la necesidad de verla, porque a fuerza de intentar representarme su imagen, acababa por no conseguirlo, y por no saber ya exactamente a qué correspondía mi amor. Además, ella aún no me había dicho nunca que me amase. En cambio había sostenido a menudo que me prefería al resto de sus amigos, que yo era un buen compañero con quien jugaba muy a gusto, aunque fuese demasiado distraído, y no suficientemente atento al juego; en fin, me había dado muchas veces marcas aparentes de frialdad que habrían podido quebrantar mi convicción de ser para ella distinto de los demás, si tal convicción hubiese nacido de un amor de Gilberte por mí, y no, como en realidad era, del amor que yo sentía por ella, que la hacía mucho más resistente, por someterla a la forma misma en que, por una necesidad interior, me veía obligado a pensar en Gilberte. Pero los sentimientos que tenía por ella, ni yo mismo se los había declarado todavía. Cierto que en todas las hojas de mis cuadernos escribía hasta el infinito su nombre y sus señas, pero a la vista de aquellas vagas líneas que trazaba sin que por eso ella pensase en mí, que le hacían ocupar tanto espacio aparente a mi alrededor sin por ello implicarse más en mi vida, me descorazonaba porque esas líneas no me hablaban de Gilberte, que ni siquiera habría de verlas, sino de mi propio deseo, que parecían presentarme como algo puramente personal, irreal, enojoso e impotente. Lo más urgente era que Gilberte y yo nos viésemos, y que pudiésemos hacernos confesión recíproca de nuestro amor, que, por así decir, no habría empezado hasta ese momento. Indudablemente las diversas razones que me volvían tan impaciente por verla hubiesen sido menos imperiosas para un hombre adulto. Más tarde, cuando tenemos mayor habilidad para cultivar nuestros placeres, solemos contentarnos con el que tenemos pensando en una mujer como yo pensaba en Gilberte, sin preocuparnos por saber si esa imagen corresponde a la realidad, y también con el de amarla sin necesidad de estar seguros de que ella nos ama; o también renunciamos al placer de confesarle nuestro sentimiento para mantener más viva la inclinación que ella tiene por nosotros, imitando

a esos jardineros japoneses que, para conseguir una flor más hermosa, sacrifican varias distintas. Pero en la época en que amaba a Gilberte, aún creía que el Amor existía realmente fuera de nosotros; que, permitiéndonos a lo sumo apartar los obstáculos, ofrecía sus propios goces en un orden en el que no éramos libres de introducir ningún cambio; me parecía que, si se me hubiese ocurrido sustituir la dulzura de la confesión por la simulación de la indiferencia, no sólo me habría privado de una de las alegrías más anheladas, sino que me habría fabricado a mi antojo un amor ficticio y carente de valor, sin comunicación con el verdadero, cuyos misteriosos caminos, ya trazados, habría renunciado a seguir.

Mas cuando llegaba a los Champs-Élysées —y, ante todo, iba a poder confrontar mi amor, para hacerle sufrir las necesarias rectificaciones, con su causa viva, independiente de mí—, en cuanto me encontraba en presencia de aquella Gilberte Swann con cuya vista había contado para refrescar las imágenes que mi fatigada memoria ya no encontraba, de aquella Gilberte Swann con la que había jugado ayer mismo, y a la que acababa de saludar y reconocer gracias a un instinto ciego como el que, al caminar, nos hace poner un pie delante de otro antes de que tengamos tiempo de pensarlo, enseguida todo se desarrollaba como si ella y la niñita objeto de mis sueños hubiesen sido dos criaturas diferentes. Por ejemplo, si desde la víspera llevaba yo en la memoria dos ojos de fuego en unas mejillas redondas y brillantes, la cara de Gilberte ahora me ofrecía con insistencia algo de lo que precisamente no me había acordado, cierto afilamiento agudo de la nariz que, asociándose de inmediato a otros rasgos, adquiría la importancia de esos caracteres que en historia natural definen una especie, y la transmutaba en una chiquilla del género de las de hocico puntiagudo. Mientras yo me disponía a sacar partido de aquel anhelado instante para dedicarme, sobre la imagen de Gilberte que yo había preparado antes de ir y que ya no encontraba en mi cabeza, a las rectificaciones que, durante las largas horas de soledad, me permitirían estar seguro de que era ella la que yo recordaba, de que era mi amor por ella lo que yo, poco a poco, iba acrecentando como una obra que escribimos, ella me pasaba una pelota; y como el filósofo idealista cuyo cuerpo tiene en cuenta el mundo exterior, en

cuya realidad su inteligencia no cree, el mismo yo que me había inducido a saludarla antes de haberla identificado, se apresuraba a hacerme coger la pelota que me tendía (como si fuese una compañera con quien yo había ido a jugar, y no un alma gemela con la que había ido a reunirme), me hacía hablarle por educación, hasta la hora en que se marchaba, de mil cosas amables e insignificantes, impidiéndome así, o bien guardar un silencio que habría terminado por permitirme recuperar la imagen urgente y extraviada, o decirle las palabras capaces de lograr de nuestro amor unos progresos decisivos, con los que siempre me veía obligado a no contar sino hasta la tarde siguiente. Sin embargo, algún progreso hacía. Un día habíamos ido con Gilberte hasta la barraca de nuestra vendedora, que nos trataba con particular amabilidad —porque era en su puesto donde M. Swann se hacía comprar su alajú, que por higiene consumía en gran cantidad, pues padecía un eczema étnico y el estreñimiento de los Profetas[336], y Gilberte me señalaba, riendo, a dos niños que eran como el pequeño colorista y el pequeño naturalista de los libros infantiles. Porque el uno no quería un pirulí rojo por preferir el violeta, y el otro, con lágrimas en los ojos, rechazaba una ciruela que quería comprarle su niñera, porque, según acabó diciendo con voz apasionada: «¡Prefiero esa otra ciruela, porque tiene un gusano!». Yo compré dos canicas de un sou. Contemplaba, lleno de admiración, luminosas y cautivas en una escudilla aparte, las canicas de ágata que me parecían preciosas porque eran rubias y risueñas como muchachas y porque costaban cincuenta céntimos cada una. Gilberte, a quien daban mucho más dinero que a mí, me preguntó cuál me parecía más hermosa. Tenían la transparencia y la evanescencia de la vida. Habría querido que no sacrificase ninguna. Me habría gustado que pudiera comprarlas, liberarlas todas. Sin embargo le indiqué una que tenía el color de sus ojos. Gilberte la cogió, buscó su rayo dorado, la acarició, pagó su rescate y acto seguido me entregó a su prisionera diciéndome: «Tome, es para usted, se la doy, guárdela como recuerdo».

Otra vez, siempre preocupado por el deseo de oír a la Berma en una obra clásica, le había preguntado si no tenía un opúsculo donde Bergotte hablaba de Racine, y que ya no se encontraba en librerías.

Me había pedido que le recordase el título exacto, y esa noche le envié un breve telegrama escribiendo en el sobre aquel nombre de Gilberte Swann que tantas veces había trazado en mis cuadernos. Al día siguiente, en un paquete atado con cintas malvas y sellado con lacre blanco, me trajo el opúsculo que había mandado buscar. «Como ve, es lo que me había pedido», me dijo, sacando de su manguito el telegrama que le había enviado. Pero en las señas de aquel pneumático —que todavía ayer no era nada, sólo un pequeño bleu que yo había escrito, y que, en cuanto un telegrafista lo había entregado al portero de Gilberte y un criado lo había llevado hasta su cuarto, se había convertido en algo de un valor inapreciable; en uno de los pequeños bleus que Gilberte había recibido ese día— me costó trabajo reconocer los renglones vanos y solitarios de mi escritura bajo los círculos impresos estampados por correos, bajo las inscripciones añadidas a lápiz por uno de los carteros, signos de realización efectiva, sellos del mundo exterior, simbólicos cinturones morados de la vida que, por primera vez, venían a desposar, mantener, realzar y alentar mi sueño.

Y también hubo un día en que me dijo: «¿Sabe? Puede llamarme Gilberte, de todos modos yo le llamaré por su nombre de pila. Así es demasiado incómodo». Sin embargo, durante un rato siguió tratándome de «usted», y, cuando se lo hice notar, sonrió, y componiendo, construyendo una frase como las que en las gramáticas extranjeras no tienen otra finalidad que hacernos emplear un vocablo nuevo, la remató con mi nombre de pila. Y recordando más tarde lo que entonces había sentido, vislumbré la impresión de haber estado contenido yo mismo, por un instante, en su boca, desnudo, sin ninguna de las connotaciones sociales que también pertenecían, bien al resto de sus compañeros, bien, cuando pronunciaba mi apellido, a mis padres; connotaciones de las que sus labios —en el esfuerzo que hacía, un poco como su padre, para articular las palabras que quería poner de relieve— parecieron despojarme, desvestirme, lo mismo que de su piel a una fruta de la que sólo podemos comer la pulpa, mientras que su mirada, adaptándose al nuevo nivel de intimidad que adoptaba su palabra, me alcanzaba también de forma más directa, no

sin atestiguar la conciencia, el placer y hasta la gratitud que sentía, haciéndose acompañar de una sonrisa.

Mas en el momento mismo, no estaba en condiciones de apreciar el valor de aquellos nuevos placeres. No los daba la niñita que yo amaba al yo que la amaba, sino la otra, aquella con la que jugaba, a aquel otro yo que no poseía ni el recuerdo de la verdadera Gilberte, ni el corazón indisponible, el único que habría podido apreciar el valor de la felicidad, por ser el único que la había deseado. Ni siquiera después de haber vuelto a casa los saboreaba, porque, cada día, la obligatoria necesidad de esperar que al día siguiente tendría la contemplación exacta, serena y feliz de Gilberte, que por fin confesaría su amor explicándome por qué motivos había tenido que ocultármelo hasta entonces, esa misma necesidad me obligaba a tener en nada el pasado, a no mirar sino delante de mí, a considerar los pequeños privilegios que ella me había concedido no en sí mismos y como algo suficiente, sino como nuevos escalones donde posar el pie que iban a permitirme dar un paso más hacia adelante y alcanzar por fin la felicidad que hasta entonces no había encontrado.

Si a veces me daba esas muestras de amistad, también me hacía sufrir dando la impresión de no sentir ningún placer en verme, y esto ocurría muchas veces los mismos días en los que más confianza había puesto yo en el cumplimiento de mis esperanzas. Estaba seguro de que Gilberte iría a los Champs-Elysées y sentía un gozo que me parecía la vaga anticipación de una gran felicidad cuando —al entrar por la mañana en el salón para dar un beso a mamá, que ya estaba arreglada, con la torre de sus cabellos negros completamente construida, y sus bellas manos blancas y regordetas oliendo todavía a jabón— me enteraba, al ver una columna de polvo sosteniéndose por sí sola encima del piano, y al oír un organillo de Berbería tocar al pie de la ventana En revenant de la revue[337], que el invierno recibía hasta la noche la visita inopinada y radiante de una jornada de primavera. Mientras desayunábamos, abriendo su ventana la señora de enfrente había hecho poner pies en polvorosa en un abrir y cerrar de ojos, junto a mi silla —cubriendo de un solo salto toda la anchura de nuestro comedor—, a un rayo de sol que ya había empezado a

dormir su siesta y que, un momento después, ya había vuelto para continuarla. En el colegio, en la clase de la una, el sol me hacía languidecer de impaciencia y hastío dejando que un resplandor dorado se arrastrase hasta mi pupitre, como una invitación a la fiesta a la que no podría sumarme antes de las tres, hasta el momento en que Françoise viniese a buscarme a la salida, y en que nos encaminaríamos hacia los Champs-Elysées, por calles engalanadas de luz, atestadas de gente, y donde los balcones, abiertos por el sol y vaporosos, flotaban ante las casas como nubes de oro. ¡Ay!, en los Champs-Elysées no encontraba a Gilberte, aún no había llegado. Inmóvil en el prado nutrido por el sol invisible que aquí y allá encendía la punta de una brizna de hierba, y donde los pichones que en él se habían posado semejaban esculturas antiguas devueltas a la superficie de un suelo augusto por la azada del jardinero, permanecía con los ojos clavados en el horizonte, esperando ver aparecer de un momento a otro la imagen de Gilberte siguiendo a su institutriz, por detrás de la estatua que parecía tender el niño que llevaba en brazos, radiante de luz, a la bendición del sol. La anciana lectora de los Débats, sentada en su sillón, siempre en el mismo sitio, interpelaba a un guardia a quien hacía un gesto amistoso con la mano gritándole: «¡Qué bonito tiempo!». Y cuando la encargada se acercó para cobrarle el precio del asiento, hizo mil monerías colocando en la abertura de su guante el billete de diez céntimos como si fuese un ramillete para el que buscaba, por cortesía hacia el donante, el sitio más halagüeño posible. Y una vez encontrado, imprimía a su cuello una rotación circular, se ajustaba el boa y clavaba en la sillera, enseñándole el pico de papel amarillo que asomaba por su muñeca, la hermosa sonrisa con que una mujer, señalando su corsé a un joven, le dice: «¿Reconoce sus rosas?».

Para ir al encuentro de Gilberte, yo llevaba a Françoise hasta el Arco de Triunfo; no la encontrábamos, y entonces volvía hacia el prado, convencido de que ya no iría cuando, delante del tiovivo, la niñita de la voz breve se lanzaba sobre mí: «Deprisa, deprisa, ya hace un cuarto de hora que Gilberte ha llegado. Se marcha enseguida. Están esperándole para jugar una partida de marro». Mientras yo subía la avenida de los Champs-Élysées, Gilberte había llegado por la calle

Boissy-D'Anglas, porque Mademoiselle había aprovechado el buen tiempo para hacer algunos recados propios; y M. Swann iba a venir a buscar a su hija. Así que la culpa era mía; no habría debido alejarme del prado; porque nunca se sabía a ciencia cierta por qué parte llegaría Gilberte, si antes o después, y esa espera terminaba por volverme más emocionantes, no sólo los Champs-Elysées enteros y toda la duración de la tarde, como una inmensa extensión de espacio y de tiempo en cada uno de cuyos puntos y momentos era posible que la imagen de Gilberte hiciese su aparición, sino también esa imagen misma, porque tras esa imagen sentía yo esconderse el motivo de que viniese a golpearme en pleno corazón, a las cuatro en vez de a las dos y media, con un sombrero de visita en lugar de un gorro de juego, delante de Ambassadeurs[338] y no entre los dos guiñoles, intuía yo alguna de aquellas ocupaciones en que no podía seguir a Gilberte y que la obligaban a salir o a quedarse en casa, estaba en contacto con el misterio de su vida desconocida. Era ese misterio también el que me turbaba cuando, corriendo por orden de la niñita de la voz breve para empezar inmediatamente nuestra partida de marro, divisaba a Gilberte, tan viva y tan brusca con nosotros, haciendo una reverencia a la dama de los Débats, (que le decía: «¡Qué hermoso sol, parece fuego!»), hablándole con una sonrisa tímida, con un aire modoso que me evocaba a la muchacha distinta que Gilberte debía de ser en casa de sus padres, con los amigos de sus padres, de visita, en toda aquella otra existencia suya que a mí se me escapaba. Mas la impresión de esa existencia, nadie me la daba mejor que M. Swann, que un poco más tarde llegaba para recogerá su hija. De hecho, él y Mme. Swann —porque su hija vivía en casa de ellos, porque sus estudios, sus juegos y sus amistades dependían de ellos— contenían para mí un misterio inaccesible, una fascinación dolorosa, lo mismo que Gilberte, acaso más incluso que Gilberte, cual convenía a unos dioses todopoderosos sobre ella y en quienes ese misterio habría tenido su origen. Cuanto les afectaba era de mi parte objeto de una preocupación tan constante que los días en que, como aquéllos, M. Swann (a quien tantas veces había visto sin que excitase mi curiosidad, cuando era amigo de mis padres) venía en busca de

Gilberte a los Champs-Elysées, una vez calmados los latidos del corazón que en mí provocaba la aparición de su sombrero gris y su abrigo con esclavina, su aspecto seguía impresionándome como el de un personaje histórico sobre el que acabamos de leer una serie de libros y cuyas menores particularidades nos apasionan. Sus relaciones con el conde de París que, cuando oía hablar de ellas en Combray, me parecían indiferentes, adquirían ahora para mí algo maravilloso, como si nadie más hubiese conocido nunca a los Orléans; le hacían destacarse vivamente sobre el fondo vulgar de los paseantes de distintas clases sociales que atestaban aquella alameda de los Champs-Elysées, y me parecía admirable que se dignase figurar entre ellos sin exigir miradas especiales, que por otra parte nadie pensaba en tributarle dado el profundo incógnito en que se envolvía.

Respondía cortésmente a los saludos de los compañeros de Gilberte, incluso al mío pese a haber roto con mi familia, pero en apariencia sin reconocerme. (Esto me recordó que, sin embargo, me había visto muchas veces en el campo; un recuerdo que yo había conservado, pero en la sombra, porque desde que había vuelto a ver a Gilberte, para mí Swann era sobre todo su padre, y no el Swann de Combray; como las ideas a las que unía ahora su nombre eran distintas de las ideas en cuya red quedaba comprendido antes, y que yo nunca utilizaba cuando tenía que pensar en él, se había convertido en un personaje nuevo; sin embargo, por medio de una línea artificial, secundaria y transversal, seguía relacionándolo con nuestro invitado de antaño; y como para mí nada tenía valor sino en la medida en que pudiese aprovechar a mi amor, sentí vergüenza y pena, por no poder borrarlos, al recuperar los años en que, a ojos de aquel mismo Swann que en ese momento estaba delante de mí en los Champs-Élysées y a quien por suerte Gilberte tal vez no había dicho mi nombre, me había sentido tantas veces ridículo, por la noche, cuando enviaba a mamá recado de subir a mi cuarto a darme las buenas noches, cuando ella tomaba café con él, con mi padre y mis abuelos en la mesa del jardín). Decía a Gilberte que le dejaba jugar otra partida, que podía esperarla un cuarto de hora y, sentándose como todo el mundo en una silla de hierro, pagaba su ticket con aquella mano que Felipe

VII[339] *tantas veces había retenido en la suya, mientras nosotros empezábamos a jugar en el prado, asustando a los pichones cuyos hermosos cuerpos irisados, que tienen la forma de un corazón y son como las lilas del reino de los pájaros, iban a refugiarse, como a lugares de asilo, uno sobre el gran tazón de piedra al que su pico, desapareciendo en él, obligaba a hacer el gesto y asignaba la función de ofrecer en abundancia los frutos o los granos que parecía picotear dentro; otro sobre la frente de la estatua, como si la coronase con uno de esos objetos de esmalte cuya policromía varía en ciertas obras antiguas la monotonía de la piedra, y con uno de esos atributos que valen a la diosa, cuando lo lleva, un epíteto particular y la convierten, como a una mujer mortal un nombre distinto, en una divinidad nueva.*

Uno de esos días de sol que no vieron el cumplimiento de mis esperanzas, no tuve el valor de ocultar mi decepción a Gilberte.

«Precisamente tenía tantas cosas que preguntarle, le dije. Pensaba que este día había de ser muy importante para nuestra amistad. Y nada más llegar, ¡usted se marcha! Trate de venir pronto mañana, así podré al fin hablarle».

Su rostro se iluminó, y saltando de alegría me repuso: «¡Mañana, cuente con ello, amiguito, pero no vendré! Estoy invitada a una merienda; pasado mañana tampoco, voy a casa de una amiga para ver desde sus ventanas la llegada del rey Teodosio[340]*, será magnífico, y al otro día voy a Miguel Strogoff*[341] *y luego, luego será Navidad y las vacaciones de Año Nuevo. Quizá me lleven al Midi. ¡Qué chic!, ¿verdad? Aunque me perderé el árbol de Navidad; de cualquier modo, si me quedo en París, no vendré porque iré a hacer visitas con mamá. Adiós, papá está llamándome».*

Volví con Françoise por calles que todavía estaban engalanadas de sol, como la noche de una fiesta que ha terminado. No podía tenerme sobre mis piernas.

«No es sorprendente, dijo Françoise, este tiempo no corresponde a la estación, hace demasiado calor. ¡Ay, Dios mío, cuántos pobres enfermos debe de haber en todas partes! Se ve que también allá arriba todo anda descompuesto».

Sofocando los sollozos, iba repitiéndome las palabras en que Gilberte había dejado prorrumpir su júbilo por no ir durante mucho tiempo a los Champs-Élysées. Pero la fascinación que, por su simple funcionamiento, llenaba mi mente nada más pensar en ella, la posición particular, única —aunque dolorosa— en que inevitablemente me situaba respecto de Gilberte, la íntima constricción de un hábito mental, habían empezado a añadir colores novelescos incluso a aquella prueba de indiferencia, y en medio de mis lágrimas iba formándose una sonrisa que no era sino el esbozo tímido de un beso. Y cuando llegó la hora del correo, me dije aquella tarde como todas las otras: «Voy a recibir una carta de Gilberte, por fin me dirá que nunca ha dejado de quererme, y me explicará la misteriosa razón que la ha obligado a ocultármelo hasta ahora, a fingir que podía ser feliz sin verme, la razón por la que ha asumido la apariencia de simple compañera de juegos».

Todas las noches me complacía en imaginar esa carta, me parecía estar leyéndola, me recitaba a mí mismo cada una de sus frases. De repente, me detenía asustado. Me daba cuenta de que si debía recibir una carta de Gilberte, en ningún caso podría ser ésa, porque era yo quien acababa de inventarla. Y, desde ese momento, procuraba desviar mi pensamiento de las palabras que habría deseado que me escribiese, por temor a excluir, por el solo hecho de enunciarlas, precisamente aquéllas —las más queridas, las más anheladas— del campo de las realizaciones posibles. Pero si, por una coincidencia inverosímil, Gilberte me hubiese dirigido precisamente la carta que yo había inventado, no habría tenido la impresión, al reconocer mi obra, de recibir algo que no provenía de mí, algo real, nuevo, una felicidad ajena a mi mente, independiente de mi voluntad, verdaderamente ofrecida por el amor.

Mientras tanto, releía una página que Gilberte no me había escrito, pero que al menos me venía de ella, aquella página de Bergotte sobre la belleza de los viejos mitos en que se inspiró Racine, y que siempre llevaba conmigo, junto a la canica de ágata. Me conmovía la bondad de mi amiga que la había hecho buscar para mí; y como todos necesitamos proporcionar razones a la pasión hasta sentirnos felices de reconocer en el ser que amamos cualidades que, por haberlo

aprendido en libros o en charlas, son dignas de provocar el amor, hasta asimilarlas por imitación y convertirlas en nuevos motivos del propio amor, aunque esas cualidades sean las más opuestas a las que ese amor buscaba cuando era espontáneo —como en el pasado le había ocurrido a Swann con el carácter estético de la belleza de Odette yo, que al principio, desde Combray, había amado a Gilberte por todo lo desconocido que había en su vida, por aquello desconocido en lo que habría anhelado precipitarme, encarnarme, abandonando la mía, que ya no me servía de nada, ahora pensaba, como en un privilegio inestimable, que de aquella vida mía demasiado conocida y desdeñada, Gilberte podría convertirse un día en la humilde servidora, en la cómoda y confortable colaboradora que, ayudándome por la noche en mis trabajos, colacionaría folletos para mí. En cuanto a Bergotte, aquel viejo infinitamente sabio y casi divino por el que había empezado a amar a Gilberte antes incluso de haberla visto, ahora le amaba sobre todo a causa de Gilberte. Con idéntico placer que las páginas que él había escrito sobre Racine, miraba yo el sobre sellado con grandes lacres blancos y atado con una cascada de cintas malvas en que me las había traído. Besaba la canica de ágata que era la parte mejor del corazón de mi amiga, la parte que no era frívola sino fiel, y que, aunque adornada por la misteriosa seducción de la vida de Gilberte, permanecía a mi lado, habitaba mi cuarto, se acostaba en mi cama. Pero la belleza de aquella piedra, y también la belleza de aquellas páginas de Bergotte, que lleno de felicidad yo asociaba a la idea de mi amor por Gilberte como si, en los momentos en que éste me parecía inexistente, le confiriesen una especie de consistencia, me daba cuenta de que eran anteriores a ese amor, que no se le parecían, que sus elementos habían sido fijados por el talento o por las leyes mineralógicas antes de que Gilberte me conociese, que nada en el libro ni en la piedra habría cambiado si Gilberte no me hubiese querido y que, por lo tanto, nada me autorizaba a leer en ellos un mensaje de felicidad. Y mientras mi amor, que no cesaba de esperar del día siguiente la confesión del que Gilberte sentía, anulaba, deshacía cada noche el trabajo mal hecho de la jornada, en la sombra de mí mismo una desconocida costurera impedía que se deshiciesen los hilos arrancados y los disponía, sin

preocuparse de darme gusto ni de contribuir a mi felicidad, en un orden distinto, el mismo que solía dar a todas sus labores. Como no tenía ningún interés particular en mi amor, como no decidía desde el principio que yo fuese amado, recogía los comportamientos de Gilberte que a mí me habían parecido inexplicables, y sus culpas, que yo había justificado. Entonces unas y otras adquirían sentido. Parecía decir, este orden nuevo, que yo, viendo a Gilberte dejar de ir a los Champs-Élysées por acudir a una matinée, ir de compras con su institutriz y prepararse para una ausencia de vacaciones del día de Año Nuevo, me equivocaba al pensar: «Lo hace porque es frívola o dócil». Porque hubiera dejado de ser lo uno o lo otro si me hubiese amado, y si se hubiera visto obligada a obedecer lo habría hecho con la misma desesperación que a mí me dominaba cuando no la veía. Decía también, ese orden nuevo, que, pese a todo, yo debía saber qué significaba amar, puesto que amaba a Gilberte; me hacía notar la preocupación constante que yo ponía en hacerme valer a sus ojos, la insistencia con que trataba de convencer a mi madre para que le comprase a Françoise un impermeable y un sombrero con un penacho azul, o, mejor aún, que no volviese a enviarme a los Champs-Élysées con aquella criada de la que me avergonzaba (a lo que mi madre respondía que yo era injusto con Françoise, una buena mujer que tanto nos quería), y también aquella necesidad exclusiva de ver a Gilberte que desde meses antes no me dejaba pensar en otra cosa que no fuese tratar de saber en qué época abandonaría París y adonde iría, considerando el país más agradable como un lugar de exilio si ella no había de estar allí, y no deseando otra cosa que seguir siempre en París mientras pudiese verla en los Champs-Élysées; y no le costaba mucho demostrarme que no encontraría esa preocupación ni esa necesidad en el comportamiento de Gilberte. Ella, por el contrario, apreciaba a su institutriz, sin preocuparse de lo que yo pensase. Le parecía natural no acudir a los Champs-Élysées si era para ir de compras con Mademoiselle, y agradable si era para salir con su madre. Y suponiendo incluso que me hubiese permitido ir a pasar las vacaciones al mismo sitio que ella, al menos para escoger ese sitio tenía en cuenta el deseo de sus padres, las mil diversiones de que le habían hablado y no, desde luego, el hecho de que fuese allí donde

mi familia tenía intención de enviarme. Cuando, a veces, me aseguraba que me quería menos que a otros amigos suyos, menos de lo que me amaba la víspera porque con una distracción mía le había hecho perder su partida, le pedía perdón, le preguntaba qué tenía que hacer para que volviese a quererme tanto como antes, para que me quisiese más que a los otros; deseaba que me dijese que todo estaba arreglado, se lo suplicaba como si ella hubiese podido modificar su afecto por mí a su gusto y el mío, por darme placer, simplemente con la palabras que diría, según mi buena o mi mala conducta. ¿No sabía yo que mis sentimientos por ella no dependían ni de su comportamiento ni de mi voluntad?

Decía por último este orden nuevo trazado por la invisible costurera que, aunque pudiésemos desear que los actos de alguien por quien hasta ese momento hemos sufrido no hayan sido sinceros, en su sucesión hay una claridad contra la que nada puede nuestro deseo; y es a ella, y no a éste, a la que debemos preguntar cuáles han de ser sus actos de mañana.

Estas palabras nuevas, mi amor las estaba escuchando; le persuadían de que el mañana no sería diferente de lo que habían sido todos los demás días; de que el sentimiento de Gilberte por mí, demasiado viejo ya para poder cambiar, era la indiferencia; de que en mi amistad con Gilberte, era yo el único que amaba. «Es cierto, respondía mi amor, no hay nada que hacer con esa amistad, no cambiará». Entonces, desde el día siguiente (o esperando una fiesta si las había inminentes, un cumpleaños, el Año Nuevo tal vez, uno de esos días que no son como los demás, días en los que el tiempo vuelve a empezar desde cero rechazando la herencia del pasado, y no aceptando el legado de sus tristezas), le pedía a Gilberte renunciar a nuestra antigua amistad y echar los cimientos de otra nueva.

Siempre tenía al alcance de la mano un plano de París que me parecía contener un tesoro porque en él podía distinguirse la calle donde vivían M. y Mme. Swann. Y por gusto, también por una especie

de caballeresca fidelidad, decía el nombre de aquella calle con cualquier motivo, tanto que mi padre, que no estaba como mi madre y mi abuela al corriente de mi amor, me preguntaba: «Pero ¿por qué siempre estás hablando de esa calle? No tiene nada de particular; es muy agradable vivir en ella por estar a dos pasos del Bois, pero hay por lo menos diez en la misma situación».

Me las ingeniaba para hacer pronunciar a mis padres, en toda ocasión, el nombre de Swann; cierto que mentalmente yo me lo repetía sin cesar, pero también necesitaba oír su sonoridad deliciosa, hacer sonar aquella música cuya lectura muda no me bastaba. Además, aquel nombre de Swann, que conocía hacía tanto tiempo, ahora era para mí, como les ocurre a ciertos afásicos con las palabras más usuales, un nombre nuevo. Siempre estaba presente en mi pensamiento, que sin embargo no lograba habituarse a él. Lo descomponía, lo deletreaba, su ortografía suponía para mí una sorpresa. Y al mismo tiempo que se me volvía familiar, había dejado de parecerme inocente. Los goces que saboreaba oyéndolo me parecían tan culpables que tenía la impresión de que los demás adivinaban mi pensamiento y cambiaban de conversación si trataba de llevarlos hacia él. Volvía una y otra vez a los temas que tenían alguna relación con Gilberte, repetía hasta la saciedad las mismas palabras, y aunque supiese que sólo eran palabras —palabras pronunciadas lejos de ella, que ella no oía, palabras sin virtud que repetían lo existente, pero sin poder modificarlo—, estaba convencido sin embargo de que a fuerza de manosear, de barajar así todo lo que se refería a Gilberte tal vez lograría sacar algo bueno. Repetía a mis padres que Gilberte quería mucho a su institutriz, como si tal proposición, enunciada por centésima vez, acabase teniendo la virtud de hacer entrar de pronto a Gilberte para quedarse a vivir por siempre con nosotros. De nuevo hacía el elogio de la vieja dama que leía los Débats (había insinuado a mis padres que era una embajadora o acaso una alteza) y seguí celebrando su hermosura, su magnificencia, su nobleza, hasta el día en que dije que, por el nombre que había pronunciado Gilberte, debía de llamarse Mme. Blatin.

«¡Oh, ya sé quién es!, exclamó mi madre mientras yo me sentía enrojecer de vergüenza. ¡En guardia! ¡En guardia!, como habría dicho

tu pobre abuelo. ¿Y es ésa la que te parece bella? Pues es horrible y siempre lo ha sido. Es la viuda de un ujier. ¿No recuerdas, cuando eras pequeño, las maniobras que yo hacía para evitarla en clase de gimnasia donde, sin conocerme, pretendía venir a hablarme so pretexto de decirme que eras "demasiado guapo para ser chico"? Siempre ha tenido la manía de conocer gente y debe de ser una especie de loca, como siempre he pensado, si realmente conoce a Mme. Swann. Porque, aunque procedía de un ambiente muy vulgar, de ella, al menos que yo sepa, nunca ha habido nada que decir. Pero siempre tenía que estar haciendo relaciones. Es horrible, espantosamente vulgar, y encima una intrigante».

En cuanto a Swann, en mi intento de parecerme a él, me pasaba todo el tiempo que estábamos en la mesa estirándome la nariz y restregándome los ojos. Mi padre decía: «Este niño es idiota, se pondrá horrible». Me habría gustado sobre todo ser tan calvo como Swann. Me parecía un ser tan extraordinario que consideraba prodigioso el hecho de que personas que yo trataba también le conociesen y que las casualidades de un día cualquiera pudiesen llevar a encontrárselo. Y una vez que mi madre estaba contándonos, como todas las noches en la cena, los recados que había hecho por la tarde, sólo con estas palabras: «A propósito, adivinen a quién he encontrado en los Trois Quartiers[342], en la sección de paraguas: a Swann», hizo brotar en medio de su relato, para mí muy árido, una flor misteriosa. ¡Qué melancólica voluptuosidad saber que aquella tarde, perfilando entre la muchedumbre su forma sobrenatural, Swann había ido a comprar un paraguas! En medio de acontecimientos grandes y minúsculos, todos igualmente indiferentes, éste despertaba en mí aquellas peculiares vibraciones que estremecían sin descanso mi amor por Gilberte. Mi padre decía que no me interesaba en nada porque no estaba atento cuando se hablaba de las consecuencias políticas que podía suponer la visita del rey Teodosio, en ese momento huésped de Francia y su presunto aliado. Pero, en cambio, ¡cuántas ganas tenía de saber si Swann se ponía su abrigo con esclavina!

«¿Se han saludado ustedes?, pregunté.

—Naturalmente», respondió mi madre, dando como siempre la impresión de temer que, si hubiese confesado la frialdad de nuestras relaciones con Swann, alguien habría tratado de reconciliarlos más de lo que ella deseaba, debido a Mme. Swann, a quien no quería conocer. «Ha sido él quien ha venido saludarme, yo no le veía.

—Pero entonces, ¿no están peleados?

—¿Peleados? Pero ¿por qué íbamos a estar peleados?», replicó vivamente, como si yo hubiese atentado contra la ficción de sus buenas relaciones con Swann y hubiese tratado de contribuir a una reconciliación.

«Podría estar ofendido de que ya no le invites.

—No es obligatorio invitar a todo el mundo; ¿me invita él a mí? No conozco a su mujer.

—Sin embargo, en Combray sí que venía.

—Bueno, sí, en Combray sí, pero en París tiene otras cosas que hacer y yo también. Pero te aseguro que no parecíamos para nada dos personas peleadas. Hemos estado hablando un momento porque no le traían su paquete. Me ha preguntado por ti, y me ha dicho que jugabas con su hija», añadió mi madre, maravillada ante el prodigio de que yo existiese en la mente de Swann, es más, de que existiese de un modo lo bastante completo para que, en los Champs-Élysées, mientras yo temblaba de amor en su presencia, él supiese cómo me llamaba, quién era mi madre, y pudiese amalgamar alrededor de mi calidad de compañero de su hija algunos datos sobre mis abuelos, su familia, el lugar donde vivíamos y ciertas particularidades de nuestra vida pasada, que tal vez hasta yo mismo ignoraba. Pero mi madre no parecía haber encontrado ningún encanto especial en aquella sección de los Trois Quartiers donde había representado a ojos de Swann, en el momento en que la había visto, una persona perfectamente definida con la que compartía recuerdos capaces de justificar el impulso de acercarse a ella, el gesto de saludarla.

Por lo demás, ni ella ni mi padre parecían encontrar un placer superior a cualquier otro hablando de los abuelos de Swann, del título de agente de cambio honorario. Mi imaginación había aislado y consagrado en el París social a una determinada familia como había hecho en el París de piedra con un determinado edificio, cuya puerta

cochera había esculpido y cuyas ventanas había llenado de ornamentos preciosos. Mas yo era el único que veía tales adornos. Así como a mi padre y a mi madre la casa donde vivía Swann les parecía igual a las restantes casas construidas durante el mismo período en el barrio del Bois, así la familia de Swann les parecía del mismo tipo que muchas otras familias de agentes de cambio. La juzgaban de un modo más o menos favorable, según su grado de participación en méritos comunes al resto del universo y no le encontraban nada excepcional. Y viceversa, lo que apreciaban en ella lo encontraban en igual o mayor grado en otra parte. Por eso, admitida la buena ubicación de la casa, hablaban de otra mejor situada, pero que no tenía nada que ver con Gilberte, o de financieros de un escalón superior al de su abuelo; y si por un momento parecían de mi misma opinión, se debía a un malentendido que no tardaba en disiparse. Y es que, para percibir en cuanto rodeaba a Gilberte una cualidad desconocida, análoga en el mundo de las emociones a lo que puede ser el infrarrojo en el de los colores, mis padres carecían de ese sentido suplementario y provisional con que me había dotado el amor.

Los días en que Gilberte me había anunciado que no iría a los Champs-Élysées, procuraba dar paseos que me acercasen algo a ella. A veces llevaba a Françoise en peregrinación delante de la casa donde vivían los Swann. Una y otra vez le hacía repetirme lo que, por la institutriz, ella sabía de Mme. Swann. «Parece que tiene mucha fe en ciertas medallas. Nunca saldrá de viaje si ha oído a la lechuza, o una especie de tictac de reloj en la pared, o si ha visto un gato a medianoche, o si ha crujido la madera de un mueble. ¡Ah, es una persona muy creyente!». Tan enamorado estaba de Gilberte que si en el camino divisaba a su viejo mayordomo paseando a un perro, la emoción me obligaba a detenerme, y clavaba en sus patillas blancas miradas llenas de pasión. Françoise me decía:

«¿Qué le pasa?».

Luego seguíamos nuestra ruta hasta su puerta cochera donde un portero distinto de cualquier otro portero, e impregnado hasta en los galones de su librea del mismo atractivo doloroso que yo había percibido en el nombre de Gilberte, parecía saber que yo era uno de esos individuos a los que una indignidad original siempre prohibiría

penetrar en la vida misteriosa cuya guarda le estaba confiada, y sobre la que parecían cerrarse a conciencia las ventanas del entresuelo, bastante menos parecidas, entre la noble caída de sus cortinas de muselina, a cualquier otra ventana que a las miradas de Gilberte. Otras veces íbamos por los bulevares y me apostaba en la entrada de la calle Duphot; me habían dicho que a menudo se veía pasar por allí a Swann, camino del dentista; y mi imaginación creaba tal diferencia entre el padre de Gilberte y el resto de la humanidad, y su presencia en medio del mundo real introducía en éste tal cantidad de maravilla que, antes incluso de llegar a la Madeleine, me emocionaba la idea de acercarme a una calle donde inopinadamente podía producirse la sobrenatural aparición.

Pero la mayoría de las veces —cuando no podía ver a Gilberte—, como había averiguado que Mme. Swann paseaba casi todos los días por la alameda «de las Acacias[343]», alrededor del gran Lago, y por la alameda de la «Reina Margarita[344]», encaminaba a Françoise hacia el Bois de Boulogne. Para mí era como esos jardines zoológicos donde se ven reunidos flores diversas y paisajes opuestos; donde, tras una colina encontramos una gruta, un prado, unas peñas, un río, un foso, una colina, una charca, pero sabiendo que sólo están allí para servir a los esparcimientos del hipopótamo, de las cebras, de los cocodrilos, de los conejos rusos, de los osos y de la garza, un ambiente apropiado o un marco pintoresco; en cuanto al Bois, que, no menos complejo, reúne pequeños mundos diversos y cerrados —tanto que a una finca plantada de árboles rojos, de encinas de América, semejante a una plantación de Virginia, le sucede un bosque de abetos a orillas del lago, o un oquedal donde de improviso surge, envuelta en su delicada piel, con los hermosos ojos de un animal, alguna rápida paseante—, era el Jardín de las mujeres; y, plantado para ellas de árboles de una sola esencia —como el paseo de los Mirtos de la Eneida[345] el paseo de las Acacias era frecuentado por las Bellezas célebres. Igual que, de lejos, la cima de la peña desde donde la otaria se lanza al agua transporta de alegría a los niños que saben que van a verla, así mucho antes de llegar al paseo de las Acacias su perfume, irradiando en derredor, hacía sentir de lejos la proximidad y

la singular naturaleza de una individualidad vegetal, lánguida y potente; luego, al acercarme, la techumbre entrevista de su follaje leve, delicado, de fácil elegancia, de un corte gracioso y trama tenue, sobre la que centenares de flores se habían abatido como colonias aladas y vibrátiles de parásitos preciosos; y, por último, hasta su nombre femenino, tierno y ocioso, hacía latir mi corazón, pero con un deseo mundano, como esos valses que sólo nos evocan el nombre de las bellas invitadas que el ujier anuncia a la entrada de un baile. Me habían dicho que vería en el paseo a ciertas elegantes que, aunque no todas estuviesen casadas, solían citarse junto a Mme. Swann, pero las mas de las veces con su nombre de guerra; su nuevo nombre, cuando lo tenían, no era sino una especie de incógnito que quienes deseaban hablar de ellas tenían buen cuidado de levantar para hacerse comprender. Pensando que lo Bello —en el orden de la elegancia femenina— estaba regido por unas leyes ocultas en cuyo conocimiento habían sido iniciadas, y al que tenían el poder de dar vida, yo aceptaba de antemano como una revelación la aparición de su toilette, de su tronco de caballos, de mil detalles en cuyo seno ponía yo toda mi fe como en un alma interior capaz de dar cohesión de obra maestra a ese conjunto efímero y fugaz. Pero era a Mme. Swann a quien yo quería ver, y esperaba su paso con emoción, como si hubiera sido Gilberte, cuyos padres, impregnados, como todo lo que la rodeaba, de su fascinación, excitaban en mí tanto amor como ella, y hasta una turbación más dolorosa (porque su punto de contacto con ella era esa parte intestina de su vida que me estaba prohibida), y, por último (pues pronto supe, como ha de verse, que no les gustaba que yo jugase con su hija), ese sentimiento de veneración que siempre tributamos a quienes ejercen sin freno el poder de hacernos daño.

Asignaba yo a la sencillez la primacía en el orden de los méritos estéticos y de las grandezas mundanas cuando divisaba a Mme. Swann, a pie, cruzando deprisa, con una polonesa de paño, una pequeña gorra adornada con un ala de lofóforo, y un ramillete de violetas prendido en el corpiño, el paseo de las Acacias como si sólo hubiese sido ese el camino más corto para volver a casa y respondiendo con un guiño a los señores en carruaje que, reconociendo de lejos su silueta, la saludaban y se decían que nadie

tenía tanto chic. Pero en lugar de la sencillez, era el fasto lo que yo ponía en el más alto rango si, después de haber obligado a Françoise, que ya no podía más y decía que «se le metían» las piernas, a caminar arriba y abajo durante una hora, veía por fin, desembocando por la alameda que viene de la Porte Dauphine —imagen para mí de un prestigio regio, de una llegada soberana como ninguna reina de verdad pudo darme luego esa impresión, acaso porque la idea que tenía de su poder era menos vaga y más experimental—, arrastrada por el vuelo de dos fogosos caballos, delgados y bien perfilados como los que se ven en los dibujos de Constantin Guys[346], sustentando en su pescante a un enorme cochero con tantas pieles como un cosaco, junto a un pequeño groom que recordaba al «tigre» del «difunto Baudenord[347]», veía —mejor dicho, sentía imprimirse su forma en mi corazón mediante una nítida y agotadora herida— una incomparable victoria, un poco alta a propósito, que a través de su lujo «último grito» dejaba pasar alusiones a formas más antiguas, en cuyo fondo descansaba blandamente Mme. Swann, con los cabellos, ahora rubios con un solo mechón gris, ceñidos por una tenue cinta de flores, violetas la mayoría de las veces, de donde caían largos velos, con una sombrilla color malva en la mano, en los labios una sonrisa ambigua en la que yo no veía otra cosa que la benevolencia de una Majestad, y en la que había sobre todo la provocación de la cocotte, y que ella inclinaba dulcemente hacia las personas que la saludaban. En realidad, esa sonrisa decía a unos: «¡Claro que me acuerdo, era exquisito!»; a otros: «¡Cómo me habría gustado! ¡Fue mala suerte!»; y a otros también: «Pues si usted quiere. Voy a seguir un momento la fila y en cuanto pueda, me salgo». Cuando pasaban los desconocidos, dejaba flotar alrededor de sus labios una sonrisa indolente, como vuelta hacia la espera o al recuerdo de un amigo, y que hacía exclamar: «¡Qué hermosa!». Y sólo para algunos hombres reservaba una sonrisa agria, forzada, tímida y fría, que significaba: «Sí, mal bicho, sé que tienes lengua de víbora y que no puedes dejar de hablar. ¿Acaso me ocupo yo de ti?». Coquelin[348] pasaba perorando en un grupo de amigos que lo escuchaban y con la mano hacía a unas personas que iban en carroza un largo y teatral gesto de saludo. Mas

yo sólo pensaba en Mme. Swann y fingía no haberla visto, porque sabía que al llegar a la altura del Tiro de pichón[349] ordenaría a su cochero salirse de la fila y detenerse, para poder descender a pie la alameda. Y los días que me sentía con suficiente valor para pasar a su lado, arrastraba a Françoise en aquella dirección. En cierto momento, en efecto, era en el paseo para peatones donde, avanzando hacia nosotros, divisaba a Mme. Swann seguida por la larga cola de su traje malva, vestida, como el pueblo se figura a las reinas, con telas y ricos atavíos que las demás mujeres no llevaban, bajando a veces la vista sobre el puño de su sombrilla, prestando poca atención a las personas que pasaban, como si su gran ocupación y su objetivo hubiesen sido hacer ejercicio, sin pensar que la veían y que todas las cabezas se volvían hacia ella. En ocasiones sin embargo, cuando se había vuelto para llamar a su lebrel, lanzaba imperceptiblemente una mirada circular en torno suyo.

Hasta quienes no la conocían advertían una cosa singular y excesiva —o acaso una radiación telepática como las que desencadenaban aplausos entre la multitud ignorante en los momentos sublimes de la Berma— que debía de tratarse de alguna persona conocida. Se decían: «¿Quién es?», preguntaban en ocasiones a un transeúnte, o se permitían imprimir en su mente la toilette, como punto de referencia para amigos más enterados que no tardarían en informarles. Otros paseantes, parándose a medias, decían:

«¿Que no sabe quién es? ¡Mme. Swann! ¿No le dice nada? Odette de Crécy.

—¿Odette de Crécy? Claro, ya decía yo, esos ojos tristes… Pero ¿sabe?, ya no debe de estar en su primera juventud. Recuerdo haberme ido a la cama con ella el día de la dimisión de Mac-Mahon[350].

—Creo que hará usted bien no recordándoselo. Ahora es Mme. Swann, la esposa de un señor del Jockey, amigo del príncipe de Gales. Por lo demás, sigue estando soberbia.

—Sí, pero si la hubiese conocido entonces, ¡qué hermosa era! Vivía en un palacete muy raro, con chinerías. Recuerdo que estaba

molestándonos mucho el ruido de los vendedores de periódicos, y ella terminó obligándome a levantarme».

Sin oír los comentarios, a su alrededor yo percibía el murmullo indistinto de la celebridad. Mi corazón palpitaba impaciente pensando que aún debía transcurrir un momento antes de que todas aquellas gentes, entre las que, desolado, noté la ausencia de un banquero mulato por el que me sentía despreciado, viesen al joven desconocido al que no prestaban ninguna atención, saludar (sin conocerla, a decir verdad, aunque me creía autorizado a ello porque mis padres conocían a su marido y porque yo era el compañero de su hija) a aquella mujer de fama universal por su belleza, mala conducta y elegancia. Pero me encontraba ya muy cerca de Mme. Swann, y con el sombrero le hacía un saludo tan grandioso, tan exagerado, tan prolongado que ella no podía por menos de sonreír. Algunos se reían. Por lo que hace a ella, nunca me había visto con Gilberte, no sabía mi nombre, a sus ojos era simplemente —como un guarda del Bois, o el barquero o los patos del lago a los que echaba pan— uno de los personajes secundarios, familiares, anónimos, tan carentes de individualidad como un «papel de teatro», de sus paseos por el Bois. Algunos días, si no la había visto en la alameda de las Acacias, solía encontrármela en la alameda de la Reine-Marguerite, adonde van las mujeres que quieren estar solas, o dar la impresión de que quieren estarlo; sola, no estaba mucho rato, porque pronto se reunía con ella algún amigo, a menudo tocado con una «chistera» gris, que yo no conocía y que charlaba un buen rato con ella, mientras sus dos carruajes los seguían.

Esa complejidad del Bois de Boulogne que lo convierte en un lugar artificial y, en el sentido zoológico o mitológico del término, en un Jardín, he vuelto a encontrarla este año cuando lo atravesaba camino del Trianón[351], una de las primeras mañanas de este mes de noviembre en que, en París, y en las casas, la proximidad y la privación del espectáculo del otoño, que acaba tan deprisa que no

deja que asistamos a él, dan una nostalgia, una verdadera fiebre de hojas muertas que, a veces, impide hasta dormir. En mi cuarto cerrado se interponían desde hacía un mes, evocadas por mi deseo de verlas, entre mi pensamiento y cualquier objeto en el que fijara mi atención, y revoloteaban como esas manchas amarillas que a veces, miremos lo que miremos, danzan delante de nuestros ojos. Y esa mañana, al no oír caer la lluvia como los días anteriores, viendo al buen tiempo sonreír por las comisuras de las cortinas echadas como por las comisuras de una boca cerrada que deja escapar el secreto de su felicidad, me di cuenta de que esas hojas amarillas podría yo mirarlas traspasadas por la luz, en el apogeo de su suprema belleza; y sin poder resistirme más a ir a ver los árboles lo mismo que en otro tiempo, cuando el viento soplaba demasiado fuerte en mi chimenea, no podía dejar de partir hacia la orilla del mar, había salido para ir al Trianón, pasando por el Bois de Boulogne. Era la hora y era la estación en que el Bois parece tal vez más múltiple, no sólo porque está más subdividido, sino también porque lo está de otra manera. Hasta en las zonas descubiertas desde donde se abarca un amplio espacio, aquí y allá, frente a las sombrías masas lejanas de los árboles que no tenían hojas o aún tenían sus hojas de verano, una doble hilera de castaños de color anaranjado parecía, como en un cuadro recién empezado, lo único pintado hasta ese momento por el artista que no habría puesto color en el resto, y ofrecía su alameda a plena luz para el episódico paseo de personajes que sólo más tarde añadiría.

Más lejos, allá donde los árboles estaban cubiertos por todas sus hojas verdes, había uno, pequeño, achaparrado, desmochado y testarudo, sacudiendo al viento una rala cabellera roja. En otras partes empezaba a despertar aquel mes de mayo de las hojas, y las de una ampelosis maravillosa y risueña como un espino rosa de invierno, desde aquella misma mañana estaban todas en flor. Y el Bois tenía el aspecto provisional y ficticio de un vivero o de un parque donde, por interés botánico o por la preparación de una fiesta, acaban de instalarse, en medio de unos árboles de especie común todavía sin arrancar, dos o tres especies preciosas, de follajes fantásticos, que parecen reservar el vacío a su alrededor, dar aire y crear claridad. Así es la estación del año en que el Bois de Boulogne revela mayor

cantidad de esencias diversas y yuxtapone el mayor número de partes distintas en un conjunto compuesto. Y también era ésa la hora. En los sitios donde los árboles todavía conservaban sus hojas, parecían sufrir una alteración de su materia a partir del punto en que los tocaba la luz del sol, casi tan horizontal por la mañana como lo estaría unas horas más tarde, en el momento del incipiente crepúsculo, cuando se enciende como una lámpara, proyecta a distancia sobre el follaje un reflejo artificial y cálido, y hace llamear las hojas más altas de un árbol que no es otra cosa que el candelabro incombustible y opaco de su incendiada copa. Aquí esa luz se espesaba como ladrillos, y como una amarilla manipostería persa de dibujos azules, cimentaba toscamente contra el cielo las hojas de los castaños; allá, por el contrario, las separaba de ese cielo al que tendían sus crispados dedos de oro. A media altura de un árbol revestido de viña virgen, se injertaba y hacía abrirse, imposible de discernirse nítidamente en tanta fulguración, un inmenso ramo como de flores rojas, una variedad acaso de clavel. Las distintas partes del Bois, mejor entreveradas en el estío gracias al espesor y la monotonía del follaje, aparecían bien individualizadas. Espacios más despejados revelaban el arranque de casi todas, o bien un follaje suntuoso lo señalaba como una oriflama. Como en un mapa en color podían distinguirse Armenonville, el Pré Catelan, Madrid, el Hipódromo, las orillas del Lago[352]*. De vez en cuando apuntaba alguna construcción inútil, una gruta artificial, un molino al que los árboles, apartándose, hacían sitio, o que un prado proyectaba hacia adelante sobre su mullida plataforma. Se sentía que el Bois no era un simple bosque, que respondía a una finalidad ajena a la vida de sus árboles; la exaltación que yo sentía no estaba provocada sólo por la admiración del otoño, sino por un deseo. ¡Inmenso manantial de una alegría que siente el alma al principio sin reconocer su causa, sin comprender que nada externo la motiva! Y así miraba yo los árboles con una ternura insatisfecha que los sobrepasaba y se encaminaba, sin yo saberlo, hacia aquella obra maestra de las hermosas paseantes que la arboleda encierra todos los días durante varias horas. Iba camino del paseo de las Acacias. Cruzaba oquedales donde la luz de la mañana que les imponía*

nuevas divisiones, podaba los árboles, acoplaba los diversos tallos y componía ramilletes. Con destreza la luz atraía hacia sí dos árboles; y con la ayuda de las poderosas tijeras del rayo de luz y de la sombra, cortaba en cada uno la mitad de su tronco y de sus ramas, y, entrelazando juntas las dos mitades restantes, formaba con ellas una única pilastra de sombra, delimitada por el fulgor del entorno, o un único fantasma de claridad cuyo artificial y trémulo contorno rodeaba una red de oscura sombra. Cuando un rayo de sol doraba las ramas más altas, parecía como si, empapadas en una humedad centelleante, emergiesen solas de la atmósfera líquida color de esmeralda donde el oquedal entero estaba sumergido como bajo la superficie del mar. Porque los árboles seguían viviendo su vida propia y, cuando no tenían ya hojas, esa vida brillaba todavía mejor sobre la vaina de terciopelo verde que envolvía sus troncos o en el blanco esmalte de las esferas de muérdago diseminadas en la copa de los álamos, redondas como el sol y la luna de La creación de Miguel Angel[353]*. Mas, forzados desde hacía tantos años por una especie de injerto a convivir con la mujer, evocaban para mí a la dríade, a la bella mundana rauda y coloreada que al pasar cubren con sus ramas, obligándolas a sentir, como ellos, la fuerza de la estación; me recordaban los tiempos felices de mi confiada juventud, cuando acudía, ávido, a esos lugares donde unas obras maestras de elegancia femenina se hacían realidad un instante entre los follajes inconscientes y cómplices. Mas la belleza cuyo deseo inspiraban los abetos y las acacias del Bois de Boulogne, más turbadores en este aspecto que los castaños y las lilas del Trianón que pronto había de contemplar, no estaba plasmada fuera de mí en los recuerdos de una época histórica, en alguna obra de arte, en un templete consagrado al Amor a cuyo pie se amontonan las hojas palmeadas de oro. Llegué a las orillas del Lago, fui hasta el Tiro de pichón. La idea de perfección que en mí llevaba, la había prestado entonces a la altura de una victoria, a la flaqueza de aquellos caballos furiosos y ligeros como avispas, con los ojos inyectados de sangre como los crueles caballos de Diomedes*[354]*, y ahora, presa de un deseo de volver a ver lo que un día había amado, no menos ardiente que aquel otro que muchos*

años antes me empujara por aquellos mismos caminos, quería tenerla de nuevo ante los ojos, en el momento en que el enorme cochero de Mme. Swann, vigilado por un pequeño groom que abultaba como un puño y tan infantil como un san Jorge, intentaba dominar sus alas de acero que se debatían asustadas y palpitantes. ¡Ay!, ya no había más que automóviles conducidos por bigotudos mecánicos acompañados por lacayos de gran estatura. Quería ver con los ojos de mi cuerpo, para saber si eran tan seductores como los veían los ojos de mi memoria, aquellos sombreritos femeninos tan aplastados que parecían una simple corona. Ahora todos eran inmensos, cubiertos de frutas y de flores y de pájaros variados[355]. En lugar de los hermosos vestidos con los que Mme. Swann parecía una reina, túnicas greco-sajonas realzaban con pliegues de Tanagra[356], y a veces en estilo Directorio, unos trapos liberty[357] sembrados de flores como papeles pintados. Sobre la cabeza de los caballeros que habrían podido pasear con Mme. Swann por la alameda de la Reine-Marguerite, no encontraba el sombrero gris de antaño, ni siquiera ningún otro. Iban con la cabeza descubierta. Y yo ya no tenía fe alguna que infundir a todas aquellas partes nuevas del espectáculo para darles consistencia, unidad y existencia; pasaban dispersas delante de mí, al azar, sin verdad, sin contener en sí mismas ninguna belleza que mis ojos hubiesen podido, como antaño, esforzarse por componer. Eran unas mujeres cualesquiera, en cuya elegancia no tenía yo ninguna fe y cuyas toilettes me parecían insignificantes. Mas cuando una creencia desaparece, le sobrevive —y con mayor viveza para enmascarar la falta del poder que hemos perdido para dar realidad a las cosas nuevas— un apego fetichista a las cosas antiguas que ella había animado, como si en ellas y no en nosotros residiese lo divino y como si nuestra actual incredulidad tuviera una causa contingente, la muerte de los Dioses.

¡Qué horror!, me decía: ¿cómo es posible que encuentren en estos automóviles la elegancia de los antiguos troncos de caballos? Puede que sea demasiado viejo —mas no estoy hecho para un mundo donde las mujeres se arrebujan en vestidos que ni siquiera son de paño. ¿De qué sirve venir bajo estos árboles si ya no existe nada de lo que se

adunaba bajo estos delicados follajes enrojecidos, si la vulgaridad y la insensatez han sustituido toda aquella exquisitez que le servían de marco? ¡Qué horror! Mi consuelo es pensar en las mujeres que conocí, hoy que ya no hay elegancia. Pero ¿cómo gentes que contemplan a estas horribles criaturas bajo sus sombreros rematados por una pajarera o un huerto podrían concebir siquiera la fascinación de ver a Mme. Swann con un sencillo capote malva o con un sombrerito rematado por una única flor de lirio muy derecha? ¿Habría logrado siquiera hacerles comprender la emoción que yo sentía ciertas mañanas de invierno cuando encontraba a Mme. Swann a pie, con su abrigo de nutria y un sencillo gorro rematado por dos hojas de plumas de perdiz, pero enteramente inmersa en la artificiosa tibieza de su piso, que sólo evocaba el ramito de violetas aplastado contra el corpiño, y cuyo vivido y azul florecimiento frente al cielo gris, al aire helado y a los árboles de ramas desnudas, poseía el mismo encanto de equiparar la estación y el tiempo con un marco, y de vivir en una atmósfera humana, en la atmósfera de aquella mujer, que tenían en los jarrones y las jardineras de su salón, junto al fuego encendido, delante del sofá de seda, las flores que miraban caer la nieve por la ventana cerrada? Además, no me hubiese bastado que las toilettes fueran las mismas que en aquellos años. Debido a la solidaridad que mantienen entre sí las diferentes partes de un recuerdo y que nuestra memoria mantiene en equilibrio dentro de un conjunto del que no podemos quitar ni rechazar nada, habría querido poder pasar el final de la jornada en casa de una de aquellas mujeres, delante de una taza de té, en un piso de paredes pintadas en tonos oscuros, como era entonces el de Mme. Swann (el año siguiente al que concluye la primera parte de este relato), y donde brillarían los fuegos anaranjados, la roja combustión, la llama rosa y blanca de los crisantemos en el crepúsculo de noviembre, en momentos semejantes a aquellos en que (como más tarde se verá) yo no había sabido descubrir los placeres que deseaba. Pero ahora, incluso aunque no me conducían a nada, esos instantes parecían tener por sí mismos encanto suficiente. Quería volver a encontrarlos idénticos a como los recordaba. ¡Ay!, ya no había más que pisos Luis XVI todo blancos y esmaltados de hortensias azules. Además, ahora se volvía a París

tardísimo. Mme. Swann me hubiera hablado de un castillo del que no regresaría hasta febrero, mucho después del tiempo de los crisantemos, si le hubiese pedido que reconstruyera para mí los elementos de aquel recuerdo ligado a un año remoto, a una fecha hacia la que no me estaba permitido retroceder, elementos de un deseo tan inaccesible como el placer que antaño había perseguido inútilmente. Y, para mí, también habría sido menester que fuesen las mismas mujeres, aquellas cuya toilette me interesaba porque, en ese tiempo en el que aún creía, mi imaginación las había individualizado y las había dotado de una leyenda. ¡Ay!, en la avenida de las Acacias — la alameda de los Mirtos —todavía vi algunas, envejecidas, y que no eran más que las sombras terribles de lo que habían sido, vagando, buscando desesperadamente no se sabe qué en los bosquecillos virgilianos. Hacía mucho que habían huido mientras yo seguía interrogando inútilmente a los desiertos caminos. El sol se había puesto. La naturaleza volvía a reinar en el Bois, del que había volado la idea de que era el Jardín elíseo de la Mujer; por encima del molino falso[358] el verdadero cielo estaba gris; el viento encrespaba el Gran Lago con olas mínimas, como un lago; grandes pájaros sobrevolaban velozmente el Bois, como un bosque, y lanzando gritos estridentes iban a posarse uno tras otro en las grandes encinas que, bajo su corona druídica y con una majestad dodónea[359], parecían proclamar el vacío inhumano del bosque secularizado, y me ayudaban a comprender mejor la contradicción de buscar en la realidad los cuadros de la memoria: siempre les faltará la fascinación que les viene de esa misma memoria y que no pueden ser percibidos por los sentidos. La realidad que había conocido ya no existía. Bastaba que Mme. Swann no llegase idéntica y en el mismo instante para que la Avenida fuese otra. Los lugares que hemos conocido sólo pertenecen al mundo del espacio donde, para mayor facilidad, los situamos. No eran más que una delgada franja en medio de impresiones contiguas que formaban nuestra vida de entonces; el recuerdo de una cierta imagen no es más que la nostalgia de un cierto instante; y las casas, los caminos, los paseos, son fugaces, ¡ay!, como los años[360].

Resumen

Por el camino de Swann

El sueño, el despertar (7-12).

NOTA El sueño, el despertar (7-12). (Esta paginación solo remite a la edición en papel: Valdemar Clásicos, primera edición, Mayo 2000. La reproduzco en la edición digital por si se necesita búsqueda rápida en la edición en papel).

El pasado, la noche, distintos modos de despertar en medio del sueño; la sensación de la existencia afloraba en mi cuerpo, despertando en la memoria otros lugares, otros cuartos del pasado (9); los veranos en Combray, en Tansonville (10). Cuartos de invierno; cuartos de verano, el cuarto estilo Luis XIV (10); el hábito (11).

Memoria de Combray (12-16).

Mi cuarto en Combray; la linterna mágica: Golo y Genoveva de Brabante (12). Después de la cena, las vueltas por el jardín bajo la lluvia de mi abuela, a la que gasta bromas la tía abuela (14). Mi

refugio: un cuartito que huele a lirios y a grosella. El beso de buenas noches de mi madre (15). Los días de recepción y cena (16).

Las visitas de M. Swann (16-23).

La llegada de M. Swann (16). Mi abuelo y el padre de M. Swann: la muerte de su esposa (17). La ignorada vida social de Charles Swann, agente de cambio que se codea, sin que nadie lo sepa, con los círculos más aristocráticos (18); su afición por las antigüedades y la pintura (19); opiniones de la tía abuela sobre la vida, costumbres y aficiones de Swann (19). La personalidad social de la gente: una creación del pensamiento de los demás (21). Mme. de Villeparisis: opiniones de la abuela sobre su clase social (22) y de la tía abuela sobre Swann (23). Las hermanas de la tía abuela y el vino de Asti.

El beso de buenas noches (24-41).

Las cenas con invitados: la privación del beso (24). La visita de Swann: extraña manera de las hermanas de la abuela de darle las gracias por el vino regalado (26). Nos enteramos de las relaciones sociales de Swann por la prensa; el Corot de Swann (27). Horror de tía Céline por Saint-Simon (27). El beso por anticipado; la angustia de la escalera hacia mi cuarto que tengo que subir a contracorazón (28). Nota a mi madre; el código de Françoise (29). Angustia comparable a la ansiedad amorosa, igual a la que Swann sufrió en el pasado (30). Negativa de mi madre a subir (31). Decido esperarla en la escalera. Conversación de la familia tras la marcha de Swann (33). Me abalanzo hacia mi madre cuando sube para acostarse (34). Miedo a la llegada de mi padre, que autoriza a mi madre a quedarse conmigo (35). Comparación de la actitud de mi padre con la del Abraham de Benozzo Gozzoli: su arbitrariedad frente a la severidad de mi madre y mi abuela para fortalecer mi voluntad (36). Los libros, regalo de cumpleaños de la abuela; sus ideas sobre los libros, los regalos y el arte (39). George Sand: François le Champí leído por mamá (40): entonación de su voz en la lectura; alivio al final de la noche (41).

Combray y la memoria involuntaria. La magdalena en el té (42-47).

Recuerdo del tren acercándose a Combray, la última semana de Pascua. La ciudad bañada en la irrealidad de la memoria infantil: la memoria involuntaria sólo devuelve un «lienzo luminoso», una parte de Combray, ciudad probablemente muerta para mí. Creencia céltica en la reencarnación de las almas y la resurrección del pasado, latente en algún objeto material (42). La magdalena en el té: resurrección de la magdalena que me ofrecía los domingos por la mañana tía Léonie, y con ese sabor reaparecen la casa y la ciudad de Combray (43).

Vista exterior de la ciudad: la iglesia como centro (47).

Domingos de Combray. Françoise y tía Léonie (48-67).

Las dos habitaciones de tía Léonie y sus costumbres (48); su constante monólogo; el beso de tía Léonie, los domingos y el té y la tila que yo le preparaba (49). Retrato de Françoise. Atenciones de mamá con Françoise (51). La hora de la pepsina: la vida de Combray desde la ventana de tía Léonie, que habla con Françoise de todo lo que ve desde su cuarto (52). Los espárragos; la niña nueva de Mme. Goupil (53): un desconocido es, en Combray, un dios mitológico (54). Acompaño a mis padres a misa: el pórtico, las vidrieras de la iglesia de Combray (56); los tapices de la coronación de Ester (57), el ábside, el campanario de Saint-Hilaire (59) y la visión de la abuela (60). Comparación con otros campanarios (62). El regreso de misa: encuentros con M. Legrandin; su retrato (63). Eulalie y sus visitas dominicales a tía Léonie (64). Françoise y sus comidas de los domingos (66).

La tarde del domingo. El tío Adolphe. Bloch y el descubrimiento de Bergotte. (67-92).

Me entretengo en el jardín después de comer, antes de volver a mi cuarto; la despensa de Françoise, «templo de Venus». El gabinete de tío Adolphe (67). Mi amor platónico por el teatro: fascinación ante los carteles de las obras (68). Actores y actrices (69). Mi visita a casa del tío Adolphe en París: la «dama de rosa». (70); su relación con mi padre (72). Desavenencias entre tío Adolphe y mi familia por esa visita. Combray: subo a leer a mi cuarto. La fregona, embarazada (74): Swann la compara con la Caridad del Giotto (75).

Bajo el castaño (77).

Los personajes de la novela y la emoción del lector (78). Nostalgia durante dos veranos de un país montañoso y fluviátil, debido a la lectura; el sueño de una mujer que me amase (79); el sonar de las horas en el campanario de Saint-Hilaire (80). La hija del jardinero: desfile del cuerpo de coraceros por Combray, y discusión de Françoise con el jardinero (81). Mi compañero Bloch me inicia en Bergotte; su manera de hablar; Bloch y mi familia. El especial recibimiento del abuelo a mis amigos judíos (83). Bloch desagrada a mis padres y no vuelve a ser recibido en casa (85). Mi admiración por el estilo de Bergotte; la de otras personas: el doctor Du Boulbon, Swann, que conoce a Bergotte (89). Conversación con Swann sobre Bergotte, sobre la Berma; prestigio a mis ojos de la hija de Swann, amiga de Bergotte (91).

El trantrán de tía Léonie (92-100).

La pepsina de tía Léonie (92). Los paseos bajo la lluvia de la abuela (93). La visita del cura en las horas de Eulalie; un pintor en la

iglesia. Opiniones del cura sobre la iglesia de Saint-Hilaire (94) y sus saberes etimológicos (95); la vidriera de Gilberto el Malo, sire de Guermantes (96). Envidia y celos de Françoise (98). El «pequeño trantrán» de tía Léonie, alterado por el parto de la fregona (99). Despierto a tía Léonie en medio de una pesadilla (100).

Los sábados. El mes de María. M. Vinteuil y su hija (100-108).

Los almuerzos del sábado, desde una hora antes (100). El mes de María y los espinos blancos en el altar de la iglesia; M. Vinteuil, y su hija con trazas de chico (102). Regreso nocturno por el paseo del Calvario, bajo la luna (104). Sueños de cataclismos domésticos de tía Léonie (105) y su fantasía de peripecias imaginarias; desconfianza recíproca de Françoise y tía Léonie (106). La «mecánica» de la vida en la corte de Luis XIV, según Saint-Simon (108).

Los domingos por la tarde. El comportamiento de M. Legrandin (108-120).

El incidente con M. Legrandin, que mi padre cuenta al consejo de familia reunido en el cuarto de tía Léonie; su extraña actitud al encontrárnoslo en compañía de una castellana de la vecindad (108). Su amabilidad al día siguiente, en que cita un verso de Paul Desjardins (109). Bajo a la cocina; los espárragos; Françoise mata un pollo (109). Françoise, entre la dulzura y la crueldad; las «tragedias de despensa»: su actitud cruel ante los cólicos de la fregona noches después del parto (111). Saludo elegante y excesivo de Legrandin, de quien no sabíamos que fuera un esnob, al ser presentado a una dama (113). Su guiño clandestino a mi padre; mi cena en casa de Legrandin (114). Su relación y su esnobismo con los Guermantes; los dos Legrandin (116). Tras hacer una evocación lírica de Balbec, Legrandin

se niega a presentarnos a sus amistades de la región, o a su hermana, Mme. de Cambremer (118).

Las dos partes de Combray. La vuelta de los paseos: la parte de Méséglise, o de Swann, y La parte de Guermantes (120-122).

Regreso a casa temprano para dar las buenas noches a tía Léonie, antes de la cena; la puesta de sol durante la vuelta (120). Las dos partes de Combray: el panorama de llanura (la parte de Méséglise, o parte de Swann) y el paisaje de río, o parte de Guermantes (121).

La parte de Swann (122-148).

La parte de Swann, con el aroma de los lilos de su parque, que un día, estando Swann ausente, bordeamos (122); su estanque (123); los espinos blancos en el camino de Tansonville (124); el espino rosa (125). Aparición de una niña de pelo rubio rojizo (127), acompañada por una dama de blanco y un señor vestido de dril; el nombre de Gilberte (128). Relato del paseo, hecho por el abuelo a tía Léonie, que piensa en volver a ver Tansonville; su renuncia a salir de casa (129). Magia del nombre de Swann, casi mitológico (129); mi despedida de los espinos blancos antes de regresar a París (130). El viento en la parte de Méséglise; los manzanos y su sombra redonda sobre tierra; la luna blanca en el cielo de la tarde (131); su imagen en las obras de arte.

Montjouvain. M. Vinteuil y su hija. Encuentro con Swann (133-134).

Montjouvain, la casa de M. Vinteuil, a cuya hija encontrábamos en los paseos acompañada de una amiga; rumores de la gente sobre esa amistad (133) y bromas del doctor Percepied. Dolor, vergüenza y consunción de M. de Vinteuil antes de morir; amabilidad de Swann con el Vinteuil caído, que por delicadeza no acepta una invitación a su hija (134).

De nuevo en la parte de Méséglise (135-136).

El clima inseguro de la parte de Méséglise; nos refugiábamos de la lluvia en el bosque de Roussainville o bajo el pórtico de Saint-André-des-Champs (135). Françoise y Théodore, personajes medievales. Roussainville, castigado en la distancia por la lluvia (136).

Otoño en Combray. Muerte de tía Léonie. Mlle. de Vinteuil años más tarde. Naturaleza del sadismo (137-148).

Combray con mal tiempo. La muerte de tía Léonie. El dolor de Françoise (137). Mis paseos de aquel otoño tras la lectura: la charca de Montjouvain (139). Nacimiento y exaltación de mi deseo de ver surgir una campesina y abrazarla (140). Identificación de aquella tierra con sus criaturas; la fascinación de la mujer (141). Mis plegarias al torreón de Roussainville; el gabinete con olor a lirios de Combray y mis experiencias onanistas (142). Escena de Mlle. Vinteuil en Montjouvain y su amiga: brota en mí la idea del sadismo. Recuerdo de los últimos días de M. Vinteuil (143). El retrato del padre (144). Ideas sobre el mal y el sadismo (146). Mlle. Vinteuil, una sádica sentimental y virtuosa (147); su identificación del placer con el mal (148).

La parte de Guermantes (148-165).

El paseo con tiempo seguro: La parte de Guermantes. Salida por la puertecilla del jardín a la calle des Perchamps, hoy desaparecida y devuelta a la vida por mi ensoñación (148). La calle de «L'Oiseau». El curso del río Vivonne y el Puente Viejo (149). El pescador desconocido; las ruinas del castillo de los antiguos señores de Guermantes. Los botones de oro (150). Los niños echan garrafas al Vivonne para coger pececillos. Las plantas acuáticas: el nenúfar atravesado en la corriente: los condenados de Dante (151). Los jardines de ninfeas (152). La joven solitaria en la casa de recreo. Las fuentes del Vivonne, inalcanzables como Guermantes y sus duques (153).

Sueños y realidad de Mme. de Guermantes (155-158).

Identificación de Guermantes con la región fluviátil descrita en uno de mis autores preferidos. Sueños con Mme. de Guermantes (155) y desalientos de un futuro escritor, que tiene conciencia de la nulidad de su pensamiento: mi renuncia por siempre a la literatura en los momentos de desánimo (155). Boda de la hija del doctor Percepied: la duquesa de Guermantes en la capilla de Gilberto el Malo. Mi decepción (156). Las miradas de Mme. de Guermantes (157). La descendiente de Genoveva de Brabante comparada con otras mujeres de Combray (158). Su sonrisa.

Desilusiones de un escritor en ciernes. Los campanarios de Martinville (159-162).

Mi desolación ante la idea de renunciar a convertirme en escritor (159). Las sensaciones que recogía del paisaje durante mis paseos: impresiones de forma, de aroma, de color, que esconden algo cuyo descubrimiento exigía una fuerza que a mí me faltaba. Encuentro con el carruaje del doctor Percepied (160), de visita a un enfermo: diviso los dos campanarios de Martinville y el de Vieuxvicq: ahora sí trato de

ahondar en la impresión que dejan (161), y la escribo en el mismo carruaje del doctor Percepied (162); mi exaltación ante el hecho de la creación literaria.

De la euforia a la tristeza: al regreso tardío del largo paseo por La parte de Guermantes seguiría la cena y, acto seguido, me mandarían a la cama, y mi madre no subiría a darme el beso de buenas noches; intermitencias de mis estados de ánimo (163).

La parte de Méséglise y la de Guermantes: sedimentos de la vida intelectual que mi exaltación ha transportado a través de la sucesión de los años, «yacimientos profundos de mi sueño mental». (164). La realidad tal vez se forme en la memoria (165).

Despertar del durmiente (165-167).

Los recuerdos de Combray en mis tristes noches sin sueño; despertar, en la duermevela, de la conciencia (166): el cuarto recompone su realidad a medida que las primeras rayas blancas del alba rectifican la morada que yo había ido construyendo en las tinieblas (167).

Segunda parte Un amor de Swann

El cogollito de los Verdurin (171-181).

El salón de Mme. Verdurin, con su credo para los «fieles» y habitués. El pianista protegido de cada año y el doctor Cottard. Desarrollo de las veladas (171). Odette de Crécy introduce a Charles Swann en el círculo de los Verdurin (173). Carrera mundana y amorosa de Swann (173). Utilización de sus amistades, entre ellas mi abuelo, para relacionarse con mujeres (175). Primer contacto de Swann con Odette en un teatro. A Swann, la belleza de Odette no le inspira deseo alguno, se opone incluso al tipo de belleza que sus sentimientos reclamaban (178). Odette lo visita en su casa y, acosado,

va naciendo en Swann un amor sin deseo previo, un hábito a ella (179). Gusto de Swann por las mujeres de origen oscuro (180).

Presentación de Swann en el círculo de los Verdurin (181 —203).

El doctor Cottard y su inseguridad (181). Mme. Verdurin y sus melindres de sociedad (182). La tía del pianista (185). Las neuralgias musicales de Mme. Verdurin (187). Odette y Swann en el diván de Beauvais (188). La sonata en fa sostenido de Vinteuil, ya oída el año anterior por Swann (189). La pequeña frase (190). Vinteuil, enfermo, al cuidado del doctor Potain. Swann causa buena impresión a Mme. Verdurin (194) y empieza a frecuentar sus reuniones, en las que desagradan y sorprenden sus amistades con altas personalidades del Estado (195). Antes de las veladas, Swann se entretiene con una obrerita; luego se encuentra con Odette. La pequeña frase de la sonata se convierte en el himno nacional de su amor, aunque ahora empieza a sentir desencanto (197). Swann acompaña a Odette, tras las veladas, a su palacete de la calle La Perouse; el crisantemo; las dos ocasiones en que Swann fue a tomar el té a casa de Odette (198).

Interior de una cocotte: Odette entre la moda japonizante y el mal gusto (199); las catleyas y los bibelots de Odette descritos durante el primer té de Swann en su casa (200). Segunda visita de Swann: el parecido de Odette con la Seforá de un fresco de Botticelli (201). Odette, obra florentina materialización de los gustos artísticos de Swann (202). Previsiones de Swann para mantener vivo el amor: sus cartas de fingidos reproches para provocar respuestas llenas de ternura de Odette (203).

Las catleyas. Radiografía íntima de Odette (204-225).

Una noche en la que Swann se ha entretenido demasiado con la obrerita, Odette se ha marchado ya de la velada de los Verdurin (203),

que se dan cuenta de su inquietud y se burlan a espaldas suyas (205). Swann se lanza en su búsqueda (206) y recorre con angustia los restaurantes y cafés de moda sin éxito (207). Encuentro por sorpresa de Odette: el ramo de catleyas (209). Posesión, esa noche, de Odette (210). «Hacer catleya». Swann se convierte en su amante y la acompaña a casa todas las noches (211). El amor va transformando a Swann; visitas nocturnas; la pequeña frase asociada a su amor (213). Swann, libre del tormento de los celos; su amor obedece a leyes inmutables y naturales (214). Odette lo visita en su casa; falta de curiosidad de Swann por la vida pasada y diurna de Odette (216). Odette vista por Swann; Swann visto por Odette (217). La sed de chic de Odette (218). Su afición a las antigüedades (219). Sus ideas vulgares, su mal gusto, que Swann aprecia (221), y que le fascinan hasta el punto de adoptarlos: en primer lugar, el círculo de Mme. Verdurin, a quien llega a admirar (223).

Cena en honor del conde de Forcheville y desgracia de Swann (225-239).

Un «nuevo» en el clan de los Verdurin: el conde de Forcheville (225). El profesor Brichot y Blanca de Castilla (225). El ingenio del pintor (228). La ensalada japonesa de Francillon (230). Revelación por Forcheville de las relaciones aristocráticas de Swann y el mal efecto que causan en el círculo de los Verdurin (232). Saniette y sus mentiras (234). Velada tras la cena: Forcheville elogia a Odette (235). Mme. Verdurin le invita a un almuerzo con ella a espaldas de Swann (236). La sonata: refugio para un Swann celoso (237). Forcheville y Swann comparados por los Verdurin (238): Swann cae en desgracia entre el cogollito (239).

El amor de Swann: la mujer mantenida (240-258).

Swann regala joyas y dinero a Odette (240). Pereza mental de Swann para seguir pensando en Odette como mantenida (241). Swann reanuda su vida social, mientras los Verdurin, con la llegada de la primavera, organizan cenas fuera de casa en los alrededores de París (242). Agitación de Swann ante la presencia de Odette, que llega a reconocer en público sus relaciones (243). Una noche, no hay catleyas; Odette le despide temprano, pero, de regreso en casa, a Swann le asaltan las sospechas. Vuelve a casa de Odette (244). Se equivoca de ventana y al ver una encendida imagina a Odette con otro (245).

La invasión de los celos (247). Durante la «ejecución» de Saniette por su cuñado Forcheville, Swann sorprende una mirada de complicidad entre Odette y el conde (248). Visita inesperada de Swann a casa de Odette: no le abre nadie, aunque ha oído pasos; vuelve más tarde y Odette está; también estaba antes. Las explicaciones son, para Swann, mentiras (249) que avivan sus celos y su desaliento (250). Swann lee la carta a Forcheville que Odette le ha confiado para echarla al correo (252). Sus celos tienen una base (253). Proyecto de una cena de los Verdurin en Chatou, a la que Swann no es invitado (254); esa misma noche, Mme. Verdurin mete a Odette en su carruaje junto a Forcheville (255). Swann es excluido del clan de los Verdurin, que ahora le parece ridículo y necio. Imagina la velada del día siguiente en Chatou (257).

Los Verdurin: obstáculo para el encuentro de Swann y de Odette (259-286).

La Ópera Cómica y Une nuit de Cléopátre (259). Escenas y argumentos de Swann para que Odette rompa sus compromisos (260). De Odette desaparece la antigua fascinación, pero Swann sigue poniendo la misma pasión en su intento de captarla. Excursiones de Odette con los Verdurin y Forcheville por la región de París: Pierrefonds (261). Agitación dolorosa ante esas ausencias de Odette, que provocan en Swann planes insensatos (262). Intervención del Narrador, que recuerda los días felices de Combray (264). El

restaurante Lapérouse. Sospechas de mentira en cada palabra de Odette (265), que aún mantiene con él algunas delicadezas: demostrarle a Forcheville el ascendiente que sobre ella tiene Swann (266).

Sucesión de sospechas, de angustia y ternura, de dudas y sosiego (267). El festival de Bayreuth: proyecto de viaje (268) que paga Swann y se realiza sin él: Odette ha invitado a los Verdurin y a Forcheville (269). Oscilación entre la ternura y las sospechas (270). La necesidad de Odette (271) y de la música.

Intentos frustrados de Swann para espaciar sus visitas a Odette. Vaivenes de los mecanismos del amor (272). El amor de Swann: una enfermedad que invade todos los actos de su existencia, y que «ya no es operable» sin destruirle por completo. Regreso ocasional de Swann a la vida mundana (273), donde encuentra un refugio no en su personalidad de Charles Swann, sino en su papel de «Swann hijo». (276). La ayuda del barón de Charlus en sus amores (277). La de mi tío Adolphe, que aconseja a Swann dejar de ver a Odette durante un tiempo (278). Pesquisas sobre las salidas de Odette (280). Angustia por no saber lo que su amante hace durante el día (281), que lleva a Swann a desear la muerte de Odette. Los días del Hipódromo (283). Entre la Odette de ayer y la de hoy (284). Tiranías de una Odette irritable (286).

Velada en casa de la marquesa de Saint-Euverte (287-313).

Swann envía a Charlus a casa de Odette y él se queda en la velada de la marquesa de Saint-Euverte. Melancólica indiferencia por todo lo que no afecte a su amor: grooms (287) y criados (288). Los monóculos de los invitados: Froberville (290), Bréauté, Forestelle, Saint-Candé, Palancy (291). Del Orfeo a Liszt; Mme. de Cambremer, Mme. de Franquetot y la marquesa de Gallardon y su parentesco con los Guermantes (292). Llegada de la princesa des Laumes (293). Preludio y polonesa de Chopin al fondo (295). La marquesa de Gallardon aborda a su prima, la princesa des Laumes (296). Mme. de Saint-

Euverte descubre a la princesa, que demuestra agudeza e ingenio hablando con el general de Froberville (299). La nobleza de Imperio (300). La princesa des Laumes y Swann (302), que presenta al general de Froberville a Mme. de Cambremer (305).

Congojas del amor, alivio de la pequeña frase de Vinteuil. Malestar de Swann, borrada enseguida por la ejecución de la pequeña frase de Vinteuil, que le devuelve los recuerdos de su amor por Odette (306). El otro Swann: acuidad del dolor; el violín (308). Vinteuil, hermano desconocido y sublime en el dolor (309). Existencia humana de la frase (311). Swann comprende que el viejo sentimiento de Odette por él no renacerá nunca; naufragio de sus esperanzas de felicidad (313).

El amor muerto (314-338).

Proyectos de viajes imposibles por parte de Swann, que los sueña (314). Esperanza en un accidente que cause la muerte de Odette: Mahomet II apuñalando a su amada (315). Viaje de Odette y Forcheville a Egipto. La carta anónima sobre los amantes de Odette: sospechas de Swann sobre su autor (316). Pereza mental sobre el fondo de la acusación (319). Les Filles de marbre: las posibles relaciones homosexuales de Odette con Mme. Verdurin (320). Interrogatorio de Odette (321).

Revelaciones desgarradoras sobre la vida de Odette: su pasado homosexual (322). Odette y la alcahueta (327). Mentiras de Odette: el día de la fiesta París-Murcia estaba con Forcheville (328). La sombra de la sospecha cae sobre todo su pasado, sobre aquellos días «demasiado felices» en que Odette le había amado (329). Swann trata de informarse en casas de citas (330).

Los Verdurin compran un yate en el que Odette hace frecuentes cruceros; uno de ellos dura casi un año; alivio momentáneo, gracias a esa ausencia, de la angustia de Swann (331). Encuentro de Swann con Mme. Cottard, que ha regresado antes: según ella, Odette le adora (332). Sosiego de Swann, que ve debilitado su amor y, por tanto, su sufrimiento (334). Pero vuelve una vez más la Odette que le hace

sufrir: sueño del acantilado, con Odette y Napoleón III escabulléndose del grupo, mientras Swann se desdobla (335).

Tras el sueño, decide ir a Combray, a casa de Mme. de Cambremer (337). Vuelve a ver la imagen de Odette en su sueño, y decide que ha echado a perder varios años de su vida con una mujer que ni siquiera era su tipo. Swann, curado definitivamente del amor (338).

Tercera parte. Nombre de países.

El nombre, sueño sobre nombres de lugares (341-350).

Las habitaciones de mis insomnios: la del Grand-Hôtel de Balbec. Frente al Balbec soñado, el real, con sus días de tempestad y sus vientos (341). Balbec descrito por Legrandin y por Swann; la iglesia de Balbec (342). El bello y generoso tren de la una y veintidós. La primavera florentina sustituye en mis sueños al viaje a Combray por Pascua (343). Los nombres y su poder de evocación (344). Nombres de lugares normandos (345). Proyecto de viaje a Florencia y Venecia por Pascua. Los sueños de mi imaginación sobre esas ciudades desconocidas (347). Acatarrado, el médico no me permite viajar ni ir al teatro a oír a la Berma: salida a los Champs-Elysées bajo la vigilancia de Françoise (350).

Juegos en los Champs-Elysées. Encuentro con Gilberte (350-374).

Una niña pelirroja juega al volante en los Champs-Élysées: Gilberte Swann. El nombre de Gilberte (350). Vulgaridad del lenguaje de Françoise. La partida de marro de la pandilla de niñas, que un día me invitan a jugar. Ausencias de Gilberte (351). Angustia ante el mal

tiempo y los días de lluvia. El rayo de sol sobre la piedra del balcón (352). Días con nieve: la vieja dama que lee los Débats (353). Llegada inesperada de Gilberte, deslizándose sobre la nieve: avances del amor (354) y sus tormentos (355). La falta de correspondencia en el amor. Las dos Gilberte: la niña de mis sueños y la niña real: rectificación del sueño (356). Regalos de Gilberte: la canica de ágata (357), el opúsculo de Bergotte sobre Racine. «Puede llamarme Gilberte, yo le llamaré por su nombre de pila». El tuteo (358). Muestras de amistad y de indiferencia. Días de sol en invierno (359). Expectativa y búsqueda de Gilberte (360).

El padre de Gilberte: M. Swann, amigo de mis padres, a quien yo ya conocía de Combray, visto ahora a la luz de su hija (361). Mientras expreso mi decepción por su rápida marcha, Gilberte me anuncia su alegría por no acudir a los Champs-Elysées los días siguientes (362). La espera de una carta de Gilberte mitiga mi dolor; mi imaginación escribe esa carta en la que Gilberte me declara su amor. Lectura del opúsculo de Bergotte sobre Racine (363) y belleza de los viejos mitos que lo habían inspirado. Amor por Bergotte a causa de Gilberte (364). La desconocida costurera que dispone los hilos de acuerdo con los datos reales de la indiferencia de Gilberte y no con los de mi sueño: el orden nuevo me enseña que, en mi amistad con Gilberte, yo era el único que amaba (365).

El plano de París y la calle de Swann: mis delicias al pronunciar ese nombre (365). Mi madre se encuentra con Swann en la sección de paraguas de los Trois Quartiers: Swann le habla de los Champs-Elysées, de mí. Mi placer hablando de los Swann, cuya casa embellece mi imaginación. Cuando Gilberte falta a los Champs-Elysées, llevo a Françoise, en mis paseos, a rondar esa casa (369), a acechar el paso de M. Swann por las calles, el de Mme. Swann en el Bois de Boulogne (370).

El Bois: paseo de Mme. Swann (374-379).

La alameda de las Acacias, paseo de la elegancia parisina (371). Odette de Crécy (373). Otoño en el Bois: lo cruzo una mañana de

noviembre. La fiebre de las hojas muertas (374). Las distintas partes del Bois (375). El cambio de las modas: nostalgia de las damas de antaño (376), de sus troncos de caballos reemplazados por automóviles, de sus toilettes, de sus interiores. Sombras del pasado en la alameda de las Acacias (378). La realidad desmiente los cuadros de la memoria. Fugacidad del pasado (379).

MARCEL PROUST (1871-1922). Nació el 10 de julio de 1871 en Auteuil, París (Francia), en el seno de una familia acomodada. Su padre era el médico Adrien Proust y su madre, Jeanne Weil, era una mujer culta descendiente de una adinerada familia de origen judío. Proust era un niño enfermizo, pues desde temprana edad padeció asma. Se instruyó en el Liceo Condorcet. Sus padres querían que estudiase Derecho, cosa que hizo en la Sorbona y en la Escuela de Ciencias Políticas, aunque finalmente dedicó casi todo su tiempo en exclusiva a la escritura.

Desde 1905, año de la muerte de su querida madre, se recluyó en su hogar y volcó todo su tiempo en la escritura de su obra más importante, «En busca del tiempo perdido» (1913-1927), caracterizada en su narrativa por su ahondamiento en la instrospección personal y en el retrato psicológico de sus caracteres. Esta obra, dividida en varios volúmenes con tintes autobiográficos, le proporcionó el Premio Goncourt en 1919. Póstumamente apareció la novela *Jean Santeuil* (1956), un libro que había comenzado a escribir en 1895.

Respecto a su vida sentimental, Proust era homosexual a pesar de que estuvo enamorado en su infancia de Marie de Benardaky. Su relación amorosa más importante la mantuvo con su secretario Alfred Agostinelli, fallecido en un accidente de aviación cuando pilotaba una avioneta que el propio Proust le había regalado.

El escritor francés murió de neumonía el 18 de noviembre de 1922, acompañado de su criada Celeste Albaret. Tenía 51 años.

Notas

[1] Gastón Calmette (1858-1914) dirigió *Le Figaro* desde 1900 hasta el 16 de marzo de 1914, fecha en que fue asesinado en su despacho de un disparo por la mujer del ministro de Finanzas Joseph Caillaux; en la campaña contra este ministro progresista, *Le Figaro* amenazó con revelar datos escabrosos sobre la vida privada de Caillaux y el pasado de su esposa. Calmette había conocido a Proust a través de Léon Daudet, y le abrió ya en 1900 las páginas del periódico, en cuyo suplemento literario publicó ocho de sus pastiches (1908-1909). En esta última fecha, Proust pensó en el periódico para editar fragmentos de su novela; fallidos en primera instancia, los intentos sólo lograron hacerse realidad en marzo, junio y septiembre de 1912 y marzo de 1913. Las gestiones de Calmette por conseguir editor para *A la busca del tiempo perdido* enfriaron una amistad que, en el momento de la dedicatoria, Proust hizo valer: «Para mí ha sido una gran decepción (que quede entre nosotros) —escribía a Maurice Duplay en 1910, tras el intento fallido de ese año—. No deja de estar dedicada a Calmette, porque aquella dedicatoria era desinteresada e implicaba mayor gratitud por el pasado que esperanza para el futuro»; y en otra carta de 1912 a Gastón Gallimard: «Es posible que por la extremada indecencia de esta obra, no mantenga la dedicatoria. Pero como es testimonio de gratitud, no podría suprimirla, salvo por esa razón de indecencia, que examinaré». <<

[2] Probable alusión al libro *La Rivalité de François I et de Charles Quint* (1875), de François Mignet. <<

[3] Según la Biblia, deteniendo al sol en su carrera, Josué derrotó, al frente del ejército israelita, a los amorreos {*Josué*, 10, 12-13). <<

[4] Aparato construido por Edison en 1894, que permitía la visión de fotografías en movimiento; perfeccionado, dio origen al cinematógrafo, del que fue uno de los precursores inmediatos. <<

[5] El *Journal des Débats*, uno de los órganos de los republicanos conservadores, empezó a publicar en marzo de 1893 una edición de tarde en papel rosa y blanco. <<

[6] Leyenda medieval popularizada durante la Edad Media: Genoveva, hija del duque de Brabante y esposa de Sigfrido, conde palatino de Tréveris, fue acusada de adulterio por su propio intendente, el senescal Golo, que había intentado seducirla. A su regreso de la guerra de Carlos Martel contra los árabes en el siglo VIII, Sigfrido la condenó a muerte; pero apiadados los servidores encargados de cumplir la sentencia, la abandonaron en un bosque, donde su hijo fue amamantado por una cierva. Muchos años después, durante una cacería, Sigfrido persigue a la cierva, que lo conduce hasta la caverna donde vive su esposa. Tras el triunfo de la inocencia de la mujer, Golo fue descuartizado. Leyenda muy popular, sirvió para una ópera bufa de Jacques Offenbach, con libreto de Héctor Crémieux y Tréfeu, estrenada en los Bouffes-Parisiens en 1859; en 1875, arreglada como ópera en cinco actos, consiguió un éxito extraordinario en el Théâtre de la Gaîté. El nombre de Golo tal vez provenga de un personaje malvado, Golaud, que aparece en una de las óperas favoritas de Proust, *Peleas y Melisenda*, de Debussy, sobre un drama de Maeterlinck (1892). <<

[7] De color morado claro que tira a rojo, con reflejos dorados. <<

[8] De las múltiples alusiones que los manuscritos de *A la busca del tiempo perdido* contienen sobre la tragedia de los dos hijos del rey merovingio Clodoveo II (siglo VII) que se rebelaron contra su madre Bathilde, sólo parece haber quedado este nombre. Según la leyenda, que en la actualidad la historia rechaza, los dos hijos habrían sido mutilados en castigo a su rebeldía y enviados luego al retiro de la abadía de Jumiéges. Sin embargo, la referencia más directa a ese nombre procede de Stendhal: Mme. de Chasteller, protagonista de *Lucien Leuwen*, también lleva el nombre de Bathilde, citado expresamente por Proust en *Contre Sainte-Beuve* (pág.136). <<

[9] Corte de pelo a cepillo por delante y bastante largo por detrás, puesto de moda por el actor Prosper Bressant (1815-1886), que ganó celebridad sobre los escenarios interpretando los galanes jóvenes. El principal modelo de Swann, Charles Haas, llevaba este corte de pelo. <<

[10] Fundado en 1833, el Jockey Club parisino pasó de su primera ubicación en la calle du Helder a la confluencia del bulevar des Capucines y de la calle Scribe, donde estuvo entre 1863 y 1924. Fue el más cerrado y exclusivo de los clubs de la época. <<

[11] Louis-Philippe-Albert d’ Orléans (1838-1894), conde de París, nieto del rey Luis Felipe, pretendió el trono francés con el nombre de Felipe VI; vivió en el exilio en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos —adonde llegó para luchar en las filas nordistas durante la guerra de Secesión—, pero regresó a Francia en 1871; quince años más tarde, tras suceder al frente del partido monárquico al conde de Chambord (1820-1883), nieto de Carlos X y único heredero de la rama borbónica, fue desterrado a Inglaterra.

En cuanto al príncipe de Gales, se trata del futuro Eduardo VII (1841-1910), que heredó la corona de su madre, la reina Victoria, en 1901; durante su estancia parisina, fue compañero frecuente de Charles Haas. Ambos personajes principescos eran miembros del Jockey Club. <<

[12] Situado en la Île de Saint-Louis, frente al ábside de Notre-Dame, no era en la época el barrio elegante que es en la actualidad; considerado «indigno» de Swann antes de casarse, tanto por Odette como por la tía abuela del Narrador de *A la busca del tiempo perdido*, lo frecuentaban escritores, artistas, bohemios, dandis y esnobs. <<

[13] Tras la muerte de su madre, entre 1906 y 1919 Proust vivió en el número 102 del bulevar Haussmann, eje de los nuevos barrios del oeste parisinos, cerca del Bois de Boulogne, muy solicitados por la burguesía urbana del último tercio del siglo. <<

[14] Como el Halle de vinos, citado más adelante, antiguos depósitos de Bercy, en la confluencia de la calle des Fossés-Saint-Bernard y del quai Saint-Bernard. <<

[15] Según Virgilio, (*Geórgicas*, w. 315-527), Aristeo, hijo de la ninfa Cirene y de Apolo, desesperado por la epidemia enviada por los dioses para acabar con todas sus abejas, pide ayuda a su madre, sumergida en las aguas del río Peneo, para conocer el origen de la ira de los Olímpicos; tras consultar con Proteo, Aristeo sabe que la muerte de Eurídice, picada por una serpiente venenosa cuando huía de él, es la razón de esa venganza; cuatro novillos sacrificados a las Ninfas aplacarán esa ira y le permitirán reponer sus enjambres.

En cuanto a Tetis, la alusión parece apuntar a una titánide, hija de Urano y de Gea, que tuvo de su hermano Océano más de tres mil hijos, es decir, todos los ríos del mundo. Simboliza la fecundidad marina. Otra Tetis tiene menos probabilidades de ser aludida en este párrafo: nereida hija de Nereo y de Dóride, aparece en numerosas fabulaciones del mito griego; de su unión con Perseo, tuvo varios hijos, entre ellos Aquiles, héroe de la *Ilíada*. <<

[16] Salsa *gribiche*: vinagreta, a base de picadillo de huevo duro, pepinillos, alcaparras y finas hierbas, entre ellas el estragón, citado algo más adelante; la mostaza y la pimienta de Cayena la convierten en picante. El término *gribiche*, que entra en la lengua francesa hacia 1900, procede del medio neerlandés *kribbich*, «gruñón». <<

[17] Hasta 1871, Twickenham, cerca de Londres, fue residencia de la familia d’ Orléans durante su primer exilio londinense; aunque el conde de París no residió en ella en su exilio de 1886, Twickenham siguió siendo el centro de la oposición monárquica francesa. <<

[18] Pensionado religioso, destinado a la educación de las jóvenes de la burguesía; regido por las Dames du Sacré-Coeur, fue fundado en 1800 por el abate Tournely, el padre Varin y santa Madeleine-Sophie Barat (1879-1865), que calcaron sus reglas por las de la Compañía de Jesús. <<

[19] Jacques-Léopold de La Tour d’Auvergne, último duque de Bouillon, murió en 1802 sin descendencia; durante el siglo XIX, distintas familias pretendieron ese apellido de La Tour d’Auvergne, y a ello alude Proust en su novela, donde la madre de Basin de Guermantes, la de Oriane de Guermantes y Mme. de Villeparisis —hermanas las tres— llevan el apellido Bouillon. <<

[20] Marie de Rabutin-Chantal, marquesa de Sévigné (1626-1696), la principal epistológrafa de la lengua francesa, es la autora favorita de la madre de Proust, y de la abuela del Narrador, que hace su elogio a lo largo de *A la busca del tiempo perdido* y cita frases sacadas de las *Lettres* a su hija. <<

[21] El príncipe des Laumes, más tarde duque de Guermantes. <<

[22] Edme-Patrice-Maurice de Mac-Mahon (1808-1893) tomó parte en las guerras de Crimea y de Italia, gobernó Argelia (1864-1870) y fue hecho prisionero en Sedán, de donde fue liberado para formar el ejército de Versalles que se encargó de aplastar a la Comuna. Presidente de la República Francesa a la caída de Thiers (1873) gracias a la coalición monárquica de la Asamblea Nacional, fue obligado a dimitir en enero de 1873 tras un fallido intento de restauración monárquica. <<

[23] Alusión al duque Edme-Armand-Gaston d’ Audiffret-Pasquier (1823-1905), diputado orleanista y consejero del conde de París; era hijo del marqués d’ Audiffret, par de Francia y senador; y sobrino nieto de Étienne-Denis Pasquier, canciller de Francia y duque, que lo adoptó y le transmitió su título; presidente de la Cámara y del Senado, y consejero del conde de París, trató de restaurar la monarquía, pero en 1896 se alejó del partido orleanista. <<

[24] Louis-Mathieu, conde Molé (1781-1855), primer ministro de Luis Felipe (1836-1839) y escritor. Étienne-Denis Pasquier, citado en la nota anterior, además de político y académico fue autor de unas *Mémoires* y de un volumen de *Discours et Opinions*. Achille-Léonce Victor de Broglie (1785-1870), liberal durante la Restauración, se unió a Luis Felipe, de quien fue ministro de Asuntos Extranjeros y presidente del Consejo. Estos tres personajes también aparecen en *Contre Sainte-Beuve* como ejemplo de políticos más citados y elogiados por la crítica que Baudelaire, Stendhal y Balzac. <<

[25] Semanario satírico fundado en 1854, que veintidós años más tarde, en 1866, se convirtió en diario de información política y literaria. <<

[26] Esta alusión a las cooperativas suecas sitúa el texto en el decenio de 1880. <<

[27] Por descuido, Proust adjudica a Flora dos réplicas sucesivas. <<

[28] Henri-Polydore Maubant (1821-1902), actor de la Comédie-Française, especializado en papeles de barbas, reyes y tiranos de tragedia, hasta 1888, año en que abandonó los escenarios. <<

[29] Amélie Materna (1847-1918), cantante austríaca que interpretó las grandes figuras femeninas de Wagner, sobre todo en Bayreuth hasta 1891; en 1876 encarnó el papel de la Brunilda de *La Walkiria*. <<

[30] Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon (1675-1755), es una figura recurrente a lo largo de toda la obra de Proust, que apreciaba sobre todo su estilo y su lenguaje; en *El tiempo recobrado*, las *Memorias* de Saint-Simon se convertirán en obra de referencia; en su amplísima labor memorialística, Saint-Simon deja abundantes páginas sobre el viaje a España (1721), adonde fue enviado por el casi adolescente Luis XV como embajador extraordinario para favorecer su matrimonio con la infanta española. <<

[31] Olga Constantinova (1851-1926), nieta del zar Nicolás I; casada con Jorge I de Grecia, reinó de 1867 a 1913. <<

[32] Herminie de la Brousse de Verteillac, princesa de Léon antes de convertirse en duquesa de Rohan-Chabot a la muerte de su padre, en 1893, había nacido en 1853; escribió a Proust nada más aparecer el libro para darle las gracias por citar la fiesta que había dado en mayo de 1891; de ella nos han quedado fotografías hechas por Paul Nadar. <<

[33] Jean-Baptiste-Louis Andrault, marqués de Maulévrier-Langeron y mariscal de Francia (1677-1754), era embajador ordinario de Francia en España cuando Saint-Simon llegó para pedir oficialmente la mano de la infanta española; acogió de mala gana al memorialista, que dice textualmente de él: «Encontré un hombre muy respetuoso, muy silencioso, muy reservado, y pronto me di cuenta de que en aquella espesa botella no había más que malhumor, grosería y necedades. No sé de dónde había sacado el abate Dubois un animal tan mal peinado». (*Mémoires*, Pléiade, t. VIII, pág. 251). La segunda cita, en la misma página de ese tomo, es exacta. <<

[34] «¡Oh cielo, cuántas virtudes me hacéis odiar!», replica Cornelia, viuda de Pompeyo, ante la generosidad de su enemigo Julio César, que ha ordenado honrarla como a esposa de un héroe. (Corneille, *La mort de Pompée*, III, IV, v. 1072). <<

[35] En varios libros, (*Éxodo*, 23,19; 34, 26, *Deuteronomio*, 14,21), la Biblia prohíbe cocer el cabritillo en la leche de su propia madre, así como el nervio del muslo (*Génesis*, 32, 33, escena del combate frente al ángel de Jacob, que resulta herido en ese tendón, o «nervio del sobresalto»; es el nervio ciático, situado sobre el hueso del muslo, que todavía hoy los carniceros judíos eliminan con objeto de hacer apta para el consumo la carne del animal, y que el *Zohar* asimila al instinto sexual). En cuanto a la degollación de niños, la alusión es clara a la matanza de los inocentes (*Mateo*, 2,16). <<

[36] El milagro de Teófilo, que se difundió por toda la literatura medieval europea desde el siglo XI en el acervo de los milagros marianos (figura en *La leyenda dorada*, de Jacques de Vorágine), fue el más representado en esculturas o vitrales de las catedrales francesas: el clérigo de ese nombre pacta con el diablo por ambición de poder y sólo se salva gracias a la intervención de la Virgen, que arranca el pergamino firmado por el clérigo de manos del demonio. En cuanto a los cuatro hijos (Renaud, Alard, Guichard y Richart) del duque Aymon (Aymes de Dordoña), según una canción de gesta del siglo XIII, *Geste de Renaud de Montauban*, o *Les Quatre Fils Aymon*, ofendieron gravemente a Carlomagno: Renaud asesinó a Barthelais, sobrino del emperador, que desterró a los cuatro; después de reconciliarse con Carlomagno, Renaud habría peregrinado a Tierra Santa y habría trabajado como albañil en la construcción de la catedral de san Pedro de Colonia. Proust había leído en 1890 ambas leyendas en *L'Art religieux du XII siècle en France. Étude sur l'iconographie du Moyen Age et sur ses sources d'inspiration* (1898), de Émile Male, a quien el novelista conocería en 1907; cinco años más tarde preparó varios borradores de carta para preguntarle, entre otras cosas, si «*Los cuatro hijos Aumon* pueden ser citados como temas de escultura, sea en una abadía, sea en un edificio civil (un palacio de la Edad Media o del Renacimiento)». <<

[37] Pequeños recipientes con agua que se ofrecían al término de las comidas para enjuagarse la boca. Flaubert los citará irónicamente como signo de elegancia provinciana: Emma Bovary «hablaba de comprar enjuagadientes para los postres. Con todo esto Bovary ganaría mucha consideración». (*Madame Bovary*, I, VII, Pléiade, ed. 1951, pág. 329). <<

[38] Aunque se había fundado en 1784, la *Société des Concerts du Conservatoire*, la orquesta más antigua de París, no debutó hasta 1795. Hacia 1900, entre noviembre y abril, daba conciertos los domingos a las dos de la tarde, en un inmueble de la esquina de las calles del Conservatoire y de Bergére, que fue sede del Conservatorio hasta 1911. La calle de Trévise es paralela a la del Conservatoire. <<

[39] Benozzo Gozzoli (1420/22-1497), pintor florentino, realizó para el Camposanto Monumentale de Pisa unos frescos, gravemente dañados por los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial, donde, entre las veintitrés escenas del Viejo Testamento que representó, figuraba la historia de Abraham; estas pinturas aparecen citadas frecuentemente en Ruskin, que llegó a dibujar un fragmento de uno de los paneles reproduciéndolo en *Modems Painters* (IV y V). Por lo demás, el gesto de Abraham aquí citado no aparece en la escena de Gozzoli representando el sacrificio de Isaac. Se ha supuesto que el verbo utilizado por Proust, «*se departir* du còté d'Issac», empleado en un sentido arcaico, es resultado de la idea que el novelista se hace de la leyenda de uno de los dibujos ruskinianos: «Abraham parting from the Angels». <<

[40] Como sabemos por *El tiempo recobrado*, Combray será destruida durante la Primera Guerra Mundial. Dado que *Por la parte de Swann* se publicó en 1913, antes de que esa contienda hubiese empezado, Proust está pensando en la casa familiar de Auteuil, elegante suburbio de París cercano al Bois de Boulogne; casa y jardín fueron demolidos a finales del decenio de 1890 para dejar paso a la construcción de la avenida Mozart. La casa ficticia de Combray está hecha de retazos de la de Auteuil, propiedad del tío abuelo materno de Proust, Louis Weil, donde el novelista nació, y de la casa en Illiers, de la tía Élisabeth, hermana de su padre. Página 38 <<

[41] Novela de juventud de George Sand (1804-1875), nombre que, junto al de Augustin Thierry, figura en la respuesta de Proust a su primer cuestionario, calificando a ambos como sus autores de prosa favoritos; favoritos de la adolescencia, como en una carta se apresura Proust a precisar: «No crea que me gusta George Sand». *Indiana*, publicada en 1852, a diferencia de las cuatro «campestres» y de madurez citadas, es una historia de adulterios, prejuicios y suicidios; esta apología de la pasión, que considera el amor como principio básico de la vida privada, de la moral y de la política, directamente inspirada en *La Nueva Eloísa* de J.-J. Rousseau, ataca la servidumbre en que vive la mujer en el siglo XIX. <<

[42] La catedral de Chartres, de Jean-Baptiste Camille Corot (1796-1875), se encuentra en el Louvre. Hubert Robert (1733-1808), uno de los pintores paisajistas precursores del romanticismo, dejó numerosos cuadros con fuentes y surtidores; por ejemplo, *Lavanderas en un parque*, *El parque de Saint-Cloud* y *El surtidor*; en 1899 Proust dedica al surtidor de Saint-Cloud una descripción (*Contre Sainte-Beuve*, págs. 427-428) que lo relaciona con la masturbación; el texto de ese artículo será aprovechado y ampliado para describir el surtidor del jardín del palacio de Guermantes (*Sodoma y Gomorra*). En las *Works* de Ruskin figuran dos acuarelas del pintor inglés Joseph Mallord William Turner (1775-1851), precursor del impresionismo, representando el volcán del Vesubio, en reposo y en erupción, ésta también con cierto significado sexual. <<

[43] Raphaél Morghen (1758-1833), grabador que trabajó en Florencia, especializado en la reproducción de obras maestras; en 1800, por encargo del duque de Toscana Fernando III, grabó *La cena* de Leonardo de Vinci a partir de un dibujo de Teodoro Matteini. *La última cena*, pintado al óleo en la última década del siglo XV sobre el muro del refectorio del convento de Santa María de las Gracias de Milán, fue repintado casi por completo durante las restauraciones de 1726 y 1770. <<

[44] Tiziano (1488-1576) dejó varias vistas de su ciudad natal; Ruskin reproduce en sus *Works* una vista de la laguna desde la casa del pintor, con los Alpes tiroleses al fondo. <<

[45] Esta novela de George Sand, publicada en 1848 en el folletón del *Journal des Débats*, tiene por protagonista a un niño expósito: en el patois del Berry, champí significa «niño encontrado en los campos». François vive con una anciana que lo adopta para cobrar la pensión que le vale la custodia del niño; lo protegerá Madeleine, una joven molinera, especie de madre adoptiva para François, a la que tiraniza su viejo marido; y será la amante de éste, la malvada Sévére, quien trata de seducir al adolescente; acusado de entenderse con la molinera y expulsado, volverá en busca de Madeleine a la muerte del marido. Adaptada a la escena en 1849, *François le Champí* sorprendió a los contemporáneos por sus ribetes incestuosos. Según los borradores de *A la busca del tiempo perdido*, la lectura de *François le Champí* y el recuerdo de esa lectura formaban un texto seguido, con valor estructural evidente; Proust terminó por dividirlo y repartirlo a lo largo del libro; en *El tiempo recobrado*, el hallazgo de esa novela de Sand en la biblioteca del príncipe de Guermantes, inmediatamente después de una serie de éxtasis en que al protagonista se le revela la verdad de las reminiscencias, sirve a Proust para exponer una teoría estética sobre la identidad de la alegría de la reminiscencia y la felicidad que otorga el arte. <<

[46] *Coquille Saint-Jacques*; en francés, concha que llevaban sobre la capa o en el sombrero los peregrinos a Santiago de Compostela durante la Edad Media; la relación que Proust establece con la magdalena («sensual… devota») adjudica a ésta una especie de función religiosa: en última instancia, la magdalena sirve de arranque a esa especie de itinerario existencial de purificación que es *A la busca del tiempo perdido*. <<

[47] Literariamente, el recurso de desencadenar el recuerdo mediante objetos, sabores, ruidos, etc., ya había sido empleado por escritores franceses como Chateaubriand, Nerval, Baudelaire y Renán, y por un español como Leopoldo Alas Clarín (en la novela inconclusa *Cuesta abajo*, ed. de Laura Rivkin, Ed. Júcar, Madrid, 1985, «Anticipando a Proust», págs. 29-44: «la campanilla del viático y el olor de azahar mezclado al del jazmín remiten al narrador al orden moral de su madre, mientras la luz de la luna le lleva a sentir los brazos de su padre difunto»). Los autores citados, sin embargo, dejan ese recurso en estado embrionario, sin llegar a darle el valor matricial sobre el que Proust organiza el mundo del Narrador. <<

[48] En 1911, Proust pedía información a René Gimpel: «¿Podría preguntar a japoneses cómo se llama, pero sobre todo si se hace alguna vez en el té, si se hace en el agua con indiferencia de si está caliente o fría, y en los más complicados si puede haber *casas*, *árboles*, *personajes*, en fin, qué?». (*Corr*. t. X, pág. 321). <<

[49] Combray es un lugar de ficción, creado a partir de distintos lugares: la casa del tío abuelo materno de Proust, Louis Weil, en Auteuil, donde nació el novelista, y la casa que en Illiers tenían Jules y Élisabeth Amiot —uno de los modelos de tía Léonie y hermana del padre de Proust—, en la que pasó sus vacaciones infantiles. Si en la edición de 1913 de *A la busca del tiempo perdido* Combray se situaba en la región de Illiers, no lejos de Chartres, al año siguiente Proust decidió que esa ciudad imaginaria había sido destruida durante la Primera Guerra Mundial, desplazándola hacia el este, entre Reims y Laon; sin embargo, en el texto han quedado numerosos topónimos de la región de la Beuce. En cuanto al nombre, en Normandía existe un lugar así llamado; cerca de Illiers hay un Combres; en un Combourg bretón pasó su adolescencia Chateaubriand; pero las hipótesis más solventes apuntan en ese nombre un homenaje al «*cisne de Cambrai*», François de Salignac de la Mothe Fénelon (1651-1715), autor de la novela *Las Aventuras de Telémaco*; Proust mantuvo amistad con uno de sus descendientes, Bertrand de Fénelon. <<

[50] Esas dos calles, así como la calle de L’Oiseau y la hostería de L’Oiseau Flesché, existían en Illiers, mientras que la de Sainte-Hildegarde pertenece a la ficción; la casa de la tía Élisabeth Amiot en Illiers tenía su entrada principal por la calle du Saint-Esprit. <<

[51] Alusión al *Libro de Ester*, 6,1: «Aquella noche el sueño se huyó del rey y dijo que le trajesen el libro de las memorias de las cosas de los tiempos». <<

[52] «*La mala suerte quiso que mi atención cayese enseguida en la taza de camomila de la página 62, y luego tropezase en la página 64 con la frase […] donde se habla de unas vértebras que se transparentaban*», así excusaba André Gide, lector de la NRF, su rechazo en 1912 del manuscrito del primer volumen de la novela; ese fragmento pertenece al borrador de la carta de justificación, no a la carta fechada en enero de 1914 que Proust recibió, y de la que fue eliminado por Gide. Proust mantuvo el texto inicial, y habría añadido una «y» para dar coherencia a la difícil concordancia sintáctica en francés: tía Léonie utiliza un tipo de peluca en la que los mechones se montaban sobre una especie de casquete; como no había tenido tiempo de peinarse, se podía ver la armadura de los postizos; es decir, metafóricamente las vértebras. (Philip Kolb, «*Une énigmatique métaphore*», en *Europe*, agosto-septiembre de 1970, págs. 141-151). <<

[53] Los rayos X fueron descubiertos por Roentgen en 1895, por lo que resulta poco verosímil que fuesen utilizados en un medio provinciano en vida de tía Léonie. <<

[54] Según confesión del Narrador, las *Mil y una noches* es uno de sus modelos literarios, que actúa como motor de la memoria: los platos decorados de tía Léonie, el deseo de releer esos cuentos «para rodearse precisamente de los recuerdos de Combray». <<

[55] Como ocurre con los topónimos y los nombres de las calles, Proust mezcla realidad e invención: durante la Revolución Francesa, un abate Perdreau había sido cura de Illiers; el pastelero de Combray hereda su nombre de un doctor Galopin, mientras el doctor novelesco Percepied lo toma de un cartero real de esa ciudad. <<

[56] Carlos VI el Bienamado, o el Loco, nacido en 1368, fue rey de Francia desde 1380 a su muerte en 1422. En 1392 empezó a dar muestras de pérdida de la razón y entregó el país a luchas intestinas; internado, para distraerse habría encargado la confección de un tarot que en el siglo pasado se atribuía a Jacquemin Gringonneur, que lo habría hecho en 1392; trabajos más recientes han precisado y corregido esta historia que llegó a convertirse en libreto de una ópera de Fromenthal Halévy, conocida por Proust: las diecisiete cartas de un tarot italiano que conserva la Bibliothéque Nationale francesa, pintadas a mano sin duda en el norte de Italia, datan probablemente de finales del siglo XV. <<

[57] Se refiere a los soberanos franceses que reinaron en la segunda mitad del siglo XIII y en el XIV. <<

[58] El tesoro de la catedral de Sens contiene tapicerías de los siglos XV y XVI a las que más adelante se referirá el cura de Combray; en una de ellas el rey Asuero extiende su cetro sobre la reina Ester en la ceremonia de su coronación. En una dedicatoria del primer volumen de su novela a Jacques de Lacretelle, Proust escribe: «… mi memoria me ha prestado como modelos […] muchas iglesias. No sabría decirle cuáles. Ya no recuerdo siquiera si el pavimento procede de Saint-Pierre-sur-Dives o de Lisieux. Algunas vidrieras son desde luego de Evreux, otras de la Sainte-Chapelle y de Pont-Audemer». <<

[59] San Eloy (588-660), patrón de la orfebrería, fue tesorero de Clotario II, que lo nombró para ese puesto por haberle forjado dos tronos de oro con la misma cantidad de material que se empleaba para uno; con Dagoberto I (602-638), rey de los francos, desempeñó las tareas de consejero financiero y de orfebre hasta que el monarca lo nombró obispo de Nyon. El texto parece aludir a la cruz de oro que durante la Revolución desapareció de la basílica de Saint-Denis, iglesia mandada edificar, como su mausoleo, por Dagoberto, aunque sería Carlomagno quien la remató y consagró. <<

[60] Luis II, el Germánico (804/805-876), hijo de Luis el Piadoso y nieto de Carlomagno, reinó de 843 a 876 en la parte oriental del imperio carolingio; de los tres hijos que tuvo, los dos menores se rebelaron contra él porque el reparto del reino favorecía al hijo mayor. <<

[61] El milagro, que Proust cita siguiendo el libro de Augustin Thierry *Récits des temps mérovingiens*, se habría producido durante el entierro de Galsuinda, hija de Atanagildo, rey de los visigodos españoles, y esposa de Chilperico, que mandó estrangularla cuando exigió a su esposo que repudiara a la concubina Fredegunda. Era cuñada, y no nieta, de Sigeberto (535-575), casado con Brunilda, hija de Atanagildo; Sigeberto fue rey de Austrasia e hijo menor de Clotario I. <<

[62] En los borradores Proust da el nombre de Falaise, cuyos palacetes y hoteles fueron destruidos durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[63] La descripción del duomo de Saint-Augustin, construido entre 1860 y 1871 por Victor Baltard, se parece vagamente a la cúpula de San Pedro de Roma. En distintas calles de ese barrio habitó Proust hasta 1919. <<

[64] Giambattista Piranesi (1720-1778), grabador y arquitecto italiano; dejó más de mil planchas en cobre, algunas de gran tamaño con *vedute* de las construcciones y monumentos de la antigua y nueva ciudad de Roma. <<

[65] Especie de chalina ancha y flotante que se anudaba alrededor del cuello, formando sobre la camisa dos cocas. Su nombre procede de la duquesa Françoise-Louise de La Valliére (1644-1710), favorita de Luis XIV. <<

[66] En la *Epístola a los Hebreos*, 6, 4-6, san Pablo asegura que el pecado sin remisión es la apostasía: «Porque es imposible que los que una vez recibieron la luz y que gustaron aquel don celestial y que fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y que asimismo gustaron la buena palabra de Dios y las virtudes del siglo venidero, y recayeron, ser renovados de nuevo por penitencia crucificando otra vez para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndolo a vituperio». <<

[67] Alusión a Mlle. Legrandin, casada con el señor Cambremer, a la que encontraremos en *Sodoma y Gomorra*. <<

[68] Sobre Gilberto el Malo, véase la nota 98. <<

[69] «El mismo Viollet-le-Duc llama “quatre-feuille” a un miembro de arquitectura formado por cuatro lóbulos circulares», explica el propio Proust en una nota de su prólogo a *La Biblia d’Amiens* de Ruskin; el inglés explica que «las cuatro hojas representan el orden fascinante del año que [los santos] protegen y santifican con los signos del zodíaco arriba y los trabajos de los meses abajo». <<

[70] Soporte vertical redondeado en forma de columna que en París servía y sirve para anunciar los espectáculos teatrales, de *music-hall*, cine, etc. Un impresor apellidado Morris fue el primero en conseguir la concesión de este sistema publicitario. <<

[71] *Le Testament* de César Girodot, comedia de Adolphe Belot y Edmond Villetard, se estrenó en 1859 en el Odéon y se repuso en la Comédie-Française en 1873, con un gran éxito debido a la interpretación de Sarah Bernhardt, entonces en los inicios de su carrera. *Edipo Rey*, de Sófocles, en versión de Jules Lacroix, figuraba en el repertorio del Théâtre-Français en los años ochenta, con Mounet-Sully en una de sus grandes interpretaciones. *Les Diamants de la Couronne* y *Le Domino noir* (1837) son óperas cómicas con libreto de Eugéne Escribe y música de Daniel Auber que se representaron hasta finales de siglo. Los cuatro títulos citados en el párrafo se repusieron en París en 1881,1882,1883,1884 y 1888. <<

[72] Arroz con leche, mezclado con nata inglesa y servido con chantilly. <<

[73] Grandes actores de la Comédie-Française de la segunda mitad del siglo XIX; Edmond Got (1822-1902) sobresalió en papeles cómicos; Louis-Arséne Delaunay (1826-1903) se especializó en los de joven galán; Alexandre-Frédéric Fèbvre (1833-1916) interpretaba papeles de composición en piezas clásicas y modernas, mientras Joseph Thiron (1830-1891) hacía los papeles cómicos y barbas del repertorio moderno. El más famoso de todos, Benoít-Constant Coquelin (1841-1909), gran intérprete de Moliere, especialmente en *El misántropo*, logró la celebridad con *Cyrano de Bergerac*, cuyo triunfo, según reconoció el propio Edmond Rostand en la dedicatoria de esa pieza, se debió a su interpretación. <<

[74] Sobre Maubant, véase la nota 28. <<

[75] Sarah Bernhardt, seudónimo de Rosine-Henriette Bernard (1844-1923), fue la gran trágica de la escena europea de finales del XIX y principios del XX. En los inicios de su carrera, un clamoroso éxito en el papel de la reina de *Ruy Blas*, de Victor Hugo, la llevó a la Comédie-Française (1872), donde, con Mounet-Sully como protagonista masculino, hizo el repertorio clásico y romántico. Creó en 1899 una compañía, el Théâtre de Sarah Bernhardt, con la que recorrió el mundo entero; además de *Fedra*, sus mayores éxitos los obtuvo con las heroínas de *La dama de las camelias* (Dumas hijo), *Théodora* (Sardou), *Lucrecia Borgia* (Hugo), *Hamlet*, *La Samaritaine* (Rostand) y sobre todo con *L'Aiglon*, también de Rostand. Fue la primera en poner sobre los escenarios el *Lorenzaccio* de Musset, que hasta entonces se consideraba irrepresentable. Debió su popularidad sobre todo a la calidad cristalina de su «voz de oro» y a la pureza musical de su dicción.

Julia Bartet (1854-1941) encarnó los papeles trágicos y cómicos del repertorio clásico, sobresaliendo en la *Andrómaca* y la *Berenice* de Racine; Madeleine Brohan (1883-1900), que destacó en los papeles de coqueta, interpretó a Moliere antes de retirarse en 1885; Jeanne Samary (1857-1890), sobrina de la anterior, debutó en la Dorina del *Tartufo* de Moliere y se encargaba de los papeles de doncella. Entre todas estas actrices reales, Proust incluye una ficticia, la Berma, para cuyo nombre parece haberse inspirado en el de la cantante Marie Bréma. <<

[76] En París, carta postal que se escribía sobre papel azul (= bleu), destinada a un sistema de correo de la época, el pneumático: consistía en un tubo por el que circulaba aire comprimido, que propulsaba una caja cilíndrica en la que iban metidos cartas o documentos. <<

[77] Achille Tenaille de Vaulabelle (1799-1879), periodista, historiador y político que pasó brevemente en 1848 por el Ministerio de Instrucción Pública. Escribió una *Histoire d'Égypte depuis le départ des Français* (1836) y una *Histoire des deux Restaurations jusqu'a L'avenement de Louis-Philippe* (1844). <<

[78] Esta dama de rosa es Odette de Crécy, futura Mme. Swann, como le dirá Morel al Narrador en *La parte de Guermantes I*. <<

[79] En la capilla de los Scrovegni de la antigua Arena romana de Padua, que Proust visitó en la primavera de 1900, pudo ver los frescos de Giotto con escenas de la vida de la Virgen y de Jesucristo, que incluyen alegorías de siete vicios y siete virtudes, entre las que figuran la Caridad y la Envidia. Cinco de estas alegorías fueron reproducidas y analizadas en las *Works* de Ruskin, que Proust tiene a la vista. El pensador inglés comenta la alegoría de la Caridad en *The Stones of Venice*. El Narrador de *A la busca del tiempo perdido*, por su parte, visitará la Arena de Padua en *Sodoma y Gomorra*. Proust pensó en el título «Los "*Vicios y las Virtudes*" de Padua y de Combray» para un capítulo del tercer y último volumen de *A la busca del tiempo perdido*; el protagonista, tras pasar por Venecia, visitaría Padua, donde conocería a la doncella de la baronesa Putbus. <<

[80] Son muchas las referencias a que apunta el libro leído por el narrador, pero la crítica proustiana se ha centrado sobre todo en dos: *La educación sentimental* de Flaubert y *El lirio en el valle* de Balzac. <<

[81] Esta encarnación del novelista-tipo de *A la busca del tiempo perdido* tiene numerosos modelos reales: Ruskin, Jean Levaillant, Anna de Noailles, Renán, Jules Lemaitre, Edmond de Polignac, Paul Bourget, Bergson, Barres, etc. Pero es Anatole France, a quien Proust había conocido en el salón de Mme. de Caillavet, y que le había servido para *Jean Santeuil*, quien deja mayor huella —estilo literario, físico— en Bergotte. Con este mosaico de rasgos dispares Proust compone un personaje en el que probablemente hay más de sus propias contradicciones y su experiencia personal que de ninguno de los citados. <<

[82] Cita del v. 79 de la *Nuit de mai*, de Alfred de Musset; exactamente es: «La blanche Oloossone à la blanche Camyre». <<

[83] Jean Racine, *Phèdre*, I, I, V. 36. *Jean Santeuil* atribuye esta paradoja a Théophile Gautier. En 1921, contestando a una encuesta sobre clasicismo y romanticismo, Proust escribe: «No hay nada más estúpido que decir como Théophile Gautier, quien por lo demás era un poeta de tercer orden, que el verso más hermoso de Racine es: “La fille de Minos et de Pasiphaé”». <<

[84] Charles-Marie Leconte, conocido como Leconte de Lisie (1818-1894), a quien la escuela parnasiana consideró uno de sus maestros, fue poeta muy admirado por el joven Proust. Tradujo a los clásicos griegos y latinos —desde Teócrito a Homero y Horacio—, y trató de poner un antídoto al frenesí romántico mediante la nostalgia serena del pasado. Se encerró en un sueño estético y en la «contemplación serena de las formas divinas», que le había enseñado su acercamiento al budismo. Para Leconte, la vida de la naturaleza y los grandes mitos de la humanidad son portadores de la evolución del mundo. Su poesía impersonal, de alto colorido y abundantes imágenes, se somete a una forma rigurosa. <<

[85] «Bhagavat» figura entre las composiciones de *Poèmes antiques* (1852) de Leconte de Lisie; este término hindú, que significa «beato», se reserva para muy pocas divinidades: Visnú, Krisna y las encarnaciones de Buda. «*Le Lévrier de Magnus*» pertenece al volumen *Poèmes tragiques* (1884), del mismo poeta. <<

[86] Según los *Souvenirs littéraires* de Máxime Du Camp, para Flaubert, que lo recitaba poniéndose de pie y con su voz más sonora, también el verso «La blanche Oloossone…» era el más hermoso de la lengua francesa; según Du Camp, Flaubert repetía a menudo: «Un verso bello que no significa nada es superior a un verso menos bello que significa algo: fuera de la forma no hay salvación». <<

[87] *La judía*, ópera en cinco actos de Fromental Halévy (1799-1862) sobre libreto de Scribe, estrenada en 1835. En el acto I, escena II, aparece el «¡Oh Dios de nuestros padres, / tú que nos iluminas, /desciende entre nosotros!», que tararea el abuelo del narrador. <<

[88] Aria de la escena II del acto I de *Sansón y Dalila*, ópera de Saint-Saéns sobre libreto de Ferdinand Lemaire, estrenada en Weimar por Liszt en diciembre de 1877; en París se montó por vez primera en 1892. <<

[89] Aria cantada (acto I, escena 1) por el protagonista de *Joseph*, ópera de Étienne-Nicolas Méhul (1763-1817), estrenada en 1807; en 1899, en París se montó una versión con recitativos y libreto —de Armand Sylvestre— nuevos. Las dos melodías citadas antes de «Champs paternels…» no han sido localizadas; cabe la posibilidad de que sean ficticias. <<

[90] La primera y las dos últimas citas rehacen líneas de *El crimen* de Sylvestre Bonnard (1881), del *Libro de mi amigo* y de *Pierre Noziere* de Anatole France, mientras el «inagotable de bellas palabras» recuerda los últimos versos de «La Maya», poema de Leconte de Lisle incluido en *Poèmes tragiques*: «La vida antigua está hecha inagotablemente/ del torbellino sin fin de las apariencias vanas». <<

[91] El pintor veneciano Gentile Bellini (1429-1507) hizo el retrato de Mahomet II, o Mehmed II el Conquistador (1430-1481), durante una estancia en Constantinopla en 1480; el retrato permaneció hasta 1916 en el palacio veneciano del coleccionista inglés Austen Henry Layard (1817-1894), embajador británico ante la Sublime Puerta y descubridor del yacimiento arqueológico de Nínive. En la actualidad figura en la National Gallery de Londres. Proust lo conocía por el libro de Pierre Gusman, *Venise* (1902). <<

[92] Mientras *Le Cid* de Pierre Corneille se queda en simple cita, la referencia a la interpretación de la Berma en la *Fedra* de Racine tendrá un desarrollo ulterior. <<

[93] Las estatuas de los reyes y las reinas de la Biblia, antepasados de Cristo, figuran en el pórtico occidental de la catedral de Chartres. Durante mucho tiempo se tomaron por representaciones de reyes y reinas franceses. <<

[94] En 1875, Anatole France escribió una noticia para las *OEuvres* de Racine, en 5 tomos, que en 1913 recogió en el volumen *Le Génie latin*. <<

[95] Procesiones que se hacían durante los tres días anteriores a la Ascensión, para pedir a Dios su bendición sobre los frutos del campo y los animales. <<

[96] El canónigo Joseph Marquis, cura de Illiers, publicó en 1904 y 1907 un libro sobre Illiers, dentro de la serie de «Archivos históricos de la diócesis de Chartres», que contiene explicaciones etimológicas de topónimos locales. Sin embargo, en este punto, la principal fuente de Proust para las páginas que siguen es *De la formation française des anciens noms de lieux*, de Jules Quicherat, publicado en 1867. <<

[97] Es lo que afirma Quicherat, calificándolo de nombre germánico prefijado o sufijado, entre los que pueden haber sido deformados por la pronunciación o la ortografía: “*Castrum Radulfi*, Châteauroux, en lugar de Châteauraoul”, situando ese topónimo en el Indre. <<

[98] Gilberto el Malo, al que Proust también llama en los borradores Carlos, hace pensar en Carlos II el Malo (1332-1387), rey de Navarra y conde de Evreux; mereció ese apelativo por sus intrigas contra su cuñado Carlos V; durante la Guerra de los Cien Años destruyó la abadía de Jumiéges, quemó la catedral de Chartres en 1020 y asoló la región de Illiers. En un vitral de la catedral de Evreux, Carlos el Malo está representado de rodillas en actitud orante. En el vitral derecho del ábside de la iglesia de Saint-Jacques de Illiers es el vizconde Geoffroy de Cháteaudun quien repite esa postura orante de Carlos el Malo: el vizconde, tras enfrentarse a Fulberto, obispo de Chartres, y al rey Roberto II el Piadoso, fue excomulgado. Con el compuesto de estos dos personajes históricos, el navarro y el vizconde, Proust crea la figura ficticia de Gilberto el Malo. <<

[99] Como ejemplos de topónimos que han resultado desfigurados, Quicherat da: «Saint-Illiers (Seinte-et-Oise) y Saint-Ylie (Jura)», derivándolos de «Sanctus Hilarius». <<

[100] Quicherat: «Hay ejemplos de santos que se han convertido en santas, o a la recíproca, por la forma en que su nombre ha flexionado en francés: *Sancta Eulalia*, Saint-Eloi (Ain)». <<

[101] Tanto «Carlos el Tartamudo» como «Pipino el Insensato» son nombres ficticios que sirven para evocar personajes históricos de la genealogía carolingia: existieron un Pipino el Breve (714-768), un Carlos II el Calvo (823-877), padre de un Luis II el Tartamudo (846-879), y un Carlos el Simple, que podrían haber servido de modelos para el juego de la ficción narrativa. <<

[102] Dos reyes merovingios de Austrasia llevaron ese nombre: Teodeberto I (504-548), nieto de Clodoveo y sobrino de Childeberto I y de Clotario II; y Teodeberto II (586-612). Por la referencia, la cita alude al primero, generoso con las iglesias y gran constructor; pero la alusión es imaginaria; en los borradores y versiones anteriores de Proust aquí figuraba Childeberto, sustituido probablemente por su relación con la etimología de Thiberzy, en la que el cura de Illiers sigue a Quicherat. Childeberto I (h. 495-548) repite la figura del rebelde: tercer hijo de Clodoveo, se unió a sus hermanos Clodomiro y Clotario I contra el rey de Borgoña Segismundo, al que mataron junto a toda su familia para luego repartirse los estados. La saga sangrienta continuó a la muerte de Clodomiro en 524: Clotario y Childeberto degollaron a sus sobrinos para apoderarse de la herencia. Más tarde, Childeberto trató de matar a su socio, provocando la rebelión contra el padre de uno de los hijos de Clotario, Chramne. <<

[103] Guillermo I el Conquistador (1027-1087), duque de Normandía (1035-1087) y rey de Inglaterra (1066-1087) —país que le había prometido Eduardo el Confesor— tras la victoria en la primera de esas fechas sobre Haroldo II en Hastings. <<

[104] La catedral gótica de Milán (llamada, en italiano, *il duomo*) no fue concluida hasta el siglo XIX, aunque sus obras comenzaron a finales del XIV. <<

[105] Quicherat explica las etimologías: «*Gaudiacus*, Jouy», localizando un ejemplo en la región Eure-et-Loir; y «*Casa vicecomitis*, La Chaizele-Vicomte», en La Vendée. <<

[106] El *Eclesiastés* fue escrito probablemente en el siglo III antes de la era cristiana, y durante mucho tiempo se atribuyó a Salomón; ese libro bíblico presta voz a Qohelet, hijo de David, rey de Jerusalén; el segundo versículo sirve de leitmotiv a todo el libro con frases que subrayan la precariedad del destino humano: «Vanidad de vanidades: todo vanidad». La literalidad del texto hebreo dice: «Humo de humos, todo es humo». <<

[107] Racine, *Athalie*, acto I, esc. VII, V. 688. Según la Biblia (2 Reyes, 2, y 2 Crónicas, 22, 9-23, 21), Atalía, hija de Ajab, rey de Israel, y de Jezabel, se casó con Jorán y encarnó la crueldad y la impiedad; hizo perecer a sus propios nietos para hacerse con el trono; sólo se salvó uno, Joás, ocultado en el templo por una de sus tías. Al cumplir los siete años el niño, una conjuración dirigida por el sumo sacerdote Joiada le hace subir al trono y acaba con la vida de Atalía. <<

[108] En su Ensayo sobre la poesía épica, Voltaire recoge la frase, aludida aquí, de Nicolás de Malézieu (1650-1727), quien, ante la mediocridad de la poesía épica francesa del siglo XVII, habría dicho: «Los franceses no tienen la cabeza épica». <<

[109] Sobre Hubert Robert, véase la nota 42. <<

[110] Alusión a un volumen de versos y a dos de piezas dramáticas (1833 y 1834) de Alfred de Musset, editados con el mismo título: *Un spectacle dans un fauteuil*. <<

[111] Héroe de una novela heroico-galante de G. de La Calprenéde (1614-1663), Cléopâtre, que había hecho proverbial su altanería y orgullo. <<

[112] El término «mecánica» tiene para Saint-Simon el sentido de disposición de los lugares y horario del monarca y su entorno, regulado con la precisión de un mecanismo de relojería: «esas naderías que hacen la historia», los detalles necesarios para comprender la vida de corte. En una carta a Gabriel Astruc, que había juzgado inexacta la comparación de tía Léonie con Luis XIV, Proust precisa: «Yo no veo dónde está la inexactitud. Quiero decir que lo que es realmente antiguo, lo que es el equivalente en el arte del joven héroe arrancando la espina, no es tal o cual cuadro académico que imita al antiguo sino una mujer moderna de Degas que se arranca una uña o un pellejo del pie. En esto se parece para mí Luis XIV a la vieja burguesía despótica donde cada palabra es un decreto para su criado». (*Corr*, t. XII, pág. 390). <<

[113] 113 «¡Silencio!… Ésta es la hora inefable y serena./ La Noche posa su pie sobre el césped friolento./ Las almas y las flores confunden sus alientos./ Los bosques ya están negros; y todavía están azules los cielos»: versos de «*La voix du soir*», del volumen *Celui qu'on oublie* (1883), de Paul Desjardins (1859-1940), poeta y pensador francés, cuyos cursos en la Escuela de Ciencias Políticas siguió Proust. Con el objetivo de contrarrestar el escepticismo filosófico derivado del naturalismo y en especial de la obra de Zola, fundó en 1892 la «Unión para la Acción Moral», en cuyo boletín Proust leyó por primera vez fragmentos de Ruskin. En 1898, al estallar el caso Dreyfus, la Unión se dividió en dos alas: una nacionalista que terminó en Action Française, y otra la de Desjardins, que formó la «Unión por la Verdad». A partir de 1910, Desjardins organizó en la abadía medieval de Pontigny, cerca de Auxerre, unas «décadas» estivales, encuentros de diez días de intelectuales franceses y europeos para discutir temas sobre arte, filosofía y moral. <<

[114] Proust hace un pastiche burlesco, en la descripción de los espárragos, del canto que Michelet entona en honor de las medusas en *La mer*: el historiador las convierte en esa novela en «diosas de la mitología… orquídeas del mar… reinas de la historia». En *Sodoma y Gomorra*, Proust volverá a evocar esas medusas citando a Michelet. <<

[115] Jean-Henri Fabre (1823-1915), entomólogo francés conocido como «el Virgilio de los insectos» y autor de unos *Souvenirs entomologiques* (1879-1907), que Proust conocía a través de Élie y sus *Études sur la nature humaine. Essai de philosophie optimiste* (1903); es Metchnikoff quien emplea los términos de «guêpe fouisseur», no el entomólogo. <<

[116] Tarta adornada con petits choux helados y con crema chantilly. <<

[117] Legrandin alude al capítulo segundo de la novela de Balzac *El lirio en el valle*, donde el protagonista, Félix de Vandenesse, utiliza, para declarar su pasión a Mme. de Mortsauf, el lenguaje de las flores, entre las que figura el sedum; otro pasaje de Balzac, esta vez de *Ilusiones perdidas*, muestra al abate Carlos Herrera —Lucien de Rubempré— a punto de suicidarse con «un gran ramillete de sedum, una flor amarilla que viene en la piedra de los viñedos». Vautrin impide que Rubempré ponga en práctica su decisión. En *Sodoma y Gomorra*, Proust aludirá a esa escena y a la parada que poco después hacen delante de la casa de Rastignac. <<

[118] *Mateo*, 6, 28-29: «Y por el vestido, ¿por qué os acongojáis? Aprended de los lirios del campo cómo crecen: no trabajan ni hilan; mas dígoos que ni aun Salomón con toda su gloria fue vestido ansí como uno de ellos». <<

[119] En los borradores, Proust escribió «rosa de Jericó». En botánica, no existe ninguna «rosa de Jerusalén»; en esta expresión la crítica proustiana ha visto la posibilidad de que aluda a la «rosa del desierto»; o que Jerusalén sea aquí sinécdoque de Palestina. <<

[120] Como epígrafe a su novela *Le médecin de campagne*, Balzac escribió: «A los corazones heridos, la sombra y el silencio». <<

[121] San Sebastián era un oficial romano que abrazó el cristianismo; fue martirizado y muerto, traspasado por flechas; la historia de la pintura tiene en este personaje y su martirio uno de sus temas preferidos desde la Edad Media; en *La prisionera* Proust aludirá al San Sebastián de Mantegna que se encuentra en el Louvre. <<

[122] Andrómeda, hija de Cefeo, rey de Etiopía, y de Casiopea, que se había jactado de ser más hermosa que todas las Nereidas juntas. Éstas pidieron a Posidón-Neptuno que las vengara, y para ello el dios inundó el país y envió un monstruo marino. Para salvar a Etiopía, el oráculo predijo que la única solución era que Andrómeda fuese expuesta al monstruo como víctima expiatoria. Andrómeda fue atada a una roca, donde la vio Perseo, que volvía de su expedición contra la Gorgona, y se enamoró de ella; a cambio de su mano, Perseo mató al monstruo. <<

[123] Armor («sobre el mar») es el nombre céltico de Bretaña; de él deriva el nombre de una de sus regiones, la Armórica: «tierra vecina al mar». <<

[124] En su novela *Pierre Noziere* (libro III, capítulo V), Anatole France muestra al protagonista leyendo el pasaje de *La Odisea* (libro XI, versos 12-19) en que Ulises encuentra a los cimerios, pueblo indoeuropeo nómada, que se instaló en la actual Crimea e invadió el Asia Menor en el siglo VIII antes de nuestra era; doscientos años más tarde fueron derrotados por los lidios; para el héroe de France, los cimerios sólo conocían la noche perpetua, y compara su tierra con la isla de Sein: «En el mundo céltico, como en el mundo helénico, los muertos tienen una tierra propia, separada de la nuestra por el Océano, una isla brumosa que habitan en multitud. Allí, la isla de los cimerios; aquí, más cerca de la ribera, la isla de los Siete Sueños. Las tumbas revisten las mismas formas en la Grecia heroica que en los celtas». <<

[125] Proust alude al estafador Vrain-Lucas (nacido en 1818), que entre 1861 y 1869 vendió al matemático Michel Chasles (1793-1880) unos 27.000 autógrafos falsos, en una especie de francés antiguo, consistentes en cartas de Pitágoras y Alejandro a Aristóteles, de Lázaro resucitado a San Pedro, de Cleopatra a Julio César, de Rabelais, Pascal, Juana de Arco, etc. En estos sucesos se inspiró Alphonse Daudet para su novela L'Immortel (1888). <<

[126] «Le aseguro que con las flores tengo muchos escrúpulos; por ejemplo, en la primera versión (aparecida en *Le Figaro*) de esos espinos blancos, había gavanzos. Pero como leí en *La Flore de Bonnier* que las gavanzas no florecen sino hasta más tarde, lo he corregido…», escribe Proust a Lucien Daudet (*Corr*, t. XII, pág. 258); el botánico aludido es Gastón Bonnier (1853-1922). <<

[127] Estilo rococó, que toma su nombre de Mme. de Pompadour (1721-1764) y que floreció durante el reinado de Luis XV. <<

[128] «Cuando el difunto marqués de Casa-Fuerte quiso hacer a su hijo un regalo bautismal, no podía encontrar en la vieja España del siglo XI una joya más preciosa o más suave —ni siquiera entre los cueros de Córdoba o las copas árabes de reflejos rosa o rosa amarillo— que este nombre de Illán», escribe Proust a Robert de Billy en 1907, preguntándole además si el cuero cordobés puede tener reflejos (*Corr*, t. VII, pág. 66). <<

[129] De soltero, Swann vive en el quai d’ Orléans; pero una vez casado se traslada a los Champs-Élysées, barrio más «decente» y adecuado para su posición. <<

[130] Paráfrasis de la *Phedre* de Racine… «¡Cuánto estos vanos adornos y estos velos me pesan!/ ¿Qué importuna mano, haciendo todos estos nudos,/ se ha cuidado de reunir sobre mi frente mis cabellos?». (Acto I, esc. III). <<

[131] Joseph-Xavier-Boniface, llamado Saintine (1798-1865), novelista y dramaturgo de abundante producción, célebre por una novela sentimental, *Picciola*, de inmenso éxito popular; para Proust (*Contre Sainte-Beuve*) es un ejemplo de mala literatura, más fácil de apreciar por niños carentes de juicio estético que por adultos. <<

[132] 132 Charles-Gabriel Gleyre (1806-1874), pintor suizo de tradición académica en el paisaje; su cuadro más conocido, *Le Soir ou les L'Ilusions perdues*, fue presentado en el Salón de 1834 y en la actualidad se encuentra en el Louvre. En *Contre Sainte-Beuve*, Proust relaciona con frecuencia a Gleyre con Saintine, destacando del pintor sus «formas admirables, lunas como un creciente de plata sobre un cielo sembrado de estrellas». <<

[133] Proust se basa en un grabado del bajorrelieve de la catedral de Lyon en el que «Aristóteles camina a cuatro patas llevando a su lomo a la cortesana Campaspe», del libro de Émile Male *L'Art religieux du XIII siècle en France*; el historiador lo cita como ejemplo de la escasa representación de las grandes figuras de la Antigüedad en las catedrales, pues sólo encuentra a Aristóteles y a Virgilio; éste figura en un capitel de la iglesia de San Pedro de Caen; tras acudir a la cita de una cortesana romana que vivía en lo alto de una torre, el poeta es izado por ésta dentro de un cesto, pero, para burlarse de él antes de abandonarlo, la dama «se para a mitad de camino y deja a Virgilio suspendido entre cielo y tierra», adonde al día siguiente va a contemplarlo toda la ciudad. <<

[134] Al encontrar muerto a Roldán en el campo de batalla, Carlomagno y el resto de su ejército entonan un largo lamento por su pérdida (*La Chanson de Roland*, versos 2397-2442). <<

[135] Proust anuncia aquí los desarrollos sobre el sadismo que escribirá en *La prisionera*, tras la audición del septeto de Vinteuil. La prolepsis «Más adelante se verá…», que el novelista incorpora en agosto de 1913, después de las terceras y últimas pruebas del libro, sirve para anunciar ese futuro relato. La escena de Montjouvain no dejó de sorprender a cualificados lectores, como Francis Jammes, que llegó a pedir al novelista su supresión: «Me habría gustado satisfacerle —escribe Proust a François Mauriac en septiembre de 1919—. Pero he construido con tanto cuidado esta obra que ese episodio del primer volumen es la explicación de los celos de mi joven héroe en el cuarto y el quinto volúmenes, de suerte que, arrancando la columna al capitel obsceno, habría hecho caerse la bóveda». (*Corr*, t. XVIII, págs. 404-405). <<

[136] Proust tuvo el proyecto de escribir en colaboración con su amigo René Peter un melodrama, cuya trama explica en una carta de septiembre de 1906 a Reynaldo Hahn: un hombre «que es sádico» adora a su esposa, mantiene relaciones con putas, ensucia a su mujer hablando de ella con las putas. Su mujer termina sorprendiéndolo y abandonándolo. Entonces el protagonista se suicida. (*Corr*, t. VI, pág. 216). <<

[137] Eran frecuentes estas críticas al trabajo del arquitecto francés Eugéne-Emmanuel Viollet-le-Duc (1814-1879), especialista en la Edad Media y autor de un *Dictionnaire raisonné de L'architecture française du XI au XVI siécle*. En *Pierre Noziere*, Anatole France ataca sus trabajos de restauración en importantes monumentos franceses, desde Notre-Dame a la abadía de Saint-Denis: «Viollet-le-Duc obedecía a una idea realmente inhumana cuando se proponía devolver un castillo o una catedral a un plano primitivo que había sido modificado en el transcurso de las edades o que, la mayoría de las veces, no había sido seguido». Proust se hará eco de esta idea de France en «Un amor de Swann» y por boca de Albertine en La prisionera. <<

[138] El cuadro aludido es la Procesión de las reliquias de la Cruz por la plaza de San Marcos, en la actualidad en la Galería de la Academia de Venecia, donde Bellini (nota 91, pág. 89) pinta (1496) los mosaicos antiguos de la fachada de la Basílica, ya desaparecidos; de ahí que Ruskin pondere el cuadro por su valor testimonial. Sobre *La Cena de Leonardo* grabada por Morghen, véase nota 43. <<

[139] Proust introduce a su personaje ficticio de la duquesa de Guermantes entre dos figuras históricas: Anne-Marie-Louise d' Orléans (1627-1693), duquesa de Montpensier, sobrina de Luis XIV y una de las inspiradoras de la Fronda; tras la victoria de Mazarino, se retiró a sus propiedades de Saint-Fargeau, donde redactó unas memorias. En cuanto a la duquesa de Montmorency, parece tratarse de Marie-Félicie Orsini (1601-1666), esposa de Enrique II, duque de Montmorency, a cuya muerte se retiró al convento de Moulins. Según el canónigo Marquis en su monografía sobre Illiers, el 13 de noviembre de 1588 habría llegado a una hostería de esa población la duquesa Loyse de Laval, esposa de Pierre de Montmorency. <<

[140] En varios cantos de La *Divina Comedia* de Dante (por ejemplo XXIX, versos 1-12, y XXX, versos 130-148), se repite esa situación; en el primero de los ejemplos, el trovador Bertrand de Born tiende su cabeza decapitada a Dante para hablarle, pero el poeta debe seguir a Virgilio. En los borradores queda más explícito que este pasaje remite al tema de la masturbación infantil; además «evoca en tono dramático la reproducción de una planta acuática, la vallisneria». (Francine Goujon, *A la recherche*…, ed. La Pléiade, tomo I, pág. 1176), célebre por su método de polinización; las plantas macho deben romper el tallo que las ata a la base para ascender a la superficie donde quedan flotando, abiertas, y donde sueltan el polen que el aire lleva hasta las plantas femeninas. Una vez realizada la polinización, el pedúnculo de la flor femenina se retuerce, y, formando una especie de tirabuzón, sumerge la flor, con lo que madura el fruto. <<

[141] El referente real es el Pré-Catelan, el jardín del tío de Proust, Jules Amiot, en Illiers, que servirá de modelo al parque de Swann. Y el de las ninfeas son los cuadros dedicados a esas flores por Monet, uno de los pintores preferidos de Proust y uno de los modelos del personaje de Elstir. <<

[142] La alusión parece apuntar a Juliette Joinville d'Artois, que durante la infancia de Proust vivía, acompañada únicamente por un criado mudo, en Mirougrain, no lejos de Illiers, en una casa aislada. En 1887 publicó sus memorias: *Á travers le coeur*. Pero su referente literario es Mme. de Beauséant, protagonista de *La femme abandonnée* de Balzac, que se retira a la soledad tras ser abandonada por el marqués d' Ajuda-Pinto. <<

[143] Es el Loira el que, según Marquis, el canónigo de Illiers, «tiene su fuente a poca distancia [de ese pueblo], delante de la iglesia de Saint-Eman», donde se alzaba el castillo de los Goussencourt, con banco en la iglesia de Illiers. El canónigo también refiere que esas fuentes se encontraban, antes del siglo XVII, más al norte; pero en 1639, tras una enorme sequía, las fuentes primitivas desaparecieron y las aguas siguieron hasta Saint-Éman un curso subterráneo, lo cual permite a Proust su asociación con la entrada en los Infiernos. <<

[144] Según Virgilio (*Eneida*, libro VI), esa entrada estaría cerca del lago Averno, junto al antro donde vivía la sibila de Cumas. <<

[145] Véase nota 32. <<

[146] Ópera de Richard Wagner estrenada en 1848. <<

[147] Vittore Carpaccio (h. 1465-1525), pintor italiano, autor de grandes ciclos narrativos sobre fondo de fiestas venecianas. <<

[148] «*Le son de la trompette est si delicieux /Dans ces soirs solennels de célestes vendanges / Qu'il s'infiltre comme une extase dans tous ceux /Dont elle chante les louanges*» (w. 49-52, «L' Imprevu», *Les Fleurs du mal*). «Tan delicioso es el sonido de la trompeta / en esas solemnes noches de celestes vendimias / que se filtra como un éxtasis en aquellos / cuyas alabanzas canta». En su artículo «A propósito de Baudelaire». (*Contre Sainte-Beuve*, pág. 623), Proust cita estos versos explicándolos como una reminiscencia wagneriana del poeta. <<

[149] Proust inserta en este punto, cambiando algunos nombres y suprimiendo algunas frases, un artículo publicado en *Le Figaro* el 19 de noviembre 1907: «Impresiones de ruta en automóvil», que pasaría a *Pastiches et mélanges* con el título de «Las Iglesias salvadas. Los campanarios de Caen. La catedral de Lisieux». (*Contre Sainte-Beuve*, págs. 64-65, donde promete dedicar a ese artículo todo un capítulo en el tomo IV de *A la busca del tiempo perdido*; la alusión figura en *La prisionera*). <<

Notas

[150] Francis Planté (1839-1934), pianista y compositor francés; empezó a dar sus recitales en París en 1872 con un éxito que se prolongó hasta principios de siglo y que culminó en 1902, con los Conciertos de los sábados en el Conservatorio. <<

[151] Antón Grigorievich Rubinstein (1829-1894), pianista y compositor ruso, el más famoso de la época junto con Liszt. Desde 1840 había dado conciertos en París; durante su gira de despedida en 1866, obtuvo un éxito apoteósico con una serie de siete recitales, en la Salle Érard de París. Uno de los modelos para el joven pianista de Mme. Verdurin —cuyo apellido, Dechambre, aparecerá en *Sodoma y Gomorra*—, fue Édouard Risler (1873-1929), pianista favorito de Madeleine Lemaire, pintora y literata cuyo salón frecuentó Proust y que se cita como uno de los modelos para Mme. Verdurin. <<

[152] Pierre-Charles-Édouard Potain (1825-1901), prestigioso profesor de cirugía, autor de trabajos sobre el corazón y los pulmones; perteneció a la Academia de Medicina desde 1882 y a la de Ciencias al año siguiente. <<

[153] En los borradores, Proust probó con varios nombres: Françoise, Anna, Carmen y Mme. X, para terminar adjudicando a su protagonista el de Odette, que también es el de la protagonista del ballet *El lago de los cisnes*, de Chaikovski; la intencionalidad proustiana se completa con el nombre de su marido: el término inglés *swan* significa «cisne». <<

[154] Jeanne-Marguerite Seilliére se casó en 1858 con Boson de Talleyrand-Périgord (1832-1910), príncipe de Sagan, que, en 1898, a la muerte de su padre, heredó los títulos de duque de Talleyrand y de Sagan, y que en ese fin de siglo estaba considerado como árbitro de la elegancia mundana. <<

[155] Por la fecha en que transcurre la narración, la duquesa aquí citada no puede ser Oriane de Guermantes, sino su suegra, la madre de Basin, príncipe des Laumes hasta la muerte de su padre y luego duque de Guermantes. <<

[156] *La Walkiria* (1852-1856) forma parte del conjunto operístico wagneriano *El anillo del Nibelungo*. *Tristán e Isolda* se estrenó en 1865 en Munich, aunque a París no llegó hasta 1900. <<

[157] «¿Cómo, ha reconocido usted a Haas? […] Haas es en efecto la única persona, no que yo haya querido pintar, sino que en última instancia ha estado (dotado por mí, por lo demás, de una humanidad diferente), que ha estado en el punto de partida de mi Swann», (*Corr*. t. XIII, pág. 387; carta a Gabriel Astruc de diciembre de 1913). <<

[158] Locución inglesa: «buscar cumplidos» de los demás, criticándose uno mismo de forma fingida y con falsa modestia para que los interlocutores protesten y lo elogien. <<

[159] El único cónclave del período fue el de 1878, del que resultó elegido papa León XIII. <<

[160] Varios pasajes —al final de «Combray», en «Un amor de Swann», etc.— sitúan esa «gran historia de amor» de Swann y Odette entre 1872 y 1875; Proust había nacido en 1871. Pero la cronología no es rigurosa y, de hecho, en «Un amor de Swann» se hace referencia a sucesos ocurridos entre 1871 y el estreno de Francillon, que tuvo lugar en 1887. <<

[161] Versos del trío final del primer acto de La *Dame blanche*, ópera de François-Adrien Boieldieu (1775-1834), estrenada en 1825, con libreto de Scribe inspirado en dos novelas de Walter Scott, *The monastery* y *Guy Mannering*. <<

[162] Aria de Herodes en el segundo acto de *Hérodiade*, ópera de Massenet (1842-1912), inspirada en el relato «*Herodías*» de Flaubert recogido en «Tres cuentos»; se estrenó en 1881. <<

[163] Podría tratarse (Philip Kolb) de una cita deformada de la escena I del acto III de la ópera de Offenbach *Barbe-Bleue*, con libreto de Meilhac y Halévy (véase nota 142), estrenada en 1886. La expresión, sin embargo, es tan habitual que se han invocado tanto unos versos del Anfitrión de Molière como la ópera del mismo título de André-Modeste Grétry (1741-1813), que no se representaba hacía mucho. <<

[164] El barrio de la isla de Saint-Louis, en medio del Sena, cerca del popular Mercado del Vino, donde vive Swann, no le parece distinguido a Odette; la alta burguesía acababa de construirse un barrio en la orilla derecha del Sena. <<

[165] Odette encarna la anglomanía de la época salpicando su lenguaje de términos ingleses: home (casa) y smart (elegante). <<

[166] El pintor holandés Jan Vermeer de Delft (1632-1675), que Proust ortografía «Ver Meer de Delft», fue autor de una obra breve y de pequeño formato, con temas de interior, algunos retratos y dos paisajes; este pintor, olvidado durante mucho tiempo y considerado hoy como uno de los más grandes de la historia de la pintura, era el preferido de Proust desde los «veinte años» y, sobre todo, desde el otoño de 1902, cuando viajó a Holanda y pudo ver directamente sus cuadros. «Desde que vi en el museo de La Haya la *Vista de Delft*, supe que había visto el cuadro más bello del mundo. En *Por la parte de Swann* no he podido impedirme hacer trabajar a Swann en un estudio sobre Vermeer», escribe Proust el 12 de mayo de 1921 al crítico de arte Jean-Louis Vaudoyer. <<

[167] La fábula de la rana ante el tribunal ateniense del Areópago no concuerda con ninguna escrita por ningún fabulista; la expresión se repite en *Sodoma y Gomorra*, donde M. de Cambremer, personaje tan inculto y dado a esnobismos y confusiones como Odette, la atribuye a J.-P. Claris de Florian (1755-1794). <<

[168] La expresión significa «un mal cuarto de hora, un mal momento», y alude de modo especial a los apuros financieros. Se basa en un episodio legendario de la vida de Rabelais (1494-1553): volviendo de Roma, el autor de *Gargantúa y Pantagruel*, al no poder pagar en Lyon la factura de un albergue, habría escrito sobre unos saquitos de pólvora insultos contra el rey («Veneno para el rey, para la reina y para el Delfín») con objeto de ser detenido y llevado gratuitamente a París, donde esperaba que Francisco I le devolviese la libertad por su ingeniosa estratagema. <<

[169] «Biche» es el apodo familiar con que los Verdurin designan al pintor Elstir, a quien no se cita por su nombre en *Un amor de Swann*; en *El tiempo recobrado*, libro del que también está ausente, Mme. Verdurin, acordándose de él, lo denominará «Tiche». <<

[170] Nombre de una de las dos asambleas legislativas alemanas, aunque en ninguna de ellas se siguió esa costumbre; Proust parece confundirse con la Cámara de los Comunes británica, donde la expresión «¡Hear, hear!» se emplea ritualmente para el aplauso. <<

[171] Tanto el final de la Novena Sinfonía (1824) de Beethoven como la obertura de la ópera en tres actos de Richard Wagner Los maestres cantores son momentos culminantes de esas obras. <<

[172] Sillón o canapé tapizado por la célebre manufactura de Beauvais, dirigida por Jean-Baptiste Oudry (1687-1755) desde 1734 hasta su muerte. Oudry realizó más de ciento treinta dibujos inspirados en las Fábulas de La Fontaine; pero Mme. Verdurin parece mezclar dos títulos de fábulas muy populares: El zorro y las uvas y El oso y el amante de los jardines, donde, para amansar al oso, el hombre le ofrece una bandeja de frutas. <<

[173] Sillón o canapé tapizado por la célebre manufactura de Beauvais, dirigida por Jean-Baptiste Oudry (1687-1755) desde 1734 hasta su muerte. Oudry realizó más de ciento treinta dibujos inspirados en las Fábulas de La Fontaine; pero Mme. Verdurin parece mezclar dos títulos de fábulas muy populares: El zorro y las uvas y El oso y el amante de los jardines, donde, para amansar al oso, el hombre le ofrece una bandeja de frutas. <<

[174] Son varios los modelos que el propio Proust señala para esta Sonata que recorre buena parte de *A la busca del tiempo perdido*: «La Sonata de Vinteuil no es la de [César] Franck. Si puede interesarte (¡pero no lo creo!), te diré, con el ejemplar en la mano, todas las obras (a veces muy mediocres) que han "posado" para mi Sonata. Por ejemplo, la "pequeña frase" es una frase de una sonata para piano y violín de Saint-Saens que te cantaré (¡tiembla!), la agitación de los trémolos que tiene por encima está en un Preludio de Wagner, su inicio gimiente y alterno es de la Sonata de Franck, sus movimientos espaciados de la Balada de Fauré, etc., etc., etc.», escribe Proust en 1915 en una carta a Antoine Bibesco. Tres años más tarde, en la dedicatoria de su ejemplar del primer tomo de *A la busca del tiempo perdido* a Jacques de Lacretelle, escribe: «En la medida en que la realidad me ha servido, a decir verdad de forma muy escasa, la pequeña frase de esa Sonata, y nunca se lo he dicho a nadie, es (para empezar por el final), en la velada Saint-Euverte, la frase encantadora pero en última instancia mediocre de una sonata para piano y violín de Saint-Saéns, músico que no me gusta. (…)… cuando el piano y el violín gimen como dos pájaros que se responden, he pensado en la Sonata de Franck (sobre todo tocada por Enesco) cuyo cuarteto aparece en uno de los volúmenes siguientes. Los trémolos que cubren la pequeña frase en casa de los Verdurin me fueron sugeridos por un preludio de Lohengrin, pero también en ese momento por una cosa de Schubert. En la misma velada Verdurin hay un delicioso trozo de piano de Fauré». <<

[175] Locución italiana utilizada para designar artistas y, sobre todo, cantantes de primer orden, cabezas de cartel de los grandes teatros líricos. <<

[176] Desde 1874, los domingos por la tarde, en el teatro del Châtelet se ofrecían los «Concerts Colonne», que tomaban su nombre del apellido de su fundador, Édouard Colonne. <<

[177] Léon Gambetta (1838-1882), diputado en 1869, proclamó la Tercera República en 1870 y organizó la defensa nacional durante la guerra de ese año frente a los prusianos. Tras la Comuna, presidió el partido Union Républicaine y terminó convirtiéndose en presidente de la Cámara tras la dimisión de Mac-Mahon (1879); consiguió formar un gabinete tras la aplastante victoria de los republicanos en noviembre de 1881; pero apenas logró sobrevivir poco más de dos meses —del 14 de noviembre de 1881 al 27 de enero de 1882—, para terminar cayendo bajo la presión de una coalición de extrema izquierda y extrema derecha. Moriría el 31 de diciembre de ese último año, en vísperas de su boda, por las complicaciones de una herida en una mano, que le provocaron una septicemia; sus funerales, celebrados el 6 de enero de 1883, fueron seguidos con vivo interés por la opinión pública. <<

[178] *Les Danicheff*, comedia en cuatro actos escrita en colaboración por Pierre de Corvin-Kroukowski (con el seudónimo de Pierre Newski) y Alexandre Dumas hijo; se había estrenado en 1876, pero fue repuesta —tras fuertes desavenencias entre los autores, que llevaron sus discrepancias a los tribunales— en 1884, en el teatro de la Porte Saint-Martin. Su intriga giraba sobre los amores ancilares del conde Vladimir Danichev y una joven criada llamada Anna, que concluirán en matrimonio. Proust alude a los amores de Swann, de posición social muy superior a la de Odette. <<

[179] Jules Grévy (1807-1891) sustituyó en la presidencia de la República a Mac-Mahon, que dimitió el 30 de enero de 1879; reelegido en 1885, hubo de dimitir en 1887 a raíz del «escándalo de las condecoraciones», en el que estaba implicado su yerno Daniel Wilson. <<

[180] El futuro Eduardo VII de Inglaterra, asiduo visitante de París y una de las causas de la anglomanía que se apoderó de la alta burguesía de la época. <<

[181] Coche de caballos descubierto, con pescante para el cochero en la parte trasera; Odette vuelve a elegir un término inglés en vez del francés *fiacre*. <<

[182] Pieter de Hooch o Hoogh (1629-1684), pintor holandés contemporáneo de Vermeer y seguidor de su escuela; sus cuadros, preferentemente de interiores domésticos, multiplican sus fondos, que dan a otras piezas interiores y al paisaje del entorno gracias a los juegos de perspectiva que crean puertas y ventanas. <<

[183] Odette vive en esa calle del barrio de L’Étoile, entre las avenidas Kléber y Iéna; formaba parte de los nuevos barrios residenciales que en el siglo XIX comenzó a construir Haussmann. <<

[184] La catleya es una variedad de orquídea que produce grandes flores de colores muy vivos; debe su nombre al horticultor inglés William Cattley, quien la desarrolló a finales del siglo XIX. Proust las asocia ya al amor en 1893, en su novela corta *L'Indiferent*. Pronto pasó a formar parte de la moda entre la alta burguesía, junto a los crisantemos y las hortensias como flores obligadas de la decoración de interior e incluso personal. En todo ello influyó considerablemente el japonismo que invadió París tras la presencia de pabellones del Japón en las Exposiciones Universales de 1867,1878 y 1889. <<

[185] Laghet, o *La Madone de Laghet*: iglesia y monasterio reconstruidos en el siglo XVII, cerca de Niza, que se habían convertido desde esa época en lugares de peregrinación. <<

[186] Séfora o Siporá, una de las siete hijas del sumo sacerdote Jetró, fue mujer de Moisés y figura en el Éxodo bíblico. Aparece en el fresco Escenas de la vida de Moisés pintado por Sandro Botticelli (1444-1510) entre 1480 y1481, en el techo de la Capilla Sixtina en Roma. Proust, que no lo había visto, poseía una edición ilustrada de Mornings in Florence, de Ruskin, en cuyo frontispicio aparece un dibujo de Séfora copiado directamente por Ruskin del fresco de Botticelli. <<

[187] Antonio Bregno, llamado il Rizzo (1430-1498), colaboró como arquitecto y escultor en la decoración del palacio de los Dogos de Venecia. A principios del siglo XX se le atribuía, aunque de forma poco segura, el busto de bronce del condotiero —no dogo— Andrea Loredano —no Antonio Loredano— que se conserva en el museo Correr de Venecia; así lo reproducía, aunque llamándole Andrea Loredano, un volumen sobre Venecia de la colección *Villes d'art célebres*, publicado en 1902 y consultado por Proust. En la actualidad el busto se atribuye al escultor paduano Andrea Briosco, llamado il Riccio (1471-1532). <<

[188] La alusión parece apuntar al cuadro de Ghirlandaio (1449-1494) titulado Retrato de viejo con niño que se encuentra en el Louvre y que representa a un anciano con una enorme nariz roja y verrugosa mirando a un niño rubio. También el Louvre guarda un autorretrato del Tintoretto (1518-1594), aunque resulta imposible precisar que sea ése el aludido por Proust. <<

[189] El sobrenombre con que Sandro di Mariano Filipepi ha pasado a la historia de la pintura, Botticelli, significa en italiano «tonel pequeño». Según Vasari, en su juventud habría trabajado como aprendiz con un orfebre llamado Botticelli, de quien lo habría tomado. <<

[190] El café-restaurante de la «Maison Dorée» —más adelante aparecerá como «Maison d' Or»— abrió sus puertas en 1840 en el espacio del antiguo «Café Hardy», en la esquina de la calle Laffitte y del bulevar des Italiens, y las cerró en 1902, después de haber estado de moda muchos años durante el Segundo Imperio. <<

[191] El 18 de diciembre de 1879, en el Hipódromo se dio una fiesta a beneficio de los damnificados por una catastrófica inundación del río Segura, que asoló la ciudad y la provincia de Murcia en el mes de octubre. El baile fue presidido por la reina de España. <<

[192] En la época de los amores de Swann, los Verdurin residen en la calle Montalivet, entre el palacio del Elíseo y el Ministerio del Interior; más tarde se trasladarán al quai Conti. <<

[193] El «Café Prévost» fue inaugurado en 1825 como salón de té, en el número 39 del bulevar Bonne-Nouvelle; centro de la vida elegante, a finales de siglo se había trasladado al 10 de la calle de Clichy; en la actualidad sigue existiendo en la Chaussée-d'Antin. Su especialidad era el chocolate. <<

[194] Eurídice es, según la mitología griega, esposa de Orfeo. Perseguida durante la ceremonia nupcial por Aristeo, que pretendía raptarla, la joven fue picada en su huida por una serpiente venenosa. Orfeo bajó a los Infiernos tras ella y consiguió que los dioses, fascinados por sus cantos, le permitiesen regresar con Eurídice al mundo de los vivos a condición de no volver los ojos hacia su mujer hasta que hubiesen salido. Impaciente por verla, Orfeo desobedeció la orden y Eurídice desapareció. <<

[195] El «Café Tortoni» se hallaba en el número 10 del bulevar des Italiens, en el cruce con la calle Taitbout. Abierto en 1798 por el primer heladero napolitano instalado en París, Velloni, fue adquirido en 1804 por Tortoni, que lo convirtió en lugar de encuentro de políticos y literatos. Cerró sus puertas en 1894. <<

[196] El «Café Anglais», en el cruce del bulevar des Italiens y la calle Marivaux, fue centro de reunión de los románticos y a finales de siglo tenía fama de ser el mejor restaurante de París. Fue demolido en 1913. En su búsqueda frenética de Odette, Swann hace el recorrido de los cafés y restaurantes más elegantes de ese fin de siglo, que se encontraban a pocos pasos unos de otros. <<

[197] Véase la nota 35. <<

[198] Coche de cuatro ruedas y dos asientos, abierto por los lados y con capota, así llamado por el nombre de la reina Victoria de Inglaterra, que fue la primera en usarlo. <<

[199] Olivier Metra (1830-1889), autor del Vals de las rosas (1885), fue director de la orquesta del Châtelet, del Folies-Bergéres y, desde 1878, de los bailes de la ópera. Compuso operetas y músicas de ballet de gusto muy popular. Joseph-Dieudonné Tagliafico (1821-1900), barítono francés de origen italiano, que, además de empresario en Montecarlo y en el Covent Garden, compuso algunas romanzas y baladas, entre ellas la titulada Pobres locos, que Proust transcribe en singular. <<

[200] Botticelli pintó frescos en la Capilla Sixtina, pero los retoques finales fueron realizados al temple seco. <<

[201] Antoine Watteau (1684-1721) sugiere en sus «fiestas galantes», en sus sanguinas y dibujos «a tres lápices», la «apoteosis del amor y del placer», por lo que Proust le adjudica en Ensayos y artículos el título de primer artista que había pintado «el amor moderno» con sus sutilezas de gestos, disfraces y paseos en un entorno de fuentes y boscajes. <<

[202] Entre 1868 y 1879, un trecho de la actual calle parisina *La Boétie*, entre el faubourg Saint-Honoré y la plaza Saint-Augustin, llevó el nombre de un ministro de Justicia de Napoleón III, Jacques-Pierre-Charles Abbattucci (1792-1857). <<

[203] Pequeña capa femenina bordada de piel, utilizada para salir de visita. <<

[204] Piel de mofeta, de pelos de longitud media y color negro con bandas blancas. Es un sustantivo plural inglés que en francés se empleó como singular al ser tomado directamente de los catálogos de pieles. <<

[205] Sombrero de alas realzadas que podía ir adornado con una pluma. Para la descripción de las *toilettes* de Odette, Proust utilizó los recuerdos de Georges Rodier —un habitué del salón de Mme. Lemaire—, de los vestidos y trajes de una célebre cortesana, Léonie de Clomesnil. <<

[206] El vizconde Raymond de Borelli (1837-1906) consiguió tres premios de poesía de la Academia Francesa —institución que lo acogió en su seno— por *Sursum corda* (1885), *Jongleur* (1891) y *La Fonte de Persée* (1895). En 1889 en el Théâtre-Français se estrenó su obra teatral Alain Chartier, en versos patrióticos. <<

[207] Para Odette, los sitios *chic* están alrededor del Bois de Boulogne, la Ópera o el puente de 1' Alma, convertidos por el nuevo poder (la III República) en centros de convivencia de la clase que había acabado con el Segundo Imperio; en cuanto a buen gusto, están muy lejos del auténtico árbitro de la elegancia del período, el faubourg Saint-Germain. <<

[208] Nombre que llevó la actual Avenida Foch de 1854 a 1875; en esta fecha, tras la caída del Segundo Imperio, recibió el de Avenida du Bois, aunque durante mucho tiempo siguió utilizándose el nombre antiguo. En 1929 pasó a llamarse Foch; es una de las doce avenidas que irradian desde el Arco de Triunfo, al que une con la Porte Dauphine. <<

[209] El lago del Bois de Boulogne, al que conducía la avenida de L’Impératrice. <<

[210] El Éden-Théâtre abrió sus puertas en 1883, en la calle Boudreau, cerca de la Ópera, para ofrecer sobre todo espectáculos de ballet, aunque en él se oyó por primera vez en París Lohengrin (1887) y la ópera de Saint-Saéns Sansóny Dalila; demolido en 1898, sobre su solar se asienta desde esa fecha el teatro de 1’ Athénée. <<

[211] El estadio del Hipódromo se construyó en 1875 entre las avenidas de L’Alma (en la actualidad George V) y Marceau. Demolido en 1892, tenía capacidad para 10.000 espectadores que podían asistir en él a ballets, carreras de caballos y espectáculos ecuestres. <<

[212] Neologismo que data de 1883 y que estuvo de moda en el cambio de siglo; era sinónimo de «chic», de elegante o dandy. <<

[213] En inglés, «querido, cariño». <<

[214] Construido en la Ile de Saint Louis, entre 1614 y 1616, este *quai* situado frente al ábside de Notre Dame y habitado por bohemios, artistas y dandis no era el lugar más idóneo para la burguesía ni para la modernidad elegante. La tía abuela del protagonista de *A la busca del tiempo perdido* pensaba lo mismo en las primeras páginas de «Combray». <<

[215] Residencia de los reyes de Francia en el siglo XVI, construida entre los siglos XIII y XVII; de los elementos que lo caracterizan destacan sus chimeneas. <<

[216] *La Reine Topaze*, ópera cómica de Victor Massé (1822-1884), con libreto de J. P. Lockroy y L. Batu, se estrenó en el Théâtre-Lyrique en 1856 y se repuso en el teatro del Château-d'Eau en 1882. <<

[217] Antigua y elegante casa situada en la calle Royale, especializada en té a la inglesa; fue uno de los centros de la anglomanía parisina. <<

[218] Drama del novelista y dramaturgo Georges Ohnet (1848-1884), sacado de su novela del mismo título, que se estrenó en 1882 en el Gymnase-Dramatique. Su protagonista es un príncipe polaco arruinado que logra casarse con una rica heredera, cuya fortuna derrocha; su suegra acaba matándolo para vengarse. Gozó de un gran éxito popular y del rechazo de los árbitros del buen gusto. <<

[219] Macizo montañoso suizo, entre los lagos de los Cuatro Cantones y de Zoug; a finales de siglo era muy frecuentado como punto de vista panorámico de gran belleza. <<

[220] Fundada en 1881, se encargó de formar al personal de los museos franceses mediante clases de historia del arte y de arqueología. <<

[221] Blanca de Castilla (1188-1252), hija de Alfonso VIII de Castilla y de Leonor de Inglaterra, era nieta por parte de madre de Enrique II Plantagenet y de Alienor de Aquitania; se casó con Luis VIII de Francia y, como madre de san Luis (Luis IX), que tenía once años a la muerte de su padre (1226), se hizo cargo de la regencia. Apoyada por Teobaldo IV de Champaña, dio muestras de carácter enérgico y reafirmó la autoridad monárquica frente a los grandes vasallos rebeldes como el duque de Bretaña; en 1229 acabó con la cruzada de los albigenses. Volvió a asumir la regencia durante la cruzada de su hijo a Tierra Santa (la séptima), de 1247 hasta su muerte; durante ese período puso fin a la rebelión campesina conocida como revuelta de los Pastorcillos. <<

[222] Locución latina proverbial (= confidencialmente), que hace referencia a la antigua costumbre romana de colgar una rosa en el techo, sobre la cabeza de quien presidía la reunión, el banquete, etc. Era una advertencia para todos los comensales conminándolos a no revelar nada de cuanto se había dicho o hecho durante la comida. <<

[223] En realidad Brichot alude a las *Grandes Chroniques de France*, que trazan la historia de la monarquía francesa desde sus orígenes (siglo XII) hasta la muerte de Luis XII (1515). Escritas primero en latín, y a partir del siglo XIV en francés, fueron iniciadas por el abad Suger (1081-1151), rector de la abadía de Saint-Denis desde 1122; a su muerte la obra fue continuada por sus monjes. <<

[224] San Bernardo de Claraval (1090-1153) fundó la abadía de Clairvaux, cuna de los benedictinos reformados o cistercienses en 1115; a la muerte de su fundador, la nueva orden contaba con cerca de 350 abadías. Se convirtió en uno de los principales propagandistas e inspiradores de las órdenes militares y sentó las bases de la regla de los templarios. Predicó la segunda cruzada, en la que participó Luis VII de Francia, y fue un escritor de talento que practicó todos los géneros: desde los comentarios a las cartas, los sermones, los tratados e incluso el teatro. Brichot comete un error: por pura cuestión cronológica, ni Suger ni Bernardo de Claraval pudieron conocer a Blanca de Castilla. <<

[225] Enrique II Plantagenet (1133-1189), duque de Normandía y rey de Inglaterra desde 1154, se casó con la esposa de Luis VII, Alienor de Aquitania (1122-1204), pocas semanas después de que, repudiada por el rey francés, fuese anulado su matrimonio, en 1152. Brichot comete un nuevo error: Blanca de Castilla era nieta de Alienor, no hija; su madre fue Leonor de Inglaterra, esposa de Alfonso VIII de Castilla (1155-1214). (Vease nota 72.). <<

[226] Los cuadros *La ronda de noche* (1642), de Rembrandt (1606-1669), y *Las regentes del hospital Santa Isabel*, de Franz Hals (1580-1666), pudieron ser vistos por Proust durante su viaje a Holanda en 1902. El primero se encuentra en el Rijksmuseum de Amsterdam, y el segundo en el Museo de Haarlem; precisamente el cuadro de Hais retrata a las damas que presidían las fundaciones caritativas de esa ciudad. <<

[227] *La Victoria de Samotracia*, exvoto conmemorativo de una batalla naval de principios del siglo II a. de C., fue encontrada en 1863; se conserva en el museo del Louvre. <<

[228] En la escena II del acto I de *Francillon*, obra de Alexandre Dumas hijo, estrenada el 17 de enero de 1887, uno de los personajes, Annette de Riverolles, da la receta de una ensalada japonesa a base de patatas y mejillones, recubierta de trufas cocidas en vino de Champagne. *Francillon* tiene por trama una historia de celos: en la escena V del acto II, la protagonista, Francine, acude también al restaurante La Maison d'Or para encelar a su marido. De ahí que, dos párrafos después, Swann ofrezca un semblante grave. <<

[229] Novela de Georges Ohnet, publicada en 1882 y, como en el caso de la citada Serge Panine, llevada a los escenarios en 1884, en el Gymnase-Dramatique. Se convirtió en uno de los mayores éxitos de la época. <<

[230] Charles-Louis de La Trémoille (1838-1911), duque de ese apellido —uno de los más antiguos de Francia—, llevaba además, como primogénito, el título familiar de príncipe de Tarento; se dedicó a la erudición histórica y fue miembro de la Académie des Inscriptions en 1899. Amigo de Charles Haas, uno de los modelos de Swann. <<

[231] El «Palace de L’Industrie», ubicado en el actual emplazamiento del Grand-Palais y del Petit-Palais, fue construido para la Exposición Universal de 1855, y recibió el nombre de Palais-Napoléon. Demolido para la Exposición Universal de 1900, había albergado exposiciones de pintura y escultura, sobre todo el Salón anual de arte moderno. <<

[232] En el *Tratado de la existencia y de los atributos de Dios*, François de Salignac de La Motthe Fénelon (1651-1715) —preceptor del duque de Borgoña, nieto de Luis XIV, y arzobispo de Cambray —, expone su teoría de la inteligencia de las criaturas como emanación de la inteligencia divina: «Como el sol sensible ilumina todos los cuerpos, así ese sol de inteligencia ilumina todos los espíritus». (II parte, cap. IV). El calificativo de «dulce anarquista» que Brichot da a Fénelon es un tópico que alude a la adhesión del «cisne de Cambray» a las doctrinas quietistas, y a su enfrentamiento al absolutismo, con fuertes críticas a Luis XIV. <<

[233] Pronunciación, incorrecta por afán de pedantería, del apellido La Trémoille. <<

[234] Alusión a una carta de 13 de noviembre de 1675, en que Mme. de Sévigné cuenta a su hija las repetidas visitas que le hace Amélie de Hesse-Cassel, esposa de Henri-Charles de La Trémoille, príncipe de Tarento (1621-1672): «Me quiere mucho. En París, las criticarían, pero aquí es un favor que hace que mis campesinos me honren». <<

[235] Primera parte de la locución italiana «*Se non e vero, é ben trovato*»: «aunque no sea cierto, está bien ideado». Procede de Giordano Bruno: *Degli eroici furore* (1585). <<

[236] Ojo vivo, observador; el adjetivo «americano» remite a la acuidad de visión de los Indios de América. <<

[237] Henri d’Orléans, duque d’Aumale (1822-1897), general, historiador y académico, fue el cuarto hijo del rey Luis Felipe; la frase de Cottard, cuyo significado exacto el personaje desconoce, se basa en una fórmula legitimista: «duque d’Aumale» sería en la época una expresión licenciosa indicativa de una posición amorosa; Cottard hace un juego de palabras: «*Aumale*» se pronuncia igual que «*aux mâles*», equivalente del cartel «caballeros» en los urinarios, por lo que el significado directo de la chanza equivaldría, por ser el duque d’Aumale miembro prominente de la familia legitimista, a «mearme en los Orléans». <<

[238] Proust se ha valido del *Gotha* para el personaje de la baronesa de Putbus, cuya familia se remontaba al siglo XII en Pomerania; en el siglo XIX se había extinguido su rama masculina. En los borradores de la novela, Proust concede mayor papel a la baronesa de Putbus, o, mejor dicho, a su doncella, que, desfigurada por un incendio, se parece a la Caridad de Giotto. Saint-Loup, según *Sodoma y Gomorra*, la habría conocido en una casa de citas. <<

[239] «*Serpent á sonates*»: juego de palabras; «serpent á sonnettes» es, en francés, «serpiente de cascabel». Diane Feydeau de Brou, marquesa de Saint-Paul, debía ese apodo tanto a su mala lengua como a su brillante ejecutoria como pianista. Es uno de los posibles modelos de Mme. de Saint-Euverte. <<

[240] Demi-castor: según el Littré es un «sombrero de pelo de castor mezclado»; por extensión indica a una mujer del *demi-monde*, virtuosa a medias. <<

[241] Gustave Moreau, pintor y dibujante francés (1826-1898), uno de los modelos de Elstir, recurrió a personajes literarios, como Salomé o Galatea, que formaban parte del friso de mitos del movimiento simbolista. <<

[242] El antiguo palacio de Saint-Cloud, propiedad del duque d’ Orléans, a las puertas de París y a orillas del Sena, se incendió en 1870; pero su parque, de cuatrocientas cincuenta hectáreas, atraía a numerosos visitantes y era famoso por sus fuentes y juegos de agua, que el pintor Hubert Robert trasladó a sus lienzos (véase nota 42.). <<

[243] Situada en el Lago grande del Bois, la Isla de los Cisnes es la misma que la isla del Bois, citada líneas más arriba. <<

[244] Carruaje cerrado, más ligero que el victoria, descubierto y con capota. <<

[245] Son dos los cuadros de Botticelli que representan al niño Jesús jugando con una granada en la Galería de los Uffizi —donde también se conserva su Alegoría de la Primavera— de Florencia: *La Virgen del Magníficat y La Virgen de la granada*. En la Capilla Sixtina, en una de las *Escenas de la vida de Moisés*, Botticelli ha pintado al profeta sacando agua del pozo para ofrecérsela a las hijas de Jetró. <<

[246] Población a dieciséis kilómetros de París, cerca de Versalles, a orillas del Sena, muy frecuentada por los pintores impresionistas y los aficionados a los paseos en barca. <<

[247] Decimocuarta sonata de Beethoven (opus 27, n.° 2), compuesta en 1802. <<

[248] Un incidente autobiográfico con Reynaldo Hahn puede ser el origen de este pasaje; figura en la correspondencia de Proust de 1896. (Cf. *Corr*, t. II) <<

[249] Eugéne-Marin Labiche (1815-1888) empezó publicando novelas para seguir la carrera de los escenarios con más de un centenar de comedias y vodeviles, solo o en colaboración; sin pretensiones, lograban arrancar la risa de los espectadores gracias a la habilidad de las situaciones protagonizadas por una burguesía de gusto vulgar. <<

[250] En sus *Máximes et Réflexions sur la poésie* (1694), Bossuet, para justificar sus diatribas contra el teatro, cita el libro X de *La República* de Platón, en que el filósofo griego expulsaba a los poetas de su República ideal. <<

[251] El noveno, en el último libro de *La Divina comedia*, donde Dante sitúa a los mayores pecadores. <<

[252] «No me toques»: son las primeras palabras de Cristo resucitado a María Magdalena, según el Evangelio de san Juan (20, 17). <<

[253] Ópera de Victor Massé (1822-1884), ya citado como autor de *La reine Topaze; Una noche de Cleopatra*, sobre libreto de Jean Barbier, partía de un relato de Téophile Gautier y se estrenó al año siguiente de la muerte del compositor, en 1885. <<

[254] La capilla Saint-Louis, de Dreux, de estilo neogótico, construida a principios del siglo XIX, en 1816, guarda las tumbas de los príncipes de Orléans. Fue terminada durante el reinado de Luis Felipe. En Compiégne se encuentra el viejo castillo de Carlos V, mandado reconstruir por Luis XV al arquitecto Gabriel en el siglo XVIII; Napoleón III lo agrandó para convertirlo en una de sus residencias preferidas. El castillo de Pierrefonds, en la linde del bosque de Compiégne, es una fortaleza medieval restaurada durante el Segundo Imperio por Viollet-le-Duc (1814-1879) y, a la muerte de éste, por Ouradou y Lisch en 1884. <<

[255] La catedral Saint-Pierre de Beauvais, construida entre los siglos XIII y XIV, posee la nave más alta de todo el gótico francés y un coro espléndido. La iglesia de Saint-Loup-de-Naud, en el departamento del Seine-et-Marne, cerca de un pueblo llamado Guermantes, es una de las iglesias románicas más antiguas de Francia (siglo XIL); su pórtico, con una columnata de estatuas, se asemeja al de la catedral de Chartres. Sirvió a Proust de modelo para la iglesia de Saint-André-des-Champs, cerca de Combray; y también para la de Balbec. Con «deyecciones de Luis Felipe» el personaje apunta a las tumbas de la casa de Orléans en la capilla de Dreux. <<

[256] 107 El marqués de Forestelle reaparecerá en *El tiempo recobrado*. <<

[257] Mapa de Ternura, o del Afecto: país imaginario del amor cortés que modelaba las relaciones galantes de los salones aristócratas y «preciosos» del siglo XVII francés. Fue descrito por Mlle. de Scudéry (1607-1701) en su novela Clélie, de 7316 páginas (1654-1660). Madeleine de Scudéry abrió un salón literario frecuentado por las mejores inteligencias de su tiempo y gozó de un prestigio inmenso como novelista durante cincuenta años en toda Europa. El mapa de Ternura que, dibujado por su propia mano, aparece en la primera edición de la novela, traza los caminos que llevan desde Nueva Amistad a Ternura, o verdadero amor; en él se dibujan ríos, montañas, mares, etc., con toda la casuística amorosa de los sentimientos. Puede verse reproducido en mi edición de Moliere: *Las preciosas ridículas - Las mujeres sabias*, Cátedra, Madrid, 1995, pág. 28 del prólogo. <<

[258] La iglesia de Brou, en el Ain, fue construida en estilo gótico flamígero, junto con un monasterio, por orden de Margarita de Austria (1480-1530) en memoria de su marido Filiberto; éste, duque de Saboya (1480-1504), llamado el Bello, había muerto a los tres años de matrimonio. Entre los adornos escultóricos de la piedra figuran profusamente las iniciales de Filiberto y Margarita unidos por un cordoncillo entrelazado en forma de ocho, y emblemas como la margarita. <<

[259] El restaurante estaba en el número 51 de la calle La Pérouse, en el quai des Grands Augustins, cerca del quai d’ Orléans, donde vive Swann, pero en la orilla izquierda del Sena; queda, por lo tanto, fuera del ámbito «chic» de Odette. Sigue existiendo en la actualidad. <<

[260] El grupo de los Incoherentes, dirigido por Jules Lévy, combatió con el humor la pintura académica, de 1882 a 1888; el día de la inauguración de sus exposiciones daban un baile de disfraces; su primer baile público fue organizado en 1885. <<

[261] Los primeros landós se fabricaron en la ciudad alemana de Landau: eran carruajes de cuatro ruedas tirados por un tronco de dos caballos; en su interior había bancos corridos enfrentados. <<

[262] En 1876, el primer festival de Bayreuth estrenó la *Tetralogía* de Wagner en el teatro recién construido en el valle del Rhin por Luis II de Baviera, el *Festspielhaus*. En la década 1880-1890, la fiebre wagneriana se adueñó de la alta burguesía parisina; Bayreuth ya se había convertido en esas fechas en cita obligada de esnobs y aristócratas de todos los países. <<

[263] Luis II de Baviera (1845-1886) había asumido la corona en 1864. Construyó entre Munich e Innsbruck castillos inspirados en Versalles o en las leyendas wagnerianas, como los de Linderhof, Neuschwanstein, Herrenciemsee, junto a Salzburgo, etcétera. <<

[264] Este mediocre compositor francés de origen napolitano, Antonin Louis Clapisson (1808-1866), gozó de prestigio por sus óperas —de fácil ligereza unas, de inspiración meyerberiana otras— y sus óperas cómicas; poco después de su muerte empezó a perder ese prestigio y su música a pasarse de moda; legó al Conservatorio de París, donde enseñó en los últimos años, su colección de más de 7500 instrumentos antiguos. <<

[265] En sus *Mémories*, Saint-Simon dedica un capítulo a «La mecánica, vida particular y conducta de Mme. de Maintenon». Ésta, nacida en 1635 y muerta en 1719, después de criar a los hijos habidos por Luis XIV con Mme. de Montespan, se casó en secreto con el monarca en 1684. Pero Saint-Simon sólo cita a Giovanni Battista Lulli (1632-1687) —compositor florentino que reinó musicalmente en la corte de Luis XIV— una vez, sin relación alguna con Mme. de Maintenon. <<

[266] Nombres de proveedores del barrio de la Ópera: Louis Crapotte —que Proust transcribe con una sola t— abrió en 1886 una tienda de frutas en el número 23 de la calle Le Peletier, entre el bulevar des Italiens y la calle Rossini. También era frutero Jauret, en el número 14-16 de la plaza del Marché-Saint-Honoré (en la actualidad, plaza Robespierre); en cuanto al comercio de Chevet, en la galería de Chartres, en el Palais-Royal, fue la tienda de ultramarinos y comestibles más prestigiosa de París hasta finales de siglo, época en la que fue puesta en venta. <<

[267] Robert, duque de Chartres (1840-1910), nieto del rey Luis Felipe, hijo de Fernando Felipe, duque de Orléans, y hermano menor del conde de París, se casó en 1863 con Françoise Marie-Amélie, hija del príncipe de Joinville. <<

[268] A finales del siglo XIX, en Turingia existían dos pequeños principados hereditarios de Reuss, que databan del siglo XII; durante el Segundo Imperio, todavía se utilizaban esos títulos; en 1886 habían pasado a depender de la confederación del Norte de Alemania. <<

[269] En la época en que transcurre la acción, Adolphe de Nassau (nacido en 1817) llevó el título de duque de Luxemburgo de 1890 a 1905; su hijo Guillaume, príncipe heredero, había nacido en 1852. En esta mezcla de títulos auténticos y apellidos inventados —el de Charlus también figura en Saint-Simon—, la alusión proustiana atiende más a lo genérico que a individuos concretos; el barón de Charlus, hermano menor del duque de Guermantes, «es un viejo homosexual que llenará casi todo el tercer volumen y Swann, del que estuvo enamorado en el colegio, sabe que no arriesga nada confiándole a Odette», escribe Proust en 1914 en una carta a Henri Ghéon. <<

[270] Aunque de forma equívoca, parece aludirse al Septenado de Mac-Mahon, presidente de la República francesa. En mayo de 1873, tras la caída de Thiers, Mac-Mahon asumió la presidencia; seis meses después se votaba la ley del Septenado, que prolongaba sus poderes siete años; pero hubo de dimitir en 1879, dejando paso al primer septenado de Grévy (1879-1885); reelegido en esa última fecha para un segundo septenado, Grévy terminó dimitiendo en 1887. <<

[271] Tras la alusión a *La primavera*, de Botticelli, el texto se refiere, con ese calificativo de «Bella Vanna», a un retrato femenino que el pintor dejó en uno de los tres frescos descubiertos en 1873 en la villa Lemni, en las afueras de Florencia. Dos de ellos fueron adquiridos por el Museo del Louvre en 1882; el fresco en cuestión muestra a Venus y a las Gracias ofreciendo presentes a una joven que algunos identifican con Giovanna degli Albizi, cuyas bodas con Lorenzo Tornabuoni, en 1486, celebraría el fresco; para otros, los dos retratos que de Giovanna hizo Ghirlandaio muestran una mujer muy distinta. <<

[272] *El Nacimiento de Venus*, en el museo de los Uffizi. <<

[273] Alfred Grévin abrió su conocido museo de figuras de cera en 1882, en el número 10 del bulevar de Montmartre. <<

[274] *Chat Noir*: famoso *cabaret* fundado en 1881, en el número 84 del bulevar Rochechouart, cerca de Montmartre, por el pintor Rodolphe Salis. Lo frecuentaba un público entreverado de artistas, hombres de mundo, aristócratas y *cocotte* s. Los once últimos años de su existencia (hasta 1896) transcurrieron en el número 12 de la calle de Laval (la actual Victor Massé), con mayor lujo y una clientela más elegante. <<

[275] «Tigres» es el nombre que Balzac da en su novela *Les secrets de la princesse de Cadignan* a los *grooms* —término inglés que significa lacayo, palafrenero; se trataba de muchachos que iban en la parte trasera de los carruajes y se apresuraban a abrir las portezuelas a sus amos. <<

[276] De hecho, el «pintor de Mantua», Andrea Mantegna (1431-1506), había nacido en territorio de la actual Padua, que en ese momento pertenecía a Vicenza; pero hizo la mayor parte de su carrera en aquella ciudad, como pintor de corte de Ludovico Gonzaga, duque de Mantua, dejando en el Palacio Ducal lo que se considera su obra maestra: la decoración de la «Camara degli Sposi». En Padua, Proust pudo contemplar, durante su visita de 1900, el fresco de *El martirio de Santiago* (en la iglesia de los Eremitani), donde un guerrero apoyado en su escudo parece meditar; parte de los frescos en que pintó la *Historia de san Cristóbal y del Apóstol Santiago* resultaron destruidos en los bombardeos de la ciudad durante la Segunda Guerra Mundial, en 1944. En 1456-1460, Mantegna pintó *El retablo de San Zenón* para la basílica de Verona dedicada a ese santo, que aún muestra la parte superior del tríptico; las tres escenas de la predela, botín de guerra de Napoleón, se encuentran en el Museo del Louvre (una crucifixión) y en el Museo de Tours (el Monte de los Olivos y la Resurrección); en ninguna de las escenas figura una matanza de Inocentes. <<

[277] La obra de Mantegna, y en especial las estampas, influyeron en Albrecht Durero (1471-1538), pintor y grabador alemán que trabajó en su ciudad natal, Nuremberg, sobre todo, pero que viajó a Italia en distintas ocasiones. <<

[278] Construida por Antonio Rizzo (véase nota 38) en el palacio de los Dogos de Venecia, recibía ese nombre por las dos estatuas colosales de Marte y Neptuno que la rematan y que fueron esculpidas por Sansovino en 1554. <<

[279] Pequeño moño que recogía el pelo, mediante una cinta, en la zona de la nuca. Lo puso en boga el general inglés William Cadogan, o Cadoghan (1675-1726), que peleó en la guerra de Sucesión de España y estuvo al servicio de la reina Ana. <<

[280] No se ha logrado identificar en Goya (1746-1828) ningún sacristán con ese tipo de peinado; figura sin embargo en el retrato del torero José Romero (Museo de Arte de Filadelfia). A través de María de Madrazo, hermana de Reynaldo Hahn, Proust conocía dibujos y grabados goyescos, además de *La comunión de san José de Calasanz,* donde aparecen eclesiásticos que han podido inspirar la alusión. <<

[281] Benvenuto Cellini (1500-1571), orfebre, escultor y medallista italiano que trabajó en la corte de Francisco I de Francia. Ese «hombre al acecho» que aquí se cita no ha sido identificado entre las esculturas del florentino; podría referirse al *Perseo* de la Loggia dei Lanzi de Florencia, o al bajorrelieve de *Perseo liberando a Andrómeda*, también en Florencia, en cuyo fondo se ven varios soldados. <<

[282] La manufactura de tapices de Aubusson —pequeña población del Creuse—, protegida por Enrique IV (1589-1610) y por Colbert, alcanzó su máximo prestigio a partir de 1665, fecha en que fue reconocida como Manufactura Real. <<

[283] Sombrero de copa, así llamado por el apellido de su inventor; podía plegarse gracias a unos muelles situados en la parte interna. <<

[284] En su carta-dedicatoria a Jacques de Lacretelle de un ejemplar de *Swann*, Proust citaba, además de los modelos de la Sonata de Vinteuil, los personajes reales en quienes se había fijado para esta escena de los monóculos (*Corr*, t. V, pág. 324). <<

[285] En la *Apología de los Vicios y las Virtudes* que Giotto dejó en Padua, la Injusticia está representada por un anciano sentado a la entrada de una fortaleza en medio de un bosque (véase nota 79, pág. 75). <<

[286] El texto parece aludir al solo de flauta de la escena del segundo acto («J'ai perdu mon Eurydice») del *Orfeo y Eurídice* de Gluck, estrenada en 1762, y repuesta a menudo en París, a partir de 1859, en una revisión de Berlioz. <<

[287] *Leyendas: 1. San Francisco de Asís hablando a los pájaros*, obra para piano de Franz Liszt (1863). <<

[288] Mathilde-Lastitia-Wilhelmine Bonaparte (1820-1904), hija de Jéróme Bonaparte y de Catherine de Württemberg, era nieta de Napoleón I y prima por tanto de Napoleón III. Frecuentaron su salón las personalidades más brillantes de la literatura y del arte francés, además de la nobleza del Imperio: Flaubert, los Goncourt y los Dumas, Taine, Renán, Sainte-Beuve, etc. Con el seudónimo de «Dominique», Proust, que también acudía a sus reuniones, le dedicó un artículo en *Le Figaro* del 25 de febrero de 1903: «Un salón historique, le salón de S. A. I. la princesse Mathilde». <<

[289] A finales del XIX, la música de Chopin estaba totalmente desprestigiada; el nuevo siglo y la celebración del centenario del nacimiento del compositor en 1910 le sacarán del olvido, como en *Sodoma y Gomorra* pone de manifiesto el Narrador de *A la busca del tiempo perdido*, comunicándole esa novedad a Mme. de Cambremer. <<

[290] El quinteto para clarinete y cuerdas K. 581, compuesto por Mozart en 1789, poco antes de su muerte. <<

[291] Prosper Mérimée (1803-1870), Henri Meilhac (1831-1897) y Ludovic Halévy (1834-1908) son para Proust, según otros escritos, representantes de un tipo de literatura superficial aunque brillante, totalmente opuesta a la visión proustiana del mundo: el romanticismo pintoresco y colorista del autor de *Carmen* (cuya adaptación para música hizo Meilhac), y los libretos que éste y Halévy prepararon para las operetas de Jacques Offenbach (*La Belle Hélène*, 1864; La Vie parisienne, 1866; etc.) fascinan sin embargo el mal gusto de la duquesa de Guermantes. <<

[292] Belloir, situada en la calle de la Victoire, era una casa donde se alquilaban diversos artículos para fiestas, bailes y recepciones, en especial sillas doradas, destinadas a los invitados de segunda categoría; delante de ellas se colocaban los sillones ocupados por los invitados de primer orden. <<

[293] En la región de Calvados (Normandía), Cambremer se conoce como apellido desde el siglo VII. Su etimología será discutida por Brichot en *Sodoma y Gomorra*. <<

[294] Nobleza del Imperio, cuyo título toma su nombre del puente parisiense (en francés, Iéna) construido en 1809-1813 —sobre el Sena, frente a la Torre Eiffel— para conmemorar la victoria de Napoleón sobre el ejército prusiano en 1806, en Jena. <<

[295] Los Montesquiou-Fezensac —la familia de Robert de Montesquiou— se convierten en la ficción en antepasados del duque de Guermantes; entre sus miembros figura François-Xavier de Montesquiou (1756-1832), diputado del clero en los Estados Generales; se enfrentó a la Constitución civil y fue ministro de Interior (1814-1815); Luis XVIII lo nombró duque en 1821; sus descendientes estuvieron vinculados al Imperio: por ejemplo, los abuelos de Robert de Montesquiou: Élisabeth-Pierre (1764-1834) fue gran chambelán del emperador en 1810, y su esposa, Louise Le Tellier de Montmirail, aya del rey en Roma, en 1812. <<

[296] Jefe de la revuelta de los esclavos en Roma; mantuvo en jaque al ejército romano durante dos años para terminar siendo ejecutado en el 71 antes de Cristo. <<

[297] Jefe galo (71-46 antes de Cristo) que luchó contra César al frente de una coalición de tribus. Tras ser hecho prisionero y llevado a Roma, fue ejecutado. <<

[298] La alusión recuerda una frase lapidaria pronunciada por el general Pierre-Jacques Cambronne (1770-1842), a quien proponían la rendición cuando la batalla de Waterloo estaba ya perdida; además, el apellido Cambremer termina «justo a tiempo»: *merde* = mierda). <<

[299] Alusión a la protagonista de la obra de ese título de Racine: Tito se llevó a Roma como botín de guerra a Berenice, princesa judía con la que no se atrevió a casarse para no desagradar al pueblo romano. <<

[300] Descubierto recientemente —según la acción narrativa— por Robert Koch en 1884. Se denominó «bacilo vírgula» debido a su ligera curvatura. <<

[301] J. S. C. Dumont d’Urville (1790-1842), navegante francés que exploró las costas de Nueva Guinea y de Nueva Zelanda, dio la vuelta al mundo y encontró los restos de la expedición de La Pérouse en Vanikoro, en el archipiélago de Santa Cruz. Jean-François de Galoup (1741-1788), conde de La Pérouse, fue el más conocido de los exploradores franceses de su siglo junto con Bougainville. Enviado por Luis XVI, al mando de dos fragatas (*La Boussole* y *L’Astrolabe*), a explorar las islas de Oceanía, llegó a la isla de Pascua, a las Hawai, pasó a Macao, Filipinas y Corea, bajando luego hacia el Pacífico, donde naufragó. <<

[302] Elegante hotel situado en la calle Boissy-d'Anglais, cerca de la Concorde, donde residió la reina de Nápoles, Marie-Sophie-Amélie (1841-1925), viuda del rey Francisco II de las Dos Sicilias, depuesto en 1861. <<

[303] *La princesa de Clèves*, publicada en 1678 por Mme. de Lafayette (1634-1693), expresa el ideal aristocrático y clásico del amor, mientras que René (1802), de Chateaubriand (1768-1848), defiende la concepción romántica y apasionada. <<

[304] La ópera Tristán e Isolda fue concluida por Richard Wagner en 1859. <<

[305] Antoine-Laurent Lavoisier (1743-1794) está considerado como el fundador de la química moderna por su *Tratado elemental de la química*; descubrió la composición del aire y del agua, el papel del oxígeno en las combustiones, etc. André-Marie Ampére (1775-1836), autor del *Ensayo sobre la filsofía de las ciencias*, descubrió la creación de los campos magnéticos por las corrientes eléctricas e inventó el galvanómetro, el telégrafo eléctrico y el electroimán (éste en colaboración con Arago). Proust hace una equivalencia entre los descubrimientos de Vinteuil y Wagner y los de los mayores experimentadores de su siglo. <<

[306] El baño de Diana fue comprado como atribuido a Nicolás Maes (1634-1693) por el museo Mauritshuis de La Haya el 4 de mayo de 1876, en París, durante la subasta de la colección de Neville D. Goldschmidt, coleccionista y marchante de cuadros. Desde 1907 se atribuye a Vermeer. <<

[307] La Rochefoucauld, *Máximas*, 39: «Nunca somos tan felices ni tan desgraciados como imaginamos». <<

[308] Giovanni Maria Angiolello (1451-1525), cronista nacido en Vicenza, fue prisionero de los turcos entre 1470 y 1482. En su Historia turchesca, que no se editó hasta 1909, cuenta la pasión que Mahomet II sentía por una esclava griega llamada Irene, a la que degolló con su propio puñal delante de toda la corte para no verse arrastrado por su amor a dejar de lado los asuntos del Imperio y preservar la grandeza de su casa. Pero quizá no fuese Angiolello la fuente de Proust, sino *Gentile Bellini et le Sultán Mohammed II*, de L. Thuasne, publicado en 1888. <<

[309] Las muchachas de mármol, del dramaturgo francés Théodore Barriere (1825-1877), se estrenó con gran éxito en 1853: era un drama lírico en cinco actos sobre las actrices, tan frías en materia de sentimientos como el mármol, y capaces de obstaculizar la vocación del verdadero artista. <<

[310] Cf. nota 82. <<

[311] Estas tres poblaciones, pertenecientes a los departamentos Seine-Maritime, Calvados y Eure, se encuentran cerca del Canal de la Mancha <<

[312] Beuzeville también pertenece al departamento Seine-Maritime, muy cerca de Bréauté. <<

[313] Cita aproximativa de una nota del «Diario de un poeta» —que no se publicó hasta 1867—, de Alfred de Vigny; corresponde al 22 de abril de 1831, período negro en la vida del escritor debido a las dificultades por las que atravesaba su relación con Marie Dorval: «Cuando uno se siente enamorado de una mujer, antes de comprometerse, debería decirse: “¿De quién está rodeada? ¿Cuál es su vida?”. Toda la felicidad del futuro se basa en eso». <<

[314] Proust pudo leer la descripción que Ruskin hace en *La Biblia de Amiens* —traducida por él mismo en 1902— de los animales del bajorrelieve del pórtico occidental de esa catedral. El propio traductor añadía la referencia bíblica: Sofonías, 2, 15; 1, 12, y 2, 14. El bajorrelieve también figuraba reproducido en el libro de Male *L'Art religieux du XIIIe siècle en France*. <<

[315] Proust corrigió en galeradas Si *vous m'aviez ennuyée*, texto gramaticalmente correcto, por una incorrección: *Si vous m'auriez ennuyée, je vous l'aurais dit*, para resaltar la forma de hablar de la muchacha. <<

[316] La única revolución del período fue la Comuna, en 1871. Es otra fecha más en la cronología llena de anacronismos y contradicciones del episodio de amor de Swann, que una vez el Narrador sitúa «antes de mi nacimiento», otra «hacia la época de mi nacimiento», y otra después «del matrimonio de mi madre». Podría figurar también como revolución el intento de golpe de Estado del general Georges Boulanger, que el 27 de enero de 1889, la noche en que fue elegido diputado por París, estaba dispuesto a marchar contra el Elíseo con su tropa; el 1 de abril siguiente, Boulanger huyó a Bruselas. <<

[317] Sombrilla que también puede servir de paraguas. <<

[318] El Cercle des Mirlitons (1860) venía organizando exposiciones de pintura y terminó fundiéndose con el Cercle des Champs Elysées (1872) en 1887 para fundar la Union Artistique, que todos los años preparaba la exposición de los Mirlitons en la calle Boissy-d'Anglais, cerca de la Concorde. <<

[319] Jules-Louis Machard (1839-1900) se presentó como pintor en el Salón de 1863; fue uno de los retratistas académicos más apreciados del momento. <<

[320] Fueron varios los pintores de ese apellido: Auguste (1809-1892), autor de cuadros históricos y religiosos, y sus hijos Louis (1843-1884) y Maurice (1853-1940), que consiguieron una discreta fama como acuarelistas e ilustradores académicos a finales de siglo. <<

Notas

[321] Proust escribe *ripolin*; este tipo de pinturas empezó a venderse en Francia en 1890, pero no fueron célebres como marca sino a partir de 1900. <<

[322] Movimiento artístico que dominó parte del cambio de siglo; los términos ingleses con que se identifica tenían sus equivalentes en otras lenguas: *art nouveau* en francés; *Jugendstil* en alemán; *modernismo* en español, aunque no siempre coincidan sus contenidos. <<

[323] Para la Exposición Universal de 1889, celebrada en París, el ingeniero jefe del servicio de Aguas, Bechman, instaló en el Campo de Marte unas fuentes luminosas que fueron su principal atracción. <<

[324] Del latín *finis terrae*: en Francia recibe ese nombre una región de la Baja Bretaña rodeada por tres de sus partes por el Océano Atlántico. Para este fragmento, Legrandin utiliza un texto de Anatole France, *Pierre Noziére*, y de manera especial el último capítulo de la sección «En Bretagne»: «Aquí, sobre el promontorio que avanza entre dos costas sembradas de escollos, acaba la tierra…». <<

[325] La iglesia de Balbec, de construcción reciente, además de recordar la de Saint-Loup-de-Naud, también ha tomado por modelo la catedral de Bayeux para su estructura, a medias románica y gótica. Émile Male ya hablaba en *L'Art religieux du XIIIe siécle en France* de las figuras orientales de la catedral de Bayeux, que remite a unos «originales antiguos, bizantinos, orientales […] según el dibujo de una tela persa o de un tapiz árabe». <<

[326] En esta serie de nombres de localidades reales, que se encuentran en Nor-mandía y en Bretaña, sólo Balbec —cuya localización, a lo largo de A la busca del tiempo perdido, resultará vaga— pertenece a la ficción. La lista sigue un itinerario ferroviario imposible, fruto también de la invención proustiana. Pontorson es una localidad situada a 9 kilómetros del Mont Saint-Michel; Lannion se encuentra en lo más profundo de Finisterre. <<

[327] Guido di Pietro, o Fra Giovanni da Fiésole, conocido como Fra Angélico (1400M455) en la historia de la pintura, dejó en el convento de San Marcos de Florencia, donde vivió como monje dominico, unos célebres frescos que lo convierten en un maestro de la iconografía cristiana. Para la asociación literaria de las flores de Fiésole y los fondos dorados de Fra Angélico, Proust se inspira en *Le Lys rouge*, novela de Anatole France: varios personajes asisten en Florencia a la fiesta de las flores del 1 de mayo, visitan el convento de San Marcos, la celda de Fra Angélico, y se pasman de admiración ante su obra *La coronación de la Virgen*. <<

[328] En realidad, la catedral de Florencia, el monumento más hermoso del arte gótico en Italia, lleva el nombre de Santa María de la Flor; fue construida en los siglos XIV y XV y tuvo por maestros de obra al Giotto y a Andrea Pisano. Fue Brunelleschi quien alzó su gigantesca cúpula entre 1420 y 1434. <<

[329] Se trata, evidentemente, de *La Cartuja de Parma*, publicada por Stendhal en 1839. <<

[330] El puente viejo de Florencia, sobre el río Arno, construido en 1355, en el que se encontraban los puestos o tiendas de los joyeros. <<

[331] Giorgio da Castelfranco, conocido como il Giorgione (hacia 1476/78-1510), es uno de los maestros de la escuela veneciana pese a su escasa obra, que supuso una nueva concepción de la pintura: fue uno de los primeros en especializarse en cuadros de gabinete para coleccionistas privados, frente a la mayoría de los pintores que trabajaron para los poderes públicos o religiosos. También fue el primero en cultivar un tipo de retrato romántico y ensoñador que le dio un enorme prestigio en Florencia, hasta el punto de que a esa influencia sucumbió el propio Bellini, mayor en edad y en fama que el Giorgione. <<

[332] La cita, aproximativa, procede del libro de Ruskin *The Stones of Venice*, donde se compara el Londres de Turner y la Venecia del Giorgione; traducido por Mathilde Crémieux en 1905, el libro de Ruskin incluía en la edición francesa un prólogo de Robert de la Sizeranne, autor de *Ruskin ou la religión de la beauté* (1897). En las páginas siguientes, Proust se hace eco, con diverso grado de literalidad pese al entrecomillado, de distintas frases de esa traducción del libro de Ruskin. <<

[333] Alusión al cuadro de Nicolás Poussin (1594-1665). *El Imperio de Flora* (1631, Museo de Dresde), donde la diosa está rodeada de héroes y ninfas en un jardín, mientras en el cielo, sobre una nube rosa, aparece el carro del Sol tirado por cuatro caballos. Poussin trabajó sobre todo en Roma y está considerado como el promotor de la tradición clásica. <<

[334] *Le Journal des Débats politiques et littéraires*, fundado en 1789, se declaraba, en 1890, «republicano conservador», y cinco años más tarde «republicano y liberal». Periódico moderado y respetable, desapareció en 1944, cuando tras la invasión nazi Francia inició la Liberación. <<

[335] Alusión a la entrevista que Francisco I de Francia mantuvo con Enrique VIII de Inglaterra en junio de 1420 entre Guiñes y Ardres (Pas-de-Calais), en el *Camp du Drap d'or*, para solicitar la ayuda inglesa frente a Carlos V. Para impresionar a su visitante, el rey francés preparó en su campamento tiendas y pabellones hechos de brocado de oro; a pesar de ello, el rey inglés se alió con el Emperador. <<

[336] Proust parece aludir a las maldiciones que figuran en el Deuteronomio, 28, 27: «Yahveh te herirá con la úlcera de Egipto, con hemorroides, sarna y tiña, de que no podrás sanar». Según la tradición judía, cuando los hebreos salieron de Egipto y se alimentaron del maná, se quejaron de fuertes estreñimientos y pidieron comer carne para remediarlos. <<

[337] «Al volver de la revista», título de una canción dedicada a mayor gloria del ejército con la que el cantante Paulus consiguió un gran éxito en el Alcázar el 14 de julio de 1886. Fue utilizada casi como «himno» por los partidarios del intento de golpe de Estado del general Boulanger; también se oyeron sus notas, con su letra nacionalista y conservadora, durante el caso Dreyfus (1894-1906). <<

[338] El Théâtre des Ambassadeurs, situado en el número de la avenida Gabriel, en los jardines de los Champs-Élysées, cerca de la plaza de la Concorde. En el siglo XVIII era un simple café; durante el Segundo Imperio se convirtió en café-concierto, y a principios de siglo pasó a ser teatro de revista, dotado de restaurante. <<

[339] Título con el que el conde de París, Louis-Philippe-Albert d’Orléans (1838-1894), pretendía el trono francés desde la muerte del pretendiente Enrique V, conde de Chambord (1883). Como tal asumió la jefatura del partido monárquico. <<

[340] Trasposición de la visita oficial del zar de Rusia, Nicolás II, en octubre de 1896. <<

[341] Jules Verne adaptó en 1880 su novela *Michel Strogoff* al teatro, en colaboración con Adolphe Dennery (1811-1899), y con música de Artus. Se repuso en 1887 yen 1891. <<

[342] Grandes almacenes fundados en 1829 entre la calle Duphot —que une la plaza de la Madeleine con la calle del Faubourg-Saint-Honoré— y el bulevar de la Madeleine. <<

[343] Nombre con el que se conocía uno de los lugares de paseo más frecuentados por la elegancia parisina: la avenida de Longchamp, de tres kilómetros de longitud, iba desde la Gran Cascada hasta la Porte Maillot, cruzando en diagonal el Bois de Boulogne. <<

[344] La alameda de la Reine-Marguerite, también paseo de moda elegante, lleva de la Porte de Madrid y Neuilly a la Porte de Boulogne. Este episodio aparecerá fechado en 1892 en *El tiempo recobrado*. <<

[345] En el libro VI de la Eneida (w. 442-444), Virgilio narra el descenso de Eneas a los Infiernos; bajo un bosque de mirtos «en los campos de lágrimas» encuentra las almas de las víctimas del amor: Fedra, Procris, Erífila, Evadne, Pasífae, Laodamia, Ceneo y Dido: «A los que el duro amor fue consumiendo con su cruel congoja, allí escondidas sendas los acogen en los claros de una umbría de mirtos. Ni en la misma muerte les abandona su ansiedad» (trad. de Javier de Echave-Sustaeta, Editorial Gredos, 1992, pág. 316). <<

[346] Constantin Guys (1802-1892), acuarelista y dibujante francés, dejó en sus obras un retrato de la vida militar, mundana o galante de París durante el Segundo Imperio: *El Paseo del Bois, El paseo de Longchamp*, etc. Baudelaire le dedicó un estudio en *Le Peintre de la vie moderne*: «[Guys] ha desempeñado voluntariamente una función que otros artistas desprecian y que correspondía llenar sobre todo a un hombre de mundo. En todas partes ha buscado la belleza pasajera, fugaz, de la vida presente, el carácter de lo que el lector nos ha permitido llamar *La modernidad*. A menudo extravagante, violento, excesivo, pero siempre poético, ha sabido concentrar en sus dibujos el sabor amargo o atractivo de la Vida». (Baudelaire, *Curiosités esthétiques*). El capítulo XII de *Le Peintre de la vie moderne*, «Les voitures», parece haber influido sobre este pasaje de Proust. <<

[347] Toby, el antiguo tigre del difunto Baudenord —de hecho Beaudenord—, es un «pequeño irlandés llamado Paddy, Joby, Toby (a voluntad)», según lo describe Balzac en dos de sus novelas: *La Maison Nucingen y Les Secrets de la princesse de Cadignan*. Despedido por un lord inglés para cortar las insinuaciones malévolas sobre su belleza afeminada, es contratado por Godefroid de Beaudenord, contribuyendo a la reputación de «flor del dandismo» parisiense de este último; arruinado su amo, Toby pasó al servicio del hijo de la princesa de Cadignan. <<

[348] Para el actor Constant Coquelin, cf. Nota 73 y 147 de las págs. 69 y 475. <<

[349] El «Tir aux pigéons» era un elegante club deportivo situado entre la avenida de las Acacias y la Porte de Madrid. <<

[350] El 30 de enero de 1879. <<

[351] Son dos los castillos que llevan ese nombre en el Parque de Versalles: el Gran Trianón, construido por Luis XIV (1687), y el Pequeño Trianón, edificado por Luis XV (1762-1768) para Mme. du Barry. Los daños que en ellos causó la Revolución fueron reparados por Napoleón, que los restauró en estilo Imperio. <<

[352] Lugares del Bois de Boulogne: el pabellón d’Armenonville, situado en la avenida de Longchamp, cerca de la Porte Maillot, era un café-restaurante de lujo; el Pré Catelan, cerca de la Croix Catelan, en una cantera, fue un café-restaurante con salas de espectáculo; la Orangerie del castillo de Madrid —castillo edificado por Francisco I y reconstruido a finales del XIX—, al final de la avenida de la Reine-Marguerite, en Neuilly, muy frecuentada durante el Segundo Imperio, que la convirtió en prestigioso restaurante de moda; el Hipódromo de Longchamp fue inaugurado en 1857. <<

[353] Alusión a uno de los cinco frescos que Miguel Ángel pintó en el centro del techo de la Capilla Sixtina: el segundo, que lleva por título *La creación de los astros*. Los restantes tienen por tema: Dios separando la luz de las tinieblas, la separación de la tierra y las aguas, la creación del hombre y, por último, la creación de la mujer. <<

[354] Rey legendario de Tracia que alimentaba a sus yeguas con la carne de los extranjeros que pasaban por su país. Según una tradición, muerto por Heracles, fue devorado por sus propias yeguas. <<

[355] Si, a mediados de los años 1880, la moda impuso sombreros pequeños, veinte años más tarde, en 1908, se llevaban grandes sombreros abundantemente adornados de forma fantasiosa con toda suerte de flores, sobre todo dalias y camelias. La llegada del automóvil volvió a imponer sombreros de tamaño reducido. <<

[356] En 1872-1880 se descubrieron en Beocia (Grecia), en la necrópolis de Tanagra (siglo IV a. de C.), unas pequeñas figuritas de terracota que representaban la vida cotidiana y a mujeres y niños vestidos con túnicas de pliegues verticales. Un modisto, Paul Poiret (1879-1944), puso de moda la túnica tanagrense: liberó a la mujer del corsé y creó vestidos influidos por los que Isadora Duncan utilizaba para sus danzas, que seguían fielmente el estilo griego. <<

[357] En 1875, el comerciante londinense Arthur Lesenby Liberty abrió en Londres una tienda especializada en tejidos orientales, de seda, con motivos florales que tardarían bastante en ponerse de moda en París. En 1897, Liberty producía ya unos cortes de vestido estilo Imperio que no lograron imponerse hasta diez años después. <<

[358] El molino de viento de la antigua abadía de Longchamp había sido destruido durante la Revolución; cuando se acondicionó el Bois de Boulogne, el arrasado molino fue reemplazado por una copia. <<

[359] En la ciudad de Dodona, en el Epiro, junto a un bosque de encinas sagradas se alzaba un templo de Zeus donde los sacerdotes decían sus oráculos interpretando el ruido que producía el viento en las hojas. <<

[360] Reminiscencia de la «Oda a Postumo» de Horacio: *Eheu fugaces, Postume, Postume, /labuntur anni* «¡Ay, Postumo, Postumo, fugaces pasan los años!». (*Odas*. <<